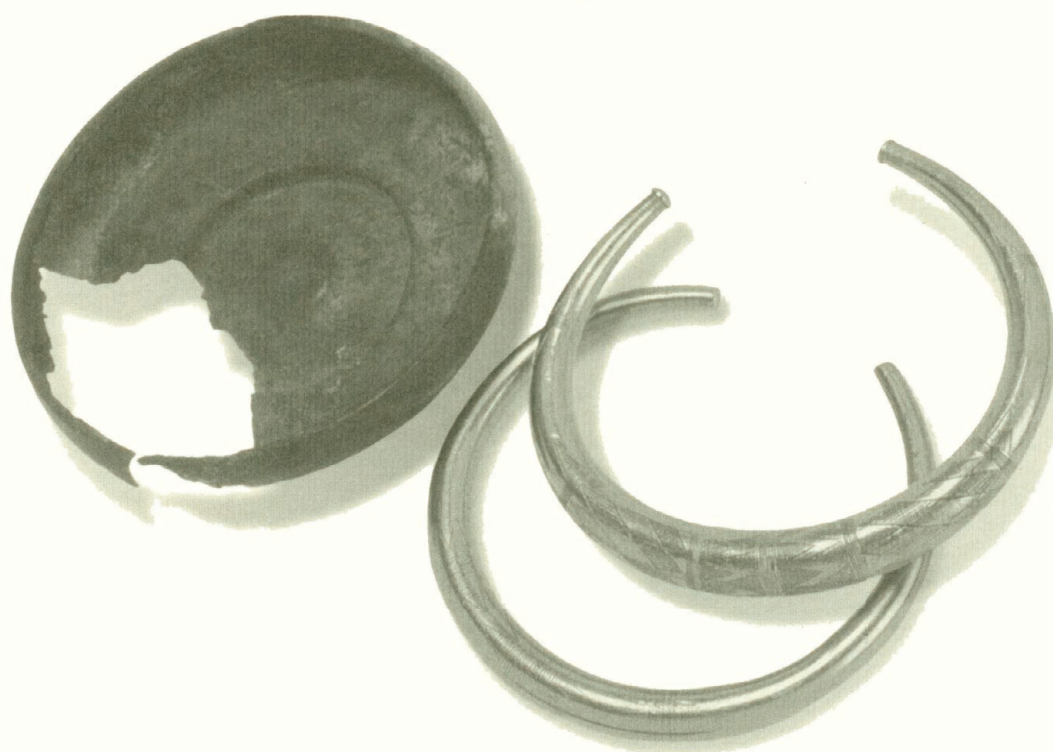


S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada
(editores)

Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)

La precolonización a debate



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

Serie Arqueológica – 11

Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.e.) **La precolonización a debate**

S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada
(editores)

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

Madrid 2008

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales
<http://www.060.es>



© CSIC

© S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (editores) y del texto, sus autores

ISBN: 978-84-00-08689-3

NIPO: 653-08-113-3

Depósito legal: M 38572-2008

Composición: Távara, S. L.

Fotomecánica: Távara, S. L.

Impresión: Gráficas Muriel S. A.

Encuadernación: Millenium S. L.

*A Xavier Dupré Raventós,
in memoriam*

PRÓLOGO

Escribir un texto institucional como preludio a una obra es un obligado gesto, un ritual de nuestra vida ciudadana y científica que repetimos ceremonialmente y aceptamos con resignación ancestral. Lo exige una extendida convención social y lo avala la convicción legítima de que trabajamos en un marco público y de que a él nos debemos cada uno de nosotros, diversamente. En este espacio reservado y de privilegio que es todo inicio –como en aquel viejo gesto de los augurios sacros, el inaugural– la palabra pronunciada debe someterse a ciertas normas de cortesía, que no exime, sin embargo, de la exigencia democrática de la reflexión y de la crítica compartida de todo pensamiento científico. El *locus communis* de este preludio querría, en este contexto, despojarse del hieratismo y acompañarse de una diminuta dosis de diálogo, como en el resto del libro.

Los coordinadores de este volumen, que con amabilidad espontánea me han pedido que cumpla con mi cometido, sin duda agradecerán que ensaye unas palabras algo más libres y que de ellas fluya, en los límites de lo posible, un pequeño hilo de frescura. Confieso que una vez que me he atrevido a cruzar el umbral del libro para enfrentarme y sumergirme en él he experimentado de inmediato el logos vital y múltiple que lo cruza.

Por las palabras de presentación entreveo que los tres coordinadores –Sebastián Celestino, Núria Rafel y Xosé-Lois Armada– invitaron a los numerosos intervinientes, primero, a dialogar con voces diversas de las ya dichas en foros científicos previos y, después, a escribir las acordadas páginas con reflexión atrevida y en su luminosidad más viva. Una intención, por cierto, difícil en este bosque tan denso de los encuentros y de las prácticas científicas, saturado por los excesivos requerimientos y las acuciantes prisas que nosotros mismos, en nuestra práctica profesional, estamos construyendo afanosamente día a día.

Pues bien, de esa invitación, de ese estímulo a adentrarse en el bosque y como nuevos prospectores de palabras y de indicios materiales atravesar el mar y el río, así como del minucioso seguimiento final que ha requerido de los tres editores una amplia y comprensiva mirada hacia atrás, surge finalmente este denso libro-microcosmos de espacios, tiempos e inquisiciones múltiples. Me congratulo de la feliz llegada a término y os saludo desde la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma pues el libro sale finalmente a la luz con el apoyo decidido del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Al final de un recorrido largo parece obligado detenerse y preguntarse por el inicio de la aventura, por el primer

aliento que la impulsó. A ese gesto originario aluden los coordinadores cuyo germen sitúan en un cierto momento del año 2002. Fue precisamente en la Escuela Española en Roma, cuando uno de los tres editores aceptó del Doctor Xavier Dupré, vicedirector entonces de esta casa, el reto de proponer a la discusión internacional un tema amplio y polémico que se situara en el marco mediterráneo y europeo de la protohistoria. Con este gesto la Escuela quiso estar presente y actuar como chispa de una aventura intelectual cuya llama se propagaría, ya después, a otros lugares. Me satisface y me agrada que la Escuela Española de Roma, aun en su escala tan reducida y limitada, haya sido un estímulo –siquiera impreciso y leve– hacia un proyecto tan ambicioso como este que hoy vemos realizado y que ha implicado desde el comienzo una decidida aventura intelectual. ¿No será que la misma Roma seduce e invita a ese deseo utópico de una añorada amplitud del pensamiento?

La gestión de todo proyecto es larga y la práctica de la ilusión científica se implica e interfiere inevitablemente con la de la vida. Unos recuerdos nos llevan a otros y algunas páginas del libro están señaladas por algunos nombres queridos de aquellos investigadores que en su breve sueño participaron con su voz en un debate inacabado: Xavier Dupré, Andrew Sherratt, Antonella Spanò..., y es hoy privilegio nuestro, no menos pasajero y efímero, el mencionarlos y fijarlos en las dedicatorias, en las numerosas citas, en la bibliografía.

Me quedan por comentar algunos aspectos que acompañan nuestro proceso intelectual. «Proceso», pues el mismo título del libro afirma que se trata de un debate, un debate nada menos que en torno a unos paradigmas contruidos sobre cinco siglos de historia humana, principalmente mediterránea y atlántico-europea.

Obligadamente debate, decimos, no concordia: esto es, discusión, intercambio vivo de pensamientos y discrepancias en torno a un término plurívoco, complejo y espacialmente diverso, en medio de silencios y oscuridades y siempre más poblado de indicios que de certezas. El término propuesto a debate es el de «precolonización», ese larguísimo y ambiguo tiempo previo, anterior a la colonización en el Mediterráneo. La insistencia en el debate y la crítica deconstructora apuntan a que desde hace aproximadamente un par de décadas estamos asistiendo a un decidido cambio de paradigma. El marco cronológico –abstracción del tiempo del historiador que se va haciendo sustancial, denso y matizado solo a medida que se van incorporando los datos empíricos– aparece igualmente amplio y poliédrico, como si la propia investigación hubiera aceptado el dilatarlo crecientemente, paso a paso, hasta abarcar hoy aproximadamente los cinco siglos indicados en el título: del XIII al VIII a.n.e. Siglos –bien sabido– de continuidades y de discontinuidades, en

los que habrá que señalar y matizar aún las secuencias y en los que tuvo lugar un tránsito muy profundo (¿hoy más que una simple y mera ruptura?), entre sistemas políticos, económicos y simbólicos diferentes: aquellos que muy genéricamente se han convenido en llamarse Bronce Final y Primera Edad del Hierro.

Pero este tiempo abstracto se ve hoy construido, con ritmos y en modos diversos, a través de espacios diferentes, en una geografía multipolar que, de modo muy particular en nuestro libro, resalta la importancia de los puntos espaciales de observación elegidos: la Italia peninsular, Sicilia, Cerdeña, las Baleares, la Galia, la costa mediterránea española, la Alta Andalucía, el Guadalquivir, «Tartessos», los diferentes espacios del territorio portugués.... Es en cada uno de estos territorios analizados y con el creciente papel activo de las comunidades indígenas como atisbamos el desarrollo y transformación de los sistemas comerciales; la prospección y circulación de los metales y la pluralidad y porosidad de sus rutas; el contraste entre las viejas y nuevas formas del trabajo artesanal y de los modos de producción así como la decisiva transmisión del conocimiento o sabiduría técnica; la presencia o no, en cada caso y en cada momento, de los diversos sistemas de la escritura (no conocemos las fórmulas de la inmaterial oralidad); y, siempre, el permanente y cambiante diálogo entre las estructuras económicas y las ideologías...

En fin, la diversificada trama de relaciones humanas que el título de nuestra obra resume como «contactos culturales» no expresa sino una nueva forma simbólica de construir el mundo y sus territorios. Es decir, alude a la configuración de las relaciones entre los poderosos y las gentes, y los productos, y las palabras, y los gestos que por doquier circulan. Son también vectores activos los presentes de lujo, identificatorios y seductores, las leyes consensuadas del comercio y la hospitalidad, el vino mediador y transformador, la sacralización de la riqueza (su pesaje, sus medidas, su distribución y su acumulación, que incluye la ambigüedad semántica de los depósitos metálicos), así como esos otros gestos simbólicos que los acompañan: la oralidad y la escritura, la transmisión de la memoria heroica, la mitologización de los nuevos territorios y de las lejanas fronteras, la nueva representación de la muerte, el creciente despertar del individuo emprendedor y de la aventura, y las otras formas de la autoconciencia personal, privada y colectiva.... Todo ello, repito, se atisba en las múltiples propuestas y lo veremos construir progresivamente con los datos empíricos, destinados a fijar el tiempo y sus secuencias, un camino siempre abierto en la investigación que funciona acumulativamente, como un *continuum*. Pues el libro, de aliento ambicioso y hondo, no olvida la obligada matización que exigen,

y seguirán exigiendo en el inmediato futuro, cinco siglos con ritmos temporales y territoriales tan cambiantes como policéntricos. Estamos asistiendo, en efecto, a un cambio decidido del paradigma.

No sé si me equivoco al señalar algunas ausencias de temas que podrían haber encontrado cabida en el debate del libro. Me llama la atención cierta abstracción de género en los mediadores del largo proceso. Apenas se menciona, salvo muy indirectamente, el espacio y papel de la mujer ni el imaginario femenino. Son escasas las menciones, entre otras fuentes literarias, a la Odisea, que seguramente es hededera y transmisora de fórmulas muy anteriores de este imaginario construido a lo largo de tantos tanteos y experiencias mediterráneas en esos siglos. Por cierto, la Odisea, cuyo protagonista es el emprendedor y astuto Ulises, sí abunda en ese riquísimo y matizado imaginario de la memoria y del poder femeninos. Recordemos la sabiduría en rutas y secretos remotos de Circe o de Calipso.

Quiero resumir una última –y, sin duda, parcial– impresión de este libro: nos hallamos ante un universo de indicios puntuales, sobre los que los investigadores ensayan modelos que tratan de insertar y relacionar en un sistema. La sensación de descubrir esos indicios y de ir construyendo, críticamente y a través de un proceso en espiral, los diferentes modelos es lo que convierte en singularmente cautivador este período de la protohistoria mediterránea y europea. De ahí, la impresión de ese tono poco dogmático, y de ahí los requerimientos continuos al diálogo, a la porosidad de las hipótesis y caminos, y el valor seminal de las más simples conjeturas y de las sospechas. Los editores y los autores subrayan esta apreciación, que no sé si aquí con buen acierto transmito.

En nombre de esta institución que es la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma del CSIC reitero nuestro cordial agradecimiento a los tres coordinadores, Sebastián Celestino, Núria Rafel y Xosé-Lois Armada, por haber retornado hoy felizmente a la tierra de la Escuela, tras haber brotado en ella, años atrás, aquel remoto germen de lo que es hoy el florecimiento de un generoso volumen doble. Gracias a cada uno de los autores que en él escriben y a esas dos voces externas –la de Kristian Kristiansen y la de María Eugenia Aubet– que se incorporan luminosamente al inicio y al final del libro.

Y gracias, desde Roma, al Servicio de Publicaciones del CSIC, que con disponibilidad y ejemplar sentido crítico ha aceptado y llevado a buen término la publicación de un rico debate científico.

Ricardo Olmos

*Director de la Escuela Española de Historia
y Arqueología en Roma, CSIC*

PRESENTACIÓN

Escribir unas líneas introductorias sobre una edición es, además de un síntoma inequívoco de haber conseguido un objetivo, una enorme satisfacción por haber logrado reunir los textos de los investigadores meticulosamente elegidos para este fin. Además, cuando surge una publicación de estas características, los lectores suelen interesarse por los prolegómenos, por el desarrollo de la idea y por la concurrencia tanto de los editores como de los investigadores elegidos; intentaremos satisfacer esa curiosidad para todos aquellos interesados en la historiografía, una disciplina en auge por los magníficos resultados que está aportando a la Arqueología.

Los que tuvimos la suerte de conocer a Xavier Duprè sabíamos de su interés no sólo por la Arqueología Clásica, a la que se dedicaba por formación y con pasión, sino que siempre quiso participar de los conocimientos de otras etapas históricas, apoyando desde la vicedirección de la Escuela Española en Roma cualquier iniciativa que contribuyera a potenciar la arqueología peninsular. Así, en el año 2002, aprovechando la estancia de investigación en Roma de uno de nosotros, lanzó la idea de realizar una edición centrada en un tema que le interesaba por su fuerte vinculación con una de las líneas prioritarias de investigación del CNR, el Periodo Orientalizante; tema que casualmente estábamos desarrollando para otro evento dentro del organigrama del Instituto de Arqueología del CSIC y que se llevó a cabo un año después en Mérida, sede del Instituto. Lejos de rendirse, nos retó a que fuéramos nosotros quienes propusiéramos un tema que generara cierta polémica científica y que a la vez congregara a investigadores del ámbito mediterráneo o europeo en general, ofreciéndonos la cobertura de la Escuela de Roma para su publicación. Surgió así el tema de la denominada «precolonización», una materia en la que ya habíamos trabajado los aquí implicados y que se ceñía bastante bien a su iniciativa. Él fue quien se ocupó de ponernos en contacto para que desarrolláramos la edición, un encuentro que tuvo lugar en Madrid a principios de 2003 y del que surgió un buen entendimiento, una buena amistad y un primer guión que se ajustaba bastante a los resultados que hoy presentamos. No podemos decir que todo ha sido un camino de rosas, pero es cierto que la sintonía de los editores ha sido clave para superar los obstáculos y contratiempos que, por otra parte, entran dentro de lo habitual en este tipo de trabajos científicos donde concursa una nutrida participación.

La idea principal de la edición, amén de la consabida puesta al día del tema propuesto, consistía en debatir sobre un concepto temporal, el precolonial, que se prestaba a diferentes interpretaciones dependiendo del

ámbito geográfico desde donde se abordara. Este aspecto, resuelto desde hace años por los investigadores italianos, seguía siendo uno de los puntos que más polémica había generado entre los estudiosos del tema de las zonas más occidentales de Europa. Sin embargo, y sin eludir el problema anterior, buena parte de los trabajos se ha centrado en el tipo de contacto entre los colonos y los indígenas y en el grado de desarrollo de éstos para entender las consecuencias de ese contacto, abordado desde diferentes presupuestos teóricos. Las numerosas novedades arqueológicas que se presentan en este monográfico facilitan sin duda la comprensión de esas diferentes posturas interpretativas.

Como es lógico, en esta edición no están todos los que son, aunque es evidente que buena parte de los que son están. Por ello, nuestra primera referencia a los autores es para agradecerles sinceramente el enorme esfuerzo que han realizado para aportar textos que tienen una alta dosis de originalidad, lo que no era fácil si tenemos en cuenta que todos ellos habían publicado varios y conocidos trabajos sobre este tema. Al mismo tiempo, y como suele ser también habitual, ha habido algún investigador que desde un principio declinó nuestra invitación por falta de tiempo material para realizar un trabajo que aportara alguna idea novedosa al debate, mientras que otros nos han sorprendido por la celeridad con la que realizaron su aportación. Dada la complejidad de las cuestiones abordadas y la exigencia de los tiempos que había que cumplir, hemos optado a cambio por dar la máxima libertad para que cada autor se ciñese exclusivamente a los dictados de su voluntad para desarrollar sus respectivos trabajos, lo que creemos que ha beneficiado sensiblemente el fondo de la obra. Por último, lamentar que no hayamos podido incluir el escrito que había comprometido para este monográfico la profesora Susan Sherratt. El fallecimiento de su esposo Andrew Sherratt la condujo a desistir de ultimar una contribución que, sin duda, hubiera enriquecido esta obra y la cuestión histórica en ella tratada, puesto que las investigaciones e importantes aportaciones realizadas en los últimos años por la autora han incidido de pleno en ella. Desde estas líneas queremos unirnos a su pesar por tan sentida pérdida, que lo ha sido también para la arqueología europea.

Han sido diversas las personas que nos han ayudado en la puesta a punto de esta obra y que nos han aportado su aliento y sus comentarios para lograr el resultado final que el lector tiene en sus manos. A todas ellas, nuestro agradecimiento. Debemos una mención específica a Brendan O'Connor e Ian Colquhoun, por su ayuda en la edición de los abstracts y otros textos en inglés. Nuestro agradecimiento es también para K. Kristiansen y M.^a E. Aubet, quienes han tenido la paciencia de leerse los textos y aportar su colaboración para el prólogo y epílogo, respectivamente, de la edición. También

queremos reconocer sinceramente el apoyo mostrado por los profesores Manuel Bendala, de la Universidad Autónoma de Madrid, y Tom Moore, de la Universidad de Durham, por su decidido apoyo para que el monográfico contase con todos los parabienes científicos ante el Servicio de Publicaciones del CSIC. Por último, quisiéramos que desde estas líneas se hicieran eco de nuestra más sincera gratitud Ricardo Olmos y Trinidad

Tortosa, de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma; desde un principio tomaron el proyecto promovido por Xavier Duprè como propio, lo que sin duda ha dulcificado el largo y tortuoso camino de una edición de esta naturaleza.

Los editores

Julio de 2007

PREFACE

The role of social interaction in archaeology has gained new momentum in recent years, supported by an increased theoretical interest in two related areas of research: the role of travels and distant esoteric knowledge in creating power and prestige in chiefdoms and early states (Helms 1993; Kristiansen and Larsson 2005), and the role of colonialism and precolonization in later prehistory (van Dommelen 1998; Gosden 2004; Stein 2005). The perspective has increasingly changed from that of the colonizers to that of the indigenous societies, and their active role in the process. Much of this interest has in the Mediterranean been supported by new and better archaeological knowledge of local settlement sites, from Sicily and Sardinia to Iberia, supported by trace analyses and better typologies of foreign versus local production (for the Bronze Age recently collected in Laffineur and Greco 2005). To this should be added a revised local chronology in many areas, including Greece, Italy, and Iberia, where conventional typological/historical dates tended to be too young compared to the revised Central European chronology based mainly on dendrochronology. The consequences these modifications are evidenced in several of the articles in the first section of the book. This new and more solid empirical framework has in turn invited new interpretations and a search for more relevant theoretical frameworks.

While earlier research relied on a rather simplistic world system approach and traditional models of colonization,

critically discussed and revised by Gil Stein (1999), the articles in this collected volume demonstrate the application of more complex models in a search to understand the various forms of interaction and pre-colonization in the Mediterranean from the Late Bronze Age onwards. This is apparent in the articles of the second section in the book that present us with a new a more balanced understanding of the regional forces of change during the Late Bronze Age and early Iron Age, from Late Mycenaean to Phoenician and Greek expansion in the western Mediterranean. While the historical forces of interaction varied from search of minerals, such as silver, copper and gold (commercial enterprises/trade diasporas/pre-colonization), to the need for resettling surplus populations from the home base in new, but familiar 'precolonized' territories (colonization), the material culture changes that accompanied these historical processes are also in need of reinterpretation (Streiffert 2006). The articles in section three of the book deals more specifically with changes in material culture, especially the question of a hiatus between the end of the Mycenaean period and the beginning of east Mediterranean and Phoenician expansion.

I wish to congratulate the editors and the authors of this volume for having contributed to a new and better understanding of the complicated processes of interaction that characterized the Mediterranean in later Prehistory. The Mediterranean basin may indeed be considered a historical laboratory for explaining historical processes of interaction, pre-colonization and colonization.

Kristian Kristiansen

IN MEMORIAM

A Xavier Dupré i Raventós
(Barcelona 1956- Roma 2006)

No es sólo el homenaje al profesional prematuramente desaparecido y el dolor por la pérdida del amigo lo que ha impulsado a los editores de esta obra a dedicarla a Xavier Dupré, sino la responsabilidad que éste tuvo en la gestación de la misma. *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La precolonización a debate* nace por iniciativa de Xavier, que en el año 2003 nos pone en contacto a Sebastián Celestino y a mí y nos encarga, en nombre de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, la organización de lo que, en principio, tenía que ser un encuentro hispano-italiano centrado en dicho período. Diversas circunstancias aconsejaron modificar el planteamiento inicial, que ha acabado por convertirse en el presente volumen y ha incorporado al equipo de edición a Xosé Lois Armada.

La semblanza que de Xavier Dupré se hace en las siguientes líneas sustituye, pues, al prólogo que, lamentablemente, él no ha podido escribir.

Xavier inicia su andadura en la arqueología, siendo aún un estudiante de bachillerato, cuando empieza a frecuentar el Museo Arqueológico de Barcelona y asiste, en 1974, al XXVIII curso de Empúries (el primero de los varios en que participará), cimentando una relación con Eduard Ripoll y esta institución, que, si bien no llegó a profesionalizarse nunca, siempre fue cara para él y germen de entrañables amistades, como la del también desaparecido Josep Barberà, que conservó toda su vida (figura 1). Cursa sus estudios de licenciatura y doctorado en la Universidad de Barcelona y en 1981, presa ya de una querencia que marcó su vida, parte a ampliarlos en Roma con una beca de la Comisión Mixta Hispano-Italiana (1981-1982). El fin de la dictadura española y la vertebración del llamado Estado de las Autonomías, tiene como consecuencia el traspaso de las competencias en materia de cultura a la *Generalitat de Catalunya*, que empieza a desplegarlas. Xavier gana una plaza de colaborador técnico-arqueólogo, con destino en Tarragona e interrumpe el disfrute de la beca en Roma para incorporarse a la misma (diciembre de 1981). Son años de ilusión, de debate y de nacimiento de iniciativas que constituyen un caldo de cultivo idóneo para una personalidad participativa y entusiasta como la suya. La reconstrucción de una arqueología institucional catalana, la naciente arqueología urbana



Figura 1

XXXII Curso de Empúries (1978). De izquierda a derecha: Josep M. Nuix, Josep M. Moreno, Xavier Dupré, Enric Sanmartí, Elvira Mata, Josep Barberà, Alberto López. Delante, Domingo Gamito. Autor: Josep Barberà. Foto cedida por el señor Gamito.

española, la profesionalización de la arqueología y, como no, la arqueología de la *Tarraco* romana, fueron los temas centrales de este período. Resultado de ello fueron su participación en el grupo de opinión MARC-7 (X. Dupré, O. Granados, E. Junyent, X. Nieto, N. Rafel, F. Tarrats), su vinculación al proceso constitutivo de la Asociación Profesional de Arqueólogos de España (APAE) y la gestación de un proyecto científico y de gestión para la ciudad de Tarragona que culmina, siendo alcalde de esta ciudad Josep M.^a Recasens, con la creación del *Taller Escola d'Arqueologia de Tarragona* (TED'A) por él diseñado y con su marcha de los *Serveis Territorials de Cultura de la Generalitat de Catalunya* para dirigirlo (diciembre de 1986). El TED'A constituyó en aquellos años un referente para la naciente arqueología urbana española y, por supuesto, para los arqueólogos catalanes. Se financió básicamente a través de un taller-escuela del Ministerio de Trabajo, pero también del impulso político y económico del ayuntamiento de la ciudad. En el aspecto estratégico su finalidad era constituir las bases para la creación de un *Centre d'Arqueologia Urbana de Tarragona* (CAUT) cuando finalizara el taller-escuela. La filosofía del TED'A, por otra parte, reposaba sobre la atención y coordinación del trabajo de campo, la investigación científica, la formación de especialistas y la divulgación ciudadana, todo lo cual constituía en aquellas fechas un programa innovador en un país que acababa de salir de una Dictadura que le había mantenido al margen de las corrientes europeas en el campo de la arqueología urbana. Para desarrollarlo, se contaba con un equipo compuesto por 6 arqueólogos, 3 restauradores, 4 delineantes, 5 capataces y 30 auxiliares de excavación, además de los tres arqueólogos que, junto con Xavier, ejercían las tareas de dirección y coordinación del equipo (Xavier Aquilué, Jaume Massó y Joaquín Ruiz de Arbulo). En el aspecto científico, la tarea del TED'A se centró, además de aquellas intervenciones motivadas por las dinámicas de cambio de la ciudad, en dos grandes monumentos de propiedad municipal, el anfiteatro y el circo. Finalizado el taller-escuela (20-04-1990), se convocaron las dos primeras plazas para poner en marcha el centro de arqueología urbana municipal (CAUT), ya con otro consistorio, resultado de la crisis municipal de 1989. En mayo de 1990 Xavier Dupré gana una de las plazas, a la cual renuncia como respuesta a las dificultades de orden político generadas por el nuevo gobierno municipal y que tienen como consecuencia la eliminación en la segunda de las plazas del concurso-oposición del arqueólogo que había formado parte desde el primer momento de la

dirección del TED'A, Xavier Aquilué¹, en un episodio que tuvo amplia repercusión y que supuso un freno para la arqueología tarraconense de los años posteriores. El TED'A finalizaba así una andadura, planificada para perdurar, no sin dejar un importante legado que, entre otras cosas, se refleja en sus 21 publicaciones, de las cuales 3 volúmenes monográficos².

Con 34 años, un ya importante bagaje profesional a sus espaldas y sin trabajo, partió de nuevo hacia Roma —de donde ya no volverá, privando así a la arqueología catalana de una figura que siempre he creído que podía jugar en ella un papel importante en el aspecto organizativo e institucional— con una beca predoctoral del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) donde finaliza (1992), bajo la dirección del catedrático de arqueología de la Universidad de Barcelona Miquel Tarradell, su tesis doctoral que versó sobre el arco romano de Berà (Tarragona) y que obtuvo el Premio Puig i Cadafalch del *Institut d'Estudis Catalans* (1993) (figura 2). En los años 1993 y 1994 disfruta de una beca postdoctoral del CSIC y desempeña la labor de secretario científico del Congreso Internacional de Arqueología celebrado en Tarragona en 1993.

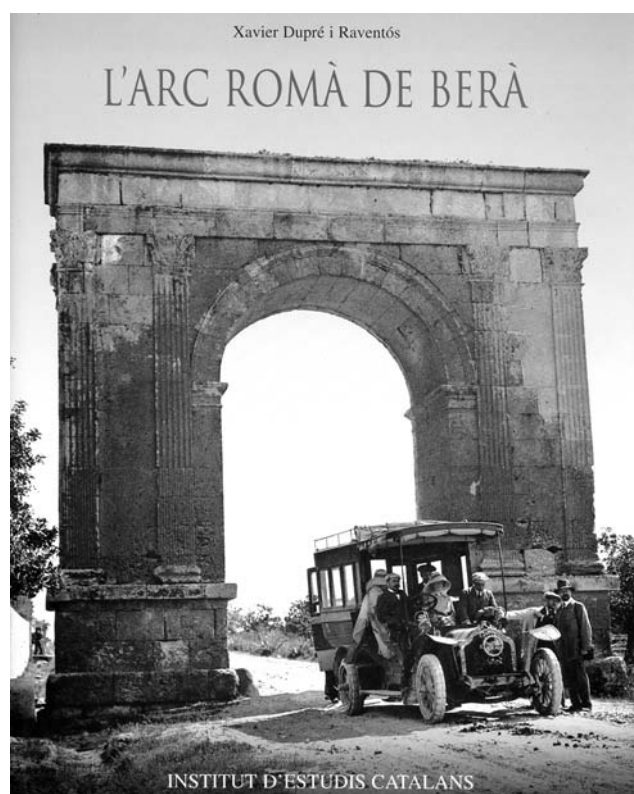


Figura 2
Portada de la monografia sobre el Arco de Berà, publicada por el Institut d'Estudis Catalans.

¹ Hoy Xavier Aquilué es director del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Empúries. Algunas veces, el tiempo pone las cosas en su lugar.

² En 1990 una buena parte del personal que formó parte del TED'A creó una empresa privada, CODEX SCCL, con brillantes resultados y aún hoy en funcionamiento. En 1992 la nueva escuela-taller y el CAUT fueron clausurados por el Ayuntamiento de Tarragona.



Figura 3

El equipo de Tusculum en el teatro, 1998. Xavier Dupré es el primero de la izquierda de la fila inferior. Foto: Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

En julio de 1994 se incorpora como científico titular a la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Formar parte de esta institución, con la cual colaboró ya desde su estancia de principios de los 80 en Roma, cuando la Escuela estaba dirigida por Martín Almagro-Gorbea, le permite desplegar de nuevo su creatividad y su capacidad de trabajo, de gestión y de formación. Es entonces cuando se incorpora, con Javier Arce, a la sazón director de la Escuela, a las excavaciones de Tusculum que van a constituir en los años venideros su principal objeto de investigación (figura 3). En marzo de 1995 pasa a ocupar la plaza de vicedirector de la Escuela, puesto en el que permanecerá hasta su muerte.

A partir de ese momento, y sin renunciar a su pluralidad de intereses, enfoca su carrera profesional hacia dos vertientes: la investigación científica y la presencia científica e institucional de la Escuela Española de Historia y Arqueología en el panorama de la arqueología en Roma. Un tercio de sus casi 200 publicaciones³ corresponden a este período, una fase, no obstante, que es en cierto modo de siembra de unos frutos que la muerte le impidió ofrecer en su totalidad, pues, como sus últimos artículos ponen de manifiesto, había entrado en una fase de madu-

rez científica que auguraba que lo mejor estaba por venir. Así, por ejemplo, aparte de las memorias de excavación, había encauzado la publicación del proyecto Tusculum en una serie de monografías, para lo cual, Tusculum, La Escuela y diversas universidades españolas se vinculaban a través de la colaboración en el proyecto de cuatro tesis doctorales sobre el yacimiento, la primera de las cuales se publicó en el 2006. Estas últimas formaban parte de las 12 tesis doctorales que codirigió, en coherencia con otra de las vertientes que siempre le fueron caras, la formación de investigadores y, en consecuencia, la atención a los becarios que recalaban en la Escuela (49 entre 1995 y 2005). Miembro de comités de redacción, dirección y lectura de diversas revistas⁴ y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, miembro del comité directivo de la *Sezione Romana del Istituto Internazionale di Studi Liguri* y socio correspondiente del *Deutsches Archäologisches Institut*, Berlín, fue, sin embargo, la Asociación Internacional de Arqueología Clásica (AIAC), a la que dedicó en los últimos años buena parte de su tiempo y entusiasmo, siendo su secretario general (1994-1999) y director de *AIAC News* entre 1992 y 1998. Profundamente arraigado en la arqueología de su país de

³ Por otra parte, puede consultarse su producción científica en: F. Beltrán Lloris; Xavier Dupré i Raventós (Barcelona 1956-Roma 2006), *Palaeohispanica* 16 (2006), 25-41.

⁴ Archivo Español de Arqueología, Pyrenae, Iberia, Revista d'Arqueologia de Ponent, Fonaments, FOLD&R.

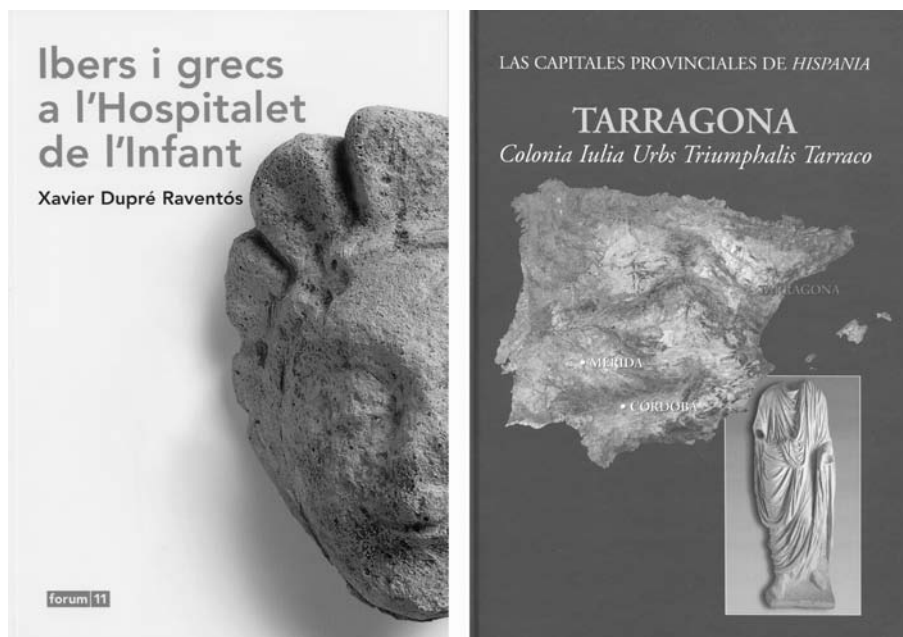


Figura 4
El volumen dedicado a Tarraco de la colección Ciudades romanas de Hispania (derecha) y la monografía *Íbers i grecs*, editada por el Museu Nacional Arqueològic de Tarragona.

origen, pero, a la vez, con una clara visión de la necesidad de ésta de insertarse más a fondo en el panorama arqueológico internacional, emprende un proyecto, que para él fue muy querido, la colección *Ciudades Romanas de Hispania* de l'«Erma» di Bretschneider. Lo inicia con los tres volúmenes dedicados a las capitales provinciales, Tarragona (figura 4), Mérida y Córdoba, en cuya introducción se manifiesta en el sentido más arriba indicado.

En los últimos dos años de su vida, pletóricos de proyectos y realizaciones, a pesar de su grave enfermedad, retorna a uno de sus primeros temas de investigación: las terracotas arquitectónicas. Durante su primera estancia en Roma, Xavier Dupré colaboró en la monografía sobre el Santuario de Juno en Gabii de Martín Almagro-Gorbea, estudiando las terracotas arquitectónicas del mismo, estudio que constituyó su tesis de licenciatura⁵. Curiosamen-

te, sus dos últimos artículos están dedicados a unas antefijas, esta vez hispánicas, cerrando así un círculo y dando muestra del camino recorrido y del cambio de perspectiva desde la juventud a la madurez científica. A partir de muy pocas piezas, unas procedentes de *Emporion* y otra de la localidad de Hospitalet de l'Infant (Vandellós, Tarragona), teje sendos artículos, el primero publicado en la revista *Empúries* y el segundo en el Homenaje a Pilar León⁶, donde, en realidad, expone brillantes y sugerentes hipótesis sobre la acrópolis emporitana, en el primero, y sobre la existencia de un santuario griego arcaico en l'Hospitalet de l'Infant (figura 4), en el segundo, cuya corrección de pruebas fue uno de sus últimos objetivos antes de morir.

Que a él la tierra y a nosotros su ausencia nos sean leves.

Núria Rafel Fontanals

⁵ *Les terracuites architectoniques du sanctuaire de Gabii (Laci, Italia)*, 1981.

⁶ Republicado en versión catalana en el número 11 de *Forum*, monografías del Museu Nacional Arqueològic de Tarragona.

CUESTIONES GENERALES, MODELOS Y CRONOLOGÍAS

MODOS DE CONTACTO Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: LOS ORÍGENES DE LA EXPANSIÓN FENICIA

Jaime Alvar Ezquerro*

En un estudio monográfico sobre el problema de la «precolonización» fenicia parece oportuno plantear algunas reflexiones teóricas y metodológicas que ayuden a suscitarse cuestiones elementales sobre los modelos explicativos que utilizamos para hacernos inteligibles los materiales arqueológicos y hacer con ellos compatibles los datos proporcionados por las fuentes literarias.

El mero empleo del término «precolonización» supone una forma de percepción de la realidad histórica y presupone un criterio taxonómico útil. En efecto, supone aceptar que hubo un comportamiento colonial fenicio en Occidente y que antes de esa modalidad de contacto hubo otra que se enuncia con el término «precolonial». Si los estudiosos de la expansión ultramarina de los griegos de época arcaica tienen dificultades para identificar esa expansión como una auténtica colonización, mucho más reticentes habrían de ser para su uso todos aquellos que niegan en ámbito fenicio un desplazamiento importante de individuos no dedicados a actividades comerciales o derivadas de las servidumbres que éstas ocasionan. No obstante, está generalizado el término colonización para referirse a la expansión ultramarina de los fenicios incluso por aquellos que niegan motivaciones demográficas y agrícolas además de las puramente comerciales. Pues bien, si el término colonial debería de ser tomado con cautela para definir el tipo de actividad realizada por los fenicios de ultramar, la identificación como «precolonial» de una etapa de contactos anterior debería resultar extraña a todos los estudiosos. Desde luego, si el contacto «colonial» puede definir un tipo de comportamiento determinado —aunque resulte difícil de definir y lo usemos analógicamente—, el contacto «precolonial» no describe más que una fase anterior, pero no la cualidad de los contactos. En consecuencia, sería preferible emplear otra terminología para la periodización de

la presencia fenicia —y también griega— en el Mediterráneo central y occidental.

Aunque sea por aproximación a lo que se quiere identificar y definir, el término «colonización» ha resultado cómodo al hablar de la expansión ultramarina fenicia y, por extensión, el de «precolonización» se ha instalado férreamente en la literatura científica, de modo que va a resultar muy penoso articular un discurso convincente para su destierro y proponer una nomenclatura útil y apropiada para su sustitución. La empresa que acometo no es, pues, sencilla.

Como ya he abordado el problema desde postulados estrictamente teóricos, pretendo en este trabajo avanzar algo más en mi interpretación mediante el análisis del problema de la «precolonización» desde la perspectiva ofrecida por los medios de comunicación como instrumentos operativos para los modos de contacto en los orígenes de la expansión de los fenicios por el Mediterráneo (Alvar 1979: 67-86; *idem* 1980: 43 ss.; *idem* 1981; *idem* 1988a: 429-443; *idem* 1988b: 373-391; *idem* 1997: 19-33; *idem* 2000: 27-34; *idem* 2002: 1-20).

Creo que es útil recordar que el término precolonización tiene sus orígenes en los estudios de micenología, desde donde se traslada hasta los investigadores sobre el proceso colonial fenicio, a quienes resulta útil para paliar la disonancia cronológica entre la información literaria y la arqueológica (Moscatti 1983; *idem* 1988: 11 ss.). El desarrollo de la interpretación de las relaciones entre griegos e indígenas ha proporcionado nuevos parámetros para el análisis de lo que se viene denominando precolonización. Los historiadores de la colonización griega han polarizado la situación, desde las posiciones más restrictivas de Graham (Graham 1990: 45-60, esp. 46 y 50)¹, hasta los planteamientos menos rígidos de Domínguez Monedero (Domínguez Monedero 1991: 149-177; *idem* 1994a: 19-48). Además, en el Congreso ya mencionado dedicado al estudio de los *Momenti precoloniali*, se aprecia una gama variadísima de posiciones en virtud del criterio de cada uno de los participantes, aunque son escasos los modelos explicativos propuestos y el alcance de las teorizaciones. El problema sustancial en mi opinión estriba en la idea inherente a los términos de la secuencia precolonial-colonial, de modo que todas las reflexiones quedan atrapadas en una organización temporal de las

* UC3M

¹ Curiosamente, Graham considera precolonial el contacto de los focos con Tarteso y, al mismo tiempo, exige que el contacto precolonial sea inmediatamente anterior al establecimiento de asentamientos permanentes, lo que le obliga a destacar la ironía del caso transmitido por Heródoto, coincidente con establecimientos permanentes, como Masalia (p. 45). La misma paradoja es abordada por R. Olmos (Olmos 1986: 584-600; *idem* 1989: 495-518). Olmos intenta resolver el problema de un Coleo de Samos actuando como «precolonizador aristocrático» en un período en el que ya se ha implantado el comercio empórico.

Aprovecho este punto para agradecer al Dr. Domínguez Monedero la lectura crítica de mi primer borrador que sin duda ha experimentado, tras ella, mejoras.

formas de contacto que desemboca en la paradoja destacada por Graham a propósito de Tarteso. Creo, pues, imprescindible cambiar nuestra posición ante el problema, olvidar la obligada secuencia temporal que exige el prefijo *pre-* y afrontar el fenómeno desde una nueva perspectiva.

Mi punto de partida ha sido la sugerencia de que aquello que se da en llamar precolonización no es una fase en el proceso del contacto, sino que constituye en sí misma una modalidad del contacto entre culturas. Enunciado el asunto de esta otra manera se aprecia de inmediato la estrechez del término «precolonización» que designa una situación muy compleja, cuya característica esencial no es ser anterior a la modalidad de contacto colonial, sino generar unas formas de interrelación con otros ámbitos culturales distintas a las que son propias del período colonial. De ahí se deriva la necesidad de abandonar el uso de términos con connotación cultural y cronológica, como son colonización y precolonización, y que se sustituyan por términos de clasificación formal. En realidad, el problema de la conceptualización y su terminología no se agotan en sí mismos, gracias a un hallazgo más o menos feliz o pertinente, sino que han de ser entendidos como meras herramientas que contribuyan a una interpretación más correcta de los procesos históricos y de las relaciones sociales que en ellos se generan.

Colonización y precolonización son ante todo modos de contacto, cuya diferencia estriba esencialmente no en el criterio de la secuencia temporal, sino en la frecuencia, intensidad y características del contacto entre culturas. Por ello desearía identificar la colonización como una de las formas posibles en una forma más general de relación intercultural que podríamos denominar Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH)². Entre sus características estarían el control directo o indirecto de la explotación de los recursos locales, la gestión de la exportación de los excedentes, la regulación de las formas de intercambio por parte de la comunidad que se desplaza y la consiguiente relación hegemónica³ con el entorno local. La sistematización regularizada de las relaciones y el predominio del elemento exógeno son, pues, las claves que permite identificar el MCSH.

La precolonización, en cambio, al no compartir esas características, ha de ser encuadrada en otra modalidad del contacto entre culturas. Los intercambios pueden ser esporádicos, lo que no requiere ni regularidad, ni sistematización. Además, el objetivo es lograr un determinado

abastecimiento, que no exige el control de la producción o la de su redistribución, por lo que pueden existir enclaves comerciales permanentes sin función administrativa. En consecuencia no tiene por qué manifestarse una especial violencia en las relaciones al no existir intención hegemónica. Sin embargo, no hay que confundir esta situación con una utópica relación equilibrada entre las culturas que entran en contacto. De hecho, creo que al producirse el desplazamiento y la búsqueda de un intercambio, éste ha de ser necesariamente desigual. La hegemonía no es la modalidad de comportamiento requerido, y por eso he propuesto que lo denomináramos Modo de Contacto no Hegemónico (MCnH) (Alvar 1997: 21), aunque admito que no es el mejor enunciado, pues se define mediante la negación del contrario; sería preferible localizar el criterio interno más específico de la modalidad y, al tiempo, el más generalizado en esa modalidad. Si se admite que es el modo de contacto destinado al abastecimiento de la sociedad que se desplaza mediante relaciones esporádicas y sin regulación formal o administrativa con las poblaciones abastecedoras, podríamos denominarlo Modo de Contacto Esporádico, en el que cada contacto tendría entidad propia con principio y fin en sí mismo. No variarían las siglas si optáramos por identificar esta modalidad de intercambio no como un acontecimiento aislado en las relaciones, que no requiere una sistematización, sino como un episodio de un conjunto más amplio: se trataría de un Modo de Contacto Episódico. Sin embargo, estas dos modalidades no incluyen la posibilidad de contactos regulares con enclaves permanentes que no ejerzan una función hegemónica, por lo que es preferible mantener el rótulo de MCnH que englobaría dos modalidades en virtud de la presencia o no de establecimientos permanentes. Resulta así que un criterio determinante hasta el presente, como era el de la presencia permanente de foráneos, deja de ser válido al analizar las modalidades de contacto. Los enclaves arqueológicamente detectados no indican necesariamente una actividad colonial, de modo que la división tradicional entre colonización y precolonización deja de ser, desde esta perspectiva, operativa. De este modo podemos focalizar de un modo diferente los hallazgos más recientes, por ejemplo, de Huelva, cuya fase inicial correspondería a un MCnH, pues no tiene carácter colonial. Otros ejemplos similares serían Gravisca o Náucratis, frente a las auténticas fundaciones coloniales.

² Corrijo la propuesta anterior en la que utilizaba el término «sistemático» (Alvar 1997: 21). Prefiero emplear el adjetivo sistémico, pues esta modalidad de contacto afecta a la totalidad del sistema económico de todas las comunidades que interactúan. Este modo de contacto, obliga a la comunidad desplazada a organizar un sistema general de acción para garantizar la regularidad del abastecimiento de bienes y obliga a la comunidad receptora a arbitrar mecanismos operativos para el correcto desarrollo del intercambio, lo que en definitiva genera cambios en sus estructuras económicas y sociales o, dicho de otro modo, en sus relaciones sociales de la producción.

³ Entiendo el término «hegemonía» en sentido gramsciano como dominación y liderazgo (p. ej., Gramsci 1971: 57; Mouffe 1987: 219-234).

Al negar la función colonial de estos enclaves se solventa, además, la incomodidad que generaba a los estudiosos la presencia contemporánea de relaciones precoloniales y coloniales. Pero la solución a ese problema no procede de una pirueta argumental, sino precisamente del cambio radical en el planteamiento de las formas de contacto intercultural. De hecho, al considerarlas dos modalidades diferentes su presencia puede producirse en cualquier situación, pues lo que las caracteriza no es el momento, sino la modalidad del contacto. Y así, la aceptación de dos modos diferentes de contacto, con variantes o modalidades internas, permite una mayor flexibilidad de interpretación, pues una misma comunidad puede estar actuando contemporáneamente con ambos modos, en virtud, esencialmente, de dos parámetros que proporcionan la dimensión histórica a la inquietud taxonómica: quiénes son los que generan el contacto y quiénes son los receptores de ese contacto. Es precisamente ahí donde entra en liza el asunto de los medios materiales mediante los que se realiza el desplazamiento de una comunidad para entrar en contacto con otra.

Me interesa destacar que en ambos modos de contacto la relación establecida es desigual. Sólo desde una perspectiva idealizada se puede imaginar una relación igualitaria cuando los condicionantes económicos y sociales previos al contacto no son homogéneos. Evidentemente el producto de tales relaciones no puede ser igualitario. Así pues, es necesario, para un análisis equilibrado, conocer el grado de desigualdad inicial de ambas comunidades y evaluar no sólo en términos económicos, sino también sociales (por ejemplo, el prestigio) la incidencia que en una y otra tiene el contacto a través de una u otra modalidad. La disimetría es más acentuada en el MCSH no porque exista una tendencia «inexorable» al tránsito del MCnH al MCSH, sino porque en el seno de la sociedad que se desplaza se han transformado las condiciones internas que propician el refuerzo del intercambio desigual. Reitero, no es el factor cronológico el que hace más complejas y, por tanto, desiguales, las relaciones entre comunidades, sino los propios grados de desarrollo interno de cada una de las formaciones que entran en contacto. Y es precisamente por ello por lo que no es indiferente que el intercambio se realice en virtud de una u otra modalidad de contacto. Si fuéramos capaces de otorgar contenido estructural a ambas modalidades de contacto podríamos comprender mejor procesos y situaciones que ante una información documental precaria resultan difícilmente inteligibles.

Las formas de intercambio desarrolladas a partir del establecimiento de enclaves de tipo colonial son las que se pueden analizar, dentro de su complejidad, con mayor facilidad y por ello resultan relativamente bien conocidas. Sin embargo, las correspondientes a la llamada etapa

precolonial han resultado especialmente dificultosas para la observación de los estudiosos como consecuencia, en mi opinión, de la propia falta de definición del objetivo buscado. En efecto, se han empleado como procedimiento de identificación criterios emanados del contacto colonial, de manera que se han requerido resultados arqueológicos propios de esa modalidad para aceptar presencias precoloniales. Obviamente, desde una perspectiva metodológica, ese planteamiento es repudiable. Sin embargo, es preciso reconocer la dificultad inherente a la descripción del MCnH si tenemos en cuenta las variadísimas situaciones en las que se pueden encontrar los receptores de los contactos: desde formaciones sociales de gran simplicidad hasta comunidades con aparato estatal. Por ello, antes de manejar la variable de los destinatarios, convendría atender inicialmente a la actividad de los que se desplazan.

Es preciso tener presente que el MCnH puede satisfacer perfectamente la demanda de un bien requerido durante un dilatado período de tiempo. Dependerá de la magnitud de la necesidad que de ese producto exista en la sociedad demandante y la capacidad de respuesta que tenga la productora. La primera consideración que conviene retener en este sentido es que el desplazamiento se realiza inicialmente de forma irregular para obtener un bien de consumo apreciado, pero quizá no imprescindible. No es frecuente que la inauguración del intercambio sea consecuencia de la creación de una empresa a gran escala. Por el contrario, han de ser contactos irregulares, derivados de un conocimiento previo, los que propicien finalmente el cambio de la modalidad del intercambio, aunque —reitero— el contacto esporádico puede abastecer adecuadamente una demanda durante un dilatado período de tiempo, por lo que el cambio de modalidad no es un requisito ineludible.

Ahora bien, cuando el producto requerido se convierte en una auténtica necesidad para el mantenimiento del orden económico y social de la comunidad receptora, puede provocar un cambio en la modalidad del contacto, pasando de MCnH a MCSH. En este sentido me interesa destacar el uso que de la propuesta de sustitución del concepto «precolonial» por el MCnH ha hecho reiteradamente Domínguez Monedero, cuyo análisis de las prácticas emporitanas me parece del todo convincente (Domínguez Monedero 2002: 65-95; *idem* 2001: 27-45). La coexistencia de los modelos ha sido asimismo aceptada por Blázquez en el caso de la Península Ibérica (Blázquez 2005: 129-148). Pero no han de ser los criterios de autoridad los que ayuden a la defensa de la tesis. Será más bien la solidez de los argumentos y la utilidad de las propuestas lo que las haga efectivas.

No encuentro en el panorama académico alternativas válidas para abordar el problema que planteo desde

perspectivas diferentes. Me ha interesado el concepto de *interacción* sugerido por Ruiz-Gálvez pero por desgracia el planteamiento que desarrolla es tan difuso y poco trabado que no parece más que una propuesta de circunstancia, pues la interacción, de hecho no define nada, simplemente constata el contacto entre culturas, pero no establece las categorías del contacto, su modalidad o repercusión en las sociedades afectadas, por más que a partir de los datos arqueológicos se pueda acceder al préstamo de la escritura, de los sistemas de pesos y medidas o —si fuere el caso— los síntomas del cambio en las formas de organización política (Ruiz-Gálvez 2000a: 9-25).

Ciertamente, la interacción es una realidad que requiere sus propias explicaciones para ser inteligible. Y este es el momento en el que podemos volver nuestra mirada a los agentes de la interacción y analizar de qué manera influyen en la modalidad del contacto (Alvar 1998: 49-59).

Con frecuencia se ha postulado que el mecanismo más paradigmático del contacto precolonial, es decir, del MCnH, es el llamado «comercio silencioso».⁴ Está descrito por Heródoto (IV, 196, 1-3) y también alude a él un pasaje del Pseudo Escílax (K. Müller 1965: 94; Peretti 1979; Domínguez Monedero 1994b: 61-80), así como otros autores posteriores, en concreto, Plinio a propósito de los seres (NH., VI, 17, 54; 22, 88-89)⁵ o Filóstrato a propósito de los etíopes (*Vit. Apoll.*, VI, 2)⁶. El texto de Heródoto dice:

«Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libia, allende las Columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver el humo, acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de

las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni los unos ni los otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro hasta que, a su juicio, haya igualado el valor de las mercancías, ni los indígenas tocan las mercancías antes de que los mercaderes hayan cogido el oro».

(trad. C. Schrader, BCG, Madrid, 1979, 467-468).

Me interesa en estas circunstancias traer a colación tan manido texto porque reiteradamente nos hemos empeñado en proponerlo como expresión del comercio precolonial fenicio, a pesar de que Heródoto habla bien explícitamente de cartagineses, cuando el comercio «colonial» está suficientemente bien atestiguado en todo el Mediterráneo y también en la fachada atlántica. Pero es que además, nada sugiere que esa práctica, así descrita, haya de derivar en un posterior comercio «colonial». Este caso pone nuevamente de manifiesto la coexistencia de ambas modalidades de contacto y cómo la aplicación de una u otra no es producto de una secuencia necesaria, sino de las condiciones de la relación.

Ese asunto entra de lleno en la cuestión de los efectos económicos del modo de contacto. Mucho se ha debatido en torno a la idea de que en el «comercio silencioso» hay un intercambio de bienes análogo al que se describe en la «economía del don-contradón» (Maus 1985: 145 ss.), contenida en ámbito griego, al menos parcialmente, en la modalidad denominada *prexis* aristocrática (Mele 1979: 58 ss., esp.78). Sin embargo, los historiadores de la economía de corte modernista han defendido que en el «comercio silencioso» está ya plenamente establecida la ley de la oferta y la demanda, fundamental

⁴ El pionero en el estudio de esta modalidad de intercambio fue A. Sartorius von Walterhausen (Sartorius von Walterhausen 1896: 33 ss.). La limitación de sus conclusiones fue resuelta temporalmente por el estudio de mayor envergadura de P.J.H. Grierson (Grierson 1903); después, en la línea evolucionista, habría de retomar el asunto R. Henning (Henning 1917: 265 ss.). Desde posiciones menos proclives al enunciado de la dinámica general de la economía y más análogas con la realidad histórica analizada: N.F. Parise, (Parise 1976: 75-80); A. Giardina, (Giardina 1986: 277-302). Desde una óptica más general se puede obtener una idea de las formas de intercambio en el Próximo Oriente en A. Archi (ed.), (Archi 1984).

⁵ Seres es la denominación muy probablemente de los chinos en las fuentes clásicas. Su práctica del «comercio silencioso» la resume así Solino (50, 4): «Sus propios traficantes cruzan el río principal, en cuyas orillas depositan sus cosas fijando el precio de las mercancías expuestas sin que medie ninguna comunicación oral entre las partes, pero se valen de los ojos; de las nuestras no compran» (trad. F. J. Fernández Nieto, BCG, Madrid, 2001). También aluden al asunto Mela (III, 60); Amiano Marcelino, XXIII, 6, 68 (cuyo contenido es prácticamente idéntico al de su presumible contemporáneo Solino), entre otros.

⁶ Por no alargar más el texto, reproduzco en nota la descripción —que guarda sorprendentes analogías con la de Heródoto— de la *Vida de Apolonio* en la espléndida traducción de A. Bernabé (BCG, Madrid, 1979):

«Al llegar, pues, a las fronteras entre etíopes y egipcios —llaman a estos lugares Sicámino— encontró oro sin acuñar, lino, marfil, raíces, mirra y especias. Todo aquello estaba por el suelo, sin vigilancia, en un cruce de caminos. Voy a explicar qué sentido tiene eso, pues se trata de una costumbre que llega hasta nuestros días. Los etíopes llevan mercancía de cuanto produce Etiopía, y los otros, tras llevársela toda, traen al mismo sitio mercancía egipcia del mismo valor, adquiriendo lo que no tienen a cambio de lo que tienen. Los que habitan en la frontera de ambos países no son del todo negros, sino semejantes en color a ambas razas: pues son menos negros que los etíopes, pero más que los egipcios».

para la existencia de una economía basada en el mercado (Giaccheri 1969: 93 ss.). En mi criterio, el intercambio logrado es desigual por la propia naturaleza de las partes intervinientes. Asumo que ambas partes pueden evaluar sus «costos de transacción», aunque con distintos calibradores⁷.

Los responsables fenicios del contacto comercial han realizado una inversión económica que pueden establecer con notable precisión, pues pasa desde la construcción del navío y su dotación hasta la compra de la carga y la estimación de los beneficios deseables. En definitiva, el fenicio sabe cuál es el costo de su operación y, por tanto, cuánto debe obtener a cambio de sus mercaderías. Por su parte, el responsable indígena ignora esos valores. La extracción de minerales y la obtención del metal no está sometida a una relación laboral cuantificable en términos crematísticos y, en consecuencia, no es fácil transformarlos en términos de valor. En realidad no le resulta posible estimar cuánta cantidad de su bien (plata, oro, estaño o cobre) ha de entregar a cambio de las manufacturas que los fenicios le ofrecen. Es la idea que se deriva del texto de Heródoto sobre el comercio silencioso.

Para llegar al acuerdo en la transacción el fenicio insiste en la obtención de una mayor cantidad de metales, pues necesita alcanzar y superar el límite establecido por la inversión realizada en la acción comercial. Entretanto, el indígena se ve obligado a proponer un primer acuerdo sin saber si es excesivo o no para lograr los bienes que desea. Si por casualidad en esa primera aportación de metales supera con creces la inversión previa del fenicio, las mercancías alcanzan un sobrevalor que afectará en las ciudades de origen tras el retorno. Si la cantidad inicial estimada por el indígena como contrapartida resulta escasa, el procedimiento para llegar al acuerdo resulta tan primario como lo describe Heródoto, pero lo interesante es reflexionar sobre los elementos que intervienen en el acuerdo. Presuntamente el fenicio esperará el incremento más allá del beneficio inicialmente calculado para que la operación le resulte más rentable. Ahora bien, sin duda, preferirá concluir un mal acuerdo, incluso por debajo del límite del costo, antes que regresar con el cargamento intacto. Por tanto, aunque tiene el conocimiento inicial del costo de su inversión, lo cierto es que está constreñido al acuerdo para que la pérdida sea lo más baja posible. Y más allá de los cálculos están las decisiones. Si no hay coincidencia entre el propietario

inversor y el capitán mercader, éste podría engañar a aquél sobre la cuantía del beneficio obtenido. No queda más alternativa que aceptar que en el desplazamiento físico tiene que haber alguien perteneciente al círculo íntimo de confianza del inversor. Extremo que incide en mi afirmación reiterada de que la actividad comercial corresponde a una iniciativa aristocrática desde sus propios orígenes (Alvar 2001a: 11-33; *idem* 2002: 1-20).

El aristócrata indígena, a pesar de la aparente facilidad que tiene para obtener el bien deseado por el comerciante foráneo, tiene también sus propias limitaciones e interferencias en la consecución del acuerdo. Presuntamente, la ignorancia del valor de las manufacturas lo sitúa en una posición de inferioridad. Sin embargo, como tampoco puede evaluar en términos crematísticos el costo de producción de las materias primas que ha de entregar —y que las consigue mediante la intensificación del trabajo de sus dependientes, sin que ello repercuta directamente en su situación económica— la desventaja inicial se anula bajo esta condición. Ahora bien, hay un último extremo que interviene tan acuciantemente en la conclusión de un acuerdo positivo como en el caso del extranjero. Si aquél estaba obligado al acuerdo porque no lograrlo supondría una pérdida mayor que la venta por debajo del costo, en este caso es una razón de prestigio social la que exige el acuerdo. No puede quedar intacta la consideración del jefe incapaz de obtener las mercaderías ofrecidas por unos extranjeros. Puesto que la posición social, la marca de la jerarquía, se deposita en la exhibición de propiedades y ornamentos inalcanzables para el resto, el jefe ha de hacer lo imposible para lograr el acuerdo. Por consiguiente, todo resulta proclive a que independientemente de las circunstancias de cada caso siempre se produzca acuerdo. Lo anómalo sería lo contrario y por ello el intercambio lejano se regulariza tan pronto.

Podría dar la impresión de que se logra un equilibrio entre ambas partes, pero me atrevo a insistir en que se trata de un intercambio desigual a pesar de las apariencias. El desequilibrio surge desde el momento en el que el indígena se ve obligado a tasar la oferta extranjera sin conocimiento de su valor. La regulación del valor, desde ese momento, será imposible a la baja. De modo que a partir de ese momento el extranjero demandará cada vez más materias primas como contrapartida sin que el indígena pueda reequilibrar las condiciones del trueque. Y sin llegar a producirse una situación de dominación y

⁷ El *transactions cost analysis* fue aplicado, contra las propuestas de K. Polanyi, por D. C. North (North 1977: 703-716). Con ese trabajo dio lugar a una larga polémica que persistió hasta la década de los 80 y que después se ha mantenido de modo más difuso en la bibliografía especializada en economía antigua. La réplica inicial desde las posiciones modernistas fue capitaneada por M. Silver (Silver 1983: 795-829). A su vez, este autor fue criticado por A. Mayhew, W.C. Neale y D.W. Tandy (Mayhew *et al.* 1985: 127-134). La defensa inicial de Silver se encuentra en su artículo: «Karl Polanyi and Markets in the Ancient Near East: Reply» (Silver 1985a: 135-137), así como en el libro ulterior, *Economic Structures of the Ancient Near East* (Silver 1985b).

hegemonía, sí hay una cierta disparidad en los beneficios, pues sus resultados son asimismo de naturaleza diferente. Mientras que el fenicio obtiene beneficios económicos contables, el indígena obtiene beneficios de prestigio social y consolidación de su hegemonía ante la comunidad que lidera.

La constatación del éxito se realiza cuando año tras año las naves fenicias se lanzan en busca de los mismos lugares en los que con anterioridad habían logrado acuerdos positivos. La reiteración del contacto no implica una regularización y mucho menos el establecimiento de enclaves comerciales en el lugar de los intercambios. Ciertamente, cabe la posibilidad de que este modelo de contacto esporádico, no hegemónico y episódico (MCnH) persista satisfactoriamente en el tiempo sin llegar a generar un proceso colonial.

Pero lo que me parece asimismo evidente es que una vez que en los viajes de regreso se recogen los beneficios en las metrópolis, los aristócratas que habían sufragado el viaje y provisto las mercancías, no van a permitir que la renta de la inversión sea aprovechada por otros (Alvar 2001b: 71-85). Es en este sentido en el que considero sumamente difícil aceptar que la iniciativa de la expansión comercial fenicia haya correspondido a particulares ávidos de aventura, pequeños empresarios intrépidos y arriesgados que abrieran de este modo las puertas del libre mercado a la historia. Sin lugar a dudas, los propietarios de los medios de comunicación son los únicos capaces de emprender la aventura comercial que queda, de este modo, reducida a un hecho singularmente aristocrático (Alvar 2001a: 20).

Pero esto guarda relación también con el problema anteriormente planteado acerca de la existencia o no de un intercambio igualitario en el comercio silencioso o de forma más genérica en el MCnH. Estoy convencido de que quien domina los medios de comunicación, que posibilitan el intercambio, impone una relación desigual con la comunidad a la que se desplaza, precisamente por la superioridad que le otorga la capacidad de desplazarse, ajena a las posibilidades de la comunidad receptora. Insisto, pues, el aparente equilibrio logrado en las transacciones por medio del «comercio silencioso» no es más que una ilusoria fantasía (Plácido *et al.* 1991: 155-156).

Así, frente a una opinión generalizada en los últimos años, me opongo a creer que el origen de la expansión ultramarina de los fenicios pudiera haber estado ocasionado por una iniciativa particular de individuos no necesariamente vinculados a la clase dominante. Aprovecho

esta negativa para enfocar el problema hasta aquí planteado desde la óptica de los medios de comunicación, tal y como se formula en el título de este trabajo.

Entiendo por medios de comunicación los instrumentos mediante los cuales se materializan los contactos interculturales, la comunicación entre las comunidades que entran en contacto, es decir, los barcos. El desarrollo de la carpintería naval requiere artesanos a tiempo completo (Rival 1986), cuya actividad, como la de la mayoría de los artesanos en los regímenes palaciales a lo largo de la Edad del Bronce, estaría bajo la órbita económica del Estado que procura los materiales y mantiene a los trabajadores. No parece aceptable que existan particulares capacitados –en torno al cambio del segundo al primer milenio– para hacerse cargo de los costos derivados del complejo proceso de construcción de una nave. Y así, en la medida en la que los barcos intervienen en la adquisición de bienes por parte del grupo dominante, cuyo estilo de vida caracterizan, será en la que tal mismo grupo atienda ese sector artesanal dinamizándolo o manteniéndolo. En este sentido, el comercio ultramarino estaría en manos de los grupos dirigentes del Estado, únicos capacitados para afrontar el gasto requerido en la construcción y aparejo de una nave. Sólo ellos tendrían la posibilidad de obtener, de forma directa o indirecta, los beneficios generados mediante los intercambios. No es probable que hubiera otros miembros de la comunidad capacitados para acceder a esas riquezas. Quizá en alguna ocasión pudo alterarse la norma, por ejemplo, como consecuencia de motines o bien cuando un capitán se apropia de los bienes del armador o del arrendatario del barco, casos que conocemos históricamente gracias a los discursos de Demóstenes⁸. Es cierto que tales situaciones se atestiguan en el siglo IV, pero pudieron haberse dado en siglos precedentes de una forma análoga (Gernet 1964 [1955]; Paoli 1974 [1930]; Cohen 1973 y 1979). Para la chusma, el mar es un medio de subsistencia, no Jauja donde cualquiera da un golpe de timón y sitúa a Fortuna como guía en su vida. Las palabras de Escalante de Mendoza, escritas en 1575, son suficientemente ilustrativas:

*«no codiciéis las riquezas que da una nao...
no conozco a nadie que se haya enriquecido con el sueldo de
marino...».*

La relación de dependencia entre tripulación y armador es, en consecuencia inherente a la estructura económica

⁸ Por ejemplo, en *Contra Zenothemis*, 5 ss. y 10 ss., se indica cómo Hegestrato y Zenotemis adquirieron mercancías y, en lugar de trasladarlas en su nave, las transportaron en secreto a Marsella con objeto de defraudar a sus prestamistas. El fraude consistía en hacer naufragar la nave en la que supuestamente iba el producto, de forma que, como el naufragio era circunstancia liberatoria de la obligación de los prestatarios, Hegestrato y Zenotemis no tendrían que devolver el préstamo. Cf. Castresana 1982: 27. Agradezco a Mirella Romero la información proporcionada sobre todo este asunto.

de las ciudades fenicias, dada la coincidencia entre la clase dirigente y los armadores. Los orígenes, pues, de la actividad ultramarina de los fenicios están en la capacidad de la clase propietaria para armar y fletar una nave, cuya mercancía es propiedad del naviero, beneficiario máximo de las relaciones de intercambio de largo alcance. Ese intercambio puede realizarse de distintas maneras, pero en principio, aquí se definen dos bien diferenciadas. Por una parte, las relaciones no sistematizadas que pueden realizarse sin una frecuencia preestablecida y que no requieren una forma de dominación sobre la comunidad a la que ofrecen su mercancía. Esa forma de relación que es esporádica, es decir, fortuita u ocasional, sin conexión aparente o necesaria con otros contactos precedentes o consiguientes; pero también puede ser episódica, es decir, incidental y que por tanto puede guardar relación con un movimiento general de intercambios, pero no necesariamente de un sistema organizado que recurre al dominio y la hegemonía en su interacción con los consumidores de sus mercancías. Estos intercambios pueden realizarse incluso existiendo enclaves permanentes cuya misión no es organizar administrativamente ni dominar a los indígenas. Es el Modo de Contacto Esporádico/ Episódico no Hegemónico (MCnH) que no puede identificarse con lo que se ha dado en llamar «precolonización», aunque comparte ciertos espacios con ella.

Por otra parte, y frente a este modo de contacto, existe una modalidad caracterizada por la dominación de la contraparte con el objetivo de intensificar el beneficio y organizar sistemáticamente la explotación. Ello requiere un cambio en las formas de producción y, en consecuencia, una intervención directa o indirecta sobre las poblaciones autóctonas. Característica de esta modalidad sería la aparición de asentamientos de tipo colonial, es decir, enclaves en los que se instalan fenicios capaces de facilitar las actividades de intercambio, ofreciendo servicios para la náutica o la marinería, y generando más o menos involuntariamente lazos de confianza —o de violencia— con el entorno nativo. Pero no cualquier establecimiento tiene como objetivo el predominio. Los enclaves destinados a satisfacer las servidumbres náuticas no son de carácter colonial a menos que formen parte de un tejido

organizado administrativamente desde centros de mayor potencial. Cuando cambia el objetivo y lo que buscan los fenicios es mantener una relación de superioridad y hegemonía sobre los indígenas, es preciso administrar eficazmente la explotación de los recursos y, por tanto, someter a su propio control e interés las relaciones de producción de las comunidades indígenas. Como ambos entornos socioculturales se ven globalmente afectados por los intercambios, son sus propios sistemas de producción los que se alteran y por ello parece adecuado llamarlo Modo de Contacto Sistemático Hegemónico (MCSH).

Esta es, en definitiva, la manera en la que percibo cómo los orígenes de la expansión fenicia están confinados por los modos de contacto y los medios de comunicación.

ABSTRACT

Colonization and precolonization are terms that refer more than to cultural and chronological realities, to mode of contact whose difference is not sequential, but intensity, frequency and patterns of intercultural relationships. Instead of this terminology, the author proposes two different kind of contacts: the Systemic Hegemonic Mode of Contact (SHMC) and the Non Hegemonic Mode of Contact (NHMC), more easily understood as sporadic or Episodic Mode of Contact (EMC). Both are defined in the paper, and, in opposition to previous criteria, their possible contemporaneity is shown. One example for the SHMC is what usually is understood as Phoenician colonization; an example for the EMC is the well studied «Silent Trade», here discussed once more, to support the «unequal exchange».

The new perspective introduced in this paper is to analyze the problem of the intercultural exchanges under the perspective of the nautical capabilities in order to establish that only the aristocracy was able to organize and thereafter benefice the ultramarine activities. In this sense, this paper claims against the idea of a new middle class emerged from the SHMC; instead of that, not only SHMC but also EMC are modalities of contact under the aristocratic control, that increases and polarizes social relations not only inside the trading society, but also inside indigenous communities. To conclude, the importance is pointed not to the chronological or epiphenomenological aspects, but very deeply in the modalities of interaction between cultures in different level of social evolution.

WRITING, COUNTING, SELF-AWARENESS, EXPERIENCING DISTANT WORLDS. IDENTITY PROCESSES AND FREE-LANCE TRADE IN THE BRONZE AGE/IRON AGE TRANSITION

Marisa Ruiz-Gálvez Priego*

In memory of Javier Dupré and Andrew Sherratt

1. INTRODUCTION¹

I have long been interested in notation systems and the relationship between reading/writing and numerical calculation (Ruiz-Gálvez 1995a, 1998a, 2000a and b, 2003, 2005a and in press; Galán and Ruiz-Gálvez 1996 and in press). In this paper I shall explore the possible role of alphabetic script in the development of independent trade which can be seen in the Mediterranean during the Bronze Age/Iron Age transition. In addition, I shall review the importance of script in the adoption of the new routes to the West that preceded and, perhaps, explained the colonial process of the first millennium BC. I wish here to honour the memory of Andrew Sherratt, whose brilliant ideas and warmth I have always admired, and of Javier Dupré, whom I met just twice but was warm, kind and generous.

2. ALPHABETIC SCRIPT AND SELF-CONSCIOUSNESS

Goody and Watt (1996: 43-46) define the transmission of cultural tradition in oral societies as *homeostatic*. That is why individuals do not clearly differentiate between past and present and why without a written record, neither history nor scientific thought can exist. Thus, as Havelock (1996:61) states, one of the difficulties of thinking in spoken language is the need to use language to think itself. Conversely, writing allows creation of a mental image, i.e. abstraction, reflection, critical thought and Science (Olson 1998). Writing objectifies words, encouraging introspection, self-consciousness and individualization (Goody and Watt 1996: 71; Havelock 1996: 152 *et seq.*). Unlike the highly complex systems with a large number of signs, as well as a laborious and long learning (Pearce, L. 1995; Wentz, E.W. 1995; Cardona

1999: 70) that define logographic, ideographic or hieroglyphic scripts (Green 1992; Fisher 1992; Smith 2003: 278), the alphabet is made up of a limited number of signs, the order of which is fixed, and that, moreover, represents the limited pattern of sounds, which are identified in all languages (Goody and Watt 1996: 50; Logan 2004: 3). These features made it easier to learn it and meant it could not be controlled by a small number of *initiates* (Shlain 1998: 65). For this reason, many authors consider that alphabetic script *democratized* knowledge (Goody and Watt 1996: 50) and, as Nivatti (2000: 305) states, reduced the scribes' power thus reinforcing the dominance of Phoenician traders. Some authors relate the development of Greek democracy to the ease of alphabetic reading and writing (Goody and Watt 1996: 65), maybe because the alphabet is much more than a writing system: it is also a system for organizing information, thinking and seeing things (Moore Cross 1992: 77; Logan 2004: 1). In this sense, Logan (2004: 60, 93-101) points out the difference in the way of thinking between both literate and illiterate minds, and among societies with radically different writing systems. Thus, in his view (*ibidem* 117, 147), because reading and writing in Chinese requires memorizing thousands of characters – in view that only 1% of the words are pictographically represented by only one character while the rest need two or more – this system becomes less abstract than the alphabetic one, justifying the basis of the different ways of thinking between East and West. Thus, in spite of Chinese culture's sophistication, Science started in the West, not in the East: thus the alphabet, by means of abstractions, supplied a tool for classification, logic and analysis, as well as individualization. Curious and polemical is Shlain's thesis (1998) on writing being responsible for male dominance over women. This author argues that the *female* way of thinking is holistic, simultaneous, synthetic and concrete, while the male one is lineal, sequential, reductionist and abstract². Writing, particularly alphabetic script, allowed the passage from myth – female thought – to science – male thought – because alphabetic writing favours systematization of knowledge, and logical and theoretical thought, imposing the left hemisphere of the brain over the right, and the male way of thinking over the female. On the other hand, Chinese pronunciation is based on musicality, as each word has nine different tones, and its writing depends on calligraphy, i.e. the

* Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, c/ Profesor Aranguren s/n, 28040 Madrid, marisar.gp@ghis.ucm.es.

¹ This paper is part of the HUM2004-0437/Hist project denominated «*Héroes Mediterráneos: comercio, escritura y pensamiento abstracto*» (*Mediterranean Heroes: Trade, Writing and Abstract Thought*). I am indebted to Mrs. Aixa Vidal for her thorough translation into English of my original Spanish draft and to Xosé Lois Armada and Brendan O'Connor for improving the English text.

² The author obviously does not explain the reasons for these differences and his ideas about them being genetic or learnt, i.e. cultural.

emphasis is on form. Thus, it would favour the development of the right hemisphere over the left, and, in Shlain's view (*vide supra*), favours creativity over scientific speculation and female over male way of thinking.

3. WRITING, NUMERICAL CALCULATION AND TRADE

There is no doubt of the relationship between letters and numbers, between writing and numerical calculation (Senner 1992:17; Chrisomalis 2004). Not only is the beginning of writing linked to bureaucracy and the need to record accounts (Postgate, Wang and Wilkinson 1995; Laurito and Mezzasalma 2004), but the capacity for abstraction favoured by writing also allows making complex mental calculations that are impossible for people with oral culture only (Goody 1990: 110-111 and 1998: 155; Havelock 1996; Cardona 1999: 140; Macià 2000: 53, 78 and others.). Furthermore, letters and numbers share the tendency to organize and hierarchize (Goody 1987: 54-55, 87; Ifrah 1997: chapter 17; Cardona 1999:134, 140), an evident fact in alphabetic script, whose signs have followed the same order since they were invented in the mid-second millennium BC. It is not by chance that Egyptians ascribed the invention of weighing with scales to the god Thoth, who was also the patron of writing and mathematics (Michailidou 2001:54).

In her well-known papers on simple and complex tokens recorded in Mesopotamia from the Neolithic – particularly from the development of urbanism in the Uruk period – Denisse Schmandt-Besserat (1992; Oates 1996) interprets them as mnemonic elements that organize and store economic information. The most exciting aspect of her research is the emergence of the Sumerian script from these tokens, because the cuneiform signs for cereals and domestic animals, as well as their age, sex and quantity, reproduce the form and marks of the tokens. I want to highlight, however, the relationship between writing-calculation-administration, and, particularly in the ancient world, trade.

With the substantivism/formalism debate in the study of ancient economy overcome (Barceló 1981: 113; Earle 1985; Parry and Bloch 1989: 25-27; Sherratt 1994), nowadays it is widely accepted that administrative trade and private enterprise coexisted in Ancient States, being the latter more or less strong according to the strength or weakness of the political institutions. Two moments characterized by significant private trade are the beginnings of the Middle Bronze Age, when Ur III and the Egyptian Middle Empire collapsed, and the Late Bronze Age/Early Iron Age period, from about the Qadesh battle around 1279 BC to some time between the 11th century BC, when Tyre emerged as a commercial power, and

the 8th century BC with the origin of the Greek polis. The first period witnessed the growth of Old Assyrian trade (Renger 1984: 38, 1988: 7; Larssen 1987; Liverani 1995: 283 *et seq.*; Kuhrt 1998; Aubet 2000: 76 *et seq.*). The second, however, is the most relevant for my thesis; thus, it will be mainly discussed here. There are many evidences, both textual and archaeological, for the existence of freelance trade at the end of the Bronze Age. For instance, Aubet (2000: 74-75) mentions the case of Sipit Ba'al, a trader often mentioned in the late 13th century BC correspondence between Tyre and Ugarit as an important businessman, a son-in-law of the Ugarit king and master of the city port. In Tyre he was a representative of the Ugarit king, but ran his own trade business at the same time. After Heltzer (1984: 162, 185, 190 *et seq.*) there are also indications of private property, both lands and trade business, in Ugaritic texts of the 14th and 13th centuries BC. Regarding the latter, he mentions the case of Sinafranu, son of Siginu, who worked as royal agent – *tamkar* – in a large number of transactions, but who also owned goods and made private trade transactions, which were tax-free by royal decree. Another text records a lawsuit by Amaraddu – a high-rank individual trader – against Ammistamru II, king of Ugarit, judged by king Initešub of Carchemish, to whom the Ugarit kingdom was tributary. In this way, the discovery outside the Ugarit palace, of administrative or political clay tablets, including international treaties, in private houses of the second half of the 13th century BC, such as those of Rap'anou, Ouuzzinou or Rašapau (Courtois 1988: 391, 394), or of Urtemu (Cauvet 2000: 43-44; Yon 2003), dated at the time of the destruction of the city, leads one to suspect – me, at least – that at the end of the Bronze Age the palace was a gradually losing power in favour of some high-ranking public servants who controlled both international relations and trade.

A similar situation is recorded by Helck (1987: 17-19) for the Egyptian Ramesside period, with an increasing weakness of the palace in favour to the temple and the public officials, who obtained from the king the privilege to trade on their own in foreign countries in exchange for their loyalty. Later, these individuals sold their tax-free rights to freelance Asiatic traders. Foster (1987: 11-16) also recognises the existence of private owners, generally royal public servants, in Mitanni and Assyria, who bought lands for their own benefit. As regards Mycenae, although we lack information since Linear B tablets do not even mention traders (Michailidou 1999: 100); I find it significant that the texts and some seals (Uchisel 1988) from Mycenae were not found in the palace but in private houses: Petsas' house, the Oil trader's house, the house of Sphinxes and the house of Shields. The «*orthodox*» interpretation considers them

commercial complexes depending on or representing the palace (French 2005: 145). In my view, this is a circular argument³: «since *there are clay tablets there*, these houses *must be palace dependencies*» despite that their contents – lists of products and rations – do not prove their allegiance to the palace (Schelmerdine 1997). Yet, in view of the occurrence of bureaucratic tablets outside the palace also in Thebes (Schelmerdine *ibidem*: 397) and Akrotiri, this latter interpreted by Michailidou (2001: 108) as possible evidence of private accounts, we could consider that these tablets were the accounts of private owners and traders (Uchitel 1988a: 20).

Lastly, the presence of weight stones and scales outside the context of the palace may prove, although it does not necessarily do so, the existence of freelance trade. What cannot be denied, however, is that they indicate the presence of traders who could calculate and, as we will see later, record their accounts. In a recent paper, Ratnagar (2003) analyzes the evidence of 3rd millennium BC weight stones in the Harappan and Mesopotamian cultures, found far from their original region. They are always very small as if to weigh either small quantities or light objects⁴. The aforementioned author (*ibidem*: 86), on the basis of ethnographic evidence from tribal societies, shows how in non-market economies exchanges are directly made by the lot, or a lot by an amount of money, and not by quantifying by weight or volume. He also argues that the ancient trader may have left his country carrying packed and sealed goods whose amount/weight had been previously specified by an agreement. Thus, there was no need to carry a set of weights to measure the goods again upon arrival, but if any lot were to be divided indicating retail and private trade, as Powell (cited in Ratnagar 2003) postulates or, as that author prefers, importation of goods according to the weight system of the country of origin, whose weight has to be checked by the trader with his own set of weights corresponding to his own country's standard, as he had to prepare accounts when he returned home. It is my belief that both alternatives are compatible and, as is the case for administrative

trade/private trade, it should rely on the time and political trends.

I have already stated elsewhere (Ruiz-Gálvez 1997; 2005a: 260; Galán and Ruiz-Gálvez in press) that the context of the Gelidonya finding of a set of small balance weight stones, as well as scrap, ingots and smith's tools (Bass 1967), and of two equally small weights at Kfar Shamir (Galili 1985; Galili *et al.* 1986), reflects independent trade, most probably from port to port. Furthermore, it is also highly probable that the three traders on board the Uluburun wreck (Pulak 1991, 1997, 2000) supplemented their jobs as public servants with private trade activities, as – I think – is indicated by the presence on board of at least two scale pans, three complete sets of weight standards and gold scrap, together with a very rich load of raw material, corresponding probably that last to State or administrative trade.

4. TRADERS WHO RECKON, TRADERS WHO TAKE RECORDS, TRADERS WHO TRAVEL

So, we may think that some traders could make more or less complex abstract calculations by using binary⁵ or additive⁶ systems, helped by visual references in the weight stones such as marks, form or size, which would ease calculations. This does not necessarily imply, however, that these traders were also able to read and write. Simple calculation systems such as noting with knots in a piece of string, or marks or cuts in a wooden fragment may have been enough for their accounts (Ifrah 1997: chapters 5-6). Nevertheless, I think there is archaeological evidence that traders in areas using alphabetic systems could read and write, as well as make calculations, as for instance, four findings in Mediterranean wrecks associated with scripts. The first, the already mentioned at Uluburun (Pulak 1991, 1997, 2000), where sets of weight stones and scales were recorded, together with two wooden diptychs or writing boards with ivory hinges, presumably used like the ones from Nimrud (Wiseman 1955: 3-20), to write on wax mixed with orpiment, which was also found in the ship's cargo (Bass 1997) and was used to

³ Another circular argument is that the diptychs found in private houses in Ugarit indicate that their owners were palace public servants allowed to *work at home*... (Courtois 1988: 394). Why the possibility that they reflect the political weakness of the palace against the increasing power of the public officials is not considered?

⁴ But which, however, must have been quite valuable. Thus, as the aforementioned author (*ibidem*: 81) says, in the Near East certain raw materials such as necklace beads and others were merely counted, while wheat and oil were quantified by measures of capacity but only the lapis-lazuli, gold, ivory and coral were weighed.

⁵ Double, quadruple, octuple... a half, a fourth, an eighth... The marks on the weight stones indicating if they are the unit, half or double would ease calculations.

⁶ Based in the addition of two or more weight stones, whose form, mark or size represents their value, and when added together represent the following multiples: 1+1+2+3+5+8, etc. According to Ifrah (1997:226) Sumerian numeric writing was based on this system, which Petruso (1985) states was widespread in the East Mediterranean at the end of the Bronze Age.

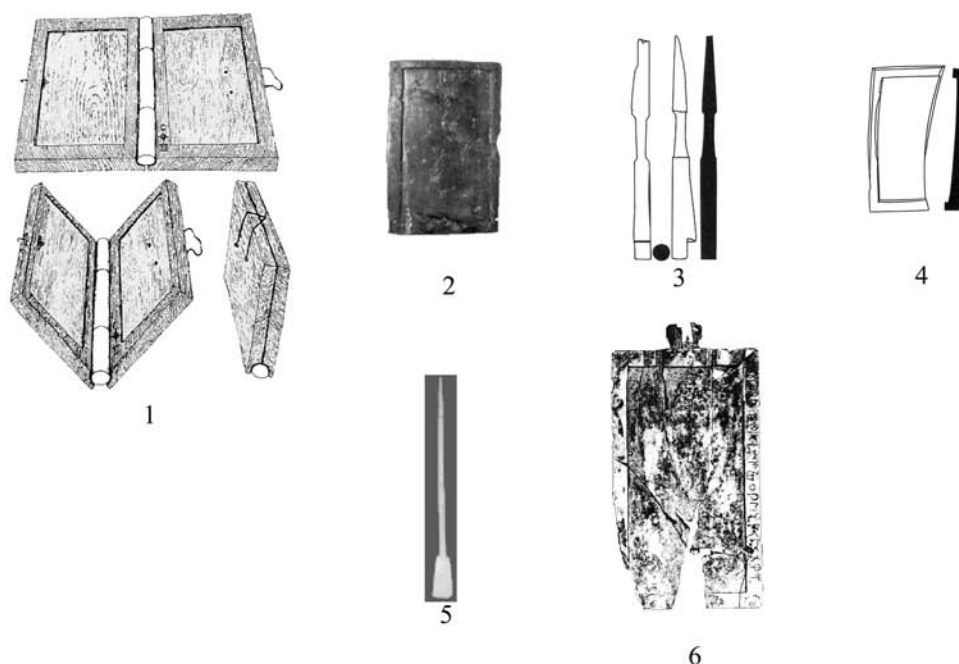


Figura 1.1

Reconstruction of the Uluburun writing boards after Marazzi (2000); 2. The Giglio writing board after w.w.w.archeogate.com; 3. Stylus from the Gela 1 wreck after Panvini (2001); 4. Possible writing board from Huelva after González de Canales et al. (2004); 5. Possible stylus from Huelva after González de Canales et al. (2004); 6. Ivory writing board from Marsiliana d'Albegna after Minto (1921).

delay hardening (figure 1.1). Merrilleis (1998:151) proposes that the diptychs were locked and sealed during the trip and contained the statement of the goods traded. But I do not agree with him. If it were the statement of goods traded by the State, it would have been more sensible to use a permanent medium, such as papyrus or fired clay rather than wax that might accidentally heat, erasing the text. Collette Sirat (2006: 39) indicates that wooden diptychs were used for provisional notes as drafts, notes, listings of all kinds and private correspondence. She mentions the case of the Pompeian banker Iucundus, buried in lava in his shop with 153 wooden diptychs of trade transaction receipts made by him or his staff. Thus, it seems more appropriate that the diptychs were taken to make successive notes, erasing and re-heating the wax, as the presence of orpiment in the ship seems to prove. Because of their association with scale pans and weighing stones of different standards, I have proposed elsewhere (Ruiz-Gálvez 2003: 257-258) that they functioned as accounts diptychs, to take notes and equivalences of weights in a *retail* trade. This means that traders would buy and sell from port to port using weight stones and wax diptychs to estimate the equivalences. Judging from the provenance of the cooking ware on board, the kind of anchor in the ship and the source of most of the goods

loaded and the weight standards, the Uluburun ship seems to be of Canaanite origin (Bass 1997: 154-158; Pulak 2000: 247-248). This point is of the utmost importance, because, as the ship sank in 1327/+4-7 BC (Manning *et al.* 2001: note 38), it is quite probable that traders on board could have already used an alphabetic system to take notes and calculate⁷. This hypothesis is supported by the finding of three other commercial wrecks, one on the Etrurian coast and two off Sicily. The first, a ship dated at the early-6th century BC, sank near Giglio island off Grosseto and was loaded with ingots, fine pottery from Eastern Greece, a *kline*, a Corinthian-type bronze helmet, musical instruments, a set of lead weight stones and a wooden diptych with a hole at the side to be joined to a second diptych with a piece of cord (Bound 1985) (figure 1.2). According to Cristofani (cited in Grass 2000a: 25) it belonged to a private trader – *naukleros* – from Eastern Greece. Of the two Gela wrecks, the first is dated to the early 5th century BC. In Panvini's view (2001: 33 and 81/82), a trader was travelling on board due to the presence of a bone stylus to write on wooden diptychs (figure 1.3). The second and more recent wreck, found 1km east of the other, and with another stylus, is dated to the mid-4th century BC (*ibidem*). The interesting thing is that, because of the Greek nationality of the wrecks, we may

⁷ In the first alphabetic scripts letters also stood for numbers. That is probably why in Semitic languages the same word means both «to count» and «the scribe».

consider that the writers could have been using an alphabetic system, and that they were traders, too. In Collette Sirat's words (2006:69), «the alphabet allows writing overcoming the borders of the scribes towards the traders» (see also Nivatti 2000:305).

5. MAKING THE PUZZLE

So far we have discussed the existence of a relationship between writing and numerical calculation. Furthermore, we saw that the alphabetic system broke the monopoly of the State as regards knowledge, and offered a tool for thinking by itself to a wider population. Obviously, I am not thinking of a generalized alphabetization process⁸, as that is proper only to the Western world in recent times. It is also true that the effects of writing are only seen in the medium-term; but from the invention of the alphabet at the Late Bronze Age, some individuals could have become conscious of themselves and of their own world. I want to remind my readers that revolutions were not made by the common people, but by the enlightened middle classes, in the same way that feminist movements did not emerge in the streets but among educated women of the upper middle-class. That is why in radical-religious systems such as the Taliban, the Algerian *Groupe Islamique Armé* or the Ayatollahs' regime in Iran, one of the first policies would be to forbid women access to education. Because they, who are the ones that educate and transfer beliefs and values inside the family, would in that way, be more docile and moulded... Because reading and writing allows people to think by themselves, interpreting human laws and divine commandments, and questioning them. In such a context, let us think what would have happened if in a closed society where most people died without having ever moved from their native land, a few men had the possibility of travelling abroad, experiencing distant worlds and meeting peoples from afar? (Helms 1988). And, what if they could also use a tool like the alphabet, which allowed organizing, codifying and ranking information, encouraged the conditions for abstract thinking and promoted development of self-consciousness? (Cardona 1999: 134).

The hypothesis I will discuss in the following pages is based in those premises and also on the idea that the

diffusion of the alphabet together with some other factors, triggered weakness in the Mediterranean Palace systems and the rise of new trade forms, which developed between the fall of Mediterranean States at the end of the Bronze Age and the setting of Greek and Phoenician colonies in the 9th century cal. BC, (or 8th century BC in historical chronology). That is, the so called – wrongly in my view – *pre-colonial period*.

6. THE CRUCIAL CENTURIES

It is in the 12th-11th centuries BC where we can probably find the key to understanding the background of the colonial process of the early first millennium BC. Yet, this is a period where the archaeological record is unfortunately, very scarce also. In a paper such as this, aimed at discussing the concept of *Pre-colonization*, it is crucial to state my original position. I have mentioned several times (Ruiz-Gálvez 1998a; 2000a, 2000b, 2005a) that I do not believe in the existence of an exploratory process preceding the settlement of the colonies. It is undeniable, however, that several techniques: – lost-wax casting and the potter's wheel⁹ –, materials: – iron¹⁰ –, and symbolic concepts: – the iconography¹¹ of the South-western Warrior' Stele –, all of them witnessed at the Iberian Late Bronze Age, have an Oriental origin that – when accurately ¹⁴C dated – clearly go back to a time well before the first Greek or Phoenician colonies (Torres, Ruiz-Gálvez, Rubinos 2005; Ruiz-Gálvez 2005b and in press). It is also certain that the early and simultaneous dates for the Phoenician colonies, both in the Mediterranean and the Atlantic, and always in areas where there were natives routes previously (Ruiz-Gálvez 1997, 1998a: chapter 7, 2005a and b; Torres *et al.* 2005), seems to agree lesser with a gradual process of colonization than with a planned one, with a precise knowledge of routes, exploitable resources and the ability of local populations to consume foreign goods.

Nevertheless, when we can associate these oriental goods, ideas or techniques previous to the setting of colonies with a particular weight system – implying a dominant commercial route – they happen to be always either the Syrian 9.3g shekel (Parise 1970/71, 1981; Vilaça 2003; Gonzalez de Canales *et al.* 2004: 234; Galán and Ruiz-Gálvez in press) or the Microasiatic 11.75g* shekel (Kletter 1991; Zacagnini 1991; Ruiz-Gálvez 2003), instead of,

⁸ Anyway, many authors consider that Hebrew and Greek societies were already literate by the 6th century BC (Logan 2004: 92, 101; Sirat 2006: 69-70).

⁹ Probably there are some other techniques more difficult to detecting archaeologically, as the ones linked to agrarian innovations that, I believe, are on the basis of the processes of sedentism and population growth that occurred in Central and Western Europe from the Final Bronze Age onwards.

¹⁰ Together with other goods such as for instance precious textiles, which are lesser conspicuous archaeologically.

¹¹ Or the beaten-bronze table-ware and armours that appeared from the Late Bronze Age on in graves of Central Europe, mimicking Mediterranean patterns of consumption.

as we might have expected, the Euboean 8.72g* stater, first documented in Pithekoussai (Ridgway 1997a: 119), or the Phoenician 7.9g* shekel, witnessed at the Phoenician site of Cerro del Villar, as well as at the Tartessian palace of Cancho Roano (Aubert 2002a).

As we have mentioned elsewhere (Galán and Ruiz-Gálvez in press), the problem probably lies in the kind of trade that was taking place at both ends of the Mediterranean between the 12th and 9th centuries cal. BC. Thus, it was totally different from the State trade we are used to dealing with, which is easy to identify thanks to its directional character and the large amount of goods from the same origin found in the ports of destination. This is the kind of trade we are used to deal with in the Eastern Mediterranean during most of the Bronze Age, and the same that we see from the establishment of first Millennium B.C. Greek and Phoenician colonies, in the Western Mediterranean. To the contrary and in my view, the kind of trade we are meeting to between the 12th and 9th century BC. was not a directional one with a main trading route, but a tramping one, travelling short distances from port to port and through multiple middlemen from different geographic areas and political systems. These features make its detection quite difficult, but for the presence of some units of weight, that, I stress it again, do not point out either to the Greeks or the Phoenicians.

7. WARRIOR-GRAVES AND HEROIC ETHICS

It seems, that most of the Mycenaean pottery recorded in the Eastern Mediterranean at the Late Bronze Age was not transported by Aegean sailors but by Cypriots, as the marks written in Cypro-Minoan seem to indicate (Mederos 2002: 86-87; Manning and Hulin 2005: 283). And if the Mycenaean did not own a fleet but depended on middlemen for bulky trade (Gillis 1996: 64-65, 70), then, as I have already stressed elsewhere (Ruiz-Gálvez 2005b: 315), whose are those war-ships, as versatile as the *pentekontors* depicted on LHIIIB2/LBIIC pottery? In any case, they could definitely not be Mycenaean because, at that time, the Mycenaean palaces had already ceased to exist.

These long-shaped ships with a prow ending in an animal head, probably a ram, curved stern and a gallery of oarsmen, are generically called *Aegean-type* (Artzy 1987:80, 1997, 1998) because of their representation on late Mycenaean pottery, but we do not know their nationality (figure 2.1). In fact, the same kind of ship appears depicted in graffiti at Tell Nami (Haifa, Israel) (*ibidem*

1997, 1998), also in a extremely interesting engraving from the Dakhleh oasis (Teneida, Egypt) published by Basch (1997) and eventually, in the well known naval battle against the *Sea Peoples* at the Ramesses III's mortuary monument in Medinet Habu (Waschmann 1997, 1998). The Dakhleh depiction offers the best clues to its nation-

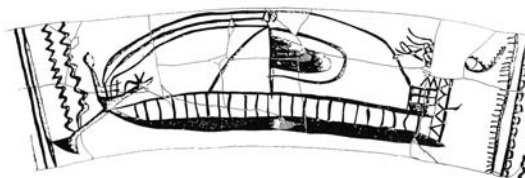


Figura 2.1
Aegean type ship painted on a LHIIIC pyxis from Tragana, near Pylos after Basch (1997).

ality, because the crew is represented naked, circumcised and with a hairstyle of a plait ending in a ball, associated with Libyans (Basch 1997: 22). One member of the crew, however, wears a feather headdress as in the scene in Medinet Habu. Basch (*ibidem* 23, 28) suggests that person may be an Aegean because in the inscription celebrating Ramesses III's victory against Libyans two chiefs with Greek – not Libyan – names are the only ones represented with feather headdresses. Some sherds of Mycenaean pottery from Cos, dated to LHIIIC, also show individuals with such headdress (figure 2.2).

So, on the basis of the Dakhleh depiction (Basch 1997: 21 *et seq.*), we could figure fleets served by multi-ethnic crews devoted as well to war and plunder, as to scrap and retail trade, as seen in Tell Nami (Artzy 1997), Pyla-Kokkinokremos or Maa-Palaeokastro (Sherratt 2000: 88; Karageorghis and Demas 1984; Karageorghis and Demas 1988; Karageorghis 2001a). Thus, the one



Figura 2.2
Aegean type ship graffiti from the Dakhleh oasis, (Egypt) after Basch (1997).

¹² It is also corroborated on the obelos with a Cyprosyllabic inscription in Skales grave 49, which has the genitive of the Greek name *Opheltas*. More examples are known (Karageorghis 1983: 370; Coldstream 1989a: 331; Nebgi 1998).

thing in common between the Aegean and the Near East in that blurred panorama of the 12th-11th centuries BC, is the emergence of the warrior-graves (Ory J. 1944: 55-57; Catling 1994, 1995), in a time of political collapse and decentralization, matching Homer.

In such a context, the information provided by some Canaanite arrowheads with inscriptions from the end-12th century to early-10th century BC studied by Heltzer (2000: 63-68) is outstanding. On every one of the forty-eight points published, the first word is *arrow* and the second the owner's name. This last is important because it supports the idea that writing, particularly alphabetic script, promotes individualization and processes of self-consciousness¹² Unfortunately, most of these arrows come from archaeological looting and antiques traffic, but one of them at least was found in a grave of Southern Lebanon. Many of them were owned by foreign warriors: Egyptians, Cypriots, Sidonians or Tyrians. One has the *rb if* inscription referring to the chief of a large number of warriors, perhaps a subdivision of tribes as Heltzer (*ibidem* 68) proposes. Another one has the *rb mklm* inscription and alludes to the chief of the traders¹³. The last one has an inscription that may signify the suffet of Tyre, what would imply the existence of this institution at least from the 11th century BC. Many of the points have palimpsests of inscriptions, which may mean they changed hands many times and were intended for long use. Heltzer (*ibidem* 63) relates them to the description in the Books of Judges and Samuel of the Israelite tribes' in the pre-Kingdom period. Both texts mention fights for plunder (I Samuel 21-26), or bands of *freelance* warriors united under a successful chief, sometimes in a short-time association but in other cases resulting in Kingdoms, as happened in the Abimelech story (Judges 9.1-56). This is a scenery that typically characterises pre-State organizations (Heltzer *ibidem*: 64). And it may have been the general situation in the Levant until the rise of Tyre as a potency (Aubet 2000), or even then, in view that according to Aubet (*ibidem*: 81) the city led a belligerent and expansionist policy from the 11th century BC at least.

To warrior chiefs such as those above mentioned could perhaps belong five Later Bronze Age inhumations found intact at the Persian Garden near Akko¹⁴ (Ben-Arieh and Edelstein 1977). This small necropolis represents a group of warriors/artisans/traders buried with rich grave-goods including some imported items: Mycenaean and Cypri-

ot LHIIIA1-2 pottery, Egyptian and Syrian bronzes, a large number of weapons such as Canaanite daggers and arrowheads, and several personal items, some of them probably kept inside bags, such as the sets of weight stones or the counters for games; or hanging from the neck like some Mitannian seals (Beck 1977: 63 *et seq.*); or placed on the body like the gold diadem on the forehead of the individual in Grave A2. Three of the graves (A2, B3 and C1) had weight stones. The individual in A2 had only 4 weight stones but all of them were multiples, i.e. to weigh heavy goods. Conversely, in B3 the weight stones were small, fractions of a unit, for lighter goods. The weights corresponded to four different standards: the Egyptian 94g* *dbn*, the Eblaitic or Phoenician 7.5g shekel, the Mesopotamian 8.4g shekel and the Syrian 10.7g *neşef*. They are exactly the same type of weights found in the Uluburun wreck (Pulak 2000), which is coeval to the Akko tombs. Finally, their condition as artisans was also revealed by a whole collection of metalworkers' tools, such as axes, adzes, whetstones or chisels in grave B3 and A2, and a pair of smith's tongs on the body buried in grave A2. A similar case would be the tomb in Tell Jerishe, where a trader was buried with two scale pans and four weight stones from 4.8g to 46.59g matching the Syrian unit, as well as with LCIIB-C pottery (Ory 1940; Bergonzi 1996: 1532)¹⁵.

A last example dated to the Iron Age (10th-early-9th centuries BC), is the family tomb n°1 at the northern cemetery of Achiv (Mazar 2004). This is a monumental stone building continually used between the 10th and 6th centuries BC. Three burials at least belong to the first period of use. They were not intact although it seems that some grave-goods were still *in situ*. This enables the identification of two out of the three bodies. The first one was a warrior with an iron sword, dagger, knife, axe, spear, and some arrowheads. The second one was apparently a trader, according to the scales and the set of weight stones of Phoenician standard, as well as the gold objects associated to him. The rest of the items are more difficult to assign and may have belong to the third body. Two objects are of outstanding interest: The first one was a conical seal of an archaic type, an antique, perhaps an inheritance or the product of plunder and loot, pierced to be worn as a pendant, indicating its use as a personal object. The second peculiar object was a *Huelva-type knee-fibulae*, very rare for the area and only occasionally found in a few

¹² Who is obviously a warrior too.

¹⁴ This and other graves with weapons, weight stones and tools are thoroughly discussed in Galán and Ruiz-Gálvez, in press.

¹⁵ Grave 912B at Meggido, classified as an *abnormal pit grave* by its excavator (Guy 1938:140), contained different chambers numbered A, B, C and D. Chamber B contained Late Bronze Age material and an unknown number of burials, together with twenty-eight weight stones of different standards.

Cypriot graves, such as Tamassos (Buchholz 1996: Abb.47 l-o) Kition or Amathus grave 523 (Karageorghis 1987). The last one also contained a rotary spit of an Iberian type as well (Karageorghis & Lo Schiavo 1989). And it is interesting to stress it, in view that as Mederos (1996a) claims, there are plenty of proofs for the Iberian manufacture of the Huelva-type *fibulae* found either in Cyprus or the Levant (Carrasco & Pachón 2006a).

Warrior-graves are known in Greece throughout the Late Bronze Age and some of them seem to add to their aristocratic status that of a trader, since it is not infrequent the finding of scales or weight stones in them. Occasionally, they are associated to casting tools or symbols of power such as sceptres or seals as at Vapheio (Tsountas and Manatt, 1897: plate 8 and pp.144 *et seq.*; Kilian-Dirlmeier 1997), or the Mycenae shaft graves III of circle A (Bergonzi 1996: 1535; Pare 1999: 472)¹⁶. However, the warrior features of some tombs were even stressed from the LHIII on, and very specially at the LHIIIC (Papadopoulos 1999).

Contrary to Greece, Kanta (2003: 174) mentions that warrior-graves were infrequent in Crete before the Mycenaean control of the island in LMII. They lowered in number after the destruction of the palace of Knossos (LMIIIA2) and reappeared during LMIIIC, increasing in number from the beginning of the PG Period. Furthermore, the finding either of scale pans or of weights in graves is not frequent before LMIII (Bergonzi 1996: 1535). Thus, the one at Sellopoulo tomb 4 (Popham 1974), clearly linked to a warrior, is dated to LMIIIA1; the Katsambas grave to LMIIIA2 (Pare 1999: 472) and Mavro Spelio III tomb to LMIII (Forsdyke 1926-27: 251-255 and figure 6). So, it seems that the political change caused by the Mycenaean taking control of Crete would have brought changes too in the status of traders.

Warrior-graves were neither frequent in Cyprus until the end of the Bronze Age. Nevertheless, throughout LC period there were exceptionally rich graves, opulent in Karageorghis' words (2004: 50-58). Some of them, like several from the LCI-II necropolis (1450-1200 BC) at Ayia Irini (Pecorella 1977; Galán and Ruiz-Gálvez in press; Ruiz-Gálvez in press), Maroni 1 and 10, or Enkomi 1851 (Keswani 2004: 137), were associated to seals, stylus, scales, weight stones and sceptres – all of them symbols of political rule, and with tools, ingots and slag – linked to the manufacture of metals. Keswani (*ibidem*) states that sets of balance weights appear only in the richest graves, such as those of Enkomi Swedish grave 17, French graves 11 (Schaeffer 1952) and 32, and British

graves 92, 67 and 19, at Morphou Toumba tou Skourou grave 1 or the one at Paleokastro (Quilici 1990). In both Cypriot and LH graves objects linked to the political administration come together with sets of weights. Yet, this is not the case with pre-Mycenaean Crete. However, in the case of Cyprus, the first kingdoms do not appear until the Bronze Age/Iron Age transition (Snodgrass 1994: 169). Previously, the island seems to have been less centralized, therefore that king of *Alasia* mentioned in Amarna records – if this really refers to Cyprus – should probably have been, as in Mycenae, a kind of *primus inter pares*, rather than an absolute king. Thus, even in LCIIC and LCIIIA (13-12th century BC) it seems to have been several autonomous centres in the island, some of them as Maroni Vournes or Kalavassos enjoying already administrative facilities (Cadogan 1998: 7 *et seq.*; Keswani 2004: 84 *et seq.*).

8. WARRIORS/TRADERS AND HOUSE SOCIETIES

Do the Mycenaean warrior-graves belong to chiefs, to wealthy warriors like the ones in the Iliad? This seems to be Susan Sherratt's view (1999, 2003a). The aforementioned author thinks that the Mycenaean *wannax* were hardly more than warrior chiefs in a clientele chiefdom, whose contingent fortune was due to their strategic position which allowed the control of key points in trade routes. I admit I like the idea, especially because already in 1987 Kilian pointed out that, while Minoan palaces mimicked an Eastern model, Mycenaean ones, with their two *mégara*, modest dimensions and strong emphasis on banquet-related activities, did look different (see Wright 2004a, 2004b; Bendall 2004; Halstead and Isaakidou 2004). Other writers (Davis 1995: 18) have questioned the palatial status of the Mycenaean buildings, and Michailidou (1999: 97-101) suggests a certain decentralization and private production outside the palace system in Mycenaean times, and proposes a *peer polities* system for Neopalatial Crete. Rehak (1995: 96), on the other side, points out that in the Mycenaean *palaces* there are neither thrones nor their representations, nor representations of individuals sitting on them, what in the Near East symbolized the government and its divine nature. In his view (*ibidem*:113), the men, women and children buried in the Mycenaean shaft graves would represent an aristocratic group – some *primus inter pares*, but not true kings in Near Eastern terms. What is true is that we have little information about Mycenaean palaces and central administration and most of that just for the final phases

¹⁶ Some other graves with scales in Blegen 1937; Persson 1942; Kilian-Dirlmeier 1967; Mussche *et al.* 1968; Protonotariou-Deilaki 1969; Bergonzi 1996; Pare 1999: 470-474; and Michailidou 2003.

of the Bronze Age (LMIIIA/LHIIIB), a time when Mycenaean *chiefdoms* may have evolved into primitive forms of States, before collapsing and reverting to their former situation in the Geometric Period. Accordingly, Snodgrass (2002: 5-9), following Sarah Morris, strengthens the continuity between pre-Mycenaean Greece and the Geometric Period, as seen in the manufacture and decoration of hand-made pottery, the ritual of inhumation in cists, the apsidal building and the lack of sanctuaries on the periphery of Mycenaean world, between MH and the PG periods.

This kind of political structure is reminiscent of Lévi-Strauss' *house societies* model, recently suggested by González Ruibal (2006) to define some Iron Age Iberian groups. He recalls that the French anthropologist used this term to define a kind of hierarchical society that did not fit traditional models of anthropological classification. In them, the house, or rather the household constitutes the basic axis of social organization; it is the focus of ritual and sacrificial activities and the arena for competition, reflected in the emphasis in its monumentality, and in the importance of richness, power symbols or family relics and inheritances that perpetuate the symbolic capital of the lineage through the *household*. In the case of the Mycenaean world, the emphasis on the *megaron* and on the communitarian banquets recalls the features of the house societies. Furthermore, it would create continuity between the Mycenaean and post-Mycenaean worlds. Thus, cases such as the one analyzed by Borgna (2004) in the acropolis and a house west of the palace at Phaistos in LHIIIC, seem to reflect competition among small households, conveyed by different kinds of banquets and public consumption. This model would explain some rich *soldiers' of fortune* tombs wearing *Naue II type* swords, which appeared in Greece, Crete and Cyprus between late LHIIIB and LHIIIC, as well as others, like the ones from Perati (Iakovidis 1980), Southeast of Athens. This cremation cemetery, dated between LHIIIB2 and LHIIIC1, is furnished with weapons, one iron object, post-Mycenaean signatory rings – some still on their owners' fingers, true *antiques*, such as several cartouches with the name of the Pharaoh Ramesses II or the two 15th century BC cylinders-seals, and three weight stones corresponding to the Syrian 9.3g shekel instead to the Aegean standard. Thus, as Pare notes (*ibidem*: 506), the Aegean weight standard disappeared with the fall of the palaces. This is also the case for the Sub-Mycenaean Cretan warrior-graves (Kanta 2003) some of which mimic Homeric rituals and contain *antiques*, either inheritances or coming from looting (Catling 1994, 1995; Coldstream and Catling 1996). Similar features are found in Cypriot graves dated between LCIII and the early CG (McFadden 1954; Yon 1971; Karageorghis 1983; Catling

1994, 1995; Kourou 1994), many of them with balance weights. Lastly, Karageorghis (2000a: 41-42) points out similar practices in some graves of probable Phoenician character of Kition and Tamassos.

And it is again the kind of organization found in Villanovan and early Etruscan/Latial tombs (between the 9th/10th and 8th centuries BC), holding the ashes of prominent individuals', sometimes wrapped in rich cloths and accompanied by graters to mixing cheese and wine following Homeric rituals, and placed in house-shaped urns, with weapons and power symbols such as sceptres and batons, as well as *antiques*, such as some Nuragic votive boats, that happen in Etruscan graves of the 8th century BC (Ridgway 1997a; Bartoloni 2002a: 85, 143-144, 190, 214 *et seq.*; de Santis 2005: 84, 190; VV. AA. 2000).

9. CREMATION, HERO-CULT, TRADE AND WRITING

Following many authors (Winter 1995: 248; Vidal-Naquet 2002: 31, 90; Whitley 2002: 226-227), I have proposed elsewhere (Ruiz-Gálvez 2005a: 267) that those *antiques* were buried with the dead because, as in the case of Agamemnon's sceptre, made by Hephaestus for Saturn and transmitted to the Argive king by Tiestes (Iliad, Book II, 100), or the helmet which Merion covered Odysseus's head with, stolen by Amintor and later given to Anfidamantus, who in turn passed it to Merion (Iliad, Book X, 270) or, lastly, the silver sewing basket that Alcandra gave to Helen in Thebes (Odyssey, Book IV, 112), they have *genealogy* and allow their owners to shape a past for their lineage. This idea would match a *house society* model and the rise of a new leading class based on war and trade that needed to justify its right to the power by *inventing* a heroic past for itself.

Because, in the same way Achilles turns Patroclus's funeral (Iliad, Book XXIII) into an exhibition of power and richness – a challenge to Agamemnon's paramount authority – cremation provides a way of divinization in the sense that it prevents the corruption of the flesh, and a public way of exhibiting and destroying wealth and claiming rights of succession to the political office. This would explain in my view, the change from inhumation to cremation between LHIIIC and PG periods, and also why the Lefkandi *heroon* (Popham 1994) stood reusing an apsidal building, perhaps the former *household* of a newly-divinized ancestor, around which a necropolis of opulent warriors/traders gathered. One of these, tomb 79 is the well-known warrior/trader grave (Popham and Lemos 1995; Lemos 2003). His owner was buried according to the Homeric ritual (Ridgway 1997b), together with his iron weapons, an extremely old Syrian cylinder-seal, a scale-pans and a set of weight stones corresponding to the Microasiatic 11.75*gr standard (Ruiz-Gálvez 2003;

2005a). This is a proof that, at least from 875/850 BC or even before, the Euboeans and not only the Levantines, were already active in the Eastern trade routes. Perhaps the Greeks never neglected them, as the Syrian weights found in Perati would suggest (*vide supra*).

What is more, the finding of weight stones at Perati and Lefkandi would indicate that some traders at least, could make numerical calculations. Could they also write? After Susan Sherratt (2003a) they could not. She moreover states, that the fact that Linear B was restricted to a bureaucratic use would indicate the limited spread of writing in Mycenaean times, and would explain its extinction at the end of the Bronze Age¹⁷. Thus, the acquisition of alphabetic writing would have resulted from contacts with the Phoenician at the Tyrrhenian colonies. So, the Phoenician trade should be in her view (*ibidem*) made responsible both for the eastern objects found in Lefkandi and the Euboean *pendent semicircle* sherds that appeared from the 10th century BC in the Levant. Furthermore, she believes (*ibidem*: 230) that the writing was acquired by the Greeks for reasons other than commercial, because the earliest Greek inscriptions are of not commercial type and because, as History proves, it is possible to be illiterate and nevertheless dealing with trade. However, Schnapp-Gourbeillon (2002: 270) claims that the Greek alphabetic script was not conceived for a hard medium. On the contrary, the features of the letters suggest the use of a brush, so we have to consider a perishable medium that has left no evidence. José Ángel Zamora (2004, 2005a and b) postulates a similar case for the writing in Phoenician cities. This author describes how in the 2nd millennium BC Phoenician cities under Mesopotamian influence, such as Ugarit, used clay tablets as a medium and therefore these have survived. On the other hand, most Syria-Palestine coastal cities under Egyptian influence developed a linear script on papyrus or other perishable materials that did not survive and are only known by proxy or by later, first millennium BC records, especially those written on disposable materials, such as pottery.

As regards to Susan Sherratt's second argument, i.e. the possibility of running regular trade being illiterate, this is true, indeed. As we have already seen (*vide supra*), Ratnagar describes the use of barter, the direct exchange without weight equivalences, in non-market societies. Yet, the set of weights and scale pans of the trader/warrior buried in Lefkandi tomb 79 seems to point to some-

thing different: i.e. trade based on weighing in an entrepreneurial and market context. Aubet (2000: 77-78) points to the existence from the Later Bronze Age onwards and even from the Middle Bronze Age in Palestine, of market-places associated with sanctuaries. Among them, Kition on Cyprus, Phylakopi on Melos, Tell Akko and Tell Nami on the coast of Israel (Artzy 1999: 27). To these we could also add Santa Anastasia de Sardara (Sardinia) (Ruiz-Gálvez 2003: 150) where fifteen lead ingots, some with marks and matching Aegean and Hittite units, were excavated in a workshop associated with a sacred well (Ugas 1986; Ugas and Usai 1987; Zacagnini 1991) and the Etruscan sanctuary of Cerveteri (Maggiani 2002b: 167).

Once again, Sherratt (2003a: 229) rightly argues that writing was not adopted merely because people knew of its existence, but favourable cultural conditions are needed for it to be perceived as useful for a particular purpose. Yet, in my opinion, such conditions are met in a context of market trade, based on equivalences by weight. Thus, on the basis of the evidence of trade from Lefkandi grave 79, I consider very convincing Lemos' (2001 and 2003), Boardman's (1996: 156-157), Waldbaum's (1994) or Coldstream's (1998b: 356 *et seq.*) arguments in favour of an interaction between Euboean and Levantine traders in the Eastern routes. Muhly (1999: 523) rejects even any interruption in the contacts between Greeks and Phoenicians or generally speaking, between the Aegean and the West. And I agree with them, very especially because the warrior in Lefkandi grave 79 was buried with a set of weights of the most frequent standard in Cyprus, Cilicia and the Northern Levant at the beginning of the Iron Age (Zacagnini 1991)¹⁸. Also, because a large number of the riches in the Lefkandi graves were of Cypriot provenance, and because it seems that a Cypriot smith may have been working in Lefkandi (Popham 1994). In this way, following Lemos (2001), we may talk of a *Cypriot connection*. The aforementioned author (*ibidem*: 221), quoting Matthäus, points out to the similarities in the use of cremation, of iron objects and the furnishing of graves with antiques among Greek tombs and some Cypriot (Skales) and Cretan (Knossos) cemeteries of the 9th/10th centuries BC, and interprets it as proving interaction and communication between elites. By such a way, the alphabetic script could – in my view – have been transmitted to Greece through an area different and a date earlier than it is usually agreed.

¹⁷ Extinction, that is far from being proved. Had the Mycenaean palaces not been burnt, we would have lacked any evidence of writing because, unlike in Mesopotamia, Mycenaean clay tablets were not fired. Other perishable media, probably used to write Linear B as well, have unfortunately left no traces (Shelmerdine 1998: 293).

¹⁸ Region that Susan Sherratt (1998: 294 and 2003b: 48) identifies with the Sea Peoples' area.

Sherratt (2003a: 229) wonders why, if the person buried in Skales grave 49 with three *obeloi* – one with his name, Ofeltas, written in Cypro-syllabic – was a Greek, the Cypriot syllabary was not used to reintroducing writing in Greece. But, the answer to her question may be found in the context of the route between Tyre and Euboea, led by the former and with a Cyprus, where a Phoenician entrepôt in the Kouklia region could have existed, as a port of call, that according to Aubet (2000: 86, 80, quoting Coldstream 1998b), was at work from the 9th century BC. In such a context, some Euboean traders might have come aware of, and chosen a kind of script as the alphabet, made of a reduced number of symbols instead of the 55/60 signs of the Cypro-syllabic, thus easier to learn (Manéssy-Guitton 2000: 215). My argument is not new. Some time ago, Naveh (1973: 2-3, 1987) argued that the Greeks got their alphabet from the Phoenicians before the 8th century BC. He based his point in the features of archaic Greek writing, where neither the direction of the script nor the position of the letters was stabilized. These features were characteristic of the Proto-Canaanite writing but not of linear Phoenician, Hebrew or Aramaean ones, which in the 11th century B.C. had already stabilized their script from right to left and horizontally (Moore Cross 1992: 81, 85). Consequently, Naveh (1987: 40), Healey (1990: 218) and Moore Cross (1992: 85) considered that the acquisition of the alphabet by the Greeks should necessarily have taken place before 1100/1050 BC, when the transition from the Proto-Canaanite to the Linear Phoenician script took place. Nevertheless, there is no unanimity between Semitists and Hellenists, and recently Sass (2005: 69) lowered to 900/850 BC the dates for the transition from the Proto-Canaanite to Linear Phoenician, Aramaean and Hebrew scripts. In his view (*ibidem*), the inscription on the bowl from the Cretan grave of Teke, near Knossos (Coldstream 1982), dated in ca. 900 BC and the one in the grave from Kefar Veradim (Israel) were the latest evidences of Proto-Canaanite script. Yet, we may add to them another and older inscription, coming from Lefkandi pyre 11/12, where a PG amphora with two post-firing marks, one suggesting the *Kaph* in the Phoenician alphabet, was found in a context dated to the 10th century BC (Catling, R. W. V. 1996).

Thus, even accepting Sass' low chronology, it is still open the possibility that the alphabet would have been acquired by some aristocratic traders well before the setting of Tyrrhenian colonies, either through contacts with Phoenician traders settled in Cyprus and Crete from the 10th century BC, or by means of political alliances

between the ruling families of Tyre and Lefkandi (Coldstream 1998b: 356). We cannot overlook either the possibility that processes of identity and self-consciousness encouraged by its use might have been in the basis of developments leading to the emergence of the polis and the colonial expansion. In that sense, D'Agostino (2000a: 45) describes the Greek voyages to the West as *individual enterprises*¹⁹ *inside kindred groups*, what suggests that processes of individuality linked to the spread of writing were emerging by then. One instance of it would be story of *Demaratus*, an aristocrat trader and Corinthian expatriate, who married an Etruscan noblewoman and became the father of the first king of Rome (Gras 2000a: 20).

10. WEIGHT STANDARDS AS PROXY OF TRADE ROUTES

According to Aubet (2000: 79-80) by the 11th century BC Tyre had already started its commercial expansion, replacing Ugarit as the main port in the Levant. This was probably so, but it is far from certain that it held the monopoly of trade in the Mediterranean, since other weight systems such as the Syrian and Microasiatic standards seem to have been widely used. With that second standard I have elsewhere identified (Ruiz-Gálvez 2003: 155, 2005a: 268 and figure 8) the set of weight stones carried by the warrior/trader in Lefkandi grave 79 (Popham and Lemos 1995). Curiously enough, that same system is also in the basis of the Villanovan/Etruscan weight standard (Maggiani 2002b: 176, 180; Nijboer 1998: chapter 4) and, later, of the first Etruscan coinage (Parise 1985: 257-259). Nicola Parise (*ibidem*: 258, 259) shows that the 5.8g Etruscan standard (half a Microasiatic shekel) was foreign to the Greek world but had its roots in the Near East. He also believes that it arrived to the Tyrrhenian following the same route than the 11th century BC Aegean and Levantine bronzes and ceramics. This argument supports the thesis of the present paper, i.e. that if, despite the strong commercial and cultural influx of the Greek colonies in the Tyrrhenian, the standard of weight used in Etruria was an old Bronze Age Eastern one, this would suggest that the impact of the Eastern trade there, should have been deeper and more continuous than we are able to detect archaeologically. It seems quite clear to me, that, as Parise suggests (*ibidem* 259), they were the Cypro-Phoenicians the ones responsible for introducing this standard to the Tyrrhenian, in view of the strong Cypriot presence in Sardinia and Italy from the end of the 13th century BC (Lo Schiavo *et al.* 1985; Lo Schiavo 1995, 2001; Sherratt 2003b) or even earlier. It is therefore not by accident that the

¹⁹ My italics

Microasiatic shekel is well documented in the island (Zacagnini 1991; Ruiz-Gálvez 2003).

A second entry for the Microasiatic standard was Frattesina, a 12th century BC Mediterranean entrepôt of traders and craftsmen in the Po valley (Bietti Sestieri 1997a: 765-766). Recorded on the site are LHIIIC pottery, astragalus-shaped amber beads with parallels in Tiryns, Crete, Rhodes and Syria, imported goods such as ivory or ostrich eggs, and a type of pick-shaped ingot of a type very common in Eastern Europe and across the Alps. Pare (1999: 496) recorded the weight of some complete pick-shaped ingots from Madriolo in the Alto Friuli, Italy (Borgna 2001: 59 *et seq.*), Larnaud (Jura, France), Caix (Somme, France), Schiers (Switzerland) and Dragomelj (Slovenia), and identified a mean weight of 475g that, in his opinion, may be a multiple of a certain 9g Cypriot shekel (Petruso 1984), most probably the 9.3g Syrian shekel. However, as I wrote elsewhere (Ruiz-Gálvez 2003: 155), the unit for these ingots was 5.8g, i.e. a Microasiatic half shekel, also recorded in a type of lenticular-size weight found at Frattesina, the Padana region, Switzerland, these last ones associated to dendrochronological dates of 1050-1030, 990-966 and 878-856 BC (Cardarelli *et al.* 1997: 632, 2001: 41-43; Peroni 1998: 218-222) and lastly in several Late Bronze Age Slovenian hoards (Turk 2001). In all of them the weights tend to cluster around 5.5/5.8g and their multiples.

Lassen (2000: 235) related to a unit of 5.5g the few weights known from the Mycenaean period, (i.e. the lead one from Mycenae of 1089.5g, a second one in stone weighing 1120g; the eight stone weights from Phokis weighting between 545g and 560g; and two more from Tiryns and Magoula of 541.4g and 560g respectively). Again we are dealing here with the Microasiatic half shekel, what it would indicate its strong presence in the Aegean even before the collapse of the Mycenaean palaces.

Time ago Galán identified with the Microasiatic unit the standard, which the Late Bronze Age Sagrajas/Berzocana gold necklaces belonged to (Galán and Ruiz-Gálvez 1996) and I added the *Tara-Yeovil* torcs to the list (Ruiz-Gálvez 1998a: chapter 7; Ruiz-Gálvez 2000b). Lastly, some other metal objects published by Pare (1999), as for instance the Eberswalde gold hoard or the Runnymede Bridge ingot²⁰, should – in my view – be added to that same standard.

So, it seems that the penetration of the Microasiatic standard in the Tyrrhenian area was deep enough to

become adopted as a standard by the Etruscans. In that case, it could be thought that the aforementioned standard would have already been in use as early as the LHIIA2, i.e. at the height of the *Mycenaean* trade to Italy (Vagnetti 1993, 2001), and would not have disappeared when Mycenaeans collapsed. At the matter of facts Archaeometry of Mycenaean pottery found in Italy shows either its local production or its either Cypriot or Minorsasiatic manufacture (Vagnetti and Jones 1988; Jones and Vagnetti 1991). All in all this seems to point to the important role of middlemen in the Aegean trade (Hirschfeld, N. 1996, 2001; Gillis 1996; Manning and Hulin 2005: 283). Among these middlemen, Cypriots and Levantine traders should have been prominent (Sherratt 2003b: 44 *et seq.*).

A second weight system, recorded this time in the Iberian Peninsula, is the 9.3g Syrian shekel. I find it interesting to note that the Syrian shekel was the commonest unit in the Levant, Cyprus and Ugarit until the end of the Bronze Age. It was found both in Portuguese Late Bronze Age hillforts under reliable archaeological contexts (Vilaça 2003) (figure 3.1 and figure 3.2) and, in a less clear context, in the old part of the city of Huelva (Gonzalez de Canales *et al.* 2004: 154-155, plates XXXVIII n°10-13, LXIV n° 21-24) (figure 3.3). Unfortunately, this last superb material does not come from systematic excavations but from a collection in a waterlogged level between 6 and 5m below current street level; thus, it is neither possible to establish a clear-cut stratigraphy, nor the synchronicity of the materials. Among the items found, there is local hand-made Late Bronze Age pottery, such as stroke-burnished and geometric painted types, together with Nuragic, Italian Villanovan, Cypriot Black-on-Red, Greek SPG, Euboean-Cycladic, Attic MGII and, last, a large quantity of Phoenician ceramics. Other interesting materials are the already-mentioned set of lead weights of the Syrian standard; lead, iron and gold objects and many large wooden fragments, among them a piece of a wooden diptych and an object the authors interpreted as a probable stylus (figure 1.4 and figure 1.5) (González de Canales *et al.* 2004).

Recent 14C dating of bone samples from the Huelva finding have been discussed by Nijboer and van der Plicht (2006). The mean age of the three dates goes between 930 and 830 cal. BC, so the authors claim that it cannot date the Middle Geometric pottery because most of the Phoenician sherds belong to the end of the

²⁰ Pare (1999: 498) wrongly ascribes to the 9.3g Syrian unit a lead ingot from the Late Bronze Age English site of Runnymede Bridge with a weight of 111.3g; in fact, it matches the 11.45/11.75*g Microasiatic one. Similarly, he records the weight of the Eberswalde treasure from Period V of the Nordic Bronze Age: two gold bowls of 57.0g and 57.07g respectively; two others of 67.32g and 67.35g; two gold strips of 12.45g and 12.49g and a complete gold ingot of 286.24g. These do not correspond to the 9.3g unit either, but represent 5, 6.1 and 25 times the 11.45g Microasiatic shekel.

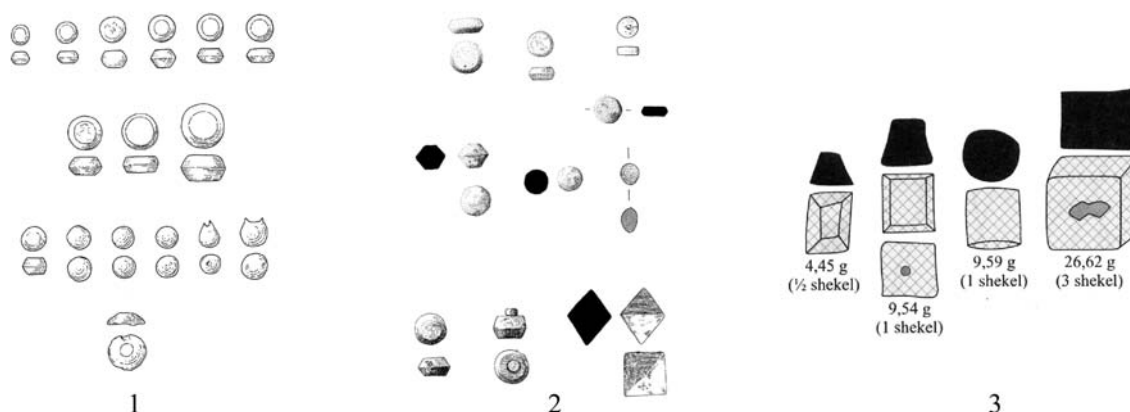


Figura 3

Balance weights from Pragança (Portugal) after Vilaça (2003); 2. Balance weights from Castro da Ota, Penha Verde, Abrigo Grande das Bocas, Moreirinha, Canedotes and Monte do Trigo after Vilaça (2003); 3. Balance weights from the city of Huelva after González de Canales *et al.* (2004).

period represented in the deposit. But they cannot date the indigenous pottery either because it is not yet possible to date indigenous materials separately from old Phoenician ones. However, this is not completely true; as we have shown elsewhere (Torres *et al.* 2005: table 2, and pp. 173-178; Vilaça 2006a; Ruiz-Gálvez forthcoming), Late Bronze Age Portuguese hillforts with geometric painted and internally or externally stroke-burnished hand-made pottery, associated with Mediterranean imports such as weights, iron, faience or amber items are dated between 11th-9th century cal. BC according to many good-quality 14C dates. Most important of all, there is nothing that could prove that the Phoenicians were responsible for those imports.

Thus, contrary to Nijboer and van der Plicht (2006), we may interpret the findings at Huelva as a proving that both indigenous and Central Mediterranean traders were frequenting the area²¹. This implies accepting – and this is the idea I am proposing in this paper – the existence of different routes for *freelance* trade, operating time before the Greek and Phoenician ones. And if the interpretation of the two wooden items from Huelva as a stylus and a diptych is right, this, together with the finding there of a set of Syrian weight stones²² (Vilaça 2003; Galán and Ruiz-Gálvez in press) would suggest the presence in the area of Levantine traders too. Some of them may have been living among the indigenous people. Thus, as I pointed out in a previous paper (Ruiz-Gálvez in press), certain techniques, such as the potter's wheel or lost-wax and the use of rotary techniques by probable goldsmiths in the Peninsular Late Bronze Age (Ambruster and Perea

1994), imply, as Vagnetti pointed out (1993, 1998), close contact between master and pupil.

The same is true for writing/numerical calculation, as proved by the rich Etruscan grave at Marsiliana d'Albegna, which included an ivory diptych with a text in Chalcidian alphabet (Minto 1921) (figure 1.6).

As in the case of *Mycenaean* trade in Italy (Vagnetti 1993, 1998), the presence of some foreigner traders among the local population cannot be considered as colonization, nevertheless it might have contributed to create the preconditions that helped information about routes and destinations kept flowing between the two extreme ends of the Mediterranean and might have encouraged local elites to engage actively in trade (figure



Figura 2.3

Auga dos Cebros rock carving (Pontevedra, Spain) with Aegean type ship after de la Peña and Rey (2001).

²¹ To which the Sardinian and Villanovan mid-10th century cal. BC pottery and part of indigenous material should be related (Rubinos and Ruiz-Gálvez 2003) (Torres *et al.* 2005: table 5).

²² Which belong to the same standard as those found in Portuguese Late Bronze Age hillforts.

2.3). It is in this context where – I think – the South Lusitanian or Tartessian script might have developed.

Madrid Autumn 2006/Winter 2007

ABSTRACT

The present paper is divided into four main sections. The first one is devoted to describing the mental changes induced by the acquisition of literacy and to analysing the characteristics that distinguish the alphabetic from other types of scripts and explaining its democratic character, i.e. that it helped literacy to cross the border from scribes, priests and civil servants to a wider segment of society, especially the traders.

The second one analyses the similarities between letters and numbers and shows how both of them are narrowly rooted to the administrative needs which gave birth to writing. It also gathers archaeological evidence of the use of writing and calculation outside the sphere of the palace administration. These last ones are especially frequent during the late second millennium BC and are usually connected to traders who, in addition, seem to have been warriors. It is suggested here that this reflects an

increasing independence from the State trade for retailers and petty chiefs.

The third section discusses the house societies model recently developed by González Ruibal following Levi-Strauss, and suggests that this would fit with the warrior/traders that we come across with in the Early Iron Age archaeological record. It is claimed that those petty chiefs could have been responsible for a new kind of trade, less detectable than the previous Bronze Age State trade but that went on in the Mediterranean from the collapse of the palace system until the Greek and Phoenician establishment of colonies in the West. Some standards of weight widely recorded in the Eastern as well as in the Central and Western Mediterranean that are neither the Euboean stater nor the Phoenician shekel will help us to track this trade down. To finalise, in the last section it is claimed that native populations took an active role in this type of trade. This would help to explain the early arrival to the Western Mediterranean confines of iron, faience or amber, together with some Mediterranean weight standards as well as the precocious development of the Tartessian script there. It is in such a climate of the continuous flow of trade, traders and information across the Mediterranean sea that the precise and systematic pattern of the Phoenician colonies in the West makes sense.

IBERIA, THE ATLANTIC BRONZE AGE AND THE MEDITERRANEAN

Colin Burgess*
Brendan O'Connor**

...it is only at the very end of the Bronze Age, early in the first millennium BC, that an international 'Atlantic' Bronze Age comes into being...

Champion 1984: 223.

Atlantic Bronze Age: SYNONYM: carp's tongue sword complex; CATEGORY: culture: DEFINITION: A Late Bronze Age metalwork industry which developed on the west coast of France (Brittany to Gironde) c.1000-500 BC and spread to southern England and Iberia. The unifying factor of these areas was very active trading along the Atlantic seaways...

From www.reference-wordsmith.com, 2006

INTRODUCTION

Some of the essentials of this paper have been suggested by one of us elsewhere (Burgess 1991), and have been further explored by both of us (Burgess & O'Connor 2004): especially the place of the Hío hoard and the Huelva deposit in an Iberian *Bronze Final* 2 comparable to Wilburton industry in Britain and Saint-Brieuc-des-Iffs in north-west France; the misidentification of Huelva swords as carp's tongue, and the confusion resulting therefrom; the absence of the carp's tongue complex in Iberia apart from a very few swords; and the difficulty of defining a *Bronze Final* 3 in Iberia, comparable to Ewart Park in Britain and carp's tongue in Atlantic France, and finally that this absence was due to the onset of a precocious Iron Age of oriental origin.

We have been very fortunate in putting together this paper to have been given access to three key, forthcoming works: the *Prähistorische Bronzefunde* volume on the Iberian swords (Brandherm 2007); some of Sabine Gerloff's work for her forthcoming *Prähistorische Bronzefunde* volume on metal vessels in Britain and Ireland; and a new survey of flesh-hooks and the Atlantic feasting complex (Needham & Bowman 2005). We are most grateful to all these authors for their kindness. It will also be apparent how great a debt we owe to many Spanish and Portuguese friends and colleagues, and to our sorely missed friend André Coffyn and his pioneering work on Iberia in the Atlantic Bronze Age (1985).

CHRONOLOGY

The absolute chronology used here is essentially that worked out by Needham (1996; Needham *et al.* 1997; Rohl & Needham 1998: 98-110, fig. 21; Needham & Bowman 2005), as adapted by the present authors (Burgess & O'Connor 2004). Industrial stages and phase names go back to Briard (1965) for France, Smith (1959), Hawkes (1960) and Burgess (1968) for Britain, Eogan (1964) for Ireland, and for Iberia we acknowledge especially the work of Savory (e.g., 1948; 1949; 1968), and Almagro-Gorbea (especially 1986). But for Late Bronze Age Iberia, we start from the outline proposed by Burgess (1991). The following framework for the Atlantic Late Bronze Age results:

LBA1/BF1 – Rosnoën/Penard/Mouruás-Herrerías-Isla de Cheta – 1300/1250-1150/1100 BC

LBA2/BF2 – Wilburton/Saint-Brieuc/Saint-Denis-de-Pile/Hío-Huelva – 1150/1100-1000/950 BC

LBA3/BF3 – Ewart Park/Carp's Tongue/Fiéis de Deus-First Iron Age – 950-850/800 BC

Brandherm uses a similar system, though with sub-divisions within our LBA 1 and 2 (2007: fig.1; see also Harrison 2004: 14-15; one of us (CB) does not believe Wilburton and Blackmoor constitute separate phases):

<i>Britain</i>	<i>France</i>	<i>Iberia</i>
Appleby	Penavern-en-Rosnoën	Isla de Cheta
Penard	Kergerou-en-Rédené	Huerta de Arriba
Wilburton	Saint-Brieuc-des-Iffs	San Andrés de Hío
Blackmoor	Braud-et-Saint-Louis	Ría de Huelva
Ewart Park	Vénat	Monte Sa Idda (Sardinia)

LBA4 in Britain, Llyn Fawr, 850/800–700, Hallstatt C in central-European terms, Hallstatt 1 or First Iron Age in France, has no equivalent in Iberia, where the beginning of Phoenician colonisation changed everything.

THE BACKGROUND, COPPER AGE TO MIDDLE BRONZE AGE

Precocious activity on the Atlantic sea routes in the Copper Age is suggested by diffusion of the Beaker phenomenon and its associated «package» of artefacts, notably its metal such as Palmela points, and also by the spread of early goldwork fashions such as lunulae. This activity did not last into the Early Bronze Age, which saw a cessation of traffic along the Atlantic littoral, which it is tempting to connect with the widespread collapse of systems and populations in Atlantic Europe, from Britain to southern Spain, at the end of the Copper Age, c. 2354-

* 64 Avenue Bonneval Pacha, 87500 Coussac-Bonneval, France. E-mail: cb.burgess@wanadoo.fr

** 48 Rodney Street, Edinburgh EH7 4DX, UK. E-mail: BrendanJOC@aol.com

2345 BC (Burgess 1992; 2004). Throughout the Early and Middle Bronze Age long distance movement along the Atlantic seaways appears patchy and slight. It was perhaps because of this isolation that Iberian metalworking remained conservative throughout the Middle Bronze Age, the range and sophistication of its products slight compared with Atlantic regions further north.

The idea of an Atlantic Bronze Age has long been familiar, its history having been summarised by Coffyn (1985). He traces it back to Santa-Olalla (1946) and his desire to distinguish the Late Bronze Age of western Iberia from that of the east of the Peninsula, but it is clear that others were thinking along similar lines at that time (e.g., Savory 1948; 1949). The Atlantic Bronze Age has always meant different things to different writers, but has always been about metal. It came especially to be linked to the carp's tongue complex as defined by Hawkes (Kendrick & Hawkes 1932: 133-135), and to the widely distributed carp's tongue sword in particular, and the second quotation at the head of this paper shows how this view has maintained a popular cachet. Champion's quotation is nearer the mark, but by dint of being less specific. It was not «at the very end» of the Bronze Age that an Atlantic Bronze Age is evident, though its climax did come «early in the first millennium». Paradoxically, as we shall attempt to show here, if there was in any sense an Atlantic Bronze Age it was all over by the time of the carp's tongue phase of the Bronze Age. But this last gasp of the Iberian Bronze Age saw some of the most remarkable long-range traffic linking the Atlantic and Mediterranean worlds.

As the Atlantic Bronze Age has been preoccupied with metal, so this paper will dwell mainly on metal and little on other aspects of the period. That there was always movement of varying intensity by land routes from one side of the Pyrenees to the other has long been clear (Bahn 1984) and these connections have been given weight by the work of Coffyn (1985: 21-27), updated by Gomez (1995: 120-133), showing the distribution of Early and Middle Bronze Age pottery types such as vessels à *pastillage* (Gomez's à *pustules*) and polypod ceramics in southern France and northern Spain.

But what these studies also make clear is how little spread of metal products and fashions there was in the Atlantic lands during the Early and Middle Bronze Age. For much of the late third and second millennia Iberia remained discrete from lands further north, especially in metalworking. For much of this time Britain and Ireland looked to north-western France, then the Low Countries and even the Baltic. At an early stage of the Early Bronze Age, Wessex I/Bush Barrow in English terms, cross-Channel connections were mainly between Wessex and Brittany, but in Wessex II the emphasis switched noticeably to a broader axis from Wessex/south-east England to Normandy/Picardy, the Low Countries and north Germany

(Burgess 1996; Butler 1963). In the first phase of the Middle Bronze Age, Acton Park, the metallurgical focus in Britain switched away from Wessex, and it was a swathe from north Wales to East Anglia that maintained these connections with north-western Europe (Rohl & Needham 1998: 93-94). The second or Taunton phase saw an expansion of these maritime influences on a broad front, now linking the whole of the southern half of Britain with all north-western France bordering the Channel and Normandy in particular (O'Connor 1980: 47-49, 92-94, table 7); what Rowlands (1980: 37) conceived of as a Channel core area. From time to time this core area extended its influence down to the Loire and beyond. This MBA2/*Bronze Moyen* 2 phase, c. 1400-1300/1250, is Taunton/Ornament Horizon in Britain (Smith 1959; O'Connor 1980: 38-94; Rohl & Needham 1998: 95-96), Baux-Saint-Croix/Mont-Saint-Aignan in Normandy (Burgess 1968: fig. 20), Dommiers/Villers-sur-Authie in Picardy/Nord (Blanchet 1984: 159-196), Portrieux in Brittany (Briard 1965), Duffaits B in the centre and centre-west (Gomez 1995), and *Bronze médocain* II-III in the south-west. It is an important phase for our present study, because one can begin to discern a spreading northwards and southwards of Channel core types, especially palstaves, and weapons such as rapiers and looped spearheads, throughout the Atlantic lands from north Germany to the Dordogne. One can begin to talk of Atlantic types.

These connections were, however, hardly sufficient to talk yet of an Atlantic Bronze Age. Even at an advanced stage of the Middle Bronze Age, the Channel core area had to its north a Low Countries zone which, as one proceeds north, was increasingly influenced by northern Germany. And the Channel core zone exerted its influence southwards only sporadically though increasingly beyond the Loire. The *centre-ouest*, the land of the Groupe Duffaits (Ibidem), and the Médoc had their own metal types, especially axes: the flanged axes of Médoc/Vendée type and palstaves of centre-west type, none of which spread far beyond the region to north and south (Ibidem: figures 62, 69), though the palstaves spread eastwards through central France. On the other hand, in the B phase of Duffaits, these local types had to compete with surprising numbers of palstaves from the north: Breton (Portrieux) and Norman types, as Verney (1989) and Gomez (1995: 168-171) have noted. But for both centre-west and Channel core types, the Médoc marks the southern limit of these influences. Beyond lay the infertile, sandy Landes, which has produced very little sign of Bronze Age activity (Gardes 1991), and even today is one of the most sparsely populated parts of France, given over to forestry and tourism. One would not expect much sign of activity along this low-lying, presumably mosquito-ridden coast, but more surprisingly, further southwards northern

Spain from Cantabria to Galicia shows a similar near-lacuna. A few French-type palstaves and flanged axes from northern Spain have been published (Monteagudo 1977: n° 898-900, 1135, 1144; Coffyn 1985: 17-21, pl. I; Fernández Manzano 1986: 33; Suárez Otero 2000), but often with provenances unknown, uncertain or unlikely. Nor is there Iberian material of this later Middle Bronze Age period from France, so that up to the end of the Middle Bronze Age there is little sign that an Atlantic Bronze Age had got underway.

Goldwork and ornaments at first glance suggest a different story, especially the *torques massifs incisés* found along Atlantic lands from south-east England to southern Portugal and Spain (Coffyn 1985: 60-1, figures 25-27, carte 15). For the incised decoration of this type is very much that of the Bignan armlets (Briard 1965: 123-35; Rowlands 1971) characteristic of southern England and Atlantic France during MBA2/BM2. There is considerable uncertainty about the date of these ornaments (Taylor 1980: 58, 66), mainly because their associations are few and usually with other difficult-to-date types. Some have assigned them to the Middle Bronze Age (e.g., Briard 1965: 145-146; Eluère 1982: 149-168), while others have preferred the Late Bronze Age (e.g., Coffyn 1985: 60-61; Armbruster 2002-2003: 146; 2004a: 134). While no certainty is possible, three observations seem to point to the Late Bronze Age rather than before. The first is that the massive ornaments with expanded ends in the Vieux-Bourg-Saint-Quentin hoard are surely Late Bronze Age. Secondly, the distribution of these massive torcs, compared with typical Middle Bronze Age ornaments, is completely different – as graphically demonstrated by Coffyn's maps of twisted torcs and massive torcs on facing pages (Coffyn 1985: cartes 14-15); and finally, that these massive torcs occur at Baiões in Portugal as part of a large (but uncertainly associated) assemblage of metalwork all of which can comfortably be accommodated within LBA2/BF2, the Hío Phase (Burgess & O'Connor 2004).

LATE BRONZE AGE 1/ BRONZE FINAL 1/ BRONZE FINAL 1

The opening Penard-Rosnoën phase of the Late Bronze Age, the thirteenth-twelfth centuries, was a time of crisis, of change, and innovation throughout the Old World (e.g., Muhly 1992; Falkenstein 1997; Oren 2000; Burgess 2001a). The beginning of this period saw the development of Urnfield culture in central Europe, the appearance there of the armoured warrior, and the emergence in central and Atlantic Europe alike of high-profiled «fighting and feasting» societies. These are given substance by the appearance of an extensive range of new weapons, and by a proliferation of «eating and drinking»

novelties (Gerloff 1986; Burgess 1991; Burgess & O'Connor 2004; Needham & Bowman 2005). Not for the first or last time, political, economic and social crisis ushered in an age of the warrior; as pressures mounted on peasant populations, so fighting men, their weapons and accoutrements multiplied. As life for the peasants became more miserable because of worsening weather so the «fighting and feasting» elements flourished.

The period saw a continuation of the intense Middle Bronze Age cross-Channel traffic, to judge from the discovery of Channel wrecks of this period (e.g., Muckelroy 1981; Needham 1982). Distribution patterns suggest that movement may also have picked up along the Atlantic coast of France, and for the first time there are firmer signs that this was crossing the «mid-Ocean gap» between the Gironde and Iberia.

The earliest «swords» of the Iberian Late Bronze Age are Atlantic types with straight blades and broad midribs (Brandherm 2007: n° 1-5). Since they all have more or less trapezoidal hilts, they are strictly rapiers and dirks (*estoques y dagas*) rather than swords. Two examples were dredged together, with a spearhead, from the River Ulla near the Isla de Cheta, Pontevedra (Brandherm 2007: n° 2-3, lám. 54A; Peña Santos 1985), one a typical Group IV rapier – an Appleby variant, and one too worn to type. Two fragmentary examples are unprovenanced (Ibidem: n° 4-5), while the remaining blade, from a settlement at Croa de Zoñán, Lugo, has a rod-tang like that on the – very different – Group III rapier from Cutts, Co. Derry (Burgess & Gerloff 1981: n° 395). These Iberian rapiers and dirks are equivalent to Group IV in the classification for Britain and Ireland (Ibidem: 62) and Brandherm places the provenanced examples in his Appleby phase. The long socket and ogival blade of the Isla de Cheta spearhead (Brandherm 2007: lám. 54A, 3) match one of the spearheads in the Rosnoën hoard (Briard 1965: 157, fig. 51, 1), while there appears to be an example from a Middle Bronze Age context at Mondeville, Calvados (Chancerel *et al.* 2006: 162, fig. 115, 2). The northwesterly distribution of these rapiers and dirks in Spain (Brandherm 2007: lám. 44) is clearly consistent with their Atlantic origin, though in Catalonia the cave of Joan d'Os, Tartareu, Lleida, has produced a notched blade 155 mm. long with broad midrib identified as a Rosnoën type (Rovira i Port 1998).

The hoard from Valdevimbre, León, recently acquired by León Museum about eighty years after it was found (Valdevimbre forthcoming), could belong to this Isla de Cheta phase because of its conical ferrule (Needham 1982: 38, 40-41, 52-54, figures 13-15) and spearhead with long socket (Briard & Mohen 1983: 127-128). While the spearhead would be a French Rosnoën type, the ferrule should be of British origin since conical ferrules appear to be unknown in France. There appears to

be another conical ferrule in the Covalada hoard, Soria (Coffyn 1985: 387, 389, n° 80, 119, tab. V, pl. IIIB).

We should also mention here the hoard from Arroyo Molinos, Jaén (Ibidem: 165, 389 n° 121, pl. XVI), containing two median-winged axes (Monteagudo 1977: n° 1777-8) far away in Andalucía from their likely origin in eastern France (Millotte *et al.* 1968) – though they do reach the south-west (Coffyn 1985: 165; Gardes 1991: 16, fig. 2A, 1) – and a Rosnoën palstave (Monteagudo 1977: n° 1134). While there may appear to be no connection with Britain, where median-winged axes are almost unknown (Schmidt & Burgess 1981: 114-115), the largest group in Europe does come from Langdon Bay in the English Channel just east of Dover Harbour, associated with Rosnoën palstaves (O'Connor 1980: 96-8, 355-356, n° 108, figures 34-35), so Langdon Bay should represent diffusion similar to Arroyo Molinos.

As befits an «Age of the warrior», it is the range of eye-catching new weapons, offensive and defensive, that are the easiest to track, and the feasting paraphernalia enjoyed by these fighting men. The first innovations to note are the first true swords, as opposed to the rapiers and dirks which had sufficed in the Atlantic and the Mediterranean alike for centuries. Here are heavy slashing swords, with blade and hilt cast in one, of central European origin like so much in the new armoury. In the Atlantic world it is the Hemigkofen and Erbenheim types we must look out for (Cowen 1951), the originals brought from central Europe but widely copied in the west (Colquhoun & Burgess 1988: 29-33); also the first local types that they inspired, such as the British Clewer swords (Ibidem), and their French and Iberian equivalents.

Brandherm identifies from Spain three flange-hilted swords (*espadas de lengüeta*) of the mainly Hallstatt A2 Hemigkofen type and its Elsenfeld variant (2007: n° 11-13), compared with fifteen Hemigkofen weapons from Britain (Colquhoun & Burgess 1988: 26-28). Again, this should represent similar patterns of diffusion from central Europe to Iberia and Britain, though Brandherm does not exclude British origin for the sword from Mouruás, Ourense, because of its geographical position in the north-west of the Peninsula. As in Britain, the typological sequence in Iberia proceeds from imported flange-hilted swords to indigenous products: Brandherm's types Vilar Maior (2007: n° 15-21) and Catoira, with its Évora variant (Ibidem: n° 22-32). These include the earliest swords from Portugal; all are single finds and every Catoira type appears to have been deposited in a river. Brandherm compares Vilar Maior and Catoira with Limehouse and Taplow types in Britain (Colquhoun & Burgess 1988: 33-36).

But these true swords also helped spawn a range of local swords, without integral hilts, and managing with

handle arrangements of varying efficacy. Central Europe, and southwards into Italy, had especially rod-tanged swords, or *Griffangelschwerter/Griffdornschwert-er*, eventually to make an impact as far away as Ugarit (Burgess 2001a: 278-280). The Atlantic world had its hilt-tang swords, with straight (Rosnoën, etc.) or leaf-shaped (Ballintober, etc.) blades, the former somehow managing to reach as far east as Bohemia (Novák 1975: Taf. 5). To complicate matters further, new versions of the old dirks and rapiers were produced, certainly in Britain and Ireland, and were at least used in France, and even in Iberia at Isla de Cheta (Brandherm 2007: n° 3). These were still of the old Group IV blade form with flattened centre-section (Burgess & Gerloff 1981), but with hilt plate taller in height-width ratio, and often with notched butt rather than rivet-holed butt. The Irish Cutts weapons were even given heavier leaf-shaped blades (Ibidem: 90-96, pls. 97-104).

A rod-tanged sword from Cal Marquet, Barcelona, presumably came from the north-east, perhaps with the earliest Urnfield incomings into that region (Brandherm 2007: n° 8; Harrison 1994) and, like the poorly-provenanced Terontola sword from the Catalan Pyrenees (Brandherm 2007: n° 10), has nothing to do with this Atlantic quest, which leaves two atypical Ballintober swords.

Brandherm attributes the fragmentary leaf-shaped sword from Herrerías, Almería (Ibidem: n° 7) to the Ballintober type, dated to his Penard phase. Even further south, a weapon from the River de Larache in Morocco is identified as closely related to Ballintober (Ibidem: n° A 1). These two swords are not identical, the former having a rounded midrib flanked by multiple grooves and a notched tang, while the latter has a broad midrib of Rosnoën form and two (broken) rivet-holes at the top of its hilt. Neither seems to be a characteristic Ballintober sword of British or Irish origin (Colquhoun & Burgess 1988: 19-24), though grooves also occur on a sword from Mixnams Pit, Surrey (Ibidem: n° 24; Tomalin 1982: 166, fig. 2.2). Better comparisons for Herrerías may be the French swords from the River Charente at Cognac (Gomez 1987: 128-129, figures 2.1 & 3.1) and the Loire at Nantes (Briard 1965: fig. 55.3). The Larache sword resembles certain Group IV rapiers (Burgess & Gerloff 1981: n° 645), though its somewhat leaf-shaped blade and narrow hilt may also betray some Ballintober influence (we must thank Dirk Brandherm for examining this sword for us).

The sparsity of hilt-tang swords in Iberia is not surprising since they are rare even in western France. There is only one of the Ballintober-Chelsea group south of the Loire (Gomez 1987), and the Rosnoën distribution extends not much further, to the River Isle at Périgueux (Chevillot 2004). Others mapped in this area by Coffyn (1985: carte

12), and one from the River Adour in the Landes, are probably mistaken identifications. Coffyn also maps an unpublished Rosnoën sword from Palencia in northern Spain, but the authors have no knowledge of this piece and it does not appear to be listed by Brandherm (2007). There is one other piece of evidence for Rosnoën swords in Iberia, and that is on the weapons stela from Fóios, Beira Alta (Curado 1986; Burgess 1991; Harrison 2004: 193-195; Brandherm 2007: A IV-1). This depicts a straight-bladed sword with a four-rivet rectangular hilt plate, difficult to interpret except as a Rosnoën sword. This sword is placed alongside a typical V-notched shield, of which more below.

The warrior could also draw on new spearhead forms, especially the straight-based basal-looped form (the Enfield type: Burgess 1968). This and older forms of looped spearhead continued to be produced in Britain and Ireland, where loops were still preferred to the continental peg-holes, but these Irish-British looped spearheads achieved a remarkable distribution in Europe, from north Germany to northern Spain (Butler 1963; Schauer 1974; Coffyn 1985: 132, carte 17). The mould from Vilhonneur, Charente, confirms they were also made in Atlantic France. In Britain and Ireland their use continued through LBA 2, and it is likely that Iberian examples belong to this later period. In Britain especially, basal-looped spearheads were often produced in sizes so long (from Wandle Park, Surrey, c.80 cms.: Needham 1990a: 249, fig. 4) as to suggest that the new warfare involved as much posturing and parading as fighting.

Swords imply a completely new method of combat, and a new need for protection. This involves at least a shield and helmet, but in central Europe the warrior sported also bronze corselet and greaves (Schauer 1975; Burgess 1980: fig. 3.20). These may even have been invented in central Europe, since they are protection for a style of warfare – sword-wielding infantry – alien in the east (Burgess 2001a: 282). In bronze, the greaves at least reached as far as Cannes-Ecluse in the Paris Basin during this period (Gaucher & Robert 1967), but the corselet arrived probably only in *BF2*. Whether bronze helmets, in the western form with prominent studs, appeared as early as Penard-Rosnoën is unclear. Their presence in the next phase, *LBA2/BF2*, Wilburton/Saint-Brieuc/Hío, is much better attested. Logic suggests that when the true sword reached the west from central Europe, it would have brought with it a requirement for appropriate personal protection, so that leather and hide corselet, greaves and helmet would have been worn even if the bronze versions cannot be demonstrated as early as this. The point is emphasized by the round bronze shield, a part of the panoply of the central European sword warrior which did reach the Atlantic lands, but was probably known in Iberia only in leather form. It is likely, even in central

Europe, that this bronze armour was not intended for actual combat. As has been observed elsewhere, «when posturing turned to fighting, off came the bronze, and on went the hide...which was so much more effective in turning a blade...» (Burgess 2001a: 282). That this definitely happened in the case of shields at least is shown by the discovery in Ireland both of leather shields and wooden formers for their manufacture (Coles 1962).

In Iberia the warrior had another string to his bow, literally. That sword warfare was slow to catch on there may have been due to the continuing popularity of archery, as indicated by frequent finds of bronze arrowheads. In north-western France, Britain and Ireland, archery had largely passed out of fashion after the Early Bronze Age, as indicated by the rarity of arrowheads. Clearly in the Channel core area, close-quarters combat with the spearhead and rapier, and later the sword, was preferred during the Middle and Late Bronze Age. This was not the case in the Groupe Duffaits in the centre-west of France, where bronze arrowheads are frequent finds (Gomez 1995: e.g. pls. 6, 13 & 18), as in Iberia. One wonders whether in both regions it was a scarcity of rapiers and swords that forced a continuing reliance on archery. Another possibility is suggested by the warrior figurines of nuragic Sardinia, which suggest that a distinction can be drawn between archers with lighter accoutrements and sword-bearers with heavier protection (Burgess 2001b: 179). With archery continuing in Iberia after the arrival of swords at the beginning of the Late Bronze Age, it is possible that a similar distinction developed there.

And what of the feasting that went with all this fighting? First and foremost are the sheet-metal vessels, the cauldrons of Class A (Gerloff 1986) and the early «Danubian» buckets (Gerloff 2004). These reached the west from central Europe in this *LBA1/BF1* period, and inspired long traditions of sheet-metal vessel development in Britain and Ireland in particular. The fact that the earliest of these vessels, the class A cauldrons of Colchester and Shipton types, come from south-eastern England, and that this area has the major British concentration of imported early Urnfield swords, no doubt reflects the common origin of these traditions. As yet it is unclear whether the slight French evidence for Class A cauldrons and early buckets permits a start there as early as this, and in Iberia cauldrons almost certainly appeared only in the next, Hío, phase (see below).

With sheet-metal vessels went flesh-hooks, which also emerged in Penard/Rosnoën (Needham & Bowman 2005), since one was found with the Class A cauldron at Feltwell, Norfolk (Ibidem: class 2 nº 1; Gerloff 1986: fig. 6). Again the earliest examples are in south-east England, though this time the first Irish examples are at least as early. Again there is no certain evidence that the French and

Iberian examples are this early. Another feasting novelty may be altogether later than this period, the rotary spit (see below). These had a complementary distribution and clearly a different function from flesh-hooks (Needham & Bowman 2005), and the scanty dating evidence and weight of distribution suggests that these must be taken out of this Penard/Rosnoën-British/Irish/north-west French milieu, and regarded as a development of north Portugal/Extremadura in the next, Hío, phase (Burgess & O'Connor 2004).

One other British/Irish novelty of Penard/Rosnoën was the socketed sickle, in its cylinder-socket form (Fox 1939). While it is difficult to see how this might have fitted into a feasting context, at least it makes more sense in a ritual context than as a conventional sickle. On the other hand, there is a resemblance to the *gancho para transportar a herba* of northern Spain (Calo Lourido 1997: 129), so they may have served some sort of practical agricultural function rather than a ritual use. Socketed sickles are well represented in France (Briard 1964; Maggi & Faye 1991), but paradoxically most there are of later forms, whereas the early cylinder-socket form is quite common in Galicia and Portugal (Coffyn 1985: 394, carte 56). However, even in Britain and Ireland the form may have been rare before LBA2, and associations suggest it may only have reached the rest of Atlantic Europe in LBA2/BF2.

The hoard from Huerta de Arriba and those from Coaleda, Soria, and Monforte de Lemos, Lugo, both also dated to his Penard phase by Brandherm (2007), contain double-looped palstaves (Coffyn 1985: pls. III, 4; LXV, 1 & 4; Monteagudo 1977: n° 1223, 1232-1233 & 1235, Taf. 150D, 152B). While the presence of double loops on a few British palstaves has been taken to mean they were derived from Iberia, comparison of the forms of the respective types suggests that is not the case and the British examples are simply local palstaves with two loops (Savory 1966-1968; O'Connor 1980: 54-55; Taylor 1982: 13). The same appears to be true of the double-looped palstaves found in France outside the south-west (Briard & Verron 1976: 109).

Apparently Iberia was still entering only reluctantly into contacts with Atlantic Europe in this first phase of the Late Bronze Age, but two aspects of deposition urge caution about taking this apparent paucity of finds at face value. The first could also affect the sparsity of finds in south-west France, and that is, in contrast to Britain and north-west France, the rarity of hoards of this period in Atlantic Europe, from the Charente to southern Spain. The second affects much of Iberia. It is well known that the vast majority of Late Bronze Age metal finds in most of Atlantic Europe have come from wet places and particularly from rivers. Without these «wet» finds the wealth

of Late Bronze Age metalwork from much of north-west Europe would look very depleted. These river finds continue into Galicia, but then stop suddenly – partly it may simply be the paucity of permanent rivers and wet places over much of Iberia. The Huelva find is very much isolated, and must indicate some very special circumstances of deposition in an Iberian context. Compared with Galicia northwards, an unusually large proportion of Late Bronze Age metal finds from Iberia have come from excavations of ostensible settlements such as castros and from graves.

Generally Iberia seems more open to outside influences in this than in previous periods. Firstly there arrived in north-eastern Spain – presumably via southern France – the first elements of Urnfield culture (Harrison 1994), but the similarities to Urnfield groups in central Europe and eastern France are general rather than specific. It is very difficult to identify anything in the Spanish Urnfield repertoire which pins down the specific origins in Urnfield Europe of the Spanish urnfields. For the most part the Spanish urnfields belong to periods later than this, but these influences from the north do seem to have set off a change in settlement systems in northern Spain. In particular we see the replacement of a long tradition of open and unspectacular settlement, of which Moncín in Zaragoza is typical (Harrison *et al.* 1994). In their place there are more visible *Hohensiedlungen* such as Cabezo de Monleón in the same province (Beltrán 1984), or Genó in adjoining Lleida (Maya *et al.* 1998). The characteristic radial internal arrangements, of attached rectangular units backing against and all round the perimeter wall, eventually came to be characteristic of much of later prehistoric Iberia.

But this Urnfield influence from the north-east is no more our principal concern here than the arrival of Levanto-Mycenaean influence in the south. Just how much Mycenaean pottery there is in Spain is unclear, since, as Spanish colleagues lament, it can be so easily confused with other, later, styles of painted and wheel-turned pottery. But the well-known Mycenaean sherds from Llanete de Los Moros (Martín de la Cruz 1988) in the upper Guadalquivir are from a site far from the coast, which hardly looks like an initial port of call. The Mycenaean sherds here have been assigned to LHIIIA/B, so are probably in a context of BF1. Further work on the wheel-turned/Mycenaean pottery of Spain has been published by Almagro Gorbea and Fontes (1997), and this is likely to be an aspect of Spain in this period that can only increase in importance. One metal find we can assign to this early oriental influence is the bowl in the hoard from Berzocana, Cáceres, found with typical Atlantic ornaments: massive gold armlets with archaic Bignan-type decoration. The bowl is of a type found all over the Near

East in the Late Bronze Age and, because of the armlets, Schauer (1983) must be correct to reject the traditional depression of its date to the eighth or seventh century to fit in with Phoenician colonisation.

LATE BRONZE AGE 2/ BRONZE FINAL 2/ BRONZE FINAL 2

With the onset of LBA2/BF2 and the turn of the twelfth-eleventh centuries BC, everything changed in Atlantic Iberia. Suddenly there are abundant signs of Atlantic metalwork and metalworking influence, as well as numerous hoards, *castros* and *Hohensiedlungen*. Only now can one in any sense speak of an Atlantic Bronze Age, and for the first time see metal production with common echoes all the way from northern France and Britain to southern Spain. But connections were not only with the north and the Atlantic world. On the sites and in the hoards, Atlantic elements are mixed with eastern material coming from the central Mediterranean and beyond (Burgess 1991). In the aftermath of the collapse of the great empires – Egyptian, Hittite and Mycenaean – we are dealing with a very different Mediterranean world, now dominated by the newly emerged Phoenicians, pursuing their commerce westwards in the footsteps of earlier Levanto-Mycenaean traffic, all the way to the Pillars of Hercules. They had not yet turned to colonisation.

In British-Irish terms this was the period of Wilburton metallurgy (Burgess 1968; Coombs 1975; Rohl & Needham 1998: 101-102), Saint-Brieuc-des-Iffs in north-western France (Briard 1965), and Saint-Denis-de-Pile in the south-west (Coffyn 1985: 75-96). Though there are common threads that unite these regional groups, there are also important differences that can only be touched on here. For example, the Wilburton hoards in Britain are characterised by Wilburton swords, and the old U-butt (Limehouse) swords have gone. But the Saint-Brieuc hoards still have mostly the U-butt swords, and Wilburton equivalents are rare. Such differences may have to do with different product preferences between the two, or with different hoard assembly/deposition mechanisms, or even different scrapping policies. One possibility is different hoard deposition episodes, that is most of the Saint-Brieuc hoards were deposited early in the phase, when U-swords were still plentiful (and being scrapped). The absence of associations of Saint-Nazaire swords in these French hoards hints at the same conclusion. On the other hand, if most of the Wilburton hoards were deposited a century or more later towards the end of the phase (as is often demonstrable: Burgess 1968: 36-37), then U-swords would long since have been scrapped. The Saint-Denis-de-Pile hoards fall between the two, with both U-swords and Wilburton equivalents. To reinforce the

scabbards for all these swords, these regional groups had tongue-chapes, paper-thin castings made possible by the free-flowing lead-bronze that characterises this phase.

Brandherm identifies two Spanish finds of Saint-Nazaire type (2007: n° 33-34), one from the Alhama de Aragón hoard, Zaragoza, with a lozenge-section chape (Ibidem: n° B 10, lám. 37). British finds of Saint-Nazaire swords come from the Wicken Fen, Isleham and Blackmoor hoards (Colquhoun & Burgess 1988: 53-54), dated to our Late Wilburton/Saint-Brieuc phase when this type appeared in France and to which the Alhama de Aragón hoard can be attributed because of its long chape (Ibidem: 54, n. 4). In this case, both Iberian and British swords were imported from Atlantic France. There is a shorter – 72 mm – lozenge-section chape with a straight mouth from the Castro de Berbeia, Álava (Brandherm 2007: n° B 11). Short chapes with straight mouths are unusual, though there are two 80 and 51 mm long from Ireland (Eogan 1965: 169, 172, n° 7-8, fig. 92). British evidence suggests such short chapes would be of Ewart Park date (Burgess *et al.* 1972: 218-219; O'Connor 1980: 146-147), though it is not clear whether this would apply if the Berbeia chape were Irish.

In addition to the sword, the Atlantic warrior could draw on a whole range of spearheads, both for parading and combat. Basal-looped spearheads remained in widespread use, perhaps more for show than in combat, and they are found throughout Atlantic Europe. But in Wilburton Britain, though seldom across the Channel in France, there were several new «fancy» spearhead types available: lozenge-sectioned, hollow-bladed or stepped-bladed, others with beadings or fillets edging the midrib, and spearheads with holes or openings in the blade, especially lunate-opening spearheads. These often have lozenge-sectioned, hollow blades. In addition, the basic leaf-shaped spearhead with peg-holes for shaft attachment was now in general use in Britain. For the other end of the spearhead shaft there were long, tapering, tubular ferules, usually with closed ends, but sometimes with an expanded, flat end.

For defence we can assume the best-dressed warrior had at least a helmet and shield at his disposal, but these were not normally included in hoards. Paradoxically the best evidence comes from Iberia, of which more below, and for Britain and north-western France there are only pointed studs of the type which protruded from the front of Atlantic studded helmets. There are examples in the Saint-Brieuc hoard itself (Briard & Onnée 1972: esp. pl. XX; Coffyn 1985: 172, fig. 60), and several, together with possible sheet helmet fragments, from Fengate, Peterborough (Pryor 1991: 115-117, illus. 91; Coombs 2001: 258, 268, 290-291, figures 10.3, 8-16 & 10.6, 95) – though the sheet fragments here appear to one of us

(BOC) who has examined them to be too fragile to belong to a helmet.

For the feasting there is now much more widespread evidence for cauldrons and flesh-hooks, and a novelty appeared – the rotary spit – (Burgess & O'Connor 2004; Armada Pita 2005a). These had different function and a largely complementary distribution pattern to the flesh-hooks (Needham & Bowman 2005: fig. 11), and were probably developed in north-central Portugal/Spanish Extremadura as part of the changes sweeping the area in this period. Finally in this section we must not forget socketed sickles, and unlike in the rest of Atlantic Europe, these are well represented in hoards and settlements in Iberia in this period.

The principal axe type in Britain and north-west and south-west France was the narrow blade, looped palstave, the *hache à talon massive* (Briard 1965: 180, fig. 60), normally of the «late» type with overhanging stop, but sometimes still the so-called «transitional» type (Smith 1959: 176-177; O'Connor 1980: 95-96) of LBA1/BF1. Otherwise axe preferences were regionally different. Britain and Ireland developed socketed axes, of square-mouthed forms, with ribbed or flat collars; and also «indented» examples with waisted bodies. These indented socketed axes also occur in the Saint-Denis-de-Pile hoards (Coffyn 1985: fig. 39) and in northern France (Blanchet 1984: fig. 136), but generally socketed axes were eschewed in Atlantic France, where median-winged and early end-winged axes were preferred as secondary axes, not surprisingly with the proximity of winged-axe lands to the east. New tool types also appear in Wilburton/Saint-Brieuc contexts, notably socketed gouges and chisels, but these, especially the gouges, are more common in the French than the British hoards, and may have developed in France first. In Ireland and Britain gouges appear only in late Wilburton hoards (Burgess 1968) and did not become commonplace until LBA3, Ewart Park/Dowris.

Why Iberia suddenly tapped into Atlantic metalworking traditions and fashions, why hoard deposition suddenly became common, why *castros* and *Hohensiedlungen* appeared widely, is not clear. Perhaps the more fundamental question is why the Peninsula was suddenly so open to influences coming not just from the Atlantic world, but also from north-east (Urnfield), and from the Mediterranean. This was a time of sweeping change in Iberia, in some way reminiscent of the dramatic transformations that have overtaken both Spain and Portugal since the end of their dictatorships. But though this period in Iberia has hoards, it is the *castros* which have provided many of the metal finds and the most interesting contexts. Indeed metal finds are so abundant as to suggest *castros* in some way were more than just domestic, almost as if they had taken the place of the «wet» loca-

tions of much of the rest of Atlantic Europe for deposition. The emergence of the *castros*, as the evidence stands, is difficult to interpret, because the earliest, with abundant metal finds of BF2, appear to be in north-central Portugal. One might have expected the first in Atlantic northern Spain if they had been inspired by Atlantic influences, but whether this pattern genuinely suggests a local innovation in north-central Portugal, or is an illusion resulting from unequal excavation in Atlantic Iberia, is impossible to determine. Certainly it is easy to find LBA bronzes among the old finds from *castros* in Galicia and the Asturias. Twin-looped palstaves and cauldron fragments come from several sites (Maya 1988: 71-78; Schubart 1961: 43; Gerloff forthcoming). In the Alentejo, south of the apparent «primary» area in north-central Portugal, Late Bronze Age *castros* and hillforts also abound on the strength of abundant ceramic finds (Pereira & Soares 1980; Arnaud 1979; Gibson *et al.* 1998), but whether they began as early as those further north is impossible to determine without comprehensive excavation. Metal finds are undistinguished, but even limited excavations on small sites have shown them to be incredibly rich. For example, Coroa do Frade in the Alentejo (Arnaud 1979: fig. 6; Silva, I. 1995: 43, n° 36) produced not only abundant ceramics from very limited excavations, but what may be the shank of a rotary spit amongst scrappy bronze finds; and Alto do Castelinho da Serra, not far away, though it has not yet yielded metal finds from limited exploration of its primary Late Bronze Age levels, has produced both fibulae and iron tools from overlying Early Iron Age levels, along with Phoenician and Greek pottery (Gibson *et al.* 1998).

It is the hoards which reveal the extent to which Iberia in this period was part of the Atlantic Bronze Age, but the *castros*, settlements and graves which show how Atlantic influences were mixed with Mediterranean. One of the most representative hoards is that from Hío in Galicia (Schubart 1961; Coffyn 1985: pls. LX, LXI), which gives its name to this Iberian equivalent of Wilburton/Saint-Brieuc/Saint-Denis-de-Pile (Burgess 1991; Burgess & O'Connor 2004; Brandherm 2007).

In addition to the Saint-Nazaire swords (see above), Brandherm attributes to his Hío phase a type named after a find from the River Ulla at Cordeiro, Pontevedra (Ibidem: n° 35-40). Apart from Huelva, there is a -probably- associated find from the River Sil at San Esteban, Ourense (Ibidem: lám. 54B), dated by Brandherm to his Wilburton/Saint-Brieuc/Hío phase. The San Esteban hoard also contains a basal-looped spearhead and a hollow-bladed spearhead. The former type survived into the Wilburton phase and beyond in parts of Britain (Burgess *et al.* 1972: 214, 225), while the latter was characteristic of the British Wilburton phase (Ibidem: 222-224; Needham *et al.* 1997:

92). However, French associations suggest that Cordeiro swords were still evident at the time of Blackmoor and Huelva (Brandherm 2007; Coffyn 1985: fig. 34, 16-17). The basal-looped spearhead from San Esteban is not necessarily a British import because this type is also common in France, but hollow-bladed spearheads seem to be unknown there (Ibidem: 142, carte 17). The San Esteban spearhead has been included among a group of hollow-bladed spearheads of British origin or inspiration from the north-west of the Peninsula (Suárez Otero & Carballo Arceo 2001: 15, fig. 5.9) including an example in the Portuguese hoard from Viçosa, Bouças, Minho (Ibidem: 17, 24, n° 48, fig. 5.11; Coffyn 1985: 390, n° 141, pl. XXXVI, 7), and perhaps also the hollow blade in the spearhead hoard from Cisneros, Palencia (Ibidem: 389, n° 123, pl. XXXVI, 4; Suárez Otero & Carballo Arceo 2001: 17, n. 22).

Stepped-blade spearheads are also present in several hoards, such as Cabezo de Araya, Badajoz, and Porto do Concelho, Beira Baixa (Coffyn 1985: pls. XXXIV, 1-2, XLIV, 7; Melo 2000: 68-69, fig. 19.3): these also appear to be local products.

The spearheads in the Hío hoard have been attributed to the Brandariz/Hío group, derived from the hollow-bladed spearheads of British Wilburton origin (Suárez Otero & Carballo Arceo 2001: 14, fig. 4, 3-5) –indeed one may belong to this typologically earlier group (Ibidem: 18, fig. 4.5) – and found in Galicia (Ibidem: fig. 5). Related spearheads occur in a hoard from Solveira, Trás-os-Montes, with a flesh-hook (Ibidem: 14, n. 14; Coffyn 1985: 390, n° 135, pl. XLIII, 4-7; Needham & Bowman 2005: Class 3, n° 8), which is among the hoards attributed by Brandherm (2007) to his Blackmoor/Braud/Huelva phase, though Needham & Bowman (2005: 114-115, fig. 7) place it in the preceding phase. For CB, late Wilburton will suffice.

The Hío hoard also has its feasting furniture: cauldron fragments and flesh-hooks. A late date for this hoard is no longer necessary given the British evidence that cauldrons and flesh-hooks appeared at the beginning of the Late Bronze Age (Gerloff 1986: 88-94, 102; Needham & Bowman 2005) and Brandherm (2007) regards it as contemporary with San Esteban, Wilburton and Saint-Brieuc. Two possible flesh-hooks are identified by Needham and Bowman (2005: Class 2, n° 4-5) as belonging to their socketed single prong class, which appeared in Britain during the Penard phase. These are not typologically the earliest from Iberia, but the unsocketed double prong from the castro of Barrios de Luna, León (Ibidem: Class 1, n° 3), cannot be dated by association because it was unstratified. It remains uncertain whether the Iberian cauldrons were derived from Britain (Armada Pita 2002), indeed we still lack a thorough study of this important group of material (Coffyn 1985: 55-57, 141, 395-396, carte 22),

but the British vessels appear to have chronological priority. Hawkes regarded the Cabárceno cauldron, Santander, as developed from insular vessels of class B1 (1952: 110-111), but in her forthcoming *Prähistorische Bronzefunde* volume Sabine Gerloff will argue that the complete Iberian cauldrons should instead be compared to insular class A and thus be contemporary with the Wilburton phase. Needham and Bowman (2005) note the similar distribution of cauldrons and flesh-hooks in the north of the peninsula and suggest both types were introduced at the same time as lozenge-section spearheads.

Cylinder-socket sickles are known from at least one hoard (Arganil - Coffyn 1985: pl. XLIII) and several *castros*, but local sickles of the Rocanes type (*à bouton allongé*) are much more common (Melo 2000: 58, 67). Axe types, as in Atlantic France and Britain, are mainly palstaves, especially heavy types with narrow blades, reminiscent of Wilburton/Saint-Brieuc types, but are usually longer from stop to edge, even elongated in form. Sometimes they have one loop, as in the Hío hoard, but often they have the characteristically Iberian twin loops. Equally peculiarly Iberian are the extraordinary flat-faced palstaves (Ibidem: 56-57, 66; Chitty 1936). These palstave types are supplemented by lugged axes, often in heavy versions, but as in Atlantic France socketed axes are rare, and generally have, as in Britain, slender, square-bodied forms with multi-ribbed (Hío) or flattish collars (Bouças hoard - Coffyn 1985: pl. XXXVI).

Much of the important assemblage of material from the *castro* at Senhora da Guia, Baiões, Viseu, comes from the so-called founder's hoard dated to the this period. Most of this find was recovered in 1983 following installation of an artesian well and water pipes (Silva *et al.* 1984; Silva 1986, 165; Ruiz-Gálvez Priego 1997: 102-105, fig. 9.4; Silva, I. 1995: 72, n° 52). The Baiões assemblage has few weapons, but in addition to undistinguished spearheads there is a stepped-blade example, and a tapering ferrule with expanded foot. Perhaps most remarkable is what appears to be a bent spearhead (Silva *et al.* 1984: 83, Est. VII.1), but the curl-over of the blade looks deliberate and the piece seems at first to resemble a «curved socketed knife» of the type well-known in Late Bronze Age Scottish hoards: Cullerne, Morayshire, Wester Ord, Ross and Cromarty, and Sleat on the Isle of Skye (Coles 1959-60: 46, 87) and in Ireland (Eogan 1964: 296, fig. 12, 5). These hoards are later than Baiões, but there is an earlier association, in the hoard of Fresné-la-Mère, Calvados, which is probably of the Rosnoën phase (Eogan 1967: 158-161, fig. 8). However, BOC has been able to examine the Scottish knives thanks to our friend Trevor Cowie and to verify that they have the form and proportions of socketed knives, whereas the Baiões object has those of a spearhead. Whatever the function of these strange tools, like that other

instrument of uncertain purpose, the cylinder-socket sickle, they persisted long in the Atlantic world. The Baiões hoard has no less than nine of these sickles (Silva *et al.* 1984: 79-81, est. V). All are from the same mould and are characteristic of the socketed sickles found mainly in Portugal (Armbruster 2002-2003: 147-8). In Britain, ring-socketed sickles also occur in the Isleham hoard, Cambridgeshire (O'Connor 1980: 98-99, 366, fig. 44, 26), which would be contemporary with Baiões.

The axes here are mostly twin-looped «massive» palstaves (Silva *et al.* 1984: 78-79, est. IV), but there is also a bronze mould for flat-faced palstaves (Ibidem: 76-77, est. III; Armbruster 2002-2003: 148, est. VI). The rich array of feasting furniture is the highlight of the Baiões assemblage, notably a magnificent triple-pronged flesh-hook (Needham & Bowman 2005: Class 3, nº 9), which has been described as a masterpiece of bronze worker's art without direct parallels (Armbruster 2002-2003: 149, est. VII). The Irish flesh-hook from Dunaverney, Co. Antrim (Needham & Bowman 2005: Class 3, nº 1), has recently given a radiocarbon date range of 1050-950 cal BC consistent with our Wilburton phase.

Baiões has produced a rotary spit (Burgess & O'Connor 2004: 196, nº 2; Armbruster 2002-2003: 149-150, est. VIII, 1), though not from the hoard, thus making this the only site where flesh-hook and spit both occur. There are also cauldron fragments, but much more extraordinary are pieces which show that Mediterranean elements were mixing with the Atlantic here in the far west (Burgess 1991: 37-38). The Baiões hoard contains a unique miniature wheeled cauldron (Armbruster 2002-2003: 150-151, est. IX-X), which is surely of local manufacture but has reminiscences of Mediterranean and central European fashions; and also a series of hemispherical spun bronze bowls, of Cypriot inspiration if not actual imports (Ibidem: 151, est. XII, 2 & XIII, 1). Not part of the hoard are two fragmentary fibulae (Kalb 1978: 117, 123, Abb. 8 top left & 10) and probably of a plain, double-spring type common in the central Mediterranean, and especially Sicily in Pantalica II-III (cf. Müller-Karpe 1959: Abb.32). Another indication of oriental influence may be two so-called *tranchets*, openwork handles expanding into short, ribbed wedge-shaped extensions. Another was found at Monte do Crasto in the Beira (Vilaça 1995). These are very reminiscent of Sardinian Late Bronze Age openwork mirror handles (Lo Schiavo 1991: fig. 2), and mirrors will be touched on further below.

Not far from Baiões another castro, Santa Luzia (Inês Vaz 1987), presents a similar mix of Atlantic and Mediterranean. Here, too, are cylinder-socket sickles, cauldron fragments, a ferrule with expanded foot, and a bifid razor. This last was another long-lived (and therefore not closely datable) Atlantic type sometimes found in Iberian Late

Bronze Age hoards, such as Huerta de Arriba, Burgos (Coffyn 1985: pl. LXV). Mediterranean influence at Santa Luzia is represented by at least one double-spring fibula, like those from Baiões.

These fibulae from *castros* form part of the «background noise» of oriental material beginning to permeate the central Mediterranean and Iberia; for the eleventh century (in the traditional local chronology) saw the emergence of Phoenicia and the beginnings of Phoenicia's far-flung commercial adventuring, southwards down the Red Sea to Ophir and westwards through the Mediterranean to Tartessos (Burgess 1991). Ornaments in particular must represent the visible elements in traffic that was presumably mostly invisible: textiles, perfumes, spices, wine and other perishables (Ibidem: 37). Other fibulae have been found in settlements, including a fibula *de codo* at the Cerro de Los Infantes, Granada (Mendoza *et al.* 1981, Abb. 12f); and another at Cerro de la Miel, Granada, in a site which produced a Huelva sword (Brandherm 2007: nº 85; misidentified as a carp's tongue sword by Carrasco *et al.* 1985). Another fragmentary double-spring fibula comes from Outeiro dos Castelos de Beijós, Viseu, a Baiões/Santa Luzia site, where it was associated with a radiocarbon date of 814-777 cal BC (Senna-Martinez 2000b: 47, 56, fig. 11; Arruda 2005a: 296). Fibulae from graves include examples of the simple double-spring type, like those noted above, from the cupula tomb of Roça do Casal do Meio, Setubal (Spindler *et al.* 1973-1974; Silva, I. 1995: 95, nº 70), and a *de codo* fibula from San Román de la Hornija, Valladolid (Delibes de Castro 1978). Coffyn (1985: 396, fig. 56, carte 24) listed fourteen early fibulae of various forms, including *de codo* and more elaborate Cypriot fibulae, found all over Iberia; but the number has probably at least doubled since then (Ruiz Delgado 1989; Carrasco Rus & Pachón Romero 2006d on Huelva fibulae appeared too late for us to take account of it) with new finds from excavations, especially of *castros* and settlements, many demonstrably of this Hío period. So too are examples of another ornament type, the penannular ear-ring with fat body and thinned terminals, as found in the hoard from Río Sil (Almagro Basch 1960: E3). Because this is a simple form one hesitates to be categorical, but while it does not normally appear in the west, it is a common Phoenician ornament. It is interesting, therefore, to note an example from the site at Santa Olaia, near the Portuguese coast at Figueira da Foz (Rocha 1905-1908), a site notable for its Phoenician material, but which has also produced cauldron fragments (Gerloff forthcoming) and has been linked to Baiões (Senna-Martinez 2005). However, the pottery from Santa Olaia has been dated later than Hío, to the seventh and sixth centuries (Arruda 2005a: 294, 297). That these ear-rings reached much further north

in Atlantic Europe is indicated by one in the hoard from Saint-Gregoire, Ille-et-Vilaine (Coffyn 1985: fig. 69), where the associated lugged tools confirm the likelihood that this piece was brought up from Iberia.

Saint-Gregoire serves to emphasize that the transmission of ideas and metalwork was not all from the Atlantic world into Iberia but also went in the other direction. The northwards flow was clearly not heavy, but is indicated especially by unmistakable Iberian axes such as twin-looped palstaves, both single finds (Ibidem: figures 66-68), and in hoards of the Saint-Denis-de-Pile group, such as Saint-Denis-de-Pile itself, and Uchamp in the Gironde (Ibidem: figures 39-40).

Nor was the flow from the east all one way. From Iberia to Sardinia went knowledge of heavy swords, for nearly all the swords of nuragic Sardinia are in the Atlantic tradition (Burgess 2001b: 179). The indigenous rapiers, extremely long, slender and impractical, must have been entirely for show and ritual. Atlantic swords begin with examples with exaggerated broad heavy leaf blades, in the manner of the English Mortlake series and their counterparts, such as the swords from Évora (Brandherm 2007: n° 27-8; Meijide Cameselle 1988: lám. VIII). This is the background of the swords from the Su Tempiesu well temple (Fadda & lo Schiavo 1992) and the well-known sword from Siniscola (Contu 1997: (2), pl. CLI-II), but at the other end of LBA2 there are Huelva swords with straight blades, including another sword from Siniscola (Ibidem: fig. 129), and another in a hoard with nuragic «rapiers» from Bolotana (Lo Schiavo 1994: fig. 7). And the Atlantic tradition continues into LBA3, to the Monte Sa Idda hoard and its many carp's tongue variant swords. Sardinia also has socketed sickles and other Atlantic LBA types. Coffyn (1985: carte 23) has mapped this Iberian material in the central Mediterranean, but it is likely that much of it reached there in LBA3.

Another important source of evidence for this period are the Iberian weapons stelae (Almagro Basch 1966; Blázquez 1985-1986; Galán Domingo 1993; Harrison 2004; and especially Celestino 2001a). One of us elsewhere (Burgess 1991) has dealt at length with the evidence that many of these must belong to the Hío phase, and even the preceding *BF1* phase if the sword on the Fóios stela is of Rosnën type (above). The crucial point is that there is little if anything on the stelae that need be later than Hío. While many of the stela swords are imprecisely drawn, there is not one with an indisputable carp's tongue point. On the other hand many undoubtedly have leaf-shaped blades, and these had a restricted life in Iberia centring on the twelfth-eleventh centuries. The earliest are the Clewer equivalents in the latter part of *BF1*, then those in the first part of Hío, in hoards such as Río Sil. But by the latter part of Hío -in Hío itself and Huelva for exam-

ple- swords have straight blades. Spearhead depictions on the stelae are uninformative, but what are useful are representations of the defensive equipment seldom occurring as actual finds, especially helmets with projecting studs, and V-notched shields. These are based on Irish-British versions of Nipperwiese and Harlech shields (Needham 1979; Burgess 1991: 40) which, since they have never been found in Iberia, were presumably of leather. But if the swords, spears, shields, studded helmets and bifid razors represent Atlantic influence, frequent bows and arrows confirm the continuing popularity of archery in Iberia. Horned helmets on the other hand are surely of Sardinian origin, as represented on the nuragic warrior figurines. Other Mediterranean influences, many already familiar from actual finds, are also depicted, including fibulae, mirrors, combs, lyres; and wheeled vehicles, for which we would otherwise have no Iberian evidence as early as this.

If the hoard from Río Sil with its leaf-shaped sword represents the earlier part of this *BF2* phase, the Hío hoard and the Ría de Huelva deposit (Ruiz-Gálvez Priego 1995b), with straight-bladed swords, represent the later stage. Few Iberian Bronze Age finds have been as often discussed and so often misunderstood and misdated as Huelva, mainly because of mistaken identification of the Huelva swords as carp's tongue. They are not. Nor is Huelva a carp's tongue hoard. The problem has been discussed by us in detail elsewhere (Burgess 1991; Burgess & O'Connor 2004) and a summary will suffice here. Quite simply, the contents of the Huelva find are without exception familiar elements of the Hío phase as discussed here: Atlantic elements include swords like those in Hío, spearheads including a lunate-opening example, long ferrules with slightly expanded ends, and studded helmets. Schauer (1983) suggested there is also a fragmentary Assyrian helmet, but this has not been widely taken up. Definite Mediterranean elements include several fibulae from Cyprus and the central Mediterranean.

CB has suggested elsewhere (Burgess 1991; repeated in Burgess & O'Connor 2004) that Huelva swords were Iberian equivalents of the Saint-Nazaire swords of France and Britain, the assumption being that in both cases we are looking at swords which in some way form a bridge to the development of carp's tongue swords. CB now accepts that he chose the wrong French swords to compare to Huelva swords! Brandherm (2007) has perceptively noted that some supposed carp's tongue swords in France are not true carp's tongue swords, for the very same reasons that Huelva swords are not carp's tongue swords. This has prompted us to re-examine the whole question of what constitutes a carp's tongue sword, starting with an assertion that we have made elsewhere (Burgess & O'Connor 2004: 192): that even in France there are well-known supposed carp's tongue swords which have been misidentified.

Brandherm has pointed out that no less a sword than that from La Pointe de La Hague, Manche, used to illustrate the classic carp's tongue type by Gaucher & Mohen (1972: 56, fig. 1), in fact has more in common with Huelva swords. He is absolutely correct in his claim that the swords in the hoard from Prairie de Mauves, Nantes (Briard 1966: pls. 5-10) – and he might have added all the other carp's tongue hoards – are more representative of the classic carp's tongue type of the carp's tongue hoards. The confusion in France does not stop with the Pointe de La Hague weapon. The swords used by Briard (1965: fig. 69) to illustrate his classic treatment of the carp's tongue type are often not carp's tongue swords, as we have noted elsewhere (Burgess & O'Connor 2004). Of the five «carp's tongue» swords on that page, only two are classic carp's tongue swords as we propose now more strictly to define them: n° 2 and 3. No. 5 has certain hilt features which must relegate it to treatment elsewhere, which leaves n° 1 and 4. Both these swords lack the vital hilt-shoulder curve that we now deem necessary to denote classic carp's tongue swords. The term «classic» carp's tongue (Prairie de Mauves) sword we propose to restrict to those carp's tongue swords typical of the hundreds of carp's tongue hoards in France and England. The crucial criterion lies in the configuration of hilt and shoulders. The hilt is relatively wide, with sides that eventually curve out gracefully and evenly towards the points of the shoulders (Colquhoun & Burgess 1988: 108). This contrasts notably with other sword types, Huelva swords and their French equivalents included, where there is a more abrupt angle between grip and shoulders. All other criteria are optional, and this includes even the carp's tongue point itself, for paradoxically there are classic carp's tongue swords in France and in Britain which lack the carp's tongue point: for example those from the Seine at Paris (Mohen 1977a: 170, ill. 596) and the Thames at Kingston, Surrey (Colquhoun & Burgess 1988: pl. 98, 669). Another characteristic of carp's tongue swords is the «right-angle» configuration of the underside of the shoulders and the ricasso, the shoulder undersides being horizontal, then turning abruptly down into a vertical ricasso (Burgess & O'Connor 2004: 192; Colquhoun & Burgess 1988: pl. 98, 669, 671 & 673; also most of the hilts on pl. 99: and in France the Vénat hoard carp's tongue swords, Coffyn *et al.* 1981: pls. 4-5). This «right-angled» line is frequently emphasized by a raised lip extending from the shoulder points into the upper blade (Colquhoun & Burgess 1988: pl. 99, 679, 681 & 690). The right-angled ricasso is not peculiar to classic carp's tongue swords, however, for it is a feature both of Huelva swords – such as that from the Cerro de la Miel (Brandherm 2007: n° 85; fig. 1.b) – and of their French equivalents, such as those from Pointe de La Hague and from

Saint-Philbert-de-Grandlieu, Loire-Atlantique (fig. 1.a & c). After the latter we propose to call these French weapons Saint-Philbert swords (fig. 1.a & c). Other notable «carp's tongue» characteristics shared by classic carp's tongue swords, Huelva and Saint-Philbert swords are the distinctive straight blade –with rounded midrib flanked by a groove joining from the lower shoulder– and by the carp's tongue point itself. These features can be seen on many Huelva swords, including several in the Huelva deposit itself, on the Cerro de la Miel sword (fig. 1.b) and commonly on their French Saint-Philbert equivalents.

Clearly, with Huelva and Saint-Philbert swords sharing so many carp's tongue features with classic carp's tongue swords, we risk accusations of illogicality and sowing confusion. The answer is perhaps to take refuge in Cowen's (1971: 154) notion of a «great family of Carp's-Tongue Swords» which «clearly embraces a number of varieties». If we then risk resorting to outmoded and, dare we say it, loaded terminology, then it may still some criticism to think of Huelva and Saint-Philbert swords as «proto-carp's tongue swords». Our main point in this, after all, has been to emphasize that the Carp's Tongue Complex, and classic carp's tongue swords, made no impact in Iberia.

This brings us back to figure 69 in Jacques Briard's study of the Breton hoards (1965) where the Saint-Philbert sword is n° 4. These Saint-Philbert swords can now be seen to be widespread in Atlantic France, and even to occur in Britain. In addition to the eponymous example and that from La Pointe de La Hague, a cursory glance at the obvious literature reveals examples from the Paris region (the Seine at Paris, at Corbeil and above Villeneuve-Saint-Georges – Mohen 1977a: 170-171, ill. 594, 595 & 597); from Picardy (Mouy, Oise; Blanchet 1984: 308, 526, fig. 170.3); several in south-west France, notably from the Garonne at Cambes (Coffyn 1985: fig. 48.1); and also, across the English Channel, from Llanddettty in Breconshire (Colquhoun & Burgess 1988: pl. 99, 674). It is satisfactory to note that this first list of Saint-Philbert swords includes many of those swords in France and Britain which Brandherm (2007) relates to Huelva swords.

A preliminary scrutiny of the material suggests that Saint-Philbert swords do not occur in carp's tongue hoards, but are always single finds. Conversely, carp's tongue swords with rare exceptions always occur in carp's tongue hoards. Far-reaching conclusions can be drawn from these observations, which must be more fully rehearsed in another place, but they do suggest that Saint-Philbert swords belonged to that period at the end of the Saint-Brieuc phase, that is Blackmoor/Isleham in England, when hoards in Atlantic France (unlike England) were very rare. In this position chronology would confirm typology in suggesting that they, and not Saint-Nazaire swords, were the obvious and immediate precursors of the

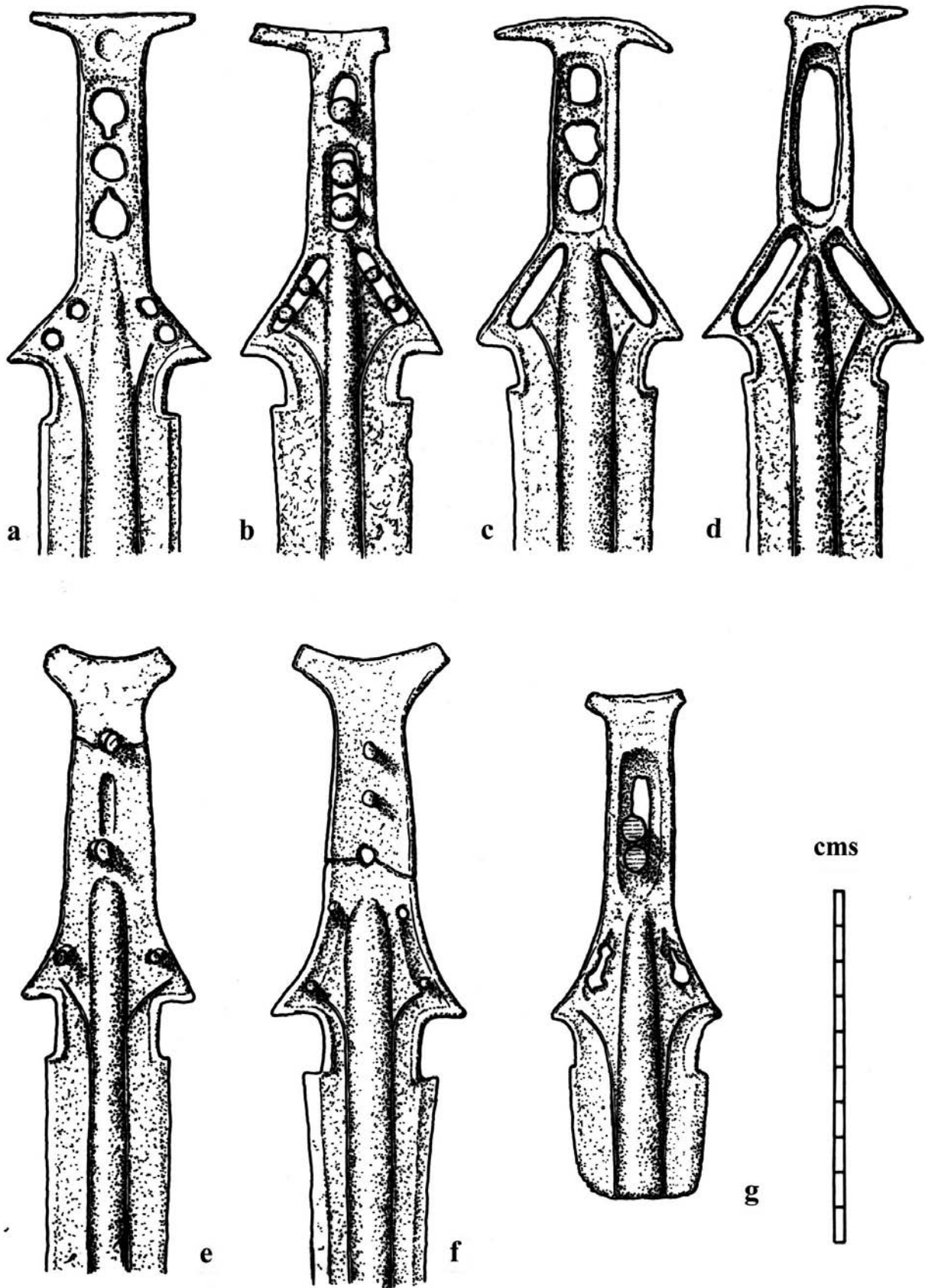


Figura 1

Swords of the St. Philbert (a, c) and Huelva (b, d) groups contrasted with true carp's tongue swords (e-g): a. La Pointe de la Hague, Manche; b. Cerro de la Miel, Granada; c. Saint-Philbert-de-Grandlieu, L.-A.; d. Huelva deposit. e-g carp's tongue swords: e. Menez-Tosta hoard, Finistère; f. Vénat hoard, Charente; g. Addington hoard, Surrey. (a. after Gaucher & Mohen 1972; b. after Carrasco *et al.* 1985; c. after Briard 1965; d. after Coffyn 1985; e. after Briard & Giot 1956-58; f. after Coffyn *et al.* 1981; g. after Britton 1960).

classic carp's tongue swords. Further comments on the emergence of Saint-Philbert swords and their relation to Saint-Nazaire swords in one direction and carp's tongue weapons in the other must await another occasion. One more observation will suffice: examination of Saint-Philbert and Huelva swords alike shows up a hilt form common on both, a narrow parallel-sided «bar» hilt with large rivet holes. Examples are sufficiently numerous to suggest that when it does occur, rarely, on true carp's tongue swords, as it does on both sides of the Channel, it denotes examples early in the carp's tongue series. In singling out the fragment in the carp's tongue hoard from Beachy Head, Sussex (Colquhoun & Burgess 1988: n° 690; Curwen 1954: 207, 216-217, n° 19, pl. XVII.2-7), as a hybrid Huelva/carp's tongue sword, Brandherm has clearly reached a similar conclusion to that of the present authors, that the Saint-Philbert/Huelva «bar hilt» with large rivet holes is of archaic aspect. And the fact that it is so rare on carp's tongue swords in hoards, and that the carp's tongue swords in hoards are for the most part so uniform, might suggest that carp's tongue hoards were deposited at some distance in time from Saint-Philbert swords. Here, however, we are aware that limited space is in danger of forcing us into circularity of argument.

So Huelva swords were a local equivalent not of Saint-Nazaire swords but of Saint-Philbert swords. CB's first working hypothesis sees them in the long line of Anglo-French sword fashions and products that were carried southwards down the Atlantic sea routes, beginning with early Urnfield derivatives, then Limehouse-Essonne swords (Burgess & O'Connor 2004: 191) followed by Wilburton-Brécý weapons (Ibidem), and then Saint-Philbert swords, leading finally to carp's tongue. But further scrutiny of these problems, especially of the French material, may yet reverse this flow, and take Huelva swords northwards to influence French developments.

Huelva swords are the most numerous Iberian type, at least 84 of the 105 Iberian examples coming from the eponymous find (Brandherm 2007: n° 44-148). The smaller Puertollano variant (Ibidem: n° 149-62) comes mainly from that more recent find (Ibidem: lám. 55-56A), but also occurs at Huelva. There is a Huelva sword in the Hío hoard, Pontevedra (Ibidem: n° 55), while the Remanso de las Golondrinas (Pool of the Swallows) in the River Genil, Sevilla, has produced two Huelva weapons and a Puertollano variant (Ibidem: n° 58, 110 & 159) with a spearhead and a flesh-hook with twisted metal shaft (Needham & Bowman 2005: Class 4, n° 3; Armada Pita & López Palomo 2003). Brandherm agrees with the present writers in concluding that since Huelva swords do not occur in carp's tongue hoards, Spanish finds containing Huelva swords should be aligned with Wilburton and Blackmoor. The very few classic carp's tongue swords from

Iberia are represented by the three examples of his Safára type (2007: n° 163-165). We suggest that unclassifiable blade fragments could add to this number, and that there are other examples of the carp's tongue family to be taken into account, as we shall see below.

Many of the spearheads from Huelva find their best antecedents in the Wilburton and Blackmoor hoards (Ibidem: n. 195-196). The blade with lunate openings (Ruiz-Gálvez Priego 1995b: 210, Ic.210, lám. 15, 22) can be linked directly with Blackmoor and other Wilburton hoards (Colquhoun 1979: 106, fig. 4.1, 1-2 & 5), though perforated spearheads also occur in France (Briard & Mohen 1983: 143-146; Coffyn 1985: 133, carte 17). A link with northern France would be supported by the presence at Huelva of four or five spearheads with long flame-shaped blades and short sockets attributed to the Parisian type (Ruiz-Gálvez Priego 1995b: 210, Ic. 211-215, lám. 15, 23-27; Briard & Mohen 1983: 129-30). In terms of distribution, it is also significant that the more complete crested helmet from Huelva (Ruiz-Gálvez Priego 1995b: 217, lám. 19, 1-2; Hencken 1971: 72, fig. 48a) has its best comparisons in northern France, from the River Oise at Armancourt, Oise, and the Bernières d'Ailly hoard, Calvados (Ibidem: 66-72, figures 39-46; Blanchet 1984: 316, 507, fig. 176; Marcigny *et al.* 2005: 96-97, n° 86).

We should also note a recently published fragment of a crested helmet from an important deposit in an ancient course of the Rhine at Roxheim, north of Ludwigshafen (Sperber 2006: Abb. 7.14). This find has produced tubular ferrules (Ibidem: Abb. 6.7-8), one with an expanded foot resembling an example from Baiões (Kalb 1978: Abb. 1.7). Among the fragments of Atlantic swords, several appear to belong to the carp's tongue blades that characterise carp's tongue hoards (Sperber 2006: Abb. 5, 2, 6-10, 14, 16 & 19). However, we have made it clear that such blades are equally characteristic of Saint-Philbert and Huelva swords and this identification is reinforced by the only illustrated hilt on a 'carp's tongue' blade. This is a three-slot hilt (Ibidem: Abb. 5, 1), a form abundant in the Huelva find, so we would be inclined to agree with Brandherm's attribution of this Roxheim sword to the Huelva type (2007: n° 272). The small size of most of the sword fragments suggests that comparison of the nature of the Roxheim deposit with Huelva and river finds from the Thames and the Seine (Sperber 2006: 207), where more complete swords are usual, may be less apposite than with Atlantic hoards from wet places which contain much broken-up material, including the Scottish lake find from Duddingston Loch in Edinburgh (Colquhoun & Burgess 1988: 52, pl. 177-178A).

Two Vénat spearheads have been claimed from Huelva (Ruiz-Gálvez Priego 1995b: 206, Ic.175-176, lám. 14, 6-7), but the resemblance is slight at best (see our definition of the Vénat type below), while one of these pieces

probably probably does not belong to the Huelva find dredged up in March and April 1923 (Brandherm 2007).

The tubular ferrules from Huelva itself (Ruiz-Gálvez Priego 1995b: 210-216, lám. 16-17), also associated with Huelva swords from the Guadalquivir at La Rinconada, Sevilla (Brandherm 2007: n° 53; Ruiz Delgado 1988: 276, fig. 1C), and Puertollano (Brandherm 2007: lám. 55.8) should be compared to the long ferrules of the Wilburton and Blackmoor phases, rather than the shorter ferrules characteristic of the Ewart Park phase (Burgess *et al.* 1972: 216).

LATE BRONZE AGE 3/BRONZE FINAL 3/EWART PARK/CARP'S TONGUE/EDAD DEL HIERRO 1

We consider that the great majority of Iberian Late Bronze Age hoards belong to our Hío phase, including in addition to those mentioned above, such notable finds as Cabezo de Araya, Badajoz; Cisneros, Palencia; Monte do Crasto and Arganil in the Beira Litoral; Quinta de Ervedal, Castelo Branco; Solveira, Trás-os-Montes; and Porto de Concelho, Beira Baixa (all conveniently illustrated by Coffyn 1985: pls. XXXIV-XLIV; for Porto de Concelho see also Melo 2000: 59-73). We acknowledge, however, that Brandherm (2007) places Quinta de Ervedal earlier and Porto de Concelho later. With Iberia so firmly part of the Atlantic Bronze Age in this Hío stage, one might have expected the Atlantic connection to continue after Hío, but not at all. What followed in Atlantic lands further north were new industries characterised by the carp's tongue complex, but pace the second quotation at the head of this paper, there was effectively no carp's tongue in Iberia, as we have pointed out elsewhere (Burgess 1991; Burgess & O'Connor 2004).

Although the classic carp's tongue sword is very rare in Iberia, it has to be remembered that Cowen's «great family of Carp's-Tongue Swords clearly embraces a number of varieties» (Cowen 1971: 154). No systematic work has been carried out on identifying carp's tongue variants beyond Cowen's identification of the Boom, Monte Sa Idda and, especially, the Vénat groups (Ibidem). The last, with projecting pommel stud and sunken recess to the hilt, is by far the most numerous and widespread (fig. 2). Brandherm's corpus attributes only two swords and two daggers to the Vénat type (2007: 167-170). Hitherto, the Vénat type has not been known beyond Brittany (Ibidem: lám. 98; Coffyn *et al.* 1991: 190, carte 1), but we can now add two finds from further north. First, a complete example from Lobith, Gelderland in the Netherlands (Butler 1987: 33, n. 10, fig. 19) – though this may not be a characteristic example (Brandherm 2007: n. 259) – and, second, a pommel in the Hoaden II hoard, Kent

(see below; fig. 2.a). These finds complement the eponymous dagger of Boom type from near Antwerp (Cowen 1971: 157, 165. n° 1, fig. 3.1, pl. IX.7; Warmenbol 1991: fig. 19) which is related to swords of the Monte Sa Idda type, now known from the stone mould found in 1979 at Ronda, Málaga, to have been produced in southern Spain (Brandherm 2007: n° 178). Other Iberian sword moulds are for unclassifiable types (Ibidem: n° 225-230), but the last of these, from Peña Negra, Alicante, was associated with moulds said – unconvincingly in our view – to be for Vénat spearheads (Ruiz-Gálvez Priego 1997: 105, fig. 9.5b, 24-27; Coffyn *et al.* 1981: pl. 11, 7-20).

The other carp's tongue type supposedly widely distributed in Iberia is the Vénat spearhead (Coffyn 1985: carte 19, list p. 391). Considering how distinctive is the Vénat type, it is extraordinary how consistently it has been misidentified. As represented by the three examples of the type in the Vénat hoard itself (Coffyn *et al.* 1981: pl. 11, 7, 8 & 17), and the fine series in the hoard from Triou, Deux-Sevres (Pautreau, Gendron & Bourhis 1983-1984: 36-43), the form is very consistent (fig. 3): a slender, relatively long blade with the maximum width, often rather angular, *at about, and often just below halfway* (our italics), and the turn in towards the point also quite abrupt and even angular. The base of the blade turns abruptly into the socket, and may even be slightly barbed, and the socket itself is short and expands widely. Even in carp's tongue France these spearheads are not found everywhere, but are concentrated between the Loire and the Gironde in an example of the regionalism of the carp's tongue complex that must await another paper. None of the Vénat spearheads mapped outside France are Vénat spearheads, and this is as true of Britain as of Iberia. The type is at present unknown in both areas, as it is in some French carp's tongue areas such as the Breton peninsula. Of the enormous range of distinctive carp's tongue axes, tools and bric-a-brac, there is scarcely a trace in Iberia.

The Vénat hoard contains several of the shallow oval-or lozenge-shaped terminals sometimes called boat-shaped chapes (Coffyn *et al.* 1981: pl. 8. 5-13). This is a carp's tongue type most common in western France, but also present in England (Jockenhövel 1980: 120, 201, Liste 3, Taf. 53A). Brandherm adds three examples from Portugal (2007: n° B 7-9), all from Late Bronze Age settlements. One of these sites, Pragança, Estremadura, has also produced two bag-shaped chapes of lozenge section (Ibidem: n° B 4 & 5; Coffyn 1985: pl. XLV. 10-11).

Brandherm (2007) attributes to his Ewart Park/Vénat/Monte Sa Idda phase the hoard from Ripoll, Girona. This dating can be confirmed by the recent recognition in that hoard of a fragment from a double-edged socketed knife, previously identified as part of a chape

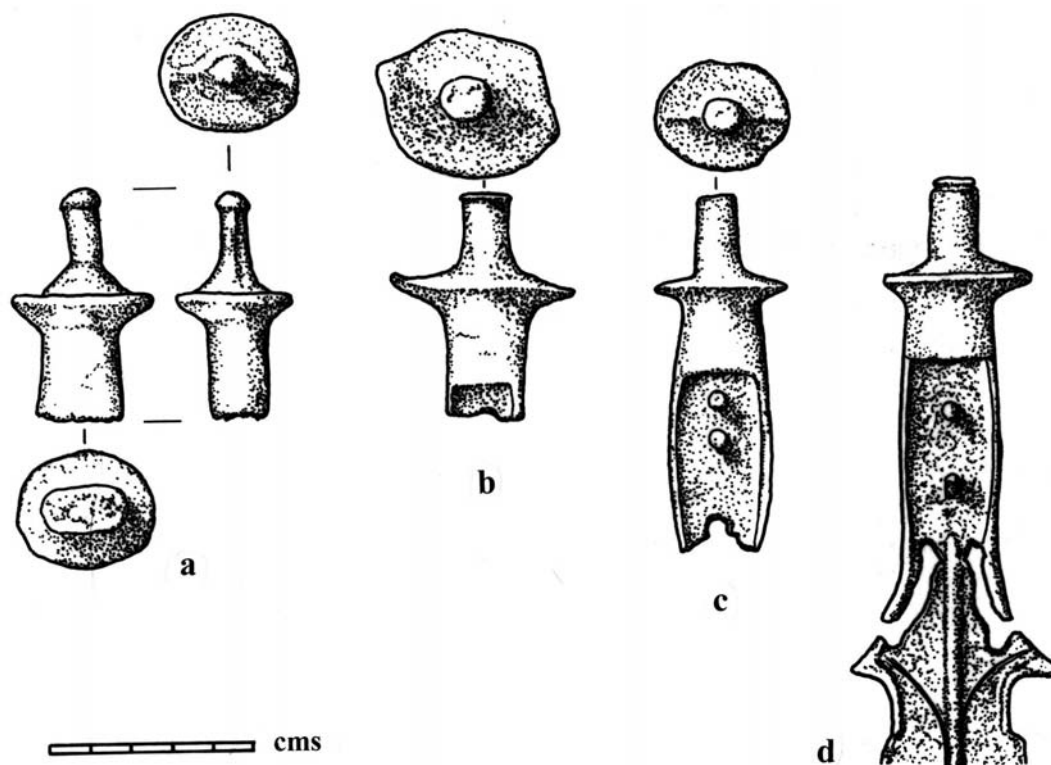


Figura 2

Swords of the Vénat type: a. Hoaden II hoard, Kent; b. Parc-aux-Boeufs hoard, Morbihan; c. Pont-er-Vil hoard, Morbihan; d. hybrid sword with Vénat hilt and Monte Sa Idda blade, Fiéis de Deus hoard, Leiria. (a. after Perkins 1998; b. & c. after Briard 1965; d. after Coffyn 1985).

(Rovira i Port & Casanovas i Romeu 1999: 46, n° 16; Rovira i Port 1998: 164-165). Apart from one example from the River Dordogne, the nearest finds will have been from Vénat (Gallay 1988: 155, Taf. 68A). In addition, though the comparison is not exact, we may note the resemblance between the socketed tang in the Ripoll hoard and two English tools. The first has a slightly tapering tang with rectangular section (Rovira i Port & Casanovas i Romeu 1999: 54, n° 21), while the examples from Scarborough, North Yorkshire (Smith 1927: 181, fig. 4), and the Ewart Park hoard from Donhead St Mary, Wiltshire (Passmore 1930-1932: 375, n° 15, pls. I, lower left & II, lower second left), have straight tangs and may be narrow gouges or drills.

Although Brandherm (2007) places several other Iberian hoards – including the three studied recently by Melo (2000) – in his Vénat phase, after Huelva so after c. 950 BC, there is simply not the range of bronze products to think in terms of a *Bronze Final* stage comparable to carp's tongue, Ewart Park and Dowris further north in the Atlantic world. One of us has elsewhere suggested that this is because Iberia entered a precocious Iron Age (Burgess 1991), iron and ironworking being yet another of the Mediterranean influences arriving in the Hío phase. It has long been known, for example, that there is iron in the Huelva assemblage, and there is a composite chisel in the Baiões material with bronze socket and iron blade (Armbruster 2002-2003: 146-147, est. II). Outeiro dos Castelos de Beijós has produced an iron

knife with a suggested date in the tenth or even eleventh century BC (Senna-Martinez 2000b: 53, 57-58, fig. 14; Arruda 2005a: 296). We should note in passing that the same context produced two fragments of a rotary spit that we were not aware of when we compiled our list (Ibidem: 56-57, fig. 12; Burgess & O'Connor 2004).

Now iron does not lend itself to hoarding in the same way as bronze, is not recycled in the same way, is much less eye-catching in excavation, and is notoriously difficult to chart in its early stages of development (Burgess 1979). We can only surmise, therefore, that as Phoenician pre-colonial contacts gathered pace during the tenth and early ninth centuries, so iron and ironworking spread. And with the start of Phoenician colonisation now likely to be set back a century, into the ninth, with the re-dating of certain Aegean pottery forms (Brandherm, this volume), the length of the pre-colonial phase that has to be filled has shrunk dramatically. Settlements such as Aldovesta in the lower Ebro (Mascort *et al.* 1991), with many early Phoenician amphorae that once might have been considered late eighth century but may now be ninth, not surprisingly have the iron, but also still some bronze – including a socketed axe. This mix of iron and bronze has also been noted with surprise by Vilaça (1995; Raquel Vilaça's article on iron in Late Bronze Age contexts in Portugal (2006a) appeared too late for us to take account of it) in the latest Bronze Age communities of the Beira Interior, and

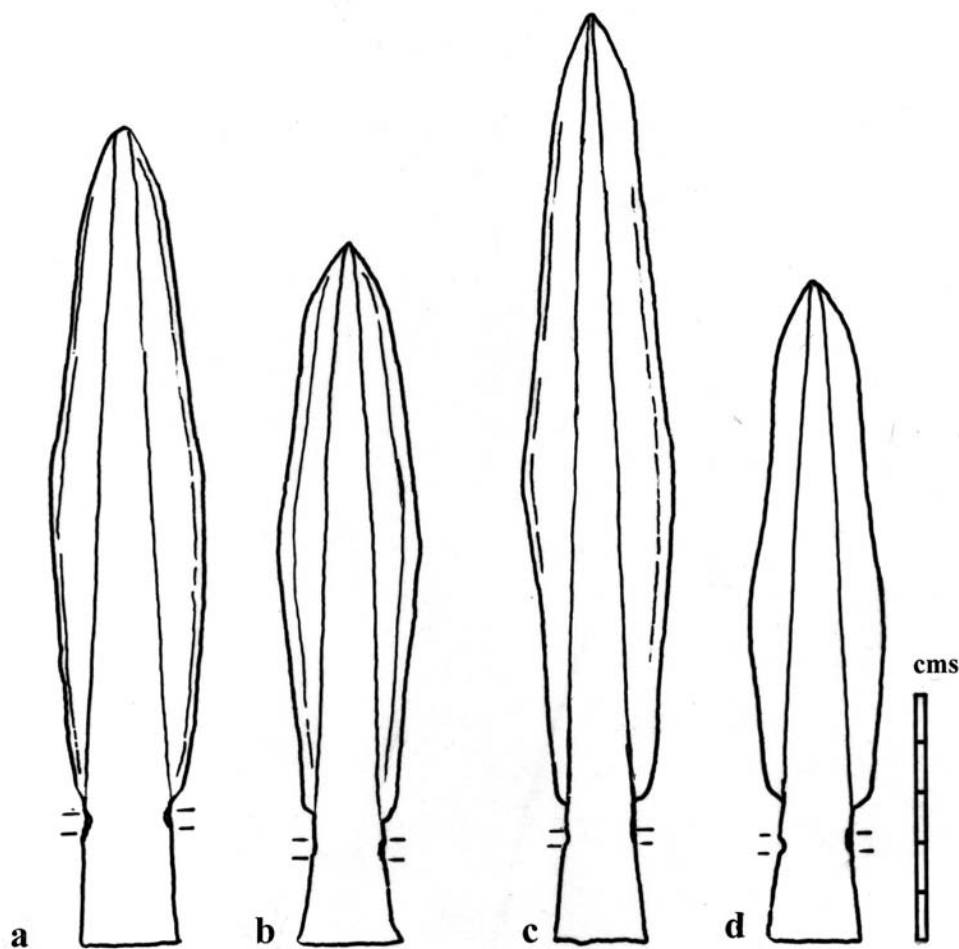


Figura 3

Spearheads of Vénat type: a, b. Vénat hoard, Charente; c, d. Triou hoard, Deux-Sevres. (a, b. after Coffyn *et al.* 1981; c, d. after Pautreau *et al.* 1983-84).

no doubt a systematic search of *Bronze Final* settlements would throw up a regular pattern.

The final, carp's tongue, phase of the Atlantic Bronze Age saw both unparalleled hoard deposition and long-range trafficking in metalwork which is hard to explain. A mechanism or mechanisms developed which required not just direct transmission of bronze-work, often in scrap form, but distribution which one feels was hand to hand to hand. Is this how one must explain the scattered finds of Sicilian/Italian shaft-hole axes in Atlantic Europe as far away as Southbourne, near Hengistbury Head on the south coast of England (Hawkes 1938; Cunliffe 1978: 29-31, figures 9.2 & 10; Coffyn 1985: carte 25)? Are interruptions of regular metal supplies why French carp's tongue material was shipped across the Channel to Britain, and why so much British Ewart Park material ended up in France? Iberia does not have this frenetic end-of-Bronze-Age hoard deposition, but it certainly sent shipments of often outmoded bronzes northwards to Atlantic France, hence the presence of distinctive Iberian palstaves and lugged axes there, reaching as far as the centre-west, and looking very much like scrap in hoards such as Rouillasse, Charente-

Maritime (Ibidem: fig. 64), and in the large carp's tongue hoard of Triou in Deux-Sevres (Pautreau *et al.* 1983-1984: 67 n° 30). Other shipments went eastwards to the central Mediterranean, but can this mean there was a need there for scrap metal, especially on metal-rich Sardinia, where the large Monte Sa Idda hoard (Lo Schiavo, this volume) consists very largely of Iberian bronzework? This is not a collection of contemporary pieces for sale, but an assemblage of material outmoded and fragmentary, bronzes Early, Middle and Late, including copper flat axes going back to the dawn of metalworking in Iberia. Many reasons have been suggested for the deposition of so many carp's tongue hoards, and Monte Sa Idda has its carp's tongue material. Was there a ritual or symbolic explanation? Was it just scrap being stored, the concept of the founders' hoards beloved of antiquaries and archaeologists for much of the nineteenth and twentieth centuries? One of us has suggested a variation on this explanation (Burgess 1979), that it was indeed scrap, but scrap that was abandoned in an age when the rapid rise of ironworking dramatically reduced the market for bronze. This concept of abandonment or «dumping» has also been explored by Needham (1990b: 135), and has

been considered in an Iberian context (Carrasco *et al.* 1985: 312), for material he regarded as carp's tongue, the Huelva deposit and the complete Huelva sword from Cerro de la Miel, Granada. But since we now know these to be earlier, of the Hío stage, these finds belonged to an earlier episode of metal deposition.

It is against this background of instability, of interruption and change in metal supply and manufacture, and of abnormal flow, deposition and long-range transmission of metal, that we must view some of the remarkable connections linking, albeit at many times remove, the extremities of the Atlantic and Mediterranean worlds at the end of the Bronze Age. Few are more remarkable than the carp's tongue swords, but the distribution of the variants with projecting stud at the end of the hilt – Vénat, Monte Sa Idda and Boom (Cowen 1971) – is even wider (Coffyn *et al.* 1981: 190-1, carte 1). The first Vénat sword in England has recently been recognised by one of us (CB), in the Hoaden II carp's tongue hoard from Kent (Perkins 1998: 369, fig. 5.3, 62). This identification, made from the published drawing, has since been confirmed by both of us from inspection of the actual object. The distribution of Vénat swords now extends all the way from England, down the Atlantic seaboard to Portugal, and eastwards to Sardinia, where one was included in the hoard from Monte Sa Idda (Taramelli 1921). This connection is paralleled by another, beginning almost at the same point and ending in precisely the same location. In a different part of the same county of Kent, in another carp's tongue hoard, from Hayne Wood, is included England's only rotary spit (Burgess & O'Connor 2004: 187-188, fig. 22.4). Again the chain leads down the Atlantic seaboard to Portugal, and thence to the Monte Sa Idda hoard. But in this case it extends onwards, through the Mediterranean to the rotary spit from Amathus, Cyprus (Karageorghis & Lo Schiavo 1989). Alas, one can no longer add to the list of these remarkable long-range connections the barbary ape (Lynn 2003: 49-50) from the hillfort of Navan in Ireland, once thought to be from Late Bronze Age levels, but now reassigned to a later Iron Age phase of the site. But it does remind us that remarkable though the unfolding history of Atlantic, Iberian and Mediterranean metal connections has been, it is only the tip of an iceberg, that would mostly have been made up of invisibles and intangibles that we can only guess at.

ACKNOWLEDGEMENTS

We must firstly thank the editors for inviting us to contribute this article and for their patience in awaiting its submission. We have already made clear our great debt to Dirk Brandherm, Sabine Gerloff and Stuart Needham for allowing us to make use of their unpublished work, and we thank them, too, for many helpful discussions. We are grateful

to those colleagues in Portugal and Spain who have shown us their sites and museums and discussed problems of Iberian prehistory, especially Virgílio Correia, Mário Varela Gomes, João Inês Vaz, Lois Armada, Maribel Martínez Navarrete, Alicia Perea, Marga Sánchez Romero and Gonzalo Aranda Jiménez. Jon Iveson facilitated on different occasions our access to material in Dover Museum, especially the Hoaden II hoard with its important Vénat sword fragment, and Trevor Cowie provided access to the socketed knives in the Museum of Scotland. Phil Banks and Stephen Briggs kindly helped with references. CB owes a great debt to Avril Oswald and Veronica Edwards for tracking down and making it possible for him to examine finds in Kent; and for assistance with the drawings he is grateful to Sheila Day, and especially to his wife, Norma Burgess, for all her technical input which made the drawings possible.

ABSTRACT

This paper reviews the evidence, mainly metalwork, for the place of the Iberian Peninsula in the so-called Atlantic Bronze Age, and for Iberian contacts with the Mediterranean. After setting out the chronological framework, we summarise the background from the Copper Age to the Middle Bronze Age. During the Early and Middle Bronze Age there is little evidence for traffic on the Atlantic seaways south of the English Channel in contrast to the abundant evidence for cross-Channel contacts, and Iberia developed largely in isolation without reference to lands to the north. There follows discussion of the three phases of the Late Bronze Age. During Late Bronze Age 1 contact with Atlantic Europe is discernible though limited, but there is also some evidence of influence from Urnfield Europe. Only in Late Bronze Age 2, equivalent to Wilburton in Britain and Saint-Brieuc-des-Iffs/Saint-Denis-de-Pile in France, did the metalwork of Iberia reflect that from Britain and France to the extent that we can speak confidently of an Atlantic Bronze Age. In Iberia this is the Hío phase, with abundant exotic influences - mainly Atlantic but some also Mediterranean. The Huelva find belongs to the last part of this phase; both its traditional dating to the succeeding LBA 3 phase and its identification as part of the carp's tongue complex, are shown to be incorrect. Carp's tongue swords and their antecedents are redefined, while Huelva swords are shown to be Iberian equivalents of a group of French swords – the forerunners of carp's tongue swords – named here after the weapon from Saint-Philbert-de-Grandlieu. True carp's tongue swords are almost absent from Iberia, though carp's tongue variants are rather more common. Other familiar components of the carp's tongue complex are entirely missing or very rare, including Vénat spearheads; the many supposed Iberian examples of these spearheads have been incorrectly identified. While some hoards did occur in Iberia during Late Bronze 3, these differ in character from carp's tongue hoards and other contemporary hoards north of the Pyrenees. Comparatively little bronze metalwork can be dated to this phase, which may reflect the precocious adoption of iron in Iberia under oriental influence.

LOS «TIEMPOS» DE LA PRECOLONIZACIÓN

Mariano Torres Ortiz*

1. INTRODUCCIÓN

La cuestión de la existencia de una precolonización fenicia es uno de los temas que han generado un mayor interés y ha desatado en los últimos años una mayor polémica entre los investigadores dedicados al estudio del Bronce Final de la Península Ibérica, ya que, aunque en los últimos años se ha llegado a un cierto consenso sobre su existencia, no todos le otorgan el mismo contenido y significado.

Sin embargo, el objetivo de este trabajo no es tanto discutir acerca de las diferentes posturas acerca del proceso precolonial como fijar el marco cronológico y los diferentes vectores económicos y culturales implicados en cada momento de este proceso, de carácter claramente diacrónico.

Para el marco de la Península Ibérica, se usará un marco cronológico más amplio que el definido por Moscati (1983: 7) al hablar de la precolonización fenicia, que inicia en el siglo XI a.C., ya que se incluirán también los contactos micénicos anteriores, en la línea iniciada por Vagnetti (1982c: esp. 28-29) respecto a Italia.

Así, se pretende articular diacrónicamente los diversos vectores comerciales (micénico, chipriota y fenicio) en un proceso de larga duración que provocará la inclusión de la Península Ibérica, más en concreto el sur de la misma, en un sistema económico-comercial de alcance panmediterráneo, en la línea de los planteamientos de Knapp (1990) acerca de Chipre, el Egeo y el Mediterráneo central.

En este sentido, ya Almagro-Gorbea (1998: 93-95; 2000: 713-715; 2001: 252-256) articuló cronológicamente los diferentes elementos que identifica como precoloniales: las cerámicas micénicas de Montoro, los elementos vinculados con Chipre y los Pueblos del Mar (*circa* 1200-1000 a.C.) y, por último, los propiamente fenicios, que fecha a partir de *circa* 1000 a.C.

Es sobre este modelo, aunque con ciertas matizaciones temporales, sobre el que se construirá el discurso. Para ello, se analizarán en primer lugar las fuentes literarias con objeto de dilucidar su utilidad para fijar el marco cronológico del período, en segundo, las evidencias proporcionadas por la cronología absoluta, tanto en lo referen-

te a las dataciones de carbono 14 como a los *cross-datings* con la secuencia dendrocronológica europea, para, finalmente, intentar construir una síntesis histórica de todo el proceso.

2. LAS FUENTES LITERARIAS

Ya los escritores de la Antigüedad greco-latina recogieron noticias acerca de la presencia de fenicios y griegos en el Mediterráneo Occidental que llegan incluso a fundar colonias en dichas costas en los postrimerías del II milenio antes de Cristo, un hecho que posteriormente no se ha visto refrendado por la evidencia arqueológica.

Estas referencias narran la fundación por los fenicios de Cádiz y Útica varias décadas después del final de la Guerra de Troya, así como de los viajes de regreso (*nostoi*) a sus hogares de varios héroes griegos tras el conflicto troyano que les llevan incluso a las lejanas costas de la Península Ibérica, donde se les atribuye la fundación de varias ciudades.

2.1. LOS INICIOS DE LA COLONIZACIÓN FENICIA EN OCCIDENTE EN LAS FUENTES CLÁSICAS

Son estos datos, ya recogidos y estudiados por otros investigadores (Gsell 1914: I, 359-401; García y Bellido 1942: 7-12; Cintas 1970; Bunnens 1979: 103-272; Wagner 1988: 420 y ss.; Tsirkin 1995), los que vamos a analizar en este apartado, dilucidando su posible validez histórica además de, en el caso de la colonización fenicia, contrastarlos con las primeras referencias históricas fiables vinculadas a la fundación de Cartago.

El primer grupo de referencias sobre la colonización fenicia en Occidente la colocan en un momento cronológico muy antiguo, a fines del II milenio a.C., y más concretamente en torno al 1100 a.C.

Así, Velejo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 1-3) sitúa la fundación de Gadir ochenta años después de la guerra de Troya (*circa* 1104 a.C.), lo que también confirman Mela (*Chor.* III, 46), aunque de forma más indefinida, y Estrabón (I, 3, 2), que habla de las exploraciones fenicias y la fundación de ciudades más allá de las Columnas de Hércules poco después del mencionado conflicto troyano. Todas estas fuentes atestiguan que dicha tradición estaba ya formada en torno al cambio de era, señalando Bunnens (1979: 270) que éstas ya lo estaban a fines del siglo II a.C.

También Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 1-3) sitúa la fundación de Útica pocos años después, al igual que Plinio (*Nat. Hist.* XVI, 216), que coloca la fundación de la ciudad unos 1178 años desde su época, lo que, dado que su

* Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, c/ Profesor Aranguren s/n, 28040 Madrid, marianotorresortiz@yahoo.es.

Historia Natural debió completarse hacia el año 77, nos lleva a una fecha en torno a 1101 a.C. También un tratado pseudo-aristotélico (*de mirabilibus auscultationibus* 134), fechado normalmente en el siglo II (Cintas 1970: 292) recoge el dato de que la ciudad fue fundada 287 años antes que Cartago, lo que teniendo en cuenta la fecha de Timeo para su fundación, fecharía la ciudad de Útica en 1101 a.C., coincidiendo con la referencia pliniana. No obstante, se ha señalado que tanto Plinio como el Pseudo-Aristóteles pudiesen haber extraído estos datos del historiador siciliano del siglo III a.C. Timeo, aunque esto no está probado (Gsell 1914: I, 364-365; Cintas 1970: 293 nota 171; Bunnens 1979: 234, nota 39).

Igualmente, también en Lixus señala Plinio (*Nat. Hist.* XIX, 63) la existencia de un templo de Hércules más antiguo que el gaditano, lo que une también a esta importante ciudad fenicia del extremo Occidente al conjunto de fundaciones para las que se propone una gran antigüedad. No obstante, García y Bellido (1942: 8) no consideraba esta referencia como un «dato histórico firme», sino sólo como un indicio de la antigüedad de las navegaciones fenicias al Lejano Occidente.

Incluso para Cartago se tienen referencias a una fundación anterior a la guerra de Troya, según evidencian una cita de Filisto recogida en la *Crónica* de Eusebio y otra más de Eudoxo de Cnido compilada en un escolio a las *Troianas* de Eurípides, siendo ambas referencias de la primera mitad del siglo IV a.C. (Cintas 1970: 104-105).

Una segunda fase de referencias a la presencia fenicia en el extremo Occidente vendría dada por las referencias en la Biblia a los viajes de la flota de naves de Tarsis de los reyes Hiram I de Tiro y Salomón de Israel mencionados en *I Reyes* 10,22 y *II Crónicas* 9,21, que cronológicamente se situarían *circa* 970-930 a.C. (cf. Albright 1941; Bunnens 1979: 57-66, 331-348; Niemeyer 1981; Alvar 1982: 217-218, 225-230; Koch 1984; 2004).

En este sentido, hay que señalar que mucho es lo que se ha discutido acerca de si este Tarsis se refería a la comarca que posteriormente los griegos conocieron con el nombre de Tartessos o de si dicho topónimo debe situarse en el Mediterráneo o, por el contrario, se refiere a una ubicación en el mar Rojo, concretamente el sur de Arabia, o incluso regiones tan lejanas como la India (*vid.* Alvar 1982).

No obstante, los recientes descubrimientos de Huelva (González de Canales, Serrano y Llopart 2004) obligan a valorar nuevamente estas referencias a la presencia fenicia en el Lejano Occidente en un momento tan antiguo como mediados del siglo X a.C., dando marcados visos de verosimilitud a las referencias contenidas en el texto bíblico (*ibidem*: 209-210; González de Canales 2004: 251-256).

Así, hay que retomar los argumentos de Whittaker (1974: 69, 77 y ss.) y Niemeyer (1981: 23 y ss., 27) que señalaban que en los tiempos de Hiram y Salomón ante lo que estaríamos es una fase de frecuentación precolonial, ya propugnada por Almagro-Gorbea con su fase Proto-orientalizante cuando definió las diferentes etapas de la Protohistoria de Extremadura (Almagro-Gorbea 1977a: 491-496) y, posteriormente, con varios trabajos sobre el tema de la precolonización (Almagro-Gorbea 1989; 1992; 1998; 2000; 2001), argumentación que también ha sido continuada por otros investigadores como Koch (1984: 6, 25 nota 102; 2004: 36, 60 nota 102) y Burgess (1991: 33-34, 40).

Finalmente, una tercera y última fase de referencias textuales a la presencia fenicia en el Mediterráneo centro-occidental y, en concreto, para la fundación de Cartago viene dada por los pasajes de Flavio Josefo (*Contra Apionem* I, 125), Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* I, 74, 1) y Justino, en su epitome de Trogo Pompeyo (*Hist. Phil.* XVIII, 6, 9).

El primer pasaje, recogido por Flavio Josefo a partir de Menandro de Éfeso, un historiador helenístico del siglo II a.C. narra como en el año 7 del reinado de Pygmalion, su hermana Dido (Elisa) fundó la ciudad de Cartago.

Una evidencia independiente para fechar el año 7 del reinado de Pygmalión lo proporciona la inscripción asiria IM 55664, en la que se menciona que en el año 18 del reinado de Salmanasar III, con seguridad el 841 a.C., reinaba en Tiro Ba'almanzer, muy probablemente el Balezoros mencionado por Menandro de Éfeso y Flavio Josefo en *Contra Apionem* I, 124 (Peñuela 1953: 219-230; Cintas 1970: 198 y ss.).

Dado que Balezoros reinó probablemente seis años, y su sucesor Mattan nueve, siendo sucedido ya por Pygmalión, el año 7 de éste último se localizaría entre 827-820 y, más probablemente entre 825-820 a.C. (Peñuela 1954: 29, 32, Cintas 1970: 198-199, 203; Torres 1998: 53).

Por su parte, en el segundo de estos pasajes, Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* I, 74, 1) relata a partir de una información de Timeo, un historiador griego de Sicilia que produjo su obra a inicios del siglo III a.C., que Cartago fue fundada 38 años antes de la celebración de la Primera Olimpiada, lo que proporciona como fecha de fundación alrededor del 814 a.C. Sería precisamente Timeo la fuente original de la que beberían el resto de autores de época clásica a excepción de Flavio Josefo, que a través de Menandro de Éfeso recopila directamente sus datos de los anales reales tirios.

En tercer lugar, hay que traer a colación el texto Justino, en su epitome de Trogo Pompeyo (*Hist. Phil.* XVIII, 6, 9), que no valoré en mi anterior trabajo (Torres 1998; cf. Cintas 1970: 19), según la cual Cartago fue fundada setenta y dos años antes que Roma, lo que, tomando

como base la determinación de Varrón de la fecha de fundación de Roma, nos lleva al año 825 a.C., en perfecta sincronía con lo deducido a partir de la inscripción IM 55664 (Peñuela 1954: 28; Torres 1998: 53). Es además precisamente este texto el que narra todas las circunstancias de la fundación de la ciudad, en un proceso que se enmarca dentro de las luchas dinásticas en el seno de la familia real tiria.

Cronologías semejantes se desprenden de los testimonios de Cicerón (*de rep.* II, 23, 42), que sitúa la fundación de Cartago treinta y nueve años antes de la Primera Olimpiada y sesenta de la fundación de Roma, lo que nos lleva al 815-813 a.C., y de Velejo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 6, 4; I, 12, 5), que sitúa la fundación de Cartago sesenta y cinco años antes que la de Roma y otorga a la ciudad una vida de 667 años, lo que nos sitúa igualmente en 818-813 a.C.

Todos estos textos muestran una cronología consistente de fines del siglo IX a.C. para la fundación de Cartago, un hecho que ahora ha sido confirmado por la serie de fechas de carbono 14 recientemente obtenidas de los contextos arqueológicos más antiguos excavados hasta la fecha en Cartago (*vid. infra* § 3.3.1.1).

2.2. LOS *NOSTOI*: HÉROES TROYANOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Al igual que lo ocurre con las fuentes concernientes a la colonización fenicia, también se disponen de varios testimonios que sostienen la fundación de ciudades en la Península Ibérica por parte de héroes que regresaban de la Guerra de Troya.

Los héroes homéricos de los que se recogen noticias de su presencia y fundación de ciudades en la Península Ibérica serían Ulises, ya que se conocía una ciudad denominada Odisea en las cercanías de Sierra Nevada (*Str.* III, 2, 13); Anfíloco, que llegaría a tierras gallegas (*Str.* III, 4, 3); Ocelas, que habría fundado la ciudad de Ocela u Opsicela en Cantabria (*Str.* III, 4, 3); Menesteo, del que se recuerda un oráculo de Menesteo y un Puerto de Menesteo en las cercanías de los esteros de Asta y Nabrisa (Lebrija) (*Str.* III, 1, 9); Tlepolemo, que habría llegado a las Islas Baleares (*Sil. It.* III, 364-5; Epítome de Apolodoro VI, 15 b; *Str.* XIV, 2, 10); Teucro, al que se atribuye la fundación de una ciudad donde después se alzó *Carthago Nova* (Iust., *Hist. Phil.* XLIV, 3, 3; *Sil. It.* III, 368; XV, 192) y su presencia en Galicia (*Str.* III, 4, 3); Menelao, que habría pasado por las Gadeira para navegar alrededor de África hasta la India (*Str.* I, 2, 31); y, por último, Diomedes, al que también se atribuyen andanzas por la Península Ibérica (Dion. Per. 484-485; Avieno, *Descrip. Orb.* 650-651).

Queda por dilucidar el valor histórico de todas estas referencias textuales, todas ellas muy tardías, de época

helenística avanzada. El tema ya fue analizado en profundidad por García y Bellido (1948: I, 15-16, 27 nota 1) que las considera simplemente leyendas sin ningún tipo de trasfondo histórico, opinión que también es compartida por otros investigadores (García Iglesias 1979: 140).

De hecho, ya García Iglesias (1979: 140) señaló que cualquier intento de argumentar una fecha antigua para las relaciones entre los griegos y la Península Ibérica debería basarse en pruebas arqueológicas. Éstas últimas aparecieron con el hallazgo de las cerámicas micénicas de Montoso (Martín de la Cruz 1988; Podzuweit 1990), pero que ni siquiera en este caso se podrían utilizar estas referencias legendarias como elemento convergente con la Arqueología, ya que dichas cerámicas son al menos un siglo anteriores a la fecha tradicional atribuida a la Guerra de Troya.

3. A VUELTAS CON LA CRONOLOGÍA ABSOLUTA: EL CARBONO 14 CALIBRADO

No cabe duda de que uno de los factores que más han contribuido en los últimos años a plantear nuevas posibilidades interpretativas en la Prehistoria reciente y en la Protohistoria de la Península Ibérica ha sido el uso del carbono 14 calibrado (Castro, Lull y Micó 1996; Mederos 1996a), sobre todo en los aspectos relacionados concernientes al Bronce Final y la colonización fenicia (Aubert 1994: 317-323 figs. 105-106; Castro 1994: 144-145; Ruiz-Gálvez 1995e; 1998a: 291-291, 360-364 cuadros A.1-A.3; Mederos 1997a; 2005a; Torres 1998).

Así, a pesar de los problemas inherentes a este método de datación absoluta, que normalmente no son tanto de éste como del tipo de muestras utilizadas y su adecuada contextualización, su utilización seguirá siendo muy valiosa, sobre todo una vez que dentro de los proyectos de investigación arqueológica se proceda a la fechar muestras de vida corta (semillas, hueso) de contextos estratigráficos seguros y fiables y se pueda proceder a una adecuada seriación y sistematización de las mismas (*vid. también* Brandherm en este volumen).

Sólo así será posible soslayar problemas como el efecto «madera vieja» (*old wood*) de muestras de vida larga como vigas o postes de sustentación de casas y cabañas, además de contextualizar bien las fechas con una correcta publicación de los contextos de los que se han obtenido y poder efectuar labores de comparación del registro arqueológico que permitan desechar aquellas fechas que no sean compatibles con su contexto, un fenómeno posible por las alteraciones postdeposicionales que ocurren en cualquier yacimiento arqueológico.

En este sentido, pienso que hay que ser optimistas y, como señalan algunos investigadores israelíes para la Edad del Hierro de su país, con los actuales conocimientos en

seriación arqueológica, la precisión y seguridad del carbono 14, los modelos estadísticos y las suficientes fechas de carbono 14 es posible resolver los problemas cronológicos (Boaretto *et al.* 2005: 54).

No obstante, las fechas y contextos de que disponemos son los que son y como son y es con ellos con los que debemos empezar a trabajar.

3.1. EL BRONCE TARDÍO: LOS MICÉNICOS Y LA PENÍNSULA IBÉRICA

Aunque la cuestión del impacto micénico, junto a la de otras «influencias mediterráneas» sobre las poblaciones de la Edad del Bronce de la Península Ibérica, ha tenido una larga tradición dentro de una perspectiva puramente difusionista, no ha sido hasta muy recientemente cuando se han obtenido las evidencias materiales que documentan la llegada de cerámica micénica a la Península Ibérica, concretamente en el Llanete de los Moros de Montoro.

3.1.1. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)

En este interesante yacimiento se ha efectuado una batería de fechas de carbono 14, la mayor parte de las cuales procederían de contextos del Bronce Tardío y, por tanto, se asociarían a las cerámicas micénicas y la cerámica con decoración del tipo Cogotas I que las acompañaban, y parte a niveles ya del Bronce Final tartésico (*vid. infra*).

Así, del nivel donde se documentó la cerámica micénica, dentro del estrato III del corte R-3, se obtuvo una datación radiocarbónica: CSIC-795: 3060±60 BP (Martín de la Cruz y Perlins 1993: 337), que arroja unos intervalos de 1411-1261 y 1441-1128 cal a.C. a uno y dos σ respectivamente.

Del nivel sobrepuesto en el mismo estrato proviene la fecha CSIC-794: 3020±60 BP (Martín de la Cruz y Perlins 1993: 337), con unos intervalos de mayor probabilidad a uno y dos σ de 1325-1207 (46.0%) y 1419-1111 cal a.C. respectivamente.

Aunque metodológicamente no es un procedimiento ortodoxo, al no proceder del mismo contexto, desde un punto de vista puramente heurístico se ha procedido a la combinación de ambas fechas con objeto de reducir el margen de incertidumbre del radiocarbono.

El resultado de dicha combinación es 3040±42 BP, con un intervalo de mayor probabilidad a dos σ de 1414-1191 cal d.C. (92.8%), mientras que el intervalo a un σ es de 1386-1262 cal d.C. (68.2%), lo que situaría dichas cerámicas en los siglos XIV-XIII a.C., compatible con la tipología de las piezas micénicas (cf. Luceña 2004: 54) que, a pesar de su pequeño tamaño, probablemente pertenecen a una cratera y una taza, fechadas a fines del LH IIIA o inicios del LH IIIB (Mar-

tín de la Cruz 1988: 89; 1990: 52; 1994: 120; Podzuweit 1990).

Por otro lado, un soporte de cerámica, un borde y un asa de *pthos* como el de la Cuesta del Negro pero de fábrica no micénica (quizá chipriota, *vid. infra*) se hallaron en el estrato I del corte B-1.2 asociados a otra fecha de carbono 14 (CSIC-624: 2900±50, carbón y cereal), con unos intervalos a un σ de 1191-1175 cal a.C. (5.4%), 1162-1143 cal a.C. (6.7%) y 1131-1008 cal a.C. (56.1%), y uno de mayor probabilidad a dos σ de 1260-970 cal a.C. (92.2%).

Ello colocaría estas piezas con posterioridad a las cerámicas micénicas de Montoro y al vaso de la Cuesta del Negro de Purullena (Ruiz-Gálvez 2005b: 324; Torres, Ruiz-Gálvez y Rubinos 2005: 178), procedente del mismo taller, y encajaría bien con su posible atribución chipriota, ya que su cronología se centra en los siglos XII-XI a.C., con posibilidades también en la segunda mitad del siglo XIII a.C., cuando los chipriotas controlan el comercio en el Mediterráneo centro-occidental (Lo Schiavo, McNamara y Vagnetti 1985). Esta posterioridad vendría también avalada por la presencia de un pie de *pthos* del mismo taller en el estrato III A del corte R-1 de este mismo yacimiento en un contexto ya del Bronce Final (*vid. infra* § 3.2.10).

3.1.2. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada)

De este asentamiento granadino de la Edad del Bronce procede un gran vaso a torno y fragmentos de borde de otras piezas también a torno (Molina y Pareja 1975: 52, fig. 102) asociados a cerámica con decoración de Cogotas I (*ibidem*: 49-50, figs. 77-78), lo que motiva su inclusión en los yacimientos que se están analizando, pieza que se asocia además a dos fechas de carbono 14 (Arribas 1976: 155 nota 36).

La primera de las dataciones (GrN-7285: 3160±35 BP) se efectuó sobre carbón, ofreciendo unos intervalos a un σ de 1491-1478 cal a.C. (11.3%) y 1457-1409 cal a.C. (56.9%) respectivamente, y uno de mayor probabilidad a dos σ de 1504-1380 cal a.C. (93.8%)

La segunda de las fechas (GrN-7284: 3095±35 BP), efectuada sobre semillas de trigo, ofrece un intervalo de mayor probabilidad a dos σ de 1435-1288 cal d.C. (93%), mientras que a un σ arroja dos intervalos: 1417-1370 cal d.C. (43.1%) y 1346-1315 cal d.C. (25.1%) respectivamente, lo que nos sitúa preferentemente en el siglo XIV a.C. Esta fecha es preferible a la anterior, procedente del mismo contexto, pero de vida corta, fechando justamente el momento de abandono de la casa del Bronce Tardío de donde proceden ambas.

Esta datación fecha por tanto el recipiente a torno (figura 1. 1), del interior del cual se extrajeron las semillas de trigo, y que se puede clasificar como una cratera

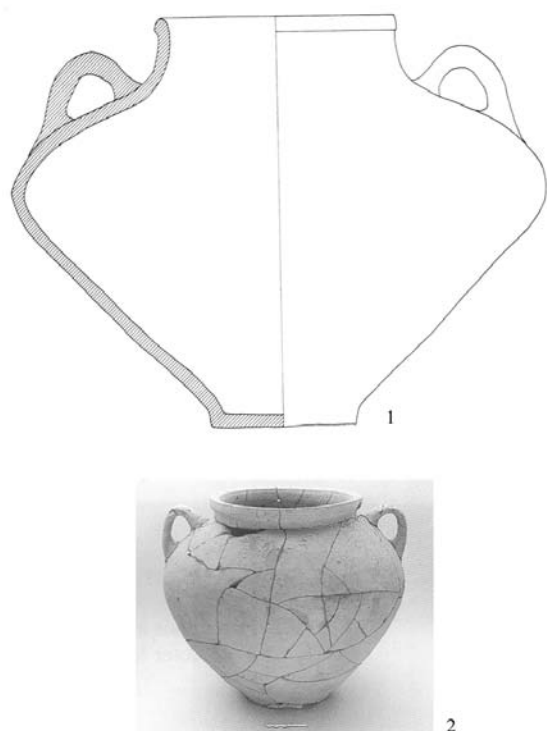


Figura 1. 1
Pithos de la Cuesta del Negro de Purullena (escala aprox. 1/8) (según Molina y Pareja 1975), 2. Crátera pithoide chipriota de Comos, Creta (según Shaw 1998).

pithoide de fabricación posiblemente chipriota¹ por los paralelos aducidos a continuación. Igualmente, es de destacar que el análisis de pasta de esta pieza coincide con el de los demás fragmentos a torno no micénicos excavados en el Llanete de los Moros de Montoro (Martín de la Cruz y Perlín 1993: 341-344; Martín de la Cruz 1994: 121, 141 fig. 18; 1996: 1556), por lo que probablemente habría que atribuir a todas ellas la misma procedencia (*vid. supra* § 3.1.1.).

Una crátera pithoide de las mismas características (C 9013) (figura 1. 2) se ha documentado en la habitación X4 de la casa minoica X de Kommos en un contexto del LM III A2 (Shaw y Shaw 1993: 153, pl. XXVI A) que se ha identificado como de fábrica chipriota (Shaw 1998a: 14-15 fig. 2).

Otra pieza similar se ha documentado en el pecio de Ulu Burun (Pulak 1994: fig. 1), concretamente la pieza KW 5833, que es descrita como diferente del resto de los *pithoi* recuperados, ya que es más pequeño y poseía dos asas acostilladas que se insertaban en el borde y apoyaban en el hombro de la pieza, conteniendo en su interior

tres piezas de cerámica chipriota. Este debe ser también el vaso descrito por Karageorghis (1999: 124) como un *pithos* de dos asas y boca ancha que es el más pequeño de todos los *pithoi* hallados en el barco y que contenía varias cerámicas chipriotas cuando se excavó². Dicho pecio ha proporcionado cerámica del Heládico Tardío III A2 y se fecha actualmente por dendrocronología *circa* 1327 +4/7 a.C. (Manning *et al.* 2001: 2535 nota 38).

Por tanto, la datación de carbono 14 sobre una muestra de vida corta (GrN-7284) es coherente con la evidencia dendrocronológica de Ulu Burun y con la cronología del Minoico Tardío III A2 de la pieza de Kommos.

La forma es muy similar a la crátera de asas verticales sobre los hombros de cuerpo piriforme o piriforme abombado, tipos VI.D.b-c de la cerámica *Plain White Wheel Made I Ware* chipriota (Åström 1972: 243), aunque la diferencia de tamaño es evidente, siendo mucho mayor la pieza de la Cuesta del Negro de Purullena que las chipriotas (*ibidem*: figs. LXV: 5 y LXVI: 2).

Por otra parte, por las dimensiones y el perfil general del cuerpo, aunque la pieza de Purullena es más achata-da, el vaso muestra evidentes relaciones con una *storage jar* excavada en la habitación 3W de la casa A de Apliki (Taylor 1952: 139-140 fig. 6:6) perteneciente a la *Pithos ware* chipriota, concretamente al tipo I.D.b de éste, caracterizado por las dos asas verticales sobre el hombro y el perfil cónico u ovoide del cuerpo con cuello corto cóncavo, borde carenado o plano y base plana o ligeramente cóncava (Åström 1972: 261). No obstante, esta pieza sería más moderna que la de Purullena, ya que se coloca entre fines del Chipriota Tardío II C e inicios del III A (Taylor 1952: 144; Åström 1972: 17), *circa* 1250-1200 a.C., lo que quizá explique su perfil más alargado respecto a la de Cuesta del Negro.

Esta mezcla de tipos cerámicos justifica plenamente la denominación de crátera pithoide que atribuyen Shaw y Pulak a los ejemplares de Kommos y Ulu Burun respectivamente.

3.1.3. Belmeque

Por último, de una de las tumbas de la necrópolis del Bronce del Sudoeste II de Belmeque, Portugal, en la que se ha hallado un cuchillo para el que se ha propuesto paralelos micénicos (Schubart 1975: 91, taf. 59: 408a; Almagro-Gorbea 2001: 243; *vid infra* § 5.1.), se ha obtenido una datación radiocarbónica sobre hueso humano: ICEN-142: 3230±60

¹ No obstante, es posible que aunque la tipología de la pieza sea chipriota haya sido fabricada en otro lugar, como evidencia la existencia en Sicilia de cerámica de tipología chipriota que Karageorghis no cree fabricada en Chipre (*vid.* Karageorghis 1995).

² Se trata en concreto de la pieza que puede verse en <http://ina.tamu.edu/UB-ceramics.htm>, dentro de la página web dedicada al proyecto de Ulu Burun en el Institute of Nautical Archaeology de la Texas A&M University, donde se la define como *Cypriot pithoid krater containing Cypriot fineware pottery* (acceso 25/04/2006).

BP (Soares y Tavares da Silva 1998: 236 table 1), que, si se acepta que las dos inhumaciones del enterramiento son más o menos contemporáneas, fecharía también el cuchillo.

El intervalo a dos σ de esta datación es de 1640-1395 cal a.C. (95.4%), mientras que a un σ los intervalos son de 1605-1575 cal a.C. (11.4%) y 1535-1432 cal a.C. (56.8%), con una distribución centrada en el siglo XV a.C., lo que sugeriría en cronología relativa que el cuchillo debería pertenecer al LH III A1.

Soares y Tavares da Silva (1998: 236) mencionan la presencia de bronce en la tumba, que debe ser el cuchillo, lo que les hace pensar quizá una en cronología más reciente, ya que el bronce sólo se generalizaría en la zona en el Bronce Final, por lo que creen conveniente realizar dataciones de carbono 14 sobre ambas inhumaciones para dilucidar el problema.

Por tanto, el conjunto de fechas de carbono 14 asociadas con seguridad a importaciones cerámicas micénicas halladas en la Península Ibérica sugieren que su inicio se debe colocar en el LH III A, continuando muy probablemente a lo largo del LH III B y, por tanto, en el momento de mayor vitalidad de las empresas comerciales micénicas.

3.2. EL BRONCE FINAL

Esta nueva fase viene marcada por un cambio en el registro arqueológico de las zonas que se están analizando preferentemente, surgiendo ahora unos conjuntos cerámicos con decoración bruñida muy característica tanto en el sur como en la fachada atlántica de la Península Ibérica. Igualmente, va a ser en este momento cuando ambas zonas se integren en la *koiné* metalúrgica y comercial del Bronce Final atlántico, un fenómeno que tendrá igualmente una fuerte proyección hacia el Mediterráneo central. No obstante, como se verá, ello no significa que cesen los contactos y las importaciones con el Mediterráneo Oriental, en un proceso que culminará en la fundación de los primeros asentamientos coloniales en la Península Ibérica.

En esta sección se analizarán las fechas de carbono 14 conocidas de los principales yacimientos de este período, sobre todo aquellos en los que existen evidencias de su participación en el proceso de la «precolonización».

3.2.1. Ría de Huelva

No cabe duda que uno de los yacimientos principales a la hora de definir este período precolonial es el denominado depósito de la Ría de Huelva, un conjunto de armamento atlántico, fibulas de codo y un fragmento de hierro con un gran interés para analizar el fenómeno precolonial.

De este depósito se obtuvieron seis fechas de ^{14}C muy coherentes entre sí (CSIC-202 a 207) de la madera de los astiles de las lanzas (Almagro-Gorbea 1977a: 524-525). Esta coherencia hace que no nos detengamos en analizar cada una de ellas una por una, sino remitirnos a su combinación.

Ésta ofrece un resultado de 2817 ± 29 BP, con un intervalo a un σ de 1004-926 cal a.C. y a dos σ de 1049-901 cal a.C. El hecho de que las fechas procedan de la madera de los astiles conservados en varios de los regatones hallados en el depósito llevó a Almagro-Gorbea (1977a: 525) a suponer que las dataciones proporcionaban la cronología de uso de estas armas. Igualmente, su coherencia parece sugerir que el depósito debió formarse en un espacio de tiempo no demasiado largo entre la segunda mitad del siglo XI y fines del siglo X a.C., con el momento de mayor probabilidad centrado en los tres primeros cuartos de esta última centuria.

Dado que en este depósito se han recuperado una docena de fibulas de codo, entre piezas completas y fragmentos, que reciben su nombre de tipo Huelva precisamente de este hallazgo (Almagro Basch 1940: 138, fig. 58, lám. V; Ruiz-Gálvez 1995b: lám. 11:21-22 y 25) y una siciliana de tipo Cassibile (Almagro Basch 1957: fig. 1:10, lám. 1:10, 26; Ruiz-Gálvez 1995b: lám. 11:23), éstas quedan bien fechadas en el siglo X a.C., pudiendo haber comenzado ya su fabricación a fines del XI.

Igualmente, ya que estas fibulas se han documentado tanto en Chipre como en el norte de Israel (*vid. infra* § 5.2.), las fibulas del depósito de la ría de Huelva sugieren para el contexto más antiguo donde se han hallado en Oriente una fecha anterior al 900 a.C., muy probablemente antes de mediados de dicha centuria, ya que la fibula de la tumba 523 de Amathus (transición entre el chipriota Geométrico I y el II) habría de fecharse a inicios del siglo X a.C. (cf. Karageorghis y Lo Schiavo 1989).

Por su parte, las fibulas de Megiddo y Akhziv habría que colocarlas ya entre el último cuarto o finales del siglo X a.C. hasta mediados o último tercio del IX, fechas en que se sitúa actualmente la Edad del Hierro II A en Israel, a la que pertenecen los contextos de ambas piezas, y que aparecen asociadas a cerámicas *black-on-red* del Chipriota Geométrico III (*vid. infra* § 5.3).

En su conjunto, el depósito de la Ría de Huelva muestra una cronología centrada en el siglo X a.C. y evidencia la existencia de relaciones con el Mediterráneo Oriental ya en este momento.

3.2.2. Huelva, Méndez Núñez 7-13— Plaza de las Monjas³

En 1998 se recuperaron una serie de materiales extraídos por las máquinas con motivo de la construcción de un

³ Agradezco a los Profs. A.J. Nijboer y J. van der Plicht haberme proporcionado su artículo sobre estas dataciones de ^{14}C cuando todavía se encontraba en prensa.

aparcamiento subterráneo en C/ Méndez Núñez 7-13 – Plaza de las Monjas una vez que la autoridad competente declaró finalizada la excavación de urgencia que se estaba efectuando y que había documentado lo que parece ser un área sacra de los siglos VII-V a.C. (Osuna, Bedia y Domínguez 2001). Estos materiales fueron diligentemente recogidos y publicados por González de Canales, Serrano y Llompart (2004) en uno de las obras más importantes sobre la Protohistoria peninsular editadas en los últimos años.

No obstante, aunque el material procede de lo que parece ser un único paquete estratigráfico (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 23-25), no está claro cual fue el ritmo de deposición del mismo: si se trata de una deposición en un único momento o, si por el contrario, el estrato en que se hallaban estos materiales se depositó a lo largo de varias decenas de años.

Con posterioridad, Nijboer y van der Plicht (2006) recibieron de F. González de Canales muestras de hueso para efectuar dataciones de carbono 14 en Gröningen, muy interesantes a pesar de la mencionada ausencia de datos sobre el período de formación del estrato en que fueron hallados, lo que limita su significado para una detallada lectura cronológica de los resultados radiocarbónicos (*ibidem*: 31), ya que realmente no se sabe con seguridad si se está fechando el momento de mayor número de importaciones fenicias. No obstante, la coincidencia de las fechas de carbono 14 de Huelva con las obtenidas por ejemplo en el estrato IV de Tel Rehov hace que muy probablemente esto sea así (*ibidem*: 34), pero no seguro.

La primera de las fechas (GrN-29512: 2775±25 BP) posee a un σ unos intervalos de 974-955 cal a.C. (16.2%), 942-895 cal a.C. (47.8%) y 866- 858 cal a.C. (4.2%), mientras que a dos σ el rango es de 997-843 cal a.C. Se trata de la única fecha que avalaría una fecha en el siglo X a.C. del paquete sedimentario onubense.

La segunda fecha (GrN-29511: 2745±25 BP), tiene un intervalo a un σ de 911-841 cal a.C., y uno de mayor probabilidad a dos σ de 934-825 cal a.C. (92.9%), lo que la situaría en la primera mitad del siglo IX a.C.

La tercera fecha (GrN-29513: 2740±25 BP) ofrece un resultado casi idéntico, con un intervalo a un σ de 905-841 cal a.C., y uno de mayor probabilidad a dos σ de 930-820 cal a.C. (94.2%).

La combinación de las tres fechas obtenidas arroja un resultado de 2753±14 BP, con unos intervalos a un σ de 916-893 cal a.C. (34.4%) y 875-847 cal a.C. (33.8%), y a dos σ de 928-838 cal a.C., lo que colocaría el contexto fenicio onubense entre el último cuarto del siglo X y el segundo tercio del IX a.C. Este hecho es de un enorme interés, ya que enlazaría directamente con las fechas del último cuarto del siglo IX a.C. que poseemos de los niveles más antiguos de los asentamientos coloniales fenicios de la Península Ibérica (*vid.* Torres 1998).

Por último, si se comparan de los intervalos a uno y dos σ de las combinaciones de las fechas de carbono 14 de la ría de Huelva y de Méndez Núñez / Plaza de las Monjas se observa con nitidez la anterioridad (sólo existe un ligero solapamiento entre 928-901 a.C., pero a un σ ambos conjuntos de fechas no se solapan) del depósito de la ría de Huelva al contexto del emporio precolonial fenicio onubense, aunque no hay que descartar que nuevas fechas de carbono 14 de éste último arrojen resultados tan antiguos como el de la ría de Huelva. Por supuesto, esta conclusión sólo sería válida si las fechas de carbono 14 de Méndez Núñez / Plaza de las Monjas están fechando el material cerámico fenicio de la Edad del Hierro II A levantina.

Las implicaciones de esta anterioridad del horizonte Ría de Huelva al emporio fenicio precolonial onubense se analizarán con más detalle al tratar de las diferentes fases propuestas para la articulación del proceso precolonial en la Península Ibérica (*vid. infra* § 5.2 y 5.3).

3.2.3. Roça do Casal do Meio

De este conocido sepulcro de cámara y corredor (Spindler y Ferreira 1973; Spindler *et al.* 1973-1974) se han obtenido recientemente dos fechas de carbono 14 sobre hueso humano de las dos inhumaciones del Bronce Final: GrN-13501: 2760±40, y GrN-13502: 2820±40 BP (Vilaça y Cunha 2005: 52-53 tabela I).

La primera de las fechas (GrN-13502: 2820±40 BP) ofrece un intervalo a un σ de 1015-915 cal a.C., mientras que el de mayor probabilidad a dos σ es de 1114-894 cal a.C. (93.7%), lo que otorgaría una cronología para uno de los enterramientos de los siglos XI-X a.C., preferentemente en el X.

Por su parte, la segunda de las fechas (GrN-13501: 2760±40 BP) posee un intervalo de mayor probabilidad a un σ de 932-840 cal a.C. (63.3%), y uno a dos σ de 1001-825 cal a.C., lo que situaría este segundo enterramiento en los siglos X-IX cal a.C., con mayor probabilidad en el tránsito del siglo X al IX a.C.

La combinación de ambas fechas arroja un resultado de 2790±28, con un intervalo a un σ de 978-904 cal a.C., mientras que a dos el intervalo de mayor probabilidad es de 1010-890 (87.9%), lo que fecharía este monumento con bastante seguridad en el siglo X cal a.C., lo que obliga a descartar las fechas más bajas propuestas por otros investigadores (Belén, Escacena y Bozzino 1991: 237-240), como también señalan Vilaça y Cunha (2005: 56). Sin embargo, no hay que descartar dadas las fechas de carbono 14 que existiese un lapso temporal entre las dos inhumaciones en la sepultura, por lo que el uso de la media de ambas fechas puede no ser muy correcto metodológicamente (*ibidem*: 52).

En su conjunto, las fechas de Roça do Casal do Meio parecen sugerir una fecha ligeramente más reciente que la del depósito de la Ría de Huelva, aunque el hecho de que las dataciones de Casal do Meio se hayan realizado sobre hueso humano y las segundas sobre madera quizá produzca que esta mayor antigüedad de Huelva sea ficticia. Así, cabría la posibilidad de que ambos contextos fuesen coetáneos, pero cada uno representando diferentes facies regionales del Bronce Final peninsular.

Estas fechas sirven también para fijar la cronología de la fibula *ad occhio* recuperada en dicha sepultura (Spindler y Ferreira 1973: fig. 10:d), siendo seguramente este tipo de tradición siciliana (Almagro Basch 1957: 25), y de otros elementos representados en las estelas extremeñas más complejas (subtipos II B-II D de Almagro-Gorbea), como peines de marfil y pinzas, lo que supone un hito cronológico fiable en el desarrollo de dichos monumentos, cuyo inicio queda así ya situado sin dudas a fines del II milenio a.C.

3.2.4. Monte do Frade

Este yacimiento de la Beira portuguesa se analiza porque del nivel 3 del cuadro D1 procede una lámina de hierro posiblemente perteneciente a un cuchillo (Vilaça 1995: 141, lám. CIV:9) al que se asocian dos fechas de carbono 14, ambas realizadas sobre carbón (*ibidem*: 161-162).

La más antigua (ICEN-969: 2920±50 BP, carbón), ofrece un intervalo a un σ de 1211-1041 cal a.C. y a dos uno de mayor probabilidad de 1270-975 cal a.C. (94.3%), lo que fecharía dicho nivel en los siglos XIII-XI a.C., preferentemente en los siglos XII-XI a.C.

Sin embargo, una segunda fecha (ICEN-970: 2780±100 BP, carbón) sugiere una cronología algo más reciente, aunque su elevada desviación estándar la resta cierta utilidad. Así, ofrece un intervalo a un σ de 1046-821 cal a.C. y a dos uno de mayor probabilidad de 1215-790 cal a.C. (94.1%). El rango temporal abarcaría así los siglos XII-IX a.C., con mayor probabilidad entre la segunda mitad del siglo XI a fines del IX a.C.

Una fecha combinada de ambas dataciones ofrece un resultado de 2893±45 BP, con unos intervalos de mayor probabilidad a uno y dos σ de 1129-1005 cal a.C. (62.4%) y 1215-971 cal a.C. (89.4%) respectivamente, lo que fijaría la cronología de dicho contexto en los siglos XII-XI a.C. y con mayor probabilidad en el XI.

Esta cronología del siglo XI a.C. para el nivel con la hoja del cuchillo de hierro vendría confirmada por otras dos fechas de carbono 14 que sellaban dicho nivel 3: ICEN-971: 2850±45 BP, y GrN-19660: 2805±15 BP, ambas realizadas sobre madera carbonizada. En ambos casos se señala que procedían de troncos, por lo que pudiesen arrojar una cronología más alta que la verdadera del contexto.

La combinación de ambas fechas ofrece un resultado de 2810±14 BP, con un intervalo de mayor probabilidad a un σ de 980-927 cal a.C. (60.1%), y a dos de 1005-915 cal a.C.

Así, por motivos contextuales y por la tipología de la cerámica asociada a la hoja del cuchillo de hierro de Monte do Frade, la cronología de dicho contexto habría que situarla en la segunda mitad del siglo XI a.C., aunque obviamente el intervalo de las fechas radiocarbónicas también permiten un momento más antiguo.

Por tanto, toda la evidencia cronológica apunta a un momento anterior al documentado en el depósito de la Ría de Huelva, por lo que este objeto de hierro podría ser el instrumento más antiguo fabricado en este metal hallado en la Península Ibérica.

3.2.5. Moreirinha (Monsanto, Idanha Nova, Castelo Branco)

En este yacimiento de la Beira interior portuguesa se han documentado cuatro objetos de hierro: una lámina, dos cuchillos y una pequeña sierra (Vilaça 1995: 226-227, láms. CCXLVIII:3,5,7,9), y una pesa de bronce de posible metrología oriental (Vilaça 1995: 228, 344, lám. CCXLVI:13; 2003: 252-253, 282 fig. 1:4), asociados a las dataciones de carbono 14 que se analizan a continuación.

Del nivel 3 del poblado, el más antiguo, aunque no proporcionó ninguno de los elementos anteriormente reseñados, proceden dos fechas de carbono 14 obtenidas a partir de la división de la misma muestra de carbón (Vilaça 1995: 237), que han proporcionado resultados muy contradictorios, pero que son útiles para proporcionar una fecha *post quem* para los mismos.

La primera fecha (ICEN-834: 2940±45), ofrece unos intervalos a un σ de 1256-1236 cal a.C. (7.4%), 1214-1110 cal a.C. (47.9%), 1102-1075 cal a.C. (9.7%) y 1064-1055 cal a.C. (3.2%), mientras que a dos es de 1295-1010 cal d.C.

Por su parte, la segunda fecha de este nivel 3 (GrN-19659: 2785±15 BP) ofrece un resultado más reciente con unos intervalos a un σ de 972-958 cal a.C. (20.6%) y 937-906 cal a.C. (47.6%), y a dos σ de 1001-896 cal a.C., lo que coloca el contexto más antiguo de Moreirinha en el siglo X a.C.

La diferencia entre ambas dataciones la atribuye Vilaça (1995: 237) quizá a no haber sometido a la muestra a una homogenización. No obstante, quizá haya que valorar la posibilidad de numerosos anillos de crecimiento en un árbol del que se consiguió la muestra, fechando cada uno de los laboratorios los más antiguos y los más recientes respectivamente. Sería preferible, sin embargo, la cronología más baja, por lo que el inicio de la ocupación de Moreirinha habría que situarla en el siglo X a.C.

Es, sin embargo, en el nivel superior, el 2, donde se documentan los diversos instrumentos de hierro hallados en este yacimiento (Vilaça 1995: 226-227, láms. CCXLVIII:3,5,7.,9), teniendo el mismo problema de dos fechas de carbono 14 contradictorias, una más antigua (ICEN-834: 2910±45) y otra más reciente (OxA-4085: 2780±70).

La primera fecha de este estrato (ICEN-835: 2910±45 BP) ofrece unos intervalos a un σ de 1192-1174 cal a.C. (6.8%), 1164-1142 cal a.C. (8.5%) y 1132-1019 cal a.C. (52.9%), mientras que a dos el intervalo es de 1262-976 cal a.C. La cronología de este nivel se colocaría así en los siglos XIII-XI a.C., con mayor probabilidad entre mediados del siglo XII a fines del XI a.C.

La segunda de las fechas (OxA-4085: 2780±70 BP) es más reciente que la anterior, con unos intervalos a uno y dos σ de 1004-841 cal a.C. y 1118-806 cal a.C., lo que la coloca en los siglos XI-IX y con mayor probabilidad en el X-IX a.C. En función de la fecha (GrN-19659: 2785±15 BP) del nivel anterior y mantener la coherencia estratigráfica de las fechas de carbono 14, habría que situar el nivel 2 de Moreirinha muy a fines del siglo X y a lo largo de la primera mitad del IX a.C.

Se trataría, por tanto, de un yacimiento más que confirma la generalización de la circulación del hierro a lo largo del siglo IX a.C.

3.2.6. São Julião (Vila Verde, Braga)

En este poblado se ha documentado la presencia de una hoz o cuchillo de hierro, cuentas de collar de pasta vítrea y, lo que es más interesante, escorias de hierro, que atestiguan su fabricación local en la fachada atlántica portuguesa ya en el Bronce Final (Bettencourt 1998: 31 Quadro 1).

En concreto, todos estos materiales se localizaron en el nivel 5 del corte 1a, para el que se dispone también de una serie de cuatro fechas de carbono 14, todas ellas efectuadas sobre carbón, que permiten datarlo con gran precisión.

La fecha más antigua para este nivel (CSIC-1096: 2789±42 BP) arroja unos intervalos de 1004-897 cal a.C. y 1042-833 cal a.C. (95.4%) respectivamente, centrándose en los siglos XI-IX a.C., sobre todo en el X.

La segunda de las fechas (ICEN-1277: 2780±50 BP) ofrece unos intervalos a un σ de 997-894 cal a.C. (58.9%) y 870-850 cal a.C. (9.3%) respectivamente, mientras que a dos σ el intervalo sería 1049-817 cal a.C. (95.4%), lo

que aún centrando la cronología del contexto en los siglos X-IX a.C. permitiría una posibilidad ínfima de solapamiento con las primeras fundaciones coloniales de fines del siglo IX a.C.

La tercera fecha (ICEN-1280: 2760±70 BP) ofrece un intervalo a un σ de 978-830 cal a.C., y uno de mayor probabilidad a dos σ de 1057-799 cal a.C. (93.7%). Al igual que la fecha anterior, permitiría una pequeña posibilidad estadística (casi despreciable) de solapamiento con las primeras colonias fenicias.

Por último, la fecha más reciente obtenida en este contexto (ICEN-829: 2660±45 BP), con un intervalo de mayor probabilidad a un σ de 844-794 cal a.C. (60.3%), y a dos de 907-780 cal a.C., permitiría ya plantear con mayor probabilidad que el trabajo del hierro sería ya coetáneo a los primeros establecimientos coloniales fenicios en la Península Ibérica, pero permitiendo también fechar este contexto desde muy finales del siglo X hasta poco antes de fines del siglo IX a.C., con anterioridad a los mismos. Este hecho, junto con la coherencia del resto de fechas, y la combinación de la misma, lleva a plantear la cronología precolonial de este estrato 5 del corte 1a de San Julião.

Así, la combinación de las cuatro fechas ofrece un resultado de 2746±25 BP, con un intervalo a un σ de 911-842 cal a.C., y uno de mayor probabilidad a dos de 934-826 cal a.C. (92.9%). Dicho resultado es muy similar al de las fechas de carbono 14 efectuadas sobre algunos de los materiales recogidos en C/ Méndez Núñez 7-13 / Plaza de las Monjas de Huelva, donde también se ha documentado la fundición del hierro y la presencia de cuentas de collar de pasta vítrea (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 141, láms. XXXVI: 3 y LXII: 20; 150, lám. LXIII: 22).

3.2.7. Nosa Senhora da Guia

Otro interesante yacimiento a valorar es el castro de Nosa Senhora da Guia, de donde provienen dos soportes rituales con prototipos chipriotas, una fíbula *ad ochio* de derivación siciliana⁴ y dos pesas de metrología oriental: 6.2 y 9.1 gr, 2/3 y la unidad del sistema de 9.4 gr (Vilaça 2003: 260, 282 fig. 1:5-6, 286 fig. 4; cf. Pulak 2000: 259 y ss., con completa bibliografía), asociados a un conjunto metálico típico del Bronce Final Atlántico, materiales que se han interpretado como un depósito de fundidor (Ruiz-Gálvez 1993: 50) o, más recientemente, como un área de fundición (Senna-Martinez y Pedro 2000b).

⁴ Considero que esta atribución es más acertada que la de fíbula de doble resorte propuesta por su excavadora (Kalb 1978: 123), aunque últimamente se están documentando éstas últimas en momentos claramente del Bronce Final, como en Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 154, láms. XXXVIII: 4-5 y LXIV: 4-5) y en la fosa 2 de Quinta do Marcelo de Almada (Cardoso 2004a: 205, 208 fig. 158:1).

Este conjunto ha servido para definir junto a la metalurgia francesa de tipo Vénat el Bronce Final III B de la fachada atlántica peninsular, por lo que juega un papel muy importante en la articulación de la cronología de la Prehistoria reciente de la Península Ibérica.

En concreto, dicho horizonte metalúrgico sería el sucesor del de la ría de Huelva, por lo que se le supone una cronología posterior (Ruiz-Gálvez 1984: 292-306, 541 fig. 25, 545; Castro, Lull y Micó 1996: 204, 207-208, 217-218), aunque algunos investigadores lo consideren anterior (Mederos 1997a: 77-78 tablas 2-3). Sin embargo, ello no significa que el grupo arqueológico Baiões/Santa Luzia no comenzara con anterioridad, en un momento coetáneo al del horizonte metalúrgico Ría de Huelva, siendo sólo sustituida dicha metalurgia en torno al 900 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 204, 208, 217-218) o quizá un poco antes.

La coetaneidad de los hallazgos de Baiões vendría avallada por la existencia de un único nivel de ocupación en el castro (Kalb 1979: 583), por lo que la fecha de carbono 14 existente debería fechar dicho momento. No obstante, la elevada desviación estándar de ésta provoca que sea de una limitada utilidad.

La fecha (GrN-7484: 2650±130 BP) proviene de la madera del astil de una punta de lanza excavada en la campaña de 1973, provocando su amplísima desviación estándar que sufra del efecto *plateau*. No obstante, su intervalo de mayor probabilidad a un σ es de 975-743 cal a.C. (50%), lo que la sitúa en un momento posterior, o como mucho solapándose, al documentado en la Ría de Huelva. Por su parte, el intervalo a dos σ es de 1089-408 cal a.C., lo que no permite realizar ulteriores valoraciones cronológicas.

En todo caso, lo que queda claro es que el horizonte de Baiões no se puede fechar, al menos en su totalidad, en el siglo VIII a.C., habiendo que elevar la cronología del mismo al IX e incluso a fines del X a.C. Igualmente, el intervalo a un σ y, prácticamente el de dos σ , también sugieren que no hay que elevar su cronología *circa* 1150-1050 a.C. y proponer su anterioridad al horizonte Ría de Huelva como sugiere Mederos (1997a: 77-78 tablas 2-3) ni llevar su fecha al siglo XI como propone Armada (2002: 96).

No obstante, como sugiere este último investigador (Armada 2002: 96; Armada y López Palomo 2003: 178), ello no quiere decir que algunas de las piezas halladas en Baiões sean de una cronología anterior al momento de deposición del conjunto, como puede ocurrir por ejemplo con los carritos rituales y el gancho de carne, que aparece asociado en el depósito del río Genil a espadas del momento inicial del horizonte de la Ría de Huelva y en el depósito de Hío también a elementos de cronología anterior (Armada y López Palomo 2003: 178), aunque

este depósito deba fecharse en el Bronce Final III como sugiere la presencia de una espada de lengua de carpa (Ruiz-Gálvez 1979: fig. 2:1b-1c).

Sin embargo, como ya se ha señalado, no creo que pueda elevarse el conjunto de Nosa Senhora da Guia a una cronología tan antigua como los siglos XII-XI a.C. (Mederos 1997a: 75 tabla 1, 77-78 tabla 2), ya que la metalurgia de tipo Vénat documentada está también bien fechada en la Peña Negra de Crevillente en el siglo IX a.C. (*vid. infra* § 3.2.13), lo que también confirmaría su posterioridad al horizonte de la ría de Huelva.

3.2.8. Quinta do Marcelo (Almada)

Este asentamiento del Bronce Final se localiza en las cercanías de Almada, junto a la desembocadura del Tajo, habiendo sido interpretado como un poblado especializado en las explotaciones de las arenas auríferas de este último río, ya que se atestiguó la presencia de martillos de minero y un vaso con restos de oro y mercurio en su fondo (Cardoso 2004a: 198).

En una estructura de este yacimiento, la Bolsa 2, se documentaron materiales cerámicos del Bronce Final asociados a tres cuchillos de hierro, una fíbula de codo y una fíbula de doble resorte (Cardoso 1999-2000: 387, 393, 397 fig. 41; 2004a: 205, 207 fig. 158:1, 213 fig. 162).

De este contexto se publicó inicialmente una única datación de carbono 14 (ICEN-924: 2700±70 BP) (Senna-Martínez 2000b: 57 Quadro III) con unos intervalos de 914-801 y 1020-766 cal a.C. a uno y dos σ respectivamente.

No obstante, Vilaça (2006a: 92, 94 Quadro 2) ha publicado tres fechas adicionales procedentes del mismo contexto (ICEN-920, ICEN-922 e ICEN-923).

La primera de ellas (ICEN-920: 2830±50 BP), ofrece unos intervalos a uno y dos σ de 1050-914 y 1129-842 cal a.C. respectivamente.

La segunda (ICEN-922: 2790±60 BP) ofrece unos resultados muy similares, con unos intervalos a un σ de 1009-892 (57.0%) y 876-845 (11.2%) cal a.C., mientras que a dos σ los intervalos son 1113-1097 (1.8%) y 1091-816 (93.6%) cal a.C.

La última fecha (ICEN-923: 2560±100 BP) es la más reciente de toda la serie, aunque posee una amplia desviación estándar que provoca que los resultados sufran del efecto *plateau*. Los intervalos a un σ de esta fecha son 812-702 (28.2%) y 695-538 (40.0%) cal a.C., mientras que a dos σ son 895-867 (2.3%) y 858-406 (93.1%) cal a.C.

Finalmente, la combinación de las cuatro fechas radiocarbónicas proporciona un resultado de 2765±32 BP, con unos intervalos a un σ de 971-959 (7.6%), 934-891 (37.2%) y 879-844 cal a.C. (23.4%), mientras que a dos σ el intervalo es de 996-833 cal a.C., un resultado muy similar a la fecha combinada obtenida en Méndez Núñez 7-13— Plaza de las Monjas, Huelva.

A pesar de que el resultado combinado se centra en los siglos X-IX a.C., es preferible fechar el contexto a lo largo de esta última centuria, dada la asociación entre la fíbula de codo y la fíbula de doble resorte, también documentada en la fase I de la Peña Negra de Crevillente (*vid. infra* § 3.2.13), y la presencia de una fíbula de doble resorte en un contexto del Bronce Final atestigüada en Méndez Núñez 7-13–Plaza de las Monjas Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 154, láms. XXXVIII:4-5 y LXIV:4-5), contextos ambos que el carbono 14 también sitúa en el siglo IX a.C.

Concretamente, esta cronología es también sugerida por la más reciente de las dataciones de carbono 14 obtenida en este contexto (ICEN-923), que lo situaría como muy antiguo a mediados del siglo IX a.C.

3.2.9. *El Cerro de la Miel*

En este yacimiento localizado en las cercanías del Cerro de la Mora, con el que debió estar muy relacionado, se ha excavado lo que parece ser una cabaña con poste central en la que se documentó una espada de lengua de carpa y una fíbula de codo de tipo Huelva asociadas a cerámica del Bronce Final, entre ella alguna pieza con decoración de botones de bronce (Carrasco, Pachón y Pastor 1985).

Precisamente del poste de la cabaña se obtuvo la datación UGRA-143: 3030±110 BP (Carrasco, Pachón y Pastor 1985: 295), con una elevada desviación estándar que disminuye mucho su utilidad. Dicha fecha arroja unos intervalos de 1411-1128 cal a.C. y 1505-974 cal a.C. a uno y dos σ respectivamente. En principio, este hecho llevaría a rechazar esta datación como evidencia para fechar el horizonte Ría de Huelva, dado el tipo de material cerámico asociado a la espada de tipo Ría de Huelva y la fíbula de codo de tipo Huelva.

No obstante, su aceptación sin calibrar (Carrasco, Pachón y Pastor 1985: 295-306) ha llevado a alcanzar una cronología básicamente correcta a través de una metodología incorrecta, al fecharse el conjunto entre mediados del siglo XI y mediados del X a.C. Por otra parte, su calibración arroja una cronología muy alta para el inicio del Bronce Final que no parece pertinente (Ruiz-Gálvez 1995e: 81; Castro, Lull y Micó 1996: 204-207; Castro *et al.* 1999: 83), ya que su procedencia de un poste de la cabaña (Carrasco, Pachón y Pastor 1985: 295) puede hacerla sufrir del efecto madera vieja (*old wood*), lo que junto a su elevada desviación estándar hace aconsejable no tomarla en consideración.

Su intervalo a dos σ es muy amplio, 1505-974 cal a.C., siendo compatible con las fechas conocidas para el horizonte ría de Huelva únicamente en su momento final, fines del siglo XI a.C. y primer cuarto del X a.C., mientras que en el intervalo a un σ , 1411-1128 cal a.C., es definitivamente demasiado antiguo para los materiales a

los que se asocia, ya que se remonta a un momento en el que ni siquiera han aparecido en Sicilia los prototipos de las fíbulas de codo tipo Ría de Huelva.

3.2.10. *Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)*

De este yacimiento, ya analizado en lo que respecta al contexto de las cerámicas micénicas y probablemente chipriotas, se obtuvieron otras dos fechas procedentes de los niveles del Bronce Final del corte R-1. En concreto, se obtuvieron una fecha de carbono 14 de la parte superior del estrato III A (UGRA-190) y otra de la parte inferior del III B (UGRA-159) (Martín de la Cruz 1987b: 174-175). Sin embargo, la elevada desviación estándar de ambas hace que haya que valorarlas con mucha prudencia.

La primera de las dataciones (UGRA-190: 2930±110 BP), procedente del estrato III A, arroja unos intervalos a uno y dos σ de 1301-998 cal a.C. y 1413-894 cal a.C. respectivamente. La amplia desviación estándar hace que los resultados no sean concluyentes. Arqueológicamente se asocia a cerámicas del Bronce Final del Sudoeste peninsular, con las típicas cazuelas de carena acusada, cerámicas con decoración de botones de bronce, cerámica pintada y alguna con decoración bruñida, observándose también algunos fragmentos, seguramente intrusivos, del Bronce Tardío con decoración de Cogotas I (Martín de la Cruz 1987b: 56-74 figs. 21-38), a los que habría que añadir un fragmento de pie de un *pitchos* similar al documentado en la Cuesta del Negro de Purullena (Martín de la Cruz y Perlins 1993: 340; Martín de la Cruz 1996: 1555). Si este último fragmento no fuera intrusivo, indicaría que estos contenedores de transporte de posible fábrica chipriota continuaban llegando a la Península Ibérica a inicios del Bronce Final.

Si la fecha se ajusta al contexto, durante el siglo X a.C. con seguridad el Bronce Final ya había comenzado, es más, existen grandes posibilidades de que éste suceso ya hubiese acaecido a lo largo del siglo XI a.C.

Por su parte, del estrato inmediatamente superior, el III B, procede una segunda fecha (UGRA-159: 2980±130 BP), en principio contradictoria, ya que fecha el nivel con anterioridad al infrapuesto. No obstante, la amplia desviación estándar permite compatibilizar ambas fechas. Los intervalos de esta segunda fecha son 1386-1047 cal a.C. y 1497-895 cal a.C. a uno y dos σ respectivamente, en consonancia con el nivel anterior. Arqueológicamente el panorama es muy similar, también con algunas intrusiones del Bronce Tardío con decoraciones de Cogotas I (Martín de la Cruz 1987b: 74-79 figs. 39-43).

La amplia desviación estándar de ambas fechas hacen muy difícil su valoración, aunque su alta cronología concuerda con la fecha de ^{14}C procedente del cerro de la Miel (*vid. supra* § 3.2.8), además de que las intrusiones de

materiales del Bronce Tardío, sobre todo procedentes de su ampliación, hace que haya que tomar precauciones a la hora de valorarlas. En todo caso, estas fechas, junto a la del Cerro de la Miel sugerirían que el inicio del Bronce Final habría que fecharlo al menos en el siglo XI a.C.

Igualmente, la larga duración del Bronce Final en este yacimiento y, por consiguiente, en la baja Andalucía vendría confirmado por la existencia de tres estratos de esta cronología: III A, III B y IV A, este último cortado por las construcciones posteriores y que tendría una potencia mayor que la documentada. Los momentos más modernos de este Bronce Final se documentarán precisamente en el siguiente yacimiento analizado.

3.2.11. Vega de Santa Lucía

En este yacimiento de la campiña cordobesa se excavaron una serie de fondos de cabaña, uno de los cuales, el 8, ofreció una sucesión de niveles habitacionales del Bronce Final con abundante cerámica bruñida, pintada de estilo Carambolo y con decoración de botones de bronce de los que se obtuvieron tres fechas de carbono 14, aunque su desviación estándar impone algunas limitaciones.

Así, para la fase A de dicho fondo se dispone de una fecha (UBAR-253: 2710±60 BP) que ofrece unos intervalos a uno y dos σ de 905-809 cal a.C. y 996-794 cal a.C., lo que la sitúa preferentemente en el siglo IX a.C.

La fecha para la fase siguiente, la B (UBAR 252: 2600±60 BP) es la más problemática, ya que es más moderna que la de la fase C, aunque ambas sean consistentes estadísticamente, aunque no hay que descartar el efecto «madera vieja» en la muestra de la fase C.

Los intervalos de esta datación ofrece un intervalo de mayor probabilidad a un σ de 834-750 cal a.C. (49.8%), mientras que a dos es de 900-705 (62.1%). Dado que la fecha siguiente si no sufre del efecto madera vieja, debe ser a un σ anterior a 792 cal a.C. (vid. infra), me inclinó por fechar esta fase a inicios del último tercio del siglo IX a.C.

Finalmente, de la fase C de este fondo de cabaña proviene otra datación (UBAR 252: 2660±60 BP) con unos intervalos de mayor probabilidad a uno y dos σ de 860-792 (52.2%) y 975-753 (94%) cal a.C. respectivamente.

En definitiva, la secuencia de Vega de Santa Lucía ofrece una serie de contextos que se suceden a lo largo del siglo IX a.C. sin importaciones fenicias, con un momento final que se puede fechar a fines del siglo IX o muy inicios del VIII a.C., lo que sugiere que en este momento fundacional de las colonias fenicias las importaciones fenicias aún no han llegado a los ambientes rurales del valle medio del Guadalquivir.

Igualmente, estas fechas descartan que el horizonte colonial fenicio Morro de Mezquitilla B1b-Chorreras

pueda llevarse al 900 a.C. o los últimos momentos del siglo X a.C. como sostienen algunos investigadores (vid. infra).

3.2.12. Guadix

De un taller metalúrgico del Bronce Final de Guadix en el que se recuperaron fíbulas de codo y otros elementos metálicos además de cerámica, se han obtenido dos fechas que son coherentes con el contexto, aunque la primera de ellas sufre del efecto *plateau* a causa de su elevada desviación estándar (Carrasco *et al.* 2002: 366-367).

La primera de ellas, efectuada sobre carbón (UGRA-515: 2620±90 BP) arroja una cronología muy amplia a dos σ , colocándose el intervalo de mayor probabilidad a un σ entre 900-758 cal a.C. (45.4%), lo que sugiere un momento ya muy avanzado dentro del Bronce Final, como también lo hace la presencia de cazuelas a mano carenadas que presentan ya umbo en el fondo (*ibidem*: 366).

Más fiable es la segunda de ellas, efectuada sobre hueso (UGRA-516: 2750±60 BP), y que arroja un intervalo a dos σ de 1040-801 cal a.C., con un intervalo de mayor probabilidad a un σ de 937-827 cal a.C. (61.7%), lo que la situaría en el siglo IX a.C.

La combinación de ambas dataciones ofrece un resultado de 2711±50, con un intervalo a un σ de 899-815 cal a.C. y uno de mayor probabilidad a dos σ de 946-796 cal a.C., lo que situaría el contexto de Guadix con bastante seguridad en el siglo IX a.C.

3.2.13. Peña Negra de Crevillente

De la fase I de este importante yacimiento con ocupaciones del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro se han obtenido cuatro fechas de carbono 14 realizadas sobre carbón (González Prats 1983: 290-292) y que aportan un resultado bastante homogéneo excepto una de ellas (CSIC-413).

En este horizonte del Bronce Final se ha documentado la producción de elementos metálicos de filiación atlántica como puntas de lanza con alerones romboidales de tipo Venat, hachas de apéndices laterales y moldes para su fabricación, moldes de hoces y de espadas de lengua de carpa del tipo Venat, y otros elementos que evidencian la existencia de contactos interregionales como fíbulas de codo y de doble resorte, brazaletes de marfil y cuentas de vidrio azul y fayenza, éstas últimas probablemente llegadas a través de los comerciantes fenicios (González Prats y Ruiz-Gálvez 1989; González Prats 1989: 469-470, 474-475; 1990: 90-96, fig. 58, láms. 15 y 17-22; 1992b: 245-248 fig. 3, lám. I, 253-254).

La que ofrece una cronología más antigua (CSIC-360: 2690±50 BP) presenta su intervalo de mayor probabilidad

a dos σ entre 933-791 cal a.C. (94.2%), lo que coloca este horizonte crevillentino en pleno siglo IX a.C. casi con toda seguridad.

La segunda fecha (CSIC-484: 2670 \pm 50 BP) ofrece prácticamente los mismos resultados, con un intervalo a dos σ de 922-776 cal a.C., lo que redundaría en la fecha de siglo IX para este yacimiento.

La tercera (CSIC 410: 2580 \pm 50 BP) ofrece una cronología más reciente, en el tránsito entre los siglos IX-VIII a.C., como evidencia su intervalo de mayor probabilidad a un σ 811-750 cal a.C. (46.2%), sufriendo ya a dos σ del efecto *plateau*: 834-539 cal a.C.

Por último, la fecha CSIC-413 (2440 \pm 50 BP) ofrece un resultado anómalo, ya que parece demasiado reciente para el contexto del que se ha obtenido, siendo como muy antigua de la segunda mitad del siglo VIII a.C.

En su conjunto, las fechas disponibles para el horizonte I de la Peña Negra de Crevillente sugieren una cronología dentro del siglo IX a.C. para el mismo, con una proyección incluso a inicios del VIII a.C.

3.3. LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS COLONIALES

Mucho es lo que se ha escrito y discutido sobre la cronología de las primeras fundaciones coloniales fenicias de la Península Ibérica desde mediados de los años noventa del pasado siglo, cuando se planteó por primera vez a partir de la evidencia radiocarbónica la posibilidad de que se estuviese atribuyendo una cronología demasiado baja a la fundación de los primeros asentamientos fenicios (Aubert 1994: 321, 323; Castro 1994: 145; Castro, Lull y Micó 1996: 195; Mederos 1996a; 1997a; 2005; Torres 1998).

Desde entonces, en lugar de la fecha arqueológica tradicional situada en torno a mediados del siglo VIII a.C. o un poco antes, se propone una fecha anterior alrededor de mediados del siglo X a.C. (Mederos 1997a: 77-48 tabla 2, 86 tabla 18), *circa* 935/900 a.C. (Castro 1994: 144), *circa* 900 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 193, 195; Arruda 1999-2000: 218, 259) o en el último cuarto del siglo IX a.C. (Torres 1998; 2002: 18; Barros y Soares 2004).

Sin embargo, hay que señalar que con asentamientos coloniales nos referimos a aquellas comunidades en que tanto sus casas como sus cementerios atestiguan que vivían de una forma eminentemente fenicias (van Dommen 2005: 126), no entrando en dicha definición los materiales recientemente documentados en Huelva que, como acertadamente señalan sus publicadores, entraría más bien en la definición de un emporio (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 209), es decir, un establecimiento comercial emplazado bajo la supervisión de un poder político local. Son estos yacimientos, como los orientalizados, sobre los que se tratará a continuación.

Examinada la evidencia, creo que no existen razones para modificar sustancialmente la fecha del último cuar-

to del siglo IX a.C. que propuse hace ya algunos años (Torres 1998; 2002: 18) a partir de las evidencias radiocarbónicas y dendrocronológicas y de las fuentes escritas, se ha visto reforzada por la evidencia de Cartago, a pesar de los problemas de ésta última (*vid. infra* § 3.3.1.1).

3.3.1. Las fechas de carbono 14

Desde las recopilaciones efectuadas en los años 90 de fechas de carbono 14 procedentes de los niveles más antiguos de los yacimientos fenicios y de los estratos de los sitios indígenas con las primeras evidencias de interacción con las poblaciones coloniales fenicias (Castro, Lull y Micó 1996; Mederos 1997a; 2005a; Ruiz-Gálvez 1998a; Torres 1998), pocas han sido las fechas útiles para la discusión de la problemática que nos concierne que han sido publicadas.

Sin embargo, conviene analizarlas con el objetivo de dilucidar qué consecuencias tienen en los planteamientos cronológicos que he mantenido hasta el momento. En concreto, se trata de las fechas obtenidas en Cartago, Lixus y Pocito Chico (Puerto de Santa María, Cádiz).

En concreto, son las fechas de Cartago las más relevantes en la discusión, ya que proceden de los niveles fenicios más antiguos documentados en este yacimiento. Las de Pocito Chico también provienen de un interesante contexto que muestra los primeros hallazgos de cerámica fenicia en la campiña gaditana, pero, como se verá, su elevada desviación estándar limita mucho su utilidad.

Igualmente, conviene una revisión de algunas de las fechas que sirvieron para proponer mi propuesta de una cronología de fines del siglo IX a.C. para los inicios de la colonización fenicia en la Península Ibérica para ver si siguen pudiendo ser utilizadas con este propósito. Me refiero a las fechas del cerro de la Mora y, más concretamente, del yacimiento malagueño de Ronda la Vieja-*Acinipo*.

Por último, hay que señalar que no se discuten una serie de fechas de carbono 14 que proporcionan cronologías demasiado antiguas para los contextos de los que proceden, nunca pertenecientes a la etapa colonial fenicia inicial, de yacimientos como Toscanos y el Cerro Alarcón (Pingel 2002: 248-249, 252), ya que han sido analizadas en otro trabajo (Torres, Ruiz-Gálvez y Rubinos 2005: 181-182).

3.3.1.1. Cartago

Las fechas obtenidas de los estratos más antiguos de Cartago excavados por la Universidad de Hamburgo en 1986-1993 sí que proporcionan una importante evidencia a la hora de fijar la cronología de las colonias fenicias en el Mediterráneo central y occidental.

Se trata de seis fechas (GrN-26090, GrN-26091, GrN-26092, GrN-26093 y GrN-26094; GrN-26479) efectuadas sobre hueso de animales. Las fechas proceden

de estratos de nivelación y de rellenos de las fases I y II de Cartago definidas por la Universidad de Hamburgo de los que se ha publicado un breve avance de los materiales que contenían (Dochter *et al.* 2005: 560 y ss.; Nijboer 2005: 530-531; Nijboer y van der Plicht 2006: 34).

No obstante, se trata de contextos en principio secundarios, dos de ellos con problemas de contextualización (KA93/183 y KA93/189), mientras los otros tres parecen homogéneos a pesar de su posición estratigráfica derivada. En este sentido, se ha señalado que estos rellenos podrían venir de una zona más alta del hábitat, probablemente la colina de Byrsa (Dochter *et al.* 2005: 570).

La fecha más antigua (GrN 26091: 2710±30 BP) proviene de un contexto (KA93/183, sobre el terreno virgen), atribuido a la fase I (760-740 arq. a.C., para el que se supone una alteración en la fase III, documentándose en el mismo ánforas de transporte sardas fabricadas a mano, un skyphos del LG euboico, ánforas corintias A, ánforas SOS áticas, ánforas del Círculo del Estrecho, ánforas locales, cerámica local de engobe rojo y cerámica a mano local (Dochter *et al.* 2005: 563-564, 569).

Los intervalos de esta datación son 895-823 y 911-807 cal a.C. a uno y dos σ respectivamente, lo que la sitúa, y por tanto al material más antiguo del contexto de la que procede, en el siglo IX a.C., con las implicaciones que ello puede tener para la cronología de la cerámica griega que se le asocia (Nijboer 2005: 541 tav. D; *vid.* también Brandherm en este volumen).

También sobre el terreno virgen se localizaba el contexto KA93/189, aunque las fechas obtenidas del mismo son muy recientes, hecho que se ve agravado por la inexistencia de cerámicas en el mismo que permita comparar ambas evidencias. De este contexto proceden dos fechas de ^{14}C (GrN 26092: 2540±30 BP; GrN 26479: 2510±30 BP) sobre la misma muestra (Dochter *et al.* 2005: 571) que sufren ambas del efecto *plateau*, siendo posible cualquier cronología en los siglos VIII-VI a.C. para el mismo.

De la fase II (740-700 arq. a.C.) provienen el resto de las muestras, todas ellas muy homogéneas entre sí y con materiales muy similares aunque desgraciadamente no asociados a importaciones griegas geométricas.

Dos de ellas (GrN 26090: 2650±30 BP; GrN 26094: 2660±30 BP) proceden de los mismos estratos de relleno (una de la parte inferior y otra de la superior, KA93/181 y KA93/499), arrojando resultados casi idénticos. La primera de ellas proporciona unos intervalos de 831-800 cal a.C. y 895-792 cal a.C., mientras que la segunda tiene un intervalo a un σ de 827-797 cal a.C. y uno a dos de mayor probabilidad de 849-787 cal a.C. (89.3%).

En los contextos anteriormente reseñados se han producido ánforas nurágicas a mano, fenicias occidentales del Círculo del Estrecho, levantinas y locales, además de cerámica local a mano y de engobe rojo (Dochter *et al.* 2005: 565-567).

Por último, de otro contexto de la fase II procede la fecha GrN 26093: 2640±50 BP, que posee unos intervalos de mayor probabilidad a uno y dos σ de 842-780 cal a.C. (64.7%) y 915-755 cal a.C. (93.5%) respectivamente. Los materiales arqueológicos son muy similares a los documentados en los dos contextos anteriores (Dochter *et al.* 2005: 567-568).

El resultado combinado después de eliminar dos fechas que no superaban la prueba del σ cuadrado (GrN-26092 y GrN-26479) ofrece un resultado de 2670±16 y un intervalo de 828-806 cal d.C. a un σ y un intervalo de mayor probabilidad a dos σ (93.3%) de 840-798 cal d.C., que sitúan sólidamente la fundación de la ciudad a fines del siglo IX y ya con unos materiales propios de un ambiente colonial, lo que sugiere que deben aparecer materiales más antiguos, ya sea en la propia Cartago, ya en sus cercanías⁵: ¿quizá en Útica, como parece desprenderse del texto de Justino (XVIII,5,12) que señala como los delegados de esta ciudad recibieron a Elissa y al resto de los exiliados tirios y de las referencias a una antigua fundación de la ciudad (Vel. Pat. *Hist. Rom.* I, 2, 1-3; Plinio *Nat. Hist.* XVI, 216; *vid. supra* § 2.1.)?

Así, los materiales fenicios más antiguos excavados en Cartago (Vegas 1989; 1999) y las importaciones de cerámica griega del Geométrico Final (Vegas 1986-1989; 1992; Dochter y Niemeyer 1994; Dochter 2001: figs. 1-3) son coetáneos de los contextos más antiguos excavados en Morro de Mezquitilla (Schubart 1985b; Maass-Lindemann 1999), Chorreras (Aubert 1974; Schubart, Maass-Lindemann y Aubert 1979), el Castillo de doña Blanca (Ruiz Mata 1986a: 244-250 figs. 2-3; 1986b: 91-97 figs. 3-4; Ruiz Mata y Pérez 1995: 54-62 figs. 16-19) y en la C/ Canovas del Castillo de Cádiz (Córdoba y Ruiz Mata 2005), por lo que se puede extrapolar para éstos dicha cronología, como también sugiere la fecha de carbono 14 recuperada en un contexto con materiales fenicios muy antiguos en el convento de las Franciscanas Concepcionistas de Vejer de la Frontera (*vid. infra* § 3.1.3.6).

Por último, hay que señalar que la consistencia de la serie y el estar realizada sobre muestras de vida corta constituye la evidencia más sólida hasta ahora para fechar la fundación de las primeras colonias fenicias en el Mediterráneo central y occidental en el último tercio del siglo IX a.C., aunque dicha fecha es tomada con reservas por los excavadores, sobre todo en lo referente a como este hecho

⁵ Debo esta sugerencia a comentarios de los profs. Carlos González Wagner y Víctor Guerrero Ayuso.

afectaría a la cronología de la cerámica geométrica griega (Docter *et al.* 2005: 569-570). Sin embargo, sí es tomada en consideración por Nijboer (2005: 531, 535-537; Nijboer y van der Plicht 2006: 34), propuesta a la que me adhiero y que ya había planteado mediante el uso de cross datings entre los materiales españoles y cartagineses tras relacionarlos con la secuencia dendrocronológica suiza (Torres 1998: 53-54, 57).

3.3.1.2. Lixus

Según las fuentes clásicas, esta colonia fenicia establecida en la desembocadura del río Loukkos forma parte, junto a Cádiz y Útica, del conjunto de fundaciones fenicias más antiguas del Mediterráneo occidental, al señalarse que su templo de Hércules es más antiguo que el de Cádiz (Plinio nat. hist. XIX, 63).

En las excavaciones efectuadas en 2002 se han obtenido dos fechas de carbono 14 sobre semillas, es decir, sobre muestras de vida corta (Álvarez y Gómez Bellard 2005: 177), aunque desgraciadamente ninguna de ellas proviene del nivel fenicio más antiguo excavado en dicha campaña, la UE 3056.

De la unidad sobrepuesta, UE 3049, se ha obtenido una fecha realizada sobre semillas (Beta-184134: 2590±40 BP), que muestra unos intervalos de mayor probabilidad a uno y dos σ respectivamente de 810-761 cal a.C. (62.1%) y 830-746 cal a.C. (71.4%), aunque no pueden descartarse otras fechas en los siglos VII-VI a.C. debido a que sufre del efecto *plateau*. En todo caso, hay que volver a señalar que al no tratarse del nivel más antiguo debe manejarse como fecha ante quem.

Además, debe también mencionarse que algunas de las cerámicas procedentes de esta UE 3049 sugieren fechas tan recientes como los finales del siglo VII e incluso inicios del VI a.C., como algunos bordes de ánforas de sección triangular (Álvarez y Gómez Bellard 2005: fig. 6:4-5 y 10), una oil-bottle de base muy estrecha, casi puntiaguda (*ibidem*: fig. 8:6) y dos bocas de tendencia abocinada que parecen pertenecer a urnas de tipo Cruz del Negro de tipo evolucionado (*ibidem*: fig. 9:9 y 11), lo que implicaría la filtración de algunos materiales del nivel sobrepuesto, que muestra claramente materiales de fines del siglo VII e inicios del VI a.C. (*ibidem*: figs. 4:7-9, 6:3,7-8,13-14 y 9:1).

No obstante, esta fecha de carbono 14 muestra una elevada probabilidad de fechar este contexto, no el más antiguo, en la primera mitad del siglo VIII a.C., lo que ya sería una cronología más antigua de la defendida por la cronología convencional, además de implicar una cronología aún más antigua para el contexto infrapuesto, la UE 3056, que proporcionó una buena serie de platos de barniz rojo muy antiguos (*ibidem*: 162 y ss. fig. 3) y ánforas de borde vertical con acanaladura en la base del

mismo (*ibidem*: fig. 6:1) que sugieren una evidente antigüedad.

3.3.1.3. Morro de Mezquitilla

En este interesante yacimiento de la costa malagueña se han documentado niveles de los primeros momentos de la colonización fenicia en la Península Ibérica, como queda bien atestiguada por la cerámica recuperada (Schubart 1985b; Maass-Lindemann 1999).

No obstante, lo primero que hay que señalar es que hay que descartar una fecha B-?: 2640±30 BP, ya que se trata de una confusión que hemos ido recogiendo todos los investigadores dedicados a la cronología absoluta del inicio de la colonización fenicia en la Península Ibérica a partir de una referencia de H. Schubart (vid. Pingel 2006: 147, nota 1; Brandherm, en este volumen), tratándose seguramente de la calibración MASCA de la datación GrN-8109 que posteriormente todos hemos vuelto a calibrar. Sin embargo, la buena noticia es que ahora se dispone de una nueva fecha de carbono 14 para el horizonte B1 de Morro de Mezquitilla.

Así, la primera fecha que hay que traer a colación para la fase inicial de Morro de Mezquitilla es B-4178: 2750±50 BP, procedente de la zona más profunda de una fosa, la VIII, del más antiguo nivel de habitación del yacimiento (Schubart 1983: 130; 1985a: 167). Ésta arroja unos intervalos de 932-831 (64%) cal a.C. a un σ y 1004-810 cal a.C. a dos σ . Sin embargo, desconocemos aún el material arqueológico hallado en la fosa donde se tomó esta muestra y del estrato desde la que ésta se abrió.

Una segunda fecha, procedente del estrato superior de la zona del taller metalúrgico, Morro B1a, concretamente de los hornos 3 y 4 (B-4180: 2570±50 BP) (Schubart 1983: 130; 1985a: 167), ofrece una cronología más reciente que además hace que sufra del efecto *plateau*. Sus intervalos de calibración a un σ son de 807-749 (39.8%), 686-666 (10.9%) y 641-592 (17.5%) cal a.C., y a dos de 826-700 (48.6%) y 695.537 (46.8%) cal a.C. La tipología de los materiales asociados fecha el contexto en el siglo VIII a.C., aunque la calibración de esta datación de ^{14}C no es definitiva a la hora de elegir entre la cronología alta y la tradicional para el inicio de la colonización fenicia en Occidente.

No obstante, este taller metalúrgico es en parte coetáneo y en parte anterior a las edificaciones más antiguas del yacimiento, distinguiéndose los hallazgos muy poco de los de éstas últimas (Schubart 1985b: 63).

En este contexto del taller metalúrgico se han documentado ánforas levantinas de tipo Sagona 2 (Maass-Lindemann 1999: 129-130, 148 fig. 10: A 5) (no documentadas en Huelva Méndez Núñez 7-13 / Plaza de las Monjas), un posible jarro de borde escuadrado y otros transicionando hacia los de tipo boca de seta (*ibidem*: 136,

fig. 8:2-4), varios ejemplares de Fine Ware (*ibidem*: 130, fig. 2) y un notable porcentaje de importaciones levantinas (*ibidem*: 129).

Por tanto, sería quizá un contexto transicional entre el documentado en C/ Méndez Núñez 7-13 / Plaza de las Monjas de Huelva y los contextos coloniales clásicos de la Península Ibérica como la fase inmediatamente posterior del propio Morro de Mezquitilla (B1b), el Castillo de doña Blanca (aunque no hay que descartar que en este aparezcan materiales de este mismo horizonte) y Chorreras.

A estas dataciones del área del taller metalúrgico hay que añadir ahora una nueva fecha procedente del horizonte B1 de Morro de Mezquitilla recuperada en la campaña de 1976. Se trata de la GrN-8109: 2580±50 BP, con unos intervalos de calibración a un σ de 805-762 (61.8%) y 681-672 cal a.C. (6.4%), mientras que a dos son de 815-747 (71.1%), 688-664 (11.1%), 643-588 (10.3%) y 580-555 (2.9%) cal a.C. Como puede observarse, aunque los intervalos de mayor probabilidad se localizan entre finales del siglo IX a.C. y la primera mitad del VIII a.C., la fecha sufre del efecto *plateau*.

En consecuencia, las dataciones de ^{14}C B-4180 y GrN-8109 son consistentes tanto con la cronología tradicional como con la calibrada, aunque ambas tienden a fechar el horizonte B1 de Morro de Mezquitilla en la primera mitad del siglo VIII a.C., anterior en todo caso a la fecha tradicional del inicio de la colonización fenicia en Occidente en torno a mediados de dicha centuria.

No obstante, la combinación de ambas fechas (B-4180 y GrN-8109), las más recientes del horizonte B1 de este yacimiento puede servir para aclarar la situación, ya que arroja un resultado de 2577±29 BP, con un intervalo a un σ de 800-766 cal a.C., y a dos de 810-749 (79.3%), 687-666 (10.1%) y 639-592 (5.9%) cal a.C. Así, este horizonte inicial fenicio de Morro de Mezquitilla queda fechado casi con seguridad en la primera mitad del siglo VIII a.C. y con muchas probabilidades en el primer tercio.

Hay que admitir que son fechas más recientes que las propuestas por mí anteriormente, aunque en todo caso anteriores a la cronología arqueológica tradicional. No obstante, las evidencias proporcionadas por otros yacimientos analizados en este trabajo sugieren una fecha ligeramente anterior a la arrojada por el horizonte B1 de Morro de Mezquitilla para el inicio de la colonización fenicia en Occidente, señalando también que en el caso de este yacimiento malagueño he trabajado siempre con las dos fechas más recientes para este horizonte.

Para concluir con este interesante yacimiento, unas puntualizaciones acerca de su cronología relativa. La primera fase constructiva, B1b, ha sido relacionada por Mederos (2005a: 337 tabla 18) con el estrato IV de Tiro,

algo que hay que descartar por completo, ya que en el edificio K de esta fase constructiva se documenta ya un oinochoe de boca de seta de cuerpo globular (Schubart 1985b: fig. 5:g; 1985a: fig. 5:g) que únicamente se atestiguan a partir del estrato III de Tiro, aunque bícromos (Bikai 1978a: pl. V:14-17), asociándose además el ejemplar malagueño a platos occidentales de borde muy estrecho (Schubart 1985b: fig. 5:a; 1985a: fig. 5:a). De hecho, en el estrato IV de Tiro sólo se documentan los jarros de borde escuadrado (Bikai 1978a: pl. XIV:2-5).

Sin embargo, materiales paralelizables a esta fase se fechan en el Convento de las Franciscanas Concepcionistas de Vejer de la Frontera muy a inicios del siglo VIII a.C. como muy tarde (vid. infra), lo que contrasta con la fecha procedente del momento más reciente del taller metalúrgico. Este hecho hace necesario realizar más fechas de carbono 14 para aquilatar bien la transición entre los contextos con cerámica fenicia metropolitana y aquellos ya los materiales fenicios coloniales típicos del «Círculo del Estrecho». Esta transición parece haber ocurrido también en Cartago a finales del siglo IX a.C. (Nijboer y van der Plicht 2006: 34). Por ello, habría que obtener nuevas fechas de carbono 14 tanto de los niveles más antiguos del taller metalúrgico (fase Morro B1a) como de la fase constructiva más antigua de este yacimiento.

Por otra parte, con el estrato IV de Tiro habría que relacionar quizá el momento más antiguo de la fase B1a (el taller metalúrgico), con los materiales reseñados más arriba, como el posible jarro de borde escuadrado y los otros oinochoai transicionando al tipo boca de seta y el resto del material asociado, no únicamente con el estrato V como sostiene Mederos (2005a: 337 tabla 18), con el que también posee evidentes paralelos.

3.3.1.4. Ronda la Vieja-Acinipo

Este yacimiento, que en época romana fue la destacada ciudad romana de Acinipo, se localiza en la depresión intrabética de Ronda en un importante nudo de comunicaciones entre las rutas terrestres procedentes del Mediterráneo, el alto Guadalete y las rutas que cruzan el Sistema Bético con dirección a las campiñas sevillanas. En el mismo se documentaron ocupaciones del Bronce Pleno, del Bronce Final y del Período Orientalizante. En concreto, de esta última fase se localizaron tres niveles superpuestos: el primero constituido por cabañas de planta circular y rectangular, el segundo por un edificio de planta cuadrada de múltiples habitaciones y el tercero por una gran cabaña de planta oval (Aguayo *et al.* 1991: 562 y ss. figs. 4-6).

De una de las más antiguas estructuras de una superposición de cabañas circulares, donde ya se documentó la presencia de cerámica fenicia a torno en una proporción

muy pequeña del 0.75% (Carrilero *et al.* 2002: 86) procede una fecha de carbono 14, I-15464: 2770±90 BP (Carrilero 1992: 136; Carrilero *et al.* 2002: 108 fig. 3) que arroja un intervalo a un σ de 1012-820 cal a.C. y uno de mayor probabilidad a dos σ de 1133-791 cal a.C. (92.1%).

La fecha es problemática, como ya se señaló en su momento (Torres 1998: 51), dada su elevada desviación estándar. Sin embargo, la escasa cantidad de cerámica a torno sugeriría que quizá nos encontremos con un contexto similar al de C/ Méndez Núñez 7-13 / Plaza de las Monjas de Huelva, con cuyos resultados sería más o menos coincidente. No obstante, sería conveniente conocer los materiales arqueológicos concretos de este contexto para acabar de definir su validez.

Del nivel sobrepuesto a la superposición de cabañas, la casa de planta rectangular con numerosas habitaciones, proceden dos fechas más, I-15463: 2650±100 BP y I-15790: 2640±180 BP (Carrilero 1992: 136; Carrilero *et al.* 2002: 108 fig. 3), también con una elevada desviación estándar, lo que provoca que ambas sufran del efecto *plateau*. Los intervalos a un σ de la primera de las fechas son 971-959 BC cal a.C. (1.8%), 935-750 cal a.C. (57.4%), 686-666 cal a.C. (3.7%), 637-621 cal a.C. (2.3%) y 614-594 cal a.C. (3.1%), mientras que a dos σ es de 1046-505 cal a.C. Para la segunda los intervalos a uno y dos σ son de 1001-521 cal a.C. y 1270-377 cal a.C. respectivamente.

La combinación de ambas fechas ofrece un resultado de 2648±87 BP, con unos intervalos a un σ de 926-754 cal a.C. (63.4%), 684-668 cal a.C. (3.3%) y 608-598 cal a.C. (1.5%), y a dos σ de 1009-519 cal a.C., con evidente presencia del efecto *plateau*, aunque con una probabilidad alta de fechar el contexto con anterioridad a mediados del siglo VIII a.C.

No obstante, dichas fechas se asocian a cerámicas a torno, que aparecen en un porcentaje del 16.25% y que comprenden cerámicas de barniz rojo, *pitthoi* y urnas Cruz del Negro bícromas y ánforas de los tipos Ramón 10.1.1.1 y 10.1.2.1 (Carrilero *et al.* 2002: 86)⁶, que en su conjunto y a falta de una publicación detallada habría que fechar de fines del siglo VIII a inicios del VII (dentro del intervalo a dos σ de ambas dataciones), sobre todo en función de la coexistencia de los dos tipos anfóricos mencionados, cuya transición cabe fijar *circa* 700-675 a.C. En todo caso, no parece tratarse del material típico del inicio

de la colonización, aunque una vez más hay que esperar a su detallada publicación.

En su conjunto, las fechas de Ronda la Vieja-*Acinipo* presentan aún problemas para ser utilizadas como evidencia de un inicio temprano de la colonización fenicia en la Península Ibérica (*contra* Carrilero *et al.* 2002: 75).

3.3.1.5. Cerro de la Mora

En este interesante yacimiento situado en Moraleda de Zafayona (Granada) y muy cercano al ya analizado sitio del Cerro de la Miel se han efectuado varias campañas de excavación en las que se ha documentado una secuencia de ocupación que se extendía desde el Bronce argárico a época romana, con interesantes niveles del Bronce Final y del Período Orientalizante.

De estos últimos se extrajeron muestras para datación por carbono 14 que han sido repetidamente publicadas y usadas en la discusión del inicio de la colonización fenicia en la Península Ibérica. El problema es que los contextos materiales asociados a dichas fechas nunca han sido publicados en detalle, existiendo sólo avances parciales (Carrasco, Pastor y Pachón 1981a; 1981b; Pastor *et al.* 1981), lo que impide que estas dataciones adquieran plena validez.

Lo que sí se sabe es que en la fase II del Cerro de la Mora se han documentado plato de barniz rojo de borde estrecho, una lucerna y un fragmento de jarra trilobulada (Carrasco, Pastor y Pachón 1981a: fig. 7:31-35, 328 y ss.).

La combinación de las dos fechas más recientes (UGRA-231: 2670±100 BP, carbón; y UGRA 232: 2670±90 BP, carbón) de la fase II del Cerro de la Mora arroja una cronología de 897-796 cal BC a un σ y 1005-752 cal d.C. (94 %) a dos σ , lo que está lejos de ser satisfactorio a la hora de fijar el inicio de la colonización fenicia en la península Ibérica, aunque a un σ se fijaría este momento casi con seguridad en el siglo IX a.C.

Igualmente, las fechas efectuadas sobre carbón impiden descartar la existencia del efecto «madera vieja» y, por tanto, que proporcione una fecha más antigua que la verdadera para el contexto del que se extrajeron. No obstante, parecen sustentar una cronología antigua ya a fines del siglo IX a.C. para el inicio de la colonización fenicia de la Península Ibérica, lo que unido al resto de dataciones de carbono 14 analizadas en este trabajo dan verosimilitud a dicha propuesta.

⁶ Los materiales asociados a este edificio de habitaciones aglutinadas en una publicación anterior (Aguayo *et al.* 1991: 568) comprendían una mayoría de la cerámica a torno con vasos policromos, con decoración figurada orientalizante, ánforas de tipo B, ollas a mano y replicas grises a torno, broches de cinturón de un garfio o de una sola pieza soldados (sobre placas cuadradas o rectangulares), fibulas de tipo Alcores y puntas de fecha de tipo Macalón. Queda por tanto esperar a la publicación definitiva para la correcta contextualización de estas fechas.

3.3.1.6. Convento de las Franciscanas Concepcionistas, Vejer de la Frontera

De la estructura 4 hallada en la excavación efectuada bajo la iglesia de este convento procede una fecha de carbono 14 sobre hueso (UBAR-347: 2690 ± 50 BP), muestra de vida corta, que arroja unos intervalos de 895-866 (21.9%) y 859-805 (46.3%) cal a.C. a un σ y 933-791 (94.2%) cal a.C. Ello nos coloca con seguridad en el siglo IX a.C., más bien en su segunda mitad, lo que es un elemento más en la cronología propuesta.

La cultura material documentada es muy similar a la hallada en Morro de Mezquitilla B1, con un plato con una anchura de borde de 1,6 cm (Giles *et al.* 1994: 48, 52 lám. I:3) y cerámica a mano con decoración esgrafiada, como un soporte de carrete y dos fragmentos de borde de copa (*ibidem*: 48, 52 lám. I:9-11) que poseen un buen paralelo en dicho yacimiento malagueño (Schubart 1979: 199 fig. 15:f-g, 202, 214 lám. VII).

Si el hueso del que se tomó la muestra no era una intrusión estratigráfica, esta fecha indica con claridad que la cerámica del horizonte constructivo B1 de Morro de Mezquitilla, con el que se puede comparar este documentado en Vejer de la Frontera, ya había comenzado como muy tarde *circa* 800 a.C., y con bastante probabilidad con anterioridad al 805 a.C., aunque continuase a lo largo del siglo VIII a.C., como sugiere las fechas B-4180 y GrN-8109 del Morro de Mezquitilla.

3.3.1.7. Pocito Chico

De este yacimiento de fondos de cabaña ubicado en la campiña del Puerto de Santa María se han obtenido tres fechas muy discordantes entre sí y con una desviación estándar muy amplia (Ruiz Gil y López Amador 2001: 154-155, 316-321) que limitan seriamente su utilidad.

Así, la primera de las dataciones (UGRA-550: 2540 ± 100 BP), realizada sobre hueso, cae dentro de la meseta del Hallstatt a causa de su alta desviación estándar, ofreciendo un intervalo a dos σ de 843-401 cal a.C. No obstante, es significativo que su límite superior se sitúe en el 843 cal a.C., lo que sugiere que la fecha en torno al 950-900 a.C. para el inicio de la colonización fenicia en la Península Ibérica planteada por otros investigadores debe ser reconsiderada.

La segunda (UGRA-549: 2340 ± 100 BP), sobre carbón, con un intervalo a dos σ de 766-195 cal a.C. cae de lleno en la zona de desastre del radiocarbono y no permite precisar más sobre el asunto que nos concierne, aunque sugiere que el relleno del fondo quizá se produjo en un lapso de tiempo más largo del que normalmente se asume para este tipo de estructuras.

La última (UGRA-551: 3350 ± 80 BP), sobre concha, ofrece un intervalo a dos σ de 1441-1024 cal a.C., que quizá haya que poner en relación con el hallazgo de algu-

nas fragmentos cerámicos de tipo Cogotas I en este fondo de cabaña (López Amador, Bueno y Ruiz Gil 1998: 18) que curiosamente luego no aparecen publicados en la memoria de excavación, o, simplemente, se trata de una muestra poco precisa por causa de su carácter marino.

4. DENDROCRONOLOGÍA Y PRECOLONIZACIÓN

Por el momento, no se disponen de fechas dendrocronológicas propias para este momento en la Península Ibérica, por lo que lo único que pueden utilizarse son correlaciones cruzadas a través de Italia con la secuencia dendrocronológica suiza a través de los varios items documentados tanto en la Península Ibérica como en la Itálica, o la situación de la cronología de las cerámicas griegas asociada a las más antiguas cerámicas fenicias en esa misma secuencia.

Dentro de la evidencia peninsular, los primeros elementos que pueden fecharse de esta manera son las fibulas de tipo Cassibile halladas en el depósito de la Ría de Huelva y las espadas de tipo Huelva documentadas también en el mismo.

Las fibulas de tipo Cassibile aparecen en el tercer horizonte de depósitos sicilianos, representados por los depósitos de Modica, Castelluccio y Vizzini Tre-Canali, en los que también se documentan fragmentos de espada de lengua de carpa tipo Huelva y hachas de talón y dos anillas de tipo ibérico (Giardino 1995: 21, 23-25 figs. 10:B-12:A).

En términos de cronología relativa, nos encontramos entre las etapas finales del Bronce Final 3 y los momentos iniciales de la Primera Edad del Hierro, lo que nos coloca entre fines del siglo XI y mediados del X a.C. (*circa* 1050/1025-950/925 a.C.) según la correlación de Pacciarelli (1996: 186-187; 2000: 67; 2005: 83-86 tav. A) con la secuencia dendrocronológica suiza. En definitiva, existe acuerdo entre las determinaciones radiocarbónicas y la secuencia dendrocronológica, lo que otorga mayor fiabilidad a dicha cronología.

Esta misma cronología viene avalada por la espada de lengua de carpa de tipo Huelva hallada en el depósito de Santa Marinella (Lo Schiavo 1991: 216) y la de lengua de carpa del de Contigliano-Piediluco (*ibidem*). Ambos cuentan con una mayoría de materiales pertenecientes al Bronce Final 3, pero quizá fueron ocultados ya a inicios de la I Edad del Hierro italiana (Giardino 1995: 10; Peroni 1996: 335, 422), es decir, en la segunda mitad o a finales del siglo X a.C.

En definitiva, lo que las fechas dendrocronológicas sugieren es que el horizonte ría de Huelva ya había comenzado con anterioridad al 950-925 a.C., pudiéndose quizá situar su comienzo quizá de forma coetánea

al Bronce Final 3 italiano *circa* 1050/1025, como ya sugería Mederos (1997a: 75 tabla 1, 77 tablas 2 y 2 bis) y, más recientemente, Brandherm (e.p. 2006, citado en Harrison 2004: 14).

Desgraciadamente, no contamos con otras correlaciones con la secuencia dendrocronológica suiza vía Italia o Sicilia para el siglo IX a.C., ya que sólo con las importaciones griegas de las colonias fenicias como Cartago, la Fonteta o el Castillo de doña Blanca, se pueden conectar estos contextos con el inicio del Período Lacial III, lo que lleva a la fecha que ya señalamos en el último cuarto de dicha centuria (Torres 1998).

5. LA PRECOLONIZACIÓN: UN FENÓMENO DIACRÓNICO

Las evidencias cronológicas presentadas hasta ahora sugieren que el fenómeno denominado «precolonización» ha sido largo y articulado, como ya señaló en su momento Almagro-Gorbea (1998: 93-95; 2001: 252 y ss.), incluso con diferentes vectores comerciales y culturales, con una primera fase de tradición micénica, una segunda de tradición chipriota y una tercera y última ya de carácter marcadamente fenicio.

Mucho más difícil de caracterizar es la etapa intermedia, que obedece más bien a un vector de tradición chipriota, aunque en este caso queda por dilucidar si se trataría de chipriotas autóctonos o ya micenizados a lo largo de los siglos XII-XI a.C.

En todo caso, se trataría de un fenómeno extendido en el tiempo y de intensidad variable que refleja los avatares sociopolíticos del Oriente Próximo entre fines del II milenio e inicios del I a.C. en función de las pulsaciones económicas de la zona en dicho momento.

5.1. FASE I: EL PRÓLOGO MICÉNICO (*CIRCA* 1400-1200/1100 A.C.)

Tras el inicio de los contactos micénicos con el Mediterráneo central en los siglos XVII-XV a.C., concretamente con el sur de la Península Itálica y Sicilia (Mederos 1999b: 230-235; Marazzi 2003: 110-113), en el siglo XIV a.C. se va a producir lo que Marazzi (2003: 113) denomina «el salto hacia el Far West», alcanzando el comercio micénico Cerdeña y la Península Ibérica.

Los hallazgos en ambas áreas se retrotraen a finales del Heládico Reciente III A, consolidándose en el Heládico Reciente III B y, al menos en Cerdeña, continuando durante el Heládico Reciente III C.

Es este el momento en que llegan a la Península Ibérica las cerámicas micénicas del Llanete de los Moros de Montoro, fechadas en el Heládico Reciente IIIA/B (Martín de la Cruz 1988; 1994: 120, 137 fig. 14), asociadas a cerámicas del horizonte de Cogotas I, y que atestiguan la

llegada de las rutas comerciales micénicas hasta el Extremo Occidente.

Igualmente, también en el siglo XIV a.C. (*vid. supra* § 3.1.2.) debe fecharse el contexto en que se halló la cratera pithoide a torno del estrato VI/sur de la Cuesta del Negro de Purullena, también asociados con cerámicas de Cogotas I (Molina y Pareja 1975 figs. 77-78 y 102; Martín de la Cruz 1994: 120, 138 fig. 15).

Este vaso, para el que proponemos hipotéticamente una procedencia chipriota, abre la posibilidad de la temprana implicación de los chipriotas en las rutas comerciales hasta el lejano Occidente ya en este momento tan temprano. Este hecho, unido a la misma composición química del vaso de Purullena y el resto de los fragmentos a torno de Montoro, con excepción de los dos micénicos, están apuntando a la importancia de dicho factor chipriota en la Península Ibérica al menos desde el siglo XIV a.C., algo ya sugerido por Mederos (2005a: 59 y ss.) a partir del cilindro sello de Vélez Málaga, muy probablemente procedente de una tumba púnica (cf. García Alfonso 1998, con completa bibliografía) y de una figurita de *smiting god* de tipología antigua pero de la que no se puede asegurar su procedencia hispana.

Esta pieza se trata obviamente de un recipiente de transporte, aunque el hecho de que almacenara vino o aceite, como han sufrido algunos investigadores (Arteaga y Roos 2003: 162-163), debe dejarse en suspenso hasta que se realicen las analíticas oportunas o nuevas evidencias vengan a confirmarlo. No obstante

Quizá habría que colocar también en esta fase los cuchillos de bronce de hoja curva y enmangue rectangular con dos perforaciones, considerados por Almagro-Gorbea (2001: 243) de tradición micénica, como los de Belmeque, hallado en una necrópolis del Bronce del Suroeste II del Alentejo (Schubart 1975: 91, taf. 59:408a), y el del Castro de La Lanzada, Pontevedra (Coffyn 1985: 178, pl. 18:1), aunque, al igual que las cerámicas micénicas, son hallazgos muy escasos.

Finalmente, se ha publicado recientemente una cuenta de cornalina en forma de cariópside de loto o de adormidera procedente de Los Castillejos (La Granjuela, Córdoba) hallada en superficie junto a materiales calcolíticos de finales del III milenio a.C. Para esta pieza se han propuesto paralelos en Egipto, Chipre y la Grecia micénica en contextos de los siglos XVI-XII a.C. y se la ha vinculado, por tanto, al tráfico comercial micénico con la Península Ibérica (Vera y Martín de la Cruz 2004; Martín de la Cruz *et al.* 2005).

No obstante, la cuenta podría ser también mucho más reciente, ya que otra pieza de esta tipología se documentó en el fondo de cabaña de Pocito Chico asociada a materiales tartésicos y fenicios de inicios del Período Orientalizante (Ruiz Gil y López Amador 2001: 158 foto superior;

Ruiz Gil y López Amador 2004: figs. 22:4 y 29:4), en torno a fines del siglo IX o inicios del VIII a.C., (*vid. supra* § 3.3.1.7).

En un momento ligeramente anterior, en el siglo IX a.C., habría que fechar otra cuenta de estas características de la Sierra de San Cristóbal, junto al asentamiento fenicio del castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, Pérez y Martín de la Cruz 2004: figs. 22:3 y 29:3), lo que también pone en tela de juicio su adscripción al tráfico comercial micénico.

Igualmente, otra pieza idéntica se ha documentado también en el Cabezo de Córdoba (Castro del Río, Córdoba) (Sánchez Romero y Martín de la Cruz 2004), aunque se trata también de un hallazgo de superficie en un yacimiento con una amplia ocupación desde el Calcolítico, pasando por el Bronce Final y también con vestigios orientalizantes, lo que provoca dudas sobre la fase cultural a la que hay que atribuir el colgante.

Por último, otra cuenta de cornalina de este tipo procede del collar del tesoro de Ébora (Carriazo 1973: 351, 354-355 figs. 261-262), fechado en la transición entre los siglos VI-V a.C., lo que demuestra la larga duración de las cuentas de cornalina de este tipo y, por tanto, la dificultad para demostrar inequívocamente su relación exclusiva con el mundo micénico.

Para terminar con las cuentas de cornalina, el otro ejemplar conocido más occidental, la cuenta de cornalina de las Lípari del Ausonio II (Vagnetti 1982a: 170-171 fig. 1:6), hay que señalar que aunque esta fase se inicia en un momento final del LH IIIC, es decir, en el siglo XI a.C., continúa en los siglos X-IX a.C., con lo cual podría relacionarse ya con las frecuentaciones chipriotas y fenicias de dicha área geográfica.

Habría que reflexionar a continuación sobre el impacto real que la llegada de estos elementos de cultura material tuvo en las poblaciones locales. En el caso de la cerámica, no parece que tuviese ningún efecto sobre la producción cerámica autóctona, ya que la adopción de la tecnología del torno de alfarero por parte de las poblaciones locales no parece producirse hasta finales del siglo IX a.C., lo que sugiere que la importancia otorgada a los contactos con los micénicos puede haber sido sobrevalorada (Lucena 2004: 55), habiéndose planteado incluso que el material micénico pudo haber llegado a la Península Ibérica por casualidad y a través de barcos perdidos (*ibidem*: 56). Personalmente, no compartimos un escenario tan minimalista, explicando la no adopción del torno de alfarero por la inexistencia de una demanda social del mismo.

De este modo, la adopción del uso de herramientas rotatorias en la orfebrería de tipo Villena-Estremoz (Armbruster y Perea 1994) quizá sí que guarde relación con la existencia de contactos precoloniales micénicos (Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 354) o del Mediterráneo

oriental *sensu lato* (Ruiz-Gálvez 1993: 64 *post scriptum*) en este momento, como parece evidenciar la existencia de los primeros ejemplos de este tipo de orfebrería ya en el siglo XV-XIV a.C., como demuestra el tesoro de Cabezo Redondo de Villena, en el que se documentan once anillos con moldura de este tipo de orfebrería (Soler 1965: 40-41, lám. LIII), cuya relación con dicho asentamiento parece ya fuera de toda duda, así como la relación entre dicho tesoro y el de Villena (Hernández 2001a: 215).

La influencia tecnológica del Mediterráneo oriental en el tesoro de Villena fue ya señalada por Ruiz-Gálvez (1992b: 233; 1993: 49; 1998: 276-277), que señala que algunas de las técnicas metalúrgicas utilizadas en su fabricación, como el uso de remaches para unir diferentes piezas, derivan del Mediterráneo oriental, por lo que dado la cronología que atribuye al tesoro, entre los siglos XIII-X a.C., propugna una componente chipriota en el *know how* tecnológico usado en su manufactura.

No obstante, señala que las influencias se centran más a nivel artesanal y tecnológico, ya que las formas de la tipología de los brazaletes, la decoración de los cuencos según patrones del mundo de Cogotas I y la forma de la botella, propia del Bronce peninsular, hablan de una clara imbricación del tesoro en el ámbito del sur de la Península Ibérica, por lo que propugna que fue un artesano chipriota el que realizó el tesoro adaptándose a los gustos de la demanda local (Ruiz-Gálvez 1998a: 277).

En este sentido, Lucas Pellicer (1998: 188-189) señaló recientemente que la tecnología de hilos en gamma presentes en algunas piezas que interpretó como elementos decorativos de empuñaduras de espada es también de origen micénico y en ningún caso de un momento más tardío que el Heládico Tardío III B, lo que la lleva sugerir una cronología entre 1250 y 1150 a.C. para la deposición del tesoro, a pesar de las nuevas propuestas para rebajar su cronología (Domene 2004), implicando además otro argumento más a favor de la existencia de relaciones con el Egeo y el Mediterráneo Oriental.

Por su parte, tampoco las hachas de enmangue directo ni los cuchillos de bronce de hoja curva parecen influir en la producción metalúrgica de la Península Ibérica, ya que en las fases siguientes se imponen de manera casi absoluta las producciones del Bronce Final Atlántico, dejando poco espacio a las piezas de origen mediterráneo. De hecho, Giardino (1995: 222) duda de la relación de las piezas de Muros y Ripoll con las producciones italianas de los siglos XII-XI a.C., relacionando incluso a la primera de ellas con algunas piezas italianas de inicios de la colonización griega, lo que la excluiría de esta fase.

No obstante, es en este momento cuando muy posiblemente hay que colocar el conocimiento directo de forma sistemática de la Península Ibérica por parte de las

entidades políticas situadas en el Próximo Oriente, aunque, en principio, no parece que estas relaciones vayan a producir cambios estructurales en las poblaciones del sur de la Península Ibérica, que en estos momentos parecen estar transicionando a patrones de asentamiento menos estables y de ocupación del territorio más itinerantes vinculados al mundo de las cerámicas de Cogotas I (Ruiz-Gálvez 1998a: 228-229, 243).

Así, Ruiz-Gálvez (2005b: 328-329) plantea que algunos yacimientos del Sudeste peninsular de esta cronología con materiales del Bronce Tardío, entre ellos la cerámica de Cogotas I, ubicados en pequeños islotes o penínsulas junto a la costa pudiesen estar en relación precisamente con estos tráficos marítimos. Entre dichos asentamientos menciona el Cap de Prim y la Illeta dels Banyets de Campello en Alicante, la Cala del Pino en el Mar Menor y la Punta de Gavilanes en las cercanías de Mazarrón, uno de ellos con evidencia de actividades metalúrgicas: Cap del Prim (*ibidem*: 329); y otro de importaciones de marfil: la Illeta dels Banyets (López Padilla 1995).

No obstante, la coincidencia entre la crisis política y socioeconómica que se advierte en la Península Ibérica durante las centurias finales del II milenio a.C. y el colapso de las sociedades y el comercio palatino en el Egeo y el Próximo Oriente provocará que la Península Ibérica no se integre de manera completamente efectiva en el gran circuito comercial mediterráneo de finales de la Edad del Bronce, un hecho que sólo se producirá ya a inicios del milenio siguiente con la consolidación de la colonización fenicia en Occidente.

A pesar de ello, se ha llegado a plantear incluso que el colapso de yacimientos con un importante papel redistribuidor, como el cabezo Redondo de Villena, se debería, además de a otros factores, a la decadencia de los centros micénicos y los circuitos comerciales vinculados con ellos (Jover y López Padilla 2004: 299).

Este circuito mediterráneo debía funcionar en Occidente en función de la demanda de estaño por parte de la Grecia micénica, donde el uso del bronce con alto contenido en estaño sólo se convierte en predominante desde el Heládico Tardío III A, momento a partir del cual se produce la máxima expansión de la red comercial micénica en Occidente (Pare 2000a: 11, 26-27 fig. 1.14; López Pardo 2005).

Concretamente, se ha propuesto para el estaño peninsular su comercialización desde el Noroeste al Sudeste de la Península Ibérica (Mederos 1999a) y quizá también a otras zonas, y cuyos vectores comerciales quizá hayan quedado plasmados en la dispersión de la cerámica con decoración de Cogotas I tanto en el Sudeste como en otras áreas peninsulares (Lucas Pellicer 2004: 594).

De hecho, recientemente Mederos (2005a: 61) ha planteado la posibilidad de la llegada de los navegantes

chipriotas al Atlántico, que serían los responsables de la llegada de la cerámica micénica a Montoro, drenando directamente la riqueza estannífera de la zona.

En este sentido, la referencia de hallazgo de escorias de estaño en Tapada de Ajuda justo en este momento (Bettencourt 1998: 32 Quadro 2) podría estar reflejando precisamente la intensificación de la explotación del estaño atlántico en función precisamente de las redes comerciales mediterráneas.

Igualmente, se ha señalado que también el comercio del oro estaría integrado en los contactos entre la Meseta y el Sudeste de la Península Ibérica, contribuyendo igualmente a la difusión de la orfebrería de tipo Villena-Estremoz (Molina y Arteaga 1976: 213 nota 57; Mederos 1999a), pudiendo ser otra mercancía más apetecida por los navegantes orientales.

Sin embargo, a pesar de lo expuesto, no existen evidencias de que la frecuentación micénica y/o chipriota de la Península Ibérica supusiera el establecimiento, aunque fuese temporal, de artesanos u otros elementos poblacionales, un fenómeno que sí se ha propuesto en el sur de Italia y en Cerdeña (Jones y Vagnetti 1991: 141; Lo Schiavo 2001: 141).

Queda igualmente por aquilatar el carácter de los agentes comerciales llegados a la Península Ibérica en este momento, para lo que caben varias posibilidades. La primera de ellas, es que en los contactos con la Península Ibérica participasen también poblaciones sardas (Lo Schiavo 2001: 142), lo que implicaría una menor presencia directa de los comerciantes micénicos, chipriotas y próximo orientales.

La segunda es que se insertase dentro de un marco de intercambios estatales, un modelo bien documentado en las cartas de El Amarna y también sugerido por los materiales recuperados en el pecio de Ulu Burun. No obstante, este hecho no parece muy factible dado el poder de acumulación de las sociedades del Sur de la Península Ibérica de fines del II milenio a.C., en las que existía una organización política más descentralizada y autónoma y un descenso de la población tras el colapso de los estados argáricos del Sudeste a mediados del II milenio a.C. (Castro *et al.* 1999: 286-287; contra Arteaga y Roos 2003).

Una última opción es que dichos agentes serían individuos emprendedores cada vez más independientes de las organizaciones estatales orientales que están buscando nuevas oportunidades de negocio en la periferia (Knapp 1990: 148, 152; Sherratt y Sherratt 1991: 366, 373; Artzy 1997; Sherratt 1998) y, en el caso de la Península Ibérica, incluso el margen, de la poderosa estructura política y económica con centro en el Próximo Oriente y, en menor medida, en el Egeo. Dada la evidencia material existente, este es el escenario hoy

en día más verosímil (Ruiz-Gálvez 1998a: 273-274; 2005a: 260-261).

En resumen, no parece que en este momento (siglos XIV-XIII a.C.) exista una plena integración, o al menos ésta no sería duradera, en el sistema comercial mediterráneo con su centro en los grandes imperios y ciudades comerciales del Próximo Oriente, documentándose únicamente la transmisión de *know how*, de novedades tecnológicas.

5.2. FASE II: EL INTERMEDIO CHIPRIOTA (CIRCA 1200-925/900 A.C.)

El colapso de los palacios micénicos a fines del Heládico Tardío III B, *circa* 1200 a.C., va a provocar una importante disminución en la exportación de cerámica micénica hacia el Mediterráneo central durante el Heládico Tardío III C, básicamente el siglo XII a.C., y su completa desaparición en el XI.

Sin embargo, las producciones metalúrgicas chipriotas en bronce van a alcanzar una importante difusión en el Mediterráneo central justo en este momento (siglo XII a.C.), como evidencian los numerosos hallazgos de Cerdeña (Lo Schiavo, McNamara y Vagnetti 1985; Lo Schiavo 2001).

Es entonces cuando quizá habría que fechar la llegada a la Península Ibérica de los prototipos de las hachas de apéndices laterales (Almagro-Gorbea 1989: 283; 1998: 93), que se convertirán con el paso del tiempo en una de sus producciones metálicas más características.

Así, el depósito de Osuna proporciona un indicio en dicha dirección, ya que un hacha de apéndices laterales se asocia a un hacha de talón y una anilla de tipología antigua del Bronce Final I-II de dicha cronología (Almagro-Gorbea 1996).

Igualmente, también las primeras hachas de apéndices laterales se documentan en los depósitos de Sicilia justo en este momento, como en Niscemi y Nota Antica, que se sitúan en la segunda fase de dichos depósitos y se fechan entre mediados del siglo XII y mediados del XI a.C. (Giardino 1995: 17, 22 fig. 8:B, 23 fig. 10:A).

Su llegada a la península Ibérica habría que ligarla quizá todavía a las últimas navegaciones micénicas, ya que estas piezas se han documentado en Grecia y el Egeo durante el Heládico Tardío III C (Bouzek 1985: 150-151 fig. 75), pero escasamente en Chipre, cuyas producciones están empezando a copar las redes de comercio justo en este momento.

Poco después habría que situar también el conocido cuenco de Berzocana (figura 2), hallado en dicha localidad extremeña asociado a dos torques de oro macizo propios de la orfebrería de tipo Sagrajas-Berzocana (Callejo y Blanco 1960), que ha sido comparado adecuadamente por Mederos (1996a: 104-107) con producciones chipriotas y orientales de los siglos XIII-X a.C., pero con sus mejores

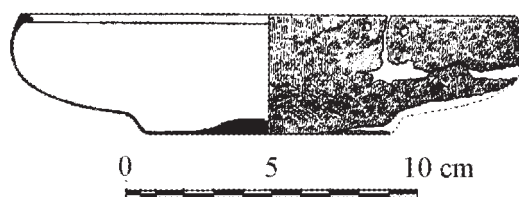


Figura 2
Vaso de Berzocana (según Almagro-Gorbea 1977).

paralelos entre las piezas chipriotas de los siglos XI-X a.C. (Crielaard 1998: 192-193; Matthäus 2000: 64; 2001: 175).

A este vaso hay que añadir, aunque su contexto y cronología no son seguros, el cuenco hallado en Nora Velha, con su característica asa en 8 de origen chipriota. Esta pieza es conocida de antiguo y se halló asociada a cerámica con decoración bruñida externa tipo Lapa do Fumo (Viana 1959: 26, Est. VI:27-28, 38-40, 42-43, 49, 51). Muy recientemente, Jiménez Ávila (2002: 149, 152-153 fig. 107:1) ha considerado esta pieza una importación muy probablemente chipriota precolonial, aunque no puede descartarse su inclusión en el período siguiente.

En terreno mucho más seguro nos encontramos ya con el asador articulado de tipología atlántica y la fíbula de codo de tipo Huelva hallados en la tumba 523 de la necrópolis de Amathus en un contexto de transición entre el Chipriota Geométrico I y II (Karageorghis 1987: 719, 723 fig. 193; Karageorghis y Lo Schiavo 1989) o únicamente del Chipriota Geométrico I (Giesen 2001: 180), atestiguando ambas piezas la existencia de relaciones directas entre Chipre y la Península Ibérica.

También al Chipriota Geométrico II se ha atribuido otra fíbula de codo de la tumba 3 de la necrópolis de Ayia Irini (Giesen 2001: 180, taf. 44:7), aunque esta pieza pre-



Figura 3
Carrito votivo de Baiões (según AAVV 1996).

senta ya la doble hacha y el codo prácticamente cerrado, que apunta ya a los ejemplares más tardíos del Chipriota Arcaico I. En concreto, esta fíbula muestra evidentes similitudes, tanto en el puente como en el resorte, con otra procedente de Chipre actualmente conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (Almagro Basch 1966: fig. 70:6).

Igualmente, también se han hallado muy recientemente en Paterna de la Ribera, Cádiz, tres piezas de cerámica chipriota que se han atribuido al período Chipriota Geométrico II (Pellicer 2004: 27, 42 fig. 11), lo que viene a confirmar los contactos entre ambos extremos del Mediterráneo al menos desde este momento, si no con anterioridad. No obstante, estas piezas quizá deban ser atribuidas al Chipriota Geométrico III (Gilboa, com. pers.), por lo que en un futuro tal vez deban analizarse dentro de la siguiente fase.

Por motivos tipológicos, también habría que atribuir a esta fase la llegada a la Península Ibérica de los soportes con ruedas de tradición chipriota hallados en el castro de Nosa Senhora da Guia, en Bailes (figura 3), considerados una producción local basada en modelos chipriotas (Burgess 1991: 38; Mederos y Harrison 1996b: 250), aunque la tipología de la metalurgia atlántica asociada sugiere una deposición ya a fines del siglo X o a lo largo del IX a.C. Esta cronología antigua en los siglos XI-X a.C. ha sido defendida por Burgess (1991: 38), mientras que Mederos y Harrison (1996b: 250-251, tabla 13) les otorgan incluso una cronología más antigua, entre 1150-1050 a.C.

De forma hipotética, se podrían situar también en este momento, y ya con seguridad en la fase siguiente, los peines de marfil tanto hallados en diferentes yacimientos del Bronce Final de la Península Ibérica como representados en las estelas decoradas del Sudoeste, todos ellos grabados en ejemplares de tipo relativamente avanzados (Almagro-Gorbea 1977a: 184; Celestino 2001a: 167-168; contra Harrison 2004: 160-161, que cree posible una fecha más antigua para los peines representados en las estelas).

En todo caso, es difícil dilucidar si los prototipos de los peines hispanos son piezas chipriotas del siglo XI a.C., como el hallado en una tumba del Chipriota Tardío III B1 de Enkomi (Bietti Sestieri 1997b: 394), considerada italiana por Bietti-Sestieri (1997b: 394) y Macnamara (2002: 156), o, por el contrario, derivarían de las piezas producidas contemporáneamente en Italia, como evidencian los peines de Torre Mordillo (Stampolidis ed. 2003c: 543 n° 1071), de un contexto del Ausonio II de la acrópolis de Lípari (*ibidem*: 543, n° 1072), de Frattesina (Bietti-Sestieri 1997b: 396 fig. 10:3; MacNamara 2002: fig. 5:4) y de Monte Anciano, Timmari y Pinello (Bietti-Sestieri 1997b: 394).

No obstante, ya desde fechas muy tempranas se cuenta con evidencias de la producción local de estas piezas, como muestran los restos de talla de marfil hallados en Huelva (González de Canales, Serrano y Llopart 2004: 165, láms. XLII y LXVIII) y la Mola de Agrés (Grau *et al.* 2004: 243, fig. 3), aunque tampoco en este caso se puede dilucidar con seguridad si el comienzo de dicha producción pertenece a esta fase o ya a la siguiente.

Igualmente, las representaciones de las liras en las estelas de guerrero también cabría situarlas en este momento, ya que se ha propuesto la existencia de aedos en los siglos XII-XI a.C. en Grecia y Chipre, como evidencian diferentes cerámicas con decoración pictórica del Heládico Tardío IIC medio (LH IIC Middle) y del Chipriota Geométrico I (CG I), siendo uno más de los elementos propios de las aristocracias heroicas surgidas en esta zona tras la destrucción de los palacios micénicos y chipriotas (Deger-Jalkotzy 1994: 18 fig. 4, 20-21), lo que evidenciaría también la existencia de *aedos* en las sociedades del Bronce Final del Occidente de la Península Ibérica y su introducción asociada a los contactos precoloniales entre ésta y las costas orientales del Mediterráneo (Almagro-Gorbea 1992: 649; 1998: 89-90; 2005: 41-44).

Los carros representados se relacionarían con las liras y el ámbito chipriota, lo que explicaría su tipología egea (Bendala 1977: 183-185; Quesada 1994) en relación con la llegada de poblaciones griegas a la isla en los siglos XII-XI a.C., siendo también elementos bien representados en la cerámica micénica y chipriota de dicha cronología (Deger-Jalkotzy 1994: 20).

En definitiva, en este momento parece observarse la gran importancia del vector comercial chipriota, como evidencian las relaciones directas entre Chipre y la Península Ibérica reflejada tanto por las piezas peninsulares halladas en Chipre (asador de Amathus y fíbulas de codo) como la tipología o fábrica chipriota de las piezas documentadas en la Península Ibérica como el vaso de Berzocana o los soportes con ruedas del castro de Nosa Senhora da Guia, en Baiões.

No hay que olvidar tampoco que es en este momento, en el período Chipriota Geométrico IB cuando se documenta la distribución masiva de cerámica chipriota hacia el Próximo Oriente, bien documentado en yacimientos como Tiro y Tel Dor, lo que sugiere una fuerte involucración de los chipriotas en las redes comerciales del momento (Gilboa 1998: 423).

Este horizonte de comercio chipriota en los momentos finales del siglo XI y a lo largo del X a.C. ha sido también documentado en Cerdeña, donde Crielaard (1998: 192) otorga dicha cronología a algunas piezas fechadas con anterioridad por otros investigadores en el siglo XII a.C., como uno de los cuencos de bronce de Santa Anastasia de Sardara con asas con flores de loto con paralelos

en el Chipriota Geométrico I-II, el soporte trípode conservado en Oristano cuyo paralelo más cercano se fecha en Chipre en el Chipriota Geométrico IB, los trípodes de S'Arcu'e is Forras Villagrande y Orani-Nurdole y un pequeño fragmento posiblemente de un soporte trípode del depósito de Samugheo.

Esta fase chipriota parece anteceder a la típicamente fenicia, aunque es difícil dilucidar si el conocimiento de las rutas hacia occidente se produjo ya directamente en Chipre con anterioridad al colapso del 1200 a.C. o, por el contrario, éste llegó a la isla junto a las poblaciones micénicas asentadas en la misma después de dicha fecha (Kara-georghis 1994b; 2000b; 2004: 79 y ss.) y que serían herederas del *know how* marítimo micénico en Occidente.

En todo caso, las relaciones entre Chipre y la Península Ibérica se encuadraría dentro del contacto entre elites (Ruiz-Gálvez 1993: 62, aunque sólo en el caso de los *partners* peninsulares; Crielaard 1998: 193-194, 198-199), dentro del marco de intercambio de objetos de prestigio, un modelo ya definido por Almagro-Gorbea (1989: 280) como propio del fenómeno de la precolonización, ya que, a excepción de las cerámicas de Paterna de la Ribera (Pellicer 2004), el resto de los materiales chipriotas hallados en este momento se ciñe exclusivamente al ámbito suntuuario.

No obstante, estos elementos serían muy probablemente el reflejo del comercio e intercambio de otros bienes, muy posiblemente metales, dentro de un sistema que se extendería del Atlántico, a través del Mediterráneo Occidental hasta Chipre y el Próximo Oriente (Sherratt y Sherratt 1993: 364-365, 372 fig. 1A; Crielaard 1998: 194-196).

En este sentido, Ruiz-Gálvez (1993: 58) ha señalado como el asador articulado de la tumba 523 de la necrópolis de Amathus quizá fuese la prueba de un comercio de estaño occidental hacia el Mediterráneo oriental con la intermediación de las poblaciones de la Península Ibérica y de Cerdeña, siendo los contactos entre Chipre y la Península Ibérica intermediados a través de comerciantes oportunistas del centro del Mediterráneo (Ruiz-Gálvez 1998a: 284).

Por tanto, este es el momento cuando empieza a rasarse la orientalización material, cultural e ideológica de las elites de la Península Ibérica y, por tanto, cuando podemos hablar con propiedad de un período «Protoorientalizante» (Almagro-Gorbea 1989) y, en cierta medida, del inicio de un proceso que preadapta a estas elites para el proceso orientalizante iniciado posteriormente con la colonización fenicia (Almagro-Gorbea 1989: 282; 1998: 96; Ruiz-Gálvez 2005a: 252).

Restaría por dilucidar cuál sería el papel de los fenicios en este momento, ya que algunos investigadores han señalado el inicio de su expansión comercial y su control de las rutas comerciales justamente desde mediados

del siglo XI a.C. (Burgess 1991: 33-34; Aubet 2000: 78 y ss.), con la presencia de abundante cerámica *bichrome* fenicia en Chipre en el denominado horizonte Kouklia (Bikai 1987a: 62, 68-69, pl. II-VIII, XXIV-XXV; Gilboa 1999: 5, 19 nota 7; 2005: 60) y el inicio de los contactos con Eubea, como evidencia igualmente la cerámica *bichrome*, la joyería y los cuencos de bronce fenicios, aunque asociados también a cerámicas y bronce chipriotas, hallados en Lefkandi (Aubet 2000: 86).

No obstante, la evidencia parece sugerir que el componente fenicio no alcanzará la hegemonía hasta la fase siguiente, como demuestran el importantísimo hallazgo de cerámica fenicia de Huelva (*vid. infra*) y la cerámica y los elementos arquitectónicos de culto fenicios documentados en los templos A y B de Kommos ya muy a finales del siglo X y durante el siglo IX a.C. (Shaw 1989; 2000b).

De hecho, como se ha podido observar anteriormente, los bronce documentados en la Península Ibérica son de clara raigambre chipriota, mientras que los más antiguos bronce de la Península Ibérica aparecidos hasta el momento en el Mediterráneo oriental se han hallado en Chipre, lo que sugiere la existencia independiente de esta fase chipriota, como también mantienen otros investigadores (Sherratt y Sherratt 1991: 374-375; Almagro-Gorbea 1989: 283; 1998: 94; 2001: 255), siendo dentro de este marco chipriota donde los fenicios iniciarán su expansión ultramarina.

5.3. FASE III: EL DESENLACE FENICIO (CIRCA 925/900-825 A.C.)

Esta última etapa de la precolonización, ya plenamente fenicia, fue propuesta por Almagro-Gorbea (1989: 284; 1998: 95), habiendo quedado plenamente confirmada por los recientes hallazgos de Huelva, donde se ha documentado un importante lote cerámico de filiación fenicia y más concretamente del ámbito tirio (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 31 y ss., 179 y ss.).

Dado que la mayoría del material onubense se enmarca en los estratos IX-IV de Tiro, dentro de la Edad del Hierro II A levantino (Gilboa y Sharon 2003: 48-49, 55 table 21), se plantea para su inicio la cronología obtenida a partir del radiocarbono para este período cultural, con un inicio muy a fines del siglo X a.C. (Boaretto *et al.* 2005; Sharon *et al.* 2005).

Junto a la llegada del material cerámico fenicio a Huelva, en esta fase, las fíbulas de codo de tipo Huelva están alcanzando la costa fenicia e Israel. Así, en la fase 1 de la tumba familiar nº 1 de la necrópolis de Akhziv se halló una de estas fíbulas, siendo fechada por su excavadora a finales del siglo X o a lo largo del IX a.C., estando asociada a ampollas *Black on Red* del Chipriota Geométrico III (Mazar 2004: 21-22, 114-115 fig. 28:1) y, por tanto, en la Edad del Hierro II A.

A esta fibula hay que añadir también la ya conocida del estrato V A-IV B de Megiddo, más en concreto del estrato V A (Loud 1948: pl. 76; Almagro Basch 1957: 34-35 fig. 24; 1966: fig. 70:4), también en un contexto de la Edad del Hierro II A coetáneo a la tumba de cámara de Akhziv, lo que evidencia las relaciones entre ambos extremos del Mediterráneo y una posible intensificación de las mismas.

En el caso de los peines de marfil, si no aparecieron en la fase anterior (*vid. supra*), debieron hacerlo en este momento, aunque hay que señalar que a dichos peines no debe adjudicarse una filiación fenicia. No obstante, en este mismo período habría que situar el peine de marfil con decoración oriental hallado en el Cerro del Salto, en un contexto en el que únicamente se documentan cerámicas a mano de tradición del Bronce Final (Nocete, Crespo y Zafra 1986: fig. 9) y que quizá sería el primer marfil llegado desde el Mediterráneo oriental a la Península Ibérica, aunque su técnica y tipología parece ya peninsular.

En esta fase y contexto hay que situar también el inicio de la explotación sistemática de los yacimientos de plata del Sudoeste peninsular, algo ya sugerido por Almagro-Gorbea (1998: 82, 94-95; 2000: 712; 2001: 242), que, basándose en los trabajos efectuados en la zona de Huelva por Blanco y Rothenberg (1981: 104-106, 171-172), propone que la introducción de la técnica de la copelación se produjo ya en este momento.

Este tema, la anterioridad o no a las primeras fundaciones coloniales del uso de la copelación, ha sido muy debatido últimamente (Pérez Macías 1996: 196 y ss.), habiéndose documentado actualmente su utilización con anterioridad a los primeros asentamientos fenicios estables en la Península Ibérica, como evidencian las escorias de plata halladas en contextos precoloniales en la Corta del Lago (Blanco y Rothenberg 1981: 104-106; Pérez Macías 1996: 79 y ss.), el fondo de cabaña de Peñalosa (García Sanz y Fernández Jurado 2000: 80-82), el fondo de cabaña Se-B de Salteras, Sevilla (Carrasco Gómez y Vera 2002: 1095-1096) y, por último, en la propia ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llopart 2004: 150, lám. LXIII: 24). En definitiva, la adopción de la técnica de la copelación en la metalurgia de la plata, o al menos la intensificación en la obtención de dicho metal, se debería a la existencia de viajes exploratorios a la península Ibérica por parte de los fenicios, y sería uno de los avances tecnológicos adoptados en el Sudoeste peninsular directamente vinculados con la expansión precolonial fenicia por el Mediterráneo.

Igualmente, la práctica local de la metalurgia del hierro queda bien documentada en esta fase a partir de los hallazgos del castro de São Julião (*vid. supra* § 3.2.6) y

de los recientes hallazgos de Huelva (González de Canales, Serrano y Llopart 2004: 150, lám. LXIII: 22), en el primer caso en un contexto indígena con muy escasa presencia fenicia, no descartando que dicha producción siderúrgica se iniciase ya en la etapa anterior.

No obstante, tanto las fechas de carbono 14 de São Julião (Bettencourt 1998: 31 Quadro 1) como las onubenses (Nijboer y van der Plicht 2006) colocarían más bien la producción local de hierro en este momento, lo que, además de las importaciones, puede explicar la cada vez más numerosa presencia de hierro en contextos del Bronce Final del Occidente de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea 1989: 282; 1993a; Burgess 1991: 39; Vilaça 1995: 349-352; Bettencourt 1998: 24; Ruiz-Gálvez 1998a: 296-304; Senna-Martinez 2000b; Vilaça 2006a).

No obstante, junto a los metales, otras materias primas debieron ser igualmente demandadas, quedando ya para finales del siglo IX a.C. la fundación de una red de asentamientos coloniales relativamente extensa y la diversificación de las actividades productivas fenicias en el Mediterráneo centro-occidental, una estrategia territorial y económica que se consolidará a lo largo de los siglos VIII-VII a.C. (Arteaga 1987; Wagner y Alvar 1989: 91-92).

En definitiva, se trataría del mismo proceso observado a fines del II milenio a.C., con la expansión hacia la periferia en busca de materias primas, aunque en el caso del factor colonial micénico no llegó a consolidarse, existiendo quizá únicamente el asentamiento de pequeños grupos integrados en los hábitats indígenas del sur de Italia. Dicho proceso hubiese seguido seguramente en la misma dirección tomada a inicios del I milenio a.C. tanto en el Mediterráneo central como en la Península Ibérica si no hubiese colapsado la estructura social, política y económica del Mediterráneo Oriental que sustentaba los intercambios comerciales sistemáticos de grandes cargamentos a larga distancia justo en ese momento.

Por último, esta presencia fenicia a lo largo del siglo IX a.C. ha quedado plenamente confirmado por el hallazgo en Huelva de un conjunto cerámico de más de tres mil fragmentos cerámicos de filiación mayoritariamente fenicia, junto a importaciones chipriotas, del Geométrico Medio II ático y del Subprotogeométrico I-III eubeo, además de un numerosísimo conjunto de cerámica a mano de tradición local (González de Canales, Serrano y Llopart 2004: 29-30).

Este material indica por primera vez una presencia fenicia ya relativamente sólida en el extremo Occidente en un momento que se extiende como poco desde inicios del siglo IX a.C., y posiblemente ya desde la segunda mitad del X. Una presencia que proporcionaría un

conocimiento geográfico del sur peninsular que servirá de base para el inicio del proceso de colonización sistemática observado en el área desde fines del siglo IX a.C. y que sólo es explicable mediante una planificación previa (Wagner 1988: 423; 2001: 43-44; 2005: 153; Ruiz-Gálvez 2001: 138), además de dar cierto respaldo material al pasaje de Estrabón (III, 5, 5) en el que se narra cómo con anterioridad a la fundación de Cádiz existieron otros intentos previos en *Sexi* (Almuñécar), en la costa granadina, y en *Onuba* (Huelva), que reflejarían así la existencia de esta fase de tanteo.

Sin embargo, no parece que en el ámbito de la cultura material, sobre todo en la cerámica, se notara especialmente el impacto colonial fenicio, ya que la alfarería fenicia parece tener un impacto muy escaso fuera del emporio de Huelva y de los que pudiesen existir en el área de la bahía de Cádiz y la antigua desembocadura del Guadalquivir en los alrededores de Sevilla.

Así, sólo se ha documentado cerámica a torno en contextos del Bronce Final, a parte de en Huelva, en el fondo de cabaña 2 de Peñalosa, con un borde de un cuenco de barniz rojo cuya forma está bien documentada en el estrato V de Tiro (García Sanz y Fernández Jurado 2000: 43 lám. 20:2, 76-78 fig. 6), y en diferentes yacimientos en los que se han hallado copas con decoración pintada bicroma⁷ como el fondo de cabaña de El Carambolo (Amores 1995: 172 fig. 1, 175-178 láms. 2-7; cf. Carriazo 1973: fig. 374), el de Campillo (López Amador *et al.* 1996: 97 y ss., 125 fig. 8:2-3), quizá todavía de época precolonial, y, ya en contextos más recientes, en el Castillo de doña Blanca (Ruiz Mata com. pers), en el fondo de cabaña de Pocito Chico (Ruiz Gil y López Amador 2001: 140-145 lám. 32) y en el yacimiento de Cuervo Grande 2, Jerez de la Frontera (González, Barrionuevo y Aguilar 1995: lám. 3:25).

Quedaría analizar ahora la cuestión de cómo llegó a conocimiento de los fenicios la existencia de la Península Ibérica y el Lejano Occidente, no debiéndose descartar en este caso la intermediación chipriota, ya que en la isla se conocía la potencialidad económica de los mercados occidentales (Burgess 1991: 33). En este sentido, se ha señalado recientemente la presencia e importancia de los inmigrantes chipriotas en Fenicia en los orígenes de la expansión y auge comercial fenicio de los siglos XII-XI a.C., especialmente durante este último (Gilboa 1999: 9, 12; 2005: 65-67, 69), lo que también vendría confirmado por el horizonte de importaciones chipriotas documentado en la Península Ibérica en los siglos XI-X a.C. (*vid. supra*) y pudo haber proporcionado también e los

fenicios el conocimiento de las rutas hacia el extremo occidental del Mediterráneo.

Restaría por aquilatar el carácter de este comercio de matriz ya inequívocamente fenicia, para el que se ha propuesto una estructuración ya más desligada del palacio, con una mayor participación de individuos emprendedores y con un manifiesto espíritu comercial y de lucro, aunque ello no terminó drásticamente con las redes de intercambio entre elites (Bondi 1988b: 354-355, aunque sólo a partir del siglo VIII a.C.; Sherratt y Sherratt 1991: 375; 1993: 361-362, 364; Sherratt 1998; Hudson 1992: 138; Crielard 1998: 199; Gilboa 2005: 65-66, 69), a la vez que los contactos se hacen muchos más regulares y directos (Almagro-Gorbea 1998: 94-95; Crielard 1998: 199).

Por último, habría que dedicar unas breves líneas sobre la presencia y significado de la cerámica griega del Subprotogeométrico eubeo y del Geométrico Medio II ático hallada en Huelva (Amo 1976: 40-42 fig. 9:9; Rouillard 1977: 397-399 fig. 1, lám. XV: 1; 1991: 27, 728; Shefton 1982: 342-343 nota 11, taf. 30:a; Cabrera 1988-89: 44-47, 87 fig. 1:1; 2003: 62, 82 figs. 1-2; González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 82-94, láms. XVIII-XX y LV-LIX).

Obviamente, su porcentaje dentro de la cerámica de importación hallada recientemente en Huelva es muy pequeño, lo que hace ciertamente muy verosímil que su llegada a Huelva se realizase principalmente a través de los navegantes fenicios (Amo 1976: 42; Shefton 1982: 343; Cabrera 1988-89: 46; 1998: 193; 2003: 61, 70; González de Canales 2004: 158-159; González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 204-205).

No obstante, quizá no haya que ser tan maximalista y más bien pensar que debían existir iniciativas comerciales tanto por parte de los fenicios como de los griegos, más concretamente los eubeos (Mele 1979: 88; Popham 1994: esp. 28 y ss.; Antonelli 1997: 72; 2006: 9 notas 6 y 7, 13; López Pardo 2005: 17-18; Fantalkin 2006: 201; Boardman 2006), aunque el predominio en la ruta comercial perteneciera evidentemente a los fenicios.

En este sentido, la inclusión de navegantes griegos con sus mercancías en barcos fenicios aparece bien documentada en la *Odisea* (XIII, 272), donde Ulises se embarca con un comerciante fenicio en un viaje con claro objetivo de ganancia comercial, de tipo empórico (Mele 1979: 88), pudiéndose explicar la presencia de al menos parte de la cerámica eubea en Huelva como reflejo de una práctica de este tipo.

Por otra parte, estas empresas paralelas parecen sugerir también la serie de topónimos, generalmente islas,

⁷ Se trata del tipo 8 de cuenco de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 50, láms. IX y XLVIII:12-18), también conocidos como copas de tipo Campillo (cf. Ruiz Mata 1994: 299, 301, 324 fig. 17:2 y 6).

en *-oussa* documentados desde el Egeo hasta la Península Ibérica y que se han venido atribuyendo a los eubeos, concretamente a los calcidios (García y Bellido 1948: I, 77; García Alonso 1996: 120-121; Bernardini 2002b: 218; López Pardo 2005: 21-24).

Son estos últimos unos topónimos de claro origen egeo y de la zona jonia de Asia Menor que ofrecen un horizonte toponímico muy antiguo, al menos desde fines del siglo IX a.C., cuando cabría fecharse en cronología calibrada la fundación del establecimiento griego de *Pithekoussai* (Ischia), en cuyas cercanías se asienta Cumas, la colonia griega más antigua de Italia, en cuyas cercanías se atestiguan igualmente otros dos topónimos con este sufijo: *Seirénoussai* y *Anthemoússa* (cf. García y Bellido 1948: 77).

También dicha cronología antigua es planteada por Boardman (2006: 196-197 fig. 1; cf. Antonelli 1997: 63, nota 80 con bibliografía) para una *Pithekou(s)ai* africana, asociada a una isla adyacente llamada *Euboia*, recogida por el Periplo del Pseudo-Skylax (par. 111), y que localiza en la actual ciudad de Tabarka, ya que la asocia precisamente a la *Pithekoussai* italiana, señalando el componente eubeo de ambos topónimos.

Esta cronología antigua de la serie toponímica en *-oussa* es y también sostenida por Dion (1977: 27), que la considera introducida por los helenos en el Mediterráneo occidental con anterioridad a la composición de los poemas homéricos como prueba la supervivencia de dos de ellos en el lugar donde se establecieron los fenicios con anterioridad a fines del siglo VIII a.C.: *Oinussa* (Cartago, Stephanos de Bizancio s.v. Karchedón) y *Aigoussai* (las islas Égadas).

Igualmente, esta asociación de intereses entre comerciantes orientales nordsirios y/o fenicios y eubeos se documenta también, aunque ya en una fase posterior encuadrada en el Geométrico Final griego, en la propia *Pithekoussai* (Buchner 1982: 294-296; Boardman 1994; Docter y Niemeyer 1994; Ridgway 1997a: 137-145), en Cerdeña (*Ichnussa*, otro topónimo de la serie), como evidencian ciertos hallazgos de *Sulcis*, con cerámicas de tipología eubea y fábrica pitecusanas e híbridas fenicio-eubeas, tanto del *tophet*, con su famosa urna (Tronchetti 1979), como del área de hábitat del Cronicario, donde se documentaron *kotylai* de tipo Aetos 666 de fábrica pitecusana (Bernardini 1988: 77-78, fig. 1:a-b, tavs. XIX:1 y XX:19), un *oinochoe* de tradición eubea (*ibidem*: 79-80, tavs. XIX:4-5 y XX:15), un *skyphos* de chevrons con paralelos genéricamente eubeos en el Scarico Gossetti de Ischia (*ibidem*: 79, fig. 1:c, tav. XX:18), copas skyphoides fenicias de imitación (*ibidem*: 82, fig. 4:a-c, tavs. XXIII:2-3 y XXIV:1), copas skyphoides de tradición eubea con paralelos en Al Mina (*ibidem*: 81-82, figs. 2:b-d y 3:a-d, tavs. XXI:2-4 y XXIV:1), un fragmento de kotyle protocorin-

tio (*ibidem*: 82-83, fig. 4:d, tav. XXIV:2) y un ánfora con decoración geométrica (*ibidem*: 83, fig. 4:e); y de Sant'Imbenia, donde se ha documentado un *skyphos* eubeo de semicírculos colgantes junto a cerámica fenicia muy antigua (Oggiano 2000); además de en la propia Cartago (Docker y Niemeyer 1994).

Por tanto, no sería de extrañar que toda esta serie de topónimos en *-oussa* del Mediterráneo central y occidental haya que asociarlos a la frecuentación eubea del mismo insertos en el marco de la actividad comercial primero y colonial después de los Fenicios. Una presencia que estaría en la base de la localización en Occidente de algunos de los mitos recogidos posteriormente tanto en los poemas homéricos como en la *Teogonía* de Hesíodo.

Ya para terminar este epígrafe, hay que señalar que la aparición y consolidación de las colonias, un proceso propio ya de la siguiente siguiente, se explicaría en función del volumen de los intercambios que los fenicios estaban efectuando con la Península Ibérica en este momento. Ello haría rentable la producción de los bienes de intercambio que más se devalúan con su transporte a larga distancia, como los productos agrícolas, más cerca del principal centro de comercio occidental, el mundo tartésico. De este hecho derivaría la fundación a partir de Gadir de los asentamientos de la costa malagueña para abastecer tanto la demanda de la metrópolis fenicia occidental como la de las poblaciones indígenas del bajo Guadalquivir (López Pardo 1987: 242-243; 1996: 278; Wagner 1988: 428; 2001: 62, 64).

CONCLUSIONES

A la vista de todo lo analizado anteriormente, se observa como la precolonización es un proceso mucho más articulado y con una duración más extensa de lo que tradicionalmente se había considerado, abarcando un período de al menos medio milenio (*circa* 1350-850 a.C.), todo ello sin descartar la existencia de contactos más antiguos con el Mediterráneo Oriental (Martín de la Cruz 1994; Mederos 2000; Schumacher 2004).

En su conjunto, se pueden distinguir tres fases, relacionadas con micénicos, chipriotas y fenicios respectivamente, que se van sucediendo con distintos altibajos en la intensidad de las relaciones, aunque siempre observándose una tendencia *in crescendo* en las mismas, y no teniendo necesariamente una continuidad estructural entre ellas, además de no ser un proceso teleológico que tuviese desde sus inicios la finalidad de que al final del mismo acabarían produciéndose asentamientos coloniales en la Península Ibérica. Más bien cabría hablar de un proceso en que los diferentes acontecimientos históricos acaecidos en el Mediterráneo Oriental van provocando cada vez más una mayor integración de las culturas mediterráneas de

finales de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro en un sistema económico integrado (cf. Kristiansen 2001: 181 y ss.; 493 y ss.).

El inicio de este proceso cae situarlo en el siglo XIV a.C., como evidencia la fecha de la Cuesta del Negro de Purullena, continuando a fines de dicha centuria y a lo largo del siglo XIII a.C. según demuestran las cerámicas halladas en el Llanete de los Moros de Montoro, en principio con un evidente componente micénico pero ya también con presencia del chipriota. Esta fase llegaría a su fin con la crisis del 1200, dando paso sin solución de continuidad a la siguiente tras un siglo de declive en los contactos comerciales mediterráneos.

Una segunda fase de contactos, la relacionada al componente chipriota, es principalmente coetánea de las culturas del Bronce Final del sur, primordialmente el sudoeste, y de la fachada atlántica de la Península Ibérica, que cerámicamente se define a partir de las cerámicas con decoración bruñida, ya sea interna o externa, y que tendría su inicio en el siglo XI a.C., aunque las fechas de carbono 14 de los yacimientos analizados se centran principalmente en los siglos X-IX a.C. (*vid. supra* § 5.2 y 5.3), lo que concuerda también con la cronología cruzada con la secuencia dendrocronológica suiza, como evidencian la presencia de las espadas de legua de carpa en los depósitos de Santa Marinella y Contigliano-Piediluco (*vid. supra* § 4).

En términos metalúrgicos esta fase sería coetánea al horizonte Ría de Huelva, estando la presencia de elementos de importación se vincula principalmente a elementos metálicos asociados a las elites sociales ejemplificados en el vaso de Berzocana y en los cuencos hemisféricos de bronce y los carritos de Baiões, aunque fuesen localizados en un contexto cronológicamente posterior, observándose también las primeras importaciones de objetos de hierro, principalmente cuchillos.

Estos elementos de importación occidentales están relacionados con las primeras evidencias de objetos occidentales en Chipre, como los ya mencionados asador atlántico y fíbula de codo de tipo Huelva de la tumba 523 de la necrópolis de Amathus.

Las fechas de carbono 14 que apoyarían la cronología antigua del siglo XI a.C. serían las del poblado de Monte do Frade (ICEN-969 e ICEN-970), y con todos los problemas reseñados cuando fueron analizadas, las obtenidas en el cerro de la Miel (UGRA-143) y el estrato III A del Llanete de los Moros de Montoro (UGRA-190), usando en ambos casos los límites más bajos de la calibración, que también permiten situarlos ya en el siglo X a.C.

En el siglo X a.C. se situarían ya el depósito de la Ría de Huelva, el sepulcro de Roça do Casal do Meio, la fase

más reciente del poblado de Monte do Frade y el nivel 3 del de Moreirinha.

La tercera y última fase tendría ya un matiz marcadamente fenicio, como evidencia el conjunto cerámico recientemente hallado en Huelva, la tipología del cual se sitúa preferentemente en la Edad del Hierro II A levantina, cuyo inicio habría que fijar a fines del siglo X a.C. (Boaretto *et al.* 2005; Sharon *et al.* 2005).

Arqueológicamente se documentan ahora las primeras evidencias de la copelación de la plata y de la producción de hierro, además de un aumento en el número de objetos de este metal atestiguados, lo que muestra el incremento de las relaciones entre los fenicios y las poblaciones indígenas del sur y el oeste peninsular, visible tanto en los elementos metálicos como en el aumento de la evidencia cerámica de dichas relaciones.

Este horizonte se correspondería con el grupo Baiões-Vénat del Bronce Final Atlántico, para el que cabría suponer un inicio a fines del siglo X alcanzando su etapa final quizá incluso al siglo VIII a.C.

A esta fase pertenecerían el horizonte recientemente documentado en Huelva, el nivel 2 del poblado de Moreirinha, el 5 de São Julião, el castro de Nossa Senhora da Guia de Baiões, la bolsa 2 de Quinta do Marcelo, el taller metalúrgico de Guadix, la fase I de la Peña Negra de Crevillente y, ya en el tránsito a la Primer Edad del Hierro, el fondo de cabaña de la Vega de Santa Lucía.

El final de esta fase, habría que colocarlo a partir de las evidencias de Cartago, Lixus, Convento de las Franciscanas Concepcionistas de Vejer de la Frontera y de la fase B1b de Morro de Mezquitilla a fines del siglo IX o inicios del VIII a.C., cuando ya se observa la presencia de un horizonte colonial plenamente desarrollado que dará paso al desarrollo de un período orientalizante propiamente dicho fruto del aumento exponencial de las relaciones entre fenicios e indígenas en el sur de la Península Ibérica.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no habría sido posible sin el aliento de ni la discusión con numerosos colegas, entre los que cabe destacar a los Profs. Martín Almagro-Gorbea, Marisa Ruiz-Gálvez, Carlos G. Wagner, Fernando López Parado, Alfredo Mederos Martín, Víctor Guerrero Ayuso, Ayelet Gilboa, Dirk Brandherm y Fulvia Lo Schiavo. Obviamente, la responsabilidad de todas las opiniones vertidas en el texto es plenamente mía. Por último, agradecer igualmente a los editores de este libro su confianza para la realización del mismo.

ABSTRACT

INFORM: References - Atmospheric data from Reimer et al. (2004); OxCal v3.10 Bronk Ramsey (2005); cub r:5 sd:12 prob usp[chron]

Llanete de los Moros, Montoro
CSIC-795: 3060±60 BP, carbón
68.2% probability
1411 BC (68.2%) 1261 BC
95.4% probability
1441 BC (95.4%) 1128 BC

CSIC-794: 3020±60 BP, carbón
68.2% probability
1385 BC (19.5%) 1330 BC
1325 BC (46.0%) 1207 BC
1200 BC (1.4%) 1195 BC
1139 BC (1.3%) 1134 BC
95.4% probability
1419BC (93.5%) 1111BC
1102BC (1.9%) 1075BC

R_Combine Montoro micénicas:
3040±42 BP
68.2% probability
1386BC (68.2%) 1262BC
95.4% probability
1414BC (92.8%) 1191BC
1175BC (1.2%) 1163BC
1143BC (1.4%) 1131BC
X2-Test: df=1 T=0.2(5% 3.8)

CSIC-625: 3020±50 BP, carbón
68.2% probability
1381 BC (18.8%) 1334 BC
1323 BC (49.4%) 1211 BC
95.4% probability
1409 BC (95.4%) 1124 BC

CSIC-624: 2900±50 BP, carbón
68.2% probability
1191 BC (5.4%) 1175 BC
1162 BC (6.7%) 1143 BC
1131 BC (56.1%) 1008 BC
95.4% probability
1260 BC (92.2%) 970 BC
960 BC (3.2%) 934 BC

Cuesta del Negro (Purullena, Granada)

GrN-7285: 3160±35 BP, carbón
68.2% probability

1491 BC (11.3%) 1478 BC
1457 BC (56.9%) 1409 BC
95.4% probability
1504 BC (93.8%) 1380 BC
1334 BC (1.6%) 1322 BC
GrN-7284: 3095±35 BP, semillas de trigo
68.2% probability
1417 BC (43.1%) 1370 BC
1346 BC (25.1%) 1315 BC
95.4% probability
1435 BC (93.0%) 1288 BC
1283 BC (2.4%) 1268 BC

R_Combine combinada purullena:
3128±25 BP
68.2% probability
1433 BC (68.2%) 1390 BC
95.4% probability
1489 BC (1.0%) 1480 BC
1454 BC (85.0%) 1371 BC
1345 BC (9.4%) 1316 BC
X2-Test: df=1 T=1.7(5% 3.8)

Belmeque

ICEN-142: 3230±60 BP
68.2% probability
1605BC (11.4%) 1575BC
1535BC (56.8%) 1432BC
95.4% probability
1640BC (95.4%) 1395BC

Ría de Huelva

CSIC-202: 2830±70 BP, madera
68.2% probability
1111BC (3.0%) 1100BC
1086BC (6.2%) 1063BC
1058BC (59.0%) 905BC
95.4% probability
1210BC (95.4%) 829BC

CSIC-203: 2820±70 BP, madera
68.2% probability
1111BC (2.2%) 1101BC
1084BC (4.9%) 1063BC
1057BC (61.0%) 897BC
95.4% probability
1194BC (4.9%) 1141BC
1133BC (90.5%) 821BC

CSIC-206: 2820±70 BP, madera

68.2% probability
1111BC (2.2%) 1101BC
1084BC (4.9%) 1063BC
1057BC (61.0%) 897BC
95.4% probability
1194BC (4.9%) 1141BC
1133BC (90.5%) 821BC
CSIC-207: 2820±70 BP, madera
68.2% probability
1111BC (2.2%) 1101BC
1084BC (4.9%) 1063BC
1057BC (61.0%) 897BC
95.4% probability
1194BC (4.9%) 1141BC
1133BC (90.5%) 821BC

CSIC-205: 2810±70 BP, madera
68.2% probability
1051BC (61.9%) 893BC
873BC (6.3%) 848BC
95.4% probability
1191BC (1.2%) 1176BC
1161BC (1.4%) 1143BC
1131BC (92.7%) 813BC

CSIC-204: 2800±70 BP, madera
68.2% probability
1041BC (58.4%) 891BC
878BC (9.8%) 845BC
95.4% probability
1129BC (95.4%) 809BC

R_Combine Huelva: 2817±29 BP
68.2% probability
1004BC (68.2%) 926BC
95.4% probability
1049BC (95.4%) 901BC
X2-Test: df=5 T=0.1(5% 11.1)

Huelva, Méndez Núñez / Plaza de las Monjas

GrN-29512: 2775±25 BP, hueso
68.2% probability
974BC (16.2%) 955 BC
942BC (47.8%) 895 BC
866BC (4.2%) 858 BC
95.4% probability
997BC (95.4%) 843 BC

GrN-29511: 2745±25 BP, hueso
68.2% probability

911BC (68.2%) 841 BC 95.4% probability 970BC (2.5%) 959 BC 934BC (92.9%) 825 BC GrN-29513: 2740±25 BP, hueso 68.2% probability 905BC (68.2%) 841 BC 95.4% probability 968BC (1.2%) 962 BC 930BC (94.2%) 820 BC	1291 BC (1.1%) 1277 BC 1270 BC (94.3%) 975 BC ICEN-970: 2780±100 BP, carbón 68.2% probability 1046 BC (68.2%) 821BC 95.4% probability 1257 BC (1.3%) 1234 BC 1215 BC (94.1%) 790 BC R_Combine combinada Quadro 1, C-3: 2893±45 BP 68.2% probability 1188 BC (2.4%) 1180 BC 1155 BC (3.4%) 1145 BC 1129 BC (62.4%) 1005 BC 95.4% probability 1256BC (2.5%) 1235 BC 1215BC (89.4%) 971 BC 960BC (3.5%) 934 BC ICEN-971: 2850±45BP 68.2% probability 1110BC (2.8%) 1102BC 1081BC (5.8%) 1064BC 1055BC (45.8%) 968BC 962BC (13.8%) 930BC 95.4% probability 1191BC (1.4%) 1176BC 1162BC (1.7%) 1143BC 1131BC (92.3%) 901BC GrN-19660: 2805±15BP 68.2% probability 978BC (68.2%) 922BC 95.4% probability 1003BC (95.4%) 912BC R_Combine combinada Quadro E1, C-3: 2810±14 BP68.2% probability 994BC (8.1%) 985 BC 980BC (60.1%) 927 BC 95.4% probability 1005BC (95.4%) 915 BC X2-Test: df=1 T=0.9(5% 3.8)	1064 BC (3.2%) 1055 BC 95.4% probability 1295 BC (95.4%) 1010BC ICEN-835: 2910±45 BP, carbón 68.2% probability 1192 BC (6.8%) 1174BC 1164 BC (8.5%) 1142BC 1132 BC (52.9%) 1019BC 95.4% probability 1262 BC (95.4%) 976BC GrN-19659: 2785±15 BP, carbón 68.2% probability 972 BC (20.6%) 958 BC 937 BC (47.6%) 906 BC 95.4% probability 1001 BC (95.4%) 896BC OxA-4085: 2780±70 BP, carbón 68.2% probability 1004 BC (68.2%) 841 BC 95.4% probability 1118 BC (95.4%) 806 BC San Julião CSIC-1096: 2789±42 BP, carbón 68.2% probability 1004 BC (68.2%) 897BC 95.4% probability 1042BC (95.4%) 833BC ICEN-1277: 2780±50 BP, carbón 68.2% probability 997 BC (58.9%) 894 BC 870 BC (9.3%) 850 BC 95.4% probability 1049 BC (95.4%) 817 BC ICEN-1280: 2760±70 BP, carbón 68.2% probability 978 BC (68.2%) 830 BC 95.4% probability 1085 BC (1.7%) 1063 BC 1057 BC (93.7%) 799 BC ICEN-829: 2660±45 BP, carbón 68.2% probability 891 BC (7.9%) 879 BC 844 BC (60.3%) 794 BC 95.4% probability 907 BC (95.4%) 780BC
R_Combine combinada Méndez Núñez/Plaza de las Monjas: 2753±14 BP 68.2% probability 916BC (34.4%) 893BC 875BC (33.8%) 847BC 95.4% probability 928BC (95.4%) 838BC X2-Test: df=2 T=1.1(5% 6.0)		
Roça do Casal do Meio GrN-13502: 2820±40 BP, hueso humano. 68.2% probability 1015BC (68.2%) 915BC 95.4% probability 1114BC (93.7%) 894BC 869BC (1.7%) 852BC GrN-13501: 2760±40 BP, hueso humano 68.2% probability 969BC (4.9%) 961BC 932BC (63.3%) 840BC 95.4% probability 1001BC (95.4%) 825BC R_Combine Casal: 2790±28 BP 68.2% probability 978BC (68.2%) 904BC 95.4% probability 1010BC (87.9%) 890BC 880BC (7.5%) 845BC X2-Test: df=1 T=1.1(5% 3.8)		
Monte do Frade ICEN-969: 2920±50 BP, carbón 68.2% probability 1211 BC (68.2%) 1041 BC 95.4% probability	Moreirinha ICEN-834: 2940±45 BP, carbón 68.2% probability 1256 BC (7.4%) 1236 BC 1214 BC (47.9%) 1110 BC 1102 BC (9.7%) 1075 BC	

R_Combine combinada San Julião: 2746±25 BP 68.2% probability 911 BC (68.2%) 842BC 95.4% probability 971 BC (2.5%) 959BC 934 BC (92.9%) 826BC X2-Test: df=3 T=5.2(5% 7.8) N.S. da Guia-Baiões	879BC (23.4%) 844BC 95.4% probability 996BC (95.4%) 833BC X2-Test: df=3 T=6.8(5% 7.8) Cerro de la Miel UGRA-143: 3030±110 BP, carbón 68.2% probability 1411BC (68.2%) 1128BC 95.4% probability 1505BC (95.4%) 974BC Llanete de los Moros UGRA-190: 2930±110 BP, carbón 68.2% probability 1301 BC (68.2%) 998 BC 95.4% probability 1413 BC (95.4%) 894 BC UGRA-159: 2980±130 BP, carbón 68.2% probability 1386 BC (68.2%) 1047 BC 95.4% probability 1497 BC (95.4%) 895 BC Cartago GrN 26091: 2710± 30BP 68.2% probability 895 BC (68.2%) 823 BC 95.4% probability 911 BC (95.4%) 807 BC GrN 26094: 2660±30 BP 68.2% probability 831 BC (68.2%) 800 BC 95.4% probability 895 BC (95.4%) 792 BC GrN 26090: 2650±30 BP 68.2% probability 827 BC (68.2%) 797 BC 95.4% probability 895 BC (6.1%) 868 BC 849 BC (89.3%) 787 BC GrN 26093: 2640±50 BP 68.2% probability 888 BC (3.5%) 881 BC 842 BC (64.7%) 780 BC 95.4% probability	915 BC (93.5%) 755 BC 684 BC (1.9%) 668 BC R_Combine combinada Cartago: 2670±16 BP 68.2% probability 828BC (68.2%) 806BC 95.4% probability 888BC (2.1%) 880BC 840BC (93.3%) 798BC X2-Test: df=3 T=2.7(5% 7.8) GrN 26092: 2540±30 BP 68.2% probability 792 BC (34.8%) 750 BC 686 BC (15.4%) 666 BC 636 BC (7.2%) 621 BC 614 BC (10.8%) 594 BC 95.4% probability 798 BC (39.3%) 733 BC 690 BC (17.8%) 661 BC 649 BC (38.3%) 545 BC GrN 26479: 2510±30 BP 68.2% probability 768 BC (11.3%) 746 BC 688 BC (11.9%) 664 BC 646 BC (45.0%) 552 BC 95.4% probability 788 BC (95.4%) 537 BC Lixus Beta-184134: 2590±40 BP, semilla de trigo 68.2% probability 810 BC (62.1%) 761 BC 681 BC (6.1%) 671 BC 95.4% probability 830 BC (71.7%) 746 BC 689 BC (9.7%) 663 BC 645 BC (13.9%) 551 BC Beta-184133: 2540±40 BP, semilla de trigo 68.2% probability 793 BC (28.1%) 748 BC 687 BC (12.9%) 665 BC 642 BC (23.4%) 591 BC 577 BC (3.8%) 567 BC 95.4% probability 801BC (36.8%) 704BC 695BC (58.6%) 538BC
GrN-7484: 2650±130 BP, madera. 68.2% probability 975BC (50.0%) 743 BC 688BC (4.2%) 663 BC 646BC (14.0%) 549 BC 95.4% probability 1089BC (95.4%) 408 BC		
Quinta do Marcelo		
ICEN-920: 2830±50 BP, carbón 68.2% probability 1050BC (68.2%) 914 BC 95.4% probability 1129BC (95.4%) 842 BC		
ICEN-922: 2790±60 BP, carbón 68.2% probability 1009BC (57.0%) 892 BC 876BC (11.2%) 845 BC 95.4% probability 1113BC (1.8%) 1097BC 1091BC (93.6%) 816BC		
ICEN-924: 2700±70 BP, carbón 68.2% probability 914 BC (68.2%) 801 BC 95.4% probability 1020 BC (95.4%) 766 BC		
ICEN-923: 2560±100 BP, carbón 68.2% probability 812BC (28.2%) 702 BC 695BC (40.0%) 538 BC 95.4% probability 895BC (2.3%) 867 BC 858BC (93.1%) 406 BC		
R_Combine Quinta do Marcelo: 2765±32 BP 68.2% probability 971BC (7.6%) 959BC 934BC (37.2%) 891BC		

Morro de Mezquitilla	637BC (2.3%) 621 BC 614 BC (3.1%) 594 BC 95.4% probability 1046 BC (95.4%) 505 BC	Convento de las Franciscanas Concepcionistas
B-4178: 2750±50 BP, Morro A/B1, madera 68.2% probability 969 BC (4.2%) 960 BC 932 BC (64.0%) 831 BC 95.4% probability 1004 BC (95.4%) 810 BC	I-15790: 2640±180 BP, carbón 68.2% probability 1001 BC (68.2%) 521BC 95.4% probability 1270 BC (95.4%) 377 BC	UBAR-347 2690±50 BP, hueso 68.2% probability 895BC (21.9%) 866BC 859BC (46.3%) 805BC 95.4% probability 970BC (1.2%) 960BC 933BC (94.2%) 791BC
B-4180: 2570±50 BP, Morro B1, carbón 68.2% probability 807 BC (39.8%) 749 BC 686 BC (10.9%) 666 BC 641 BC (17.5%) 592 BC 95.4% probability 826 BC (48.6%) 700 BC 695 BC (46.8%) 537 BC	Combine cabañas superiores: 2648±87 BP 68.2% probability 926 BC (63.4%) 754 BC 684 BC (3.3%) 668 BC 608 BC (1.5%) 598 BC 95.4% probability 1009 BC (95.4%) 519 BC	Pocito Chico UGRA-550: 2540±100 BP, hueso 68.2% probability 802 BC (26.1%) 701 BC 696 BC (42.1%) 537 BC 95.4% probability 843 BC (95.4%) 401 BC
GrN-8109: 2580±35 BP, carbón 68.2% probability 805 BC (61.8%) 762 BC 681 BC (6.4%) 672 BC 95.4% probability 815 BC (71.1%) 747 BC 688 BC (11.1%) 664 BC 643 BC (10.3%) 588 BC 580 BC (2.9%) 555 BC	Cerro de la Mora UGRA-235: 2740±90 BP, carbón. Fase II. 68.2% probability 993BC (1.4%) 988BC 979BC (66.8%) 808BC 95.4% probability 1131BC (95.4%) 766BC	UGRA-549: 2340±100 BP, carbón 68.2% probability 733 BC (7.4%) 690 BC 661 BC (1.8%) 649 BC 545 BC (46.2%) 352 BC 293 BC (11.8%) 229 BC 219 BC (1.1%) 212 BC 95.4% probability 766 BC (95.4%) 195 BC
R_Combine morro B1: 2577±29 BP 68.2% probability 800 BC (68.2%) 766 BC 95.4% probability 810 BC (79.3%) 749 BC 687 BC (10.1%) 666 BC 639 BC (5.9%) 592 BC X2-Test: df=1 T=0.0(5% 3.8)	UGRA-231: 2670±100 BP, carbón. Fase II. 68.2% probability 978BC (66.5%) 761BC 681BC (1.7%) 671BC 95.4% probability 1087BC (95.4%) 517BC	UGRA-551: 3350±80 BP, concha marina 68.2% probability 1373 BC (68.2%) 1158 BC 95.4% probability 1441 BC (95.4%) 1024 BC
Ronda la Vieja-Acinipo	UGRA-232: 2670±90 BP, carbón. Fase II. 68.2% probability 971BC (2.5%) 959BC 935BC (65.7%) 767BC 95.4% probability 1050BC (82.9%) 703BC 695BC (12.5%) 538BC	Guadix UGRA-516: 2750±60 BP, hueso 68.2% probability 972BC (6.5%) 958BC 937BC (61.7%) 827BC 95.4% probability 1040BC (95.4%) 801BC
I-15464: 2770±90 BP, carbón 68.2% probability 1012 BC (68.2%) 820 BC 95.4% probability 1194 BC (3.3%) 1141 BC 1133 BC (92.1%) 791 BC	R_Combine UGRA-231, UGRA-232: 2670±67 BP 68.2% probability 897BC (68.2%) 796BC 95.4% probability 1005BC (94.0%) 752BC 685BC (1.4%) 667BC X2-Test: df=1 T=0.0(5% 3.8)	UGRA-515: 2620±90 BP, carbón 68.2% probability 901BC (49.7%) 748BC 687BC (5.5%) 665BC 642BC (10.7%) 590BC 577BC (2.2%) 565BC 95.4% probability
I-15463: 2650±100 BP, carbón 68.2% probability 971 BC (1.8%) 959 BC 935 BC (57.4%) 750 BC 686 BC (3.7%) 666 BC		

975BC (1.4%) 953BC
 944BC (92.6%) 485BC
 442BC (1.4%) 416BC

R_Combine Guadix : 2711±50BP
 68.2% probability
 899BC (68.2%) 815BC
 95.4% probability
 975BC (4.0%) 951BC
 946BC (91.4%) 796BC
 X2-Test: df=1 T=1.4(5% 3.8)

Peña Negra

CSIC-360: 2690±50 BP, carbón
 68.2% probability

895BC (21.9%) 866BC
 859BC (46.3%) 805BC
 95.4% probability
 970BC (1.2%) 960BC
 933BC (94.2%) 791BC

CSIC-484: 2670±50 BP, carbón
 68.2% probability
 894BC (16.4%) 870BC
 850BC (51.8%) 797BC
 95.4% probability
 922BC (95.4%) 776BC

CSIC-410: 2580±50 BP, carbón
 68.2% probability
 811BC (46.2%) 750BC

686BC (10.1%) 666BC
 636BC (4.8%) 621BC
 614BC (7.0%) 594BC
 95.4% probability
 834BC (54.2%) 705BC
 695BC (41.2%) 539BC

CSIC-413: 2440±50 BP, carbón
 68.2% probability
 741BC (16.9%) 689BC
 663BC (5.0%) 647BC
 548BC (46.3%) 410BC
 95.4% probability
 755BC (21.2%) 683BC
 669BC (74.2%) 404BC

VASOS A DEBATE. LA CRONOLOGÍA DEL GEOMÉTRICO GRIEGO Y LAS PRIMERAS COLONIZACIONES EN OCCIDENTE

Dirk Brandherm*

Con el creciente número de fechas radiocarbónicas a nuestra disposición, en las últimas dos décadas ha aumentado cada vez más la discrepancia entre las dataciones obtenidas con metodología propia de las ciencias naturales y la cronología convencional de las primeras colonizaciones fenicias y griegas en el Mediterráneo central y occidental, basada principalmente en el enlace de horizontes de destrucción en distintos yacimientos del Mediterráneo oriental con acontecimientos históricos documentados en fuentes escritas del Oriente Próximo¹.

En la mayoría de los casos, la reacción a esta discrepancia por parte de la investigación se ha visto limitada a la aportación de nuevos datos en uno u otro sentido y a pasar por alto los argumentos que van en contra de la respectiva posición propia. Pocas veces se ha intentado determinar con exactitud –mucho menos solucionar– el problema metodológico que obviamente debe encontrarse en la raíz de esta discrepancia (Ridgway 2004: 19-22; Torres 2005: 298). A eso se suman problemas estructurales de la investigación, recientemente analizados de manera muy acertada por A. Mederos (2005a: 305 s)².

En toda esta compleja problemática, la cerámica geométrica griega juega un papel crucial, principalmente porque su dispersión geográfica incluye ambos extremos del Mediterráneo, y porque sus sucesivos cambios estilísticos permiten establecer una secuencia de «fósiles directores» con mejor definición cronológica y de más fácil identificación que la cerámica del mundo fenicio, habiendo sido imitada en la Península Ibérica al menos desde el Geométrico Final, tanto por los propios fenicios como por alfareros indígenas (Shefton 1982: 337-343; Briese y Docter 1992: 25-30).

Para acercarse a la compleja problemática de la discrepancia que se abre entre los distintos enfoques cronológicos, primero habrá que exponer –aunque sea de mane-

ra muy sumaria– las bases de la cronología convencional, que a través del empleo principalmente de distintos tipos cerámicos como «fósiles directores» procura determinar la cronología de contextos arqueológicos desprovistos de elementos que permitan una datación directa en términos históricos (compárense también Hannestad 1996; Lemos 2002: 24-26).

Como las fechas más antiguas proporcionadas por la historiografía griega que se pueden relacionar con restos arqueológicos concretos –la fundación de las primeras *apoikiai* en Italia y Sicilia– no se remontan más allá de la segunda mitad del siglo VIII a.C., la cronología absoluta de la cerámica geométrica griega con anterioridad a este momento se basa exclusivamente en un número muy reducido de fragmentos hallados como importaciones en unos cuantos yacimientos del Oriente Próximo, donde determinadas unidades estratigráficas se han relacionado con momentos históricos específicos, fechados principalmente por la cronología bíblica.

En este modelo no sólo se basa la cronología convencional griega del período protogeométrico y geométrico, sino también, por extensión, la fenicia, la itálica, etc. Respecto a la cronología fenicia en particular, durante las últimas tres décadas la secuencia estratigráfica de Tiro ha servido como referencia principal para fechar los materiales encontrados en otras partes del Mediterráneo. Como en la propia Tiro no existen elementos que permitan una datación histórica directa de los distintos niveles estratigráficos, las respectivas fechas se dedujeron a través de las importaciones de cerámica geométrica griega en el yacimiento (Bikai 1978a: 64-68; 1978b: 47).

Aquí el problema consiste en que la relación entre los fragmentos de cerámica griega en los yacimientos del Levante que habitualmente han servido como «puntos fijos», por un lado, y la cronología bíblica, por el otro, resulta susceptible de más de una interpretación. Ya cuando Coldstream, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, estaba elaborando su modelo cronológico del Geométrico griego existieron dos interpretaciones alternativas para las estratigrafías de los siglos X y IX a.C. en los yacimientos del Levante meridional, representando en términos de la cronología absoluta una diferencia de aproximadamente ochenta años. La cronología alta se basa

* Institut für Ur- und Frühgeschichte, Fakultät für Geschichtswissenschaft, Ruhr-Universität Bochum, Universitätsstrasse 150, Gebäude GA 6/56-60, D-44780 Bochum. E-mail: Dirk.Brandherm@ruhr-uni-bochum.de.

¹ El presente estudio se basa en un artículo anterior (Brandherm 2006). Inmediatamente después de su finalización se publicaron varios trabajos de suma importancia para el tema (González de Canales *et al.*, 2004; Aznar *et al.*, 2005; Mederos 2005a), lo que nos da motivo para retomar el asunto de la cronología del Geométrico griego en estas páginas. Queremos expresar nuestra gratitud a A. Mederos y M. Torres por sus indicaciones bibliográficas y sus comentarios a una versión anterior del presente texto, siendo responsabilidad del autor todos los errores y defectos que aquí puedan encontrarse.

² Para una interpretación de la producción local de formas griegas como indicio de una temprana presencia griega en Occidente véase también Boardman (2004: 156-159; 2006: 199).

Cronología

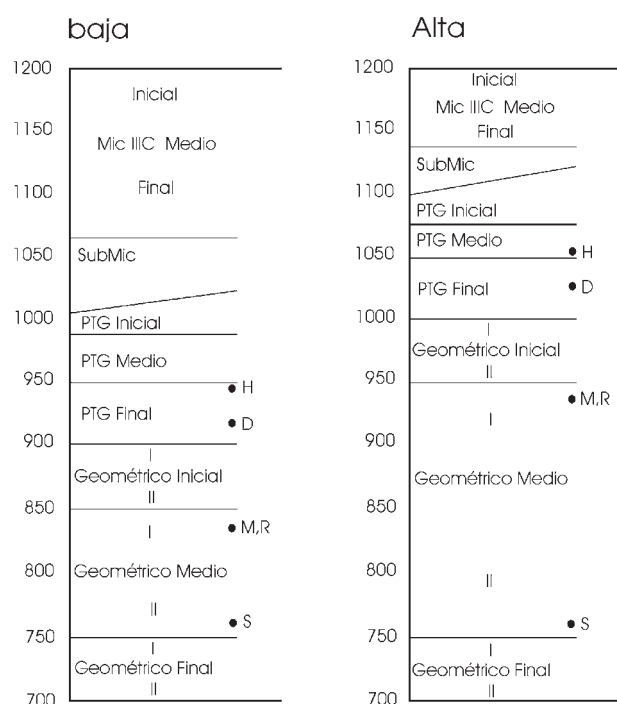


Figura 1

Secuencia relativa de la cerámica egea pegada a la cronología baja y alta del Levante meridional con sus respectivas fechas absolutas, según Coldstream 2003: tab. 1. Puntos de correlación: D = Tel Dor, H = Tel Hadar, M = Megiddo, R = Tel Rehov, S = Samaria.

en la supuesta relación de la arquitectura monumental de la fase IVB/VA en Megiddo, así como de edificios similares en otros yacimientos, con el reinado de Salomón (961-931 a.C.). La cronología baja, por el contrario, supone que esta arquitectura se relaciona con la dinastía de los omridas (885-841 a.C.) (Desborough 1952: 294 s; Yadin 1958: 80-86; 1970: 84-96; Kenyon 1964; Coldstream 1968: 303-310).

Como los respectivos estratos, ni en Megiddo ni en los demás yacimientos en cuestión, han proporcionado documentos epigráficos u otros hallazgos que permitiesen una datación histórica inequívoca, en la arqueología bíblica este asunto sigue suscitando mucha controversia (Dever 1990; Ussishkin 1990; Wightman 1990; Finkelstein 1990, 1996, 1998 y 1999; Mazar 1997; Ben-Tor 2000; Fantalkin 2001). Coldstream, al desarrollar su modelo cronológico para la cerámica geométrica griega, se basó exclusivamente en la cronología baja, atribuyendo una fecha absoluta relativamente tardía a los fragmentos cerámicos del Geométrico Medio I que se habían hallado en

Megiddo y en otros yacimientos del Levante meridional (Coldstream 1968: 309 s). De lo contrario, con el Geométrico Final fijado de manera aparentemente inamovible por la presencia de la respectiva cerámica en los niveles más antiguos de las *apoikiai* griegas del Mediterráneo central –cuyas fechas de fundación conocemos a través de la historiografía griega–, el Geométrico Medio habría de dilatarse de un modo poco plausible, mientras que las fases anteriores se comprimirían casi hasta lo imposible (figura 1) (Coldstream 2003a: 252 s)³.

Debido a ello, por su dependencia de la cronología absoluta de la cerámica geométrica griega, la cronología convencional de Tiro –establecida a partir de los resultados de las excavaciones llevadas a cabo por P. M. Bikai en el yacimiento durante los años setenta– y por extensión la cronología convencional del mundo fenicio en general, también quedaron pegadas a la cronología baja de la Edad del Hierro en Judá e Israel (Bikai 1978a: 64-68). Los demás elementos empleados para fijar la posición cronológica de los estratos de Tiro –importaciones de materiales chipriotas y egipcios– en realidad no ofrecen ninguna base lo suficientemente segura como para permitir precisiones cronológicas con el requerido grado de exactitud, hecho en que hizo hincapié con mucha razón M. Torres (1998: 54). En efecto, un fragmento de un vaso de piedra egipcio con inscripción jeroglífica, hallado entre los estratos II y III de Tiro, que suele atribuirse al final de la dinastía XXV (747-656 a.C.) o incluso a la dinastía XXVI (664-525 a.C.), en realidad pudiera resultar bastante más antiguo (Bikai 1978a: 66, lám. 13; Ward 1978: 83 s).

En lo que concierne a las importaciones de cerámica chipriota en Tiro, su cronología absoluta fue establecida a partir de asociaciones estratigráficas con los mismos tipos de cerámica geométrica griega que se encuentran en la propia Tiro. Así, la cronología del Hierro Antiguo de Chipre no ofrece argumentos independientes para fechar los materiales de la fenicia metropolitana⁴.

El único «punto fijo» para la cronología del Geométrico griego en el Levante meridional que según el modelo de Coldstream no estaría sujeto a la problemática de las cronologías alternativas alta y baja que afecta a los siglos X y IX a.C. –por proceder de un nivel estratigráfico indudablemente relacionado con el saqueo de la ciudad por los asirios en el 722 a.C.– lo constituye una sola pieza (Coldstream 2003a: 249). Se trata de un fragmento de una cratera del Geométrico Medio II reciente, hallado

³ Respecto a la fiabilidad de las fuentes históricas que nos proporcionan las fechas de fundación de las *apoikiai* griegas en Italia y Sicilia, véanse las respectivas discusiones en Schweitzer (1918: 8-43) y Trachsel (2004: 181-191).

⁴ De todos modos, los problemas causados por la aplicación de la cronología de Coldstream a la secuencia chipriota recientemente han llevado a Schreiber (2003a: 205-208) a proponer fechas entre 20 y 50 años más antiguas que aquellas que supone el modelo convencional para la cerámica cipriota «Black-on-Red» y «White Painted», una propuesta que por las importaciones de estos tipos de cerámica en los estratos I a XII de Tiro también habría que extender a la secuencia fenicia.

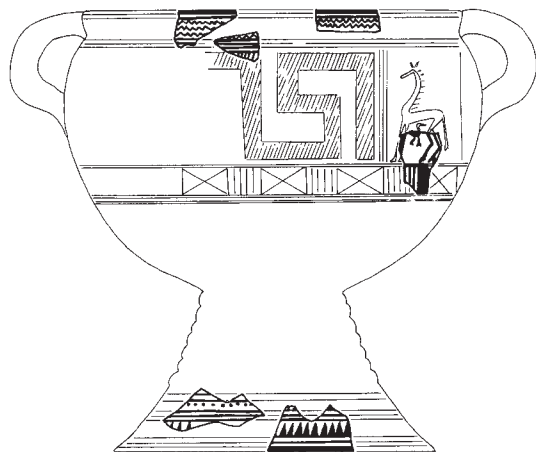


Figura 2

Reconstrucción de la cratera del GM II ático reciente de Samaria; sin esc. (según Coldstream 2003: fig. 1).

en un estrato del Pottery Period V de Samaria. Aunque el contexto estratigráfico del fragmento en cuestión parece seguro, efectivamente su posición en el Pottery Period V sólo indica un *terminus ante quem*. Por una parte, la mayoría de los fragmentos pertenecientes a la misma cratera fueron hallados en niveles helenísticos y romanos del mismo sector, lo que permite pensar que quizás el Pottery Period V también constituyera tan sólo un contexto secundario (Forsberg 1995: 18 s, 37-47; Fantalkin 2001: 119). Por otra parte, no se trata de cerámica de uso doméstico, sino de una pieza suntuosa, posiblemente un *keimelion* real, que pudo haber estado en uso durante mucho tiempo antes de que sus fragmentos llegasen a ser depositados en el suelo (figura 2).

En principio este hecho también fue aceptado por Coldstream, quien supuso que la preciosa cratera llegó a Samaria durante el reinado de Jeroboam II (788-747 a.C.), cuando, con la renovación del Reino del Norte, Samaria de nuevo gozaba de una cierta importancia política, que anteriormente había perdido con la caída de la dinastía de los omridas en el 841 a.C. (Coldstream 2003a: 249). De todos modos, una fecha de bien entrado el siglo VIII a.C. para una pieza del Geométrico Medio parece poco probable si tenemos en cuenta la presencia de cerámica del Geométrico Final tanto en las primeras *apoi-kiai* griegas del Mediterráneo central como en los niveles mas antiguos de la propia Cartago, cuya fundación la mayoría de los historiógrafos antiguos fecha en el último cuarto del siglo IX a.C. (Trachsel 2004: 183-188, fig. 105; Mederos 2005a: 308-311).

Así pues, habrá que suponer que la famosa cratera bien fue importada a Samaria en el siglo VIII a.C. ya como objeto antiguo, o bien llegó ahí durante el reinado de las omridas, o sea, entre la fundación de la ciudad en el 879 a.C. y la caída de la dinastía en el 841 a.C. (Trachsel 2004: 174). Como quiera que sea, no obstante su contexto estratigráfico fiable, el fragmento procedente del Pottery Period V de Samaria no permite determinar con exactitud la cronología del Geométrico Medio II y solo nos da un *terminus ante quem* para el inicio de esta fase.

Problemas similares resultan del contexto estratigráfico de los fragmentos de un escifo del Geométrico Medio I antiguo procedente de Megiddo, en un principio relacionado con el estrato IVB/VA, pero que luego fue atribuido al estrato IVA (Riis 1970: 144-146; Mederos 2005a: 323-325). Como la cronología relativa de Megiddo, y particularmente la sincronización de los estratos IVB/VA y IVA con unidades estratigráficas en otros yacimientos del Levante meridional, resulta bastante controvertida, el hallazgo de este fragmento tampoco permite más precisiones definitivas acerca de la cronología absoluta del Geométrico Medio I que postular un *terminus ante quem* de 732 a.C., fecha del saqueo de la ciudad por los asirios (figura 3)⁵.

Como añadido a estas imponderabilidades, durante las últimas dos décadas la investigación ha tenido que confrontarse con un creciente número de fechas radiocarbónicas, que en su gran mayoría se muestran incompatibles con la cronología convencional cuyas bases acabamos de exponer. Son en particular las dataciones relacionadas con la primera fase de la presencia fenicia en el Mediterráneo occidental las que claramente hablan en favor de una cronología más alta (Aubert 1994: 317-323; Castro *et al.* 1996: 144 s; Mederos 1996b: 59 s; 2005: 306-311; Torres 1998: 57; Brandherm 2006: 15, fig. 3).

Antes de entrar en una discusión pormenorizada de las respectivas dataciones y sus posibles implicaciones históricas, primero parece indispensable tomar posición frente a la crítica que se ha manifestado contra las dataciones obtenidas con metodología propia de las ciencias naturales. La verdad es que, desde que quedó clara la incompatibilidad de las dataciones radiocarbónicas con la cronología convencional de las primeras colonizaciones griegas y fenicias, quienes han preferido seguir trabajando con la segunda pocas veces hicieron explícitos sus argumentos de una manera sistemática. Dejando al lado algunas posiciones hipercépticas, que llevaron a

⁵ Frente a la versión de la estratigrafía comparativa que acabamos de presentar en otro lugar (Brandherm 2006: fig. 2), donde con respecto a Tell Abu Hawam todavía seguíamos la cronología establecida por Hamilton (1935: 1-12), en la presente figura 3 tenemos en cuenta la importante revisión de su modelo cronológico por parte de Herrera (1991: 38-46; Aznar *et al.* 2005: 23-25), basándose en la documentación original de Hamilton y en los materiales inéditos de su excavación. Los respectivos cambios también nos obligan a hacer una serie de ajustes en la sincronización de la secuencia de Tell Abu Hawam y otros yacimientos con las distintas unidades estratigráficas de Megiddo.

Tell Abu Hawam	Samaría	Megiddo	Tiro	Tel Rehov	Tel Dor
II	PP IV-V ³ GM II	III		II	
hiato	PP III	?	I		
			⁵ SubPTG III ⁶ PTC I	III	
			III ⁷ GM II		
¹ GM II / GF I		IVA	IV-VII	IV	
IIIb2-IIIb3					
² SubPTG			⁸ GM II / GM I	²¹ GM I	
			VIII ⁹ PTG f / SubPTG	²² SubPTG	
			¹⁰ GM I	²³ SubPTG	
IIIb1	PP I-II	IVB-VA	¹¹ SubPTG II	²⁴ PTG f / SubPTG	B/8 D2/8b G/6a
			¹² SubPTG II / III		
			¹³ PTG f / SubPTG		
			¹⁴ PTG f.		
			¹⁵ PTG m/f.	V	²⁶ PTG m/f. ²⁷ PTG m.
			¹⁶ SubPTG X		
			¹⁷ PTG f / SubPTG		
			¹⁸ PTG i / SubPTG		
IIIa2-IIIa3		VB	¹⁹ PTG f.		B1/9a D2/8c G/6b
			²⁰ PTG m/f.		
				²⁵ PTG f / SubPTG	
IV-IIIa1		VIA	XII	VI	B/9b D2/11-9 G/7
			XIII		

Figura 3

Representación esquemática de los contextos estratigráficos con cerámica geométrica griega en yacimientos del Levante meridional (para los detalles véase el listado al final del artículo).

los respectivos investigadores a defender una cronología ultrabaja de la cerámica geométrica griega (Francis y Vickers 1985; James *et al.* 1987: 34-38; James *et al.* 1998)⁶, la única tentativa de explicar de una manera coherente la discrepancia que se abre entre la cronología convencional del Mediterráneo oriental y las correspondientes fechas radiocarbónicas ha sido la de D. Keenan (2002: 225-231), quien defendió la posibilidad de una importante anomalía en el contenido del isótopo ¹⁴C en el medio ambiente de la costa levantina.

Mientras que la propuesta de Keenan pudiera dar una explicación para la discrepancia entre la cronología convencional y las respectivas fechas radiocarbónicas del Mediterráneo oriental, difícilmente puede explicar la existencia de la misma discrepancia no sólo en el Mediterráneo occidental, sino también en la fachada atlántica, y de ningún modo ofrece una explicación para la discrepancia muy similar que en Italia se observa entre la cronología

convencional y las dataciones dendrocronológicas de la zona circumpalina.

Tampoco la crítica metodológica ofrecida por el mismo autor respecto a la actual curva dendrocronológica egeo-anatólica, aunque pone seriamente en cuestión la validez de las últimas dataciones dendrocronológicas de Assiros, afecta a las conclusiones que en base a las dataciones dendrocronológicas alpinas se pueden sacar para la cronología absoluta del Hierro Antiguo itálico (Keenan 2002: 232 s)⁷.

Insistimos, entonces, en que por el momento no existen argumentos concluyentes que desvaloricen las dataciones radiocarbónicas de uno u otro extremo del Mediterráneo. En un reciente trabajo, Mederos (2005a: tabs. 1 y 2) diligentemente ha vuelto a ofrecer una compilación actualizada de los respectivos datos⁸. Sin embargo, en el presente estudio pretendemos centrarnos en aquellas dataciones que van asociadas a elencos cerámicos bien

⁶ Para una fundada crítica de las citadas posiciones compárense p. e. las exposiciones de Boardman (1991) y de Postgate (1991).

⁷ Para las dataciones de Assiros véase Newton *et al.* (2003: 173-185). En caso de que las dataciones dendrocronológicas de Assiros resulten correctas, constituirían otro argumento importante en favor del modelo cronológico de Trachsel. Lamentablemente, en lo que concierne a la Península Ibérica, la curva dendrocronológica actualmente disponible para su territorio no alcanza fechas protohistóricas, aunque ciertamente existe un enorme potencial para futuras investigaciones en este campo (Pingel y Richter 1995: 187-190).

⁸ Nos vemos obligados a llamar la atención sobre el hecho de que una datación de 2640±30 BP para la fase más antigua del Morro de Mezquitilla, incluida en el referido listado, en realidad no existe. Esta fecha, que con anterioridad ya fue recogida por otros autores (Aubert 1994: 318 s.; Castro *et al.* 1996: 316, n.º 1396; Torres 1998: 58), tiene su origen en la mención por Schubart (1984: 219) —sin el respectivo número de laboratorio ni de la curva de calibración empleada— de una fecha de 690±30 cal AC, tratándose probablemente de la datación B-4175, que luego en la bibliografía fue «descalibrada» y el resultado sometido a otra calibración posterior, para llegar a una hipotética y desde luego errónea fecha de 815-790 cal AC (Pingel 2006, 147 s.).

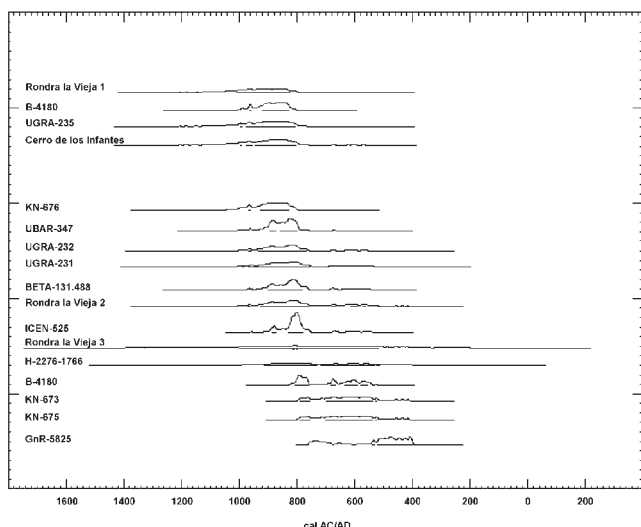


Figura 4
Distribución de probabilidades de las dataciones radiocarbónicas recogidas en la figura 10.

definidos. Incluimos entonces en nuestra figura 4, por un lado, las dataciones que se pueden relacionar con el elenco cerámico de la fase B1a del Morro de Mezquitilla, caracterizado por platos de borde estrecho, cuencos del llamado «Fine Ware», ánforas de cuerpo cilíndrico y jarros de borde escuadrado del tipo 8 de Bikai, y, por otro lado, aquellas dataciones que corresponden a un momento inmediatamente posterior, representado por las fases B1b del Morro de Mezquitilla y I/II de Toscanos, cuando como rasgo más característico de la fase anterior los jarros de borde escuadrado son sucedidos por jarros con boca de seta (Maaß-Lindemann 1990: 170 s, fig. 1; 1995; 1998: 540-543, fig. 1; 1999: 129-135).

Se excluyen de la figura 4 las dataciones relacionadas con contextos que en términos de la cronología relativa resultarían más recientes, aunque los resultados de la radiometría indiquen igual antigüedad. Eso afecta por ejemplo a las fechas del Cerro de Alarcón, prácticamente indistinguibles de las de la fase I/II de Toscanos en términos radiométricos, pero procedentes de un contexto estratigráfico con materiales que mucho mejor corresponden a la fase V de dicho yacimiento (Pingel 2002: 246-249). En el caso del Cerro de Alarcón, la escasa potencia estratigráfica en el yacimiento y la presencia de materiales de tradición más antigua exigen ciertas reservas respecto al empleo de las respectivas dataciones (Maaß-Lindemann 2002: 216). Problemas similares también existen en otros yacimientos, cuyas dataciones tampoco se tienen aquí en cuenta.

No obstante esta rigurosa selección, la calidad de la muestra recogida en la figura 4 deja mucho de desear. Pocos son los contextos que cuentan con varias fechas, lo que impide un cálculo de la media estadística. Además, muchas de las dataciones obtenidas con anterioridad a los

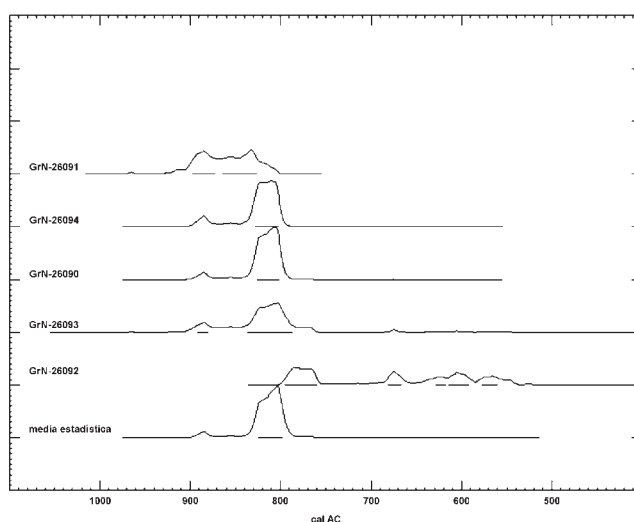


Figura 5
Distribución de probabilidades de las dataciones radiocarbónicas recogidas en la figura 11.

años noventa del siglo pasado cuentan con desviaciones estándar muy elevadas, lo que limita su utilidad al momento de determinar el límite cronológico entre dos fases sucesivas. Finalmente, hay que tener en cuenta que sobre todo las dataciones correspondientes al más reciente de los dos horizontes se ven afectadas por la grave anomalía que caracteriza la curva de calibración a partir del 800 cal AC (Pingel 2002: 248 s).

Bajo estas circunstancias, no es de sorprender que la diferencia entre los dos grupos de dataciones resulte apenas reconocible (figura 5). Las cuatro muestras relacionadas con materiales del horizonte más antiguo (B-4180, UGRA-235, «Cerro de los Infantes», «Ronda la Vieja 1») tienen sus intervalos de mayor probabilidad a lo largo del siglo IX cal a.C. Lo mismo se puede decir de aproximadamente la mitad de las muestras que en términos de cronología relativa resultan más recientes, aunque aquí la mayor probabilidad suele situarse con más claridad en la segunda mitad del siglo. Los intervalos de mayor probabilidad de las demás muestras se sitúan ya en los siglos VIII y VII cal a.C.

Con todas las debidas reservas, la conclusión a que conducen estas dataciones radiométricas inevitablemente parece ser que el momento representado por la fase B1a del Morro de Mezquitilla no alcanza al siglo VIII cal a.C., y que incluso el horizonte siguiente, caracterizado por materiales como los de las fases B1b del Morro de Mezquitilla y I/II de Toscanos, se inicia antes del 800 cal a.C. (Pingel 2002: 284 s).

En cualquier caso, la cerámica de la fase B1a del Morro de Mezquitilla, y de los demás contextos que han proporcionado las fechas radiocarbónicas recogidas en nuestra figura 4, ya presenta muchas características de una trayectoria tipológica específica del mundo fenicio

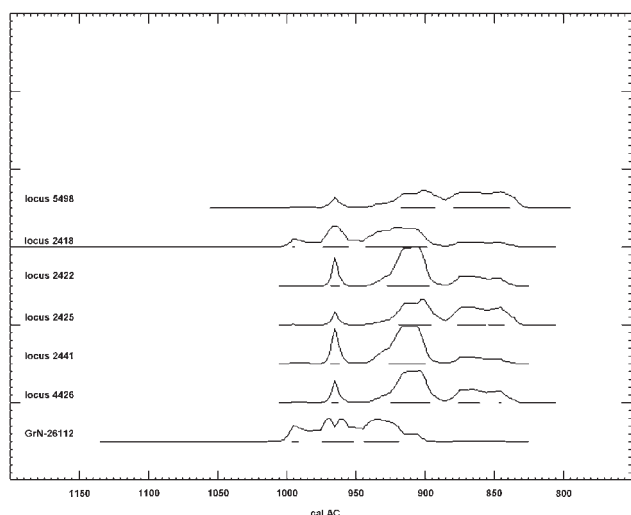


Figura 6
Distribución de probabilidades de las dataciones radiocarbónicas recogidas en la figura 12.

occidental, lo que necesariamente implicaría la existencia de una fase aún más antigua para la presencia fenicia en Occidente (Mederos 2005a: 335 s). Efectivamente, los últimos hallazgos del casco antiguo de Huelva parecen confirmar que ya con anterioridad al horizonte representado por el elenco cerámico de los yacimientos referidos hay que contar con una presencia permanente de los fenicios en el sur de la Península Ibérica (compárense Gómez y Balensi 1999: 61-63; Gómez 2001-2002: 112-115).

Actualmente carecemos de dataciones radiocarbónicas que se puedan relacionar de manera inequívoca con este momento, pero en términos de la cronología relativa los respectivos niveles descubiertos en el casco urbano de Huelva, que también proporcionaron las únicas importaciones de cerámica griega del Subprotogeométrico I/II actualmente conocidos en la Península Ibérica, fueron sincronizados por el equipo onubense con los estratos IX-IV de Tiro (González de Canales *et al.* 2004: 179-184, 196-199).

Aunque no se puede descartar un cierto solapamiento entre el final de este primer momento de presencia fenicia en Huelva y el inicio de la secuencia en el Morro de Mezquitilla⁹, parece claro que en Huelva estamos tratando con toda una serie de elementos cerámicos de mayor antigüedad, que hasta el momento no se han detectado en los yacimientos fenicios de la costa mediterránea peninsular (González de Canales *et al.* 2004: 180; Torres 2005: 292).

Esta sincronización entre la secuencia de Tiro y la de Huelva, tentativamente establecida a través del elenco de la cerámica fenicia, encaja bastante bien con las

importaciones de cerámica geométrica griega en los dos yacimientos. En Tiro, la muestra de la cerámica griega corresponde a toda la trayectoria evolutiva que va del Protogeométrico Medio/Final al Protocorintio Inicial (figura 3). En Huelva, durante mucho tiempo, los restos más antiguos de cerámica griega que se conocían eran dos fragmentos de un escifo del Subprotogeométrico III eubeo y de una píxide del Geométrico Medio II ático, fechados en términos absolutos, según la revisión cronológica de M. Trachsel, entre finales del siglo X y mediados del siglo IX cal AC (figura 9) (Brandherm 2006: 1-4).

En consecuencia, con el reciente hallazgo de cerámica del Subprotogeométrico I/II en el casco urbano de la capital onubense, según este mismo modelo cronológico, habrá que fechar el respectivo contexto estratigráfico en pleno siglo X cal a.C. Igual fecha sería atribuible a los materiales fenicios procedentes del mismo contexto, o sea, al elenco cerámico que caracteriza un momento de la presencia fenicia en el sur de la Península Ibérica inmediatamente anterior a la fundación de los emporios en el Morro de Mezquitilla y en otros puntos de la costa mediterránea.

El argumento fundamental en contra de una cronología tan elevada para la secuencia fenicia siempre han sido los problemas que eso causaría para la cronología convencional de la cerámica geométrica griega (Pacciarelli 1996: 187). Según el modelo convencional, la cerámica del Geométrico Final encontrada en contextos de la fase I/II de Toscanos –kotyles tanto como imitaciones fenicias de escifos eubeos y de escifos del tipo Thapsos– habría que fecharla en la segunda mitad del siglo VIII a.C., momento en que la cerámica del Geométrico Final aparece en las primeras *apoikiai* griegas en Italia y Sicilia (figura 7) (Niemeyer 1985; Rouillard 1990: 181-184; Docter 2001: 64 s).

De todos modos, ya hemos visto que la supuesta fecha final del Geométrico Medio, que en el modelo de Coldstream dependía sobre todo de una datación tardía de la famosa crátera de Samaria (figura 2), no parece demasiado segura y que –incluso según los criterios de una cronología basada exclusivamente en las fuentes escritas– efectivamente podría remontarse al siglo IX a.C. En cualquier caso, fechar los escifos de Toscanos alrededor del 800 o incluso antes, implicaría una importante expansión cronológica del Geométrico Final, que por cierto aliviaría el problema del excesivo tiempo ocupado por el Geométrico Medio en la cronología «alta», punto débil de este último modelo ya criticado por Coldstream (2003a: 248-251) (figura 1).

⁹ Ambos destacando por la ausencia del jarro con boca de seta, así como por la falta de aquellos tipos de plato cuya producción en Tiro sólo se detecta a partir del estrato IV.

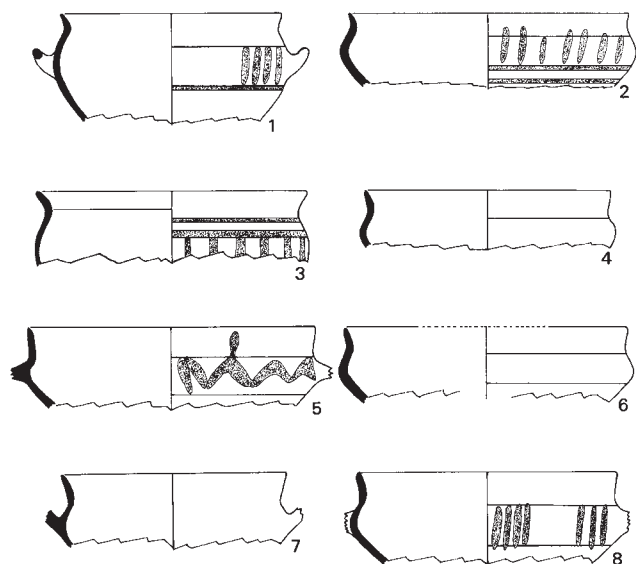


Figura 7
Imitaciones fenicias de escifos del Geométrico Medio/Final, de la fase I/II de Toscanos; esc. 1:3 (según Rouillard 1990: fig. 1).

Sin embargo, la situación en realidad resulta mucho más compleja. La propuesta de datación del Geométrico Final en la segunda mitad del siglo VIII a.C. por las fechas de fundación de las *apoikiai* del Mediterráneo central se basa principalmente en la cerámica del estilo corintio, mientras que en los yacimientos del Oriente Próximo que sirvieron a Coldstream para determinar la cronología absoluta de las fases anteriores del Geométrico griego estamos tratando exclusivamente con cerámica del estilo ático y eubeo.

La sincronización entre los distintos estilos regionales en el modelo convencional de Coldstream en gran medida depende de criterios estilísticos y nada menos que J. Boardman (1998: 23-49, tab. p. 271) ya señaló un posible desfase entre la evolución del estilo corintio por un lado y el estilo ático y eubeo por el otro, aunque este desfase no le parecía afectar tanto al Geométrico Final. En su reciente estudio Trachsel (2004: 154-166) ha propuesto un modelo alternativo, basado tanto en consideraciones estilísticas como en la asociación de materiales significativos en conjuntos cerrados de la propia Grecia y del Mediterráneo Central. Según este modelo existe un importante desfase entre la secuencia ática/eubea y la corintia también para el Geométrico Final (figura 9).

La cronología absoluta que propone Trachsel para el Geométrico Medio y Final se ve confirmada no sólo por la presencia de la respectiva cerámica en la fase I/II de Toscanos, sino también por los hallazgos de cerámica eubea del Geométrico Final Ib en las fases más antiguas excava-

das en Cartago (Trachsel 2004: 185-187; Vegas 1986-1989 y 1992). En el caso de Cartago, la tradición historiográfica acerca de la fecha de su fundación coincide plenamente con los resultados de las últimas dataciones radiométricas. En la figura 11 recogemos las respectivas dataciones, cuyo contexto arqueológico exacto no está publicado todavía, pero que sin excepción proceden de las fases I y II del hábitat fenicio. Como claramente indica la distribución de probabilidades, habrá que situar este momento en los últimos decenios del siglo IX cal a.C. (figura 5).

Las fechas radiocarbónicas procedentes del propio Levante lamentablemente no resultan tan inequívocas en lo que concierne la cronología de la cerámica geométrica (Mazar 2004: 31-35; Mederos 2005a: 317-329). En cualquier caso, a diferencia de cómo se presentaba la situación cuando Coldstream formuló su propuesta cronológica, en la actualidad ya contamos con una multitud de dataciones radiocarbónicas para el Hierro Antiguo del Levante meridional. Los yacimientos que han proporcionado las respectivas series de dataciones son principalmente Tel Hadar, Beth Shean, Tel Dor y Tel Rehov (Mazar y Carmi 2001; Gilboa y Sharon 2001 y 2003: 57-72; Bruins *et al.* 2003a; Finkelstein y Piasetzky 2003: 283-287; Mazar 2004).

De todas formas, las dataciones radiocarbónicas individuales y los detalles de la secuencia estratigráfica de Tel Hadar todavía siguen sin publicar, con lo cual no hemos podido incluir los datos de este yacimiento ni en nuestras tablas de fechas (figuras 10-12), ni en nuestra representación esquemática de la estratigrafía comparada (figura 3). En el caso de Beth Shean, aunque las dataciones radiocarbónicas de este yacimiento sí se han dado a conocer, la cerámica geométrica encontrada en las nuevas excavaciones y su respectivo contexto estratigráfico siguen inéditos. Debido a esta lamentable circunstancia, no hemos podido incluir los materiales de Beth Shean en nuestro catálogo de importaciones griegas en el Levante (véase la lista en el apéndice) y no nos parece indicado aventurar una hipótesis sobre su cronología basada en la escasa información disponible (Coldstream y Mazar 2003: 29, nota 2).

La problemática de las dataciones de Tel Dor y Tel Rehov, efectuadas en distintos laboratorios y con resultados bastante divergentes, se ha discutido ampliamente en la bibliografía, por lo cual aquí prescindiremos de reiteraciones innecesarias (Mazar 2004: 31-35; Mederos 2005a: 317 s).¹⁰ Basta señalar que debido a

¹⁰ Aunque bien es verdad que en los últimos años un extensivo programa de comparación sistemática de resultados, basado principalmente en muestras de otros yacimientos, efectuados por los respectivos laboratorios del Instituto Weizmann y de la Universidad de Arizona ha demostrado que en la actualidad existe una aceptable concordancia estadística entre los dos (Boaretto *et al.* 2005), poco nos dice sobre problemas que pueden haber afectado a los análisis realizados durante los años en cuestión.

factores difíciles de identificar –posiblemente a un error sistemático de laboratorio que afectó a los análisis realizados por el Instituto Weizmann durante los años 1996 a 2000–, las dataciones efectuadas por este laboratorio resultan mucho más recientes que los análisis realizados por otros equipos. Eso afecta a una parte de las dataciones de Tel Rehov y a prácticamente todas las dataciones de Tel Dor, por lo que de momento nos parece desaconsejable la inclusión de las respectivas fechas en un análisis comparativo.

Como base fiable para establecer la cronología absoluta de la cerámica geométrica griega en el Levante, quedan entonces las series de dataciones de Tel Rehov que fueron efectuadas en los laboratorios de las universidades de Groningen y de Arizona, recogidas en nuestra figura 12. La distribución de probabilidades claramente muestra que excepto la datación aislada GrN-26221, que tiene su mayor probabilidad en la primera mitad del siglo X cal a.C., todas las demás dataciones de los estratos VI y V cuentan con su mayor probabilidad entre el último tercio de este mismo siglo y los inicios del siglo XI cal a.C. La única datación procedente de un contexto del estrato IV, por el contrario se extiende con probabilidad casi uniforme del 934 al 830 cal a.C. (figura 6).

Según la posición estratigráfica de la cerámica geométrica en el yacimiento, el inicio del Geométrico Medio probablemente caerá dentro de este último intervalo (figura 3). Teniendo en cuenta que conforme con las dataciones del Mediterráneo central y occidental anteriormente discutidas, el Geométrico Final Ib se fecha en el último cuarto del siglo IX cal a.C., el inicio del Geométrico Medio difícilmente se puede situar hacia el final de este largo lapso de tiempo. En estas circunstancias, una fecha alrededor o incluso antes del 900 cal a.C. para la cerámica del Geométrico Medio I de Tel Rehov parece bastante probable. Lamentablemente, la gran mayoría de la cerámica protogeométrica y geométrica del yacimiento resulta mucho menos indicativa en términos estilísticos y no permite más precisiones sobre la cronología absoluta de la secuencia griega.

La última propuesta de una revisión cronológica de Mederos (2005a: 323), ajustándose a la cronología media egipcia, no alcanza estas fechas, subiendo el inicio del Geométrico Medio tan solo a la primera mitad del siglo IX cal a.C. En este modelo el autor suele calcular con el margen mínimo permitido por las dataciones radiocarbónicas del Levante, cuando éstas –como acabamos de exponer– dejan un margen de interpretación mucho más amplio, y no incluye en sus razonamientos las nuevas dataciones de Cartago (figura 8).

Aunque el modelo de Mederos en principio resulta perfectamente coherente, tenemos que hacer hincapié en que una vez que debidamente se toman en consideración

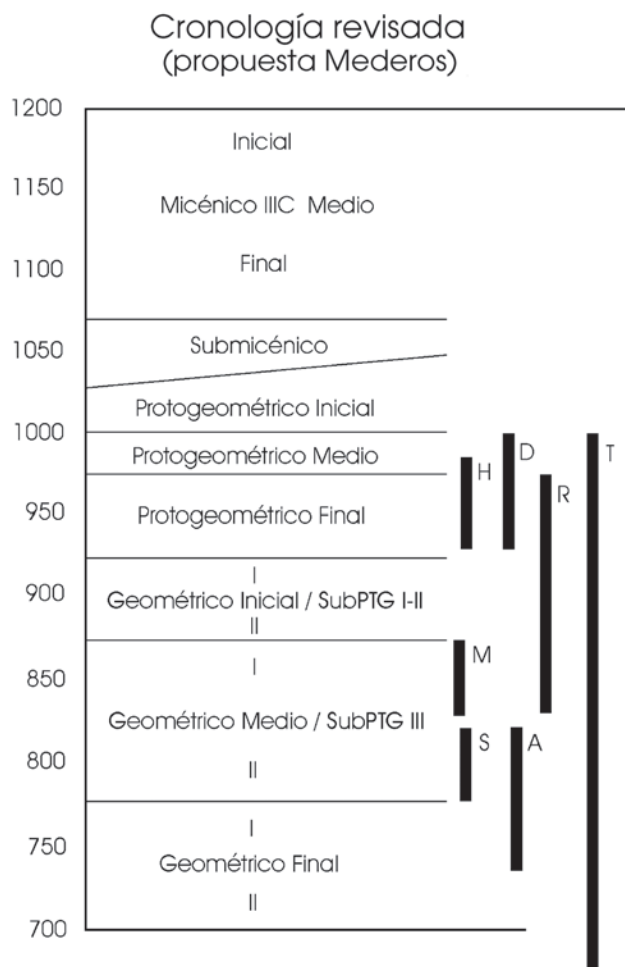


Figura 8
Secuencia relativa de la cerámica egea con sus respectivas fechas absolutas, según Mederos 2005: tab. 13. Tramos de correlación con la cronología del Levante meridional: A = Tell Abu Hawam, D = Tel Dor, H = Tel Hadar, M = Megiddo, R = Tel Rehov, S = Samaria, T = Tiro.

las dataciones procedentes de otras partes del Mediterráneo, para determinar la cronología de la cerámica geométrica griega no basta una subida mínima dentro del margen permitido por las dataciones radiocarbónicas del Levante. Como consecuencia, en el presente estudio preferimos adherirnos a la propuesta de Trachsel, que nos parece adaptarse mejor a la totalidad de los datos disponibles (figura 9).

Obviamente, cualquier propuesta del género no sólo puede tener repercusiones para la cronología de las importaciones del mundo egeo y levantino en el Mediterráneo central y occidental, sino que también debe afectar en igual medida a la cronología del registro arqueológico indígena de las respectivas áreas.

Efectivamente, tanto las dataciones radiocarbónicas de contextos indígenas del Hierro Antiguo itálico como las dataciones dendrocronológicas del área alpina resultan plenamente compatibles con el modelo de Trachsel y permiten retrotraer la cronología absoluta de las primeras fases de la Edad del Hierro en el Mediterráneo central aún más de lo que hasta la fecha han defendido la mayoría de

Cronología revisada (propuesta Trachsel)

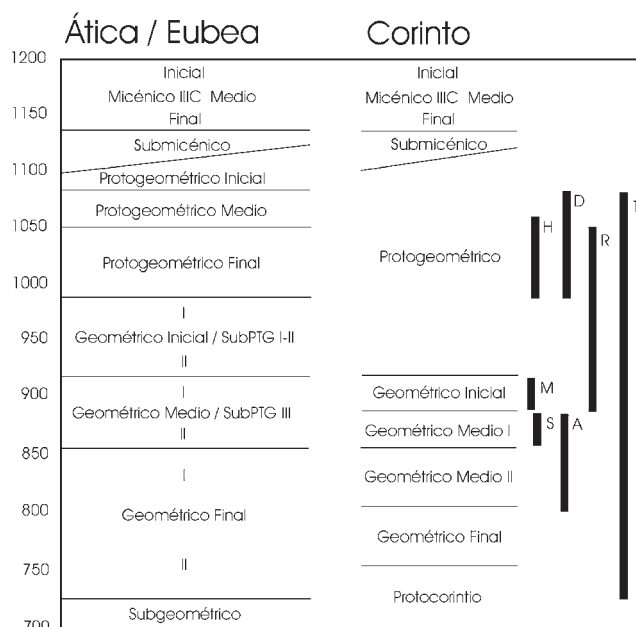


Figura 9

Secuencia relativa de la cerámica egéia con sus respectivas fechas absolutas, según Trachsel 2004: fig. 109. Tramos de correlación con la cronología del Levante meridional: A = Tell Abu Hawam, D = Tel Dor, H = Tel Hadar, M = Megiddo, R = Tel Rehov, S = Samaria, T = Tiro.

las correspondientes propuestas de revisión cronológica (Olde Dubbelink y van der Plicht 1990; Bettelli 1994: 49-55; Peroni 1994: 210-218; Nijboer *et al.* 1999-2000: 163-174; Ridgway 2004: 19-22)¹¹.

Del mismo modo, el modelo de revisión cronológica de Trachsel también repercutiría sobre la cronología del mundo indígena del Suroeste peninsular. En primer lugar eso afecta la cerámica pintada del llamado «estilo Carambolo», cuya relación con cerámicas del Geométrico griego quedó patente desde el momento en que los hallazgos del yacimiento epónimo se dieron a conocer (Werner Ellerling 1990: 41-43; Amores 1995: 159 s). En general, el esquema compositivo de la zona decorada en este tipo de cerámica corresponde mucho mejor con vasos egeos del Geométrico Inicial y Medio que con la cerámica del Geométrico Final o de fases aún más recientes (Almagro-Gorbea 1977a: 123; Cabrera 1981: 328). Por otra parte, en zonas marginales del mundo griego los esquemas deco-

rativos de las fases anteriores se siguen utilizando sin mucha variación hasta finales del período Geométrico y algunos de los motivos más característicos del estilo Carambolo efectivamente parecen depender de cerámicas egeas y del este del mundo griego con una cronología del Geométrico Final (Cabrera 1981: 328; Amores 1995: 165 s, figs. 2 y 3).

En cualquier caso, un origen más antiguo del estilo Carambolo parece evidente, ya que en el casco antiguo de la capital onubense este tipo de cerámica aparece en los mismos niveles que las importaciones griegas del Geométrico Medio II (González de Canales *et al.* 2004: 188, 195). Cerámica pintada del estilo Carambolo también se encontró en contextos de la fase I del Cabezo de San Pedro (Cabrera 1981: 324) y quizá no sea casualidad que tanto en este yacimiento como en los respectivos niveles del casco antiguo de Huelva los motivos que se pueden relacionar con el Geométrico Final están ausentes.

Como consecuencia, según el modelo cronológico al que aquí nos adherimos –y salvo posibles pervivencias tardías– el estilo Carambolo debería fecharse no como convencionalmente se suele defender, entre la primera mitad del siglo VIII e inicios del siglo VII a.C., sino más bien entre finales del siglo X y mediados del siglo VIII cal a.C. Aun así, como muy acertadamente subrayó F. de Amores Carredano, en ningún caso la presencia de cerámica del estilo Carambolo debe ser interpretada como indicativa de una fase «preferencia» o «precolonial» (Amores 1995: 167 s).

Al margen del peculiar fenómeno de la cerámica pintada del estilo Carambolo, no resulta nada fácil sincronizar el elenco cerámico de los yacimientos indígenas del Suroeste con la secuencia observada en los emporios fenicios; la deficiente documentación estratigráfica de los niveles más antiguos del casco antiguo de Huelva tampoco permite afirmaciones muy exactas en este sentido.

De todos modos, en base a las cerámicas autóctonas recuperadas en los distintos yacimientos de la capital onubense, no nos parece demasiado aventurado proponer un sincronismo –por lo menos en parte– entre aquellos niveles del casco antiguo que han proporcionado las cerámicas del Subprotogeométrico I/II y la fase I del Cabezo de San Pedro (González de Canales *et al.* 2004: 186-195).

¹¹ La sincronización de la fase Bologna IIA con el Hallstatt B3 de Centroeuropa, defendida por Pacciarelli (1996: 186) y Torres (1998: 53), no carece de ciertos problemas (para una propuesta diferente véase Pare 1998: 299-313). En particular, la aplicación al registro itálico de la diferenciación dentro del Hallstatt B3 –este término en la bibliografía especializada actual se suele emplear en el sentido de Sperber (1987: 253-258) y no en el sentido de su definición original por Müller-Karpe (1959: 161-170)– entre un horizonte más antiguo Auvèrner-Nord y un horizonte más reciente Mörigen, resulta bastante problemática. Aunque claramente visible en la evolución de la cerámica de los CU del grupo Renano-Suizo-Francés, esta diferenciación difícilmente se puede aplicar con el mismo grado de detalle a las contadas piezas metálicas que se han empleado para establecer una cronología cruzada entre los poblados suizos con sus respectivas dataciones dendrocronológicas por un lado y las necrópolis itálicas con cerámica geométrica por el otro. En vista de esta situación, el inicio de la fase Bologna IIA, al que Bettelli (1994: 52 s), Pacciarelli (1996: 185-189) y Torres (1998: 52 s) atribuyeron una fecha de c. 850 a.C., posiblemente habrá de retrotraerse al primer cuarto del siglo IX a.C. (Trachsel 2004: 221-228).

Figura 10

Fechas radiocarbónicas de contextos relacionados con las primeras fases de la presencia fenicia en el sur de la Península Ibérica (según Torres 1998: 58; Pingel 2002: 275-279; Mederos 2005: tabs. 1. 2), calibradas en base del juego de datos Intcal98; debido a la alta desviación estándar de algunas de las fechas hemos prescindido de una calibración de las medias estadísticas.

<i>yacimiento</i>	<i>n.º laboratorio</i>	<i>fecha BP</i>	<i>fecha cal AC (1 sigma)</i>	<i>fecha cal AC (2 sigma)</i>	<i>material de la muestra</i>
Cerro de los Infantes fase III	desconocido	2730±90	996-992 (1,3%) 974-955 (9,6%) 944-803 (89,1%)	1208-1202 (0,2%) 1190-1178 (0,5%) 1157-1142 (0,5%) 1130-761 (98,4%) 679-670 (0,3%) 607-601 (0,1%)	desconocido
Cerro de la Mora fase Ib-II, tabla 3	UGRA-231	2670±100	996-989 (1,7%) 975-762 (96,9%) 678-671 (1,4%)	1010-1100 (0,3%) 1077-1061 (0,5%) 1052-515 (98,1%) 463-450 (0,4%) 439-428 (0,4%) 421-414 (0,2%)	carbón
Cerro de la Mora fase Ib-II, capa 9	UGRA-232	2670±90	970-960 (3,2%) 934-765 (96,8%)	1046-735 (84,0%) 725-538 (15,7%) 530-522 (0,3%)	carbón
Cerro de la Mora fase Ib-II, capa 42	UGRA-235	2740±90	996-990 (2,7%) 974-948 (13,2%) 945-808 (84,2%)	1207-1202 (0,2%) 1190-1179 (0,6%) 1156-1142 (0,6%) 1130-764 (98,6%)	carbón
Morro de Mezquitilla fase A/B1	B-4178	2750±50	968-962 (4,9%) 924-831 (95,1%)	999-813 (100%)	carbón
Morro de Mezquitilla fase B1	B-4180	2570±50	806-759 (49,8%) 682-665 (11,5%) 635-590 (26,3%) 579-556 (12,5%)	827-538 (99,1%) 530-522 (0,9%)	desconocido
Ronda la Vieja nivel inferior	desconocido	2770±90	1010-825 (100%)	1209-1200 (0,6%) 1191-1177 (1,2%) 1164-1140 (1,5%) 1131-794 (96,7%)	carbón
Ronda la Vieja nivel superior	desconocido	2650±90	968-961 (1,7%) 926-760 (88,6%) 680-668 (3,4%) 612-593 (4,6%) 572-564 (1,7%)	1008-516 (99%) 462-451 (0,4%) 439-430 (0,4%) 420-414 (0,2%)	desconocido
Ronda la Vieja nivel superior	desconocido	2640±180	998-519 (100%)	1290-1280 (0,3%) 1263-376 (99,7%) 267-264 (0,1%)	desconocido
Toscanos fase I	H-2276 - 1766	2620±140	919-739 (52,3%) 724-538 (45,9%) 530-521 (1,8%)	1111-1099 (0,4%) 1083-1060 (0,9%) 1053-397 (98,7%)	carbón
Toscanos fases I+II	GrN-5825	2405±35	537-531 (3,1%) 521-401 (96,9%)	759-682 (20,5%) 663-642 (2,5%) 588-582 (0,6%) 544-396 (76,4%)	desconocido
Toscanos fases I+II	KN-673	2510±50	788-756 (15,6%) 701-539 (83,2%) 527-524 (1,2%)	796-499 (92,5%) 492-483 (1,2%) 465-449 (2,6%) 441-426 (2,1%) 424-413 (1,6%)	carbón
Toscanos fases I+II	KN-675	2510±50	788-756 (15,6%) 701-539 (83,2%) 527-524 (1,2%)	796-499 (92,5%) 492-483 (1,2%) 465-449 (2,6%) 441-426 (2,1%) 424-413 (1,6%)	desconocido

<i>yacimiento</i>	<i>n.º laboratorio</i>	<i>fecha BP</i>	<i>fecha cal AC</i> (1 <i>sigma</i>)	<i>fecha cal AC</i> (2 <i>sigma</i>)	<i>material de la muestra</i>
Toscanos fases I+II	KN-676	2740±60	969-961 (5,6%) 927-826 (94,4%)	1007-800 (100%)	desconocido
Vejer de la Frontera	UBAR-347	2690±50	896-875 (27,1%) 861-848 (14,4%) 844-804 (58,5%)	969-961 (1,3%) 928-794 (98,7%)	hueso
Alcáçova de Santarem cuadrado 4 niveles inferiores	BETA-131.488	2650±70	901-782 (100%)	996-989 (0,4%) 974-757 (86,2%) 694-657 (3,6%) 652-542 (9,9%)	carbón
Alcáçova de Santarem corte 5, nivel 15	ICEN-532	2640±50	891-880 (8,3%) 837-787 (91,7%)	918-760 (97,2%) 681-667 (1,5%) 611-594 (1,2%) 567-565 (0,1%)	carbón

Figura 11

Fechas radiocarbónicas de contextos estratigráficos relacionados con la primera fase de la ocupación fenicia en Cartago (según Nijboer 2002: fig. 4), calibradas en base del juego de datos Intcal98

<i>n.º laboratorio</i>	<i>fecha BP</i>	<i>echa cal AC</i> (1 <i>sigma</i>)	<i>fecha cal AC</i> (2 <i>sigma</i>)
GrN-26091	2710±30	896-873 (42,1%) 863-826 (57,9%)	908-805 (100%)
GrN-26094	2660±30	828-802 (100%)	896-875 (9,1%) 862-849 (2,7%) 843-795 (88,2%)
GrN-26090	2650±30	825-802 (100%)	895-877 (5,4%) 856-854 (0,1%) 841-791 (94,5%)
GrN-26093	2640±50	891-880 (8,3%) 837-787 (91,7%)	918-760 (97,2%) 681-667 (1,5%) 611-594 (1,2%) 567-565 (0,1%)
GrN-26092	2540±30	795-760 (45,7%) 681-667 (14,4%) 629-618 (7,6%) 614-592 (20,7%) 576-561 (11,6%)	800-756 (34,8%) 716-712 (0,4%) 703-541 (64,8%)
media estadística	2640±34	824-799 (100%)	896-876 (4,8%) 860-851 (1,2%) 843-781 (94,0%)

En cambio, la fase II de este último yacimiento con alguna probabilidad ya resulta coetánea a la fase B1a del Morro de Mezquitilla, o sea, a la fase fundacional de los emporios fenicios más antiguos de la costa malagueña.

En cualquier caso, en términos del modelo cronológico propuesto, habrá que situar el inicio del hábitat indígena del Cabezo de San Pedro en pleno siglo X cal a.C.¹² y el mismo marco cronológico con alguna probabilidad

sería aplicable a otros yacimientos de similares características, como p. e. Mesas de Asta, Peñalosa y Tejada la Vieja (Escacena del Campo) (compárense Gómez y Balensi 1999: 46 s; Rufete 1999: 215-225).

Aunque personalmente preferiríamos renunciar por completo al uso del término «precolonial», sería quizá esta fase la que con alguna justificación merecería este calificativo. Por el contrario, de ningún modo el término

¹² Queda entonces sin resolver el problema de la presencia de dos vasos a torno en los estratos III y IV de El Carambolo (Amores 1995: 162-165). En el marco de la cronología convencional, T. Schattner (2000a: 438-440) los fechó en los inicios del siglo VI a.C., cuando por primera vez se observa un influjo importante de cerámicas jónicas en Occidente (compárense Cabrera 1995: 389-391; 2001: 169-173; Kerschner 2004: 115-129). Según la cronología revisada a que en las presentes páginas nos adherimos, este momento habrá que situarlo ya en la segunda mitad del siglo VII cal a.C., justamente cuando según Herodoto (4,152), el samio Kolaiois abre los mercados del lejano Occidente para el comercio griego. De todos modos, ni en el marco de la cronología convencional ni en el de la actual revisión cronológica, las fechas atribuidas a los dos vasos a torno coinciden con las cronologías propuestas para el «estilo Carambolo», lo que permite ciertas dudas sobre su identificación como productos jónicos.

Figura 12

Fechas radiocarbónicas de unidades estratigráficas de Tel Rehov con importaciones de cerámica geométrica griega. Solo se incluyen las dataciones realizadas por los laboratorios de Tucson (según Mazar / Carmi 2001: tab. 6) y de Groningen (según Bruins et al. 2003 a: tab. S1). La calibración –solo de las medias estadísticas– se efectuó en base del juego de datos Intcal98

<i>unidad estratigráfica</i>	<i>n.º laboratorio</i>	<i>fecha BP</i>	<i>fecha cal AC (1 sigma)</i>	<i>fecha cal AC (2 sigma)</i>	<i>materia de la muestra</i>
IV área C nivel C1a locus 5498	GrA 21152 GrA 21154 GrA 21267 media estadística	2770±50 2730±50 2760±35 2755±25	918-892 (25,4%) 880-836 (42,8%)	970-958 (5,9%) 934-830 (89,5%)	semillas
V área B nivel B5 locus 2418	GrA 21034 GrA 21047 GrA 21179 media estadística	2760±35 2820±35 2770±50 2786±22	973-956 (19,9%) 942-898 (48,3%)	998-895 (84,0%) 877-842 (11,4%)	huesos de aceituna
V área C nivel C1b locus 2422	GrN 27361 GrN 27362 GrN 27412 media estadística	2764±11 2777±13 2785±28 2771±8	969-960 (10,7%) 926-896 (57,5%)	970-958 (12,4%) 933-894 (61,9%) 878-840 (21,1%)	semillas
V área C nivel C1b/1a locus 2425	GrN 26114 GrN 26115 AA 30431 U3 11 AA 30431 U3 12 AA 30431 U3 13 AA 30431 U3 21 AA 30431 U3 22 AA 30431 U3 23 AA 30431 U3 31 AA 30431 U3 32 AA 30431 U3 33 media estadística		2775±20 2800±20 2830±55 2745±50 2730±45 2815±50 2770±50 2710±45 2685±45 2760±60 2740±50 2760±15	918-895 (49,0%) 876- 856 (33,4%) 854-843 (17,6%) 926-836 (100%)	semillas
V área C nivel C1b locus 2441	GrN 26116 GrN 26117 GrN 27385 GrN 27386 media estadística	2810±20 2775±25 2771±15 2761±15 2776±9	969-960 (14,0%) 925-899 (54,2%)	971-957 (18,1%) 937-895 (64,9%) 877-844 (12,4%)	semillas
VI área C locus 4426	GrN 27366 GrN 21043 GrN 21054 GrN 21182 media estadística	2761±14 2775±35 2805±35 2800±50 2768±12	968-961 (6,9%) 924-896 (44,1%) 876-860 (13,1%) 850-844 (4,1%)	970-958 (10,1%) 934-892 (53,6%) 880-836 (31,7%)	semillas y restos de carbón
V/VI área D nivel D2	GrN 26112	2805±15	996- 989 (7,9%) 974-953 (26,6%) 944-919 (33,6%)	999-905 (95,4%)	huesos de aceituna

«precolonial» nos parece adecuado para referirse al horizonte cronológico del Geométrico Medio II ático. Si en la bibliografía son frecuentes las afirmaciones contrarias, eso se debe a la asunción errónea de que el elenco cerámico de los primeros establecimientos «coloniales» se caracteriza por jarros de boca de seta y por los característicos platos de borde vuelto occidentales (González de Canales *et al.* 2004: 187 s). De ser así, la fase fundacional de los emporios fenicios en la costa meridional de la Península efectivamente sería posterior al Geométrico Medio II ático. Pero por lo menos en el Morro de

Mezquitilla, los respectivos tipos cerámicos sólo aparecen a partir de la fase B1b (Maaß-Lindemann 1998: 540-543). Así pues, no nos parece indicado revisar nuestra anterior propuesta de una sincronización de la fase B1a del Morro de Mezquitilla con el Geométrico Medio II ático (Brandherm 2006: 11). En consecuencia, mientras no surjan nuevos datos que apoyen afirmaciones contrarias, tampoco podemos adherirnos a la opinión que cuenta la cerámica del Geométrico Medio II como elemento característico de una «fase precolonial» en Occidente (González de Canales *et al.* 2004).

APÉNDICE

Hallazgos de cerámica griega en yacimientos del Levante meridional; la numeración de la piezas corresponde con la figura 3; abreviaciones: GI = Geométrico Inicial, GM = Geométrico Medio, GF = Geométrico Final, PTC = Protocorintio, PTG = Protogeométrico, SubPTG = Subprotogeométrico

1. Tell Abu Hawam: escifo cicládico (?) de la transición GM II/GF I, procedente de una fosa excavada desde el estrato IIIb3 en niveles del estrato IV (Balensi 1985: 69, fig. 3; Kearsley 1986: 85 s; Gómez y Balensi 1999: 55-58, fig. 4, 3; Aznar et al. 2005: 24 s); el fragmento de una cratera eubea, también de la transición GM II/GF I, fue recuperado en superficie y por lo tanto carece de contexto estratigráfico (Gómez y Balensi 1999: 58-61, fig. 4 a; Aznar et al. 2005: 29 s; Mederos 2005a: 312).
2. Tell Abu Hawam: escifo eubeo y taza eubea o cicládica del SubPTG (anteriormente atribuidos al GI II/GM I), procedente del estrato IIIb3 o de la misma fosa excavada desde el estrato IIIb3 en niveles del estrato IV como el n.º 1 (Clairmont 1955: 99; Riis 1970: 144, fig. 47, a. b; Herrera y Balensi 1986: 170, fig. 1 a. b; Kearsley 1986: 85 s; Gómez y Balensi 1999: 54 s, fig. 4, 1. 2; Fantalkin 2001: 119).
3. Samaria: varios fragmentos de una cratera de estilo ático del GM II reciente; por lo menos uno de los respectivos fragmentos procede de un contexto de la Pottery Phase V, posiblemente intruso con origen en estratos más antiguos; otros fragmentos del mismo recipiente se hallaron intrusos en estratos helenísticos y romanos; existen más fragmentos de cerámica ática del GM II, pero no disponen de un contexto estratigráfico documentado (Riis 1970: 146-148, fig. 49; Forsberg 1995: 18 s; Coldstream 2003a: 249-251, fig. 1).
4. Megiddo: dos fragmentos de un escifo ático del GM I antiguo que en la bibliografía se han atribuido a distintos niveles de los estratos IV y V; existen varios fragmentos más de cerámica ática del GM I en el yacimiento, cuyo contexto estratigráfico sin embargo no está documentado (Clairmont 1955: 99 s, lám. 20; Riis 1970: 144-146, fig. 47, c-h; Coldstream 2003a: 249-251, fig. 2; Mederos 2005a: 323-325).
5. Tiro: plato eubeo del SubPTG III, procedente del estrato II (Bikai 1978a: 66, lám. 11a, 20; Nitsche 1986-1987: 27).
6. Tiro: kotyle del PTC Inicial, procedente del estrato II (Bikai 1978a: lám. 11a, 24; Nitsche 1986-1987: 27).
7. Tiro: cratera ática-eubea del GM II, procedente del estrato III (Bikai 1978a: 66, lám. 11a, 27; 88, 1; Nitsche 1986-1987: 27, fig. 7, 1).
8. Tiro: escifo ático del GI II/GM I, procedente del estrato VIII (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 3; Nitsche 1986-1987: 22).
9. Tiro: cratera o lebes eubeo del PTG Final/SubPTG, procedente del estrato VIII (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 7; Nitsche 1986-1987: 24).
10. Tiro: vaso ático del GM I, procedente del estrato IX (Bikai 1978a: 66 lám. 22a, 2; Nitsche 1986-1987: 23, fig. 5, 1).
11. Tiro: dos platos eubeos del SubPTG, procedentes del estrato IX (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 5. 6; Nitsche 1986-1987: 22, fig. 11, 1).
12. Tiro: escifo eubeo del SubPTG II/III, procedente del estrato IX (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 4; Nitsche 1986-1987: 21 s, fig. 4, 1).
13. Tiro: cratera o lebes eubeo del PTG Final/SubPTG, procedente del estrato IX (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 14; 88, 6; Nitsche 1986-1987: 24, fig. 6, 1; Coldstream y Bikai 1988: 40, lám. 12, 72-75).
14. Tiro: escifo eubeo del PTG Final, procedente del estrato IX (Bikai 1978a: 66, lám. 22a, 1; Nitsche 1986-1987: 14; Coldstream y Bikai 1988: 39, lám. 11, 45).
15. Tiro: ánfora eubea del PTG Medio/Final, procedente del estrato IX; el fragmento aparentemente pertenece al mismo recipiente que el n.º 20 (Bikai 1978a: 66, lám. 21, 7; Nitsche 1986-1987: 12-14, fig. 1).
16. Tiro: plato eubeo del SubPTG I/II, procedente del estrato X-1 (Bikai 1978a: 66, lám. 24, 5; Nitsche 1986-87: 20, fig. 10, 1).
17. Tiro: escifo eubeo del PTG Final/SubPTG, procedente del estrato X-1 (Bikai 1978a: 66, lám. 24, 6; Nitsche 1986-1987: 18-20, fig. 3, 1).
18. Tiro: escifo eubeo del PTG Final/SubPTG, procedente del estrato XI (Bikai 1978a: 66; Nitsche 1986-1987: 16 s).
19. Tiro: escifo eubeo del PTG Final, procedente del estrato XI (Bikai 1978a: 66, lám. 30, 3; Nitsche 1986-1987: 14-16, fig. 2, 1).
20. Tiro: ánfora eubea del PTG Medio/Final, procedente del estrato XI; el fragmento aparentemente pertenece al mismo recipiente que el n.º 15 (Bikai 1978a: 66, lám. 30, 1; Nitsche 1986-1987: 12-14, fig. 1).
21. Tel Rehov: escifo ático del GM I antiguo, procedente del estrato IV (Coldstream y Mazar 2003: 35, fig. 7).
22. Tel Rehov: escifo eubeo del SubPTG I-IIIa, procedente del estrato IV (Coldstream y Mazar 2003: 33, fig. 5).
23. Tel Rehov: píxide eubea del SubPTG II-IIIa, procedente del estrato V (Coldstream y Mazar 2003: 34 s, fig. 6; Mazar 2004: 24, fig. 1).
24. Tel Rehov: cratera eubea del PTG Final/SubPTG, procedente del estrato V (Coldstream y Mazar 2003: 32, fig. 2).
25. Tel Rehov: cratera eubea del PTG Final/SubPTG, procedente de los estratos V o VI (Coldstream y Mazar 2003: 32, fig. 3).
26. Tel Dor: escifo del GF, perteneciente al grupo de la cerámica «Al Mina», posiblemente de origen chipriota, procedente del estrato D2/6 (Dor 2005).
27. Tel Dor: escifo del GF, perteneciente al grupo de la cerámica «Al Mina», posiblemente de origen chipriota, procede del area B2; los excavadores no lo atribuyen a ningún estrato in concreto, sólo indican que se halló sobre el suelo del la «four-chambered gate»; un fragmento similar procede

de un contexto menos claro en el area E (Stern *et al.* 1991: 55; Stern 1993: 27; Waldbaum 1994: 58).

28. Tel Dor: taza eubea del PTG Medio/Final, procedente del estrato 8c en el sector D2 (Stern 2000: lám. 9, 4; Gilboa y Sharon 2003: 69 s, fig. 11, 19).
29. Tel Dor: crátera (?) eubea del PTG Medio, procedente del estrato 8c en el sector D2 (Stern 2000: lám. 9, 4; Gilboa y Sharon 2003: 69 s).
30. Tel Hadar: lebes del PTG Medio/Final, procedente de un contexto de la fase IV (Fantalkin 2001: 118; Kopcke 2002: 112-14, figs. 1-4; Mazar 2004: 29 s).

ABSTRACT

A rather poor fit has long been noted between conventional «historical» dates for Greek pottery from the Protogeometric and Geometric periods on the one hand, and, on the other, radiocarbon dates from contexts throughout the Mediterranean that can be linked to the Greek pottery sequence.

In general, radiocarbon dates and, where available, also dendrochronological age determinations for the 11th to 9th centuries have consistently produced dates c. 80 years too early when compared to conventional dates. After c. 800 cal BC, an anomaly in the calibration curve, the so-called «Hallstatt-plateau», renders it impossible to follow up this striking discrepancy.

In the present contribution, a revised chronology for Greek Geometric pottery is discussed that takes into account a significant chronological offset between the Attic and Euboean pottery styles on one hand, and the Corinthian style on the other, an offset first observed by M. Trachsel in his groundbreaking work on early Iron Age chronology in Europe and the Mediterranean.

While in past studies of chronological issues, the Late Geometric period was conceived mostly as a rather monolithic block, firmly anchored to the foundation dates of Greek colonies in Sicily and mainland Italy, here it is argued that the dates provided by Greek historians are directly applicable only to Corinthian style pottery, while the Attic and Euboean Late Geometric may be dated several decades earlier.

This would have a substantial impact also on the dating of Phoenician pottery of the 11th to 8th centuries BC, and on a number of local pottery styles in various parts of the Mediterranean as well, whose dating depends primarily on Greek and Phoenician imports. Such a model would explain and eliminate most if not all of the formerly observed discrepancies between «historical» dates and the available results of scientific dating methods. In effect, it would mean that the earliest archaeologically visible Phoenician presence in the far West, with which early imports of Greek Geometric pottery are usually associated, can now comfortably be dated to the 10th century BC.

LA PRECOLONIZACIÓN A TRAVÉS DE LOS SÍMBOLOS

Sebastián Celestino Pérez*

CUESTIONES HISTORIOGRÁFICAS PREVIAS

Pocas veces un vocablo utilizado para concretar una fase histórica ha estado expuesto a un continuo análisis semántico como el que aquí nos ocupa: precolonización. Como suele suceder en nuestra disciplina, una vez introducido el término y acogido sin reservas previas, se implanta definitivamente en la bibliografía, por lo que quienes cuestionan su significado inicial tienen que batirse dialécticamente para, sin abandonarlo por la ventaja que supone su concisión cronológica y geográfica, transmitirnos la acepción que ellos defienden. Esta circunstancia ha obligado a la mayoría de los investigadores que se han acercado a este complejo y desdibujado periodo histórico a utilizar el escolio para posicionarse ante tan confusa palabra. Por lo tanto, aunque se ha impuesto la praxis y el término precolonización parece definitivamente arraigado, con o sin comillas, y aunque sólo sea para negarlo, también es verdad que se ha echado mano de la glosa para fijar una postura interpretativa lo más clara posible.

La carga de profundidad que conlleva la palabra precolonización en el contexto histórico que aquí tratamos no está en sintonía con la claridad que ofrece para otros periodos históricos. Nadie tiene que hacer florituras interpretativas cuando utiliza el prefijo «pre» referido a otras épocas, y todos sabemos a qué nos referimos si hablamos del periodo precolombino o del precolonial africano, por poner dos ejemplos muy al uso. En Arqueología quizá rizamos algo más el rizo y nos vemos obligados a explicar el sentido y significado exacto de cada denominación histórica que valoramos; así ocurre, por ejemplo, con el término prerromano, tan confuso y versátil como el que aquí nos atañe. Por no hablar del término Orientalizante, introducido con éxito a mediados del siglo pasado y que ha generado acepciones para todos los gustos, cuando en realidad no deja de ser un vocablo que esconde un cierto complejo de inferioridad histórica, pues si es cierto que puede emplearse con elasticidad cuando nos referimos a inmuebles o a ciertos objetos manufacturados, es un despropósito utilizarlo para un período tan concreto de la Protohistoria peninsular, a veces incluso con tintes étnicos cuando se sustituye por tartésico, y todo por no utilizar la palabra oriental, mucho más certera para esa fase colonial. Y si lo Orientalizante ya es una entelequia en la

que hemos navegado muchos, excuso definir otros términos aún más desafortunados y que parten de esa falsa premisa terminológica, caso de lo proto-orientalizante, sinónimo de precolonial para algunos autores, y no digamos ya de lo post-orientalizante, término que sólo transmite ignorancia e indefinición histórica.

La cuestión de fondo parece que se restringe a dos valoraciones distintas: la precolonización interpretada como un momento anterior e independiente de la colonización mediterránea, sin ningún nexo de unión, pues, entre sendos hechos históricos; y la precolonización entendida como un paso previo de agentes procedentes del Mediterráneo oriental para preparar la futura colonización histórica. Si embargo, la mayor parte de los investigadores han optado por obviar la polémica y simplemente califican como precolonial los materiales de origen mediterráneo documentados en contextos cronológicamente anteriores a la colonización fenicia y griega, y aunque ello puede retrotraernos a tiempos más remotos, asumen que con este término siempre se están refiriendo a una fase cronológica concreta que, a grandes rasgos, abarca desde el siglo XII hasta mediados del siglo IX a.n.e. En el fondo, pues, lo que parece que se quiere transmitir es una especie de convergencia entre la fecha en que las fuentes escritas sitúan la fundación de Cádiz por los fenicios y las dataciones que emanan de la investigación arqueológica.

Este intenso debate sobre el significado del término precolonización ya fue abierto hace dos décadas por los investigadores italianos en un congreso específico celebrado en Roma en 1985 bajo el título «Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico» y cuyas actas fueron editadas tres años más tarde. Pero el modelo no es válido para nuestra península toda vez que para el Mediterráneo central lo precolonial está estrechamente vinculado a las navegaciones micénicas hacia occidente (Moscati 1983; Bondi 1988a; Bartoloni 1990; Grahán 1990; Bernardini 1991; Guzzardi 1991; Bartoloni, Bondi y Moscati 1997), navegaciones en las que algunos arqueólogos, a la sombra de los materiales micénicos detectados en la Península Ibérica, proyectan hasta el extremo occidental de Europa, aunque la mayor parte de ellos con el filtro que debió suponer las islas del Mediterráneo central (Lo Schiavo 1991b; 2003b; Bernardini 1991; Ruíz-Gálvez 1993; 1998a; Torres 2004; Cultraro 2005). Pero no parece lógico que consideremos la presencia de materiales micénicos en la Península Ibérica como un argumento de valor para justificar la llegada de agentes del Mediterráneo oriental aprovechando la crisis de la hegemonía micénica. Amén de los famosos materiales cerámicos procedentes del Llanete de los Moros, en la localidad

* Instituto de Arqueología- Mérida. CSIC. Plaza de España, 15 – 06800 Mérida (Badajoz) – e-mail: scelestino@iam.csic.es

cordobesa de Montoro (Martín de la Cruz 1989; Martín de la Cruz y Perlines 1993), se han identificado otros hallados en yacimientos del sur peninsular como los de la Cuesta del Negro, en la provincia de Granada (Molina y Pareja 1975), en Carmona (Pellicer y Amores 1985) y Gatas, en Almería (Castro *et al.* 1993). A pesar de que cada día parecen más bajas las cronologías que se manejan en un principio para algunas de estas cerámicas (Perlines 2005), el salto cronológico aún parece insalvable para hacerlo coincidir con la fase precolonial, y tampoco parece que el número de hallazgos nos permita hablar, al menos por el momento, de un contacto sólido con la península. No obstante, en los últimos años se ha hecho un considerable esfuerzo por parte de algunos investigadores para intentar sintonizar las numerosas baterías de cronología radiocarbónica y dendrocronológica efectuadas tanto en Europa Occidental como en el Próximo Oriente y el Mediterráneo Occidental; curiosamente todos estos trabajos tienden a subir las fechas considerablemente, dejando un vacío insalvable entre el Bronce Final y la colonización fenicia (Mederos 1999b; 2005a; Torres 1998; 2005); pero como el propio Mederos dice, todos los sistemas cronológicos están en discusión (2005a: 305), y por lo tanto debemos ser aún cautos con ellos.

El término precolonización se generaliza en la bibliografía española tarde y bajo la influencia del mencionado congreso italiano. Sin embargo, ya a finales de los años 70 del pasado siglo se habían formulado algunas hipótesis sobre la existencia de contactos previos entre el sur de la Península Ibérica y otras zonas del Mediterráneo que, sin embargo, ya habían sido enunciadas tímidamente dos décadas atrás (Tarradell 1956: 795; 1968: 95). Se abrieron así dos grandes líneas de trabajo protagonizadas por dos investigadores que han vuelto sobre el tema en repetidas ocasiones; para el primero de ellos estas relaciones previas a la colonización estarían protagonizadas por gentes procedentes del Egeo vinculadas a su vez con la dispersión de los Pueblos del Mar (Bendala 1977; 1983; 1992; 2000); mientras que para el segundo, la colonización fenicia habría estado precedida por un contacto protagonizado por comerciantes de la zona sirio-fenicia (Almagro-Gorbea 1977a; 1983a; 1989; 1996c; 1998; 2001). Para denominar con la mayor precisión cronológica posible esta fase, Almagro-Gorbea introdujo el término Protoorientalizante (1977a: 491), un periodo que no representaría discontinuidad alguna con la fase anterior, sino que supondría la introducción de los primeros materiales de origen mediterráneo en los últimos momentos del Bronce Final. Sin embargo, a partir de 1993, opta por incorporar el término precolonización, aunque sin variar sensiblemente la definición anterior. Otros autores, con una concepción muy similar de este horizonte cronológico, lo han denominado preferencia (Aubert 1992: 180), térmi-

no mucho más explícito para explicar los contactos previos a la colonización histórica pero sin relación con el mundo fenicio. En los últimos años se ha optado por una vía más ecléctica para justificar la temprana y variada presencia de elementos procedentes del Mediterráneo, utilizando Cerdeña como escala necesaria para la llegada de productos tanto del Egeo como de la costa levantina (Briard 1965; Giardino 1986; 1995; Barceló 1995; Ruíz-Gálvez 1995b; 1998a), abogando algunos investigadores incluso por la presencia de poblaciones sardas en la costa atlántica de la Península Ibérica, bien por la presencia de tumbas de presunto origen sardo, como la de Roça do Casal do Meio (Ruíz-Gálvez 1995f: 148 ss.), hipótesis que ha sido refutada recientemente por los análisis acometidos en los enterramientos (Vilaça y Cunha 2004: 48 ss.); o bien por la presencia de cerámicas sardas en algunos enclaves atlánticos (Torres 2004). También se ha propuesto Sicilia como el lugar más propicio para actuar como nexo entre el comercio mediterráneo y atlántico, aunque interactuando con la propia Cerdeña (Albanese 2003). Por último, otros investigadores ponen en duda la eficacia del comercio directo entre Cerdeña o Sicilia con las costas peninsulares, optando por la vía terrestre a través de la península italiana y Francia hasta alcanzar el Atlántico (Lo Schiavo 1991; 2002; Guilaine y Rancoule 1996; Guilaine y Py 2000) o a través de las islas Baleares directamente a la Península Ibérica (Botto 2002; Guerrero 2004c).

En definitiva, y a pesar de los inconvenientes que genera la palabra precolonización, el caso es que su utilización se ha generalizado en la bibliografía y, lo que es más llamativo, sobre todo por aquellos que conciben el término en un sentido muy distinto que para el que fue creado (Domínguez Monedero 1994a; Alvar 1997; 2000; Guerrero 2000; Ruíz-Gálvez 2000a; 2005; Celestino 2001a; e.p.; Blázquez 2002).

Pero la realidad arqueológica es tozuda, y a pesar de que a veces hemos utilizado la tesis más optimista según la cual existía una presencia de indígenas en el suroeste de la Península Ibérica con un grado de desarrollo económico y social lo suficientemente avanzado como para negociar sin demasiadas desventajas con los fenicios, lo cierto es que carecemos de los mínimos datos concluyentes que aboguen por esta tesis, aunque algunos investigadores incluso defiendan, no sólo la inexistencia de la precolonización en el sentido clásico del término, sino una organización social en esta zona de carácter estatal y con escritura propia ya en época preferencia (Ruíz-Gálvez 2000a: 17). Pero al día de hoy y con el sensible avance de la investigación en este campo, la situación parece muy diferente en otros lugares del Mediterráneo Central. En este sentido, la gran aportación de M.^a E. Aubert ha consistido en introducir el análisis histórico en el área fenicia, lo que ha ayudado a entender las causas de su expansión

hacia occidente y el papel de otros puntos geográficos del Mediterráneo para garantizar el éxito de la colonización, huyendo de cualquier consideración precolonial (Aubet 1994). Esta línea de trabajo se ha visto potenciada en los últimos años por las importantes aportaciones de investigadores especializados en cuestiones filológicas que han abierto un amplio campo de estudio fundamental para entender las consecuencias, principalmente de tipo religioso, de la cultura oriental en el extremo occidente (Zamora 2004; e.p.).

Buena parte del sustento teórico de la precolonización se basó en la tesis que en 1978 desarrollaron Frankenstein y Rowlands sobre los «bienes de prestigio», reivindicada y a la vez perfeccionada años más tarde (Hedeager 1992); hoy parece que adquiere una nueva dimensión al considerarlos no sólo como un intercambio meramente comercial, sino que esos bienes de prestigio también responderían a la presencia y movimiento de personas que transmiten gustos y valores a tierras muy lejanas (Kristiansen y Larson 2006: 53). Pero también era el momento en que los cambios culturales se explicaban desde dentro de la sociedad afectada, por marginal que ésta fuera, desterrándose drásticamente el marco histórico-cultural que explicaba esos cambios gracias a la difusión. Este drástico cambio de visión protagonizado por los teóricos procesuales y posprocesuales, puso el énfasis de esos cambios sociales en la propia dinámica interna de las comunidades del Bronce Final, lo que propició el desarrollo de una nueva base teórica centrada en la interacción cultural. La teoría de los denominados «World systems» (Rowlands, Larsen y Kristiansen 1987; Bintliff 1991; Kristiansen y Rowlands 1998; Chew 2001) supuso un cambio radical en la visión histórica de la prehistoria europea, aunque con una base claramente funcionalista, y fue aplicada en nuestro país, no sin cierto retraso, para explicar los momentos previos de la colonización fenicia de la Península Ibérica. A la formulación de Centro-Periferia que cimentaba la teoría, se añadió un espacio más que permitiría así considerar sociedades alejadas de los circuitos comerciales tradicionales, era el Margen (Sherratt 1994; Sherratt y Sherratt 1998), ámbito que afectaría, precisamente, a las zonas del interior peninsular donde se detectaba la presencia de objetos foráneos de origen mediterráneo antes de la colonización histórica por parte de los fenicios. A estas teorías se unió la desarrollada en 1998 por Godelier sobre el don y el contradón, un nuevo espacio de interacción entre indígenas y colonos que también ha calado con éxito entre buena parte de los investigadores españoles.

Hoy se ha dado un paso más allá, curiosamente siempre de la mano de un protagonista común, y nos adentramos en la denominada «Arqueología intercontextual» (Kristiansen y Larson 2006), una propuesta cuya estrategia interpretativa se basa en la identificación de símbolos centrales en todos los contextos donde aparezcan y que

los vincula en una esfera cosmogónica o ritual de significado intercontextual; es decir, un símbolo universal será recontextualizado por cada cultura, adaptándolo a la tradición e idiosincrasia de cada comunidad. Un marco teórico que pronto será recurrente para explicar el fenómeno de la precolonización y, sobre todo, la aculturación de las sociedades indígenas por parte de los primeros colonizadores; pero como las anteriores, incapaz de dar respuesta al proceso histórico de las sociedades poseedoras de los objetos exóticos que analizan. No deja de ser curioso que los que han aportado una base teórica sólida para justificar el fenómeno de la precolonización hayan sido los historiadores de la Antigüedad (Domínguez Monedero 1994a; Alvar 1997; 2000), ambos además en bastante sintonía argumental. Pero como sus trabajos más recientes se publican en este monográfico, me remito como es lógico a ellos.

Como es obvio, ninguna de estas teorías, salvo las últimas mencionadas, fueron creadas expresamente para justificar el fenómeno de la precolonización, lo que ha supuesto que los investigadores dedicados a este período cronológico naveguen con cierta inseguridad. A ello debemos añadir las diferentes concepciones que sobre la precolonización tienen los estudiosos de los distintos ámbitos geográficos europeos, así como las variopintas fechas que se manejan según qué zona. Por último, reseñar la importante aportación que en los últimos años ha supuesto la Arqueometría, principalmente la basada en el análisis radiocarbónico. No podemos obviar los avances conseguidos, si bien aún quedan muchas dudas por despejar a tenor por las variables que se manejan (Barros y Soares 2004; Castro *et al.* 1995; Castro, Lull y Micó 1996; Docter *et al.* 2005; Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005b; Manning *et al.* 2001; 2006; Mederos 1997a; 2005; Nijboer y Plicht 2006; Ruíz-Gálvez 1995b; Torres 1998; Torres, Ruíz-Gálvez y Rubinos 2005; Vilaça y Cunha 2005); pero que por lo general tienden a subir las fechas de la colonización histórica, y en general de forma sensible. De ser así, el problema que se avecina, y que ya está marcando el ritmo de las nuevas investigaciones, es importante. Me refiero concretamente a la publicación del lote de cerámica recuperado en los estratos inferiores del solar Méndez Núñez/Plaza de Monjas, una de los hallazgos que más han convulsionado la Arqueología de época protohistórica en los últimos años (González de Canales, Serrano y Llompart 2004; 2006), y que pone en evidencia la debilidad de nuestros argumentos cuando un hallazgo de esta naturaleza es capaz de hacer tambalear años de investigación, debido en muchos casos a la gran cantidad de axiomas que ha generado la arqueología protohistórica; como muestra de ello, valga la alusión constante y prácticamente unánime que todos los autores, españoles o extranjeros, hacen del hallazgo en las últimas reuniones

científicas. El impacto es tan grande que deberíamos digerir tal cúmulo de información hasta poderlos contrastar con otros hallazgos que, sin duda, se producirán tarde o temprano. De hecho ya conocemos las cerámicas sardas de El Carambolo (Torres 2004); o los hallazgos de la calle Canovas del Castillo de Cádiz (Córdoba y Ruíz Mata 2005), aunque ninguno de ellos tan antiguo y rotundo como el que nos ha proporcionado el solar onubense en cuestión.

Con estos hallazgos, haciendo especial hincapié en los de Huelva, se nos plantean un sin número de preguntas aún difíciles de resolver. Por ejemplo, ¿por qué definir como emporio precolonial, como los propios autores defienden, lo que podría ser ya una colonia fenicia? Es cierto que no hay estructuras de diseño oriental que lo avale, pero tampoco hace pocos años teníamos los lotes cerámicos ahora estudiados. Otro dato muy significativo, si aceptamos las cronologías absolutas más generosas, es que Huelva se convertiría en el primer asentamiento fenicio del extremo occidental, antes incluso que Cartago, cuyas fechas radiocarbónicas no superan la mitad del siglo IX (Nijboer y Plicht 2006: 34). Y no es que sea imposible, es simplemente que rompe esquemas que arrastramos desde hace muchos años. Pero surgen más preguntas; teniendo en cuenta que las fechas de Méndez Núñez se equiparan a los hallazgos de la Ría de Huelva, ¿se puede plantear que la carga fuera de un barco fenicio cuya singladura tendría como destino la desembocadura del Tajo o del Mondego? ¿El carro votivo de Baioes también pudo haberse introducido en la península por navegantes fenicios? Es más, ¿las estelas del suroeste, en consonancia con todo ello, recibirían los objetos orientales que representan en una fecha anterior a la que hasta ahora se ha propuesto? Y por último, por qué se define el lugar como emporio?

Lo que parece claro es que no podemos abordar la precolonización como un fenómeno general en el Mediterráneo, ni tan siquiera tiene rasgos similares ni fechas coincidentes. En el Mediterráneo Central la precolonización está muy marcada por la presencia micénica y posteriormente chipriota, lo que le confiere no sólo una mayor antigüedad, sino también un mayor impacto socioeconómico por haberse producido en sociedades con una evidente complejidad social (Ridway 2000), caso de la cultura nurágica en Cerdeña, donde los contactos tanto con el mundo micénico (Lo Schiavo 1985; Vagnetti 1999; Jones, Levi y Bettelli 2005) como con el chipriota (Ferrarese, Vagnetti y Lo Schiavo 1987), si no de los dos a la vez (Mederos 2002), son bien conocidos, además de los trabajos que Bartoloni desarrolló sobre la presencia precolonial fenicia en la isla y que él denomina protocolonización (Bartoloni 1998b). Pero es la isla de Cerdeña la que ha capitalizado una buena parte de la investigación por

considerarse un punto neurálgico capaz de catalizar el comercio entre el Mediterráneo Oriental, ya sea el Levante o Chipre, y el Occidental, (Lo Schiavo 1985; 2003a). También Sicilia ha participado de ese protagonismo como posible centro de distribución del comercio entre Oriente y Occidente durante los momentos postreros del Bronce Final (Bernabò 1954; Albanese 2003; Cultraro 2005). Estos puntos de referencias del Mediterráneo Central han sido la base argumental en los últimos años para justificar la presencia de elementos mediterráneos en las costas atlánticas, tema que aunque sigue estando en vigor tras su fuerte impulso en los años 90 del pasado siglo (Ruíz-Gálvez 1995b, 1998a; Mederos 2005a), hoy están perdiendo fuerza, o al menos complementándose con la exploración de otras rutas alternativas por vía terrestre desde la península italiana (Botto 1995; Guerrero 2004c; Guilaine 1990; Guilaine y Racoule 1996).

LOS LINGOTES CHIPRIOTAS O DE PIEL DE TORO. UN NEXO DE UNIÓN COMERCIAL Y SIMBÓLICO ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

EL LINGOTE CHIPRIOTA Y SU VALOR COMERCIAL

Hay elementos de fuerte componente comercial, como los lingotes de cobre, amén de multitud de materiales que hacen innecesario ahondar sobre el origen y desarrollo del comercio oriental en Sicilia, en Cerdeña o en la península itálica (Lo Schiavo 1983; 1985; 2003a; Lo Schiavo, Macnamara y Vagnetti 1985; Bernardini 1991; Bondi 1988; Botto 1995; Gale y Stos-Gale 1986; Graziaudio 1997; Vagnetti 1999; Giardino 2000; Albanese 2001; Matthäus 1988; Bettelli 2002), donde la presencia de los lingotes con forma de piel de toro extendida ha sido determinante para atisbar al menos una ruta comercial en esa zona del Mediterráneo cuyo protagonista principal parece Chipre, aunque no se descarta que, en momentos más tardíos, también se elaboraran estos lingotes en la propia Cerdeña a tenor de la riqueza en cobre de la isla (Lo Schiavo 1989; 1990b; 1999; 2005; Vagnetti y Lo Schiavo 1989; Gale 1991a; Lagarce y Lagarce 1997; Giardino 1995). Esta última cuestión ha suscitado una viva polémica al entrar en juego la Arqueometría, en concreto las sucesivas analíticas que se vienen realizando sobre los isótopos de plomo de los lingotes de cobre chipriotas procedentes de las islas del Mediterráneo Central por parte de diferente especialistas; si unos defienden el origen chipriota, basándose en el análisis de 200 muestras sobre 26 minas de cobre de Chipre, donde se han podido distinguir hasta cinco grupos de isótopos, concluyendo que todos proceden de la isla y, principalmente, de la mina de Apliki, al norte de Chipre (Stos-Gale, Maliotis, Gale y Annetts 1997;

117ss); otros, centrándose en los lingotes procedentes de Cerdeña y amparándose también en los análisis químicos, defienden la elaboración de éstos en la isla italiana, apoyándose en el principio de que la ratio de los diferentes isótopos de plomo en el cobre no tiene por qué incidir en el proceso metalúrgico (Pinarelli 2004: 179). Por último, y tras la analítica de una buena parte de los lingotes procedentes de la nave de Ulu Burum, otros investigadores abogan por la diversidad y la reelaboración de estos lingotes, algunos con un alto contenido de plomo que desvirtúan el conocimiento de su verdadero origen (Haupmann, Maddin y Prange 2002: 26ss), si bien con anterioridad se había apuntado a la mencionada mina de Apliki como el lugar de donde procedía el cobre de los lingotes (Pulak 2001). Por lo tanto, lo que nos interesa ahora es resaltar la importancia e imposición del lingote chipriota o de piel de toro en todo el Mediterráneo oriental y central, porque es un argumento que nos interesará para confrontarlo con la península ibérica donde, recordemos, no ha aparecido ningún lingote de cobre de esta forma, aunque sí se han producido novedades que pueden justificar su presencia, al menos en el ámbito simbólico.

Salvo la excepción de algunos lingote de estaño localizados en los dos barcos hundidos en las costas de Turquía, la inmensa mayoría de los hallados son de cobre, utilizándose desde al menos el siglo XV hasta el XI a. n. e. Tienen un peso medio de 29 kg, aunque algunos de los hallados en Chipre rozan los 40 kg, y su forma invariable responde a la de una piel de toro extendida, si bien varían los tipos según zonas y épocas. Curiosamente, los ejemplares más antiguos proceden de Creta, donde no hay cobre, mientras que los más modernos son sardos. En este sentido llama la atención que una de las formas de denominar los lingotes sea *keftiubarren*, nombre con el que los egipcios se referían a los cretenses, pero también se les denomina *retenu*, en este caso vinculado a Siria; pero la mayor parte de los lingotes debieron proceder de Chipre (Gale 1991a) a pesar, como decía anteriormente, de las tesis modernas de algunos arqueólogos italianos que piensan que en la última fase pudieron elaborarse en la isla italiana; los análisis efectuados, como hemos visto, no han permitirlo certificarlo, pero también es cierto que existen ricas minas de cobre en Cerdeña que pudieron permitir esa elaboración, amén de la pura lógica de la explotación comercial. Lo más curioso es que los lingotes chipriotas hallados hasta hoy en Cerdeña no sobrepasan el siglo XIII a. n. e. Estos hallazgos de las islas del Mediterráneo tienen una importante conexión con el Levante oriental gracias al hallazgo del único molde de lingote encontrado en Siria, en el palacio norte del Bronce final de Ras Ibn Hani, al sur de Ugarit (Bounni, Lagarce y Lagarce 2001: 86; Craddock, Freestone y Dawe

1997: 7), lo que demuestra que su elaboración no es tampoco ajena a la costa sirio-palestina. En cuanto a la circulación de estos lingotes, basta con aludir a las excavaciones de los barcos hallados en la costa turca, el del cabo de Gelidonya, con 34 lingotes (Bass 1967), y el de Ulu Burum (Bass 1986; Pulak 1988), con casi 350, para darnos cuenta no sólo de la importancia de los lingotes en el tráfico comercial mediterráneo, sino de la variedad de productos que circulaban entre al menos los siglos XIV y XII por estas costas.

LA IMAGEN DEL LINGOTE CHIPRIOTA

Pero más antiguos que los lingotes son sus propias imágenes, donde sobresale una representación documentada en un sello procedente de Pyla, al sur de Chipre, bien datado en el siglo XV (Buchanan 1968 : 601). La pieza, expuesta en el Ashmolean Museum de Oxford con el número de inventario AN.1896.5, nos muestra una escena del mayor interés. En el sello se representó un lingote de piel de toro en la parte superior, seguido de pájaros, grifos y un león atacando un ibis. El interés se centra en la cabeza de toro que protagoniza la escena, así como en las rosetas inferiores. Se ha interpretado como una representación de la divinidad, en la que el lingote, el toro y las rosetas cobran especial relevancia. También en Egipto, desde comienzos del siglo XIV, fueron bien conocidos los lingotes chipriotas, si bien en este caso sólo documentados en representaciones murales, en concreto en la tumba del alto funcionario de Amenophis II, Rekhimire (Davies 1944: fig. XIX y XXII), asociados a personajes cretenses y sirios, lo que redundaba en la importancia de estos puntos en la distribución de los lingotes de cobre; otra famosa representación es en la que aparece el propio Amenophis II asaeteando un lingote en el tercer Pilón de Karnak, lo que se ha interpretado como un homenaje a su padre, Tutmosis III, quien había derrotado a la coalición sirio-palestina, en la que además participaban contingentes chipriotas, en Meggido. Pero como muy bien apunta Maier (2003:94), esta escena no sólo representaría una demostración de fuerza por parte del faraón hacia los vencidos, sino que el lingote simbolizaría al máximo personaje de la coalición así como al dios que los protege, Hadad.

Donde mayor protagonismo cobra el lingote por las repercusiones que pudo tener en el resto del Mediterráneo Central y Occidental, además de su numerosa presencia, es en Chipre, de donde proceden tres esculturas de bronce de un gran simbolismo. La primera de ellas es bastante conocida; se trata del denominado «dios del lingote» de Enkomi que se conserva en el museo de la Fundación Cultural del Banco de Chipre. La figura, de 35 cm de altura, viste faldellín y grebas, con un imponente y significativo casco de cuernos adornando su cabeza.

El personaje, que porta escudo en la mano izquierda y lanza en ristre en la derecha, se apoya sobre un lingote chipriota (Schaeffer 1965; Catling 1971). Lo más interesante de esta estatua es que fue hallada *in situ* en el interior de la *cella* del santuario, hundida en un hoyo de donde se exhumaron cerámicas bien datadas en el siglo XII a.n.e. El santuario es de pequeñas dimensiones, pero reúne todas las características de un lugar de culto: está orientado al Este, tiene bancos corridos en sus paredes laterales, los suelos especialmente cuidados, altares de piedra que organizan el espacio... Pero para el interés de esta argumentación, me gustaría recordar que en el extremo septentrional del santuario se hallaron una gran cantidad de cráneos de toros que conservaban sus cuernos (Corbois 1971). A tenor del hallazgo en otro santuario de Enkomi de una gran escultura de bronce que representa a un personaje con un sobre dimensionado casco de cuernos, parece que debió ser un tema muy recurrente en la iconografía chipriota de finales de la Edad del Bronce (Dikaios 1971). En definitiva, nos estamos refiriendo al *Smitting God*, una divinidad de fuertes raíces sirio-palestinas que se suele identificar con Baal Hadad, dios a su vez asociado al toro (Bisi 1980; Delgado 1996). De hecho, la presencia del toro en los santuarios chipriotas no es exclusiva de Enkomi, pues máscaras votivas de toros se han hallado también en el santuario de Kition (Karageorghis 1976: 102), fechadas en consonancia con el «dios del lingote» de Enkomi. En este mismo trabajo, Karageorghis hace alusión a otro interesante hallazgo procedente de Ayia Irini, donde se recuperaron dos estatuillas que representan sendos sacerdotes en actitud de colocarse dos máscaras de toro en la cabeza (1976: 141).

La segunda estatua de bronce también se expone en el Ashmolean Museum de Oxford; aunque apareció fuera de contexto, parece seguro que procedía también de Enkomi. Representa un personaje femenino desnudo en el que destaca su sexo muy marcado y sus prominentes senos, tiene el pelo recogido y un collar como único abalorio. De nuevo nos interesa principalmente que la figura femenina, identificada como Astarte, descansa sobre un lingote chipriota, complementando así la figura del dios guerrero antes descrita (Catling 1969; Dalley 1987). Esta circunstancia ha permitido asociar la explotación y el comercio del cobre con los santuarios, desde donde se debió ejercer el monopolio de su comercialización.

Aunque existen numerosos exvotos en forma de lingote en varios santuarios chipriotas, el tercer bronce que nos interesa, también procedente de Chipre y conservado en la Galería A.G. Leventis del Royal Ontario Museum de Toronto, es un fragmento de exvoto de un oferente portando un lingote chipriota (Karageorghis y Papasavas 2001), que ratifica la asociación entre el lingote y la divinidad.

Por lo tanto, parece que está asumida, al menos en Chipre, la asociación de las divinidades principales con el lingote chipriota, identificadas como Baal y Astarte. Baal, el dios de las tormentas, se asocia a la representación del toro, símbolo de la fertilidad, la fuerza y la riqueza (Bottéro y Kramer 1993) por lo que la presencia de las esculturas de bronce descritas sólo hacen avalar esta hipótesis ya de por sí generalmente aceptada. Más interesante es la asociación que se ha hecho, también generalmente aceptada en la ingente bibliografía sobre el tema, entre estos dioses sobre lingotes y, en el caso de los masculinos, con grandes cascos de cuernos, con la protección del cobre, la riqueza y la esencia del desarrollo de Chipre durante la Edad del Bronce.

LAS ESTELAS Y SUS IMÁGENES

El tema de las estelas es como el río donde más se concentran, el Guadiana, aparece y desaparece cada cierto tiempo, y estos últimos dos años son tiempos de reapariciones bibliográficas una vez que se han dejado reposar los trabajos de la última hornada, los elaborados en la década de los 90. Como es lógico, este resurgir se debe a la concentración de hallazgos en un corto espacio de tiempo, lo que ha permitido avanzar algo más en su interpretación. Así, los trabajos publicados no son desdeñables ni en número ni en propuestas interpretativas (Celestino y López-Ruiz 2004; 2006; Murillo, Morena y Ruiz Lara 2005; Domínguez de la Concha, González Bornay y de Hoz 2005; Enríquez 2006; García Sanjuán *et al.* 2007; González Ledesma 2007; Tejera, Fernández y Rodríguez 2007). Las nuevas aportaciones suponen nada menos que el 12% de las hasta ese momento contabilizadas: ocho procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real (Murillo, Morena y Ruiz Lara 2005: 35-36), si bien los autores remiten a una aún inédita, pero en prensa, procedente del Carpio y a otra de Palma del Río desaparecida; en total 109 estelas. A este importante número hay que añadir cuatro que figuran en el reciente catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz procedentes de la zona nuclear de las estelas, es decir el valle del Zújar (Domínguez de la Concha, González Bornay y de Hoz 2005: 46, 48, 50 y 52), la última recientemente estudiada (González Ledesma 2007); de esta misma zona es la estela inédita de Esparragosa de Lares, la tercera hallada en este término municipal, y de la que sólo conocemos una fotografía (Enríquez 2006: 167); por último, las más recientes aportaciones proceden de la sierra norte de la provincia de Sevilla, concretamente de Almadén de la Plata (García Sanjuán *et al.* 2006: 138-139). A éstas habría que añadir una estela básica, también inédita, hallada en el puerto de Roturas, en el norte de la provincia de Cáceres.

Las estelas, junto con los hallazgos de la Beira portuguesa, siguen siendo el tema más recurrente para hablar de la fase precolonial en el suroeste peninsular, y es lógico, no sólo muestran una panoplia bastante completa, sino objetos de adorno que vinculan el fenómeno con el exterior antes de la colonización fenicia. Pero también trabajamos con elementos variopintos que en la mayor parte de los casos sólo dificultan la investigación; así, tenemos que ampararnos en fíbulas, espadas, hachas y algún elemento exótico como los carros votivos de bronce para intentar reconstruir con el resto de la fachada atlántica una ruta coherente de comercio cuyo origen por lo general se sitúa en el Mediterráneo oriental o, en su caso, central, siempre que admitamos éste como punto distribuidor de esas mercancías. Sin embargo, los lingotes de cobre o estaño chipriotas o de piel de toro, nunca han aparecido en el extremo occidental del Mediterráneo, dificultando la hipótesis según la cual uno de los objetivos comerciales hacia la península, y más concretamente hacia la fachada atlántica, sería la explotación u obtención del cobre y del estaño, cuando en realidad sólo tenemos indicios de un comercio muy puntual basado en bienes de prestigio como parece manifestarse en las propias estelas de guerrero del Bronce Final.

También en la península se han hecho varios ensayos para justificar la presencia de estas formas de lingotes chipriotas o de piel de toro extendida (Celestino 1994; Escacena 2002a; Maier 2003; Marin Ceballos 2006), pero nunca se han podido relacionar ambos fenómenos. En ningún caso se han documentado estas formas con anterioridad al siglo VIII, mientras que su presencia se generaliza en los siglos VII, VI y V, tanto en ámbito tartésico del Suroeste peninsular como en la cultura ibérica. En efecto, si hubiera habido un comercio de metal en época prefenicia en la península ibérica, habría sido lógico hallar alguna huella de esos intercambios, y sin duda el lingote hubiera sido una prueba irrefutable; mientras que otras piezas cuya funcionalidad ha sido interpretada como lingotes, caso de las hachas de bronce, tendrían una valoración comercial muy distinta. Esta ausencia de lingotes de cobre de tipo chipriota en la Península Ibérica contrasta con los hallazgos producidos en otros lugares de Europa Occidental, caso del documentado en el suroeste de Alemania, en Untertwillingen-Oberwillingen (Primas 1997), o el recuperado en el dragado de Sete, en el Languedoc (Domergue y Rico 2002), datos que potencian aún más la hipótesis que aboga por un comercio por el interior de Europa desde el Mediterráneo Central a través de las costas italianas y el sureste francés, concretamente por la desembocadura del Ródano (Guerrero 2004c). Aunque por ahora es sólo un dato más a tener en cuenta, no debemos olvidar que se trata de una zona privilegiada desde donde se accede, además de al Atlántico, a las zonas mineras de los Alpes y

al codiciado ámbar de los países nórdicos. Sin embargo, ya Coffyn (1985) llamó la atención sobre la ausencia en esta zona de elementos característicos del Bronce Final Atlántico, caso de las espadas de «lengua de carpa», que sólo podrían haber circulado entre el Mediterráneo central, la Península Ibérica y el oeste francés a través del paso del Estrecho.

Para apoyar esta variante comercial por el interior de Europa, a través del sureste de la Galia (Guilaine y Rancoule 1996), contamos con otros elementos de gran importancia y que, por su posición geográfica, no se han tenido muy en cuenta a la hora de estudiar las estelas de guerrero del Suroeste. Me refiero a las estelas decoradas del Bronce Final halladas, precisamente, en el sureste francés e, incluso, a la estela de Luna, en el norte de Aragón. El interés de las tres estelas halladas hasta el momento en el entorno del Languedoc-Rosellón, estriba en su situación geográfica, una posición mucho más acorde que las estelas del suroeste para recibir los primeros productos de importación procedentes del Mediterráneo Oriental. Además, una de las estelas de Vaucluse, clasificada como Buoux I (Celestino 2001a: n. 91), fue hallada boca abajo y asociada, según sus divulgadores, a una urna cerámica con los huesos quemados de un individuo (Müller, Bouville y Lambert 1988). La verdad es que esta asociación nunca ha estado muy clara, pero es cierto que la urna pertenece al Bronce Final III y como tal se datan las otras estelas de la zona (Billaud *et al.* 2004: 290). También es significativa la analogía en el diseño entre la estela de Substantion, cerca de Montpellier (Soutou 1962) y la de Luna (Fatás 1975), única estela, junto con las francesas, que se ha encontrado fuera y muy alejada del cuadrante suroccidental de la península.

Habría que preguntarse, por lo tanto, si no existieron dos espacios peninsulares independientes durante estas últimas fases del Bronce Final como también parecen demostrar algunos objetos de alto significado arqueológico, caso de las fíbulas o los espejos; es decir, que en la península ibérica se estuvieran desarrollando a la vez e independientemente dos espacios de comercio o de contacto con el Mediterráneo antes de la colonización fenicia y griega: el primero a través del Estrecho de Gibraltar hasta remontar la costa atlántica; y el segundo desde la costa ligu y el Languedoc hacia el valle del Ebro. Si fuera así, podríamos entender mejor el futuro reparto de papeles en la colonización histórica de sendas culturas en la península ibérica. Y como decía antes, hay elementos que parecen avalar esa hipótesis. Las estelas del suroeste suelen representar desde momentos muy antiguos los espejos, que aparecen ya en la composición básica de las estelas, es decir, cuando tan sólo se representa el escudo, la espada y la lanza; pues bien, espejos del tipo de los representados en las estelas sólo aparecen en las islas Baleares, concretamente

en el depósito de Lloseta (Delibes y Fdez. Miranda 1988), recientemente datado en época pretalayótica, en pleno Bronce Final (Salvà, Calvo y Guerrero 2002).

Otro de los objetos que se representa en las estelas desde muy pronto, a la vez que los espejos, es la fíbula de codo. Al contrario que los espejos, estas fíbulas se han documentado en el suroeste peninsular gracias a los ejemplares recuperados en el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz-Gámez ed. 1995) y al hallado en el conjunto funerario de Roça do Casal do Meio (Spindler *et al.* 1973-1974). Sin embargo, un buen número de ellas se encuentran dispersas por buena parte de la Meseta norte, donde destaca especialmente la asociada a una triple inhumación en la necrópolis de la Rinconada, en San Román de la Hornija (Valladolid) (Delibes 1978). Este autor no duda en adjudicarle un origen siciliano al imperdible, fechándolo con seguridad entre los siglos X y IX a tenor del resto de materiales de la necrópolis excavada, fecha en consonancia con la que dan la inmensa mayoría de los investigadores que se han acercado al estudio de alguno de estos ejemplares peninsulares. Mayores problemas presentan las fíbulas de codo halladas en el Sureste peninsular, fechados en un principio también entre los siglos XI y VIII (Molina 1977), pero revisados posteriormente tras el hallazgo de una de estas fíbulas en la necrópolis de Cerro de Alcalá, en la provincia de Jaén, datando sus divulgadores el ejemplar entre los siglos XIV y XII, es decir en pleno Bronce Tardío (Carrasco, Pachón y Lara 1980), cuando difícilmente podían existir estos tipos en Sicilia y menos aún en Huelva. Mayor relevancia supone los hallazgos del Cerro de la Mora, con seis ejemplares, y del cerro de La Miel, con otras dos fíbulas más (Carrasco, Pachón y Pastor 1985). Una serie de dataciones radiocarbónicas y dendrocronológicas no logran uniformar las fechas, si bien parece que el entorno del siglo X podría afectar a todas ellas, siempre en función de los hallazgos de la Ría de Huelva y gracias también al reciente estudio de un horno metalúrgico en Guadix, Granada, de donde proceden algunas fíbulas de codo junto con otros materiales prototípicos del Bronce Final y cuyo análisis y dataciones radiocarbónicas ha permitido a sus autores racionalizar las cronologías anteriormente emitidas, bajando la cronología de las fíbulas al siglo X (Carrasco *et al.* 2002), avaladas ahora no sólo por los hallazgos y las nuevas analíticas de Huelva, sino también por los nuevos y significativos hallazgos de los últimos años (2006); fecha por otra parte mucho más acorde con los ejemplares hallados en el Próximo Oriente, y más concretamente con el procedente de la tumba 523 de Amathus, en Chpre, datado por sus divulgadores en pleno siglo X (Karageoghis y Lo Schiavo 1989). Los dos tipos de fíbulas de codo propuestos, sículos y sirio-chipriotas (Blasco 1987), se mezclan en el suroeste peninsular, apareciendo ejemplares de

sendos tipos en el depósito de Huelva; por lo tanto, no es tan interesante la diferenciación de tipos por espacios geográficos, que no se aprecia, sino la cronología que se deriva de todos los contextualizados y que en ningún caso suben del siglo X, en concordancia con los espejos del depósito de Lloseta.

El resto de objetos grabados en las estelas es más difícil de ponderar cronológicamente a pesar de los ensayos que se han hecho sobre algunos de ellos. Quizá el caso de las espadas es el más significativo, pues amparándose en su alto esquematismo, han servido no sólo para adscribirlas a un tipo concreto, sino incluso para justificar la mayor antigüedad o modernidad de las estelas. Un completo trabajo sobre las espadas del Bronce Final en la península ibérica ya denunciaba lo estéril de esta argumentación, pues si hay algún tipo reconocible es el de dos o tres espadas apuntadas que podrían asociarse a las de «lengua de carpa», pero que como dice el autor, por su forma, sin empuñadura, también podrían asociarse a la que portan en los relieves egipcios los Pueblos del Mar (Meijide 1988).

Los carros, por su protagonismo, diseño y simbolismo, también han sido un tema recurrente a la hora de emitir una cronología sobre las estelas, y son tantos los trabajos realizados que me remito sólo a los más modernos con bibliografía anterior (Quesada 1995; Celestino 2001a; Harrison 2004). Sería prolijo enumerar aquí todos los remotos lugares de dónde se han hecho derivar los carros de las estelas del suroeste, para no aturdir valdrá con decir que se han tocado todos los puntos del Mediterráneo, tanto oriental, central, como el mundo del Egeo; pero también Centroeuropa e, incluso, el norte de este continente, mientras que las vías de penetración son tan variadas como sus posibles lugares de origen. Así las cosas, lo mejor es no contribuir a tal confusión, esperemos que Alfredo Mederos, que participa en este monográfico precisamente con un artículo sobre los carros de las estelas, de luz a nuestros conocimientos, aunque conociendo su investigación en otros campos, y no puedo negar que también su artículo, temo que sigamos en la misma situación que hasta ahora. Los carros son de un esquematismo similar al de los otros objetos grabados, si bien la generosidad de su tamaño, tal vez por el protagonismo simbólico que encierra, ha permitido que se señalaran algunos detalles que es lo que ha propiciado tan numerosa dedicación. El carro aparece en las estelas antes que la figura del antropomorfo, por lo que posiblemente sea coetáneo de los espejos y las fíbulas y proceda del mismo ámbito comercial.

Algo muy similar ocurre con otro de los objetos que más ha atraído la atención de los investigadores, las liras (Bendala 1977; Blánquez 1983; Mederos 1996c). Valoradas en función del número de cuerdas que poseen, y

como la única que nos ha legado un dibujo detallado ha sido la lira de la estela de Luna, de nueve cuerdas, toda la discusión se ha centrado en este detalle, pues parece evidente que las cajas de resonancia no generan una compleja tipología. Si para el primero las liras derivan del geométrico griego, para el segundo lo hacen del mundo fenicio, ambos tipos fechados por lo tanto en el siglo VIII; por otra parte, Mederos ve una clara analogía formal con las documentadas en el Minoico Final IIIB, que se correspondería con el Bronce Final IIA de la Península Ibérica, datándolas por lo tanto en torno al siglo XIII. La deducción es muy sencilla, cualquier objeto representado en las estelas puede adscribirse sin dificultades a la cultura que más nos interese, pues espadas, lanzas, espejos, peines, instrumentos musicales o carros aparecen en todas las culturas entre el II y el I Milenio, y el alto esquematismo de los objetos representados en las estelas nos permite cualquier tipo de aproximación.

Pero las fechas demasiado altas chocan de inmediato con sólidos datos cronológicos amparados en su contexto arqueológico, ya lo hemos visto en el caso de los espejos y las fíbulas, que junto a las navajas de afeitar, son los únicos objetos recuperados en el registro arqueológico en la Península Ibérica. Pero el objeto más relevante de los grabados en las estelas, aunque paulatinamente pierda su importancia simbólica y decorativa, es el escudo con escotadura en «V», que aunque no se ha podido documentar en la península, sí hay una numerosa presencia de ellos, tanto en bronce como en madera y cuero, en otras partes de Europa. El tamaño en el que fue grabado, el detalle con que se dibujó algunos de los ejemplares y su protagonismo escénico, lo ha convertido en el eje de los estudios sobre las estelas, al menos de las más antiguas (Celestino 2001a con bibliografía). En aquél trabajo defendía el autoctonismo del escudo frente a los que proponían un origen más acorde con el resto de los objetos grabados, y la procedencia mediterránea, concretamente griega o chipriota, recabó muchos más adeptos. Como es lógico no me voy a extender sobre algo que ya es conocido, pero sin embargo merece la pena detenernos en los últimos datos extraídos del área irlandesa y que contribuyen a despejar muchas dudas sobre la cronología de estas armas defensivas. Los escudos irlandeses con escotadura en V fueron fechados por Eogan en la denominada Fase Dowris del Bronce Final irlandés, que comienza en el siglo VIII (Eogan 1964: 322). Pero debemos atender a las fechas radiocarbónicas calibradas para los moldes de Cloonlara y Kilmahamogue (Hedge *et al.* 1991), datados en el tránsito entre el II y I Milenio; sin embargo, hay que tener en cuenta que la desviación estándar de ambas dataciones es muy elevada y se basan en una sola muestra procedente de la base de madera del escudo que, como es lógico, es anterior a la elaboración del mismo. En los últimos años

se han realizado nuevas dataciones en escudos hallados en las islas británicas que con aplicaciones radiocarbónicas más sofisticadas y ponderadas han arrojado fechas del 940 ± 110 (Needham 1996; 1999), lo que eleva considerablemente la fechas antes admitidas, invalidando de paso el origen griego de los escudos, pero no solucionando la mayor antigüedad de los mismos con respecto a los de la península ibérica.

Esta fecha es muy significativa para poder ubicar las estelas básicas donde se representan ambos elementos, y que por lo tanto, es previa a la aparición de la figura del guerrero y de algunos de los objetos que a partir de ahora le acompañan, caso de los cascos de cuernos (Celestino y López-Ruiz 2006), o de los hipotéticos sistemas de pesos que cada vez ofrecen un mayor número de estelas (Celestino 2000), contemporáneos ya, probablemente, con el inicio de la colonización mediterránea, pues parece que el fenómeno de las estelas pervive hasta al menos los inicios del siglo VII. Cabe reseñar que estas serie de puntos, por lo general cinco y dispuestos en fila, sólo aparecen en la Zona III, la que engloba las cuencas del Guadiana y el Zújar y la sierra norte de Córdoba, y ahora cobran mayor relevancia si tomamos en consideración los recuperados en Huelva, pertenecientes al sistema chipriota pero que también se utilizó en el área sirio-palestina (González de Canales *et al.* 2004:154; Torres 2005: 296).

Pero volviendo a los recientes hallazgos de estelas, es de sumo interés detenernos brevemente en tres de las estelas procedentes de la provincia de Córdoba, concretamente en el ejemplar de Cerro Muriano I (Murillo, Morena y Ruiz Lara 2005: 14-17) y en los dos hallados en el Cortijo de la Reina (Murillo, Morena y Ruiz Lara 2005: 25-34). Las del Cortijo de la Reina se hallaron en unas condiciones muy especiales, a tan sólo unos 6 m la una de la otra, y a unos 80 cm de profundidad. Una vez levantada la primera de ellas, los operarios de la empresa de construcción que la descubrieron se dieron cuenta de que bajo el espacio dejado por la estela «había una tierra cenicienta que contrastaba notablemente con la habitual de la zona, lo que les llevó a profundizar en ella y a localizar tres recipientes cerámicos rellenos, al parecer, con la misma tierra»; rodeando los vasos cerámicos hallaron una gran cantidad de huesos quemados, algunos de gran tamaño, que desgraciadamente no se han conservado. Las tres vasijas, según el meticuloso estudio hecho por los autores, responden a un modelo característico del que denominan Bronce Final Precolonial del valle del Guadalquivir, definido como Tipo B2 (Murillo 1994b: 293) y son análogos a las urnas exhumadas en Setefilla y en un buen número de yacimientos andaluces. Aunque perduran bastante en el tiempo, parece que los ejemplares más antiguos se datan en el siglo VIII, perdurando hasta al menos el siglo VI. En cuanto a la decoración de las estelas, resaltar que

sendos guerreros llevan casco de cuernos, destacando también la coraza en forma de piel de toro del guerrero de Cortijo de la Reina II; además, lo más relevante de las decoraciones es el grabado detallado de una lira de siete cuerdas en la primera, y de una serie de puntos cuadrangulares en la segunda.

La otra estela que interesa resaltar es la de Cerro Muriano I, sólo conocida y descrita a través de fotografías y donde merece la pena destacar un objeto grabado a la altura de la cabeza del guerrero, también tocado con casco de cuernos. Se trata de un objeto cuadrangular con los cuatro lados cóncavos y que recuerda sin ambages a los lingotes chipriotas o de piel de toro como los propios autores adelantan. El hallazgo es sin duda de una gran importancia porque nos permite abrir una nueva vía de investigación hasta ahora cerrada por la ausencia de pruebas arqueológicas. Pero además, los autores reinterpretan los objetos grabados de otras estelas a tenor de este nuevo elemento, y repasando cuidadosamente las estelas, no parece que les falte razón en algún caso, como en el objeto interpretado como calcofon en la estela de Capilla I (Celestino 2001a: 371); más concreto, sin embargo, es el objeto que aparece sobre la cabeza del guerrero de Esparragosa de Lares II, por encima del espejo (2001: 369) y que ya en aquel momento poníamos en relación con otros similares grabados en las estelas de Capilla III y el Viso VI; tras un minucioso examen parece que el objeto, en efecto, puede corresponderse con una nueva esquematización de un lingote de piel de toro.

Vale la pena hacer un somero repaso por los lugares de la península ibérica donde se han hallado estos lingotes en forma de piel de toro, si bien pertenecen siempre al ámbito cronológico fenicio e incluso ibérico. La manifestación más antigua la encontramos en el altar del santuario C del Carambolo, datado en el siglo VII a.n.e. (Rodríguez Azogue y Fernández Flores 2005: 870). Los autores ya ponen en relación el santuario, en cuyo interior se exhumaron dos capillas paralelas con sendos altares, con los respectivos cultos a Baal y a Astarté, como se atestigua en numerosos espacios sacros del oriente mediterráneo. El altar también se relacionó inmediatamente con los denominados pectorales del famoso tesoro sevillano (Amores y Escacena 2003), circunstancia a la que se le sumaba la escultura de Astarté también hallada en el lugar, de ahí que todo el conjunto se interpretara como un lugar de culto con esa doble advocación. Años antes del descubrimiento del santuario del Carambolo se había excavado en Coria del Río otro complejo de santuarios superpuestos entre los que destaca el también denominado santuario C, contemporáneo del anterior, en cuya capilla se encontró un altar de arcilla en forma de piel de toro extendida (Escacena e Izquierdo 2001); el lugar podría identificarse con el Mons Cassius

citado por Avieno, mientras que el santuario estaría dedicado a Baal Saphón, protector de los marineros (Escacena 2002a: 70; ver discusión en Marín Ceballos 2006). Más moderno, en torno a finales del siglo VI, y en las proximidades del valle del Guadiana, es también el altar de esa misma forma hallado en el santuario B de Cancho Roano, orientado como los dos anteriores hacia el sol naciente y con evidentes analogías formales entre ellos (Celestino 1997; 2001b). De gran interés es el hallazgo de un complejo arquitectónico aislado en la localidad portuguesa de Castro Verde; el edificio se compone de varias estancias que fueron abandonadas tras sufrir un incendio; en la estancia de mayores dimensiones o B, se practicó un hoyo irregular que llegaba hasta la roca y que contenía una caja en forma de piel de toro extendida envuelta en un estrato que contenía abundantes cenizas y carbones; la caja en cuestión estaba bajo un pavimento bien cuidado sobre el que apareció una segunda caja de cerámica con la misma forma de piel de toro y de nuevo conteniendo cenizas y carbones, pero en este caso, también huesos quemados de los que desgraciadamente nunca se han realizado análisis (Maia 1985-86); actualmente ha sido reinterpretado como un santuario o estructuras religiosas (Correia 2001b; Arruda 2005a: 294). El último lugar que se ha interpretado como un espacio sacro y que guarda en su interior un altar en forma de piel de toro como los anteriores es el poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa, junto al río Tajo (Ortega y Valle 2005). Pero los altares de piel de toro parece que se generalizan en el siglo VI también en la cultura ibérica y dentro de espacios de especial significado religioso dentro de los poblados, desde Cataluña (Junyent *et al.* 2005), hasta las costas levantinas (Abad y Sala 1993). Y es precisamente en la cultura ibérica donde su presencia es más acusada en las necrópolis, destacando la de los Villares en la provincia de Albacete (Blánquez 1992). Sin embargo, de mayor interés por la simbología que encierra en sí mismo, es el monumento de Pozo Moro, también en Albacete e igualmente datado en el siglo VI (Almagro-Gorbea 1983b); sin entrar en la iconografía netamente oriental del monumento, sí merece la pena destacar que el *temenos* que lo rodeaba, realizado mediante un mosaico de guijarros, ofrece la forma de piel de toro conocida. Hay otras muchos ejemplos de la presencia de esta forma en la joyería orientalizante, en objetos relacionados con enterramientos, etc., pero ya han sido recogidos en otros trabajos y huelga mencionarlos aquí pormenorizadamente (Maier 2003; Escacena 2002a; Marín Ceballos 2006). Destacar si acaso por su especial significado el exvoto de cerámica en forma de piel de toro recuperado en Setefilla (Ladrón de Guevara *et al.* 1992), e interpretado posteriormente por Escacena (2002a: 63).

Por lo tanto, si en un principio parecía que el simbolismo de la piel de toro había llegado a la península ibérica de la mano de los fenicios, que sin duda generalizan su culto, parece que la presencia del objeto identificado como tal en la estela de Cerro Muriano I podría retrotraernos a épocas más remotas según la más tradicional datación de las estelas de guerrero. Sin embargo, como ya hemos defendido en otros foros, el fenómeno de las estelas no se extingue seguramente hasta que se asentó la colonización fenicia, por lo que las estelas más complejas y meridionales seguramente convivieron con las primeras corrientes culturales de la colonización mediterránea, adoptando algunos elementos que sólo pudieron haber sido introducidos por ese comercio y no antes, caso, por ejemplo, de los cascos de cuernos.

La relación de Baal con el toro es de sobra conocida. El toro en Oriente representando siempre al dios de la tormenta, tiene manifestaciones en Siria, Acadia, Cananea, la cultura Hitita y, por supuesto, Fenicia. Y la epifanía de muchos dioses de Oriente se realiza a través de la imagen del toro: Enlil, Marduk, El, e incluso Asmo Ra en Egipto (Delgado 1996). Este dios también está atestiguado en Chipre, si bien desconocemos su nombre. En Grecia, como dios también de la tormenta, Zeus es el portador del rayo, incorporando así uno de los elementos fundamentales de la mitología oriental; además, recordar que Zeus no duda en transformarse en toro para raptar a Europa, hija del rey fenicio Ageno, y de su unión con él nació Minos, lo que se ha considerado un mito para asentar el predominio cultural de Grecia sobre las culturas orientales, consideradas hasta ese momento superiores a las europeas. Pero además, Minos y su esposa Pasifae engendraron al Minotauro, un monstruo con cabeza de toro que vencido por Teseo con la ayuda de Ariadna sirvió para ensalzar las virtudes del héroe, quien ya había matado al toro de Maratón; hazañas todas ellas que le catapultaron al trono de Atenas. Según Bottéro y Kramer, el buey se asocia también al ciclo agrícola como animal uncido al arado; de hecho, el buey está presente en los ritos fundacionales de ciudades como Cartago o la propia Roma. El toro también se asocia con la fertilidad, como semental para perpetuar la manada, y como un símbolo de riqueza de toda una comunidad por los beneficios que genera: leche, carne y, sobre todo, las pieles, uno de los productos de mayor transacción comercial en la Antigüedad (Bottéro y Kramer 1993). Pero el dios de la tormenta necesita siempre de la unión con el principio femenino representado por la diosa madre; esta hierogamia se consumaba con Inmana, Ishtar o Astarté. Y precisamente serán Baal y Astarté, como hemos visto, quienes se representen con mayor profusión en la península ibérica a partir de la colonización fenicia. No hace falta recordar aquí el mito de Gerión, el héroe divinizado caracterizado como un gue-

rrero de tres cabezas poseedor de una vacada custodiada por su boyero Eurition y el perro Orto, a los que Hércules, el héroe civilizador, dio muerte para apropiarse de la manada. De mayor interés es el culto que se procesó al toro en la península ibérica desde la Prehistoria (Delgado 1996; Escacena 2002a; Maier 2004; Chapa 2005), trabajos que nos dan la pauta para seguir con este discurso.

Volviendo a las estelas, uno de los rasgos más característicos de las más meridionales y complejas, es la presencia del guerrero tocado con casco de cuernos, casi un 25% del total. Tan sólo hay tres estelas de guerreros con los cascos de cuernos que pertenecen a una zona más septentrional, son las de Talavera de la Reina, Herencia II y Aldeanueva de san Bartolomé, pero curiosamente se hallaron junto al río Tajo, una zona que desde inicios del siglo VII ha estado marcada por la temprana llegada de productos fenicios como lo atestigua la famosa tumba del Carpio (Pereira 1989), entre cuyo ajuar se recuperó una interesante pieza de cerámica en forma de piel de toro extendida que engrosa la cada día más importante lista de materiales relacionados con esta imagen (Pereira 2005: 175).

La presencia del casco de cuernos en las estelas coincide con la representación del antropomorfo en las mismas, un detalle que no se nos puede pasar por alto porque representa la esencia de la transformación simbólica de las estelas. En efecto, hay dos elementos clave en la iconografía de las estelas del suroeste, el escudo con escotadura en V y la diadema de las estelas femeninas. El escudo es el elemento protagonista de las estelas básicas o losas, grabado con esmero y sin obviar ningún detalle; sólo a partir de la presencia del antropomorfo perderá su protagonismo, adaptándose ahora al tamaño de la figura y perdiendo en muchos casos buena parte de sus detalles ornamentales. Otro elemento que aparece en las estelas más antiguas y que pervive hasta el final del fenómeno son las diademas que coronan a los personajes femeninos, iconográficamente invariables desde los guijarro-estelas hasta las estelas meridionales más esquemáticas. Éstos son los símbolos que podemos considerar autóctonos, independientemente de donde tengan su origen remoto; son los símbolos cuya función es identificar a un grupo o a una comunidad unida por lazos sociales y que comparten un territorio amplio a tenor de su dispersión; tal vez, como apunta Enríquez, comparten una propiedad comunal bajo un control elitista de la producción y su uso (Enríquez 2006: 171), aunque aún estamos lejos de saber cuáles eran esos medios de producción, pues ni se han detectado explotaciones mineras en los diferentes entornos geográficos donde aparecen, ni puede desarrollarse una agricultura mínimamente extensiva en la comarca de la Siberia extremeña y los Pedroches de Córdoba, zonas donde se han recogido casi el 50% de estos monumentos y donde, por el momento, sólo el excelente pasto existente

parece justificar su presencia. Pero además, la diferencia social y simbólica que emana de una sociedad campesina es muy limitada, endogámica y conservadora; mientras que un sistema basado en la explotación ganadera, y por lo tanto compuesto por gentes viajeras y en general más abiertas al exterior, tienen una mayor capacidad de absorber otros hechos culturales.

En este sentido, conviene recordar que, además de las estelas, hay otro elemento definidor de estas tierras del interior durante el Bronce Final, la orfebrería, con una tipología formal y decorativa muy similar, otra imagen de identidad como las aludidas anteriormente; si para Jockenhövel (1991) es un síntoma inequívoco de las relaciones de intercambio durante el Bronce Final en la fachada atlántica, que por supuesto lo es, también es cierto que esas joyas sólo se han documentado en las tierras del interior del cuadrante suroccidental, nunca en el denominado núcleo tartésico, lo que supone una muestra de identidad evidente en un territorio amplio pero cada día mejor dibujado arqueológicamente; precisamente es en esta zona donde se desarrolló con más pujanza la orfebrería orientalizante, ahora sí presentes en el núcleo tartésico, ya incorporando nuevas técnicas procedentes de los orfebres mediterráneo, así como una iconografía completamente distinta inspirada en la simbología oriental; por lo tanto, las joyas del Bronce Final, presente sobre todo en el valle del Tajo, son contemporáneas a las estelas básicas y a las que incorporan los primeros elementos foráneos, mientras que la joyería orientalizante se correspondería con las estelas más complejas, aquellas que incorporan el guerrero en su diseño. (Celestino y Blanco 2006). Si la cronología de la colonización fenicia es más antigua de los pensábamos, también se eleva el margen para la asimilación de esa simbología oriental por parte de los orfebres indígenas.

En un reciente trabajo sobre las estelas, se apunta una nueva hipótesis sobre el simbolismo de las estelas, atendiendo también a la presencia de los cascos de cuernos en las más complejas; según los autores, las figuras de las estelas no representarían necesariamente a un guerrero, sino a una divinidad guerrera; y las armas, junto a los otros objetos que frecuentemente le acompañan, podrían corresponderse con los símbolos que les son propios (Tejera, Fernández y Rodríguez 2007), proponiendo, además, que las estelas podrían en muchos casos formar conjuntos cuya función podrían estar relacionada con lugares de culto. La cuestión no es baladí, y acomete uno de los puntos que ya nosotros habíamos sopesado en dos publicaciones anteriores (Celestino y López Ruíz 2004; 2006). Es decir, es probable que el guerrero represente a una divinidad con los atributos que le son propios, concretamente el casco de cuernos, inexistente en las estelas más antiguas. Si se tratara de la representación de

la divinidad, podríamos estar ante la primera imagen de Baal, muy similar a las recientemente documentadas en el área sirio-palestina (Barnett y Keel 1998), y que podríamos denominar como grupo de Beth-Saida, por ser ésta la primera y la única del conjunto hallada en contexto arqueológico, bien datada en la segunda mitad del siglo VIII (Arav y Freund 1998: 42). Estas estelas se asocian con Baal, y todas se grabaron con una espada a la cintura y una roseta bajo el brazo que alude a Astarté (Ornan 2001).

Nosotros proponíamos precisamente esa misma asimilación que, como es lógico, sólo podría haber sido posible tras la consolidación de la colonización fenicia, pues es impensable que un cambio religioso e iconográfico de esta envergadura pudiera haberse realizado en momentos precoloniales. De esta forma, no parece que hubiera una ruptura drástica con el modelo social del Bronce Final en estas tierras del interior durante los primeros momentos de la colonización, pues los símbolos de los antepasados se mantienen, sólo con el paso del tiempo se debió producir el profundo cambio iconográfico de las estelas que, definitivamente, dejaron de concebirse al entrar en un modelo incompatible con la estructura social preexistente. De hecho, los nuevos asentamientos orientalizantes del interior no se organizan en las zonas donde las estelas habían sido protagonistas, sino en nuevas tierras ya directamente relacionadas con la explotación agrícola extensiva (Celestino 2005).

De este modo, las estelas se convertirían en el único elemento de estudio entre la fase precolonial y la colonial, ya detectado a través de los posibles desplazamientos de gentes hacia el foco tartésico, ahora ávido de mano de obra para explotar los nuevos recursos que afectaban al interés de los colonizadores. El lingote será un símbolo más que se incorpora a la iconografía religiosa en época orientalizante, seguramente en sintonía con la figura del guerrero.

Debemos de ser cautos con las fechas que manejamos, pues, tras la publicación del lote de Huelva, es posible que las estelas estén recibiendo la influencia mediterránea con anterioridad a lo hasta ahora admitido, porque si las cerámicas de Huelva se pueden fechar en el siglo X, en sintonía con el depósito de la Ría de Huelva, las fíbulas de codo del sureste peninsular, la cerámica sarda del Carambolo, y, por extensión, con el funcionamiento de la ruta atlántica propuesta que vincula ese comercio con Cerdeña y Sicilia, la pregunta que nos debemos hacer es si acaso no pudieron ser los fenicios quienes directamente abrieron esa ruta; además, muchos de los objetos que se han venido considerando como precoloniales, entrarían de lleno en la colonización fenicia, aunque sea en los momentos previos al asentamiento definitivo. Y por último, el lugar donde aparecieron las cerámicas onubenses se ha definido

por los propios autores como un emporio; sin embargo, y a tenor del hallazgo de un edificio interpretado como santuario perteneciente a un momento más reciente (Osuna *et al.* 2001), ¿por qué no pudo haber existido un santuario anterior que le confiriera a Huelva el rango de colonia? Son preguntas que sólo se irán resolviendo con el avance de la investigación, pero no cabe duda de que estamos abocados a ampliar nuestras miras tras los nuevos hallazgos de estos últimos años.

ABSTRACT

This essay is divided in two differentiate parts; in the first one, there is a synthesis of the different hypothesis and theories which raised in the last years in relation to the named precolonization in the Mediterranean. It's explained how many of these theories have had an ephemeral support in view of the continuous changes that the Archaeology was providing. The discovery of the ceramic set in Huelva is an example, which questioned many of the hypotheses until now considered. The early presence of Phoenician in Huelva, at the end of the 10th century, constricts the chronological margin of the objects attached to the precolonization. Now most of them probably associated to the Phoenician colonization.

The second part is centred in two aspects, which are important to understand the transfer of symbols from the eastern to the western Mediterranean: the chipriot ingot or «bull's skin» and the warrior stelae of the late Bronze Age. The copper ingot has a large presence in the Mediterranean since the 15th century until the 12th century. Not only in the eastern Mediterranean but also in Sardinia or Corsica and even in Central Europe, whereas none has appeared in the western extreme; however, this commercial transaction object will become a symbol of the religious and politic power all over the Mediterranean. This object will only arrive to the Iberia peninsula with the last meaning, appearing in oldest jewellery objects, in some warrior stelae and spreading in the Orientalising Period and the Iberian world, associated to religious and funerary structures.

About the warrior stelae, a phenomenon of native character, it's proposed their symbolic transformation from the Phoenicians presence in the Iberian Peninsula. In that moment there are representations of the anthropomorphic, unknown until that time. Apart from some objects added to the stelae in that moment, it's remarkable the presence of the horns helmets. Maybe they are a divinized representation of the warrior as well as other similar representations in the eastern coasts. So, the stelae become the principal phenomenon to understand the background of the Phoenician colonization through their symbology.

ENFOQUES REGIONALES

I PRIMI CONTATTI FRA I FENICI E LE POPOLAZIONI DELL'ITALIA PENINSULARE

Massimo Botto*

1. INTRODUZIONE

Il seguente contributo incentrato sui rapporti fra i Fenici e le comunità dell'Italia peninsulare nei secoli iniziali del I millennio a.C. sarà preceduto da alcune puntualizzazioni di carattere terminologico e metodologico che si ritengono fondamentali per un corretto inquadramento delle realtà indagate.

Le prime considerazioni riguardano il sostantivo «precolonizzazione», dal momento che è stato inserito dagli editori nel titolo dell'opera e ciò implica una precisa presa di posizione al riguardo, essendo tale termine contestato da molti specialisti. Personalmente ritengo che questa parola e il corrispondente aggettivo «precoloniale» siano fuorvianti per descrivere il periodo preso in considerazione in questa sede e che possano essere accettati solo *per convenzione*¹. Tali termini quindi sono condivisibili nella misura in cui esprimono un valore puramente cronologico privo di significati ideologici tesi a sottolineare una supremazia delle popolazioni orientali rispetto a quelle del bacino centro-occidentale del Mediterraneo².

Nella consapevolezza che qualsiasi definizione può risultare limitativa per spiegare una fase storica così lunga e articolata, chi scrive da tempo utilizza espressioni come «irradiazione commerciale» o «frequentazione a scopo acquisitivo», al fine di sottolineare il carattere mercantile di tale fenomeno che non presenta alcun intento di conquista e di stabile stanziamento strutturato su modelli esportati dalla madrepatria³. La presenza fenicia nel Mediterraneo, inoltre, non può essere disgiunta da quel generale processo di crescita del popolo fenicio che trova nella monarchia tiria l'elemento aggregante e propositivo. In tal senso la rete mercantile transmarina creata dai Fenici all'alba del I millennio a.C. deve essere valutata parallelamente alla penetrazione attuata nell'area vicino-orientale, con una programmatica irradiazione

lungo circuiti commerciali ad ampio raggio diretti a sud verso Israele e il Mar Rosso, a nord verso la Cilicia, la Siria Settentrionale e quindi la Mesopotamia⁴. Così facendo l'irradiazione nel Mediterraneo si qualifica come impresa strutturata inserita in un più ampio progetto di sviluppo della realtà fenicia avviato dalla casa regnante tiria, di cui i testi storici ci restituiscono alcune personalità di spicco come Hiram I (969-936 a.C.) e Ithobaal I (887-856 a.C.).

La seconda considerazione è di ordine cronologico e si lega strettamente alla prima. Se si parte dal presupposto che non esiste un rapporto consequenziale fra «precolonizzazione» e colonizzazione, dal momento che i due fenomeni risultano profondamente diversi da un punto di vista concettuale e funzionale, la data di VIII secolo per delimitare verso il basso la florida stagione di contatti culturali e di scambi mercantili avviati fra le due sponde del Mediterraneo agli inizi dell'età del Ferro risulta arbitraria. È possibile infatti che una frequentazione commerciale sia presente in fase coloniale, cioè che luoghi di scambio possano esistere a questo livello, senza trasformarsi in un insediamento coloniale vero e proprio (Bondi 1988a: 250-252; Bernardini 1991: 24). L'assunto ha trovato negli ultimi anni conferme sempre più convincenti in Sardegna e nella Penisola Iberica, dove sono stati individuati rispettivamente a Sant'Imbenia (Oggiano 2000) e a Huelva⁵ centri indigeni in grado di ospitare in modo stabile e organizzato comunità di Fenici sia prima che dopo l'avvio del processo coloniale. Considerazioni analoghe possono essere fatte per la Penisola Italiana, che come noto non è mai stata oggetto di una colonizzazione fenicia, ma che invece risulta frequentata da mercanti levantini senza soluzione di continuità dagli inizi del I millennio sino alla metà circa del VII sec. a.C., quando le capacità propulsive di Tiro nel Mediterraneo centrale vengono fortemente compromesse dalle armate dei sovrani assiri Asarhaddon e Assurbanipal (Botto 1990b: 75-108; Bellelli – Botto 2002: 303).

Si deve inoltre segnalare che le date utilizzate in questo contributo si riferiscono alla cronologia tradizionale, dal momento che per il periodo preso in esame non esistono a nostro avviso le condizioni per rigettare totalmente la griglia cronologica basata sulla ceramica greca e accettare le datazioni al ¹⁴C, che necessitano ancora di un

* Istituto di Studi sulle Civiltà Italiane e del Mediterraneo Antico. Area della Ricerca di Roma. massimo.botto@mlib.cnr.it.

¹ Per il dibattito aperto oltre vent'anni fa nell'ambito degli studi fenici cf. Moscati 1983; Mazza 1988; Bondi 1988a; Bernardini 1991; Bernardini 2000a. Sul versante greco l'argomento è stato recentemente riesaminato da Ridgway 2000 e Ridgway 2002.

² Al riguardo cf. le osservazioni di Domenico Musti al contributo di Ridgway 2000, nonché le argomentazioni di Ridgway 2002: 217-218.

³ Cf. da ultimo Botto 2005a: 579-581.

⁴ Per una brillante sintesi di tali problematiche cf. Aubet 1994: 82-85, 112-117.

⁵ Grazie ai recenti scavi nel centro storico della città (González de Canales Cerisola *et al.* 2004) una presenza stabile di elementi fenici a Huelva è stata segnalata anche nel IX sec. a.C., in un periodo quindi che precede l'avvio della colonizzazione fenicia nella Penisola Iberica.

affinamento del metodo e di campionature più ampie (D'Agostino 2005b). In effetti, fra gli studiosi che considerano affidabili le datazioni radiometriche esistono posizioni molto distanti rispetto agli inizi della colonizzazione fenicia nel Mediterraneo, con un divario cronologico che va dalla seconda metà del X agli inizi dell'ultimo quarto del IX sec. a.C. (Botto 2005a). In questo contrastante e per certi aspetti sconcertante panorama di valutazioni, la posizione maggiormente condivisibile risulta quella di Mariano Torres Ortíz, che pone la genesi del processo coloniale intorno all'825 a.C. (Torres Ortíz 1998; Torres *et alii* 2005). La tesi dello studioso spagnolo sembrerebbe trovare ulteriori conferme nelle recenti indagini radiometriche condotte a Lixus e a Cartagine⁶, ma è evidente che esiste un divario cronologico con le datazioni tradizionali che attualmente è impossibile colmare. Va comunque rilevato che tale *gap* si sta sempre più riducendo grazie alle indagini condotte sul campo e al riesame della documentazione archeologica, per cui in termini di cronologia tradizionale l'inizio della colonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale si può ragionevolmente collocare agli inizi dell'VIII sec. a.C. (Botto 2005a: 597-600).

Un'ultima puntualizzazione riguarda la natura degli scambi avviati nei secoli iniziali del I millennio a.C. In questo periodo, infatti, la struttura del commercio è di tipo misto e si basa sulla stretta collaborazione di elementi orientali, greci e ciprioti⁷. Per tale motivo risulta estremamente difficile e talvolta fuorviante tentare di stabilire a quale gruppo etnico spetti la diffusione in Occidente di tecniche o categorie artigianali originarie del Mediterraneo orientale. Come si è osservato in studi precedenti, le stesse problematiche si presentano per il periodo Orientalizzante, quando in rapporto alle popolazioni etrusche e del *Latium Vetus* si tenti di scindere le influenze greche da quelle levantine⁸. Per gli inizi del I millennio a.C. operare tali distinzioni risulta ancora più complesso, essendo le evidenze archeologiche labili e sporadiche. Riguardo alla Penisola Italiana, per esempio, è apparso che

l'elemento fenicio agisce in stretta connessione e sintonia da un lato con la marineria cipriota dall'altro con quella euboica, secondo modalità d'intervento che risultano talvolta sovrapponibili sia cronologicamente sia geograficamente. Per questo motivo nei paragrafi seguenti si intendono ripercorrere i punti salienti di tali rapporti, che rappresentano a nostro avviso la chiave di lettura ideale per comprendere la natura degli scambi intessuti dai Fenici con le popolazioni indigene del bacino centrale del Mediterraneo.

2. L'INTESA COMMERCIALE CIPRO-FENICIA

Le indagini condotte negli ultimi decenni hanno ribadito il diretto coinvolgimento di Cipro nelle imprese transmarine micenee rivolte verso l'Occidente mediterraneo⁹. In quest'ambito, l'impegno dei principati-chiefdoms ciprioti (South 2002: 67-68) si fa più intenso nel periodo che coincide con il crepuscolo della potenza micenea (Vagnetti 2000: 75-89) ed è ravvisabile soprattutto nella fitta rete di relazioni intrattenute con le popolazioni indigene della Sicilia¹⁰ e della Sardegna¹¹ documentata a livello archeologico non solo nella metallurgia e nella metallotecnica, ma anche nelle produzioni ceramiche¹². In Sardegna la diffusione di manufatti ciprioti in bronzo destinati alle *élites* indigene risulta così capillare che l'isola diviene centro di irradiazione primario di beni suntuari e tecniche di lavorazioni originarie del Mediterraneo orientale. Molti dei prodotti ciprioti o di ispirazione cipriota attestati nell'Italia centrale in contesti degli inizi del I millennio a.C. sembrerebbero provenire proprio da quest'isola, a seguito delle strette relazioni avviate dalle aristocrazie nuragiche con omologhe entità continentali. Per alcuni studiosi, inoltre, la salda alleanza stabilita fra gruppi di spicco dei centri villanoviani da un lato e dei grandi complessi nuragici della Sardegna settentrionale dall'altro favorì l'introduzione sulle coste etrusco-laziali dei commerci cipro-fenici¹³.

Attualmente esiste un acceso dibattito fra gli studiosi riguardo alla natura e durata dei contatti che da Cipro si

⁶ Sulle datazioni radiometriche di Lixus cf. Habibi *et al.* 2005: 177-178; per quelle di Cartagine cf. Docter *et al.* 2005. Su quest'ultime analisi chi scrive ha espresso forti riserve metodologiche riguardo alla scelta dei campioni: Botto 2005a: 586-588. Nuove datazioni sono state annunciate da R.F. Docter in occasione della tavola rotonda «The Chronology of the First Phoenicians in the West» tenutasi nell'ambito del 6° Congresso Internacional de Estudos Fenícios Púnicos organizzato a Lisbona dal 25 di settembre al 1 di ottobre del 2005.

⁷ Cf. per es. Giangiulio 1996: 497-503; Bondi 2001: 369-378; Mazzoni 2001: 298-304.

⁸ Botto 2004b; Botto 2005b. Cf. inoltre Sciacca 2005: 395-396, con precisazioni di ordine metodologico del tutto condivisibili.

⁹ Graziadio 1997; Vagnetti 2001.

¹⁰ Per la presenza di metallurghi ciprioti a Caldare e a Thapsos cf. rispettivamente La Rosa 2000: 133-136 e Militello 2004: 312-313.

¹¹ Fondamentali al riguardo risultano gli studi di Lo Schiavo – Macnamara – Vagnetti 1985; Ferrarese Ceruti *et al.* 1987; Vagnetti – Lo Schiavo 1989; Lo Schiavo 1995; Lo Schiavo 2001.

¹² Il fenomeno è al momento verificabile soprattutto in Sicilia: per gli influssi ciprioti sulle tipologie ceramiche delle necropoli siracusane della fine del II millennio a.C. cf. Alberti 2004.

¹³ Cf. con diverse sfumature interpretative Strøm 1991; Botto 1995b; Matthäus 2000; Matthäus 2001; Botto 2004-2005.

irradiarono nel bacino centrale del Mediterraneo¹⁴. Un nutrito numero di specialisti riporta il *floruit* di tali relazioni entro il XII - inizi XI sec. a.C. La fine del II millennio rappresenterebbe quindi un momento di frattura dei rapporti fra Oriente e Occidente mediterraneo, la cui stabile ripresa si avrebbe solo a partire dalla metà circa del IX sec. a.C.¹⁵ Di conseguenza, molti dei materiali ciprioti o di ispirazione cipriota rinvenuti in Occidente in contesti inquadrabili agli inizi del I millennio a.C. sarebbero da interpretare come elementi residuali di una stagione di contatti saldamente inquadrabile nell'ambito del millennio precedente. Tale ipotesi contrasta con il parere di chi scrive, che sulla scia di vari contributi apparsi negli ultimi anni¹⁶, ravvisa invece una continuità di apporti ciprioti verso Occidente nel periodo a cavallo fra II e I millennio a.C. Infatti, le violente distruzioni che in Ellade si accompagnano alla fine della potenza micenea devono aver favorito lo sviluppo di aree periferiche all'«impero» oggetto, come nel caso di Cipro, di un consistente flusso migratorio dal continente¹⁷. Lungi dall'attraversare un periodo di recessione, sullo scorcio del II millennio a.C. «l'isola del rame» continua ad essere il principale centro produttore di questo metallo e diviene allo stesso tempo punto focale di trasmissione di tecniche innovative legate alla lavorazione del ferro¹⁸. Tale favorevole situazione determinò la nascita dei regni ciprioti, che vennero ad assumere in progresso di tempo una posizione di riferimento imprescindibile per le iniziative mercantili verso Occidente dei maggiori centri della costa levantina. In questo «scenario fluido» (Bernardini 2000a: 32-33), in cui differenti gruppi etnici concorrono a mantenere viva la fitta trama di relazioni con il bacino centro-occidentale del Mediterraneo, la componente fenicia assume un ruolo di primo piano a partire dalla fine del X secolo a.C. Sin da questo momento, inoltre, si determina una stretta collaborazione fra elementi ciprioti e mercanti fenici che trova la sua massima visibilità archeologica nell'Egeo.

In realtà tale intesa è stata da tempo sottolineata all'interno del mondo scientifico, ma in passato essa veniva

generalmente riportata all'avanzato IX secolo, cioè dopo le prime installazioni fenicie a Kition¹⁹, quando si assiste ad un intenso traffico di oli profumati indirizzato da Cipro verso le comunità greche del Dodecanneso (Coldstream 1998a, con bibl. prec.). Tali essenze venivano smerciate all'interno di piccoli contenitori in ceramica, il cui rinvenimento offre la possibilità di ricostruire l'ampiezza degli scambi. In un fondamentale articolo J.N. Coldstream (Coldstream 1969) ha dimostrato come gli unguentari del tipo *Ridge-necked Black on Red Ware* presenti nelle tombe della necropoli del Serraglio, a Cos, appartengano ad una categoria di vasi la cui produzione inizia a Cipro intorno alla metà del IX sec. a.C., cioè contemporaneamente alla prima massiccia colonizzazione fenicia del settore sud-occidentale dell'isola (Schreiber 2003a: 307-312). La diffusione fra i Greci del costume orientale di cospargere il corpo di essenze profumate fu così rapida che dapprima nella stessa Cos e poi nella vicina Rodi, a Exochi, Camiros e Ialysos, vennero prodotte nel corso dell'VIII sec. a.C. imitazioni di ceramiche fenicio-cipriote così vicine agli originali da fare ritenere che vasai provenienti da Kition abbiano installato su queste isole delle officine ceramiche²⁰. Recenti studi condotti sulla *Black on Red* dell'insediamento cipriota e le analisi chimico-fisiche realizzate su numerosi campioni rinvenuti nel Mediterraneo orientale e nel Levante hanno in parte modificato questa interpretazione indicando in Paphos e nel settore più occidentale di Cipro l'area di provenienza della *Black on Red* messa in luce nel Dodecanneso e a Creta²¹.

Indagini effettuate negli ultimi anni hanno confermato un'esclusione di Rodi e delle isole del Dodecanneso dai circuiti commerciali internazionali per un lungo periodo di tempo, che va dal crollo della potenza micenea al IX sec. a.C.²² Le indagini inoltre hanno ribadito che la ripresa delle relazioni con l'Oriente si sviluppa nel segno di Cipro e di quella classe imprenditoriale fenicia che aveva sull'isola le proprie installazioni mercantili. In quest'ottica assume un'importanza particolare il riesame della documentazione di Vroulia, nel

¹⁴ I termini del confronto sono ripresi da Karageorghis 2001b: 3.

¹⁵ Tale linea interpretativa ricorre negli studi citati supra alla nota 11 ed è stata recentemente riaffermata da Macnamara 2001: 292 e Macnamara 2002: 151 e 165, che parla di un periodo di «tenuous contact» da riportare all'incirca fra il 1000 e l'850 a.C.

¹⁶ Strøm 1991; Bernardini 1991; Mederos Martín 1996a; Matthäus 1998a; Matthäus 1998b; Matthäus 2000; Matthäus 2001.

¹⁷ Cf. al riguardo numerosi contributi apparsi in Karageorghis 1994a.

¹⁸ Sherratt 1994; Kassianidou 2001: 100, 109.

¹⁹ Cf. da ultimo Calvet 2002; Karageorghis 2003 e 2005.

²⁰ Coldstream 1969; Coldstream 1977: 68; Coldstream 1982: 268-69; Bisi 1987a; Coldstream 1998a.

²¹ Per la *Black on Red* di Kition cf. Schreiber 2003b; per le analisi degli impasti cf. Liddy 1996: 481-488; per quel che concerne una stabile presenza di ceramisti fenicio-ciprioti a Cos cf. le critiche di Bourogiannis 2000: 19-20.

²² Per una messa a fuoco del problema cf. Kourou 2003.

sud di Rodi, dove oltre alle ceramiche in *Black on Red* e levantine della fine dell'VIII e del VII sec. a.C. provenienti dall'abitato si segnala la presenza nel santuario suburbano detto «la chappelle» di una statuetta di sfinge di tipo cipro-fenicio con incisa un'iscrizione fenicia, donata molto verosimilmente da un commerciante orientale (Kourou 2003: 255-257, fig. 4).

Le scoperte più sorprendenti riguardano comunque Creta. In un recente riesame delle importazioni cipriote e fenicie sull'isola durante i secoli iniziali dell'età del Ferro (Kourou 2000: 1072-1073) sono stati distinti due momenti: il primo, corrispondente all'XI-X sec. a.C., attesterebbe una predominante presenza di materiali ciprioti e una totale assenza di elementi fenici, che iniziano a comparire solo con la fine del X secolo; il secondo momento, che si riferisce al periodo compreso fra il 900 e il VII sec. a.C., segnerebbe invece una graduale ascesa delle importazioni e degli influssi orientali, con uno stabilizzarsi delle presenze cipriote. Tale fenomeno è stato giustamente collegato ad una più accentuata presenza fenicia nel Mediterraneo e all'inizio del processo coloniale, avviato a Cipro intorno alla metà del IX sec. a.C.²³.

La situazione di Creta è illuminante per comprendere alcuni dei più significativi aspetti dei commerci orientali nel Mediterraneo centro-occidentale nel periodo di passaggio fra II e I millennio a.C. Per questo periodo infatti la più grande delle isole dell'Egeo dimostra una continuità di apporti da Cipro che non è riscontrabile altrove (Stampolidis 2003b; Coldstream 2005: 182). Come è stato autorevolmente osservato (Matthäus 1998a: 140; Matthäus 1998b: 88) nel corso dell'XI sec. a.C. i contatti cambiano in qualità e probabilmente anche in quantità, ma essi sono chiaramente attestati nel registro archeologico. Creta rappresenta quindi una tappa fondamentale nella rotta verso Occidente e diviene in progresso di tempo luogo di elezione delle attività mercantili cipro-fenicie (Stampolidis 2003b: 53). Il fenomeno si coglie in modo evidente nel settore centro-meridionale e soprattutto in quello centro-settentrionale dell'isola. A sud del paese, gli archeologi canadesi hanno individuato presso Kommos uno scalo commerciale di straordinario interesse per comprendere la dinamica

dei rapporti fra Oriente ed Occidente mediterraneo fra il II e I millennio a.C. Infatti, mentre nel Tardo Bronzo i contatti sono testimoniati dalla presenza di ceramica cananea, cipriota e sarda, a partire dalla fine del X sec. a.C. il centro si apre ai mercanti fenici, che lo utilizzano come tappa strategica nella rotta verso Occidente²⁴. Oltre ad un consistente nucleo di ceramica composto prevalentemente da anfore (Bikai 2000), le ricerche hanno portato al rinvenimento di un piccolo santuario (Temple B) che nella seconda fase edilizia, in funzione a partire dall'800 a.C. ca., risulta caratterizzato da un piedistallo con triade betilica tipico del mondo fenicio (Shaw 1989). Fra i pilastri del monumento, inoltre, sono state recuperate due figurine in *faïence* che rappresentano le divinità egizie Nefertum e Sekhmet²⁵. Tale associazione ha spinto gli specialisti a considerare la possibilità di una relazione tra la triade divina espressa in forma astratta dai betili dell'altare e la triade di Menfi, di cui mancherebbe però il dio Ptah, e di una trasmissione tramite il mondo fenicio di questo aspetto religioso alle popolazioni locali²⁶. A nostro avviso, comunque, si tratterebbe di un fenomeno circoscritto strettamente connesso a forme di religiosità popolare e svincolato da qualsiasi apparato ideologico. In ogni caso, i dati raccolti risultano di estremo interesse perché attestano una frequentazione dell'area da parte di elementi levantini, che seppure a carattere stagionale doveva essere intensa.

Ma è nel settore centro-settentrionale dell'isola che la presenza cipro-fenicia risulta estremamente articolata, in virtù di un mercato locale aperto agli influssi esterni presso il quale era possibile rifornirsi di minerale ferroso, particolarmente richiesto dai mercanti orientali (Markoe 1998). Da tempo è stata sottolineata nel territorio di Knossos l'attività di vasai provenienti molto verosimilmente dalla parte di Cipro interessata dalla colonizzazione fenicia, parallelamente a quanto documentato per Rodi e Cos²⁷. Inoltre, rinvenimenti effettuati a Fortetsa²⁸, a Tekke²⁹ e all'Antro Ideo³⁰ suggeriscono la presenza fra il IX e l'VIII sec. a.C. di artigiani orientali esperti nella lavorazione di beni di lusso in oro, pietre preziose, bronzo e avorio (Sakellarakis 1992; Kourou 2000; Stampolidis 2003a: 226; Coldstream 2005: 182).

²³ Cf. per es. Matthäus 1998a: 143; Matthäus 1998b: 86-89.

²⁴ Shaw 1998a, con bibl. prec.; Shaw 1998b; Shaw 2000b.

²⁵ Shaw, M. C. 2000: 168-170, AB 85 e AB 86, tavv. 3, 30 e 3, 31.

²⁶ Shaw 2000a: 711-713.

²⁷ Coldstream 1979; Coldstream 1982: 264, 268; Coldstream 1986: 324; Bisi 1987a: 235; Jones 1993: 295; Coldstream 1998a; Coldstream 2005: 183.

²⁸ Brock 1957; Lebessi 1975.

²⁹ Boardman 1967.

³⁰ Kunze 1931; Canciani 1970; Markoe 1985: 110-117; Sakellarakis 1992; Sakellarakis 1993.

I dati innovativi riguardano l'associazione in determinati contesti di materiali fenici e ciprioti per un arco di tempo molto ampio che va dalla fine del X al VII sec. a.C. e il rinvenimento di cippi funerari che confermano una stabile presenza di elementi allogeni sull'isola³¹. Le indagini si sono soprattutto concentrate a Knossos e a Eleutherna. Nel primo centro le evidenze sono numerosissime e provengono da più contesti tombali relativi alle necropoli che circondano l'abitato. In particolare, si segnalano i rinvenimenti dalla necropoli settentrionale, con presenze di ceramiche e oggetti di lusso sia fenici sia ciprioti, talvolta associati nei corredi tombali³². Inoltre, dell'area presso il Sanatorio, è stato rinvenuto un cippo funerario caratteristico della produzione fenicia, datato agli inizi del VII sec. a.C. (Kourou – Grammatikaki 1998: 246). Ugualmente interessanti sono le attestazioni della necropoli di Atsalenio, dove oltre alle testimonianze di ceramiche cipriote del periodo geometrico segnalate in passato (Davaras 1968), è stato recentemente rinvenuto un cippo funerario fenicio, reimpiegato per chiudere una tomba a camera con più deposizioni, che cessa di essere utilizzata intorno al 700 a.C. (Kourou – Karetsou 1998: 246-247).

Riguardo a Eleutherna, sito strategico che controllava il principale percorso di accesso nord-orientale all'Anfro Ideo, gli scavi condotti da Nikolaos Stampolidis nella necropoli di Orthi Petra hanno portato al recupero di manufatti siro-fenici e ciprioti in contesti tombali che si datano a partire dal IX sec. a.C.³³. A tale studioso si deve inoltre l'identificazione di tre cippi funerari, che attesterebbero la presenza di artigiani fenici³⁴ rendendo sempre più credibile la teoria di varie scuole di artisti levantini in grado di contribuire in modo determinante alla formazione dello stile orientalizzante sull'isola (Stampolidis 2003a: 226; Stampolidis 2003b: 59).

Quindi se da un lato gli scavi di Kommos attestano l'apertura sul finire del X secolo di una rotta mercantile tiria verso Occidente, dall'altro la continuità delle attestazioni e la natura variegata dei manufatti rinvenuti nel settore centro-settentrionale dell'isola sono fondamentali indizi dei cambiamenti strutturali che interessano i commerci mediterranei fra II e I millennio a.C. Nel corso dell'XI e del X sec. a.C. le importazioni cipriote a Creta si

riferiscono essenzialmente a beni di lusso in bronzo, prova di contatti che interessano lo «stile di vita» delle aristocrazie locali nel segno di un ideale eroico legato alle guerre e alle imprese transmarine³⁵. Questo stato di cose però è destinato a subire un radicale cambiamento nei secoli successivi, che vedono un allargamento delle relazioni al mondo vicino orientale e forme mirate di mobilità umana intese a incidere più direttamente sia sulle esperienze artistiche sia su quelle produttive dell'isola (Matthäus 1998a: 140-143).

Situazione analoga si coglie in Sardegna e di riflesso nell'Italia peninsulare oggetto della nostra analisi. In effetti, in queste aree del Mediterraneo centrale, dopo una prima fase di contatti dove la componente cipriota risulta dominante, si va progressivamente definendo, con l'introduzione di nuovi protagonisti, una realtà più dinamica: da un lato cresce l'apporto di elementi di varie etnie provenienti dalle coste levantine, dall'altro si fa sempre più evidente l'impronta del mondo greco attraverso l'attività della marineria euboica. Inoltre, con specifico riferimento alla Sardegna, dove determinate dinamiche riconducibili ai secoli iniziali del I millennio a.C. sono più evidenti, due fattori devono essere tenuti presenti: il primo si riferisce alla capacità delle comunità indigene di elaborare autonomamente le conoscenze acquisite durante la lunga stagione dei commerci micenei, con esiti in campo artistico-artigianale del tutto originali; il secondo fattore riguarda invece la continuità di apporti da Cipro e dalle coste vicino-orientali durante la cosiddetta Dark Age. Tali contatti infatti, seppure di diversa intensità rispetto al passato e rinnovati nelle modalità, rappresentarono un fondamentale elemento di stimolo e di costante innovazione per le popolazioni locali.

Chiariti gli aspetti che qualificano da un punto di vista cronologico e nelle modalità l'intesa commerciale avviata dai Fenici con Cipro, di seguito si intendono analizzare i rapporti con la marineria euboica, prima di affrontare il problema della presenza levantina nella Penisola Italiana.

3. I FENICI E I GRECI D'EUBEA

I primi contatti fra Fenici ed Eubei si collocano in un momento successivo alle più antiche frequentazioni

³¹ Dal momento che analoghi documenti funerari sono stati rinvenuti a Cipro, il dato potrebbe essere letto nel segno di quella continuità di apporti che più direttamente interessa il settore dell'isola oggetto della colonizzazione fenicia: Hermary 1984; Karageorghis 1998; Tatton-Brown 2005: 162.

³² Per la ceramica cf. Coldstream 1996: 406-409 e Coldstream 1998a: 257. Per la gioielleria, i bronzi e le paste vitree cf. i contributi di R.A. Higgins, H.W. Catling e V. Webb, in Coldstream, J.N.; Catling, H.W. 1996: 539 e ss.

³³ Stampolidis 1990a; Stampolidis 1998, con bibl. prec.

³⁴ Stampolidis 1990b; Karageorghis 1998: 123-124; Stampolidis 2003a: 221-224.

³⁵ Catling 1994; Crielaard 1998; Matthäus 1998a: 140-141.

levantine di Cipro, ma sempre in una fase cronologica molto alta. Già nella prima metà del X sec. a.C., infatti, si hanno indicazioni di diretti rapporti fra il principe di Lefkandi e la monarchia tiria (Coldstream 1998b). In questa fase si assiste ad un afflusso in Grecia di oggetti di pregio come monili in oro, vasi di bronzo, *faïence* di tipo egizio e manufatti in avorio provenienti da Cipro e da varie parti del Vicino Oriente; le esportazioni greche nella metropoli fenicia riguardano invece essenzialmente ceramica, che dalla costa raggiunge progressivamente anche le aree più interne della regione siro-palestinese (Coldstream 2000; Lemos 2001; Kourou 2005: 499-500). Si tratta di un'iniziativa parallela che si avvale dell'intermediazione di Cipro, principale area di incontro fra l'elemento fenicio e quello euboico. La ceramica euboica rinvenuta ad Amathus mette in risalto la rotta seguita dai navigli greci per raggiungere le coste della Fenicia e il fiorente porto di Tiro (Coldstream – Bikai 1988: 43; Coldstream 1989b: 91-92). Successivamente i contatti si moltiplicano interessando vari insediamenti del litorale levantino (Mazzoni 2001: 299-304) e soprattutto al-Mina, alla foce dell'Oronte, dove nella prima metà dell'VIII sec. a.C. venne realizzato per iniziativa congiunta di mercanti greci, fenici e ciprioti un grande emporio che a nostro avviso, tuttavia, doveva ricadere sotto il diretto controllo dalla monarchia luvia che governava lo stato di Unqi, noto anche come Patina, e risiedeva nella capitale Kunulua (Tell Ta'yinat).

Riflessi di questa situazione sono percepibili in Occidente, come ben evidenziato dai recenti scavi condotti nel centro storico di Huelva, che hanno portato all'individuazione di 33 frammenti ceramici attribuibili a fabbriche euboiche e attiche (González de Canales Cerisola *et al.* 2004: 82-97) databili fra gli ultimi decenni del IX e la metà dell'VIII sec. a.C. I reperti cronologicamente più affidabili si riferiscono alle produzioni attiche del MG II (800–760 a.C. ca.), mentre i due *skyphoi* euboici pubblicati rientrano il primo nel *Type 5* e il secondo nel *Type 6* della classificazione operata da R. Kearsley. Per l'esemplare più antico è quindi possibile proporre una escursione cronologica dallo 825-800 al 750-725 a.C. Sulla base di tali considerazioni è consigliabile inserire i numerosi piatti a semicerchi pendenti rinvenuti a Huelva fra le produzioni mature del Sub-protogeometrico III (850–750 a.C.) e di sospendere prudenzialmente qualsiasi riferimento a serie più antiche del Sub-protogeometrico I-II, che riporterebbero addirittura alla prima metà del IX sec. a.C.,

come invece viene fatto dagli studiosi spagnoli che hanno pubblicato i materiali.

La maggior parte degli specialisti è comunque convinta che i prodotti greci che raggiunsero Huelva in questo periodo venissero trasportati su imbarcazioni tirie. Una conferma al riguardo viene non solo dall'ingente quantità di materiali fenici rinvenuti nell'emporio tartessico (*ibid.*: 29), ma dall'esame della ceramica euboica composta in prevalenza da piatti a semicerchi penduli, che sono poco diffusi in madrepatria, completamente assenti nel mondo coloniale di Occidente e invece largamente attestati negli scavi di Tiro (Coldstream – Bikai 1988: 43; Coldstream 1989b: 92). Questo non significa che elementi euboici non abbiano potuto partecipare alle imprese commerciali fenicie nell'estremo Occidente mediterraneo, ma è innegabile che sin dagli iniziali contatti avviati con le popolazioni tartessiche Tiro abbia esercitato un ruolo di primo piano se non addirittura egemonico³⁶.

Ben più articolata appare la situazione che è possibile cogliere nel Mediterraneo centrale. Per esempio, il riesame delle più antiche ceramiche greche e delle loro imitazioni messe in luce a Cartagine ha indotto specialisti della statura di Nota Kourou (2002: 102) e di John Boardman (2006: 199) ad ipotizzare la presenza *in situ* di ceramisti euboici. Ugualmente interessante è il quadro che emerge in Sardegna, grazie al riesame della documentazione di Sant'Imbenia e *Sulky* operato da Marco Rendeli (2005) e dalla situazione evidenziata di recente per la baia di Olbia (D'Oriano – Oggiano 2005: 173-174). Il dato che traspare è quello di una partecipazione attiva dell'elemento euboico ai traffici commerciali avviati dai Fenici con le popolazioni nuragiche della Sardegna settentrionale fra la fine del IX e la prima metà dell'VIII sec. a.C. Con l'avvio del processo coloniale, nel corso del secondo quarto dell'VIII sec. a.C., tale collaborazione si consolida sino a far ipotizzare per le fasi iniziali di vita di *Sulky* la presenza di artigiani euboici. Secondo questa linea interpretativa, quindi, nella Sardegna sud-occidentale si verrebbe a verificare una situazione analoga a quella prospettata per Cartagine e inversa a quella di Pithecusa, dove nella seconda metà dell'VIII sec. a.C. viveva un nucleo di artigiani e mercanti orientali³⁷.

Il dati raccolti permettono quindi di individuare una fitta trama di relazioni fra l'elemento fenicio e quello euboico che si dipana in ampie aree del Mediterraneo agli inizi del I millennio a.C. Per l'analisi in corso risulta comunque fondamentale mettere in risalto l'intensità che

³⁶ Sull'argomento ampiamente dibattuto cf. Antonelli 1997: 41-72; González de Canales Cerisola 2004: 133-141; Breglia Pulici Doria 2005.

³⁷ Il paragone fra *Sulky* e Pithecusa recentemente riproposto da Rendeli 2005: 100-101, seppure di grande interesse deve essere valutato con estrema prudenza e attende conferme dalle future indagini, dal momento che le informazioni archeologiche sui due giacimenti risultano fortemente disuguali soprattutto in riferimento alla sfera funeraria.

tale fenomeno raggiunse nei decenni centrali dell'VIII sec. a.C. permettendo l'arrivo sulle coste tirreniche della Penisola Italiana di manufatti, tecnologie e uomini provenienti da vaste aree del Vicino Oriente e dell'Egeo.

4. LE ROTTE E I MATERIALI

Questa lunga premessa è apparsa necessaria per inquadrare in modo corretto i primi contatti avviati da elementi levantini con le popolazioni dell'Italia continentale. Da un punto di vista cronologico sembra possibile legare la più antica presenza fenicia in Occidente alla marineria cipriota, che aveva mantenuto attivi i collegamenti con l'Italia meridionale e la Sardegna all'indomani del crollo della potenza micenea. Le rotte seguite dalle imbarcazioni cipriote ricalcano gli itinerari che alla fine del II millennio collegavano il Levante al Mediterraneo centrale. Su questa direttrice assume importanza fondamentale il porto di Kommos, nel settore centro-meridionale di Creta, in cui era possibile commerciare e rifornire i navigli prima di compiere la traversata verso le coste della Sicilia meridionale. Dagli scali siciliani le imbarcazioni potevano piegare a Oriente ed entrare nel Basso Tirreno dallo Stretto di Messina, oppure dirigersi ad Occidente verso il Canale di Sicilia seguendo un itinerario frequentato dai navigli ciprioti già alla fine dell'età micenea.

Prima di analizzare in dettaglio quest'ultimo percorso, che aveva come terminale la Sardegna meridionale, si intende richiamare l'attenzione sul primo itinerario, dal momento che il recente riesame operato sui materiali degli scavi condotti ai primi del Novecento da Paolo Orsi a Torre Galli ha dato risultati di notevole interesse (Pacciarelli 1999). In effetti, tra la ricca documentazione proveniente dalla necropoli dell'insediamento protostorico ubicato nel comune di Tropea, sulle coste tirreniche della Calabria, sono stati identificati manufatti che attestano in modo inequivocabile una presenza cipro-fenicia nell'area sul finire del X–prima metà del IX sec. a.C. Si possono collegare all'attività di mercanti ciprioti e tirri alcuni scarabei considerati da Günther Hölbl (1979: vol. II, 254-255) e da Fulvio De Salvia (1999: 213-214) come importazioni. Fra questi, due risultano particolarmente interessanti: il primo si qualifica come prodotto di *ateliers* del Nuovo Regno (1550-1070 a.C.) (fig. 1) e trova un significativo confronto nell'Italia meridionale in un esemplare rinvenuto a Pontecagnano; il secondo scarabeo inve-



Fig. 1
Torre Galli, tomba 67. Scarabeo in *faïence* bianca di fattura egizia, da Pacciarelli 1999.



Fig. 2
Torre Galli, tomba 54. Scarabeo in *faïence* bianca di fattura levantina, da Pacciarelli 1999.

ce è di ambientazione levantina, a giudicare dai raffronti in area palestinese che si datano nel X sec. a.C. (fig. 2). Dal Levante e dall'Egeo dovevano inoltre provenire vaghi fusiformi e dischi in *faïence*, mentre originaria dell'Egitto era con ogni probabilità la consistente quantità di avorio rinvenuta a Torre Galli e lavorata dagli artigiani locali per preparare impugnature e guarnizioni di fodero di spade (Pacciarelli 1999: 59). Di notevole interesse, inoltre, è la segnalazione di un pendaglio «a falce», che se confermata attesterebbe l'introduzione nella Penisola Italiana di un motivo astrale di provenienza orientale diffuso nel Mediterraneo occidentale soprattutto grazie all'intraprendenza di mercanti e artigiani fenici³⁸.

Più difficile risulta l'attribuzione delle sette coppe a calotta di lamina bronzea messe in luce nel centro calabrese, dal momento che il tipo risulta ben documentato sia a Cipro sia nel Vicino Oriente. Nel caso dell'esemplare della tomba 150 (fig. 3), che presenta labbro ingrossato e orlo appiattito, un'origine cipriota risulta probabile in base a confronti individuati fra i corredi della tomba 239 di Kourion-Kaloriziki, del CG I, e della tomba 7 di

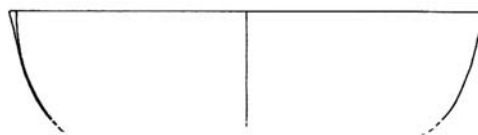


Fig. 3
Torre Galli, tomba 150. Coppa a calotta in bronzo, da Pacciarelli 1999.

³⁸ Secondo De Salvia 1999: 215-216, n. 17 «la forma dell'oggetto richiama quella del pendaglio «a falce», atto ad inserire fra le due estremità lo scarabeo». In proposito si deve segnalare che nella tomba, a poca distanza dal pendaglio, era presente lo scarabeo attribuito a produzione egizia del Nuovo Regno. Questo tipo di monili, che si ricollega all'artigianato fenicio, riporta a tematiche astrali di origine orientale, quali il disco solare sormontato dal crescente lunare, ampiamente diffuse all'interno del mondo fenicio e precocemente esportante nell'Occidente mediterraneo, come segnalato anche da chi scrive: cf. Botto 1995c; Botto 2000a.

Amathus, che si data fra il CG II e il CG III (Pacciarelli 1999: 59-60). In proposito è interessante notare come tale variante sia attestata anche in Sicilia nel ripostiglio di San Cataldo, a conferma della validità della rotta sopra indicata³⁹: la coppa infatti deve aver raggiunto il territorio di Caltagirone attraverso la fitta rete di fiumi che collegano l'area al Golfo di Catania. Riguardo agli altri esemplari che presentano orlo sottile, una loro provenienza dal Levante deve essere tenuta nel giusto conto⁴⁰. I reperti di Torre Galli si dividono fra un tipo a calotta poco profonda e un altro a calotta profonda con parete rettilinea svasata. Soprattutto per quest'ultima tipologia una fabbricazione nella madrepatria fenicia appare plausibile considerando la grande fortuna che la forma ebbe nel mondo fenicio⁴¹, con attestazioni di alta antichità quali per esempio la coppa decorata dalla necropoli settentrionale di Knossos a Creta, che presenta graffita un'iscrizione fenicia, e l'esemplare dalla necropoli di Er-Ras ad Akhziv⁴². La coppa a calotta trova precoce diffusione fra le comunità indigene del Basso Tirreno (Albanese Procelli 1993: 100), ma è attestata soprattutto nel *Latium Vetus* e in Etruria, dove agli esemplari in bronzo si vanno gradualmente sostituendo con gli inizi del VII sec. a.C. quelli in argento, che trovano a Cerveteri un probabile centro di produzione (Cristofani-Martelli 1983: 46, 265; Rathje 1997; Sclafani 2005: 402, nota 785).

Nella necropoli di Torre Galli la coppa a calotta è attestata esclusivamente in tombe femminili, talvolta in associazione a un tipo particolare di coltello a lama ricurva e largo codolo sia in ferro sia in bronzo (Peroni 1989: 483; Pacciarelli 1999: 59-60). Tale associazione è stata rilevata anche per sepolture di guerrieri del Ceramico di Atene (*ibid.*) introducendo un interessantissimo parallelo che trova in Cipro il punto di irradiazione primario. Infatti, la presenza di spade e coltelli in ferro in tombe di individui di rango in Grecia (Catling 1996a: 528-530; Crielaard 1998: 191) è stata ricondotta da molti specialisti alla grande isola del Mediterraneo orientale nell'ambito di circuiti «aristocratici» di scambio, in cui l'aspetto dominante è rappresentato dal culto degli eroi e dell'esaltazione delle imprese guerresche⁴³. Il quadro tracciato trova

conferma nella diffusione all'interno del mondo greco della coppa a calotta emisferica riconducibile a tipologie cipriote⁴⁴, che in associazione con *sets* per il consumo di vino⁴⁵ attesterebbe in questo ambito culturale l'assunzione della bevanda alcolica per fini eroizzanti. A Torre Galli, invece, la presenza della coppa a calotta in contesti esclusivamente femminili ha portato a formulare un collegamento con la sfera del sacrificio «supponendo che la coppa potesse svolgere funzioni di offerta/libagione di liquidi connessi al rito sacrificale (sangue delle vittime? Libagione rituale di droghe o bevande?)» (Pacciarelli 1999: 60).

Riguardo alle motivazioni che attrassero elementi cipro-fenici lungo le coste tirreniche della Calabria meridionale sul finire del X sec. a.C., queste potrebbero dipendere dal commercio dei metalli. Se così fosse, la precoce introduzione della metallurgia del ferro nella regione (Delpino 1988) andrebbe ricollegata a questo tipo di contatti basato su meccanismi di scambio ben evidenziati in altre aree del Mediterraneo, che prevedevano l'esportazione di nuove tecnologie a favore dell'acquisizione di materie prime (Peroni 1989: 476-477; Pacciarelli 1999: 62).

Da un punto di vista cronologico, la documentazione di Torre Galli evidenzia una frequentazione del litorale calabrese da parte della marineria cipro-fenicia in un periodo che precede di alcuni decenni le imprese mercantili euboico-levantine nella Penisola Italiana (Pacciarelli 1999: 61). Infatti, solo fra la fine del IX e gli inizi dell'VIII sec. a.C. la collaborazione fra elementi fenici e genti provenienti dall'Eubea portò all'apertura di una via commerciale che dal Basso Tirreno raggiungeva le coste del *Latium Vetus* e dell'Etruria meridionale. Tuttavia, prima di analizzare questo importante itinerario si devono prendere in esame le rotte di collegamento fra la Sardegna e l'Italia centrale tirrenica frequentate da elementi del Mediterraneo orientale già dalla fine del II millennio a.C. Come noto, infatti, il Golfo di Cagliari rappresenta un'area strategica non solo per i commerci micenei⁴⁶, ma anche per le attività mercantili cipriote e per le prime iniziative commerciali fenicie in Occidente. In questo settore dell'isola la continuità di apporti dal Mediterraneo orientale fra II e I millennio a.C. è testimoniata da numerosi dati acquisiti in passato, ma

³⁹ Albanese Procelli 1993: 68, 100-101, 25, SC1; Albanese Procelli 2005: 520.

⁴⁰ Il tipo è attestato nel Vicino Oriente già nel III millennio a.C. ed è presente a Biblo nel II millennio: cf. Matthäus 1985: 100, note 61-62.

⁴¹ Rathje – Wriedt-Sørensen 2000; Botto 2002: 241, 243; Botto 2004b: 183.

⁴² Cf. Catling 1996b: 563-564, 157, J f1; Mandalaki 2000 e per l'iscrizione Amadasi Guzzo 1987a: 13-16 (dat. proposta XI-X sec. a.C.); per l'esemplare di Akhziv cf. Dayagi-Mendels 2002: 103, n. 18, 4.28 (dat. X-IX sec. a.C.).

⁴³ Cf. *supra* § 2 p. 127, nota 35.

⁴⁴ Coldstream 1977: 32, 52 e Catling 1996b: 563, nota 1194, dove si rivedono le proprie posizioni e si accettano le valutazioni di Coldstream a favore di una produzione cipriota delle coppe a calotta diffuse a Creta e nel continente elladico.

⁴⁵ Catling 1996b: 563; Catling – Catling 1980: 250.

⁴⁶ Cf. al riguardo il contributo di P. Bernardini, «Dinamiche della precolonizzazione in Sardegna», in questo volume.

anche grazie alle più recenti ricerche. Per esempio, un contesto di straordinario interesse è rappresentato dal ripostiglio di Monte Sa Idda, nel comune di Decimoputzu, edito agli inizi del secolo scorso da Antonio Taramelli e oggetto di continui studi per la ricchezza dei materiali presenti, che documentano il ruolo centrale svolto dall'isola nei traffici mercantili fra Cipro e la Penisola Iberica⁴⁷, motivati molto verosimilmente dalla ricerca dello stagno atlantico (Vagnetti 1996: 170). Inoltre, chi scrive ha recentemente ribadito il ruolo fondamentale svolto dal promontorio di Nora come «luogo di mercato» in cui sotto la protezione di un tempio si dovevano svolgere importanti transazioni commerciali fra nuragici ed elementi cipro-fenici (Botto, 2007). La presenza di un santuario, la cui antichità risulta confermata dalla nota stele iscritta rinvenuta alla fine del Settecento da Padre Hintz⁴⁸, si pone a nostro avviso molto prima della fondazione coloniale e permette di annoverare il promontorio fra gli scali utilizzati dalle marinerie del Mediterraneo orientale nella rotta verso l'estremo Occidente. Inoltre, il riferimento nel documento epigrafico al dio Pumay, divinità attestata a Cipro ma non in Fenicia, confermerebbe il ruolo trainante svolto dall'«isola del rame» nel processo di irradiazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale⁴⁹.

A questi dati si uniscono due straordinarie importazioni rinvenute a Monte Sirai, che testimoniano la fitta rete di contatti avviati dalle popolazioni nuragiche del luogo con elementi orientali prima della fondazione coloniale. Si tratta di una statuetta in bronzo riferibile alla tipologia dello *Smiling God*, la cui attribuzione si deve ai recenti studi di Paolo Bernardini, e di un frammento appartenente alla riproduzione miniaturistica di un carrello culturale di tipo cipriota individuato da Hartmut Matthäus fra la documentazione degli scavi condotti negli anni Sessanta del secolo scorso⁵⁰. Tali elementi confermano la centralità del Sulcis sud-occidentale nelle strategie commerciali cipro-fenicie in Sardegna evidenziate in passato da una serie di scoperte, fra cui spiccano per importanza quelle effettuate ad Antas (Ugas – Lucia 1987: 255-261) e nel santuario sotterraneo di Pirosu Su Benatzu, nel comune di Santadi (Lilliu 1995; Lo Schiavo – Usai 1995).

Dal Golfo di Cagliari è possibile delineare due itinerari seguiti dalle imbarcazioni orientali, che hanno come destinazione finale la Penisola Italiana. Il primo itinerario, quello «meridionale», doveva snodarsi lungo le coste della Sardegna orientale per poi piegare ad est sino a raggiungere il litorale laziale e quindi la foce del Tevere, fondamentale via di penetrazione verso le aree più interne del continente. Si tratta di una rotta battuta dalle marinerie indigene già alla fine dell'età del Bronzo, come sostenuto da Gilda Bartoloni che ha ravvisato per questa fase una linea di rapporti preferenziali fra le popolazioni nuragiche e le comunità laziali dei Colli Albani (Bartoloni 1994: 208-211). Tale flusso di relazioni avrebbe favorito l'arrivo sulle coste continentali di genti e prodotti del Mediterraneo orientale. Infatti, secondo la ricostruzione proposta dalla Bartoloni i bronzi ciprioti del ripostiglio di Piediluco-Contigliano (Terni), la cui formazione viene generalmente datata intorno al 900 a.C. (Ponzi Bonomi 1970), sarebbero confluiti in Umbria attraverso la valle del Tevere e il territorio del *Latium Vetus* (fig. 4). Tuttavia questa non è la sola direttrice possibile, infatti da tempo sono stati evidenziati «i rapporti che collegano i

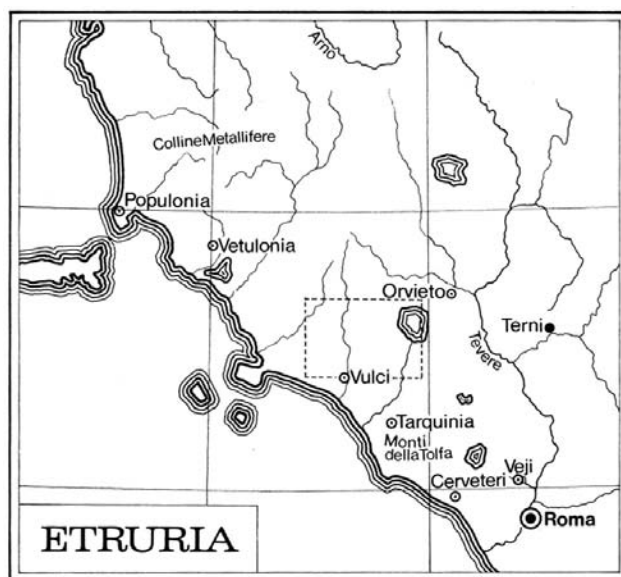


Fig. 4
Cartina dell'Italia centrale, da Strøm 1991.

⁴⁷ Taramelli 1921, con bibl. prec.; Lo Schiavo – D'Oriano 1990; Matthäus 2001: *passim*.

⁴⁸ Come noto, l'iscrizione è stata oggetto di differenti letture e contrastanti datazioni. Per lo *status quaestionis* cf. Amadasi Guzzo – Guzzo 1986, con inquadramento dell'epigrafe fra la seconda metà del IX e il 740-730 a.C.

⁴⁹ A Kition, per esempio, è attestato il re Pumayyaton, il cui nome significa «Pumay ha donato», che governò fra il 361 e il 312 a.C.: Karageorghis – Amadasi Guzzo 1973. Per le fasi storiche più antiche, ad ambientazione cipriota è stata riportata da alcuni studiosi l'iscrizione presente su un medaglione in oro rinvenuto a Cartagine all'interno di una ricca sepoltura degli inizi del VII sec. a.C. (Gras – Rouillard – Teixidor 2000: 195-200). Il testo racchiude una dedica del proprietario Yadamilk alla dea Astarte e al dio Pygmalion, suo paredro (Gibson 1982: 68-71; Bonnet 1996: 101). La connessione con Cipro è determinata proprio da quest'ultima divinità, che rappresenta la forma grecizzata del nome semitico *Pym*. Pygmalion, comunque, si riferisce anche alla fig. di un antenato reale divinizzato, come risulta dal mito sulla fondazione di Cartagine, nel quale Cipro, secondo quanto narrato dagli autori classici, deve avere svolto un ruolo fondamentale: Giust. XVIII, 4-15.

⁵⁰ Cf. rispettivamente il contributo di Paolo Bernardini in questo volume e Matthäus 2000: 48-49, fig. 2.

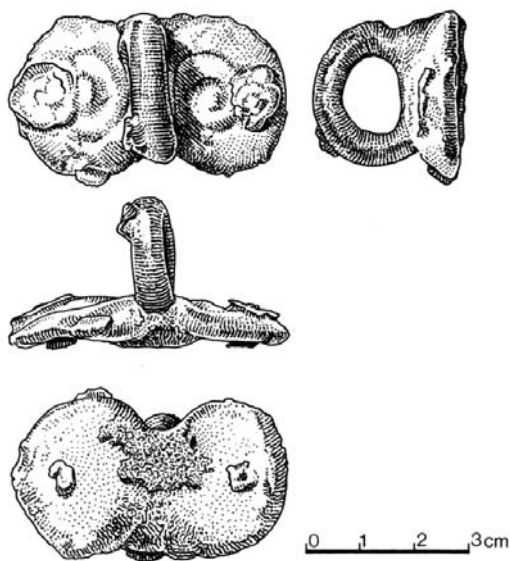


Fig. 5
Ripostiglio di Piediluco - Contigliano. Attacco d'ansa del tipo a doppia spirale, da Strøm 1991.

centri del distretto metallifero dell'Etruria settentrionale costiera a Chiusi e all'area ternana oltre il Tevere» (Del-pino 2005: 430).

Come noto, del ripostiglio di Piediluco-Contigliano facevano parte un tripode, un calderone (Lo Schiavo *et al.* 1985; Matthäus 2001: 174-175) e una ruota bronzea attribuita da Lucia Vagnetti ad un carrello cultuale (1974; 1996: 170). A questi manufatti si deve aggiungere un attacco d'ansa del tipo a doppia spirale confluito nel lotto di materiali attualmente conservati nel Museo Nazionale di Copenaghen (Fig. 5). Il reperto, esaminato in dettaglio da Ingrid Strøm (1991), è stato realizzato ripiegando un bastoncino di bronzo, secondo una tecnica documentata nel Vicino Oriente e in Sardegna, ma non a Cipro. In particolare, la placca a doppia spirale del ripostiglio di Piediluco-Contigliano trova un interessante confronto in un esemplare rinvenuto a Biblo, purtroppo in un contesto fortemente disturbato, e in un altro da Hama, che invece è possibile datare con sicurezza al IX-VIII sec. a.C. L'attacco potrebbe quindi appartenere ad un bacile originario della costa levantina, oppure ad un prodotto sardo realizzato in un ambiente in cui i legami con il mondo vicino-orientale dovevano essere molto forti (Strøm 1991: 329). In ogni caso, si tratta di un manufatto di estremo interesse, perché rappresenta una delle più antiche e chiare testimonianze di un coinvolgimento fenicio nelle attività commerciali che,

agli inizi del I millennio a.C., dal Mediterraneo orientale erano dirette verso la Sardegna e il settore medio tirrenico della Penisola Italiana.

Il secondo itinerario, invece, interessa il litorale occidentale della Sardegna, con scali nel Golfo di Oristano⁵¹ e più a nord sulle coste della Nurra, in ragione delle ricchezze minerarie dell'area e della sua posizione strategica sulla rotta di collegamento fra la Spagna e l'Etruria settentrionale⁵². L'importanza della Nurra per le più antiche attività fenicie in Occidente è stata esaminata in dettaglio nel contributo di Paolo Bernardini in questo volume, a cui si rimanda per i necessari approfondimenti. Questa regione della Sardegna rappresenta infatti la chiave per comprendere le dinamiche che porteranno in progresso di tempo elementi levantini ad inserirsi nei circuiti commerciali gestiti dalle élites nuragiche diretti verso i distretti metalliferi dell'Etruria settentrionale (Botto, 2004-2005). La rotta percorsa dalle navi fenicie aveva nel villaggio di Sant'Imbenia, nella baia di Porto Conte, un importante approdo in cui rifornirsi prima di affrontare la difficile attraversata delle Bocche di Bonifacio. Superato lo stretto, le imbarcazioni dovevano risalire lungo il litorale orientale della Corsica per poi piegare ad est verso l'arcipelago toscano, ponte di collegamento ideale con i centri di Populonia e Vetulonia terminali privilegiati delle imprese mercantili dapprima nuragiche e successivamente levantine. L'importanza di tale rotta risulta avvalorata dai nomi fenici che Piero Bartoloni ha riconosciuto per l'isola del Giglio, *Aigilim*, ovvero isola ondo-sa, e per l'isola d'Elba, *Aitalim*, il cui significato più probabile è isola delle colline di scorie, in riferimento all'intensa attività estrattiva avviata in loco sin da fasi storiche molto antiche (Bartoloni 2002: 251-252).

Da un punto di vista archeologico i primi contatti fra le aristocrazie etrusche e i mercanti orientali sono testimoniati da un reperto di assoluto prestigio: la coppa sbalzata in bronzo rinvenuta a Vetulonia in una tomba a pozzetto della necropoli di Poggio alla Guardia datata fra il 750 e il 720 a.C. (Fig. 6). Tale manufatto, che riflette a nostro avviso relazioni commerciali più antiche saldamente inquadrabili nella prima metà dell'VIII sec. a.C., costituisce tuttavia una delle poche testimonianze dell'attività commerciale fenicia in questo settore della Penisola Italiana⁵³. Mettendo a raffronto le importazioni nuragiche con quelle orientali distribuite nei centri costieri compresi fra l'Etruria settentrionale e il *Latium Vetus* per il periodo che va dalla fine del IX alla fine dell'VIII sec. a.C., sembra emergere un dato di estremo interesse: i Fenici

⁵¹ Oltre al contributo di Paolo Bernardini in questo volume, cf. Bernardini 2005b: 67-91.

⁵² Botto 1986: 134-137; Botto 1987: 17-18, fig. 5; Botto 2002: 238-239; Mastino *et al.* 2005: 93-94; Botto, 2004-2005.

⁵³ Per le rimanenti attestazioni cf. Cygielman - Pagnini 2002: 397, 408.



Fig. 6

Vetulonia, necropoli di Poggio alla Guardia. Coppa sbalzata in bronzo, da Martelli 1991.

risultano principalmente attestati dove la presenza nuragica è meno forte (Botto 2002: 239, con bibl.). Come si vedrà meglio in seguito nell'analizzare alcune classi di bronzi, in questa fase gli influssi del Mediterraneo orientale ravvisabili nell'Etruria settentrionale sembrerebbero filtrati attraverso il mondo nuragico. Diversamente, il settore compreso fra Tarquinia e il Lazio meridionale, risulta investito da importazioni orientali che testimoniano un diretto coinvolgimento di elementi cipro-fenici nelle attività commerciali.

La coppa di Vetulonia, che per la sua importanza merita un'analisi dettagliata, fu rinvenuta in una sepoltura femminile inserita all'interno di un circolo di pietre. L'attribuzione del manufatto a maestranze fenicie si deve ad Adriano Maggiani (1973; cf. inoltre Markoe 1985: 202, E15), che ne ha evidenziato le affinità con le coppe messe in luce da Hanry Layard nel 1849 nel cosiddetto ripostiglio dei bronzi del palazzo di Nord-Ovest a Nimrud⁵⁴. Questo edificio ebbe una lunga vita: residenza reale di Assurnasirpal II (883-859 a.C.) continuò a funzionare sino alla caduta dell'impero assiro avvenuta alla fine del VII sec. a.C. Il palazzo di Nord-Ovest venne restaurato sullo scorcio dell'VIII secolo da Sargon II (721-705 a.C.), che lo trasformò, secondo quanto afferma negli Annali, in deposito dei preziosi oggetti provenienti sia da tributi sia da saccheggi effettuati nel suo vasto dominio. Riguardo al «ripostiglio dei bronzi» l'analisi archeologica sembra confermare quanto riferito dalle fonti storiche. Per questo

motivo studiosi autorevoli sono orientati a collocare l'accumulo di tali beni all'epoca di Sargon II (Markoe 1985: 153-154; Winter 1988: 208). Ciò rappresenterebbe un importante *terminus ante quem*, anche se restano da chiarire le provenienze e le datazioni dei numerosi reperti messi in luce dalle indagini archeologiche. In effetti, il «ripostiglio dei bronzi» di Nimrud riunisce materiali che non possono essere inseriti in un gruppo omogeneo, ma che al contrario presentano stili riconducibili sia a fasi temporali sia a centri di produzione differenti (Winter 1973: 402-403). Per quanto riguarda le coppe lavorate, gli studi del Barnett (Barnett 1967; Barnett 1974) hanno avuto il merito di stabilire seriazioni cronologiche e proporre attribuzioni, ma un discorso organico su questi manufatti potrà essere fatto soltanto dopo l'edizione integrale del complesso (Markoe 1985: 1-3). Comunque, per la classe in questione una datazione fra l'ultimo quarto del IX e la fine dell'VIII sec. a.C. appare molto probabile.

La coppa di Poggio alla Guardia, purtroppo fortemente danneggiata, non permette confronti puntuali. Tuttavia chi scrive (Botto 1996: 564-567) ha proposto di inserire il reperto nel gruppo delle *star bowls*, che riunisce esemplari di diversa tipologia, decorazione e stile caratterizzati dalla presenza al centro della vasca del motivo della stella con numero variabile di punte. La serie in questione viene datata approssimativamente alla seconda metà dell'VIII sec. a.C. e attribuita a scuola artigianale aramaica di ambito sud-siriano, oppure ad *ateliers*

⁵⁴Layard 1853a: 176-200; Layard 1853b: 9 e ss. Di tali scoperte e delle successive indagini condotte da Max Mallowan dopo la II Guerra Mondiale cf. Barnett 1982: 50-51.

fenici⁵⁵. La fattura aramaica di alcune di queste coppe sembrerebbe probabile in base a criteri stilistici e al tipo di decorazione; altri esemplari invece denotano caratteri e iconografie tipicamente fenici. Come vedremo più avanti, in questa distinzione sembra rilevante anche il motivo della stella: sulla base dei materiali editi, infatti, la stella ad otto punte caratterizza i manufatti fenici, quella a sette punte le produzioni sud-siriane. A nostro avviso, infine, per l'attribuzione del gruppo non risulta dirimente la presenza di iscrizioni di appartenenza in aramaico, dal momento che tali iscrizioni attestano l'etnia del proprietario della coppa e non l'artigiano che l'ha prodotta. Le *star-bowls*, quindi, non possono essere inquadrati in un'unica produzione. Secondo chi scrive, ad una serie di prototipi fenici, in cui è possibile enucleare più distintamente temi del repertorio artistico egizio, si affiancarono nella seconda metà dell'VIII secolo prodotti elaborati in officine sud-siriane, che risultano comunque fortemente influenzate dall'artigianato fenicio, come documentato anche per gli avori (Winter 1981; Hermann 1986: 52).

L'ipotesi che la coppa di Vetulonia appartenga alle *star bowls* si basa sulle affinità riscontrate con due esemplari di Nimrud relativi a questa serie (Layard 1953b: tavv. 59, C e 61, A). In effetti, soprattutto la seconda coppa dimostra raffronti particolarmente stringenti con il nostro esemplare: essi non riguardano solo le scelte iconografiche, con teorie di animali passanti, ma anche la divisione dello spazio compositivo in registri meno spaziosi rispetto ad altre serie, delimitati da trecce di identica fattura; infine, un particolare di estremo interesse che caratterizza i due bronzi e li qualifica come opere della stessa scuola riguarda la presenza di una fascia risparmiata tra i registri, che però nell'esemplare di Vetulonia, visto anche il suo stato frammentario, è documentabile solo fra il primo e il secondo fregio⁵⁶.

L'iconografia della stella doveva essere particolarmente diffusa nel repertorio iconografico fenicio, dal momento che appare ricollegabile alla dea Astarte (Barnett 1974: 31-32; Delcor 1983: 785). È probabile quindi che motivi astrali decorassero tessuti e stoffe di varie tipologie, di cui purtroppo non è rimasto nulla, ma anche monili e altre categorie artigianali. La diffusione nella Penisola Italiana di questa iconografia è confermata da un ritrovamento eccezionale effettuato a Castel di Decima, impor-

tante insediamento collocato sul tratto terminale del Tevere. Si tratta di due pendenti discoidali in oro, praticamente identici, provenienti dalla tomba 110, oggetto in passato di segnalazioni parziali, ma ancora in attesa di una pubblicazione esaustiva (Bedini – Cordano 1977: 306). Grazie alla disponibilità di Alessandro Bedini è stato possibile condurre un esame autoptico sui monili, che per l'iconografia e la tecnica di lavorazione sono da considerare importazioni fenicie (Botto 1996). Importante è anche la datazione della tomba di Castel di Decima, che risulta utilizzata all'incirca nello stesso arco di tempo della sepoltura a pozzetto di Poggio alla Guardia. È probabile quindi che questi manufatti, prodotti in officine fenicie agli inizi dell'VIII sec. a.C., abbiano raggiunto la Penisola Italiana contemporaneamente. A conferma della diffusione del motivo astrale in area laziale anche nelle fasi storiche immediatamente successive, si segnala la decorazione presente in due patere baccellate in bronzo rinvenute sulle alture di Tor de' Cenci, nel territorio della Laurentina, in una sepoltura dell'ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. In un caso l'esecuzione corsiva risulta lontana dai prototipi orientali, ma nell'altro il motivo della stella ad otto punte appare evidente⁵⁷.

Un'ultima considerazione riguarda la fattura tipicamente fenicia del motivo «a stella» che raggiunge le coste medio-tirreniche della Penisola Italiana. I reperti sopra analizzati presentano infatti la stella a otto punte, allo stesso modo delle *star bowls* di Nimrud che più direttamente si legano all'artigianato fenicio; diversamente, le coppe di probabile matrice aramaica rinvenute nella capitale assira sono decorate al centro con la stella a sette punte (Barnett 1967: tavv. IV, 1 e VI, 2; Barnett 1974: tavv. XV-XVI). Tale considerazione, che dovrà essere verificata alla luce dell'edizione integrale degli esemplari di Nimrud, trova un'importante conferma nella coppa rinvenuta ad Olimpia sulle rive del fiume Alfeo (Imai 1977: 69-70, cat. n. 70, 59; Markoe 1985: 204-205, G3). Si tratta dell'unico reperto proveniente dal Mediterraneo appartenente al gruppo delle *star bowl* e si caratterizza per avere al centro il motivo della stella a otto punte. In base allo stile e all'iconografia la coppa può essere considerata un prodotto fenicio della prima metà dell'VIII sec. a.C.⁵⁸ A questo periodo rimanda anche l'iscrizione incisa sull'orlo, che indica l'origine aramaica del proprietario (Amadasi Guzzo 1987a: 20-21).

⁵⁵ Barnett 1967: 4* e Barnett 1974: 23, 27, considera il gruppo aramaico con forti influenze fenicie; Imai 1977: 49-56, 329-346 propende per una produzione fenicia; Winter 1981: 130, ritiene le coppe di scuola artigianale sud-siriana.

⁵⁶ Sulla stessa linea interpretativa Sciacca 2005: 400-401, nota 782.

⁵⁷ Bedini 1988-1989: 232-233, figg. 15-16 (patere in bronzo nn. 7-8 della tomba 3).

⁵⁸ Il bronzo trova significativi raffronti sia nello stile sia nei temi iconografici con la «coppa di New York» considerata opera di «puro stile fenicio» da Falsone 1992: 108, 111, 113.

La coppa di Vetulonia, quindi, può essere considerata a tutti gli effetti come uno dei migliori prodotti della bronzistica fenicia ed è altamente indicativa per comprendere l'importanza che l'insediamento etrusco ebbe per gli agenti levantini, interessati ad accedere alle ricchezze del sottosuolo del vicino distretto minerario delle Colline Metallifere. Tuttavia, l'apertura dei mercati dell'Etruria settentrionale costiera agli interessi fenici sembrerebbe inizialmente osteggiata dalle *élites* nuragiche. Questa lettura proposta in passato anche da Giovanni Garbini (1991) sulla base di considerazioni che esulano però dal dato archeologico, si basa sul raffronto fra la documentazione messa in luce a Sant'Imbenia e quella raccolta nei centri di Populonia e Vetulonia. Infatti, mentre sul versante sardo la presenza fenicia appare di lunga durata e ben strutturata su quello peninsulare risulta sporadica. Partendo da questi presupposti si potrebbe quindi ipotizzare un atteggiamento di chiusura da parte dei gruppi di spicco delle comunità nuragiche, intenzionati a mantenere un rapporto privilegiato con le aristocrazie etrusche e preoccupati delle capacità diplomatiche e commerciali dimostrate dagli agenti di Tiro. Per questo motivo la rotta «settentrionale» stentò a decollare e solo con la fine dell'VIII – inizi del VII sec. a.C. venne frequentata in modo continuativo, come testimoniato dal notevole incremento dei prodotti orientali rinvenuti a Populonia e Vetulonia (Botto 2002). Tale situazione è da mettere in relazione da un lato con la mediazione delle città dell'Etruria meridionale, prima fra tutte Cerveteri, che agiscono come redistributori dei prodotti di lusso orientali, dall'altro con la progressiva crescita dei centri coloniali fenici di Sardegna, in grado di stringere alleanze strategiche con le *élites* nuragiche funzionali ad avviare contatti diretti con i centri dell'Etruria settentrionale. Il culmine di questi commerci si realizzò nella prima metà del VII sec. a.C. interessando varie tipologie di manufatti prodotti sia in Oriente sia in ambito coloniale (Botto 2002), ma anche nella stessa Penisola Italiana ad opera di artigiani itineranti di origine levantina (Botto 2004a: 32-33; Sclafani 2005: 407-409). Tuttavia, prima di procedere nell'analisi di questa articolata realtà si intende ritornare alla fase più antica dei contatti, che necessita di ulteriori approfondimenti.

Dal quadro tracciato risulta chiaro che il referente privilegiato delle attività commerciali cipro-fenicie in Occidente fu rappresentato dalle *élites* nuragiche, che dal Bron-

zo Finale avevano sviluppato intense e proficue relazioni con le comunità dell'Italia medio tirrenica. Tale situazione favorì l'arrivo nell'Italia centrale non solo delle esperienze artistico-artigianali maturate presso i villaggi nuragici, ma anche delle tecniche innovative e delle produzioni più recenti del Mediterraneo orientale. Per questo motivo le importazioni datate nei primi secoli del I millennio a.C. riflettono forme di scambio articolate, dal momento che gli iniziali ed esclusivi rapporti fra *élites* nuragiche e peninsulari si andarono progressivamente arricchendo di nuovi protagonisti di origine levantina. Inoltre, nei prodotti nuragici messi in luce nella Penisola si possono spesso individuare apporti orientali differenziati nel tempo e filtrati attraverso le esperienze culturali delle comunità insulari.

Una classe di materiali che esemplifica tale situazione è quella dei sostegni in bronzo, la cui introduzione in Occidente si colloca durante la florida stagione dei commerci cipro-micenei⁵⁹. L'elaborazione in ambito sardo di questi manufatti è comunque altrettanto sicura e continua ben oltre la fine del II millennio a.C. con esiti di assoluta originalità⁶⁰. Per esempio, realizzazioni miniaturistiche con forti valenze simboliche e sacrali rientrano nel circuito «aristocratico» di scambi con le popolazioni etrusche, come testimoniato dall'esemplare rinvenuto nella tomba 10 della necropoli Romagnoli, a Bologna, il cui corredo si data agli inizi del VII sec. a.C. (Minarini 2000). A questa categoria di prodotti di lusso appartengono anche i carrelli cultuali, di cui il ripostiglio di Piediluco-Contigliano conserva, come sopra ricordato, una ruota. La diffusione di tali manufatti nell'Italia tirrenica doveva essere molto più consistente di quanto è possibile percepire dalle scarse testimonianze archeologiche. In effetti, come è stato autorevolmente sostenuto⁶¹, un'opera complessa come il noto carrello in bronzo della tomba 2 della necropoli dell'Olmo Bello a Bisenzio, databile verosimilmente entro il terzo quarto dell'VIII sec. a.C., sarebbe incomprensibile senza il confronto con i prototipi ciprioti in voga nell'età del Bronzo, oppure, secondo il nostro parere, con le loro fedeli riproduzioni elaborate in ambito nuragico anche durante i secoli iniziali del I millennio a.C.

Diversamente dai sostegni in bronzo, una classe di materiali saldamente ancorata nell'ambito dei commerci post-micenei è quella dei bacili con anse ornate da fiore di loto fuse alla base su una piastra dalla caratteristica

⁵⁹ Oltre agli studi citati alle note 11 e 15, cf. da ultimo Papasavvas 2004.

⁶⁰ Oltre a Bernardini 1991: 22-24 e a Papasavvas 2004: 48, cf. Mastino, Spanu, Zucca 2005: 81-82, nota 430, fig. 1.7, 2-3, con indicazione di due nuovi tripodi «derivanti da un insediamento nuragico di Solarussa, nella bassa valle del Tirso, 10 km a monte della foce» per i quali resta problematica l'attribuzione a fabbrica cipriota piuttosto che a manifattura locale. Per questi materiali, comunque, si preferisce sospendere in modo precauzionale qualsiasi forma di giudizio sino a quando non sarà accertata con esattezza la loro provenienza: cf. il contributo di P. Bernardini in questo volume.

⁶¹ Matthäus 1985: 333-334. Sui carrelli cultuali elaborati nella Penisola Italiana cf. Naso 2002.

forma a doppio lobo circolare. Questa produzione, oggetto di un approfondito studio da parte di Hartmut Matthäus (2001: 154-165) raggiunge la sua massima diffusione sull'isola durante il Cipro Geometrico I e II (1050-850 a.C.). Al momento rimane ancora da stabilire se questi recipienti continuarono ad essere realizzati nel Cipro Geometrico III (850-750/725 a.C.), mentre è stato definitivamente accertato che il tipo non venne più prodotto nel Cipro Arcaico vista la totale mancanza di attestazioni nelle tombe di questo periodo (Matthäus 2001: 159). Il termine della produzione dei bacili con anse ornate da fiore di loto sull'isola rimane quindi sotto discussione. Chi scrive ritiene probabile una continuità di vita della classe anche nel CG III, dal momento che le molte attestazioni esterne all'isola dimostrano un proliferare di scuole locali le cui produzioni raggiunsero fasi segnatamente più tarde. È il caso di Creta, dove i rinvenimenti scendono sino all'VIII – VII sec. a.C. e riguardano anche esemplari di assoluta originalità, come il noto bronzo dall'Antro Ideo, in cui alla tipologia cipriota si sommano elementi decorativi propri del patrimonio artistico siro-fenicio (Matthäus 1998a: 135-137).

Considerazioni analoghe devono essere fatte per molti altri reperti che si distaccano nettamente dai prototipi ciprioti, ma che da essi prendono ispirazione. L'ampiezza della documentazione raccolta, che si estende dalla Nubia alla Mesopotamia, dall'Anatolia all'Egeo, dalla Grecia al Mediterraneo centro-occidentale evidenzia il ruolo chiave svolto dall'elemento fenicio nella diffusione di questi bronzi. Per esempio, un coinvolgimento diretto di artigiani e mercanti levantini è senz'altro riconoscibile nell'introduzione della classe nel regno di Kush (Botto 1993b: 18; Matthäus 2001: 160), così come in Vicino Oriente e in Anatolia, dove al contempo si trovano attestate riproduzioni miniaturistiche in *faïence* e in avorio che con ogni probabilità devono essere imputate a specialisti fenici. Analoghe considerazioni riguardano i prodotti che raggiunsero il Mediterraneo centro-occidentale. Per quest'ambito geografico la scoperta più sensazionale si riferisce a due esemplari provenienti dalla sala delle riunioni presso il tempio a pozzo di Santa Anastasia di Sardara, in Sardegna (Fig. 7-8), datati da Giovanni Ugas in base al contesto di scavo alla seconda metà-fine dell'VIII sec. a.C.⁶². Successivamente il Matthäus ha proposto di inquadrare questi reperti agli inizi del I millennio a.C. viste le strette affinità con i modelli ciprioti, in particolare con quelli del Cipro Geometrico I di Palaepaphos-Skales caratterizzati

da tiranti che rafforzano la stabilità delle anse (Matthäus 2001: 163).

Dalla Penisola Italiana, più precisamente dalla tomba a camera 2 del tumulo F di Satricum, proviene un bacino simile all'esemplare a vasca profonda di Sardara (Botto 1993b: 16-20) (Fig. 9). La tomba, che contiene più deposizioni, si data in base alla ceramica d'importazione

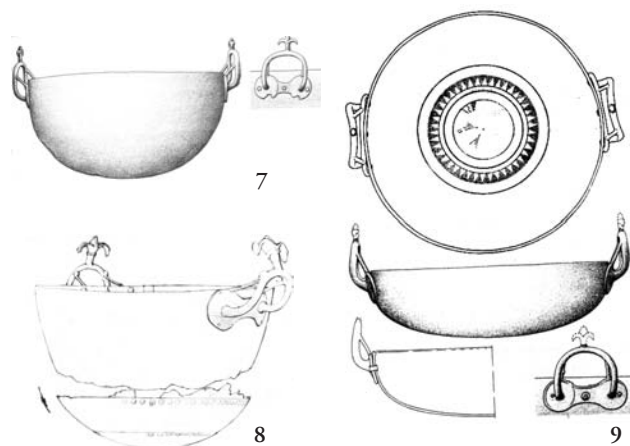


Fig. 7

Sant'Anastasia di Sardara, sala delle riunioni. Bacile in bronzo con anse ornate da fiore di loto, da Matthäus 2001.

Fig. 8

Satricum, tumulo F, tomba a camera 2. Bacile in bronzo con anse ornate da fiore di loto, Foto Soprintendenza Archeologica dell'Etruria Meridionale.

Fig. 9

Sant'Anastasia di Sardara, sala delle riunioni. Bacile in bronzo con anse ornate da fiore di loto, da Matthäus 2001.

fra gli inizi del VII secolo e il 620-610 a.C. (Waarsemburg 1995: 196-205). Il bacino risulta associato con la sepoltura più recente (*ibid.*: 198) ed è quindi molto più tardo rispetto al *floruit* delle produzioni cipriote. Ciò nonostante l'esemplare laziale si dimostra sorprendentemente vicino a queste ultime e presenta accorgimenti tecnici come l'ansa a doppio tirante che suppongono una diretta conoscenza dei prototipi. Per tale motivo chi scrive considera l'esemplare di Satricum, allo stesso modo di quelli sardi, come un'importazione⁶³. Ciò renderebbe sempre più credibile l'ipotesi che la classe in questione sia stata prodotta sull'isola del Mediterraneo orientale anche durante il Cipro Geometrico III (850-750/725 a.C.). Una lacuna nella documentazione insulare appare a nostro avviso probabile. Essa non permetterebbe di cogliere appieno quella continuità di apporti fra Oriente e Occidente, che al contrario risulta evidente nel momento

⁶² Ugas - Usai 1987: 192. Il complesso, di estremo interesse, è caratterizzato anche dalla presenza di molle da fuoco di tipo cipriota: *ibid.*: 171; Lo Schiavo - Macnamara - Vagnetti 1985: 25-27.

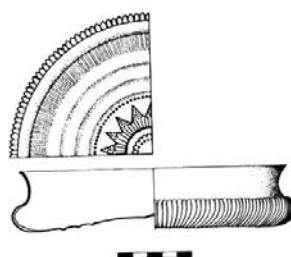
⁶³ Dello stesso avviso è Waarsemburg 1995: 213-214; Matthäus 2001: 164 sembrerebbe avallare tale ipotesi.

in cui l'analisi venga estesa anche ai prodotti esportati e alle imitazioni locali. Il bacino di Satricum, per esempio, presenta un restauro eseguito con grande perizia, che testimonia la lunga vita del manufatto prima che venisse deposto come un cimelio nella tomba insieme al suo ultimo proprietario. Il Matthäus sottolinea inoltre come la decorazione del bacino di Sardara con vasca ribassata sia elemento anomalo all'interno della classe, dal momento che non ha paralleli fra i reperti ciprioti; d'altro canto considera poco probabile una realizzazione locale del manufatto, poiché il motivo non trova confronti nel repertorio decorativo nuragico (Matthäus 2001: 163).

Chi scrive interpreta la decorazione del bacino di Sardara come un'ulteriore prova delle connessioni che dovevano esistere fra questa classe di materiali e il mondo fenicio. Il motivo riprodotto, infatti, è riconducibile alla decorazione a «denti di lupo» presente nei pendenti discoidali in oro della seconda metà dell'VIII sec. a.C. elaborati in ambiente rodio verosimilmente da artigiani fenici (Martelli 1991: 1058-1059, fig. 5 c). Il tema, inoltre, è ben documentato su alcune *star bowls* di Nimrud, la cui produzione, come precedentemente notato, si deve a botteghe di scuola fenicia e sud-siriana⁶⁴. All'interno di questo clima artistico-culturale si collocano, a nostro avviso, temi decorativi affini presenti nella Penisola Italiana su manufatti ritenuti di importazione o di ispirazione vicino-orientale. Un esempio particolarmente pregnante al riguardo è rappresentato dalla decorazione incisa su una coppa baccellata rinvenuta in Etruria, di cui purtroppo non si conoscono le modalità di recupero. Il reperto, esposto al Museo Gregoriano Etrusco, risulta di straordinaria importanza dal momento che è stato recentemente inserito all'interno di un gruppo di patere⁶⁵ la cui produzione si pone con tutta verosimiglianza nella madrepatria fenicia (fig. 10).

Da tale valutazione ne consegue che la circolazione dei bacili con ansa decorata con fiore di loto fu sicuramente più ampia di quanto oggi è possibile documentare e che le esportazioni da Cipro continuarono sino alla fine del periodo geometrico, raggiungendo molte aree del Mediterraneo e dell'Oriente interessate dai commerci fenici. Riguardo alla Sardegna, ad una produzione cipriota si deve infatti riferire l'attacco conformato a doppio lobo circolare sormontato molto verosimilmente da fiore di loto proveniente da Serra Orrios. Elaborazioni locali ispirate a prototipi ciprioti sono invece le anse dei ripostigli di Tadasuni, nell'entroterra di Oristano⁶⁶ (fig. 11) e di Monte Sa Idda (Matthäus 2001: 163-164) (fig. 12). Nella Penisola Italiana un'im-

portazione è con tutta verosimiglianza l'ansa individuata nella necropoli della Polledrara di Vulci (Botto 1993b: 19) (fig. 13), mentre la grande fioritura di imitazioni nel periodo Orientalizzante, che ha come principale centro di elaborazione Vetulonia, presuppone una conoscenza diretta dei modelli ciprioti (Camporeale 1969: 49), del resto ancora circolanti sul continente durante il VII secolo, come chiaramente testimoniato dal bacile di Satricum. Un fenomeno analogo è ravvisabile nella Penisola Iberica, dove da contesti di VIII secolo da Nora Velha (Ourique) e da Belvis de La Jara (Toledo), provengono due attacchi d'ansa del tipo a doppio lobo relativi a bacili ritenuti di importazione cipriota (Jiménez Ávila 2002: 152-153). Questa documentazione si aggiunge alle due note anse di forma rettangolare con appendice a fiore di loto provenienti da Castulo (Jaén), che si datano al VII secolo



10



11



12



13

Fig. 10

Etruria, provenienza sconosciuta. Patera baccellata in bronzo a vasca lenticolare, da Sciacca 2005.

Fig. 11

Ripostiglio di Tadasuni. Ansa con attacco a doppio lobo circolare decorata da globetti e volatili, da Matthäus 2001.

Fig. 12

Ripostiglio di Monte Sa Idda. Ansa con attacco a doppio lobo circolare, da Matthäus 2001.

Fig. 13

Polledrara di Vulci. Ansa in bronzo ornata da fiore di loto, da Montelius 1896-1910.

⁶⁴ Cf. *supra* p. 136.

⁶⁵ Sciacca 2005: 201, cat. Pi 1, fig. 305; per l'attribuzione cf. *ibid.*: 394.

⁶⁶ Secondo le più recenti indagini (Santoni – Bacco 2005) il ripostiglio di Tadasuni non sarebbe altro che il santuario di Su Monte Sorradile, che ha restituito manufatti di estremo interesse la cui datazione copre i secoli a cavallo fra II e I millennio a.C., ma con materiali più tardi di VIII secolo che attestano i primi contatti fra elementi nuragici e genti fenicie: Santoni – Bacco 2001: cat. n. 70.

a.C. e che sono universalmente considerate elaborazioni locali ispirate a modelli del Mediterraneo orientale (Matthäus 2001: 165; Jiménez Ávila 2002: 153).

Come accennato in precedenza, un diretto coinvolgimento di mercanti fenici nella diffusione di questi bacili in Occidente sembra quindi molto probabile. La classe in questione si accompagna ad altre tipologie di bronzi che dal Mediterraneo orientale, agli inizi del I millennio a.C., raggiungono la Sardegna e quindi la Penisola Italiana. Al riguardo un reperto di estremo interesse è la patera rinve-

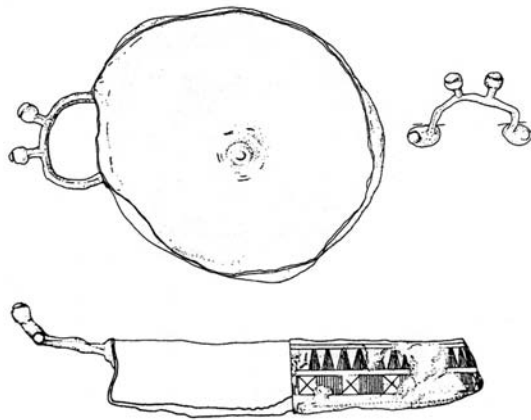


Fig. 14
Castel di Decima, tomba 132. Patera in bronzo con ansa decorata da due appendici sormontate da globetti incisi alla sommità, da Bedini - Cordano 1975.

nuta a Castel di Decima (fig. 14) in una tomba femminile datata al primo quarto dell'VIII sec. a.C.⁶⁷ L'esemplare laziale presenta una forma tipica a vasca bassa carenata, con fondo leggermente convesso e orlo diritto inclinato verso l'interno. È munito di un'unica ansa orizzontale caratterizzata dalla presenza nella parte superiore di due appendici sormontate da globetti incisi alla sommità. La vasca risulta decorata al centro da un piccolo bottone rientrante circondato da tre cordonature a sbalzo; all'esterno la decorazione corre sull'orlo e si dispone su due registri: quello superiore presenta una serie continua di triangoli tratteggiati a ventaglio con il vertice rivolto in alto; il registro inferiore invece è definito da una sequenza di metope, in cui ricorrono alternativamente due motivi caratterizzati l'uno da una serie di linee verticali, l'altro da due linee ad X.

Questo manufatto rientra in una produzione di difficile inquadramento composta da soli cinque esemplari individuati nella Penisola Italiana. Oltre che da Castel di

Decima, i reperti provengono da Bologna, Populonia, Veio e Francavilla Marittima⁶⁸. Per l'esemplare calabrese si deve però osservare che l'ansa è stata applicata ad una coppa fenicia lavorata a sbalzo a seguito di un intervento di restauro, che ha comportato anche l'utilizzo di frammenti di lamina ottenuti ritagliando un cinturone di tipo enotrio (Formigli 1970-71). In origine quindi l'ansa con appendici globulari non apparteneva alla coppa fenicia, ma ad un altro vaso andato disperso per il quale si può solo supporre una vicinanza agli esemplari sopra elencati. Recentemente, infine, Adriano Maggiani (2002a: 411-413) ha proposto di inserire in questa serie un'ansa dell'Antiquarium del Museo Archeologico di Firenze priva di dati di provenienza, ma ipoteticamente attribuita dallo studioso a Vetulonia. Nell'articolo si sostiene la tesi di una produzione locale di questa classe di bronzi, avviata nell'Etruria settentrionale e da qui esportata nel resto della Penisola. Secondo il Maggiani, infatti, il centro di elaborazione primario di tali manufatti andrebbe ricercato a Populonia, nei cui *ateliers* nacque l'idea di applicare ad una forma vascolare derivata da prototipi in impasto di ambito locale⁶⁹ un tipo particolare di ansa decorata da apofisi a globetto. Quest'ultima, sarebbe un'originale invenzione dell'artigianato nuragico diffusa nell'Etruria settentrionale già alla fine del IX sec. a.C. grazie agli stretti contatti avviati con le *élites* villanoviane (Bartoloni 1987: 40; Maggiani 2002a: 411-413). Gli esiti di tale processo sono ravvisabili nella coppa biansata di Poggio delle Granate, l'unica a presentare le due appendici globulari collegate direttamente alla verghetta che costituisce il ramo principale dell'ansa, mentre tutti gli altri reperti risultano muniti di anse con terminazioni globulari su collarini cilindrici. Tale particolarità avvicina sensibilmente le anse di Populonia ad elaborazioni di ambito sardo, soprattutto alla grande ansa con tre globetti e coppia di volatili proveniente da Tadasuni citata in precedenza. Quest'ultima trova un confronto ancora più puntuale sul continente nelle anse del bacile in bronzo proveniente dalla seconda fossa del Circolo del Tridente di Vetulonia oggetto di una recente pubblicazione (Cygielman - Pagnini 2002: 406, tav. II, c). Infine, sempre a questo centro dell'Etruria settentrionale si deve fare riferimento per il tipo di decorazione della vasca dell'esemplare della tomba 759 di San Vitale, che presenta fasce concentriche di punti sbalzati grandi e piccoli disposte in modo alternato

⁶⁷ La patera è analizzata da Alessandro Bedini in Bedini - Cordano 1975: 384-385 e Bedini - Cordano 1977: 275-281.

⁶⁸ Bologna: tomba femminile 759 della necropoli di San Vitale, datata agli inizi dell'VIII sec. a.C. (Pincelli - Morigi Govi 1975: 454-455, fig. 68, 8, tav. 305); Populonia: tomba femminile 10 della necropoli di Poggio delle Granate, datata alla fine del IX sec. a.C. (Bartoloni 1987: 38-41, figg. 8-11); Veio: tomba femminile 1032 della necropoli di Casale del Fosso datata nella locale fase II B, cioè intorno alla metà dell'VIII sec. a.C. (Buranelli 1981: 516; Buranelli - Drago - Paolini 1997: 69, 21); Francavilla Marittima, tomba femminile «S» della necropoli di Macchiabate, datata alla metà circa dell'VIII sec. a.C. (Zancani Montuoro 1972: 9-33, tav. V, B).

⁶⁹ L'ipotesi sostenuta inizialmente da Pincelli - Morigi Govi 1975: 461 è accettata da Bartoloni 1987: 40, nota 27 e da Maggiani 2002a: 413.

identiche a quelle di un bacino a vasca profonda dalla tomba 2 di Poggio alle Birbe (Maggiani 2002a: tav. II, d).

Nella consapevolezza che per la classe indagata molte sono ancora le dinamiche che sfuggono ad una totale comprensione, chi scrive intende focalizzare l'attenzione sugli influssi provenienti dal Mediterraneo orientale. A nostro avviso, infatti, è possibile cogliere un tenue ma indicativo *file rouge* che lega Cipro alla Penisola Italiana attraverso la Sardegna. Al riguardo si deve segnalare che l'attenta analisi di Adriano Maggiani ha permesso di evidenziare contatti in precedenza non ravvisati. Lo studioso osserva infatti che le anse della patera di Populonia sono raccordate alla vasca da una placchetta rettangolare di tipologia occidentale, contrassegnata però da una decorazione con solcature orizzontali originaria di Cipro. In effetti questo motivo si ritrova sia sull'esemplare di Tadasuni più volte ricordato sia su un'ansa da Olimpia (Maggiani 2002a: 412, tav. II, a). Tali reperti si differenziano morfologicamente dall'esemplare populoniese per avere un attacco a doppio lobo circolare tipico delle produzioni cipriote, come si è già avuto modo di osservare in questa sede per i bacini con anse decorate con fiore di loto. Il Maggiani conclude ipotizzando un'origine cipriota anche della versione decorata da solcature orizzontali. Dall'isola del Mediterraneo orientale tale variante sarebbe stata esportata in Sardegna con l'apporto di elementi fenici e successivamente nei centri dell'Etruria settentrionale, dove sarebbe stata rielaborata sino a raggiungere la forma documentata a Populonia senza le caratteristiche espansioni a disco.

A nostro avviso, l'esemplare che più di tutti denota uno stretto rapporto con le produzioni orientali è quello di Castel di Decima (Botto 1995b). La forma vascolare infatti ha origine molto verosimilmente in Egitto durante il Nuovo Regno. A questo periodo si datano alcuni recipienti in bronzo (Radwan 1983: 114-115, 119-129, tav. 60, 332-334), ma anche in metalli nobili quali l'oro, come attestato dallo splendido esemplare del regno di Tuthmosis III, in cui è possibile ravvisare una certa affinità con il reperto laziale (Boreux 1932: 341-342, tav. XLV). In proposito, è interessante notare come tutte le patere considerate presentino al centro della vasca il noto motivo a rosetta con piccolo *omphalos*, che nel caso dell'esemplare in oro massiccio risulta cordonato. Dall'area del Delta questa tipologia si diffuse agli inizi del I millennio a.C. nella regione siro-palestinese e nella Mesopotamia settentrionale. Due raffronti sembrano particolarmente attinenti:

il primo si riferisce ad una patera rinvenuta ad Assur (Luschey 1939: 162-164, fig. 1), il secondo ad un esemplare della fine dell'VIII – inizi VII sec. a.C. messo in luce a Zindjirli (von Luschan – Andrae 1943: tav. LVI, b). In Assiria si trovano anche i confronti più antichi per il motivo con *omphalos* delimitato da uno o più cerchi concentrici, che risulta bene attestato sulle coppe metalliche e in particolare sulle patere baccellate⁷⁰. Questa decorazione si diffuse rapidamente in tutto il Vicino Oriente e verso Occidente, in particolar modo in Frigia⁷¹, dove le *phia-lai mesomphalos* ottennero grande successo, con una progressiva dilatazione del motivo centrale che raggiungesse dimensioni non contemplate prima. Nell'VIII e ancora nel VII sec. a.C. il tema dell'*omphalos* cordonato risulta ben documentato nella Penisola Italiana, con attestazioni non solo sui bronzi⁷² ma anche sui gioielli, come nel caso dei due pendenti in oro dalla stessa Castel di Decima citati in precedenza (Botto 1996: 562-563). Con riferimento alla classe di bronzi sopra indagata, il bottone centrale è presente anche sull'esemplare di Veio; inoltre, circondato da due cordonature a sbalzo il motivo è ripetutamente utilizzato nella decorazione della vasca del bacile di Poggio alle Birbe.

Riguardo alla decorazione esterna già Alessandro Bedini (Bedini – Cordano 1977: 278-280) aveva evidenziato come il motivo a tratti verticali alternati a spazi con linee oblique incrociate sia attestato a partire dal IX sec. a.C. in ambiente greco-orientale diffondendosi successivamente sia in Oriente sia in Occidente. A tale studioso si deve inoltre la segnalazione della presenza di questo motivo su due sigilli relativi al *Lyre Player Group*: il primo rinvenuto in Fenicia, il secondo acquistato a Tarso (Buchner – Boardman 1966: 37 e 39, nn. 139 e 142, figg. 51 e 52). Come noto il centro di produzione dei sigilli del Gruppo del Liricine è oggetto di dibattito fra gli specialisti, tuttavia le differenti ipotesi che oscillano fra Rodi e l'area compresa fra la Cilicia e la Siria Settentrionale (Martelli 1991: 1050) sono perfettamente conciliabili con le valutazioni espresse dal Bedini.

Per il tipo di ansa con due appendici a globetti, che è sicuramente l'elemento più caratteristico della classe di bronzi sopra esaminata, si deve osservare che non esistono confronti puntuali in ambiente orientale. Come è stato ripetutamente osservato, però, le apofisi della patera di Castel di Decima, come quelle dell'esemplare di Francavilla Marittima, presentano delle incisioni che potrebbero essere state motivate dal desiderio di riprodurre un

⁷⁰ Per questa classe di materiali e per il motivo indicato cf. l'accurato studio di Sciacca 2005, *passim*.

⁷¹ Cf. Sciacca 2005: 255, nota 206, che sulla base di recenti studi sottolinea come il passaggio del motivo decorativo dell'*omphalos* inscritto da cordoncini dall'Assiria alla Frigia risulti più complesso di quanto finora prospettato e ancora da chiarire nelle sue dinamiche.

⁷² *Ibid.*, *passim*.

motivo vegetale. In proposito, Paola Zancani Montuoro (1970-71) afferma che le incisioni a croce presenti sulle apofisi dell'esemplare rinvenuto in Calabria rendevano queste terminazioni molto simili alle bacche del sicomoro. Inoltre, chi scrive ha sottolineato come sul finire del II millennio a.C. si assista a Cipro al passaggio dalle anse con elemento centrale ovoidale, ben documentate nelle produzioni di epoca micenea, a quelle con fiore di loto, che traggono ispirazione dal repertorio iconografico egizio (Botto 1995b: 197). Proprio nell'isola del Mediterraneo orientale queste due importanti scuole artistiche trovano un ideale punto d'incontro dando origine a prodotti di assoluta originalità. Tali dinamiche si colgono chiaramente dal confronto fra il bacile in bronzo della tomba 40 di Kourion-*Kaloriziki* del LC III B (1100-1050 a.C. ca.) (Catling 1964: 149, tav. 19, c), ancora influenzato dalle realizzazioni micenee, e quelli di Palepaphos-*Skales* inquadrabili nel successivo Cipro-Geometrico I (1050-950 a.C.) e già muniti di anse con motivo floreale. L'esemplare di Kourion deve quindi essere considerato come il prototipo della classe dei bacili con ansa decorata con fiore di loto (Matthäus 2001: 157 e 179, A 3). In esso infatti l'elemento centrale dell'ansa riproduce in modo realistico il bocciolo del loto.

Tali dinamiche inducono a considerare plausibile l'ipotesi che le anse con due appendici globulari della Penisola Italiana dipendano da *ateliers* ciprioti, oppure egei, in cui si sia tentato di elaborare temi tratti dal mondo vegetale, allo stesso modo di quanto documentato per il motivo del fiore di loto, ma con minore successo. Altri indizi avvalorerebbero questo ragionamento: nei vasi di epoca micenea e sub-micenea con anse decorate da un elemento centrale ovoidale, quest'ultimo appare distanziato da un collarino cilindrico come la maggior parte degli esemplari italici. Inoltre, per la patera di Castel di Decima esiste un ulteriore raffronto con le produzioni del Mediterraneo orientale. Come noto, l'attacco dell'ansa dell'esemplare laziale si differenzia da tutti gli altri che sono del tipo a barra rettangolare. Nel caso del bronzo della tomba 132, invece, l'ansa è saldata alla vasca con due placchette di forma ovale allo stesso modo di esemplari di epoca micenea, fra cui alcuni caratterizzati da anse con elemento centrale ovoidale poggiato su breve stelo⁷³.

Concludendo, la forma e la decorazione sia interna sia esterna della patera di Decima sembrerebbero derivare dalla regione siro-mesopotamica, mentre l'ansa dall'Egeo o da Cipro. Per questi motivi si ritiene che il bronzo sia stato elaborato in un ambiente eclettico in cui dovevano confluire molteplici tradizioni. La parte sud-occidentale

di Cipro più direttamente interessata dai commerci e dalla colonizzazione fenicia potrebbe essere considerata una possibile area di produzione di questi manufatti, così come il settore costiero levantino compreso fra la Fenicia e la Siria settentrionale. Tuttavia, non si esclude la possibilità che la patera sia stata elaborata in ambito occidentale. In tal caso si dovrebbe pensare ad un artigiano itinerante di provenienza orientale, oppure ad un metallurgo indigeno operante a stretto contatto con maestranze allogene. Tenendo conto dell'alta cronologia dei reperti, inquadrabili fra la fine del IX e gli inizi dell'VIII sec. a.C., la Sardegna si candida come la regione in cui con maggiore probabilità vennero rielaborati i prototipi orientali. Quindi, questo tipo di patera potrebbe essere stato introdotto fra le popolazioni nuragiche da elementi cipro-fenici e aver subito differenti gradi di elaborazione.

Seguendo questa interpretazione l'esemplare di Castel di Decima proverrebbe da un settore della Sardegna in cui i rapporti fra elementi cipro-fenici e popolazioni nuragiche dovevano essere molto intensi, dal momento che risulta il manufatto in cui più forti appaiono i legami con le tradizioni orientali. La patera di Veio invece, si configura come una copia dell'esemplare laziale eseguita in ambito locale. Sono evidenti infatti le affinità tipologiche con il bronzo di Decima già rilevate da Francesco Buranelli (1981: 516) e riconducibili soprattutto alla particolare conformazione della vasca, con carena all'attacco del fondo. Inoltre, la presenza di un piccolo *omphalos* al centro della vasca conferma in modo inequivocabile una relazione fra i due reperti e la loro comune dipendenza da modelli orientali. Le paterne di Populonia e di Bologna dimostrano invece un progressivo allontanamento dai modelli orientali, con successive e graduali rielaborazioni che riguardano inizialmente l'ambiente nuragico e poi quello villanoviano. Discorso a parte deve essere fatto per l'ansa di Francavilla, dal momento che tale manufatto potrebbe inserirsi nel flusso di prodotti che dal Mediterraneo orientale, nel corso della prima metà dell'VIII sec. a.C., raggiunse il centro calabrese. La pregevole fattura dell'ansa qualificerebbe il bronzo come una diretta importazione, anche se la perdita della vasca ne impedisce una sicura attribuzione.

Un'ultima considerazione riguarda la presenza di queste paterne in contesti tombali di prestigio esclusivamente femminili⁷⁴. Se l'ipotesi sopra proposta coglie nel vero e le appendici dell'ansa possono essere interpretate come motivi di origine vegetale e ricondotte quindi al ciclo annuale della natura, sembra plausibile associare questi vasi a rituali di fertilità e di procreazione legati alla

⁷³ Cf. per es. Matthäus 1980: tav. 41, 349 (Tholos B, Parai, Acaia); tav. 47, 400 (Camera 7, Dendra, Argolide).

⁷⁴ Cf. supra nota 68.

continuità della stirpe all'interno di gruppi emergenti nell'ambito delle comunità italiche dell'età del Ferro.

La distribuzione di questo tipo di patere nell'Italia centrale è un'ulteriore conferma dell'esistenza di due rotte utilizzate dalle imbarcazioni cipro-fenicie, che dalla Sardegna potevano raggiungere l'Etruria settentrionale, oppure le coste laziali. Si tratta di due itinerari indipendenti, dal momento che le relazioni avviate dai commercianti orientali con le comunità del *Latium Vetus* appaiono dirette e non mediate attraverso i centri etruschi. In passato chi scrive, nell'eventualità che la patera della tomba 132 di Castel di Decima fosse stata prodotta in Sardegna, aveva avanzato l'ipotesi che il vaso avesse raggiunto l'insediamento tiberino attraverso l'Etruria meridionale. Una seconda soluzione, legata però ad una realizzazione del bronzo nel Mediterraneo orientale, prevedeva un linea di collegamenti dall'Italia meridionale nell'ambito dei commerci villanoviani fra Campania ed Etruria (Botto 1995b: 199-200). Tali valutazioni risultano ancora oggi condivisibili, anche se nel primo caso non appare necessaria un'intermediazione dei centri dell'Etruria meridionale, che possono essere stati utilizzati come scali intermedi, oppure neppure toccati dalle imbarcazioni orientali (Botto 2002: 239-240). La rotta individuata, infatti, riservava diverse possibilità di attracco lungo il litorale compreso fra il territorio sotto il controllo di Tarquinia e la foce dell'Astura. Come si è potuto osservare in precedenza, questa rotta risulta già in funzione nel X sec. a.C. e rimane attiva anche nei secoli successivi. A Tarquinia, per esempio, si hanno alcune fra le importazioni orientali più antiche in grado di documentare un commercio gestito direttamente da elementi cipro-fenici. Il documento più controverso è senz'altro lo specchio di bronzo rinvenuto nel corredo della tomba 77 di Poggio Selciatello, databile nella prima metà del IX sec. a.C. (Hencken 1968: 47, 35 b).

Attualmente esistono due teorie riguardo alla natura del manufatto: la prima considera lo specchio come un «puzzling object», in cui sarebbero confluiti influssi da ascrivere alle relazioni commerciali egeo-cipriote di II millennio ed esperienze proprie della cultura villanoviana (Vagnetti, in Lo Schiavo *et alii* 1985: 30, nota 28); la seconda teoria propugnata da Filippo Delpino, considera lo specchio come prodotto importato. I confronti proposti dallo studioso in base al caratteristico sistema di fissare i manici ai dischi mediante tre ribattini disposti a triangolo si riferiscono essenzialmente al TE II (XV sec. a.C.) e riguardano esemplari da Micene e Routsis, presso

Pylos (Delpino 1998-1999). In questo caso, il divario cronologico fra la realizzazione dello specchio in ambito elladico continentale e la sua deposizione nella necropoli tarquiniese risulterebbe amplissimo e difficilmente spiegabile. Inoltre, lo specchio di Selciatello presenta un codolo su cui doveva innestarsi il manico non documentato negli esemplari elladici. Tali difficoltà sono riconosciute da Filippo Delpino, che propone di collocare la trasmissione del manufatto nell'Italia meridionale o in Sardegna all'epoca della fioritura dei commerci micenei nell'Occidente mediterraneo, oppure in un momento immediatamente successivo contrassegnato dall'attività della marineria cipriota; solo molto più tardi lo specchio avrebbe raggiunto Tarquinia attraverso circuiti controllati dal mondo indigeno e tramite lo scambio di beni di prestigio attuato dai capi delle comunità autoctone. L'aggiunta del codolo sarebbe invece da attribuire ad un intervento di restauro avvenuto «in epoca e luogo imprecisabili» (Delpino 2000: 216).

Chi scrive ritiene che lo specchio della necropoli di Selciatello rientri fra quelle tipologie di manufatti di lusso micenei che continuarono a circolare in Sardegna grazie all'intraprendenza di elementi cipro-fenici anche dopo il crollo dei palazzi continentali (Bernardini 1991: 19). In una comunità nuragica sollecitata sia dagli influssi egei sia orientali, quindi, si sarebbe effettuato il restauro dello specchio. In questo caso l'introduzione di un codolo sarebbe stata suggerita all'artigiano sardo da una tipologia di specchi documentata nel Mediterraneo orientale in una vasta area che va dall'Egitto fino a Cipro e Rodi, ma che è presente in Occidente anche in Sicilia e Sardegna (Vagnetti, in Lo Schiavo *et alii* 1985: 28-30, Type II. Variant a). Seguendo questa interpretazione, l'arrivo dello specchio a Tarquinia si sarebbe potuto verificare secondo modalità analoghe a quelle indicate in questa sede per i bronzi d'importazione o di imitazione cipriota e levantina del repertorio di Piediluco-Contigliano.

Recentemente è stata data notizia di un vaso configurato di alabastro considerato come importazione dal Levante presente in una tomba della necropoli di Arcatelle attribuibile alla locale fase IA e appartenente ad un personaggio maschile data la presenza di un elmo a calotta con pileo⁷⁵. Al riguardo si deve precisare che il vaso, riferibile più verosimilmente ad un contesto della fine della fase IB, è un prodotto locale in gesso alabastrino⁷⁶.

Nella tomba 27 di Selciatello di Sopra, attribuibile alla locale fase IIA, sono stati rinvenuti insieme ad alcuni monili in oro reperti attribuibili a botteghe levantine: si tratta

⁷⁵ Nijboer 2005: 543, che fa riferimento a Pacciarelli 2000: 248.

⁷⁶ Delpino 1991: 130, fig. 5; Babbi 2005: 117-118; Babbi *et al.* 2005, con puntuali indicazioni sulla natura locale del materiale con il quale venne realizzato il vaso.

di un vago fusiforme con estremità sagomate in pasta vitrea blu e linee gialle a zig-zag e di tre vaghi in argento che presentano una laminatura in oro che riconduce ad una tecnica tipica dell'artigianato fenicio⁷⁷. Sicuramente fenicia è la brocca appartenente al tipo delle *Square-cut rim jugs*. Il vaso, attualmente conservato nel Museo Archeologico di Firenze, presenta argilla rosso-mattone, ingubbiatura crema e decorazione evanida, con sottili fasce parallele di colore rosso-bruno limitate alla parte superiore del collo⁷⁸. Seppure decontestualizzata, la brocca si data a nostro avviso in un periodo compreso fra la fine del IX/inizi dell'VIII sec. a.C. e il 760 a.C. ca.⁷⁹ ed è fra le più antiche attestazioni di ambito occidentale dell'usanza tipicamente orientale di ungere il corpo con essenze e olii profumati diffusa dall'elemento fenicio in ampie aree Mediterraneo⁸⁰. Nella madrepatria fenicia e nelle regioni limitrofe, questo tipo di brocca è ben documentato anche nei contesti funerari a testimonianza del fatto che l'unzione del corpo del defunto prima del suo seppellimento era pratica generalizzata. Il recente rinvenimento di tali brocche nella necropoli di al-Bass a Tiro, ha permesso una puntuale messa a fuoco della tipologia a cui si rimanda per ulteriori approfondimenti (Nuñez 2004: 307-310; Nuñez Calvo 2005: 98).

Ai traffici mercantili avviati dal litorale levantino dipende anche la diffusione a Tarquinia di alcuni oggetti di fabbrica egizia rinvenuti in tombe a pozzetto databili a cavallo fra I e II Fase, periodo che corrisponde in termini di cronologia assoluta alla fine del IX – inizi dell'VIII sec. a.C. (Martelli 1991: 1056). Si tratta di uno scarabeo in steatite (fig. 15) e di due pendagli in *faïence* del tipo Mut-Sekhmet e Sekhmet (fig. 16) analizzati in dettaglio da Günther Hölbl (1979: vol. I, 368; vol. II, 42 e 46, nn. 126-127, 226). In questa sede si intende soffermare l'attenzione sulle figurine in *faïence* che riproducono la divinità egizia Sekhmet, appartenente alla triade di Menfi. Come si è potuto osservare in precedenza, un pendaglio dello stesso tipo, in associazione con la riproduzione di Nefertum, è stato rinvenuto presso i betili del Tempio B di Kommos, intensamente frequentato da mercanti tirii. A nord dell'isola, *faïence* relative a due elementi della triade della città nilotica (Nefertum, Ptah) sono state messe in luce nella necropoli settentrionale di Knossos (Webb 1996: 604-605). Tuttavia, il dato più sensazionale proviene dai recenti scavi condotti ad

Eleutherna, che hanno portato al rinvenimento di una grande tomba a camera (A1/K1) contenente una serie di deposizioni che si dispongono in un arco di tempo compreso fra il secondo quarto del IX e la fine dell'VIII/primo quarto del VII sec. a.C. (Stampolidis 1998).

La tomba è altamente significativa per l'analisi intrapresa in questa sede, perché contiene numerosi oggetti di produzione levantina e cipriota. Inoltre, fra i reperti di fattura egizia imputabili ai commerci fenici sono stati messi in luce uno scarabeo con incastonatura in argento della XXV/XXVI Dinastia e una figurina in *faïence* della dea Sekhmet. Quest'ultima presenta incise sul dorso alcune lettere dell'alfabeto fenicio che ne certificano, se ce ne fosse stato bisogno, il suo arrivo a Creta su imbarcazioni levantine (Stampolidis 1998: 178-179, figg. 6-7). I dati raccolti permettono di ricostruire, seppure in modo molto parziale, un aspetto della fitta rete di rapporti organizzata dai Fenici nel Mediterraneo. Nel caso specifico, è possibile ripercorrere un itinerario che dalla città di Menfi, centro principe delle attività commerciali avviate dai mercanti di



Fig. 15
Tarquinia, necropoli di Monterozzi. Scarabeo in steatite, da Martelli 1991.



Fig. 16
Tarquinia, necropoli di Monterozzi. Pendenti in *faïence* del tipo Mut-Sekhmet e Sekhmet, da Martelli 1991.

⁷⁷ Hencken 1968: 128, fig. 117.

⁷⁸ Per una scheda tecnica del pezzo, ricomposto in frammenti e scheggiato, cf. Esposito 1986: 78. cat. n. 123, fig. 66. L'esatto inquadramento del vaso nella classe Bichrome di produzione continentale si deve a Martelli 1991: 1055-1056, fig. 4 c. Una recente riedizione della brocca è di Sciacca 2000: 128, cat. e fig. 77.

⁷⁹ Il vaso è ben attestato negli strati V e IV di Tiro, che rispetto alla seriazione cronologica proposta da Particia Minor Bikai nel 1978 (760-740 a.C.) possono essere rialzati di alcuni decenni: cf. al riguardo Botto 2005a: 597-600, cui *adde* Bikai 2003: 233-234.

⁸⁰ Cf. supra p. 127.

Tiro in Egitto, portava a Creta e quindi lungo le coste medio tirreniche della Penisola Italiana.

Comunque, come più volte ricordato in questo contributo, la meta privilegiata delle imbarcazioni fenicie che dalla Sardegna percorrevano la rotta «meridionale» doveva essere il tratto di costa compreso fra il territorio di Vulci e la foce dell'Astura. In questo settore la foce del Tevere rappresentava un approdo ideale, dal momento che la portata del fiume permetteva rapidi collegamenti con le aree più interne del paese. Chi scrive ne ha sottolineato l'importanza soprattutto a partire dall'ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. in rapporto alla crescita economica e commerciale delle colonie fenicie del Mediterraneo centrale⁸¹. Tuttavia, significativi indizi di un'attività commerciale orientale lungo l'arteria tiberina si possono cogliere anche nella fase precedente. I contatti sono ravvisabili non solo dall'esame dei bronzi ma anche dallo studio di oggetti di minore valore, come scarabei o statuine in *faïence* di fattura egizia ed egittizzante, oppure monili ed elementi decorativi di abiti e acconciature realizzati in pasta vitrea, *faïence*, ambra, quarzo e cristallo di rocca. Se si fa eccezione per gli *aegyptiaca*⁸², queste categorie di manufatti non sempre sono state oggetto di indagini mirate, ma il loro studio permette in molti casi di cogliere collegamenti altrimenti non identificabili. A Veio nella prima metà dell'VIII sec. a.C. numerose sono le attestazioni di importazioni dall'area nilotica (Hölbl 1979: vol. I: 12-14, nn. 34, 36, 38) e dal Levante (Nijboer 2005: 544). Alla foce del Tevere, l'insediamento di Decima ha restituito alcuni *athyrmata* che sono stati a ragione inseriti in una corrente di traffici «precoloniale» (Bedini - Cordano 1977: 281-283), in cui a nostro avviso la componente levantina deve aver svolto un ruolo fondamentale. Si tratta di uno scarabeo egizio in steatite rinvenuto nella tomba femminile 266, datata al secondo quarto dell'VIII sec. a.C., e di un vago cilindrico di quarzo, di una spirulina in oro e di numerose perline in pasta vitrea facenti parte di una collana messa in luce nella tomba femminile 247, inquadrabile nello stesso arco di tempo della precedente. Elementi in pasta vitrea, *faïence* e ambra di varie forme e dimensioni erano inoltre presenti in numerose sepolture della necropoli compresa la tomba 132 del primo quarto dell'VIII sec. a.C. Purtroppo molti di questi manufatti sono ancora inediti, ma la loro pubblicazione accompagnata da uno studio approfondito potrebbe dare risultati di notevole interesse. Da tempo infatti è stato segnalato il ruolo centrale svolto dalle popolazioni levantine nella diffusione di *athyrmata* nel Mediterraneo durante i secoli iniziali del I millennio a.C. (Higgins 1969: 145;

Martelli 1991: 1049-1056). Le recenti indagini condotte a Creta, sia nella necropoli settentrionale di Knossos (Webb 1996: 600-601) sia ad Eleutherna (Stampolidis 1998), hanno dato ulteriore risalto a questa linea di indagine, dal momento che in numerose tombe beni di prestigio di sicura provenienza vicino-orientale si trovano in associazione a centinaia di vaghi in *faïence*, pasta vitrea e cristallo, a cui si devono aggiungere talvolta elementi in oro. Stesse considerazioni si possono fare per molti contesti della Penisola Italiana. Emblematici al riguardo sono i casi della tomba VII di Poggio alla Guardia, a Vetulonia, e della tomba «S» della necropoli di Macchiabate, a Francavilla Marittima, che assieme alle due splendide coppe fig. te di artigianato fenicio hanno restituito numerosissimi pendagli e dischi in *faïence* nonché paste vitree policrome, grani di vetro e di cristallo e ambre di forme diverse (Maggiani 1973: 77-78, 86; Zancani Montuoro 1970-71: 14).

Tornando a Castel di Decima, da approfondire sarebbe l'indicazione di una possibile corrispondenza fra il vago di ambra rossa fusiforme della tomba 132 ed esemplari rinvenuti in Sardegna (Ugas, in Ugas - Lucia 1987: 258). Significative a nostro avviso sono anche le analogie messe in evidenza per alcuni manufatti rinvenuti nella tomba a pozzetto T3 di Antas, databile fra la fine del IX e la prima metà dell'VIII sec. a.C. La sepoltura sarda, di estremo interesse per il rinvenimento di un bronzetto in cui forti sono i richiami al mondo vicino-orientale, presenta numerosi elementi del corredo personale «che trovano riscontri in contesti delle fasi laziali I e II ed etrusche coeve» (*ibid.*). Fra i vari manufatti si intende soprattutto focalizzare l'attenzione su un pendente discoidale in argento, decorato a sbalzo con umbone centrale e serie alternata di cerchi e bottoncini, e su un vago in argento laminato in oro, che presenta una forma molto peculiare con nucleo centrale e appendici laterali tronconiche. Si tratta infatti di oggetti ampiamente attestati anche sul continente, ma che per tipologia e tecnica di realizzazione denotano influssi dal Mediterraneo orientale.

Come osservato in precedenza, con gli inizi dell'Orientalizzante antico le importazioni orientali lungo la bassa valle tiberina hanno un rapido incremento. L'elemento trainante di tali commerci è stato identificato nella produzione di vino avviata nei centri coloniali e destinata all'esportazione presso le *élites* italiche. Nel giro di pochi decenni il vino fenicio insieme a complicati *sets* in metalli pregiati importati da vari settori del Vicino-Oriente si diffuse in modo capillare presso le comunità del *Latium Vetus* e dell'Etruria a celebrazione del fasto delle potenti famiglie aristocratiche. Non è questa la sede per analizzare in modo

⁸¹ Botto 1989; Botto 1990a; Botto 1993a; Botto 1995a; Botto 2000b; Botto 2002: 240; Botto 2004b; Botto 2005b.

⁸² Fondamentali al riguardo sono gli studi condotti da Hölbl (1979; 1986) e da De Salvia (1993; 1999).

sistematico un fenomeno così complesso, che raggiunge la sua massima espressione nella prima metà del VII sec. a.C., tuttavia alcuni aspetti meritano di essere segnalati. Innanzi tutto si conferma una linea privilegiata di collegamenti fra mercanti levantini ed *élites* latine senza l'intermediazione delle città etrusche. Il dato si evince dalle numerose anfore di produzione fenicia coloniale che raggiungono i ricchi insediamenti della foce del Tevere, in particolare Castel di Decima e Laurentina, a partire dagli inizi dell'ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. e fino alla metà circa del secolo successivo⁸³. Tale fenomeno non si riscontra in Etruria, anche se sembra ormai generalmente accettata dagli studiosi la teoria secondo la quale le serie più antiche di anfore etrusche, comunque non precedenti il secondo quarto avanzato del VII sec. a.C., siano ispirate a modelli realizzati nelle colonie fenicie del Mediterraneo centrale (Petacco 2003).

In questo panorama desta interesse la recente pubblicazione di un'anfora (fig. 17) con corpo a profilo ovoidale, che potrebbe forse ispirarsi a modelli fenici coloniali, rinvenuta a Vulci in una tomba della necropoli di Poggio Maremma databile all'ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. (Moretti Sgubini 2001: 188-199). Il contesto si caratterizza inoltre per altri reperti filtrati attraverso i commerci fenici avviati lungo le coste dell'Etruria meridionale, fra i quali, oltre agli onnipresenti vaghi in pasta vitrea, ambra e *faïence*, di cui uno con la peculiare forma a rosetta, si segnalano per importanza due scarabei con castone in argento. Questa tipologia di monili, strettamente connessa all'artigianato fenicio, è presente in un'altra tomba di Vulci ancora più antica della precedente e inquadrabile nella fase di passaggio fra l'età del Ferro e l'Orientalizzante antico (*ibid.*: 200-206). Il manufatto risulta in associazione con due pendenti in pastiglia smaltata, uno raffigurante la dea Hathor l'altro il dio falco Horus, prodotti in Egitto. Inoltre, uno scarabeo montato in un castone d'argento di forma ellittica proviene dalla tomba del Guerriero della Polledrara, dell'ultimo trentennio dell'VIII sec. a.C. (Moretti Sgubini 2004: 150-165). In questo arco di tempo con tutta probabilità devono avere raggiunto Vulci anche due pregevoli vasi opera di artigiani levantini: il primo, rinvenuto nel 1872 è stato successivamente acquistato dal Museo di Berlino (fig. 18); il secondo vaso, una brocca baccellata in *faïence* di cui manca l'ansa, proviene dagli scavi Bendinelli condotti alla necropoli dell'Osteria nel 1923 (fig. 19)⁸⁴.

Ritornando alle problematiche trattate, il secondo dato da sottolineare è la forte presenza della componente cipriota nella produzione di beni di lusso esportati presso le *élites* dell'Italia tirrenica. Il fenomeno acquista rilevanza



Fig. 17
Vulci, necropoli di Poggio Maremma. Anfora ispirata alle produzioni fenicie del Mediterraneo centrale, da Moretti Sgubini 2001.



Fig. 18
Vulci, scavi 1872. Vaso decorato a rilievo con busti e teste a tutto tondo in frittta blu, da Wehgartner 2000.

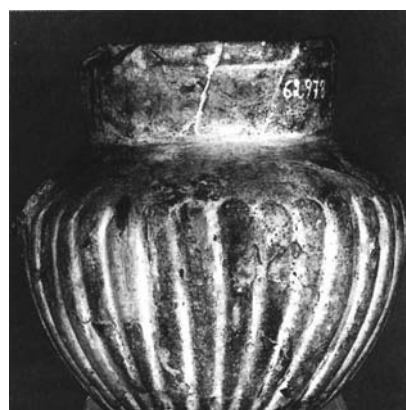


Fig. 19
Vulci, necropoli dell'Osteria. Brocca a corpo baccellato in *faïence*, da Ricciardi 2000.

⁸³ Cf. supra gli studi citati a nota 81.

⁸⁴ Wehgartner 2000: 302, cat. n. 415; Ricciardi 2000: 302, cat. n. 416; Acquaro – Ferrari 2004: 30, cat. n. 24.

soprattutto dall'analisi dei *servizi* in metallo esposti dalle famiglie aristocratiche in occasione di cerimonie pubbliche: dalle brocche con bocca bilobata, utilizzate per versare il vino, alle coppe e ai piatti finemente lavorati, che servivano per bere e mangiare, sino agli spiedi utilizzati per la cottura delle carni (Strøm 2001). Non mancano infine pezzi particolarmente sofisticati come il lebate in argento con attingitoio e colino incorporato della tomba Barberini di Praeneste, impiegato per mescolare nelle coppe il vino, dopo che la bevanda era stata filtrata da eventuali sedimenti (Botto 2004b: 180-184) (fig. 20).



Fig. 20
Praeneste, tomba Barberini. Lebate in argento con attingitoio e colino incorporato, Foto Soprintendenza Archeologica dell'Etruria Meridionale.

Il terzo aspetto che si intende mettere in evidenza, riguarda la presenza di un numero sempre più crescente di artisti vicino-orientali presso le comunità dell'Italia Peninsulare, che contribuiranno, allo stesso modo di quanto notato per Creta, alla nascita dello stile orientalizzante. All'inizio il fenomeno riguarda essenzialmente le oreficerie, con la creazione di oggetti di ornamento personale che presentano elaborate decorazioni realizzate a granulazione e filigrana (Cristofani – Martelli 1983: 26-39; Sciacca 2005: 392-392, nota 765, con bibl.). Solo con gli inizi del VII secolo le attestazioni si fanno più consistenti investendo numerosi settori, dalla statuaria all'architettura, dalla metallotecnica alla lavorazione dell'avorio e del vetro⁸⁵. In questo variegato panorama si intrecciano esperienze artistiche e classi di manufatti che provengono non solo dalla Fenicia e da Cipro, ma anche da differenti aree del Vicino-Oriente e dell'Anatolia. Imprenditori e mercanti fenici operano a stretto contatto con la marineria euboica e cipriota. Da al-Mina e dai porti del

Golfo di Alesandretta giungono nella Penisola Italiana su imbarcazioni greche e fenicie merci originarie dei regni neo-ittiti e aramaici ampliando la gamma di suggestioni artistiche del mondo orientale presso le corti delle aristocrazie italiane.

Sotto i regni di Tiglat-pileser III (745-727 a.C.) e Sargon II (721-705 a.C.) la città-stato di Tiro attraversa una fase di floridezza economica dovuta alla politica dei sovrani assiri intesa a rafforzare i legami diplomatici e commerciali con la casa reale della potente città fenicia (Botto 1990b: 21-62). L'attività nei centri costieri della Siria settentrionale, da dove più direttamente si poteva raggiungere il cuore dell'impero, si fece febbrile. Da un lato, mercanti fenici ed euboici indirizzavano verso le capitali Nimrud e Khorsabad i prodotti imbarcati nei più importanti porti del Mediterraneo, sia metalli, necessari ad alimentare la macchina da guerra imperiale e le finanze dello stato, sia beni di lusso esotici che dovevano rendere ancora più sfarzosa la vita di corte ed esaltare le imprese dei sovrani assiri. Allo stesso tempo, dal fronte orientale confluivano sulle coste i manufatti di pregio delle reggie siro-ittite, annientate dagli eserciti di Sargon II, e con essi gli artigiani che li realizzarono. Si spiegherebbe in questo modo l'afflusso sui litorali tirrenici della Penisola Italiana di maestranze e prodotti di lusso di ambito nord-siriano fra la fine dell'VIII e gli inizi del VII sec. a.C.

Inoltre, la frequentazione delle corti assire da parte di agenti commerciali ed artigiani fenici fu la principale causa dell'arrivo sul continente di manufatti mesopotamici e di loro imitazioni, secondo la ricostruzione proposta da Ferdinando Sciacca (2005: 419-422) nella recente monografia dedicata alle patere baccellate in metallo. L'attenta analisi filologica condotta dallo studioso sugli esemplari rinvenuti nella Penisola Italiana ha permesso di individuare sia manufatti importati direttamente dall'Assiria (*ibid.*: 389) sia serie riconducibili molto verosimilmente ad *ateliers* fenici attivi in madrepatria. In quest'ultimo caso si tratta di un tipo particolare di patera elaborato su modelli assiri, che se ne differenzia per l'introduzione di alcune varianti. Sono stati riscontrati, infatti, uno spessore maggiore delle pareti e un numero di baccellature «intermedio» (39-40) fra le due produzioni canoniche della Mesopotamia settentrionale. Questi esemplari rappresentano le più antiche importazioni di patere baccellate a vasca lenticolare nella Penisola Italiana, dal momento che provengono dalla tomba 21 di Castel di Decima, datata al terzo quarto dell'VIII sec. a.C. (*ibid.*: 388-389). L'attribuzione a botteghe fenicie di madrepatria si basa sul

⁸⁵ La letteratura al riguardo è molto ampia, per questo motivo saranno indicati solo alcuni dei lavori più significativi. Per la statuaria cf. Colonna – von Hase 1994; Colonna 2000. Per l'architettura cf. Naso 1998; Prayon 2001. Per la metallotecnica: Markoe 1985; Botto 1993b; Markoe 1996; D'Agostino 1999; Neri 2000; Botto 2004a; Sciacca 2005. Per gli avori cf. Aubert 1971; Martelli 1991. Per i vetri cf. Martelli 1994.

confronto con due esemplari provenienti dalla Penisola Iberica ritenuti dalla maggior parte degli specialisti opera di artigiani orientali. Le patere baccellate rinvenute a Cerro del Peñón (Málaga) e a Villagarcía de la Torre (Badajoz), in realtà costituiscono la parte contenente di *thymiateria* su alto fusto (*ibid.*: 284-286, cui *adde* Jiménez Ávila 2002: 399-400, cat. n. 66; 402-403, cat. n. 74). Stessa funzione doveva avere anche uno dei quattro esemplari della tomba 21 di Castel di Decima, che presenta dimensioni maggiori e una lamina verticale sul fondo che fa supporre l'originaria esistenza di un supporto.

Dal centro tiberino proviene un'altra patera baccellata di probabile produzione fenicia. Si tratta dell'esemplare messo in luce nella tomba 130, all'incirca della fine del terzo quarto dell'VIII sec. a.C., che si caratterizza per una fittissima decorazione con circa 155 baccellature e per la presenza sul fondo della vasca di un piccolo *omphalos* e di tre strette solcature separate fra di loro (Sciaccia 2005: 390-391) (fig. 21). Questo vaso non appare isolato, ma presenta strette affinità con altri reperti messi in luce nella Penisola Italiana, dalla stessa Castel di Decima a Narce e

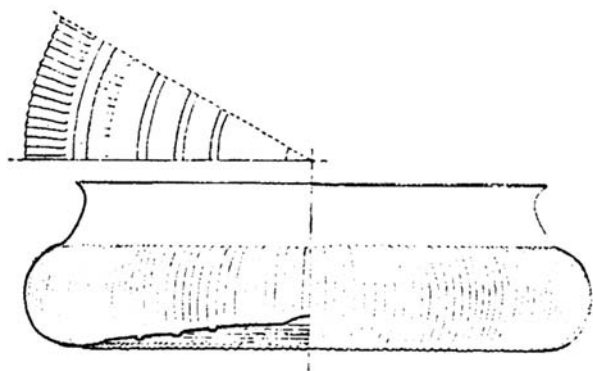


Fig. 21
Castel di Decima, tomba 130. Patera baccellata in bronzo a vasca lenticolare, da Sciaccia 2005.

Vetulonia, in contesti inquadrabili fra la fine dell'VIII e il secondo quarto del VII sec. a.C. Secondo la ricostruzione condotta da Sciaccia per molti di questi reperti vi sono fondati motivi di credere che si tratti di produzioni fenicie, la cui diffusione sul continente può aver dato avvio a imitazioni locali (*ibid.*: 350, 394).

Lo studio sopra citato trova significativi punti di contatto con una linea di ricerca da tempo intrapresa da parte di chi scrive intesa a sottolineare la diffusione presso le aristocrazie latine ed etrusche di una particolare moda di bere vino, che originatasi in area nord-siriana agli inizi dell'VIII sec. a.C. si diffuse in Assiria nella seconda metà del secolo a seguito del rapido espandersi della potenza mesopotamica nella regione siro-palestinese (Botto 2000b;

Botto 2002: 236-237, 243-244; Botto 2004b: 171-178). Tale moda, che possiamo definire alla «siriana», si basa sul consumo di vino aromatizzato con spezie e resine preventivamente macinate utilizzando una coppa-tripode in ceramica (Botto 2004-2005). In questo caso il cerimoniale prevedeva l'utilizzo di *sets* composti da elementi per filtrare e far depositare gli aromi introdotti nella bevanda. Per i primi un esemplare di pregevole fattura, prodotto in officine assire, è la brocca con filtro incorporato e lungo versatoio del British Museum, proveniente dall'Italia meridionale (Botto 2004b: 176, fig. 7; Siacca 2005: 407, fig. 349). Nell'eventualità che non tutte le particelle aromatiche fossero eliminate attraverso la filtratura del liquido si andò affermando in Assiria intorno alla metà dell'VIII sec. a.C. la patera baccellata a vasca lenticolare, la cui accentuata carenatura aveva la specifica funzione di raccogliere i sedimenti presenti nella bevanda. In quest'ambito la patera baccellata in metallo prezioso è in rapporto diretto «con la personalità del re e della coppia regale in scene di libagione legate al potere sacerdotale dei sovrani» (*ibid.*: 427).

L'analisi dei contesti tombali della Penisola Italiana in età orientalizzante ha permesso di verificare come nella trasmissione in Occidente della patera baccellata si mantenga vivo l'aspetto cerimoniale strettamente connesso alla regalità (*ibid.*: 434). Risulta inoltre evidente che a questo tipo di vaso non può essere attribuita un'unica funzione, dal momento che alcuni esemplari con diametri superiori ai 20-22 cm devono essere stati utilizzati come contenitori di offerte solide (*ibid.*: 436-437). In Italia l'uso della patera baccellata come vaso da libagione, secondo la moda siriana di consumare vino aromatizzato, si evince dall'associazione con la coppa-tripode. Questo concetto è stato recentemente elaborato da chi scrive analizzando il corredo della tomba 15 di Castel di Decima databile all'ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. (Botto 2004b: 177).

Concludendo, l'analisi condotta su specifici *sets* utilizzati nel consumo rituale di vino ha permesso di isolare all'interno del variegato panorama delle importazioni vicino-orientali nella Penisola Italiana fra VIII e VII sec. a.C. specifici apporti riconducibili all'attività imprenditoriale fenicia basata su una fitta rete di contatti che dai centri nevralgici dell'impero assiro si dipana lungo le coste della Siria settentrionale sino a raggiungere i litorali etruschi e laziali. In questo scenario un ruolo di primo piano è svolto dagli insediamenti coloniali fenici del Mediterraneo centrale, che in questa fase formativa hanno avviato forme intense di collaborazione con la componente euboica (Kourou 2002; Rendeli 2005; Boardman 2006), riproponendo in Occidente l'intesa commerciale ben documentata in vari studi da J.N. Coldstream per il Mediterraneo

orientale⁸⁶. La manifestazione più evidente di tale fenomeno è rappresentata dall'insediamento di Pithecusa, sede di una qualificata comunità di genti orientali e meta privilegiata dei commerci cartaginesi nel Tirreno meridionale (Docter – Niemeyer 1994; Ridgway 1998). Tuttavia, il rafforzarsi della componente euboica nel Golfo di Napoli con la fondazione di Cuma e il controllo dello Stretto di Messina grazie al fiorire delle colonie di Rhegion e Zankle sono episodi che indubbiamente favorirono sul finire dell'VIII secolo lo sviluppo dei commerci greci con le popolazioni dell'Italia medio tirrenica⁸⁷.

Per il periodo precedente, comunque, esistono chiare evidenze di un'attività levantina lungo le coste dell'Italia meridionale, che costituiscono le logiche premesse per la feconda esperienza realizzata a Pithecusa. Le attestazioni sicuramente più antiche provengono da Torre Galli, nel comune di Tropea, che tuttavia sembrano escludere un diretto coinvolgimento di elementi euboici e rientrare piuttosto in attività gestite dalla marineria fenicia in associazione con quella cipriota. In questo caso la rotta percorsa dalla Fenicia prevedeva scali nelle maggiori isole del Mediterraneo, con una frequentazione delle coste tirreniche della Calabria dagli approdi della Sicilia meridionale. A tale rotta se ne affiancò ben presto un'altra grazie alla riapertura dei collegamenti con Rodi avvenuta nel corso del IX sec. a.C.⁸⁸ Seguendo tale itinerario erano privilegiati gli scali nel settore centro-settentrionale di Creta e quindi a Citera, in Puglia e sulle coste ioniche della Calabria. Il tratto terminale di questo itinerario risulta battuto sia da imbarcazioni fenicie sia da navigli provenienti dall'Eubea e i commerci con le popolazioni locali dovevano svolgersi in perfetta sintonia fra l'elemento greco e quello orientale.

Le attestazioni provenienti dalla necropoli di Macchiabate, presso Francavilla Marittima, confermano questo stato di cose. Infatti, agli evidenti influssi del mondo greco si affiancano alcune significative testimonianze di contatti con il Vicino-Oriente. Come osservato in precedenza, la documentazione più significativa proviene dalla tomba «S» nella quale erano state deposte due coppe in bronzo assemblate insieme, la prima di sicura produzione fenicia, la seconda, di cui possediamo solo l'ansa

sormontata da due appendici a globetti, di più problematica attribuzione, ma comunque riportabile in ambito cipriota oppure siro-fenicio⁸⁹. Ma la necropoli di Macchiabate ha restituito ulteriori manufatti di provenienza orientale, compresi numerosi pendagli in pasta vitrea⁹⁰, nonché scarabei di fattura egizia ed egittizzante⁹¹, fra cui il famoso macrosigillo in serpentina rossa appartenente al Gruppo del Liricine rinvenuto nella tomba 69 databile intorno alla metà dell'VIII sec. a.C. (Zancani Montuoro 1974-1976: 10, 51-66). Come noto, il sigillo presenta incise alla base cinque lettere dell'alfabeto fenicio di difficile interpretazione, che potrebbero, secondo la lettura proposta da Giovanni Garbini, fare riferimento ad un artigiano di lingua aramaica⁹². Resta infine da segnalare l'interessante recupero in una tomba della prima metà dell'VIII sec. a.C. di un manufatto in bronzo interpretato da Paola Zancani Montuoro come «uno strumento musicale atto a produrre un suono metallico, che si poteva certo cadenzare e forse anche modulare, regolando con la mano l'ampiezza e la frequenza delle vibrazioni» (1974-1976: 33). La studiosa avvicina il reperto e altri di identica tipologia rinvenuti in Calabria e Basilicata allo strumento suonato da due figure femminili raffig. te in processione su una pside di scuola artistica nord-siriana rinvenuta a Nimrud (*ibid.*: 34, nota 9). Il confronto, di estremo interesse, sarebbe un'ulteriore prova dell'importante ruolo svolto dalla Siria settentrionale nei contatti avviati con le popolazioni dell'Italia Peninsulare agli inizi del I millennio a.C.

Ulteriori indizi di una collaborazione commerciale fra Fenici ed Euboici durante l'VIII secolo sono rappresentati dai materiali rinvenuti in una necropoli individuata nella valle del Marcellino, nel territorio di Villasmundo, qualche chilometro ad ovest della colonia di Megara Hyblea. Fra i corredi indagati sono stati recuperati accanto a monili e vasellame di fattura locale, importazioni ceramiche che vanno da una coppa a semicerchi penduli di produzione euboica, a tazze del tipo «à chevron», a *kotylai* protocorinzie «Aetos 666» e coppe tipo Thapsos (Voza 1999: 61). Nutrita è inoltre la schiera di imitazioni locali che si ispirano nella decorazione a temi del repertorio del medio e tardo geometrico greco. Accanto a questi prodotti, che attestano un *continuum* di apporti lungo tutto il corso dell'VIII sec. a.C., si devono affiancare

⁸⁶ Al riguardo si vedano i contributi citati *supra* nel § 3.

⁸⁷ Sull'argomento esiste una vasta bibliografia in gran parte raccolta Bartoloni *et al.* 2000; Bartoloni 2002b e Rizzo 2005.

⁸⁸ Cf. *supra* nota 22.

⁸⁹ Cf. *supra* p. 143.

⁹⁰ Zancani Montuoro 1983-1984: 30-31, fig. 6, 24-25 (t. 61 + 62, pieno VIII secolo); 87-88, fig. 26, 5 (t. 84).

⁹¹ Zancani Montuoro 1970-1971: 28; Hölbl 1979: vol. I, 244-247, nn. 1256-1264; vol. II, 380.

⁹² Garbini 1978: 424-426. Si deve comunque osservare che la lettura proposta dallo studioso risulta soggetta a discussione: cf. Amadasi Guzzo 1987b: 36.

numerosi scarabei di fattura egizia talvolta montati ad anello, che trovano interessanti confronti a Pithecusa (Hölbl 1997: 57-62). La nostra analisi si conclude quindi facendo riferimento a questo nevralgico insediamento del Golfo di Napoli, da cui prende avvio nella seconda metà dell'VIII sec. a.C. quell'intensa attività verso le coste medio-tirreniche della Penisola Italiana che porterà nel giro di breve tempo ad una diffusa ellenizzazione dell'area⁹³. In questo panorama prodotti provenienti dal Vicino Oriente devono sicuramente aver raggiunto l'Italia su imbarcazioni euboiche, ma, come sopra analizzato in dettaglio, un ruolo decisivo spetta anche al commercio fenicio.

ADDENDUM

Nelle more della stampa del presente lavoro sono usciti alcuni contributi che prendono in esame categorie di manufatti oggetto della nostra analisi. In particolare, si intende soffermare l'attenzione sul volume di M. Artzy, *The Jatt Metal Hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriot Context* (= *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 14), Barcelona 2006, che conferma il ruolo determinante della componente fenicia nell'elaborazione e diffusione in Occidente di alcune tipologie di bronzi, come per esempio le coppe emisferiche e i calderoni con anse con terminazione a fiore di loto. Tali problematiche sono state riprese da chi scrive nell'articolo: *I rapporti fra la Sardegna e le coste medio-tirreniche della Penisola Italiana: la prima metà del I millennio a.C.*, in G. M. Della Fina (a cura di), *Etruschi, Greci, Fenici e Cartaginesi nel Mediterraneo centrale. Atti del XIV Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*, Roma 2007, 75-136. Inoltre, di grande interesse sono i contributi apparsi nella sezione *El valor social i comercial de la vaixel·la metal·lica al Mediterrani centre-occidental durant la protohistòria*, in *Revista d'Arqueologia de Ponent*,

16-17 (2006-2007), 259-340. Per le fasi storiche e le problematiche che più direttamente ci interessano si segnalano il lavoro di X.-L. Armada Pita, *Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones*, *ibid.*, 270-281 e quello di F. Sciacca, *La circolazione di doni nell'aristocrazia tirrenica: esempi dall'archeologia*, *ibid.*, 281-292.

ABSTRACT

The initial Levantine contacts with the populations of continental Italy took place in an atmosphere characterized by a powerful alliance of the Phoenicians with the Cypriot fleet. At the dawn of the first millennium BC in the central Mediterranean there existed a situation similar to that in the Aegean, where modern research has brought to light intensive Cypro-Phoenician commercial contacts from the end of the tenth century BC. In Italy the same trend has been demonstrated by new examination of the material brought to light in the necropolis at Torre Galli on the Tyrrhenian coast of Calabria, and from the great number of apparent connections between Sardinia and the coasts of southern Etruria and of Latium Vetus. Only later on, at the end of the ninth and the beginning of the eighth centuries BC, did Phoenician traders build on contacts with the Greeks from Euboea who were particularly active in the Strait of Messina and the Gulf of Naples, from where they intensified trade with the Etruscan and Latin populations. These links became stronger at the beginning of the Orientalizing Period (about 725 BC) when the wide-ranging trade routes mingled with the more localised connections established by the entrepreneurial class of the rising colonies. The apex of this process was reached in the first half of the seventh century BC as Phoenician colonisation intensified in the western Mediterranean. Immediately following this period a violent crisis ensued caused by Assyrian expansionism policy in the Syrian/Palestinian area and the systematic control of the coastline that was to produce shortly afterwards an abrupt interruption of the contacts between the western and eastern Phoenician world.

⁹³ Cf. *supra* nota 87.

LOS CONTACTOS «PRECOLONIALES» DE GRIEGOS Y FENICIOS EN SICILIA*

Adolfo J. Domínguez Monedero**

El término «precolonización», de larga trayectoria en la investigación de los procesos de transferencia de población desde unas regiones del Mediterráneo antiguo a otras, ha sido objeto de diversos matices, rectificaciones y aclaraciones a lo largo de los últimos tiempos. Ya sea por el carácter «finalista» del mismo (prejuzgaría una futura colonización que no siempre se produce) como por los mecanismos económicos que implica, y que han sido objeto de análisis pormenorizado por parte de algunos autores (Alvar 1997), el término y el concepto no gozan en los últimos tiempos de excesivo predicamento y a veces ha habido que recurrir a engorrosas perífrasis para no utilizarlo (Domínguez 1994a).

Por otro lado, y al referirnos de forma más concreta al mundo siciliano (así como a otras regiones de la propia Península Italiana), el uso del término de «precolonización» ha asumido también usos específicos. Así, para muchos autores la precolonización en esos territorios aludiría a la presencia de griegos (solos o en compañía de otras gentes de extracción oriental) no ya en momentos previos o anteriores al desarrollo de la llamada «colonización griega» que se iniciaría en el s. VIII sino en épocas muy remotas, como sería el Bronce Reciente, que en Grecia coincide con la época micénica. Así, por ejemplo, en el Congreso Internacional que tuvo lugar en Roma en 1985 sobre *Momenti Precoloniali nel Mediterraneo Antico* publicado unos años después (Acquaro et al. 1988) las diferentes intervenciones se referían, casi en exclusiva a problemas relacionados con el mundo egeo del segundo milenio a.C. (minoico y micénico), con algunos textos relativos al problema precolonial en el mundo fenicio época que sí nos aproxima al primer milenio a.C., aunque en su intervención conclusiva Lévêque (1988: 177) se hacía eco de la progresiva incomodidad de la investigación con el propio término de «precolonización» mientras que Mazza (1988) insistía en que dicho término había alcanzado un uso demasiado genérico que ocultaba fenómenos de naturaleza muy distinta.

No obstante, en el presente trabajo no insistiré en los problemas que plantea esa llamada precolonización del

segundo milenio, sino que me centraré en la correspondiente al primer milenio a.C. en la isla de Sicilia.

No cabe duda de que el término precolonización está refiriéndose a un conjunto de actividades realizadas por poblaciones que, en el caso que nos ocupa, tienen capacidad de desplazarse por el Mediterráneo en barco, que pueden ser de diversa índole, cuestión sobre la que ahora volveremos, pero que tendrían como elemento en común el no dar lugar a la creación de establecimientos permanentes de carácter autosuficiente, a los que podríamos llamar, con ciertas garantías, ciudades. Al denominar a estos contactos como precoloniales se había sugerido que su existencia sería el requisito previo y necesario antes del establecimiento de esas «colonias» que responderían, sin duda, a ese modelo ciudadano, con todo lo que ello implica desde el punto de vista del desarrollo de procesos políticos. Sin embargo, y como también se ha demostrado por parte de las investigaciones de los últimos años no hay siempre una relación necesaria de causa y efecto entre un proceso y otro, aunque ello tampoco excluye que pueda haberla.

En una serie de trabajos Alvar, consciente de ese problema, propuso una nueva denominación para esos procesos que no implicase una postura finalista esto es, que no viese en los procesos de colonización una consecuencia ineluctable de esos momentos precoloniales; por ello, avanzó una terminología que distinguía entre los Modos de Contacto No Hegemónico (MCnH) y los Modos de Contacto Sistemático (MCS) (Alvar 1997) como medio de acabar con esa percepción a la que, a veces de forma inconsciente, nos llevaba el uso de los escasos vocablos de que disponemos en nuestra lengua (y en otras afines) para dar cuenta de esos fenómenos. Acertaba el referido autor al observar cómo nos hallábamos ante unos procesos que tenían sus propias características y peculiaridades intrínsecas, lo que obligaba a no seguir considerándolos como dos momentos sucesivos de un mismo episodio histórico sino como acciones, en sus causas y en sus planteamientos, independientes entre sí; en trabajos ulteriores el referido autor ha continuado introduciendo más variables tendentes a aquilatar aún mucho más la terminología por él mismo desarrollada (Alvar *e.p.*). No obstante, en nuestro campo de estudio las inercias son muy fuertes y resulta siempre difícil introducir una nueva terminología que alcance pronto un necesario consenso y los términos consagrados, aun cuando su imprecisión es constatada por casi todos, resultan difíciles de desbancar; a todo ello, y en el extremo opuesto, podríamos también

* Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación HUM2005-06323, subvencionado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

** Universidad Autónoma de Madrid

constatar el uso desmedido que se ha venido haciendo en la investigación del término «colonización», algo que ha sido denunciado también en diversas ocasiones sin que, por desgracia, se haya avanzado demasiado en el desarrollo de unas definiciones que puedan ser admitidas de forma generalizada.

Aun aceptando que tanto el término «colonia» como el relacionado con él de «colonización» no responden de forma precisa a lo que supusieron los procesos de expansión a territorios ultramarinos de fenicios o de griegos, es siempre posible limitar su amplia gama de significados para poder hacerlos utilizables sin la necesidad de hacer un uso desmedido o exclusivo de palabras ajenas a nuestra lengua. Sabido es que en griego el término que designa lo que en nuestro idioma (por derivación clara del latín) solemos traducir como colonia es *apoikia*, cuyo campo semántico está bastante alejado del de *colonia*, puesto que alude, más que a la actividad principal a desarrollar en ella (la agricultura, de latín *colo*, cultivar) tan sólo al alejamiento del lugar de residencia, del hogar, de la casa (*oikos* en griego) con respecto al lugar originario de procedencia. Para la lengua fenicia no conocemos una palabra que aluda a algo semejante en ese mundo, aun cuando acaso el término *qrthdšt*, que suele traducirse como «ciudad nueva» quizá pueda estar indicando algún tipo de fenómeno comparable, si bien es éste otro tema que merece una mayor reflexión (Zamora, *com. pers.*).

De tal modo, y frente a una tendencia muchas veces exagerada de tildar de «colonia» a cualquier tipo de establecimiento de griegos o de fenicios fuera de sus áreas de residencia habituales, quizá si limitáramos el excesivo uso del término a un sólo tipo de asentamiento podríamos, al menos, intentar precisar los procesos históricos involucrados sin recurrir en demasía a palabras en otras lenguas, incluyendo las clásicas. Así pues, yo propondría considerar como «colonias» en sentido estricto aquellos establecimientos que surgen con, o acaban desarrollando, un aspecto urbano, lo que implica no sólo un cierto tamaño sino, sobre todo, un urbanismo, obras públicas y estructuras políticas de tipo estatal, como corresponde a los modelos de ciudad-estado desarrollados en el mundo fenicio o en el griego. A todo ello hay que añadir la disponibilidad de un territorio agrícola capaz de sustentar a la población que residiría en dicha ciudad (Campanella 2003). En suma, una «colonia» sería, sobre todo, un establecimiento que asumiría los rasgos de la ciudad-estado, con las peculiaridades propias que marcan a la misma ya sea en el mundo fenicio o en el griego. El resto de los asentamientos que establecieron tanto fenicios como griegos por el Mediterráneo y el Atlántico y que no asumirían estos rasgos urbanos no deberían ser llamados «colonias» sino emporios, puertos, desembarcaderos, «factorías» o cualesquiera términos que

puedan corresponder a los rasgos concretos que nuestras fuentes detecten en ellos.

Así pues, y de cara a lo que deberemos considerar «precolonización» parece necesario reafirmar que los modelos de expansión fenicio y griego parecen presentar y no sólo a primera vista, muchas más semejanzas que lo que algunos autores estarían dispuestos a admitir (Niemeyer 1990; Crielaard 1992-93) una vez, por supuesto, que hemos eliminado de la consideración de «colonias» a todos aquellos establecimientos que no tuvieron nunca consideración de ciudades. Si limitamos, como aquí se propone, el término colonización para aquellos asentamientos de carácter urbano y estatal veremos cómo tanto los fenicios como los griegos se adecúan a ese modelo, del mismo modo que también en ambas culturas nos encontramos con otros establecimientos con una vocación comercial o, incluso, con formas de contacto que no dan lugar ni tan siquiera a asentamientos estables. Sean cuales sean las diferencias entre las ciudades-estado fenicias y las griegas que, sin duda existen (Niemeyer 2000), una parte considerable de los procesos colonizadores de ambos se basa en la expansión de nuevas ciudades por diferentes entornos del Mediterráneo que, a su vez, se convierten en los centros de una nueva oleada de establecimientos sin vocación urbana destinados de forma especializada a la explotación de determinados recursos.

Este último tipo de establecimiento va a ser una constante durante varios siglos y en su surgimiento intervendrán tanto fenicios como griegos, con frecuencia explotando áreas propias pero también, en ocasiones, compartiendo zonas comunes e, incluso, estableciendo mecanismos de colaboración. La isla de Sicilia puede ser un buen ejemplo, al menos, de cómo un mismo espacio geográfico será compartido y, no siempre de forma violenta, por fenicios y griegos (Domínguez 1989).

Aclarado esto podemos decir, por seguir ciñéndonos a la terminología en uso, que consideramos que estamos dentro de una fase precolonial cuando nos encontramos con presencias o con establecimientos de carácter no urbano en territorios en los que aún no han surgido centros urbanos pertenecientes a esas mismas culturas. Esos establecimientos de tipo no urbano o esas simples presencias que no tienen ni por qué generar tan siquiera una permanencia estable o prolongada tienen excluida la finalidad agrícola que en el mejor de los casos no iría más allá de la mera subsistencia estacional como mostraría por ejemplo, aunque en un contexto algo diferente, el caso de la expedición de circumnavegación africana que lleva a cabo una flotilla fenicia durante el reinado del faraón Neco (Hdt., IV, 42) y en la cual los expedicionarios realizan estas prácticas agrícolas como medio necesario para llevar a feliz término su expedición exploratoria (Mederos y Escribano 2004a) pero en donde no hay, ni por

asomo, el más mínimo interés por la permanencia en esos lugares ocupados durante algunos meses. Quiero hacer hincapié en este aspecto porque una actividad agrícola estable y permanente requeriría, sobre todo, disponer quizá no sólo del control sino incluso de la propiedad de las tierras de las que se piensa extraer un beneficio continuado durante un periodo ilimitado y éste es un rasgo privativo de las ciudades-estado antiguas (tanto fenicias como griegas).

Descartados, pues, los objetivos agrícolas más allá, como mucho, de la mera subsistencia temporal o estacional, queda como finalidad básica de estas actividades la apropiación de aquellos bienes o productos existentes en las zonas en las que se produce el contacto, ya por medios reglados (comercio) ya por la violencia (piratería). Este factor, y el hecho de que los movimientos de gentes fenicias o griegas se realicen por vía marítima hace que las áreas afectadas por ese contacto sean, sobre todo, costeras sin excesiva penetración hacia el interior de los territorios.

Por otro lado, no parece que *a priori* podamos establecer diferencias importantes, en este tipo de comportamientos precoloniales, entre griegos y fenicios que parecen perseguir con estas empresas objetivos similares sin que, por lo demás, puedan descartarse episodios de colaboración y de confluencia de intereses (Domínguez 2003; Boardman 2006). Aun cuando más adelante trataremos de ver qué elementos arqueológicos pueden estar confirmando estas presencias precoloniales, puede ser de interés retomar aquí algunos textos clásicos que nos están mostrando, sin demasiadas dudas, que en la propia tradición antigua la etapa de los primeros contactos asumía unas formas distintas de las que con el tiempo tomarían los establecimientos de carácter urbano.

Sin duda uno de los textos más conocidos y que ha sido objeto de diferentes aproximaciones es el que transmite Tucídides, relativo a la relación de prioridad de la presencia fenicia con respecto a la griega en Sicilia. El texto dice lo siguiente:

«También los fenicios estaban establecidos todo a lo largo de la costa de Sicilia, pues se habían apoderado de los promontorios sobre el mar y de las pequeñas islas cercanas a la costa con vistas a su comercio con los sículos; pero cuando los griegos empezaron a arribar en gran número, abandonaron la mayor parte de sus asentamientos y, concentrándose, se limitaron a ocupar Motia, Solunto y Panormo, en la vecindad de los élimos, tanto porque confiaban en su alianza con ellos como por el hecho de que aquél es el sitio desde donde es más corta la travesía entre Cartago y Sicilia»

(Tuc., VI, 2, 6).

Dentro de una visión sin duda esquemática de las acciones comerciales y coloniales de fenicios y de griegos, este pasaje se había considerado como una prueba

de que «la colonizzazione fenicia ha carattere primariamente commerciale, quella greca appare subito come fenomeno di conquista territoriale» (Moscati 1983: 2) y se trataba de assimilarla a la «precolonización» de época micénica, pero sin observar semejanzas con fenómenos que, en el mismo periodo, pueden estar llevando a cabo los griegos en los mismos territorios. Sin embargo, la ocupación por parte de los fenicios de las tres ciudades mencionadas por Tucídides les convierte, asimismo, en colonizadores. En un artículo ya antiguo pero que sigue presentando observaciones de interés, Moscati (1983: 7) establecía lo que, para él, implicaba la «precolonización» fenicia: frecuentación de los mares sin intento de conquista, con eventual incidencia sobre el artesanado local (recepción de objetos y modelos foráneos). No obstante, el elemento de referencia lo constituía lo que este autor llamaba «precolonización» griega, es decir, micénica y, en los años ochenta el elemento de novedad lo representaba el postular, también para los fenicios, procesos de frecuentación precolonial semejantes a los que habrían desarrollado los griegos micénicos durante el segundo milenio a.C. (Moscati 1985).

En cuanto a los objetos que podían apuntar a esa «precolonización» fenicia, Moscati mencionaba el bronce de Sciacca, una estatuilla de una divinidad en postura de atacar con lanza cuya cronología se sitúa para algunos autores entre los siglos XIV y XIII a.C. (Tusa 1973), mientras que otros, a partir del estilo y de su comparación con figurillas del mismo tipo halladas en la Península Ibérica (Sancti Petri y Huelva) sugieren una cronología varios siglos inferior (Falsone 1993); a esa pieza habría que añadirle algunos objetos (fíbulas, vasos y otra pacotilla) hallados sobre todo en el sudeste de la isla (Bondi 1980: 167). Parece, pues, fuera de duda que la existencia de un periodo precolonial llevado a cabo por los fenicios en Sicilia (y en otros puntos del Mediterráneo) antes de la fase del establecimiento de ciudades es algo que corroborarían las fuentes literarias y las arqueológicas aunque también es cierto, como subrayó Bartoloni, que en distintas áreas del Mediterráneo frecuentado por los fenicios nos encontramos con «insediamenti di tipo precoloniale in epoca coloniale» (Bartoloni 1990), que también en este caso tienden a desaparecer con la llegada de la urbanización.

Por supuesto, y antes de entrar de lleno en el caso de los griegos, no podemos perder de vista que, en sentido estricto, Sicilia no ha dejado de recibir contactos, influencias, gentes tanto de regiones más o menos próximas (la península Italiana, Cerdeña) como más alejadas (el Mediterráneo Oriental y el Occidental) durante el Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro, con más o menos intensidad según las épocas y las zonas (Tanasi 2004; Cultraro 2005), aun cuando también parece claro a partir de los testimonios arqueológicos que estos contactos con el

exterior se incrementan a partir de los siglos X y IX a.C. para proseguir en los siglos siguientes como muestran los testimonios materiales (Bernabó Brea 1964-1965; Bondi 1980; *Id.* 1988a; Albanese Procelli 1995), y quizá las propias tradiciones antiguas (Anello 1993-94; Chiai 2002), aunque siempre deben ser tomadas con precaución; es difícil saber, en estos momentos, si este incremento de los contactos tiene que ver con la presencia en aguas del Mediterráneo central de gentes del oriental, ya sean fenicios y otros levantinos (Garbini 1985) o griegos, o con el desarrollo propio de toda esa área. A partir, no obstante, de algunos indicios, entre ellos los materiales recién mencionados, no parece improbable que todo ese mundo se haya empezado a movilizar como consecuencia de la intensificación de los contactos que supone el inicio de las navegaciones fenicias durante esos siglos; si gentes de Grecia participan desde esos primeros momentos o, como parece más probable, se incorporan algo después es algo que tampoco podemos corroborar por completo. Pero, en todo caso, se van sentando las bases de lo que será el gran momento de auge de esos intercambios durante el siglo VIII a.C. en el que pueden haber participado también gentes de esos mismos territorios como pueden haber sido, por ejemplo, los etruscos, tanto del área toscana como de Campania.

En este estado de cosas, pues, seguiría quedando por definir si antes del establecimiento de las colonias griegas en Sicilia habría existido en la isla un periodo de frecuentaciones precoloniales griegas que, en cierto modo, las precediera o anticipara. La respuesta parece ser positiva a juzgar por los testimonios literarios y, muy posiblemente, también por los arqueológicos. No obstante, debo insistir de nuevo en que lo que a nosotros nos parecen, quizá a primera vista, etapas de un mismo proceso tal vez no lo hayan sido; las empresas comerciales dirigidas desde algunos centros de Grecia (y, entre ellos, destacaríamos la isla de Eubea y la región del istmo de Corinto) tenían como finalidad aprovecharse de las posibilidades de realizar intercambios ventajosos en zonas que, de nuevo y con fuerza, se abrían al comercio a larga distancia; durante un periodo más o menos duradero los griegos recorrerían (del mismo modo que habían hecho y que harían los fenicios para quienes disponemos de mayor número de informaciones) los diversos mecanismos posibles en los métodos de intercambio, desde lo que se ha venido en denominar «comercio silencioso» hasta mecanismos mucho más estructurados y administrados (Domínguez 1994b); es bastante probable que en estos primeros intentos no haya existido ninguna intención ni ningún interés en establecer zonas de control hegemónico en los territorios sobre los que se ejerce la acción comercial. Ello no impide que, una vez transcurrido un tiempo, las propias dinámicas internas en el mundo griego hayan

forzado a una emigración de parte de sus poblaciones en busca de tierras, que configurarían lo que hemos solido llamar «colonización», la cual puede haberse aprovechado, para mejor seleccionar sus áreas de establecimiento, de los conocimientos adquiridos y almacenados por generaciones de contactos de tipo comercial; del mismo modo, y una vez surgidos los nuevos centros, ellos mismos pueden haber asumido las tradiciones comerciales anteriores en su propio beneficio. Pero esa sería, en mi opinión, la única relación existente entre los fenómenos «precoloniales» y la «colonización», a pesar del equívoco permanente a que la semejanza terminológica induce.

Es con esta perspectiva como conviene revisar alguna de las tradiciones que aluden a la fundación griega más antigua de Sicilia, Naxos. A tal respecto, y aunque Tucídides, que presenta un panorama general de la colonización griega en Sicilia, no entra en detalles sobre esta fundación, la más antigua de Sicilia, el relato que recoge Estrabón y que parece proceder de Éforo aporta una información de bastante pertinencia para el tema que aquí abordamos. Dice el texto estraboniano:

«Éforo señala que éstas [Naxos y Mégara] fueron las primeras ciudades fundadas por los griegos en Sicilia, diez generaciones después de la Guerra de Troya, ya que, con anterioridad, sentían temor ante los piratas tirrenos y ante la crueldad de los bárbaros que habitaban allí, hasta el punto de que ni siquiera se atrevieron a navegar para comerciar. Mas el ateniense Teocles, llevado por los vientos hasta Sicilia pudo comprobar la escasez de población y la excelencia de sus tierras. A su regreso, no consiguió convencer a los atenienses, pero acabó haciéndose a la mar tras haber reclutado a calcidios de la vecina Eubea, a algunos jonios e incluso dorios, entre los cuales la mayoría eran megáreos. Así pues, los calcidios fundaron Naxos y los dorios Mégara»

(Str., VI, 2, 2).

Más allá del tema del «temor» ante los piratas tirrenos, que es ya un *topos* literario en la época en la que Éforo escribe (s. IV a.C.) y que, por ello, quizá sea un dato anacrónico, aunque tampoco es imprescindible (Giuffrida Ientile 1983: 51-53), el texto de Estrabón muestra bien cómo los intereses comerciales serían de interés para los griegos, de no haber sido por el ya mencionado temor a esos piratas y a la crueldad de los nativos. No deja de ser también interesante en esta aproximación literaria la idea del desconocimiento real de los territorios sicilianos, de los que quizá llegaban sólo noticias «de oídas» que insistían en estos peligros. Todo ello hace más destacable aún si cabe la proeza de Teocles, que se convertirá en el fundador de Naxos, que deshace esa falsa impresión tras su visita en persona a la isla llevado por algo tan genérico como los vientos. A este respecto

no puede dejar de recordarse el relato herodoteo (IV, 152) del viaje de Coleo de Samos a Tarteso llevado, asimismo, por el viento del Este que es el auténtico impulsor (con una clara actuación divina) de esos viajes de descubrimiento y exploración. En el pasaje que aquí estamos comentando nos encontramos, bajo el aspecto de un relato racionalizador y sintético, el tránsito desde las actividades precoloniales, centradas en el comercio, a juzgar por lo que el mismo texto revela, a las coloniales, caracterizadas por el establecimiento de ciudades. Como es frecuente en la tradición antigua, se tiende a concentrar en un mismo individuo significativo lo que, en términos históricos puede ser un periodo más o menos largo y en el que intervienen más elementos. Un caso muy parecido lo hallamos también en la tradición que transmite Plutarco sobre la fundación de Lámpsaco (*Mor.* 255 A-E) (Domínguez 1997). Otro dato de interés que se desprende del relato estraboniano es la lejanía entre esas primeras actividades de descubrimiento y el período que podríamos llamar heroico, puesto que el inicio de la colonización de Sicilia es situado diez generaciones después de la Guerra de Troya, lo que marca una clara ruptura, en la visión eforea, entre los viajes heroicos del ciclo de los *nostoi* y semejantes y las expediciones «precoloniales» y coloniales que darán lugar a la aparición de las ciudades griegas en Sicilia; poco importa, a tal respecto, que las fechas que resultan de esas diez generaciones, más allá del número de años que atribuyamos a cada una de ellas, sitúen estas primeras fundaciones bastante antes de las fechas por lo general admitidas. El hecho de interés es que, al menos en la visión histórica de Éforo no hay continuidad entre esos antiguos viajes (que nosotros tenderíamos a ubicar en torno al período micénico) y los que propiciaron el surgimiento de las ciudades históricas de la Sicilia griega. No sabemos hasta qué punto es relevante la concentración en una sola figura, como es Teocles, de las empresas precoloniales y de la colonización que podría implicar, acaso, la limitación de esos contactos precoloniales a una sola generación.

Sea como fuere, no podemos perder de vista que ya tal vez desde principios del s. VIII pero, en todo caso, desde el segundo cuarto del mismo siglo tenemos atestiguada una presencia griega cada vez más consistente en las costas tirrénicas de la Península Italiana que da lugar, hacia esas fechas, al establecimiento eubeo de Pitecusas en la isla de Ischia y, no mucho después, al de Cumas en la costa continental (Ridgway 1997a; D'Agostino 2000b). Así pues, estas presencias estables eubeas en el ámbito tirrénico no pueden dejar de repercutir en otras zonas próximas o adyacentes al mismo que se convierten en un terreno cada vez más frecuentado por estos eubeos y gentes de otras procedencias (griegas y fenicias) que sin duda exploran esas regiones en busca de nuevos recursos. Por

desgracia, para Sicilia no disponemos del panorama que revelaron las excavaciones de las necrópolis de Canale y Janchina en la cercana Calabria y que muestran cómo las poblaciones indígenas de la región reflejan en sus producciones cerámicas y bronceísticas el impacto de los griegos que frecuentan esas regiones, antes de la fundación de las primeras colonias (Regio o Locris) (Mercuri 2004), pero quizá tras las primeras presencias griegas en las costas tirrénicas italianas.

No obstante, para Zancle, en la costa siciliana disponemos de informaciones literarias sobre su fundación aun cuando los distintos autores que tratan de ella no se muestran unánimes. Sin duda el relato más completo y más antiguo lo hallamos en Tucídides que afirma lo siguiente:

«Zancle tuvo su origen en la llegada de unos piratas procedentes de Cumas, la ciudad calcídica situada en el territorio de los ópicos, pero más tarde llegó de Calcis y del resto de Eubea un importante número de colonos y compartieron con ellos la tierra. Los fundadores de la colonia fueron Perieres y Cratémene, uno de Cumas y otro de Calcis»

(Tuc., VI, 4, 5).

En una línea parecida, Calímaco (Fragm. 43, 56-83) se decanta por una versión compatible con la anterior, aunque el resultado final de su relato es la indefinición acerca de cuál de los dos personajes que intervienen, Perieres y Cratémene será considerado el verdadero fundador. Siguiendo una tradición diferente, Estrabón (VI, 2, 3) la considera fundación de los naxios de Sicilia, así como el llamado Periplo del Pseudo-Escimno (282-286).

La tradición tucididea, la más interesante para nuestro propósito, da por sentado, pues, que el origen de Zancle habría que buscarlo en piratas cumanos establecidos en el lugar; hay que notar que Tucídides, en esta fase, no habla de fundación sino que alude, de forma genérica, al «origen» de Zancle, marcando de modo claro lo que sería una fase previa a la fundación, con *oikistai* de Calcis y Cumas. Quizá entre la gente que acudió a la ciudad hubiera individuos de Naxos de Sicilia que, habida cuenta la disputa sobre quién debería ser el fundador que nos transmite Calímaco, acabarían considerándose, al menos desde una perspectiva local, fundadores de la ciudad. Sea como fuere, la existencia de un establecimiento «precolonial» parece desprenderse de la información de Tucídides y la misma no es desmentida por los restantes autores; la relación que Tucídides establece con Cumas resulta de interés habida cuenta los tempranos intereses de los eubeos, sobre todo en el Tirreno, donde surgirá bastante pronto el primer asentamiento estable de Pitecusas y, poco después, la propia Cumas. Que los eubeos, o los propios cumanos, hayan querido establecer un puesto comercial

en Zancle, no sería, en este contexto extraño; su carácter no urbano y, en cierto modo, irregular, quedaría reflejado en el relato de Tucídides al aludir a él como una ocupación de piratas cumanos. Algún autor ha llegado a sugerir, incluso, que más que con Cumas esta primera Zancle podría haber estado relacionada con Pitecusas, cuyo horizonte cronológico parece compartir (Antonelli 1996).

En cuanto a los datos arqueológicos, y además de las informaciones antiguas que fueron ya recogidas en la obra monumental de Vallet (1958: 109-118), trabajos posteriores han ido precisando las informaciones; los testimonios cerámicos más antiguos de Zancle corresponden al Geométrico Reciente, tanto por lo que se refiere a las cerámicas corintias como a las de producción o tradición eubea, con paralelos en sitios del área tirrénica. Por lo que se refiere a estas últimas, entre las que hay copas de las llamadas «eubeo-cicládicas» decoradas con *chevrons* o con otros motivos dentro de metopas (losanges, pájaros), muestran paralelos con copas halladas en algunos centros indígenas de Sicilia (Villasmundo, Modica) y que se han venido considerando como las importaciones griegas más antiguas halladas en la isla habiéndose sugerido para ellas unos orígenes precoloniales al no haberse hallado este tipo de material en los centros urbanos ni de Sicilia ni de la Magna Grecia; del mismo modo, los materiales de época colonial muestran claras semejanzas con los de Naxos y otros centros eubeos de Sicilia (Bacci 1987; *Id.* 1998). Por ende, entre los niveles más antiguos de Zancle aparecen también cerámicas de tipo fenicio, que se han puesto en relación con esta época de intercambios «precoloniales» (Bacci 1998: 387-388) que también sugerirían las copas *a chevrons* (Bacci 2000: 243).

Sea como fuere, y a pesar de que ni la tradición literaria es unánime ni los restos arqueológicos incontrovertibles, no parece descabellado sugerir, en el estado actual de nuestros conocimientos, que Zancle puede haber servido como punto de apoyo en las actividades comerciales de los eubeos tanto en el área tirrénica como en Sicilia, quizá en colaboración con los fenicios que también estaban penetrando en el Tirreno acaso por el propio Estrecho de Mesina. Es difícil poder precisar la duración de esta fase ante la ausencia de materiales arqueológicos abundantes y precisos pero podría sugerirse que entre una o dos generaciones (segundo y tercer cuarto del s. VIII a.C.), hasta que los cambios que se producen en Eubea provocan el inicio de los establecimientos urbanos de carácter colonial a partir del último tercio del siglo (Domínguez *e.p.*).

Otro punto en el que parece que podemos observar presencias «precoloniales» en Sicilia lo representaría el área en la que surgiría la ciudad de Gela. De nuevo tanto la tradición literaria como la arqueología parecen confirmar una fase preurbana previa al establecimiento oficial de la

polis de Gela. Como con el resto de las ciudades sicilianas, es Tucídides quien nos aporta los datos principales sobre los orígenes de esta ciudad:

«Gela fue fundada en común por Antifemo y Entimo, que vinieron de Rodas y de Creta, respectivamente, al frente de unos colonos cuarenta y cinco años después de la fundación de Siracusa. La ciudad tomó su nombre del río Gela, pero el lugar en que actualmente se encuentra la acrópolis y que fue el primero que estuvo amurallado se llama Lindios»

(Tuc., VI, 4, 3).

Según el sistema cronológico que emplea Tucídides, y que sitúa la fundación de Siracusa en el año 733 a.C., la de Gela habría tenido lugar en el 689/88 a.C.; no obstante, el propio texto sugiere la posible existencia de un establecimiento anterior a la fundación de la ciudad, y que se llamaría Lindios (Wentker 1956), si bien otros autores han avanzado otras sugerencias (Raccuia 2000: 118-119) que no son unánimes en la aceptación o rechazo de una etapa «precolonial» en lo que con el tiempo sería la ciudad de Gela. Sin embargo, la documentación arqueológica sí presenta rastros de presencia griega en el área de la futura Gela antes de la fundación de la misma, y en contextos por lo general bien estratificados y bien datados a lo largo de la segunda mitad del s. VIII, con especial concentración en su último tercio; entre los materiales los hay de tradición corintia pero también de la Grecia del Este, sugiriendo ya una temprana intervención rodia en la región (Orlandini 1963; De Miro y Fiorentini 1978; Fiorentini y De Miro 1983), quizá consistente en una serie de pequeños establecimientos o núcleos dispersos en el territorio costero de Gela acaso poblados (o controlados) en su mayoría por rodios procedentes de Lindos cuyo nombre habría convivido o coexistido con el nombre que se convertiría en «oficial», Gela aun cuando con el tiempo se limitaría al área de la acrópolis. Aunque esta última afirmación no es compartida por todos los autores (Anello 1999; Sammartano 1999) sí que es un hecho ya aceptado que antes del establecimiento de la *polis* gelense hubo una fase más o menos larga (entre dos o tres generaciones) de presencias «precoloniales» de gentes del sur de la Grecia del Este en esta zona de la costa meridional siciliana, que no parecen haber configurado un hábitat homogéneo sino que, por el contrario, parecen haber vivido en establecimientos pequeños y desconectados entre sí tanto con finalidad comercial con las poblaciones del entorno como para aprovecharse de la posición que ocupan dentro de los tráfico marítimos que recorren esa costa meridional de la isla y a los que no son ajenos tampoco los comerciantes orientales (Raccuia 2000: 63-78).

Este modelo de pequeños establecimientos que ocupan de forma dispersa un territorio más o menos concreto lo encontramos, siempre con las diferencias pertinentes, en puntos de la Magna Grecia, como la región en la que se ubican centros como Incoronata, Siris y la ocupación previa a la fundación de Metaponto (Orlandini 1986; *Id.*, 1992; VV.AA. 1986; Stea 1999) pero, quizá también en el Mar Negro septentrional entre los años finales del s. VII y la primera mitad del s. VI (Solovyov 1999: 58-62; *Id.* 2001). En estos dos casos son también griegos del Este los que parecen llevar el peso de este tipo de establecimientos.

Quizá sea ahora el momento, antes de seguir avanzando, de considerar una de las hipótesis que ha obtenido un amplio reconocimiento en los últimos tiempos, pero que no deja de plantear problemas. Se trataría de la desarrollada por Osborne (1998), quien considera que las que solemos llamar «colonias» no serían más que el resultado de empresas privadas en las que puede haber surgido algún tipo de organización pero sin prejuzgar una estructura de tipo estatal durante los siglos VIII y VII a.C. ni en la «colonia» ni en la «metrópolis» que sería resultado de una «invención» posterior; para argumentar en favor de su idea rechaza el testimonio de Mégara Hiblea, donde una organización del espacio es visible desde el primer momento del asentamiento griego, habiendo sido reafirmado esto tras la reciente publicación del quinto volumen de las excavaciones, que rechazan una visión «demasiado primitivista de los orígenes del sitio» (Gras *et al.* 2004: 564-566, 570-571). También Osborne eleva a categoría ejemplos como los mencionados de Incoronata, Siris y el asentamiento previo a Metaponto que, como hemos visto, pueden estar reflejando, sin duda, establecimientos «precoloniales» que, por ello mismo, poco pueden tener que ver con el surgimiento ulterior (o no) de *poleis* en esos entornos. El papel de las iniciativas privadas también hay que situarlo en su contexto puesto que en la sociedad griega arcaica, dominada por los grupos aristocráticos, resulta bastante difícil y, a veces, artificioso, distinguir entre las actividades públicas y privadas de estos aristócratas en quienes, junto a intereses particulares, hay también actividades en favor de una comunidad que gobiernan y controlan ellos mismos (Domínguez 2000). En este sentido, el ejemplo de Teocles que veíamos antes sería significativo de individuos que aprovechan los conocimientos que adquieren en sus actividades «privadas» para emplearlos en actividades «públicas» como puede ser la conducción de colonos a un nuevo destino.

Quizá el problema haya sido considerar la «colonización» griega como algo monolítico, pero la reacción según la cual no podríamos hablar de «colonias» (entendidas como establecimientos de carácter urbano y organización estatal) para los siglos VIII y VII adolece también de ese

mismo defecto. Lo que los casos que hasta ahora hemos considerado nos muestran son ejemplos de experiencias de carácter no urbano y no político a las que podemos considerar «precoloniales» en cuanto que no implican, por fuerza, desarrollos de tipo urbano y político; el problema es que, tanto en Naxos como en Zancle o en Gela acabarán surgiendo *poleis* griegas que, ya desde un momento temprano, implican un grado de organización y de aspiraciones territoriales amplias y que tienden a ocultar los momentos anteriores, tanto porque las informaciones literarias lo analizan desde la óptica de un proceso de desarrollo de *poleis* en ultramar como porque los niveles arqueológicos más antiguos no son todo lo claros y precisos que nos gustaría. Pero este mecanismo tampoco es generalizado; el caso ya mencionado de Mégara Hiblea parece mostrar el surgimiento de una ciudad griega en un terreno en el que al parecer no hay huellas de una presencia griega anterior y ese puede haber sido el caso también de otras ciudades, quizá como la propia Siracusa donde los datos de actividades «precoloniales» griegas, en tiempos aceptados por Dunbabin (1948: 13) o por Bernabò Brea (1968) no parecen demasiado claros tras excavaciones más recientes (Frasca 1983).

Es más razonable, pues, considerar que los mecanismos que las diferentes ciudades y regiones griegas ponen en marcha a lo largo del s. VIII presentan una gran variabilidad fruto de los intereses, particulares y comunitarios, de los grupos aristocráticos e, incluso, de otros elementos sociales subalternos, acaso vinculados y sometidos a ellos y que implican, en un primer término, el desarrollo de exploraciones a larga distancia con establecimientos ocasionales de grupos no muy numerosos que ejercen diversas funciones, de apoyo, productivas y adquisitivas, en beneficio de aquellos de quienes dependen. Son quizá los desequilibrios internos que provocan estas actividades en algunas de las incipientes *poleis* griegas, acompañados tal vez de otros factores coadyuvantes (guerras, sequías, hambrunas) los que determinarán que a lo largo de la segunda mitad del s. VIII grupos más numerosos de individuos abandonen sus residencias para trasladarse a otros ámbitos, entre ellos Sicilia, para reproducir sus formas de vida, centradas sobre todo en la agricultura.

Un problema que subyace a todos estos procesos es, como ya habíamos visto páginas atrás, lo impreciso de nuestra terminología y, sobre todo, la trampa que representa el término de «precolonización» que implica un proceso en dos fases que no siempre se produce, puesto que, como hemos visto, hay ciudades que surgen sin una fase «precolonial» detectable al tiempo que pueden estar dándose fenómenos «precoloniales» en algunas zonas mientras que en otras próximas tenemos ya atestiguadas las primeras fundaciones coloniales, como sería el caso ya mencionado de Gela en donde, coincidiendo con el

establecimiento de los primeros centros urbanos en la Sicilia suroriental sólo tenemos atestiguada la presencia de pequeños establecimientos, quizá poco densamente poblados y sin una aparente cohesión interna.

Nos queda, pues, reflexionar sobre aquellos puntos en los que parece detectarse una actividad «precolonial» pero en los que no se produce un establecimiento colonial. Para el caso de Sicilia no son demasiado abundantes estos sitios, pero sí hay algunos que han sido objeto de estudio. Quizá el más conocido sea la necrópolis indígena del Valle del Marcellino en las proximidades de la actual localidad de Villasmundo a unos seis kilómetros al noroeste de donde surgiría con el tiempo Mégara Hiblea. En este yacimiento se hallaron varios vasos griegos así como imitaciones de cerámicas griegas del Geométrico Medio II. Entre los vasos griegos se identificaron una copa de tipo eubeo de semicírculos colgantes, copas eubeas con decoración de *chevrans*, cotilas protocorintias del tipo Aetos 666 y copas de tipo Tapso así como otros productos de difícil identificación (Voza 1982; *Id.* 1986). Aun cuando algunas de las cerámicas pueden ser contemporáneas de las primeras fundaciones griegas (en especial las copas tipo Tapso) otras, como las de tipo eubeo parecen ser anteriores a estas primeras fundaciones y mostrarían, en todo caso, que a lo largo del s. VIII han ido llegando diversas producciones a este centro ubicado a una distancia razonable de la costa; las producciones eubeas del Geométrico Medio tienen importantes paralelos en la Italia tirrénica y la copa de semicírculos colgantes tiene paralelos en la del mismo tipo hallada en Sant'Imbenia (Cerdeña), considerada la importación griega más antigua en el Occidente de la Edad del Hierro (Coldstream 2003b: 394-396) así como en ejemplares también de la primera mitad del s. VIII procedentes de Veyes y de Pontecagnano. Las cronologías cambiantes, que hacen oscilar unos cuantos decenios arriba o abajo algunos tipos cerámicos (Leighton 1999: 223-225; *Id.* 2000: 16-17), pueden acabar convirtiendo en «coloniales» algunos objetos antes considerado «precoloniales» (aunque también puede darse el efecto contrario) (Nijboer *et al.*, 1999-2000) pero tal vez no consigan acabar con la idea de que antes del establecimiento de colonias Sicilia experimentó un (más o menos largo) periodo de contactos con navegantes griegos (y fenicios).

Otro ejemplar griego, una copa Tapso de la clase más antigua, se halló en Módica, en el ajuar de una tumba indígena y parece ser de un tipo anterior a los presentes en las fundaciones griegas; algunos otros ejemplares, en la esquina suroccidental de Sicilia (Cocolonazzo di Mola, Avola Vecchia, Cassibile) pueden corresponder a la fase previa a estas fundaciones coloniales o ya al periodo posterior a las mismas (Sanahuja 1975; Pelagatti 1982: 117-124); no obstante, por la región en la que se hallan resulta de momento muy difícil saber si corresponden a restos de

un comercio con griegos de tipo «precolonial» o a los primeros intercambios con los griegos establecidos ya en la costa. Sea como fuere, quizá desde la perspectiva de esos centros indígenas no haya mucha diferencia en un primer momento, antes de la consolidación de los centros griegos y su proceso de inexorable expansión hacia las zonas internas.

Un aspecto de interés para observar la posible acción de las actividades «precoloniales» griegas podría ser el estudio de las cerámicas indígenas de estilo geométrico, que presentan interesantes relaciones con motivos griegos quizá ya desde el Geométrico Medio II siquiera, porque como ha apuntado Albanese Procelli «the imitation of Greek Geometric and Orientalizing products by local manufacturers assumes an importance even greater than true imports» (Albanese Procelli 1995: 45); sin embargo, en un mundo en apariencia bastante atomizado como parece ser el siciliano del inicio de la Edad del Hierro resulta difícil establecer las relaciones entre los diferentes estilos cerámicos indígenas que muestran ya elementos geométricos desde los siglos IX y VIII y el llamado «Sículo-Geométrico» que surgiría a partir del s. VIII y en el que son cada vez más perceptibles, según pasa el tiempo, las influencias formales y decorativas griegas (Thompson 1999: 216-217); el panorama que percibimos hoy día es bastante más complejo que el que delineó hace ya largo tiempo Orsi (1898) y en algunas zonas, sobre todo de más al interior, resulta en la práctica imposible separar con precisión los datos procedentes de la fase precolonial de los correspondientes a las primeras etapas coloniales (Thompson 1999: 264-265). Sin duda estamos ante una dinámica en la que han intervenido diversos factores e influencias que han ido determinando la aparición de estos estilos dentro de unos procesos de negociación con múltiples facetas (Antonaccio 2004) pero por ello mismo resulta, hoy día, difícil poder distinguir, con seguridad, entre esas cerámicas «sículo-geométricas» que corresponden a la imitación, adaptación o emulación de productos griegos llegados en transacciones «precoloniales» y las que han surgido de procesos semejantes tras el establecimiento de las primeras fundaciones griegas.

Aun cuando la cerámica es siempre el testimonio más frecuente y, por ello mismo, el más estudiado, en ocasiones disponemos de otras informaciones de más interés; es el caso, por ejemplo, de los objetos de metal que representan en muchas ocasiones los auténticos instrumentos del intercambio. Es, sobre todo, este carácter y su relativa facilidad para ser reciclados lo que los convierte en artículos con frecuencia escasos. No obstante, para Sicilia disponemos de algunos depósitos de gran interés como el de Mendolito, que se halló en 1908 en esta localidad situada al Oeste del Etna y comunicada con la costa oriental de la isla a través del río Simeto y que se componía de

más de 900 kg. de bronce; entre los objetos había lo que parecen ser lingotes, pero también armas, cinturones objetos de adorno, etc., en parte enteros pero también en parte fragmentados de forma intencionada (Bernabo Brea 1966: 183-185) y, sobre todo, y de interés para nuestro propósito, restos de bronce de manufactura griega. En efecto, entre los materiales del depósito aparecieron numerosísimos fragmentos de calderos de lámina de bronce, entre ellos los correspondientes a los bordes, decorados con asas de bronce, así como a las patas de los trípodes que formaban parte de tales objetos. Aunque el depósito parece haberse enterrado a mediados o en la segunda mitad del s. VII a.C. algunas de las piezas que lo constituyen (griegas y no) pueden datarse en la primera mitad del s. VIII e, incluso, antes; los calderos-trípode griegos parecen proceder sobre todo del área corintio-argiva pudiendo haber también alguno ático y parecen mostrar los principales estilos corrientes en Grecia durante el s. VIII y los inicios del s. VII (Albanese 1989). Aunque una parte de estos artículos puede haber llegado hasta esos territorios internos tras la fundación de las primeras colonias griegas, hay otros que son anteriores a las mismas mientras que otros se encuentran en el límite entre uno y otro momento; no obstante, para estos últimos, y habida cuenta la mezcla de materiales de que constaba el depósito es difícil certificar su llegada antes de la fundación de las colonias. En todo caso, sí que parece que los centros indígenas sicilianos, como también los surtállicos, sardos y los de las costas tirrénicas, se insertan pronto en las redes de circulación de metales en las que fenicios y griegos tienen amplios intereses. No sería improbable, pues, que algún caldero-trípode griego pudiera haber acabado entre las propiedades de algún notable indígena del mismo modo que pudieron haber acabado algunas cerámicas, mucho menos valiosas desde el punto de vista de su composición. Sin embargo, este testimonio debe seguir permaneciendo como incierto debido a la propia composición y cronología del depósito.

De cualquier modo, estos dos aspectos recién mencionados, el desarrollo de nuevas técnicas cerámicas y la acumulación de metales nos introducen en otro de los aspectos a tener en cuenta, cual es el de la recepción por parte de las poblaciones indígenas de esas actividades desarrolladas por los navegantes y comerciantes griegos y fenicios; como hemos visto en algunos de los casos ya mencionados, este papel varía desde uno pasivo, como el que se observa en la fundación de Naxos hasta otro más activo, como el ejercido por el rey Hiblón al entregarles a los griegos un territorio en el que establecer la ciudad. Quizá podríamos considerar ambos extremos como un reflejo literario de lo que pudieron haber sido las actitudes de esas poblaciones prehelénicas de Sicilia hacia la llegada de gentes, con intereses sobre todo comerciales, proceden-

tes del Mediterráneo oriental y que irían desde una aceptación más o menos pasiva de estas presencias hasta una involucración más directa; por supuesto, ello podría haber dependido del grado de organización interna de las poblaciones sicilianas en la Primera Edad del Hierro que parece haber variado según las zonas habiendo alcanzado en algunas, en especial en el Sudeste de la isla, un elevado nivel de organización comunal. Uno de los pocos sitios donde tenemos una secuencia bastante completa, que cubre todo el s. VIII (y quizá incluso los momentos finales del s. IX), es la necrópolis de Villasmundo, ya mencionada, en la que se puede observar cómo dentro de un contexto de tumbas de cámara excavadas en la roca, propias de la tradición indígena, se van introduciendo elementos exóticos, sobre todo copas griegas, cuyo significado no resulta a primera vista claro, pudiendo ser desde artículos que marcan el estatus de sus propietarios hasta elementos de carácter simbólico y utilitario, vinculados a la introducción del vino; junto a estos objetos, imitaciones o adaptaciones de estos modelos griegos aparecen también en los ajuares. Por desgracia, el hecho de que la necrópolis no haya sido publicada en detalle impide hacer observaciones más precisas sobre los mecanismos de inclusión de estos objetos en los ajuares y su posible significado pero en todo caso muestra cómo antes (y en el caso de esta necrópolis también después) del establecimiento permanente griego en la zona se desarrollaron relaciones, en apariencia de carácter comercial, con lo que ello puede implicar desde el punto de vista de la circulación de objetos y de ideas, cuando no de personas.

En otros lugares es menos observable esta incidencia, en el estado actual de nuestras investigaciones, pero la extraordinaria acumulación de metal en el Mendolito, ya corresponda a un santuario, a un centro de control económico o a un depósito de fundidor muestra la gran capacidad que, a lo largo del s. VIII van adquiriendo las sociedades indígenas, para acumular grandes cantidades de objetos de alto valor económico y simbólico; aunque el depósito, como ya se dijo con anterioridad, pueda haberse formado a principios del s. VII el estado fragmentario de objetos ya de la primera mitad del s. VIII puede indicar, siquiera a título hipotético, que desde muy temprano esta región, en torno al Etna, ha iniciado, tras el hiato de los siglos previos, nuevos procesos de acumulación de riquezas, lo cual, como también sugeríamos páginas atrás parece relacionarse con la intensificación de las navegaciones fenicias y griegas por esas aguas a partir, al menos, del s. IX.

No podemos, pues, observar en todos sus aspectos el impacto de estos primeros navegantes del Mediterráneo oriental en Sicilia pero sí lo suficiente como para poder afirmar que jugaron un papel importante en los procesos de movilización de los recursos, sociales y económicos de,

al menos, una parte de la isla; como quiera que no parece que el metal haya sido la causa principal que determinó estos contactos, puesto que Sicilia no es un territorio rico en esta materia prima, habría que pensar en otros productos, de tipo agrícola o ganadero o en servicios útiles para esos navegantes en su camino hacia otros destinos, bien en el Tirreno, en el Norte de África o, incluso, más al Occidente. Las dinámicas y los intereses que estas relaciones implican son, por su propia naturaleza y por sus resultados, distintas de las que llevarán a cabo las ciudades, griegas y fenicias, que irán surgiendo a lo largo del último tercio del s. VIII y en las que el elemento diferente será el interés por un territorio estable para ser utilizado con fines agrícolas y sobre el que las ciudades ejercerán una soberanía plena.

Para ir concluyendo, el repaso de los principales testimonios que tenemos para hablar de una «precolonización» por parte de fenicios y de griegos en Sicilia muestra cómo a partir de las fuentes literarias podemos sugerir la existencia de la misma, de una forma más o menos directa y según las zonas y regiones aunque, como bien observó Asheri (1980: 99) los antiguos no habían elaborado una teoría sobre la «precolonización» lo que hace difícil encontrar testimonios precisos en las mismas sobre el asunto; por ello mismo, los datos derivantes de la arqueología pueden aportar datos de interés si bien, como también hemos visto, sus informaciones no siempre son incontrovertibles puesto que dependen, en ocasiones, de una apreciación cronológica global que dista mucho de estar resuelta, en especial en los últimos tiempos en los que todos los sistemas cronológicos están en discusión (Mederos 2005a: 305-346). A pesar de ello, los datos existentes, a alguno de los cuales nos hemos ido refiriendo a lo largo de estas páginas, parecen confirmar que antes del surgimiento de centros de carácter urbano y estable creados bien por fenicios o por griegos en Sicilia ha existido un periodo, cuya longitud dependerá de esas fluctuaciones cronológicas recién mencionadas, en el que gentes de estas procedencias, y tal vez de muchas otras, han mantenido contactos con las poblaciones ya residentes en la isla. El gran reto aún por dilucidar es si estos contactos guardan alguna relación con los que ya existieron durante la Edad del Bronce o si, por el contrario, obedecen a nuevos intereses tanto en el ámbito levantino como en el egeo. Por supuesto, y sin ánimo de resolver el problema, cuestión que requerirá no sólo nuevos hallazgos sino nuevas aproximaciones al tema de los contactos entre los distintos territorios circunmediterráneos durante el segundo milenio a.C., no podemos perder de vista que esas mismas regiones (Italia peninsular, Cerdeña, Sicilia, el Egeo y el Levante) habían estado interconectadas durante ese periodo y que habían desarrollado modos de relación y contacto acaso no muy diferentes

que los que podemos observar durante el primer milenio, aunque eso es algo que requeriría más estudio.

En este contexto, en el que podemos suponer (o sugerir) una cierta continuidad entre los mecanismos de tipo comercial existentes en las relaciones entre los griegos micénicos y el Levante mediterráneo y entre aquéllos y las tierras del Occidente y los que a partir de inicios del primer milenio desarrollarán los fenicios (herederos y sucesores de los cananeos del segundo milenio), seguidos poco después por los griegos, el elemento de ruptura viene marcado, sobre todo, por la aparición de establecimientos de tipo urbano y de carácter hegemónico a los que solemos llamar «colonias». El gran error metodológico, derivado del empleo de un mismo término, ha sido considerar como fenómenos relacionados el de la frecuentación comercial no hegemónica (llamada «precolonización») con el establecimiento de fundaciones urbanas (o «colonización») como si ambas fueran parte de un mismo proceso. Es cierto, como apuntaba antes, que nuestros informadores, en especial los historiadores griegos, no elaboraron una teoría propia sobre los fenómenos «precoloniales» puesto que estaban mediatizados por el papel no ya relevante sino imprescindible que otorgaban a las estructuras políticas de corte urbano, lo que les hacía prestar una atención escasa o nula a los aspectos de su propia historia anteriores a la *polis*; ello determina que su aproximación a la diáspora griega se realice desde esta misma visión y que, como vimos, el único elemento de interés sea el relativo a la «fundación» de las colonias, con datos sobre su época y su fundador

Como espero haber mostrado en estas páginas, y aun cuando es posible que los propios actores históricos no hubieran elaborado una teoría al respecto mediatizados como estaban por el aspecto urbano de su civilización tenemos las suficientes informaciones «enquistadas» en los relatos conservados que nos permiten percibir cómo antes de que estos procesos urbanos se desarrollasen los griegos, y también los fenicios, habían ejercido una actividad de carácter sobre todo comercial en distintas áreas del Mediterráneo, y en especial en Sicilia. El hecho de que la isla se convirtiera, con el tiempo, en uno de los núcleos más importantes de las dos civilizaciones hizo que la percepción de un pasado previo a la aparición de las ciudades quedase olvidado o, como mucho, relegado a algunas informaciones vagas y escuetas; del mismo modo, los restos materiales, susceptibles de interpretaciones variadas tampoco presentan siempre un panorama clarificador. A pesar de ello, la lectura conjunta de ambos tipos de información permite rescatar una fase histórica aún no valorable de forma completa en todos sus extremos pero que nos permite ver en marcha unos modos de relación que continuaron existiendo aún después de la aparición de las ciudades y que, además, se practicaron también en otros

territorios en los que nunca surgirían fundaciones coloniales ni griegas ni fenicias.

ABSTRACT

Pre-colonization is a concept used sometimes in an abusive way in recent times. Although some authors have suggested new ways of naming the phenomenon, they have not won wide consensus. Thus, in the first part of this paper I suggest a new way of understanding the usual terms of «colonization» and «colony», restricted mainly to the foundation of centres with urban features; consequently, and in spite of its inaccuracy «pre-colonization» and «pre-colonial contacts» would be applied to all those contacts which did not develop those urban features. The main issue in this part of the paper is the question of the existence or not of hegemony of the newcomers over the previous inhabitants of those territories.

The island of Sicily can be an excellent area for the study of those pre-colonial contacts because we have both literary and archaeological evidence. Consequently, I study several cases known through the literary sources in which the existence of pre-colonial contacts by the Greeks can be suggested and I allude also to the problem of more than possible Phoenician precolonial contacts. The cases analyzed are Naxos, Zancle and Gela; I review both the data provided by the literary sources and the archaeological evidence. The results are not unquestionable but they let to suggest the probabil-

ity of the existence of pre-colonial contacts before the foundation of those three Greek cities.

To check the existence of those contacts I deal also with the case of the necropolis of Villasmundo where several Greek vases dated to before the foundation of any Greek city in the island were found within native tombs. This case may show how the Greeks frequented the eastern coasts of Sicily before the beginning of the settlement of cities, in a period in which Greek presence is clearly attested also in other parts of the Central Mediterranean (Sardinia, Etrury and the Tyrrhenian coasts of the Italian peninsula); the metal deposit of Mendolito is also considered in this context because there are several items dated also before the foundation of Greek cities in Sicily, although its end phase is too late as to discard the presence of any objects coming from already founded Greek cities.

The main conclusion of this paper is to stress the long duration of the contacts between the Eastern and the Central Mediterranean before the settlement of cities in Sicily and how this last phenomenon, although not a necessary outcome of the previous frequentations was also made easy by several generations of prospectors who sailed from Greece and Phoenicia. Certainly, the economic development provoked by those navigations in both territories acted also as a reason to develop colonization and the acquired knowledge of new territories gained through those long years of contacts determined the ways in which Phoenicians and Greeks colonized Sicily.

DINAMICHE DELLA PRECOLONIZZAZIONE IN SARDEGNA

Paolo Bernardini*

1. IL «CASO» SANT'IMBENIA

Il sicuro approdo di Porto Conte, sito sulla costa nord-occidentale sarda, è stato da sempre l'ingresso privilegiato per la fertile regione della Nurra, terra dalle grandi potenzialità agricole ma anche ricca di importanti risorse minerarie, dal piombo all'argento e al ferro; nella baia, la località di Sant'Imbenia, oggi in territorio di Alghero, conserva i documenti ormai ben noti di una comunità indigena di cultura nuragica che interagisce vivacemente con i Fenici a partire dalla seconda metà avanzata del IX secolo a.C. (Bafico 1986; Bafico 1991; Bafico, D'Oriano, Lo Schiavo 1995; Bafico, Oggiano, Ridgway, Garbini 1997; Bafico 1998; D'Oriano 2000a; in Oggiano 2000: 235-258, la presentazione di dettaglio delle anfore di produzione locale e della ceramica fenicia; in Ridgway 1996: 119-120; Ridgway 1998b: 316-320, le importazioni greche).

La presenza a Sant'Imbenia di ceramica in *red slip*, di anfore di tradizione levantina e di importazioni greche in associazione con la cultura materiale indigena è sovente valutata e interpretata come elemento conclusivo di una lunga serie di contatti di tipo precoloniale, sostanzialmente slegata da una componente fenicia e invece riferita a quei rapporti di relazione che, fin dalle fasi mature dell'età del Bronzo, genti di cultura egeo-micenea e vicino-orientale intessono con le comunità nuragiche della Sardegna (Bartoloni 1995; Moscati, Bartoloni, Bondi 1997: 10-19; Bernardini 2000a: 21-25; Oggiano 2000: 235, nota 1; 247-249, pure sulle premesse di un rifiuto dell'uso del termine «precolonizzazione» per il contesto algherese).

Un approccio siffatto, pur mantenendo una sua validità generale, necessita tuttavia di alcune indispensabili puntualizzazioni, a iniziare dalla constatazione che le regioni settentrionali dell'isola, certamente toccate da episodi molto antichi di contatti con genti egee e levantine, conoscono assai tardivamente il fenomeno dell'urbanesimo coloniale: la discriminante è la fondazione cartaginese di Olbia nel IV sec.a.C. (Bartoloni 1996; Moscati, Bartoloni, Bondi 1997: 79-80), ma bisogna ricordare che, ancora agli inizi dello stesso secolo, la regione nord-orientale

conserva caratteristiche di estrema fluidità strutturale e organizzativa, tali da consentire l'esperimento coloniale etrusco-italico di Feronia (Torelli 1981; D'Oriano 1985) così come, tra l'VIII e il VII secolo, anomala e non strutturata si presenta la frequentazione fenicia che si raccoglie intorno al santuario-emporio olbiese di Melqart, talmente poco radicata da essere sostituita, tra il VII e il VI secolo, da una prevalente gestione greca degli stessi spazi emporici (D'Oriano 2000b; D'Oriano, Oggiano 2005; D'Oriano 2005, con la valorizzazione della prevalenza della fisionomia greca tra il terzo quarto del VII e la fine del VI sec. a.C. insieme alla ripresa della problematica sui *Serdaioi* sui quali il quadro analogo, su altre premesse, di Pugliese Carratelli 2004).

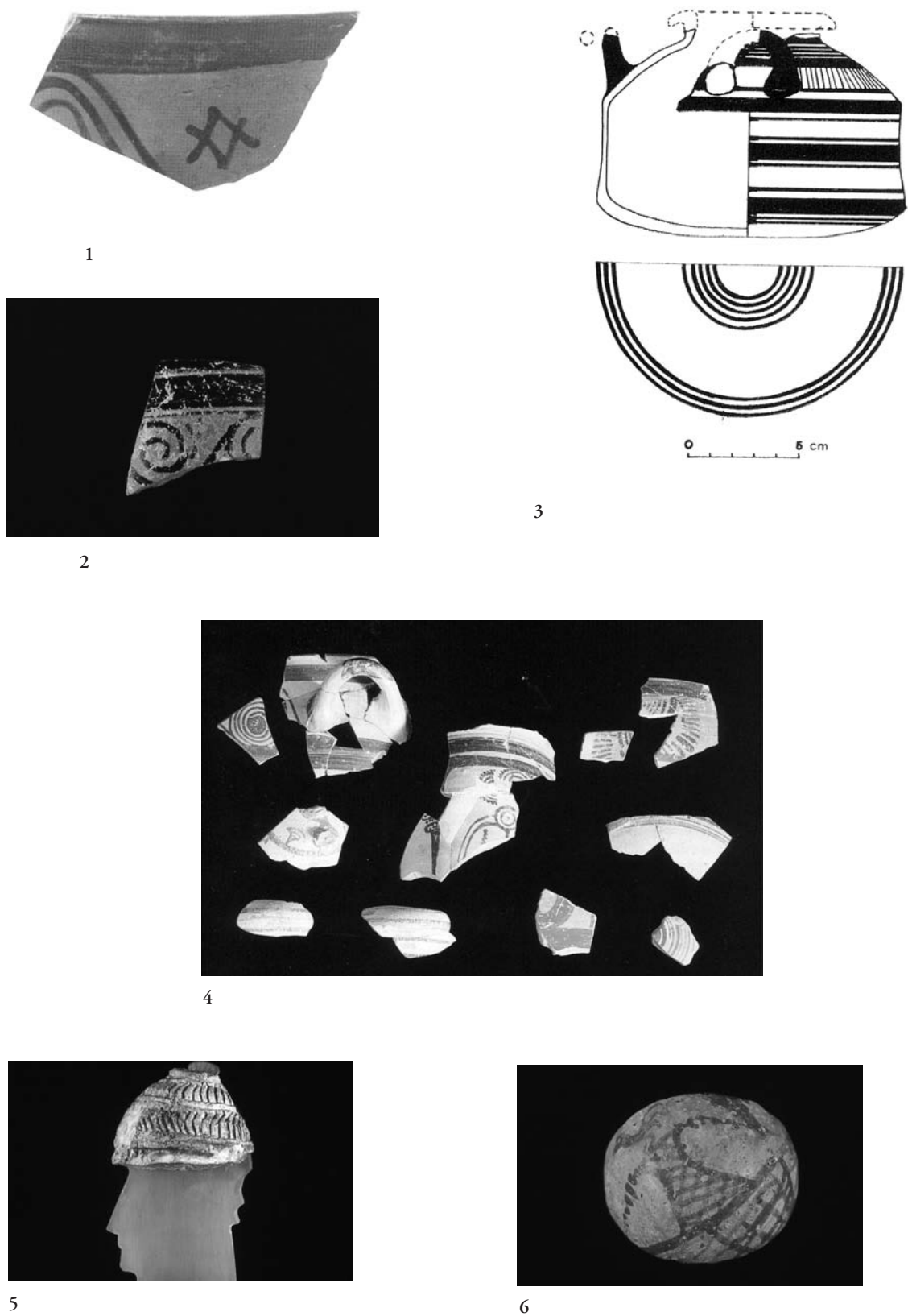
Le articolate dinamiche di interrelazione intrattenute dalle popolazioni indigene di questa porzione dell'isola dall'età del Bronzo tardo e finale all'avvio della organizzazione territoriale in età punica sono qualcosa di diverso dalla *precolonizzazione* e dalla *colonizzazione*, intese sia come divenire storico da una fase all'altra, sia come modelli di comportamento, talora contrastivi e diacronici, talaltra complementari e sincronici (Bernardini 2000a: 13-33; Bernardini 2000b).

Una seconda constatazione è che, pure sulle premesse di una lunga frequentazione vicino-orientale della regione della Nurra, diventa difficile negare una fisionomia fenicia ai naviganti che interagiscono con il villaggio di Sant'Imbenia, del tutto compatibile sia con la dimensione temporale che con i dati di cultura materiale del contesto.

Il primo elemento in discussione è la straordinaria produzione locale di anfore da trasporto, legate alla conservazione e movimentazione del vino, documentate da una serie abbondante di orli e pareti che integrano i due esemplari, privi dell'imboccatura, utilizzati come *ripostiglio* di panche di rame nei livelli d'uso della c.d. *capanna dei ripostigli* (tav. 1) (Oggiano 2000: 238-242; 252, 3:1; 253, 4; 254, 5; 240 e nota 13 con la presentazione dei manufatti nel quadro della problematica cruciale dell'origine delle anfore «orientali» a spalla arrotondata sulla quale anche Ramon 2000: 285-286).

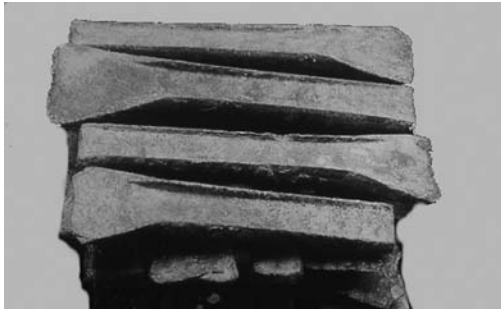
Il richiamo alla tradizione «cananea» evocata per questi contenitori e la postulata ispirazione della produzione di Sant'Imbenia da modelli provenienti dalla Palestina, anche sottolineata da una forma particolare di *cooking pot* (tav. 2), non giustifica né uno scenario di contatti con l'Oriente dal quale i Fenici siano *fuori gioco* (Oggiano 2000: 240; 245; 257, 8: 2; la pentola riporta, a giudizio della studiosa, a orizzonti del Ferro II della Palestina

* Direttore Archeologo della Soprintendenza per i Beni Archeologici delle Provincie di Cagliari e Oristano (Museo Archeologico Nazionale, piazza Arsenale, Cittadella dei Musei, Cagliari; tel. 39.070.60518239; e-mail: bernardini.pao@tiscali.it)



Tav. 1

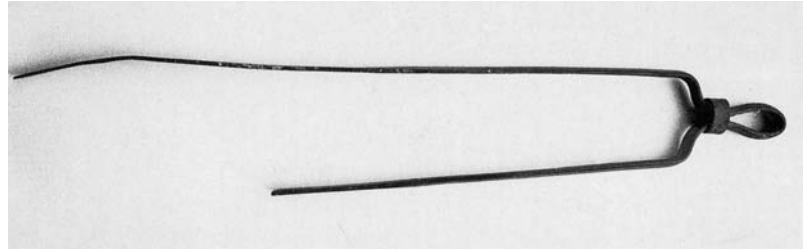
Costa di Orosei (Nu): frammento di cratere di fabbricazione argolica (MicIIIb); 2. Tharros (Cabras-Or): frammento di coppa con motivo a girali e iris (MicIIIa); 3. Nuraghe Arrubiu (Orroli-Nu): alabastron a spalla angolare (MicIIIa); 4. Nuraghe Antigori (Sarroch-Ca): frammenti di ceramiche dipinte (MicIIIb-IIIc); 5. Insediamento nuragico di Mitza Purdia (Decimoputzu-Ca): applique in avorio raffigurante un elmo decorato a zanne di cinghiale (MicIIIb); 6. Tharros (Cabras-Or): frammento di brocca globulare (CG I-II).



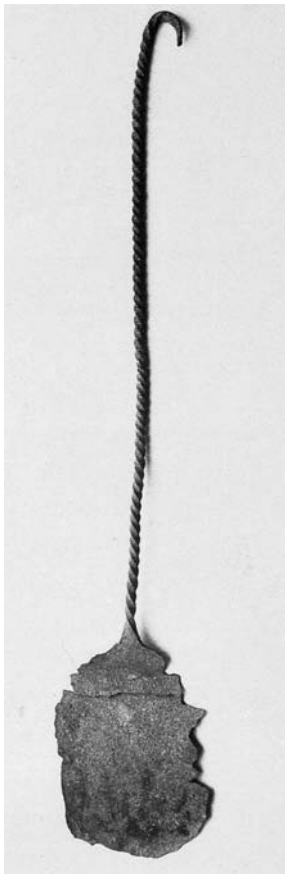
1



2



3



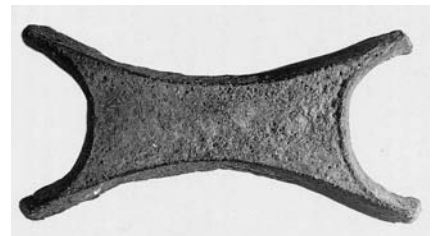
4



5



6



Tav. 2

Sa Mandra 'e Sa Giua (Ossi-SS): ripostiglio di asce in bronzo; 2.Nuchis (SS): martello in bronzo; 3-4.Oristano (Collezione privata): molla da fuoco e paletta da fonditore in bronzo; 5.Badde Ulumu (SS): ripostiglio con vaso e molla da fuoco in bronzo; 6-7. Nuraghe di Serra Ilixi (Nuragis-Nu): lingotti di rame di tipo egeo-cipriota.

settentrionale; un frammento di vaso analogo è segnalato [viva voce Piero Bartoloni, ma *non vidi*] dall'insediamento fenicio di Sulky, la cui cronologia iniziale è compresa tra il 780 e il 750 a.C.).

Nel corso del IX secolo, infatti, le aree di grande potenzialità agricola della Palestina fanno parte integrante del circuito economico fenicio, anche attraverso forme «politiche» di insediamento e di controllo, e non è sorprendente ritrovare in Occidente elementi che riportino a questa realtà (a iniziare dalla forte penetrazione tiria nelle terre fertili della Palestina tra il 1050 e il 1000 a.C. cui fa seguito l'episodio della cessione delle venti città di Galilea a Hiram e la fortissima presenza fenicia nel IX secolo, sotto il regno di Ahab, nella bassa Galilea e nella piana di Acco: Aubet 2000: 81-82; 86-89; Markoe 2000: 29-39); mentre la *red slip* (tav. 2) associata alle anfore di Sant'Imbenia appartiene alle tipologie indiscutibilmente attestate nella madrepatria fenicia e nella più antica espansione occidentale (Oggiano 2000: 238-239; 252, 3: 3-4: coppa a profilo curvilineo e tazza carenata; per i materiali rinvenuti nell'area della «piazzetta», Oggiano 2000: 243-244; 255, 6: 3-7: coppa in *phoenician o samarian ware*, piatto, brocca lobata, coppa con orlo orizzontale, *oil bottle*).

Non diverso è il quadro delle importazioni greche, dallo *skyphos* a semicerchi penduli alle coppe à *chèvrons* e *one bird* (tav. 3), la cui connessione fenicia, orientale e occidentale, è solida (Oggiano 2000: 243; 255, 6: 1-2; Ridgway 1998b: 319-320, con attribuzione dello *skyphos* a semicerchi penduli a un contesto «precoloniale» e alla tipologia 5 di Kearsley 1969: 98, 39; 99-101; per gli *skyphoi* e i piatti con il motivo dei semicerchi penduli rinvenuti a Huelva e il raccordo con il commercio fenicio Gonzalez de Canales Cerisola, Serrano Pichardo, Llompart Gomez 2004: 86-91; 200-205).

Parlare di Fenici a Sant'Imbenia non significa certamente escludere la presenza di elementi di etnia e cultura diversa nella baia di Alghero, fenomeno per altro del tutto verosimile nel contesto delle dinamiche della prima espansione fenicia verso ovest; ma sembra davvero eccessivo e fuorviante negare il dato strutturale e fondante dell'*imprinting* fenicio, che si impone in modo rapidissimo, nel giro di pochi decenni, sulla totalità della cultura materiale del sito di Sant'Imbenia (Oggiano 2000: 245-247).

La produzione anforaria della Nurra è un dato di straordinaria rilevanza per cogliere alcune tendenze della dinamica sociale e ideologica che si concreta nella baia di Porto Conte intorno alla fine del IX secolo a.C.

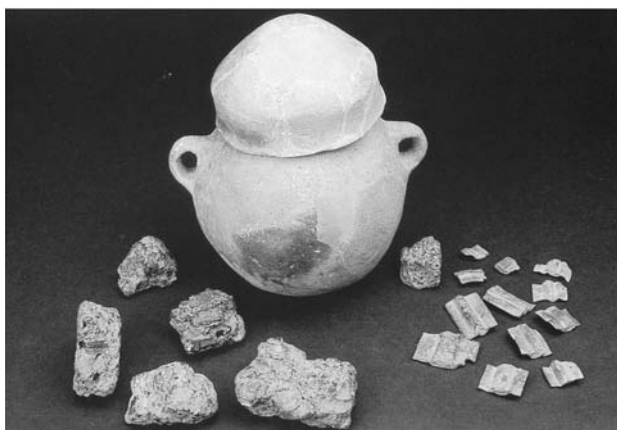
I manufatti, ancora entro questo periodo cronologico, presentano un fortissimo elemento di sperimentazione e fluidità artigianali, tale da sconsigliare l'uso del concetto di *fabbrica* organizzata nella loro produzione;

esistono almeno due «serie» parallele di oggetti, dipendenti l'una dalla tradizione indigena della lavorazione manuale, l'altra da quella innovatrice e evidentemente di introduzione recentissima, del tornio; l'ultima tecnica continua ad abbinare comunque una formula mista, con il corpo del vaso tornito e l'applicazione del collo e dell'orlo modellati a mano; in quest'ultima serie fa la sua apparizione la pittura rossa (Oggiano 2000: 238-242; 238, nota 6 e 239, nota 11 per le schede «tecniche» dei manufatti; 241, nota 14 con la presentazione degli impasti riscontrati nella produzione anforaria; Oggiano 2000: 239-240, discute, senza prendere posizione, la possibilità che i due manufatti della capanna dei ripostigli siano contemporanei; una eventualità che, stante i «guasti» in cottura subiti da entrambi i recipienti, sembra assai prossima a una certezza; anche le vicissitudini subite dalla capanna sono del tutto plausibili con una collocazione originaria dei due manufatti sotto il piano contrassegnato dalla presenza dello *skyphos* a semicerchi penduli e la ricollocazione di uno di essi, quello tornito, in una successiva fase d'uso dell'ambiente).

La produzione anforaria di Sant'Imbenia discende da un'organizzazione interna del gruppo indigeno che operando su influssi allogegni e all'interno di una embrionale ristrutturazione in senso *protoindustriale* delle proprie risorse artigianali da vita a una realizzazione del tutto originale, finalizzata a un'attività economica innovativa.

La molla economica del mutamento è legata alla coltivazione della vite e alla produzione vinaria, di cui le anfore di Sant'Imbenia sono i contenitori, e insieme alla consapevolezza di voler operare per il commercio di questa risorsa verso l'esterno; il vino della Nurra, contenuto nelle anfore della baia algherese, circola in abbondanza, per oltre un secolo, nella giovane Cartagine (Oggiano 2000: 242-242, con il drastico ridimensionamento della pertinenza centro-italica del tipo anforario definito appunto ZitA da Docter 1997a e che ingloba in realtà numerosi contenitori prodotti a Sant'Imbenia, molti dei quali caratterizzati dalla peculiare decorazione «a cerchielli» di tradizione nuragica; sull'argomento anche Ramon 2000: 285) e nell'Andalusia «fenicia», a Toscanos, Dona Blanca, Cadice e Huelva (Oggiano 2000: 242, note 20 e 21; un frammento è stato individuato anche a Huelva: Gonzalez de Canales Cerisola, Serrano Pichardo, Llompart Gomez 2004: 105; l'associazione tra anfore vinarie di Sant'Imbenia e brocche askoidi nuragiche, così come a Huelva, distingue anche i livelli di prima metà dell'VIII sec.a.C., di recente scoperta, a cadice presentati da Diego Ruiz Mata in occasione del III Simposio di Archeologia di Mérida nei giorni 5-8 maggio 2003).

Si tratta di una vera e propria rivoluzione che, incentrata originariamente dal *know how* fenicio, va letta nei termini di una riorganizzazione interna della comunità



1



2



3

Tav. 3

Nuraghe Albucciu (Arzachena-SS): ripostiglio con lingotti di rame e lame di spada in bronzo frammentari; 2. Nuraghe Flumenlongu (Alghero-SS): ripostiglio con asce e panelle in bronzo; 3. Monte Rujù (Ittireddu-SS)-Ruinas (Irgoli-Nu): matrici in steatite per pugnale, daghe e paletta da fuoco.

indigena la quale assume, insieme alla innovazione «industriale», le adeguate coperture ideologiche legate al vino e al suo consumo, che coprono i fasti orientali dell'ozio del monarca, le formule epiche del vino omerico e la celebrazione, con connotati eroici e divini, del *marzeah* (Bernardini 2004: 131-141; va in ogni caso detto chiaramente che le suggestioni esercitate sulle nascenti «aristocrazie» mediterranee dagli apparati collegati al consumo del vino non implicano la replicazione diretta e automatica in Occidente di modelli, quali appunto il *marzeah*, ma anche il simposio greco, che restano appannaggio esclusivo di ben localizzate situazioni socio-culturali; per tali modelli vicino-orientali, si veda, in generale, Xella 1997; Grotanelli 1991; Husser 1997; Alavoine 2000; Zamora 2000 e, per i quadri cronologici di IX e VIII secolo, da Samaria a Assur, Gubel 1989; Ferris Beach 1993; Alavoine 2000: 16-19).

In questa direzione orientano le raffinate coppe da vino fenicie, i tripodi legati alla ricetta assira del vino speziato (Botto 2000b; Botto 2004b) le coppe greche a semicerchi, à *chèvrons* e con decorazione a uccelli e, in successione di tempo, la circolazione di vasellame da mensa protocorinzio e di quella caratteristica produzione di imitazione greca che distingue i centri fenici di nuova fondazione, dall'Iberia a Cartagine ((Rendeli 2005; Dominguez Monedero 2003; Cabrera 2003).

In termini di presenza umana, fisica, i profondi rivolgimenti socio-economici che mutano la comunità indigena del villaggio di Sant'Imbenia, distribuito intorno a un «castello» nuragico secondo il modello degli isolati «a corte» (Bafico 1998; Contu 1981: 81-115; Fadda 1990) possono facilmente attribuirsi alla presenza di un nucleo minimo di etnia levantina che innesci un protagonismo del tutto interno e locale; le percentuali di materiale allogeno, distribuito per tutta l'area dell'abitato, non indicano infatti quantità di attestazione di particolare rilevanza.

Il salto organizzativo e la sollecitazione di ideologie legate alla nuova fisionomia produttiva operano a *tutto campo* sulla comunità indigena della baia di Alghero, polverizzando tradizioni consolidate; per quanto i dati osservabili derivino in modo assai limitato soltanto dalla fisionomia complessiva della ceramica indigena, per la quale manca inoltre uno studio dettagliato e una sistemazione *in fase* con le importazioni fenicie e greche, si impone la considerazione di una generale rivoluzione culturale di cui l'industria del vino della Nurra è soltanto un aspetto.

La presentazione della cultura materiale indigena di Sant'Imbenia rimane, per ora, affidata all'esposizione oristanese Phoinikes BSHRDN (1997) e alle relative schede di catalogo poi riproposte nella successiva esposizione Argyrophleps nesos (2000); a parte la conferma cronologica della circolazione tra la seconda metà del IX

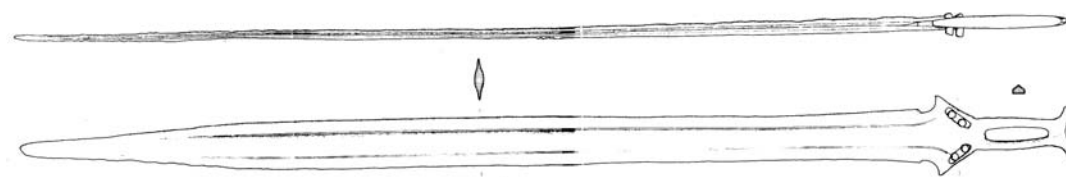
e la prima metà dell'VIII sec.a.C., garantita dalle associazioni con le importazioni, di forme quali la pentola con ansa a gomito espansa, il c.d. bollilatte, o il contenitore ollare con orlo a colletto rialzato, che ribadiscono in sede indigena quanto indicavano i dati del *tofet* sulcitano da un lato (Bernardini 2005c: 1060-1061) e i ritrovamenti recenti di Huelva dall'altro (Phoinikes BSHRDN 1997: 229, n.12; 230, n.13; Gonzalez de Canales Cerisola, Serrano Pichardo, Llompart Gomez 2004, p.104), va notato un forte processo di contaminazione e di aggiornamento in atto, testimoniati, ad esempio, dalla coppa indigena che assume un insolito piede a tromba e viene prodotta con l'uso del tornio (Phoinikes BSHRDN 1997: 230, n.14) o dalla comparsa di brocche con versatoio conformato a protome taurina e rivestite da pittura rossa, certo a imitazione di vasellame di pregio importato (Phoinikes BSHRDN 1997: 231, n.19).

Il *rinascimento*, come spesso succede, non nasce dal nulla o, meglio, non deriva in modo univoco da una sovrastimata *lux phoenicia ex Oriente*; si verifica, viceversa, in un comparto territoriale, la Nurra, ma anche i distretti regionali limitrofi, in cui la società indigena si è da tempo stabilizzata nella produzione metallurgica, nel quadro di un rapporto vitale con la tecnologia egea e vicino-orientale e in un contesto di rapporti «internazionali» che correlano le frontiere del Bronzo atlantico, l'Etruria mineraria e i mercati siriani e ciprioti (in Lo Schiavo, D'Oriano 1990: 100-133; Lo Schiavo 1990a, la valorizzazione del materiale di fattura o ispirazione «atlantica».)

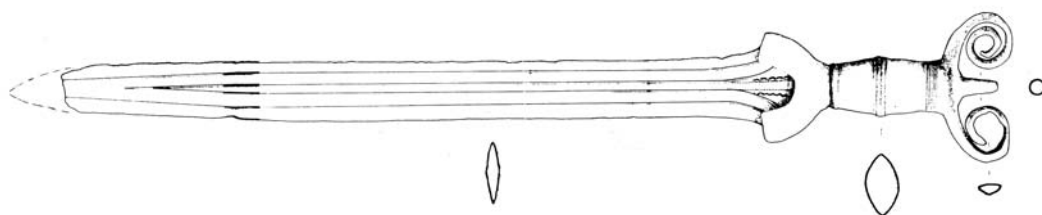
Sono testimonianze fondamentali, per il settore geografico qui in discussione, le spade di tipo pistilliforme e di tipo Huelva, (tav. 4.1) le asce piatte con tallone ristretto o quelle con due occhielli, circolanti in un periodo inquadrabile tra il XII e l'VIII sec.a.C., ma anche la penetrazione nella stessa area di manufatti di area «tirrenica», quali la spada ad antenne di Ploaghe (tav. 4.2-3), i rasoi a «bitagliente» della Nurra e di Torralba, tipo Marino, o quello lunato di Vetulonia, forse da Laerru (tav. 4.6), vari tipi di asce e fibule che hanno un corrispettivo nel materiale sardo confluito nella penisola, anche con effetto di trascinarsi di tipi atlantici (Etruria e Sardegna 2002).

In questo quadro di scambio Sardegna-Occidente rientra la collana d'ambra del Nuraghe Attentu di Ploaghe (tav. 8.2) di probabile provenienza centro-europea (Lo Schiavo 1990a: 252, n.242; Fois 2000: 118-119) e certamente la trasmissione a Cipro dello spiedo articolato tipo Alvaicere illustrato in Lo Schiavo (1989) che ripercorre in senso inverso la ormai consueta e acclimatata rotta che muove dal Vicino Oriente verso il lontano Occidente (Lo Schiavo 1983; Jones, Vagnetti 1991; Vagnetti 1996; Lo Schiavo 2003a).

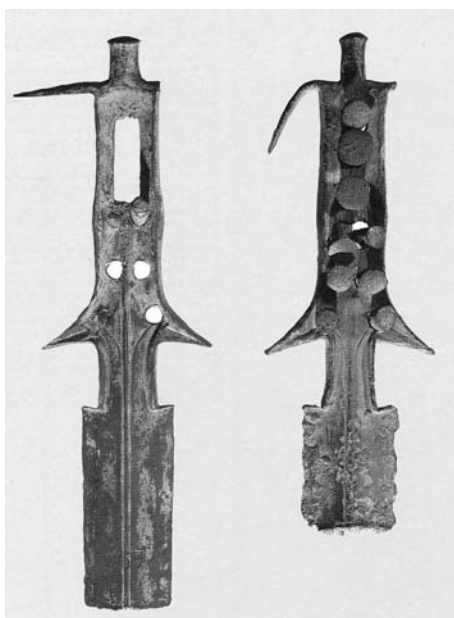
La circolazione di strumenti da fonditore di tradizione (tav. 2.3) cipriota e di rame cipriota confezionato



1



2



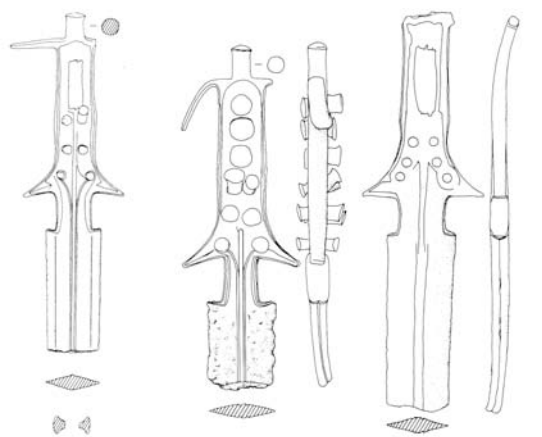
4



3



6



5

Tav. 4

Territorio di Siniscola (SS): spada tipo Huelva; 2-3. Ploaghe (SS): spada ad «antenne»; 4-5. Monte Sa Idda (Decimoputzu-Ca): spade con impugnatura fenestrata; 6. Bonnannaro (SS): ascia ad «alette» tipo Elba; Laerru (SS): rasoio lunato tipo Vetulonia.

nella forma *oxhide* entro la ricca e articolata produzione locale, ben nutrita di suggestioni e relazioni orientali e atlantiche, segna coerentemente un orizzonte di grande rigoglio metallurgico che attraversa la Sardegna centro-settentrionale (Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985; Bernardini 1991; Bernardini 1993a) e si abbina all'introduzione precoce della bronzistica figurata orientale (tav. 6), proprio a partire dalla Nurra, con il dio con *lebbadè* del nuraghe Flumenelongu e le figurine che circolano nei territori di Bonorva e Olmedo (Gras, Tore 1980; Tore 1983; Lo Schiavo, Macnamara Vagnetti 1985: 51-56; Bernardini 1991: 29-30); nella stessa Sant'Imbenia la produzione metallurgica è in fase di notevole sviluppo, come documentano i ripostigli di panelle di rame e un frammento di *tuyère* (Phonikes BSHRDN 1997: 231, n.18):

Fulvia Lo Schiavo (2000a) ha raccolto e analizzato i principali complessi e giacimenti, che restituiscono importanti concentrazioni di bronzi, individuati in questo settore territoriale: sono il nuraghe Santu Antine di Torralba, il nuraghe Albucciu di Arzachena, il nuraghe Su Cobelciu di Chiaramonti, il ripostiglio di S'Adde 'e Su Ulu di Usini, il ripostiglio di Badde Ulu di Sassari, il nuraghe e villaggio di Sa Mandra 'e Sa Giua di Ossi, il nuraghe Flumenelongu di Alghero, il ripostiglio di Chilivani di Ozieri da integrare con il quadro delle offerte e le *favissae* nei santuari (Lo Schiavo 1989-1990), (tav. 2.1); (tav. 3.1-2).

Siamo di fronte a gruppi locali socialmente evoluti e in fase avanzata di gerarchizzazione, distribuiti in distretti regionali di tipo «cantonale», ancora dipendenti dalla rete di controllo del «popolamento a nuraghe» (Santoni 2003; Bernardini 2005a: 9-15) e in possesso di un razionale controllo delle risorse territoriali.

Si tratta di un contesto socio-economico sul quale ancora sappiamo pochissimo ma la cui vitalità e «aggressività» organizzativa dovette incidere potentemente sui modi di relazione con i *partners* levantini e poi fenici; qui, come si è detto, una attività di interscambio e di interrelazione «precoloniali» non approderà alla definizione di un urbanesimo fenicio.

Su queste premesse e tornando al «caso» di Sant'Imbenia, la rivoluzione del vino riprende anch'essa esperienze precedenti, legate a una consuetudine locale di consumazione della bevanda che trova nel tipo della brocca askoide il suo contenitore specifico (per la tipologia Campus, Leonelli 2000a: 394-418; 676-679; Campus, Leonelli 2000b).

Al vino indigeno si lega, certamente fin dalle origini rintracciabili nella tarda età del Bronzo (Delpino 1997, per l'Italia centrale) una precisa ideologia di riferimento e un collegamento con modelli alimentari e enologici che appartengono a gruppi di *élite*; non a caso, il vino nuragico e le sue brocche segnano i contatti con le aristocrazie tirreniche (Delpino 2002; Cygielman, Pagnini 2002; Maggiani 2002a; Bernardini 2002), segno di un circuito di scambio «preindustriale», se è lecito questo termine, che si muove nell'ambito del dono personale legato al prestigio, allo stato sociale, alla comunanza parentelare e di ruolo.

La rivoluzione trasforma, incorporandola, questa tradizione: brocche askoidi e anfore «tipo» Sant'Imbenia viaggiano sulle navi dei mercanti fenici che approdano a Huelva intorno all'800 a.C.; brocche askoidi arrivano, certamente con le stesse anfore, a Cartagine e sono introdotte dai Fenici a Creta, a Mozia, a Cadice (Mastino, Spanu, Zucca 2005: 89-93)¹.

Riprendendo una terminologia di ambito mediterraneo più generale, i tempi «fenici» e «greco» del vino si sposano e si combinano con la tradizione *temetum* del vino; un aspetto limitato ma illuminante di una rinnovata temperie culturale delle popolazioni mediterranee e atlantiche che trova in Sant'Imbenia una esemplificazione di grande spessore storico (Torelli 2000: 92-95, con la valorizzazione di una cultura indigena del vino in area etrusco-laziale, precedente le suggestioni culturali greche e legata a un «preistorico» nome del vino, *temetum*, testimoniato da un lemma di Festo; a tale cultura si riportano caratteristici vasi da vino come le anforette a doppia spirale, che vengono incorporate nel nuovo tessuto culturale del bere etrusco e greco; in maniera non dissimile, la circolazione a Sant'Imbenia di coppe greche e fenicie e di brocche askoidi indigene in rapporto alla produzione di anfore di tipo orientale adibite al trasporto del vino e insieme il ricorrere, negli empori esterni all'isola, come Huelva, Cartagine e Cadice, delle stesse associazioni in rapporto con ceramiche fenicie e greche connesse alla consumazione del vino, indica un processo in atto di inserimento della antica tradizione nuragica del bere vino in un circuito, ideologico e insieme mercantile, teso alla valorizzazione del vino sulla spinta dei nuovi modelli culturali di ambito vicino-orientale e ellenico).

Va rilevata, infine, la circolazione a Sant'Imbenia della scrittura, attestata su frammenti di un'anfora e una coppa fenicie, ma la cui suggestione dovette contribuire non

¹ E' però opportuno esprimere alcune riserve sulla cronologia proposta per i ritrovamenti di Huelva, che presentano brocche askoidi sarde in fase con ceramica fenicia e importazioni greche attiche e euboiche del MGII [Gonzalez de Canales Cerisola, Serrano Pichardo, Llompart Gomez 2004: 100-103; 206-207]; infatti, la presenza di anfore tipo 12 di Tiro che consentirebbe agli autori una datazione di avvio del giacimento al 900 a.C. circa non sembra conclusiva in considerazione del fatto che esse risultano ancora attestate, anche se con tendenza decrescente, nei livelli tra il VI e il IV di Tiro, con ulteriori sopravvivenze minoritarie nel III: Bikai 1978a: 45, table 10b).

poco alla definizione dei nuovi atteggiamenti culturali e dell'adesione a nuovi modelli produttivi; «parlante» in questo senso è la presenza di un sigillo locale che utilizza formule di pseudoscrittura per imprimere un segno di proprietà o una qualifica di produzione o di bottega (Bafico, Oggiano, Ridgway, Garbini 1997: 52-53: la proposta di ricostruire sulla coppa il nome *Abi'ezer* orienterebbe verso un *milieu* filisteo o, meglio, confermerebbe quella componente palestinese già rilevata a Sant'Imbenia sia in rapporto alla trasmissione della forma originaria delle anfore che all'attestazione di una particolare forma di *cooking pot*).

I *Phoinikes* di Sant'Imbenia agiscono in un contesto storico e cronologico, la fine del IX e gli inizi dell'VIII sec.a.C., in cui in altri settori dell'Occidente e forse nella stessa Sardegna, l'esperienza urbana coloniale muove i primi passi; il controverso dibattito sulla cronologia delle origini della *colonizzazione* fenicia dovrà, evidentemente e in modo più corretto, spostarsi sulla problematica delle prime fasi del rapporto, variegato e multiforme, tra Fenici e popolazioni mediterranee e atlantiche, salvando da un lato le connessioni con il secolare itinerario da Oriente a Occidente, dall'altro il divenire graduale, nella psicologia e nel riconoscimento delle genti occidentali, di una specificità fenicia².

2. «QUESTIONI PRECOLONIALI»

L'ambigua etichetta «precoloniale» applicata sovente al caso di Sant'Imbenia introduce opportunamente una riflessione sulla precolonizzazione in senso generale, nella sua accezione sia semantica che concettuale, e sulla legittimità e i modi del suo impiego nella critica storico-archeologica³.

Nella tradizione degli studi il termine viene impiegato a indicare un periodo di tempo notevolmente lungo, comprensivo delle fasi mature e conclusive dell'età del Bronzo e gli inizi della successiva età del Ferro nell'area mediterranea e atlantica; nel corso dell'età precoloniale, tra la fine del XV e il IX sec.a.C., naviganti provenienti dall'Egeo e dal Vicino Oriente intrattengono rapporti intensi e prolungati con le frontiere occidentali e, tra queste, con l'isola di Sardegna.

In questo senso, il termine «precolonizzazione» descrive un fenomeno storico distinto e ben caratterizzato nelle sue componenti; le sue caratteristiche strutturali sono infatti del tutto differenti da quelle che appaiono nella fase successiva, quella della *colonizzazione*, che vede nascere in Occidente insediamenti complessi di tipo urbano, che si tratti di fondazioni coloniali o di centri destinati prevalentemente a interrelazioni di tipo mercantile, gli empori (Aubert 1994).

La morfologia degli insediamenti «precoloniali» indica in questo senso una fondamentale diversità nei modi dell'incontro con le popolazioni locali: restando alla situazione sarda, la presenza di rapporti con l'ambiente egocipriota e vicino-orientale si verifica in completa assenza di *enclaves* allogene organizzate in strutture caratterizzate dalla loro cultura e dalla loro tradizione; viceversa le relazioni, culturali e commerciali, con la connessa circolazione di oggetti e manufatti di importazione, avvengono esclusivamente entro i quadri organizzativi delle comunità autoctone.

Si tratta di una definizione che se a *prima* vista sembra dare una legittimazione ad una radicale biforcazione tra precolonizzazione e colonizzazione, porta con sé un giudizio di formazione e sviluppo nel tempo da

² La proposta di collocare entro il X sec.a.C. la formazione dei primi insediamenti fenici in Occidente avanzata da alcuni studiosi iberici sulla scorta di alcune problematiche analisi ¹⁴C (dopo i primi riassistentamenti cronologici in Aubert 1994: 317-323, si sostiene una fase di avvio variamente distribuita tra la seconda metà del X e il IX secolo: cfr. Castro Martinez, Lull, Micò 1996; Mederos Martin 1996b; Mederos Martin 1997a; Torres Ortiz 1998; affronta la tematica, con una posizione di equilibrata intermediazione tra «rialzisti» e «ribassisti» Botto 2005a; certamente, al di là dell'accesso dibattuto tra rialzisti e ribassisti sulla sequenza dei giacimenti vicino-orientali (Finkelstein 1996; Finkelstein 2001; Finkelstein, Silberman 2001; contra Ben Tor 2000; Mazar 1997); si appiungo la «pericolosa» contestazione della affidabilità della ceramica greca (ma si v. Fantalkin 2001; D'Agostino 2005a; Kourou 2005). Bisogna fare i conti con il progressivo rialzamento che ha subito lo *stratum* terzo di Tiro con un avvio che si collocherà più verosimilmente verso il 780-770 a.C. circa piuttosto che all'ultimo quarto del IX secolo, che pare posizione francamente esagerata (Bikai 1981: 23-35; Schreiber 2003a: 207-209; Torres Ortiz 1998: 54 con le varie proposte sulla stratigrafia tiria); la cronologia indicata salvaguarda la presenza nello strato III di ceramica greca MGII e potrà conciliarsi con la circolazione, tra Cartagine e Morro de Mezquitilla, di manufatti che hanno riscontro nello strato V e soprattutto IV di Tiro, con un rialzamento delle fasi iniziali della espansione allo scorcio del IX secolo, alla luce della data massima dell'800 a.C. segnalata dalle importazioni greche a Cartagine e soprattutto dalla scarsissima attestazione in questo centro di prodotti del subprotogeometrico euboico (fine ware 6 di Tiro, piatti tipo 9 di Tiro: Vegas 1998: 133; 145, 5,43; 5, 44-45; Maas Lindemann 1998: 540, 1.2; subgeometrico di Cartagine: Vegas 1998: 133; 136, n.1; 137, 1,1).

³ Nella vasta bibliografia esistente sulla problematica si indicano quei contributi nei quali, nell'ambito di una vasta tematica mediterranea e atlantica, viene posta particolare attenzione al *dossier* sardo precoloniale: Moscati 1980; Moscati 1983; Aubert 1986: 13-15; Botto 1986; Bondi 1987; Ferrarese Ceruti, Vagnetti, Lo Schiavo 1987; Mazza 1988; Bondi 1988a; Bisi 1988; Moscati 1989a: 41-52; Bartoloni 1990; Bondi 1991: 51-53; Lancel 1992: 13-47; Fantar 1993: 33-59; Bartoloni 1995; Niemeyer 1995; Mederos Martin 1996a: 96-115; Bartoloni 1998b; Torres Ortiz 2002: 79-82; ai lavori citati, caratterizzati da approcci diversificati che dall'accettazione piena di una fase precoloniale fenicia tra XII e IX sec.a.C. passano a un ridimensionamento cronologico del fenomeno, compreso tra il X e il IX sec.a.C., fino alla negazione stessa della sua esistenza, si aggiungono gli studi sui manufatti e la tematica «precoloniali» della Sardegna ripetutamente citati nel §1 di questo lavoro).

una fase di contatti precari, discontinui e disorganizzati –la fase precoloniale –a una fase di strategia commerciale e socio-politica che si concreta nell'esperienza coloniale dei Fenici.

Un approccio siffatto si rivela del tutto fuorviante se applicato alla situazione sarda: la presenza di gruppi egeo-orientali nell'isola si presenta ben attrezzata dal punto di vista dell'intensità e dell'organizzazione; il fenomeno implica forme di relazioni con le comunità locali che rispondono meglio alle caratteristiche di sistematicità, di organicità e di complessità; esse sono evidenti nell'articolazioni dei modi di interrelazione, dell'ideologia, della gerarchia della convivenza che si esprimono attraverso lo scambio di doni tra *élites*, il passaggio di informazioni tecniche e tecnologiche, le alleanze socio-politiche, attraverso formule matrimoniali e di assimilazione e riconoscimento di ruoli e *di status* (Bernardini 1991; Bernardini 1993; Bernardini 2000a: 13-18).

La presenza «precoloniale» entro le comunità autoctone di Sardegna non può interpretarsi come fase epidermica di contatti con scarsa o nulla incidenza nel tessuto tradizionale locale; essa assume viceversa la fisionomia di una concertazione e di un'esperienza condivisa di un processo storico che avrà molti esiti e sviluppi, *uno dei quali* sarà il divenire, nel settore centro-meridionale dell'isola, dell'urbanesimo coloniale ad opera dei Fenici.

In questo senso il concetto di *strategia* assume un valore importante: perché non possiamo negare che, nella lunghissima fase di contatti tra Oriente e Occidente, nel volgere dal Bronzo al Ferro, esista un approccio strategico e che da questo approccio nascano modelli di interrelazioni differenti: dalla coabitazione con gli autoctoni alla fondazione urbana di tipo coloniale o paracoloniale, all'organizzazione di un emporio o di un mercato, anch'esso variamente connotato.

Si tratta di varie articolazioni di tipo socio-economico le quali dovranno essere ricercate, di volta in volta, nel grado di sviluppo *politico* delle comunità locali, nei diversi livelli raggiunti nella gestione e nel possesso delle risorse e dei mezzi di produzione, nei diversi gradi di forza, organizzativa e di suggestione ideologica, espressi dai *partners* che muovono da Oriente.

Attraverso quest'ottica, viene a cadere definitivamente l'antico, ma mai sopito, schema ideologico dell' *ex Oriente lux*, che prefigura una crescita *civile* dell'Occidente dipendente in modo esclusivo dalle progredite culture urbane del Vicino Oriente e dell'area egea; non esisterà storicamente una Sardegna micenea, cipriota o fenicia ma una Sardegna, che sia nuragica o sarda, inserita in un contesto di rapporti mediterranei e atlantici, che si sviluppa e si trasforma *anche* attraverso il rapporto con genti di cultura e tradizione micenea, cipriota e fenicia (Bernardini 2000c; Bernardini 2005a: 9-26).

La situazione della Sardegna consente a pieno una valorizzazione del concetto di *strategia* che si è introdotto: strategico è infatti l'inserimento dell'isola nel circuito del commercio dei metalli, strategico è il rapporto con le comunità locali che controllano le fonti del minerale; strategica è la ricerca del ferro e dell'argento in un contesto locale prevalentemente orientato verso la metallurgia del bronzo ancora in piena età del Ferro, strategico è l'impegno comune, che assume le forme di un'alleanza politica, tra protoetruschi e nuragici nella produzione e commercializzazione dei metalli (Gras 1985; Bernardini 1993a; Giardino 1995; Lo Schiavo 1995).

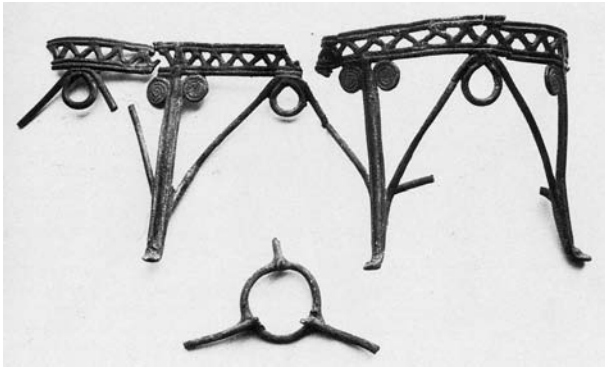
Una posizione di questo tipo tende a eliminare schematismi eccessivi e periodizzazioni rigide per valorizzare una continuità nella interrelazione tra Oriente e Occidente che, mi sembra, l'archeologia tende progressivamente a confermare: l'attestazione di ceramica egeo-micenea in quei siti nei quali in seguito sorgeranno le colonie fenicie di Nora, Sulcis, Karalis, Tharros e Neapolis e nei territori contigui a questi avamposti costieri indica con forza la precarietà sostanziale e la fondamentale fragilità della dicotomia rigida e netta tra *precolonizzazione* e *colonizzazione* (Bernardini 2000a: 19-25).

3. TRAFFICI «PRECOLONIALI»

La ceramica micenea è al momento attestata in Sardegna a partire dalle fasi terminali del XV sec.a.C.; la loro distribuzione indica l'esistenza di una serie di approdi costieri, utilizzati dai *prospectors*, che si localizzano sulla costa sud-occidentale e su quella sud-orientale ma anche l'importanza della vie interne di penetrazione fluviale.

I materiali più antichi si concentrano nel golfo oristanese, dove il sito nel quale sorgerà successivamente l'avamposto fenicio di Tharros conserva un frammento decorato con iris di fase MicIIIA2 (tav. 1.2) (Bernardini 1989: 285-286), mentre un balsamario di analoga classificazione è arrivato entro la fortezza indigena del Nuraghe Arrubiu (tav. 1.3) certamente da un approdo installato presso la foce del Flumendosa (Lo Schiavo, Vagnetti 1993) confermando, per entrambe le coste, il ruolo strategico delle due vie d'acqua verso i territori interni, il Flumendosa e il Tirso (Ferrarese Ceruti, Vagnetti, Lo Schiavo 1987; Ferrarese Ceruti 1990; Bernardini 1991: 3-17; Bernardini 1992: 34-35; Re 1998: 288-290).

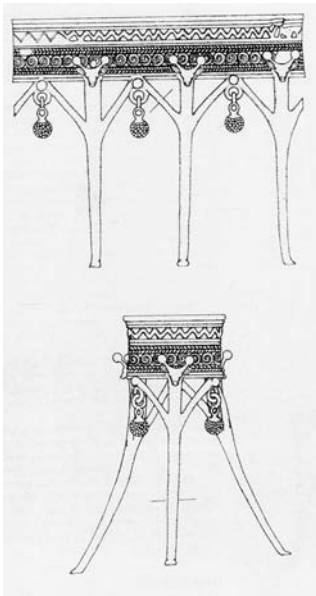
Tra il 1300 e il 1050, in corrispondenza delle serie ceramiche del MicIIIB e IIIC, il quadro di circolazione si amplia in modo significativo: gli approdi si organizzano adesso nell'arco del golfo di Cagliari (tav. 1.4) (Ferrarese Ceruti 1982; Ferrarese Ceruti 1986; Ferrarese Ceruti, Lo Schiavo, Vagnetti 1987: 8-12; Bernardini 1991: 3-12 con i dati sulla sequenza «micenea» del nuraghe Antigori di Sarroch), in cui dovrà rintracciarsi il punto d'arrivo



1



2



3



4



5



6



7

Tav. 5

Oristano (Collezione Privata): frammento di sostegno tripode cipriota; 2. Bologna, tomba Romagnoli n.10: sostegno tripode bronzo di produzione sarda; 3. Grotta di Su Benatzu (Santadi-Ca): sostegno tripode bronzo di produzione sarda; 4. Santa Maria di Paulis (SS): sostegno tripode di produzione sarda; 5-6. Sant'Anastasia (Sardara-Ca): bacili bronzei; 7. Nuraghe S'Uraki (San Vero Milis-Or): torchiere bronzo.



1



2



3



4

Tav. 6

Santa Cristina (Paulilatino-Or): divinità seduta; 2.Santu Antine (Genoni-Nu): figurina con collana e scettro-bastone; 3.Nuraghe Flumenlongu (Alghero.SS): divinità orante; 4. Camposanto (Olmedo-SS): personaggio incedente in gesto di preghiera.

dell'avorio di Decimoputzu raffigurante una testina di guerriero con elmo decorato a zanne di cinghiale (tav. 1.5) (Ferrarese Ceruti 1990: 233, n.3), con particolare concentrazione presso il promontorio del Capo di Pula (Bottó, Rendeli 1993: 723-728; Rossignoli, Lachin, Bullo 1994: 227, per la presenza di ceramica micenea a Nora e sulla dispersione nel suo hinterland; Cocco, Usai 1992, presentano alcuni manufatti micenei da una tomba di giganti in territorio di Villa San Pietro) e, più a ovest, nell'insenatura del golfo di Palmas.

Nel versante settentrionale dell'isola diventano siti *caldi* la baia di Alghero e, sulla costa occidentale, l'approdo di Orosei (tav. 1.1); per quanto senza riscontri materiali, alcuni punti strategici della costa orientale saranno da esaminare con estrema attenzione nei prossimi anni: in particolare l'accogliente approdo di Posada, caratterizzato da una importante via d'acqua che sfocia nel mare e da un intrico di stagni sottocosta e lo stesso sito di Olbia (Bartoloni 1990: 158-160).

La maggiore quantità di dati, come si è detto, si concentra finora nel sito della futura Nora fenicia e nell'immediato retroterra, con i ricchi depositi di ceramiche egee del Nuraghe Antigori e una minore, ma ben distribuita, circolazione di ceramica micenea nelle piane fertili del territorio di Pula; la costa sulcitana, intorno al golfo di Palmas, si presenta strategicamente altrettanto importante, con il

primo frammento miceneo restituito dall'area della futura colonia fenicia, decorato a fasce di pittura rossa e di probabile fase MicIIc, e la presenza di materiale *esotico* nell'interno, come il frammento fitile MicIIc di Tratalias, appartenente a un vaso a staffa o a un *alabastron*, realizzato in argilla color arancio rosato e decorato a fasce brune parallele (ricerche R. Relli, A. Forci in località Medau Is Lais).

Una figurina di *smiting god* arriva nell'insediamento nuragico che abitava l'altopiano di Monte Sirai (tav. 7); il manufatto, conservato solo nel tronco e nell'attaccatura degli arti, ha una caratteristica resa «a fettuccia» e una postura che orientano verso l'iconografia ricordata; il personaggio indossa una veste corta e aderente, segnata da scanalature e mossa dal lieve avanzare della gamba sinistra, appena conservata sopra la frattura (Negbi 1976; Bisi 1980; Seeden 1980, per la tipologia, la frequenza e la diffusione; Bernardini cds).

Sempre all'interno del territorio sulcitano, la grotta-santuario di Su Benatzu, in territorio di Santadi, conserva probabili elementi di importazione egeo-orientale insieme a un supporto-tripode miniaturistico di chiara impronta cipriota prodotto da una bottega locale⁴.

Un accurato programma di studio e di analisi delle argille delle ceramiche micenee ha dimostrato come l'isola sia interessata da un quadro di provenienza dei materiali assai composito e diversificato: la Grecia continentale,



Tav. 7
Montesainà (Carbocia-Ca). Bronzo antropomorfo hpo «smiting god».

⁴ Il contesto della grotta-santuario di Santadi è una straordinaria testimonianza di come gli elementi egeo-orientali e ciprioti si innestino in un quadro di rapporti Occidente-Oriente nel quale la Sardegna costituisce forte elemento di attrazione di manufatti provenienti dall'area atlantica: il deposito votivo, che si costituì gradatamente tra l'XI e l'VIII sec.a.C., presenta alcune spade, una punta di lancia, uno spiedo e un rasoio di sicura ambientazione occidentale-atlantica, così come la fibula a *double resorte* (Lo Schiavo, Usai 1995: 162-172), uno specchio di «tipo egeo», una laminetta in oro e il tripode locale di stretta derivazione da modelli ciprioti (Lo Schiavo, Usai 1995: 172-174 il contesto aiuta a comprendere, in direzione opposta, la presenza di un frammento di tripode di fattura sarda in area iberica in un momento cronologico non troppo distante da quello supposto per il tripode locale di Santadi (Rafel Fontanals 2002).

Creta, Cipro, ma anche le isole egee e le coste della Siria-Palestina, cioè quel settore vicino-orientale che risente fortemente della diaspora culturale micenea (Jones 1986; Jones, Day 1987).

La varia origine di fabbrica dei materiali, che rispecchia la variegata natura dei carichi nota dai relitti di Ulu Burun e Capo Gelidonya (Bass 1967; Bass 1973; Bass 1986; Bass, Pulak, Collon, Webstein 1988; Bass 1998) introduce il problema cruciale del tentativo di individuazione dei vettori dei prodotti micenei in Sardegna; se inseriamo in questo *dossier*, come pare legittimo, la documentazione legata al commercio del rame e alla circolazione di bronzi d'uso e figurati, lo scenario maggiormente coinvolto è quello di Cipro e della costa vicino-orientale, a conferma di una sostanziale continuità, evidente anche nella collocazione degli approdi, con la successiva espansione dei *Phòinikes*.

I referenti dei *prospectors* orientali sono tra la fine del 1500 e il 1000 a.C. i protagonisti di una complessa dinamica culturale che, da circa centocinquant'anni, ha elaborato un modello architettonico, il nuraghe (tav. 9), e un comportamento insediativo e socio-economico ad esso strettamente collegato, la cultura nuragica (Contu 1998; Ugas 1998); si tratta di comunità interessate da vistosi processi di gerarchizzazione interna e tese a sviluppare forme produttive e redistributive che accentuano squilibri e diseguaglianze di natura sociale e economica, vieppiù accentuate dal veloce inserimento nel circuito della trasformazione, lavorazione e commercializzazione dei metalli, che assume un profilo di spessore tra il XIII e il X sec.a.C. (Bernardini 2005b: 80-82, nota 47, con una recente disamina critica sul dibattito, intenso e contrastato, circa i quadri ricostruttivi del paesaggio socio-politico nuragico).

In questa dinamica, si sottolinea la veloce adesione delle botteghe di ceramisti locali alle formule del campionario miceneo, con l'adozione della tecnica del tornio, e l'impressionante circolazione dei pani di rame *oxhide*, noti da pochi esemplari integri e da una serie in continuo aumento di frammenti derivanti dal taglio progressivo dei *pani* originari, segno di una attività metallurgica in fortissima espansione.

I lingotti che circolano in Sardegna sono confezionati con il rame cipriota (Gale, Stos Gale 1987; Stos Gale, Maliotis, Gale, Annetts 1997) così come di segno cipriota sono una serie di manufatti legati alla tecnologia e alla lavorazione dei metalli, come le molle, le palette da fonditore e i martelli-mazzuoli (tav. 2.2-5); si tratta di elementi di un *know how* tecnologico che vengono subito adottati e replicati nelle botteghe locali, le quali prediligono e rielaborano con altrettanta velocità un'altra serie di importazioni, stavolta connesse alle pratiche cerimoniali e agli arredi liturgici, i raffinati sostegni-tripode in

bronzo collegati verosimilmente all'uso di ardere incensi e aromi (tav. 5.1-4) (Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 9-51; Bernardini 1991: 18-30; Bernardini 1993a: 29-41; Papasavvas 2004).

Il duplice aspetto delle importazioni è indicativo dei modi della interrelazione: si intuisce infatti un circuito strettamente dipendente dalla formula del «dono» e riferibile alla strategia dell'ospitalità, della considerazione e del riconoscimento reciproci e un itinerario parallelo, strutturalmente correlato al primo, afferente la circolazione di tecnologie, di esperienze e di conoscenze sulla lavorazione metallurgica; entrambi configurano e compongono, a livello *pratico*, ideologico, socio-politico, il processo della transazione secondo modelli di comportamento nei quali il riconoscimento sociale, la magia della conoscenza tecnica, il prestigio e la reciprocità dei doni e dell'amicizia, il *passamano* commerciale sono tutti strettamente interrelati e indistricabili (Bernardini 2000d).

Il radicamento fortissimo che queste serie di oggetti subiscono nella tradizione locale è evidente nella lunga durata cronologica della produzione autoctona di tradizione «cipriota», con una vitalità di antichi modelli ancora evidente in versanti di VIII e VII secolo e vieppiù avvalorata dalla constatazione di un proseguimento dell'attività delle stesse botteghe di bronzisti a Cipro ben oltre la data tradizionalmente ammessa dell'XI sec.a.C. (Bernardini 1991: 22-24; Bernardini 1996: 31-32; Papasavvas 2004:34-36; 47-50) ma anche ripropone la necessità di un raccordo con gli orizzonti della più antica espansione fenicia, il cui *trait d'union* più evidente sembra rappresentato dalla bronzistica figurata «levantina» (Gras, Tore 1980; Bernardini 1991: 29-30; *contra* Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 51-62; Bisi 1987b).

Un secondo scenario, verosimile e convincente, collega il fervido sviluppo della bronzistica locale di tradizione cipriota con l'ipotesi di un trasferimento di gruppi orientali nell'isola, le cui sedi di partenza saranno Cipro e la costa vicino-orientale (Bernardini 1993a: 43-44) in quei secoli, tra il XIII e l'XI a.C., in cui tutta l'area vive il trauma degli squilibri e dei riasseti che segnano la fine dell'età del Bronzo e che sono sovente legati alla problematica interpretazione dei movimenti dei Popoli del Mare (Deger, Jalkotzy 1983; Cifola 1988; Drews 1993; Oren 2000).

E' bene ricordare, in ogni caso, che la presenza del rame cipriota nell'isola e, se è per questo, anche dei manufatti di tradizione cipriota, non garantisce l'esistenza di un rapporto preferenziale tra i nuragici e genti di etnia cipriota.

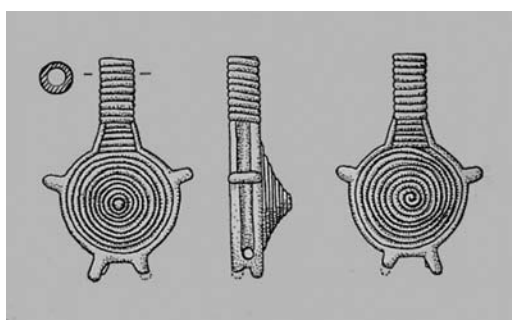
Conosciamo infatti entità palatine che gestiscono *in proprio* produzioni metallurgiche attingendo al minerale nativo cipriota così come la distribuzione ampia degli strumenti da fonditore nel settore vicino-orientale; è il caso del palazzo di Ras Ibn Hani che fonde in proprie



1



2



3



4

Tav. 8

Neapolis (Guspini-Ca): elemento fittile configurato a volto umano di tradizione filistea; 2. Nuraghe Attentu (Ploaghe-SS): collana in ambra; 3. Boro-re (Nu): fiaschetta quadriansata miniaturistica in bronzo; 4. Nuraghe Genna Maria (Villanovaforru-Ca): fiasca frammentaria con decorazione dipinta.

matrici il rame cipriota (Lagarce, Lagarce, Bounni, Saliby 1983); è del tutto verosimile, da questo punto di vista, una produzione *nuragica* su rame cipriota attraverso una importazione affidata a vettori eterogenei, tra i quali non vanno di nuovo escluse le comunità nuragiche, attive negli empori delle Eolie e della Sicilia e a Kommos di Creta (Ferrarese Ceruti 1998; Watrous, Day, Jones 1998; Guerero Ayuso 2004a).

Certamente non è di etnia cipriota il gruppo umano che ha utilizzato, nell'emporio di Santa Maria di Nabui, sul golfo interno oristanese, un vaso a decorazione plastica antropomorfa i cui caratteri stilistici rimandano in modo cogente alla cultura filistea del XII e XI sec. a.C. (tav. 8.1) (Bartoloni 1997a; Bartoloni 1998a; Bernardini 2000a: 23-24, nota n.19; *contra* Acquaro 1998).

Un elemento importante, nella valutazione dei rapporti tra la Sardegna e lo scacchiere vicino-orientale, è il precoce inserimento del secondo, almeno a partire dal XII secolo a.C., nell'esplorazione della nuova risorsa metallurgica del ferro; non è da escludere infatti che la presenza di giacimenti di ferro in Sardegna abbia rappresentato un incentivo essenziale allo sviluppo delle relazioni con l'isola occidentale che continua ancora per lunghissimo tempo ad essere una buona cliente della tecnologia del bronzo; un ruolo che contribuisce, inoltre, a chiarire il suo valore strategico di *cerniera* e di raccordo tra la metallurgia atlantica e il Vicino Oriente (Bernardini 1993a: 32-33; Ruiz Galvez 1986; Ruiz Galvez 1998a).

Nello sviluppo culturale della Sardegna, la *fase* nuragica è legata, nel corso del XV secolo a.C., all'esplosione della forma «classica» del nuraghe a *tholos*; che si tratti di torri semplici o di vere e proprie fortezze a più elementi, il fenomeno ha un carattere completamente innovativo rispetto al passato e va attribuito, come si è accennato, a una società matura nelle sue articolazioni e gerarchie socio-politiche.

Dietro l'architettura delle torri si colgono infatti un processo di estrema proliferazione degli insediamenti attraverso l'acquisizione e il controllo di habitat molto differenziati, un continuo processo di espansione e organizzazione spaziale e fisica che è sintomo di forte frazionamento e di spiccata rivalità socio-politica, l'emergenza di gruppi umani stanziati su media altura, altopiano, ma anche in aree costiere e subcostiere, grazie alla pratica di una ricca e variata policoltura che raggiunge importanti disponibilità di risorse (Rowland 1991; Bonzani 1992; Navarra 1997; Perra 1997).

Le architetture, spesso imponenti, distribuite tra il 1500 e il 1000 a.C., sono il simbolo di vaste comunità gerarchizzate di villaggio, sono centri fortificati di un potere localmente frazionato che esercita il controllo di funzioni economiche, di accumulo e di redistribuzione; presumono il dato della supremazia di una casta *militare*

che controlla le proprie comunità dalle quali è in grado di pretendere e di esigere prestazioni obbligate di lavoro, senza la cui esistenza la fabbrica del nuraghe diventa incomprensibile; prestazione obbligata di lavoro non significa sempre e soltanto schiavitù ma non la esclude; i gruppi sociali che forniscono le *corvées* sono in ogni caso gruppi fortemente subordinati che crescono in un sistema di profonda frammentazione politica e di forte ostilità generalizzata.

Si impone l'evidenza impressionante di un controllo capillare dei vari *cantoni* o distretti in cui è distribuita la società indigena e nei quali il *segno* del nuraghe si riveste di concetti e terminologie affini a quelli, orientali, della casa-tempio e del palazzo-tempio.

I vari distretti cantonali ospitano comunità sistemate in villaggi spesso organizzati intorno a cortili e slarghi comunitari e distinti in capanne destinate allo svolgimento di attività di interesse collettivo (gli spazi della panificazione, della spremitura dell'olio) o di carattere politico (le «capanne delle riunioni»); conoscono gli spazi dei grandi santuari, sedi di una socializzazione allargata e di momenti di accumulo e di redistribuzione, alternativi (forse concorrenti?) alle torri, secondo modelli che di nuovo suggeriscono un profilo *asiatico* più che occidentale (Zaccagnini 1981; Bernardini 1993a: 49-50 e nota 157; già Peroni 1992: 669-670 si era espresso sulla difficoltà di omologare gli sviluppi culturali sardi alle regioni europee e occidentali).

Il *floruit* del modello «nuraghe-villaggio» si colloca in quei secoli, tra il XV e l'XI a.C., in cui il Mediterraneo occidentale è percorso dai *prospectors* egeo-orientali; ma va subito osservato come nella fase matura dell'esperienza «precoloniale», tra l'XI e il X secolo a.C., i modelli tradizionali, insediativi e culturali, delle comunità nuragiche vengono attraversati da una crisi profonda, che tutto fa presumere interna e strutturale, quindi legata alla vitalità e funzionalità della sua durata e replicazione (Lo Schiavo 1997).

Il fenomeno, che incrina comportamenti tradizionali e socialmente approvati, deve avere certamente condizionato l'interrelazione con i *prospectors* e insieme deve avere facilitato forme di trasformazione e di innovazione; un modello sociale *compromesso* presenta, in parallelo, forme di rifiuto e di chiusura ma anche di ampia fluidità e di possibilismo sociale, che costituiscono un terreno fertile per l'inserimento di nuove tecnologie, di nuove prospettive economiche, di nuclei etnicamente differenziati.

Si tratta di un processo che in nulla vorrei definire omogeneo anche soltanto come tendenza e che si esprime bene nella tormentata storia delle nuove tecnologie e dei modelli sociali che essi presumono; che innovazioni tecnologiche vengano adottate per essere poi dimenticate

è evidente se si pensa che nella piana di Nora si adotta l'uso del tornio già nel XII secolo ma che questa stessa tecnica sembra essere riappresa dagli artigiani di Sant'Imbenia nel IX secolo, o ancora, si consideri la circolazione, nello stesso sito e in altri insediamenti autoctoni delle piane campidanesi, di formule e di simboli di conto e di scrittura che mai approdano ad una società *letterata* (Ruiz-Gálvez 2003; Zaccagnini 1991) o anche al vuoto urbano che continua a segnare le regioni *nuragiche* di gran parte dell'isola, i cui abitanti pure subiscono la fascinazione degli aggregati urbani costieri fenici (Bartoloni, Bernardini 2005: 57-64).

4. PERCORSI DI INTERRELAZIONE

L'arco del golfo di Oristano, dalla costa segnata dallo sperone aspro di Capo San Marco alla lingua sottile dell'istmo della penisola di San Giovanni, per proseguire nelle acque del golfo interno fino al riparato approdo della cala di Santa Maria de Nabui, è sede di un fitto popolamento di età nuragica in relazione con la straordinaria fertilità delle terre, le piane di San Giovanni e Santa Maria, le grandi *iolaia pedia* dei Campidani oristanesi, e con la ricchezza mineraria di alcune regioni pericostiere, come i giacimenti di ferro del Guspinese.

Dalla costa, l'ampia strada fluviale del Tirso è la direttrice primaria verso l'interno, sede di prestigiosi santuari di grande tradizione, come quelli del nuraghe Nurdole di Orune o di Santa Cristina di Paulilatino o di Su Monte di Sorradile (Bernardini 2005b: 79-88).

I quattro insediamenti indigeni, tutti del tipo a torre con villaggio adiacente, che si dispongono sulle alture che segnano la penisola del Sinis, dal più esterno, Angioi Coruda alle fortezze intermedie di Su Muru Mannu e della torre di San Giovanni, a quello estremo di Baboe Cabitza sulla sommità di Capo San Marco, intrattengono rapporti con *prospectors* egei già nelle fasi terminali del Miceneo IIIa; che non si tratti di contatti sporadici e disorganici è dimostrato dal prolungarsi di queste esperienze di interrelazione tra il XII e il IX sec.a.C., quando nel sito della futura Tharros circola ceramica di tipo egeocipriota (Bernardini 2005b: 68-69; 81-82):

Precocemente, seguendo la via fluviale, il *know how* metallurgico vicino-orientale penetra all'interno in parallelo con i raffinati doni legati alla liturgia e alle celebrazioni di status: l'associazione, solo di collezione, di una paletta da fusione, una molla da fuoco e un supporto-tripode di importazione, riferiti al territorio oristanese (Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 36-40, n.1; 24-25, n.4; 27, n.1), va apprezzata nel suo valore documentario alla luce della circolazione di *oxhide* nel santuario nuorese di Nurdole e della presenza di bronzi figurati di importazione nel santuario di Santa Cristina (Fadda 1991; Tore 1983: 455-458; bisognerà invece pensare a un itinerario

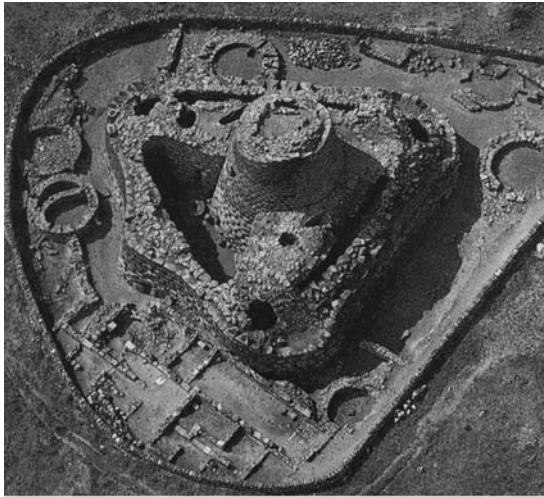
dalla costa orientale per i frammenti di sostegni tripode dal santuario di S'Arcu Is Forras in territorio di Villagrande Strisaili: Vagnetti, Lo Schiavo 1989: 228-231) e dei tripodi di tipo cipriota oggi segnalati nel cuore dell'Oristanese, nel territorio di Solarussa, di nuovo sulla direttrice del Tirso (Mastino, Spanu, Zucca 2004: 80-82 e nota 430; ma su questi documenti sembra preferibile sospendere il giudizio in attesa che venga resa disponibile una documentazione scientifica corretta e se ne verifichi l'esatto luogo di ritrovamento).

Il quadro complessivo dei percorsi di interrelazione, avviata sulla costa del golfo, si muove quindi da un modello «emporico» costiero e pericostiero fino all'intrusione nei grandi santuari interni, centri di accumulo e di redistribuzione, come si è detto, ma anche di espressione e affermazione politica delle comunità autoctone: un itinerario che fa intravedere, nonostante la debolezza quantitativa dei documenti, una strategia tesa al radicamento dei *prospectors* entro le strutture organizzative e produttive delle comunità indigene; niente a che vedere con i pittoreschi navigli impegnati a raggiungere, attraverso navigazioni rare e eccezionali, siti lontani e esotici, che si chiamino Tarshish o Ofir, e che spesso diventano nella critica storica, navigli *precoloniali* (Bernardini 2000a: 26-28).

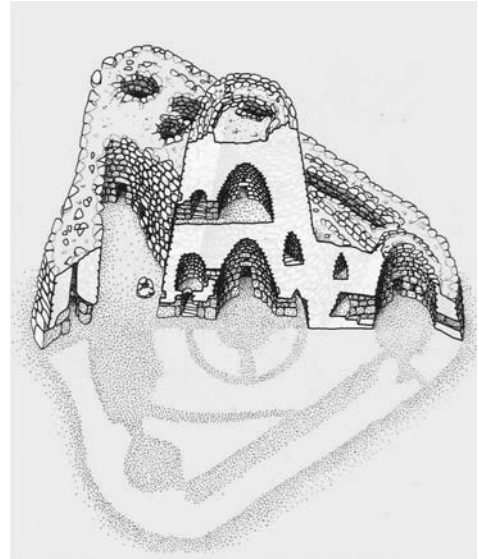
La presenza stanziale di elementi di etnia allogena sulla costa del golfo è, per ora, chiaramente indicata soltanto dal vaso configurato di tradizione filistea rinvenuto a Santa Maria de Nabui; si tratta, infatti, di un manufatto che non soltanto riprende modelli stilistici palestinesi ma che indica, nella sua più che convincente valenza funeraria, uno spazio funerario culturalmente «filisteo» ai margini dell'emporio nuragico neapolitano, per quanto contenuto e limitato esso possa essere stato (Bernardini 2005b: 70-71).

In modo più o meno evidente, e a fianco delle elaborazioni locali che, sul piano della tecnologia dei metalli o della produzione «nobile», ricorrono nell'attività delle botteghe locali, una corrente palestinese è stata tentativamente enucleata da alcuni studiosi sulla base della diffusione di oggetti di particolare popolarità nelle botteghe indigene, come le fiasche (tav. 8.3-4) (Bartoloni 1995: 255-256; Lo Schiavo 2000b), o attraverso la valorizzazione di alcune indicazioni toponomastiche; si conferma, al di là di individuazioni precise, forse eccessivamente ottimistiche (Garbini 1997: 112-121), un itinerario di interrelazione egeo-orientale sul quale l'esperienza fenicia si sovrapporrà fisicamente in modo pressoché completo.

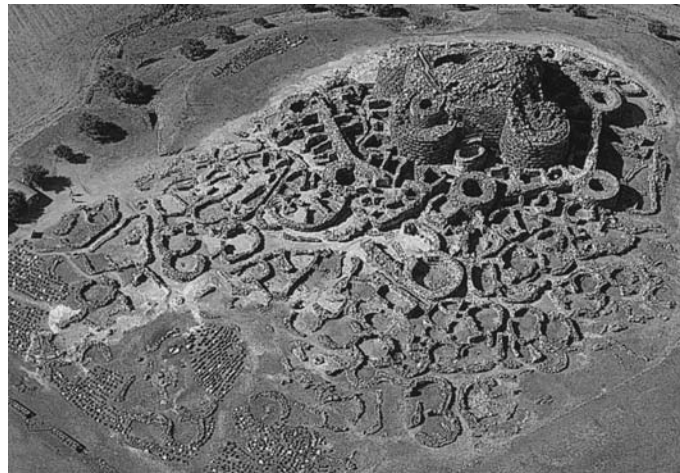
Un itinerario analogo si coglie sulla costa sud-occidentale, in quel distretto sulcitano destinato a divenire una precoce *regione fenicia*: la scoperta di ceramica egea del MicIIIc a Sulcis, pure decontestualizzata all'interno dei riempimenti di età romana che ricoprono l'insediamento fenicio, trova immediato eco nel Sulcis interno, con



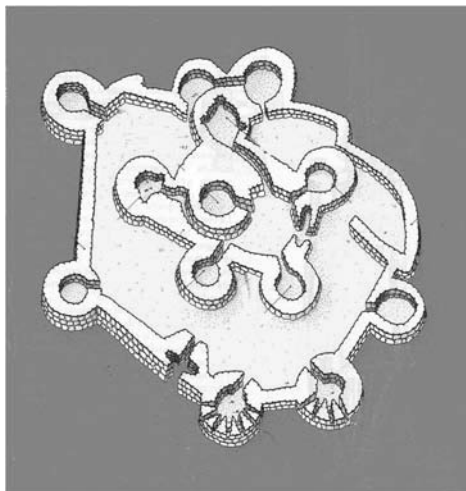
1



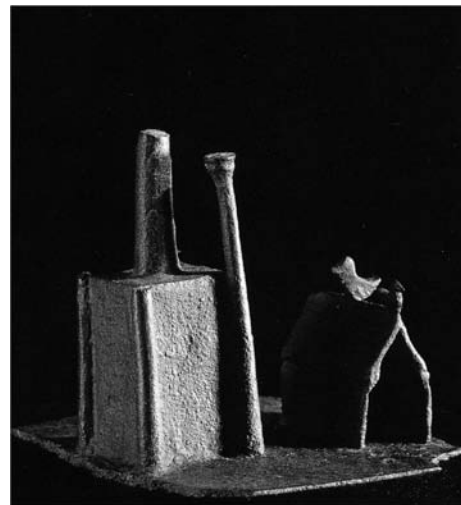
2



3



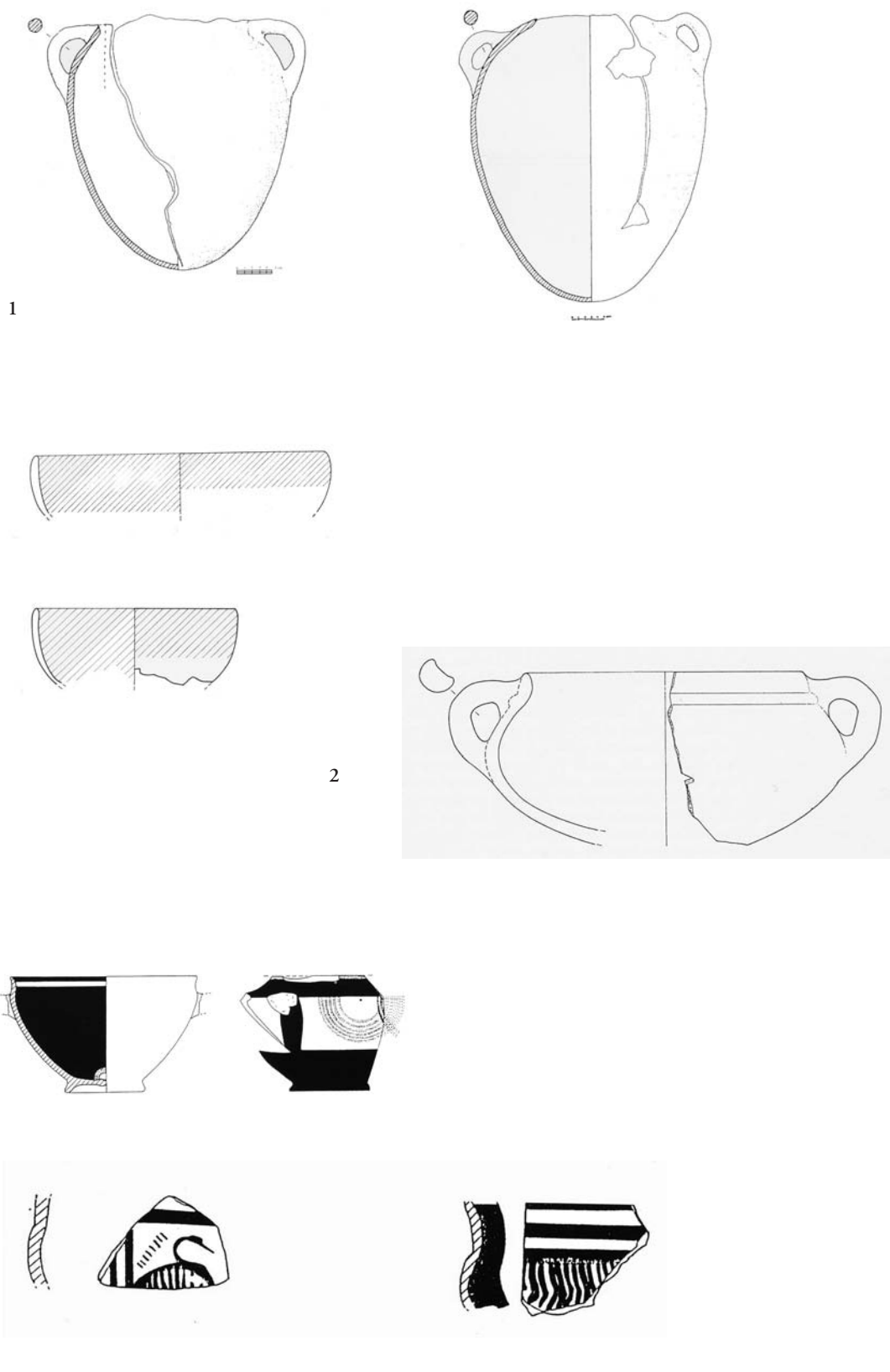
4



5

Tav. 9

Nuraghe Santu Antine (Torralba-SS); 3. Nuraghe Su Nuraxi (Barumini-Ca); 4. Nuraghe Arrubiu (Orroli-Nu); 5. Ittireddu (SS): modello di nuraghe e casa-santuario in bronzo.



Tav. 10

Insedimento di Sant'Imbenia (Alghero-SS): 1. Anfore di tradizione «levantina» e di fattura locale; 2. Ceramica fenicia: coppe in red slip e pentola di tradizione palestinese; 3. Importazioni greche: coppe a semicerchi penduli, one bird e a chèvrans.

ceramica della medesima fase nel territorio di Tratalias, non lontano da un'altra *enclave* fenicia di precoce formazione e, ancora una volta, con una presenza *esotica* nei centri tradizionali di culto e di aggregazione, come la grotta-santuario di Su Benatzu, che restituisce una laminetta d'oro, uno specchio, forse prodotti ciprioti, e un pregevole sostegno-tripode di manifattura sarda che riprende modelli ciprioti.

Nel cuore di questa regione, aperta agli scrigni metallurgici dell'Iglesiente e interessata da una densità incredibile di insediamenti nuragici (Lilliu 1995: 31-43), circolano elementi di grande statuaria che anticipano i fasti orientalizzanti di Monte Prama (Tronchetti 2005), come la testa con *lebbadè* da San Giovanni Suergiu (Bernardini 1995: 198) e statuine in bronzo che sono importazioni dirette dal Vicino Oriente, come lo *smiting god* di Monte Sirai

Nei due esempi che si sono ricordati, l'Oristanese e il Sulcis, è forte la sensazione di una continuità e contiguità tra presenza *precoloniale* e radicamento fenicio che soltanto la carenza di ricerche sui siti indigeni impedisce di concretare in *seriazioni* archeologiche; i quadri di altri comparti territoriali isolani, dal golfo karalitano alla costa orientale, contribuiscono a rafforzare questo punto di vista.

Si è già detto della forte coloritura egea dell'area di Nora, cui fa riferimento il deposito del Nuraghe Antigori; dal golfo karalitano e dai suoi empori parte l'itinerario che dissemina ceramiche egee nei borghi che popolano i fertili Campidani (Ugas 1992) e che conduce, di nuovo, ai grandi santuari come Santa Anastasia di Sardara con le molle da fuoco e gli *oxhide* frammentati, ancora custoditi entro bacili di bronzo (tav. 5.0-6) che appartengono già ad un rapporto di dono cerimoniale intrattenuto con i *Phoinikes*⁵ (Ugas 1987: 175-180), mentre alla foce del Flumendosa, dove sorge un grande emporio fenicio che le fonti conoscono come *Sarcapos* e che la ricerca archeologica ancora ignora,

i *prospectors* risalgono il grande fiume e si spingono fino alla grande fortezza del Nuraghe Arrubiu e ancora oltre (Lo Schiavo 2003c).

5. ITINERARI CRIPTATI

Tra il XII e il IX secolo a.C. le acque del Mediterraneo occidentale e dell'Occidente atlantico sono attraversate da equipaggi indecifrabili, sono percorse da economie cifrate; i viaggiatori ed i mercanti che portano sulle loro navi materiali tardo-micenei e sub-micenei, *oxhide ingots* e bronzi di produzione cipro-levantina sfuggono a definizioni precise, a connotazioni certe; i meccanismi e le strategie economiche del rapporto attivato con i popoli dell'Occidente permangono in gran parte oscuri (Mederos Martin 1999b; Bernardini 2000 a: 32-33, con la riprese, con poche varianti, delle conclusioni).

I contatti profondi con il versante orientale della diaspora micenea e con Cipro, che segnano la navigazione verso Occidente, non implicano un rapporto esclusivo con centri specifici, con vettori etnicamente e culturalmente individuati; la circolazione di bronzi ciprioti non corrisponde *tout court* alla presenza di mercanti ciprioti e la situazione appare più fluida e più complessa.

A livello strutturale, il fondo economico è criptico, tutto da decifrare: in un periodo in cui si profila il tracollo della supremazia del bronzo in Oriente, la Sardegna, isola ricchissima di rame, appare assidua ricetrice di rame cipriota mentre Cipro, povera di giacimenti di ferro, è all'avanguardia nell'esplorazione della nuova tecnologia; ma per alcuni studiosi sarebbero i filistei i protagonisti dell'esplorazione del ferro in Occidente.

A livello ideologico, il collegamento tra la tradizione del Bronzo e i nuovi orizzonti del Ferro appare strettissimo nella forza e nella pregnanza di segno significativo ed evocativo che la forma del lingotto *oxhide* mantiene in ambienti nei quali il rapporto con i Fenici appare indubbio (Lagarce, Lagarce 1997).

⁵ La circolazione della bronzistica figurata vicino-orientale in Sardegna trova immediata eco nelle botteghe locali: dal deposito del pozzo di Santu Antine di Genoni conosciamo una figurina che riprende i modelli «allogeni» (tav. 6.2) sia nella struttura generale della figura che nell'adozione della collana «a cravatta» indossata dalla dea seduta di Santa Cristina e inserendo elementi locali allusivi di status, come lo scettro-bastone che caratterizzerà la produzione dei c.d. «capitribù» locali (Argyrophlepos nesos 2000: 83, n.31). Il profondo radicamento delle correnti egeo-orientali nella cultura indigena in piena fase orientalizzante è del tutto evidente nel santuario di Sant'Anastasia di Sardara, dove tre bacili in bronzo di tipo cipriota, due dei quali rispettivamente con ansa con fiore di loto sormontante e con attacco d'ansa a trifoglio e spirali, sono coerenti con una molla da fuoco in un contesto di VIII sec.a.C. (Ugas, Usai 1987: 175-179; 191-192, va ricordato, a riprova del fenomeno, il tripode di ascendenza cipriota ma di fattura locale presente in una tomba orientalizzante dell'area bolognese (Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti : 45, n.2; discussione in Bernardini 1991. 18-22, in cui si puntualizza che un fenomeno di tesaurizzazione, per quanto prevedibile per oggetti di questo genere, non può legittimare una datazione dei manufatti all'XI o X sec.a.C.; v. ora anche Papavassas 2004: 47-50). Va almeno accennato a un'altra classe di materiali di ambientazione cipriota attestati in Sardegna, i torrieri a corolle rovescie, (tav. 5.7) la cui pertinenza ai traffici fenici di piena età «coloniale», visti anche i dati di cronologia disponibili per la loro diffusione mediterranea, appare incontrovertibile (Bernardini 1991: 23-24; Torres Ortiz 2002: 184-190; con la possibile esclusione dell'esemplare con fusto ornato a corolle floreali, coppa superiore e coperchio traforato decorato a protome taurina, senza sicuro contesto, attribuito a Othoca che comunque sembra associato, anche in termini di provenienza da una stessa bottega, ad un'esemplare di torchiere a corolle rovescie : Moscati, Uberti 1988: 43-48; 54-55, nn.1-2; Nieddu, Zucca 1991: 56).

Precolonizzazione, frequentazione, espansione, colonizzazione sono i concetti, gli strumenti e gli approcci metodologici con i quali, in modo insoddisfacente e spesso artificioso, il reale sviluppo storico di queste vicende viene incasellato, settorializzato, sovente frantumato.

Nella prospettiva delle genti dell'Ovest, l'incontro con i marinai e i mercanti stranieri apre uno scenario fluido, colmo di intrigo e di suggestioni; è un processo lunghissimo, attraverso il quale, nel divenire di reciproci contatti, si apre un nuovo itinerario di interrelazione; i naviganti e i mercanti precoloniali sono diventati i Fenici in Occidente.

ABSTRACT

The presence of Eastern peoples in St. Imbenia at the bay of Alghero between the ninth and eighth centuries BC introduces the question of the meaning of the term «precolonization» as an autonomous stage of the historical development of ancient Sardinia.

The protagonists of this contact with the native inhabitants of the fertile region of Nurra are Phoenicians, at a time when, in other western countries, and perhaps in Sardinia as well, the urban Phoenician settlements are expanding.

These relations happen in a region in which the colonization, intended as foundation of autonomous urban settlements, does not exist before the Carthaginian hegemony in the fourth century BC.

The extraordinary wine production, the result of a Phoenician-Sardinian joint-venture in St. Imbenia and possibly the earliest example of wine making and wine trading in the West, is understandable if we examine, beyond the «precolonization» and «colonization» clichés, the internal development of the Nurra and peripheral territories.

Here the indigenous society was involved from very early times in intensive metallurgical production, closely linked to technologies originating in the Aegean and Near Eastern. All this is happening within the general context of international relations throughout the Atlantic Bronze borders based on ancient mining in Etruria, Syria and Cyprus. In the Nurra the Eastern anthropomorphic bronze figurines are well known.

The situation within St. Imbenia is clear: the analysis has to concentrate on the problematic, complicated and multiple relationships between Phoenicians and Atlantic and Western peoples, tak-

ing into account the connections with the age-old East-West route and the gradual emergence of a specific and tangible Phoenician quality in the «psychology» of Western societies.

Precolonial presence in the indigenous communities of Sardinia is not an epidemic stage of contacts with little impact on the traditional local framework; instead it is the shared experience of an historical process with multiple outcomes and developments, one of them the emergence of a Phoenician urbanized colonial stage in the south central part of the island.

This process comes about due to various socio-economic components impacting on the political development of the native societies, on the different stages in the exploitation and management of the local resources, and on the various degrees of strength, penetration and persuasion showed by the Eastern technologies and ideologies.

The circulation of Aegean pottery on Sardinian coasts from the fifteenth century BC marks the beginning of a process of relationships concentrated mostly in the MicIIIb and IIIc periods; the island enters swiftly into the international metallurgical framework as the Sardinian evidence of the ox-hide ingots, of the instruments –hammers, tongs, charcoal shovels– testifies.

These influences take deep root in the native culture which for a long time, until the ninth and seventh centuries BC, continues to reproduce Aegean-Cypriot experiences and traditions (i.e. the local manufacture of little Cypriot-type tripod-stands).

A continuous fil rouge links the Aegean presence, the strong nucleus of Cypriot traditions and the first Phoenician prospectors. Other metal-searchers, though, do arrive in Sardinia, such as the Philistines in the inner gulf of Oristano.

It is clearly evident that, between the twelfth and ninth centuries BC, the obvious harbours of the island became the sites for inter – connected precolonial settlement. In later years the Phoenician «cities» of Karalis, Nora, Sulcis and Tharros will occupy the same sites.

Precolonization, expansion, colonization these are the concepts, the instruments used, sometimes artfully, to «sort» and shatter the live and fluid historical development; my work tries to bring together connections and continuity, underlining the strength of a gradual inner native development.

This is the «prime mover» of the relationships with the prospectors and the prime cause of their extraordinary fortune and vitality.

EL BRONCE FINAL EN LAS BALEARES. INTERCAMBIOS EN LA ANTESALA DE LA COLONIZACIÓN FENICIA DEL ARCHIPIÉLAGO

Víctor M. Guerrero Ayuso*

INTRODUCCIÓN Y PROPÓSITO

Acorde con el título genérico de este libro, pretendemos con nuestra contribución¹ presentar una visión actualizada del Bronce Final en el archipiélago balear². La tarea que nos proponemos abordar, en el estado actual de la investigación, no es fácil y, sobre todo, resulta arriesgada, pues las investigaciones, que han permitido dar un vuelco radical a la visión que hasta no hace mucho se tenía de las formaciones sociales que durante el segundo milenio d.C. habitaron las islas, están aún en marcha. Pero pesamos que resultará positivo presentar un estado de la cuestión que nos permita reflexionar conjuntamente sobre un tema aún muy oscuro, como es la situación de los intercambios en la fase anterior a las colonizaciones clásicas, cuando ya la documentación arqueohistórica permite identificar con razonable seguridad a los protagonistas de estos procesos, los fenicios.

Las novedades proceden sobre todo de las excavaciones que se están llevando a cabo en el asentamiento mallorquín conocido como Closos de Can Gaià (Calvo y Salvà 1999; 2002), aunque también está proporcionando relevante documentación un plan intensivo, aún no finalizado, de prospección costera de todas las islas. De forma complementaria, otro proyecto de investigación en el asentamiento conocido como Morisca de Santa Ponça,

cuya fundación puede situarse a inicios de la Edad del Hierro, está permitiendo conocer (Quintana 1999; Guerrero *et al.*, 2002; Guerrero y Calvo 2003; Guerrero 2004b) aspectos trascendentales sobre los primeros contactos entre las comunidades aborígenes y los fenicios recién asentados en la isla de Ibiza, proceso que, hacia el 800/700 d.C., pone el límite cronológico a la temática que en esta contribución queremos analizar.

El propósito del presente capítulo es presentar sólo uno de los aspectos relacionados con este periodo cronológico³ (c. 1300-800 d.C.) de la prehistoria insular: el que hace referencia a los contactos externos, para lo cual nos parece imprescindible revisar antes de nada las condiciones oceanográficas del medio geográfico, pues en la náutica antigua algunos factores resultan claramente determinantes para que los contactos se produzcan, sobre todo si se trata de entornos insulares alejados del continente. La viabilidad de algunas rutas marinas es una condición necesaria, aunque desde luego no suficiente. El desarrollo cultural y la capacidad de incrementar la producción, así como el nivel de la tecnología naval, resultan también elementos muy relevantes a tener en cuenta para explicar determinados procesos, extraordinariamente complejos, ligados al comercio lejano de materias primas y productos exóticos de alto valor simbólico.

La cuestión de la tecnología naval aborígen, aspecto en el que no entraremos, merecería un capítulo específico. La capacidad de muchas comunidades indígenas para mantener sus propias redes de intercambio regional con marinas propias⁴ plenamente desarrolladas está fuera de toda duda. Especialmente claro resulta en el caso de las sardas (Guerrero 2004a), de las villanovianas (Bonino 1989; 2002) y con toda probabilidad de las tartésicas (Guerrero en prensa a y b), así como muy posiblemente

* Grup de Recerca Arqueobaleàr, Departament de Ciències Històriques, Universitat de les Illes Balears, C^a Valldemossa km 7,5; 70122-Palma, España [vmguerrero@uib.es].

¹ El presente estudio forma parte de las actividades propias del proyecto de investigación HUM2004-00750 titulado *Subsistence and Resources in a mediterranean insular environment. The balearic human communities during prehistory*, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

² El término Baleares no tendrá en este trabajo la significación administrativa actual, sino la verdaderamente primigenia con la que fue usado en la antigüedad *Gymnēsiāi* (p.e. Estrabón, III, 5, 1) o *Baleares, Baliares* (Diodoro Sículo V, 17, 1), para referirse al grupo de islas *Meloussa* (Menorca), *Kromyousa* (Mallorca). Como veremos, la relativa similitud de las entidades arqueológicas que conforma el Bronce Final o Bronce Naviforme II (Salvà *et al.*, 2002) en ambas islas justifica este agrupamiento para diferenciarlo de las *Pitiusas* (Pityoussa, Ibiza, Formentera, *Ophiousa*), donde la temprana colonización fenicia, con la fundación de *ʾybšm*, *Ebesos* o *Ebusus*, imprimió un sesgo evolutivo no comparable con lo que acontecía en las poblaciones aborígenes del resto de archipiélago.

³ En este trabajo la cronología se expresa en términos radiocarbónicos calibrados (OxCal v3.9) a 2 sigmas (d.C.); excepcionalmente se tomará sólo el intervalo de más alta probabilidad, el cual se indicará entre paréntesis. Las siglas aC se emplean sólo para fechas no radiocarbónicas. Todas las dataciones que se citan incluyen las siglas del laboratorio, número de la muestra, su naturaleza orgánica y fecha convencional del ¹⁴C BP. Sin embargo, en la discusión de los procesos que se hace en el texto, estos resultados pueden aparecer redondeados una o varias décadas, pues en los casos de intervalos excesivamente imprecisos, bien sea por la desviación típica de la edad convencional de ¹⁴C, o por la trayectoria amesetada de la curva de calibración durante la primera Edad del Hierro, se ha procurado ajustarlos a partir de otros indicadores del registro arqueológico.

⁴ La dificultad de documentar arqueológicamente barcas calcolíticas y de la Edad del Bronce es notoria, por ello resulta procedente recordar los hallazgos de North Ferriby (Wright 1976; 1990; 1994), en el estuario del Humber, en East Yorkshire, así como sus dataciones: OXA-9198: 3575 ±30 BP (2030-1779 d.C.) OXA-7458: 3520 ±30 BP (1920-1740 d.C.) OXA-7457: 3457 ±25 BP (1880-1680 d.C.), dataciones obtenidas a partir de la madera de las barcas.

de las baleáricas (Guerrero en prensa c). No es de rigor endosar a las marinas micénicas, a los barcos del Geométrico o a los fenicios, toda la actividad comercial que se detecta en este periodo cronológico desde Sicilia al Atlántico. Ni siquiera nos parece que debería hacerse tras el asentamiento de las primeras colonias fenicias. Seguramente las ancestrales redes de intercambios regionales, controladas por los marinos y comerciantes locales, no desaparecieron jamás (Artzy 1997; 1998), sino que debieron ser incorporadas y supeditadas a los intereses coloniales de los fenicios. En gran medida resultaron muy probablemente piezas fundamentales del comercio lejano, éste, sin duda, en manos de la hegemonía naval fenicia desde c. 1000/900 d.C. Estas marinas regionales de cabotaje, incluso de gran cabotaje, han cumplido un rol fundamental en las estrategias redistributivas hasta tiempos modernos (Braudel 2001). Y más concretamente, en el caso de las Baleares hasta no hace mucho el mejor, más seguro y eficaz, medio de comunicación entre distintas zonas de las islas, por ejemplo para la explotación forestal (Brunet 1992), fue la navegación de cabotaje y no las comunicaciones terrestres.

Uno de los soportes claves, en el tema que nos ocupa, para mantener que existieron contactos relativamente fluidos de las islas con otros confines ultramarinos lejanos, es identificar inequívocamente los objetos materiales de dichos contactos comerciales. En un ambiente insular parece relativamente fácil la tarea, pues todas aquellas materias primas exóticas, o los implementos elaborados total o parcialmente a partir de ellas, deben ser atribuidas a los intercambios ultramarinos.

A poco que observemos los productos objetos del comercio durante la Edad del Bronce en yacimientos bien preservados, como los pecios, llama la atención la enorme variedad de mercancías perecederas que lo componían (Haldane 1993), juntamente con metales y cerámicas, maderas, marfil, etc. Por lo tanto, nunca un conjunto de materiales abióticos relacionados con el comercio lejano son indicativos del volumen total de los intercambios, ya que los perecederos se manifiestan de forma muy opaca en el registro arqueológico.

Para el análisis del territorio que nos ocupa, muy pobre en afloramientos metalíferos de cobre, e inexistencia total de estaño, la presencia de implementos de bronce, o estaño puro, constituye un indicador incontestable de estos intercambios con el exterior. De igual forma ocurre con otros productos que serán mencionados en el transcurso de la presente contribución, como son las cuentas de fayenza y el marfil.

La cuestión siguiente, por fuerza encadenada a la anterior, será indagar si en el registro arqueológico aborígen se detectan evidencias sólidas de un incremento de la producción comunal, que permita corroborar que dichas comunidades estaban socialmente estructuradas para hacer frente al trueque que forzosamente se debió de producir, bajo cualquier modelo de intercambio que se quiera.

Finalmente, trataremos de poner en orden algunos indicios, junto a documentación relativamente sólida, que nos permiten proponer la existencia de navegaciones aborígenes durante el Bronce Final (o Naviforme II según denominación local), al menos a escala regional, basada en una red de asentamientos costeros fundamentales para la navegación de cabotaje que han proporcionado buenos indicadores arqueológicos, y cuyo colapso total coincide con la presencia de las navegaciones hegemónicas fenicias hacia 900/800 d.C.

DELIMITACIÓN CRONOCULTURAL

Durante mucho tiempo prevaleció en la historiografía el término Pretalayótico para definir un largo trayecto de la prehistoria balear, el cual incluía buena parte de la Edad del Bronce, aunque no exclusivamente, pues englobaba así mismo un periodo calcolítico (c. 2500 /2300-2000 d.C.), además de una fase de transición epicampaniforme, marcada por la desaparición definitiva de las cerámicas con decoración incisa de tradición campaniforme, hasta la consolidación definitiva de la arquitectura ciclópea naviforme (Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.*, 2002). No es fácil delimitar con precisión cuánto dura esta fase de cambio debido a la persistencia de algunos elementos, sobre todo tipos cerámicos de larga perduración. Sin embargo, sí puede asegurarse que en necrópolis colectivas muy características del Bronce Antiguo, tanto en grutas⁵, como en hipogeos excavados en la roca arenisca, cuyas primeras inhumaciones se datan entre c. el 2000 y el 1800 d.C.⁶, ya no aparece ni un solo fragmento de cerámica incisa de estilo campaniforme regional, verdadero fósil director del calcolítico mallorquín.

Por otro lado, los primeros objetos metálicos (leznas o punzones), con estaño en cantidades que oscilan entre el 6,24% y el 8,52% de la aleación, aparecen ya en el dolmen de S'Aigua Dolça en Mallorca (Rovira 2003), en un intervalo calendárico que se extiende entre 1890 y 1680 d.C.

De igual forma, si tomamos como referencia los cambios que se producen en los asentamientos, los cuales van

⁵ Gruta de Can Martorellet, KIA-15714: 3555 ±30 BP, sobre hueso humano, [2020 (95%) 1770 d.C.], (Strydonck *et al.*, 2002: 48).

⁶ Hipogeo de Son Mulet, UA-18295: 3580 ±75 BP, sobre hueso humano, [2140-1730 d.C.], (Gómez y Rubinos 2005).

ligados, en la mayoría de los casos, a la aparición de estructuras arquitectónicas ciclópeas con planta de herradura alargada (naviformes) de función doméstica, las indicaciones de cronología absoluta sitúan este proceso entre 1700 y 1650 d.C. (Calvo *et al.* 2001b; Salvà *et al.*, 2002). Por todo ello nos parece que, en el estado actual de los conocimientos, los inicios del Bronce Naviforme pueden situarse hacia 1700 d.C., aunque si tenemos en cuenta elementos no exclusivamente arquitectónicos seguramente se podría remontar hacia 1800 d.C.

Sin embargo, ni muchos menos el Bronce isleño puede considerarse una etapa homogénea. Este no es el lugar para entrar con detalle en la discusión, pues sólo nos interesa su desarrollo final, aunque no resulta ocioso recordar la propuesta de periodificación que habíamos hecho hace pocos años (Salvà *et al.*, 2002), basada en la aparición y desarrollo de la arquitectura ciclópea:

BRONCE ANTIGUO O NAVIFORME I: APARICIÓN Y DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA CICLÓPEA NAVIFORME (C. 1700/1600-1400 D.C.).

- Las primeras dataciones claramente ligadas a este tipo de arquitectura permiten aventurar que esta forma de organización social y territorial está ya implantada, tanto en Mallorca, como en Menorca. Poca cosa más puede añadirse sobre la densidad y distribución territorial de los asentamientos naviformes en esta fase. Con toda probabilidad debió de producirse un periodo de coexistencia entre los poblados de cabañas de tradición calcolítica y las primeras construcciones naviformes.
- Permanecen las estrategias de explotación ganadera heredadas del Calcolítico que utilizan abrigos y grutas para la estabulación estacional de ganados, como Son Matge⁷, en Mallorca o Mongofre Nou⁸, en Menorca, y refugios de pastores como Son Gallard⁹.
- En el ámbito funerario seguirán utilizándose como necrópolis colectivas de pequeños grupos familiares los dólmenes; en Mallorca hasta c. 1650 d.C. y en Menorca de forma residual continuarán usándose hasta 1550/1430 d.C. Las necrópolis colectivas en grutas se consolidan y se documenta la existencia de los primeros hipogeos funerarios, tal vez inicialmente de planta sencilla.
- En esta fase algunas grutas menorquinas (Lull *et al.*, 1999) y mallorquinas (Calvo *et al.*, 2001a) son utilizadas seguramente como santuarios rupestres.

Bronce Final o Naviforme II: Generalización y apogeo del Bronce naviforme (c. 1400-1000 d.C.).

- En este periodo ya no se registran, como en el anterior, algunos fenómenos de clara naturaleza arcaizante, como el uso de necrópolis dolménicas. Todo parece indicar que tanto Mallorca como Menorca registran un notable aumento demográfico, como parece sugerir la existencia de asentamientos en tierras muy marginales y escasamente productivas. Ello va unido a un importante aumento de los intercambios con el exterior, como lo indica la calidad y cantidad de los objetos de bronce, en su mayoría de prestigio o suntuarios. Como correlato se produce una intensificación paralela de la producción.
- Faltan dataciones absolutas, pero por las pocas existentes, como las de Rotana y Son Mulet¹⁰ (Gómez Pérez y Rubinos 2005), y por la cronología relativa que nos proporciona el registro arqueológico, es muy probable que en los inicios de esta fase los hipogeos funerarios ya hubiesen entrado en recesión y muchos abandonados, pues los elementos cerámicos y metálicos característicos de este periodo no los encontramos en dichas necrópolis.

TRANSICIÓN HACIA LA CULTURA TALAYÓTICA (C.1000 / 900 D.C.).

- A lo largo de este intervalo se producirá la entrada en crisis de la formación social del Bronce Final o Naviforme II. Muchos asentamientos siguen activos aún entre 900 y 800 d.C. Sin embargo, otros son amortizados o abandonados y aparecen los primeros poblados talayóticos.
- Son clausuradas muchas necrópolis y se producen cambios importantes en los rituales funerarios.
- Los intercambios con el exterior no se interrumpen y en los momentos finales son frecuentes los objetos suntuarios fabricados en hierro. Los recientes hallazgos de Huelva (González de Canales *et al.*, 2004) y las dataciones absolutas de contextos indígenas con hierro, junto a materiales arcaicos fenicios (Torres 1998, Torres *et al.*, 2005; Mederos 2005a; Doctor *et al.*, 2005) evidencian que esta fase coincide con la plena consolidación del fenómeno colonial fenicio en Occidente.

El marco temporal de nuestra aportación, con las precisiones que en cada momento se hagan, se moverá

⁷ El estrato más reciente de esta secuencia, datado sobre muestra de carbón (QL-5, 3350 ±60 BP), está fechado en 1780 (94,%) 1490 d.C., y es prácticamente coincidente con el mismo fenómeno observado en Menorca (Bergadà *et al.*, 2005).

⁸ Intervalo más antiguo: 1930-1680 d.C., intervalo más reciente 1890-1510 d.C., dataciones sobre fauna doméstica (Bergadà y de Nicolàs 2005).

⁹ Datación más reciente, sobre muestra de carbón, para este uso del abrigo: 1520-1430 d.C. (Guerrero *et al.*, 2005).

¹⁰ Hipogeo de Rotana, UA-18291: 3330 ±75 BP [1860-1430 d.C.]; hipogeo de Son Mulet, UA-18297: 3365 ±70 BP [1880-1490 d.C.], ambas sobre colágeno humano.

globalmente, como indica el título, entre c. 1300 y 800 d.C. Esto implica situarnos en la última fase de las comunidades que vivieron en los poblados naviformes y, en su tramo final, en la aparición de la entidad cultural que conocemos como talayótica, equivalente al Hierro I continental. Obviamente, la discusión estará centrada básicamente en el tema que esta obra nos concita, es decir, los intercambios con el exterior.

EL ÁMBITO Y LOS CONDICIONANTES GEOGRÁFICOS

Mientras que la investigación tradicional en las islas nos presentaba una visión de las culturas del bronce balearico fuertemente endogámicas y autárquicas, sin apenas contactos exteriores, la historiografía tradicional que se cuidaba de las primeras navegaciones coloniales a Iberia (García Bellido 1940; 1975) asentó el mito de las islas mediterráneas como puentes o escalas que facilitaron la expansión griega y fenicia hacia occidente. Según esta visión tradicional, el archipiélago balear formó parte de este mítico itinerario marino que desde *Ichnoussa* (Cerdeña), pasaría por *Meloussa* (Menorca), *Kromyoussa* (Mallorca), *Pityoussa* (Ibiza) y *Ophioussa* (Formentera), para dirigirse, desde estas dos últimas islas, hacia las costas peninsulares hasta *Oinoussa* en la costa próxima a lo que más tarde será *Caerte-Hadast* (*Cartago Nova*, Cartagena).

Recientemente hemos sometido a discusión (Guerreiro 2004c) estos antiguos planteamientos desde dos parámetros fundamentales: En primer lugar, tratándose de una ruta marina, deberíamos introducir en el análisis factores de orden meteomarinero para verificar si verdaderamente era practicable con la tecnología náutica del momento, o bien si existían otras rutas alternativas y eventualmente más fáciles y seguras para la navegación. En segundo término, si efectivamente la ruta, definida por los topónimos en *-oussa* o de las islas como puntos de escala intermedios, fue la mejor y más segura, el registro arqueológico debería corroborarlo. Los materiales que encontramos en las estaciones terminales, micénicos primero, y rodios, eubeos, áticos, chipriotas, sardos y fenicios orientales mas tarde, como ocurre en el caso ya citado de Huelva, deberían también, en mayor o en menor proporción, localizarse en las escalas intermedias, entre ellas en las Baleares. Veamos qué hay de realidad en todo ello.

¿CUÁLES FUERON LAS CONDICIONES DE NAVEGACIÓN DURANTE C. 1400-800 D.C.?

Las islas Baleares constituyen el archipiélago más alejado de las costas continentales del Mediterráneo y esto quiere decir que presentan mayor dificultad de acceso que el resto de las islas. La llegada a ellas desde las costas más cercanas del continente (Denia, Valencia, Delta del Ebro), así como la conexión entre las distintas islas puede hacerse mediante navegación de gran cabotaje y cabotaje (Medas 2004: 12-14), que fueron las más practicadas durante la prehistoria y protohistoria mediterránea, y aún lo siguieron siendo durante muchos siglos, constituyendo una forma de navegación importante todavía durante la Edad Moderna (Braudel 2001: 133-139).

La navegación antigua¹¹ tenía una estrecha dependencia del régimen de vientos dominantes durante la temporada de navegación, de la formación de brisas y del tipo e intensidad del oleaje predominante. La deriva de la corriente general del Mediterráneo apenas tuvo incidencia en la conformación de los derroteros, pues sus intensidades cambiantes fluctúan en el mar balear entre 0,2 y 0,5 nudos de velocidad, insuficientes para impedir la navegación en contracorriente, aunque sí para ralentizarla.

Por desgracia, los vientos constituyen el factor climático que no deja rastro arqueológico alguno y las fuentes escritas son por completo insuficientes. Aún con aportaciones extraordinarias como las de Aristóteles¹² y Teofrastos¹³, no contamos con las mediciones y datos estadísticos que serían imprescindibles para valorar correctamente el papel de los vientos, sobre todo a escala regional y local.

Otra cuestión a tener en cuenta es la meteorología histórica. Como es sabido el clima ha sufrido fuertes oscilaciones a lo largo del Holoceno (Harvey 1980; Van Geel *et al.*, 1998; Van Geel y Renssen 1998; Van Geel y Berglund 2000; DeMenocal *et al.* 2000), alternándose episodios fríos con fases más cálidas. El ámbito temporal en el que se centra este trabajo habría conocido el final de una fase cálida que acabó hacia c. 850 (Harvey 1980), momentos en los que se inicia otro episodio frío, cuyo final resulta muy impreciso datar debido a los problemas que presenta la datación absoluta de la Edad del Hierro como consecuencia de la trayectoria amesetada de la curva de calibración, por esta razón es posible que el clima no recuperase su estadio más templado hasta aproximadamente el 300 d.C.

¹¹ Término entendido aquí no en su significación cronohistórica, sino como navegación paleotécnica, es decir, aquella anterior a la aparición de la brújula, la corredera y el cronómetro, elementos que permitieron calcular la estima del barco con relativa precisión. Fue condición indispensable para abordar navegaciones oceánicas y no se superó hasta bien entrada la Baja Edad Media.

¹² Aristóteles, *Meteorológica*, edición de H. D. P. Lee, London 1962; *Aristotele Metereologia*, edición de L. Pepe, Bombiani, Milano 2003.

¹³ Teofrastos, *De Ventis*, edición de V. Countant y V. L. Eichenlaub, Notre Dame, Paris 1975.

La circulación general del aire en la atmósfera no sufrió alteraciones significativas, como parece deducirse de las observaciones sobre la dirección de los vientos en otros episodios fríos que afectaron a Europa desde la Edad Media (Pryor 1995). Un interesante estudio comparativo, realizado por W. Murray (1987), a partir de las informaciones de Aristóteles y Teofrastos, sobre los vientos de la antigüedad clásica, básicamente para el s. IV a.C., y los actuales, concluye que existe una sorprendente equivalencia entre ambos, cosa nada extraña pues correspondería, como ya hemos visto, a una fase bonancible, o al menos de transición hacia un periodo cálido.

Estos cambios climáticos sí tuvieron mucha trascendencia en la intensidad y persistencia de los vientos, por lo tanto debemos considerar que un viento determinante para un derrotero, a lo largo de una fase cálida, aún resultó más decisivo durante los episodios fríos.

Resultaría, por lo tanto indispensable, conocer la circulación general de los vientos en el entorno marino que separa las islas del continente. El archipiélago ocupa una situación central, ligeramente excéntrica desplazada hacia el Oeste, en el circuito de circulación superficial de las aguas muy bien definido por A. Metallo (1955), entre otros (Nielsen 1912; Lacombe y Tchernia 1970).

Esta cuestión se ha estudiado¹⁴ (Hodge 1983) de forma muy detallada para las costas de Marsella y el Golfo de León, lo que nos ahorrará repetir sus argumentos. En una latitud menor, que es la que corresponde a las Baleares, los vientos dominantes, con distintas componentes, son los mismos: mistrales, cierzos y tramontanos ocupan por término medio actualmente 190 días al año (52,1%) y aún durante la temporada de navegación siguen soplando el 57,8% de los días.

La intensidad con la que estos vientos inciden en el paralelo correspondiente al mar balear es algo menor que la señalada para Marsella por A.T. Hodge, aunque la frecuencia y los efectos sobre las posibilidades de conexión entre el continente y las islas se mantienen. Si acepamos que los meses en los que la navegación es mas segura —*mare apertum*—, es decir, de junio a septiembre, temporada ligeramente más amplia que la señalada por Hesíodo (619-694), que sólo consideraba plenamente seguros los 50 días que preceden a la caída de las Pléyades, es decir

desde fines de julio a mediados de septiembre, y la ampliamos, considerando que en el mar balear son igualmente buenos para la navegación la mayoría de los días de junio y muchos de septiembre¹⁵, tendríamos que más de la mitad de los días los vientos son favorables a la derrota que une el delta del Ebro con costas de Menorca y Mallorca.

Estos datos, proporcionados por los derroteros (IHM 2003) son válidos para conocer las condiciones de navegación durante las fases cálidas del Holoceno. Sin embargo, durante los episodios fríos, la incidencia, aún durante el verano, de los vientos mistrales, cierzos y tramontanos, que facilitan las derrotas que unen el Cap de Creus y el delta del Ebro con el canal Mallorca-Menorca, debía de ser todavía mayor (Guerrero 2006). Como contrapartida es necesario suponer que la frecuencia e intensidad de los sirocos, así como de los levantes y vendavales o ponientes sobre las costas del archipiélago debieron bajar considerablemente durante esta estación del año mientras se mantuvo la fase fría.

Podemos concluir enfatizando que, si bien las condiciones generales de navegación en el Mediterráneo durante los episodios fríos no cambiaron sustancialmente, en el mar balear se agudizaron las características meteomarinas que facilitan las conexiones con las costas catalanas y el Golfo de León, mientras que se hacían muy penosas y más difíciles las derrotas Este-Oeste que eventualmente habrían podido conectar Baleares con el bloque corso-sardo.

Las conexiones entre Baleares y las grandes islas de Córcega y Cerdeña presentan otra dificultad náutica muy notoria para las navegaciones prehistóricas: el mar que se extiende entre ambos conjuntos insulares constituye uno de los más importantes «desiertos visuales» del Mediterráneo¹⁶, por lo que se debe navegar en condiciones prácticamente oceánicas, es decir con cálculo de deriva, factor que no pudo resolverse hasta el empleo de la brújula, combinada con la corredera y el cronómetro, por lo tanto, muy difícil de solventar para los marinos de la prehistoria. La presencia de productos sardos en las Baleares o en las costas próximas continentales no es imposible, aunque la ruta de llegada, más larga pero viable, sería subir por el Tirreno hasta la Etruria y desde aquí seguir

¹⁴ Con datos del Metereological Office (1962): *Weather in the Mediterranean*, H.M. Stationery Office, London; Etat-major Général de la Marine, Service Hydrographique (1913): *Instructions Nautiques*, Paris, (Mer Méditerranée, n° 922, Côte sud d'Italie, la Sardaigne, la Sicilie, et les Iles Maltaises; Côte Sud de France et Côtes de Corse).

¹⁵ Las condiciones establecidas por Hesíodo debían tener fuertes variantes locales en función de las condiciones meteomarinas regionales, pues sabemos, a partir del papiro egipcio Ahiqar, que barcos milesios y fenicios llegaban durante diez meses al año y en concreto se citan seis barcos fenicios que atracaron en Egipto durante octubre, noviembre y diciembre del año 475 aC. (citado por Stager 2004).

¹⁶ Éste es un tema ya hace mucho tiempo planteado por G. Schüle (1970), pero que, sin duda, sigue vigente, pues si bien la navegación nocturna se practicó desde el Neolítico, como nos indican algunas travesías sin escalas posibles (Guerrero 2006a), bien documentadas a través de la dispersión de la obsidiana, no es menos cierto que la navegación con la costa a la vista ha sido vital para el marino hasta la Baja edad Media.

el bien documentado derrotero (Guerrero 2004c) de las ánforas etruscas y la cerámica de *bucchero*, seguido después también por el vino y la cerámica campaniense. Las fuentes históricas dejan igualmente constancia bien clara que ésta ruta y no otra era la más segura para conectar el Tirreno con las Baleares. Por un lado, tenemos el relato del accidentado viaje de Posidonio (Medas 2005) que intenta pasar de Iberia a Roma (Estrabón, III, 2, 5) siguiendo un derrotero de alta mar. Mientras que, por otro, resulta útil recordar la derrota seguida por el experimentado marino Eudoxo de Cízico (Mederos y Escribano 2004b) cuando volvía de su tercera expedición a la India (c. 120 aC), de la cual Estrabón (II, 3, 4) nos dice que «Llegó primero a Dicearquía, luego a Masalia y a continuación, siguiendo la costa, hasta Gadeira». Aparentemente podría haber acortado el regreso navegando desde Cerdeña hasta la costa Sur de la península Ibérica, pasando por las Baleares, sin embargo, su experiencia le dictaba que el viaje era más seguro, aunque más largo, costeadando en cabotaje el Golfo de León, seguir por el Levante y Sur peninsular hasta llegar a Cádiz.

Incluso para las embarcaciones de propulsión mixta como las galeras, las cuales además de las velas, eran propulsadas por un número importante (30/50) remeros, se ha señalado (Pryor 1995: 215) que el derrotero Baleares-Cerdeña era muy inusual, pues las 350 millas de distancia, incluso con vientos favorables, requería pasar tres o cuatro noches en el mar, en navegación muy peligrosa y con graves riesgos, que se incrementaban en primavera y otoño.

Entre los factores que debemos considerar muy condicionantes para la navegación es, no sólo la dirección, sino también la intensidad de los vientos, lo cuales conforman el oleaje que deben capear las embarcaciones. Según los datos proporcionados por los derroteros (IHM 2003: 11) estos vientos favorables no superan en el 83,4% de los días, durante la temporada de navegación, la fuerza de los 20 km/h (menos de cuatro nudos), lo que supone una mar con oleaje suave, entre mar rizada y la marejadilla¹⁷ (de llana a rizada, olas de 0,6 a 1 m), aunque algo más bravío¹⁸ en las proximidades de la costa continental. Este tipo de oleaje constituye una

situación óptima para la navegación incluso con las barcas más ligeras propias de la Edad del Bronce (Guerrero 2004a; en prensa 2006a y a). Sin embargo, las dificultades se agudizaron durante los episodios fríos, pues la mayor intensidad de los vientos convertiría la marejadilla en una situación bastante frecuente de la superficie del mar.

¿QUÉ DERROTOS FACILITARON LOS INTERCAMBIOS?

Un análisis del registro arqueológico en las islas, basado únicamente en los indicadores o fósiles directores¹⁹ cuyo origen está certeramente atribuido, nos ha permitido comprobar (Guerrero 2004c) que los grandes derroteros definidos por las condiciones meteomarinas coinciden perfectamente, como cabía esperar, con los circuitos de distribución de estas mercancías de importación. Para el caso del archipiélago balear eran básicamente dos:

Circuito del Sureste

Englobaría un área marina de forma más o menos triangular con base en la costa alicantina y valenciana meridional, y unos límites teóricos aproximados entre el Cabo de Palos, por el Sur, y la desembocadura del río Segura, por el Norte. Conformaría el área natural de conexiones por excelencia entre el bloque pitiuso y las tierras continentales de la península ibérica. El conjunto de Ibiza-Formentera quedaría incluido en la categoría de islas que pueden ser divisadas desde el continente o categoría «A» de Patton (1996). Pues efectivamente, en condiciones óptimas de visibilidad las islas se comienzan a divisar desde la costa firme en los altos del Montgó de Denia, e igualmente desde las zonas altas de la costa ibicenca en Cala d'Hort puede divisarse en el horizonte la costa de Denia. Mientras que desde Es Vedrà de Ibiza es posible en ocasiones divisar la silueta de la costa continental²⁰.

No sabemos desde cuándo las comunidades continentales comenzaron a cruzar el canal que separa Ibiza de Denia²¹. La posibilidad de que una frecuentación del mismo haya ocurrido mucho tiempo antes del asentamiento definitivo de grupos humanos en las islas no

¹⁷ Según la escala Beaufort utilizada por el Canadian Meteorological Center, Meteorological Service of Canada. En el proyecto de experimentación náutica *Papyrella* (Tzalas 1989; 1995) se navegó con cierta normalidad soportando vientos de fuerza 5 a 6 y olas de 1,5 m equivalente a marejadilla.

¹⁸ En la navegación experimental *Monoxilón* (Tichý 1997), la barca de casco monóxilo, con once tripulantes y sus provisiones, soportó bien vientos en ocasiones de hasta de 50 km/h que levantaba olas de 2 a 3 m, equivalente a una superficie del mar entre marejada y mar gruesa.

¹⁹ El seguimiento se hizo desde c. 2300 al 123 d.C., aunque naturalmente la contrastación más sólida la han proporcionado las cerámicas clásicas que circularon por el Mediterráneo central y occidental entre c. 800 y el 123 d.C.

²⁰ Agradecemos estas indicaciones a nuestros colegas y amigos B. Costa y M. Calvo que han podido verificarlo.

²¹ Las condiciones náuticas para la navegación antigua en este sector pueden consultarse en Guerrero (2004c) y Moreno (2005).

es descartable²², sino que, por el contrario, resulta bastante probable, aunque arqueológicamente sea difícil constatarlo. Tal vez pueda rastrearse su utilización desde el calcolítico con algunas probables influencias en las islas (Calvo y Guerrero 2002), como podrían ser las cerámicas campaniformes de la Cova des Fum en Formentera, la industria lítica de sílex tabular aparecida en la Punta des Jondal²³ de Ibiza; la cual tiene paralelos muy próximos en Mallorca, aunque también en una cabaña del poblado calcolítico alicantino de la Sierra de Crevillente (González Prats 1986a), así como en la Cova Santa, al Norte de Río Segura (Martí 1981). La proximidad de las costas alicantinas a la isla de Ibiza debe ser en este caso resaltada a los efectos que estamos analizando.

Durante la protohistoria, la intensa presencia ebusitana en el levante peninsular enfatiza precisamente esta fácil conexión marina entre el bloque pitiuso y la costa alicantina, como bien demuestra la importante concentración anfórica ebusitana (Ramón 1991; 1995) y circulación las monedas de la ceca 'ybšm (Campo 1983) en esta región.

Circuito Cataluña, Golfo de León y Baleares

Constituye un área de frecuentación marina de forma aproximadamente triangular (Guerrero 2004c) cuyo límite norte podemos situar de forma convencional en la desembocadura del Ródano y continuando por la costa continental hasta aproximadamente el delta del Ebro, que, con distintas derrotas de componente N-S, se dirigen a Menorca, o a Mallorca enfilando el canal que separa ambas islas.

La confirmación arqueológica de su frecuentación, por lo que respecta a las Baleares, puede remontarse igualmente hacia c. 2500 d.C.²⁴, si nos apoyamos en un registro arqueológico bien contrastado del calcolítico campaniforme mallorquín, pero pudo tener incidencia desde c. 3200/3000 d.C., como parecen sugerir las dataciones antes citadas de Son Matge y Son Gallard. Los mejores fósiles directores están constituidos por los estilos campaniformes, uno de ellos el de Son Salomó, así como por las correspondencias entre las tradiciones dolménicas de las islas (Guerrero y Calvo 2001) y las catalanas.

EL BRONCE Y OTROS ELEMENTOS EXÓTICOS COMO INDICADORES

Hasta la fase correspondiente al Bronce Final (c. 1400/1300 d.C.), el utillaje metálico lo constituían instrumentos de factura relativamente simple, estaban fabricadas en aleaciones pobres en estaño y la variedad formal era muy escasa: básicamente cuchillos de hoja triangular, de diferentes tamaños, con remaches para la fijación del mango y leznas o punzones (Salvà *et al.* 2002). La escasez y pobreza de las aleaciones sugieren unos intercambios de baja intensidad y seguramente una procedencia escasamente variada.

Sin embargo, durante el Bronce Final se produce un cambio muy significativo que da un giro radical al abastecimiento de materias primas en Mallorca y Menorca, sin que por el momento afecte a las Pitiusas. Un importante hallazgo de moldes de fundición amortizados como piedras de la solera del hogar en una vivienda naviforme del poblado de Hospitalet (Pons 1999: 101) nos puede permitir fijar este cambio con bastante aproximación antes de 1210 d.C., límite *ante quem* de una serie de dataciones²⁵ hechas sobre carbones de dicho hogar. La naturaleza de vida larga de las muestras no permite fijar con precisión cuándo se inicia este cambio, aunque el registro arqueológico que más tarde analizaremos sugiere que tentativamente podría situarse hacia 1400/1300 d.C. El cambio no sólo afecta a la variedad formal de los implementos, sino también, y sobre todo, a la riqueza de las aleaciones, que en algunos casos llegan a tener cera del 20% de estaño (Calvo *et al.* 2001a: 14-16).

Una vez más podemos constatar que las Baleares no quedan al margen de las grandes transformaciones que se producen en el Mediterráneo, pues *grosso modo*, este mismo cambio se produce (Pare 2000a) en el Egeo entre 1600-1400 d.C., en el Sur de Italia hacia 1400-1300 d.C. y en el SE de la península Ibérica entre 1500 y 1400 d.C.

Antes de entrar en el análisis de los instrumentos metálicos nos interesa recordar que este fenómeno en gran medida coincide con una explotación más sistemática e intensiva de las fuentes proveedoras de estaño de la península (Ruiz-Gálvez 1993); lo que concuerda cronológicamente con la presencia de algunas cerámicas a torno, escasas pero muy sugerentes, en el Sur peninsular. Un grupo

²² En estos procesos juega un papel muy importante la intervisibilidad entre territorios separados por el mar, como se ha podido comprobar en los mecanismos de colonización de distintos grupos de islas tanto del Mediterráneo (Broodbank 2000), como del Pacífico (Irwin 1992; Graves y Addison 1995).

²³ Agradecemos la información a nuestro colega y amigo Joan Ramón que tiene en estudio este material.

²⁴ Tampoco aquí pueden descartarse visitas más o menos frecuentes a las islas, algunas muy antiguas, tal vez preneolíticas como parecen apuntar los hallazgos líticos de Menorca recientemente estudiados (Fullola *et al.* 2005). En cualquier caso en el intervalo c. 2900-2500 d.C. existen ya dataciones radiocarbónicas en abrigos con estabulación de ganados (Bergadà *et al.* 2005), que coinciden con otras, tanto en abrigos, como en poblados de cabañas (Guerrero *et al.* 2005).

²⁵ UBAR-390: 3140 ±60 BP [1530-1250 d.C.]; UBAR-389: 3110 ±50 BP [1500-1210 d.C.]; UBAR-388: 3070 ±50 BP [1440-1130 d.C.].

de ellas aparecieron en el interior de una cabaña de adobe del asentamiento postargárico granadino de Purullena (Molina y Pareja 1975, 52, 102), acompañadas de otras cerámicas aborígenes tipo *Boquique* y piezas con decoración excisa. El contexto datado a partir de una muestra de trigo carbonizado²⁶ (Ruiz-Gálvez 2005b) puede situarse antes de 1260 d.C.

Una segunda confirmación de la presencia de cerámicas a torno orientales en la península Ibérica durante el Bronce Tardío, se produjo ya hace años en el yacimiento cordobés de Montoro, conocido como Llanete de los Moros (Martín de la Cruz 1994), su pertenencia al grupo de cerámicas micénicas, seguramente de la Argólida, hoy provoca ya muy pocas dudas. La cronología absoluta de estos hallazgos, que sólo puede ser tenida en cuenta como referencia *post quem*, debido a que la muestra es un carbón, nos sitúa el contexto en el que las cerámicas fueron halladas entre 1420 y 1120 d.C.²⁷ (Ruiz-Gálvez 2005b), mientras que la presencia, como en el caso de Purullena, de cerámicas de *Boquique* y otras con decoración excisa nos remite igualmente a una entidad arqueológica propia del Bronce Tardío.

Las cerámicas micénicas, y otros productos asimilados, son por completo desconocidos en las Baleares. La expansión del comercio micénico directo, a juzgar por la dispersión de cerámica micénica en el Mediterráneo Central (Vagnetti 1983; Gras 1985: 57-64; Domínguez Monedero 1989: 41-53; Mederos 1999b) no parece haber traspasado el eje sardo, por lo que los productos del Egeo, y orientales en general, que encontramos en Occidente debieron difundirlos barcos indígenas operando a través de sus propias redes de intercambio.

La coincidencia entre las fechas que hemos señalado y la dependencia absoluta que las islas tienen de las importaciones de estaño hace muy difícil pensar que ambos fenómenos, presencia de cerámicas micénicas en la Península y cambios en la metalurgia balear, no tengan algún elemento en común, aunque sólo sean factores tangenciales e indirectos. Queda fuera de toda duda que el estaño, o el bronce de muy buena calidad, llegan regularmente y en cantidades apreciables a las Baleares durante el Bronce Final, y ello aparece también unido a un cambio radical en el tipo y en el significado de los implementos

metálicos, lo que sugiere, por extensión, la existencia de algún cambio cultural y seguramente político generado por la necesidad de controlar estos intercambios de productos exóticos.

La llegada de tanto estaño a las islas es totalmente incompatible con un sistema cerrado, por lo tanto, las comunidades baleáricas no estuvieron al margen, sino integradas en un sistema internacional de intercambios, compartiendo valores comunes con otras culturas contemporáneas, aunque, como explica K. Kristiansen (2001), estos se resocialicen y recontextualicen en un ámbito puramente local.

Los objetos elaborados en estaño puro son extraordinariamente raros; pueden señalarse algunos hallazgos en la Europa nórdica en forma de remaches y cuentas de collar (Primas 2002; 2003). En el Mediterráneo este metal se conoce únicamente en forma de materia prima lista para fundir, incluso navegando entre la carga de los barcos para ser utilizada por metalúrgicos que viajaban entre la tripulación (Galili *et al.* 1986) de los barcos mercantes; por esta razón no deja de ser sorprendente que sean precisamente las Baleares, y concretamente Menorca, la isla donde se hayan localizado elementos manufacturados con estaño puro (figura 1), tan raros en la metalurgia mediterránea. En un caso se trata de tres cuentas aparecidas en la necrópolis de inhumación colectiva del abrigo rocoso de Mongofre (Montero *et al.* 2005), que aparecieron en un contexto removido por un antiguo expolio, pero las excavaciones hechas en lo que se conservaba de la necrópolis han proporcionado tres dataciones radiocarbónicas²⁸ que nos indican un abandono seguro de la misma antes de c. 800 d.C., aunque el uso inicial del cementerio puede remontarse hasta c. 1200 d.C. Muy recientemente en la necrópolis de la Cova des Pas²⁹, algunos individuos adultos que conservaban trenzas y coletas tenían prendidos en ellas agujas o pasadores de pelo de madera, cuyo extremo aparecía decorado con múltiples aritos de estaño 100% puro. Aunque se está a la espera de tener la serie completa de dataciones absolutas, los primeros resultados³⁰ indican que las inhumaciones más antiguas comenzaron a enterrarse en la necrópolis hacia 1250 d.C., la cual fue abandonada hacia 800 d.C.

²⁶ GrN7284: 3095 ±35 BP (1440-1260 d.C.).

²⁷ CSIC795: 3060 ±60 BP [1440-1120 d.C.]. Existe otra datación (Ruiz-Gálvez 2005b) del nivel superior que nos sirve de límite *ante quem*: CSIC974: 3020 ±60 BP [1420-1050 d.C.].

²⁸ UBAR-416: 2830 ±60 BP [1220-840d.C.]; UBAR-417: 2770 ±60 BP [1090-810 d.C.]; UBAR-415: 2730 ±60 BP [1010-800 d.C.], todas sobre huesos humanos.

²⁹ Excavada por un equipo multidisciplinar coordinado por V.M Guerrero, M. Calvo, J.M. Fullola y M. A. Petit, trabajo en preparación para su próxima publicación.

³⁰ KIA-29180: 2920 ±30 [BP 1260-1010 d.C.], sobre fibra vegetal de las ligaduras del cadáver; KIA-29181: 2675 ±30 BP [895-795 d.C.], sobre corteza del travesaño de una parihuela.

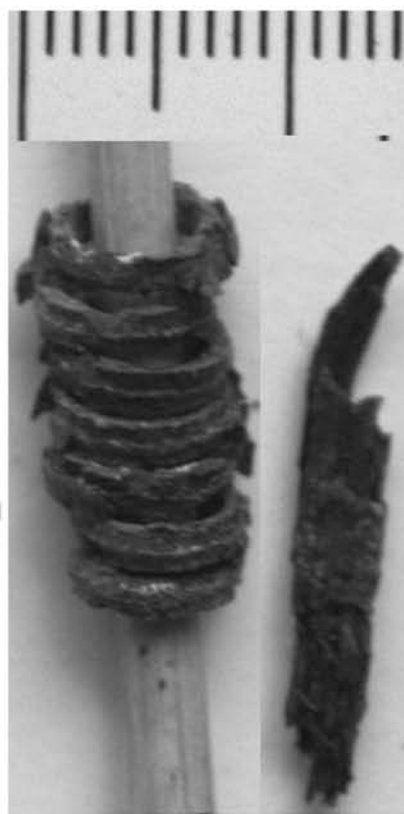


Figura 1

Elementos de estaño hallados en Menorca: 1) Pasador de pelo con aritos de la Cova des Pas (junto a los aros fragmento original del pasador), 2) Cuentas de la necrópolis de Mongofre (según Montero *et al.* 2005).

Estos hallazgos menorquines recalcan de nuevo que las Baleares durante esta fase del Bronce Final (c. 1250-1000 d.C.), lejos de constituir enclaves aislados, desarrollaron un alto nivel de contactos e intercambios con el exterior y, precisamente, el estaño, o las aleaciones metálicas que lo contienen constituyen uno de los indicadores más firmes para mantener esta tesis.

La cronología absoluta inconfundiblemente ligada a contextos constructivos de la arquitectura de prestigio de aspecto turriforme de la Edad del Hierro (cultura talayótica) ha permitido encuadrar razonablemente bien los inicios de esta entidad arqueológica (Guerrero *et al.* 2002; Guerrero 2004b). Esta serie de dataciones radiocarbónicas, permite sostener que sus inicios no remontan c. 900 d.C., aunque pudieron darse algunas manifestaciones precoces (Salvá *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 2002) entre el 1000 y el 900 d.C.

Como consecuencia de ello la panoplia de instrumentos de bronce, que tradicionalmente venían considerándose talayóticos, como el denominado «machete de Lloseta», los pectorales, «cinturones», «espejos» y espadas de empuñadura metálica y pomo, así como las cuchillas de curtidor de forma semilunar (Delibes y Fernández-Miranda 1988), son realmente anteriores (Salvá *et al.* 2002) y deberían adscribirse la mayoría de ellos al Bronce Final y algunos, como muy tarde, al momento final o de transición c. 1000/900 d.C. Precisamente uno de los moldes de fundición que aparecieron amortizados y reutilizados como piezas de la solera del hogar del naviforme de Hospitalet (figuras 2 y 3), antes señalado, servía para fabricar machetes del tipo «Lloseta» (Delibes y Fernández-Miranda 1988).

La mayor parte de estos bronceos son conocidos a partir de lotes amortizados en los momentos iniciales de la cultura talayótica, como podría ser el caso del depósito de Es Mitja Gran, descubierto en una dependencia a los pies de un gran turriforme talayótico (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 46-49) y el mismo de Lloseta (figura 3) ya citado.

La datación de estos conjuntos debe hacerse con cierta precaución, pues los implementos componentes de la amortización están lejos de ser sincrónicos. El caso más claro lo tendríamos en el de Lloseta, donde la fundición del machete podría remontarse a c. 1300-1200 d.C., mientras que otros objetos, como el espejo, no deberían ser muy anteriores a 900-800 d.C.

Los depósitos de objetos metálicos deben ser interpretados como actos rituales, que dejan fuera de circulación instrumentos propios y frecuentes del Bronce Final, en línea con lo que igualmente ocurre en otros lugares del continente durante el Bronce Final (Ruiz-Gálvez 1995b; Kristiansen 2001, 115-130) desde aproximadamente el 1100 al 900 d.C. Todo ello enfatiza el carácter de valor



Figura 2
Detalle del molde de fundición de Hospitalet.

social de estos objetos, más que el económico, pues, salvo los escoplos y las hachas, el resto son claros elementos de prestigio y de ostentación de rango. Aunque, sobre todo, nos recuerdan que las comunidades baleáricas compartían con las continentales muchos aspectos en la esfera del pensamiento simbólico e ideológico, y que en ningún caso las mismas constituyeron una especie de «reserva indígena» aislada y al margen de las corrientes culturales que imperaban, tanto en el Mediterráneo, como en la Europa continental.

Desde hace bastante tiempo se ha venido sugiriendo (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 170-173) la existencia de relaciones con el Bronce Final centroeuropeo para muchos de los prototipos de estos objetos metálicos de las Baleares, como las espadas, pectorales o los alfileres de cabeza hueca. Estos últimos elementos, de los que se conocen al menos cuatro en las Baleares, tal vez ligados a vestimenta suntuaria, tienen sus mejores paralelos en ejemplares de Dinamarca, Wessex y Suiza (Kristiansen y Larsson 2006: 32). En este mismo sentido, seguramente deberíamos tener presente la extraordinaria similitud entre los pectorales de varillas baleáricos y algunos ejemplares del Báltico (Pydyn 2000).

Este planteamiento de las relaciones con el Centro y Norte de Europa encuentra soporte en el análisis (Guerrero 2004c) de los derroteros marinos que mejor pueden facilitar los contactos de las islas con el continente, pues

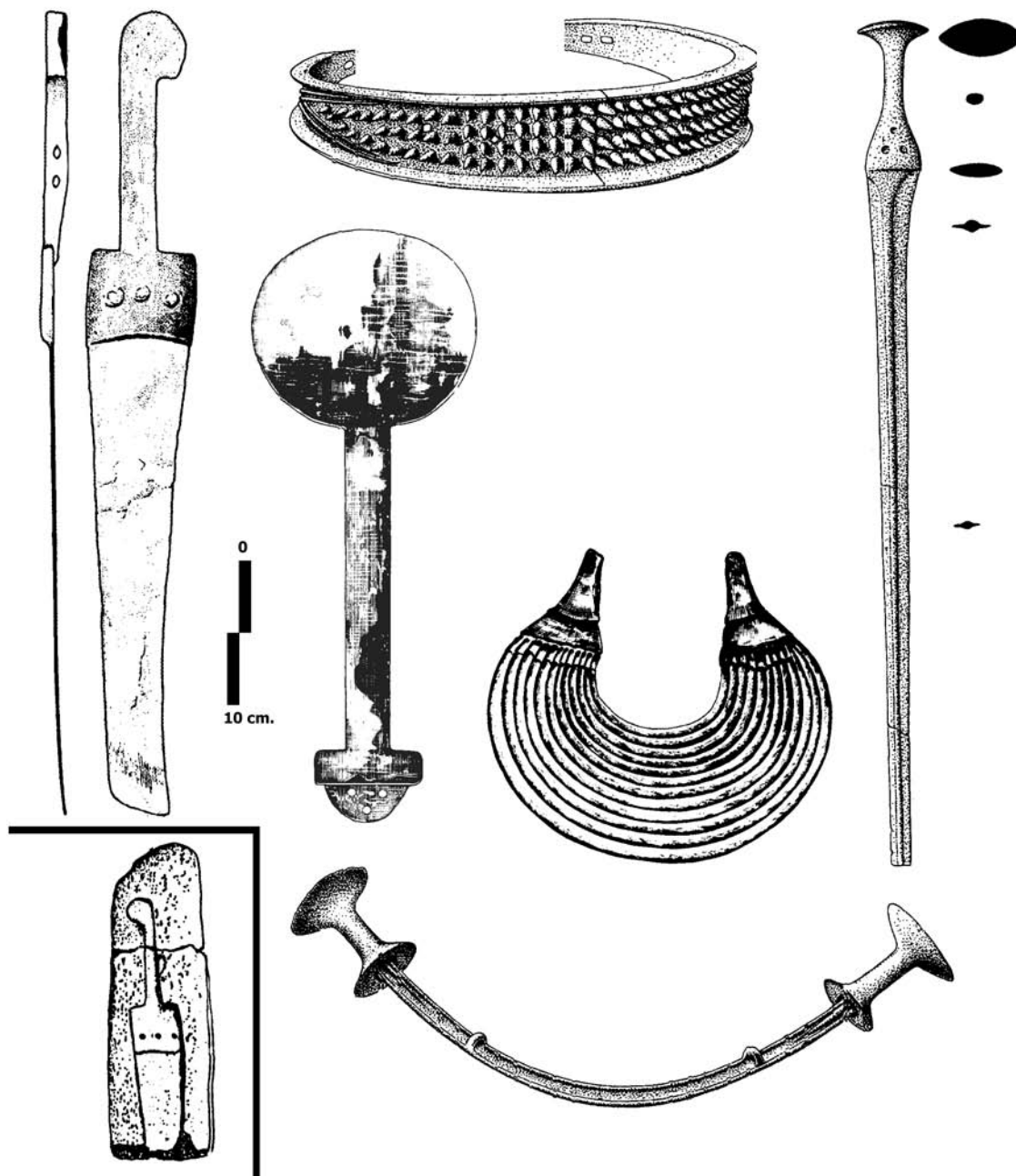


Figura 3
Depósito de bronce de Lloseta y molde de fundición de un machete miniaturizado aparecido en Hospitalet.

una de las vías naturales de salida de materias primas y mercancías elaboradas centroeuropeas es precisamente la desembocadura del Ródano. Desde aquí, como ya se ha dicho, las corrientes ciclónicas permiten tomar derrotas hacia Cerdeña, por el Este, o bien hacia el Cap de Creus y delta del Ebro, por el Oeste, si se viaja hacia la península Ibérica, o Sur-Oeste si se pretende acceder a las Baleares. Ésta es también una de las áreas costeras desde la que pudo redistribuirse a las Baleares distintos modelos de hachas de cubo (Huth 2000).

Precisamente para corroborar esta cuestión tenemos un paradigmático caso en el barco hundido en Agde, en la costa Oeste de la desembocadura del Ródano (Bous-

caras y Hugues 1972). En este pecio se hallaron unos 800 kg de metal compuesto por lingotes de estaño, galena en bruto, elementos manufacturados, herramientas especializadas en el trabajo metalúrgico, además de chatarra, rebabas y goterones metálicos para ser refundidos. Los propios investigadores ya consideraron este contexto como perteneciente a «fodeur ambulant qui avait frété le navire», para hacerlo funcionar en las escalas previstas del viaje. Algunas piezas del cargamento de esta nave son precisamente bien conocidas en las Baleares, como son los torques o brazaletes dentados, agujas de cabeza esférica, los adornos con cadenetos o hachas de cubo y puntas de lanza de empuñadura tubular.

Uno de los elementos metálicos, no abundantes pero sí característicos del Bronce Final balear, son los denominados «espejos», cuyo uso debe situarse entre el 1000 y el 850 d.C., momento en el que son amortizados en depósitos votivos, como el mallorquín de Lloseta (Delibes y Fernández Miranda 1988: 36-39), o el menorquín de la Cova des Mussol (Lull *et al.* 1999: 121-124). La vigencia de estos espejos durante el Bronce Final queda enfatizada por el hallazgo de uno de ellos en el edificio naviforme del poblado de Son Julià (Colominas 1915/20:562).

Su origen es incierto, aunque parece un elemento de raigambre mediterránea en el que pueden identificarse tradiciones distintas de fabricación, bien manifestadas en los diferentes tipos de enmangues (Harrison 2004: 154-156), constituyendo el SW de la Península Ibérica una de las regiones en la que confluyen muchas de ellas (Celestino 2001a), incluidos los mangos de tradición sarda. Se ha sugerido la relación de los espejos balearicos con el nurágico sardo (Lull *et al.* 1999: 124), aduciendo como ejemplo el ejemplar de la gruta de Piroso-Su Benatzu (Lilliu 1987: 157-158), datado entre 820 y 730 (sin cal.) a.C. Sin embargo, los sistemas de fijación de los balearicos nada tienen que ver con los sardos, cuyos característicos mangos calados los apartan netamente de los espejos conocidos en Baleares.

Entre los elementos metálicos que debemos considerar como fruto del comercio ultramarino durante el final de esta fase son los collares de cadenas de bronce, con colgantes en forma de cordero y adornos terminales de esferas del mismo metal (figura 4.1), como el de Cales Coves (Veny 1982: 86), que pudo ser introducido en las islas durante los primeros contactos de los mercaderes fenicios con los aborígenes de las islas. Así parece indicarlo su presencia en los yacimientos ya citados de Aldovesta (figura 4.3) y del pecio de Rochelongues (figura 4.2). Este tipo de collares tiene una amplia difusión en el área catalana desde el siglo VII aC (Rafel 1997) bajo influencias fenicias. Su llegada a las Baleares igualmente resulta coherente con una de las dos áreas marítimas de contactos que hemos señalado: la costa de Cataluña y el Golfo de León.

También la fayenza constituye un buen indicador de contactos continentales en estos momentos del tránsito entre el Bronce Final y los inicios del Hierro en las Baleares. Por el momento, los únicos análisis sobre los componentes y elementos traza para identificar el origen de esta producción en las Baleares se han realizado a partir de las cuentas de collar aparecidas en la menorquina cueva del Càrritx, junto a otras de diferentes lugares de Mallorca. A partir de ellos todo parece indicar que pueden estar fabricadas en ambientes centroeuropeos, probablemente Suiza (Herderson 1999). La salida de estos

elementos suntuarios hacia vías marítimas pudo seguir precisamente la misma ruta del Ródano y, desde aquí, distribuirse a confines ultramarinos.

Otra de las materias exóticas ligadas a los intercambios del Bronce Final en las Baleares es el marfil, una de cuyas piezas más singulares la tenemos en la gruta menorquina de Es Mussol (Lull *et al.* 1999: 143). Su ruta de llegada a las islas es más compleja; un buen elemento de análisis nos lo brinda el barco fenicio hundido hacia mediados del s. VII aC en el lugar denominado Bajo de la Campana de la costa murciana del Mar Menor (Roldán *et al.* 1995; Mederos y Ruiz 2004), el cargamento de ánforas fenicias occidentales venía completado por defensas de elefante con inscripciones tirias o sidonias y una carga de metal compuesta por lingotes de estaño, algunos de los cuales se habían adherido a las defensas de elefante. Hace años, de forma muy acertada a nuestro juicio, la presencia de lingotes de estaño y defensas de elefante fue tomada (López Pardo 1992) como un indicador sólido de que el barco había partido con su carga de un puerto atlántico, seguramente la propia Gadir, planteamiento que viene enfatizado por la frecuencia con la que aparecen hallazgos de defensas de elefante en contextos fenicios y púnicos submarinos del Atlántico portugués (Cardoso 2001). El trayecto final de la ruta del marfil, desde Cartagena y la costa del SE, se debía de hacer siguiendo el derrotero que une Ibiza al continente y desde aquí a las Baleares que ya hemos señalado. Es interesante recordar la presencia de lingotes de estaño junto al marfil en este pecio, pues una de las rutas principales de llegada del estaño a las islas pudo ser igualmente la que nos delimita el derrotero seguido por esta nave fenicia de Occidente.

Para finalizar con la cuestión de los indicadores sobre los contactos con el exterior, convendría recordar que algunos investigadores (Kristiansen y Larsson 2006: 116-118) plantean que esta circulación de bienes de prestigio, no es

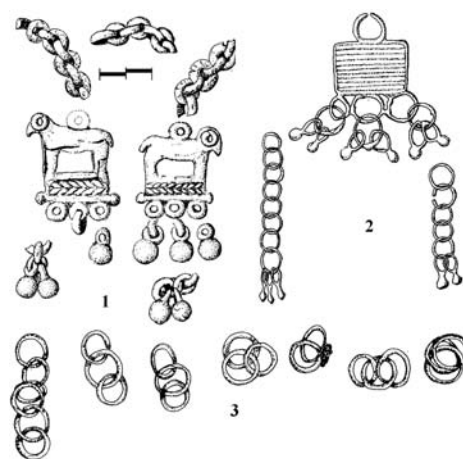


Figura 4
Adornos de cadenas (1) de Cales Coves, Menorca, (2) del pecio Rochelongues y (3) de Aldovesta.

sólo un fenómeno comercial, sino que también evidencia movimientos de personas que transmiten una serie de gustos y valores a tierras muy lejanas, cuestión que compar- timos plenamente.

LA CONTRAPARTIDA ABORIGEN

Parece fuera de toda duda que esta importante llega- da de estaño y bronce, además de marfil y fayenza, a las islas debió de tener una contrapartida de pago en forma de trueque, bajo los mecanismos del «don y contradon» (Godelier 1998) o bajo cualquier otra fórmula. Por lo tan- to, debería poder verificarse en el registro arqueológico que media entre c. 1300 y 900 d.C. la existencia de indi- cadores más o menos evidentes y señales claras de una intensificación de la producción con la que hacer frente a estas relaciones de intercambio intenso y regular.

Si recordamos las categorías de objetos de metal (espe- jos, pectorales, diademas, tocados, espadas de parada, agu- jas de cabeza esférica *versus* pasadores para vestimenta sun- tuaria) típicos de esta fase, si exceptuamos los escoplos y las hachas, ninguno tiene carácter utilitario en la esfera de la producción, sino en la de las relaciones de poder. Estas formaciones sociales, en las que el control por el acceso a los bienes de prestigio constituye una de las piezas claves sobre las que se articulan las relaciones de poder, generan necesariamente un incremento notable de la producción, mucho más allá de las necesidades básicas del grupo fami- liar, para dedicarlas a contrapartidas destinadas al pago de los bienes de prestigio. Veamos si todo ello tiene algún tipo de correlato en el registro arqueológico correspon- diente a este periodo.

El único poblado naviforme que está siendo investi- gado de forma rigurosa y exhaustiva, no sólo los elemen- tos arquitectónicos singulares, sino todo el solar que ocu- pa el asentamiento, es el conocido como Closos de Can Gaià³¹ (Calvo y Salvà 1999; 2002). Las excavaciones han permitido documentar que algunas estructuras domésti- cas, como el naviforme nº 1, se construyeron hacia 1700/1600 d.C. (Salvà *et al.* 2002). Sin embargo, lo que nos interesa consignar ahora es que hacia 1350 d.C. se constatan cambios muy sustanciales en el asentamiento, los cuales pueden, efectivamente, relacionarse con una intensificación relevante de la producción en esta comu- nidad. Hacia estas fechas³² comienza a funcionar un com- plejo de estructuras relacionadas con trabajos comunales que incluyen varias dependencias (figuras 5 y 6) y un gran



Figura 5
Vista parcial del centro de producción comunal del poblado de Clo- sos (Mallorca) y detalle de uno de los naviformes.



Figura 6
Vista parcial del centro de producción comunal del poblado de Closos (Mallorca) y detalle del depósito o almacén rectangular.

³¹ Las excavaciones se iniciaron en 1996 y están dirigidas por B. Salvà, M. Calvo y J. Fornés; aunque la memoria completa de los trabajos está en preparación, ya se han dado a conocer en diferentes ocasiones parte de la serie de dataciones radiocarbónicas (como último Oliver 2005) con comentarios de los contextos que se les asocian. Debemos agradecer sinceramente que los directores nos hayan permitido consultar datos e infor- mes aún inéditos y nos hayan cedido las fotos que aquí se publican.

³² KIA-11233: 3065 ±35 BP, sobre hueso de herbívoro [1420 (91,9%) 1250 d.C.].

depósito o almacén alargado y estrecho (figura 5) cuyos muros están compuestos de grandes losas ortostáticas.

Los análisis de los estudios arqueofaunísticos están aún sin finalizar, aunque una primera impresión de los hallazgos permite sugerir que estamos ante un posible depósito comunal en el que se guardaron, entre otras cosas, partes de animales descuartizados, como parece sugerir la presencia de extremidades de bóvido completas y el algún caso semiarticulada.

La excavación de las estructuras anexas ha puesto al descubierto grandes concentraciones de cenizas, fauna troceada, e instrumentos macrolíticos, como molinos; todo ello parece evidenciar actividades ligadas al procesamiento de productos ganaderos. La extensión de esta área de trabajo comunal (figura 5 y 6) no puede precisarse, pues aún no está toda al descubierto, aunque el espacio ya excavado ronda los 400 m²; es difícil pensar que unas estructuras de este calibre estén destinadas exclusivamente al consumo doméstico interno de la propia comunidad. Todos los datos sugieren que se estaba produciendo una importante cantidad de excedentes destinados al intercambio. Lo que unido a la presencia de grandes vasijas toneliformes y a la existencia de una red de puntos de escala costeros, de la que nos ocuparemos seguidamente, parece completar un complejo panorama de intercambios a gran escala por vía marítima, cuyo ámbito de acción hoy por hoy es difícil de calcular, pero es seguro que tenía al menos una dimensión regional que abarcaba Mallorca y Menorca de forma muy intensa y tal vez en menor medida las Pitiusas.

Uno de los equipamientos más singulares de algunas unidades arquitectónicas domésticas naviformes es la presencia de unas estructuras de combustión extraordinariamente complejas (figura 7), se trata de grandes hogares con plataforma y fogón o caja para conservar las brasas. Los mejor documentados (Rosselló 1993) se han podido estudiar en los naviformes de Son Oms, Canyamel y Hospitalet. Las dataciones absolutas de los ejemplares de Hospitalet³³ y Canyamel³⁴ (Pons 1999: 101) nos indican que estos hogares estaban ya en uso hacia 1300 d.C., y siguieron aún vigentes en torno a 1000/950 d.C., es decir, hasta los momentos finales del Bronce naviforme, como nos demuestra el ejemplar aparecido en una de las dos unidades del conjunto naviforme geminado de Son Oms³⁵. Por lo tanto, a pesar de la incertidumbre que producen las muestras de vida larga, y una cierta imprecisión derivada de la alta desviación típica o error asociado del ¹⁴C, parece fuera de toda duda que todos los casos

conocidos pueden asociarse a la temporalidad que estamos analizando.

Estas enormes estructuras de combustión aparecen, salvo en Hospitalet, en edificios geminados o dobles (figura 14), uno de los cuales, el de mayor superficie, está sistemáticamente carente de las estructuras propias de mantenimiento del hogar, las cuales se concentran en el edificio gemelo adosado, circunstancia que, en el estado actual de los conocimientos sobre estas comunidades, permitiría pensar en un uso como almacén para productos perecederos en el naviforme grande, pues el equipamiento cerámico de estas estructuras arquitectónicas es escasísimo y en algunos casos por completo inexistente.

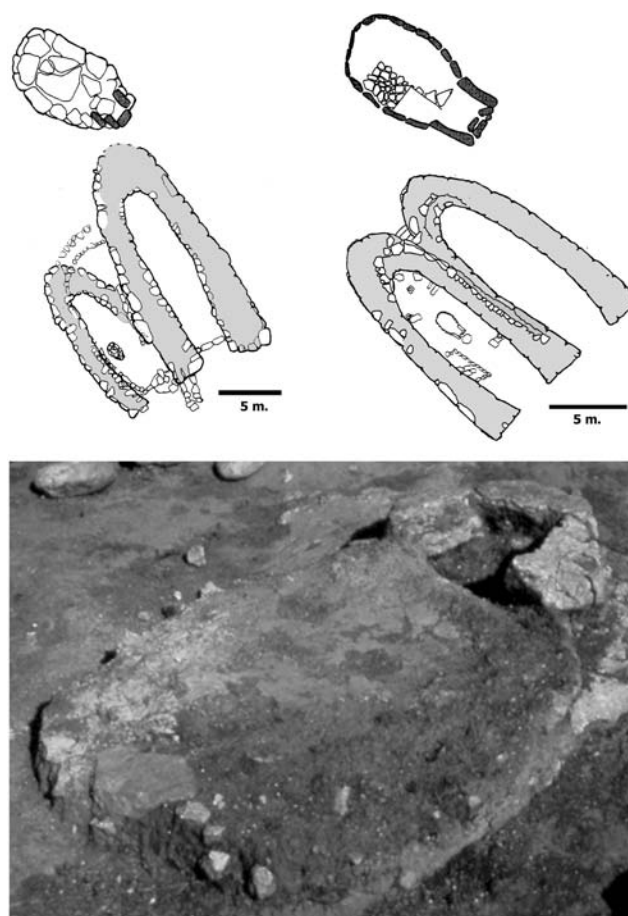


Figura 7
Naviformes dobles (Canyamel y Son Oms) con hogares de plataforma-parrilla y detalle de la estructura de combustión de Hospitalet (Mallorca).

Por el momento es una incógnita la razón por la que este tipo de estructura de combustión tan compleja aparece sólo en unos naviformes y no en otros igualmente

³³ UBAR-389: 3110 ±50 BP [1500-1210 d.C.]; UBAR-388: 3070 ±50 BP [1440-1130 d.C.], ambas sobre carbón.

³⁴ UBAR-387: 3060 ±50 BP, sobre carbón, [1430-1130 d.C.].

³⁵ QL-20: 2920 ±60 BP, sobre carbón, [1320-930 d.C.].

contemporáneos. Tampoco se conocen en Menorca. Esta situación nos permite sugerir que tal vez estemos ante un elemento destinado a una actividad muy especializada, que, si bien podía también servir de hogar en aquellas viviendas que lo tenían, no era imprescindible para el mantenimiento de la vida doméstica cotidiana y por eso no lo encontramos sistemáticamente en todos. La razón precisa por la que determinadas viviendas se dotaron de estos «hogares» se nos escapa. Tampoco conocemos qué productos pudieron ser procesados en estas enormes parrillas, pues nunca se han realizado análisis especializados de restos ni de trazas que seguramente debían contener las arcillas refractarias (figura 14) que recubren las plataformas de las parrillas. La extraordinaria magnitud de estas estructuras hace pensar que estuviesen destinadas a la preparación de alguna mercancía, ¿ahumados? No deja de ser sintomático que su vigencia coincida también con el apogeo de la producción de grandes toneles de los que ahora nos ocuparemos.

Coincidiendo con los momentos más antiguos (1420-1260 d.C.) del área de transformación puesta al descubierto en el poblado de Closos de Can Gaià, hace acto de presencia en el equipamiento cerámico de estas comunidades un determinado tipo de envase de aspecto toneliforme (figura 8) caracterizado por un cuerpo cilíndrico, de entre 50 y 70 cm de altura, sin cuello y una boca de un diámetro que oscila entre los 25 y los 35 cm; próximos al borde se le practican unos entalles o depresiones, que en ocasiones son sustituidas por protuberancias paralelas, las cuales, con toda seguridad, debían servir para que no resblasen las ligaduras que debían fijar una tapadera, probablemente de piel. Los pocos ejemplares que se conocen completos presentan un fondo más o menos esferoidal que no facilita su estabilidad vertical. Especto impropio de tratarse de un contenedor de uso exclusivo doméstico, sin embargo, al igual que ocurre con muchas ánforas fenicias, esta forma de la base facilita su estabilidad sobre suelos de arena, como el que disponen los fondeaderos o escalas que después se estudiarán, e igualmente este fondo asienta muy bien sobre el abarrote que habitualmente se pone cubriendo las sentinas de las barcas.

Se conocen distintos grandes envases cerámicos de uso doméstico, pero ninguno tiene esta forma, y todos ellos

disponen, a diferencia de los toneles, de amplias bases planas que garantizan su estabilidad sobre suelos lisos y duros. Los envases toneliformes están bien documentados en distintas estructuras domésticas naviformes y su número no suele sobrepasar la media docena como máximo³⁶, cantidad razonable de una reserva de alimentos propia de una familia extensa. Sin embargo, donde aparecen concentraciones verdaderamente significativas de estos toneles, como luego veremos, es en las escalas costeras con buenos fondeaderos.

Sobre el contenido de estos envases aún se está a la espera de los análisis de trazas y residuos, aunque por la forma de la boca (figura 8), extraordinariamente ancha, podemos descartar que se trate de líquidos. Por el contrario, este diámetro es muy apropiado para los recipientes que envasan grandes trozos de carne o pescado en salazón³⁷, como ocurrirá con las ánforas de salsamenta gaditanas (Bernal 2004) de época púnica tardía, que también tienen formas cilíndricas y bocas con igual diámetro que el cuerpo. Por los datos que está proporcionando la excavación del área de producción comunal del poblado de naviformes de Closos de Can Gaià (Salvà *et al.* 2002), todo parece indicar que uno de los productos a



Figura 8
Envase toneliforme del poblado de Hospitalet.

³⁶ También aparecen en una cantidad anormalmente alta en la gruta Cova des Moro cuyo acceso no es fácil si se va cargado con estos grandes envases, sin embargo, en este caso podría estar justificada su presencia por el uso cultural de este lugar durante el Bronce Final (Calvo *et al.* 2001a), a lo que también apunta el depósito votivo de una daga de bronce amortizada sin uso. Tal vez estos toneles pudieron envasar ofrendas —¿carne?— perecederas. Prácticas rituales con ofrendas de raciones de carne, que representan habitualmente un individuo joven y otro adulto, sin que presenten trazas de haber sido consumidos, se documentaron en la gruta menorquina de Es Mussol (Lull *et al.* 1999: 86), que con toda claridad fue un lugar de culto durante el Bronce Naviforme. También aquí se localizó al menos un tonel (Lull *et al.* 1999: 102).

³⁷ El salazón de pescado en sus distintas modalidades está ampliamente documentado en el registro arqueológico (p.e. García Bellido 1975; Tarra-dell y Ponsich 1965) proporcionado, tanto por las factorías, como por los pecios, no así el de carne, aunque también se conoce su envasado en ánforas para el transporte marino y el consumo del salazón de carne, tanto de cerdo (Columella XII, 54, 4), como de ovino (Columella VII, 7, 2).

envasar dentro de estos toneles podía ser carne ahumada, sobre todo de ovicápridos y bóvidos.

El transporte de carne de estas especies en ánforas está documentada en el pecio de Coltellazo (Parker 1992: 151), hundido en Cerdeña hacia principios del s. VI aC, con un cargamento de ánforas púnicosardas T-1441 (Ramón 1995), en cuyo interior había numerosos restos de huesos de oveja, cabra y bóvido con marcas de troceado. Por todo ello, a partir de los paralelos funcionales que hemos visto, y a la espera de análisis más resolutivos sobre el contenido, es sugerente pensar que pudieron envasar carne en conserva; lo que por otro lado resultaría también muy coherente con los datos que está proporcionando el conjunto de estructuras de transformación de Closos de Can Gaià. Tal vez los grandes hogares con plataforma-parrilla pudieron también estar ligados a estas mismas tareas de procesamiento, cuyo paso siguiente sería el envasado en los toneles y finalmente su transporte hasta las escalas costeras que seguidamente veremos.

SISTEMA REGIONAL DE NAVEGACIÓN DE CABOTAJE Y RELACIONES CON EL EXTERIOR

Uno de los aspectos más atractivos y prometedores que nos ha brindado la investigación arqueológica del Bronce Final balear durante los últimos años ha sido la identificación de un nutrido grupo de asentamientos costeros, cuya existencia carecería de sentido si no es ligándolos a actividades de intercambio y transporte de mercancías por mar.

El origen de esta línea de investigación arranca en realidad de la década de los años ochenta cuando un largo e intenso programa de investigación sobre la colonización púnica de Mallorca, centrado en la excavación de la factoría del islote de Na Guardis (Guerrero 1997), nos obligó a una prospección intensa de toda la costa del Sur y Este de Mallorca, con especial atención a los islotes costeros. Desde un primer momento se pudieron diferenciar (Guerrero 1981) dos periodos distintos en su frecuentación: algunos de ellos, como Na Moltona, en la Colonia de Sant Jordi, sólo proporcionaban hallazgos claramente anteriores a la presencia de comercio clásico en las islas; otros, como Na Galera, en Palma, tenían obvias evidencias de frecuentación prehistórica, aunque también una posterior presencia centrada en el siglo III a.C.; mientras que, en algún caso, como ocurre en el Illot d'en Sales de Calvià (Guerrero 1989) sólo parecía haber sido utilizado muy puntualmente durante la segunda Guerra Púnica, sin rastro de materiales aborígenes en el mismo, ni tampoco posteriores a este evento histórico.

Por lo tanto, claramente podían deducirse dos modelos distintos de uso de los islotes: el primero respondía a

una presencia aborígen, que en el estado de la investigación en aquellos años no permitió valorar adecuadamente; el segundo era fruto de una estrategia colonial protagonizada por los púnicos ebusitanos, cuya base central radicaba en el islote de Na Guardis, aunque otros muchos lugares costeros habían sido igualmente acondicionados para facilitar una explotación integral del territorio y la navegación de cabotaje, como en el capítulo correspondiente veremos.

La bahía de la Colonia de Sant Jordi nos ofrece un magnífico y paradigmático ejemplo de estos dos modelos de uso de la costa y la navegación de cabotaje, los cuales responden también a sistemas e intereses económicos bien distintos. Los islotes de Na Moltona y Na Guardis (figura 9) están muy próximos el uno del otro, por lo tanto, a efectos de necesidades náuticas ambos pueden cumplir exactamente la misma función. ¿A qué motivaciones



Figura 9
Escala costera de islote de Na Moltona y costa de la Colonia de Sant Jordi, Mallorca.).

pudo responder que el primero no fuese utilizado por los navegantes púnicos ebusitanos, como parece evidenciar la ausencia total de cerámicas a torno? ¿Por qué razón el segundo, de menor extensión, fue elegido como lugar donde ubicar un complejo sistema de explotación colonial? No importa recordar que geológicamente ambos han sido con seguridad islotes costeros a lo largo de toda la prehistoria insular, por lo tanto, el acceso a los mismos desde tierra firme presenta idénticas dificultades; igualmente la costa adyacente a los dos es muy similar: arenales de dunas costeras con zonas lacustres próximas, poca profundidad del mar que permite el fácil atraque de barcas y su varado en la playa.

Na Moltona constituye el vértice marino de un teórico triángulo cuyos otros dos vértices vendrían constituidos por las zonas lacustres de Es tamarells al W. y Estany de Ses Gambes al E., en cuyo interior se localiza el importante poblado de naviformes conocido como Na Mora de

S'Avall. La línea costera de este territorio es perfectamente apta para el desembarco, atraque y varado de naves ligeras características de la Edad del Bronce mediterráneo (Guerrero 2004a), como alguna de las grabadas en el hipogeo menorquín de la Torre del Ram (Guerrero 2006b).

El islote de Na Moltona no resultaba, a primera vista, imprescindible para hacer posible un intercambio costero entre comunidades puramente locales. ¿Qué necesidades había de navegar hasta el islote, para hacer lo mismo que podía realizarse en los arenales de la costa? Seguramente existían dos poderosas razones, una de naturaleza náutica: el islote constituye una buena referencia costera, pues se encuentra frente a una costa muy baja sin otras señalizaciones costeras naturales que los propios islotes y esto es imprescindible para los marinos que acceden a la isla en navegación de gran cabotaje.

La segunda de las razones pudo tener motivaciones de tipo cultural, como es la necesidad de disponer de un lugar de atraque seguro y neutral, en el que puedan parlamentar, negociar y acordar los representantes de dos formaciones sociales distintas, es decir, el navegante foráneo, por un lado, y los traficantes indígenas por el otro. Como el lector sabe, es común en los sistemas de intercambio preclásicos la existencia de lugares neutrales dedicados al comercio en las encrucijadas de paso, en el caso de tierras continentales interiores (Ruiz-Gálvez 1995b; 1998a, 53-56), uno de cuyos equivalentes costeros serían los islotes, estuarios, etc. En no pocas ocasiones, como sabemos por las fuentes escritas, estos lugares o «puertos de comercio» quedaban bajo la advocación de deidades reconocidas por ambas partes, garantes de los pactos, a las que se le dedicaban estructuras templarias o grutas (Romero 2000; Gómez Bellard y Vidal 2000) y donde habitualmente se realizaban ofrendas votivas, casi siempre relacionadas con temas náuticos.

No parece necesario insistir en la bien conocida importancia de los islotes como centros de transacción e intercambio entre comunidades muy diferenciadas socialmente: los ejemplos podrían ser numerosos, aunque basta recordar algunos tan significativos como la isla Kerné (Escilax 112) sobre la que los fenicios montaban campamentos para mercader con los libios mauritanos. Al igual ocurre con la griega de Citera (Tucídides IV, 53, 3) a la que acudían barcos de Egipto y Libia para desembarcar mercancías. Algunos de estos lugares de transacción comercial terminaron por convertirse en el embrión (*palaïopolis*) de importantes colonias como Isquia, en Italia o Emporion en la costa catalana. Sin embargo, como nos está indicando la documentación arqueológica, estas prácticas se remontan como poco al Bronce Final.

El carácter insular de las comunidades baleáricas y las necesidades de comunicación con el exterior propició el establecimiento de una compleja red de escalas, fondea-

deros y referencias costeras. Algunos de los cuales, como los que conectaban Mallorca y Menorca tienen muy probablemente su arranque desde fines del tercer milenio d.C., sin embargo, del conjunto de la red de puntos costeros que conectaban todas las islas, desde Formentera a Menorca, sólo tenemos constancia de su funcionamiento sincrónico desde el Bronce Final hasta su colapso definitivo hacia el 800 d.C., cuando los fenicios, que terminarán asentándose en Ibiza (Fernández y Costa, 2004), ponen punto final a este modelo de intercambios.

Aunque el plan de prospección de toda la costa del archipiélago no ha concluido, pensamos que puede hacerse una primera valoración a partir de los hallazgos ya realizados. Por otro, las excavaciones en s'Illot del Porros y las dataciones absolutas de los contextos de la Edad del Bronce, han permitido proporcionar seguridad cronológica a este fenómeno, aunque, no menos importante, han sido los hallazgos de materiales arqueológicos, básicamente toneles y fauna, todo ello en proceso aún de estudio.

Seguramente la red de escalas y promontorios costeros tuvo un ámbito regional que englobaba todo el archipiélago, incluidas las Pitiusas, sin embargo, es en las Baleares donde la solidez del modelo parece más incuestionable.

La navegación de cabotaje y gran cabotaje, en menor medida la de altura, tienen una serie de necesidades que resultan atemporales. Entre ellas, una de las fundamentales es la exacta identificación de la costa, los fondos, los escollos, los lugares donde fondear y varar, los puntos de aguada, etc. Una aproximación a la costa sin este conocimiento detallado de la misma es altamente arriesgada para las barcas. A la navegación tradicional de cabotaje y gran cabotaje no le resultaba imprescindible la orientación astronómica, ni mucho menos mediante el cálculo de estima, pero sí lo era la identificación correcta de puntos de referencia costera, que permitían al marino saber su posición con la nave en cada momento con respecto a la línea de costa que divisaba. La necesidad de identificar con claridad todos los accidentes costeros, alineados en una especie de *skyline*, tal y como los divisa el piloto o patrón cuando navega a varias millas de la costa, es una constante marinera a lo largo del tiempo, y no en vano los modernos derroteros continúan incluyendo un dibujo detallado del perfil costero, hasta el extremo que el promontorio costero de cala s'Almunia, que después trataremos, sigue apareciendo en las últimas ediciones de los derroteros (IHM 2003) como uno de los referentes visuales más importantes de la costa oriental de Mallorca.

Algunas fuentes escritas son bien clarificadoras de la importancia de estas referencias costeras, por ejemplo: «...La otra ruta se abre entre dos promontorios...» (Odisea XII, 70-75); ... «Al amanecer surgió ante los navegantes el monte Atos, de Tracia, que aunque dista de Lemos el camino que recorrería una nave rápida en

medio día, con su altísima cumbre da sombra, incluso, hasta Mirina....» (Argonáutica I, 600). «Se llama [Leucata] a un espolón de color blanco que prolonga la isla de Léucade hacia el mar en dirección a Cefalenia. Sobre la roca que acabo de mencionar se yergue el santuario de Apolo de Léucade» (Estrabón, X, 2, 8-9).

Aunque, sin duda, el documento más paradigmático sobre esta cuestión es la obra anónima del s. I dC titulado *Stadiasmo* (Medas 2004: 118-127, 2008), que mediante sentencias propias de un portulano describe la costa sólo en aquellos elementos útiles al marino, sin concesiones estéticas ni tópicos propios de la literatura de periplos, por ejemplo:

[...] después de haber navegado por seis estadios divisarás un promontorio que se extiende hacia occidente (Stadiasmo 57).... el promontorio de Heracleio es elevado y hay una duna de arena blanca (66).... Desde Adramyto hasta Aspís 500 estadios; el promontorio es alto y muy visible y su forma recuerda la de un escudo.... (117). Su importancia radica en que el cálculo se realiza, no sobre jornadas de navegación o singladuras, como era habitual en la literatura de los periploi, sino en distancias medidas en estadios (1 estadio = 180 metros aproximadamente).

Seguramente estos conocimientos fueron plasmados esquemáticamente en mapas conceptuales que podían ser leídos fácilmente por los patrones de las barcas, tal y como se deduce del pasaje en el que Herodoto (V, 49) nos indica que Aristágoras llevó como presente al rey Cleómenes de esparta *una plancha de bronce en la estaba grabado el contorno de la tierra toda, y todo el mar y todos los ríos*.

La necesidad de identificar estos puntos de referencia costera sin ninguna duda posible, pues en ello le iba a los marineros la vida y la hacienda, hizo que muchos de estos hitos geográficos referenciales fuesen señalizados y realzados con grandes construcciones, que, en definitiva, reforzaban su capacidad de señalar e identificar correctamente el lugar. En la antigüedad clásica los ejemplos de este rol lo cumplieron los templos (Semple 1927) sobre promontorios de los que existen numerosos ejemplos, entre los cuales son bien conocidos el templo de Poseidón en el promontorio Káto Souíon (Medas 2004: 74) en Grecia o los de Agrigento en Sicilia. En el archipiélago balear el santuario púnico del Cap des Llibrell en la misma Ibiza (Ramón 1987-88) seguramente cumplió la misma función.

También en el Canal de la Mancha este tipo de señales costeras fueron de gran trascendencia en las navegaciones de la Edad del Bronce (McGrail 1983), donde igualmente algunos promontorios fueron fortificados,

como los de Hengistbury Head y Lostmarch (Cunliffe 1991), cumpliendo tal vez funciones similares, entre otras, a los estudiados en este trabajo.

Es muy posible que estos espigones costeros pudiesen funcionar también como «protofaros», pues es indudable que una hoguera encendida sobre ellos podría ayudar decisivamente a localizar el punto de atraque a las barcas que la oscuridad nocturna se les hubiese echado encima de forma imprevista. Algunas de las pequeñas estructuras, como las que veremos en Pop Mosquer y tal vez la torre o construcción central que coronaba el punto culminante de Cala Morell, sugieren este uso.

Otras de las imperiosas necesidades de la navegación de cabotaje son los fondeaderos, aún más en momentos de la prehistoria en los que las grandes infraestructuras portuarias no habían aparecido y el sistema de llegar a tierra es el que profusamente nos describen muchos pasajes de la Odisea y la Argonautiká; sin ánimos de ser exhaustivos recordemos algunos:

«plegaron y recogieron el velamen en el cóncavo arcón para las velas. Luego retiraron inclinadamente el propio mástil, y velózmente arribaron remando a la amplia desembarcadura del río...» (Arg. II, 1264). *«Levantáronse todos, fuéronse a la ribera del mar, sacaron en el acto la negra nave a tierra firme»* (Od., XVI, 368-373)... *«Primeramente saquemos la nave a tierra firme y llevemos a las grutas nuestras riquezas y los aparejos todos....»* (Od., X, 443-447). *«Pusimos la nave en seguridad, llevándola a una profunda cueva, donde las ninfas tenían asiento...»* (Od., XII, 316-333).

Este largo preámbulo lo considerábamos necesario para identificar y valorar correctamente los asentamientos costeros del archipiélago balear durante el Bronce Final, los cuales, en algunos casos, pueden cumplir ambas funciones a la vez: referencias costeras y escalas.

PROMONTORIOS O MORROS COSTEROS

Son asentamientos ubicados sobre espigones acantilados que sobresalen sobre la línea de costa con un control visual extraordinario del horizonte marino, los cuales resguardan en ocasiones pequeñas calitas, que eventualmente podían servir de embarcaderos o varaderos. Sobre estos promontorios se levantan construcciones ciclópeas de distinto signo, pero con un claro aspecto de fortificación del lugar en algunos de ellos.

En el caso de Mallorca puede señalarse, entre otros, el promontorio de S'Almunia en la costa de Santany (figura 10), el cual cierra y protege la pequeña calita conocida como Caló des Moro y el embarcadero de Es Maquer, donde aún se varan y protegen durante los meses de mala mar pequeñas embarcaciones. En la ladera de acceso desde tierra y en la cima pueden distinguirse construcciones ciclópeas, algunas con aspecto defensivo.



Figura 10

Morro costero de S'Almunia (Mallorca) sobre el que se conservan restos de fortificaciones. Detalle del acceso desde tierra.



Figura 11

Espigón costero Pop Mosquer en la costa occidental de Menorca.

En la actualidad todo el conjunto está muy enmascarado por la vegetación y las construcciones de la cima apenas pueden identificarse a partir de la hilada base. Pudieron recogerse en superficie muestras de cerámica que identifican claramente la ocupación del lugar durante esta época. El acceso desde el mar no es posible y la subida desde el istmo que lo une a la costa no deja de ser dificultosa, seguramente por ello no encontramos toneles, los cuales aparecen sólo en cantidades importantes en los fondeaderos, pero no tienen presencia significativa en los promontorios.

En Menorca el equivalente más próximo lo encontramos en el espigón costero de la costa occidental conocido como Pop Mosquer. Este impresionante yacimiento es el mejor ejemplo de que su función sólo puede tener sentido si lo concebimos como una ayuda a la navegación de cabotaje. El acceso es muy difícil desde tierra y por completo impracticables desde el mar (figura 11). Aquí la costa es muy acantilada y no existe varadero, por lo que debe interpretarse únicamente como un elemento de control y ayuda a la navegación que iba o venía de Mallorca.

La configuración topográfica del lugar y la dificultad de acceso desde tierra sugieren que la construcción sólo pudo servir de refugio a un pequeño retén de personas durante las funciones de control náutico, difícilmente aquí podría vivir una familia en una cresta rocosa sin apenas espacio exterior donde moverse.

La importancia de este promontorio para la navegación queda bien patente en la presencia de dos construcciones, y tal vez una tercera, que pese a lo agreste e incómodo del lugar, fueron levantadas en el único espacio relativamente llano disponible. La más grande (figura 12) tiene planta naviforme y fue excavada clandestinamente hace años. En su interior se localizó un magnífico hogar de planta oval delimitado por losas hincadas verticalmente y una base también de losas, en las que aún se aprecian señales de termoalteración. Este hogar es similar al que vemos en muchas estructuras naviformes menorquinas, y es especialmente parecido al de los naviformes de Clariana (Plantalamor 1991: 21). Una datación radiocarbónica³⁸ nos garantiza que esta construcción estuvo en uso al menos entre 1420 y 1120 d.C.

³⁸ UBAR-26: 3020 ±50 BP, sobre hueso de herbívoro, [1420-1110 d.C.], esta datación aparece identificada en la literatura arqueológica como Torre del Ram (Mestres y Nicolás 1999), que es la zona costera de Ciutadella donde se localiza el espigón Pop Mosquer.



Figura 12
Construcción absidal con hogar central de planta oval de Pop Mosquer; vista de Mallorca en el horizonte desde el portal de la misma construcción.

Una persona simplemente sentada en la puerta de la construcción mayor puede divisar perfectamente la bahía mallorquina de Alcudia y la costa del levante mallorquín donde se localiza S'Almunia. Sin embargo, las condiciones de la costa en este lugar dejan claro que ni el destino, ni tampoco el punto de partida, podría haber sido nunca Pop Mosquer, sino el fondeadero de Cala Blanca que se encuentra a muy poca distancia hacia el Sur en la misma línea de costa y que después analizaremos ¿Qué finalidad podrían tener dos puntos costeros tan próximos? A nuestro juicio, la explicación más coherente es una función de apoyo a la navegación, sirviendo de señalización y control, para las barcas que cruzaban el canal y que iban o venían de s'Illot des Porros (Mallorca) a Cala Blanca (Menorca).

Este último es un buen fondeadero y punto de escala, pero tiene mucha dificultad para ser divisado desde el mar, sobre todo tras la caída del sol, ya que la costa aquí es muy baja y queda oculto por varias plataformas rocosas costeras; mientras que un fuego encendido sobre Pop Mosquer puede divisarse sin dificultad varias millas mar adentro viniendo desde Mallorca, pasado el cual, Cala Blanca es ya fácilmente localizable. Próximo a la entrada del naviforme construido sobre Pos Mosquer se conserva un muro en forma de creciente lunar abierto hacia el mar

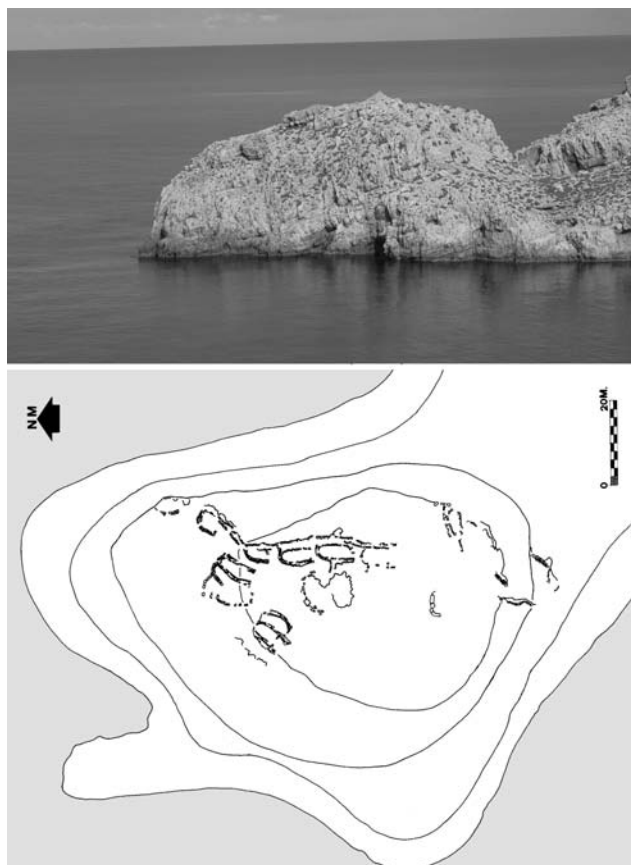


Figura 13
Morro costero de Cala Morell en la costa Norte de Menorca y plano de las estructuras conservadas (según Joan y Plantalamor 1996).

y orientado, al igual que la puerta del naviforme, hacia Mallorca, cuyo diámetro no supera los dos metros. La función del mismo es una incógnita sin excavarlo, pero resulta sugerente pensar que podía servir para abrigar el fuego de una hoguera con función de señal luminosa para las barcas que se aproximasen después de la caída del sol.

Un aspecto costero y topográfico muy similar al Pop Mosquer, aunque más espacioso, lo tiene también el espigón costero de Cala Morell (figura 13), ya en la costa Norte de Menorca; aunque en este caso la existencia de una pequeña playa en la que desemboca un torrente al Oeste del espigón, le permite cumplir, tanto funciones muy similares a las del Pop Mosquer, como, al mismo tiempo, servir de abrigo a las barcas que podían resguardarse en el varadero que existe a sus pies. También dispone de construcciones de planta naviforme en su cima (Joan y Plantalamor 1996), cerradas por una muralla o cerca a la que se adosan algunas de ellas. Tal vez pudo tener una construcción central, ¿torre?, muy enmascarada por una edificación moderna.

La escala de Cala Morell tiene escasa eficacia en las conexiones Mallorca-Menorca, pues la costa norte de Menorca no necesita ser navegada con este fin. Sin embargo, alcanza pleno sentido para las travesías que pudieran venir de la zona continental catalana. En esta ruta, que

es la principal vía de conexión marina de las Baleares con el continente (Guerrero 2004c), las barcas que navegaban hacia las islas para enfilarse el canal Mallorca-Menorca, o se dirigiesen directamente a esta última isla con fuertes vientos tramontanos, cierzos o mistrales, les resultaría muy difícil el cabotaje, tanto por esta costa como por la occidental. La mejor decisión que debería adoptar un marino en estas circunstancias es buscar abrigo y esperar que amainen los vientos, entonces Cala Morell ofrece un buen fondeadero, en la desembocadura de un torrente, que permitiría, de paso, hacer aguada, hasta poder proseguir en navegación de cabotaje hasta Pop Mosquer, e inmediatamente después Cala Blanca, desde donde ya es más fácil el cabotaje hasta las escalas costeras del Sur, a sotavento de los temporales tramontanos. Esta versatilidad náutica del lugar, varadero, punto de aguada y promontorio señalizador, seguramente propició la edificación de un número mayor de construcciones.

La costa meridional de Menorca se encuentra jalada de morros o espigones costeros con funciones similares a los ya citados, como es el caso de Llucalari, Macarella, Cales Coves y Cap de Forma (Plantalamor *et al.* 1999); este último es en el único que se están realizando excavaciones arqueológicas programadas. Este promontorio cierra su acceso por tierra mediante un sólido murellón (figuras 20 y 21) con edificios adosados a su cara interna de muros rectos y plantas con tendencia rectangular. Procedente de los contextos excavados se cuenta con una serie de cuatro dataciones radiocarbónicas³⁹ (Strydonck *et al.* 2002) de extraordinaria importancia para encuadrar con bastante seguridad la cronología del esta red de asentamientos. Cap de Forma tendría un límite *post quem* para los inicios de su actividad hacia 1260 d.C. y un cese de la misma sobre 850/820 d.C.

También las Pitiusas parecen haber dispuesto de estas fortificaciones sobre promontorios costeros, una de ellas pudo situarse en Sa Cala de Formentera (Ramón y Colomar 1999) que seguramente tuvo una función similar a los ya descritos. Sa Cala tiene dos dataciones radiocarbónicas⁴⁰ (Strydonck *et al.* 2005) asociadas al momento de abandono, el cual pudo situarse entre c. 810 y 750 d.C., muy cercano en el tiempo al fin de la escala costera de S'Illot des Porros en Mallorca y al cese de la actividad sobre el Cap de Forma en Menorca, momento en que los fenicios frecuentaban ya las Pitiusas.

El segundo de los promontorios costeros de las Pitiusas pudo localizarse, ya en Ibiza, en la Punta des Jondal.

Sobre este promontorio se levanta una fortificación, similar a las descritas anteriormente, compuesta por un muro de unos 300 m de largo y otras construcciones (Ramón 1985: 65-66). Se pudieron recoger fragmentos cerámicos muy erosionados que pueden ser atribuidos a la Edad del Bronce Pitiuso, aunque también fenicios del s. VII a.C. Por lo que podemos pensar que todo el archipiélago balear estuvo integrado en esta red de redistribución marina durante la Edad del Bronce.

Finalmente, también en Ibiza, tendríamos un tercer espigón costero en la costa Sur de la isla con esta misma función; se trata del conocido como Cap des Llibrell, sobre cuya cima se localizan construcciones prehistóricas (Ramón 1987-1988) que no han sido aún excavadas. En una de sus laderas se encuentra el poblado de cabañas circulares que se conoce como Puig de ses Torres, habitado desde la segunda mitad del tercer milenio d.C. Ya en época púnica, en la cresta que mira al mar, se levantó un santuario y otras edificaciones anexas, además de una cisterna. Conjunto que seguramente continuó en época clásica una función de control de la navegación de cabotaje que ya habría desempeñado desde la Edad del Bronce.

Si analizamos la ubicación exacta de todos los promontorios citados (figura 14) es fácil concluir que jalaban puntos culminantes y estratégicos de una derrota importantísima de navegación interinsular: es la que partiendo de Formentera y Sur de Ibiza alcanza las costas meridionales de la isla de Mallorca y puede seguir en cabotaje la costa levantina de la isla para alcanzar las costas meridionales de Menorca cuyo punto final del derrotero vendría a concluir en Cala Blanca o Cap de Forma, desde donde se puede continuar en navegación de cabotaje por la costa sur menorquina hacia el Este, hasta la abrigada ensenada del puerto de Mahón, o hacia el Oeste hasta Cala Blanca.

Desde Cap de Forma, en Menorca, navegando con rumbo Oeste, y antes de llegar a la costa occidental, donde se ubica el asentamiento de Cala Blanca y el espigón de Pop Mosquer, son conocidos otros promontorios costeros igualmente coronados por construcciones ciclópeas (Plantalamor 1991: 568-584) que previsiblemente podrían estar igualmente relacionados con esta ruta de cabotaje como son el de Llucalari y Macarella. Este último situado justo a la entrada del barranco de Macarella o Santa Ana donde se localizan varias muestras de iconografía náutica prehistórica (Guerrero 2006b).

³⁹ UtC-10076: 2930 ±35 BP [1260-1000 d.C.]; KIA-21224: 2915 ±30 BP [1220 (93,1%) 1000 d.C.]; UtC-10077: 2815 ±45 BP [1130-830 d.C.]; UtC-10075: 2755 ±30 BP [980-820 d.C.], todas sobre huesos de fauna doméstica.

⁴⁰ KIA-20222: 2560 ±25 BP, sobre hueso de fauna, [810 (65,3%) 750 d.C.]; KIA-20215: 2565 ±25 BP [810 (70,7%) 750 d.C.], sobre hueso de cánido doméstico.

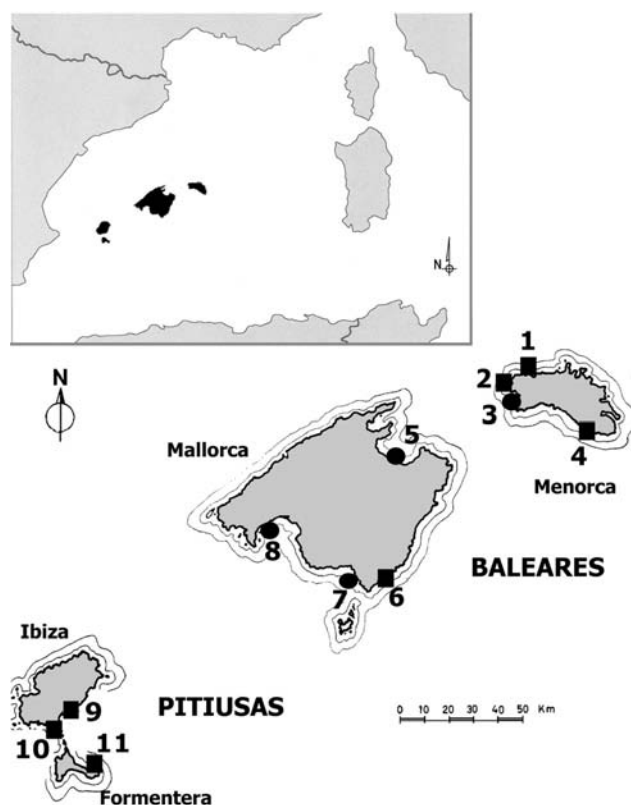


Figura 14

Escalas costeras durante la Edad de Bronce balear (promontorios cuadrados, fondeaderos círculos): 1) Cala Morell, 2) Pop Mosquer, 3) Cala Blanca, 4) Cap de Forma, 5) Illot des Porros, 6) S'Almunia, 7) Na Moltona, 8) Na Galera, 9) Cap des Llibrell, 10) Punta des Condal, 11) La Cala.

La importancia de estos promontorios costeros en la navegación de cabotaje entre las islas no debía radicar solamente, como ya se ha dicho, en el control visual del horizonte desde la costa y en la protección de embarcaderos, sino también, y principalmente, como hemos razonado en la introducción de este epígrafe, en ser puntos de referencia para el navegante, los cuales eran, y son, de una importancia extraordinaria para las navegaciones de cabotaje y gran cabotaje, ya que constitúan los principales elementos de orientación del rumbo en las navegaciones.

Sin duda alguna las ensenadas de los magníficos puertos de Maó y Ciutadella debieron constituir ya desde el Bronce los lugares más abrigados de la costa menorquina y, de hecho, lo han seguido siendo a través de todas las épocas de la historia, sin embargo, las prospecciones llevadas a cabo han resultado infructuosas, pero se debe reconocer que los lugares teóricamente más idóneos han desaparecido bajo las estructuras portuarias contemporáneas.

ESCALAS EN ISLOTES O EMBARCADEROS DE PLAYA

Un segundo tipo de asentamientos ligados a esta red de redistribución costera del Bronce final balear son los ubicados en costa baja con embarcadero y/o playa. Seguramente irán identificándose muchos más en la medida

que avancen las prospecciones que se están llevando a cabo, pero los conocidos hasta el momento no dejan lugar a dudas que su misión y su propia razón de ser no era otra que servir de punto de escala, en ocasiones con estructuras arquitectónicas que podían servir de almacén y refugio.

En el caso de Mallorca, sin descartar que puedan identificarse otros en tierra firme, los embarcaderos y lugares para la transacción de mercancías identificados de forma más clara se ubican sobre islotes costeros, lo que sin ningún género de dudas enfatiza la importancia de la componente naval y marina de este tipo de intercambios. La posibilidad de que los islotes de s'Illot des Porros y, menos probablemente Na Galera, estuviesen unidos a tierra firme es altamente probable, lo que no disminuye su naturaleza de punto costero estratégico. Sin embargo, Na Moltona (figuras 14.7 y 9) fue una isla costera a lo largo de toda la prehistoria, su separación de la costa se produjo en un momento indeterminado del Postglacial, pero con toda probabilidad antes de la llegada del hombre a Mallorca. Ésta no es una cuestión baladí, pues cuando los aborígenes, que seguramente habitaban el poblado de naviformes inmediato a la costa conocido como Na Mora de s'Avall, deciden utilizarlo como fondeadero y levantan sobre él algunas estructuras lo hacen teniendo alternativas, al menos igual de buenas, en la costa firme. La elección del islote deja fuera de toda duda razonable que tenían resuelto el problema del transporte marino hasta el mismo y, seguramente también su aislamiento resaltaba, las condiciones de neutralidad que deben reunir los lugares de intercambio a los que acuden agentes en condiciones de desigualdad, propias de las relaciones que se establecieron entre los llamados (Kristiansen 2001, 83-88) centros de acumulación y periferias de abastecimiento.

Na Moltona ha proporcionado un volumen considerable de restos cerámicos que en su inmensa mayoría son toneles (Guerrero 1981), lo que convierte a este yacimiento en uno de los más importantes puntos de embarque y trasiego de esta mercancía que conocemos hasta ahora en Mallorca. La mayoría de los hallazgos se concentran precisamente en los escarpes arenosos que cierran la ensenada más tranquila y segura para fondear una nave. Además de la importante colección de toneles, se ha podido recuperar un molino de vaivén fabricado en piedra no característica de la zona.

El segundo de los islotes conocidos con esta función es el de Na Galera (15,8), situado a la entrada de la Bahía de Palma, que, a buen seguro, constituyó otra escala costera, probablemente combinado con la playa inmediata, la cual disponía de un buen embarcadero, hoy convertido en club náutico deportivo. Sobre el mismo se han localizado toneles (Guerrero 1981), que constituyen el verdadero fósil director del fenómeno que estudiamos. También se encon-

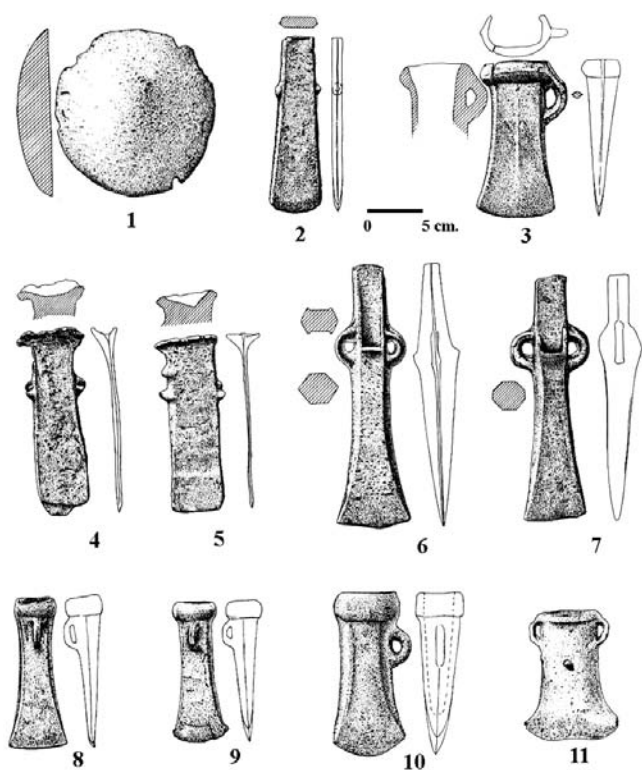


Figura 15

Conjunto de hachas del periodo 1000-800 d.C. Depósito de la Sabinna, Formentera (1-3); Depósito de Can Mariano Gallet (4-7); Procedencias variadas de Mallorca (8-11).

tró un interesante molde de fundición (Guerrero 1981; 2004 b) para pequeños objetos de bronce, entre ellos tal vez pequeñas cuentas y aritos o hilos de estaño como los aparecidos en las necrópolis de Mongofre y Cova des Pas en Menorca. La presencia de actividades metalúrgicas es también un elemento muy frecuente en estas escalas, como también veremos en Cala Blanca. Sobre el islote pueden distinguirse también restos de construcciones que seguramente deben tener relación con su función de escala.

Otra de las escalas bien documentadas la tenemos en s'Illot des Porros en la gran bahía Norte (Alcudia) de la isla de Mallorca. De toda la red de embarcaderos costeros mallorquines, éste tiene especial relevancia, pues constituye el lugar más estratégico en las conexiones con Menorca. A poco de salir de la bahía los marinos se encontraban frente por frente con el Pop Mosquer y Cala Blanca en la orilla occidental de Menorca a mucho menos de una singladura, de forma que aprovechando aún el efecto

de las brisas terrales se alcanza el punto de destino en la otra isla a media tarde.

Las excavaciones realizadas recientemente sobre s'Illot des Porros (Hernández et al 1998) han proporcionado una información muy relevante para encuadrar funcional y cronológicamente este tipo de lugares costeros. Sobre el mismo se han podido identificar una serie de construcciones, en parte arrasadas por la necrópolis que durante la IIª Edad del Hierro (Postalayótico) se le superpuso. Aún así han proporcionado una importante cantidad de restos arqueológicos atribuibles al Bronce Final, entre los que destaca una importante cantidad de toneles y restos de fauna; todo lo cual está aún en estudio, pero deja a las claras cuál fue la función de las construcciones.

En estos momentos se dispone ya de una buena serie de dataciones radiocarbónicas⁴¹, (Strydonck *et al.* 2002: 40-41), que nos indica que este fondeadero comenzó a ser utilizado como lugar de intercambio hacia 1400 d.C. y cesó su actividad entre el 1000 y el 820 d.C., no detectándose nueva frecuentación del lugar hasta que se convierte en necrópolis.

En Menorca la fórmula del islote costero es sustituida por el empleo de las protegidas ensenadas al abrigo de los promontorios modelados por las desembocaduras de los torrentes que discurren por los barrancos característicos de la mitad meridional de la isla. Los embarcaderos de Llucalari, Macarella, Cales Coves, en la costa Sur, junto a Cala Morell, en la Norte, combinan la posibilidad de escala y embarcadero con la de promontorio costero fortificado que cierra y controla todo el sistema.

La mejor conocida de estas escalas menorquinas del Bronce Final es Cala Blanca. Las excavaciones (Juan y Plantalamor 1997) sirvieron para poner a la luz uno de los conjuntos de materiales arqueológicos más numerosos y significativos relacionados con este tipo de asentamientos costeros, aunque esta consideración funcional del lugar no fue planteada (Guerrero 2000 a) hasta algún tiempo después.

De los trabajos de excavación disponemos de dos dataciones radiocarbónicas; sobre la más antigua (1690-1510 d.C.) planean serías dudas de que corresponda verdaderamente el edificio que sirvió de almacén durante el Bronce Final⁴². Sin embargo, la segunda de las dataciones

⁴¹ KIA-11868, 3100 ±35 BP [1440-1260 d.C.]; KIA-11246: 3040 ±30 BP [1400-1130 d.C.]; KIA-11243: 2975 ±25 BP [1320-1110 d.C.]; KIA-11244: 2765 ±30 BP [1000-820 d.C.], todas sobre colágeno de herbívoro.

⁴² Uno de los muros se asienta sobre un estrato de tierra arcillosa. El desplazamiento de algunos bloques basamentales años después de la excavación ha puesto al descubierto este estrato en el que se aprecian numerosos restos de fauna, por lo que el lugar ya pudo tener una frecuentación anterior a la construcción del almacén; nada raro pues esta playita es uno de los lugares idóneos para iniciar una travesía hacia la cosa mallorquina de la que se divisan perfectamente los hitos costeros imprescindibles para alcanzar la bahía de Alcudia. Las conexiones entre esta zona de Mallorca y Menorca pueden ya rastrearse desde los inicios de la Edad del Bronce. En cualquier caso la datación más antigua [1690 (94,1%) 1510 d.C.] bien podría corresponder a este paleosuelo sobre el que se asentó la construcción de la escala costera, mientras que la más reciente [1420 (95,4%) 1250 d.C.] podría ser realmente representativa de la construcción y uso del edificio del Bronce Final.

(1450-1250 d.C.) proporciona un intervalo coincidente con los comienzos del proceso que estamos analizando. Aunque carecemos de otras dataciones absolutas para fijar el momento de abandono, los materiales más modernos recuperados en las excavaciones sugieren que éste ocurrió de forma paralela al de s'Illot des Porros.

Los materiales arqueológicos recuperados en las excavaciones resultan muy reveladores de la verdadera función del edificio naviforme. El número mínimo de envases toneliformes localizados en Cala Blanca, tanto en el interior, como en los dos metros circundantes a la construcción, se aproximan al centenar, por lo que no parece exagerado considerar que pudo cumplir la función de escala costera con almacén destinado a albergar mercancías para los intercambios ultramarinos. Igualmente en sus inmediaciones debió de funcionar un taller al aire libre para fundir la materia prima, por la que seguramente eran intercambiados los toneles y su contenido, como parece sugerir la importante cantidad de vasijas de reducción encontradas durante la excavación, así como un molde de fundición de hachas planas (Juan y Plantalamor 1997:152).

La identidad tipológica y técnica entre los toneles de Cala Blanca y los mallorquines, entre ellos lógicamente los de s'Illot des Porros, es perfecta, lo que con toda probabilidad es un buen indicador de que los trasiegos de estos materiales entre un extremo y otro del canal fueron muy fluidos y constantes. No deja de ser extraordinariamente sintomático que una persona, incluso sentada, desde el mismo portal de Cala Blanca (figura 16), divise perfectamente la costa mallorquina la mayoría de los días; la misma en la que se ubica la escala costera de S'Illot des Porros. La navegación entre Cala Blanca (Menorca) y S'Illot des Porros (Mallorca) se realiza, por tanto, sin perder de vista el punto de partida y divisando la costa de destino durante todo el trayecto. En el canal soplan predominantemente vientos de componente N, por lo que seguramente debía enfilarse una derrota NE para compensar la deriva producida por estos vientos.

Antes de terminar el estudio de esta red regional de asentamientos costeros para los intercambios durante el Bronce Final, no estaría de más hacer alguna mención a los aspectos náuticos que la misma implica, sobre todo una aproximación a las dificultades que habrían de superarse para ponerlos en contacto, lógicamente por vía marítima.

No es una tarea fácil estimar correctamente el esfuerzo y el tiempo que debía invertirse en comunicar entre sí estas bases costeras del Bronce Final balear.

Por ello hemos estudiado (Guerrero 2006) varias posibilidades alternativas, pues sin conocer exactamente el tipo de barcos y su capacidad de maniobra es muy difícil establecer una única solución, cuando, además, la

duración del trayecto es muy dependiente del estado de la superficie del mar, que puede oscilar entre mar llana y marejada. En líneas generales pensamos que la velocidad media de las barcas del Bronce Final podía oscilar entre dos y tres nudos, como parece deducirse de algunos cálculos que veremos seguidamente.

Algunos cálculos realizados para las navegaciones protohistorias (Alvar 1979; Fernández Miranda 1988) suponen una media de 4 nudos para las barcas de propulsión mixta que vemos en las pinturas del Geométrico griego y para las embarcaciones semiligeras fenicias en la categoría de los *hippoi* (Guerrero 1998). Mientras que para una propulsión sólo a remos, sin vientos ni corrientes muy desfavorables, se calcula una velocidad entre 3 y 4 nudos, o de 1 a 1,5 nudos con vientos contrarios (McGrail 2001: 100). El viaje experimental *papyrella* con propulsión sólo a remos, aunque en condiciones meteorológicas no demasiado favorables, consiguió una media de 1,65 nudos (Tzalas 1989; 1995). Mientras que la nave Kyrenia II, réplica de un mercante mediano griego del s. IV aC (Katzev 1990), navegando a vela, casi nunca sobrepasó los tres nudos de media.

En la travesía necesaria para unir Mallorca y Menorca desde la bahía de Alcudia, aún en el supuesto más pesimista, en ninguna caso sería necesaria más de una



Figura 16
Escala-embarcadero de Cala Blanca (Menorca) con Mallorca a la vista desde el portal de la construcción naviforme y situación del fondeadero en foto aérea.

singladura. Si el viaje se realiza entre escalas más lejanas, directo y sin escalas⁴³, entre Cala S'Almunia y, por ejemplo, Cap De Forma, en condiciones poco o nada favorables podrían sobrepasarse una singladura, es decir más de día completo de navegación, aunque debe tenerse en cuenta la existencia de escalas intermedias, algunas de las cuales es seguro que restan por descubrir; en este sentido sería altamente probable que entre Cala S'Almunia, en el levante de Mallorca, y la costa Norte, como la península de Artà, desde la que ya se divisa la costa menorquina, seguramente debería ubicarse alguna escala de momento por identificar.

El viaje se presenta más complejo si se pretende navegar desde Formentera a Mallorca; como difícilmente se podría conseguir una media de 4 nudos, debemos pensar en la necesidad de emplear más de una singladura, y muy probablemente la travesía necesitaría, según el tipo de barca, una escala intermedia, que, según las circunstancias, podría localizarse en el extremo oriental de la isla de Ibiza. Una vez pasado el Cap des Llibrell encontramos el promontorio del Cap Roig (Ramón 1987-88), último hito costero relevante, junto a la isla de Tagomago, antes de emprender la travesía a Mallorca. Sobre el mismo se encuentran restos arqueológicos cuyos orígenes desconocemos, aunque siguió siendo un referente para la navegación púnica posterior; el santuario rupestre de Es Cuieram en sus inmediaciones no hace sino enfatizar el valor estratégico, y por ello también simbólico, para la navegación de cabotaje de este promontorio. Desde aquí puede alcanzarse, según las condiciones del mar, en una sola singladura el embarcadero de Na Galera, y en algunas horas más de navegación el islote de Na Moltona.

Es muy posible que estos diferentes grados de dificultad para navegar entre los distintos grupos de islas, Pitiusas y Baleares, se manifesten en el registro arqueológico; de esta forma, muchos de los toneles encontrados en Menorca, como ya hemos dicho, son idénticos a los mallorquines, no sólo tipológicamente, sino también en los aspectos técnicos de las pastas, como la composición del desgrasante, grado y sistema de cochura, igualmente coinciden algunos detalles de la manipulación alfarera en el modelado de las piezas. Por el contrario, los toneles de Sa Cala de Formentera (Ramón y Colomar 1999), son sensiblemente distintos a los baleáricos. Toda la documentación hasta ahora disponible nos hace pensar que las conexiones entre Mallorca y Menorca fueron durante este periodo constantes y fluidas, mientras que, por el

contrario, con las Pitiusas debieron de ser relativamente más esporádicas.

INDÍGENAS Y FENICIOS EN LAS PITIUSAS. COLAPSO FINAL DEL MODELO

La crónica falta de investigaciones arqueológicas centradas en la prehistoria de las Pitiusas afecta, como no podía ser de otra manera, al periodo que ahora nos ocupa. Hasta tal extremo esto es así que durante décadas algunos investigadores (Gómez Bellard y San Nicolás 1988; Gómez Bellard 1995; Vidal 1996, 101) mantuvieron la tesis de un despoblamiento de las islas durante el primer milenio d.C., de tal manera que, según estos investigadores, los fenicios habrían encontrado un paraíso desabitado desde el que operar en estos confines del Mediterráneo.

El hilo argumental de este planteamiento se sostenía, principalmente, en la errónea creencia de que los asentamientos naviformes de Formentera eran manifestaciones propias del segundo milenio d.C., abandonados antes de c. 1250 d.C., como igualmente venía sosteniéndose para el resto de las islas. De esta forma, los numerosos hallazgos de depósitos de objetos metálicos no podían constituir, según estos investigadores, manifestaciones de una población indígena, aunque tal vez demográficamente poco importante, sino de las actividades comerciales de fenicios en los momentos previos a la ocupación de las islas vírgenes.

Este mito ha sido razonablemente desmontado en varias ocasiones (Costa y Benito 2000; Costa y Guerrero 2002), sin embargo, vuelve a insistirse años después sobre la misma cuestión (Gómez Bellard 2003). Las nuevas dataciones radiocarbónicas procedentes de tumbas del Puig des Molins (Fernández y Costa 2004) y las dataciones en yacimientos pitiusos no fenicios, como Sa Cala y Can Sargent, así como el hallazgo de materiales inconfundiblemente fenicios en el yacimiento de La Morisca de Mallorca y Cales Coves de Menorca (ver *addenda*, Guerrero et. al., 2007) dejan fuera de toda duda que, en el intervalo c. 900-800 d.C., no sólo había aborígenes y fenicios en Ibiza, sino que éstos también habían iniciado los contactos con las otras islas.

No volveremos a insistir en aspectos conocidos ya desde hace años, pero debemos recordar que los poblados naviformes baleáricos siguen habitados hasta 900-850 d.C. Lo que en términos de cronología radiocarbónica supone que los encontramos aún en uso, no ya en un

⁴³ Entre Cala S'Almunia, en el levante de Mallorca, y la costa Norte, como la península de Artà, desde la que ya se divisa la costa menorquina, seguramente falta un punto de escala aún por descubrir, siempre hablando de navegación de cabotaje de barcas pequeñas, en gran cabotaje y con barcos similares a los nurágicos (Guerrero 2004, a) o el barquiforme nº 3 inciso en el hipogeo del Bronce menorquín de la Tore del Ram (Guerrero 2006b), no sería en ningún caso necesaria esta escala.

momento precolonial, sino coincidiendo incluso con las primeras factorías fenicias occidentales funcionando a pleno rendimiento, como nos indican la extensa serie de dataciones absolutas en contextos fenicios y/o en comunidades aborígenes (Torres 1998; Mederos 2005a) que están recibiendo ya productos elaborados en el propio Occidente. En esta misma temporalidad hay que incluir igualmente Cartago (Docter *et al.* 2005). Por lo tanto, la posibilidad de que el asentamiento formenterense de Cap de Barbaria II estuviese aún ocupado hacia c. 850 d.C. no sólo se hace verosímil, sino altamente probable, a tenor de las modernas dataciones radiocarbónicas de Formentera, que seguidamente comentaremos.

Por lo que respecta a los depósitos de objetos de bronce en las Pitiusas, por seguir con argumentaciones que ya hemos repetido en más de una ocasión, es difícil y artificioso no encontrarles una explicación similar a los otros muchos que durante el Bronce Final se produjeron, tanto en las Baleares, como en el continente. Ciertamente no se conoce el contexto, pues se trata de hallazgos sin control arqueológico, pero lo mismo pasa con la mayoría de los baleáricos.

Durante la colonización fenicia no se conoce un solo caso de amortización, depósito votivo, o simplemente escondrijo de objetos metálicos efectuado por los propios colonos, salvo que a las Pitiusas les hubiese tocado en suerte los más descuidados comerciantes, quienes sistemáticamente olvidaban sus valiosos cargamentos en el paraíso de unas islas deshabitadas.

Los objetos de bronce de las Pitiusas, al igual que los de las Baleares, especialmente las hachas de apéndices, los encontramos en asentamientos fenicios como, por ejemplo, la Fonteta (González Prats 1998; 1999) y otros muchos, pero siempre en el contexto de talleres de fundidores o como reservas de mercancías a la espera de su redistribución. Sin embargo, en la periferia aborígen, entre la que debemos contar el archipiélago balear, las deposiciones votivas, destrucciones rituales o los simples atesoramientos de bienes de prestigio, son estrategias ritualizadas ligadas a la exaltación del rango y consolidación del poder (p.e. Kristiansen 2001, 89) muy extendidas entre las comunidades del Bronce Final, y entre ellas baleáricas.

Con todo, y aún reconociendo que apenas sabemos nada de la entidad arqueológica propia del Bronce Final Pitiuso, los mejores y más sólidos argumentos para sostener que una población indígena habitaba ambas islas en los momentos anteriores, y aún en la fase inicial, del asentamiento fenicio en las islas procede de las dataciones radiocarbónicas sobre huesos humanos y de fauna doméstica, que ahora pasaremos a comentar.

Una comunidad humana habitaba la isla de Formentera y estaba gestionando la fortificación costera de Sa Cala (Ramón y Colomar 1999), cuya función ya se ha valorado en el epígrafe anterior. Los materiales cerámicos procedentes de las últimas excavaciones, especialmente las vasijas toneliformes, apuntaban a una cronología paralela a sus equivalentes en las Baleares, que estuvieron en vigor entre c. 1300 y 850 d.C. Sin embargo, han sido dos dataciones radiocarbónicas (Strydom *et al.* 2005), ya señaladas, las que han permitido confirmar esta cuestión, más allá de toda duda razonable. Aunque afectadas de la imprecisión originada por la trayectoria amesetada de la primera Edad de Hierro, los intervalos de más alta probabilidad sitúan, como vimos, la primera en el intervalo 810-760 d.C. y la segunda, prácticamente coincidente con la anterior 810-750 d.C.

Es interesante remarcar, como también se indicó en su momento, que por estas mismas fechas, elementos tan claramente fenicios como las flechas con arpón, aparecen en el poblado talayótico mallorquín de La Morisca en contextos datados por radiocarbono, a partir de un molar de bóvido, en el intervalo 900-790 d.C.

Sin abandonar Formentera, conviene recordar que el asentamiento de naviformes Cap de Barbaria II también tiene otra datación radiocarbónica⁴⁴ (Costa y Benito 2000; Calvo *et al.* 2001b: 48, 60), la cual nos indica una persistencia de gente en el mismo hasta fechas relativamente tardías. Por desgracia esta datación sufre un mas alto grado de imprecisión que las anteriores por lo mismos motivos, con un intervalo de probabilidad (al 95.4%) que se extiende entre 760 y 380 d.C. Atendiendo a la naturaleza del asentamiento parece altamente improbable que estuviese habitado durante el siglo IV d.C., salvo un anómalo caso de pervivencia aborígen; aunque más extraño aún sería que un campesino púnico tuviese por vivienda un naviforme en esos momentos. Sin embargo, no sería tan extraordinaria una perduración del asentamiento prehistórico en fechas próximas al 760 d.C.; si tenemos en cuenta que entre 850/800 d.C. aún había muchos poblados naviformes sin abandonar en las Baleares.

Si observamos lo que pasa en la vecina Ibiza por estas mismas fechas, ciertamente apenas tenemos indicadores arqueológicos de una población aborígen con mediana densidad demográfica. Pero no es posible dejar fuera de la discusión varias dataciones, técnicamente válidas, sobre huesos humanos, por cierto, ya conocidas en los tiempos de gestación del mito de las islas deshabitadas.

Se trata de una necrópolis de tumbas individuales instaladas en el lugar conocido como Can Sergent, sobre las

⁴⁴ UtC-8320: 2393 \pm 43 BP [760-380 d.C.], sobre colágeno de herbívoro.

ruinas de un asentamiento del Bronce Antiguo (Costa y Benito 2000) que durante algún tiempo fue considerado erróneamente como sepulcro de corredor. En este pequeño cementerio se identificaron (González Martín y Lalueza 2000), en número mínimo de individuos, siete varones, una mujer y uno infantil. Entre los restos de Can Sergent se localizó también un cráneo adulto quemado. De esta pequeña comunidad inhumada en Can Sergent se obtuvieron dos dataciones radiocarbónicas sobre muestras de huesos humanos. La primera de ellas⁴⁵ proporcionó un intervalo cronológico de 1000-760 d.C., mientras que la segunda⁴⁶, algo más moderna, está afectada de la nefanda imprecisión propia de las calibraciones de la Edad del Hierro, pero aún así el resultado 820-390 d.C. no puede ser despreciado, por razones similares a las expuestas para Cap de Barbaria II.

Durante el Bronce Final no se han podido identificar en las Baleares necrópolis de tumbas individuales como las de Can Sergent; sin embargo, algunos indicios nos llevan a pensar que su existencia no fue del todo desconocida, al menos en Mallorca, como parece inferirse de una falange humana aparecida en los aledaños del talaiot nº 2 de Son Fornés (Strydonck 2005); aunque la tumba no pudo identificarse, ha sido datada⁴⁷ en el intervalo 900-780 d.C., por lo tanto, coincidente con la temporalidad que nos marcan las dataciones de la necrópolis ibicenca.

Por todo ello, este pequeño cementerio de Can Sergent no debe considerarse algo fuera de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que en la zona geográfica continental con más fácil comunicación con las Pitiusas, son conocidas necrópolis a cielo descubierto del Bronce Final, que conectan también con la primera fase de asentamientos fenicios en la costa. Una de las mejor investigadas es la de Les Moreres de Crevillente (González Prats 2002), si bien es cierto que el ritual aquí es la incineración y no la inhumación. En cualquier caso, la presencia de al menos un individuo incinerado en Can Sergent nos indica que este ritual estuvo también presente entre las tradiciones funerarias de esta necrópolis cuya entidad verdadera no puede valorarse por la mala conservación del yacimiento.

Sea como fuere, una necrópolis con al menos nueve individuos y dos dataciones radiocarbónicas, técnicamente válidas, que apuntan a la existencia de una pequeña comunidad que vivió entre el 1000 y el 760, tal vez con una perduración indeterminada, no puede ser borrada del mapa de la discusión científica sólo por

que no corrobore determinados planteamientos apriorísticos.

Por lo tanto, no sólo parece que las Pitiusas estaban habitadas durante el Bronce Final, sino que algunos de sus habitantes pudieron efectivamente convivir con los comerciantes fenicios que les abastecían de los objetos de bronce que después eran atesorados y eventualmente depositados y amortizados ritualmente.

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL: LOGROS Y PERSPECTIVAS

Mucho es el camino que la investigación arqueológica deberá transitar aún para proporcionar una visión razonablemente completa de las comunidades que habitaron las Baleares y Pitiusas durante la Edad del Bronce. Sin embargo, pensamos que los esfuerzos de esta última década están rindiendo ya frutos imprevistos hasta no hace mucho.

Un primer logro, atribuible sobre todo a las nuevas series de dataciones radiocarbónicas, y a una más correcta representatividad arqueológica de las mismas, ha sido poder atribuir el espectacular conjunto de bronce baleáricos a la entidad arqueológica del Bronce Final (Guerro et al., 2007) y no a la cultura talayótica como durante décadas se había venido haciendo.

La cuestión no es baladí, pues de ello, además de las otras evidencias arqueológicas que hemos señalado con anterioridad, debemos inferir que los trascendentes mecanismos de complejidad y jerarquización social se producen, no durante la cultura talayótica, sino mucho antes. Bien podríamos asegurar que los orígenes de esta entidad arqueológica y, por lo tanto, la crisis y desaparición del Bronce Final, es con toda probabilidad la culminación de este proceso y no el inicio del mismo, como en la década pasada muchos veníamos sosteniendo.

No parece necesario seguir insistiendo que desde c.1400, pero sobre todo a partir de 1300 d.C., las comunidades aborígenes de las Baleares viven importantes cambios que se manifiestan en una renovación del equipamiento cerámico, aunque también y principalmente en la metalurgia, tanto en lo relativo a la cantidad y calidad de las materias primas importadas, como en los propios implementos, tanto si estuvieron fabricados en las islas, como si vinieron de fuera. Las islas Pitiusas, mientras tanto, no parecen sumarse plenamente a este proceso de cambio.

⁴⁵ BM-1511: 2670 ±60 BP [1000-760 d.C.].

⁴⁶ BM-1510: 2500 ±100 BP [820-390 d.C.].

⁴⁷ KIA-23147: 2645 ±35 BP, [900-780d.C.].

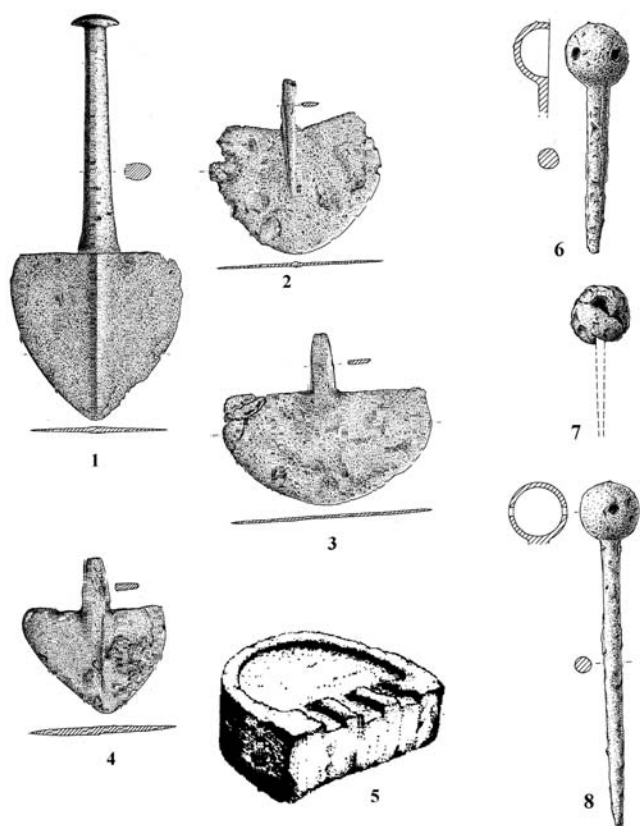


Figura 17
Cuchillas de curtidor. Son Matge, Mallorca (1); Procedencias variadas de Menorca (2-4); Molde de fundición de Mallorca (5). Agujas de cabeza esférica y hueca, procedencias variadas de Mallorca (6-8).

El catálogo de moldes de fundición conocido hasta ahora (figuras 17, 18 y 19) sólo nos permite deducir que, de la renovación de la panoplia propia de esta primera fase (c. 1300-1100/1000 d.C.), únicamente el machete del tipo «Lloseta», las hachas planas de filo semilunar y las cuchillas de curtidor se fundieron en las islas. Especialmente interesante resulta esta constatación en el caso del machete, pues parece tratarse de una verdadera innovación atribuible a las comunidades aborígenes baleáricas; su datación c. 1300 d.C.⁴⁸ es un buen indicador para estas innovaciones metalúrgicas autóctonas. Como igualmente lo es el molde de fundición de hachas planas aparecido en la escala costera de Cala Blanca (Juan y Plantalamor 1999:152).

Además de los moldes de fundición contamos también con algunas evidencias de lo que podríamos considerar como verdaderos talleres metalúrgicos. Los moldes de fundición del poblado de Hospitalet amortizados en la construcción de la solera del hogar no podía venir

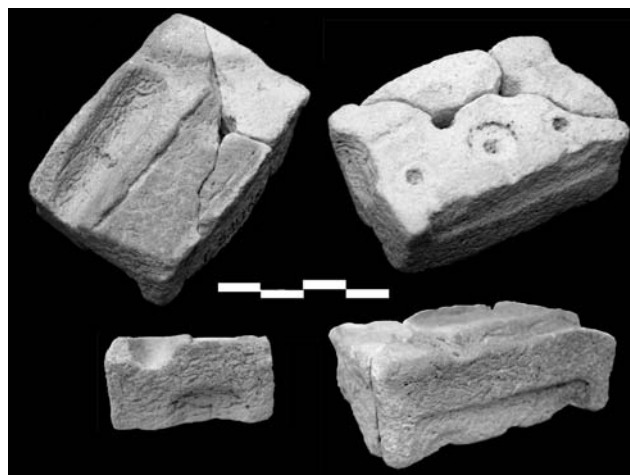


Figura 18
Molde de fundición de la escala costera de Na Galera.

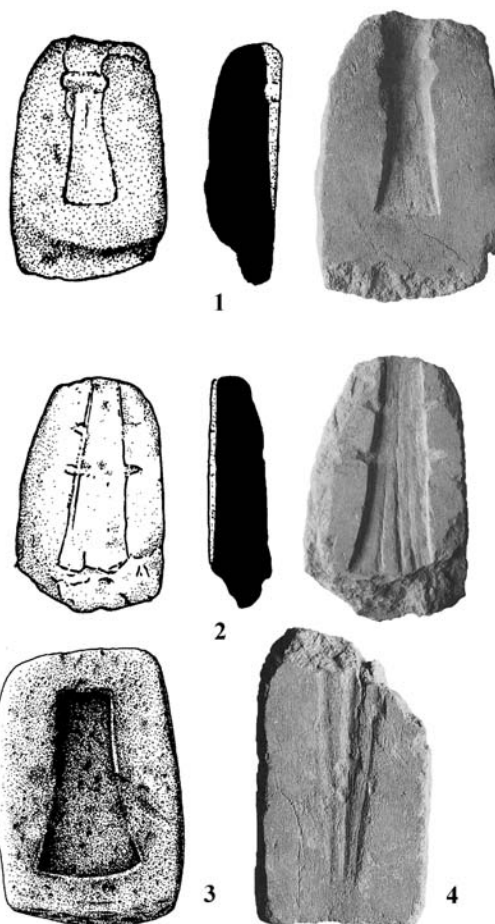


Figura 19
Moldes de fundición menorquines del periodo 1000-800 d.C.

de muy lejos, seguramente en algún lugar del mismo asentamiento operaba algún metalúrgico. Igualmente en

⁴⁸ La memoria de la excavación no ha sido publicada jamás, sólo la datación con algunos comentarios pueden verse en B. Pons (1999). Por las informaciones disponibles, la muestra procedía de un carbón del hogar, que contextualmente debería asociarse al momento de abandono de la construcción, sin embargo, al tratarse de una muestra de «vida larga» puede estar afectada del fenómeno conocido como madera vieja, que en el Mediterráneo suele proporcionar desviaciones positivas de hasta 250/300 años (Vogel *et al.* 1990), sin embargo, el molde ya fracturado, estaba formando parte de la solera del hogar, es decir, fue un elemento constructivo del mismo. Por eso parece razonable pensar que el molde debió estar en uso en el tramo antiguo del intervalo, o tal vez antes.

el asentamiento, ya citado, de Closos han aparecido crisoles cerámicos, o vasijas de reducción, con adherencias de bronce. En el poblado de naviformes menorquín conocido como Son Mercer de Baix, en Menorca (Plantalamor 1991: 29-36), una de las estructuras excavadas se interpretó como un taller metalúrgico a partir del utilaje encontrado, que estaba compuesto por vasijas-horno, o tal vez crisoles, un punzón, dos escoplos un arete de bronce y un pequeño lingote de cobre.

Otro taller de fundición, también en Menorca, pudo estar localizado en Torellonet Nou (Montero *et al.* 2005). Así mismo, una serie de lingotes en forma de pan, depositados en el Museu Diocesà de Ciutadella, procedentes de una excavación clandestina realizada en el yacimiento de Els Aljubs en fechas indeterminadas, ha sido estudiada recientemente (Montero *et al.* 2005) y seguramente debería atribuirse a un depósito de materia prima de otro taller.

Difícilmente esta proliferación de trabajos metalúrgicos se habría producido sin un abastecimiento regular y relativamente frecuente de materias primas metálicas y huelga decir que en un territorio insular esto sólo se produce por vía marítima. No es fácil calcular, ni siquiera de forma aproximada, la masa metálica que pudo circular por las islas a lo largo de este periodo, aunque todo indica que debió de ser muy importante. Así lo sugiere la extraordinaria proliferación de depósitos votivos (Delibes y Fernández-Miranda 1988), en los que son amortizados y sacados de la circulación instrumentos en perfecto estado, tanto los relacionados con la esfera de la producción, como con la de la ostentación de poder.

A esta regularidad en el abastecimiento contribuyó con toda probabilidad la extraordinaria red de asentamientos costeros que hemos presentado con anterioridad. En algunos de ellos, precisamente allí donde podían recalar los barcos con mayor seguridad, como en el islote de Na Galera y en Cala Blanca, hay evidencias de trabajos metalúrgicos *in situ*, como son los moldes y crisoles.

La presencia de estas actividades metalúrgicas en las escalas costeras de Baleares nos introduce necesariamente en la cuestión de la metalurgia practicada por artesanos itinerantes que acompañaron a los marinos comerciantes en sus periplos, fabricando implementos en los mismos lugares donde se practicaban los intercambios. Barcos cargados con lingotes, chatarra para fundir y herramientas de fundidor, como Rochelongues (Bouscaras y Huges 1972), Langdon Bay (Needham y Dean 1987) o Moor Sand (Muckelroy 1980, 1981) vendrían a corroborar esta cuestión.

Este asunto ya fue plantado por M. Ruiz-Gálvez (1993), quien presupone incluso la presencia de artesanos metalúrgicos establecidos estacionalmente en algunos núcleos de población indígena. Uno de los ejemplos más

sugerentes que esta autora propone es el taller de fundidor aparecido en la Peña Negra de Crevillente.

Documentación igualmente sólida sobre el tema de la metalurgia itinerante la encontramos en Oriente a partir de los conjuntos de herramientas, chatarra y pesas que aparecen en cargamentos de barcos como los de Gelidonia (Bass 1967) y Ulu Burun (Bass 1986; Bass *et al.* 1984; Pulak 1988). Seguramente también las balanzas y pesas (Pulak 2000) pudieron estar relacionadas con los cálculos de las aleaciones efectuadas por los metalúrgicos itinerantes. Estos conjuntos de materias primas y herramientas procedentes de cargamentos de barcos han sido identificados por M. Ruiz-Gávez como claros contextos pertenecientes a fondos de talleres metalúrgicos itinerantes para hacerlos funcionar en las escalas previstas del viaje. Especialmente significativo para documentar esta forma de metalurgia itinerante, ligada a los tráficos comerciales ultramarinos, es el contenido del pecio Kfar Samir, hundido cerca de la costa de Haifa (Galili *et al.* 1986), pues entre su cargamento metálico aparecen lingotes de estaño con señales de cortes y con partes de los mismos que faltan, con toda seguridad por haber sido cortados y empleados por metalúrgicos que viajaban entre la tripulación para la producción de bronce en distintas escalas de la travesía.

En Occidente el caso más claro de utilización del estaño por metalúrgicos itinerantes lo tenemos en Huelva, donde en contextos de c. 1000/900 d.C. se ha localizado una lámina de este metal con extracciones de placas circulares mediante golpes de punzón (González de Canales *et al.* 2004: 150, lám. 64) desde ambas caras, seguramente como forma de calcular siempre de forma homogénea la cantidad de estaño a separar de la placa.

Por el momento no tenemos datos en el registro arqueológico que nos permitan conocer la identidad de los agentes externos de estos contactos. Tampoco la procedencia misma de las materias primas metálicas no está del todo clara. Stos-Gale (1999), que estudió los metales de las cuevas menorquinas de Carritx y Mussol, piensa que los isótopos de plomo de muchos de ellos podrían indicar una procedencia del SW, es decir del área de Huelva, sin embargo, otros investigadores (Montero *et al.* 2005) no comparten del todo esta opinión y apuntan también al SE como uno de los posibles orígenes de materia prima que llegó a las Baleares.

Ya se ha señalado la sincronía entre los cambios que se estaban produciendo en las Baleares y la presencia de cerámicas micénicas en Montoro y Purullena, Andalucía. Sin embargo, los agentes directos que hicieron posible esta llegada de metales y otros productos exóticos a las islas quedan en la oscuridad. Por ello no está demás recordar el panorama de los ámbitos regionales en los que se movía el comercio mediterráneo en estos momentos.

Entre las redes comerciales mediterráneas bien identificadas, durante la segunda mitad del II^o milenio d.C., podemos destacar la frecuentada por los barcos cananeos, como los ya citados de Ulu Burn y Gelidonia. Este tipo de mercantes seguramente seguían la ruta habitual que partiendo de Biblos y/o Ugarit y tocaría puertos chipriotas como Enkomi. Ascendiendo hacia el Norte navegarían por la costa de Turquía, donde se encuentra Mersin, que a la sazón era un importante centro costero de la región de Arzawa, controlada por los hititas. El periplo comercial debía seguir una derrota en dirección al Oeste hasta Rodas y Creta, para acabar, en dirección Sur, en Mersa-Matruh en la costa africana. Desde aquí se alcanzaba en navegación de cabotaje el delta del Nilo, para seguir hasta los puertos cananeos de Ascalon, Akko, Tiro, Biblos y Ugarit, que cerraban así el circuito comercial documentado en la nave de Uluburum.

La presencia de barcos cananeos en puertos de dominio micénico es también más que probable a tenor de las fuentes escritas⁴⁹. Sólo a través del registro arqueológico terrestre resulta más difícil discernir quiénes fueron los agentes comerciales, dado el carácter mixto de los cargamentos⁵⁰, pues gran parte del área comercial del Próximo Oriente, antes señalada, fue igualmente frecuentada por mercantes micénicos. El mejor ejemplo lo tenemos en la nave de Point Iria (Phelps *et al.* 1999), hundida c. 1200 d.C. en el golfo de Argos, entre las antiguas ciudades micénicas de Asine y Mases, una de las cuales era ya, con toda probabilidad, el puerto de destino. A través del cargamento puede saberse que este pequeño mercante había operado en varios puertos de la isla de Chipre y posteriormente hizo escala en Creta, donde seguramente fondeó también en varios puertos de la isla. Aún llevaba cerámicas micénicas, por lo que no es descartable que igualmente hiciese alguna escala en zonas costeras de dominio aqueo antes de naufragar a la entrada del golfo de Argos. Por lo tanto, este barco constituye una inmejorable prueba de la superposición de dos áreas de intereses económicos distintos: la cananea y la micénica en gran parte del Mediterráneo Oriental.

Otro gran circuito comercial estaría protagonizado por la marina micénica. La presencia cananea directa en el Mediterráneo central no puede verificarse de ninguna manera, sin embargo, no ocurre lo mismo con la micénica. La presencia de cerámicas micénicas en el Sur de Italia, Sicilia y Cerdeña (Vagnetti 1983; Gras 1985: 57-64;

Domínguez Monedero 1989:41-53) nos indica que navegantes micénicos frecuentaron las costas del Tirreno de forma intensa. Por lo tanto, su área de frecuentación marina se extendería sin interrupción desde, al menos, Chipre hasta Cerdeña, obrando de alguna manera como intermediarios entre las redes comerciales orientales y las occidentales, las cuales tienen igualmente su límite de expansión más oriental entre la desembocadura del Ródano y el bloque corso-sardo.

Desde Cerdeña hacia el Occidente atlántico perdemos por completo pistas sobre la identidad concreta de los agentes comerciales que posibilitaron la llegada a la península Ibérica de las cerámicas micénicas y otros elementos de raigambre oriental. Si observamos lo que estaba ocurriendo en Huelva poco tiempo después (González de Canales *et al.* 2004), hacia el 1100/1000 d.C., es muy posible que marinos chipriotas y del Egeo estuviesen presentes en este lugar. Sin embargo, a quienes no debemos olvidar es a los sardos, cuya marina era lo suficientemente desarrollada (Guerrero 2004 a) como para poder abordar estas empresas comerciales, al menos en pie de igualdad con chipriotas y micénicos.

Nos quedaría, por último, hacer una breve mención a la marinería baleárica de la Edad del Bronce. Prácticamente nos movemos exclusivamente a través de documentación indirecta, parte de ella ya tratada en este mismo capítulo. Creemos que existen suficientes argumentos para mantener la existencia de una marinería capaz de conectar las islas y controlar una red de intercambios, al menos, a escala puramente regional (Guerrero 2006b). La cuestión que queda por resolver es si estos aborígenes de las islas desarrollaron una tecnología naval suficientemente capacitada como para dar el salto al continente, bien sea a la costa de Denia, o hasta aproximadamente el Delta del Ebro. De ser así, no todo el abastecimiento de materias primas habría sido exclusivamente dependiente de agentes externos.

Aunque no nos extenderemos ahora en ello, es necesario recordar que uno de los grafitos náuticos grabados en un hipogeo menorquín de la Edad del Bronce, conocido como Torre del Ram, nos presenta (20) una embarcación de casco redondo, guarnida con mástil y vela, cuya categoría y capacidad náutica (Guerrero 2006b) no tenía nada que envidiar a muchas de las que vemos en la iconografía sarda. De hecho, tiene elementos comunes con los mercantes sardos (Guerrero 2004 a), como es la ausencia

⁴⁹ «...Allí vinieron unos fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que traían innumerables joyeles en su negra nave» (Od. XV, 450-452)... «Quedáronse los fenicios un año entero con nosotros y compraron muchas vituallas para la cóncava nave....» (Od. XV, 492-495).

⁵⁰ También, muy posiblemente, multiétnico de las tripulaciones, como parecen indicar las distintas procedencias de las armas personales que aparecen en la nave de Uluburum (Pulak 1998; 2001) y los diferentes sistemas de pesos y medidas (Pulak 2000) que habitualmente estaban disponibles a bordo.



Figura 20

Barco grabado en el hipogeo funerario de la Torre del Ram, situado muy cerca del espigón Pop Mosquer y del fondeadero de Cala Blanca.

de roda vertical y tajamar, que, por el contrario, eran componentes comunes de la arquitectura naval micénica y chipriota de la Edad del Bronce. Recordemos también que esta necrópolis se encuentra a muy poca distancia y a medio camino entre la escala costera de Cala Blanca y el promontorio Pop Mosquer; por lo tanto, los allí enterrados formaban parte del grupo de población que gestionaba estas bases marinas situadas frente a la inmediata costa de Mallorca, la cual se divisa precisamente desde el corredor de entrada al hipogeo. Barcas de esta categoría podían alcanzar con toda seguridad las costas continentales.

Esta última cuestión nos obliga a recordar que resta por comprobar, además del contenido de los toneles baleáricos, su eventual presencia en asentamientos costeros continentales⁵¹. Aunque la inexistencia de estos envases fuera de las Baleares podría explicarse, como mera hipótesis de trabajo, si consideramos que la mercancía sólida contenida en ellos pudo transferirse a los barcos receptores en otro tipo de contenedores, de forma que sólo hubiesen sido útiles para el transporte desde los centros productores de las islas a los embarcaderos, siendo reaprovechados una y otra vez hasta que se fracturaban y sus restos eran abandonados, tal y como los vemos en las escalas costeras de Cala Blanca, Illot des Porros y Na Moltona.

Aproximadamente hacia 900/850 d.C. se pueden detectar cambios sustanciales que afectan al modelo de intercambios que venía rigiendo desde c. 1300 d.C. Si repasamos las series de dataciones radiocarbónicas, ya citadas, de los asentamientos costeros de Illot des Porros, en Mallorca, y Cap de Forma, en Menorca, podemos observar con toda nitidez que los intervalos más modernos asociados a esta actividad coinciden plenamente y nos muestran un final de la misma que se sitúa entre 1000/900 y 840/830 d.C. El abandono se produce además simultáneamente en los dos tipos de asentamientos costeros estudiados: embarcadero o punto de escala, en el caso de Illot des Porros, y promontorio costero, en el de Cap de Forma. Aún más sugerente es que este fenómeno coincida con toda exactitud en ambas islas: Mallorca y Menorca. En las Pitiusas el colapso de este tipo de asentamientos parece producirse ligeramente más tarde, aunque muy pocos años después, entre 810 y 760 d.C. Igualmente entre 900 y 800 d.C. desaparece la producción⁵² de los grandes envases toneliformes.

Resulta muy difícil no relacionar estos abandonos de yacimientos claves en los intercambios por mar, que se habían ido consolidando desde c. 1300/1250 d.C., con la implantación de las navegaciones hegemónicas fenicias en el Mediterráneo, una vez que las colonias del occidente atlántico, como Abul, Cádiz y Lixus, comenzaron a ejercer como tales y su influencia en los distintos entornos indígenas fue ya decisiva. También lo fue en el archipiélago balear, donde finalmente las islas Pitiusas terminarán incorporándose al sistema de navegación ultramarina de estos fenicios occidentales, precisamente para el control de los derroteros que discurren entre el SE peninsular y la desembocadura del Ródano, los cuales habían sido vitales para los contactos externos de las Baleares a lo largo de toda su prehistoria.

Hacia c. 1100/1000 d.C., el Estrecho de Gibraltar se abre a los productos atlánticos y la metalurgia característica de estos confines, como las hachas de talón y de cubo, terminan por convertirse también en elementos característicos de los contextos talayóticos de las Baleares, desapareciendo los instrumentos metálicos que hasta entonces habían sido característicos de las islas. En estos momentos la ría de Huelva concita un extraordinario interés y seguramente allí confluyen marinos y comerciantes de distintos orígenes. Aunque los fenicios son, sin duda, un componente importante de esta amalgama de

⁵¹ A nuestro juicio, en la costa continental deberían localizarse promontorios y fondeaderos similares a los descubiertos en el archipiélago balear. Un asentamiento costero muy similar a los baleáricos lo tenemos en Oropesa la Vella, en la costa de Castellón (Aguilella y Gusi 2004).

⁵² Debe advertirse que esta forma cerámica es considerada por algunos investigadores como característica del «Talayótico Inicial» (Juan y Plantalamor 1997; Plantalamor *et al.* 1999), sin embargo, los contextos en los que se localizan son siempre de navetas o asentamientos costeros, nunca en ocupaciones claramente talayóticas.

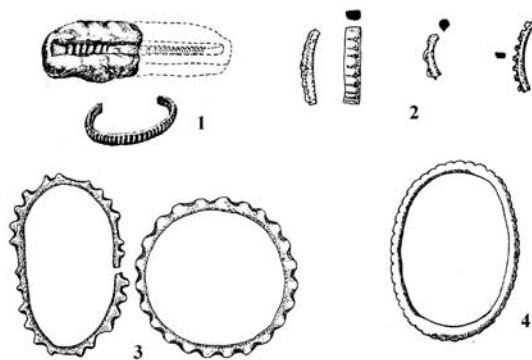


Figura 21
Brazaletes o torques dentados: (1) molde de Can Roig, Mallorca, (2) Aldovesta, (3) del pecio Rochelongues, y (4) Ordinacciu, Córcega.



Figura 22
Morro costero Cap de Forma (Menorca) y la fortificación desde tierra.



Figura 23
Muralla de Cap de Forma desde el exterior y construcciones de la cara interna.



Figura 24
Illot des Porros (Mallorca) y detalle de las construcciones ligadas a los intercambios durante el Bronce Naviforme II.

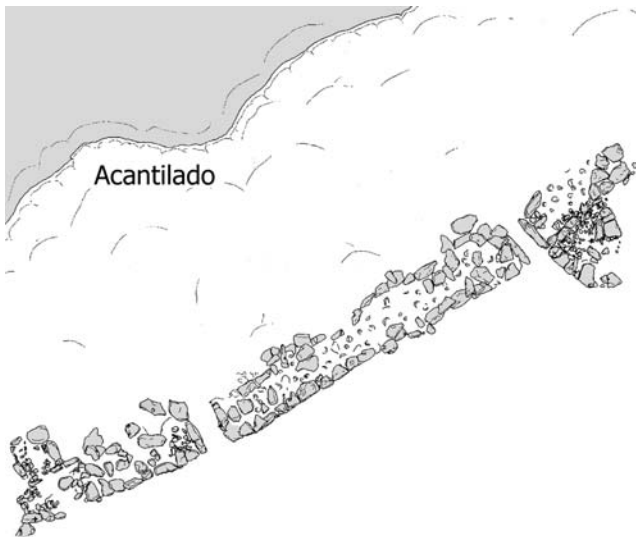


Figura 25
Fortificación de La Cala en los acantilados de la Mola, Formentera.



Figura 26
Punta des Jondal en Ibiza, las flechas señalan la ubicación de las construcciones de la Edad del Bronce.



Figura 27
Promontorio del Cap des Llibrell. 1) Construcciones de la Edad del Bronce, 2) Santuario y construcciones púnicas.

intereses comerciales, probablemente no faltan sardos, chipriotas y eubeos. Resultaría un sin sentido pensar que todos los abundantes materiales con estos orígenes que aparecen en Huelva (González de Canales 2004) fueron traídos exclusivamente por mercaderes fenicios, cuando sabemos que las marinas rodias, eubeas y áticas, así como la chipriota y la sarda, estaban tan capacitadas como la fenicia para emprender estas empresas de comercio lejano.

Seguramente las redes de intercambio regional indígena⁵³ no son desmontadas, pero sí incorporadas a los intereses del comercio fenicio a larga distancia⁵⁴, con lo que los productos atlánticos encuentran una vía de expansión hacia el oriente por las rutas mediterráneas, como jamás había ocurrido antes en la prehistoria. Aunque no será tarea fácil, la investigación futura tendrá un importante reto en delimitar con mayor precisión en qué medida y cómo los cambios que se originan en el Mediterráneo occidental, entre el c. el 1000 y el 800 d.C., como consecuencia de la consolidación del sistema colonial fenicio, afectaron a las Baleares, pues la coincidencia en el tiempo de estos procesos con el colapso de la entidad arqueológica correspondiente al Bronce Final balear y el despegue de la cultura talayótica no puede ser simplemente eso: una coincidencia casual.

AGRADECIMIENTOS

Este capítulo es directamente deudor de un trabajo en común desarrollado colectivamente por el grupo de investigadores articulados en el proyecto de investigación HUM2004-00750 titulado *Subsistence and Resources in a mediterranean insular environment. The balearic human communities during prehistory*, aunque también en anteriores (PB95-0490; BHA2000-1335) del que éste es una continuidad, todos financiados por el Ministerio de Educación y Ciencia.

En el tema específico que aquí desarrollamos debemos un especial reconocimiento a B. Salvà, M. Calvo, B. y J. Fornés, codirectores del proyecto de excavación del poblado de Closos de Can Gaià. De igual forma muchos aspectos referidos a las cuestiones menorquinas son tributarios de informaciones que amablemente ha tenido a bien

compartir con nosotros nuestro colega y amigo J.S. Gornés. También en este mismo ámbito geográfico vaya nuestro reconocimiento para Pere Arnau y Mónica Zubillaga por su ayuda en la visita a muchos yacimientos menorquines desconocidos hasta ahora. Con nuestros colegas de Ibiza, J. Ramón y B. Costa, hemos compartidos muchas reflexiones sobre la prehistoria ebusitana y los primeros momentos de la colonización fenicia, sus puntualizaciones han sido siempre acertadas y utilísimas.

A mi amigo Stefano Medas debo agradecerle la infinita paciencia que ha derrochado escuchando y leyendo todo lo relacionado con las cuestiones náuticas, su ayuda y sus puntualizaciones han sido muy valiosas.

De igual manera, muchos de los temas relacionados con las cuestiones de comercio arcaico mediterráneo y colonizaciones los hemos discutido con F. López Pardo, M^a Ruiz-Gálvez, A. Domínguez Monedero, C. G. Wagner, A. Mederos, M. Torres, M. Arruda y D. Ruiz Mata, sus reflexiones siempre nos han resultado enriquecedoras.

ADDENDA

El presente capítulo fue acabado definitivamente de redactar en el transcurso del año 2005, por ello queda ligeramente desfasado del estado actual de nuestro conocimientos. Tanto las excavaciones sistemáticas, como las prospecciones territoriales, han continuado proporcionando datos muy relevantes (Guerrero *et al.*, 2007, 251-352) que ya no podrán ser incorporados. En cualquier caso ratifican los planteamientos esenciales que se hacen aquí, de la misma forma que nuevas series de dataciones radiocarbónicas apuntalan el esquema cronológico con el que venimos trabajando desde hace algunos años. Particularmente interesante es la constatación definitiva de la presencia fenicia en Ibiza en el intervalo 930-800 BC [UtC-11186: 2711 ±38] obtenida en una sepultura de la necrópolis urbana del Puig des Molins.

ABSTRACT

In this chapter, we wish to present a relatively unknown aspect of the Late Bronze Age in the Balearics (Salvà et al. 2002): maritime trade with other mainland communities during a period that

⁵³ Un trabajo ya clásico, y de indudable interés, que nos mostraba la articulación de estos circuitos regionales con los grandes derroteros comerciales gestionados por las marinas palaciegas orientales, se lo debemos a Susan y Andrew Sherratt (1993), sin embargo, la concreción de algunos de estos circuitos regionales, como el correspondiente al del mar balear, levante peninsular y mar sardo (Sherratt y Sherratt 1993: 1) no es aceptable. Las condiciones de navegación en esta región del Mediterráneo, y el registro arqueológico nos muestran claramente (Guerrero 2004c) que deben ser contemplados dos circuitos independientes con un punto de articulación en la costa del Golfo de León, más o menos a la altura de la desembocadura del Ródano.

⁵⁴ Tal vez la referencia que hace Estrabón (II, 3, 4) a los pequeños navíos con los que las gentes pobres de Gadir pescaban a lo largo de las costas de Maurousia, para diferenciarlos de los que armaban los comerciantes, refleje esta dualidad de una marina de tradición indígena ancestral coexistiendo con la estatal fenicia.

is referred to locally as *Naviform II*. To do so, we begin by analysing the oceanographic conditions that characterize the Balearic Sea, since these conditions play a decisive role in identifying coastal areas with which such contacts were possible. This subject has been dealt with more extensively on a previous occasion (Guerrero 2004c). Briefly, however, we can say that the best routes to the Balearic Islands (Mallorca and Minorca) are routes from the Catalan coast and Gulf of Leon, whilst Ibiza and Formentera are better connected to the southeast coast of the Iberian Peninsula.

Chronologically, this study covers a period between c. 1300 and 800 d.C.: one that is characterized, among other things, by a substantial rise in trading exchanges with the outside world. The islands' native populations gain access to a large amount of bronze and tin, and it is the period in Balearic prehistory when we find the most varied, finest-quality bronze instruments (fig. 2 to 5), with some containing a percentage of tin of up to 28/30%. Small personal adornments (fig. 1) have also been identified made of pure tin.

Archaeological excavations at the *Closos de Can Gaià* settlement have revealed a large production area (fig. 5-6), almost certainly associated with meat processing and conservation. Coinciding with this, large barrel-shaped ceramic containers were made (fig. 8), numerous examples of which have been found in some coastal settlements.

During this period of the Late Bronze Age (c. 1300-850/800 d.C.), communities in Mallorca and Minorca and, very probably, also in Ibiza and Formentera developed a system of short-haul maritime trade. For this purpose, a series of settlements were founded (fig. 14), distributed along the coastlines of all the islands. A number of these settlements were situated on low-lying coastal areas or on little islands (fig. 21, 24 and 9 to 9). These are sheltered locations that offered safe anchorage. Here a large number of barrels

(fig. 8) were found and, in some cases, crucibles for smelting bronze metals and moulds for making instruments (fig. 18). Other sites are promontories that are inaccessible from the sea (fig. 13, 11, 12, 22, 23, 25, 26 to 27), although they are key points for sailors on coastal voyages to get their bearings.

At *Pop Mosquer*, as well as a *naviform* building with a magnificent oval hearth (fig. 12), there is a crescent-shaped wall that encloses a small open space facing out towards the sea. Possibly some of the structures that were erected on promontories were used to light bonfires to help sailors get their bearings after the sun had gone down, much like primitive lighthouses.

One of these communities dug an underground burial chamber in the rock on the *Torre del Ram* coast, a short distance from the *Cala Blanca* jetty and *Pop Mosquer* promontory. Inside it, several boats were engraved in the rock (fig. 20), almost certainly as a posthumous tribute to the dead who were buried there. These boats, like the one in this engraving, would have been perfectly capable of reaching the mainland coast.

Radiocarbon dates at *Illot des Porros*, *Cap de Forma* and *Pop Mosquer* indicate that these coastal settlements were active from 1300/1250 d.C. until about 900/850 d.C. Shortly afterwards, between 810 and 760 d.C., the *Sa Cala* fortification at *La Mola* in Formentera was also abandoned. All these abandoned settlements coincide with the consolidation of the *Talayotic* culture and the hegemonic presence of Phoenician sailors in the West.

Chronologically, in its earliest phase (c. 1300-1100 d.C.) this process coincides with the presence of some examples of Mycenaean pottery on the Iberian Peninsula, together with other objects of a clearly Oriental origin, whilst the final phase is contemporary with the maritime dominance of the Phoenicians, who finally colonized the island of Ibiza. This is most likely the main reason why the system of maritime trade that is analysed here came to an end.

LA GAULE ET LA MÉDITERRANÉE (13E-8E SIÈCLES AVANT NOTRE ÈRE)

Jean Guilaine*
Stéphane Verger**

C'est dans le courant du 7^e siècle avant notre ère que le Sud de la Gaule commence à recevoir des importations en provenance de régions méditerranéennes, étrusques (céramiques, bassins en bronze), puniques (amphores), grecques (céramiques protocorinthiennes, vases de la Grande-Grèce ou de la Sicile, de la Grèce de l'Est). Ces objets provenant d'autres aires culturelles de la sphère méditerranéenne montrent l'intérêt que prennent dès lors les navigateurs étrangers à nouer des contacts avec les populations établies du golfe ligure aux Pyrénées et à leur arrière-pays. Il n'est pas ici question d'aborder la question très débattue dans les dernières décennies de l'existence de la nature et des raisons de ces relations ayant précédé, de quelques décennies seulement, la fondation de Marseille (Nickels 1983; Bats 1998 et 2000; Gras 2000b). Sur ce dossier, il convient d'ailleurs d'attendre la publication des recherches en cours autour d'Agde et celles de J.-C. Sourrisseau en Provence, qui apportent de nouvelles données importantes.

L'objectif posé ici est plus ardu. La question envisagée est en effet celle des relations plus anciennes établies entre les cultures de la sphère méditerranéenne, *sensu lato*, et celles de la Gaule méridionale, mais aussi continentale et atlantique. Le thème de cet ouvrage (la «pré-colonisation»: 13^e/8^e siècles) invite donc à rechercher les témoignages archéologiques qui, à des titres divers, peuvent donner un support concret à l'hypothèse de relations entre l'hexagone et les civilisations méditerranéennes, antérieurement aux 7^e et 6^e siècles.

Et d'abord en regard de la péninsule italienne, précocement touchée dans toute sa partie méridionale, en Sicile, dans les îles Eoliennes, en Sardaigne, par la diffusion mycénienne. Ou encore par rapport à la Sicile et à la Sardaigne, celle-ci surtout fonctionnant comme relais de contacts entre Chypre et la sphère ibérique. Enfin vis-à-vis des apports phéniciens, matérialisés par divers témoignages proto-orientalisants en Méditerranée occidentale. Face à cette «internationalisation» progressive de l'espace méditerranéen au 2^e millénaire, la Gaule semble un peu en retrait, les routes est-ouest, et vice-versa, semblant surtout concerner la partie sud de la mer intérieure. Seul

l'Ouest, en prise avec les circulations atlantiques, échange avec la péninsule Ibérique, elle-même tôt réceptive de produits orientaux. Par sa position géographique, la Gaule est pourtant largement ouverte aux circulations méditerranéennes, continentale ou atlantique. Souligner quelques-uns des aspects permettant de détecter influx ou importations de souche méditerranéenne du Bronze moyen au Bronze final, tel sera l'objectif de cette contribution.

DES INTERFÉRENCES ANCIENNES AVEC L'ESPACE ITALIQUE

Les plus proches interférences entre l'espace de la future Gaule et le monde méditerranéen concernent les interactions culturelles qui, selon des configurations changeantes, ont lié la Gaule (méridionale essentiellement) à l'espace italique tout au long de l'Âge du bronze.

Les relations de la Provence et du Languedoc avec la sphère italique septentrionale ou péninsulaire n'ont pas cessé depuis le Campaniforme, sinon avant. Tout au long de l'Âge du bronze, elles ont pris des tournures diverses, tantôt accusées, tantôt plus lâches. Tous les auteurs qui se sont penchés sur cette question ont souligné ces affinités avec, bien entendu, une précision chrono-typologique grandissante au fil des années, prenant en compte l'accroissement général de la documentation et les progrès de la périodisation en Italie même (Arnal et Audibert, 1956; Lagrand, 1968; Guilaine, 1972; Roudil, 1972; Vital, 1999).

Dès le Bronze ancien, des communautés morphologiques dans la céramique se retrouvent dans la sphère tyrrhénienne, nord-italique et sud française: tasses à anse relevée (Polada, Asciano, Bonnánaro, Settiva, Roussillon), urnes à deux anses et deux tétons symétriquement opposés (Italie du Nord, Eoliennes, Languedoc), tasses carénées, etc. La répartition des poignards à manche massif, en dépit de la diversité des types, embrasse un espace englobant la sphère rhodanienne, l'ensemble de la péninsule italienne, le Sud de la France. Ces pièces sont inconnues sur les îles (Sicile, Sardaigne, Corse) et ne passent pas les Pyrénées.

Les relations du Sud de la Gaule avec l'Italie au Bronze moyen et aux débuts du Bronze final (-1600/1350-1300) sont plus intéressantes car elles s'insèrent dans un créneau chronologique qui voit, parallèlement, les importations égéennes apparaître en Italie péninsulaire, établissant ainsi les premières concordances entre les cultures des deux bassins de la Méditerranée.

* Collège de France, 11 place Marcelin-Berthelot 75005 Paris

** Ecole Pratique des Hautes Etudes, IV^e section, Sorbonne, 45 rue des Ecoles 75005 Paris.

Au Bronze moyen, se rattache notamment une partie de la documentation extraite des gisements de l'étang de Mauguio dont certaines pièces mélangées avec des séries du Bronze final II ont engendré un ensemble à cohérence suspecte (Guilaine, 1990). Le reclassement de ces ensembles par J. Vital (1999) et une analyse affinée conduite par cet auteur ont montré une corrélation du mobilier des sites

melgoriens avec la sphère italique au cours du Bronze moyen 2 et 3. En Provence, tout particulièrement, une mise en perspective des affinités avec l'Italie révèle une influence dominante de l'Italie centro-méridionale, au début du Bronze moyen (longues anses ad ascia, décor proto Saint-Vérédème, jattes carénées, gobelets sinueux, premiers motifs de style apenninique). Vers la fin du Bronze moyen, se développent

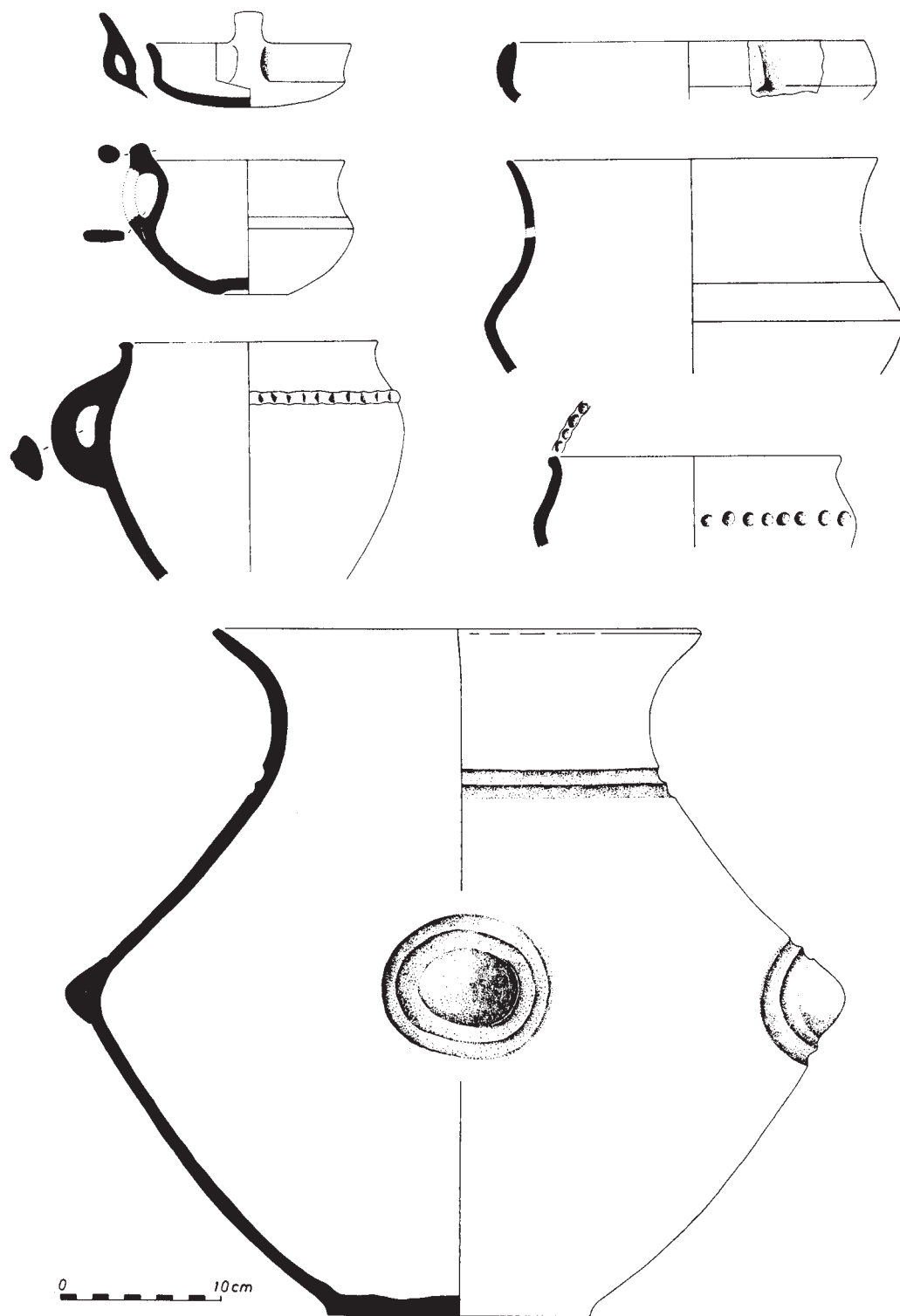


Figura 1
Céramiques de style terramaricole des sites de l'étang de Mauguio (Hérault) (d'après B. Dedet).

de plus fortes affinités avec l'aire terramaricole (écuelles à méplat, gobelets et coupes carénées, urnes à col court, décors cannelés) (fig. 1) tandis que les interférences avec l'Italie centro-méridionale deviennent plus lâches, en dépit de la présence de récipients à décor apenninique. Ces derniers sont connus en plusieurs points du Languedoc et de Provence (Dedet, 1985) mais aussi de Corse (Filitosa, Monte d'Ortu). Quoi qu'il en soit la Provence et au moins la partie littorale du Languedoc s'intègrent bien à une entité culturelle italique au cours du Bronze moyen. Le basculement vers des formes céramiques sud et nord alpines et rhodaniennes s'accroît au Bronze final I et II et les liens avec l'Italie péninsulaire seront dès lors moins apparents.

LA QUESTION MYCÉNIENNE

Les contacts de la sphère mycénienne avec la Méditerranée centrale n'ont longtemps concerné que le Sud péninsulaire, la Sicile et les îles Eoliennes (la question des lingots en peau de bœuf et divers bronzes exceptée). La reconnaissance par la suite de céramique mycénienne dans certains nouragues sardes (Antigori: Ferrarese Cerruti, 1981; Arrubiu: Lo Schiavo et Vagnetti, 1993), puis jusqu'en Andalousie, dans la vallée du Guadalquivir, à Montoro (Martin de la Cruz, 1988), a renouvelé la question en confirmant l'ampleur des déplacements de certains produits. Enfin, le problème de l'origine des perles de faïence et de verre – parfois liées à la divulgation des petites parures d'ambre – est depuis longtemps associée aux relations de l'Europe centrale et occidentale avec le domaine égéen, débats opposant les partisans d'une propagation précoce de pièces égéo-égyptiennes aux chercheurs plutôt enclins à évoquer des ateliers occidentaux indépendants.

Rappelons qu'en Italie du Sud la chronologie de la diffusion des céramiques de l'Helladique récent peut être résumée ainsi (Bettelli, 2002):

- Mycénien I-II: (- 1600/- 1400): côte apulienne (Molinella, Punta le Terrare, Giovinazzo), golfe de Tarente (Capo Piccolo, Porto Perone), Eoliennes (Capo Graziano, Salina, Lipari), Campanie (Vivara: Punta del Mezzogiorno).
- Mycénien IIIA et IIIB (- 1400/- 1200): côte apulienne et golfe de Tarente; Sicile sud-orientale (culture de Thapsos), Eoliennes, Campanie (Ischia, Vivara). Des extensions sont alors notées jusqu'en Etrurie (Luni sul Mignone, Casale Nuovo), les Marches (Trezzano di Monsampolo), la Sardaigne (Antigori, Arrubiu).
- Mycénien IIIC (- 1200/- 1000): si la présence se maintient sur la côte des Pouilles et le golfe de Tarente, la Sicile et les îles Eoliennes sont davantage en retrait bien que la culture de Pantalica atteste d'influx helladiques.

La Sardaigne est toujours fréquentée ainsi que la Campanie méridionale et l'Etrurie. Une nouveauté est alors constituée par les présences désormais attestées dans la basse vallée du Pô (Frattesina, Fondo Paviani). Ces importations céramiques, parfois relayées par des imitations issues d'ateliers locaux, comme en Italie méridionale, s'étalent donc sur un demi-millénaire. En l'état de la documentation actuelle, elles n'ont jamais dépassé une diagonale qui joindrait l'Andalousie/la Sardaigne/la Toscane/la Vénétie. Aucune céramique mycénienne n'a été signalée à ce jour au-delà de cet axe oblique. Toutefois la récente découverte de deux lingots en peau de bœuf, l'un au Cap Corse, l'autre dans le Golfe du Lion (cf. *infra*), laisse ouverte une plage de possibilités de découvertes au-delà de cette diagonale. On abordera ici la question des perles de faïence et de verre.

LES PERLES DE FAÏENCE ET DE VERRE

Cette question a connu en France une sensible inflexion depuis quelques années en raison des analyses réalisées par le Centre E. Babelon. Le sujet a donné lieu à divers papiers (Guilaine, Gratuze, Barrandon, 1991; Guilaine, 1991; Gratuze, 1998; Billaud et Gratuze, 2002) qui, les analyses allant leur train, n'ont cessé d'apporter des précisions sur la composition chimique et la position chronologique des productions. Dans une synthèse récente (Billaud et Gratuze, 2002), les auteurs séparent nettement les perles en faïence (Languedoc, Provence, Pyrénées, Bretagne, Alsace, etc.), agglomérat de grains de quartz liés par une phase vitreuse et connues dès le Bronze ancien, voire plus tôt, et les perles de verre, matériau élaboré par fusion d'un corps vitrifiant avec un fondant. Le verre n'apparaît qu'au Bronze moyen (16^e siècle). On n'exclura pas, pour les pièces trouvées clairement en contexte Bronze ancien (Unetice, Bretagne, Cimetière Tarxien de Malte, Languedoc), une origine européenne *sensu lato*, la localisation des ateliers restant à préciser (sur ces sujets Harding et Warren, 1973). Il faudrait dans ce cas vérifier si la technique même est importée (on connaît des perles en faïence à Chypre dès le Chalcolithique, au 4^e millénaire BC) (Peltenburg, 2002) ou si elle est le fruit d'inventions éclatées, en liaison avec les progrès de la métallurgie. Ce problème pose déjà la question de la circulation des techniques antérieurement à l'Age du bronze. Mais l'idée d'importations systématiques depuis Mycènes ou l'Égypte, émise par V.G. Childe, dans un modèle chronologique court, trouve là ses limites. De plus on ne peut écarter l'hypothèse d'une évolution technologique entre faïence et verre (Billaud et Gratuze, 2002), ce qui ne facilite pas les sériations.

La question devient plus ardue à compter de – 1600, c'est-à-dire à partir du moment où les mycéniens ont circulé au moins jusqu'en Italie méridionale (voire au-delà),

entrant ainsi en contact avec les cultures italiques du Bronze moyen ou récent. On ne peut alors exclure, même en l'absence de céramique d'importation, une circulation de ces colifichets, légers et aisés à transporter, dans des cultures plus occidentales de Gaule ou d'Ibérie. Ainsi un certain nombre d'exemplaires trouvés en Gaule dans des contextes divers (Fort-Harrouard, Eure-et-Loir; Champlay, Yonne; Marolles-sur-Seine, Sainte-et-Marne; Octon, Hérault; Eyne, Pyrénées-Orientales; Mez-Notariou, Finistère) sont cités comme fabriqués à partir d'un verre calcosodique à bases végétales pouvant être d'origine mycénienne ou orientale (Billaud et Gratuze, 2002). On sait que des navires levantins, naufragés au large des côtes turques, transportaient des lingots de verre en direction de la sphère égéenne (Uluburun, coulé vers – 1300; Cap Gelidonya, coulé vers – 1200). Le contenu de ces épaves, fourni notamment en lingots en peau de bœuf, entrainé dans un contexte commercial parvenu, on l'a dit, jusqu'en Sardaigne, Corse et Languedoc (cf. *infra*). Rappelons que perles en faïence et en verre apparaissent en Méditerranée centrale avec de la poterie mycénienne (Thapsos, Sicile; Topo Daguzzo, Basilicate). En Sardaigne, la série extraite de la Tombe de Géant de San Cosimo à Gonosfagadia (Cagliari) est mise en relation avec les fréquentations mycéniennes de l'île (Ugas, 1982).

Un second ensemble postérieur à la chute des Palais se constitue vers le 11^e siècle avant notre ère et présente une composition sodo-potassique (forte teneur en silice et fondant mixte sodo-potassique). Il correspond aux petites perles annulaires bleues dont les séries les plus importantes sont associées à des vestiges du Bronze final II. Ainsi de la série de Laprade à Laurotte-du-Rhône (Vaucluse): 46 perles mises au jour dans un habitat du Bronze final IIb (Billaud, 1998); grotte de Baume-Layrou à Trèves (Gard): 69 pièces.

A ce même courant se rattachent les 70 perles de la grotte de Bringairat à Armissan (Aude), mises au jour dans un ossuaire surtout utilisé du Néolithique final au Bronze moyen mais réoccupé au Bronze final comme l'attestent plusieurs céramiques typiques. Un temps attribuée au Bronze moyen (Guilaine, 1972), cette série doit être sensiblement rajeunie. Ainsi se dessine un ensemble homogène dont l'atelier semble bien être celui de Frattesina dans la plaine orientale du Pô, dont les productions ont diffusé largement en France au cours du Bronze final, en concordance avec les influences alpines dans la céramique et les bronzes, mais aussi très largement au-delà: Italie, Allemagne, Suisse, Angleterre, Irlande (Bellintani 2002; Towle *et alii* 2002; Bellintani, Residori 2003; Gratuze et Billaud, à paraître).

A Frattesina l'ambre, de provenance balte, était également travaillé et redistribué largement (avec présence notamment de perles du type de Tirynthe) à une époque

(Helladique récent III C) postérieure à la destruction des palais mais dont les céramiques sont toujours diffusées vers l'Italie avec une réorganisation des circuits.

Ces trois souches possibles (ateliers occidentaux dès le Bronze ancien et se poursuivant ensuite, apports «mycéniens». productions plus tardives de Frattesina) rendent difficile l'interprétation de gisements du Bronze moyen-final dans lesquels cohabitent perles de faïence et de verre, perles d'ambre, espaceurs de collier (dits «plaquettes du type de Kakovatos»): grotte de Tharaux (Gard) (Roudil et Soulier, 1976), grotte des Duffaits (Charente) (Gomez de Soto, 1995), tumulus de Haguenau (Bas-Rhin) (Schaeffer, 1926), etc. Tel est aussi le cas de la grotte au Collier (Lastours, Aude) où, parmi tous ces éléments, figure notamment une perle d'ambre décorée d'un motif oculé tracé «à l'égyptienne» c'est-à-dire en vision latérale. Daté du Bronze moyen avec de fortes récurrences rhodaniennes dans les bronzes (Charles et Guilaine, 1963; Guilaine, 1972), J. Gomez de Soto a proposé de rajeunir sa datation au Bronze moyen/récent et de l'insérer plutôt dans une ambiance contemporaine de la «Culture des Tumulus». L'hypothèse d'importations orientales pour cette pacotille, tantôt avancée, tantôt récusée, refait donc surface.

L'ÉPÉE «MYCÉNIENNE» DE LA SAÔNE À LYON

Nous citons pour mémoire un fragment d'épée de type mycénien publiée par E. Chantre comme trouvée dans la Saône à Lyon (Chantre, 1880, pl. XIV bis, n° 3) (fig. 2). Plusieurs auteurs l'ont mentionnée, à commencer par N.K. Sandars jusqu'à P. Schauer (Schauer, 1984, p. 186, pl. 48) et I. Kilian Dirlmeier (Kilian Dirlmeier, 1993, p. 72), pour finir récemment par C. Domergue et C. Rico (Domergue et Rico, 2002, p. 144, note 12). C'est une *Kreuzschwert* de type 1, variante e, selon la classification d'Imma Kilian Dirlmeier, qui trouve de très bons parallèles en Grèce, mais surtout en Albanie (Kilian Dirlmeier, 1993, pp. 61, 71-72, pl. 24-25). Il est difficile de préciser s'il s'agit d'une production mycénienne de Grèce ou bien une variante nord-occidentale des Balkans. Quoi qu'il en soit, la plupart des auteurs qui en ont parlé considèrent que la provenance indiquée par E. Chantre est douteuse. Nous n'avons pas d'éléments supplémentaires pour discuter ce point.

LES LINGOTS EN PEAU DE BŒUF

C'est à travers la circulation des lingots en peau de bœuf que sont surtout appréciées les relations maritimes, entre Orient et Occident, et tout particulièrement, entre Chypre et la Sardaigne. Ces vestiges sont produits entre le 16^e siècle (en Crète notamment) et le 11^e siècle (pour les lingots chypriotes les plus récents),

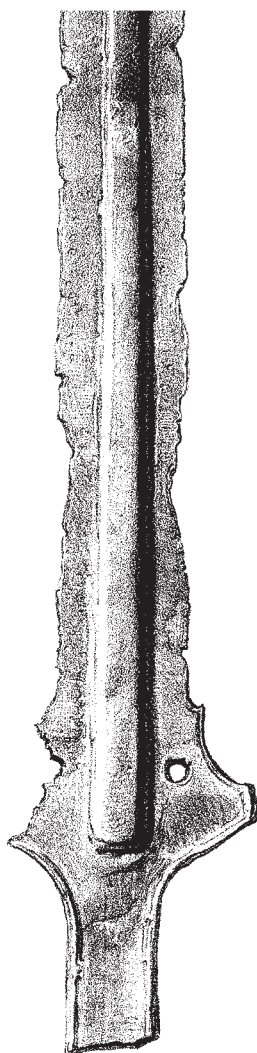


Figura 2
L'épée mycénienne « de la Saône à Lyon » (d'après E. Chantre).



Figura 3
Le lingot en peau de bœuf de Sète (d'après C. Domergue et C. Rico).

les contacts avec Chypre se développant surtout sur ce plan entre le 13^e et le 11^e siècle.

Dans l'espace, les lingots de ce type sont longtemps restés confinés à l'Est de la zone Sardaigne-Sicile. Or la récente identification d'un lingot en peau de bœuf en Corse du Nord à Sant'Anastasia (Borgo) et d'une autre pièce draguée au large de Sète, en Languedoc, élargit très nettement à la Méditerranée nord-occidentale l'aire de diffusion de ces pièces de cuivre. Celle-ci concerne désormais la Corse septentrionale et le littoral français du Golfe du Lion.

Le lingot sétois est long de 0,60 m, large de 0,27/0,28 m; son épaisseur est de 0,055 m au centre, à peine moindre aux ergots. Son poids est de 25,8 kg (Domergue et Rico, 2002) (fig. 3). Ce lingot entre ainsi dans le créneau des pièces de l'épave d'Uluburun (vers – 1300) d'un poids moyen de 24 kg (Pulak, 2001). Les poids moyens des lingots provenant de l'épave du Cap Gelidonya, elle aussi naufragée sur les côtes turques, sont sensiblement inférieurs: autour de 20 kg. Toutefois la plus lourde pièce de cette épave, du type 2a de Buchholz, est très proche du poids du lingot sétois (pièce n° 13: 25,9 kg) (Bass, 1967). Les plus récents travaux sur l'épave d'Uluburun orientent vers un minerai chypriote du district d'Apliki (Pulak, 2001).

Ces récentes découvertes « occidentales » posent la question de la nature de ces relations. Ces trafiquants cherchaient-ils de l'étain? Souhaitaient-ils exploiter les gîtes de cuivre du Sud de la France déjà actifs dès le Chalcolithique et probablement connus? L'analyse (en cours) du lingot sétois pourrait orienter ces interrogations.

Par ailleurs qui étaient ces gens? Des chypriotes explorant de nouveaux espaces en Occident afin d'y exploiter sur place le métal comme on pense qu'ils le faisaient, de façon saisonnière, en Sardaigne? Des italiques (apenniniques? sardes?) relayant à leur tour vers l'Ouest des produits orientaux (perles, lingots?). Il est certain que les connexions du Midi avec l'Italie centro-méridionale évoquées plus haut ont pu se doubler de contacts avec la Sardaigne bien qu'aucune céramique nuragique, par exemple, n'ait jamais été signalée en Provence ou en Languedoc.

L'identification de plusieurs fragments de lingots en peau de bœuf dans le dépôt d'Oberwilflingen dans la haute vallée du Danube (Primas, Pernicka ...) (fig. 4), en association avec des haches à talon datable du 14^e ou du début du 13^e siècle, pose de nombreuses questions: celle de l'origine du métal, qui n'est pas entièrement réglée; celle de leur place dans les circulations de métal brut en Europe tempérée au Bronze moyen; celle aussi du parcours qu'ils ont emprunté jusqu'en Allemagne du Sud. Sur ce dernier point, les nouvelles découvertes de Corse du Nord et de Sète incitent à supposer que le Sud de la France a pu jouer un rôle dans leur acheminement. Notons d'ailleurs qu'à cette époque, ou un peu avant, un

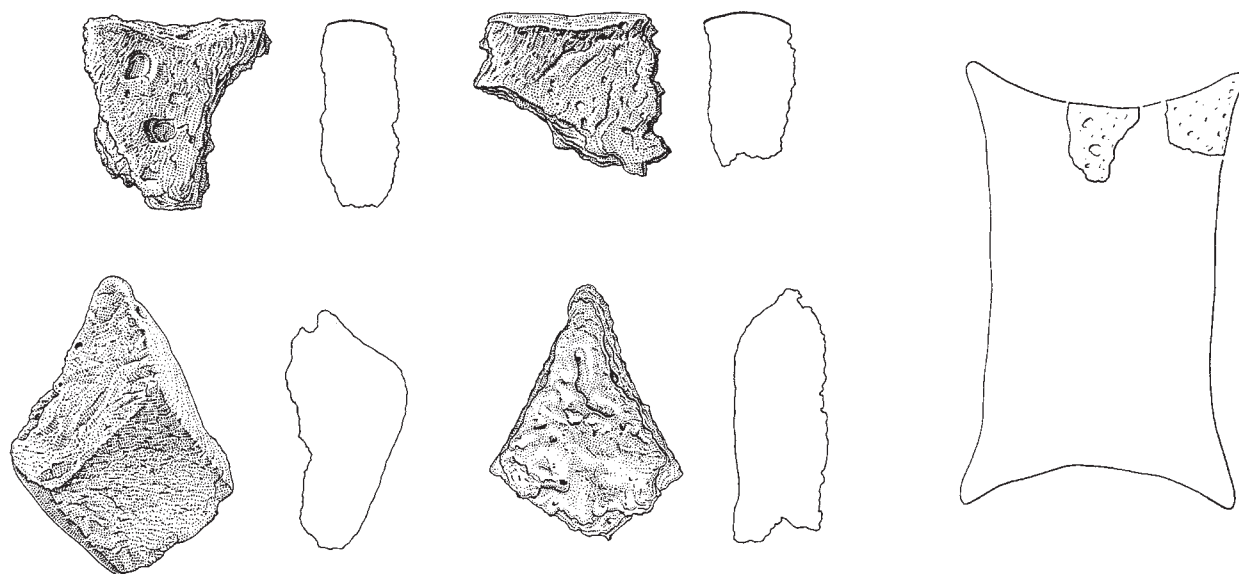


Figura 4

Les fragments de lingots en peau de bœuf d'Oberwilflingen et la position de deux des fragments sur une forme entière.

autre type de lingot de cuivre circule au moins entre le Midi méditerranéen et la Bourgogne. Ce sont les lingots en forme de haches à légers rebords, qui sont attestés à Villeneuve-lès-Maguelonne dans le Languedoc, à Théziers, Montfrin et Ternay dans la vallée du Rhône, à Beaulieu dans le Massif Central et dans le dépôt des Granges-sous-Grignon en Côte-d'Or (Nicolardot, Verger 1998). Les exemplaires de ce dernier ensemble sont associés à plusieurs types de haches d'origines diverses, parmi lesquelles plusieurs exemplaires peuvent être attribués aux productions du Nord-est de la France ou du Sud de l'Allemagne. C'est peut-être dans ce contexte d'une circulation à une échelle inter-régionale du cuivre et du bronze sous forme standardisée que se placent les fragments de lingots en peau de bœuf d'Oberwilflingen.

LA GAULE, LES ALPES, L'ITALIE DU NORD ET LA MÉDITERRANÉE ORIENTALE AU BRONZE FINAL

Du 12^e au 10^e siècle, une bonne partie des relations entre l'Europe tempérée et la Méditerranée centrale et orientale passent par l'Italie du nord. Dans cette région, cette époque est marquée par une restructuration complète de l'organisation territoriale faisant suite à la fin du système des terramares de la plaine du Pô, qui conduit au développement de gros centres artisanaux et commerciaux qui s'implantent dans la plaine orientale du Pô et se développent pendant toute la période proto-villanovienne (Bietti Sestieri 1997a). Le plus célèbre d'entre eux est le village de Frattesina di Fratta Polesine, mais d'autres existent aussi dans la même région. On peut aussi supposer que des agglomérations d'importance comparable existaient à la même époque dans le Frioul et y jouaient un rôle semblable.

Cette restructuration générale est sans doute liée à la réorganisation des réseaux de contacts maritimes à longue distance à la suite de la fin de la période palatiale mycénienne en mer Egée, qui ne se marque pas, loin s'en faut, par une interruption totale des navigations lointaines et du commerce à longue distance (Bietti Sestieri 1998; Casola Guida 1999). L'habitat de Frattesina a livré de nombreux témoignages de relations directes avec la Méditerranée orientale et peut-être plus particulièrement avec Chypre datant des 11^e-10^e siècles. À côté des importations de matériaux (comme l'ivoire d'éléphant et les œufs d'autruche) et de produits manufacturés (comme les rares tessons de céramique égéenne attribués au 10^e siècle), on y trouve des indices d'un artisanat florissant, utilisant parfois les matières précieuses importées pour la fabrication d'objets de typologie régionale parfois exportés jusqu'en Méditerranée orientale (comme les fameux peignes en ivoire du type de Frattesina, dont un exemplaire a été mis au jour à Chypre).

L'une des raisons du développement de ces centres padans tient sans doute à la position privilégiée qu'ils occupent sur les nouveaux itinéraires qui relient les zones égéenne et orientale de la Méditerranée à l'Europe du Nord et aux sources d'approvisionnement en ambre, ce matériau rendu précieux par sa rareté et par le caractère rituellement important que lui confère son origine extrême. Il est probable que les «voies de l'ambre» changent de parcours à la suite de la chute des palais mycéniens. Alors que la précieuse résine devait passer au Bronze moyen et récent par une route terrestre qui traversait les Balkans, divers indices laissent supposer qu'à partir du 11^e siècle – et d'ailleurs sans interruption jusqu'à l'époque romaine impériale – elle était acheminée jusqu'au *Caput Adriæ* puis distribuée largement en

Italie, sur les côtes des Balkans et jusqu'en Méditerranée orientale. C'est ce qu'indique par exemple la distribution des grosses perles cannelées des types de Tirynthe et d'Allumiere (Negroni Catacchio 1999).

LA DISTRIBUTION DU CUIVRE ALPIN ET LE RENFORCEMENT D'UN RÉSEAU CAPILLAIRE TRANSALPIN

Les villages de la plaine orientale du Pô semblent être parallèlement au cœur d'un réseau d'approvisionnement en métal qui en accroît la position centrale. L'habitat de Frattesina a livré plusieurs dépôts de bronze contenant un grand nombre de fragments de lingots qualifiés de *pani a piccone* en raison de leur forme qui reproduit celle des pics de carrier de l'Âge du Bronze. Les plus grosses concentrations de ce type d'objets se rencontrent dans la plaine orientale du Pô, dans le Frioul, en Slovénie et dans le nord de la Croatie (Zbona-Trkman et Bavdek 1996; Turk 1997; Delpino 1998; Borgna et Turk 1998; Trampuž Orel 2001). Des *pani a piccone* sont également attestés dans diverses régions alpines ou circum-alpines, aussi bien au nord qu'au sud de la chaîne montagneuse ainsi qu'en Italie centrale tyrrhénienne. La répartition très particulière de ce type de produit est difficile à interpréter. L'hypothèse la plus plausible consiste à supposer qu'il s'agit d'une forme standardisée du cuivre brut utilisée dans tous les districts miniers des Alpes pour le conditionnement du métal destiné principalement à l'exportation vers la péninsule italique (Borgna 1992). L'usage généralisé d'un type de lingot particulier, qui reprend peut-être la forme de modèles de pics originaires de Méditerranée orientale, fait penser que la distribution du cuivre alpin faisait l'objet d'un contrôle relativement centralisé dès le 11^e siècle et que ce contrôle pouvait être exercé par les communautés installées à proximité des rives septentrionales de l'Adriatique. Dans ce contexte, le rôle de l'Etrurie tyrrhénienne est sans doute secondaire par rapport à celui de la plaine orientale du Pô et du Frioul.

Les circulations transalpines sont clairement attestées par la présence d'objets de fabrication italique au nord des Alpes et de fabrication alpine ou transalpine dans les centres de la plaine orientale du Pô et jusqu'en Etrurie. Le cas le plus clair est celui des palettes à douille, un outil caractéristique des centres artisanaux de la plaine orientale du Pô, que l'on retrouve exceptionnellement jusque dans l'ouest de la Hongrie (Jankovits 1998-1999). À côté des outils, les déplacements d'objets concernent de petits éléments de vêtement, des parures et des ustensiles de toilette. Ces objets sont généralement isolés dans des dépôts, mais on connaît aussi quelques ensembles plus conséquents.

Le grand dépôt de Larnaud mis au jour dans le Jura au début du 20^e siècle a ainsi livré une vingtaine de fragments

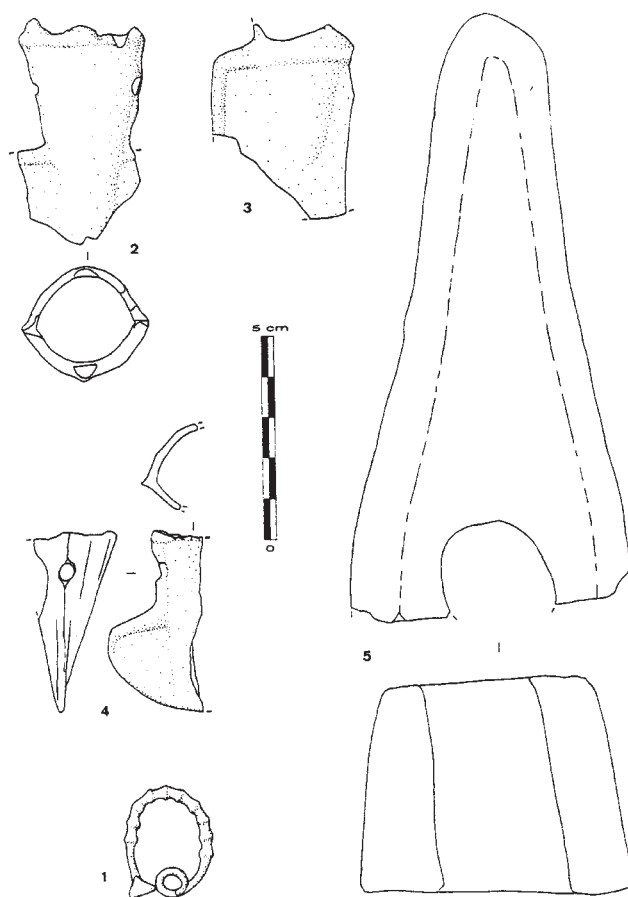


Figura 5

Les objets «italiques» du dépôt de Larnaud : 1. fibule à nodosités sur l'arc ; 2-4. palettes à douille ; 5. lingots (*pani a piccone*).

de *pani a piccone*, quatre fragments de palettes à douille, un arc de fibule à nodosités d'un type caractéristique de la plaine orientale du Pô (fig. 5) et plusieurs tronçons de bracelets du type de Zerba, dont la répartition montre une concentration dans le nord-ouest de l'Italie (Simon-Millot 1998; Verger 1998, pp. 292-297). La présence d'une fibule dans ce lot pourrait indiquer la présence effective d'un individu originaire de la plaine orientale du Pô dans la région de Larnaud, qui se trouve à quelques kilomètres de Montmorot, une localité connue pour ses sources salées qui étaient sans doute exploitées depuis l'époque protohistorique.

LE RÔLE D'INTERMÉDIAIRE DES ALPES FRANÇAISES

De manière significative, le dépôt de Larnaud contient aussi de nombreux éléments de vêtement caractéristiques du Sud-est de la France, identiques à ceux qui constituent les riches parures féminines déposées dans les dépôts des Hautes-Alpes : fragments d'ornements ventraux articulés, pendeloques, fermoirs de ceinture. Or, les Alpes françaises ont joué un rôle important dans l'extension vers l'ouest du réseau de relations nord-italique et transalpin.

Au même titre que d'autres zones de l'arc alpin, cette région a pu intéresser les centres d'Italie du nord en raison

des ressources en cuivre dont elle disposait. Les recherches menées par Hélène Barge et son équipe à Saint-Véran dans les Hautes-Alpes ont révélé une exploitation effective des gisements de cuivre à partir du Chalcolithique (Barge *et alii* 1998). Des tessons datables d'«une phase très récente de l'Âge du Bronze», trouvés dans les couches supérieures d'une aire de traitement de minerai, attestent la fréquentation du site à cette époque. On ne sait pas si certains des *pani a piccone* trouvés en France et en Italie du nord étaient faits à partir de cuivre extrait des gisements des Alpes françaises. Quoi qu'il en soit, c'est dans la zone immédiatement au nord des Hautes-Alpes que l'on trouve la concentration la plus occidentale de dépôts contenant des *pani a piccone* (Goncelin en Isère, Saint-Pierre-d'Albigny, Aussois et Thénésol en Savoie : Bocquet 1981; Bocquet et Lebascle 1983).

L'abondance et la richesse des dépôts de parures féminines du 10^e siècle dans les Hautes-Alpes (Haussmann 1996-1997; Eluère 1992) pourraient aussi être liées à cette activité et aux contacts extra-régionaux qu'elle a pu induire. A ce titre, il est peut-être significatif que l'un des plus importants de ces ensembles, le dépôt mis au jour en 1870 à Réallon, contienne une perle en tonnelet bleue à filet blanc en verre sodo-potassique sans doute fabriquée en Italie du Nord (Haussmann 1996-1997, pp. 114-116, 20-22; Gratuze, Louboutin et Billaud 1998, p. 13, pl. 2 et pp. 17-19).

Comme on l'a vu, les recherches récentes ont montré la présence de petites perles en verre bleu à composition sodo-potassique de probable fabrication nord-italique de cette époque dans plusieurs sites du Bronze final

du Sud de la France. Or, cette région est également concernée par une présence diffuse d'éléments originaires des Alpes françaises, essentiellement dans la parure métallique du Bronze final IIb-IIIa : bracelets à section triangulaire et tampons à bouton, fermoirs de ceintures du type de Larnaud (Kilian-Dirlmeier 1975), etc. L'ensemble le plus caractéristique de ce point de vue est aussi le plus lointain. Il s'agit du dépôt de Llavorsí en Catalogne (Gallart i Fernández 1991) qui contient en effet, parmi d'autres objets de fabrication régionale, une série de pièces qui se rattachent à la métallurgie du Sud-est de la France au Bronze final IIIa (fig. 6) : trois fermoirs de ceinture du type de Larnaud (un entier et deux fragmentaires) et deux autres fragments de type apparenté, un fragment de bracelet à bouton, une série d'appliques circulaires à bélière et une hache à ailerons sans anneau et à ergots latéraux.

On retrouve cette présence simultanée d'éléments alpins et nord-italiques dans des régions plus septentrionales. Pour ces derniers, mentionnons le *pane a piccone* entier du dépôt de Caix dans la Somme (Blanchet 1984, 133, 14) et les perles en verre sodo-potassique du Theil à Billy dans le Cher et, au-delà, de Rathgall et Lough Gur en Irlande.

Tous ces indices permettent de supposer une série de contacts personnels par étapes qui relient indirectement les centres de la plaine orientale du Pô aux régions occidentales les plus éloignées, dans lesquelles les populations des Alpes françaises concernées par l'exploitation des gisements de cuivre doivent occuper une place importante d'intermédiaires. De nombreuses questions restent tou-

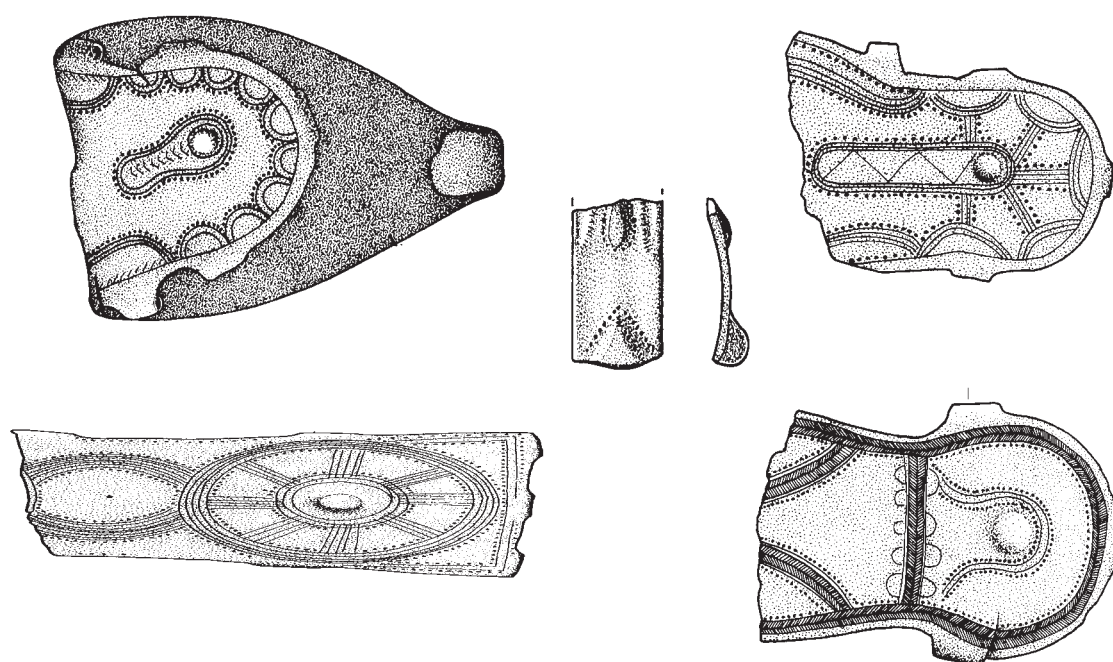


Figura 6
Les éléments alpins du dépôt de Llavorsí : plaques de ceintures et fragment de bracelet.

tefois encore sans réponse: quels intermédiaires existaient entre les Alpes françaises du nord et la plaine orientale du Pô? quel rôle jouaient dans ce contexte les habitats de bord de lac de la Suisse occidentale, notamment celui d'Hauterives-Champréveyres, qui a livré de très nombreux objets fabriqués en Italie du nord (perles en verre et en ambre, objets en os : Primas 1990; Rychner-Faraggi 1993)?

Des situations semblables, moins bien documentées encore, pourraient être décrites dans les régions transalpines centrales, vers l'Allemagne du Sud, et orientales, vers l'Autriche et l'Ouest de la Hongrie. C'est sans doute ce réseau de contacts capillaires à travers les principales voies de circulations alpines, contrôlé en dernier ressort par les agglomérations du Nord de l'Adriatique et finement ramifié jusque dans les zones les plus lointaines de l'Europe transalpine, qui est à l'origine du rôle d'intermédiaire privilégié entre la Méditerranée centrale et l'Europe tempérée que joue la zone alpine-nord-italique pendant une bonne partie du premier millénaire avant J.-C.

La raison principale de la mise en place de ces réseaux de contact est l'exploitation du métal alpin qui ne semble pas donner lieu à une structuration particulièrement centralisée de la production et de la distribution. Par ailleurs, il ne semble pas que les manifestations du luxe oriental, qui commencent à se faire sentir dans les habitats de la plaine orientale du Pô, connaissent de prolongements à l'ouest des Alpes. Les relations transalpines occidentales semblent indépendantes des voies de circulation de l'ambre baltique. Alors que les découvertes de perles de types Tirynthe et Allumière se multiplient en Suisse (Steinhauser-Zimmermann 2002), en Italie, dans le nord-ouest des Balkans et, encore plus à l'est, au nord de la Mer Noire (Berezanskaja 1998; Negroni Catacchio 1999), elles restent totalement absentes du territoire français. Ce dernier semble se trouver à l'écart du canal principal du réseau de relations à très longue distance qui lie aux 12^e-10^e siècles certaines régions de la Méditerranée orientale à l'Europe du nord par l'intermédiaire de la plaine orientale du Pô et qui doit être plus spécifiquement lié au trafic d'ambre et de matières précieuses.

BRONZE ATLANTIQUE ET RELATIONS MÉDITERRANÉENNES

Un certain nombre de bronzes mis au jour dans toute la zone occidentale de la France pose parfois la question de relations éventuelles avec le monde méditerranéen. On peut distinguer plusieurs cas de figure: les pièces issues d'ateliers atlantiques mais pouvant imiter des prototypes méditerranéens, les productions atlantiques «de reflux» importées en Sardaigne, Sicile, Italie voire au-delà, les processus de convergence.

LES ÉPÉES EN «LANGUE DE CARPE

La distribution des épées en langue de carpe dans leurs diverses variétés (Monte Sa Idda, Huelva, Vénat, Boom) a été maintes fois détaillée (Coffyn, Gomez, Mohen, 1981; Coffyn, 1985; Giardino, 1995). Elle met en avant des concentrations essentiellement ibériques (en majorité type de Huelva et de Monte Sa Idda) et en France de l'Ouest (types de Huelva et de Vénat). La Sardaigne voit la cohabitation de plusieurs variétés (Monte Sa Idda, Huelva, Vénat) tandis qu'une épée de type Huelva est présente en Sicile (Castelluccio à Ragusa). Enfin on connaît au moins en Italie centrale une épée de style Monte Sa Idda (Falda della Guardiola à Populonia) et une épée de type Huelva (Santa Marinella, Rome). La France méridionale n'est guère concernée par cette diffusion (en dépit de l'épée de Vigoulet-Auzil, Toulouse), les relations s'opérant semble-t-il exclusivement par Gibraltar.

LES BROCHES À RÔTIR

La répartition des broches à rôtir montre une nette répartition atlantique centrée sur la partie occidentale de la péninsule Ibérique, l'Ouest de la France et le Sud de l'Angleterre. Les exemplaires de Monte Sa Idda (Sardaigne) et d'Amathonte (Chypre) sont très probablement des exemplaires atlantiques, ces derniers parvenus jusqu'en Orient, dans le cadre des courants d'échanges trans-méditerranéens (Karagheorgis et Lo Schiavo, 1989). Ajoutons toutefois que certains auteurs ont proposé de renverser le sens de la diffusion et de faire de la pièce d'Amathonte, datée haut en regard des productions atlantiques, une sorte de prototype (Almagro Gorbea, 2001).

LES FAUCILLES À DOUILLE

Autre variété d'instrument à dominante atlantique (Angleterre, Portugal, Galice), les faucilles à douille sont peu nombreuses en France. Le modèle à lame latérale du Plainseau à Amiens (Somme) a des parallèles en Angleterre certes mais aussi en Sardaigne (Forrasi Nioi-Nuragas; Sarule). La variété à lame située dans le prolongement de la douille (la Rouillasse à Soubise, Charente-Maritime; Senna à Vernon, Eure) a des répliques en Irlande, Angleterre, mais aussi à San Francesco (Bologne). Ces productions sont-elles le fruit d'une conception autochtone ou le résultat d'une assimilation de prototypes chypriotes?

LES HACHES À APPENDICES LATÉRAUX

Ces sortes de coins à ailettes connaissent au Bronze final une large diffusion en Méditerranée de l'Ouest et plus particulièrement en Sicile et dans la péninsule Ibérique. On en trouve aussi en Sardaigne (Monte Sa Idda, Flumenelungu), en Latium (Monte Rovello), aux Baléares (la Sabina, Formentera). En France, on ne connaît guère que les exemplaires de Vénat (Charente), Kerhar-en-Guidel

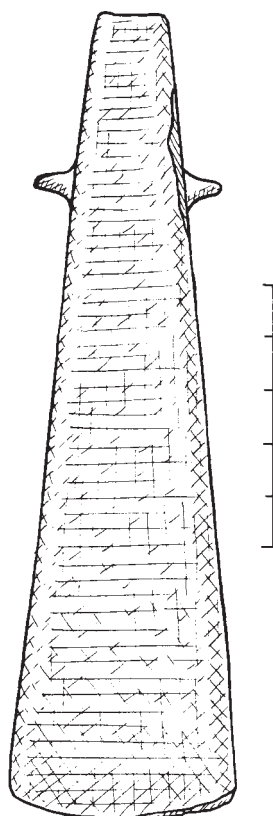


Figura 7
Hache à appendices latéraux de (Bretagne) (d'après J. Briard).

(Morbihan), Planguenoual (Côtes-du-Nord) (fig. 7). On les considère souvent comme des succédanés de prototypes est-méditerranéens (Anatolie, Chypre, Egée) où des modèles sont attestés entre le 11^e et le 9^e siècles.

HACHES À EMMANCHEMENT VERTICAL

Ces haches à emmanchement vertical sont dites «de type sicilien» en raison de leur nombre élevé dans cette île et bien qu'elles soient également abondantes dans toute l'Italie péninsulaire. Les exemplaires signalés en Gaule sont peu nombreux et n'ont pas de contexte connu. Le lieu de provenance qu'on leur attribue habituellement est souvent une extrapolation sans fondement. Ainsi les exemplaires du musée d'Avignon, du musée du Périgord, du Pitt Rivers Museum à Farnham (attribué à Périgueux) sont en fait de provenance inconnue (Campolo, Garcia 2004, p. 28, n° 37; Chevillot 1981). L'exemplaire du musée d'Avignon, à lame faiblement trapézoïdale, œillet ovale, tranchant courbe, rappelle des types connus dans le Sud italien (Gagnière *et alii*, 1963, 27 et pl. VII, 35).

Une diffusion atlantique pourrait expliquer la présence de ce type de cognée dans plusieurs sites: Muros (La Corogne, Espagne), Pineuilh (Gironde), Montrieux (Indre-et-Loire), Rennes (Ille-et-Vilaine), Ville d'Avray (Hauts-de-Seine) (Coffyn, 1985, carte 25) et jusque sur la côte sud de l'Angleterre (Southorne, Hengistbury Head). Toutefois aucune de ces haches n'a de

contexte sûr et on ne saurait exclure à leur propos des introductions «modernes».

On signalera aussi, bien qu'au Sud des Pyrénées, la hache du dépôt de Ripoll (Gérone) associée à des haches à ailerons terminaux, une hache à talon et anneau latéral, des haches à douille, une pointe de lance, un ciseau, une gaine (Ruiz Zapatero, 1985).

Mais il faut rappeler, pour nuancer l'image que donnent les découvertes isolées de haches à emmanchement vertical, qu'en France, le seul exemplaire provenant d'un contexte archéologique sûr vient de la Franche-Comté. C'est le fragment issu du dépôt de Bouclans dans le Doubs (Passard, Piningre, Hurtelle 1984) dont l'enfouissement date du 11^e ou du 10^e siècle. Les 55 pièces de cet ensemble qui nous sont parvenues ne sont sans doute qu'une petite partie du dépôt originel. Elles n'en sont pas moins significatives. En dehors des éléments régionaux du Jura et des Alpes françaises du nord, on note la présence de plusieurs objets continentaux exceptionnels (une cnémide ornée, une anse de grand vase, un fragment de passoire) dont la circulation est à mettre en compte des réseaux de relations terrestres nord-alpines et transalpines.

Le fragment de hache à fixation verticale comprend une partie de la zone de l'emmanchement, ornée de trois côtes, et le départ de la lame (fig. 8). Il est difficile de l'attribuer à un type précis. La présence des trois côtes et la largeur relativement faible de la lame évoquent certes des exemplaires contemporains de la côte tyrrhénienne méridionale de la péninsule italique et de la Sicile (Carancini, 1984, pp. 200-201, pl. 154, n° 4249-4253; Albanese Procelli, 1993, pp. 82-85, 6). Toutefois la morphologie générale de la pièce évoque plutôt une autre hache provenant de l'arc alpin, celle de Villach-St Agathen en Autriche, qui est une découverte isolée (Mayer, 1977, p. 44, pl. 9, n° 90). Ces deux exemplaires pourraient être des antécédents des haches à emmanchement vertical du type alpin de Talasch, qui sont encore attestées dans des dépôts enfouis vers le milieu du 6^e siècle (Carancini, 1984, pp. 228-229, pl. 170, n° 4452-4453), comme celui de Fließ, également en Autriche (Sydow, 1998). Le fragment de Bouclans doit

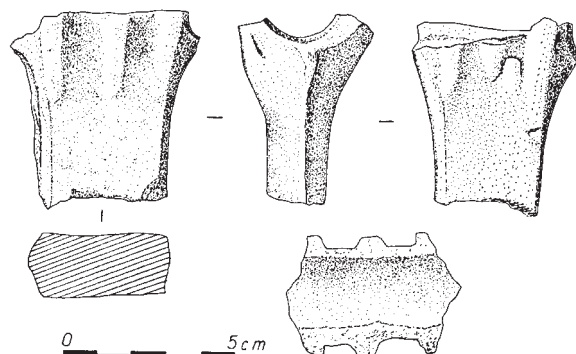


Figura 8
Le fragment de hache à emmanchement vertical de Bouclans.

donc être inséré dans le dossier de la genèse des types alpins de haches à emmanchement vertical, qui pourrait débiter dès les 11^e-10^e siècles. Le rôle qu'ont pu jouer dans ce processus les types siciliens et d'Italie méridionale ou encore d'hypothétiques prototypes orientaux (Mayer, 1977, n° 44) est encore bien obscur.

ICONOGRAPHIES DES 9^E-8^E SIÈCLES DANS LE SUD ET L'OUEST DE LA FRANCE

LES CÉRAMIQUES À DÉCORATION FIGURATIVE INCISÉE

La dispersion des récipients à motifs incisés (anthropomorphes, zoomorphes, pictogrammes) sur les récipients du Bronze final III est largement attestée dans diverses régions françaises (Languedoc, couloir rhodanien, Massif Central, bassin de la Saône, Centre-Ouest). Son développement tout particulier de la Provence occidentale jusqu'à l'Ampurdan, sur une large écharpe de la façade méditerranéenne française, n'a pas manqué de faire évoquer de possibles contacts méditerranéens dans la genèse de ce décor, par ailleurs fixé sur des formes autochtones (Louis et Taffanel, 1955; Guislaine, 1972). L'absence ou la moindre affirmation de telles figurations en Provence, éventuelle zone-tampon entre Languedoc et Italie, n'est pas en soi problématique si l'on estime que les contacts étaient plus maritimes que terrestres. Mais la datation dendrochronologique des ensembles types Le

Bourget – où ces motifs sont bien représentés – indiquerait, pour les faciès français à décor incisé, une datation antérieure à celle des urnes villanoviennes à motifs de figurations humaines (Gomez de Soto, 1993). On pourrait donc envisager une genèse en domaine ouest-alpin par dérivation à partir des motifs peignés, cannelés ou incisés du Bronze final II ou du Bronze final IIIa. Ce problème demeure pourtant en débat car il convient d'observer que certains faciès italiens contemporains de Mailhac I (Proto-Villanovien) font aussi un usage parallèle du décor géométrique traité par cannelures. La perméabilité avec les cultures italiques n'est donc pas à exclure.

LES STÈLES DE BUOUX (VAUCLUSE) ET DE SUBSTANTION (HÉRAULT)

Trois monuments contribuent à poser d'intéressants problèmes (fig. 9). Il s'agit d'abord de deux stèles décorées trouvées à Salen (Buoux, Vaucluse). L'une présente un bouclier encoché formé de cercles concentriques et limités par un disque de points, une épée ou un poignard, une partie céphalique circulaire, elle aussi ponctuée sur sa périphérie (casque?). L'autre, très partielle, n'a conservé que le bouclier, celui-ci à double renflement en une sorte de V inversé. La stèle de Substantion, trouvée près de Montpellier, porte une décoration complexe de divers motifs: bouclier encoché, lance, trois roues de char, deux oiseaux, divers motifs géométriques (chevrons, losanges, quadrilatères, arceaux).

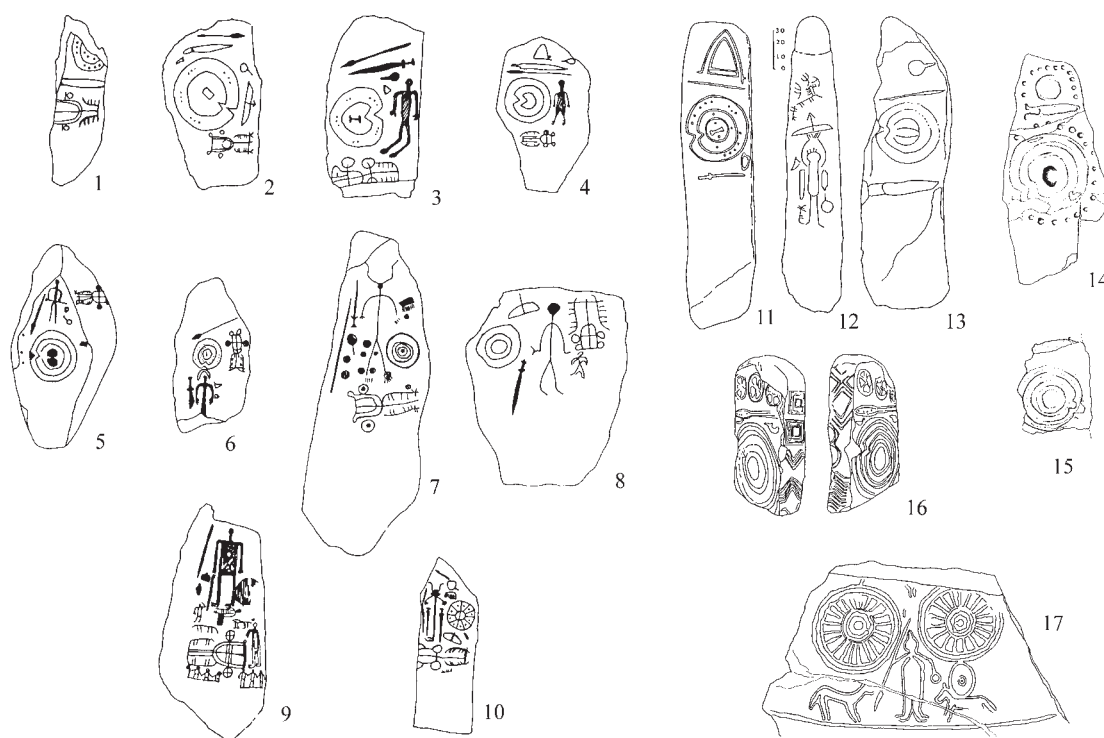


Figura 9
Stèles du Sud-Est de la péninsule Ibérique (fig. 1-13), du Midi de la France (fig. 14-16) et de Bologne (fig. 17).

Les stèles de Buoux sont attribuées au Bronze final II ou III (Billaud *et alii*, 2004). La stèle de Substantion semble devoir être datée du Bronze final III (Arnal, Majurel, Prades, 1964). On peut donc placer globalement ces monuments entre le 10^e et le 8^e siècle. Par leur thématique (bouclier encoché, armes, char), ces stèles ont été rapprochées de celles du Sud-Ouest ibérique dont elles reproduisent certains éléments décoratifs. Rappelons que les monuments d'Extrémadure sont interprétés comme des marqueurs territoriaux informatifs d'un code social, dans le cadre de sociétés de type chefferies atlantiques (Galan Domingo, 1993). Dans le Sud de la France toutefois, les monuments de Buoux pourraient être associés à des sépultures à incinération (Billaud *et alii*, 2004). Comme on ne connaît guère de vestiges de même type entre le Sud-Ouest ibérique et la sphère bas-rhodanienne, à l'exception de la stèle de la Luna (Saragosse) (bouclier encoché, lyre), on ne peut guère envisager une relation directe du premier vers la seconde mais plutôt un processus de convergence dû à un influx de souche commune qui touche diverses régions de la Méditerranée occidentale.

Un système de représentation semblable se retrouve d'ailleurs sur l'une des plus anciennes stèles funéraires ornées de Bologne, celle qui était associée à la tombe 63 de la nécropole Benacci Caprara, qui est habituellement datée du 8^e siècle (Tovoli 1989). Comme sur les stèles de l'Extrémadure, la composition est construite autour de la représentation schématique d'un personnage masculin coiffé d'un casque entouré de ses armes (une lance, un objet circulaire muni d'un manche identique aux masses d'arme des figurations d'Espagne et un grand bouclier ovale). Plus bas, deux chevaux sont disposés symétriquement de part et d'autre du guerrier. Au-dessus, deux grands cercles à lignes rayonnantes représentent sans doute les roues d'un char.

Remarquons déjà que ce type de monument et sa thématique plaident en faveur d'un système social plutôt hiérarchisé, état que les nécropoles méridionales à incinération de cette époque du Bronze finissant traduisent difficilement. Toutefois la hiérarchisation des sites dont certains de grande envergure (Carsac, Aude, au Bronze final: une vingtaine d'hectares) et certaines découvertes anciennes peut-être liées à des sépultures (cf. le char de Fa, Aude) laissent deviner cette pyramide sociale (Guilaine et Py, 2000). Quant à l'origine de ce modèle de stèle, les motifs représentés renvoient assez souvent à l'espace cypro-levantin. Les boucliers encochés peuvent être considérés comme un possible influx de la sphère cypro-phénicienne de même que les casques coniques figurant sur certaines stèles ibériques (Santa Ana de Trujillo 2) (Almagro Gorbea, 2001). Les chars à roues à rayons sont alors connus en Europe de l'Ouest des Pyrénées au Rhin (Piggott, 1983; Pare 1987), d'une part par des exemplaires

entiers de roues en bronze (Fa, Nîmes, la Côte Saint-André, Langres, Coulon), d'autre part par des ensembles de pièces plus ou moins fragmentaires identifiées dans les dépôts, comme celui qui a été récemment mis au jour à Onzain dans le Val de Loire (...).

Les oiseaux schématisés de la stèle de Substantion peuvent trouver des parallèles dans diverses œuvres orientalisantes. Le nombre très restreint de stèles méridionales ne permet pas de trop extrapoler. Les monuments ibériques par contre arborent toute une série de signes – fibules coudées, lyres, miroirs – dont plusieurs sont étroitement inspirés de la sphère cypro-levantine, sorte de prélude à l'épanouissement tartessien. Si certains de ces aspects sont absents des monuments du Sud de la Gaule, les indices figurés sur ceux-ci sont suffisants pour trahir cette influence est-méditerranéenne, alors même que les vestiges archéologiques issus des habitats et des nécropoles ont du mal à la traduire, voire les ignorent. Une certaine dichotomie entre concepts idéologiques d'inspiration externe et culture matérielle n'est pas à écarter.

LA QUESTION DES FIBULES ITALIQUES ET GRECQUES DES 9^E-8^E SIÈCLES EN FRANCE

Les premières fréquentations régulières documentées des rives méditerranéennes de la France de la part des Grecs et des Etrusques remontent à la seconde moitié du 7^e siècle. Comme dans d'autres régions touchées par les navigations grecques à cette époque, on peut s'interroger sur l'existence de navigations antérieures de la part des Etrusques et des premiers Grecs présents en Méditerranée occidentale, comme les Eubéens.

Une présence étrusque en Gaule du sud dès le 8^e siècle a été supposée à cause de l'existence d'une série relativement abondante de fibules villanoviennes supposées provenir de différentes régions de France. Alain Duval, Christiane Eluère et Jean-Pierre Mohen avaient proposé en 1974 un inventaire des fibules signalées en Gaule, datées entre les 11^e et la fin du 7^e siècle ou les débuts du 6^e, qui faisait état de plus de 200 pièces (Duval, Eluère, Mohen, 1974). On ne retiendra ici que les importations probables, renvoyant pour le catalogue et la typologie des fibules trouvées en Gaule, à la publication citée plus haut.

Une quinzaine de pièces italiques supposées provenir de diverses régions de la Gaule se caractérisent par un arc peu renflé. Les nuances entre elles sont liées à la morphologie du porte-ardillon (court, discoïde, «à plaque», à spire et à étrier, filiforme et composite). Les affinités renvoient à plusieurs régions de l'Italie du Nord, centrale ou méridionale. On date ces fibules à arc peu renflé des 9^e-7^e siècles. Les fibules à arc renflé sont de loin les plus abondantes. L'arc est fréquemment orné de faisceaux de lignes

ou de motifs géométriques. Il peut parfois prendre une morphologie losangique ou posséder des appendices latéraux. Les parentés italiques sont prédominantes. Selon les types, leur chronologie fluctue entre le 9^e et le 6^e siècle.

Il faut pourtant porter un regard critique, voire très critique, sur la très grande majorité de ces objets, qui sont souvent invoqués dans les études sur les relations entre l'Italie et la Gaule avant le milieu du 7^e siècle (par exemple Rolley 1990, pp. 360-363; Morel 1993-1994, pp. 336-337; Gras 2004, p. 221). Pour la plupart d'entre eux, qui proviennent de collections réunies au 19^e ou au début du 20^e siècle, les circonstances de découverte sont inconnues ou suspectes. Ainsi, la proportion de trouvailles terrestres isolées ou fluviales est excessive.

On peut supposer que l'indication de la commune de découverte qui leur est généralement associée est une extrapolation sans fondement à partir du lieu de résidence du collectionneur ou même une falsification. Diverses fibules sont par exemple censées provenir de sites antiques célèbres, comme Alésia, Vieille-Toulouse ou même Paris, dans lesquels elles font figure d'intrusions. L'indication précise du lieu de découverte n'est pas nécessairement une garantie de fiabilité. Rappelons par exemple le cas d'une fibule supposée provenir de Montciel sur la commune de Montmorot dans le Jura (Duval, Mohen et Eluère 1974, p. 53, 2, 4). Elle est publiée comme provenant d'un tumulus à incinération fouillé par L.-A. Girardot et présenté en 1913 au Congrès préhistorique de France. Sa forme évoque assez précisément les exemplaires du type en archer de violon d'Italie du Nord et de Grèce des 13^e-12^e siècles (fig. 10). La présence d'un tel ornement dans l'Est de la France est concevable et pourrait donner lieu à d'intéressants commentaires, d'autant plus que

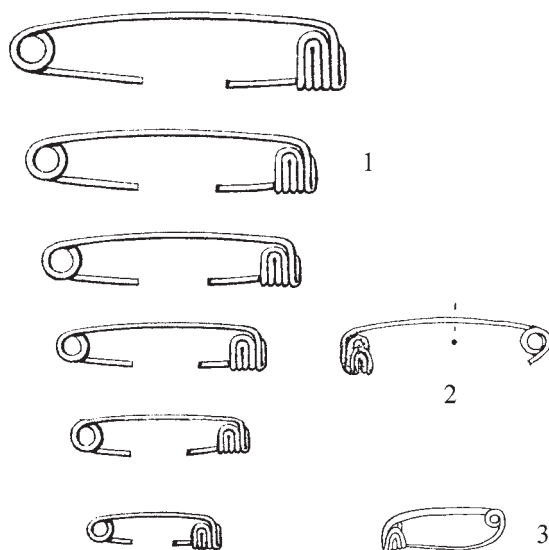


Figure 10
Les épingles de sûreté du modèle 78 de Kirby, Beard and Co. (figura 1) et les « fibules en archer de violon » de Cannes (figura 2) et de Montmorot (figura 3).

Montmorot et ses environs ont livré divers éléments de l'Âge du Bronze final et du premier Âge du Fer qui mettent en évidence des relations étroites avec les cultures italiques. En fait, l'examen direct de l'objet montre qu'il s'agit d'une épingle de sûreté d'époque moderne dont on trouve le modèle exact sur le catalogue de vente de la société Kirby, Beard and Co. (Verger 1998, pp. 292-293, note 99). Le pedigree archéologique a été inventé de toute pièce à une date ancienne. Un commentaire semblable peut être fait à propos d'une épingle de sûreté identique dont la provenance supposée est Cannes en Provence (Vindry 1978, p. 18, 8, n° 24).

Parfois, il est bien tentant de prendre pour argent comptant les indications transmises par les inventaires des musées. Ainsi par exemple, le Musée de Verdun conserve une très belle fibule à quatre spirales du type d'Amendolara qui date de la première moitié du 8^e siècle. La provenance indiquée est Château-Salins à Marsal en Moselle. Les recherches archéologiques les plus récentes ont confirmé l'importance de ce site au premier Âge du Fer, dans le contexte de la première exploitation massive des sources salées de la vallée de la Seille (Olivier 2003). Toutefois, les caractéristiques mêmes de l'objet – son état de conservation impeccable et son appartenance à un type dont la diffusion est très limitée en Italie du Sud – conduisent malheureusement à y voir une pièce de collection de provenance inconnue.

D'une manière générale, les fibules italiques des 9^e-8^e siècles attribuées à des localités du territoire français sont pour la plupart en très bon état. Elles ressemblent plus à des objets de collection sélectionnés dans les fouilles des nécropoles d'Italie centrale par les marchands d'antiquités de la seconde moitié du 19^e siècle qu'à des objets directement issus de fouilles locales. Certaines sont regroupées en lots, que l'on interprète comme des dépôts, alors qu'il s'agit probablement de petites collections réunies par un amateur puis acquises par un musée avec une provenance attribuée hâtivement.

La liste des fibules antérieures au milieu du 7^e siècle qu'une prudence élémentaire pousse à ne pas prendre en considération est trop longue pour être détaillée ici. Signalons simplement, parmi celles qui sont encore parfois évoquées pour le Languedoc, la fibule à disque de Pont Ambroix à Saturargues dans l'Hérault et celle dite du « Pont Rompu, Ambrussum près Gallargues, en tête de pont rive droite » (d'après une étiquette de 1936: Gras 2004, p. 221), malgré la précision trompeuse de l'indication de provenance, qui n'est pas vérifiable, et les fibules de Nîmes dans le Gard et Murviel-lès-Montpellier dans l'Hérault.

Parmi les exemplaires douteux, il faut aussi placer les deux fragments de *Plattenfibeln* grecques de la grotte de Rousson dans le Gard (Arnal, Peyron, Robert 1972b;

Dedet 1995, pp. 278-280, 1), qui se rattachent l'une au type AII et l'autre au type DI de Klaus Kilian (Kilian 1975, pp. 105-110 et 112-113, pl. 46-47) et qui peuvent être datées de la seconde moitié du 8^e ou du début du 7^e siècle. Leur état de conservation, qui ne ressemble guère à celui des exemplaires de collections anciennes, pourrait constituer un argument en faveur de leur provenance locale effective. Mais là encore la prudence s'impose.

Parmi les découvertes récentes, signalons le fragment d'arc de fibule a *navicella* du Pic-Saint-Christophe à Montesquieu dans les Pyrénées-Orientales dont la provenance est certaine, quoiqu'elle soit issue de ramassages de surface sur un site de hauteur fréquenté au premier Âge du Fer (Mazière 2003). L'objet appartient toutefois à une variante typologique récente, présente par exemple au 7^e siècle dans la grande nécropole à incinération de Chiavari en Ligurie (Lamboglia 1960, 70, t. 4A). Cette datation est d'ailleurs conforme à celle des quelques objets métalliques de fabrication locale recueillis sur le site. La découverte doit donc être mise en relation avec les indices du développement des contacts maritimes entre l'Italie du nord-ouest et le Languedoc dans la seconde moitié du 7^e siècle, tels qu'André Nickels les a mis en évidence (Nickels, Marchand, Schwalber 1989, p. 333).

En l'attente de nouvelles découvertes effectuées dans de bonnes conditions, le bilan des connaissances acquises à partir des fibules italiques et grecques des 9^e-8^e siècles en France est donc très largement négatif. Il faut donc se tourner vers d'autres types d'indices pour caractériser les premiers contacts entre les populations de la Gaule et les navigateurs grecs et Etrusques.

DE RARES INDICES DE CONTACTS AVEC D'AUTRES CULTURES INDIGÈNES DE MÉDITERRANÉE OCCIDENTALE AUX 9^E-8^E SIÈCLES

Si l'on élimine du raisonnement les fibules italiques traditionnellement attribuées au territoire français, la mise en évidence de relations méditerranéennes des populations de la Gaule du sud et de l'ouest aux 9^e-8^e siècles repose sur des indices bien peu nombreux et prêtant le plus souvent à discussion.

LES FIBULES SERPENTIFORMES MÉRIDIIONALES

À l'issue de l'examen critique du dossier des fibules étrangères antérieures au VII^e siècle en France, on ne peut prendre en considération de manière certaine que les rares exemplaires à arc filiforme des 12^e-10^e siècles originaires d'Italie du Nord (dépôt de Larnaud et habitat de bord de lac de Grésine) et les types serpentiformes méridionaux. Quelques exemplaires de ces derniers sont certes à écarter par prudence, en raison du manque d'indications quant aux

circonstances de leur découverte, comme ceux de Vieille-Toulouse et d'Amiens. Mais d'autres, à arc coudé, à ressort et à porte-ardillon allongé proviennent de contextes très fiables, même s'il s'agit de découvertes anciennes, comme l'habitat de bord de lac de Grésine en Savoie et les dépôts de Vénat en Charente et de Notre-Dame d'Or dans la Vienne. Ils ont été rapprochés du type sicilien de Cassibile mais ils entrent plus généralement dans un grand groupe très présent aussi dans la péninsule italienne et en Sardaigne (nouraghe d'Antigori, Usini). En France, ils sont peu nombreux mais ont une large répartition, de la Savoie à l'Atlantique, et apparaissent dans des contextes du Bronze final IIIb (9^e siècle). Il faut toutefois noter qu'aucun d'entre eux ne peut être rattaché précisément à telle ou telle variante typologique connue en Italie et en Sicile.

Le modèle à double ressort apparaît quant à lui à Mailhac, dans la nécropole du Moulin (tombe 34 et 293). Celui de la tombe 293, d'un type à double ressort composite, est attribué à la phase IIA de la nécropole (Tafanel, Janin, 1998) c'est-à-dire au 8^e siècle. Les fibules à double ressort perdureront en Languedoc dans le contexte des dépôts launaciens des 7^e-6^e siècles (Rochelongue, Launac). On les considère parfois comme des copies d'agrafes siciliennes mais leur répartition est si dense dans la péninsule Ibérique (Agullana, embouchure de l'Ebre, région de Guadalajara, Andalousie, Portugal) qu'on est tenté d'y voir la zone de création du modèle. Rappelons que celui-ci est connu en Sardaigne (grotte Piroso à Benatsu, Cagari) et en Campanie (nécropole de San Montano à Ischia, tombe 700).

UNE FIBULE DE TYPE CHYPRIOTE OCCIDENTALE

On signalera à nouveau parmi les fibules «chypriotes» connues en Occident l'exemplaire de Beaume-les-Créancey (Côte d'Or) qui semble avoir été mis au jour «dans des conditions très sûres, lors des travaux du raccordo autoroutier de Dijon» (Rolley 1990, p. 362). Elle est toutefois sans contexte et on peut là encore exprimer quelques doutes sur la provenance qu'on lui accorde. L'exemplaire conservé au Musée de Beaune quant à lui n'a pas d'indication de provenance. Il ne faut pas en tenir compte. Quoi qu'il en soit, C. Giardino rapproche ces deux exemplaires de fibules du type de Huelva dont plusieurs exemplaires ont été reconnus dans le quart nord-ouest de la péninsule Ibérique (Cerro del Barrieco, San Roman de la Horneja, Castro de Alto de Yecla «Burgos») (Giardino, 1995). Les exemplaires de Beaume-les-Créancey, Meseta Castigliana (Espagne) ou de Nardole (Sardaigne) se caractérisent par un coude formant un appendice fermé («œil»). L'un des rares exemplaires occidentaux serait, selon cet auteur, celui de Barumini. Il existe donc des nuances avec le type chypriote orthodoxe, ce qui n'exclut pas que des ateliers occidentaux se soient inspirés de modèles venus de l'Est (Levant, Chypre, Rhodes).

UNE GRANDE LANCE SICILIENNE À PÉPIEUX?

La tombe 17 à incinération de la nécropole de las Fados à Pépieux (Aude) a livré une pièce, longue de 50 cm, ou plus, brûlée, brisée en de nombreux fragments, caractérisée par une large nervure plate s'amincissant progressivement pour terminer en pointe aiguë. L'objet a été interprété comme une épée, mais, comparativement aux exemplaires connus à la même époque, on ne peut qu'être frappé, en dépit des dégâts occasionnés par le feu et la fragmentation conséquente de la pièce, par la largeur des restes de surface de la lame de part et d'autre de la nervure. De plus la largeur même de cette nervure, qui va en s'élargissant vers la zone proximale, ne s'inscrit pas dans les critères habituels des épées du Sud de la France au Bronze final. C'est pourquoi on peut proposer d'y voir une possible longue pointe de lance, d'un modèle connu notamment en Sicile dans les dépôts de Mendolito et de Giaratana (Verger, 2005, p. 318).

LA CEINTURE DU DÉPÔT DE LA MOTTE À AGDE

Une découverte récente invite à revenir sur la question des relations entre le Languedoc et la Ligurie côtière au premier Âge de Fer. Comme nous l'avons rappelé, André Nickels en avait supposé l'existence dans la seconde moitié du 7^e siècle grâce à l'identification, dans la tombe 121 de la nécropole du Peyrou à Agde, de fragments de ceinture ornés de rivets à tête hémisphérique d'un type caractéristique de la nécropole à incinération de Chiavari (Nickels, Marchand, Schwaller 1989, pp. 188-190, 164, 121h et p. 333).

En 2004, Philippe Moyat et Annie Dumont découvraient dans le cours de l'Hérault, au lieu-dit La Motte sur la commune d'Agde, parmi les vestiges d'un habitat du 8^e siècle, un grand dépôt d'objets de bronze constitué de plus de trois cents pièces appartenant probablement à une seule très riche parure féminine (Moyat *et alii* 2005). La plupart des objets sont de typologie régionale et datent eux aussi du 8^e ou de la première moitié du 7^e siècle. Toutefois, divers éléments permettent de reconstituer une large ceinture en cuir ornée de cabochons coniques et d'appliques losangiques et triangulaires, munie d'un fermoir orné de rivets à grosse tête hémisphérique. Toutes ces pièces trouvent des parallèles précis dans les incinérations les plus riches de la nécropole de Chiavari (par exemple Lamboglia 1960, pp. 168-174, 76-80). Certaines différences de détail peuvent s'expliquer par le décalage chronologique entre l'exemplaire languedocien et les ceintures de la nécropole ligure, qui datent de la seconde moitié du 7^e siècle. Il est encore difficile d'interpréter cette comparaison: le type de ceinture concerné a-t-il été élaboré en Ligurie, ou bien plutôt dans le Sud de la France, à partir de modèles hérités de l'Âge du Bronze final (que l'on a évoqués à propos des fermoirs

de ceinture du type de Larnaud et des appliques circulaires du dépôt de Llavorsí), ou encore s'agit-il d'un modèle largement diffusé du nord-est de la péninsule Ibérique au nord-ouest de l'Italie à partir du 8^e siècle?

LES EUBÉENS SONT-ILS VENUS EN GAULE ?

Aucun tesson de céramique grecque antérieur au milieu du 7^e siècle n'a encore été identifié en Gaule. Toutefois, plusieurs indices nous incitent à aborder, sans la résoudre, la question d'une éventuelle présence eubéenne en Gaule dans la seconde moitié du 8^e siècle.

Fulvia Lo Schiavo avait identifié plusieurs fragments d'une fibule à double ressort originaire de la péninsule ibérique issus du remplissage de la tombe 700 de la nécropole de Pithécusses en Campanie (Lo Schiavo 1978, pp. 39-42; Buchner, Ridgway 1993, p. 673, pl. 191). Elle les avait mis en relation avec un autre exemplaire fragmentaire de ce type provenant de la grotta Piroso-Su Benatzu di Santadi en Sardaigne. Ces éléments, auxquels s'ajoutaient des traces de relations entre l'établissement eubéen, la Sardaigne phénicienne et le Sud de l'Espagne pouvaient indiquer que les Eubéens d'occident s'approvisionnaient aux gisements d'argent du Rio Tinto dans la péninsule Ibérique (Ridgway 1984, p. 114).

Par ailleurs, Marco Bettelli a récemment proposé de reconnaître dans la pointe de lance en bronze de la riche tombe 6 de l'hérôon« de la porte de l'ouest à Erétrie non pas une relique remontant à l'Âge du Bronze égéen mais une arme de la fin de l'Âge du Bronze d'Europe nord-alpine, c'est-à-dire du 9^e siècle (Bettelli 2000). Quoique l'on ait du mal à faire entrer précisément la pointe de lance d'Erétrie dans les typologies nord-alpines du Hallstatt B2-3, l'hypothèse a le mérite d'attirer l'attention sur une question encore très peu abordée, celle des contacts entre la Grèce et le domaine centre-européen au 8^e siècle.

Nous examinerons ici d'autres dossiers qui permettent d'aborder plus précisément la question d'une fréquentation des côtes du Midi de la part des Eubéens et du rôle éventuel de ces derniers dans la transmission d'objets ou de modèles originaires de Méditerranée orientale au 8^e siècle.

LA TOMBE 517 DE PITHÉCUSSES

La fibule à double ressort n'est peut-être pas le seul objet «occidental» de la nécropole de San Montano. La tombe 517 est une inhumation de jeune fille en grande partie détruite par le creusement de la tombe 515 au Géométrique récent II (Buchner, Ridgway 1993, p. 519, pl. 152, CLXXI). Valentino Nizzo a proposé très récemment de la dater du dernier quart du 8^e siècle (renseignement oral, à paraître). Seuls les tibias sont en partie conservés. Chacun d'entre eux porte, enfilés à sa base, trois anneaux de cheville identiques, ouverts à petits tampons moulurés.

Ce type de parure n'est pas connu par ailleurs dans la nécropole et, plus généralement, dans les nécropoles du Sud de l'Italie aux 9^e-7^e siècles. Les parallèles les plus proches, tant pour la disposition des anneaux par groupes symétriques que pour leur forme générale, se trouvent dans des inhumations du début du premier Âge du Fer mises au jour dans le Sud-est de la France, comme la tombe 1 de La Bâtie à Lamotte-du-Rhône dans le Vaucluse (Ozanne 2000; Ozanne 2002, pp. 499-500, 3) ou le tumulus 6 de Chabestan dans les Hautes-Alpes (Mahieu, Boisseau 2000, p. 46, 65). Le remplissage de la tombe 515 contient d'autres éléments de parures qui proviennent peut-être de la destruction de la sépulture 517. Certaines peuvent être de fabrication régionale, comme un torque à extrémités enroulées; d'autres pourraient être aussi originaires du Sud de la France, comme un bracelet ouvert à bossettes. Une fibule en fer à large arc losangique, d'un type rare, ressemble à un exemplaire en bronze découvert dans le Grand Aven de la Malle à Grasse dans les Alpes-Maritimes (Vindry 1978).

Tous ces éléments pourraient suggérer, à titre d'hypothèse, que la défunte de la tombe 517 de Pithécusses soit une étrangère originaire du Sud-est de la France intégrée par mariage dans la communauté eubéenne. Or, comme on l'a rappelé, les recherches récentes ont mis en évidence une exploitation des gisements de cuivre des Hautes-Alpes depuis le Chalcolithique, avec quelques indices d'activité à l'extrême fin de l'Âge du Bronze. Il faut donc se demander si les côtes du Sud de la France n'entrent pas dans le domaine exploré par les Eubéens en vue d'un approvisionnement en métal.

LA HACHE À DOUILLE D'ANDONE

La question eubéenne peut être posée également à propos d'un objet provenant d'une tombe à inhumation mise au jour sous le castrum du Haut Moyen-Âge d'Andone à Villejoubert en Charente (Debord, Gomez de Soto et Sansilbano-Collilieux 2000). Le mobilier comprend trois vases en céramique et deux objets en fer: une épée de type hallstattien datable du Hallstatt C récent (seconde moitié du 8^e ou de la première moitié du 7^e siècle), l'exemplaire le plus occidental connu de ce type; une hache à douille de section quadrangulaire et lame trapézoïdale large. Aucun parallèle n'a été identifié au nord des Alpes. En revanche, l'objet s'insère parfaitement dans la série des haches à douille carrée de type tyrrhénien défini par Peter F. Stary. Les plus anciens exemplaires connus datent du troisième quart du 8^e siècle. Ils proviennent d'une part des nécropoles de Pithécusses (et notamment de la tombe 515 déjà mentionnée, qui contient un exemplaire en tous points identique à celui d'Andone: Buchner, Ridgway 1993, p. 517, pl. 154, 11; voir aussi l'exemplaire de la tombe 678: p. 659, pl. 190, 5), de Capoue

et de Pontecagnano en Campanie, d'autre part des nécropoles de Quattro Fontanili et de Casale del Fosso à Veio en Etrurie méridionale. Cette répartition particulière suggère que l'élaboration du type n'est pas sans rapport avec la métallurgie eubéenne d'Occident. Au début de l'époque orientalisante, la forme a une diffusion plus large, qui comprend désormais les grands sites du Latium (Palestrina) et de l'Etrurie septentrionale (Vetulonia, Marsiliana d'Albegna, Populonia).

Il est donc difficile de préciser quel canal a suivi la hache d'Andone avant d'arriver en Charente: soit un parcours méditerranéen dans le cadre d'hypothétiques navigations eubéennes de la seconde moitié du 8^e siècle vers le Sud de la Gaule, soit plutôt un parcours alpin à partir de l'Etrurie septentrionale. Dans l'état actuel des données, cette deuxième solution est plus facilement envisageable: l'objet aurait emprunté le trajet suivi par les phiales à godrons du type d'Appenwihl, des productions d'Etrurie septentrionale de la première moitié du 7^e siècle dont plusieurs exemplaires ont été mis au jour en Italie du nord, dans l'est de la France et en Allemagne du Sud (sur ces vases, voir dernièrement Sciacca 2005, pp. 205-207 et 377-379).

BOLS ET BASSINS EN BRONZE DU DÉBUT DU PREMIER ÂGE DU FER DANS LE SUD DE LA FRANCE

Parmi les premiers vases métalliques du premier Âge du Fer du Sud de la France, on reconnaît une série de bols et de coupes hémisphériques que l'on trouve dans des ensembles funéraires des 8^e-7^e siècles, parfois en association avec des épées hallstattiennes du Hallstatt C. Leur forme est simple et la technique de mise en forme, sans doute par rétreinte, n'est pas très élaborée (fig. 11). Il pourrait donc s'agir de productions locales qui reprennent une forme connue dans la céramique contemporaine et pour lesquelles il n'est pas nécessaire de chercher un modèle externe. Toutefois, on peut remarquer d'une part que ce type de vase n'entre pas dans la tradition de la chaudronnerie de l'Europe tempérée à la fin de l'Âge du Bronze, qui est encore bien présente dans certaines productions du Centre de la France à la fin du 7^e siècle (comme le bol cannelé du dépôt de la Mouleyre à Saint-Pierre-Eynac par exemple: Milcent 2004, pl. 83, 1); et que, d'autre part, il s'intègre parfaitement dans le groupe des bols hémisphériques, largement diffusé dans toute la Méditerranée à partir du 9^e et jusqu'au 7^e siècle, dont l'origine est à chercher en Méditerranée orientale, plus précisément à Chypre.

Ainsi, le bol parfaitement hémisphérique du tumulus du Can d'Artigues à Saint-Laurent-de-Trèves (Dedet 2001, 211, A) peut être rapproché d'exemplaires de Chypre (par exemple Matthäus 1985, n° 280), de Cumes en

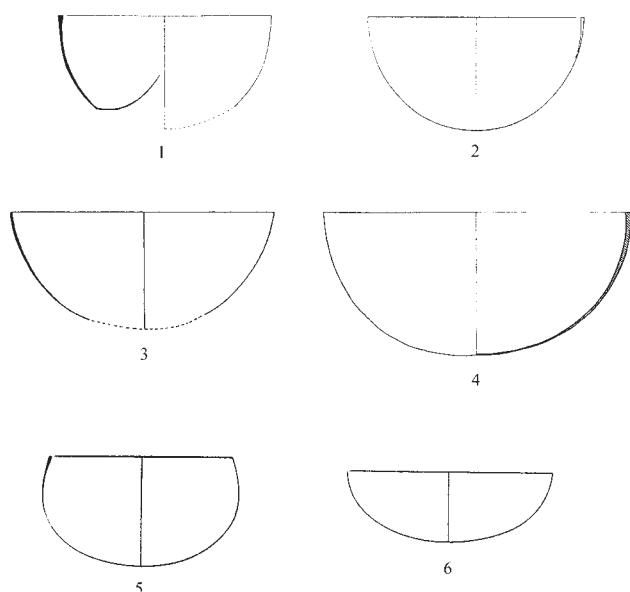


Figura 11

Les bols en bronze des Grands Causses et les comparaisons méditerranéennes: 1. Saint-Laurent-de-Trèves; 2. Chypre; 3. Cumès; 4. San Cataldo; 5. Lanuéjols; 6. Séverac-le-Château.

Campanie (Müller Karpe 1959, pl. 17, B33) et du dépôt de San Cataldo en Sicile (Albanese Procelli 1993, p. 68, 25, SC1, et p. 100; Mercuri 2004, pp. 158-161). La forme légèrement fermée du bol du tumulus de Rasiguette à Lanuéjols (Gasco 1984, pp. 45-46, 153, 1) évoque précisément celle des coupes d'argent des tombes princières orientalisantes d'Etrurie, du Latium et de Campanie (Mercuri 2004, pp. 165-167), par exemple celles de la tombe Bernardini de Palestrina, dont les dimensions sont d'ailleurs tout à fait semblables (Canciani, von Hase 1979, pp. 39-40, n° 22-26, pl. 17-18). D'autres exemplaires moins caractéristiques proviennent du tumulus 1 de Roumagnac à Séverac-le-Château, du tumulus J1 de Cazevielle et de Saint-Saturnin-lès-Apt (Gruat 1993, pp. 214-215, 16). Là encore, il faut se poser la question des vecteurs de transmission des objets – s'il s'agit d'importations orientales ou italiques – ou des modèles morphologiques et techniques – s'il s'agit d'adaptations locales de vases étrangers.

Un vase provenant de la tombe à char de La Côte-Saint-André en Isère doit également être pris en considération dans ce contexte. L'ensemble, fouillé anciennement et connu partiellement, contenait les restes métalliques d'un char à quatre roues du type de Coulon, fabriqué sans doute au 9^e siècle et réparé au milieu du 8^e siècle, une situle du type de Kurd de la seconde moitié du 8^e ou de la première moitié du 7^e siècle et un bassin en bronze (Chaume 2004). Ce dernier récipient a un fond plat, à paroi oblique et à lèvre épaissie, qui présente sous le bord des trous de fixation d'une anse (une seconde existait peut-être mais l'état fragmentaire du récipient ne permet pas de l'assurer). L'un des parallèles les plus proches provient de la riche tombe

du Guerrier de Tarquinia, dont Klaus Kilian a fixé la datation aux environs de 700 (Kilian 1977, p. 87, 13, 1). Deux autres bassins semblables proviennent de la tombe Regolini Galassi de Cerveteri (Pareti 1947, p. 239, pl. 22, n° 215-216). Ces différents vases peuvent aussi être rapprochés de bassins à anses de production phrygienne mis au jour dans les grands tumulus de Gordion (par exemple Toker 1992, pp. 105-108, n° 84-87) ou, de manière plus générique, de productions de Méditerranée orientale.

DES POINTES DE FLÈCHE DE MODÈLE ORIENTAL DANS LE LANGUEDOC

Les pointes de flèches à pédoncule et ailerons ou à palette foliacée, associées dès la fin de l'Âge du bronze à la culture de Mailhac, connaissent une répartition qui recouvre peu ou prou la dispersion de cette culture (à Mailhac on en connaît un exemplaire sur le Cayla et un dans la tombe 142 que O. et J. Taffanel et T. Janin datent de leur phase IIb: entre 750 et 725 av. n. ère). L'Aude, l'Ariège, le Roussillon en sont fournis de même que, sur le versant sud des Pyrénées, les régions de Solsona, des Pallars, du Haut-Sègre. Elles se sont maintenues au cours de phases plus récentes: 7^e/6^e siècles (dans le «dépôt» de St Jean-de-la-Blanchière, Hérault, quatre armatures de ce type s'associent à un rasoir semi-circulaire et un poignard à trois rivets). Cette dispersion géographique autour du Golfe du Lion pourrait évoquer des influx méditerranéens. Des javelots à soie renforcée et épaulement sont déjà reconnus au 3^e millénaire en Anatolie. Mais des prototypes plus proches dans le temps sont présents en Crète en contexte néo-palatial. Les pointes de flèche à pédoncule et ailerons du Languedoc ressemblent aux exemplaires du type VIIc des flèches helladiques selon la classification de Hans-Günter Buchholz, dont l'origine doit être cherchée en Syrie, à Chypre ou en Anatolie (Buchholz 1962, pp. 26-27, 13-14). En Grèce, la forme persiste après le Bronze final.

La présence en Sicile d'une armature du type à palette foliacée du type VIIa de Buchholz dans la cachette de Giarratana (Albanese Procelli 1993, p. 97, 23, G5) pourrait conforter l'hypothèse de prototypes ayant influencé la sphère languedocienne et catalane.

PIÈCES ORIENTALISANTES

Enfin, on rappellera ici pour mémoire la mise au jour dans la nécropole de las Peyros à Couffoulens (Aude) d'un thymiaterion composé de deux coupelles ajourées, symétriquement opposées et reliées par un axe portant la statuette d'un cerf (fig. 12). En dehors de la colonne, traitée à la cire perdue, tous les autres éléments sont réalisés à base de fils de cuivre, parfois torsadés ou spiralés (Solier, Rancoule, Passelac, 1976; Guilaine et Rancoule, 1996). Une autre pièce, de même style, malheureusement détruite lors



Figura 12
Le thymiaterion de Las Peiros à Couffoulens (Aude).

de l'incinération, aurait été reconnue parmi le mobilier de la tombe 11/69 de Saint-Julien à Pézenas dans l'Hérault (Llinas, Robert 1971, p. 23, 39-40). Le meilleur parallèle avec le thymiaterion de las Peyros reste celui, un peu plus grand, découvert à San Antonio de Calaceite, sur l'axe duquel un cheval est représenté, et que M. Almagro date du 7^e siècle. Toutefois le contexte précis de cette découverte n'est pas connu alors que la pièce de Couffoulens était associée à un important mobilier métallique (poignard à antenne, soliferrum, talon de lance, couteau, pointe de lance, fibule en arbalète à pied relevé, en fer, simpulum de bronze) attribuable au 6^e siècle. L'idée d'une pièce plus ancienne conservée en raison de sa rareté n'est pas totalement à écarter. Dans la négative, elle confirmerait la persistance tardive de techniques largement utilisées dans les productions métallurgiques chypriotes (fils reliés, tresses, spirales).

CONCLUSIONS

Ce bilan sur les vestiges archéologiques de la «pré-colonisation» en Gaule est donc assez mitigé. Rappelons que le terme de «pré-colonisation» est généralement entendu, dans l'hexagone, comme s'appliquant essentiellement au

7^e siècle, c'est-à-dire à une période où, antérieurement à la fondation de Marseille, des importations en provenance de la sphère étrusco-italique, de Grèce ou de l'aire phénico-punique sont clairement attestées, engendrant même parfois des imitations locales (Guilaine et Rancoule, 1996). La période plus ancienne correspondant à la fin du Bronze moyen et au Bronze final (13^e/8^e siècle) ne livre qu'une documentation assez clairsemée et dont l'interprétation n'est pas toujours aisée.

Par sa position géographique, à la partie occidentale de l'Europe, la Gaule pouvait certes recevoir influx idéologiques ou importations matérielles en provenance de la Méditerranée de l'Est, à partir de trois grands axes: la façade méditerranéenne, de la Provence au Roussillon, sorte d'accès direct par les routes maritimes avec prolongements terrestres notamment par la vallée du Rhône et le couloir Aude-Garonne; les côtes atlantiques, à accès maritime indirect, après contournement de la péninsule Ibérique; les voies continentales, au Sud et au Nord des Alpes. Ces potentialités géographiques doivent évidemment être croisées avec les contextes historiques orientaux successifs (période des palais égéens et orientaux, expansion phénicienne, pré-colonisation grecque). A ceci s'ajoutent les configurations économiques, techniques et sociales caractérisant l'Europe «barbare», elle-même marquée tout au long du 2^e millénaire par une intensification des relations à grande échelle ainsi que par une accentuation de la pyramide sociale, et l'immixtion du guerrier comme personnage «à plein temps».

Au cours du Bronze moyen, la Gaule semble, grosso modo, se découper en trois pôles distincts: la zone méditerranéenne, métissée de fortes influences apenniniques et terramaricoles; la zone continentale, liée à la culture des Tumulus; la sphère atlantique, dont la spécificité repose sur une intense production métallurgique d'ateliers divers. Jusque vers - 1200, date de la disparition des palais orientaux, le Midi fonctionne en interaction avec la sphère italienne sans pour autant bénéficier, en l'état actuel des données, d'importations helladiques ou plus lointaines. La question de la circulation de perles de verre d'origine orientale antérieures aux productions de Frattesina, reste un problème ouvert, tout comme celui des voies de circulation des produits en ambre balte. La présence de lingots en peau de bœuf près de Bastia et au large de Sète indique toutefois une fréquentation de la Corse du Nord et du Golfe du Lion entre le 16^e et le 11^e siècle. Il est vraisemblable que le relais des pièces corse et languedocienne est probablement la Sardaigne, alors en relation avec Chypre.

La question devient plus complexe à partir du Bronze final où l'on assiste à une diversification géographique des pénétrations en même temps que la multiplication des relais éventuels. Le contexte historique en relation avec

notre propos est celui des contacts mycéniens tardifs (sub-mycénien) avec la sphère italique, le «commerce» chypriote avec la Sardaigne nouragique, et, au-delà, la péninsule Ibérique, les importations atlantiques vers la Méditerranée centrale, voire orientale, la progressive implantation phénicienne dans toute l'aire méridionale de l'Ouest méditerranéen. Il est difficile dans ce processus où jouent à la fois l'espace, les configurations politiques, économiques, culturelles et le temps, de discerner les motivations des déplacements, leur impact réel sur les sociétés autochtones d'Occident. La lisibilité archéologique des données et leur mise en scène interprétative ne vont toujours pas de pair. Il est vraisemblable que les populations occidentales sont elles-mêmes impliquées dans ces circulations, pas forcément imputables systématiquement à des migrants étrangers. Une preuve peut être apportée par les parentés entre fibules chypriotes et fibules de type Huelva, par la divulgation d'éléments inspirés de modèles est-méditerranéens (haches à appendices latéraux), par la circulation de modèles occidentaux en Méditerranée centrale (épées en langue de carpe), voire orientale (broche à rôtir d'Amathonte). Tout ceci indique une sorte d'internationalisation des contacts. Curieusement, ces influx semblent davantage concerner la façade atlantique française (en liaison avec la recherche de l'étain?) que le versant méditerranéen de la Gaule, a priori plus directement accessible. Cela tient peut-être au rôle central de la Sardaigne qui semble avoir détrôné la Sicile dans son rôle de relais vers l'Ouest et dont l'intérêt se tourne plutôt vers le Sud de la péninsule Ibérique que vers la Provence et le Languedoc. Le Sud de la Gaule, au Bronze final II, semble passer pour partie sous contrôle culturel de la sphère continentale alpine, sans filtrer pour autant les diffusions de perles de verre en provenance de la plaine orientale du Pô, voire – si la datation des stèles de Buoux est conforme – des influx est-méditerranéens tels les boucliers encochés, reconnus en basse vallée du Rhône, en Aragon et en Extrémadure. Au cours du Bronze final III, s'opère la constitution de grands complexes occidentaux (Proto-Villanovien, sphère lacustre alpine, horizon Mailhac 1). Directement intéressé par notre problématique, un horizon tel celui de Mailhac se forge par la recombinaison du fonds indigène, mais en amalgamant des relations avec l'aire alpine, très sensibles dans la production métallique, sans pour autant stopper les influx

en provenance de divers points de la Méditerranée comme pourraient le refléter des vestiges aussi variés que la stèle de Substantion, la pointe de lance de las Fados, les flèches pédonculées, les fibules à double ressort, etc. De façon plus large, la Gaule méridionale demeure sensiblement donc à la marge des grands courants de circulation méditerranéens tout en ne restant pas imperméable à la diffusion d'influx idéologiques ou techniques. Ce n'est qu'aux alentours de – 650 que, très rapidement, Provence et Languedoc s'ouvrent largement aux importations des sphères gréco-italiques et phénico-puniques.

ABSTRACT

Existe-t-il en Gaule, entre les 13^e et 8^e siècles avant J.-C., des éléments indiquant de claires relations avec le monde méditerranéen? Cet article tente de répondre à cette question.

Au Bronze moyen, de nettes affinités lient Provence, Languedoc et Corse à la sphère italique (Apenninique, Terramare). L'origine méditerranéenne de certaines perles de verre du Bronze moyen et des débuts du Bronze final demeure possible tandis qu'au 11^e siècle les productions sodo-potassiques de Frattesina (Vénétie) diffuseront largement en Gaule et au-delà. La découverte de lingots en peau de bœuf en Corse du nord (Sant'Anastasia) et au large de Sète pourrait signer des relations maritimes entre l'aire égéo-chypriote et la Méditerranée occidentale, vraisemblablement par le relais de la Sardaigne.

Au Bronze final, le dynamisme des ateliers padans (verre, ambre, ivoire, bronze) explique la diffusion de certains éléments (pani a piccone, palettes à douille, etc.) dans les Alpes françaises et leurs marges. Sur la façade atlantique, les ateliers de bronziers peuvent copier des prototypes méditerranéens ou exporter leurs productions vers la Méditerranée centrale, la Sardaigne assurant toujours le rôle d'intermédiaire.

Les stèles de Buoux et de Substantion ont certes des affinités avec les monuments du sud-ouest ibérique mais peuvent aussi être rapprochées d'une stèle de Bologne (nécropole de Benacci Caprara). La thématique de ces stèles ouest-méditerranéennes (bouclier encoché, casque conique, oiseaux mais aussi, pour la péninsule Ibérique, fibule coudée, lyre, miroir) peut révéler des influx de la sphère cypro-phénicienne. Quelques découvertes récentes permettent de poser la question d'une possible présence eubéenne en Gaule dans la seconde moitié du 8^e siècle. On peut aussi rapprocher certains bols et coupes hémisphériques de bronze mis au jour dans des tombes méridionales des 8^e/7^e siècles de parallèles existant en Méditerranée orientale.

LAS COMUNIDADES DE LA EDAD DEL BRONCE ENTRE EL EMPORDÀ Y EL SEGURA: ESPACIO Y TIEMPO DE LOS INTERCAMBIOS

Núria Rafel*, Jaime Vives-Ferrándiz**, Xosé-Lois Armada*** y Raimon Graells****

Durante la Edad del Bronce el área geográfica objeto de este artículo (figura 1) presenta un variado mosaico cultural. No obstante, manifiesta algunas tendencias generales que la personalizan frente al resto de áreas espacio-culturales de la Península. El cariz de la historia de la investigación, marcada por las fronteras político-regionales contemporáneas ha dado mayor relieve a las diferencias que a las relaciones y regularidades. Es llamativo, por ejemplo, el hecho de que, mientras se observan estrechas relaciones entre las áreas situadas inmediatamente al norte y al sur del Ebro, las tradiciones investigadoras las han separado de forma anómala. Aunque no es posible abandonar de golpe lo que se ha fraguado en décadas, el

presente artículo pretende, cuando menos, reunir las evidencias y llegar a unas consideraciones de carácter general para toda el área que va del Empordà al Segura.

EL NORDESTE

Durante la Edad del Bronce el nordeste de la Península Ibérica ofrece un panorama cultural cuyos rasgos más destacados son la fragmentación y su situación entre áreas naturales y culturales muy diversas. Bañada por el Mediterráneo, siendo la única zona de la Península Ibérica en contacto directo, a través de los pasos pirenaicos, con el continente europeo y formando parte de dicha península, pero, a la vez, mirando al mar y al continente, la diversidad de sus relaciones físicas y culturales contribuyen a esta fragmentación. Tanto o más importante sea quizás, la propia configuración del territorio que marca muy claramente un área oriental, un corredor de llanuras litorales entre el Mediterráneo y la cordillera prelitoral, y otra centro-occidental, dividida a su vez en pequeñas unidades, sobre todo en lo que al área central hace referencia. El extremo nordeste, por otra parte, corresponde a la Cataluña húmeda, mientras que



Figura 1
Mapa indicando (sombreado) el área objeto de estudio.

* Profesora Titular de Prehistoria. Universitat de Lleida, plaça Víctor Siurana 1, 25003 Lleida (Spain), nrafel@historia.udl.es.

** Servei d'Investigació Prehistòrica. Carrer Corona 36, 46003 Valencia, jaime.vivesferrandiz@dival.es.

*** Becario Postdoctoral del Ministerio de Educación y Ciencia. Department of Archaeology, Durham University, South Road, Durham DH1 3LE, Reino Unido, loisarmada@yahoo.es.

**** Becario Predoctoral. Universitat de Lleida, plaça Víctor Siurana 1, 25003 Lleida (Spain), raimongf@historia.udl.es.

el resto, el sur y occidente, pertenece ya a la Hispania árida. El macizo de los Pirineos la separa de la actual Francia y se constituye en un elemento condicionante claro para las culturas prehistóricas a uno y otro lado del mismo; no obstante, históricamente no ha sido éste una barrera infranqueable sino una vía de comunicación —o mejor deberíamos decir unas vías— no sólo de Cataluña, sino de todo el conjunto peninsular con el resto de Europa continental, cuyos pasos naturales marcan los caminos obligatorios de estas comunicaciones. Al sur, otro gran accidente geográfico, el río Ebro, actúa como límite y, a la vez, como una gran arteria de comunicación fluvial, la mayor del territorio, cuyos afluentes, además, a partir del occidente de la actual provincia de Tarragona, suponen sendas vías en sentido norte-sur. Pequeños cursos fluviales de caudal irregular surcan la llanura litoral constituyendo valles de sentido este-oeste. A la fragmentación natural del territorio se añade la fragmentación de los recursos en general y de los minero-metalúrgicos en particular: si bien la zona cuenta con éstos últimos —excepción hecha del estaño—, su dispersión por todo el territorio y la poca magnitud de los filones dificultan su explotación a gran escala.

Todo ello, unido a las peculiaridades de la historia de la investigación, explica las dificultades de establecer síntesis generales de la Edad del Bronce en el nordeste. A partir de los años setenta los investigadores catalanes acuden a la sistematización de Guilaine para el sur de Francia, que se constituye en el sistema de periodización y datación para el nordeste hispano. No obstante, la dificultad de aislar culturalmente en Cataluña las diferentes subfases de Guilaine lleva a Maya y Petit (1995) a proponer una alternativa que, siguiendo tendencias surgidas en ambiente europeo¹ y al servicio sobre todo de facilitar los estudios de síntesis, consiste en dividir la Edad del Bronce en dos grandes períodos: el Bronce Inicial y el Bronce Final, o Bronce Tardío-Final, según las diferentes propuestas. Los mismos años, por otra parte, son testimonio del inicio de la revisión de las dataciones en base a la cronología radiocarbónica calibrada (Castro *et al.* 1996) que, sin embargo, cuenta con un cuerpo de datos que, al menos para algunas áreas del nordeste, es aún insuficiente y que choca en su momento final con la dificultad, por el momento insalvable, de la «catástrofe de la Edad del Hierro», hecho que tiene como consecuencia que el sistema cronológico se asiente en la cronología absoluta calibrada para el Bronce Final y en la cronología relativa tipológico-estratigráfica para la Edad del Hierro. No es menor, por otra parte, el problema del tratamiento de los intervalos

de la datación radiocarbónica, para los que se han propuesto sistemas de ponderación que proporcionan valores centrales (Junyent *et al.* 1995; Alonso *et al.* 1999; Castro *et al.* 1996, López Melción 2000) cuya validez estadística no es concluyente. El inicio de la Edad del Hierro en el NE se fecha tradicionalmente a mediados del siglo VII a. n. e.; sin embargo, es cada vez más evidente que la cronología de la primera Edad del Hierro es uno de los puntos flacos de la sistematización del nordeste. Varios autores abogan por elevar su inicio hasta una fecha alrededor del 800 cal a. n. e. (Junyent 2002, con la bibliografía reciente); no obstante, los dos siglos de esta nueva Primera Edad del Hierro se resisten a la periodización, a falta de dataciones absolutas y de estratigrafías suficientes.

Para finalizar con la nómina de problemas que las síntesis sobre el nordeste peninsular presentan, cabe resaltar el cuestionamiento por parte de algunos autores (Junyent 2002: 32) de los Campos de Urnas como elemento significativo en la vertebración y desarrollo de los grupos culturales del NE durante el Bronce Final, siguiendo modelos franceses (Brun 1986 y Brun y Mordant 1988), así como de los grandes movimientos migratorios antaño asociados a ellos y del cuestionamiento de la aplicación de los modelos centro-periferia fuera del Mediterráneo Oriental (Junyent 2002: 28-29).

Cualquier modelo, ya sea relacionado con la caracterización de formaciones sociales, ya sea estrictamente económico, choca de entrada con la distinta valoración de los investigadores sobre los límites de la capacidad explicativa de la propia arqueología en contextos culturales que no nos han legado ningún texto, con la consiguiente dificultad de interpretar la verdadera significación social y económica de los artefactos alóctonos en contextos prehistóricos, así como, por otra parte, con los distintos posicionamientos teóricos, ya sea desde el substantivismo, el modernismo o el primitivismo, entre otras muchas cuestiones conceptuales que no es éste artículo el lugar indicado para desarrollar. Valga decir, no obstante, que la inicial teoría de un sistema mundial debida a Frank y Wallerstein, formulada para una Europa post-medieval, ha sido ampliamente reformulada desde diferentes perspectivas y se ha reflexionado sobre sus posibilidades y límites de aplicación a la prehistoria largamente; de tal modo que hoy su validación o refutación no puede depender de formulaciones axiomáticas que no tengan en cuenta las distintas perspectivas y enfoques, así como los distintos contenidos ideológicos que se cobijan bajo el manto de los llamados Sistemas Mundiales².

¹ Véase a título de ejemplo: Coles y Harding 1979; Sherratt 1998; Harding 1998; Ruiz Gálvez 1998a.

² Un excelente estado de la cuestión, con la bibliografía esencial, puede consultarse en Aubet 2007: 21-126. Para algunas aportaciones en relación a la Península Ibérica y el Mediterráneo, véase, entre otros: A. Sherratt 1993a; Sherratt y Sherratt 1993; Mederos 1995b; Ruiz-Gálvez 1998b.

Por cuanto respecta al segundo de aquellos aspectos –la significación de los Campos de Urnas del NE– la mayor parte de los investigadores continúan atribuyéndoles un papel central en el desarrollo del Bronce Final y la I Edad del Hierro en Cataluña (Ruiz Zapatero 2005, Pons 2003), si bien, desde luego, es por todos conocido y asumido que hace ya muchas décadas que se abandonaron las explicaciones basadas en grandes migraciones a larga distancia para abogar por otras más atenuadas, de pequeños grupos que se desplazan a cortas distancias (Almagro Gorbea 1977b; Ruiz Zapatero 1983-85), por un desarrollo posterior en el tiempo realizado *in situ* y, lo que es más importante, para situar el fiel de la balanza en los procesos de desarrollo local en detrimento de las antiguas interpretaciones migracionistas que trataban como sujeto no a éstos sino a los supuestos recién llegados. El largo proceso de estudio de los Campos de Urnas en el NE ha llevado progresivamente a pasar de considerar una «Cultura de los CCUU» a un fenómeno cultural que es absorbido y procesado por las culturas autóctonas. Valga como ejemplo el reciente posicionamiento de Ruiz Zapatero³, uno de los más significados especialistas en la materia. Permítasenos, por nuestra parte, añadir que durante el Bronce Final las comunidades del NE reúnen las condiciones socio-económicas para entablar relaciones significativas entre ellas y con unas comunidades europeas, los CCUU y RSFO⁴, de las cuales sólo les separa la puerta pirenaica. Esto último supone el primer gran estadio de un proceso que culminará en la Edad del Hierro y supondrá la aparición o la consolidación –según las áreas– de sociedades plenamente sedentarias, así como la ampliación de su marco de interacción cultural con la definitiva integración en las corrientes culturales europeas de la época. Por ello, aunque aceptásemos la asociación de movimientos démicos a los elementos de tipo CCUU del nordeste peninsular lo que nos parece sustantivo es considerar a estas comunidades locales como el sujeto último de los importantes cambios que se producen en el Bronce Final.

La Edad del Bronce en Cataluña, pues, está en revisión y se priman ahora los estudios de los diferentes grupos culturales que la forman. Esta situación, aunque ha supuesto avances significativos, tiene como consecuencia una cierta dificultad de integración de los mismos en

síntesis generales, debido no sólo a las desigualdades cuantitativas y cualitativas de la investigación en las diferentes zonas, sino también a sus distintos enfoques.

EL BRONCE INICIAL (2300-1350/1300 CAL ANE)

En algunas áreas y yacimientos es posible establecer una distinción entre una fase media y una antigua de la Edad del Bronce; en muchos otros casos, sin embargo, la evidencia disponible por el momento no es aún suficiente para discernir ambas fases. Culturalmente los primeros momentos de la Edad del Bronce en el NE son en muchos aspectos una prolongación del Calcolítico: la cultura material mueble es deudora del período anterior, el hábitat es aún mayoritariamente en cuevas y los enterramientos continúan siendo inhumaciones colectivas en cuevas o en sepulcros megalíticos. Sin embargo, la cultura material integra nuevos elementos procedentes de Italia y Francia (culturas de Polada y el Roine) y empiezan a aparecer, aunque en escaso número, hábitats al aire libre en zonas de llanura (depresión prelitoral y llanos occidentales). A mediados del siglo XVIII cal ane la antigua tradición campaniforme tiende a desaparecer por completo y –aunque la mayor parte del territorio tiene propensión al conservadurismo– al mismo tiempo el hábitat al aire libre se va consolidando con un modelo de aldeas dispersas con cabañas construidas con materiales perecederos y silos-fosas de almacenamiento que se reutilizan a veces para realizar enterramientos donde se inhuman entre uno y cuatro individuos, empezándose a distanciar así de la vieja tradición del osario colectivo en cueva o en estructuras megalítico-tumulares. Se producen avances significativos en la metalurgia del bronce, que a mediados del segundo milenio cal ane se considera ya una metalurgia integrada y normalizada, en definitiva, consolidada (Martín Colliga 2003; Pons 2003). Estas nuevas comunidades aldeanas compuestas por unidades familiares autárquicas comparten áreas de producción y almacenamiento de alimentos y en algunos casos, como el recientemente estudiado en Minferri (Lleida) (López Melción 2000), parecen desarrollar incipientes poderes personales adquiridos. Corresponde a este momento (entorno a 1650 cal ane) el inicio en los llanos occidentales del llamado Grupo del Segre-Cinca, que marca el inicio de una realidad cultural

³ «Frente a la idea de una cultura homogénea hoy resulta evidente que los Campos de Urnas introducen en el NE peninsular una serie de elementos de origen ultra pirenaico de forma desigual según las regiones y sobre los estratos indígenas de la vieja Edad del Bronce que siguen constituyendo el *stock* básico de población. No hay en consecuencia una «Cultura de los Campos de Urnas» sino grupos regionales de finales de la Edad del Bronce que reciben las innovaciones de los Campos de Urnas, de forma desigual en el tiempo y en el espacio. Esas innovaciones son las que probablemente nos han hecho sobredimensionar la naturaleza de los elementos de Campos de Urnas en la península ibérica. Pero en todo caso sigo pensando que la trascendencia cultural de los elementos de Campos de Urnas que penetraron en el NE fue muy grande» (Ruiz Zapatero 2005: 36-37).

⁴ Rhin-Suisse-France Oriental

con un desarrollo propio y distinto de la de los llanos prelitorales y el litoral oriental.

EL BRONCE FINAL

(1350/1300 – 800/750 CAL ANE)

El inicio del Bronce Final del nordeste se fecha entre 1350/1300 y su final en 800/750 o 650 cal ane, según los autores (Maya 1998; Pons 2003). Los primeros dos siglos muestran un panorama poco homogéneo, con unos desarrollos muy parecidos a la etapa anterior en lo que hace referencia a los modelos de vida en una parte importante del territorio, mientras que en determinadas áreas se manifiestan cambios significativos. En el Bajo Segre-Cinca asistimos a la aparición y/o consolidación de un tipo de hábitat nuevo⁵ que refleja la fijación de la población a un territorio, mejoras tecnológicas en la producción agrícola y el afianzamiento de formas sociales más complejas. Se trata de hábitats situados en pequeñas elevaciones compuestos por casas pequeñas, por lo general de planta rectangular, adosadas unas a otras, que comparten tabiques medianeros y cuyas paredes traseras conforman un muro de circunvalación que actúa de cierre del asentamiento. La

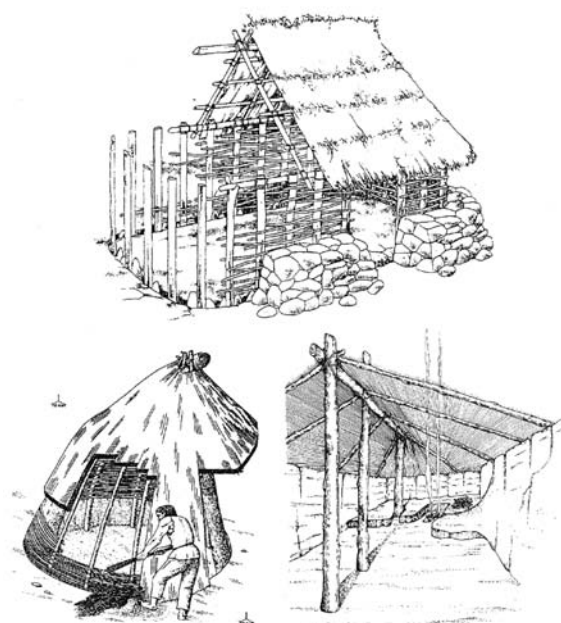


Figura 2
Reconstrucciones de distintos tipos de hábitats característicos de la Catalunya oriental (Francés, Pons 1998).

circulación interior se realiza a través de una calle longitudinal o de un espacio central. El material de construcción es, por primera vez, la piedra ligada con barro, con la cual se construye la parte inferior de los muros; sobre este basamento de piedra se construye con arcilla el resto del muro en alzado. Se trata, pues, de unos hábitats que podemos calificar de protourbanos y que representan un cambio substancial respecto al panorama anterior por cuanto suponen una planificación común, la existencia de espacios comunales o públicos⁶ (figura 3) y, muy probablemente, estructuras defensivas⁷. En el prelitoral y litoral continua el mismo patrón de asentamiento al aire libre, ya observado en el período anterior, situado en zonas de llano y constituido por estructuras de tipo cabaña, construidas con materiales perecederos y endebles, con hogares y en muchos casos parcialmente excavadas en el terreno y asociadas a fosas y silos de variada morfología (A.A. V.V. 1998) (figura 2). Cabe señalar que se trata de un tipo de asentamiento más difícil de detectar, documentar e interpretar. No obstante, en los últimos años se han llevado a cabo importantes operaciones de campo en esta zona, que están aún inéditas, pero que, sin duda, harán variar la visión algo reduccionista que tenemos ahora. El registro funerario muestra la aparición de un nuevo tipo de enterramientos que marcará el inicio de un cambio paulatino que –si bien cuenta con datos desde los inicios del Bronce Final⁸– se arraigará de forma generalizada a partir del 1100 cal ane (Pons y Solés 2004; López Cachero 2005). Se trata de necrópolis de incineración que suponen una lenta caída en desuso de la inhumación colectiva y que muestran estructuras de enterramiento de tipologías variables.

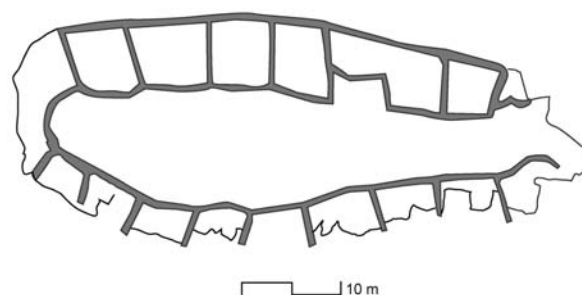


Figura 3
Planta esquemática del poblado de Venó (de Maya, Cuesta, López Cachero, 1998).

⁵ En la zona del Cinca la ubicación de los asentamientos en alto parece preceder en algunos casos al Bronce Final.

⁶ Por la calidad del registro y de sus dataciones merecen destacarse los hábitats de Genó (siglo XI cal ane) y Carretelà (siglo XIII cal ane) (Maya *et al.* 1998; Maya *et al.* 2001-2002)). Es ilustrativa de los cambios reseñados la comparación con el asentamiento del Bronce Inicial de Mínerri (López Melción 2000), al cual ya nos hemos referido.

⁷ La única estructura bien fechada es la torre de Carretelà (Maya *et al.* 2001-02). El resto de posibles estructuras de carácter defensivo localizadas hasta la fecha y pertenecientes a este período corresponden a yacimientos que no han sido excavados y que se fechan por materiales de recogida superficial (Junyent *et al.* 1994: 78).

⁸ Maya defendió siempre la datación de algunas necrópolis de incineración (Torre Filella, Puntal de Fraga, Besodia) en el Bronce Final II (Maya 1986), tesis que siguen otros autores (López y Pons 1996, Vázquez 2000)

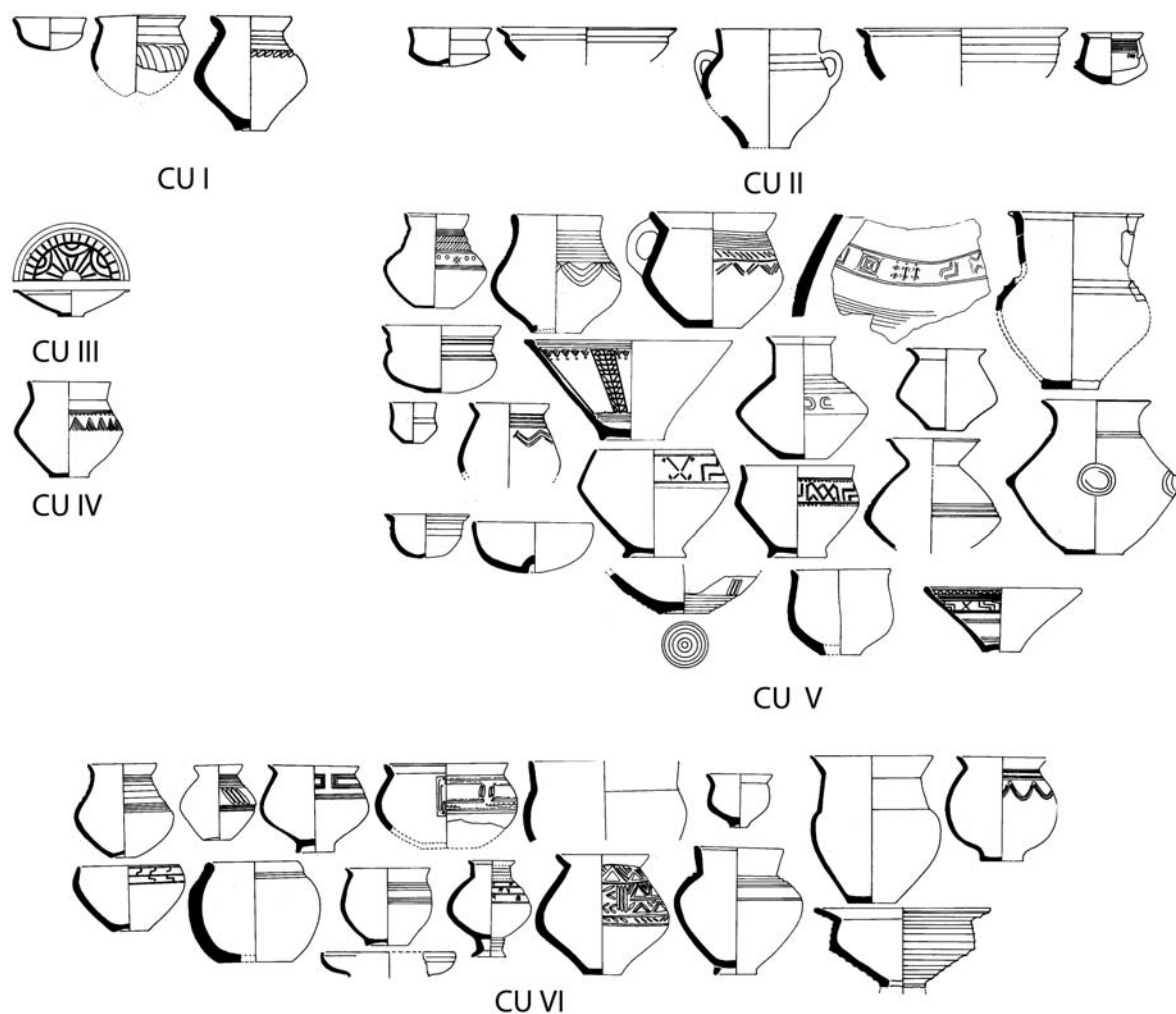


Figura 4
Materiales cerámicos representativos de los CCUU del nordeste clasificados según la periodización de Sperber (Neumaier 1995: 67-74).

La cultura material mueble de este período muestra en buena parte una continuidad con la fase anterior, al mismo tiempo que un nuevo tipo cerámico, claramente relacionado con las culturas contemporáneas de la Europa central y occidental: se trata de las características cerámicas –generalmente de buen nivel tecnológico– de cocción reductora, acabado pulimentado, decoración acanalada y perfiles bicónicos (tipo CCUU) que se utiliza como vajilla de mesa en los usos cotidianos y que es excepcionalmente apreciada como osario o contenedor de ofrendas en usos funerarios (figura 4). En los hábitats las vasijas destinadas a procesamiento y almacenamiento de alimentos u otros son en su mayor parte una evolución de tipos del Bronce Inicial. Así como los cambios relativos al hábitat y al ritual funerario se circunscriben en los momentos más

antiguos a áreas restringidas, el nuevo tipo cerámico aparece indistintamente en éstas y en zonas más conservadoras, siendo significativa su aparición en hábitats en cueva.

A partir del 1100-1000 cal a.n.e. se aprecia una inflexión en la generalización del proceso iniciado en los dos siglos anteriores y la profundización de las evoluciones regionales. Una de las manifestaciones más aparentes es la consolidación de las necrópolis de incineración en tumbas de tipología diversa según las zonas: de campos de urnas en toda la depresión litoral y prelitoral –a excepción de un área con pequeños túmulos en el Ampurdán⁹– y túmulos de tipología diversa en el Segre-Cinca y la Cataluña suroccidental y el Bajo Aragón, áreas estas dos últimas conectadas por el corredor del Ebro¹⁰. El aumento demográfico que se inicia en la fase anterior se consolida

⁹ Un área que se diferencia claramente del resto y tiene una estrecha vinculación con el Mailhaciense transpirenaico a partir del cambio de milenio (Pons 1984).

¹⁰ Sin embargo, los estudios de los últimos años muestran que la división entre campos de urnas y túmulos no es tan tajante como se había supuesto en un principio. En una misma zona, e incluso en una misma necrópolis, coexisten ambos tipos, como en el caso del Coll del Moro de Gandesa (Rafel 1989 y 1993) o el de Calvari del Molar (Castro 1994).

en este momento y se generalizan los poblados, aunque siguiendo la pauta ya marcada en los siglos anteriores en relación a la diferenciación entre la costa y el grupo Segre-Cinca. Sin embargo, en el sur de Cataluña los primeros asentamientos protourbanos aparecen en fechas tardías, entre los siglos VIII-VII ane o quizás fines del IX, a lo sumo, en algún caso. La mejora de los cultivos agrícolas se manifiesta en su ampliación y en la práctica generalizada de la alternancia con el cultivo de leguminosas y la mejora de los sistemas de almacenaje. Es posible que la adopción del panizo (*Setaria italica*) sea algo más antigua y penetrara junto a los elementos de cultura material poladiense que se documentan en el Bronce Inicial del nordeste (Buxó *et al.* 1995; Alonso *et al.* 2004a y 2004b).

La cultura material se caracteriza por la pervivencia y extensión de la cerámica pulimentada con decoración de acanalados, que ahora suavizará sus perfiles a la vez que se produce una diferenciación en facies locales (figura 4). La metalurgia del bronce se consolida y aumenta la cantidad de metal, si bien la gran mayoría de las piezas recuperadas proceden de las necrópolis y se refieren al ornamento personal y la vestimenta. Se documentan depósitos de bronce que proceden en su gran mayoría de la zona pirenaica y prepirenaica, siguiendo principalmente los valles fluviales del Tet y del Segre (Ruiz Zapatero y Rovira 1994-1996). Todos se han fechado en el siglo VIII ane, excepto los de Murisecs y Ripoll, más antiguos (Gallart 1991:165-178), a pesar de que creemos que estas cronologías deben ser revisadas al alza, como más adelante comentaremos.

LA I EDAD DEL HIERRO

Como ya hemos indicado, la datación del inicio de la I Edad del Hierro está en proceso de revisión. Si hasta hace poco se aceptaba por la mayoría de los investigadores las fechas tradicionales de mediados del siglo VII ane, en la actualidad hay un consenso general en el hecho de que hay que revisar esta cronología al alza. Como ya hemos dicho, permanece, sin embargo, la dificultad de la datación radiocarbónica para estas fechas, los márgenes demasiado amplios que proporcionan otros métodos de datación absoluta, la falta de estratigrafías suficientemente esclarecedoras, la poca precisión cronológica de los tipos importados fenicios y la consiguiente vacilación cronológica de los tipos cerámicos del momento. Con todo, parece que el inicio de la I Edad del Hierro debe situarse en un momento no precisado del

siglo VIII ane, que algunos autores llevan a c. 800 cal ane, mientras que otros prefieren una fecha dentro de la segunda mitad de este siglo. Los primeros objetos de hierro en el nordeste se han situado tradicionalmente en la segunda mitad del siglo VII ane (Pons 1986, Maya 1990); no obstante, en años más recientes se empezó a apuntar la posibilidad de una datación anterior, a lo que vino a sumarse la propuesta de trabajo siderúrgico en Els Vilars (Arbeca) en una fecha que sus excavadores sitúan alrededor del 700 ane (Rovira Hortalà 1998: 73), mientras que algunos trabajos recientes sitúan los primeros elementos –alógenos– de este metal a finales del siglo VIII ane (López Cachero 2005: 480-481). Cabe señalar, no obstante, que los primeros objetos de hierro que aparecen en el nordeste peninsular son escasos y limitados a objetos de ornamento personal y cuchillos, distando mucho, pues, de una situación de generalización de la siderurgia, que no parece producirse hasta 650-500 ane.

El inicio de la Edad del Hierro se caracteriza por la aparición de nuevos tipos metálicos de bronce (algunos considerados de origen mediterráneo, como la fíbula de pivote, otros tradicionalmente vinculados al comercio fenicio, como la fíbula de doble resorte) y, sobre todo por la diversificación general de la tipología broncea, así como por un notable aumento de la cantidad de bronce en circulación. Los conjuntos cerámicos muestran cambios importantes: persisten muchos tipos del Bronce Final o que son una clara derivación de los mismos¹¹, pero aparecen nuevos tipos que inciden en una diversificación general de los conjuntos, de forma paralela a lo que sucede con las series metálicas. Se introducen algunas variaciones en los usos funerarios¹² que, no obstante, muestran en su conjunto una nítida continuidad con el período anterior, indicando que los cambios que tienen lugar en esta fase tienen como sujeto a las sociedades del Bronce Final. Pero donde los cambios se reflejan con mayor nitidez es en un remarcable aumento demográfico y en la consolidación del hábitat permanente que en algunas áreas, como la Cataluña sur, estará conformado ahora por casas de piedra con paredes medianeras y espacios comunitarios, en definitiva lo que se ha dado en llamar poblados protourbanos. En la Cataluña norte, al norte de la comarca del Penedés, el hábitat continúa la tradición del Bronce Final, sin estructuras de piedra ni espacios que puedan calificarse de protourbanos¹³; sin embargo, se aprecia, igualmente, un importante aumento demográfico.

¹¹ Son características las urnas de perfiles enraizados en la tradición del Bronce Final que desarrollan ahora cuellos largos exvasados (figura 4).

¹² Las variaciones en el registro funerario afectan principalmente a la diversificación de los ajueres –tanto cerámicos como metálicos–, al aumento cuantitativo de los ítems depositados en los sepulcros y a la aparición o aumento, según los casos, de los vasos de ofrendas (véase, por ejemplo, Rafel, Hernández 1992; López Cachero 2006).

¹³ Las casas subrectangulares con paredes de piedra del poblado de la I Edad del Hierro recientemente excavado en Sant Martí d'Empúries (donde posteriormente se ubicará la llamada *Palia Polis* focca) constituyen hasta la fecha la excepción (Aquilué *et al.* 1999, Moret 2001-2002).

Es en esta I Edad del Hierro cuando las comunidades del nordeste, con unas redes sociales desarrolladas, con poderes personales adquiridos consolidados, con tramas de intercambio afianzadas, con una demografía y una economía agrícola-ganadera en desarrollo y en tránsito a sociedades jerarquizadas resultarán atractivas para los comerciantes fenicios, fuertemente implantados en el sur peninsular. Aunque la detección de materiales fenicios en Cataluña cuenta ya con casi cuarenta años de historia (Maluquer 1969), no ha sido hasta las dos últimas décadas que la presencia del comercio fenicio se ha revelado como un factor estructural remarcable en el nordeste peninsular. Su cronología, sin embargo, dista aún de ser precisa. Si inicialmente Maluquer lo interpretó como consecuencia de la fundación de Ibiza en 635 ane, hecho que durante años motivó que todos los materiales del nordeste se datasen con posterioridad a esta fecha (Arteaga *et al.* 1978), desde hace años –gracias al intenso trabajo desarrollado en este campo y a las investigaciones llevadas a cabo por J. Ramon y otros en Ibiza– está claro que el fenómeno comercial fenicio que afecta a Ibiza y el área catalana es anterior a la fecha de la fundación histórica y que se remonta a la primera mitad del siglo VII o a finales del VIII ane (Ramon 1994-1996: 408; Ramon 2003, Asensio 2005: 502), cuestión sobre la que volveremos más adelante. En la primera mitad del siglo VI ane confluyen dos hechos significativos, por una parte el cese de las relaciones comerciales con los fenicios, por otra, el establecimiento de los foceos en *Emporion* y su progresiva proyección más allá de su *hinterland* estricto (Aquilué *et al.* 1999, Cabrera 1996, Dupré 2006). A través de la relación con los fenicios primero y con los griegos más tarde el nordeste peninsular está definitivamente implicado en los flujos comerciales y culturales mediterráneos. Que la incorporación del nordeste peninsular al tráfico comercial generado por la demanda fenicia constituyó un fenómeno significativo a nivel socio-económico y político para las comunidades locales está fuera de toda duda. Sin embargo, su carácter y alcance y, en términos más amplios, el papel que el comercio mediterráneo en general desempeñó en los procesos de cambio locales, es objeto de debate¹⁴.

LAS RELACIONES MATERIALES Y CULTURALES

Así pues, hemos visto cómo a lo largo de la Edad del Bronce las culturas del nordeste de la Península Ibérica, lejos de estar aisladas participan en una dinámica de relaciones e intercambios que integra los territorios de norte

del País Valenciano y los del sur de Francia. A través de estos últimos, se vincula a las culturas europeas y recibe elementos, tanto continentales –en mayor medida– como mediterráneos, éstos últimos de escaso alcance. Este panorama cambia entre el Bronce Final y la primera Edad del Hierro y en los inicios de ésta, cuando el factor mediterráneo parece hacerse más evidente, el círculo de relaciones se amplía al levante y sureste peninsulares y se produce una paulatina incorporación a los circuitos marítimos mediterráneos en una etapa aún deficientemente definida que tendrá su culminación entre la segunda mitad del siglo VIII ane y 600/575 ane, cuando a una parte muy significativa del territorio catalán llegará el comercio colonial fenicio.

Elementos vítreos precoloniales

De la cueva de la Roca del Frare en La Llacuna (Barcelona) proceden dos cuentas de vidrio del tipo segmentado que fueron estudiadas por primera vez por Harrison, Martí Jusmet y Giró (Harrison *et al.* 1974). La cueva en cuestión es una cavidad funeraria de inhumación colectiva cuya excavación, desgraciadamente, se realizó hace muchos años. Sin embargo, los materiales que acompañaban a las deposiciones funerarias fueron recuperados en su totalidad y constituyen un conjunto coherente datable en el Bronce Medio (Rafel 1977-1978; Maya 1992: 276). Las analíticas de fluorescencia por rayos X realizadas en 1976 sobre ambas piezas en la *Postgraduate School in Applied Physics* de la Universidad de Bradford no dieron resultados concluyentes¹⁵, si bien pudo detectarse que una de ellas (figura 5, 4a) tenía un contenido significativo de estaño –criterio que se utilizaba en aquellos momentos para discriminar las cuentas con un supuesto origen británico del resto– cifrable en una proporción cobre:estaño de 2:1, así como una proporción cobre:plomo de 50:1, aproximadamente. La otra cuenta (figura 5, 4b), en cambio, parece tener una proporción de estaño del 1% en relación al cobre, junto con indicios de plomo y antimonio. Con ello los resultados del análisis se limitaban, lamentablemente, a confirmar lo ya sabido, que la materia base de las piezas es el sílice, seguido por el cobre (Rafel 1977-1978: 47-56). En el conjunto hispánico, la cultura de El Argar ha proporcionado un conjunto de cuentas vítreas del tipo segmentado, localizadas en contextos funerarios de Fuente Álamo en el curso de las investigaciones llevados a cabo en la zona por los Siret (Siret y Siret 1890: 260, 263-64, láms. 66, 68; Lull 1983: 210-211). Pertenecen al parecer a la fase B de esta cultura, que finaliza en las

¹⁴ A título de ejemplo, véase Junyent 2002: 29; Sanmartí 2004 (especialmente págs. 30-32), Asensio 2005, Aubet 2005, Rafel 2006.

¹⁵ Se hizo cargo de las analíticas el Dr. S.E. Warren. El equipo con el que contaba el laboratorio en aquellas fechas sufrió una importante avería que impidió afinar los análisis.

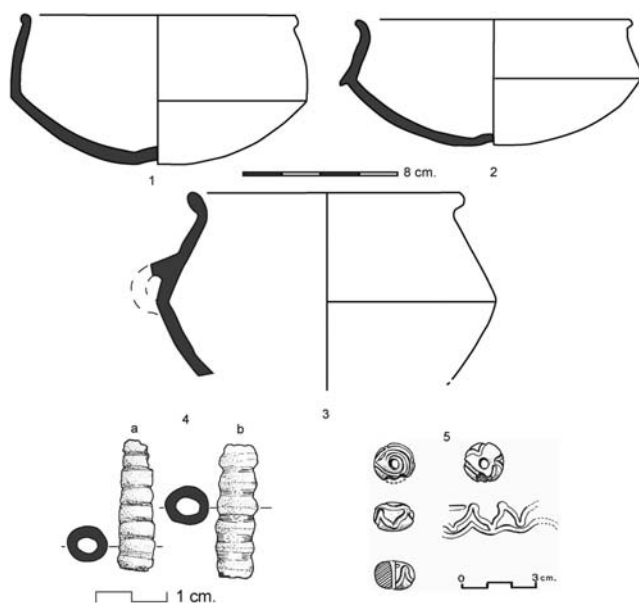


Figura 5
Materiales cerámicos y vítreos de La Roca del Frare (1, 2, 3 y 4) (Rafel 1977-78: figs. 3, 4 y 10) y cuenta vítrea de El Bosc (5) (Rovira Port 1996: fig. 2).

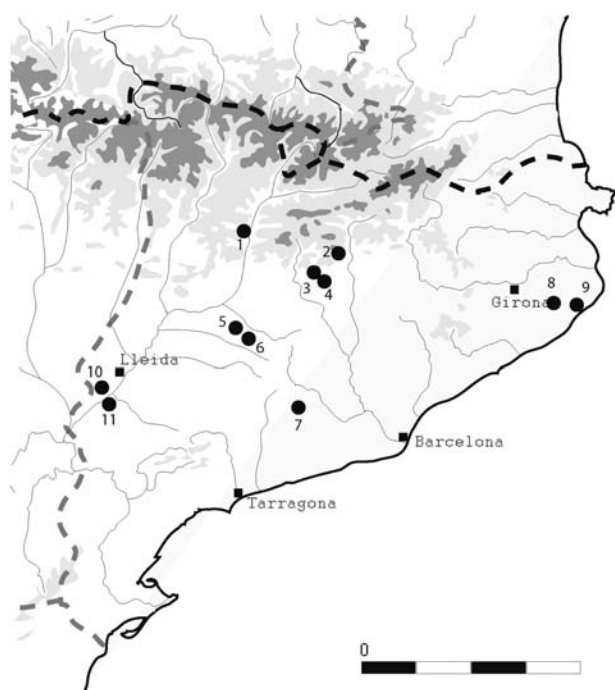


Figura 6
Materiales vítreos precoloniales en el Nordeste. Cartografía de los hallazgos: 1. Can Colau, 2. Can Mauri, 3. El Bosc, 4. Clot dels Morts I, 5. L'Auritori, 6. Bell Pla, 7. Roca del Frare, 8. Cova d'en Daina, 9. Puig Ses Forques, 10. Carretelà, 11. Solibernat.

postrimerías del siglo XVI cal ane, hecho que para algunos autores choca con la datación clásica de este tipo de producciones en Micenas y en relación con la de los escasos materiales egeos localizados en la Península Ibérica (Ruiz Gálvez 2005b: 323). En el conjunto peninsular se observan dos importantes focos de hallazgos de este material, uno en el nordeste y otro en el sudeste (con toda probabilidad llegados a ambas zonas por vías diferentes), a los cuales hay que añadir algunos hallazgos en Portugal¹⁶; todos ellos presentan una distribución geográfica que es, a grandes rasgos, eminentemente costera si la consideramos en sus rasgos generales (Rovira Port 1996a: 156, 1), pero más dispersa desde este punto de vista si consideramos sólo el conjunto catalán que presenta una distribución geográfica que parece apuntar a contactos terrestres transpirenaicos (figura 6). Finalmente, cabe citar los hallazgos de las Baleares: Cova des Carritx (Menorca) datables a finales del siglo IX cal ane (Lull *et al.* 1999: 304, 306) y Sa Cometa des Morts y Son Maimó (Mallorca). Tanto la cronología de Es Carritx como los análisis realizados apuntan en este caso a un centro productor suizo-noritalico (Henderson 1999).

Los recientes avances que se producen a partir de los 80 en el campo de la analítica sobre este tipo de materiales vítreos han permitido atribuir, en el caso francés, las piezas datables en el Bronce Antiguo y Medio (composición calco-sódica) a centros de producción del Mediterráneo Oriental, como en el caso de muchas de las piezas de esta cronología procedentes de Alemania. En el Bronce Final, en cambio, a partir del siglo XI cal ane, los yacimientos franceses empiezan a abastecerse de piezas de Frattesina (sodo-potásicas). Permanece, sin embargo, la incógnita para materiales vítreos más antiguos (Gratuze *et al.* 1998).

Si bien las cuentas de La Roca del Frare son las únicas del tipo segmentado documentadas en el nordeste de la Península Ibérica, no son las únicas de material vítreo procedentes del ámbito catalán. Diez yacimientos más cuentan con este tipo de piezas, cuya datación va desde el Calcolítico (o quizás algo antes) hasta el Bronce Final (Rovira Port 1994: 182). Una de ellas, decorada, la de El Bosc de Corrà (Bergadà, Barcelona) (figura 5, 6), tiene un estrecho paralelo en la pieza de la Grotte au Collier de Lastours (Aude, Francia), atribuida tradicionalmente al Bronce Medio, pero que recientemente Gómez de Soto (1995: 155)¹⁷ ha propuesto situar algo más tarde, en el Bronce

¹⁶ A los ya conocidos de Siner y Atalaia, hay que sumar los de Alegrios, Monte do Trigo y Cachouça, en la Beira, todos ellos en contextos de Bronce Final (Vilaça 2000a: 35)

¹⁷ El autor relaciona la placa separadora con perforaciones confeccionada en ámbar hallada en Lastours con los hallazgos del Bronce C y D de la Cultura de los Túmulos y no con los hallazgos ambarinos del Heládico Reciente I de la tumba Omicron del Círculo B de Micenas, como se había venido haciendo.

Medio-Reciente. La analítica de la pieza de Lastours ha puesto de manifiesto que es de factura oriental (Gratuze, Louboutin, Billaud 1998: 22), confirmando así anteriores apreciaciones basadas en la tipología (Roudil y Solier 1976) y dando una buena referencia para la pieza de El Bosc al certificar la impresión, ya expresada anteriormente (Rovira 1996a: 160-161), de que se trata de una importación oriental.

Por cuanto respecta a las cronologías de estos yacimientos, cabe decir que en su mayor parte se trata de excavaciones o recuperaciones antiguas y en otros casos de sepulcros megalíticos o cuevas funerarias saqueadas, hecho que impide precisar dataciones (figura 7). El único de estos yacimientos que cuenta, hasta ahora, con una buena secuencia estratigráfica y tres dataciones absolutas es el de Carretelà (Segrià, Lleida), en el que en el estrato IV del sector I, correspondiente a la Fase 1 del yacimiento, aparecieron dos cuentas vítreas dentro de una taza carenada. Dicha fase Carretelà 1 está fechada radiocarbónicamente

Figura 7
Tabla de los hallazgos de piezas vítreas precoloniales en Cataluña.

<i>Yacimiento</i>	<i>Tipo de Yacimiento</i>	<i>Nº Cuentas</i>	<i>Cronología</i>
Cal Colau (Montanissell, Lleida)	Sepulcro tumular	1	Bronce Medio (Rovira Port 1994)
Can Mauri (Berga, Barcelona)	Cueva sepulcral	1	Bronce Medio (Rovira Port 1994)
Clot dels Morts (Montmajor, Barcelona)	Sepulcro tumular	6	Bronce Medio (Rovira Port 1994)
El Bosc (L'Epanyola, Barcelona)	Sepulcro tumular	1	Transición Bronce Medio/Final
L'Auritori (Guissona, Lleida)	Balma sepulcral	2	Bronce Medio (Rovira Port 1994)
Cova d'En Daina (Romanyà de la S., Girona)	Sepulcro megalítico	1	Neol.Final/Cal col.-Bronce Medio (Rovira Port 1994)
Puig Ses Forques (St. Antoni de Calonge, Girona)	Sepulcro megalítico	2	Bronce Medio (Rovira Port 1994)
Tossal de Solibernat (Torres de S., Lleida)	Hábitat	1	1100-1000 ane (Rovira Port 1994)
La Roca del Frare (La Llacuna, Barcelona)	Cueva sepulcral	2	Bronce Medio (Rafel 1976-1977)
Tossal de Carretelà (Aitana, Lleida)	Hábitat	2	1300-1200 cal ane (Maya <i>et al.</i> 2001-02)
El Bell Pla (Guissona, Lleida)	Hábitat	1	775-650 ane

entre 1300 y 1200 cal ane (Maya *et al.* 2001-02: 160, 184-185, 229). El Tossal de Solibernat no cuenta con dataciones radiométricas pero sí con una buena estratigrafía que permite fechar la cuenta en él hallada entre 1100 y 1000 ane (Rovira Port 1995: 81). Rovira Port (1995: 81-82) sitúa el hallazgo del poblado del Bell Pla de Guissona, en la provincia de Lleida, a finales del siglo IX y siglo VII ane. Sin embargo, el hallazgo de la cuenta de este yacimiento corresponde a las excavaciones antiguas realizadas por el Institut d'Estudis Catalans a principios del siglo XX y no se conoce su contexto estratigráfico. Un nuevo sondeo realizado en 1978 en este yacimiento y estudiado por J. Gallart y M. Prevosti dio una secuencia que se iniciaba con un nivel (Bell Pla I) con fuertes pervivencias del Bronce Final (IIIb), pero con elementos fechables ya en la primera Edad del Hierro, al igual que los niveles que se le superponen (Bell Pla II y III). Bell Pla I podría iniciarse entorno a 775 cal ane con un final hacia 650 ane, mientras que los niveles Bell Pla II y III deberían datarse entre 650 y 525 ane (López Melción 2000: 485-499). Aún cuando enmarcásemos la cuenta de collar en el horizonte de los materiales del final del Bronce Final que aparecen en el nivel Bell Pla I, sin duda, la cronología inicial del asentamiento obliga a considerar circuitos de distribución para este hallazgo completamente distintos a los comentados anteriormente. Rovira Port (1995: 78) incluye también en su completa nómina de elementos vítreos precoloniales catalanes el hábitat de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer (Lleida), que por nuestra parte consideramos claramente de época colonial. El nuevo corte estratigráfico realizado por Gallart y Junyent permitió precisar algo más las cronologías del corte antiguo realizado por Maluquer en cuyo estrato se produjo el hallazgo de la cuenta de collar. Si tenemos en cuenta que hoy el estrato VII de Maluquer (correspondiente al VI del nuevo corte) se fecha en la primera mitad del siglo VII ane y que el estrato IV de Maluquer se sitúa en el siglo V ane (Gallart y Junyent 1989: 28-45), ello nos fecha el estrato V de Maluquer en el siglo VI ane, cosa que nos induce a excluir este hallazgo del conjunto de piezas vítreas precoloniales del nordeste.

Del total de once yacimientos catalanes en los que se han documentado cuentas vítreas precoloniales, en tres de ellos (La Roca del Frare de La Llacuna, El Bosc de Correà, Can Mauri de la Vall dan) se recuperaron también cuentas de ámbar de origen báltico, hecho que concuerda con la serie de análisis realizados ya hace años sobre piezas francesas (Aude, Lozère, Gard, Hérault), aunque se destaca que el ámbar báltico es difícil de discriminar analíticamente del del Mar Negro y Rumania (Roudil y Solier 1976; Beck y Liu 1976). En Cataluña, en la franja cronológica entre el Neolítico Final/Calcolítico y los inicios del Bronce Final, se cartografiaban

catorce yacimientos con ámbar. Las analíticas realizadas en cuatro de estos yacimientos indican su procedencia báltica (Rovira 1995: 79-80). La asociación de elementos de adorno vítreos y ambarinos es frecuente, incluso a partir del momento en que la distribución del vidrio se realiza desde Frattesina, puesto que, como es bien conocido, las rutas de distribución del ámbar sufren asimismo modificaciones y el yacimiento italiano pasa a comercializar también ámbar. La presencia de vidrio y ámbar, sin duda importados, es bastante significativa en el nordeste, especialmente si tenemos en cuenta que, a la hora de valorar su importancia cuantitativa, deberíamos tener en consideración la extrema fragilidad de ambos materiales. Las cuentas vítreas precoloniales documentadas en Cataluña pertenecen claramente, igual que las del Argar y a diferencia de las de las Baleares, a un horizonte cultural y cronológico anterior a la puesta en valor de las vías de distribución, tanto de materiales vítreos como ambarinos, noritálicas.

Armas y depósitos metálicos

Los depósitos de metal documentados en el nordeste tienen distinto carácter: algunos (Sant Aleix) están compuestos por piezas completas nuevas o casi nuevas, otros parecen para refundido (Ripoll, Font Major) (Ruiz Zapatero y Rovira Port 1994-1996) y no faltan los depósitos de lingotes, como el de Serra del Monderes, compuesto íntegramente por tortas plano-convexas. Su distribución geográfica marca claramente unas vías transpirenaicas, de las cuales las más importantes parecen ser las del Segre y sus afluentes (el Noguera Pallaresa y el Noguera Ribagorçana); sin embargo, no son las únicas: el depósito de Ripoll parece indicar otro valle fluvial, el del Ter, y el reciente hallazgo de Sant Martí d'Empúries (Santos, e.p.¹⁸) pone en valor la vía litoral, ya sea terrestre o, más probablemente, marítima. Los materiales que los integran apuntan a conexiones con los Alpes, Savoia y el Jura, trámite el Aude, Hérault y Gard (Gallart 1991), zonas éstas últimas con las que las aleaciones presentan identidades significativas (Rovira Llorens 1998). Además de los depósitos que reseñamos (figura 8) se tiene noticia del hallazgo de otros que, desgraciadamente, no pudieron documentarse ni recuperarse para los estudios arqueológicos: Toló, Aransís y la Bòfia de Picalts, de nuevo en el eje del Segre. Del resto, de uno de ellos –el de Cabó– se han perdido los materiales y el de Serra del Monderes es aún inédito. En cuanto a los estudios publicados sobre los mismos, cabe decir que sería

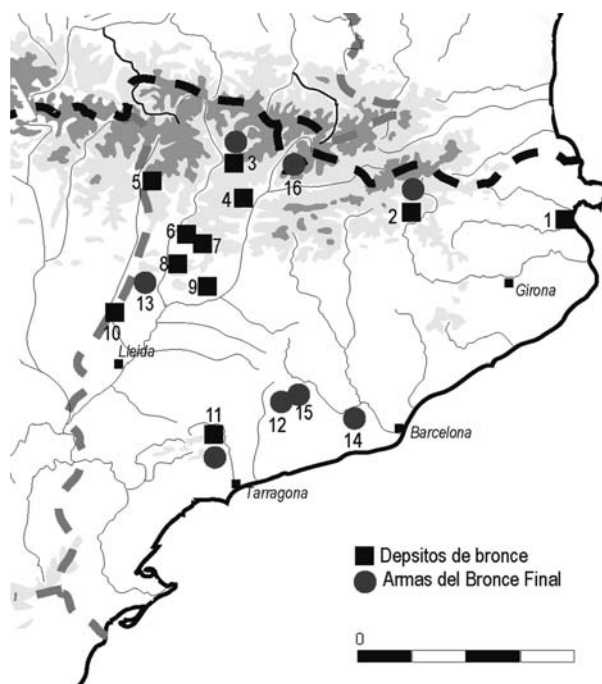


Figura 8

Cartografía de los depósitos metálicos y los puñales y espadas del nordeste. 1. Sant Martí d'Empúries, 2. Ripoll, 3. Llavorsí, 4. Cabó, 5. Sant Aleix, 6. Aransís, 7. Toló, 8. Murisecs, 9. Picalts, 10. Serra del Monderes, 11. La Font Major, 12. La Llacuna, 13. Cova de Joan d'Os, 14. Cova Bonica, 15. Cova de Secabecs, 16. Cova de les Encantades.

necesario hacer una revisión general, muy especialmente en relación a aquellos aspectos que la trayectoria general de la investigación ha ido modificando: en primer lugar, desde el punto de vista de su estudio analítico y arqueometalúrgico y, en segundo lugar, desde el punto de vista cronológico, aspectos que permitirían profundizar en su interpretación contextual. A pesar de que la publicación por J. Gallart (1991) del depósito de Llavorsí, supuso la incorporación de los estudios arqueometalúrgicos a este tipo de conjuntos (Rovira Hortalà 2003, Rovira Llorens 1998), es aún mucho el camino que queda por recorrer. Desde el punto de vista cronológico, la revisión general a que están siendo sometidas las cronologías de la prehistoria reciente catalana, a raíz del progreso de la investigación y de los cambios debidos al uso de la cronología radiocarbónica calibrada¹⁹ no han llegado aún a estos depósitos. Un vistazo al cuadro que presentamos (figura 10) pone rápidamente de relieve dos consideraciones: por una parte, una cierta vacilación en la atribución en relación a la tipología²⁰ y la faseificación y, por la otra, unas cronologías que, en líneas generales, parecen ser demasiado bajas.

¹⁸ Agradecemos a Marta Santos que nos haya permitido consultar el original de la publicación del depósito.

¹⁹ Bronce Final II: 1300-1100/1000 cal ane (1100-900 ane); Bronce Final III: 1100/1000-800 cal ane/725 ane (900-750/650 ane).

²⁰ Hecho que ha afectado no solo a los depósitos sino también a los hallazgos de armas. Así, por citar sólo algunos ejemplos, algunas piezas han suscitado divergencias durante años en cuanto a su clasificación: la espada de la Llacuna ha sido considerada un tipo próximo a Rosnöen,

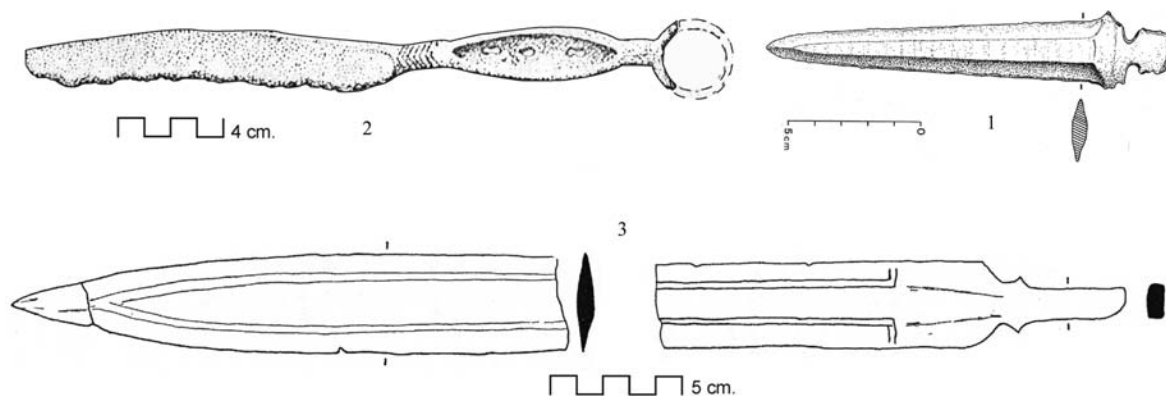


Figura 9

Armas: 1. Daga de la cova de Joan d'Os (Rovira Port 1998: fig. 1), 2. Cuchillo tipo Dasice (Almagro Gorbea 1977: fig. 3), 3. Espada de La Llacuna (Harrison, Martí Jusmet, Giró 1974: fig. 7)

El único autor que ha situado un depósito en un horizonte cronológico que tiene en cuenta ya las fechas radiocarbónicas calibradas con que se cuenta en Cataluña es Rovira Llorens, que da una fecha de siglo XI cal ane para el depósito de Murisecs²¹ (Rovira Llorens 1998: 235, n.3). Con todo, los diferentes autores que han tratado la cuestión fechan como depósitos más antiguos Murisecs y Ripoll (Bronce Final II); Sant Aleix, Sant Martí d'Empúries y la Font Major se situarían en un horizonte de finales del Bronce Final II-inicios del Bronce Final III y cabría atribuir al Bronce Final III los de Cabó y Llavorsí (figura 11). De modo que entre los siglos XII/XI cal ane y IX/VIII cal ane el Nordeste de Cataluña recibe por vías

transpirenaica y con toda probabilidad también marítima (Sant Martí d'Empúries), tipos alóctonos a través de esos intercambios metálicos, a través de vías norte-sur que, sin duda, también eran transitadas en sentido contrario. Ello enlaza el nordeste con tipos atlánticos, con elementos vinculados a Centroeuropa y a tipos metalúrgicos del sudeste francés y con la península italiana.

Las armas son escasas en el Bronce Final del nordeste peninsular (figuras 8, 9 y 12). Algunas de las documentadas forman parte de depósitos metálicos. Así, la espada-puñal de la Cova de la Font Major, el puñal «a douille» del depósito de Ripoll y la hoja de espada del de Llavorsí, que se ha considerado de tipo lengua de carpa. El resto de

<i>Yacimiento</i>	<i>componentes</i>	<i>Cronología</i>
Murisecs, Llimiana, Lleida	11 brazaletes y una hacha de rebordes	s. XI cal ane-Bronce Final II (Rovira Llorens 1998). Bronce Medio/ Final II (Gallart 1991)
Sant Martí d'Empúries, Girona	5 hachas de talón, 1 hacha de alerones, 1 cincel de enmangue tubular, placa con botón (enmangue de hoz)	Bronce Final II/IIIa (ss. X-IX ane) (Santos ep)
Ripoll, Girona	11 hachas (tubulares, de aletas, enmangue directo, talón y anilla), 1 fragmento de puñal (lengua de carpa), 1 cincel, 1 punta de lanza	S. VIII ane (Gallart 1991). Anterior a 850 ane (Maya 1998). Bronce Final II (Rovira Hortalà 2003)
La Font Major, l'Espluga de F., Tarragona	Espada corta tipo Hemigkofen (Gallart 1991), 2 frags. espada corta o daga, 1 hacha de rebordes del Bronce Medio, 2 agujas de cabeza discoidal	Siglos IX-VIII ane (Gallart 1991) Siglos X-IX cal ane
Sant Aleix, Lleida	17 brazaletes	Siglo VIII ane (Gallart 1991) Siglo IX ane (Rovira Port, Casanovas 1993)
Llavorsí, Lleida	3 broches de cintuón tipo Larnaud, 1 frag. hoja de espada lengua de carpa,	Siglo VIII ane (Gallart 1991)
Cabó	3 hachas (de aletas y tubular), 3 brazaletes	Siglo VIII ane (Gallart 1991)
Serra del Monderes, Castillonroi, Huesca	Lingotes planoconvexos	

Figura 10

Tabla de los depósitos metálicos de Cataluña.

una espada tipo Monza y, por último, del tipo Mantoche (Harrison *et al.* 1974; Ruiz Zapatero 1985); la espada puñal del depósito de la Font Major ha sido considerada próxima al tipo Nenzingen, mayoritariamente clasificada como Hemigkofen, y finalmente, derivada de tipos suritalianos (Neumaier 1999).

²¹ Cabe comentar, sin embargo, que este depósito se atribuye al Bronce Final II. El autor da la misma fecha al depósito que la del conjunto de bronce documentados en el hábitat de Genó, que cuenta con varias dataciones radiométricas, a causa de la similitud entre ambos conjuntos desde el punto de vista metalúrgico.

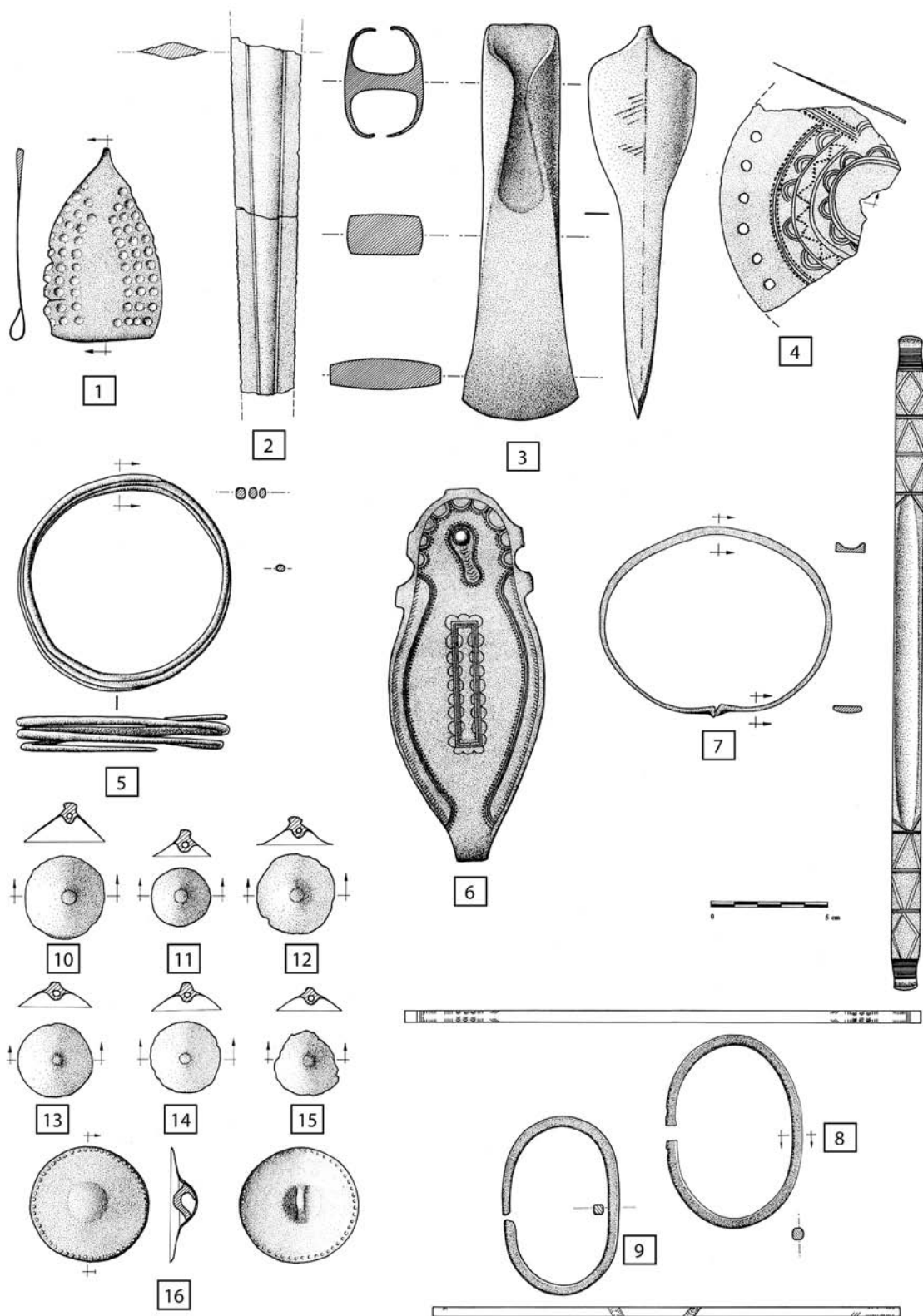


Figura 11

Materiales representativos del depósito de Llavorsí según Gallart 1991: 1, Fragmento de Cnémides N. Inv. 55 (Lam. I.2); 2, Fragmento de hoja de espada N. Inv. 136 (Lam. I. 1); 3, hacha de aletas N. Inv. 142 (Lam. VI); 4, Fragmento de placa N. Inv. 59 (Lam. LIV. 3); 5, Brazalete en espiral N. Inv. 73 (Lam. XVI. 1); 6, Broche de cinturón N. Inv. 58 (Lam. XIIIb); 7, Brazalete N. Inv. 69 (Lam. XIX); 8, Brazalete N. Inv. 110 (Lam. XXIX. 2); 9, Brazalete N. Inv. 86 (Lam. XXIX. 1); 10-15, Botones 4-9 N. Inv. 31-36 (Lam. LI); 16, Botón N. Inv. 7 (Lam. XLVI. 5).

<i>Yacimiento</i>	<i>Tipo de arma</i>
Roca del Frare, La Llacuna, Barcelona	Espada tipo Mantoche (Ruiz Zapatero 1983) o Monza (Neumaier 1999)
Lugar indeterminado, Tarragona	Puñal tipo Dasice (Almagro Gorbea 1977)
Cueva de Joan d'Os, Tartareu, Lleida	Daga de lengüeta simple (Rosnoën-Lamberth) (Rovira Port 1998)
Cueva de La Font Major, Espluga de F., Tarragona	Espada-puñal tipo Hemigkofen (Ruiz Zapatero 1983)
Cova Bonica, Vallirana, Barcelona	Puñal. Variante Roesnoën (Rovira 1988)
Cova de les Encantades, Toloriu, Lleida	Puñal con dos remaches (Rovira 1998)
Depósito de Ripoll, Barcelona	Puñal «a douille» (complejo lengua de carpa) (Rovira Port 1998)
Depósito de Llavorsí, Lleida	Frag. hoja espada tipo lengua de carpa (Gallart 1991)
Cova de Secabecs, Mediona, Barcelona	Fragmento hoja puñal

Figura 12

Tabla de los puñales y espadas del nordeste.

los escasos hallazgos de puñales y espadas no tienen contextos claros: la espada de La Llacuna fue hallada casualmente, sin contexto, cerca de la cueva de la Roca del Frare (figura 9.3); del puñal tipo Dasice de Tarragona no se conoce siquiera su lugar exacto de procedencia (figura 9.2) y los hallazgos de puñales o dagas en cuevas (Joan d'Os, cova Bonica, cova de Secabecs) cuentan, así mismo, con contextos poco expresivos. Sólo un hábitat con contexto, la Fonollera (Girona), ha proporcionado una punta de flecha de tipo Le Bourget, datable en el Bronce Final IIb. Cabe citar, además, las puntas de lanza de hoja lanceolada, fuerte nervadura central y enmangue tubular largo de la cova de Can Sadurní (Begues, Barcelona), la cova de Can Xamamet y el depósito de Ripoll, así como el molde de fundición de este tipo de lanzas de Massada de Ratón (Huesca) y el fragmento de molde de espada de tipo Hemigkofen del Regal de Pidola (Huesca) (Ruiz Zapatero 1985: 880-882, 926-931). A partir del Bronce Final III, las únicas puntas de flecha que se documentan en Cataluña son las de tipo mailhaciense, con una distribución no exclusiva, pero sí centrada en las franjas costeras.

El trípode de varillas de La Clota y los soportes de Les Ferreres, Las Peyros y Saint Julien

La identificación de unos fragmentos de un trípode de varillas procedente de un sepulcro tumular del Bajo Aragón (La Clota, Calaceite) (Rafel 2002) (figura 13.4) ha vuelto a poner sobre el tapete el conocido soporte tipo *offering stand* de Les Ferreres (figura 13.2), también de Calaceite y procedente asimismo de un sepulcro, así como los hallazgos sudfranceses con él relacionados. El trípode de La Clota tiene estrechos paralelos con los *rod tripods* chipriotas, pero, se asemeja, sobre todo, a piezas de manufactura sarda, como el conocido trípode de la cueva-santuario de Piroso su Benatzu en Santadi (Lo Schiavo y Usai 1995: 18), el de la colección Abis de Oristano o el de Santa Maria in Paulis (Macnamara *et al.* 1984: pl. II, 2; 2). A pesar de que

el hecho de que solo se conserven dos pequeños fragmentos del mismo dificulta su caracterización tipológica, ello ha inducido a pensar que, sea cual fuere su lugar de manufactura, se inspira en prototipos sardos, más que directamente chipriotas (Rafel 2002: 78; Papasavvas 2004: 49). El soporte de Les Ferreres está claramente relacionado con los de Las Peyros en Couffoulens (Solier *et al.* 1976) y con el de Saint Julien en Pézenas (Llinas y Robert 1971), ambos fechados por sus contextos en el siglo VI a. n. e., la misma datación que, en general, se ha dado al de Calaceite. Almagro-Gorbea (1992: 366), sin embargo, propuso una fecha de manufactura algo más antigua (fines del siglo VIII-primer mitad del VII a. n. e.) basándose en la atribución de prototipos geométricos para la figura del caballo, opción que, por nuestra parte creemos más acertada. Por cuanto respecta a la cronología del trípode de varillas de La Clota, pone un importante reto: por una parte, el sepulcro en el cual se recuperó debe fecharse en los siglos VII-VI a. n. e.; por otra, sus referentes tipológicos no son posteriores al siglo X a. n. e. Como ya hemos señalado (Rafel 2002: 81; 2005: 498), nos inclinamos a proponer una circulación temporal dilatada de estos elementos y a situar el trípode de La Clota en los siglos X-IX a. n. e. y los soportes de ofrendas en los siglos IX-VIII a. n. e., entroncando con el o los talleres que en la zona del Ebro producían objetos de adorno bronceos vinculados a la vestimenta y el adorno personal durante los siglos VII a V a. n. e. (Rafel 2005: 8), con claras concomitancias con las tradiciones bronceísticas chipriotas que se manifiestan en varias de sus características, entre otras, la decoración sogueada y pseudosogueada (figuras 13.1 y 13.3). Este conjunto de producciones se difunden por un territorio que va desde el río Mijares al sur hasta Agde y el Hérault al norte; los hallazgos evidencian claramente una distribución marítima, de la cual el pecio de Rochelongue constituye un magnífico testimonio (figura 13.1). Los soportes de Calaceite, Couffoulens y Pézenas son considerados manufacturas occidentales por todos los autores²²; por lo que

²² Un nuevo estudio aún inédito de S. Rovira y uno de los firmantes (Rovira y Armada e.p.) aporta nuevos datos sobre la pieza de Les Ferreres.

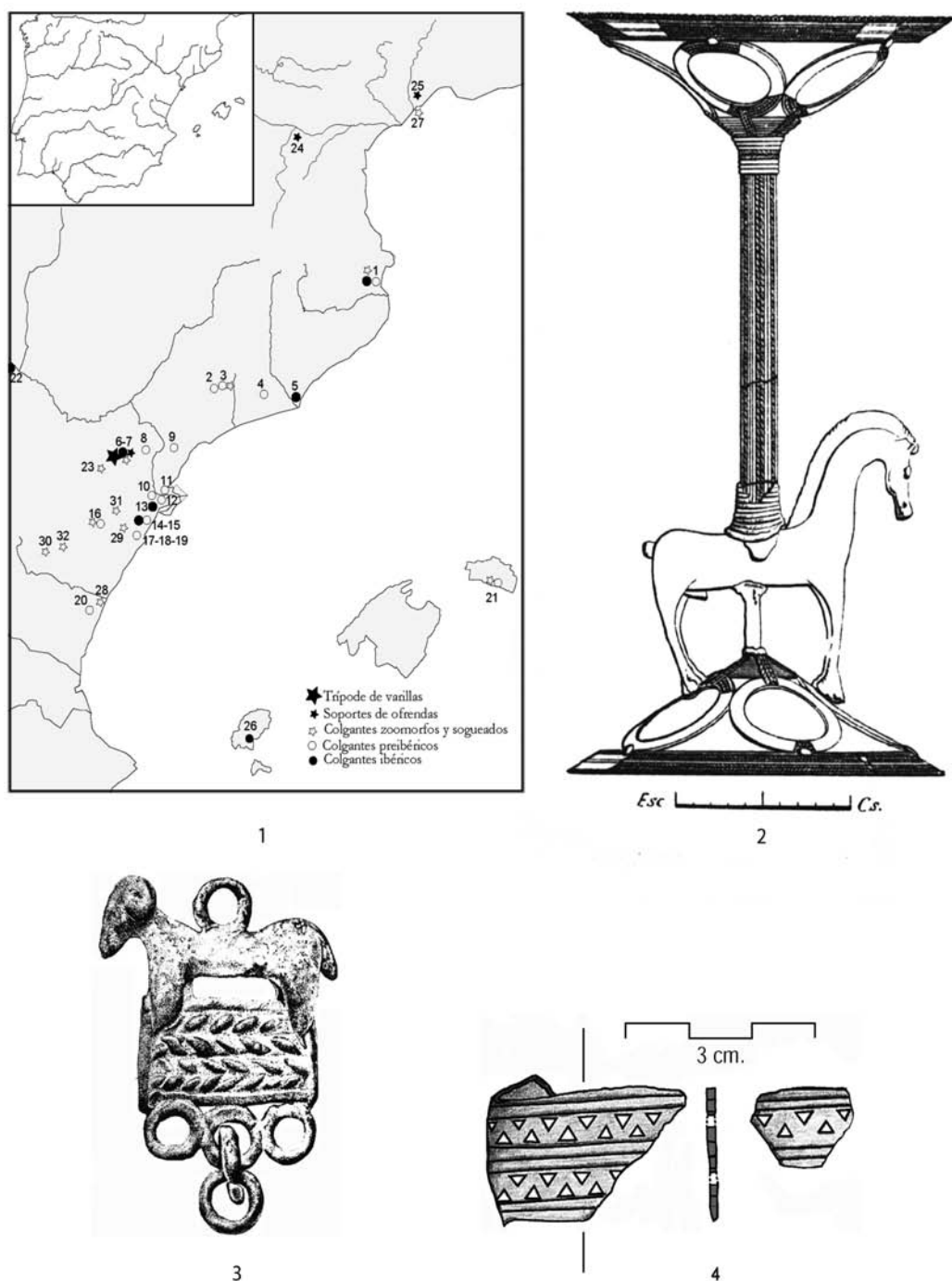


Figura 13

Mapa de dispersión: rod tripod, offering stands, colgantes zoomorfos y sogueados, colgantes preibéricos e ibéricos (Rafel 2005: fig. 8), con adición de Graells y Sardà e.p., 2: Soporte de Les Ferreres (Cabrè 1942: fig. 2), 3: Zoomorfo sogueado de Torre Monfort (Maluquer 1987: fig. 13), 4: Fragmentos de trípode de varillas de La Clota (Rafel 2002: fig. 4)

respecta al trípode de La Clota, recientes estudios (Rafel *et al.*, e.p.) revelan también su manufactura occidental y, más concretamente, peninsular, en base a unos modelos que, sin duda, arriban a la Península Ibérica a través de Cerdeña²³.

Cerámicas con decoración geométrica del Bajo Aragón

El valle del Ebro o, más concretamente el Bajo Aragón, ha proporcionado una serie de cerámicas con decoración pintada polícroma (figura 14) que han sido largamente objeto de debate. Los diferentes autores que han

²³ No abundamos más sobre la compleja problemática de estas piezas, puesto que las tratamos en el artículo de Armada *et al.* dedicado a la toréutica y publicado en este mismo volumen.

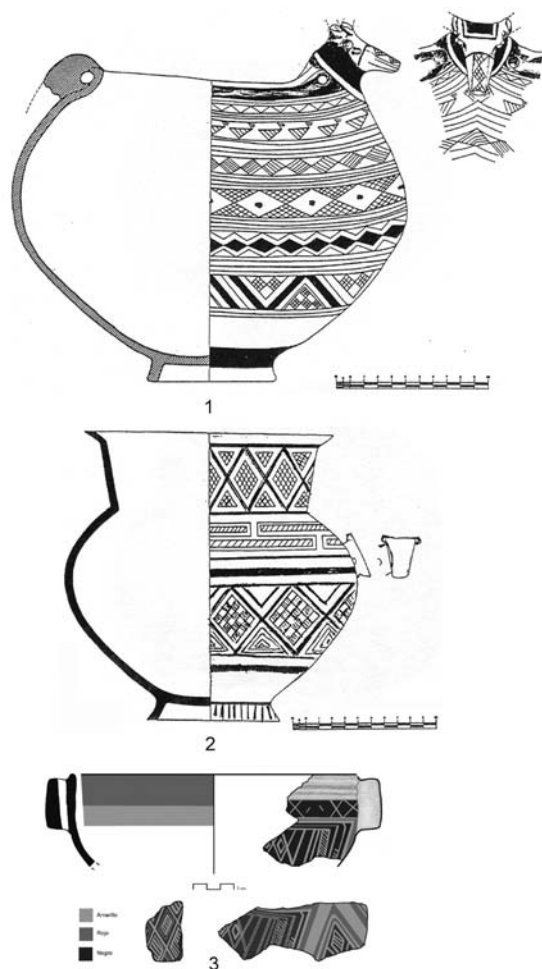


Figura 14

Cerámicas pintadas polícromas del bajo Aragón: 1. Vaso teromorfo del Tossal Redó, 2. Vaso con cabeza bovina del poblado de San Cristóbal, 3. Vaso pintado de la necrópolis de San Cristóbal (1 y 2, Lucas 1989: fig. 3; 2, Rafel 2003: fig. 13).

tratado el tema a lo largo de los años han marcado dos tendencias: por una parte, aquellos que han atribuido su origen a la tradición de cerámicas pintadas hallstáticas europeas (Atrián 1961; Werner Ellering 1990), los que han abogado por un origen itálico y, más concretamente, adriático (Neumaier 1993-95) y, finalmente, los que han apuntado a una influencia mediterránea orientalizante (Almagro-Gorbea 1977a: 458-461; Pellicer 1982; Lucas 1989, Rafel 2003). Estos últimos han señalado que el repertorio de motivos decorativos de estas piezas apuntan al ámbito chipriota y al tardogeométrico egeo (Lucas 1989: 183-184) y que presentan claras afinidades con las cerámicas pintadas llamadas de tipo Carambolo (Almagro-Gorbea 1977a: 120-125; Pellicer 1982: 220). Se han destacado los paralelos de las aves esquematizadas con triángulo rayado geometrizarantes —que aparecen, por ejemplo, en el vaso teromorfo del Tossal Redó (figura 14.1) y que son adoptadas también en las cerámicas incisas locales

(Pompeya, Azaila, El Redal)—, con hallazgos cerámicos de Saladares, Cabezo de San Pedro de Huelva, Carambolo y con el huevo de avestruz de la tumba 10 del Cerro de San Cristóbal de Almuñécar (Pellicer 1982: 220). Lucas, por su parte, examina el conjunto de hallazgos asociados al vaso del Tossal Redó y propone paralelos en el geométrico griego y en el mundo chipriota; no obstante, propone una transmisión a Occidente por vía marítima a partir del Adriático (Lucas 1989: 91-92), en un sentido parcialmente coincidente con las tesis de un origen adriático que más tarde defenderá Neumaier (1993-1995). El Bronce Final peninsular cuenta con cerámicas con decoración geométrica desde momentos anteriores al impacto colonial fenicio, con fechas de siglos XI-X cal a.n.e. para el sur y de siglos IX-VIII cal a.n.e. en contextos meseteños de Soto de Medinilla, y han sido consideradas en los años recientes como un resultado de la expansión de prototipos desde el Mediterráneo oriental (Cáceres 1997). Muy posiblemente, uno de los factores que facilitaron la difusión de estos motivos decorativos fueron las telas (entre otros, Cáceres 1997; Rafel 2003: 85) que, sin duda, constituyeron junto con las fíbulas que las acompañaban un claro vehículo de distinción social. El progreso de la investigación en los últimos años avala una filiación mediterránea para las cerámicas decoradas geométricas orientalizantes de la Península Ibérica, si bien, por lo que respecta a las del Bajo Aragón, al igual que sucede con otros ítems ya examinados, las dataciones de los contextos de estas cerámicas las sitúan en los siglos VII (o a lo sumo, VIII) a VI a.n.e. y, por lo tanto, vinculadas ya a los intercambios con el mundo fenicio y apuntando a que, independientemente de su cronología y origen último en el contexto peninsular, en el área nordeste llegan más tardíamente de la mano de los fenicios peninsulares. Las excavaciones recientes en el Turó del Calvari de Villalba dels Arcs (Tarragona), un yacimiento singular interpretable como un santuario o residencia-santuario aislada, datado entre la segunda mitad del siglo VII a.n.e. y el segundo cuarto del siglo siguiente, ha proporcionado también dos piezas bícromas fragmentadas, una de las cuales, igual que la pieza de Tossal Redó, incluye una teoría de triángulos rematados con cabezas de pájaro estilizadas (Beà, Diloli 2005: 182-183)²⁴. El hallazgo confirma la vigencia del tipo en fechas tardías y su asociación a materiales fenicios y extiende hacia el este su difusión geográfica a la comarca catalana de la Terra Alta.

Fíbulas de pivote y de doble resorte

Las fíbulas de pivote, que la mayoría de autores consideran itálicas, aunque de matriz oriental, tienen una

²⁴ Agradecemos las precisiones sobre estas piezas (en estudio) que nos ha proporcionado Samuel Sardà. Se trata de una énocoe y de un vaso abierto.

presencia geográfica en la Península Ibérica que la convierte en el área con más cantidad de hallazgos y, por otra, parte, que muestra una distribución no concordante con la dispersión del comercio fenicio, como ya han señalado otros autores López Cachero *et al.*, e.p²⁵). En Cataluña se localizan en siete yacimientos, tres necrópolis y cuatro hábitats (figuras 15 y 16). De los poblados (Can Xac en Argelaguer, Girona; Torre Romeu y Can Ravella, ambos en Sabadell, Barcelona y Sant Jaume Mas d'en Serrà en Alcanar, Tarragona), en los cuales se ha documentado un ejemplar en cada uno de ellos. El que resulta más interesante, por los datos conocidos hasta la fecha, es el poblado del Bronce Final de Can Xac puesto que cuenta con un ejemplar en un contexto datado radiométricamente en los siglos X-IX cal ane (Toledo y Palol 2006: 183, López Cachero *et al.*, e.p.), aunque, al no haber sido publicado aún con detalle el contexto pre-

ciso de la pieza, cabe proceder con prudencia. En cuanto a las necrópolis, son la del Calvari del Molar (Tarragona), también con un ejemplar (Vilaseca 1943: 25; Armada *et al.* 2005b: 143, 4, 3, tab. 1), la necrópolis de Can Bec de Baix (Agullana, Girona) con cinco ejemplares (Toledo, Palol 2006: 183) y la recientemente excavada de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona), con siete ejemplares (López Cachero 2005: 479; Marlasca *et al.* 2005: 1041-1044). Aunque se cuenta con varias dataciones entre 950 y 900 cal ane para este tipo de fíbulas en los yacimientos de Palermo (Teruel), Fuente Estaca (Guadalajara) y Cerro de la Mora (Granada) que inducen a Castro (1994: 140-141) a fechar el ejemplar del Calvari del Molar en el siglo X cal ane, en realidad, la pieza de esta necrópolis está fuera de contexto y no permite una datación segura, como recientemente han remarcado también otros autores (Marlasca *et al.*

Contexto	Yacimiento	nºEj	Cronología	Bibliografía
Tumba S.69	Agullana	1	2a mitad s. VII ane	Palol 1958
Tumba E.270	Agullana	1	s. VIII ane	Toledo i Palol 2006
Tumba E.332	Agullana	1	s. VIII ane	Toledo i Palol 2006
Tumba E.338	Agullana	1	s. VIII ane	Toledo i Palol 2006
Tumba E.397	Agullana	1	s. VIII ane	Toledo i Palol 2006
Hábitat	Agullana	1	¿X-IX ane?	López Cachero et alii, ep
Indeter.	Can Xac	1	650-600 ane	Inédita
Tumba E-643	Can Piteu-Can Roqueta	1	VIII ane	López Cachero 2005
Tumba E-363	Can Piteu-Can Roqueta	1	VIII ane	López Cachero 2005
Tumba E-450	Can Piteu-Can Roqueta	1	VIII ane	López Cachero 2005
Tumba E-1044	Can Piteu-Can Roqueta	1	VIII ane	López Cachero 2005
Superficial	Can Piteu-Can Roqueta	3	VIII ane	López Cachero 2005
Superficial	Calvari del Molar	1	X cal ane	Vilaseca 1943, Castro 1994
Hábitat	Torre Romeu	1		López Cachero et alii, ep
Hábitat	S. Jaume M. d'en Serrà	1	ss. VII-VI ane	López Cachero et alii, ep
Hábitat	Can Ravella	1		López Cachero et alii, ep

Figura 15
Tabla de las fíbulas de pivote del nordeste.

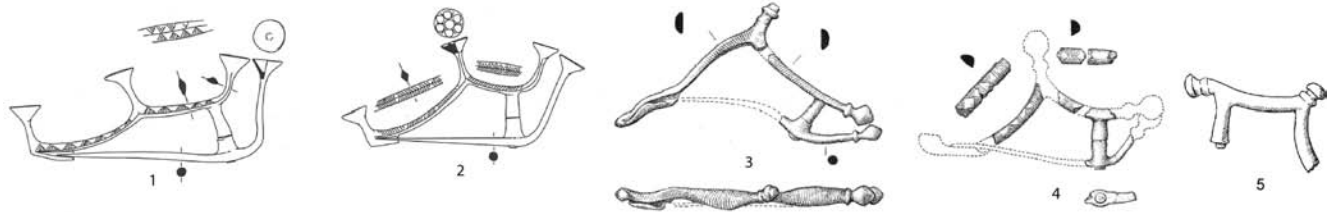


Figura 16
Fíbulas de pivote: 1 y 2. Can Piteu-Can Roqueta (Marlasca *et al.* 2005: fig. 1), 3 y 4. Can Bec de Baix (Toledo, Palol 2006: fig. 198), 5. Calvari del Molar (Vilaseca 1943: 25).

²⁵ Agradecemos a C. Rovira el habernos permitido consultar este original en prensa.

2005: 1041, 1044, n. 8). Su presencia en el pecio de Rochelongue indica su perduración y comercio hasta fechas mucho más recientes, en la segunda mitad del siglo VII ane o en torno al 600 ane, aún cuando algunas piezas de este depósito de tipo Vénat, –o, mejor, Baioes (siguiendo a Ruiz-Gálvez 2005b: 325)–, son claramente anteriores cronológicamente al hundimiento y otras son testimonio de la perduración de tradiciones bronceísticas originalmente mucho más antiguas (Rafel 2005). Las fíbulas de pivote de la necrópolis de Agullana aparecen en las fases IIa y IIb, datables en la primera mitad del siglo VIII ane y en la segunda mitad del mismo, respectivamente (Toledo y Palol 2006: 242). Finalmente, en Can Piteu-Can Roqueta algunos ejemplares aparecen con anterioridad a los primeros objetos de hierro, mientras otros coexisten con los primeros ítems de este metal, que aparece a finales del siglo VIII ane o, a lo sumo, a principios del VII ane, lo que otorga una cronología de segunda mitad del siglo VIII ane a las fíbulas de pivote (Marlasca *et al.* 2005: 1043-1044, 1046; López Cachero 2005: 479).

Las fíbulas de doble resorte se han considerado también vinculadas a prototipos orientales o itálicos, aunque cabe señalar que su presencia es abrumadoramente significativa en la Península Ibérica. Su cartografía muestra, a diferencia del panorama de las fíbulas de pivote, una clara asociación con los intercambios con el mundo fenicio (figura 18). Cronológicamente hablando (figura 17), su *flourit* parece producirse en el siglo VII ane, aunque su vigencia se prolonga durante todo el siglo VI, durante el cual es especialmente abundante en su primera mitad. Recientemente, fíbulas de este tipo procedentes de Agullana se han fechado, basándose en los hallazgos de la necrópolis de Castres, en el siglo IX y la primera mitad del siglo VIII ane, es decir en las fases I y IIa de la nueva sistematización de esta necrópolis debida a Toledo y Palol (2006: 182, 242), fechas anómalamente altas que deberán ser contrastadas en el futuro. Como ya hemos dicho, hasta la fecha los hallazgos de fíbula de doble resorte del nordeste se vinculan reiteradamente al componente fenicio, las fechas de Agullana indicarían una precedencia de estas fíbulas en relación al comercio colonial, dato de gran relevancia que, de confirmarse en un futuro, situaría la aparición de estas fíbulas en territorio catalán en un momento precolonial. A este respecto, cabe traer a colación la datación de finales del VIII ane que daba ya en 1985 Ruiz Zapatero (1985: 952) y el hecho de que en el conjunto cultural de Piroso su Benatzu (Cerdeña) se documenta una de estas fíbulas; el depósito de esta cueva-sanctuario contiene elementos que permiten fechar el conjunto entre los siglos XI y mediados del VIII ane (Lo Schiavo y Usai 1995: 170, 175, 15,5), lo que daría una fecha a la fíbula de doble resorte de este yacimiento de primera

mitad del siglo VIII ane, momento, pues, en el cual dichas fíbulas forman ya parte de los intercambios marítimos entre la Península y la isla del Mediterráneo Central. No se puede excluir, pues, que –aunque está claro que el auge de este tipo de fíbula se asocia al comercio colonial fenicio– sus primeros momentos estén vinculados, igual que otros elementos bronceísticos de los que ya hemos hablado anteriormente, a manufacturas precoloniales y a tráfico mediterráneos distintos de los que más tarde aportarán los materiales fenicios –mayoritariamente, aunque no exclusivamente, del sur de la Península Ibérica– a los territorios del nordeste.

EL LEVANTE

El río Ebro supone el límite meridional de las dinámicas históricas analizadas en el anterior epígrafe. A continuación analizaremos estos desarrollos desde este río hasta el Segura sin considerarlos fronteras *sensu stricto*, pues es evidente la correspondencia de fenómenos que se estudian desde la compartimentación geográfica. Ahora bien, una situación geográfica dada no determina la existencia de relaciones sociales sino que éstas se producen por la presencia de grupos humanos que las hicieron posible. Si en la zona catalana las corrientes de intercambio con zonas centroeuropeas y centromediterráneas dependieron, en mayor o menor medida, de su situación a las puertas de la península, al sur del Ebro el aspecto geográfico no es menos relevante para advertir influencias –de diverso tipo– que, a grandes rasgos, se reducen a tres ámbitos: el norte con los CCUU, la zona centromediterránea y la zona atlántica (a través o no del interior peninsular).

El territorio entre los ríos Ebro y Segura (figura 19) se define por presentar un interior montañoso articulado al norte siguiendo los relieves ibéricos (NO-SE) y al sur los béticos (NE-SO) y que quedan compartimentados por valles interiores y hoyas, descendiendo progresivamente hacia la costa. Los estudios paleogeográficos en las llanuras litorales dibujan un panorama, en torno al 1000 ane, dominado por los sistemas de restinga-albufera y abundantes lagunas con diferentes grados de comunicación con el mar (Ferrer 2005; Carmona y Ruiz 2003), lo cual sitúa muchos de los yacimientos costeros conocidos en un contexto paisajístico de lagunas y ensenadas protegidas, manteniendo en muchos casos una excelente comunicación con el mar abierto. El territorio se segmenta en grandes unidades a través de una red fluvial densa y estructurada de forma perpendicular al mar: Mijares, Turia, Júcar y Segura son las principales vías de comunicación costa-interior aunque otros ríos como el Sénia y el Vinalopó participan de estos rasgos. Es obvio que ningún accidente geográfico supone una frontera para los desarrollos históricos –de hecho, son más importantes

<i>Contexto</i>	<i>Yacimiento</i>	<i>nºEj</i>	<i>Cronología</i>	<i>Bibliografía</i>
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 16	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 18
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 19	2	580-540 ane	Maluquer 1984: 18
Mas de Mussols (Tortosa)	T.23	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 20
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 28	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 20
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 32	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 22
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 34	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 22
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 49	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 26
Mas de Mussols (Tortosa)	T. 50	1	580-540 ane	Maluquer 1984: 26
Mianes (Sta.Bárbara)	T. 8	1	550-500 ane	Maluquer 1987: 16
Milmanda	Indeter.	3?	sVII– sVI ane	Inédito
B. de St.Cristòfol (Maçalió)	S.11	1	650-600 ane	Rafel 2003: 32-34
Vilallong (Calaceit)	S.8	1	700-650 ane	Rafel 2003: 49-50
Calvari (El Molar)	T.25	1	sVII-VI ane	Vilaseca 1943: 27
Calvari (El Molar)	T.61	2	sVII-VI ane	Vilaseca 1943: 28
Calvari (El Molar)	T.65	2	sVII-VI ane	Vilaseca 1943: 28
Calvari (El Molar)	T.95	1	sVII-VI ane	Vilaseca 1943: 30
Calvari (El Molar)	Superficial	1	sVII-VI ane	Vilaseca 1943: 23
Agullana	T.29	1	sVII-VI ane	Maluquer 1944; Palol 1958
Agullana	T.37	1	sVII-VI ane	Maluquer 1944; Palol 1958
Agullana	E. 207bis	2	900-800 ane	Toledo, Palol 2006: 242
Agullana	E. 351	1	800-750 ane	Toledo, Palol 2006: 242
Coll del Moro (Gandesa)	T.8	1	sVII-VI ane	Rafel 1991: 50
Coll del Moro (Gandesa)	T.24	1	600-550 ane	Rafel 1991: 65
Coll del Moro (Gandesa)	T.43	1	sVII-VI ane	Rafel 1991: 82
Coll del Moro (Gandesa)	M10	1	600-550 ane	Rafel 1991: 127
Tossal Redó (Terol)	Cámara 12	1	sVI ane	Ruiz Zapatero 1985: 952
St.Antonio Calaceite	Indeter.	1	sVII-VI ane	Maluquer 1944: 118
Castellvell (Olius, Solsona)	Indeter.	2	sVII– VI ane	Cura, Ferran 1967: 122
Anseresa (Olius, Solsona)	Indeter.	1	sVII-VI ane	Cura, Ferran 1967: 122
Guingueta (Olius, Solsona)	Indeter.	1	sVIII-650 ane	Ruiz Zapatero 1985: 952
Can Canyís (Banyeres de Penedès)	Superficial	1	600-580	Bea 1996
La Pedrera	A30	1	600-550 ane	Plens 2002: 162
La Pedrera	Superficial	1	sVII-VI ane	Plens 2002: 165
La Pedrera	L-387	1	sVII-VI ane	Plens 2002: 178
Coll del Moro (Serra d'Àlmors)	túmul	1	sVI-V ane	Cela, Noguera, Rovira 1999
Femosa	M2-34	1	sVII-VI ane	Gallart 1982:113
Tossal del Molinet	Indeter.	1	sVII-VI ane	Junyent 1982; Plens 2002: 165, 178
Tosseta Guiamets	Superficial	7	sVII-VI ane	Vilaseca 1956: Lam IV
Can Piteu – Can Roqueta	E-487	1	700-600 ane	López Cachero 2005
Can Piteu – Can Roqueta	E-908	1	700-600 ane	López Cachero 2005
Can Piteu – Can Roqueta	E-596	1	700-600 ane	López Cachero 2005
Can Piteu – Can Roqueta	E-288	1	700-600 ane	López Cachero 2005
Can Piteu – Can Roqueta	Fora cont.	1	700-600 ane	López Cachero 2005
Puig Roig del Roget	Cala IX n.mitg	1	650-600 ane	Genera 1995: 71
Vilanera (Empúries)			650-600 ane	

Figura 17
Tabla de las fibulas de doble resorte documentadas en el nordeste.

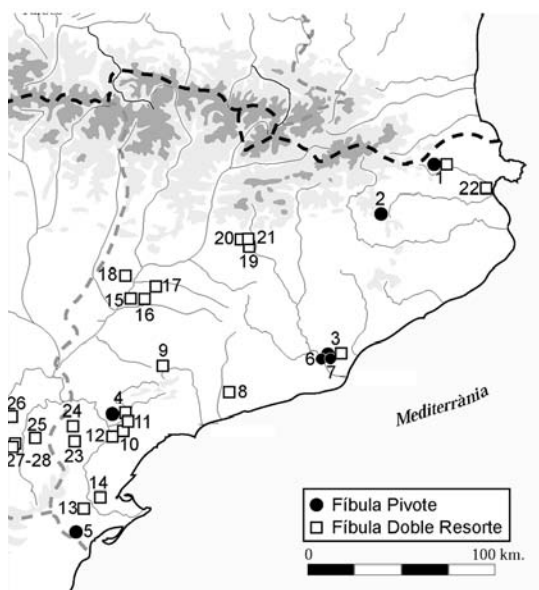


Figura 18

Cartografía de las fibulas de pivote y de doble resorte en Cataluña: 1. Agullana; 2. Can Xac; 3. Can Piteu-Can Roqueta; 4. Necrópolis del Calvari del Molar; 5. Sant Jaume Mas d'en Serrà; 6. Torre Romeo; 7. Can Ravella; 8. Can Canyís; 9. Milmanda; 10. Tosseta de Guuiamets; 11. Puig Roig del Roget; 12. Coll del Moro de Serra d'Almors; 13. Mas de Muslos; 14. Mianes; 15. Femosa; 16. La Pena; 17. Tossal del Molinet; 18. Pedrera; 19. Anseresa; 20. Castellvell; 21. Guingueta; 22. Vilanera; 23. Coll del Moro de Gandesa; 24. Turó del Calvari; 25. Tossal Redó; 26. Barranc de Sant Cristòfol; 27. Vilallong; 28. Sant Antoni de Calaceit.

las fronteras sociales o culturales²⁶— pero ello no impide advertir tendencias culturales según las zonas y que detallaremos a continuación.

Los problemas de definición del periodo del Bronce Final en el País Valenciano son coincidentes con los presentados para el caso catalán. Los pocos datos disponibles quedan, salvo contadísimas excepciones, circunscritos a yacimientos y hallazgos aislados sin disponer de síntesis regionales. Además, el ritmo de la investigación y el trabajo de campo de cada zona es la causa principal de que la documentación sea desigual ya que contamos con territorios en los que las publicaciones se han sucedido a un ritmo regular—curso del Ebro, algunas zonas de las actuales provincias de Valencia o Alicante—mientras que otros son, sencillamente, mudos al respecto, algo interpretado como un vacío ocupacional (Oliver 1994-1996: 223), aunque otros autores lo han explicado por problemas en el ritmo de las investigaciones (Mata *et al.* 1994-1996). Desde luego, una consecuencia de la escasez de datos es la ausencia de síntesis interpretativas lo que, a su vez, genera otros problemas... que se convierten en sus causas dando lugar a una situación que se reproduce a sí misma.

Una de las principales dificultades es el problema de las dataciones pues la *aparente* homogeneidad del registro material desde finales del segundo milenio hasta el siglo VIII o VII a.n.e. imposibilita la datación de yacimientos sin materiales que puedan fechar el conjunto, esto es cuando no se encuentran los llamados 'fósiles directores' como las decoraciones de Cogotas I, cerámicas con incrustaciones metálicas, decoraciones del tipo CCUU y alguna, contada, importación mediterránea, que no están tampoco exentas de problemas cronológicos (Vives-Ferrándiz 2005: 126 y ss.). Dificultades de este tipo se han puesto de manifiesto en el trabajo de Mata *et al.* (1994-1996), que señalan la dificultad de distinguir los yacimientos del Bronce Final de los del Hierro Antiguo a partir de materiales de prospección. Un tercer problema que contribuye a presentar un panorama poco clarificado es la ausencia de dataciones radiocarbónicas, lo cual no ayuda en absoluto a ir

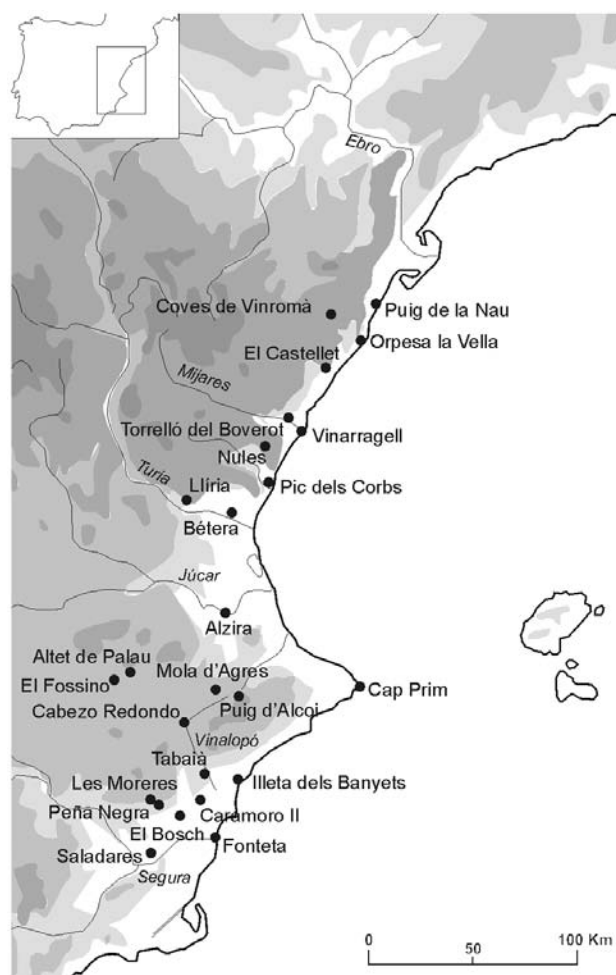


Figura 19

Principales yacimientos citados en el área comprendida entre el Ebro y el Segura.

²⁶ Algunas corrientes de pensamiento actuales ven en la frontera, o el margen, precisamente el espacio más importante del contacto cultural por ser zonas donde se dan intensos procesos de alienación, coexistencia, interdependencia e integración (Nair 2006: 44 y ss.). La antropología de las fronteras es particularmente ilustrativa al plantear que estos espacios definen particularmente las identidades, en nuestro caso culturales, y cuenta con posibilidades de aplicación en arqueología (Martínez, citado en Cusick 1998: 137; Lightfoot y Martínez 1995; Vives-Ferrándiz 2005: 222).

definiendo cronologías comparadas a partir del material cerámico asociado.

EL BRONCE PLENO (2200/2100-1550/1300 CAL ANE)²⁷

El Bronce Pleno presenta dos facies cuya frontera se sitúa, no sin problemas, en el Vinalopó (Hernández Pérez 2005b: 19). El sur se engloba a grandes rasgos en el Bronce Argárico y el norte en el Bronce Valenciano que fue bien definido, con matices regionales, a lo largo de los años 50 y 60 a partir de los trabajos fundamentales de Tarradell (1963 y 1969). Los poblados, mejor conocidos que las necrópolis, ubicados en altura muestran un desarrollo urbanístico apreciable en los potentes aterrazamientos y con casas de planta pseudorectangular como ocurre en Muntanya Assolada (Alzira, Valencia) o la Lloma de Betxí (Paterna, Valencia) o el Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), entre otros (Pedro Michó 2004: 106). La actividad metalúrgica, ausente en los periodos anteriores, se encuentra plenamente desarrollada y los objetos más frecuentes son los puñales de remaches y las hachas (Gil-Mascarell 1981; González Prats 1992a). Ya se documenta la importación de marfil en bruto (Pascual-Benito 1995: 29).

Se observa, a grandes rasgos, cierta diversidad cultural que responde tanto a las trayectorias de las comunidades locales desde el tercer milenio como a diferencias en el grado de interacción con otras poblaciones. Por otra parte, se ha señalado que la población aumentaría respecto al periodo anterior, aunque no queda clara la segura identificación cronológica de los poblados que están ocupados simultáneamente (Pedro Michó 2004: 116).

EL BRONCE TARDÍO Y EL BRONCE FINAL (1550/1300-800/750 CAL ANE)

La sistematización de este periodo en la zona valenciana debe partir de los trabajos de Gil-Mascarell quien propuso la definición de los periodos del Bronce Tardío y Final, en base a la aparición de elementos extrarregionales y diferentes influencias diacrónicas en contextos del Bronce Valenciano (Gil-Mascarell 1981 y 1985), siguiendo la periodización establecida entonces para Andalucía y el sudeste peninsular (Molina 1978). El Bronce Tardío, fechado a partir de mediados del segundo milenio ane en fechas calibradas, se caracterizaría por la aparición de cerámicas del tipo Cogotas I perteneciendo a esta facies, sobre todo, los yacimientos situados en las zonas meridionales –paradigmático será el caso de Cabezo Redondo

(Villena, Alicante), la Horna y Tabaià (Aspe, Alicante)– aunque hay presencia en puntos más septentrionales²⁸.

El significado de estas cerámicas en los yacimientos valencianos ha sido explicado desde varias perspectivas: muestra de comercio de materias primas a larga distancia o mediante intermediarios, hasta indicadores de relaciones sociales entre grupos distintos Meseta-costa, intercambios matrimoniales o actividades de trashumancia. En todo caso la diversidad de la aparición de los tipos de Cogotas I se debería a diferentes causas y variados mecanismos de penetración entendidos como un caso de «aculturación encadenada» sin movimientos de población importantes (Delibes y Abarquero 1997: 131).

Tras el Bronce Tardío Gil-Mascarell identificó un periodo denominado Bronce Final (1000-650/600 ane) con tres facies –Bronce Final I, II y III– no correlativas en el tiempo sino diferenciadas en función de la continuidad o no de los poblados respecto al Bronce Valenciano y al periodo posterior del Hierro Antiguo. Según esta propuesta habría continuidad de los lugares de hábitat del Bronce Valenciano hasta el siglo VIII ane, con material de CCUU, sin presencia de nuevos grupos humanos y que serían abandonados con la irrupción del comercio fenicio. El ejemplo paradigmático es la Mola d'Agres. Por otra parte, a finales del siglo IX ane se crearían poblados de nueva planta, los del Bronce Final II, receptores de los primeros contactos con los comerciantes fenicios y donde se operarían importantes transformaciones tecnológicas, pues se detecta la aparición del torno alfarero o la introducción de objetos de hierro. Éstos poblados no seguirían la tradición del Bronce Valenciano: carecen de murallas y de elementos defensivos y se sitúan a lo largo de las vías de comunicación, frecuentemente junto a los cursos de los ríos. La cultura material presenta elementos de los CCUU tardíos y del Bronce Final andaluz como sucede en Vinarragell (Burriana, Castellón) en el norte, y los Saladares (Orihuela, Alicante) en el sur, además de los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia) y Peña Negra (Crevillente, Alicante). Un tercer tipo de poblados dentro del Bronce Final son aquellos en los que se observa una superposición estratigráfica entre el Bronce Valenciano y la cultura ibérica, como el Puig d'Alcoi.

Esta periodización debe ser valorada como el único ensayo de sistematización disponible para este periodo. Sin embargo, se ha observado la inconveniencia que supone la identificación del Bronce Tardío a partir de escasos elementos de Cogotas I (Martí y Pedro 1997: 82). También

²⁷ Para un repaso de las dataciones radiocarbónicas disponibles en la Edad del Bronce véase Pedro Michó 2004: 105.

²⁸ En el Castellet de Castellón hay cerámicas decoradas mediante la técnica de boquique, surcos acanalados e incisiones finas (Oliver *et al.* 2005: 315 y lám. VII); cerámicas con decoración de boquique también se han documentado en la Peladilla (Barrachina 1992) y en el Alto de la Cruz, ambos en Requena (Valencia) (Mata *et al.* 1994-96). Un repaso a toda la documentación peninsular en Abarquero 2005.

es problemático plantear continuidades en poblados desde el Bronce Pleno hasta el siglo VIII a. n. e. debido a que los materiales que indican la existencia de penetraciones externas son piezas objeto de comercio sin contextos arqueológicos claros.

Podemos tomar como punto de partida las diferencias que ya señalara González Prats (1992a) en las manifestaciones culturales al norte y al sur del Vinalopó desde la Edad del Bronce hasta el Hierro Antiguo. De entrada se advierten territorios que muestran tendencias diversas en cuanto a su ocupación durante el Bronce Final: entre los ríos Palancia y Mijares y en las actuales comarcas de l'Alcoià y el Comtat hay una aparente concentración de poblados al aire libre y sobre todo de cuevas (Mata *et al.* 1994-1996: 193), mientras que al sur del Vinalopó hay hábitats al aire libre y concentraciones en el valle de este río y del Segura²⁹. Igual de relevantes que las concentraciones son los vacíos poblacionales, aunque difíciles de interpretar: en el área comprendida entre el río Turia y las montañas del interior de Alicante y en la zona costera entre la Marina Alta y la desembocadura del Segura.

Las comarcas septentrionales no ofrecen secuencias cronológicas continuadas como sucede en el curso inferior del Ebro. Yacimientos como Orpesa la Vella (Orpesa del Mar, Castellón), el Torrelló del Boverot (Almassora, Castellón) o el Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia) no han sido publicados totalmente, con lo que quedan disponibles para el análisis algunos hallazgos sin contexto. Ante la falta de datos, incluso en zonas sistemáticamente prospectadas, se ha planteado que la población sería mucho menos densa en tierras castellonenses próximas al Ebro que en las catalanas (Oliver 1994-96: 221) e incluso se ha propuesto un vacío ocupacional para las primeras. Sin embargo, esta percepción depende de la dificultad de detectar en prospección un poblamiento disperso, quizás poco denso, y que emplea elementos constructivos perecederos. Con todo, podemos inferir desarrollos similares a los que se documentan para el sur catalán: grupos de base agropecuaria con complementos de la caza y la recolección, semisedentarios y que se organizan en poblados con estructuras al aire libre (Sanmartí *et al.* 2000: 20).

En cuanto al urbanismo, y sólo por lo que respecta al siglo VIII a. n. e., se dan diferencias visibles entre la organización interna de poblados como el Torrelló del Boverot o el Pic dels Corbs y otros como Vinarragell o Puig de la Nau (Benicarló, Castellón), sin inferir por ello que no hay esquemas organizativos. Algunas unidades habitacionales de los primeros son rectangulares o subrectangulares —ya documentadas en el Bronce Pleno (Pedro Michó 2004: 106)— y contrastan con los que ofrecen otros yacimientos,

hasta hoy sólo localizados en la costa, cuyas plantas arquitectónicas parecen ser pseudocirculares. Tal coexistencia indicaría para Oliver y Gusi la presencia de «formaciones socioeconómicas de procedencia foránea» pastoriles, procedentes del interior y que se asentarían en las tierras costeras de forma temporal (Oliver y Gusi 1995). Sin embargo es necesaria mayor precisión en el análisis territorial, en los ritmos de aparición y análisis de la distribución local de la variabilidad para poder centrar la discusión de los cambios urbanísticos observados.

Al norte del Palancia se localiza la mayor parte de cerámicas de los tipos de CCUU en el País Valenciano y fechadas entre 1000 y 700 a. n. e. (Ruiz Zapatero 1979). Hay cerámicas incisas, excisas y acanaladas en el Tossal del Castellet, Cueva Honda (Cirat), Mas de Rosco (Benassal), Torrelló del Boverot, Vinarragell, Abric de les Cinc (Almenara) o Pic dels Corbs (Oliver *et al.* 2005: 315; Oliver 1994-1996; Almagro Gorbea 1977b; Clauzell 2002; Mesado 1974 y Gusi 2001); cerámicas excisas de la Moleta dels Frares (Forcall); elementos de CCUU del siglo VIII en Hostal Nou y quizás en otros puntos como Orpesa la Vella o Abric de les Cinc. Se ha señalado que estas piezas podrían ser indicativas de traslados de poblaciones pequeñas, quizás procedentes del Bajo Aragón (Ruiz Zapatero 1985: 705), movimientos quizás limitados a una cadena social. En el anterior apartado ya se han recogido las propuestas de Junyent sobre la superación del concepto de CCUU como cultura arqueológica delimitada y considerarlo, mejor, como un conjunto de elementos materiales sin mayores consideraciones étnicas (Junyent 2002: 32).

El territorio entre el Palancia y el Júcar quedaría, en gran parte, con un vacío atribuido a los diferentes ritmos de la investigación, a problemas de prospección o a las dificultades de identificación de la cultura material. Aun teniendo en cuenta esta última posibilidad, no se puede descartar el hecho de que esta zona esté poco poblada, a excepción de algunas covachas en el Alt Palància (Palomar 1995), como demuestran las prospecciones sistemáticas que se han llevado a cabo en algunas áreas (comarca del Camp de Túria) y que no han detectado yacimientos de estas cronologías (Bonet 1995: 505-508).

En el curso final del Júcar se observa un poblamiento intenso en la Edad del Bronce (Martí y Pedro 1997 y 1999): una estratigrafía horizontal a partir de un estudio detallado de la comarca revela el desplazamiento desde cotas elevadas a la llanura, pues durante el Bronce Final se ocupan poblados como Cases de Moncada, Escolles Pies (ambos en Alzira) o l'Alteret de la Vintihuitena (Albalat

²⁹ La actualización de este mapa (Mata 2001: 245) no ofrece cambios sustanciales respecto al anterior, aunque destacan cinco nuevos hallazgos aislados.

de la Ribera), próximos al río, si no en su misma orilla, lo cual, posiblemente, deba ser puesto en relación con la explotación de los recursos que ofrecen las zonas de marjales. Los mismos investigadores prefieren ser cautos a la hora de abordar cuestiones de complejidad socioeconómica y jerarquías de asentamientos debido a la falta de documentación, pero, a modo de conjetura, señalan que alguno entre estos asentamientos, quizás el de Albalat, sería un centro con mayor entidad que el resto, aglutinaría las poblaciones del entorno y los contactos con los grupos fenicios.

Ya en tierras alicantinas, la documentación del Cap Prim es del máximo interés. Situado en un extremo de la bahía de Xàbia (Simón 1998: 125) y a escasos metros del mar, se han hallado toberas, moldes para fundir cinceles y escoria (figura 20.a) que indican actividades metalúrgicas para el Bronce Tardío que se relacionan con intercambios por vía marítima y la más que probable participación de las comunidades locales. Las recientes evidencias de ocupación durante estos momentos en la actual población de Xàbia (Simón y Esquembre 2001) ofrece un punto de hábitat relacionable con estos desarrollos. Además, los vecinos asentamientos de Santa Llúcia y Tossal d'Arnau (Xàbia) tienen cerámicas del horizonte de Cogotas I, sin embargo, hasta el momento, no se conocen en la comarca materiales con dataciones del Bronce Final.

La Mola d'Agres ha proporcionado elementos de diversas procedencias fechables en el Bronce Tardío y Final hallados en una terraza inferior al lugar que ocupan los niveles del Bronce Pleno. Así, se han hallado fuera de contexto fragmentos de vasos bitroncocónicos con decoraciones acanaladas, incisas, excisas e impresas típicas de los CCUU (figura 21), un fragmento con incrustaciones

metálicas y elementos de Cogotas I. Además hay piezas de marfil y un molde de fundición de hachas de talón y una anilla (Gil-Mascarell y Enrique 1992), además de una fibula *ad ochio* fechada entre los siglos XI-X a.n.e (Gil-Mascarell y Peña 1989). Este objeto y su distribución habla a favor de relaciones mediterráneas anteriores al Hierro Antiguo, si bien el yacimiento podría seguir ocupado o frecuentado en estos momentos pues se cita la existencia de un fragmento de carena de ánfora fenicia (Martí *et al.*, 1998) asociado a otros materiales del Bronce Final.

Al sur del Vinalopó a finales del segundo milenio parece dar comienzo una dinámica en la que se producen concentraciones de poder debido, seguramente, a procesos de sedentarización relacionados con una potente base agrícola y ganadera, la obtención de otros recursos (quizás la sal para conservar productos cárnicos) y una posición estratégica en relación con el control de las vías de comunicación (Ruiz-Gálvez 1998a). Estas vías conectan, además, el interior con las costa del Campello, vía los asentamientos del Tabaià, el Negret y Portitxol. La distribución de los hallazgos y yacimientos en esta zona se reparte de modo regular a lo largo de los cursos medios y bajos de los valles del Vinalopó y del Segura. Aquí el poblado del Cabezo Redondo, con unos 10.000 m² ocupados, es una referencia para evaluar los procesos históricos del Bronce Tardío en relación con el Bronce Argárico y con el Bronce Valenciano, de los que se distingue en sus rasgos culturales (Hernández Pérez 2005b: 23). Las significativas diferencias en tamaño y materiales de este asentamiento respecto a otros del entorno hablan a favor de diferencias sociales y diversificaciones socioeconómicas, llegándose incluso a apuntar la posibilidad de la concentración de

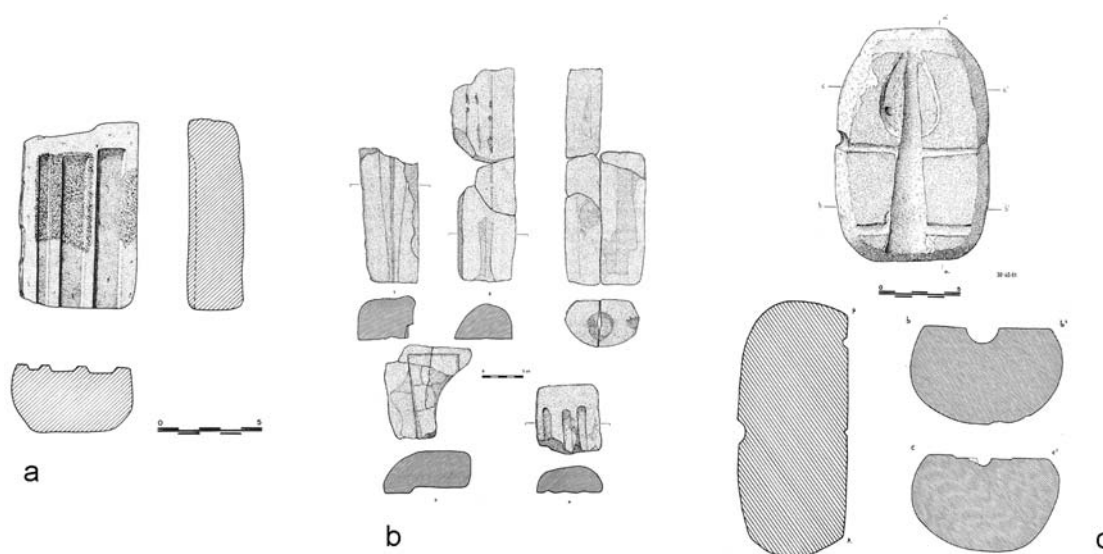


Figura 20
Moldes de fundición del Cap Prim (Simón 1998) (a), el Bosch (Trelis 1995) (b) y el Fossino (Simón 1998) (c).

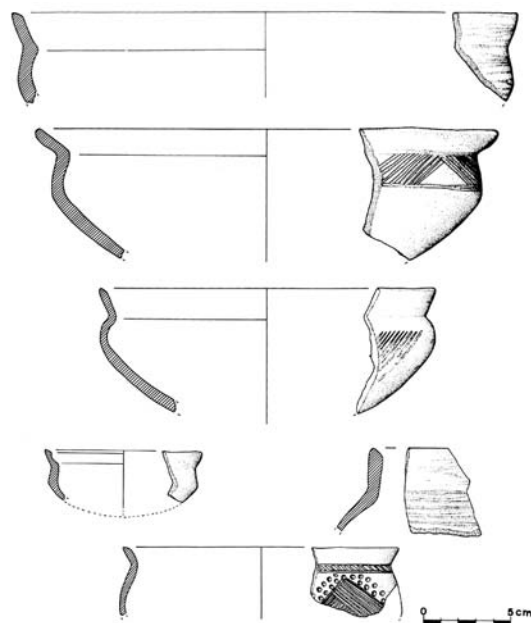


Figura 21
Materiales cerámicos fechados durante el Bronce Final procedentes de la Mola d'Agres (Gil-Masarell y Peña 1989).

actividades especializadas en ciertos enclaves (Ruiz-Gálvez 2001: 143).

Otro destacado núcleo de las tierras meridionales para momentos algo más tardíos, durante el Bronce Final, es el poblado de Peña Negra. Lo más destacable es que en los niveles iniciales la intensa actividad metalúrgica se inserta en redes de intercambio y se relaciona con la demanda de objetos por parte de grupos —quizás— mediterráneos. Es bien conocido el taller metalúrgico de Peña Negra y su producción de piezas de tipología atlántica (figura 22) (González Prats 1992b; González Prats y Ruiz-Gálvez 1989) y que ofrece un panorama homologable a las evidencias del Bosch, donde en una zona con hábitat disperso también hay moldes de espadas de empuñadura maciza y de lengua de carpa y de hachas con anillas (Trelis 1995: 185; Trelis *et al.* 2004: 320). Estos núcleos no son una excepción porque en el Fossino (la Font de la Figuera), Vinalopó arriba, hay moldes para realizar puntas de lanza de tipo atlántico (Simón 1998: 127) (figura 20.b y 20.c)³⁰.

La cuestión de la llegada de los elementos tipológicos de CCUU a tierras meridionales ha sido valorada a partir de los escasos hallazgos de los Saladares y Peña Negra como un aporte muy diluido, en comparación con lo que sucede más al norte donde yacimientos como Mola d'Agres, el Tabaià o el Puig d'Alcoi muestran de modo sufi-

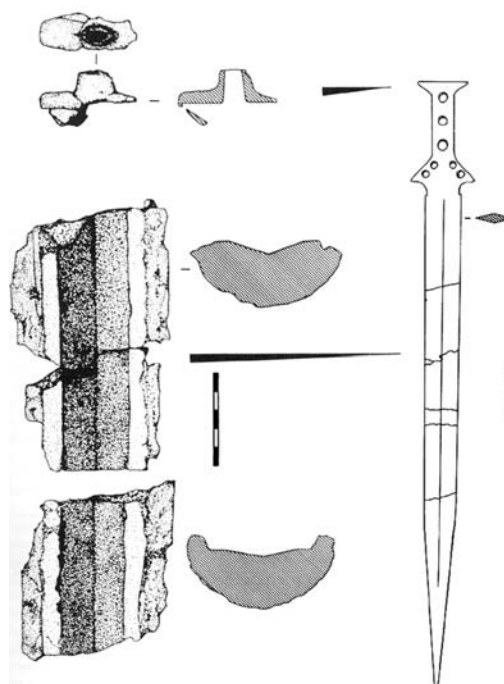


Figura 22
Fragmentos de moldes de fundición de Peña Negra y reproducción del tipo de espada producida (González Prats 1992b).

ciente estos elementos (Barrachina 1987; González Prats y Ruiz Segura 1992: 25). Sin embargo, otros autores, en base al estudio de piezas del Tabaià, matizan la idea de una presencia uniforme en territorios meridionales ya que algunos de sus fragmentos cerámicos muestran diferencia entre las decoraciones y las formas: las primeras asociadas a los tipos de CCUU, pero las segundas alejadas de estos modelos (Hernández Pérez y López Mira 1992: 13) lo que dibuja un interesante panorama heterogéneo que, por otra parte, no sorprende dada la variabilidad observada en los esquemas culturales de este momento.

Las necrópolis ofrecen un cuadro variado, por no decir desigual, en su documentación, igual que sucede en el área catalana. Al menos en Castellón queda documentada la práctica del enterramiento colectivo en torno al cambio de milenio (Mas d'Abad, Coves de Vinromà) aunque en un contexto material del Bronce Pleno (Gusi 1975). Una de las pocas necrópolis conocidas en Castellón para el siglo VIII es la del Boverot (Almassora, Castellón) (Bosch Gimpera 1953) que emplea el rito de la incineración en urnas a mano. Siguiendo este patrón cabría añadir una urna hallada en Cabanes (Ruiz Zapatero 1979: 246) y, ya del siglo VII a.n.e., los enterramientos de Salzadella y las urnas de la Montalbana, entre otros. Con todo, el tránsito Bronce Final / Hierro Antiguo se define por una variabilidad en los enterramientos: en la costa se documenta

³⁰ No es casualidad, pues, que en los niveles iniciales de Peña Negra haya un buen conjunto de elementos que atestiguan las conexiones atlántico-mediterráneas como detallaremos más abajo. Al respecto, especialmente significativo es un aro de bronce con decoración de sogueado que Jiménez Ávila interpreta como perteneciente a un soporte ritual de tipo Baiões (2002: 33 y nota 33).

el rito de la incineración mientras que en el interior encontramos necrópolis tumulares del mismo tipo que las del curso final del Ebro o del Bajo Aragón y el curso del Segre, con túmulos de planta circular y otros de planta rectangular entre los siglos IX-VII a.n.e. Es el caso de la necrópolis de Sant Joaquim (Forcall, Castellón) (Pérez Milián y Vizcaíno, 2007), similar a otras como Roques de Sant Formatge (Serós), Loma de los Brunos (Caspe) o Coll del Moro (Gandesa) (Rafel 1989 y 1991; Ruiz Zapatero 2004) y que ofrecen datos para plantear que se emplea el rito de la incineración y su deposición en estructuras variadas: desde túmulos o pseudotúmulos hasta simples agujeros en el terreno, con o sin cistas.

Paralelamente coexisten otros ritos funerarios pues más al sur, en la comarca de la Marina Alta, hay enterramientos de datación incierta en covachas o grietas del macizo del Montgó (Simón y Esquembre 2001). En el valle del Vinalopó a mediados del segundo milenio cal a.n.e. se practican enterramientos individuales en cistas o en vasijas bajo los suelos de las casas como muestran las excavaciones de Cabezo Redondo y Tabaià (Hernández Pérez 2005b: 27) y algo más tarde, en 1215/1000 cal a.n.e. se continua practicando el ritual de la inhumación en cuevas quizás por parte de comunidades pastoriles que las frecuentan como indicaría el enterramiento de dos mujeres en la Cova d'en Pardo (Planes, Alicante) (Soler *et al.* 1999).

Para el Bronce Final se documenta el ritual de la incineración en la necrópolis de les Moreres (Crevillente, Alicante). Ello ha sido puesto en relación por González Prats no tanto con influencias exteriores (mediterráneas o de CCUU) sino con desarrollos locales, quizás con la misma área del sudeste peninsular (González Prats 2002: 258). Con todo, las variaciones en los rituales funerarios según zonas habla a favor de comunidades heterogéneas que manifiestan organizaciones sociales diversas susceptibles de ser analizadas en el futuro.

LA I EDAD DEL HIERRO

Si bien tradicionalmente se ha considerado que el inicio de la Edad del Hierro coincide con la llegada del comercio fenicio, en torno al siglo VIII o VII a.n.e. debe reconsiderarse esta periodización desde sus implicaciones culturales por las razones expresadas más arriba. De nuevo la distinción al norte y al sur del Vinalopó es sintomática de las diferencias en los desarrollos históricos.

Desde el Ebro y hasta el río Vinalopó se identifican actividades de intercambio con materiales fenicios que, sustancialmente, son equivalentes a las analizadas en el caso catalán. Hay una frecuentación fenicia que no es tan intensa desde el punto de vista cuantitativo como en el sur valenciano y los intercambios quedarían controlados por algunos asentamientos —o mejor, personajes o grupos

destacados de esos núcleos— como invita a pensar la distribución de importaciones, que además son muy concretas: se trata, principalmente, de contenedores de productos alimenticios como ánforas, tinajas, vasos del tipo Cruz del Negro, y otros de funcionalidad específica como los trípodes (Vives-Ferrándiz 2005: 167).

A partir de ahora parece definirse una organización del espacio habitado de los asentamientos diferente, con casas o manzanas yuxtapuestas y calles bien definidas. Sin embargo, estas características ya se documentan en el interior de Cataluña y en el bajo Ebro en momentos anteriores, sin relación con los grupos fenicios, lo que indica la independencia de este fenómeno respecto al contacto con el mundo mediterráneo y, posiblemente, la relación con el curso alto del Ebro (Gracia y Munilla 1993: 217; Asensio *et al.* 2000).

Al sur del Vinalopó y a lo largo del curso del Segura las primeras importaciones fenicias se fechan a finales del siglo VIII a.n.e. en los asentamientos de Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) (Azuar *et al.* 1998: 117; González Prats 1998; González Prats y Ruiz Segura 2000), Peña Negra / les Moreres (González Prats 2002: 376) o en los Saladares (Arteaga 1982) lo que ha servido para situar un cambio de periodo que, sin embargo, debe ser definido a partir de concretas evidencias de cambio cultural y/o social. Esta zona se caracteriza por contactos intensos entre fenicios e indígenas y, de hecho, entre el Ebro y el Segura el único asentamiento que, hasta el momento, puede responder a las características de una fundación fenicia se sitúa en el entorno de la desembocadura del Segura, en Fonteta (González Prats y Ruiz Segura 2000). La presencia fenicia no se entiende sin las dinámicas de creación y abandono de asentamientos durante el Bronce Final que no hacen sino ilustrar relaciones de poder y gestión o control territorial. Es el caso de Caramoro II (Elche), el Tabaià, el Bosch (Crevillente) los Saladares, Peña Negra, Hacienda Botella (Elche), Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura) o Fonteta (González Prats 2005: 800; Vives-Ferrándiz 2005: 180).

En las necrópolis se aprecia la introducción de importaciones fenicias y otras piezas a torno de procedencia indeterminada (¿local, regional?) como ajuares o como contenedores de los restos incinerados. Este patrón se advierte en diferentes enterramientos como la Montalbana (González Prats 1975: 3), el Gaidó (la Pobla Torrenesa, Castellón) (Ripollés 1978), Zucaina/Cortes de Arenoso (Vives-Ferrándiz 2005: 214), en el Torrelló del Boverot (Clausell *et al.* 1998: fotos 6, 7 y 14), en el Collado de la Cova del Cavall o del Puntalet (Llíria) (Mata 1978). Por lo que respecta al sur del Vinalopó la única necrópolis que permite evaluar las prácticas funerarias en el tránsito Bronce Final / Hierro Antiguo es la de les

Moreres. Las incineraciones más antiguas —fechadas en torno a los siglos IX-VIII a. n. e.— utilizan urnas y tapaderas a mano y tienen escaso ajuar consistente en brazaletes simples de bronce y cobre y cuentas de collar. Desde el momento de la llegada fenicia, se detectan cremaciones que utilizan urnas y tapaderas a torno, en ocasiones combinadas con piezas realizadas a mano (González Prats 2002: 263). En todos estos casos, la introducción de la cerámica a torno no modifica el ritual funerario, de modo que lo destacable es la continuidad en las prácticas funerarias independientemente de la introducción de un nuevo tipo de urna o del abandono de las cerámicas a mano (Vives-Ferrándiz 2005: 195 y 213).

Los datos carpológicos y faunísticos en los contextos del Bronce Final y Hierro Antiguo ofrecen una información relevante para evaluar prácticas cotidianas más allá de los recurrentes objetos de prestigio. Aunque partimos de documentación parcial —análisis de niveles del Bronce Final de la Mola d'Agres—, se apunta que la base agrícola, formada por cereales y leguminosas, continuó siendo la misma desde el Bronce Final y durante todo el Hierro Antiguo. Ello contrasta con el periodo anterior, pues se han detectado diferencias entre las prácticas agrícolas del Bronce Final y las del Bronce Pleno, como la tendencia hacia una mayor diversificación debido a la introducción del cultivo de especies de ciclo corto como el mijo o el lino, documentados en la Mola d'Agres y el Cabezo Redondo respectivamente (Grau *et al.* 2004: 244), y la recuperación de cultivos poco desarrollados anteriormente como la escaña. Estos datos muestran que determinados grupos indígenas ya habían comenzado un proceso de diversificación agrícola previo a la llegada fenicia. Este proceso, hoy por hoy, se ha detectado en el área meridional valenciana y en ciertas zonas de Cataluña donde los mijos, presentes desde el Bronce Medio se mantienen en el registro durante el Hierro Antiguo (Canal y Rovira 2000; Grau *et al.* 2004).

A partir del Hierro Antiguo las evidencias de cambio en la dieta están protagonizadas por la adopción de los frutales, especialmente la vid y el olivo, y que cabe entender en relación con procesos socioeconómicos que, más allá de una diversificación agrícola —ya presente durante el Bronce Final—, implican relaciones diferentes con la tierra y especialmente una mayor fijación a la misma por parte de los que la cultivan.

Los análisis faunísticos muestran que desde el segundo milenio y prácticamente hasta el siglo VI no se observan grandes variaciones en las cabañas ganaderas (Iborra 2004: 382). Las pequeñas diferencias se limitan a una mayor presencia del cerdo y, puntualmente, del asno y de la gallina en torno al siglo VI a. n. e. En el ámbito ganadero, según estos datos, no parece haber una influencia determinante de las poblaciones fenicias ya que éste sigue

un patrón similar tras su llegada. Al igual que sucede con las prácticas agrícolas, en el caso que muestra el registro faunístico no hubo un cambio sustancial en sus prácticas ganaderas en el sentido de la introducción de nuevas especies (otra cosa serían aumentos de talla o mejoras físicas de la especie ya existentes).

En síntesis, durante el tránsito Bronce Final / Hierro Antiguo los territorios están estructurados por la población indígena —no puede ser de otro modo— debido a su presencia efectiva en la costa y en las principales vías de comunicación y control territorial, fluviales y marítimas (Vives-Ferrándiz 2005: 180). A falta de un estudio sistemático de muchas zonas, los ejemplos son, de norte a sur, Orpesa la Vella, Vinarragell, Torrelló del Boverot, Pic dels Corbs, quizás Cap Prim y la Illa dels Banyets, el Tabaia, Peña Negra o Caramoro II. Es innegable que la producción metalúrgica que se documenta en muchos de ellos está participando en los intercambios extrarregionales.

Al final, los desarrollos indígenas durante el Bronce Final deben ser integrados en el contexto más amplio de la diáspora comercial fenicia, donde un papel activo: los grupos con cierto desarrollo y control de vías de comunicación y recursos serán buscados por los comerciantes fenicios porque son los que pueden garantizar el flujo de bienes buscado. Las situaciones coloniales que acontecen a partir del siglo VIII a. n. e. se entienden, desde estos puntos de vista, como dinamizadoras de factores internos socioeconómicos e integradoras de los sistemas locales de intercambio regional o interregional (Aubert 2005: 118; Ruiz-Gálvez 2005a: 252).

LAS RELACIONES MATERIALES Y CULTURALES

Es evidente que desde antes del Bronce Final existen contactos entre la Península Ibérica y otras áreas, especialmente con el ámbito atlántico y el centromediterráneo (Ruiz-Gálvez 2005a: 255). En estas corrientes de contactos se ubican los objetos que tradicionalmente se han denominado 'precoloniales' y que, como ha sido expresado más arriba, cabe entender en un sentido únicamente cronológico (Aubert 1994: 177).

El problema del hierro

La valoración de los materiales precoloniales en el País Valenciano pasa, en primer lugar, por el examen del 'tesoro de Villena' (figura 23) porque hasta su descubrimiento se planteaba que la introducción de los objetos de hierro y la siderurgia había sido responsabilidad de los grupos fenicios y, en consecuencia, en los siglos VIII-VII a. n. e. A partir de los años 60 los objetos de hierro más antiguos conocidos en la Península Ibérica pasaban a ser dos piezas halladas en esta ocultación, un remate con incrustaciones de oro y un brazalete (Soler 1965) (figura 24), superando la fecha de circa 675 a. n. e.



Figura 23
Tesoro de Villena (Museo de Villena).



Figura 24
Remate de hierro con lámina calada de oro y brazalete de hierro del tesoro de Villena (el brazalete está reducido a escala 1:3 respecto al casquete) (Museo de Villena).

otorgada por entonces al punzón hallado en la necrópolis de Almuñécar (Pellicer 1962) y, lo que es más destacado, ampliando el debate a la necesidad de diferenciar entre objetos de hierro y metalurgia³¹.

La piedra de toque en este problema es centrar la fecha de la ocultación de Villena, que ha oscilado con el paso de los años entre las propuestas que han defendido una datación alta, en torno a los siglos XI-X ane, y las de otros investigadores que han señalado cronologías más recientes, de los siglos VIII-VII ane, debido a que los dos objetos de hierro se explicarían necesariamente por la presencia fenicia en la zona. En los últimos años se vuelven a proponer fechas altas

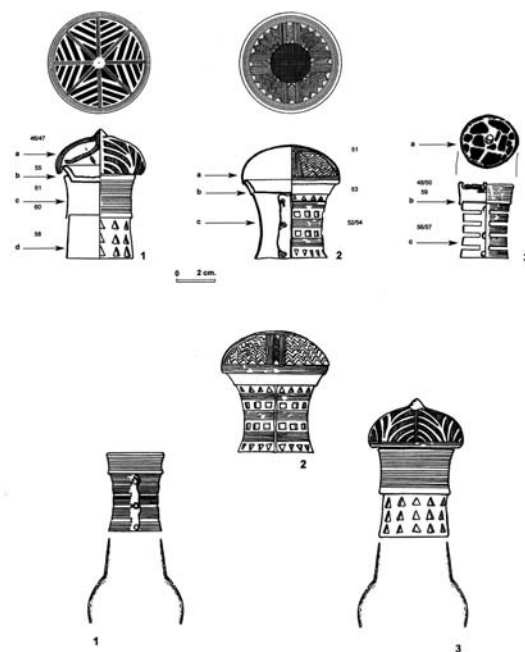


Figura 25
Reconstrucción de tres mangos de espadas o puñales a partir de elementos del tesoro de Villena (Lucas 1998).

para algunas piezas, en concreto los siglos XIII-XII ane, en base a la identificación de adornos de tres mangos de espadas –o puñales– en los objetos más pequeños y, entre ellos, el citado remate esférico de hierro con incrustaciones de oro (Lucas 1998: 189 y 2) (figura 25)³².

Está fuera de toda duda en el estado actual de las investigaciones que la ocultación de Villena se vincula al poblado del Cabezo Redondo (Hernández Pérez 2005b: 23), abandonado en el Bronce Tardío –recordemos la ausencia de cerámicas fechables en el Bronce Final–, y que los objetos de hierro corresponden a importaciones que, en torno a los siglos XII-IX ane, están circulando desde el Mediterráneo oriental hacia el occidental. De hecho, ya desde los siglos XIII-XII ane circulan objetos de hierro –brazaletes y cuchillos o puñales especialmente– entre Chipre, Grecia y el Próximo Oriente³³ (Lucas 1998: 188; Ruiz-Gálvez 2005a: 262; Dothan y Dothan 2002: 145 y 237) y en torno al siglo XI está documentada la siderurgia en Grecia. Sabemos que en Cerdeña la conexión chipriota o, más ampliamente oriental, pudo ser la responsable de

³¹ El inicio de la metalurgia del hierro en la Península Ibérica se vincula, a todas luces, al fenómeno colonial fenicio. En nuestra zona de estudio se documentan evidencias de actividades metalúrgicas diversificadas en las fases iniciales de Fonteta (González Prats y Ruiz Segura 2000: 29) junto a otras en el Castellar de Librilla (Ros 1989a) y, quizás, Peña Negra (citado por Almagro Gorbea 1993a: nota 88), que se sitúan en la misma cronología que las más antiguas muestras de siderurgia en la península y que corresponden a niveles de finales del siglo VIII y principios del VII ane del Cerro del Villar, Toscanos o Morro de Mezquitilla (Rovira Hortalà 2005: 1268).

³² Una fecha todavía más alta, c. 1575-1400 ane, es defendida por Mederos (1999a).

³³ En el Mediterráneo oriental circulan objetos de hierro antes de su generalización en el siglo XI ane. Hay cuchillos con hojas de hierro en la costa israelí, en una tumba de Tell el-Farah, en Eqrón y en Tell Qasile, éste último similar a otro de Enkomi, en Chipre, fechados en el siglo XII ane. Brazaletes de hierro, por otra parte, hay en una tumba de Azor y en otra de Tell Aitun entre otros casos de Israel y Palestina, también fechados en el siglo XII ane (Dothan y Dothan 2002).

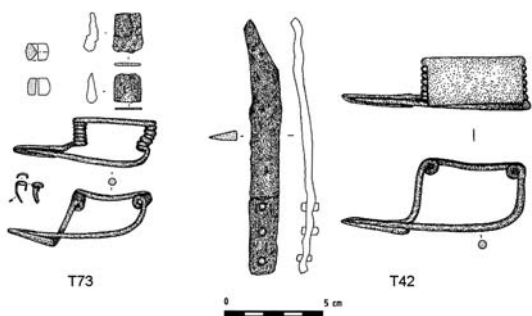


Figura 26

Ajuar de las tumbas 42 y 73 de les Moreres donde se da la asociación entre fibulas de doble resorte y piezas de hierro (a partir de González Prats 2002).

la introducción del hierro en cronologías coetáneas, en los siglos XIII-XI aNe (Ruiz-Gálvez 2005a: 257, a partir de trabajos de Vagnetti y Lo Schiavo) y más cerca, en Menorca, hay brazaletes de hierro en la necrópolis de Es Forat de Ses Aritges fechados en torno al 1000 aNe (Guerrero 2000: 47, que recoge además otras referencias más modernas para las Baleares), por lo que no hay razón para dudar de la cronología 'alta' del tesoro con el hierro incluido³⁴. En el trasfondo del debate, en realidad, subyace la cuestión de la capacidad indígena para mantener relaciones comerciales amplias en fechas precoloniales –algo suficientemente demostrado en el estado actual del conocimiento–, en cuyo caso la cronología de los objetos de hierro queda abierta a oscilaciones lógicas en márgenes amplios (Ruiz-Gálvez 1993: 49).

La concentración y la distribución extraordinariamente selectiva de símbolos de riqueza en Villena y la actividad metalúrgica que se advierte poco después en el curso bajo del Segura y el Vinalopó –Peña Negra, el Bosch (figuras 20 y 21)– es indicativo de una evidente estratificación social y la existencia de grupos dominantes en el entorno del sureste en época precolonial con capacidad de control sobre un excedente de producción, que mantiene relaciones comerciales y que por ello controla los recursos y las comunicaciones a larga distancia (Ruiz-Gálvez, 1998a). Estas dinámicas son coincidentes con las que se advierten en otras partes del Mediterráneo o de Europa (Aubert 2005: 119; Kristiansen 2001: 297). No es casualidad, pues, que la zona vea el posterior asentamiento de grupos fenicios en el marco de una diáspora comercial de alcance mediterráneo (Aubert 1994; Ruiz-Gálvez, 2005a: 254).

Como es lógico hay otros objetos de hierro que se encuadran en cronologías algo más recientes pero su explicación en el marco de las dinámicas sociales es sustan-

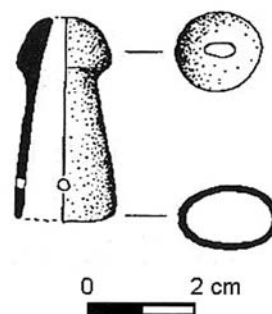


Figura 27

Punta de vaina de espada del Pic dels Corbs (Barrachina y Neumaier 1996)

cialmente la misma. El fragmento de hierro hallado en el nivel K de Vinarragell (Mesado 1974: 135, 77) merece destacarse por su posición estratigráfica previa a la aparición de piezas de producción fenicia –por lo tanto fechado vagamente en Bronce Final / Hierro Antiguo–, e igual sucede con un objeto de hierro de Peña Negra fechado a finales del siglo IX aNe junto a fibulas de codo, cuentas de fayenza o brazaletes de marfil (González Prats 1986b y 1989). En la necrópolis de les Moreres hay tres objetos de hierro y lo más interesante es que dos de ellos se depositan junto a las dos únicas fibulas de doble resorte (González Prats 2002: 252) (figura 26): en la tumba 42 un hombre es enterrado con un pequeño cuchillo y una fibula de doble resorte en una urna del tipo Cruz del Negro, y en la tumba 73 una mujer y un individuo perinatal son enterrados en una urna a mano con dos chapitas de hierro y, de nuevo, una fibula de doble resorte. El tercero es un cuchillo de hierro doblado depositado en una urna a mano sin determinación del sexo del individuo enterrado (tumba 126). En conclusión, estas piezas se canalizan, al igual que las de Villena, a través de relaciones de intercambio como objetos restringidos, en una situación homologable a los ejemplos catalanes (vide supra).

Armas y depósitos metálicos

Volvemos a considerar el depósito de Villena para examinar los objetos sueltos de oro como piezas de espadas. Si bien una primera propuesta interpretaba las piezas como empuñaduras formando un cetro (Tarradell 1964), hoy en día se tiende a aceptar que se trata de empuñaduras de espadas (Lucas 1998: 161; Hernández Pérez 2005b: 24) obviamente de cronología precolonial (figura 25). Al respecto es muy interesante la asociación que se advierte en la ocultación de Villena (Perea 2001: 25): vajilla para

³⁴ Al occidente del Estrecho de Gibraltar la cronología precolonial de los primeros hallazgos de hierro (principalmente pequeños cuchillos y hojas de sierra de fabricación foránea) es también indiscutible, como ponen de manifiesto los contextos de yacimientos portugueses como Monte do Frade, Moreirinha, Monte do Trigo o Quinta do Marcelo con cronologías radiocarbónicas anteriores al s. IX cal ANE (Vilaça 2006a; Ruiz-Gálvez 2005b: 325-327).



Figura 28
Casco o vaso de plata de Coves de Vinromà (Fotografía Instituto Valencia de Don Juan)

líquidos y brazaletes de tipo atlántico se combinan con espadas o puñales —o, mejor, sus empuñaduras— y un brazaletes de hierro, en suma, una heterogeneidad que responde a la consideración de los objetos acumulados en Villena como piezas de prestigio. Sobre ello volveremos más abajo.

De una estancia del Pic dels Corbs (Sagunto) fechada ampliamente en 900/650 ane procede una punta metálica de vaina de espada con paralelos en Europa continental occidental (figura 27) —especialmente con ejemplares de Francia y Bélgica— y concretamente en los depósitos de Challans y Vénat (Barrachina y Neumaier 1996). Y de la Mola d'Agres procede, aunque sin contexto³⁵, una punta de flecha de bronce de palmeta triangular y largo pedúnculo (Centre d'Estudis Contestans 1978: 107).

Un llamado casco de plata de Coves de Vinromà / Caudete de las Fuentes³⁶ se fecha en torno al siglo VIII ane y se vincula al ámbito nordítálico (Gusi 2001: 177). La pieza es hemisférica y está fabricada mediante repujado en hoja de plata batida con decoración de granulado (figura 28) y ha sido relacionado por Ruiz Zapatero y Almagro Gorbea con el que ostenta un jinete representado en una pintura rupestre en el Barranc de la Gasulla (Ruiz Zapatero 1979: 246; Almagro-Gorbea 1977b: 121). Recientemente la pieza ha sido reestudiada por

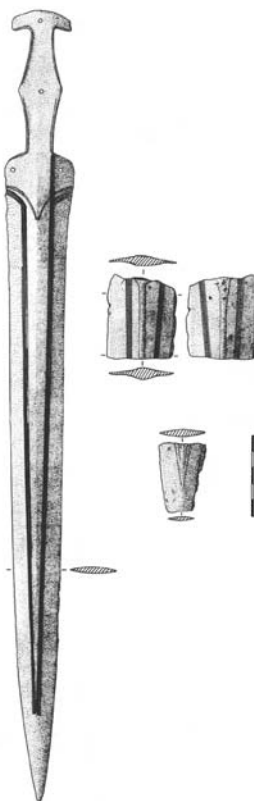


Figura 29
Espadas tipo Terni de Bétera (?) (según Coffyn, 1985).

Armbruster (2004c) que la reinterpreta como un vaso relacionable con las piezas áureas de Zurich-Altstettet y Villena y propone una datación en torno al 1000 ane.

El elenco se completa con una espada de bronce itálica, de tipo Terni (Almagro Gorbea 1977b; Coffyn 1985) tradicionalmente atribuida a un hallazgo en Bétera (o a Tortosa por parte de Almagro Basch) y que se fecha en torno al siglo VIII ane (Farnié y Quesada 2005: 123) (figura 29)³⁷.

Si bien no hay tantos datos para el Bronce Final, el hecho es que se percibe una situación heterogénea que anuncia lo que sucede más tarde, durante el Hierro Antiguo: que algunas tumbas depositan armas mientras que otras mantienen rituales incineradores sin ellas, lo cual deja traslucir una dinámica social en el tiempo y el espacio de la costa oriental peninsular más variada que la tradicionalmente supuesta y sobre lo cual no profundizaremos en estas líneas. Baste señalar que estas armas³⁸ invitan a pensar que la emergencia social de guerreros se estaba produciendo ya

³⁵ Recordemos que hay materiales más modernos entre los hallazgos superficiales de este yacimiento (Martí *et al.* 1998).

³⁶ Hay dos atribuciones de procedencia para esta pieza. Cf. García y Bellido 1947: 304 y Almagro Gorbea 1977b: 121, aunque la primera es la más aceptada por los investigadores.

³⁷ Simón (1998: 260) indica que esta pieza procede de Orán y que fue adquirida por el MAN a principios del siglo XX. mientras que Farnié y Quesada no entran a discutir la cuestión de su procedencia (2005: 123, figs. 101-2). Durante el proceso de corrección de pruebas de este volumen hemos tenido ocasión de consultar la reciente monografía de Brandherm (2007: 1, n. 4), donde se aclara que la espada formó parte de la colección de Carlos III, «quien casi con seguridad la habría traído de Nápoles».

³⁸ No sólo las del área al sur del Ebro sino junto a otras del área catalana como los puñales-espadas de la Cova de la Font Major (Espluga de Francolí) (Vilaseca, 1959) y otras espadas de hoja recta (Farnié y Quesada 2005: 128).

desde el Bronce Final / Hierro Antiguo aunque es a partir del periodo ibérico antiguo cuando es más visible arqueológicamente el guerrero y las armas se depositan como ajuar funerario. Lo vemos en las tumbas con panoplia fechadas algo más tarde, en el siglo VI a.n.e., como las de Granja Soley (Santa Perpétua de la Mogoda), Can Canyís (Tarragona), Mas de Mussols (Tortosa) y algunas de la Solivella (Alcalà de Xivert), entre otros ejemplos de la costa oriental peninsular (Ruiz Zapatero 2004; Lucas 2003-2004).

Los depósitos no son tan abundantes como en el área catalana pero, con todo, participan de sus mismos rasgos: distribución interior y asociados a vías de comunicación importantes y, sobre todo, que son acumulaciones de riqueza o materiales específicos que denuncia claramente el valor del metal, sea éste oro o bronce. El depósito de Villena, que ya ha sido examinado aquí desde diversos aspectos, tiene paralelos en otra ocultación con piezas de oro, en el llamado Tesorillo de Cabezo Redondo, y fechado en el Bronce Tardío (Hernández Pérez 2001a: 214). La excepcional acumulación de más de nueve kilos de oro en forma de vajilla y brazaletes encuentra parte de su explicación en la situación del poblado del Cabezo Redondo, al que a todas luces se vincula, en el corredor del Vinalopó como vía de paso y puntos de intercambios y movimientos, quizás trashumantes (Ruiz-Gálvez 1993; 2001).

Junto a éstos depósitos aureos, una serie de depósitos con objetos de bronce se localizan desde el Bronce Tardío y Final, si bien no hay nada parecido al excepcional depósito de Llavorsí, en Lleida. El conocido como depósito de Nules (Martínez Santa-Olalla 1942: 160) plantea muchas dudas en cuanto a su procedencia o incluso que formara parte de un mismo conjunto (Simón 1998: 174). Su heterogeneidad no impide valorar que estamos ante objetos, sin duda, destacados y con paralelos en estos contextos del Bronce Final: se trata de una navaja con dos triángulos calados opuestos, vinculada por Ruiz Zapatero al ámbito centro-europeo (Simón 1998: 312), un fragmento de brazalete con decoración incisa de motivos triangulares y perpendiculares, dos agujas de fíbula de pivote y fragmentos de brazalete de extremos bicónicos (figura 30).

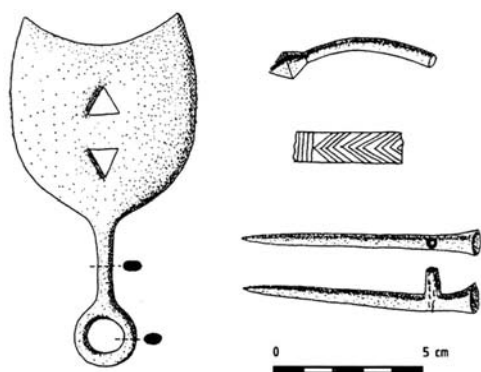


Figura 30
Depósito de Nules (Martínez Santa-Olalla 1942).

En el poblado de l'Altet de Palau (la Font de la Figuera), cerca de Cabezo Redondo y en la confluencia de tres corredores de comunicaciones —el valle del Vinalopó, el corredor de la Costera y el puerto de Almansa— se localizó un depósito fechado en el Bronce Tardío y compuesto de piezas de bronce de diverso tipo: hachas, punzones, cincel, puñales, pulseras y aretes se asocian a un ámbito con restos de fundición (García Borja *et al.* 2005). Que este depósito se vincule a actividades de fundición —y precisamente junto a otras de la zona como las evidencias del Fossino ya señaladas— lo distingue de otras acumulaciones metálicas relacionadas con intercambios pero, ante todo, deja claro que el metal es un valor preciado entre estas comunidades.

Otros depósitos en diversos yacimientos del curso bajo del Segura indican una actividad metalúrgica y, sobre todo, comercial del máximo interés. Es el caso de los conjuntos de hachas-lingote —con apéndices laterales (figura 31)— o sus moldes hallados en el Tabaià (cuatro ejemplares), en Peña Negra (doce), en Elche —quizás de la Alcúdia aunque es una referencia dudosa— (medio centenar) y otras en Formentera y en Menorca. Dejando a un lado que para algunos investigadores se trataría de objetos en origen de inspiración oriental, anatólica, con una posible difusión a través de los Pirineos (Coffyn 1985:

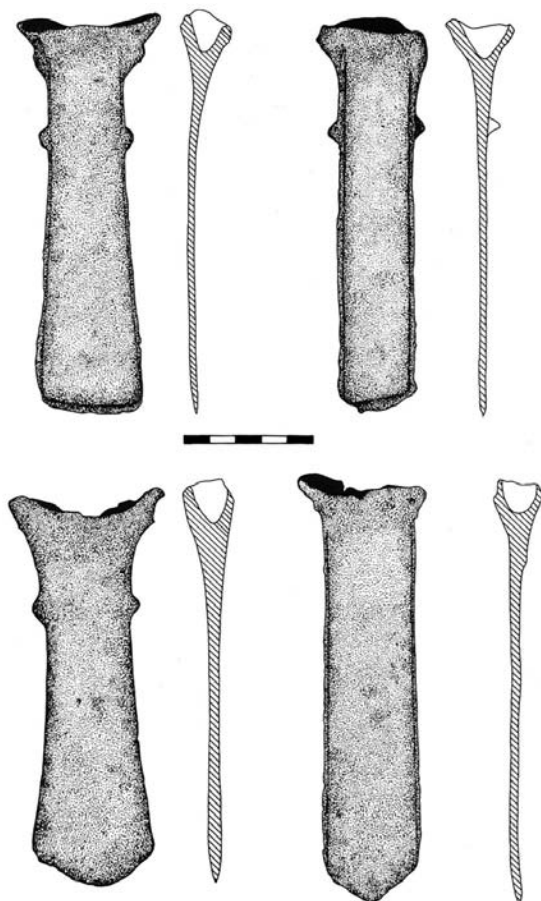


Figura 31
Hachas-lingote procedentes de Elche (González Prats 1985).

199 y 263; Delibes y Fernández Miranda 1988: 119; Gómez Bellard y San Nicolás 1988)³⁹ nos interesa subrayar la propuesta de su identificación como lingotes por parte de González Prats (1985). En efecto, es muy sugerente en el contexto cronológico en que se encuentran, que funcionaran a modo de unidades de medida –sus láminas no superan los 5 mm de grosor por lo que su uso como hachas queda descartado–, en el marco de las actividades de intercambio desarrolladas o impulsadas por la presencia fenicia (González Prats 1985; Hernández Pérez 2005b: 27). Destacable es, también, la variación en dimensiones y la diferente composición de las aleaciones de los ejemplares, pues las hay de cobre y bronce, con cantidades de plomo distintas (Simón 1998: 324).

Fíbulas y objetos de marfil

Muy significativa es la distribución de las fíbulas y los objetos de marfil del periodo precolonial en el área valenciana porque invita a pensar que circularon en –y entre– las mismas esferas sociales. El discurso que sigue nos facilita incluir estos objetos bajo el mismo epígrafe.

En el Cabezo Redondo y en la Mola d'Agres hay marfil en forma de barras prismáticas o en rodajas preparadas para ser trabajadas lo que indica que la producción se realizaba en determinados centros. El uso del marfil de elefante como materia exótica está documentado en la Península Ibérica desde el campaniforme (Pascual-Benito 1995: 29) y barras prismáticas para ser trabajadas se encuentran también en yacimientos más antiguos, del Bronce Pleno, como San Antón (Orihuela) o la Muntanyeta de Cabrera (Torrent). Así, lejos de disminuir, en la Edad del Bronce se intensifica su uso y, además, la materia prima parece que ahora se intercambia en circuitos restringidos –y que la investigación debe definir en el futuro– y se elabora en cada área atendiendo a las lógicas de la demanda local (López Padilla 2001: 250). En cuanto

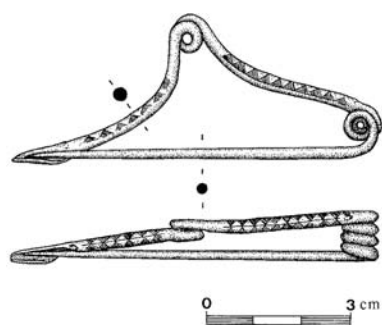


Figura 32
Fíbula tipo ad occhio de la Mola d'Agres (Gil-Mascarell y Peña 1989).

a los objetos acabados destaca la excelente documentación del Cabezo Redondo, donde hay mangos y un peine de marfil con perforaciones circulares en cronologías anteriores a 1320 cal ane (Hernández Pérez 2005b: 23)⁴⁰.

Entre las fíbulas hay que citar, en primer lugar, el magnífico ejemplar del tipo *ad occhio* procedente de la Mola d'Agres (figura 32), fechado entre los siglos X-IX ane y asociado cronológicamente a otros objetos excepcionales de marfil. Entre ellos se ha individualizado un peine con decoración de motivos geométricos incisos y un mango indeterminado con decoración de círculos incisos (Gil-Mascarell y Peña 1989) y que algunos investigadores han vinculado a modelos centromediterráneos (López Padilla 2001: 254) (figura 33).

En Peña Negra se han documentado en los niveles fechados a finales del siglo IX ane (fase Peña Negra 1) dos fíbulas de codo, cuentas de fayenza, brazaletes de marfil y un objeto de hierro (González Prats 1989 y 1992b).

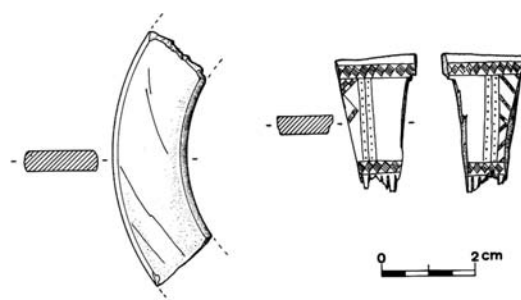


Figura 33
Piezas de marfil de la Mola d'Agres: fragmentos de brazaletes y peines y mango decorado con círculos (Gil-Mascarell y Peña 1989 y López Padilla 2001; fotografía Espí).

³⁹ Aun reconociendo la existencia de prototipos anatólicos, Almagro-Gorbea (1992: 640-43 y 1996b) defiende una vía mediterránea y la relación de los ejemplares peninsulares más antiguos (Campotéjar, Osuna) con los del área sirio-palestina fechables en el último cuarto del segundo milenio ane.

⁴⁰ Hay un peine más antiguo, fechado en el Bronce Pleno, en San Antón (Pascual-Benito 1995: 25).

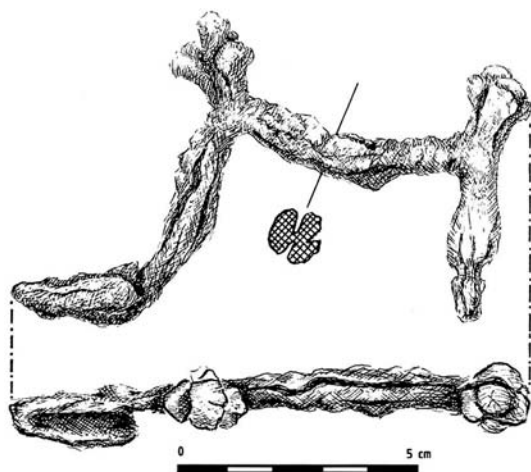


Figura 34
Fíbula de pivote de Vinarragell (Mesado 1988).

A este corto elenco hay que añadir una fíbula de pivote de Vinarragell (figura 34)⁴¹, hallada en un nivel sin cerámica a torno y con cerámicas a mano impresas (Mesado 1988: 295, 4, 16) aunque un examen atento a la estratigrafía (Mesado 1988: 2) la sitúa en un paquete con importaciones fenicias, sin ser un problema para su ubicación cronológica. Añadiremos una aguja de una fíbula de pivote del depósito de Nules (figura 30), aunque con las reservas ya expresadas más arriba sobre la procedencia de las piezas.⁴²

Estas fíbulas, más allá del debate sobre su lugar de producción y origen, ilustran una cierta conexión en los intercambios entre la zona atlántica, la Península Ibérica y el área centromediterránea para fechas precoloniales. Además, algunos investigadores han propuesto que las fíbulas y los peines de marfil –junto a telas, y otros adornos como brazaletes, entre ellos los del tesoro de Villena– se relacionan con el interés por parte de ciertos grupos dominantes por mantener el cuidado de la imagen personal según una estética definida como «mediterránea» (Cáceres 1997; Ruiz-Gálvez 1998a: 282; 2001: 148; Celestino 2001a: 168), que cabe entender como códigos simbólicos que fueron adoptados por ciertos grupos sociales manteniendo, obviamente, diferencias en cada zona. No sólo el treinta por cien de las estelas de guerrero del sudoeste peninsular tienen representaciones de fíbulas y, algunas además, peines, sino que en los enterramientos de Roça do Casal do Meio (Portugal) hay una fíbula del tipo *ad occhio*, dos pinzas y un peine de marfil, entre otros objetos (Celestino 2001a; Spindler y Veiga Ferreira 1973)⁴³.

⁴¹ Otra aguja de fíbula, quizás de pivote, se halló en un nivel superficial (Mesado 1974: 82 y 42).

⁴² La adscripción de una fíbula de codo de tipo antiguo (Cassibile) a las colecciones del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia (Almagro Gorbea 1992) es errónea puesto que pertenece a los fondos municipales, posiblemente procedente de la colección Martí Esteve (Soriano 1991), como han recogido otros correctamente (Galán 1993: 74, 20). En todo caso, el ejemplar es de procedencia incierta, con lo que no puede atribuirse siquiera al área valenciana.

⁴³ Sobre el significado simbólico de pinzas y espejos así como su relación con el arreglo corporal del guerrero ver Chic García (1993).

En cuanto a las fíbulas de doble resorte hay poco que añadir a lo apuntado en el apartado del nordeste. Para el ámbito valenciano sí es destacable, más allá de un catálogo exhaustivo, que se vinculan a ámbitos sociales restringidos. La excepcional documentación de la necrópolis de les Moreres ilustra muy bien este aspecto al quedar asociadas las dos únicas fíbulas de doble resorte a sendas piezas de hierro (tumbas 42 y 73) (González Prats 2002: 252). Se trata de un buen ejemplo del modo en que los objetos, en este caso relacionados con prendas de indumentaria, transmiten identidades que pueden ser entendidas en términos étnicos –fenicios enterrados allí– (González Prats 2002: 387) o no (Vives-Ferrándiz 2005: 222).

Los objetos de prestigio adquieren su sentido en el seno de las comunidades locales y, sobre todo, se entienden en relación con intercambios promovidos por grupos de poder en ciertas zonas. Es evidente que no se pueden paralelizar exactamente las interpretaciones de los contextos portugueses, los del sudoeste o los de la fachada oriental peninsular pero, al menos, la ostentación de las restringidas fíbulas, las piezas de marfil y otros objetos por parte de algunos individuos o grupos, primero de Cabezo Redondo, luego de la Mola d'Agres o de Peña Negra evidencian la jerarquización y el control de la circulación de ciertos objetos –y quizás de los intercambios cuyas direcciones se advierten ahora múltiples entre el mundo atlántico y el mediterráneo– durante el Bronce Final. Una muestra es, además, que se utilizan las cosas intercambiadas y valoradas como símbolos que expresan y definen diferencias sociales y construyen identidades.

A MODO DE RECAPITULACIÓN: ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE CÍRCULOS Y EVOLUCIÓN DE LOS INTERCAMBIOS EN EL TIEMPO

Durante toda la Edad del Bronce, la costa oriental de la Península Ibérica es un territorio abierto a contactos que van ampliándose y afianzándose hasta llegar al período colonial (siglo VIII a.n.e), sin que, por supuesto, quepa calificarlos en modo alguno como propiamente precoloniales. El abuso de este concepto –aunque cómodo– tiene como consecuencia, entre otros aspectos negativos, la de minusvalorar el protagonismo de las poblaciones del occidente europeo, así como de su capacidad de establecer vínculos culturales y de intercambiar materias primas,

productos, prototipos e ideas. Hasta finales del II milenio o el cambio de milenio los intercambios que se perciben en el NE aportan relaciones, ya sea directas o indirectas, con el complejo RSFO, el círculo atlántico, Italia, y, sobre todo, el territorio francés y alpino, aunque a través de ellos llegan elementos de territorios más lejanos, tales como el ámbar báltico y la pasta vítrea y el vidrio de matriz oriental. Para el territorio valenciano, por su parte, las conexiones que se advierten entre el Atlántico y el Mediterráneo son más identificables que la presencia de objetos del ámbito centroeuropeo.

Estas relaciones actúan primordialmente por la vía pirenaica, aunque también, particularmente desde finales del II milenio, por vías marítimas, de cuya frecuentación da testimonio el lingote de tipo chipriota recientemente identificado en el Golfo de León (Domergue y Rico 2002)⁴⁴. Éstas, sin embargo, parecen incrementarse a partir de éste hito cronológico, cuando empiezan a apuntar lo que parecen relaciones más directas y estrechas con el Mediterráneo Central, iniciando un período, que se reconoce con más datos a partir del comercio colonial del siglo VIII a. n. e., momento a partir del cual los intercambios se diversifican y multiplican y posiblemente cobran importancia las navegaciones en el extremo occidental del Mediterráneo y, como consecuencia de ello, el nexo con el Mediterráneo Central. Aunque son muchos los avances de la investigación en este terreno que se han producido en los últimos años, no es aún fácil precisar los aspectos culturales y cronológicos de esta fase, que es, en puridad, el objeto del presente volumen. Sin embargo, son suficientes para apuntar a algunas conclusiones:

- las comunidades de la fachada oriental de la Península Ibérica son mucho más activas en relación a sus contactos con el resto del Mediterráneo de lo que se había venido considerando tradicionalmente. En el registro arqueológico de la costa oriental de la península Ibérica se dan indicios de reparto desigual de los recursos y objetos, por lo que la situación de partida para la valoración de los grupos sociales antes del siglo VIII a. n. e. es asumir la existencia de ciertas diferencias sociales que se ponen de manifiesto especialmente en las necrópolis,
- algunos elementos usualmente asociados al comercio de los fenicios peninsulares deben disociarse de ellos, puesto que los intercambios parecen realizarse con círculos distintos, también con el Mediterráneo Central,

si bien la focalización de la cuestión en los ítems cerámicos propiamente fenicios ha enmascarado las importantes relaciones a nivel de las manufacturas metálicas. Es difícil en el estado actual de la investigación fechar con precisión algunos ítems antes o después del inicio del comercio colonial; en cualquier caso, sí parece que algunos elementos de la bronceística del nordeste, aunque coincidentes en el tiempo, no tienen que ver con los circuitos comerciales que irradian desde el llamado Círculo del Estrecho, sino más bien con el Mediterráneo Central,

- desde un punto de vista cronológico la presencia fenicia en muchos puntos del área que nos ocupa debe remontarse claramente al siglo VIII a. n. e. Sin embargo, el momento álgido de los contactos corresponde ya al VII a. n. e. Aunque desde los inicios de los estudios del comercio fenicio en la zona que tratamos se ha defendido que Ebussus intermediaba a título único este comercio, muy probablemente las vías de arribada de los materiales fenicios no se limitaban al tradicional intermediario ebusitano⁴⁵,
- la filiación de las producciones y la dirección de los intercambios debe revisarse, pues está claramente lastrada por posos del difusionismo «ex oriente lux» que han tenido la virtud de convertir a las poblaciones autóctonas en meras recipiendarias, cuando cada vez más la evidencia parece poner de relieve un papel activo en un mundo, el del Mediterráneo Centro-Occidental, de redes de intercambio –que no de comercio propiamente dicho– interconectadas; no es menor a este respecto el hecho de que determinadas producciones se manifiesten ahora como locales o, en sentido contrario, el que se busquen orígenes foráneos a otras cuya mayor abundancia se registra en la Península Ibérica y que, aunque estén inspiradas en prototipos orientales, con toda probabilidad son producidas y comercializadas desde ella.

En conclusión, se presenta así un panorama que está muy alejado de mostrar a los grupos indígenas del Nordeste y el Levante desvinculados del Mediterráneo –y del Atlántico– o ajenos a los mecanismos de intercambio; muy al contrario, fueron protagonistas de los cambios socioeconómicos en los momentos previos a la llegada de los fenicios, hecho que, por otra parte, fue un factor decisivo en la creación de las condiciones que hicieron posible la relación comercial con éstos. La caracterización de

⁴⁴ Se trata de un lingote en forma de piel de buey, recuperado frente a Sète (Hérault) y depositado en 1996 en el Museo Paul Valéry de esta localidad. Pesa 25,8 Kg. y es asimilable a la forma 2 de Buchholz. Los análisis de composición muestran un cobre extraordinariamente puro (Domergue y Rico 2002: 141, 149-50 y tab. I).

⁴⁵ Los resultados del proyecto en curso «Plata Prerromana en Cataluña» (HUM2004-04861-C03-00), aún inéditos, apuntan también en esta dirección.

las comunidades locales durante la Edad del Bronce y, más específicamente, la índole de sus redes de intercambio, es esencial para valorar sus respuestas y las transformaciones de su organización social en el espacio colonial a partir del siglo VIII a.n.e.

ABSTRACT

This paper assesses the characteristics and evolution of the Bronze Age communities in eastern Iberia, from the Pyrenees in the north to the river Segura valley in the south. Archaeological material of foreign origin or influence is analysed in order to consider the role of this area in pre-colonial exchanges.

The Mediterranean relations of the communities on the east coast of the Iberian Peninsula were much stronger than recognised previously. The archaeological record from this area shows an uneven distribution of resources and objects, which can be equated with the social inequalities in the Late Bronze Age communities that are well attested in their burials.

Some items usually linked to Phoenician trade must be dissociated from it, because the exchanges seem to have been made in other networks, including the central Mediterranean, and the focus of research on Phoenician pottery has neglected the important links shown by metal objects. It is difficult in the current state of knowledge to date some of these items accurately to either before or after the beginning of the colonial trade; and it seems clear that some bronzes from eastern Iberia, although dated to this period, were

not part of the trading networks which radiated from the area of the Straits of Gibraltar, but came instead from the central Mediterranean.

The Phoenician presence in Catalonia must be dated to the 8th century B.C., though in all the area between the River Vinalopó and the Ampurias region contacts peaked during the 7th century. Most studies of Phoenician trade with the east coast of Iberia have concluded that Ibiza was the only mediator for these relations, but in our opinion other routes may have co-existed.

Contrary to the ex oriente lux diffusionist model, the archaeological record shows the existence of a fluid exchange network in the central and western Mediterranean, in which local communities from Iberia were not passive agents, but played an active role. For this reason, the origin of many objects often regarded as imports must be reconsidered.

To conclude, a picture emerges in which the communities of eastern Iberia were clearly involved in the socio-economic dynamics and trading networks of both the Mediterranean and the Atlantic in the Late Bronze Age and the beginning of the Iron Age. These local communities were the leading agents of their own transformations before the arrival of the Phoenicians, a crucial factor in creating the conditions that made commercial relations with them possible. Characterisation of these Iberian societies during the Bronze Age, especially their exchange networks, is essential to our understanding of their responses to those exchanges and of the transformations of their social organization within the colonial framework from the 8th century onwards.

LAS RELACIONES MEDITERRÁNEAS EN EL II MILENIO AC Y COMIENZOS DEL I EN LA ALTA ANDALUCÍA Y EL PROBLEMA DE LA 'PRECOLONIZACIÓN' FENICIA¹

José Luis López Castro*

INTRODUCCIÓN

El concepto de precolonización en la Península Ibérica ha estado determinado por la existencia del fenómeno colonial fenicio y ha dependido de los problemas cronológicos que éste suscitaba desde que Tarradell empleara por primera vez el término en 1956, con el propósito de explicar el desfase cronológico existente entre las dataciones ofrecidas por las fuentes clásicas para las fundaciones de Gádir y Lixus que las elevarían a 1100 a.C. (Vel. Pat. I, 2, 3; Plin. XIX, 4, 63; XVI, 40, 216; Ps. Arist. 134) y las fechas mucho más tardías que ofrecía entonces la evidencia arqueológica. Para Tarradell las fuentes clásicas estarían en realidad transmitiendo la temprana fundación por los fenicios de los templos de Gádir y Lixus, mientras que las colonias serían establecidas con posterioridad, tal como podía inferirse de los datos arqueológicos; ambos templos constituirían, por tanto, la fase fenicia anterior a las colonias (Tarradell 1956: 790).

Los descubrimientos y los avances en la investigación arqueológica han venido condicionando en cada momento qué entendíamos por precolonización, concepto que en ocasiones ha constituido un cajón de sastre, un periodo elástico donde tenían cabida todas aquellas manifestaciones materiales que podían anteceder a la colonización fenicia o que no podían explicarse con facilidad. Junto a este presupuesto cronológico la precolonización llevaba aparejado el de la influencia oriental.

Todo ello envuelto en un condicionamiento más o menos constante: nuestro desconocimiento del periodo que en términos generales llamamos Bronce Final, al que se le viene atribuyendo también una gran trascendencia en términos históricos y de evolución social, política y tecnológica (Almagro Gorbea 1989, 1998).

Campo abonado, en consecuencia, para la especulación interpretativa y para el cultivo de nuevas y viejas metodologías, de las dataciones radiocarbónicas calibradas y los análisis estadísticos, a las paralelizaciones más aventuradas; de los modelos interpretativos más complejos

y opuestos entre sí (López Castro 1993) al escepticismo más descarnado ante cualquier contacto oriental anterior a la colonización fenicia (Aubert 1987: 190, 1994: 187). Baste, por ejemplo, recordar cuanto se ha escrito sobre las estelas decoradas del Suroeste (Celestino 2001a: 25 ss.). Pero justo es reconocer también que todo cuanto se ha escrito nos ha ayudado a avanzar en el conocimiento, estimulando la refutación de hipótesis y el planteamiento de otras nuevas.

En lugar de precolonización, que implica un vicio teleológico como es la consideración de la posterior colonización sería más sensato hablar de contactos durante la Edad del Bronce o durante el II milenio a.C. El problema estriba en que admitimos los contactos atlánticos pero dudamos de los mediterráneos o los sobrevaloramos, sin término medio. Si aceptamos que los procesos coloniales tuvieron consecuencias para las poblaciones autóctonas, en lugar de aplicar los conceptos de precolonización y de colonización, parecería más adecuado distinguir como propone Alvar entre los Modos de Contacto no Hegemónico y los Modos de Contacto Sistemático (Alvar 2000) a efectos de definir metodológicamente los tipos de contacto.

En la actualidad, el penúltimo avance en la ciencia arqueológica, como es el empleo de las cronologías radiocarbónicas calibradas, y el penúltimo descubrimiento con consecuencias importantes en el paradigma vigente, como es el conjunto material recuperado en el solar de calle Méndez Núñez del casco antiguo de Huelva (González, Serrano y Llompart 2004), obligan a replantearnos nuevamente la cuestión precolonial, al reconsiderar la cronología de la colonización fenicia.

Los problemas de conocimiento que ello suscita, a mi juicio deben plantearse en otros términos distintos a los empleados tradicionalmente. Nuestros objetivos científicos deben alejarse de la obsesión intrínseca por albergar en la Península Ibérica unos orígenes históricos civilizados y ennoblecedores, haciendo depender los cambios de las influencias exógenas, cuanto más antiguas mejor, o de la obsesión contraria por demostrar unos orígenes y unos desarrollos inmaculadamente autóctonos, en los que cualquier influencia externa resulte innecesaria y anatemizada como señalaba Alvar (Alvar 2000: 27-28). En primer lugar debemos tratar de establecer qué contactos hubo anteriores a la presencia colonial fenicia, esto es, al establecimiento de asentamientos permanentes, cuándo se produjeron y contextualizarlos adecuadamente, en la medida de nuestras posibilidades limitadas

¹ Este artículo ha sido efectuado dentro de los trabajos del Proyecto de Excelencia de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía P06-HUM-01575: *El patrimonio fenicio en el litoral oriental andaluz. Investigación, puesta en valor y difusión.*

* Universidad de Almería. jllopez@ual.es.

de plantear hipótesis contrastadas, dentro del conjunto de las relaciones mediterráneas del momento histórico objeto de análisis. En segundo lugar debemos plantearnos en qué medida estos contactos tuvieron o no incidencia en el desarrollo de las sociedades protohistóricas de la Península Ibérica. Este último objetivo resulta especialmente complicado cuando desconocemos mucho de cómo se estructuraban las sociedades del Bronce Final, para las cuales se ha propuesto desde una organización parental poco compleja, hasta la existencia de formaciones estatales.

Más allá del debate ya superado entre el difusionismo y el evolucionismo ingenuos en la investigación arqueológica española (Martínez Navarrete 1989: 340 ss., 350 ss.), la visión neofuncionalista actualmente dominante de la Teoría del Sistema Mundo, extendida a lo largo de los años 90 del pasado siglo alimenta una visión empobrecedora de las sociedades de la Edad del Bronce y de comienzos de la Edad del Hierro de la Europa mediterránea, en la que todas las explicaciones se hacen girar en torno a los intercambios en las relaciones centro-periferia, presentando un carácter reduccionista de la interacción mercantil como mecanismo explicativo (Nocete 2000: 107) y que erróneamente pone el acento metodológicamente en aquello que se intercambia, no en aquello que se produce, de forma que se sobrevalora el intercambio en la obsesión por descubrir cómo circulan los productos, sin que importe mucho cómo se produjeron socialmente. El resultado de los modelos ofrecidos por la World System Theory es una visión del pasado descriptiva y autosatisfecha descubriendo centros, periferias y márgenes, que no nos explica la naturaleza de los procesos históricos de las sociedades y genera modelos heurísticos que, aunque permitan avanzar en la comprensión de las formas de distribución de los objetos llamados de prestigio, no es capaz de generar líneas de investigación ni modelos explicativos consistentes sobre las sociedades que los produjeron (López Castro 2000).

En esta contribución abordaremos un análisis de las importaciones mediterráneas reconocibles en el registro arqueológico de la Alta Andalucía durante la segunda mitad del II milenio a.C. y los comienzos del I, conscientes de que por sí mismas esas importaciones poco pueden aportarnos sobre las sociedades a las que finalmente recalaron y que, aunque puedan hacernos mejorar nuestro conocimiento de las mismas será la investigación de estas sociedades el factor decisivo para explicar satisfactoriamente el lugar histórico que ocuparon las importaciones foráneas.

A fin de partir de bases lo más sólidas posibles, emplearemos la cronología radiocarbónica calibrada siguiendo los criterios metodológicos propuestos por Castro, Lull y Micó (1996) para la interpretación de las dataciones

de ^{14}C , expresando en fechas a.C. la cronología absoluta calibrada y en fechas a.C. la cronología arqueológica convencional.

En términos de periodización seguiremos también sus propuestas para la Alta Andalucía y el Sureste peninsular de considerar un Bronce Tardío postargárico comprendido entre *c.* 1615 a.C. y 1375/1350 a.C., con intervalos extremos en torno a *c.* 1700-1300 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 171), al que seguiría el Bronce Final del Sureste, datado entre *c.* 1300-920 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 186 y n. 264) que vendrían a reorganizar las periodizaciones anteriores propuestas anteriormente por otros investigadores (Molina 1978) a partir de bases cronológicas absolutas independientes.

Para Andalucía Occidental el Bronce Final Tartésico, coetáneo en líneas generales del Bronce Final del Sureste estaría comprendido en el intervalo *c.* 1250-950 a.C., aunque sólo estaría bien documentado arqueológicamente entre 1150-900 cal a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 207).

Entre 920 y 750 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 193-195) o a partir de 890/800 (Mederos 2005a: 307-310) como mínimo se situaría el intervalo cronológico de la etapa inicial de la colonización fenicia de acuerdo con las series radiocarbónicas obtenidas en asentamientos fenicios, o autóctonos que reciben importaciones fenicias de Andalucía y Portugal, coincidiendo con el periodo denominado Bronce Final Reciente/Hierro Inicial en el ámbito autóctono del Sureste (Castro, Lull y Micó 1996: 194). Las cronologías absolutas mediterráneas se basan, además, en las aportaciones regionales de distintos autores (Manning 1999, Manning y otros 2001, 2006, Mederos 1997a, 1999b, 2005a, Newton y otros 2006).

LAS IMPORTACIONES MEDITERRÁNEAS DURANTE EL BRONCE TARDÍO EN LA ALTA ANDALUCÍA (C. 1550-1350 A.C.)

Un reciente modelo explicativo sobre la sociedad del II milenio a.C. que conocemos como argárica, o bronce argárico por el yacimiento epónimo de El Argar propone la configuración de una sociedad estatal que se extendió por el Sureste peninsular (Risch y Lull 1995, Arteaga 2000, Castro y otros 2001: 17 ss.) constituyendo un caso de formación estatal primigenia, una sociedad clasista inicial en la que las escasas influencias externas reconocibles en elementos materiales, como las cuentas de collar e pasta vítrea de la tumba 9 de Fuente Álamo (Schubart 1976a: 340), no parece que jugaran un papel significativo en la conformación de una sociedad en la que los mecanismos de coerción y de reproducción social, cifrados en el armamento y en el ritual funerario argáricos, se mostraban suficientes para sostener las condiciones de producción y reproduciendo la vida social y económica.

Tras la descomposición de la sociedad argárica, completada en torno a 1550 a.C., que no fue tan súbita como se creía sino más bien un proceso prolongado en el tiempo, se abre en el Sureste peninsular un periodo que conocemos como Bronce Tardío comprendido en el intervalo cronológico 1550-1350/1300 a.C., a partir de las dataciones de ^{14}C de los principales asentamientos que lo definen: Cuesta del Negro y Cerro de la Mora en Granada, Fuente Álamo y Gatas en Almería y Cabezo Redondo en Alicante, la mayoría de los cuales fueron ocupados durante el Bronce Pleno de facies argárica.

En uno de estos asentamientos, Cuesta del Negro, se registraron cerámicas a torno que han sido puestas en relación con el Mediterráneo Oriental tras el hallazgo de cerámicas micénicas de El Llanete de los Moros, en Córdoba. En este lugar se documentaron en 1985 en el estrato III del corte R-3, dos fragmentos decorados pertenecientes al pie de una crátera y al cuerpo de una taza micénicas, así como un fragmento de borde de un vaso globular y un soporte bitroncocónico o de carrete a torno (Martín de la Cruz 1988, 1994, Martín de la Cruz y Perlins 1993, Perlins 2005: 480). Dicho estrato proporcionó una datación radiocarbónica de 1343 a.C. (CSIC 795), mientras que el nivel inmediatamente superior dentro del mismo estrato III ofrece otra datación de 1305 a.C. (CSIC 794).

El conjunto algo más antiguo de la cuesta del Negro, que durante años no fue suficientemente valorado, está formado por 3 fragmentos de bordes de vasos contenedores, otro borde atribuido a un soporte de carrete (Martín y Perlins 1993: 339) y por un vaso completo tipo pithos que contenía cereales (Molina y Pareja 1975: 38-39, 52, fig. 102, n° 449, 450, 451, 452).

Las piezas a torno fueron localizadas en el fondo de una construcción de planta rectangular que había sido incendiada, perteneciente al estrato VI/Sur de la Zona A del asentamiento (Molina y Pareja 1975: 28). Este estrato queda fechado por dataciones de ^{14}C efectuadas sobre carbón de maderas del nivel de incendio y sobre semillas, que corresponderían respectivamente al momento de construcción y al de abandono, cifrado por los cereales contenidos en un grupo de vasijas colocadas en una dependencia de arcilla de planta elipsoidal, entre las cuales se encontraba el vaso importado a torno. Las dataciones que fecharían la construcción de la habitación son 1466 a.C. (BM 2542) y 1445 a.C. (GrN 7285), mientras que la más reciente aportada por el cereal es 1380 a.C. (GrN 7284).

Análisis de pastas cerámicas por activación de neutrones (Mommsen y otros 1990) de cuatro fragmentos del Llanete de los Moros permitieron su atribución a un mismo taller micénico identificado como Micenas-Berbati, mientras que un ulterior análisis de otros dos fragmentos que incluía uno procedente de Cuesta del Negro,

perteneciente a un borde de contenedor, arrojó similares resultados sobre la atribución a un taller micénico (Martín y Perlins 1993: 341-343).

Del mismo modo, análisis de pastas por Fluorescencia de Rayos X de un conjunto de 19 piezas del Llanete de los Moros arrojaban una composición homogénea, prácticamente idéntica al resultado del análisis efectuado sobre 21 muestras añadiendo un fragmento de la Cuesta del Negro y otro de Gatas.

Cabría, en consecuencia, la posibilidad de que cerámicas a torno de los tres asentamientos andaluces procediesen del mismo lugar, como se ha sugerido (Martín de la Cruz y Perlins 1993). Sin embargo, debemos acoger con prudencia esta conclusión, pues aunque la comparación de las composiciones globales de ambas muestras ofrezca resultados parecidos, no se han publicado los análisis individualizados de cada una de las 21 muestras, lo cual permitiría comprobar las composiciones separadas de las pastas de las importaciones cerámicas de los tres asentamientos. A este respecto conviene añadir la posible identificación como recipiente chipriota del vaso completo de la Cuesta del Negro efectuada por Almagro y Fontes (1997: 354), aunque sin paralelos exactos y por Torres Ortiz (en este volumen) que, de confirmarse, induciría a proponer distintas procedencias para el repertorio de importaciones a torno del Bronce Tardío, con implicaciones interpretativas a las que nos referiremos más adelante. Finalmente, las muestras analizadas corresponden a periodos muy separados en el tiempo, tanto del Llanete de los Moros, como el fragmento de Gatas, que parece corresponder a un momento del Bronce Final (Martín y Perlins 1993: 341; Perlins 2005: 483, Castro y otros 1999: 13).

Una controvertida pieza como es el cilindro-sello de Vélez-Málaga ha sido también considerada dentro del repertorio de objetos orientales anteriores a la colonización fenicia (Martín de la Cruz 1994: 119, Mederos 2005b). La pieza, ejecutada en hematites, formaba parte de un collar formado por un total de 12 cuentas, de las que siete eran «vidrios de colores», tal vez fayenza, o pasta vítrea y otra de lapislázuli. Fue hallado casualmente antes de 1874 por un labrador en lo que parecía ser una tumba en el área de Vélez-Málaga, siendo publicada inicialmente por Rodríguez de Berlanga. Los estudios más recientes, tomando en consideración la técnica, la iconografía y los paralelos, lo consideran una pieza influenciada por la glífica mitannia, producida en un taller chipriota o ugarítico conectado con Chipre, con una cronología para su producción entre 1450 a.C. y los comienzos del siglo XIII (García Alfonso 1998: 64), o en los siglos XIV-XII a. C. (Mederos 2005b: 56-57).

Las circunstancias del hallazgo en un contexto poco claro e impreciso han motivado una discusión sobre si la

llegada a la Península Ibérica del cilindro-sello pudo producirse como resultado de contactos durante la Edad del Bronce, cercanos por tanto a la fecha de su producción o, si por el contrario, se trataría de una pieza de larga pervivencia vinculada a la presencia fenicia durante el I milenio a.C., en un área intensamente colonizada por los fenicios como es la desembocadura del Río Vélez, proponiendo una fecha de los siglos VI-V a.C. para su amortización en una tumba, quizá la necrópolis de Jardín, al igual que sucede con algunos otros ejemplos de cilindros-sellos del II milenio a.C. hallados en tumbas de Cartago o Cerdeña (García Alfonso 1998: 65-66).

Ambas posiciones cuentan con argumentos a su favor, pero a la plausible explicación expuesta por García Alfonso se oponen algunos argumentos que dejan abierta la posibilidad de que la llegada del sello se produjese en la Edad del Bronce. En primer lugar, la aparición de una cuenta de lapislázuli formando parte del collar sería un indicio de su antigüedad, toda vez que este material no suele emplearse en los objetos de adorno fenicios o cartagineses: como de hecho sucede en los ajuares de las necrópolis de Puente de Noy (Molina Fajardo, Ruiz y Huertas 1981, Molina y Huertas 1985), Villaricos (Astruc 1951: 21, 34, 41, 44, 47, 58-59, 74-75), Jardín (Schubart y Maas 1995) o Ibiza (Ruano 1996) por citar sólo algunas, donde se conocen cuentas de cornalina, ámbar, jaspe, piedra dura; metales preciosos como el oro o la plata y no preciosos como el plomo, y sobre todo de pasta vítrea, vidrio, coral y hueso, pero no de lapislázuli, materia que es escasa incluso en Egipto y que suele ser un indicio de origen egipcio, como señaló Vercoutter en relación a los ocho objetos de este material hallados en las miles de tumbas de las necrópolis de Cartago: siete anillos con sello, un escarabeo y un amuleto (Vercoutter 1945: 50, 280, 342). La venta tras el hallazgo del collar de Vélez-Málaga a un platero, como ha señalado Mederos (2005b: 58) resulta indicativa de que el collar debió contar además con piezas de oro o plata, quizá cuentas.

En segundo lugar, nada se opone a que el cilindro-sello hubiera sido hallado en un contexto autóctono del Bronce Final, funerario o no, o que habiendo llegado durante el Bronce Final terminase amortizado en una tumba posterior (Mederos 2005b: 58). A este respecto cabe subrayar la existencia en la cuenca del Vélez de asentamientos del Bronce Final como el Cerro de Capellanía, un asentamiento amurallado de 3 hectáreas situado en el Alto Vélez con fases del II y del I milenio a.C. anteriores a la llegada de los colonos fenicios (Martín Córdoba 1993-1994), así como el cerro de la Fortaleza de Vélez-Málaga, un asentamiento del Bronce Final también anterior a la presencia fenicia, conocido a través de algunas excavaciones (Gran Aymerich 1981: 355 ss., Martín Cór-

doba y otros 2005: 33 ss.), que dominaba la costa y atestigua la llegada de importaciones fenicias y del que podrían depender otros asentamientos secundarios. Finalmente, la aparición de un cilindro-sello de posible origen chipriota en un enterramiento colectivo nurágico del Sur de Cerdeña constuiría otro caso de difusión temprana en el Mediterráneo central y occidental de este tipo de piezas (Mederos 2005b: 58-59).

Otro hallazgo reciente, en este caso superficial, de una cuenta posiblemente egipcia en el yacimiento prehistórico fortificado de Los Castillejos (La Grajuela, Córdoba), vendría a engrosar el repertorio de objetos orientales llegados a la Península Ibérica en el II milenio a.C. El yacimiento de Los Castillejos presenta en superficie una secuencia que alcanza la Edad del Bronce, en un momento avanzado del II milenio a.C. La cuenta en cuestión es de cornalina y se ha identificado como egipcia, producida en la XVIII dinastía, que presenta un intervalo cronológico entre 1550-1314 a.C. Atribuida al tipo semilla de loto-vaso, su difusión se extiende por Chipre en los siglos XIV-XIII a.C. y por el ámbito micénico y el Mediterráneo Central (Martín de la Cruz y otros 2005).

Egipto también, de la XV Dinastía, es el vaso de mármol gris vetado con cartela del faraón hicsio Aauserre Apofis I, que reinó durante cuarenta años hacia finales del siglo XVII y comienzos del XVI a.C. En este caso también se plantea un problema similar al del cilindro-sello de Vélez-Málaga, pues existen objetos del faraón hicsio Jyan, antecesor de Apofis, que se difundieron fuera de Egipto en Siria, Palestina y Hatti, lo que podría inducir a no descartar totalmente que el vaso hubiera llegado al Sur de Iberia durante la Edad del Bronce por intermedio del comercio micénico como se ha sugerido (Padró 1986: 528-529). Sin embargo, la procedencia de la pieza del Cerro de San Cristóbal de Almuñécar es casi segura pues fue comprada al propietario de una finca localizada en el yacimiento arqueológico, lo que otorga en este caso muchas más probabilidades a que el vaso de Apofis llegase junto a los demás vasos de alabastro egipcios a la necrópolis sexitana (Molina y Padró 1983, 1984, 1983-1984), aun cuando sea bastante más antiguo que el conjunto de vasos conocido.

Siguiendo con Almuñécar, de esta localidad costera procede el hallazgo hacia 1870 de una cuenta de ámbar perteneciente, al igual que el cilindro-sello de Vélez Málaga, a un collar procedente de una posible tumba de la cual tampoco conocemos detalles, salvo que el collar contaba con cuentas de vidrio, hueso y lignito, además de la cuenta de ámbar y que al centro disponía un cilindro liso de cornalina. El hallazgo y el dibujo del collar se deben igualmente a Rodríguez de Berlanga (Martín de la Cruz 1994: 119).

LAS IMPORTACIONES MEDITERRÁNEAS DURANTE EL BRONCE FINAL EN LA ALTA ANDALUCÍA (C. 1300 A C. 920 A.C.)

El conjunto de dataciones absolutas del Bronce Final del Sureste y de la serie fenicia o de comienzos de la Edad del Hierro, de las que la serie del Cerro de la Mora es la más completa, se agrupa en tres fases: las dos primeras, anteriores a la presencia de importaciones coloniales fenicias, mientras que la tercera marcaría ya la presencia colonial. La primera fase se sitúa entre 1300/1250-1150 a.C. y se distinguiría por las cerámicas lisas y las cerámicas con incrustaciones de bronce. La segunda fase se situaría entre 1150-920 a.C. y se distinguiría por las cerámicas de retícula bruñida interna, las cerámicas bícromas tipo Cerro del Real y las producciones acanaladas relacionadas con los Campos de Urnas. La tercera fase de Bronce Final/Hierro Antiguo, coetánea con la presencia fenicia más antigua, se situaría entre c. 920-750 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 191-195).

En las dos fases precoloniales estarían presentes las fíbulas de codo y las espadas de lengua de carpa, así como las cerámicas importadas a torno. La mayor parte de éstas están concentradas sobre todo en la secuencia de El Llanete de los Moros en un periodo coetáneo a la primera de las fases mencionadas del Sureste. Las importaciones a torno siguen un repertorio formado por soportes bitroncocónicos de carrete y vasos contenedores de cuerpo esférico, cuello vertical y borde engrosado y algo exvasado tipo *pitthos* (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 338-339, Perlínes 2005: 478 ss.). El grueso de las importaciones documentadas en el yacimiento, que suman una treintena de fragmentos a torno (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 338-339, Perlínes 2005: 481), se agrupan en dos fases diferenciadas denominadas Bronce Reciente B1 y B2 (Perlínes 2005: 482-483), que por las dataciones radiocarbónicas publicadas serían coetáneas al Bronce Final del Sureste. Además de las cerámicas del horizonte Cogotas, ausentes en este periodo del Sureste, los contextos arqueológicos vienen definidos por cerámicas bruñidas, pintadas y decoradas con incrustaciones de metal (Perlínes 2005: 480).

La fase del Bronce Final del Llanete de los Moros viene encuadrada por las dataciones del estrato VI del corte R-2, 1135 a.C. (UGRA 187) y 1105 a.C. (UGRA 175), de donde proceden tres fragmentos de vasos contenedores y dos de soportes de carrete. La datación CSIC-624, 1114 a.C., del estrato I del corte B-1-2, fecha tres fragmentos de vasos contenedores y dos de soportes de carrete registrados en el mismo. Así mismo, en el corte R-3/Q-3 se documentaron entre los estratos VI a XI algunos fragmentos de soportes de carrete, dos fragmentos de vasos contenedores a torno, así como otro fragmento en el estrato X. Los estratos VII y VIII del corte R-2, aunque adscritos

a una segunda fase, ofrecen dataciones radiocarbónicas de 1354 a.C. (UGRA 183) y 1250 a.C. (UGRA 160), más antiguas que las mencionadas líneas arriba. En este corte se documentaron en toda su secuencia nueve fragmentos de soportes de carrete. La publicación definitiva de los vasos a torno y los contextos en que se documentaron permitirá su correlación con las dataciones de ^{14}C del yacimiento.

El fragmento a torno de Gatas mencionado en el apartado anterior, perteneciente al tipo de vaso contenedor (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 338-339) sería encuadrable en este periodo. Fue hallado en la campaña de 1995, asociado a los restos de estructuras constructivas de la fase Gatas VI fechada entre 1300-900 a.C. (Castro y otros 1999: 13).

A este repertorio habría que sumar un fragmento procedente de Carmona que en opinión de Martín de la Cruz y Perlínes (1993) sería del mismo tipo que los del Llanete de los Moros, con lo que en total habría documentados 50 fragmentos de vasos a torno en contextos del Bronce Final, de los que 13 (52%) serían soportes, 11 (el 44%) contenedores y 1 (4%) pertenecería a un *dinos* (Almagor Gorbea y Fontes 1997: 348).

Para terminar con el repertorio cerámico de importaciones a torno tempranas es necesario incluir en el elenco el fragmento a torno de Galera, procedente del corte IX de las excavaciones de Pellicer y Schüle, en concreto del estrato VIII, en un contexto de Bronce Final interpretado inicialmente por su fábrica como *bucchero nero sottile* (Pellicer y Schüle 1966: 21, fig. 14.8) y con reservas por Messeguer otorgándole una datación posible de los siglos VIII-VII a.C. (Sánchez Messeguer 1969: 90, fig. 25, 162). La antigüedad del contexto en relación a las importaciones etruscas más tempranas conocidas en la Península Ibérica hicieron a Molina rechazar que se tratase de una importación etrusca, o proponer en todo caso que se tratase de una intrusión de estratos superiores (Molina González 1978: 174 y n. 29). Una comparación del dibujo publicado del fragmento de Galera con la tipología de *bucchero* etrusco, con especial atención a las formas más tempranas (Ramage 1970, Rasmussen 1979) ofrece un resultado negativo en cuanto a su posible identificación, si bien sólo el estudio en directo de la pieza permitiría precisar mejor su origen. Por el momento, y dado que la fábrica a torno parece segura, lo recogeremos como un posible fragmento de importación a expensas de ulteriores comprobaciones.

Uno de los elementos considerados tradicionalmente como piezas de importación, o en todo caso de inspiración oriental, chipriota en concreto, a partir de prototipos importados es la fíbula de codo (Schüle 1969: 25 ss., Ruiz Delgado 1989: 59 ss, Celestino 2001a: 191 ss. y 197 ss., Pachón y Carrasco 2006b). La aparición de

ocho ejemplares en el conjunto de la Ría de Huelva, datado por seis fechas de ^{14}C (CSIC 202-207) entre 1006 y 954 a.C., dio lugar a que se distinguiera el tipo de fíbula Huelva, que en los últimos años ha sido objeto de diversos estudios especializados debido a la concentración de hallazgos en el área granadina. Además de los hallazgos de la Ría de Huelva, Valverde del Camino, Coria del Río y el Coronil en Andalucía Occidental (Carrasco y Pachón 2006a: 104), en la Alta Andalucía conocemos un número ciertamente mayor de ejemplares, sobre todo en la provincia de Granada, algunos de ellos bien estratificados. Las más antiguas se distinguen por su gran tamaño y son las fíbulas del Cerro de la Miel, una completa y la aguja de otra, que aparecieron en un contexto de habitación junto a una espada de lengua de carpa, datado con una fechación absoluta en 1265 a.C. (UGRA 143).

En el Cerro de la Mora se han documentado también fíbulas de codo, al menos cuatro, si bien no han sido publicadas, tanto en la fase Ia, de la que tenemos las dataciones absolutas 1238 a.C. (UGRA 263) y 1306 a.C. (UGRA 283), como en la fase Ib de la que también disponemos de una datación: 1144 a.C. (UGRA 218) que marcaría el inicio de la misma, mientras que de una cuarta fecha, 1052 a.C. (UGRA 264) se desconoce el contexto (Carrasco, Pastor y Pachón 1981a, Carrasco, Pachón y Pastor 1985: 305, Castro, Lull y Micó 1986: 191).

Otra fíbula contextualizada de la Alta Andalucía es la del Cerro de los Infantes, procedente de la fase III del corte 23, anterior a las importaciones fenicias y datada por sus excavadores entre 900 y 750 a.C. (Mendoza y otros 1981: 189 ss.). Al menos dos dataciones radiocarbónicas proceden de esta excavación, pero al no publicarse completas resulta imposible su utilización, si bien se ha propuesto un intervalo aproximado equivalente de c. 1150-900 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 192).

La última fíbula de codo bien contextualizada en el Sureste y con fechación absoluta es la procedente del taller metalúrgico del Bronce Final excavado de la calle San Miguel de Guadix, de donde se tomaron dos muestras para datación radiocarbónica, que a 1 sigma ofrecen 832-768 a.C. (UGRA 515), muestra menos fiable por la escasa cantidad de carbón y 928-822 a.C. (UGRA 516), efectuada sobre hueso y considerada más fiables por sus excavadores (Carrasco y otros 2002).

Las demás fíbulas documentadas provienen en algunos casos de hallazgos superficiales en yacimientos conocidos, como las dos piezas del Cerro de los Allosos de Montejícar (Carrasco y Pachón 1998a, Adroher, López y Pachón 2002), o las de Cerro Alcalá, la antigua *Ossigi*, en Torres (Jaén) (Carrasco y otros 1980) y Casa Nueva en Pinos Puente (Granada), cerca de la antigua *Ilurco*, procedentes de necrópolis. Todas ellas son las de mayor tamaño, entre las cuales hay algunas decoradas, como la de

Casa Nueva con dos pequeños botones de oro, y se las considera pertenecientes a un horizonte antiguo del Bronce Final como elementos de prestigio (Carrasco y Pachón 2001, 2006b). Las restantes fíbulas de codo del área granadina son hallazgos superficiales sin contextualización alguna, como la de Monachil (Schüle 1969: 142 ss.), la de Puerto Lope/Illora (Carrasco y Pachón 1998b) o las dos del área de Guadix (Carrasco y Pachón 2002).

Además de las cronologías absolutas, a partir de los análisis estadísticos aplicados a los datos de composición mineralógica efectuados en 31 ejemplares de la Península Ibérica, de los que 9 provienen de la Alta Andalucía, se ha propuesto un nuevo criterio de seriación para las fíbulas de codo tipo Huelva. En las fíbulas más antiguas la presencia de estaño en los bronce, es de una proporción inferior al 8% de estaño y contienen arsénico de manera significativa, como resultado de tradiciones técnicas de la Edad del Bronce y como origen de sus propios oligoelementos, siendo muy pobres en hierro y plomo. Por el contrario, las fíbulas más recientes presentan porcentajes de estaño superiores al 9% en su composición, hasta alcanzar el 21% en fíbulas de Andalucía e índices muy superiores en el Noroeste, al tiempo que se documenta la ausencia de arsénico, y aparecen cantidades significativas de plomo y hierro, como consecuencias de aleaciones ternarias (Carrasco y otros 1999: 136, Carrasco y Pachón 2006a).

Las fíbulas del área granadina, que conformarían un subtipo específico, junto a algunas piezas de este tipo del hallazgo de la Ría de Huelva se destacan netamente en sus composiciones del resto de las fíbulas tipo Huelva peninsulares, agrupándose estadísticamente para delinear un grupo con mayor antigüedad. Este hecho, unido a las dataciones radiocarbónicas disponibles ha motivado la consideración de un origen autóctono para las fíbulas tipo Huelva, en lugar de un origen oriental, chipriota o del Mediterráneo central, que son rebatidos, aún reconociendo paralelismos con algunos ejemplares chipriotas como la fíbula de Kourion (Carrasco y Pachón 2006b: 76, 83 ss.).

En cualquier caso, aunque se produjera un tipo propio de fíbula en el Sureste desde antiguo, como ya propuso Ruiz Delgado (1989: 59) debió existir un prototipo anterior que quizás no esté bien datado en el Mediterráneo Oriental, donde las dataciones radiocarbónicas son mucho menos abundantes. Además, la alta datación absoluta de la fíbula del Cerro de la Miel sería interesante que fuera confirmada en el futuro por otras dataciones que reforzaran esa antigüedad. Por otra parte, y dado que no conocemos precedentes funcionales durante el Bronce Argárico y el Bronce Tardío de este elemento de tocado y vestido como es la fíbula, su concepto debió llegar con los primeros prototipos foráneos. La hipótesis

evolutiva de las fíbulas de codo a partir de las fíbulas de arco de violín o de arco simple en Sicilia y Sur de Italia y Chipre respectivamente, apunta en este sentido (Ruiz Delgado 1989: 59-60). La existencia de una fíbula de oro procedente de Lefkandi ha sido justamente puesta en relación con el empleo de botones de oro en la decoración de la fíbula granadina de Casa Nueva (Carrasco y Pachón 2006b: 81), lo que pone de relieve la existencia de conceptos funcionales, como elementos de prestigio, y decorativos, comunes con el Mediterráneo oriental.

Las hachas de apéndices laterales, o azuelas para trabajar madera como propone Almagro Gorbea, constituyen otra de las clases de artefactos tradicionalmente considerados de origen oriental (Schüle 1969: 20 ss., Karte 5, Almagro Gorbea 1993a: 82-83). En la Alta Andalucía y en concreto en la provincia de Granada se conocen varias piezas descontextualizadas, como la de Guadix, o la del Ashmolean Museum, atribuida a esta provincia sin procedencia exacta (Molina 1978: 215-216, Almagro Gorbea 1993a: 82, n. 19, n. 26), la de Fuentes de Cesna en Loja (Carrasco, Pachón y Pastor 1985: 323, Carrasco y otros 1986), o Villa Vieja en Casares, Málaga (García Alfonso, e.p.) así como otras hachas de este tipo que formaban parte de depósitos, como la del conjunto de Galera (Schüle 1969: 22, Abb. 3) o el depósito de Campotéjar. Éste, hoy perdido y formado por varias decenas de hachas de apéndices laterales de bronce, contenía un ejemplar de hierro que ha motivado la interpretación del depósito como un caso temprano de presencia de aquel metal en la Península Ibérica con anterioridad a la colonización fenicia, que por su asociación a las hachas de bronce del mismo tipo implicaría un carácter funcional (Almagro-Gorbea 1993a: 88). A partir de prototipos foráneos, al igual que las fíbulas de codo, las hachas de apéndices laterales se fabricaron en la Sureste peninsular, como muestran los moldes de Verdolay (Molina González 1978: 215, Ros Sala 1989b: 333) y Peña Negra de Crevillente (González Prats 1992b: 251).

Aunque las debatidas estelas decoradas del Suroeste, situadas por la investigación en el Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro y vinculadas a la precolonización, tienen una distribución que las concentra principalmente en el cuadrante suroccidental peninsular, en la Alta Andalucía se conocen al menos dos ejemplos de este tipo de documentos: la estela de Almargen y la estela de Toya. La primera fue hallada sin contexto en las inmediaciones del pueblo del mismo nombre, en el área noroccidental de la provincia de Málaga, donde fue descubierta también sin contexto conocido una espada de lengua de carpa (Villaseca 1993, Celestino 2001a: 438, nº 84). De un metro de longitud por sesenta centímetros máximos de anchura, tiene representado esquemáticamente un guerrero tocado con casco cónico y armado

con un escudo de escotadura en V y una lanza. En el centro superior del campo se representó también lo que parece ser una fíbula (Villaseca 1993: 218-219).

Por su parte, la estela de Toya fue hallada en el Haza del Trillo, en las proximidades del importante yacimiento ibero del mismo nombre, cerca de Peal de Becerro (Jaén) en un contexto de necrópolis, concretamente formando parte como cubierta de una tumba colectiva con al menos cinco individuos inhumados. De dimensiones parecidas a las de la anterior, tan sólo tenía representado un escudo con escotadura en V, así como algún otro objeto irreconocible (Mergelina 1944, Celestino 2001a: 414, nº 69).

De difícil datación por estar normalmente descontextualizadas, las estelas vienen fechándose en cronología arqueológica convencional desde el siglo IX a.C. a partir de los objetos de prestigio mediterráneos que se representan en las mismas, con una perduración extensa en el tiempo en los siglos posteriores (Celestino 2001a: 315, 320), mientras que en algún caso en el que sí hay una contextualización, como en la estela Toya, los escasos detalles publicados no permiten aportar mayores precisiones, salvo que por la descripción podría tratarse de una cista o cámara central de pequeño tamaño, revestida al interior de lajas, que recuerda a las que rodeadas o no de un pequeño túmulo, se distribuyen en la provincia de Almería durante el Bronce Final anterior a la colonización fenicia.

A esta tipología se adscriben algunas tumbas colectivas de inhumación almerienses excavadas por Enrique y Luis Siret, publicadas por Georg y Vera Leisner y revisadas posteriormente por Molina González, quien las interpretó como enterramientos del Bronce Final (Leisner y Leisner 1943, Molina 1978). Algunas de estas tumbas presentan cuentas de collar de cornalina que podrían considerarse elementos de importación mediterránea. Este es el caso de la tumba 33 de Los Millares, de planta circular delimitada por lajas y cubierta por un túmulo, que albergaba entre los elementos del ajuar una cuenta de cornalina (Leisner y Leisner 1943: 53, taf. 24.8, Molina 1978: 188). Ya en el área de la Depresión de Vera los propios hermanos Siret señalaron la similitud cronológica, tipológica y ritual de las tumbas colectivas de Caldero de Mojácar, Qurénima y Campos, así como Parazuelos ya en Murcia, consistentes en cistas circulares o cuadrangulares delimitadas por lajas de piedra y situadas en suaves elevaciones del terreno, de las que las tres primeras contenían una cuenta de cornalina cada una (Siret y Siret 1890: 81 ss., láms. 11, 12, Molina González 1978: 190-194).

Una tumba de pozo de Herrerías, junto al río Almanzora, que albergaba diez inhumaciones de mujeres y niños y cuentas de pasta esmaltada y vidrio, posiblemente importaciones mediterráneas, fue excavada por Siret y

adscrita con dudas por Molina al Bronce Final (Siret 1906: 53, Molina 1978: 194). A nuestro juicio podría considerarse con bastantes probabilidades de este periodo si tenemos en cuenta que en las proximidades se sitúa el asentamiento del Bronce Final de Loma de Boliche, situado en la ladera meridional de la elevación de Herre-rías (López Castro 2000: 104), de donde procede la conocida espada identificada como de tipo Rösnoen (Siret 1913: lám. XV, Mederos 1997b: 123). Muy cerca Siret excavó la necrópolis de Boliche, que presenta incineraciones en tumbas individuales e importaciones fenicias en los ajuares) con una cronología que se extiende a los siglos VI-V a.C. (Osuna y Remesal 1980), ya en plena Edad del Hierro, mientras que la tumba de Herrerías responde más al patrón de enterramientos colectivos de inhumación que venimos considerando.

Una serie de importaciones del mismo tipo que las anteriores se localizan en enterramientos del Bronce Final efectuados en tumbas megalíticas reutilizadas. Es el caso de un fragmento de cuenta de color azul, identificada como vidrio por sus excavadores, procedente del enterramiento del Bronce Final que reutiliza el sepulcro megalítico de La Sabina 49 en el área de las necrópolis megalíticas del río Gor, en la provincia de Granada (García Sánchez y Spahni 1959: 59, Molina 1978: 177, Lorrio y Montero 2004: 104). A este testimonio habría que añadir el enterramiento del Bronce Final en la tumba megalítica de Los Caporchanes 2, en Vera, provincia de Almería, donde también están presentes las cuentas de cornalina (Leisner y Leisner 1943: 80, taf. 33.33, Molina 1978: 193, Lorrio y Montero 2004: 104), así como enterramientos del mismo periodo en la necrópolis de *tholoi* de La Encantada, en Almizaraque, junto al río Almanzora. Los ajuares de La Encantada I/III incluían cuentas de oro, pasta vítrea y 31 de ellas de cornalina, que tal vez pudieran ser resultado de importaciones mediterráneas (Lorrio y Montero 2004: 106). Una datación radiocarbónica de este enterramiento efectuada sobre huesos humanos aporta una fecha de 1002 a.C. (CSIC 249) (Castro, Lull y Micó 1996: n° 1136) que confirma la reutilización del Bronce Final.

ANÁLISIS HISTÓRICO

El catálogo de importaciones mediterráneas reseñadas en las líneas precedentes difícilmente puede por sí mismo ofrecernos explicaciones de alcance histórico. Como afirmábamos en el apartado introductorio debemos dirigir nuestra atención a las sociedades peninsulares que recibieron estas importaciones y al contexto mediterráneo coetáneo para valorar su incidencia en aquellas.

Durante la etapa argárica comprendida entre c. 2500 a.C. y 1575 a.C. (Castro, Lull y Micó: 120 ss.) se han documentado escasos testimonios materiales atribuibles

a contactos mediterráneos, como las cuentas de pasta vítrea y marfil de la tumba 9 de Fuente Álamo (Siret y Siret 1890: 260, lám. 65), que más allá de la cuestión cronológica (Schubart 1975: 340 ss.) ponen de relieve la existencia de tempranas relaciones mediterráneas. Por el contrario, a partir de un momento avanzado del Bronce Tardío, en torno a 1375 a.C. comienzan a documentarse importaciones hasta ese momento desconocidas en la Península Ibérica como son las que contuvieron los vasos cerámicos halladas en Montoro y Cuesta del Negro.

Desde el punto de vista cronológico lo primero que llama la atención es la prolongada secuencia de importaciones, que cubren buena parte de los dos grandes periodos en los que estructuramos la segunda mitad del segundo milenio a.C.: el Bronce Tardío post-argárico y el Bronce Final, desde aproximadamente 1375 a.C. con las importaciones de Cuesta del Negro, hasta c. 1150-920 a.C. momento en que habría que situar el estrato VIII/IX de Galera, donde se ha registrado una importación a torno cuya procedencia está pendiente de determinar, hasta llegar a las cuentas de cornalina y pasta vítrea de La Encantada I/III datadas en 1002 a.C.

La sociedad que acoge estas importaciones no nos es bien conocida: la visión dominante durante mucho tiempo planteaba un retroceso tecnológico y social tras la desaparición de la complejidad argárica en el Sureste (Molina González 1978: 204 ss., 1983: 102 ss., Carrilero 1992: 131) que se prolongaría hasta la llegada de los colonizadores fenicios. De esta manera las sociedades que precederían a la colonización fenicia en el Sur de la Península Ibérica y que entrarían en contacto con ella estarían dominadas por rasgos sociales y políticos de carácter parental (Carrilero 1993: 169) y por un sistema productivo calificado como modo de producción doméstico, o sociedad aldeana (Wagner 1983: 9, 1995) admitiéndose en todo caso la existencia de una diferenciación social basada en el rango e identificada como una sociedad de jefaturas (Wagner 1990).

Alternativamente, desde posiciones que contemplan la existencia del estado en la sociedad argárica de la Edad del Bronce en el Sureste se ha planteado la continuidad de las formas estatales anteriores bajo una nueva estructuración socio-económica. La crisis de la sociedad argárica situada en torno a 1550 a.C., con el final de los enterramientos y rituales característicos de esta sociedad, habría conducido a una fragmentación política en la periferia argárica iniciada en torno a 1600 a.C., que daría lugar a nuevas entidades políticas independientes que inicialmente serían responsables de la continuidad de asentamientos fundados durante el bronce argárico (Castro, Lull y Micó 1996: 174 ss.).

Por su parte, Arteaga ha llamado la atención sobre el hecho de que, lejos de una regresión respecto al Bronce

argárico o al coetáneo Bronce del Suroeste, durante el Bronce Tardío nos encontraríamos ante un vacío de investigación y ante la falsa impresión causada por una reestructuración territorial como resultado de los cambios productivos y sociales de esas nuevas realidades políticas que ha denominado «principados postargáricos» en los que a partir de la concentración de territorio y recursos, se desarrollarían nuevas formas de explotación mediante una incipiente servidumbre gentilicia a través de distritos tributarios (Arteaga 2000: 198-201).

La sociedad capaz de justificar una capacidad de acumulación y de concentración de riqueza de la que dan fe los tesoros de El Cabezo Redondo y sobre todo el Tesoro de Villena (Soler 1965, 1987), parece bastante alejada de una sociedad netamente parental e igualitaria, por más que el parentesco jugase todavía su papel. Esta acumulación de metal precioso podría estar indicando una nueva forma de economía política (Castro, Lull y Micó 1996: 174, Arteaga 2000: 198) pues, como se ha subrayado, es el segundo depósito de vajilla de oro del Bronce Final en Europa, tanto por número de piezas como por peso de metal precioso, representando un poder estatal de carácter regional en la figura de un régulo que disponía de un cetro de oro, hierro y ámbar y una vajilla áurea (Mederos 1999a: 119, 129-130).

Por otra parte, las nuevas excavaciones en el asentamiento de Cabezo Redondo han puesto de relieve la existencia de una planificación espacial y un ordenamiento de las casas en calles y manzanas (Hernández 1997: 102-103) que dan idea de la existencia de una organización política compleja. A ello hay que añadir la existencia de un enterramiento infantil asociado a elementos áureos del ajuar funerario, en la llamada Cueva funeraria nº1 (Soler 1987: 97-98) con las consiguientes implicaciones en cuanto a la consolidación y transmisión de las desigualdades sociales, así como la presencia de oro y ámbar en varias habitaciones de casas distintas de Cabezo Redondo, en concreto los números 7, 9 y 20 (Hernández 1997: 109-110).

La cronología del Tesoro de Villena oscila dependiendo de distintas propuestas de datación que la aproximan incluso a la Edad del Hierro (Almagro Gorbea 1993a: 82, Perea 1994: 10), mientras que la mayoría de los investigadores la sitúan a finales del II milenio a.C. o en todo caso alrededor del año 1000 a.C. (Schüle 1976, Molina González 1978: 203, Ruiz-Gálvez 1993: 49, Mederos 1999a: 116-117). La datación del tesorillo de Cabezo Redondo se eleva algo hacia c. 1575-1400 a.C. (Mederos 1999a: 120) debido a las dataciones radiocarbónicas y a la secuencia del yacimiento, no faltando quienes proponen una datación similar para ambas ocultaciones.

La presencia en ambos depósitos áureos de unas piezas de forma cónica o tutulus, con paralelos en contextos

con dataciones radiocarbónicas, como las piezas áureas de la Cueva de Les Pixernelles (Barcelona), situadas en 1080 a.C. (UBAR 10), 1430 a.C. (UBAR 11), 1215 (UBAR 36) (Rovira i Port 1996b: 174, Castro, Lull y Micó 1996, nº 568-572) o en la Cuesta del Negro (Molina y Pareja 1975: fig. 68, nº 277) contribuyen a fechar las piezas de Villena en el Bronce Tardío. Conocidas también en tumbas de la Edad del Bronce del Suroeste, en el horizonte de Atalaia (Schubart 1975: 95, Kaarte 40), parece más plausible elevar la cronología para los ejemplares de los hallazgos de Jorox (Málaga) y Tocón (Granada) —si bien este último en plata— en la Alta Andalucía, que la propuesta para inicios del I milenio a.C. que se ha defendido (García Alfonso 1999: 181 ss.).

En definitiva, en el Bronce Tardío se conoce más oro depositado en tesoros que el amortizado definitivamente en tumbas durante el Bronce Argárico del Sureste que suma una diadema de oro (Melgares 1983), 5 arracadas y algunas cuentas de collar de oro, además de 174 elementos de plata (Lull 1983: 201-202, 210). Hay que considerar también que, mientras que los tesoros suelen responder a ocultaciones que se efectuaron con un carácter temporal, pensando posiblemente en una recuperación ulterior que no llegó a producirse, las piezas depositadas en tumbas tenían la intencionalidad de ser amortizadas en un depósito definitivo. Ello nos lleva a considerar la posibilidad de que durante el Bronce Tardío en el Sureste hubiera más metales preciosos en circulación que en periodos anteriores, como resultado de las relaciones de intercambio que se efectuaban en las redes de relaciones existentes.

La llegada de importaciones mediterráneas a la Península Ibérica se ha atribuido a navegantes micénicos, chipriotas, levantinos y sardos. Los hallazgos en Cerdeña y Sicilia (Ruiz Gálvez 1993, 1998a, Mederos 1997b, 1999b, Cultraro 2005) de cerámicas micénicas por un lado, de objetos de la metalurgia de tipo atlántico por otro y el hallazgo de importaciones micénicas en el Sur de España sustentan la vinculación de estas redes mediterráneas. Las relaciones entre el área micénica del Egeo y el área centro mediterránea, intensificadas desde el Heládico Final I, entre c. 1680 y 1580 a.C. en adelante, puede seguirse mediante la distribución de materiales cerámicos micénicos que muestran la existencia de una ruta marítima que ascendiendo por el Estrecho de Messina alcanzaría las islas Eolias y Pelágicas hasta llegar a Cerdeña, donde se documentan importaciones micénicas desde el Heládico Final IIIA2, hacia 1415-1320 a.C., retornando luego a Sicilia a través de las islas Eolias (Mederos 1999b: 231-233, 236).

La coincidencia en la llegada de cerámicas micénicas a Cerdeña y al Sur de la Península Ibérica en el Heládico Final IIIA2 (c. 1415-1320 a.C.) y sobre todo en los

periodos IIIB/C (c.1320-1125 a.C.) y de otras importaciones mediterráneas en un intervalo cronológico en el que se registra el mayor número de cerámicas micénicas en el Mediterráneo Central, resulta coherente con la apertura de una nueva ruta marítima que alcanzaría la costa meridional siciliana, bien porque desde el Noreste de Sicilia y las islas Eolias se dirigía hacia Cerdeña y de ahí al Sur de la Península Ibérica, retornando desde Cerdeña al Sur de Sicilia, bien porque desde esta costa la ruta se dirigía al litoral meridional sardo y de ahí a Ibiza y a la Península Ibérica (Mederos 1999b: 238, 248).

Recientemente se ha propuesto la atribución a navegantes chipriotas y ugaríticos la autoría de los viajes a Iberia y del tráfico entre ésta y las islas de Cerdeña y Sicilia que habría traído las cerámicas micénicas del Llanete de Los Moros, participando en el comercio micénico (Mederos 2002, 2005b). Varios argumentos han sido aportados para sustentar esta hipótesis: en primer lugar, ya en el Heládico Final IIA (c. 1550-1450 a.C.) los navegantes chipriotas y ugaríticos habrían distribuido productos micénicos en el Levante, registrándose desde el Heládico Final IIB (c. 1450-1400 a.C.) cerámica micénica en Ugarit, mientras que poco después, ya en el Heládico Final IIIA1 (c. 1400-1365 a.C.) se documentan en Chipre abundantes importaciones cerámicas micénicas, al tiempo que se fundaban asentamientos micénicos en las islas de Rodas y Kos (Mederos 1999b: 233-235).

A estos argumentos habría que añadir el de la participación del Sur de Creta en las rutas que unían el Mediterráneo Oriental con el Central y Occidental, como parecen atestiguar las importaciones cretenses en Cerdeña (Watrous, Day y Jones 1998) y las importaciones de cerámicas sardas en Kommos, asentamiento que concentra el mayor número de cerámicas importadas de Creta (Shaw 1998a: 16), formando parte de un horizonte de importaciones cerámicas que se inicia en el Minoico Reciente IA y que muestra su máximo en el Minoico Reciente IIIA1 (1425-1370 a.C.), continuando de manera decreciente en el Minoico Reciente IIIB (1325-1200 a.C.). De manera reveladora, en el total de importaciones de esta secuencia predominan las ánforas cananeas con 60 ejemplares, el máximo de fragmentos registrados, seguidas de los vasos chipriotas, en número de 47, sobre todo cuencos y jarras y algunos *pithoi* que igualan en número a las importaciones sardas, y en menor medida egipcias, con 22 fragmentos de frascos y vasos de transporte. El hallazgo en Kommos de anclas de piedra reutilizadas como material de construcción refuerza la relación con el área chipro-levantina (Shaw 1998a: 15).

Asimismo, durante el periodo de mayor número de exportaciones micénicas al Mediterráneo Central, tanto en las islas como en las costas italianas del mar Jonio y del Adrático, los hallazgos durante el Heládico Final IIIB

(c. 1320-1225 a.C.) de cerámicas chipriotas y minoicas en puntos de Italia, Sicilia y Cerdeña y, sobre todo, la presencia de *graffiti* con escritura chipro-minoica en Cannatello, en el Sur de Sicilia, apoyarían la existencia de una ruta hacia el Sur de Iberia donde se registran hallazgos de cerámica micénica en la secuencia de Montoro en este periodo, en la que intervendrían navegantes chipriotas (Graziadio 1997: 682, 691 ss., Mederos 1999b: 238-239, 2005b: 59-60).

Este periodo Chipriota Final II C (1340/1315-1200 a.C.) del siglo XIV a.C. coetáneo en gran medida al Heládico Final IIIA y IIIB y al Minoico Reciente IIIA1-III A2 y IIIB (Manning 1999, Manning y otros 2001), es el de mayor apogeo en Chipre durante la Edad del Bronce en cuanto a actividad comercial en el Egeo y desarrollo urbanístico, lo que haría posible a los navegantes chipriotas redistribuir hacia Chipre y Occidente las cerámicas micénicas de la Argólida (Mederos 2005b: 59-61) en un intervalo que viene a ser prácticamente contemporáneo a las dataciones radiocarbónicas de hallazgos del Sur peninsular y la Alta Andalucía de productos del Egeo, como el pithos chipriota de la Cuesta del Negro y los fragmentos de vasos de este yacimiento que por los análisis de pastas se han considerado micénicos, del mismo modo que las cerámicas micénicas de Montoro.

Todavía en este intervalo cronológico podrían incluirse los posibles modelos que quizás debieron inspirar las fíbulas de codo más antiguas, como las del Cerro de la Miel y del Cerro de la Mora, datadas respectivamente en 1265 y 1238 a.C., ya dentro del Bronce Final del Sureste peninsular, así como otros hallazgos descontextualizados de posible origen chipriota como el cilindro-sello de Vélez-Málaga, cuya funcionalidad podría ponerse en relación con el uso que de ellos hacían los comerciantes chipriotas en las transacciones comerciales, idea reforzada por el hallazgo de otro cilindro-sello en Cerdeña (Mederos 2005b: 57-59); la figurilla del *smiting god* del Museo Arqueológico Nacional (Mederos 2005b: 45-46) o la cuenta de cornalina de tipo egipcio hallada en Los Castillejos de La Grajuela, en Córdoba, mencionada páginas atrás.

Serían pues navegantes chipriotas, seguramente asociados a otros micénicos, levantinos y ugaríticos, quienes protagonizarían estas relaciones de intercambio, dado el carácter multiétnico de la navegación mediterránea de finales de la Edad del Bronce (Mederos 1999b: 242, Ruiz-Gálvez 2005a: 256 ss.), lo que explicaría la presencia de productos peninsulares o atlánticos en Cerdeña, como las hachas de apéndices laterales, consideradas de origen ibérico, las hachas de anillas o las espadas pistiliformes (Mederos 1997b: 116 ss, 2005b: 61-62). En este sentido, se ha apuntado la posibilidad de que los objetos áureos del complejo orfebre Villena-Estremoz siguiesen un

patrón metrológico micénico (Ruiz-Gálvez 1998a: 313 ss.) o alternativamente, ugarítico y eblaíta Mederos (1999b: 123) para reforzar la existencia de esta red de intercambios con el Mediterráneo central y oriental.

Las causas de la llegada de navegantes egeos a la Península Ibérica se han venido vinculando a la búsqueda de metales como el estaño del Noroeste y la chatarra procedente de la metalurgia del Bronce Atlántico así como, subsidiariamente, sal y otros productos derivados de la ganadería que permitirían la acumulación de las importantes cantidades de oro reunidas en Villena, un lugar que reuniría unas condiciones de desarrollo socio-político para atraer a los navegantes mediterráneos que ofrecerían regalos introductorios o de embajada como la vajilla áurea (Ruiz-Gálvez 1993: 64, 1998a: 276-278).

Profundizando y matizando esta propuesta, dado que el oro de Villena procede de arenas fluviales según análisis efectuados (Soler 1987: 151) se ha defendido la existencia una red de intercambios desde el Sureste con el área Noroeste peninsular, desde donde llegarían el oro y el estaño de la casiterita procedentes del batido de los sedimentos fluviales, a cambio de sal, escasa en aquella zona que podría circular como dinero (Mederos 1999b: 123 ss., 2005b 61-62). Sin embargo, llama la atención el hecho de que no se hayan registrado por el momento cerámicas a torno u otras importaciones mediterráneas en Cabezo Redondo, a excepción de alguno de los elementos del Tesoro de Villena como la empuñadura de ámbar, hierro y oro antes mencionada. Quizá futuras investigaciones permitan añadir elementos importados de este asentamiento o de su zona de influencia al actual elenco.

En el intervalo de Bronce Final del Sureste ibérico, coincidente con el Heládico Final IIIC (c. 1225-1125 a.C.) en el que se produjo el fin de Ugarit, parece intensificarse la distribución de cerámicas micénicas en el Mediterráneo Central y Occidental, alcanzando la costa italiana al Norte del Po y presentando el máximo de importaciones en Cerdeña. Este tráfico mediterráneo se ha atribuido a Chipre cuyos navegantes buscarían en esa isla estaño antes incluso de la destrucción de Ugarit (Graziadio 1997: 719, Mederos 1999b: 239-242).

La información con que contamos para la Alta Andalucía en este periodo y para el Bronce Final en general es escasa pues, además de las cerámicas de Montoro datadas en contextos de 1135, 1114 y 1105 a.C., que atestiguarían la continuidad de las relaciones mediterráneas, apenas disponemos de datos como el fragmento a torno de Gatas, atribuido *grosso modo* al intervalo 1300-900 a.C., las cuentas de la Encantada I/III de 1100 a.C., o el fragmento a torno de Galera, de origen por ahora desconocido, datable quizás en el tramo final del intervalo 1150-920 a.C. así como otros elementos de adorno procedentes de contextos funerarios del Bronce Final a los

que se ha hecho ya referencia. La escasez de asentamientos excavados y publicados de este periodo contribuye a tener una idea aparentemente desdibujada, pero el conjunto de datos disponibles permite sostener una continuidad de contactos a lo largo del tiempo que prácticamente enlazaría con las fechas iniciales de la colonización fenicia. Los hallazgos en Chipre y Cerdeña de asadores articulados de bronce del mismo tipo que los de la Península Ibérica, o los paralelos chipriotas del vaso de Berzocana han sido interpretados como indicios de la existencia de relaciones con la isla y la Península Ibérica durante el Protogeométrico Chipriota (c. 1050-950 a.C.) (Mederos 1996a: 101 ss.).

Coincidiendo con este periodo, en el Suroeste de la Península Ibérica contamos con las importaciones incluidas en el conocido conjunto de la Ría de Huelva, como el casco oriental al que se le ha atribuido una fábrica asiria o chipriota (Schauer 1983: 185 ss., Almagro 1998: 82-83), tradicionalmente vinculado al comercio precolonial. La datación absoluta del conjunto de la Ría de Huelva hacia 1000-950 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 204 ss.), enlaza de manera muy significativa con los nuevos datos sobre la más antigua presencia fenicia permanente en la Península Ibérica, documentada en el conjunto de materiales procedentes de la calle Méndez Núñez del casco histórico de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2004), continúan y casi se superponen cronológicamente al horizonte Ría de Huelva, considerando las dataciones absolutas que el nuevo conjunto material ha proporcionado recientemente.

Las dataciones radiocarbónicas efectuadas sobre muestras de huesos de animales del conjunto de Huelva (GrN 29511, GrN 29512, GrN 29513) han aportado tres fechaciones cuya media ponderada a 2 sigma se sitúa entre 930-830 a.C. (Nijboer y van der Plicht 2006) lo que hace remontar claramente los inicios de la presencia fenicia en el Extremo Occidente con seguridad a la primera mitad del siglo IX a.C., e incluso al X a.C., teniendo en cuenta que una de las dataciones ofrece un intervalo entre 980-890 a.C. al 64% de probabilidad. Este nuevo conjunto de fechas absolutas continúa y confirma la tendencia del grupo fenicio de dataciones (Castro, Lull y Micó 1996: 193-195) a situar el inicio de la presencia fenicia hacia 920 a.C., adelantándose algo a las dataciones calibradas de la fase más antigua de Cartago que alcanzan la segunda mitad del siglo IX a.C. con una media de 835-800 a.C. con el 95% de probabilidad. (Docter y otros 2005: 571 ss.).

A estas novedosas datas onubenses habría que sumar la fecha radiocarbónica de la fase inicial de El Carambolo, en Sevilla, interpretado tras las recientes excavaciones arqueológicas como un templo fenicio que en su fase fundacional ofrece una datación absoluta situada

en el intervalo entre 1020 y 810 a.C. al 95,4% de probabilidad, y con el 68,2% en el intervalo 930-830 (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005a, 2007, e.p.), una datación que se superpone a las dataciones más antiguas de Morro de Mezquitilla y las ya comentadas de Huelva.

El conjunto arqueológico recuperado en la calle Méndez Núñez de Huelva, aunque descontextualizado, comprende cerámicas fenicias adscribibles a la fase Tiro IV y ánforas fenicias similares a las de la fase del templo fenicio de Kommos (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 179 ss.), e importaciones cerámicas griegas del Subprotogeométrico I-II y III, y del Geométrico Medio II (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 184-185). La asociación de cerámicas protogeométricas griegas procedentes de contextos arqueológicos fechados por radiocarbono en Oriente apoya las altas dataciones onubenses. Así sucede en Tel-Rehov, donde cerámicas del Subprotogeométrico I-IIIa se han documentado en el estrato IV fechado en 1000-830 a.C., y en el estrato V con largas series de dataciones sobre semillas cuyas medias ponderadas a dos sigmas ofrecen los intervalos 900-830 a.C. y 925-830 a.C. (Mazar y Carmi 2001, Coldstream y Mazar 2003), fechas que apoyarían la datación del siglo IX a.C. o incluso del X a.C. para las cerámicas protogeométricas griegas.

Esta elevación de las dataciones tradicionales de las cerámicas protogeométricas se repite en contextos griegos con datos radiocarbónicos y dendrocronológicos muy seguros ofrecidos por el asentamiento macedonio de Assiros, que elevan el inicio del Protogeométrico griego a 1120 a.C. (Newton, Wardle y Kuniholm 2005), confirmando a su vez la tendencia observada en las dataciones aisladas de Kastanas, Assiros y Asine de retrotraer hacia finales del II milenio a.C. el comienzo del periodo Protogeométrico y antes de 995/950 a.C. el Geométrico (Castro, Lull y Micó 1996: 246-247, Mederos 1997a: 78) o en todo caso hacia 950 a.C. (Nijboer 2006: 267 ss.).

La presencia de algunos fragmentos cerámicos chipriotas en el conjunto de Méndez Núñez de Huelva, asignados al Chipro-Geométrico IIB/IIIB e inicios del Chipro-Arcaico, y de un cierto número de cerámicas sardas, como jarros-*askoi*, *vasi a collo* y ánforas del tipo ZitA 1 y 2 (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 183, 185-186), o el vaso askoide nurágico procedente de El Carambolo y fechado en el siglo IX a.C. (Torres Ortiz 2004: 46) vienen a atestiguar la continuidad de la participación de Cerdeña en las relaciones entre el Egeo y la Península Ibérica iniciadas varios siglos atrás.

A este respecto conviene recordar el conjunto cerámico de Sant'Imbenia en Cerdeña que presenta vasos eubeos importados del Subprotogeométrico decorados con semicírculos colgantes, al igual que los del conjunto

de Huelva, y que ha sido datado arqueológicamente a finales del siglo IX y comienzos del VIII a.C. (Oggiano 2000), corroborando una temprana presencia fenicia en Cerdeña. En estas relaciones transmediterráneas podría seguir siendo fundamental la escala cretense de Kommos, como podría deducirse del hallazgo en Huelva y Kommos de similares ánforas fenicias posiblemente producidas en Sarepta, datables en un periodo coetáneo y procedentes del santuario fenicio de la ciudad que presenta importaciones fenicias entre 900 y 760 a.C. (Shaw 1989: 16-17, 2000b: 1110, González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 181-182).

CONSIDERACIONES FINALES

La secuencia de importaciones mediterráneas registrada es prolongada en el tiempo, abarcando casi cuatrocientos años entre c. 1375 y 1000 a.C. en la Alta Andalucía con los datos actualmente disponibles, mientras que en el Suroeste peninsular se prolonga hasta 950 a.C., momento en el que la presencia fenicia se hace estable con la fundación de un asentamiento en Huelva.

La componente chipriota en las importaciones, ya presente en las cerámicas más antiguas de Cuesta del Negro, parece una constante hasta la presencia fenicia. La distribución de las importaciones a partir de una ruta que desde el Mediterráneo Oriental llegaría al Extremo Occidente partiendo quizá desde Ugarit y Chipre y dirigiéndose luego a Creta, Grecia continental, Sicilia y Cerdeña, muestra dos vías de distribución en el Sur peninsular: una por el Sureste y la Alta Andalucía, conectando el litoral con las altiplanicies granadinas del interior a través de las cuencas de los ríos Segura y Almanzora y sus afluentes interiores como el Guadiana Menor o el Guadalentín. Otra ruta seguiría la costa meridional ibérica hasta remontar el Guadalquivir, prolongándose tiempo después hasta Huelva.

Considerando la extensa secuencia de contactos mediterráneos, cabe preguntarse la medida en que las relaciones mediterráneas con el Sur peninsular supusieron cambios importantes en las sociedades autóctonas, para lo cual debemos considerar primero la intensidad de los contactos y el volumen y la naturaleza de las importaciones.

A la vista del total de importaciones en la Alta Andalucía y en general del Sur peninsular, más bien parece tratarse de contactos regulares en un intervalo de tiempo prolongado aunque de poca intensidad, lo que se aparta de la propuesta reciente de una suma de contactos esporádicos que habrían dejado importaciones aisladas (Martín de la Cruz y Lucena 2002: 158-159). Aún cuando tengamos sólo pequeñas muestras de las importaciones que realmente llegaron y pensemos que debieron llegar muchas más, el volumen de intercambios no debió ser

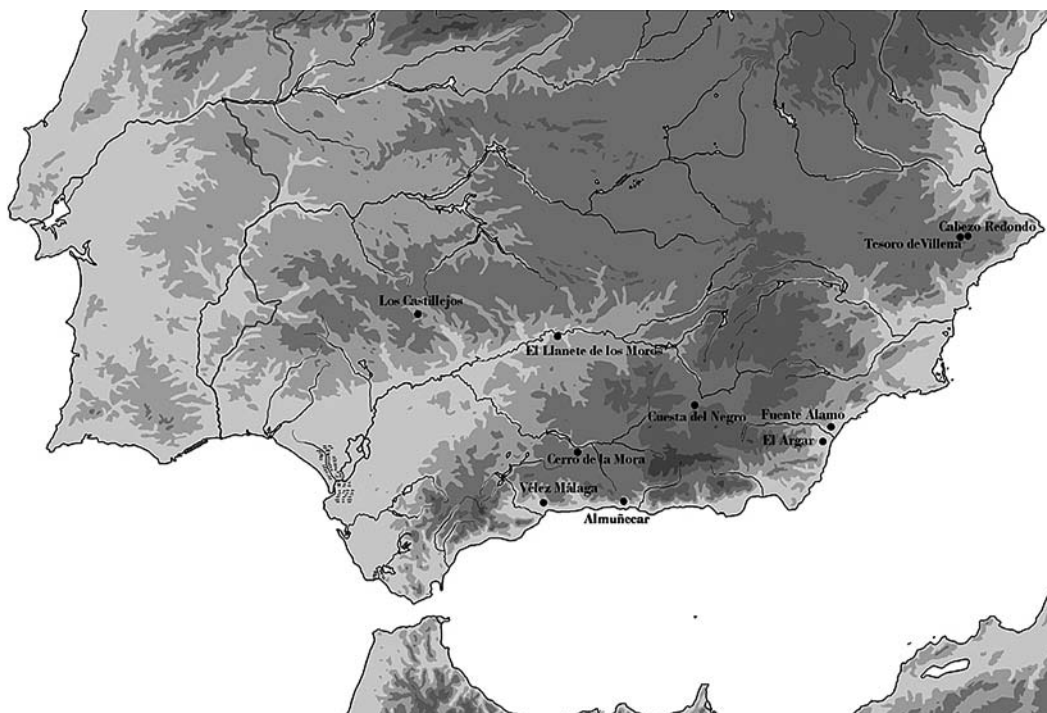


Figura 1
Distribución de importaciones mediterráneas y yacimientos de la Alta Andalucía del Bronce Tardío citados en el texto.



Figura 2
Distribución de importaciones mediterráneas y yacimientos de la Alta Andalucía del Bronce Final citados en el texto.

elevado, o al menos equiparable al observado en las mismas fechas en el Mediterráneo Central.

Los objetos que se importaron fueron principalmente pequeños contenedores cerámicos que debieron transportar alimentos específicos, soportes para sustentarlos y en menor medida vasos de mesa. Quizá pudiera tratarse de vino, pero carecemos de análisis al respecto. Los demás

objetos están relacionados con el vestido, como las fíbulas, indicadores de la importación de tejidos y vestidos (Cáceres 1997), útiles como hachas, que fueron pronto producidas en ambientes peninsulares al igual que las fíbulas, y elementos de adorno y tocado personal como las cuentas de collar de cornalina y el ámbar, o excepcionalmente objetos aislados de hierro.

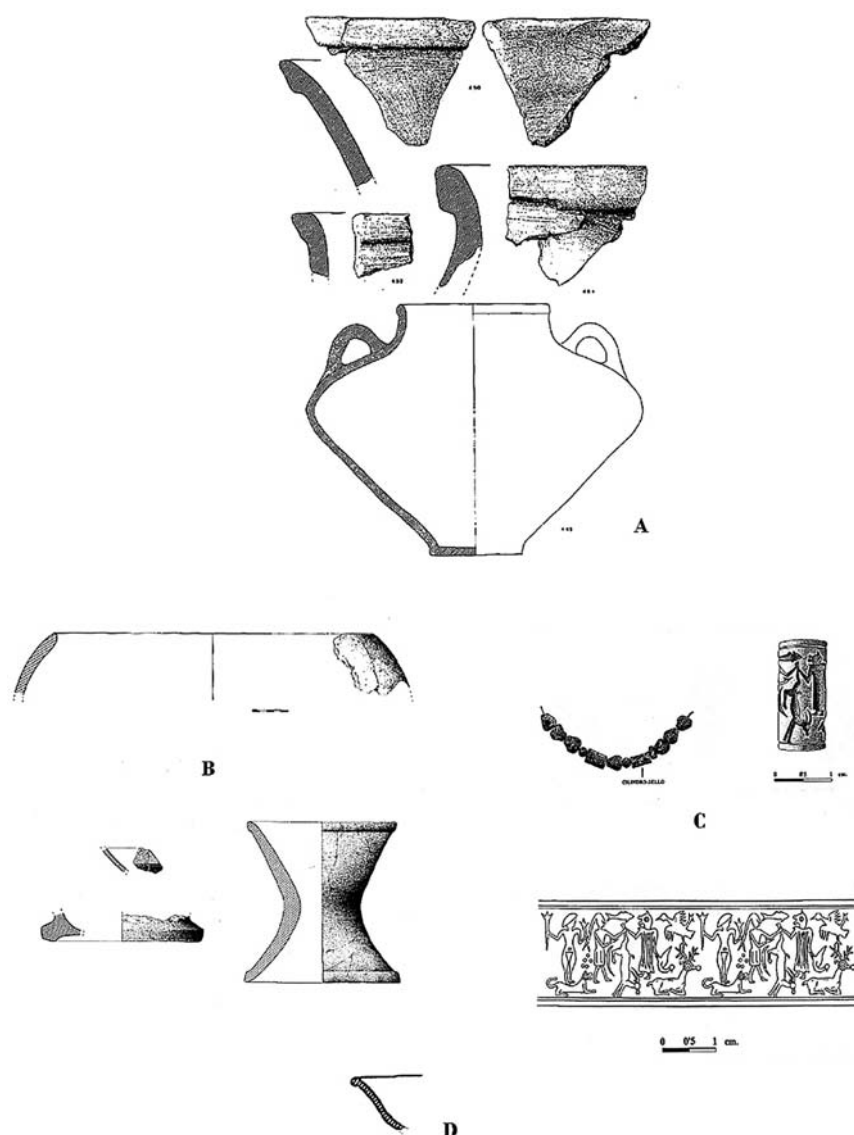


Figura 3

Cerámicas a torno de la Cuesta del Negro (Según Molina y Pareja 1975). B: Cerámicas a torno de El Llanete de Los Moros (según Martín de la Cruz 1988, 1993). C: Cilindro-sello de Vélez Málaga (según García Alfonso 1998). D: Fragmento a torno del Cerro del Real (según Pellicer y Schüle 1966).

La contemporaneidad de cerámicas con decoración tipo Cogotas I y cerámicas micénicas y chipriotas importadas en la Cuesta del Negro y el Llanete de los Moros, lejos de indicar la distribución de importaciones mediterráneas asociado a la distribución de cerámicas de aquel horizonte meseteño como se ha sugerido (Perlines y Blasco 1999: 473-475), estaría apuntando más bien a la existencia de unas mismas redes de difusión entre las distintas sociedades del Bronce Tardío y Final a través de las que circularon productos, tanto mediterráneos como atlánticos, aún suponiendo que todas las cerámicas con decoración tipo Cogotas I fuesen foráneas. Además, es lógico pensar que las cerámicas y otras producciones coetáneas aparezcan en los mismos contextos estratigráficos, sobre todo si lo que se difundieron fueron técnicas específicas de decoración.

La distribución en asentamientos del interior de muchas de las importaciones parece indicar que llegarían

desde el litoral formando parte de las propias redes locales de intercambio, unas redes que, más que de comercio propiamente dicho, es decir, de intercambio de bienes por su valor de cambio con intervención del dinero como medio equivalente entre los bienes, se trataría de intercambios asociados o ritualizados dentro de actividades sociales que podrían adquirir la forma de intercambio de dones en un estadio avanzado (López Castro 2005). Aunque desde las posiciones neofuncionalistas se pone el acento en los bienes que circularon, lo cierto es que el registro arqueológico no deja entrever que circularan muchos objetos, en todo caso muchos menos que durante el periodo colonial fenicio.

Esto nos lleva también a considerar si los contactos mediterráneos implicaron transformaciones sociales y productivas significativas, posición defendida por algunos investigadores que han propuesto la existencia de

un proceso de aculturación de cierta intensidad que implicaría innovaciones tecnológicas y la difusión de prácticas sociales tendentes a una mayor diferenciación social de las elites autóctonas (Almagro Gorbea 1988, 1998) e incluso de un sistema estatal (Ruiz-Gálvez 2000a: 16-17).

A la vista del esquema desarrollado en los apartados anteriores nos encontramos con una sociedad en el Sureste y la Alta Andalucía que estaba claramente estratificada desde el Bronce Pleno, hasta el punto de que ha sido considerada una formación estatal que continuaría en los siglos posteriores del Bronce Tardío y Final, en lugar de experimentar una regresión sociopolítica. Dado el carácter de las importaciones registradas, más encaminadas al consumo y a la ostentación personal, y las vías de distribución utilizadas podríamos suponer que los objetos de importación se integraron en el conjunto de prácticas de las sociedades autóctonas como ya ha sido defendido por otros investigadores (Wagner 1989, Alvar 1988a), sobre todo reforzando el papel de las elites existentes y contribuyendo a su reproducción. Además, parte de los elementos tradicionalmente asociados a la precolonización podrían ahora ser explicados por la temprana presencia fenicia del horizonte atestiguado en Huelva, con lo que la relación de elementos «precoloniales» que podrían testimoniar posibles transformaciones se vería sensiblemente reducida.

De hecho, aunque algunas innovaciones fueron adoptadas y reproducidas, como las fíbulas o las hachas de apéndices laterales, o quizás la inspiración en los tejidos o en las cerámicas importadas de determinadas decoraciones cerámicas, ello no implica que se produjeran avances tecnológicos, sino que esas innovaciones se acomodaron a la tecnología disponible. En este sentido no hay indicios de una temprana generalización de la producción de cerámicas a torno, ni de la metalurgia del hierro o de otras transferencias tecnológicas como la escritura, que sólo se difundirían posteriormente con la presencia fenicia estable y, sobre todo, cuando las sociedades autóctonas emprendieran un proceso de división social del trabajo que no podemos constatar por el momento antes del I milenio a.C.

A partir de finales del II milenio a.C., salvo el hallazgo de un fragmento de cerámica importada en el Cerro del Real de Galera y los objetos de adorno de los enterramientos almerienses y granadinos no disponemos de más datos sobre importaciones mediterráneas en el Sureste y la Alta Andalucía. Tampoco contamos por el momento con evidencias de una temprana presencia fenicia como en Huelva, por lo que da la impresión de que hacia comienzos del I milenio a.C. se habría producido un desplazamiento del interés de los navegantes

mediterráneos al Suroeste peninsular, probablemente para acercarse más a las fuentes de aprovisionamiento de estaño atlántico, con menos intermediarios, como los que parecen haber intervenido a través de la Meseta durante el Bronce Tardío. No por ello las costas de la Alta Andalucía y el Sureste dejarían de jugar su papel por las necesarias escalas marítimas.

La temprana presencia permanente fenicia en Cerdeña y Huelva, contemporánea al horizonte metalúrgico Venat/Baioes/Sa Idda como mostraría el taller de Peña Negra de Crevillente datado entre c. 850-600 a.C. (Castro, Lull y Micó 1996: 192) pondría de manifiesto cómo las redes de distribución de la Edad del Bronce se mantuvieron y se orientaron hacia el Mediterráneo Oriental por los fenicios desde comienzos del I milenio a.C.

La propuesta de hace dos decenios de Moscati (1983: 7), Bisi (1988: 225) Almagro (1989: 283) o Bernardini (1991) relativa a que las relaciones mediterráneas de la Edad del Bronce entre el Egeo y el Mediterráneo Central y Occidental protagonizadas por los micénicos serían continuadas por los navegantes chipriotas, que transmitirían el testigo a su vez a los fenicios parece confirmarse con los nuevos hallazgos arqueológicos. La participación de Chipre en los tráficos fenicios más tempranos, sobre todo teniendo en cuenta la temprana fundación de Kitión, ya tributaria de Tiro en tiempos de Hiram, muestra la continuidad de la componente chipriota que desde el siglo XIV a.C. está presente en las importaciones mediterráneas de Andalucía.

Las implicaciones históricas de la cronología radiocarbónica son importantes, pues las evidencias más recientes de relaciones mediterráneas de la Edad del Bronce contextualizadas en el hallazgo de la Ría de Huelva enlazan prácticamente con la presencia fenicia temprana registrada por las dataciones obtenidas en el conjunto material de la Calle Méndez Núñez de Huelva y en la fase inicial de El Carambolo delimitando una fase fenicia temprana que sigue la ruta del II milenio a.C. enlazando el Levante, Chipre, Cerdeña y la Península Ibérica. Un modelo de contacto que, aún no siendo todavía hegemónico, comenzaba a ser sistemático, por seguir la conceptualización de Alvar, y que se apoyaba en la fundación de templos como el de Kommos en Creta, o el de El Carambolo en Iberia instituidos como antecedentes inmediatos del proceso colonial fenicio. No sabemos por ahora qué sucedió en el caso concreto de Gadir, pero el modelo de fundación de un templo en una fase previa a la fundación de asentamientos coloniales propuesta por distintos investigadores (Acquaro 1988: 188, Almagro Gorbea 1989: 285, Wagner 1989: 423-425, Alvar 1988a: 442-443) parece ir obteniendo confirmación arqueológica.

Cobran ahora más sentido las menciones bíblicas a Tarshish y la identificación de este topónimo con el Extremo Occidente (Alvar 1982, Koch 1984, 2004) del que existe un indicio como la famosa estela de Nora, que aunque descontextualizada, mostraba caracteres paleográficos de una gran antigüedad (Amadasi y Guzzo 1986) que expresamente mencionaban el topónimo Tarsis.

El debate que se abre es de un enorme interés, pero las perspectivas de mejorar nuestro conocimiento dependen, sin embargo, de nuevas investigaciones en el periodo de finales del II milenio y comienzos del I a.C., que confirmen las expectativas y las hipótesis que se han venido planteando en la última década.

ABSTRACT

In this paper the author revises the material evidence of Mediterranean contacts with the Alta Andalucía region within the archaeological context, from the fourteenth century BC in the early Late Bronze Age to the beginnings of the permanent Phoenician presence in Iberia in the late tenth or early ninth century BC, in accordance with recent radiocarbon dates from Huelva. The probable origins of some of these finds suggests that these regular contacts were most likely conducted by Cypriot or Ugaritic seamen involved in the Mycenaean and Aegean traffic across the Mediterranean. Phoenician colonization could be a natural continuation of Late Bronze Age Aegean contacts with Cypriots involved in the Phoenician sea trade.

EL VALLE MEDIO DEL GUADALQUIVIR

José Clemente Martín de la Cruz*

Hace ya veinte años que publicábamos *Cerámicas inéditas del Bronce Final* (Martín de la Cruz y Baquedano 1987) y *¿Cerámicas micénicas en Andalucía?* (Martín de la Cruz 1987a), donde se recogían hallazgos de fragmentos de cerámicas a torno, de dos variedades muy diferentes, en el valle medio del Guadalquivir. Unos, los más numerosos, eran de paredes gruesas, compactas, muy bien cocidos y superficies bien alisadas. Los otros eran dos fragmentos de cerámicas, muy cuidadas, de excelente acabado, con pastas muy homogéneas, compactas, y decoradas con un barniz rojo oscuro, que presentaba un cuarteado desconocido en los acabados de las cerámicas peninsulares. Todos ellos procedían de la excavación del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), y de niveles con cerámicas a mano, locales, y con asociaciones de Cogotas I.

La crítica y, en algún caso, la descalificación, no se hizo esperar, pero gracias a la celebración del XI Congreso Internacional de IUSPP en Mainz (Alemania, 1987), donde estas cerámicas fueron estudiadas por especialistas, en una reunión que propició el Dr. Schubart, los Dres. Podzuweit (Institut für Vor-und Frühgeschichte, Universität, Regina-Pacis-Weg 7. Bonn) y Mommsen (Institut für Strahlen- und Kernphysik, Universität, NuBalee 14-16. Bonn), reconocieron la procedencia micénica de los fragmentos pintados y, con la ayuda de análisis de activación neutrónica, el taller en el que se fabricaron, el de Micenas-Berbatí (Martín de la Cruz 1990; Podzuweit 1990; Mommsen *et al.* 1990).

El problema a partir de ese momento era, explicar qué hacían esas cerámicas en la cuenca media del Guadalquivir, mediante qué proceso de intercambio, o contacto habían llegado y sobre todo abrir un profundo debate sobre la caracterización socioeconómica de los grupos locales para dilucidar, desde su estructura interna, sus capacidades para tener contactos a media o larga escala, el nivel de complejidad de su economía para mantenerlos, y buscar en sus repertorios materiales cotidianos, de uso doméstico y/o culturales, cualquier evidencia que aclarara la extensión y la intensidad del contacto; en suma, de la aculturación, porque sin duda las cerámicas procedían de fuera. En aquellas fechas, de la segunda mitad de los años ochenta, era necesario insistir en que no se abría una nueva

etapa de difusionismo oriental, sino que estábamos tratando de buscar las razones por las que era posible el contacto de gentes mediterráneas con culturas del mediodía andaluz, sobre todo porque no existían problemas irresolubles en la navegación, aunque esta fuese de «fortuna» (Luzón y Coín 1986).

La investigación tuvo que ampliar el marco físico, y se desarrolló en cuatro aspectos. A. Se buscó en la bibliografía documentación sobre hallazgos que hubiesen pasado desapercibidos, o que no estuviesen suficientemente valorados. B. Se trabajó en los análisis de las secuencias estratigráficas y sus contextos, para estimar su cronología relativa, que apoyara o no la deducida de los análisis morfométricos de los fragmentos de importación. C. Se desarrolló una sistemática de análisis de fluorescencia de rX, para determinar las composiciones y estimar el grado de afinidad de las piezas, que aún no ha finalizado porque se precisa una tozuda continuidad, disponibilidad de laboratorios, fondos, y porque las piezas para analizar aumentan a medida que vamos terminando la investigación sobre otros cortes inéditos del Llanete de los Moros. D. Se está trabajando todavía sobre un conjunto de series de fechas absolutas que posicionen bien la fracción de tiempo en el que se producen estos contactos o intercambios.

LA INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La búsqueda bibliográfica, y la comunicación personal con otros investigadores, nos llevó a la identificación de un conjunto de restos, procedentes en su mayoría de Andalucía, con una cronología muy dispar, pero que gran parte de ellos pueden fecharse en el último tercio del II milenio a.C. Incluiremos también dos hallazgos que no están en territorio de Andalucía pero que siguen demostrando la existencia de las comunicaciones utilizando el valle de los ríos, es el caso del Jabalón para del yacimiento de la Encantada (Ciudad Real), o el acercamiento a las costas orientales españolas, como es el caso de la Cova del Frare (Tarragona). El comentario de cada hallazgo lo haremos por orden cronológico, según la bibliografía, comenzando por los más antiguos hasta los más modernos:

ALTAR DE CUERNOS DE EL OFICIO (CUEVAS DE ALMANZORA, ALMERÍA) (figura 1)

Excavado por L. Siret, y carecemos de información precisa para deducir su cronología (Siret y Siret 1890; Siret 1893 y 1913: 119). En un estudio posterior sobre la cultura argárica (Lull 1983: 244), se propone una cronología de Argar A, que con las actualizaciones de fechas

* Universidad de Córdoba, ch1macrj@uco.es.

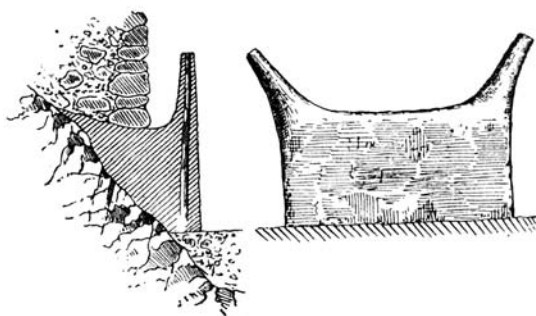


Figura 1
Altar de cuernos de el Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería).

radiocarbónicas calibradas, nos acerca a comienzos del II milenio ane.

PUNTAS DE JABALINA DEL DOLMEN DE LA PASTORA (VALENCINA DEL ALCOR, SEVILLA) (figura 2)

Localizadas fuera del dolmen, en la pendiente occidental del túmulo. Fueron estudiadas por Almagro (Almagro Basch 1962b) que las considera fabricadas en la Península Ibérica, siguiendo prototipos orientales, concretamente de Tell-el-Dweir y Ugarit. Las fecha entre el 1800-1600 ane.

Recientemente se ha publicado un trabajo (Montero y Teneishvili 1996) que analiza la composición de veintiocho de las treinta jabalinas llegando a la conclusión de que el mineral con el que fueron fabricadas es local, pero siguiendo un modelo formal foráneo, cuya mayor concentración se establece en torno al Mar Muerto, en Palestina. Del análisis de sus componentes se destaca la utilización de cobres y cobres arsenicales sin aleación con

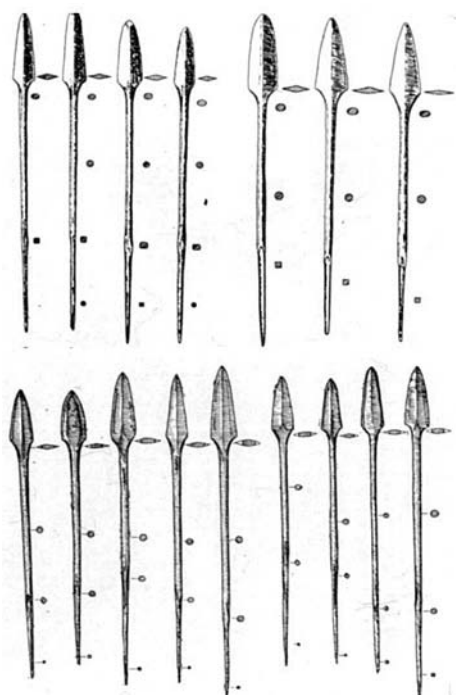


Figura 2
Puntas de jabalina del Dolmen de la Pastora (Valencina del Alcor, Sevilla).



Figura 3
Particular de la Tumba 9 de Fuente Alamo (Cuevas de Almanzora, Almería).

estaño y una gran homogeneidad en los valores de las impurezas, especialmente de plata y antimonio. Por ello las puntas de jabalina se interpretan como imitación de un modelo foráneo o como aparición de una nueva idea (local) cuya adopción fracasó. En cuanto a la cronología parece que la estimada por Almagro puede mantenerse, incluso más antigua, al no existir argumentos en contra.

CUENTAS SEGMENTADAS DE PASTA VITREA DE FUENTE ALAMO (CUEVAS DE ALMANZORA, ALMERÍA) (figuras 3 y 4)

Formaban parte del ajuar de un enterramiento individual en cista, la sepultura nº 9 de Fuente Alamo. La cronología estimada es de Argar B (Siret y Siret 1890; Schubart 1976a), aunque probablemente a un momento

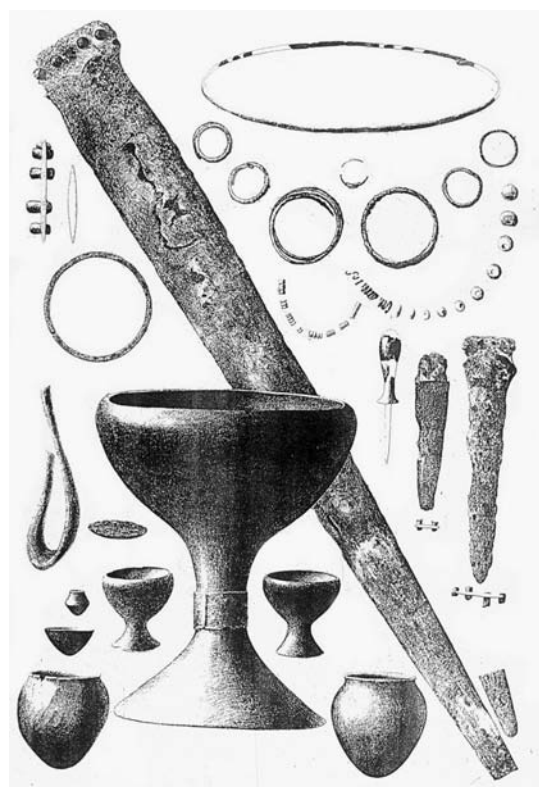


Figura 4
Ajuar de la tumba 9. Especial atención se dedica al collar de cuentas segmentadas de pasta vítrea.

bastante avanzado por la aparición de las cuentas de pasta vítrea, que deberían fecharse a partir del 1400 ane (Lull 1983: 211). De nuevo las cronologías radiocarbónicas calibradas elevarían la cronología de esta tumba, por encima del 1500 ane.

CUENTAS SEGMENTADAS DE PASTA VÍTREA DE COVA DEL FRARE –TAMBIÉN LLAMADA COVA DE LES RONDES– (LA LLACUNA, BARCELONA) (figura 5)

Materiales procedentes de sucesivas exploraciones de la cueva y asociados a enterramientos. Estas dos cuentas carecen de registro arqueológico claro y han sido estudiadas por Harrison, Martín y Giro en 1974. El problema de la cronología continúa siendo el mismo que el de las procedentes de Fuente Alamo, cuya discusión ya propuso V. Lull, si bien los análisis de Fluorescencia realizados sobre estas parecen indicar una procedencia distinta para cada una, a juzgar por el diferente contenido en estaño entre ellas (Rafel 1977-78: 54). Con todo, el estudio realizado (Harrison *et al.* 1974), eleva la cronología de las mismas hasta unas fechas comprendidas entre el 1700-1450 ane.

Este tipo de cuentas segmentadas son frecuentes en el Mediterráneo y, están bien documentadas en Italia sur, como en el yacimiento de Salina (Cabaña F. ficha 53, y Villaggio Della Portela, ficha 55) (Cefalogli 2003), fechadas a partir del siglo XV ane.

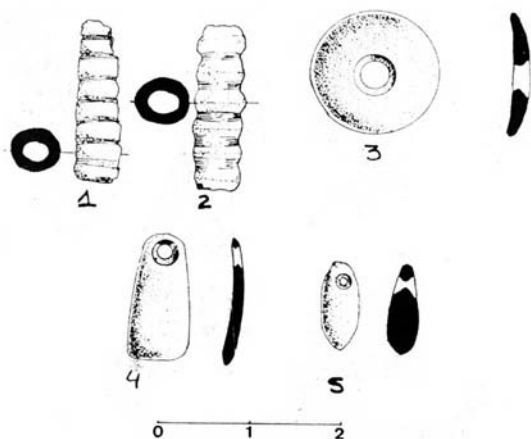


Figura 5
Cuentas segmentadas de pasta vítrea de Cova del Frare.

ALTAR DE CUERNOS DE LA ENCANTADA (GRANÁTULA DE CALATRAVA, CIUDAD REAL) (figura 6)

Asociada a una construcción que sus excavadores interpretan como «templo funerario» y que vinculan con unas relaciones constantes entre la cuenca oriental del Mediterráneo, en particular anatólicas, y la Península Ibérica (Sánchez Meseguer *et al.* 1985). La cronología obtenida por C-14 para el nivel III (Nieto Gallo y Sánchez Meseguer 1980) permite fecharlo en el siglo XIV a.C. (CSIC-427:1380+-

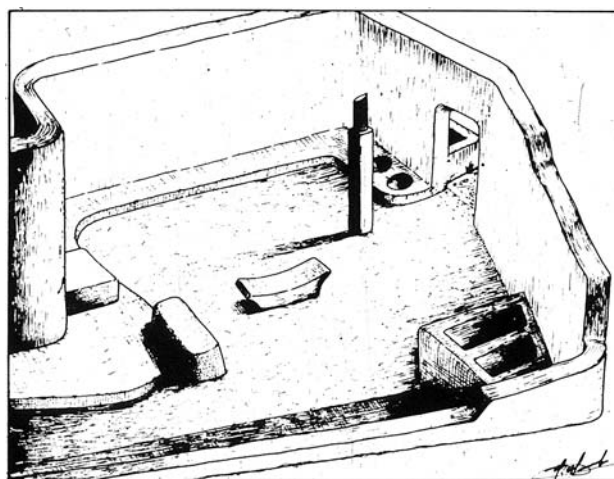


Figura 6
Altar de cuernos de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real).

50 ane. CSIC- 425:1310+-50 ane), o entre los siglos XVII-XVI A.C. por medio de la calibración directa de estas fechas, que proporciona las siguientes, 1625 y 1527 ANE respectivamente. La calibración por dendrocronología da 1618 y 1546 ANE como tendencias centrales y unos intervalos entre 1699-1538 y 1617-1476 ANE, respectivamente. Ambas calibraciones con una probabilidad de 1 sigma (Castro *et al.* 1996).

CILINDRO-SELLO DE VELEZ MÁLAGA (MÁLAGA). (figuras 7a y 7b.2).

Desaparecido desde casi el momento de su hallazgo, debió encontrarse hacia la segunda mitad del siglo XIX, en el interior de una tumba, cuyo contenido –sólo se dice de las cuentas de collar- fue vendido a un platero en 1874



Figura 7a.



Figura 7b
Collares de Vélez Málaga (2) y Almuñécar (3). Figura modificada de la antigua V, de Rodríguez Berlanga, 1891.

(Rodríguez de Berlanga 1891: 333, láms. IIII y V). Las escasas referencias de las cuentas de collar dicen que «unas son de vidrio de colores, entre ellas alguna de lapislázuli». El cilindro-sello es de hematites y mide 18 mm de largo y 8 mm de diámetro. Tras un estudio realizado por Blanco (Blanco Freijeiro 1962) se le considera fabricado por un taller sirio, con una cronología comprendida entre el 1450 y 1350 a.C.

COLLAR DE ALMUÑECAR. GRANADA (figura 7b.3)

En la misma publicación en la que se relata el hallazgo del collar con el Cilindro-sello de Vélez-Málaga, se dice también que hacia el 1870 se localizó parte de un antiguo enterramiento, cuyo ajuar salió fuera del país, pero entre lo que quedó existe un aderezo cuyas cuentas son de vidrio, hueso, lignito y algunas al parecer de ámbar, rematado con dos adornos de cobre en sus extremos y teniendo en el centro un cilindro de cornalina sin grabado-que conserva el sr. D. Eduardo J. Navarro y que se encontró en una de aquellas sepulturas (Rodríguez de Berlanga 1891: 334).

La presencia de cuentas de ámbar y el cilindro de cornalina en este collar al igual que el lapislázuli en el de Vélez-Málaga nos inclina a vincular estos hallazgos con la actividad de intercambio micénica mejor que con la de los fenicios, como se había venido explicando hasta ahora (Blanco Freijeiro 1962), pero no tenemos evidencias para proponer una cronología más aproximada.

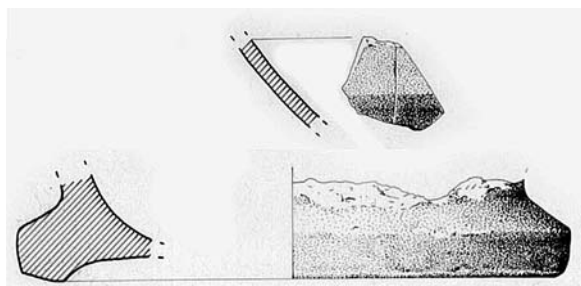


Figura 8
Fragmentos micénicos del Llanete de los Moros, procedentes del taller Micenas-Berbatí (Peloponeso. Grecia).

CERÁMICA A TORNO PROCEDENTE DEL LLANETE DE LOS MOROS (MONTORO. CÓRDOBA) (figura 8a 11).

En el conjunto de cerámicas hay que diferenciar dos grupos, uno el constituido por dos fragmentos micénicos asociados a contextos culturales estratificados de finales del II milenio a.C. La cronología relativa de estas piezas puede corresponder tanto a un Micénico Reciente IIIA-IIIIB, como a un IIIC, dada la pequeñez de los fragmentos. Proceden del taller Micenas-Berbatí (Argolida), como se ha podido comprobar gracias a los análisis de Activación Neutrónica (Mommensen *et al.* 1990). Por el contexto en que aparecen las fechamos a partir del siglo XIII a.C. (Martín de la Cruz 1987a, 1987b, 1988, 1990 y 1991a; Podzuweit 1990) (figuras 8 y 9). Estos dos fragmentos son muy pequeños, pero parece que pueden corresponder formalmente a una cratera y a una taza, aunque inicialmente esta segunda forma se identificó como copa (Podzuweit 1990). La cronología absoluta sin calibrar sitúa estas piezas en torno al 1110 \pm 60 y 1070 \pm 60 a.C. La calibración directa las eleva hasta 1374 y 1300 ANE respectivamente, y la calibración dendrocronológica a tendencias centrales de 1343 y 1305, así como a intervalos de 1413-1273 y 1393-1217 ANEm, respectivamente, ambas con una probabilidad de 1 sigma (Castro *et al.* 1996).

Otro conjunto de piezas está formado por más de sesenta fragmentos de fabricación a torno, pero que sólo caracterizan tres únicas formas: Soporte, Vaso globular (figuras 10 y 11) y Vaso contenedor. Contamos con una fecha radiocarbónica para un contexto en el que se asocia un soporte y un vaso contenedor, procedente del estrato I del corte B-1.2, que da 950 \pm 50 a.C. y que su calibración directa nos lleva al 1091 ANE. La dendrocronológica la eleva hasta 1114, con unos intervalos comprendidos entre 1212-1015.

Otra fecha para un fondo de un vaso contenedor, procede de estratos en los que se inicia el Bronce Final en el corte R-1 (Martín de la Cruz 1987b: Fig. 23, 133). Las dataciones son de 980 \pm 110 a.C y de 1030 \pm 130 a.C. Su calibración directa las lleva a 1134 y 1247 respectivamente,

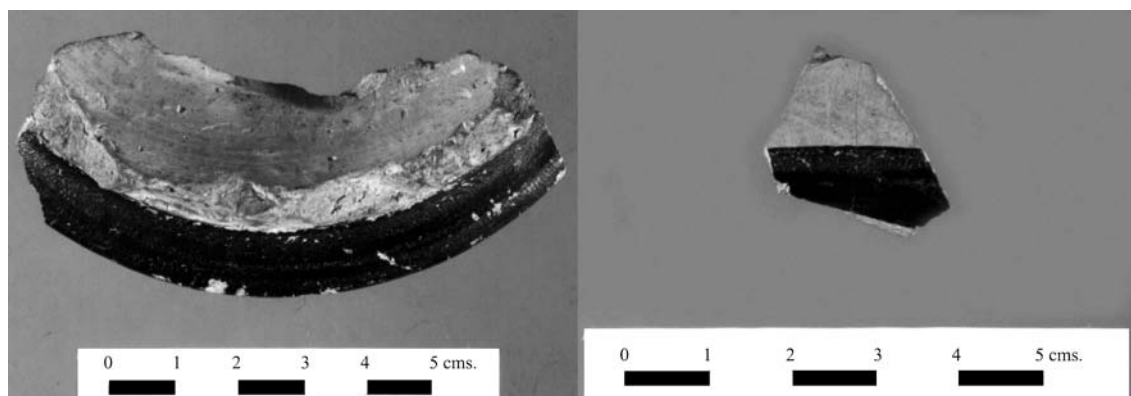


Figura 9
Fragmentos micénicos del Llanete de los Moros, procedentes del taller Micenas-Berbatí (Peloponeso. Grecia).

y la calibración dendrocronológica a tendencias centrales de 1155 y 1215 ANEm, con intervalos comprendidos entre 1330-980 y 1410-1020 ANE, respectivamente y con la misma probabilidad que las demás fechas citadas (Castro *et al.* 1986).

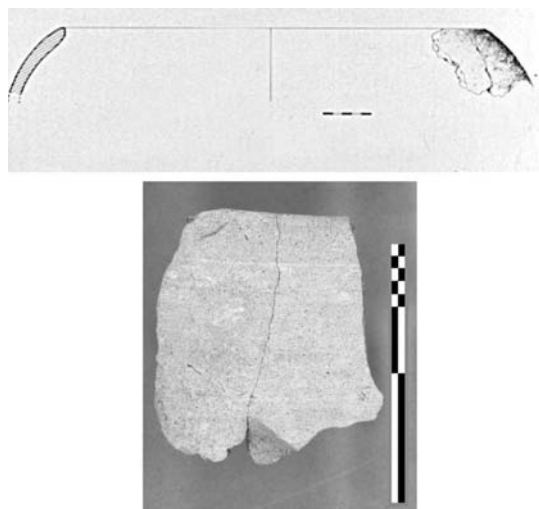


Figura 10
Vaso globular fabricado a torno, procedente de el Llanete de los Moros (Montoro. Córdoba).

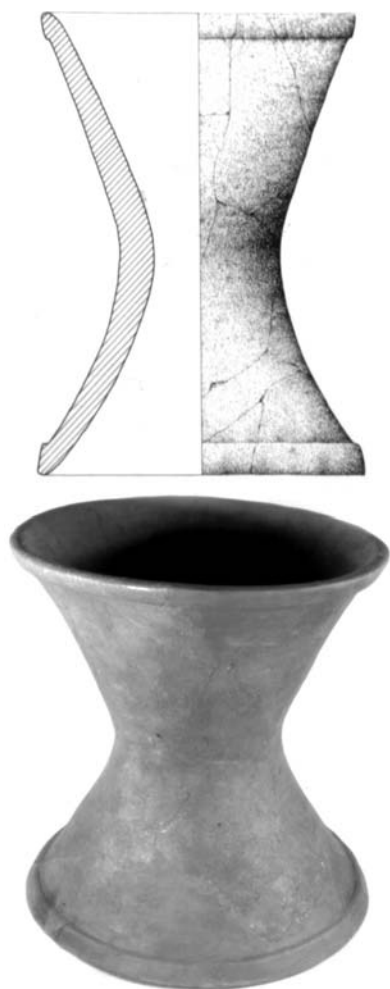


Figura 11
Soporte fabricado a torno, procedente de el Llanete de los Moros (Montoro. Córdoba).

CERÁMICA A TORNO PROCEDENTE DE CARMONA (SEVILLA) (figura 12)

Sólo conocemos la forma de soporte (Pellicer y Amores 1985: 147, fig. 57V). Carecemos aún de mayores precisiones cronológicas, pero estimamos unas fechas de finales del II milenio a.C. sin calibrar.

CERÁMICA A TORNO PROCEDENTE DE LA CUESTA DEL NEGRO (PURULLENA, GRANADA) (figura 13)

Se trata de un conjunto semejante al montoreño, a excepción de la cerámica micénica. Morfológica y métricamente se distinguen dos formas, un soporte y un vaso contenedor, en cuyo interior se halló trigo carbonizado. Los autores (Molina y Pareja 1975) ya se habían percatado que

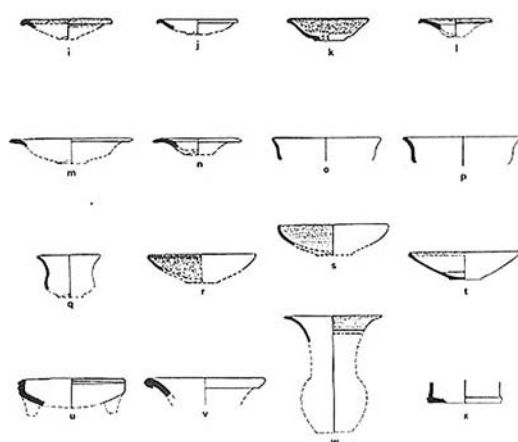


Figura 12
Detalle de la figura 57 de Pellicer y Amores (1985). La forma «v» se recoge en el conjunto del repertorio de vasos a torno abiertos.

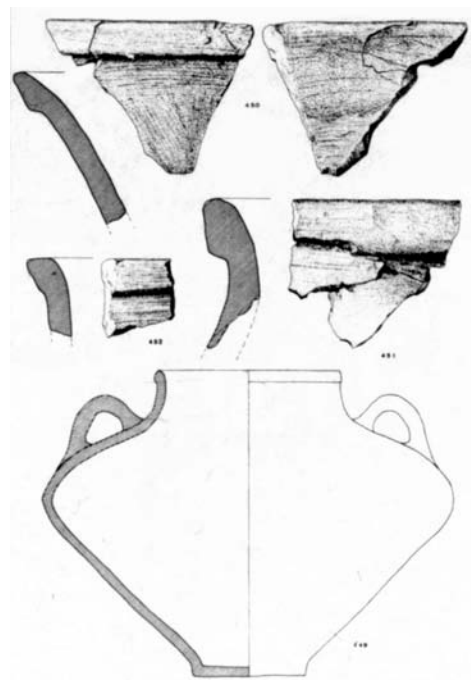


Figura 13
Cerámicas a torno procedentes de la Cuesta del Negro (Purullena. Granada). Los tipos representados se corresponden con soportes y vaso contenedor.

lo que excavaron en el estrato VI sur, era algo distinto, que no conocían y tuvieron el rigor científico de expresarlo así. Formaban parte del utillaje de una cabaña, con una localización precisa en una estructura diferenciada (Molina y Pareja 1975: 28), cuya destrucción ha sido fechada por C-14 sin calibrar, en 1210+/- 35 y 1145+/- 35 a.C. (Molina 1978: 170). La calibración directa da 1444 y 1398 ANE respectivamente. La calibrada por dendrocronología, con probabilidad de 1 sigma, proporciona las siguientes tendencias centrales 1445 y 1380 ANEm, con unos intervalos entre 1473-1417 y 1427-1334 ANE, respectivamente.

Resulta difícil encontrar formas semejantes en el Mediterráneo, bien porque los formatos originales se hubieran fabricado en metal, a modo de trípodes, o porque estas formas, sin decorar, suscitan poco interés entre los investigadores de la edad del Bronce en el Mediterráneo. Sin embargo hay una pieza en el sur de Italia, procedente del yacimiento de Broglio di Trebisacce, que parece corresponder a un soporte como los de Montoro, Purullena o Carmona (Peroni y Vanzetti 1998: tav. II. 7), fechado en el Bronce Reciente

CERÁMICA A TORNO PROCEDENTE DE GATAS (ALMERÍA) (figura 14)

Estos fragmentos están en estudio y corresponden morfológicamente a un vaso contenedor (Gatas), que conocemos gracias a la colaboración de los directores del proyecto Gatas, en particular a V. Lull que nos proporcionó la posibilidad de analizarlo (Castro *et al.* 1991: fig. 4), fechable en la fase VI de Gatas (Castro *et al.* 1995).

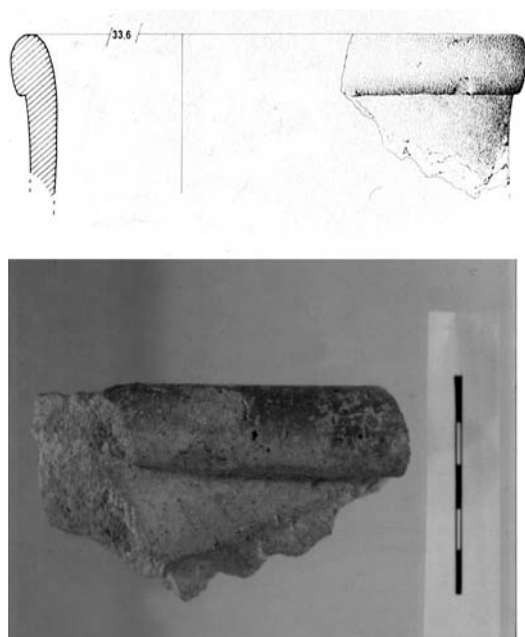


Figura 14
Cerámica a torno procedente de Gatas (Almería).

COLGANTES Y CUENTAS DE CORNALINA (figuras 15 y 16).

Recientemente hemos publicado un conjunto de piezas fabricadas en cornalina, colgantes y cuentas, que han aparecido tanto en prospecciones superficiales como en excavaciones. Su distribución queda reducida a la zona occidental de Andalucía y refuerza la vía del valle del Guadalquivir como ruta de penetración al interior, pero también ayuda a valorar los otros caminos fluviales de la costa sur mediterránea.



Figura 15
Colgantes.

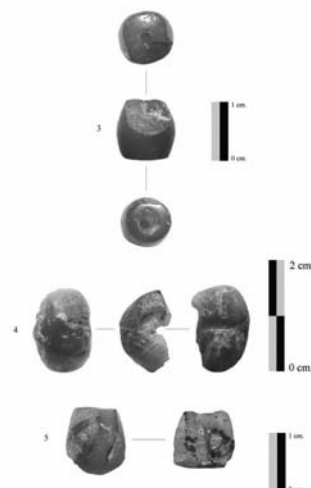


Figura 16
Cuentas.

Los lugares de aparición son : Cerro de Córdoba (Castro del Río) y Los Castillejos (La Granjuela) en la provincia de Córdoba, y Sierra de San Cristóbal y Pocito Chico (Puerto de Santa María), en la provincia de Cádiz. La cronología general estimada, sin calibrar, estaría en torno al 1100/1000 a.C. (Martín de la Cruz 2004).

Los hallazgos gaditanos revalorizan los antiguos restos de Almuñecar y Vélez Málaga (Rodríguez de Berlanga 1891), en los que la cornalina, el lapislázuli y el ámbar serían productos relacionados con los intercambios de finales del II milenio a. C. y no con la colonización fenicia.

LAS SECUENCIAS ESTRATIGRÁFICAS

La única documentación estratificada que conocemos hasta el momento, procede del Llanete de los Moros (Montoro. Córdoba), y los 60 fragmentos a torno, incluidos los dos de procedencia micénica, de los cortes estudiados hasta ahora, están asociados, generalmente, a la cultura de Cogotas I en el valle del Guadalquivir, si bien hay un fragmento, del estrato I-A.3 del corte R-2, que parece ser anterior a la primera presencia de la cultura meseteña.

R-1	R-2	R-3/R-4	Q-3	R-5	B-1.2	A-1.4
III A: 1	I-A.3 : 1	III.1	III.1: 1	I: 12	I: 8	I: 1
	II	III.2: 1				II. 1
	III	III.3	III.3: 1			
	IV	III.4: 3	III.4			
	V: 1	IV	IV			
	VI: 3	V	V			
	VII: 1	VI: 4	VI: 9			
	VIII: 4	VII	VII			
	IX	VIII	VIII/IX: 1			
	X	IX: 1	IX			
		X: 2	X: 1			
		XI: 1	XI: 1			

Figura 17

Cuadro con la secuencia de cortes del Llanete de los Moros estudiados hasta el momento, indicando el número de fragmentos a torno que dan forma, por estratos.

Desaparecen al mismo tiempo que se rarifica Cogotas I, y con las primeras evidencias de la configuración formal de lo que denominaremos Bronce Final.

En el caso de la secuencia de Carmona, en los dos cortes CA-80/A y B, se inician con una ocupación clara de finales de segundo milenio con fragmentos de Cogotas I, o más antigua con campaniforme, incluido un enterramiento en pithos, que corresponden a los niveles 23 y 13 respectivamente (Pellicer y Amores 1985: figuras 4 y 5). La pieza a torno de la fig. 57 v, no viene recogida en ninguna de las figuras de materiales distri-

buidas por niveles, se relata su procedencia del nivel 23, que es el inferior, pero del que solo se presenta el material recogido en la figura 13 que se considera base de la estratigrafía por estar fabricado a mano. Se podría asegurar que sólo la manufactura a torno de la pieza 57 v, fue el argumento para fecharla en época colonial, cuando realmente estaba contextualizada con el resto de las piezas de la base estratigráfica.

En el caso de la Cuesta del Negro, su posición está perfectamente fijada, tanto desde el punto de vista de la morfología y fabricación, como de la cronología absoluta (Molina y Pareja 1975: 28).

LAS ANALÍTICAS

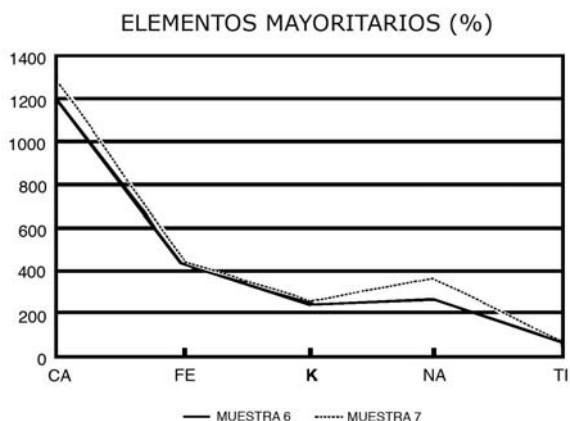
Las observaciones directas no eran suficientes si queríamos demostrar que las composiciones de los barros con los que se fabricaban las cerámicas denominadas de «importación», eran distintas a las de los conjuntos cerámicos con los que se asociaban, tanto las cerámicas locales como las de Cogotas I.

Para ello se aplicó una analítica diversificada por medio de Difracción de Rayos X, Activación Neutrónica y Fluorescencia de Rayos X.

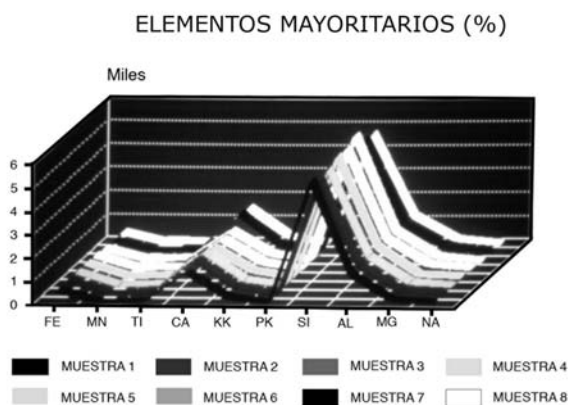
La Activación Neutrónica sobre los dos fragmentos micénicos ya esta comentada, y permitió identificar el taller de procedencia (Micenas-Berbatí) (Mommsen *et al.* 1990). Esta misma analítica se aplicó a dos fragmentos, uno de soporte y otro de contenedor, procedentes de Llanete de los Moros y Cuesta del Negro, respectivamente, que dieron una composición muy semejante tanto en los elementos mayoritarios como en los minoritarios (figuras 18a y 18b).

La Fluorescencia de Rayos X se practicó sobre veintidós fragmentos, veinte de ellos procedentes del yacimiento cordobés, uno del granadino y el otro procedente de la zona C de Gatas. Los resultados indicaron que todas las piezas eran semejantes, tanto en los elementos mayoritarios como en los minoritarios; la única excepción en esa regularidad la representa el Bario, que por su volatilidad y a juicio de los químicos, es un elemento que no debe ser considerado, por lo que podría decirse que todas las piezas analizadas proceden de un mismo territorio (figuras 19a y 19b).

Dada la carencia de información analítica que existe en el Mediterráneo, y teniendo en cuenta que estamos trabajando sobre muestras de cerámicas destinadas al comercio, que no son de interés preferente en la investigación mediterránea, hemos optado por hacer una propuesta de las características mineralógicas de estas piezas, estableciendo sus recurrencias medias y sus desviaciones estándar, con el objetivo de difundir esta caracterización por si otros análisis semejantes, en otros



Figuras 18a y 18b
Gráficas de distribución de los elementos mayoritarios y minoritarios sobre dos muestras de cerámica de importación. Muestra 6 procedente del El Llanete de los Moros en Montoro, y la 7 procedente de la Cuesta del Negro en Purullena.



Figuras 19a y 19b
Perfil de frecuencias de elementos mayoritarios y minoritarios que presentan el conjunto de piezas analizadas. El detalle reúne un grupo de ocho muestras, entre ellas, la nº 4, procede de la Cuesta del Negro de Purullena (Granada).

MEDIAS Y DESVIACIONES ESTANDAR									
	SI	AL	FE	MG	CA	K	P	TI	MN
MEDIA	53.78	11.66	4.50	1.55	12.80	2.63	0.23	0.62	0.05
DESVIACION	3.76	1.63	0.72	0.45	1.67	0.22	0.07	0.07	0.01

	RB	CU	SR	CO	NI	ZN	ZR	BA	PB	LA	CR
MEDIA	83.95	27.90	385.6	9.42	41.24	79.86	214	633.4	18.67	24.38	77.10
DESVIACION	7.21	9.24	67.19	2.82	17.9	14.21	28.05	235.5	2.35	8.93	40.57

Figura 20
La Fluorescencia de Rx nos ha proporcionado una evidencia suficientemente sugerente, aunque tenemos que contrastarla con un repertorio más amplio, que permita asegurar la misma procedencia en todas las piezas. En la zona superior los porcentajes de los óxidos mayoritarios; en la inferior los minoritarios expresados en partes por millón (ppm).

lugares, pueden darnos información sobre procedencias o mercados (Martín de la Cruz y Perlins Benito 1993: 342-343) (figura 20).

También los hallazgos de cornalina fueron analizados con metodología no destructiva, con Difracción

de rX (figura 21). Los porcentajes de óxidos de sílice están en todos los casos por encima del 97%, con una desviación estándar entre 0,06 y 2,08 %. El valor medio y su desviación en cada una de las piezas permite observar que las procedentes del Cabezo de Córdoba, Pocito Chico 1, Pocito Chico 3 y Pocito Chico 4 están por encima del 97% pero no llegan al 98%. Las piezas procedentes de Los Castillejos, San Cristóbal y Pocito Chico 5, tienen una frecuencia de óxido de sílice superior al 99%.

Las leves diferencias de color pueden estar relacionadas con la mayor o menor frecuencia de óxido de hierro, sin embargo, todas tienen porcentajes similares, entre el 0,18 y 0,28 de las piezas cordobesas, Cabezo de Córdoba y Castillejos, y los 0,11 y 0,19 de las gaditanas de Sierra de San Cristóbal y Pocito Chico 4 y 5. Las diferencias en las muestras Pocito Chico 1 y 3, cuyas frecuencias en óxido de hierro sólo alcanzan 0,05 y 0,1%, nos llevan a considerar, al menos, dos procedencias, dos canteras, aunque ambas puedan ser probablemente egipcias (Dud'a y Rejl 1989).

CABEZO DE CORDOBA		
%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃
CC-1	95,12	0,44
CC-2	98,03	0,33
CC-3	96,4	0,62
CC-4 *	74,37	2,08
CC-5 *	86,69	0,61
CC-6 *	48,75	0
CC-7 *	56,31	3,64
CC-8 *	38,13	2,45
CC-9 *	21,01	1,18
CC-10	99,46	0,14
CC-11	96,88	0,3
CC-12	93,85	0,54
CC-13	99,37	0,14
CC-14	98,64	0
CC-15	99,81	0
CC-16 *	30,37	0

Promedio	97,5	0,28
DesvEst	2,08	0,22
DesvEstTp	1,97	0,21

LOS CASTILLEJOS		
%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃
LC-1	98,55	0,59
LC-2	99,55	0,45
LC-3	99,37	0,51
LC-4	98,74	0,18
LC-5	98,62	0,18
LC-6	98,99	0,12
LC-7	98,43	0,23
LC-8	99	0
LC-9	98,51	0
LC-10	99,42	0,19
LC-11 *	56,36	1,36
LC-12 *	22,32	1,41
LC-13	99,53	0
LC-14	99,24	0
LC-15	99,3	0,24
LC-16	96,75	0
LC-17	100	0
LC-18 *	2,74	0
LC-19 *	12,74	0
LC-20 *	0	17,15

Promedio	98,93	0,18
DesvEst	0,75	0,2
DesvEstTp	0,73	0,19

SAN CRISTÓBAL		
%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃
SC-1	99,44	0,09
SC-2 *	58,53	3,37
SC-3	99,61	0,07
SC-4	99,33	0,18
SC-5 *	92,09	1,13
SC-6	98,96	0,23
SC-7	99,8	0
SC-8 *	73,4	0,18
SC-9 *	16,76	0

Promedio	99,42	0,11
DesvEst	0,32	0,09
DesvEstTp	0,28	0,08

POCITO CHICO											
%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃	%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃	%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃	%	SiO ₂	Fe ₂ O ₃
PC-1/1	97,75	0	PC-3/1	98,14	0,25	PC-5/1 *	43,76	1,66	PC-4/1	98,66	0,17
PC-1/2	97,24	0	PC-3/2	97,91	0,1	PC-5/2	99,24	0,17	PC-4/2	96,33	0,22
PC-1/3	96,9	0,37	PC-3/3	97,63	0,1	PC-5/3	99,16	0,17	PC-4/3	96,32	0,18
PC-1/4	99,61	0	PC-3/4	94,2	0,12						
PC-1/5	94,2	0	PC-3/5	98,7	0,05	Promedio	99,2	0,17	Promedio	97,1	0,19
PC-1/6 *	43,37	2,58	PC-3/6	99,34	0	DesvEst	0,06	0	DesvEst	1,35	0,03
PC-1/7	96,99	0	PC-3/7 *	89,97	0,95	DesvEstTp	0,04	0	DesvEstTp	1,1	0,02
PC-1/8	100	0									
PC-1/9 *	21,07	0,47	Promedio	97,65	0,1						
PC-1/10*	3,23	0,28	DesvEst	1,8	0,08						
			DesvEstTp	1,64	0,08						
Promedio	97,52	0,05									
DesvEst	1,93	0,14									
DesvEstTp	1,79	0,13									

* Impurezas.

Figura 21

Medias y desviaciones estándar de los colgantes y cuentas de collar de cornalina. Para su estimación se ha prescindido de las muestras marcadas con asterisco, que son impurezas que se han analizado para estimar los sedimentos de procedencia.

<i>Cuesta del negro</i>	<i>Cerro de la encantada</i>	<i>Llanete de los Moros</i>	<i>Pocito chico</i>
GrN 7284:1398 cal ANE	CSIC 401: 1599/1556 cal ANE	CSIC 624: 1091 cal ANE	UGRA 549: 395 cal ANE
GrN 7285: 1444 cal ANE	CSIC 402: 1542 cal ANE	CSIC 794: 1300 cal ANE	UGRA 550: 771 cal ANE
	CSIC 425: 1527 cal ANE	CSIC 795: 1374 cal ANE	UGRA 551: 1253 cal ANE
	CSIC 426: 1520 cal ANE	UGRA 190: 1134 cal ANE	
	CSIC 427: 1625 cal ANE ANEANE	UGRA 159: 1247 cal ANE UGRA 187: 1109 cal ANE	
	CSIC 924: 1646 cal ANE		

LA CRONOLOGÍA ABSOLUTA

Las únicas cronologías absolutas que poseemos proceden de El Llanete de los Moros, Pocito Chico, Cuesta del Negro y de Cerro de la Encantada.

CONSIDERACIONES FINALES

Las piezas que hemos dado a conocer recientemente, unidas a la documentación con la que ya contábamos (Martín de la Cruz 1990, 1991b, 1994, 1996, 1999 y 2004; Martín de la Cruz y Perlín Benito 1993; Martín de la Cruz y Lucena Martín 2002), obligan a continuar replanteando algunas cuestiones básicas.

Desde el punto de vista del desarrollo local, está claro que si lugares como *La Granjuela* o *Cabezo de Córdoba* no hubieran estado habitados no tendría sentido la presencia de estas piezas exóticas. Si estaban habitados, y según el estado de nuestros conocimientos, la morfología de los restos arqueológicos documentados que los podrían contextualizar en sentido amplio, nos retrotrae a finales del III y todo el II milenio a.C. Al preguntarse por qué en esta zona, tendría sentido pensar que su presencia se debe a la valorización de rutas que serían conocidas desde la edad del Cobre, y que en el caso de Los Castillejos nos marca el interés por la metalurgia del norte cordobés y las tierras del Guadiana. Estos hallazgos, con una cronología de fines del II milenio a. C., en contextos morfológicos locales arcaicos, cuestionan el *hiatus* de ocupación entre las comunidades de finales del segundo milenio y el Bronce final, y nos pone, una vez más, ante la evidencia de una fenomenología material y tecnológica de arcaísmo, aunque paralelamente pueda existir una organización social de características más modernas, como la que subyace en el ritual de amortización de la cabaña de Pocito Chico. Esta aparente contradicción tiene que hacerse más visible por medio de una investigación en la que confluya la excavación arqueológica y el conocimiento del territorio, de donde deducir las variables que condujeron a una determinada estrategia de ocupación.

En relación con la naturaleza de los hallazgos, es preciso recalcar que alguno de ellos son superficiales, descontextualizados, que se han identificado como en el caso de las cornalinas de *La Granjuela* y *Cabezo de Córdoba*,

porque un objeto de color rojizo-anaranjado y brillante, en un contexto de cerámicas fabricadas a mano y de color oscuro, llama la atención, por lo que es de suponer que, junto con estos, deben existir otros indicios menos llamativos de las actividades de intercambio, a los que no se les ha prestado atención.

Por otro lado, se acentúa la necesidad de conocer mejor la caracterización socioeconómica de las comunidades de la Andalucía del valle bético durante el segundo milenio, pero también algunos aspectos vinculados con las relaciones costeras de las de Andalucía oriental durante el bronce tardío postargárico, porque debieron ser ellas mismas o por su mediación, las que permitieron que el flujo de contactos y actividades de intercambio llegara al Guadalquivir, ya que mientras la estructura sociopolítica del Argar se mantuvo, el control del territorio fue tan efectivo que los contactos mediterráneos no perforaron sus límites.

Con la información procedente de los contextos arqueológicos y de cronología absoluta (Martín de la Cruz y Perlín Benito 1993), disponible hasta el momento (figura 22), en los que insertar los hallazgos aislados, se deduce que aquellos de cronología más antigua son, probablemente, el conjunto de jabalinas de la Pastora, que aunque de fabricación local, presentan tipos desconocidos y nunca repetidos en la península como resultado de una «no aceptación social» (Montero Ruiz y Teneishvili



Figura 22
Distribución de hallazgos relacionados con los distintos procedimientos de intercambio y contactos con gentes mediterráneas. La numeración hace referencia a los últimos hallazgos de cornalina.

1996). Algo más tarde podrían datarse los altares de cuernos de El Oficio y La Encantada, las cuentas de collar segmentadas de la sepultura 9 de Fuente Álamo y los collares con separadores de ámbar y sello cilíndrico de Almuñécar y Vélez Málaga respectivamente.

Después de mediado el segundo milenio aumenta la frecuencia de hallazgos en la Andalucía bética; junto a las piezas a torno de Gatas, Cuesta del Negro, Llanete de los Moros, Carmona, y los dos fragmentos micénicos de Llanete de los Moros, hay que sumar ahora los colgantes y cuentas de collar de cornalina procedentes de Pocito Chico, Sierra de San Cristóbal, Mesas de Asta, Cabezo de Córdoba y Los Castillejos, cuya cronología prolonga los contactos con el Mediterráneo hasta finales del segundo milenio a.C.

La cada vez mayor documentación de procedencia mediterránea, tiene hacernos pensar que estamos ante la punta del iceberg, que debe haber más información en los fondos de los museos, que tiene que aparecer mucha más, y que esto tendría que matizar, en términos económicos, la eclosión del Bronce Final.

No podemos precisar aún la forma, razones y medios que dieron lugar a las distintas fórmulas de contacto a lo largo de la segunda mitad del segundo milenio a.C. Seguramente, los pactos con las jefaturas que controlaban los territorios, y probablemente la propia labor de intercambio, en la búsqueda de metal y el aprovisionamiento de productos alimentarios, debieron ser los responsables de la presencia de los restos muebles. Unos de carácter representativo, caso de las piezas micénicas, las cuentas de collar segmentadas de pasta vítrea y los colgantes y cuentas de cornalina; y otros claramente mercantiles, como son los contenedores y soportes. Otra cosa será identificar a los que practicaron esta actividad, porque seguramente fueron intermediarios, gentes de la zona, conocedores del territorio y sus posibilidades, que canalizaron las demandas y los pagos.

En la discusión sobre el medio de acercamiento, y si fue posible el cruce del Estrecho de Gibraltar, mi posición es que no debió cruzarse, al menos con fines comerciales. Considero que las rutas naturales que ofrecen las des-

embocaduras de los ríos Almanzora, Antas, Aguas, Andarax, así como los cauces más cortos de los ríos de las costas de Granada y Málaga, jalonadas de hallazgos, debieron ser los puntos de recepción y distribución de las mercancías, aprovechando unas condiciones de navegación al interior de sus desembocaduras muy distintas de las actuales, como se ha comprobado hace algunos años (Arteaga *et al.* 1985; Arteaga y Hoffmann 1999). Valor estratégico, de ordenación política y económica del territorio, debió representar el yacimiento de El Argar, a la luz de la documentación arqueológica que poseemos y de los nuevos datos paleoecológicos.

Con el ejemplo de lo que ocurre en las tierras italianas, continentales e insulares (Vagnetti 1982a; Peroni y Vanzetti 1998; Cefalogli 2003), todo parece demostrar que los contactos con las costas sureñas de la Península Ibérica fueron más frecuentes y sistemáticas de lo que hemos creído a lo largo de esta segunda mitad del segundo milenio.

ABSTRACT

In the present paper we make an historical assessment of the findings which, though differing in their roots and contexts, we claim as Mediterranean in origin. We discuss the working methodology with the support of absolute chronology and various physical and chemical analyses that, especially in the clay groups, as well as in beads and pendants, have allowed us to draw the mineralogical characteristics to be found in the original workshops and quarries.

The chronological contextualization, especially starting from the middle of the second millennium BC, and its geographic distribution focusing around the Guadalquivir valley, in connection with the natural roads that set it in contact with the south-east, allow us to infer that the valleys of the rivers Almanzora, Antas, Aguas and Andarax could have been the most probable routes. The clear traces of those contacts become more apparent with the decay of the political and economic structure of El Argar culture. As far as the Guadalquivir valley is concerned, the presence of import material, in archaic and vaguely defined contexts, enhances the crisis of the traditional historical building in the second millennium BC.

CANTOS DE SIRENA: LA PRECOLONIZACIÓN FENICIA DE TARTESSOS

José Luis Escacena Carrasco*

CANTO PRIMERO: EQUILIBRIOS EN EL ALAMBRE

Muchos de los problemas que afectan a las cuestiones relativas a la fecha inicial de colonización fenicia en Tartessos tienen que ver con el tema que en esta obra se trata a fondo: los comienzos de una presencia significativa de objetos que viajaron desde el Mediterráneo oriental hasta el occidental y que en nuestro caso, después de rebasar Gibraltar, penetraron por vía atlántica a otras regiones de la Europa suroccidental. El límite hasta ahora aceptado generalmente por la investigación para hablar de una colonización fenicia en regla en el mediodía ibérico lo han proporcionado algunos enclaves hispanos de la costa malagueña. No obstante, en la última década del siglo XX y en los años que llevamos del actual, se han precipitado sobre las mesas de los especialistas unos datos cuya digestión aún no ha concluido, y que sin duda van a cuestionar algunas de las premisas que se creían mejor asentadas en el campo de las investigaciones protohistóricas. Entre tales problemas, tal vez uno de los más sobresalientes sea la propia definición unívoca de lo que se puede entender por colonización propiamente dicha, porque ahí estriba sin lugar a dudas lo que a su vez puede significar la precolonización.

En relación con estas cuestiones, cualquier ejercicio de síntesis que pretenda hacerse para el área tartésica debería partir de un análisis relativamente exhaustivo de la documentación con que hoy se cuenta para establecer un limes cronológico relativamente preciso entre «contactos frecuentes» y «llegada esporádica de productos». Y esto no sólo porque así podría delimitarse una barrera nítida entre lo que es de época preferencia y todo lo posterior, sino porque lo primero puede hablar de desplazamiento de poblaciones cohesionadas o numéricamente importantes y lo segundo tal vez sólo de transporte de mercancías a través de cadenas de intercambio, y por tanto con desplazamientos demográficos poco significativos. Es primer propósito del presente trabajo llevar a cabo esta tarea de disección, para pasar más tarde a una relación de lo poco que del Mediterráneo oriental se ha hallado en la Baja Andalucía

correspondiente a cronologías que pueden considerarse claramente pretartésicas. De este primer análisis se puede avanzar ya que casi todo lo que parece estar en equilibrio en el alambre cronológico de lo que separaría a la colonización fenicia de la fase anterior, cae al final hacia el terreno de las fechas coloniales.

PARA COMENZAR: EL CARAMBOLO, SIEMPRE EL CARAMBOLO

En el número 15 de la revista *Complutum*, correspondiente a 2004, vio la luz un pequeño artículo de M. Torres en cuyo resumen se decía literalmente:

Se identifica una cerámica nurágica del yacimiento tartésico del Carambolo, lo que prueba una vez más la existencia de contactos precoloniales entre el Sudoeste de la Península Ibérica y Cerdeña, ya conocidos por diversas manufacturas metálicas del Bronce Final Atlántico III.

Permítame el lector que, como entrada, pase de lleno al análisis crítico de tales afirmaciones, sobre todo porque gran parte de lo que la comunidad de historiadores piensa hoy acerca de las raíces del mundo tartésico se basan en lecturas de los datos que, más que proporcionar hipótesis explicativas de lo que pudo acontecer, se acomodan a planteamientos preestablecidos sobre lo que Tartessos tuvo necesariamente que ser. Esta forma de proceder se aleja en extremo de lo que la epistemología tiene por quehacer científico, pero es la más común entre muchos arqueólogos, formados en las tradiciones teóricas de las Humanidades. Vaya por delante, por tanto, que tales observaciones introductorias van más contra la manera de trabajar de muchos especialistas que contra la posibilidad de que esas relaciones mediterráneas del mundo tartésico preferencia acaben algún día por demostrarse.

Por lo pronto, el mencionado estudio de Torres (2004) finalizaba, entre otras cosas, con un *post scriptum* con el siguiente contenido: «Con posterioridad a ser entregado este artículo ha aparecido otro jarro askoide en la Península Ibérica, concretamente en Cádiz, en un contexto arqueológico de la segunda mitad del siglo VIII a.C., que fue presentado en el *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (5-7 de mayo de 2003) por I. Córdoba Alonso y D. Ruiz Mata, con lo que la pieza del Carambolo ya no es un *unicum* en la Península Ibérica». Pues bien, como las actas de ese congreso al que alude Torres ya han sido publicadas, cualquiera puede comprobar que, además del nuevo hallazgo gaditano, a aquella reunión se presentó también un informe de las recientes excavaciones en el Carambolo, informe que desmonta por completo la

* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Sevilla. C/ María de Padilla s.n., 41004 Sevilla. Telf. 954551413. E-mail: escacena@us.es. El presente trabajo ha sido elaborado en el marco del proyecto BHA 2002-02740 (Ministerio Español de Ciencia y Tecnología) y del Grupo HUM-402 del III Plan Andaluz de Investigación (Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía).

cronología precolonial del yacimiento (cf. Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005b). Desconozco por qué M. Torres no alude también a este avance sobre el Carambolo en su *post scriptum*, que le habría llevado a escribir en su artículo de *Complutum* cosas diferentes de las que afirma, pero sí alcanzo a reconocer una vez más el empeño de toda una tradición historiográfica española en defender una idea de Tartessos que en la actualidad no se sostiene en datos reconocibles. Y digo que en realidad ésta es una actitud más historiográfica que personal porque cuanto ahora estoy describiendo puede afirmarse igualmente de otro trabajo presentado al congreso aludido, el de A. Delgado (2005) sobre el supuesto «fondo de cabaña» del Carambolo. Es quizás la creencia errónea de que el conocimiento científico procura la búsqueda de *la verdad* lo que anima a esa línea de trabajo a establecer explicaciones que olvidan que aquello a lo que está necesariamente obligado en primera instancia cualquier investigador es a reconocer la realidad de unos datos incontrovertibles, debiendo adecuar por tanto sus hipótesis a ellos y no al contrario.

M. Torres da en la tecla al identificar como sardo el fragmento de cerámica estudiado, un testimonio procedente de las excavaciones que Carriazo emprendió en el Carambolo poco después del hallazgo del tesoro (Carriazo 1973: fig. 384) y que había pasado desapercibido para la investigación¹; pero sus aciertos prácticamente acaban ahí. Por lo pronto, afirma de inmediato el carácter «tartésico» del yacimiento, y esto en referencia no tanto a su cronología —lo cual es correcto— como a su atribución étnica; de hecho, sostiene su datación precolonial y olvida toda una línea de trabajo que, mucho antes de los recientes hallazgos en el cabezo, vio en el Carambolo un santuario que los fenicios habrían consagrado a Astarté a la vez que fundaban Sevilla (cf. Belén y Escacena 1997). En este aspecto concreto, el problema se limita, pues, a soslayar, sin entrar a fondo en su crítica, una hipótesis de trabajo que se opone a la tradición historiográfica mayoritaria, así como a aferrarse a ésta en calidad de verdadero axioma, esto es, de proposición que se admite sin estar demostrada. Si cabe, la cosa es más grave aún porque, en contradicción flagrante con este enfoque autoctonista, se alude de pasada a la interpretación sacra del sitio como posible santuario de Astarté sólo para reforzar la idea de que, en tal contexto, sería fácilmente asumible la presencia de importaciones de lujo.

Sin echar mano del informe presentado al congreso mencionado por Torres sobre las nuevas excavaciones en el yacimiento, la simple consulta de todo lo que se había

escrito previamente sobre el «fondo de cabaña» del Carambolo podría haber puesto en guardia al autor acerca de su cronología no preferencia, pero este problema se elude atribuyendo a una fecha anterior a la colonización aquellos elementos que precisamente hablarían ya de la presencia semita: «La cronología de este hallazgo habría que situarlo (*sic*) en el siglo IX a.C., justo antes del inicio de la colonización fenicia en la Península Ibérica *circa* 825 a.C. (Torres 1998), ya que el conjunto cerámico recuperado en este yacimiento se puede ubicar perfectamente en el Bronce Final precolonial (Aubet 1992-93: 330-331), con sólo un par de piezas fabricadas a torno (Amores 1995) y un fragmento de huevo de avestruz (Carriazo 1973: 215; Belén y Escacena 1997: 114), que pueden explicarse en función de intercambios precoloniales» (Torres 2004: 46). Seguramente este análisis olvida o desconoce que precisamente esos dos fragmentos citados de cerámica a torno han sido llevados por T. Schattner (2000b) incluso al siglo VI a.C.²

El resumen que el propio Torres hace de su artículo acaba, en fin, con la alusión a una periodización de la Edad del Bronce, en concreto a la fase «Bronce Final Atlántico III», que resulta inapropiada para compartimentar en etapas distintas lo que de Tartessos hoy por hoy se conoce, y que deriva de aplicar automáticamente al Suroeste ibérico divisiones temporales nacidas en tradiciones historiográficas destinadas al estudio de regiones que, como toda la parte occidental de Francia (Coffyn 1985), resultan extrañas a la secuencia cultural del poniente andaluz. Tendré ocasión también de entrar algo más a fondo en este problema a lo largo de mi trabajo.

La defensa de contactos del Tartessos preferencio con otras culturas mediterráneas, aun siendo posible, está repleta de ejemplos que, como éste del Carambolo con el que he empezado, no resisten el análisis crítico más superficial. Otras veces se trata de verdaderos «fantasmas» más que de hechos o de datos, en los que también entraré. Por tanto, no quiera ver nadie en este preámbulo un especial ensañamiento con la obra ni con el autor elegidos para comenzar, sino sólo una muestra de otras tantas cosas que encontrará más adelante quien no abandone aquí la lectura del presente trabajo.

DEL CARAMBOLO, A HUELVA

Muchos de los hallazgos del Carambolo que, inmediatamente después de la excavación de Carriazo, se tuvieron por emblemas arqueológicos del mundo tartésico han sido documentados también en Huelva. Hoy, después de

¹ Excepción hecha de otra publicación reciente, del mismo año que la de Torres: González de Canales y otros (2004: 206).

² Excepto en los párrafos de terceros investigadores citados literalmente, la terminología que empleo en este trabajo para expresar las fechas absolutas sigue sólo en parte las recomendaciones expresadas por otros autores acerca de estas cuestiones formales: a.C. = antes de Cristo según la datación arqueológica tradicional, a.C. = antes de Cristo por fechas radiométricas calibradas.

haberse dado a conocer los recientes hallazgos del estrato inferior del solar situado en Plaza de las Monjas 12/ Méndez Núñez 7-13, puede afirmarse, más bien, que todos y en mayor abundancia. Estos nuevos descubrimientos han sorprendido a la comunidad científica por la abundancia de materiales foráneos (así la cerámica geométrica griega, por ejemplo) y por la antigüedad de éstos en relación con lo que se conocía hasta ahora. Cualquier trabajo que pretenda analizar, por tanto, las relaciones mediterráneas de Tartessos debe tener sin duda este contexto de la marisma onubense como referencia principal y, de momento, primera.

Desafortunadamente, los nuevos documentos de Huelva no proceden de una excavación arqueológica en regla, por muy metódica que haya pretendido ser su recogida y clasificación y por muy científico que haya sido su estudio. Y esta circunstancia merma sin lugar a dudas el valor que podrían tener frente a otros hallazgos recuperados con las técnicas adecuadas. Y bastará un ejemplo de los problemas que esto plantea para hacer comprender esa reducción de su valor: el caso de la presencia de fíbulas de doble resorte en el conjunto de piezas recuperadas.

La monografía más completa sobre las fíbulas protohistóricas del sur de la Península Ibérica corresponde a la tesis doctoral de M.M. Ruiz Delgado (1989). Es aquí donde se analizan por primera vez y de forma global todas las piezas conocidas hasta entonces del área tartésica. Tipo tras tipo, se trata su reparto geográfico, su cronología, su evolución tipológica, los contextos en que aparecieron, etc. Una de las variedades analizadas corresponde al tipo que la literatura arqueológica conoce como «de doble resorte», un elemento muy utilizado por los expertos para delimitar las zonas centrales del mundo tartésico y sus áreas de influencia. Su especial abundancia en Andalucía occidental durante el Hierro Antiguo hace en parte de este aderezo un elemento singular de la vestimenta de la gente que allí vivió. Su posible origen podría contribuir a reconocer la filiación cultural de los que se enterraron con ella, toda vez que la vestimenta puede ser a veces un claro exponente externo de etnicidad. Pues bien, si se parte de la premisa de que el sitio de creación debe corresponder a aquel donde más abunde, se puede concluir, en primer lugar, que Andalucía occidental fue el foco inicial, y los habitantes de Tartessos, por tanto, sus creadores y usuarios; y, en segunda instancia, que las piezas localizadas en otros contextos culturales se explican por influencias bajoandaluzas o por la presencia de gente oriunda de Tartessos en aquellos otros ámbitos. La primera deducción plantea pocos escollos, pero la segunda origina una situación más problemática: si en Agullana (Gerona) aparece este tipo, allí hubo tartesios o influencias tartesias; y si en Hama (Siria) hay otro ejemplar, también allí ocurrió

lo mismo. Que a lugares tan apartados de Andalucía occidental viajara en su día algún que otro tartesio, sea por propia iniciativa sea implicado en la trama comercial fenicia, no tiene por qué extrañar, y menos que se tratase sólo de influjos culturales o del traslado de objetos más o menos desvinculados de sus ambientes originarios. La importancia del asunto emana de que la pieza de procedencia siria es de cronología muy alta, mucho más que todas las hispanas, pues se data en fechas no posteriores al siglo XII a.C., o casi cien años más tardía si se asume la reducción temporal de la Edad Oscura propuesta por P. James (1993).

Sin duda, el ejemplar de la marisma de Huelva podría resolver este dilema a favor del un origen oriental de esta clase de fíbula, porque no es necesariamente el sitio donde algo más abunda siempre el lugar de origen de las cosas. Teóricamente ese ejemplar podría personalizar uno de los testimonios más viejos de la serie hispana, porque los límites cronológicos de los materiales entre los que apareció se han establecido entre *ca.* 900-770 a.C. (González de Canales y otros 2004: 196-199). Sin embargo, ningún argumento científico podría argüirse contra quienes, agarrándose precisamente a una cronología de esta fíbula no anterior al siglo VIII a.C., como revelan las más antiguas conocidas en la geografía tartésica, defendieran una fecha similar para todo su contexto onubense, sosteniendo paralelamente que los materiales que discreparan de tal datación por ser más viejos fueran testimonios residuales al modo como los ha definido E.C. Harris (1991: 166). En apoyo de esta cronología podrían traerse a colación los muchos testimonios pertenecientes al tipo conocido como *Fine Ware*, una clase cerámica que, presente también en Doña Blanca y Morro de Mezquitilla, no remontaría el siglo VIII a.C. (Maass-Lindemann 1999: 130).

La arqueología andaluza protohistórica cuenta con buenos ejemplos del problema aludido: estratos que decantaron en cronologías posteriores a la representada por muchos de los materiales arqueológicos que contenían. Resulta en esto aleccionadora la experiencia obtenida en la excavación de la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo, en Carmona. Allí, la unidad estratigráfica 26 contenía un depósito de ánforas del siglo V a.C. incluido en un paquete de tierras que contaba con cerámica que podría ser de un siglo antes, y sólo la percepción en el proceso de excavación de que se trataba de un estrato de formación rápida pudo inclinar la fecha propuesta hacia el límite más moderno posible del espectro (cf. Belén y otros 1997: 204).

En Huelva se desconoce la velocidad de sedimentación del «*estrato gris-negrusco*» en el que acabaron por depositarse estos hallazgos, y tal circunstancia complica en extremo su datación a partir de su contenido arqueológico. La homogeneidad revelada por el informe geológico

(González de Canales 2004: 25) puede suponer un dato a favor de una deposición relativamente rápida. Parecida deducción podría hacerse del hecho de que, frente a otras secuencias protohistóricas de la propia Huelva algo más recientes, apenas se hayan constatado en este nivel materiales pétreos de construcción (González de Canales y otros 2004: 142). La abundancia de éstos habría sugerido una decantación más lenta al par que se habitaba el lugar, pero también habría exigido una menor uniformidad del estrato en coloración y tipo de sedimentos que lo forman. Estas otras características, añadidas a la presencia de restos vegetales correspondientes a flora marismena, a troncos de madera y a restos de embarcaciones, no imposibilitan la interpretación del referido estrato como un nivel formado en un contexto intermareal con añadido de restos antrópicos tal vez procedentes de un hábitat humano inmediato o, incluso, superpuesto, de tipo portuario o *cuasi* palafítico. Su potente grosor (1 m) y la presencia de moluscos marinos que no parecen restos de consumo –algunos ejemplares pertenecen al menos a especies que hoy carecen de interés gastronómico y ciertos múrices conservaban aún el opérculo cuando se hallaron– hablan de nuevo de una cierta lentitud en la decantación de este nivel arqueológico y de una posible precipitación en un medio acuoso, muy alto desde luego en sales marinas a tenor de lo deducido de la situación actual de las pastas cerámicas.

En definitiva, la existencia de características que hablan de una sedimentación rápida y de lo contrario imposibilita optar sin lugar a dudas por lo que hacen los autores del informe: fechar el contexto por los límites cronológicos máximos y mínimos que para ellos ofrecen los materiales cerámicos, lo que apunta a que, sin haberse definido de manera explícita, aceptan una decantación lenta que habría durado en torno a 130 años.

POR LA PROVINCIA DE CÁDIZ

Los nuevos hallazgos de Huelva reseñados han empezado a convencer a algunos investigadores de algo que se había señalado con anterioridad (cf. Belén y Escacena 1995: 95-96): que los datos más viejos obtenidos en el Cabezo de San Pedro, correspondientes a la Fase I de 1977 (Blázquez y otros 1979), pueden ser ya de época colonial fenicia (cf. González de Canales y otros 2004: 195)³. Por tanto, la sospecha de una datación más moderna de la comúnmente admitida para la primera ocupación de los cabezos onubenses no deriva de los datos recientes, sino

de una posición heterodoxa a la hora de leer la documentación estratificada que se posee desde hace treinta años. Ese mismo filtro crítico ha sido aplicado a los datos procedentes de la provincia de Cádiz, pero aquí todavía si cabe con mayor énfasis ante propuestas con tan poco eco como las defendidas por los excavadores del yacimiento de Campillo, en el término municipal de El Puerto de Santa María (cf. López Amador y otros 1996), repletas de incoherencias y presididas por una tendencia exacerbada a envejecer las fechas, una patología que en alguna ocasión he denominado «síndrome de Matusalén» (Escacena 2000: 28-37). Cuencos carenados parecidos a los de Campillo, a torno y pintados a bandas y líneas horizontales, de forma similar al plato de la forma 5 de la tipología establecida para los materiales cerámicos de Tiro por P.M. Bikai (1978a: 23), están presentes entre los nuevos materiales de Huelva, donde se fechan como mucho en el siglo IX a.C., especialmente a partir del 850 si se acepta la vinculación cronológica de los testimonios onubenses con el horizonte Salamis de Chipre (González de Canales y otros 2004: 50 y 179). En cualquier caso, esos testimonios de Campillo habían sido rebajados en su cronología hasta la primera mitad del siglo VIII a.C., sobre todo por coincidir tipológicamente con los que caracterizan al momento inicial del cercano asentamiento fenicio de Doña Blanca según sostienen los excavadores de este último enclave (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994: 219).

Problemas semejantes, aunque de menor envergadura que las fechas imaginadas para Campillo –en algún caso se estiman cercanas al siglo XI a.C. (Prada 1996: 109)–, muestra el sitio de Pocito Chico, también en El Puerto de Santa María. Sus cuencos carenados polícromos, que los autores de la memoria de excavación denominan «copas», se han interpretado como posibles emulaciones chiprofenicias de formas egeas (escifos en concreto) datables entre fines del siglo IX y comienzos del VIII a.C., una datación corroborada allí por algunas fechas radiocarbónicas calibradas (Ruiz Gil y López Amador 2001: 145 y 154-155). En cualquier caso, no se han tomado más que como un testimonio muy temprano de la colonización fenicia de la Bahía de Cádiz, hasta el punto de percibirse un notable esfuerzo de los excavadores por conciliar estos hallazgos con la información cronológica lograda en Doña Blanca⁴.

Un tercer sitio gaditano que recientemente viene presentando algunos problemas de los aquí tratados corres-

³ Véase esta misma idea, aunque matizada, antes de conocerse los documentos del estrato de la marisma en Gómez Toscano y Balensi (1999: 61). Algo parecida es la posición, respecto a la propuesta de González de Canales y sus colegas, de M. Torres (2005: 297) cuando afirma que San Pedro I sólo puede considerarse preferencia en parte.

⁴ Después de barajar las distintas posibilidades que ofrecen las tres pruebas de ¹⁴C realizadas, se llega a afirmar literalmente: «Por tanto, adoptamos la data del 771 a.C. a modo de convención y en un esfuerzo por encajar las dataciones radiocarbónicas. Esta fecha viene bien con la termoluminiscencia efectuada en el mal llamado «barrio» fenicio de Doña Blanca: 770 a.C. (comunicación personal de D. Ruiz Mata)». 771

ponde a Mesas de Asta, emplazamiento de la ciudad que las fuentes escritas grecorromanas citan como *Asta Regia*. Interesa ahora particularmente de este yacimiento su vasta necrópolis, descubierta en 1992 al oeste del hábitat y dada a conocer poco después. Este sector no deja de plantear serios problemas a la hora de contextualizar sus materiales, en especial porque todas las actividades arqueológicas llevadas a cabo en él se limitan a prospecciones de superficie, sin que todavía se conozca ningún conjunto funerario excavado. A pesar de estas limitaciones técnicas, hay que resaltar de nuevo la existencia de cuencos bícromos, simples y carenados, parecidos a los ya citados para Huelva, Campillo y Pocito Chico. Tales formas tendrían paralelos en los estratos VI-V de Tiro (González Rodríguez y otros 1995: 219), pero los autores no llevan estos testimonios más allá del siglo VIII a.C., tal vez como una posición razonable ante los datos más precisos procedentes de nuevo de Doña Blanca, que de momento ha suministrado la secuencia estratigráfica que mejor entramado cronológico proporciona al ámbito gaditano. Parte de ella, especialmente en su fase más antigua, se sostiene en el hallazgo, junto a las cerámicas fenicias arcaicas (Ruiz Mata 1986a y 1993), de materiales griegos de época geométrica, en concreto un escifo eubeo y un ánfora corintia de la segunda mitad del siglo VIII a.C. y de finales del mismo respectivamente (Cabrera 2001: 167).

En la Torre de Doña Blanca no existe, en efecto, una ocupación anterior a la de época colonial fenicia, excepción hecha de la calcolítica mil años más antigua al menos (Ruiz Mata 2001b: 261). Entre los estratos de la Edad del Cobre y los protohistóricos no se han localizado aún en ningún sector del yacimiento niveles correspondientes al Bronce del segundo milenio a.C. Es más, la ocupación del primer milenio no puede remontarse más allá del siglo VIII a.C. si se toman como guía los tipos cerámicos más viejos que ofrecen datación relativamente precisa. Sólo si se tienen por índice de mayor valor cronológico las características paleográficas de los grafitos fenicios aparecidos en el yacimiento, Doña Blanca podría iniciarse ya en la centuria anterior (Cunchillos 1994). Sea una u otra la datación aceptada para los comienzos del asentamiento, lo cierto es que éste surge desde sus inicios con carácter plenamente urbano y con el tamaño que va a conservar a lo largo de su vida durante el primer milenio a.C. En poco más de veinte años de investigaciones, el sitio ha pasado de poblado tartésico a considerarse la propia *Gadir* (Ruiz Mata 1999a), y por tanto de creerse asentamiento indígena a ser ejemplo paradigmático de lo que pudieron ser las colonias fenicias al oeste del estrecho de

Gibraltar. Pero resulta evidente que la nueva propuesta debe leerse como que la ciudad y su puerto fueron siempre parte de un amplio modelo de ocupación, que puede entenderse más bien como una mancomunidad de hábitats y de servicios industriales y religiosos con numerosos puntos concretos de asentamiento en la costa continental de la bahía de Cádiz y en sus islas.

Precisamente en una de estas islas, en concreto en el apéndice septentrional de la que ocupaba el norte del archipiélago según los estudios geoarqueológicos más recientes (Arteaga y Roos 2002: 38), se ha documentado no hace mucho el punto de ocupación fenicia más antiguo de Cádiz, con platos de barniz rojo y ánforas de tipología arcaica, además de algunos elementos de cerámica sarda, entre ellos una *brocca askoide* y parte de un vaso trípode. La fecha proporcionada por tales hallazgos habla de una ocupación de este sector insular gaditano en la primera década del siglo VIII a.C. (Córdoba y Ruiz Mata 2005: 1311). Dicha cronología roza ya con datos estratigráficos controlados y con una abundancia significativa de testimonios la fecha propuesta para un hallazgo más problemático por no conocerse bien su contexto: una *pyxis* de tipología nordpalestina procedente, así parece, de una sepultura del entorno de Puerta de Tierra, en el flanco sur de lo que pudo ser el primitivo emplazamiento del hábitat colonial de las islas (figura 1). Esta pieza, conservada en el Museo de Cádiz, se ha fechado ampliamente entre 1000 y 800 a.C. (García Alfonso 2005: 1332).

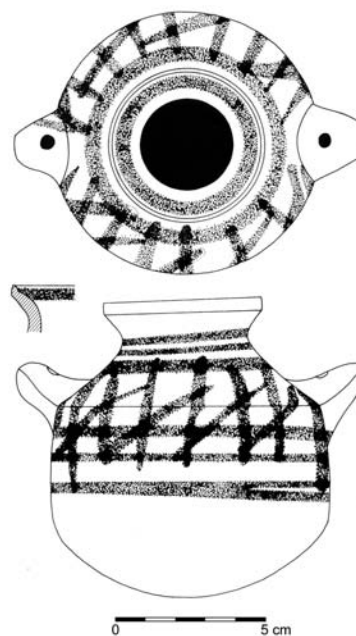


Figura 1
Pyxis de tipología nordpalestina. Procede de Cádiz -sector de Puerta de Tierra- (a partir de García Alfonso 2005).

corresponde a la cifra lograda por calibración del análisis radiocarbónico de una muestra de hueso. Las otras dos dataciones, rechazadas por los excavadores por demasiado desajustadas, se hicieron sobre sendas muestras de carbón y conchas.

Del Guadalete procede un vaso egipcio de alabastro que quizá fue producto del saqueo de una tumba de la zona de Tebas. Aunque perteneció en origen a la dinastía XXII (Gamer-Wallert 1976: 227), Pellicer ha sugerido que tal vez su hallazgo en ese río se deba a que, en última instancia, se trate de un objeto procedente de la cercana necrópolis de Las Cumbres, el cementerio fenicio de Doña Blanca. Se trataría por tanto de una reutilización de época fenicia. Esta circunstancia se conoce bien por los testimonios de Almuñécar, que habrían acabado en manos de colonos fenicios occidentales en calidad de objetos de prestigio como *sacra aegyptiaca* (Pellicer 2002: 154-155).

Pero entre los hallazgos dados a conocer más recientemente sobre el tema que aquí se trata figura sin duda el conjunto de vasos chipriotas encontrado supuestamente en el yacimiento gaditano de Paterna (figura 2). El hecho de que se trate de piezas completas indica la posibilidad de que perteneciera en su día a un ajuar funerario, pero estos detalles se desconocen porque el lote ha pertenecido hasta hace poco a una colección particular. Este grupo de recipientes, depositado en el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico desde que se confiscó, ha sido estudiado y dado a conocer por M. Pellicer (2003: 123; 2004: 27; 2007: 129), y está compuesto por tres piezas: a) una *pyxis* del tipo *Bichrome II Ware*, del geométrico chipriota II de Gjerstad (1948: 60), con una fecha de 950-850 a.C.; b) un *oinochoe* del mismo tipo, con una datación parecida de fines del siglo X o comienzos del IX a.C.; y c) un ánfora de la clase *White Plain II Ware*, también de fecha similar. Por su homogeneidad cronológica y estilística, este grupo de vasos muestra suficiente coherencia como para considerarse conjunto cerrado. No obstante, el hecho de

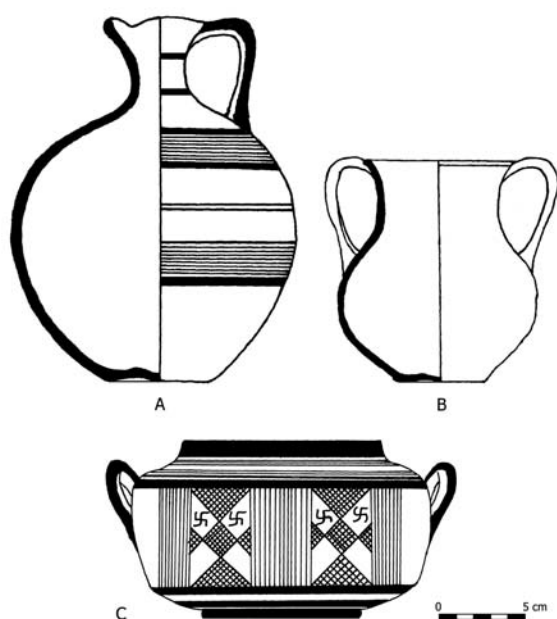


Figura 2
Vasos chipriotas recuperados en el Cerro Paterna, en la población gaditana de Barbate (a partir de Pellicer 2003).

que proceda del comercio ilegal de antigüedades arroja dudas sobre su verdadero origen y significado a pesar de que su propietario inicial parece que mostraba especial preocupación por recabar datos relativos a las circunstancias y contextos de las piezas que adquiriría. Entre tales datos figura la posibilidad de que el hallazgo proceda de un sitio costero denominado Cerro Paterna, cercano a la localidad de Barbate, y no de Paterna de Ribera como se dice. En cualquier caso, está por aclarar el lugar exacto en el que apareció.

REGRESO AL CARAMBOLO

En la época estudiada, la mejor ruta que se podía tomar para volver al Carambolo desde Cádiz era la marítima. Desde el archipiélago gaditano hacia el oeste y siguiendo una navegación puramente de cabotaje, después de rebasar el litoral de Sanlúcar de Barrameda la ruta penetraba, con la costa oriental del golfo tartésico a estribor, hasta alcanzar los esteros de *Asta Regia* y *Nabrissa*. Pues bien, En esta última población –la actual Lebrija (Sevilla)– A. Tejera localizó en 1977 un peine con decoración geométrica que en su día se consideró fabricado en hueso (Tejera 1985: 104). Posteriormente, M. Almagro-Gorbea ha incluido esta pieza en el lote de peines de marfil que agrupa bajo el calificativo de «pre-coloniales» (Almagro-Gorbea 1996a). En realidad, la cronología de este objeto resulta de nuevo otra de las atribuciones gratuitas a un momento anterior a la colonización fenicia, aunque Almagro-Gorbea no deja clara su posición al fecharlo en el siglo VIII a.C. y reconocer paralelamente –y en contradicción con el título y las conclusiones de su propio artículo– que en estos momentos ha comenzado ya en el mediodía ibérico la colonización fenicia.

El peine de Lebrija (figura 3) apareció efectivamente en un estrato –el IV del yacimiento de Huerto Pimentel– que no contenía cerámica a torno, y que ha dado pie por tanto a tomarse por precolonial. Pero en ese mismo nivel se halló parte de una estructura de muros rectos levantada con piedras y adobes (Tejera 1985: 92), técnica constructiva que no está documentada en la vivienda tartésica antes de que haga en esto su correspondiente mella la colonización oriental, sobre todo porque la tra-

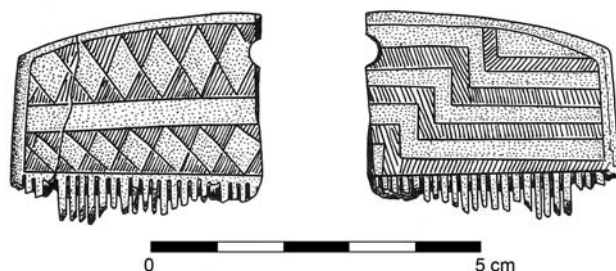


Figura 3
Peine con decoración geométrica incisa encontrado en Lebrija (Sevilla), según Tejera (1985).

dición autóctona sólo contaba al parecer con chozas circulares (Izquierdo 1998). Por tanto, si bien puede defenderse que el contexto arqueológico de este peine es indígena, no puede sostenerse en cambio que sea producto de contactos precoloniales aunque se tratara de una posible importación chipriota. En cualquier caso, M. Almagro-Gorbea señala los principales paralelos estilísticos de su decoración en la cerámica pintada de tipo Carambolo, que ya no puede seguir datándose antes del primer impacto fenicio según estamos viendo a lo largo de este trabajo.

Salidos de Lebrija, conviene no olvidar que la participación de Maluquer en los trabajos del Carambolo Alto, realizados y dirigidos por Carriazo inmediatamente después del hallazgo del tesoro en 1958, inclinó la interpretación funcional del yacimiento hacia la consideración de que se trataba de un «fondo de cabaña». No obstante, J. de M. Carriazo siempre tuvo dudas acerca de esta lectura. Porque tenía experiencia en la excavación de fondos de cabaña del Bajo Guadalquivir, que presentaban registros arqueológicos muy distintos a los que acababa de encontrar en el Carambolo, trabajó también con la hipótesis de encontrarse ante una pira funeraria (Carriazo 1970: 58-59; 1973: 233-234). Cuarenta años más tarde, cuando la documentación rescatada por Carriazo ha sido trabajada con distintos presupuestos teóricos y metodológicos, pero sobre todo con hipótesis muy diferentes, el «fondo de cabaña» se ha interpretado como una fosa ritual a la que irían a parar los objetos inutilizados en los ritos de un templo dedicado a Astarté (Belén y Escacena 1997: 114). Esta reciente interpretación ha sido refutada a favor de nuevo del uso de la estructura como lugar de habitación (Torres 2002: 284); pero las excavaciones recientes, llevadas a cabo entre 2002 y 2005, han puesto de manifiesto, efectivamente, que lo interpretado en principio como «fondo de cabaña» no es más que un gran basurreo al que irían a parar los más lujosos elementos amortizados en el uso de un enorme edificio –en su máximo desarrollo llegó a disponer de 4.500 m²– cuya función fue evidentemente la de santuario (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005b; Rodríguez Azogue y Fernández Flores 2005).

La construcción conocida ahora en el Carambolo Alto comenzó con un edificio mucho más humilde, con sólo tres espacios que conformaban en conjunto una estructura rectangular orientada según el eje marcado por el orto solsticial de verano y el ocaso solsticial de invierno, con entrada por el Este. Antes, el terreno fue nivelado y

posiblemente purificado mediante la quema ritual de la superficie que iba a ocupar el recinto sagrado. Pues bien, de los carbonillos de este fino nivel de incendio se ha podido obtener una fecha radiocarbónica calibrada que remonta en un siglo a la que tradicionalmente se ha considerado la de comienzo de la colonización fenicia en el paleoestuario del Guadalquivir (siglo VIII a.C.)⁵. Entre los escasísimos materiales cerámicos de esa unidad estratigráfica de incendio se documenta ya un fragmento de cerámica a torno, y a esa misma época tan vieja de la presencia semita podrían corresponder dos pequeñas ánforas del Carambolo Bajo, publicadas ya en su día por Carriazo (1973: fig. 419), cuyos perfiles siguen la vieja tradición cananea heredada del segundo milenio a.C. (figura 4). Por tanto, el establecimiento de los fenicios en los alrededores de Sevilla puede remontarse ya al menos al siglo IX a.C.; y, aunque la fosa ritual del Carambolo que se interpretó como fondo de cabaña no corresponde a la época del santuario inicial (Carambolo V en la terminología de los excavadores), sino a una fase algo más tardía (Carambolo III, de la primera mitad del siglo VIII a.C.), en ella se ha hallado un fragmento de cerámica sarda, que se sumaría al recientemente valorado por M. Torres (2004)⁶. En cualquier caso, el hallazgo en su día sobre el relleno de esta estructura del tesoro que ha dado fama al yacimiento demuestra que los últimos objetos depositados en dicho sitio corresponden al episodio de violencia que acabó con el santuario, hecho que hipotéticamente puede vincularse con la toma de Tiro por los babilonios y la

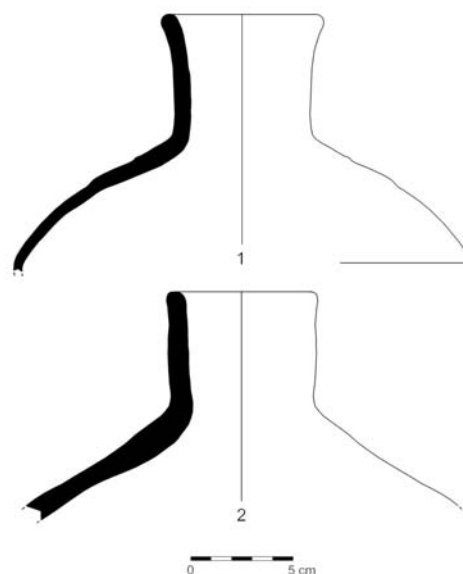


Figura 4
Anforiscos de tradición cananea hallados por Carriazo en El Carambolo (sector «Poblado Bajo»). Fondos del Museo Arqueológico de Sevilla.

⁵ Comunicación personal de A. Fernández Flores, director de los trabajos de campo, a quien agradezco el dato todavía inédito.

⁶ Aunque la mayor parte de los materiales cerámicos recientemente obtenidos en el Carambolo permanecen sin estudiar, una primera apreciación sugiere tales identificaciones.

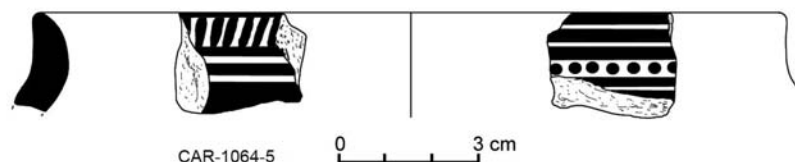


Figura 5
Fragmento de scifo del Geométrico Medio II Ático. El Carambolo (Camas, Sevilla).

consiguiente descomposición del comercio fenicio, motor de la demanda de plata de Tartessos. Por otra parte, los trabajos recientes han descubierto, junto a esta estructura que contenía el «fondo de cabaña» de Carriazo, otras fosas situadas también dentro del recinto sagrado y que tendrían la misma función: ser el destino de los ajuares litúrgicos amortizados en el culto. En una de las recientemente estudiadas se ha documentado un fragmento de cerámica griega que pudo pertenecer a un escifo del Geométrico Medio II Ático, fechado en cronología arqueológica tradicional en la primera mitad del siglo VIII a.C. (figura 5), y allí mismo parte de un exvoto de terracota en forma de barco fenicio sobre el que más adelante volveré.

Con relación al tema que ahora más nos incumbe, las últimas intervenciones en el Carambolo han demostrado básicamente dos cosas: que su cronología no es precolonial –lo que hay anterior corresponde a sendas ocupaciones del Calcolítico y del Bronce II⁷– y que desde sus

comienzos fue un santuario oriental, no un poblado indígena de cabañas.

DISCUSIÓN SOBRE EL CANTO PRIMERO

Teniendo en cuenta el diseño del litoral protohistórico bajoandaluz, los yacimientos reseñados hasta aquí responden todos a sitios costeros. Esto incluye también al Carambolo a pesar de que hoy se encuentra casi a 80 km tierra adentro. En cualquier caso, ninguno de estos enclaves distaba entonces del litoral atlántico más de una jornada de camino a pie o en caballería⁸. Por tanto, la primera conclusión que puede desprenderse de esta circunstancia es que en este fenómeno puede reconocerse una penetración cuyo mecanismo de procedencia es marítimo (figura 6).

Por lo que indica la cronología analizada en todos los hallazgos anteriores recuperados con metodología

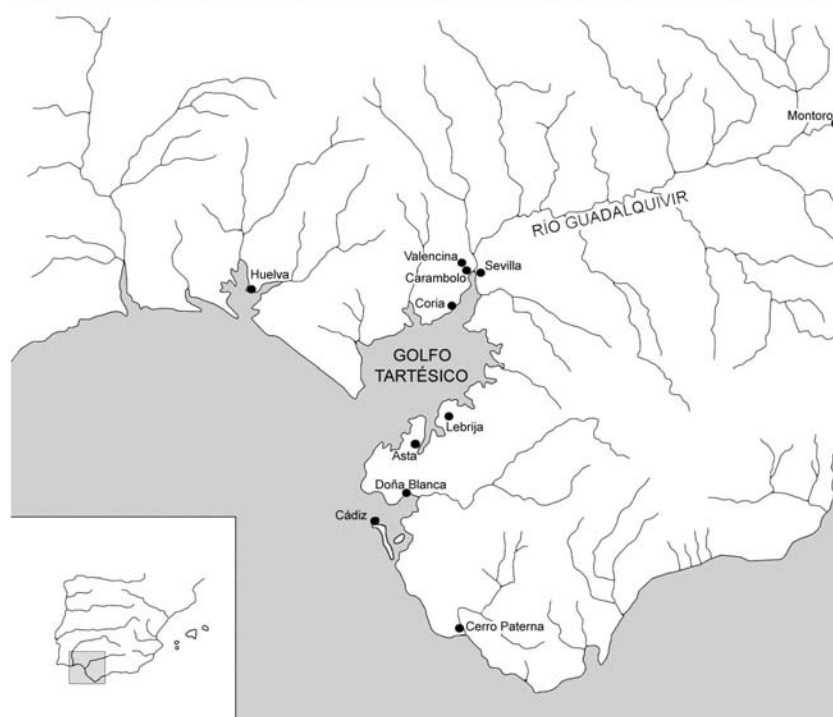


Figura 6
Reconstrucción del paleolitoral de Andalucía occidental, con indicación de los principales yacimientos citados en el texto.

⁷ Sobre la periodización del Bronce pretartésico que utilizo en el presente trabajo, véase más adelante la nota 14.

⁸ Cálculo elaborado a partir de Ruiz-Gálvez (1992a: 97).

arqueológica, se trataría de la primera mitad del siglo VIII a.C. en datación tipológica tradicional, fecha que se hace alrededor de un siglo más vieja cuando las cifras obtenidas por radiocarbono en esos contextos se calibran.

Lo que contienen los dos párrafos anteriores sólo se pueden calificar científicamente de hechos, no de conjeturas ni de interpretaciones. Pero, a partir de ellos, se podrían establecer una serie de explicaciones coherentes con los mismos, y que recibirían apoyo a su vez de otros datos colaterales procedentes del registro arqueológico. La primera de ellas tiene que ver aún con la cronología, si bien con sus connotaciones relativas más que absolutas.

Los hallazgos estratificados reseñados en el apartado anterior, en realidad todos ellos menos los vasos cerámicos de Paterna y la urna de alabastro del Guadalete, aparecen en unos contextos que pueden ser calificados de asentamientos estables, sean de tradición supuestamente indígena como los yacimientos rurales de la campiña de El Puerto de Santa María, sea en sitios urbanos como Doña Blanca o Huelva. En el caso del Carambolo se trataría también de una estación que, sin tener el papel de hábitat propiamente dicho por ser claramente un santuario extraurbano, presenta continuidad en la ocupación al menos hasta los comienzos del siglo VI a.C.

En aquellos casos claramente urbanos que cuentan con una fase muy arcaica con cerámica griega del Geométrico –piénsese en Huelva como paradigma–, o en los que, sin ofrecer tanto material griego, contienen testimonios fenicios tan arcaicos como los más viejos contextos de las colonias malagueñas –en esta situación estaría Doña Blanca–, se pueden observar dos características que resultan fundamentales para hacer una calificación acertada del fenómeno vislumbrado: por una parte, se trata de niveles arqueológicos fundacionales de los correspondientes asentamientos; por otra, esos estratos presentan otras unidades sedimentarias antrópicas sobre ellos, que a veces revelan cientos de años de ocupación sin cesuras. Esto se conoce bien desde hace años en Doña Blanca, donde, como ya he señalado, el *tell* se inicia en este mundo del siglo IX a.C. y permanece habitado hasta el III a.C., siendo la ocupación anterior a esta horquilla temporal la correspondiente a una fase calcolítica que nada tiene que ver con la posterior al no existir continuidad entre ambas etapas, la prehistórica y la protohistórica. Pero en Huelva sólo se ha empezado a conocer esta situación con claridad cuando han sido publicados los testimonios del inmueble de Plaza de las Monjas-Méndez Núñez, toda vez que la cerámica griega más antigua previamente hallada en ese asentamiento o en la vecina factoría de Aljaraque (Shefton 1982: 341) sólo permitía intuir algo parecido (Gómez Toscano 2004: 78-80). En este solar, el estrato de marisma *gris-negrusco* que contenía esos testimonios es precisamente el nivel antrópico

que inaugura la secuencia ocupacional. Debajo del mismo la estratigrafía es estéril desde el punto de vista arqueológico (González de Canales y otros 2004: 25), pero no así encima, donde este sector onubense conoció la instalación de un edificio interpretado como santuario (Osuna y otros 2001). El Carambolo puede sumarse a estos dos sitios, pues siendo desde sus orígenes sólo un recinto sagrado y sus dependencias anejas, la ocupación protohistórica más vieja, correspondiente al denominado Carambolo V, está distanciada de la prehistórica al menos en tres siglos de desocupación, mientras no presenta hiato alguno en la secuencia de construcciones hasta su violento final en los primeros decenios del siglo VI a.C., en coincidencia con la terminación de la fase arcaica de la presencia fenicia en el Bajo Guadalquivir.

Según lo ya visto, los materiales orientales no griegos más viejos de Cádiz, de Doña Blanca, de los asentamientos de la campiña de El Puerto de Santa María, de Huelva y del Carambolo tienen sus paralelos más claros en las metrópolis fenicias de la costa siropalestina, pero también en Chipre. Esta característica revelaría que en el fenómeno ahora analizado pudieron desempeñar un papel importante algunos establecimientos coloniales fenicios del Mediterráneo oriental que, como Kition, usaron la plataforma chipriota como trampolín insular de la expansión semita hacia ámbitos más occidentales. Aunque esto se conoce bien para Cartago según releva incluso la tradición literaria de su fundación por Elissa y su paso previo por Chipre (Aubet 1994: 190-193), la arqueología de Andalucía occidental lo está evidenciando como una hipótesis cada vez más fuerte. En cualquier caso, este componente chipriota de los primeros contactos coloniales es sin duda de raíz fenicia en última instancia. Algunos hallazgos de Huelva acrecientan esta impresión, porque entre ellos se encuentran ponderales que se rigen por un posible sistema chipriota a su vez deudor del *qedet* egipcio utilizado en el área siropalestina (González de Canales y otros 2004: 154-155; Torres 2005: 296).

Esto conduce a la pregunta de quiénes desempeñaron ese protagonismo del primer contacto protohistórico con los grupos indígenas de Tartessos. En relación con su posible respuesta, se ha pensado a veces en un papel directo helénico para explicar la presencia de la relativamente abundante cerámica griega arcaica que llega a Huelva al menos desde fines del siglo VII a.C. (Cabrera 1988-1989: 48-53), y que todavía no se ha constatado en la misma proporción en otros enclaves bajoandaluces. Esta explicación vendría avalada por la información transmitida por Heródoto (1.163) de que el rey tartesio Argantonio habría comunicado a los focos su interés por que se asentaran en sus territorios. Pero trabajar con esta premisa científica conduce necesariamente a aplicarla de la misma forma a otros materiales de procedencia mediterránea

diversa. Así, y en buena lógica, con esta hipótesis en la mano según la cual no se puede negar que los materiales griegos hayan llegado directamente por manos griegas, se ha propuesto recientemente que las cerámicas sardas encontradas en Tartessos pudieron ser traídas también por gente de Cerdeña, argumentándose a favor de esta posibilidad las dotes innegables de buenos navegantes que tuvieron los sardos, manifestadas en los exvotos de embarcaciones presentes en sus santuarios de finales de la Edad del Bronce (Torres 2005: 294). Igualmente, esto vendría supuestamente avalado por las concomitancias entre la metalurgia de Cerdeña y la del Bronce Atlántico, y que para el caso andaluz se manifiestan, en una cronología coherente con lo que revelan los nuevos datos onubenses, por ejemplo en algunos de los objetos que componían el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez 1986: 14; Giardino 1995: 237 y 240).

Pero lo que revela el mundo cerámico de procedencia mediterránea localizado en estos niveles más viejos del contacto colonial es una extraordinaria abundancia de las producciones que siguen la tradición siropalestina y feniciochipriota; es tan alta esta presencia que en determinados contextos muy viejos, como ocurre en el estrato de la marisma de Huelva, son casi tan abundantes como los testimonios de cerámica a mano atribuidos al mundo indígena⁹. En consecuencia, y dado que los fenicios venían colonizando paralelamente otros ámbitos del Mediterráneo occidental y que las proporciones de cerámica griega geométrica constatadas en las metrópolis de Levante son parecidas a las de los enclaves coetáneos tartésicos, parece estadísticamente razonable defender más bien la hipótesis de que fueron básicamente sus empresas y sus barcos los protagonistas de estos intercambios, incluso los que trasladaron el cobre de Cerdeña hasta Tartessos¹⁰. En apoyo de esta sospecha, recordaré de nuevo que las representaciones de barcos localizadas en Tartessos, entre las que destaca el exvoto recientemente encontrado en el Carambolo (figura 7), se limitan a barcos fenicios del tipo conocido en Occidente como *hyppos* gaditano (Luzón 1988). A este testimonio habría que sumar tal vez las embarcaciones pintadas en la Laja Alta (Jimena de la Frontera, Cádiz) y la representada en un fragmento cerámico de Lebrija (Sevilla) que permanece aún inédito. Desde este punto de vista, pueden asumirse literalmente las palabras de P. Cabrera cuando afirma que los productos



Figura 7
Barco votivo en cerámica hallado en el santuario fenicio de Astarté (El Carambolo).

geométricos griegos llegados a la Península Ibérica «son un signo más de la integración de esta región del extremo occidental en el comercio internacional mediterráneo, basado principalmente en el tráfico de metales, a través de los fenicios. Se trata de los típicos productos áticos, eubeos y corintios que los fenicios adquieren en el Mediterráneo central y que confirman las estrechas relaciones establecidas entre Gadir, Cartago, las colonias fenicias de Cerdeña, y las colonias griegas centroitalianas» (Cabrera 2001: 167).

Como conclusión a todos estos argumentos, parece plausible admitir, primero, que las más antiguas relaciones

⁹ Una recogida exhaustiva de estos materiales proporcionó un total de 7.936 fragmentos. Entre los de tradición fenicia (3.233), los griegos (33), los chipriotas (8), los villanovianos (2) y los sardos (30), suman 3.306 (41,65 %), frente a los 4.703 (58,35 %) indígenas (González de Canales y otros 2004: 29-30). Estas proporciones podrían ser aún más equilibradas si se considera que seguramente no todas las cerámicas a mano (de almacenamiento o de cocina, por ejemplo) tienen por qué ser autóctonas.

¹⁰ Los análisis recientes de isótopos de plomo realizados a las piezas de bronce de Huelva revelan esta procedencia. Igualmente, levantan serias dudas sobre el hecho de que la franja pirítica del Suroeste ibérico, que se extiende por Sierra Morena desde la provincia española de Sevilla hasta el Algarbe portugués, se explotara en esta época para la obtención de cobre (Hunt 2001: 494-495).

fenicias con Andalucía occidental se iniciaron antes de lo que la arqueología tradicional había sospechado. En cualquier caso, dicha datación no puede llevarse al siglo XII a.C. para hacerlas coincidir con la tradición escrita, porque se ha demostrado, entre otras cosas, que los marfiles de Carmona supuestamente datados en esa fecha tan antigua a través de sus rasgos técnicos y estilísticos salieron de talleres fenicios de los siglos VIII y VII a.C., que perpetuaron en Occidente técnicas cananeas de orígenes más arcaicos (Aubet 1994: 179). Así pues, la nueva cronología sólo puede quizás remontarse en un siglo a la tradicionalmente admitida por la arqueología, en coincidencia parcial con la fundación literaria y con las fechas radiocarbónicas calibradas de Cartago (Nijboer 2005: 541)¹¹. Puede admitirse además, en segundo lugar, que, dada la continuidad del fenómeno a partir de estos momentos, no se ajustaría en ningún caso a una precolonización, sino a los inicios de una implantación poblacional con todas sus consecuencias. Y finalmente que, acorde con la segunda conclusión, ya en estos momentos tan antiguos hubo tal vez traslado de población artesanal y de otros especialistas, y no sólo presencia esporádica de pequeños grupos de comerciantes; a favor de lo cual habla el hecho de que los cuencos carenados a torno de forma y decoración orientales hallados en los enclaves de la campiña gaditana, en concreto en Campillo, se fabricaron con barro local (Prada 1996: 108). El santuario inicial del Carambolo, en fin, demostraría además que ya desde esta etapa la población trasladada contó igualmente con expertos en el culto, es decir, con sacerdotes que conocían a fondo la liturgia cananea, así como con técnicos que dominaban los principales aspectos constructivos y de orientación astronómica ritual de los templos. Tal situación en modo alguno puede ser calificada de tanteos precolonizadores. Es más, todos estos datos, pero principalmente el derrumbe del axioma tanto tiempo vigente y no demostrado de que el Carambolo era un asentamiento indígena prefenicio de chozas circulares, echan por tierra que las cerámicas sardas o los huevos de avestruz, entre otros ultramarinos, demuestren una demanda vernácula de productos mediterráneos previa a la dispersión demográfica fenicia por Occidente; y, por otra parte, mantienen vigente la afirmación de J. Alvar (1981: 191) de que la población autóctona de Tartessos quizás no estuvo técnicamente capacitada para emprender grandes singladuras que le distanciaran de lo que puede considerarse una

navegación de mero cabotaje. En este contexto pueden explicarse las conexiones entre la metalurgia bajoandaluza del Bronce Atlántico y la del Mediterráneo occidental sin echar mano de otras iniciativas y redes comerciales que las fenicias, hipótesis que da cobijo a los paralelos orientales de algunos de los objetos procedentes del depósito de bronce de la Ría de Huelva, incluida en este caso también la presencia de hierro, que había sido achacada a contactos precoloniales con Oriente (cf. Almagro-Gorbea 1993a: 87). De hecho, las supuestas relaciones anteriores, que se quieren remontar en algún caso hasta el siglo XI a.C. (cf. Cultraro 2005: 102-104), se basan siempre en la existencia de una supuesta fase precolonial del Carambolo coincidente con Huelva I (fase inicial del Cabezo de San Pedro) y con el horizonte de la Ría (cf. Castro y otros 1996: 198). Desde esta errónea –y ya desmontada– fase precolonial del Carambolo, la cerámica a mano pintada con motivos geométricos tan característica de dicho yacimiento, precisamente llamada por ello «cerámica tipo Carambolo», se fechó equivocadamente en un momento anterior a la colonización fenicia, sirviendo luego tal premisa fallida para sostener una precolonización oriental a finales de la Edad del Bronce en el área tartésica (cf. Almagro-Gorbea 1998: 90).

Volcada la situación de los datos hacia un panorama que refleja cada vez más claramente un inicio de la colonización fenicia ya en los comienzos del primer milenio a.C., la lectura que proporciona la documentación rescatada con garantías científicas puede más bien considerarse el comienzo de un proceso genuino de implantación poblacional, paralelo en el tiempo a las fechas calibradas del depósito de la Ría de Huelva (cf. Ruiz-Gálvez 1995b; Mederos 1996a: 96-97; 1996b: 67 y 81). Este fenómeno contaría ya en estas fechas con el desplazamiento de grupos cohesionados de procedencia mediterránea oriental; grupos que incluían artesanos metalúrgicos, alfareros, arquitectos, eborarios y carpinteros, y que disponían asimismo de especialistas en otras necesidades sociales como la religión¹². Sin duda, este traslado de los primeros contingentes demográficos, en el que parece que pudo desempeñar un importante papel organizador la realeza tiria más que la iniciativa privada (Wagner 2005: 152-155), habría implicado alguna forma de posesión de las zonas ocupadas, aunque éstas fueran al comienzo áreas reducidas. Por tanto, no se trataría en modo alguno de episodios de precolonización en el sentido en que el concepto fue pensado

¹¹ No creo acertado relacionar unas fechas más antiguas a las tradicionalmente admitidas para la fundación de Cartago con el hallazgo allí de cerámica micénica, como de hecho hace Mederos (2005a: 311).

¹² Aunque M.E. Aubet se manifiesta muy crítica ante la aceptación de un movimiento fenicio de precolonización parecido al caso griego, y ve en este concepto un intento de conciliar las fuentes escritas, que remontan la fundación de Cádiz al siglo XII a.C., con la información arqueológica (Aubet 1978: 177 y 187), reconoce –contra lo que aquí defiendo– que una supuesta precolonización podría ir acompañada en determinados casos «de la instalación puntual de pequeños grupos de artesanos, ceramistas o metalúrgicos» (Aubet 1994: 178).

originalmente, porque dicha propuesta asumía la inexistencia de migraciones y defendía sólo unas navegaciones esporádicas con una finalidad meramente comercial (cf. Moscati 1983: 2). Y como esto último no es evidentemente lo que se constata en las costas tartésicas de comienzos del primer milenio a.C., los nuevos conocimientos tal vez permitan en un futuro no muy lejano, como alguien ha adelantado ya, proponer para la periodización de la Protohistoria meridional ibérica una nueva terminología más acorde con la usada en otras regiones del Mediterráneo, con el empleo para esta fase del término Edad del Hierro (Garrido 2004: 18).

Un apoyo indirecto a una colonización en toda regla en el siglo IX a.C. por parte de un variado contingente de especialistas fenicios podría encontrarse en los cambios que el abastecimiento de plata experimenta en Oriente por estos mismos momentos. Durante cien años a partir de esta fecha, y en palabras de M.E. Aubet (1994: 91), «el mercado asirio se inunda de plata». Es razonable pensar, por consiguiente, que el descubrimiento de la riqueza argentífera de Tartessos por los fenicios sea la causa de dicho fenómeno, porque la plata tartésica no se valoró en absoluto por la población vernácula, que no había hecho uso de ella antes de que los fenicios introdujeran la técnica de la copelación (Izquierdo 1997). Igualmente, una abundancia de plata parecida a la que caracteriza a los territorios minorasiáticos se constata por las mismas fechas en Egipto, donde, en contraste con los momentos anteriores, a partir del reinado de Psusenes I (ca. 1039-991 a.C.), este metal noble se hará un elemento omnipresente en los ajuares funerarios de los faraones y de la nobleza (Padró 2001: 156-157).

CANTO SEGUNDO: PENDIENTES DE UN HILO

Recientemente se han dado a conocer unos cuantos colgantes de cornalina procedentes de yacimientos de Andalucía occidental. Estas piezas tienen forma de botella, y disponen de una perforación en el extremo superior del cuello para colgarlas, ya que formarían parte de

adornos personales según revela su hallazgo formando parte de collares en algunas tumbas chipriotas del segundo milenio a.C. Los análisis petroquímicos de la materia prima revelan su procedencia extrahispana, en concreto egipcia. Igualmente, el estudio estilístico y tipológico de las mismas conduce al país del Nilo, donde cuentas de piedra con esta forma se conocen al menos desde mediados del segundo milenio a.C., en coincidencia con los comienzos de la dinastía XVIII (Martín de la Cruz y otros 2005: 508). En general, estos colgantes se tienen por muestra de una introducción de productos exóticos en Andalucía occidental antes de que accedieran a ella los colonos fenicios del primer milenio a.C. Así, quienes más esfuerzo han dedicado a su estudio y publicación sugieren una vía marítima que, teniendo su plataforma de lanzamiento en el Mediterráneo oriental, en concreto en Egipto, el Próximo Oriente asiático y Chipre, habría discurrido por las rutas del comercio micénico hasta el Mediterráneo Central (Italia y las islas), sobre todo durante los tiempos del Micénico IIIB y IIIC. Siguiendo siempre tal propuesta, hasta Andalucía podrían haber arribado, en consecuencia, en la segunda mitad del segundo milenio a.C., quizás en los siglos XIV-XIII a.C., penetrando en grupos del denominado «Bronce Tardío»¹³.

A pesar del intento de remontar todos estos abalorios a un mundo coetáneo con la cerámica micénica de Montoro, o en todo caso a unos contactos inmediatamente herederos de aquella situación en un mundo postmicénico anterior a Tartessos, su cronología en las áreas de procedencia ofrece unas posibilidades más amplias aun sin contar con el problema del largo periodo de uso que cuentas de collar tan exóticas –y por tanto tan caras– pudieron tener en las regiones de procedencia y de destino. Esto convierte automáticamente a los contextos arqueológicos en los que se han hallado en Occidente en los elementos clave para su más plausible explicación histórica.

La pieza con un registro estratigráfico más fiable es la obtenida en el poblado de Las Cumbres, cercano a la colonia fenicia de Doña Blanca. Su excavador la documenta en un contexto perteneciente al que, siguiendo la

¹³ En atención a la propuesta seminal de F. Molina (1978), la denominación «Bronce Tardío» conviene quizás más a los territorios orientales de Andalucía como etapa posterior al Argar. A pesar de que este término ha intentado abrirse paso también en Andalucía occidental a partir de los trabajos en la provincia de Córdoba de J.C. Martín de la Cruz (1989), tal vez fuera más razonable para el Bajo Guadalquivir la simple denominación de Bronce II, toda vez que es ese horizonte de conexiones muy viejas con la cultura de Cogotas el único existente entre lo que podría denominarse Bronce I, representado por las cistas funerarias del Suroeste o por la fase inicial de Setefilla, y la Protohistoria. Esta posición coincide en parte con la corrección realizada a la periodización de Schubart (1975) para el Bronce del Suroeste (cf. Ruiz-Gálvez 1991: 285-286). En este trabajo uso las denominaciones de Bronce I y Bronce II para referirme a las dos únicas etapas detectadas en Andalucía occidental entre el Calcolítico y Tartessos. Descarto la nomenclatura de Bronce Antiguo y Medio para esas etapas porque dicha terminología hace presuponer por pura lógica mental la existencia de un Bronce Final que, después de los hallazgos de la marisma onubense, habrá que ir desterrando en favor del nombre de Edad del Hierro o de cualquier otro. Ya he señalado en otra ocasión las dificultades para caracterizar el registro arqueológico de ese «Bronce Final» preferido tal fácilmente detectado por otros en la Baja Andalucía (Escacena 1995). La periodización que uso aquí rechaza la utilización del término Bronce Final para el mundo bajoandaluz que muestra conexiones con Cogotas I. Sin embargo, en esta fase de fuerte raigambre meseteña ve precisamente Ruiz-Gálvez (1998a: 20) el inicio del Bronce Final del área tartésica. Muy parecida a la de Ruiz-Gálvez es la propuesta de Mederos (1997a: 77).

periodización obtenida años antes en Huelva (Ruiz Mata 1979), denomina «Fase I» (Ruiz Mata y Pérez 2004: 10). Este ejemplar podría ser por tanto precolonial si no fuera porque, según hemos visto ya, ese horizonte onubense ya no puede considerarse anterior a la presencia fenicia. Por consiguiente, respecto al ejemplar de Las Cumbres, puede seguirse defendiendo su presencia en un ambiente cultural indígena, pero no que ese contexto del asentamiento de la Sierra de San Cristóbal sea necesariamente anterior a la fundación de Doña Blanca por los fenicios. Otras cuentas gaditanas de materia prima también exótica proceden de Pocito Chico, entre las que de nuevo aparece una en forma de botella (Ruiz Gil y López Amador 2004). En este caso, dicho colgante debe ser atribuido -como todo su contexto según ya he tratado antes- a un horizonte coetáneo al de los inicios de Doña Blanca a pesar del empeño de los excavadores por otorgarle una cronología más vieja.

Los demás ejemplares de este breve catálogo corresponden a sendas cuentas de los yacimientos de Cabezo de Córdoba, en Castro del Río (Sánchez Romero y Martín de la Cruz 2004), y Los Castillejos, en La Granjuela (Vera 2004). Ambos están recogidos en superficie, por lo que carecen de contexto estratigráfico claro. En cualquier caso, se conoce bien la ocupación de los dos yacimientos gracias a intensas las prospecciones a que han sido sometidos.

En el Cabezo (o Cerro) de Córdoba pudo haber una ocupación primera calcolítica, deducida de la presencia de algunas industrias líticas que podrían corresponder a esta fase. Pero la cerámica refleja en su mayor parte un panorama correspondiente a época tartésica, siendo las más antiguas de dicha fase los vasos pintados de tipo Carambolo. Por tanto, como la cerámica geométrica de dicho estilo no puede ser llevada ya a momentos anteriores a la colonización fenicia, ésta debe ser la cronología más alta para el colgante allí encontrado.

En relación con el tema abordado en esta obra, el yacimiento de los Castillejos de la Granjuela plantea en cambio una problemática más interesante. Los hallazgos superficiales no han proporcionado ningún material cerámico protohistórico, sino sólo del Calcolítico y del Bronce I. En consecuencia, aunque la pieza allí localizada se ha querido llevar a los momentos del comercio micénico o incluso a una fase posterior, afirmándose que su misma presencia indicaría que el sitio no estaría desocupado en esos tiempos de finales del segundo milenio o de comienzos del primero a.C. (Martín de la Cruz y otros 2005: 508), no existen por ahora documentos para negarle una

cronología mucho más vieja, que podría remontarse a la primera mitad del segundo milenio a.C. Se trataría entonces de un objeto de probable procedencia oriental que habría llegado a la Península Ibérica antes incluso que las cerámicas micénicas de Montoro (figura 8).

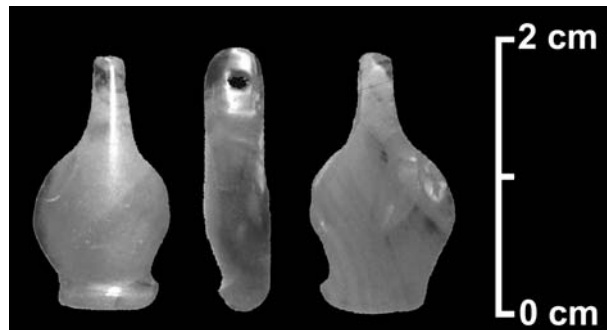


Figura 8
Colgante de cornalina procedente del yacimiento cordobés de Los Castillejos de La Granjuela, según Vera (2004).

DISCUSIÓN SOBRE EL CANTO SEGUNDO

A tenor de lo que sugieren las cuentas de collar de cornalina en forma de botellita, éstas podrían formar parte de dos series de importaciones: la protohistórica, vinculada a la colonización y el comercio fenicios, y la prehistórica, que parece ser incluso anterior a los productos cerámicos llegados hasta Andalucía con el comercio micénico. Esta conclusión sólo puede tomarse de momento como hipótesis de trabajo, pues la documentación correspondiente a la fase supuestamente prehistórica carece de contexto seguro.

El lote protohistórico nada tiene que decir en el problema que aborda el presente libro, centrado en la llegada de productos mediterráneos antes de la presencia semita y griega del primer milenio a.C. Sin embargo, la posible importación de productos exóticos de ultramar que reflejaría el colgante cordobés de los Castillejos de la Granjuela supondría el reconocimiento de que el final de la Edad del Cobre no supuso un corte radical en la demanda de mercancías caras procedentes de fuera de la Península Ibérica. Durante el Calcolítico, hasta los poblados de la provincia de Almería habían llegado huevos de avestruz, pero también marfil y otros productos relativamente exóticos (Chapman 1991: 260-265). Para las mismas fechas, en Andalucía occidental se ha detectado una presencia abundante de marfil, pero su uso no se abandonó por completo en el segundo milenio a.C. según el testimonio de Setefilla (cf. Aubet y otros 1983: 57)¹⁴. Los del Calcolítico y los del Bronce I son productos

¹⁴ Un fragmento curvo de marfil similar al de Setefilla procede de Montoro (Córdoba), aunque se halló en un estrato con cerámica de tipo Carambolo y una cuenta de pasta vítrea, pieza esta última que sugiere a los excavadores unos primeros contactos con la colonización fenicia (Martín de la Cruz y otros 1987: 175).

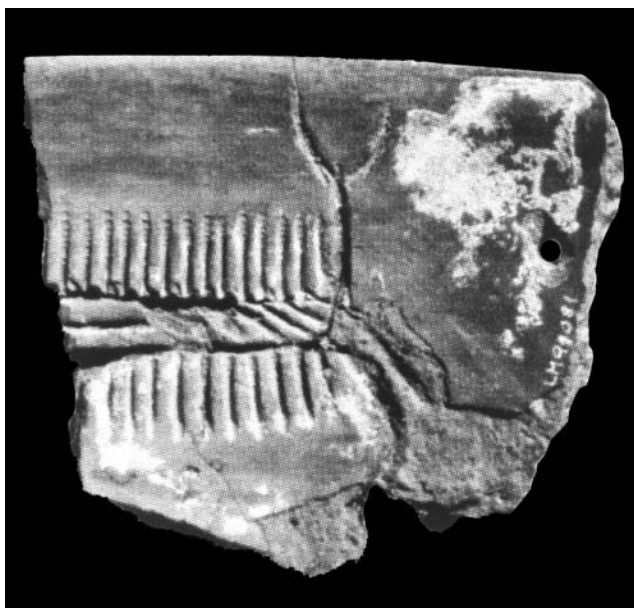


Figura 9

Barco con toro en la proa, en el interior de un cuenco campaniforme del yacimiento almeriense Los Millares (Santa Fe de Mondújar), según Molina (2005).

necesariamente llegados por mar, en barcos que tal vez tuvieron el diseño del representado en un cuenco campaniforme de Los Millares (figura 9). Pero en ningún caso estas mercancías extrapeninsulares pueden tomarse por una precolonización mediterránea al modo como ésta se entiende por los especialistas en Protohistoria, ya que las transacciones en las que se sustentaron no respondían a «la frequentazione del Mediterraneo occidentale da parte di genti orientali», como recogía Moscati en las conclusiones a su propuesta (Moscati 1983: 7). Aun así, abren la puerta a la explicación de otros testimonios bajoandaluces que sí parecen llegados desde Oriente más que desde África, en un segmento temporal que transcurre entre los comienzos del segundo milenio a.C. y el final del comercio micénico. En todo caso, solemos entender siempre estos productos como manufacturas, por lo que se excluyen las especies animales y vegetales. Un estudio riguroso de este otro problema exigiría numerosos análisis genéticos como los que ya se están realizando en algunos ambientes científicos para deducir las rutas migratorias del mundo agropecuario (cf. Ashby 2004: 6-7)¹⁵.

Aceptar o no la llegada de cosas y/o influencias del Mediterráneo oriental desde época neolítica, fenómeno que iría de la mano de un posible desplazamiento

de poblaciones humanas más o menos numerosas, entra de lleno en un problema que ahora sólo cabe tratar de pasada: la corriente historiográfica que en la segunda mitad del siglo XX ha generalizado el rechazo a la difusión como variable a tener en cuenta a la hora de analizar el cambio cultural. Así, desde que C. Renfrew (1967) rehusó acudir a esta solución para explicar el parecido entre el megalitismo oriental y el occidental, sus seguidores han dominado el panorama de la Prehistoria Reciente del oeste de Europa. Desde este punto de vista, todo parecido entre los idolillos calcolíticos occidentales y los orientales se ha considerado mera convergencia, porque, aun reconociéndose dichos paralelismos, se acaba rechazando que tengan algo que ver ambas series en su filogenia, o se propone, como mucho, que son el producto de ideas comunes a todo el Mediterráneo (cf. Hurtado y Perdignes 1983: 58). Respecto a la Península Ibérica, tal vez uno de los casos más extremos de esta posición sea la premisa de partida del estudio de la Edad del Cobre en el Sureste de A. Hernando (1988: 9):

Somos conscientes de que la difusión ha sido uno de los agentes causales de la transformación de determinados rasgos culturales a lo largo de la Historia. Pero en estos casos, los cauces y el contexto de la difusión quedan perfectamente explicados mediante el contacto entre pueblos. No así en el Calcolítico. Por tanto, negamos para esta época la validez del difusionismo como mecanismo de explicación de la aparición de rasgos culturales complejos -metalurgia ritual de enterramiento colectivo, fortificación, etc.- que implican la intervención de gran cantidad de variables, no sólo de orden técnico, sino económico, social, ideológico, etc.

En esta polémica, difusionistas y autoctonistas radicales se han enzarzado en unas discusiones que reflejan el desconocimiento por ambas partes de cómo funcionan los mecanismos evolutivos cuando se producen contactos entre partes distintas con la consiguiente transmisión de caracteres, es decir, cuando lo único que ha existido es la llegada a un contexto determinado de algo ajeno. Desde un enfoque darwinista, se trataría simplemente de un aumento de la variación (o diversidad), caldo de cultivo idóneo para el arbitraje posterior de la selección natural, que elegirá siempre la norma más adaptativa sin que ello suponga la represión paralela de las mutaciones conductuales neutras¹⁶.

¹⁵ Para la Península Ibérica, las relaciones externas de algunas especies animales —ciertas razas de vacas— y vegetales —algunas variedades de cebada— apuntan con frecuencia hacia África, al menos desde fines del cuarto milenio a.C. en adelante (cf. Anderung y otros 2005; Molina-Cano y otros 2005).

¹⁶ Es también aquí imposible un tratamiento más profundo de cómo la teoría evolutiva soluciona conflictos científicos de esta índole. Una aplicación de este enfoque epistémico y de su correspondiente metodología de análisis a la Protohistoria del Suroeste ibérico puede consultarse en Escacena (2005).

CANTO TERCERO: EN LA CUERDA FLOJA

Al menos por lo que se refiere a Andalucía occidental, tal vez uno de los testimonios últimamente más utilizados para abordar el análisis de unos posibles contactos con Oriente entre los siglos que van desde la expansión comercial micénica a la colonización fenicia sea el denominado «vaso» o «ánfora» de Coria del Río (cf. Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 346-347), un recipiente a torno, de cuerpo globular con gollete, asas verticales sobre el hombro y decoración de bandas y líneas onduladas horizontales (figura 10). Ingresado en el Museo Arqueológico de Sevilla gracias a las gestiones de J. de M. Carriazo (1974: 177), casi lo único que se tiene hoy claro es la inexistencia de datos que hablen del contexto donde apareció. Sobre éste existen versiones muy contradictorias, de forma que es posible que la información se haya cruzado con la de otro recipiente encontrado en el Cerro de San Juan de dicha localidad y que está atribuido claramente al mundo fenicio en particular o siropalestino en general (Belén y Pereira 1985: 333-335). De hecho, mientras testigos visuales ubican el lugar del hallazgo de este otro vaso fenicio (el pintado con ondas verticales sobre el hombro) en la cima del cabezo, donde habría aparecido al hacer la cimentación de un antiguo Instituto de Enseñanza Media –hoy de Formación Profesional– (García 1986), investigaciones posteriores lo sitúan en el patio trasero de una de las casas que limitan el *tell* por su ladera norte (Belén 1993: 42).

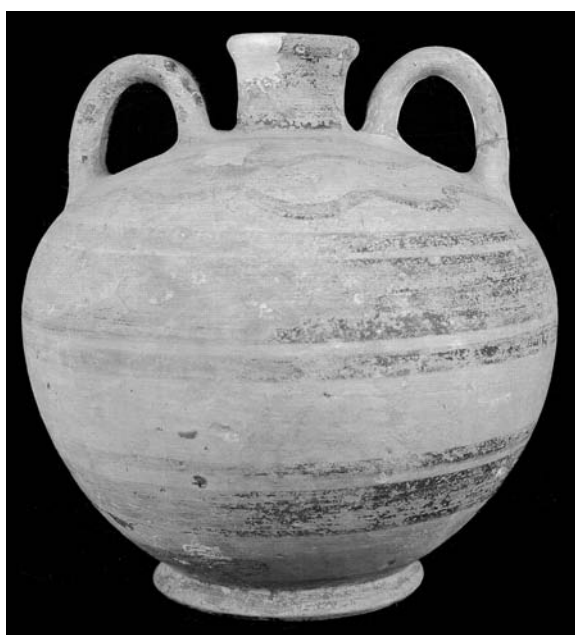


Figura 10
Vaso de Coria del Río (Sevilla). Foto Mario Fuentes.

Por comparación con algunos materiales procedentes de Cartago, una de las primeras referencias a este vaso reconoció en él paralelos fenicios que podrían remontarse a fines del siglo IX a.C., pero que llegarían incluso hasta el VII a.C. (Blázquez 1968: 27-28)¹⁷. También partidario de esta cronología baja se mostró en su día Pellicer (1968: 69), quien sugirió prototipos jonios que llegarían hasta el siglo VI a.C., porque lo comparó con un recipiente parecido de Ullastret datado en este momento por la cerámica griega que le acompañaba en la estratigrafía. En cualquier caso, paralelamente el mismo Pellicer apuntó que, si bien «sus prototipos inmediatos corresponderían a las cerámicas jonias de un geometrismo final arcaizante», sus «orígenes remotos [...] habría que buscarlos en lo micénico, tanto del continente griego como de Chipre» (Pellicer 1969: 300)¹⁸. A partir de esta sugerencia sobre las raíces últimas del tipo, Blanco Freijeiro observó de nuevo en dicho recipiente una inspiración en el mundo submicénico, a pesar de creerlo producción hispana (Blanco 1976: 10). Así, a partir del establecimiento de estos últimos vínculos tipológicos, que hablan más de la tradición alfarera a la que se vincula el vaso que de ese ejemplar concreto hallado en Coria del Río, las interpretaciones del mismo oscilan hoy entre las relaciones relativamente tardías con Grecia del Este (Torres 2002: 94 y 156) y las que, rechazando esta posibilidad a causa de ciertas razones técnicas sobre su fabricación, apuntan de nuevo al mundo submicénico o protogeométrico (Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 346-347).

DISCUSIÓN SOBRE EL CANTO TERCERO

Las desconocidas circunstancias en que este vaso se halló impiden sacar más partido al mismo que la mera consideración de que se trata, casi sin lugar a dudas, de una importación oriental. Como el yacimiento ocupó al menos hasta mediados del primer milenio a.C. la desembocadura del Guadalquivir, contaba con una situación ideal para recibir productos como éste.

Un análisis exhaustivo de lo que se ha afirmado acerca de este recipiente conduce a una conclusión ineludible: su fecha, sus paralelos y la explicación de su presencia en las antiguas bocas del Betis han dependido estrechamente de los movimientos típicos del péndulo historiográfico. Mientras Tartessos fue una cultura casi desconocida arqueológicamente, cosa que sólo comenzó a superarse con la excavación y posterior publicación de las excavaciones en el Carambolo y tras un largo hiato desde la época de G. Bonsor, la contemplación del vaso

¹⁷ Por un error evidente, Blázquez atribuye el hallazgo a la población, también sevillana, de Lora del Río.

¹⁸ Una vinculación con Chipre sugirió también C. Fernández-Chicarro (1969: 12).

de Coria sugería vínculos con el mundo submicénico de fines del segundo milenio a.C., en concordancia con la defensa de migraciones egeas que habrían acaecido por las mismas fechas y que venían proponiendo algunos discípulos del profesor Blanco Freijeiro (cf. Bendala 1977, 1979 y 1986). Sin embargo, la constatación de ciertos ejemplares semejantes en el mundo griego arcaico y en algunos de sus territorios coloniales hispanos inclinó la balanza hacia la consideración de que podía tratarse de una importación jonia de época tartésica tardía venida por manos fenicias. Paralelamente, los muchos hallazgos griegos de la Huelva de los siglos VII y VI a.C. proporcionaban un buen cobijo a esta hipótesis, reforzada por la situación costera de los sitios con cerámica griega de época arcaica (Torres 2002: 156). Hoy, reivindicada de nuevo la llegada de productos de lujo orientales como documentación básica de una supuesta precolonización fenicia, otra vez se mira hacia las fechas más viejas de su espectro temporal teórico (Pellicer 2007: 35).

Lo que en el fondo demuestra este vaivén cronológico es la imposibilidad de acercarse a este testimonio con objetividad. Al carecer su hallazgo de un contexto claro, se ha utilizado para apoyar visiones distintas y excluyentes, en singular parangón con el problema que plantea el cilindro sello de Vélez Málaga (Pellicer 2003: 122). En este caso, ni siquiera los análisis de pasta, sobre los que Almagro-Gorbea y Fontes (1997: 347) se muestran esperanzados, podrían sacarnos con seguridad plena del terreno pantanoso, porque el problema no estriba hoy tanto en la consideración de que se trata de un producto importado como en el cálculo de su datación, algo que seguramente no solucionarían estas pruebas por muy sofisticadas que fuesen.

CANTO CUARTO: CON LOS PIES EN LA TIERRA

De contextos en parte más seguros y relativamente bien conocidos provienen unos cuantos hallazgos producidos en Andalucía occidental a lo largo de más de un siglo de pesquisas arqueológicas. Todos ellos pueden atribuirse al segundo milenio a.C., o como mucho a finales del tercero los más tempranos, y por tanto no siempre pueden ser achacados a las actividades comerciales micénicas. Seguiré en este relato un orden cronológico, empezando por los testimonios que se tienen por más antiguos y trayendo a colación siempre aquellos otros elementos que, sin que hayan sido catalogados necesariamente como productos exóticos, se han considerado alguna vez de posible inspiración oriental.

Quizás las primeras reflexiones las merezca el conjunto de puntas de jabalina metálicas de la Cueva de la Pastora, *tholos* perteneciente al complejo megalítico de la

comarca sevillana del Aljarafe (figura 11). Se trata de treinta piezas que constituyen por lo general el punto de partida de los estudios referidos a la baja Andalucía que analizan los vínculos de Occidente con Oriente en el segundo milenio a.C. (cf. Martín de la Cruz 1991a: 113; 1994: 118). El trabajo más reciente sobre ellas, aunque no se inclina con absoluta claridad por considerarlas un producto importado, sino que deja la puerta abierta a varias posibilidades –importación, fabricación hispana según modelos orientales o simple convergencia tipológica a partir de una inspiración panmediterránea (cf. Mederos 2000: 107-108)–, recela sin embargo del argumento fundamental que había servido previamente a I. Montero y a T.O. Teneishvili (1996: 76-81) para rechazar que se trate de una importación procedente del este del Mediterráneo: el análisis del metal en que están elaboradas. Según la identificación de la materia prima (cobre y cobre arsenicado, sin aleación con estaño), serían objetos fabricados en Occidente, y en concreto en la misma zona de su hallazgo. Sin embargo, A. Mederos señala con razón que las muestras obtenidas de las referidas puntas de jabalina no suponen un barrido sistemático de los correspondientes ejemplares analizados, por lo que no pueden descartarse otros resultados. A favor de este argumento convendría recordar, de hecho, que las distintas pruebas realizadas a la espada-estoque, al puñal y a la alabarda de Setefilla han topado con el mismo problema (cf. Hunt y Hurtado 1999: 311-312). Hallado el conjunto de jabalinas en 1860, al parecer en un escondrijo secundario del túmulo que cubre esta estructura funeraria megalítica, fue M. Almagro Basch

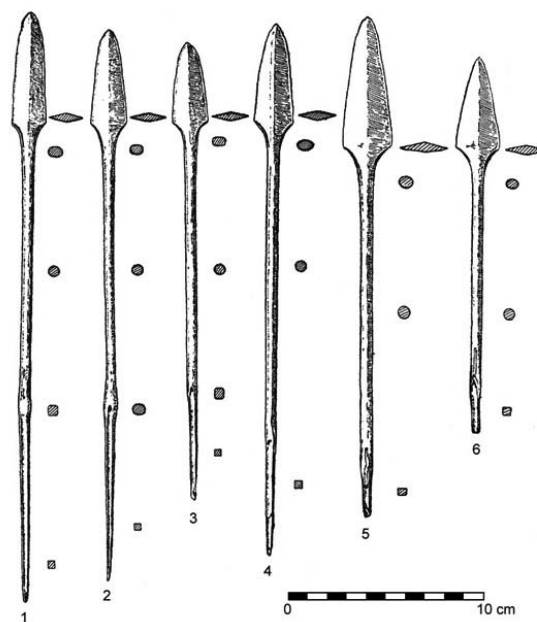


Figura 11
Lote de seis puntas de jabalina del conjunto publicado por Almagro (1962), procedentes de los alrededores del tholos de la Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla).

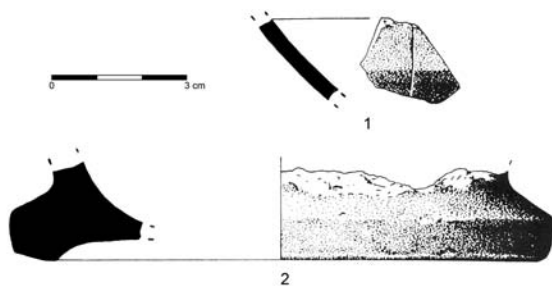


Figura 12

Taza (1) y crátera (2) micénicas del Llanete de los Moros de Montoro (Córdoba). A partir de Martín de la Cruz y Perlínes (1993).

el primero en señalar sus evidentes paralelos orientales, apuntando a ejemplares parecidos del área siropalestina y del Cáucaso (Almagro 1962b: 22-35). Hoy se acepta para el tipo una cronología de la primera mitad del segundo milenio a.C., sobre todo porque han aparecido otras piezas en el yacimiento extremeño de la Pijotilla que apuntan hacia ese mismo contexto de la transición Calcolítico-Bronce (Hurtado y Hunt 1999: 259). Aunque tal datación coincide a grandes rasgos con la propuesta en su día por Almagro (1962b: 34), A. Mederos (2000: 88) vincula claramente el hallazgo con el propio *tholos* de la Cueva de la Pastora, y por tal razón tiende a remontar algo su cronología con base en el horizonte de construcción de estas estructuras en el conjunto calcolítico (asentamiento y necrópolis) de Valencina. Sin embargo, parece que las jabalinas no formaban parte exactamente de los ajueres funerarios depositados en el megalito, sino que aparecieron formando un grupo cerrado sepultado en la tierra del túmulo. Esta circunstancia sería otra razón más para vincularlas a un mundo más cercano al Bronce I, porque en la necrópolis dolménica de Gandul (Alcalá de Guadaíra), no muy lejos de la de Valencina de la Concepción, se conocen enterramientos en covachas que durante el Bronce se excavaron en la tierra que formaba parte de los túmulos que cubrían estructuras megalíticas anteriores (cf. Hurtado y Amores 1984).

Si son o no mercancías exóticas las puntas de jabalina del dolmen de La Pastora, o si son meras copias de modelos levantinos, está aún por resolver. En cambio, son sin duda importaciones genuinas los tiestos micénicos de Montoro (Córdoba). En la primera mitad de los años ochenta del pasado siglo, los investigadores hispanos todavía contemplaban un panorama del comercio micénico en el que los límites más occidentales alcanzaban sólo la isla de Cerdeña (cf. Aubet 1984: 158). Aun así, como ya se iniciaba paralelamente el conocimiento de relaciones entre el mundo sardo de finales de la Edad del Bronce y el sur de España, basadas especialmente en un horizonte metalúrgico en parte común, estaba el panorama científico más que preparado para la aceptación de posibles hallazgos que ampliaran el marco hacia

poniente. Estos hallazgos llegaron al año siguiente de la publicación de Aubet. Se trataba de dos fragmentos de cerámica a torno pintada: uno de un recipiente abierto de forma indeterminada –posiblemente una taza (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 337)– y otro del pie de una crátera (figura 12). Ambos aparecieron en un contexto con abundantes materiales de Cogotas I (Martín de la Cruz 1988: 82-89), en el corte R-3 del yacimiento conocido como Llanete de los Moros, en un estrato (III) bien sellado por el inmediatamente superior (IV) y por un potente derrumbe de piedras superpuesto a estas dos capas. Tales testimonios contaban, por tanto, con garantías sedimentarias suficientes sobre su posición estratigráfica y cronológica.

Las cerámicas micénicas de Montoro se fechan en la segunda mitad del segundo milenio a.C. (Micénico Reciente IIIA-IIIb), en concreto en la primera mitad del siglo XIII a.C., y pertenecen a las producciones del denominado «Grupo de Micenas-Berbatí», en la Argólida, al noreste de Micenas (Martín de la Cruz 1991a: 110), lo que ha podido demostrarse a través del análisis de su pasta por Activación Neutrónica (Mommensen y otros 1990).

Aunque en este caso no se conoce el taller de procedencia, parecida situación histórica muestran las demás cerámicas a torno procedentes de estos contextos del Llanete de los Moros de Montoro. Se trata de soportes, de contenedores y de vasos globulares con pastas muy decantadas y casi sin desgrasantes, cocidos en atmósferas oxidantes. Todos estos materiales se hallaron en niveles del horizonte Cogotas I (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 338-340), lo que garantiza su adscripción pretartésica, y en algún caso incluso en un estrato aún más viejo. Esto mismo reconocen los autores de este primer informe cuando afirman literalmente, al referirse a los soportes, que aparecen asociados a materiales «cuyas características no permiten adscribirlos a Bronce final» (Martín de la Cruz y Perlínes 1993: 338). Sin embargo esto se contradice con lo sostenido recientemente por M.R. Perlínes (2005) al atribuirlos en gran parte a esta fase, a la que denomina ahora Bronce Reciente. Tan flagrante contradicción tal vez se apoye en un análisis acrítico de las pruebas radiocarbónicas, que han dado unas cifras de 1030 ± 130 a.C. y 980 ± 110 a.C. (Martín de la Cruz 1994: 120). Se trata de datos sobre cronología absoluta que ya han sido puestos en cuarentena porque «presentan notables problemas de articulación interna en relación con la estratigrafía de los cortes» (Mederos 1996b: 63).

Esta cerámica ofrece la misma composición que un vaso de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) que apareció en un estrato fechado por ^{14}C sin calibrar en 1210 ± 35 y 1145 ± 35 a.C. (Martín de la Cruz 1994:

120-121)¹⁹. De no tratarse de una contaminación estratigráfica, más difícil es atribuir a este grupo, como sugieren Martín de la Cruz y Perlín (1993: 339 y 341), un fragmento a torno de un posible soporte en forma de carrete hallado en Carmona por Pellicer y Amores (1985: fig. 57v). Esta última pieza apareció en el nivel 23 del corte CA-80/A con abundante cerámica a torno claramente fenicia, por lo que corresponde a mediados del siglo VIII a.C. (Pellicer y Amores 1985: 179). En razón de su contexto, pues, otros autores han señalado sus graves problemas para considerar este testimonio importación precolonial (cf. Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 350).

DISCUSIÓN SOBRE EL CANTO CUARTO

Los hallazgos tratados en el apartado anterior (la punta de jabalina de La Pastora y la cerámica a torno de Montoro —la micénica y la de taller no identificado—) no pueden considerarse en ningún caso una conexión con Oriente del mundo tartésico: sus cronologías pertenecen a momentos más antiguos, y por tanto no a una supuesta fase preferencia de Tartessos. En cualquier caso, estos contactos con Oriente, más seguros en el caso de la cerámica micénica de Montoro, merecen una reflexión mínima, porque inciden en el problema que se aborda en este libro aunque no tanto en sus márgenes temporales.

El parecido formal de las puntas de jabalina del *tholos* de La Pastora con las series orientales es más que evidente. Y ante estas semejanzas se puede trabajar, de hecho, con las tres hipótesis con las que concluye el trabajo sobre estas piezas de A. Mederos (2000): que sean producto de una convergencia cultural, que estén inspiradas en modelos del este del Mediterráneo o que se trate de importaciones. La primera de estas posibilidades ha representado el mecanismo del que más han abusado en la segunda mitad del siglo XX las posiciones autoctonistas heredadas del Renfrew de los años sesenta. Las semejanzas entre las series orientales y occidentales de los ídolos, de los vasos de piedra o de marfil, de los objetos de adorno y/o de prestigio, de algunas decoraciones cerámicas, de los conocimientos metalúrgicos, de los tipos de fortificaciones y de ciertas técnicas de talla lítica, entre otras cosas, han sido explicadas mediante esta razón, tras

la que se ha escondido las más de las veces un recurso adaptativo inmediato de los investigadores de turno a las corrientes historiográficas antidifusionistas imperantes, cuando no una absoluta falta de imaginación a la hora de proponer soluciones más convincentes. Porque, si efectivamente la convergencia evolutiva es una de las modalidades que puede conducir a la similitud formal, su reconocimiento no constituye en sí mismo una explicación del fenómeno, sino sólo una descripción. Ante los parecidos morfológicos, hoy se dispone de un buen método para dilucidar si realmente se trata de una analogía o de una homología: el análisis cladístico y la paralela distinción entre caracteres primitivos (plesiomorfias) y derivados (apomorfias)²⁰. Pero esta técnica de los naturalistas es desconocida por lo general entre los arqueólogos, leales a la idea de que la biología nada aporta al conocimiento del hombre postpaleolítico.

La segunda hipótesis de Mederos —que imiten modelos orientales— vendría avalada, si todos los análisis futuros lo confirmaran, por el hecho de que se trata de puntas de jabalina elaboradas con cobre arsenicado, es decir, con la misma materia prima que los demás objetos metálicos calcolíticos hispanos exceptuados los de oro. Esto sería motivo para rechazar una posible importación del objeto en sí, como de hecho proponen Montero y Teneishvili, pero implicaría que lo que se movían eran las ideas y que, como éstas no viajan sino en la mente de los humanos, las relaciones más o menos directas habría que asumirlas entre los distintos grupos culturales que habitaban el Mediterráneo en la primera mitad del segundo milenio a.C. Ya he sugerido esta idea cuando he traído a colación el barco representado en el cuenco campaniforme de Los Millares (*vide supra*).

Para la tercera posibilidad, la que propone que se trate realmente de importaciones, podría encontrarse un argumento a favor en el hecho de su escasez en la Península Ibérica, por su puesto si se superara el escollo de las diferencias en la composición metálica de ambas series, que Mederos pone un poco en solfa. Precisamente por su excepcionalidad en contextos hispanos, Montero y Teneishvili (1996: 73) han definido tales puntas como «invención socialmente rechazada», solucionando el parecido con las piezas orientales mediante un posible mecanismo de inspiración. Pero es este argumento el que

¹⁹ La fecha de 1145±35 a.C. está corregida sobre la recogida por Martín de la Cruz de 1185±35 a.C., error tomado seguramente de Arribas (1976: 152 y 155). Véase al respecto Mederos (1995a: 70), que da los valores calibrados de ambas cifras: 1419 a.C. y 1389-1327 a.C. respectivamente.

²⁰ Si las presiones selectivas van en la misma dirección, dos entes distintos pueden desembocar en ciertas afinidades que implican a cuestiones superficiales. Esto explica, por ejemplo, el nacimiento de alas a partir de estructuras muy diferentes en los insectos y en las aves. No por ello abejas y colibríes tienen una filogenia próxima. En biología, estos fenómenos de convergencia se denominan analogías. Por el contrario, cuando las semejanzas son estructurales, las razones de ese parecido hay que buscarlas en el parentesco. En tal caso, los elementos comunes se llaman homologías. Una aplicación de este método en Escacena (2005: 198-205), en concreto para dilucidar la relación entre las murallas fenicias y las tartésicas.

puede volverse precisamente en contra de dicha solución, toda vez que las importaciones son siempre minoritarias frente a las producciones locales.

Todas estas conjeturas no pueden plantearse, sin embargo, para la cerámica micénica de Montoro. Por muy escasos que sean los testimonios hasta ahora localizados —sólo dos pequeños fragmentos— ni su posición estratigráfica ni los análisis de pasta niegan lo evidente: que se trata realmente de vasos micénicos importados en la época en que se fabricaban. No son, por tanto, otras antigüedades más transportadas por los fenicios. Sí extraña, en cualquier caso, su aparición en un asentamiento situado tan al interior, porque a lo largo y ancho del Mediterráneo los hallazgos de cerámica micénica abundan más en los enclaves costeros, como cabría esperar. En consecuencia, si se entiende la ubicación del primer caso hispano encontrado como una simple jugada del azar, esa regla observada en el resto de la documentación micénica mediterránea predice que el futuro deparará muchos más descubrimientos en el paleolitoral andaluz occidental.

Toda esta documentación, sin ser en modo alguno especialmente abundante, empieza al menos a revelar que durante gran parte del segundo milenio a.C. los contactos con el Mediterráneo en su conjunto no fueron algo excepcional. De hecho, esto es lo que cabría esperar de comunidades que en Andalucía occidental pudieron ser sustancialmente herederas en cuanto a sus bases demográficas, al menos durante el Bronce I, de los grupos calcolíticos anteriores. Como predecesoras, las gentes de la Edad del Cobre habían mostrado ya dichas conexiones no sólo en sus aspectos espirituales, sino también en su tecnología. Baste recordar, en este sentido, el extraordinario parecido entre las figurillas antropomorfas de Valencina y las orientales, que ha sugerido la recuperación de las propuestas colonialistas para poderlo explicar (cf. Fernández Gómez y Oliva 1980: 41), o las estrechas semejanzas entre ciertas formas y decoraciones de la cerámica calcolítica y la de varios sitios anatólicos y siropalestinos (Ruiz Mata 1983: 191).

Las vinculaciones extrapeninsulares calcolíticas no se limitaron al mundo mediterráneo. Como es bien conocido, se extendieron vía atlántica a través del fenómeno megalítico. Pues bien, esas mismas relaciones de doble polaridad este-oeste se mantuvieron en el Bronce I y II²¹,

situación que viene revelada, en cuanto al Mediterráneo oriental, por los testimonios ya analizados, y en relación con el mundo atlántico por los paralelos tipológicos de la espada-estoque de Setefilla, cuyos paralelos más evidentes apuntan hacia la Europa centro-occidental, en concreto hacia los tipos Cheylounet-Jugnes de Bretaña y los del grupo I de Gran Bretaña, a su vez relacionados con los del complejo Söge-Wohlde del norte de Alemania, datado en el Bronce Antiguo (Aubert 1981: 143). Dichas relaciones atlánticas podrían tener un representante intermedio, posterior a las calcolíticas pero anterior a las del estoque de Setefilla, en el adorno óseo de doble denticulado procedente de la Isleta de la Torre de Campello, en Alicante (Walker 1995). Aunque este hallazgo no pertenece a Andalucía, lo cito aquí porque pone en evidencia un eje de relaciones de intercambio en sentido horizontal por el Mediterráneo que llega desde la Península Ibérica hasta Micenas y que pudo funcionar de manera bidireccional mucho antes de lo sospechado por Mederos (1996a).

Todas estas cuestiones han vuelto a poner de actualidad el ya clásico trabajo de Schubart (1976a) sobre los vínculos mediterráneos del mundo argárico. Es más, algún día habrá que abordar por qué, en coincidencia cronológica con los hallazgos micénicos y demás cerámica a torno de Montoro, que podrían haberse iniciado ya a mediados del segundo milenio como ocurre en Italia (Martín de la Cruz y Lucena 2002: 161), aparece en este poblado por vez primera el bronce propiamente dicho, es decir, la aleación intencionada de cobre y estaño, que en el área costera gaditana se detecta ya en ajuares funerarios del Bronce I, como ocurre en el hipogeo I de la necrópolis de Las Cumbres, en El Puerto de Santa María (Rovira y Montero 1994: 302)²². Es en este contexto en el que pueden valorarse los denominados «cuernos de consagración» de los altares encontrados en El Oficio y en La Encantada (Sánchez Meseguer y otros 1983) y las cerámicas rojas de Les Moreres de supuesto origen anatólico (González Prats y otros 1992-1994).

EPÍLOGO

Por lo que se refiere al segundo milenio a.C. y a los comienzos del primero, la documentación de Andalucía

²¹ Esta doble dirección se ha defendido también para el que Mederos (1997b) llama «Bronce Final» aunque le otorgue una cronología correlacionable con el periodo de máxima expansión del comercio micénico, una etapa para la que aquí vengo proponiendo el término de Bronce II y que en ningún caso estaría caracterizado en Andalucía occidental por el mundo tartésico indígena que encontraron los fenicios al arribar al Suroeste hispano. La posición de Mederos (1999b) llega a hacerse extrema al defender una prioridad de los intereses comerciales micénicos por el Mediterráneo central y occidental, porque si todavía es defendible esta opinión en relación con Italia, en modo alguno los datos hasta ahora controlados, absolutamente minoritarios, certifican una frecuentación micénica sustancial de la Península Ibérica, a no ser que se trabaje con ilusiones más que con testimonios materiales. Es revelador, en este sentido, el mapa que este autor publica en su figura 9 (Mederos 1999b: 242), que sólo contiene un punto al oeste de Cerdeña: el Llanete de los Moros de Montoro.

²² Es interesante señalar que tales cambios metalúrgicos son, en palabras de los excavadores, «de gran interés por la nueva tecnología empleada en formas que tipológicamente pudieran ser de la Edad del Cobre» (Ruiz Mata y Pérez 1995: 115).

occidental relativa a la posible llegada de gentes, productos o influjos del Mediterráneo oriental se puede dividir, según lo expuesto en el presente trabajo, en dos lotes: de un lado estarían aquellos elementos que ocupan una cronología que va desde fines del Calcolítico o desde el Bronce I—según se atribuyan a una u otra fase cultural las puntas de jabalina de La Pastora— hasta el siglo XIII a.C., momento este último en que se datan las cerámicas micénicas de Montoro; de otro, aquellos testimonios, básicamente griegos, chipriotas y fenicios, que pueden llevarse al siglo IX a.C. (cal. X a.C.). Estos dos conjuntos se presentan como el resultado de fenómenos de distinta consideración: mientras los primeros hablan de conexiones esporádicas o de movimientos de gente en ningún caso masivos, los segundos reflejan los comienzos de una presencia continuada de grupos humanos de procedencia siropalestina o chipriota, y más concretamente fenicia, que inauguran así una permanencia ininterrumpida que llegará al menos hasta los inicios del siglo VI a.C.

Por tanto, estas dos situaciones están reflejando dos fenómenos inconexos separados por un periodo, de unos doscientos años de duración, que coincide básicamente con la etapa que a lo largo y ancho del Mediterráneo ha sido denominada «Edad Oscura». Dicho hiato se observa en el mundo tartésico no sólo a la hora de valorar sus relaciones externas, sino también cuando se aborda la situación interna reflejada en la ocupación del territorio (Belén y Escacena 1992a: 71). Desde el final del Bronce II (ca. 1200 a.C.)—o Bronce Tardío si se usa la terminología propuesta para Andalucía Oriental y utilizada también por Martín de la Cruz para la zona de Córdoba— hasta la etapa inicial de Tartessos, para la que no contamos con datos que remonten el siglo X a.C., en toda Andalucía occidental se observa una ausencia de yacimientos que no puede ser interpretada de momento más que como un vacío poblacional evidente. Esta cesura en la ocupación humana del espacio no ha sido aún explicada, pero sí ha habido un intento apremiante de rellenarla mediante dos mecanismos: alargando las tradiciones culturales de la Edad del Bronce para hacerlas perdurar hasta los comienzos de la etapa tartésica ya en los comienzos del primer milenio a.C., o remontando una supuesta etapa prefenicia de Tartessos hasta unas cronologías cercanas al 1200 a.C. (Escacena 1995). Si a la primera solución podría denominársele, de algún modo, la «hipótesis de la Edad de Caucho» debido a ese intento de estirar el horizonte cultural de las cistas del Suroeste, la segunda no es más

que otra de las manifestaciones del que he denominado con frecuencia «síndrome de Matusalén» (Escacena 2000: 28-37); todo porque casi ningún investigador está dispuesto a reconocer rupturas en la secuencia cultural de la Prehistoria Reciente. Asumirlas supondría tener que explicar las reocupaciones siguientes del territorio mediante la llegada de nuevas gentes, y esto suena demasiado al tan denostado difusionismo. De esta forma, confundiendo lo que fue el método difusionista para el Historicismo Cultural con la difusión por migración como posible explicación de determinados fenómenos históricos, se impone un *horror vacui* que ejerce de imperativo para rellenar el hiato con algo de lo que exista antes o después. Tal solución proporciona a su vez tranquilidad de mente a los evolucionistas lineales, que tanto se prodigan en la comunidad de prehistoriadores.

Si un vacío de unos doscientos años de duración deja rota evidentemente la cadena cultural, lo más importante en relación con el problema aquí abordado no es precisamente esto, sino la ausencia correspondiente de la demanda que daría explicación al hallazgo de elementos exóticos procedentes del Mediterráneo oriental. Por esta razón, desde la perspectiva de la Baja Andalucía no es posible hablar de una precolonización fenicia concebida como una etapa de tanteos que conducirían a la larga a una colonización plena. Desde los más tardíos elementos orientales del segundo milenio a.C.—las cerámicas micénicas de Montoro— hasta los hallazgos recientes de la marisma onubense existe un extenso corte temporal que impide relacionar ambos fenómenos, y ello a pesar de que los últimos datos de Huelva acortan drásticamente por su final la duración aceptada para esta precolonización, que inicialmente se situó entre los siglos XII y VIII a.C. (Bondì 1988a: 244). Es más, una vez que hemos descubierto este horizonte geométrico onubense, que no puede considerarse sino el comienzo real de la colonización fenicia en la paleodesembocadura de los ríos Tinto y Odiel, y que tiene su parangón cronológico en el Guadalquivir en el momento fundacional de *Spal* (Sevilla) como colonia oriental (figura 13²³) y del santuario del Carambolo, encuentran cabal explicación las múltiples relaciones

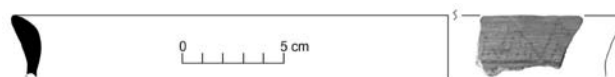


Figura 13
Cerámica tipo Carambolo del Geométrico Tartésico procedente de Sevilla (C/ Abades 41-43).

²³ Agradezco a mi colega A. Jiménez Sancho, director de las excavaciones en el inmueble sevillano de C/ Abades 41-43 el permiso para publicar este testimonio, que permanecía inédito. Aunque procede de un contexto posterior al de la fase fundacional del asentamiento (cf. Jiménez 2002), de este horizonte se cuenta ya con niveles bien controlados en el área del Alcázar medieval, unos estratos que cuentan con cerámica tipo Carambolo estratificada, coetánea a las del propio Carambolo (cf. Huarte 2002: 254-255), y que corresponden hasta ahora a los momentos más viejos de la ciudad protohistórica.

observadas entre la metalurgia sarda y la atlántica del Suroeste hispano durante los primeros siglos del primer milenio a.C., una tecnología que a su vez revela una evidente ruptura con las tradiciones prehistóricas anteriores que se desarrollan entre el Calcolítico y el Bronce (Hunt 2003). Así, cuando los fenicios accedieron al Mediterráneo central y entraron en contacto con unas posibles rutas hacia el extremo Occidente, estos caminos del mar no habían sido practicados con asiduidad desde muchas generaciones antes, por lo que su conocimiento sólo debió existir de forma mítica o legendaria, en ningún caso práctica. La paralela ausencia de elementos culturales nurágicos en la Baja Andalucía que puedan ser fechados antes de la inauguración de los primeros asentamientos fenicios en Huelva, Cádiz y el Guadalquivir sugiere que, por mucho desarrollo que alcanzara la navegación sarda, ésta no llegó a conectar con fluidez con los territorios hispanos antes de la llegada de los fenicios o mucho después. De hecho, hasta entrado el primer milenio a.C. sus actividades parece que se extendieron principalmente hasta África por el Sur y hasta Creta y el Egeo por el Este (Gurrero 2004a: 147). Pero si lo hubiera hecho, en modo alguno esos viajes podrían considerarse una precolonización fenicia (Ruiz-Gálvez 1993: 64).

Desde estos datos y con esta interpretación de los mismos, es imposible sostener una precolonización fenicia como etapa preparatoria de lo que luego acontecería. Desde nuestra visión evolucionista darwiniana de la Historia, y de la misma forma que los biólogos comprenden a las especies de seres vivos, cada etapa del devenir humano y cada cultura sólo pueden contemplarse como algo acabado, y no como un estado transitorio e imperfecto destinado a allanar el terreno a situaciones por venir. De todas formas, rechazar un concepto tal de precolonización no supone negar las conexiones mediterráneas de la Península Ibérica en general, y de Andalucía occidental en particular, a lo largo de toda la Prehistoria Reciente. Seguramente, éstas fueron mucho más fluidas de lo que el registro ha deparado hasta ahora, y desde luego mucho más de lo que, por mor del péndulo historiográfico, estarían dispuestos a reconocer los aún imperantes paradigmas autoctonistas de la disciplina prehistórica; sobre todo porque, si están estudiados los objetos arqueológicos que evidencian estas relaciones, y éstos pueden parecer aún pocos, permanecen sin trabajar otras cuestiones en las que la investigación sólo comienza ahora a entrar, por ejemplo el análisis genético de animales y plantas o el de las propias poblaciones humanas.

Si la idea de una precolonización fenicia surgió en parte con la intención de conciliar la documentación escrita con los datos arqueológicos, como han señalado diversos autores (Moscatti 1983: 1 y 4; Botto 2005a: 579), conviene recordar una cuestión básica para la solución

de este problema y que nunca ha sido tenida en consideración: que, en relación con Andalucía occidental, a decir de C. Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I,2,1-3) eran los antiguos gaditanos quienes creían en una tradición oral según la cual su ciudad se habría fundado ochenta años después de la Guerra de Troya, es decir, en el 1104 a.C. en razón de la datación tradicional. Las fuentes literarias no afirman por tanto esa cronología para la fundación de la colonia semita, sino la existencia de una leyenda local que lleva su origen a fines del segundo milenio a.C. En consecuencia, la documentación arqueológica no discute los datos que refieren los textos escritos. Empero, discrepa sólo de la fábula popular gaditana antigua. De resultados de lo cual, la explicación que concilie ambas fuentes de información tendrá que dar cuenta de cuáles fueron las ventajas que, en un momento determinado, la creación de tal leyenda reivindicativa de primacía proporcionó a los gadeiritas frente a otras potencias que acariciaban monopolizar el comercio con las poblaciones de su amplio entorno atlántico euroafricano.

Aparte de los problemas de definición que la palabra plantea –unas veces con referencia a un fenómeno de contactos esporádicos entre comunidades distintas de Oriente y Occidente, otras con el significado de una simple connotación cronológica–, cuestión señalada casi desde su nacimiento (cf. Acquaro 1988: 187; Mazza 1988: 195), o tal vez a causa de esta misma confusión, el término *precolonización* y el concepto que contiene han ocasionado explícito rechazo por parte de algunos investigadores (cf. Ruiz-Gálvez 2005a: 252). Sin embargo, tanto la palabra como su significado han embaucado a muchos otros como si de cantos de sirena se tratase, convirtiéndose en ambos casos, sin que ésta fuera la intención seminal cuando se crearon, en una tímida reacción ante el empuje desmedido de las explicaciones autoctonistas del cambio cultural, tan pavoneadas por la literatura arqueológica occidental en la segunda mitad del siglo XX. En consecuencia, tanto en su expresión formal como en su fondo semántico resultan innecesarios para quienes asumen sin problemas especiales que a la Península Ibérica arribaron cosas, ideas y gentes mediterráneas como mínimo a lo largo de los seis milenios que van desde los inicios del Neolítico en Occidente hasta el final de la Prehistoria, y que todas ellas aterrizaron en los sitios de llegada en circunstancias diversas y con mayor o menor suerte a la hora de reproducirse en sus nuevas patrias.

La cuestión más espinosa que queda planteada para quienes defienden la existencia de estos viajes de tanteo entre el final del comercio micénico y la colonización fenicia es la pobreza de los datos y la baja calidad de los mismos, muchas veces derivada de la ausencia de un contexto conocido. Es más, se trata de unos datos que, al parecer de muchos investigadores (por ejemplo Bernardini 1993b:

30), eluden constantemente la búsqueda arqueológica. Por eso quiero acabar recomendando a quienes apoyan dicho fenómeno que para cimentar esa presunta precolonización hagan suyas las palabras de S. Celestino (2001a: 290) cuando afirma:

Por ello, los trabajos actuales deberían estar dirigidos a encontrar las huellas arqueológicas que argumenten y consoliden estas hipótesis, tarea realmente ardua ante la parquedad de datos que nos han legado, tanto del mundo funerario como del habitacional, las gentes del Bronce Final del marco geográfico del suroeste peninsular.

ABSTRACT

Regarding the Phoenician expansion throughout the Western Mediterranean, the term precolonisation and the concept that it implies once claimed to reconcile the foundational data of the Western Phoenician cities provided by the written texts with the archaeological data. A mechanism was sought which, somehow, could explain the gap in the archaeological record that exists between the twelfth century BC, as indicated by the literary dates for the foundation of Utica or Gadir for example, and the eighth century BC, based on the earliest Phoenician pottery found at such sites. This issue was particularly problematic in Western Andalusia given the presence there of the colony of Cadiz, dated by Velleius Paterculus to 1104 BC (eighty years after the Trojan War).

However, the course of later research has led this meaning of the precolonisation to be applied to the western territories at large and to the Guadalquivir Valley in particular. Those who defend this view consider it not only a possible explanation of the discrepancy between written sources and the archaeological record, but also as an accelerator of the cultural, social and technological changes, among others, that characterise the Tartesian society in contrast with its predecessors in Western Andalusia.

This paper claims to dismantle the existence of a Phoenician precolonisation in the Tartesian area, most of all if this phenomenon is taken to be a preparation of the drastic changes that would

take place centuries later, once the actual colonisation was generalised, first, along the coastal areas of southern Iberia and, second, throughout part of the interior.

It is not a case of denying the arrival of exotic products from the eastern Mediterranean prior to the Phoenician colonial diaspora; on the contrary, be they products or ideas, these elements were entering the Iberian Peninsula throughout all of the Later Prehistoric period. However, from the end of the Mycenaean expansion up until the tenth century BC (calibrated dates), during a period of around 200 years or more, these contacts were interrupted, in chronological parallel with the panmediterranean Dark Age.

In order to defend this argument, this chapter deals essentially with two sets of elements of oriental provenance: those which clearly belong to the second millennium BC and those that can be dated to the beginning of the first. The earliest testimonies, those of the first set, point towards connections with the Sirio-Palestinian coast, with Cyprus and Anatolia, and finally with Mycenae. This series ends in the thirteenth century BC. Later, and in no clear connection with the former, a true colonisation begins in the lower Andalusian palaeo-coast in which, contrary to what appears to have happened previously, important contingents of Phoenician and Chiprio-Phoenician populations were transferred to the West. Such a migratory flux included craftsmen, merchants, potters, metal smiths, builders, seamen, priests, etc, and implied the existence of closed commercial networks with both the eastern Mediterranean and the Maghrib and Sardinia.

The critical analysis of the archaeological record used to defend the existence of a Phoenician precolonisation reveals that a large part of the evidence was incorrectly dated since the chronology was based on non-proven axioms regarding the supposedly pre-Phoenician date of enclaves such as Huelva (Phase I or Ría Horizon) and El Carambolo. Recent excavations in these areas enable us to consider these dwellings as those of the first colonial establishments in the southern Iberian coast. As is also shown by the latest finds in the palaeo-archipelago of Cadiz, the same conclusions can be applied to the foundation of Gadir, which could have taken place in the ninth century BC in tradition archaeological dates or, if calibrated, in the tenth century BC.

EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL SUROESTE IBÉRICO Y LOS INICIOS DE LA COLONIZACIÓN FENICIA EN OCCIDENTE

Diego Ruiz Mata*

Francisco Gómez Toscano**

INTRODUCCIÓN

Las costas del Suroeste de la Península Ibérica, como destino final de míticos viajes perpetrados en el espacio temporal situado entre los II y I Milenios a.C., siguiendo la cronología tradicional, han estado siempre relacionadas con las manifestaciones materiales más antiguas y las singladuras más lejanas nunca alcanzadas por los navegantes orientales que en general denominamos fenicios. Durante mucho tiempo, a partir de los datos que suministraba la historiografía, parecía factible la estimación recogida por V. Paterculo según el cual la fundación de Gadir por los tirios pudo haberse efectuado en el II Milenio a.C., ochenta años después de la Guerra de Troya. Algo más tarde, de existir contactos durante el siglo X, el período de colaboración entre Hiram I de Tiro y Salomón de Jerusalén de acuerdo con las referencias contenidas en el texto de Reyes I, 10. 22, dotarían de una cronología y de una localización precisa a la bíblica Tharsis y, consecuentemente, a unos hallazgos realmente antiguos situados sin demasiada crítica en esos momentos de mediados del pasado siglo XX, que se convirtieron en el objetivo de algunos investigadores que estaban convencidos que era fácil probar esa posibilidad desde la Arqueología. Sin embargo, en el normal desarrollo de la investigación posterior, no será factible establecer comparaciones entre Oriente y Occidente en momentos antiguos hasta el hallazgo de las tumbas de la necrópolis Laurita (Pellicer 1962), donde la asociación de cerámicas protocorintias con platos de engobe rojo bruñido conocidos en la estratigrafía de Toscanos (Schubart 1976b), que dotaban de una base clara donde fundamentar cualquier explicación objetiva, arqueológica, de la presencia de los fenicios a través de la sucesión de horizontes de su cultura material, que si eran observados en yacimientos excavados en las costas occidentales, no podían, de ninguna forma objetiva, remontarse por encima del siglo VIII a.C.

En la década de los años cincuenta, M. Tarradell había utilizado el término *precolonización* para razonar los planteamientos del debate que surgía ante el hecho de que los materiales arqueológicos conocidos en esos momentos no podían adscribirse a la fecha que aportaban los textos escritos (Tarradell 1956: 794), aunque en la historiografía arqueológica más reciente se reconozca a S. Moscati el haber acuñado el término *precolonizzazione* para interpretar una explicación teórica de la colonización fenicia en el Mediterráneo central, desarrollada siguiendo pautas similares a las de la colonización egea micénica en el II Milenio a.C. (Moscati 1983).

En los últimos veinte años, tanto en la Península Ibérica como en el Mediterráneo en general, los progresos aportados por la Arqueología han posibilitado establecer unos primeros puntos de partida coherentes con los datos obtenidos tanto en el Lejano Occidente como en la zona metropolitana fenicia, al disponer ahora de un buen número de sitios excavados con métodos modernos, que han suministrado estratigrafías amplias que pueden servir de base empírica para establecer, al menos, cronologías relativas comparadas partiendo de hallazgos contextualizados (Gómez Toscano y Balensi 1999). De la misma forma, se cuenta también con un buen número de dataciones radiocarbónicas que, en un próximo futuro, no lo dudamos, serán imprescindibles a la hora de establecer las necesarias sincronías y diacronías.

Últimamente se había podido utilizar fechas precisas relacionadas con los materiales fenicios conocidos a través de la comparación entre la estratigrafía documentadas a ambos lados del Mediterráneo (Gómez Toscano y Balensi 1999), especialmente en Tiro (Bikai 1978a), y otros sitios como Sarepta (Anderson 1981), Tel Keisan (Briend y Humbert 1980), o Tell Abu Hawam (Herrera y Gómez Toscano 2005), entre otros y, fundamentalmente, para los siglos IX-VIII a.C., se hizo imprescindible comparar cualquier hallazgo fenicio occidental con el denominado *Salamis Horizon* de P. M. Bikai, correspondiente a uno de los períodos arqueológicos en los que la investigadora norteamericana dividió el material fenicio localizado en Chipre, que se fecha entre 850 y 750 a.C. (Bikai 1987a: 69), y que está basado en su experiencia en Tiro y en el conocimiento que se tiene de las interrelaciones de las cerámicas fenicias con las egeas. Esta tipología, al partir casi siempre de vasos completos obtenidos en contextos funerarios cerrados, puede servir ahora para contrastar también las estratigrafías de la costa siro-palestina y alcanzar

* Departamento de Historia, Geografía y Filosofía, Universidad de Cádiz. Facultad de Filosofía y Letras. Avda. Dr. Gómez Ulla, s/n. 11003 Cádiz. Correo electrónico: diego.ruiz @uca.es.

** Departamento de Historia I, Universidad de Huelva. Facultad de Humanidades. Pabellón 12, planta baja. Campus de «El Carmen». Avda. de las Fuerzas Armadas, s/n. 21071 Huelva. Correo electrónico: fgomez@uhu.es.

con ella mejores presupuestos de diagnóstico que los de la estratigrafía tiria mencionada. En el supuesto caso de que se encontraran materiales más antiguos en Occidente que los de ese horizonte, una circunstancia esperada largo tiempo siguiendo los presupuestos aplicados por P. M. Bikai a partir de los hallazgos de Palapaphos Skales (Bikai 1983: 405) y posteriormente los de Commos (Bikai 2000), siempre se podrán relacionar con el *Kouklia Horizon*, el período previo establecido *ca.* 1050-850 a.C.

En relación con las dataciones de ^{14}C , las más completas realizadas a materiales localizados en el Estado de Israel (Mazar y Carmi 2001; Sharon *et al.* 2007), refuerzan, como se ha dicho, que no será una senda fácil relacionar estratos o conjuntos arqueológicos precisos con procesos históricos determinados (Torres 1998). Es decir, con toda seguridad conoceremos la cronología real en años de calendario de algunos materiales muebles e inmuebles, pero no será fácil determinar cómo podrá estar ésta vinculada de la forma que sea con la que hasta ahora conocemos como *cronología histórica*.

El propio desarrollo de la investigación arqueológica, gracias a los datos de campo que las excavaciones han ido aportando al contexto general, no sólo en la Península Ibérica, sino en el Mediterráneo central y las áreas metropolitanas del Egeo y la costa siropalestina en particular, posibilitan establecer nuevas formas de entender no sólo a la sociedad oriental principal responsable de las circunstancias que dieron lugar a los contactos, sino a cada una de las áreas peninsulares donde la sociedad occidental completaba un largo proceso de adaptación a los desacostumbrados aires que soplarán en la periferia del mundo antiguo, cuyas novedades no tienen por qué ser atribuidas específicamente al mundo de los fenicios históricos de la Edad del Hierro.

Eludir en la interpretación la trampa atonomista siempre presente, o una orientación puramente difusionista que tampoco podrá ser descartada, como no es posible desdeñar completamente cualquiera de ellas (Kristiansen y Larsson 2006), nos llevaría sin dudas a una concepción simplista del problema. Será necesario, pues, descubrir en qué momento y en qué espacios se produjo el desarrollo autónomo occidental, o cuándo y cómo ese desarrollo se debe a relaciones con otras formas sociales, políticas o económicas, o si simplemente surge de contactos únicamente de fondo comercial, en cualquiera de sus posibles facetas, que deberá responder al por qué, de la misma forma que esa última cuestión estará implícita también en relación con el proceso evolutivo oriental. Lo que no deberá hacerse nunca es utilizar indiscriminadamente la explicación autoctonista basada en importantes datos locales, ni tampoco la difusionista a partir de unos materiales importados de gran calidad o supuesta trascendencia, por importantes y antiguos que éstos nos parezcan, en favor de interpretar un panorama histórico específico, porque

así se haya puesto de moda o porque parezca desprenderse de nuestro registro arqueológico en particular.

Como síntesis, en estas páginas se pretende describir la situación poblacional del Occidente atlántico en la fase clásica del Bronce Final, situado entre las costas meridionales portuguesas y las andaluzas, para explicar el contexto en que se producirán las primeras importaciones fenicias conocidas hasta ahora y cuáles fueron las principales fases del proceso denominado *colonizador*, entendiendo que en los primeros contactos no es necesario que hubiese cualquier interés que no fuese la obtención de fáciles intercambios con lo que obtener productos de alto valor intrínseco en Oriente, como metales o marfil. En una segunda fase, con gran visión de futuro y una vez conocidas las constantes poblacionales de la zona, los fenicios procederían a la fundación de un importante núcleo amurallado en la bahía de Cádiz, desde donde fuese fácil acercarse tanto a la ría de Huelva, ya suficientemente conocida, como a las poblaciones del Bajo Guadalquivir en las que residía el peso económico del futuro de esa primera colonia. Tan sólo en una tercera fase se contemplarán las fundaciones conocidas en las costas mediterráneas andaluzas, que sin dudas tendrán una explicación lógica basada en la historia del conjunto del mundo mediterráneo, aunque esa sea ya una historia ajena a los requerimientos que aquí se nos solicitan. De cualquier forma, lo que parece ser un gran adelanto para la investigación, es que frente a las tesis recurrentes en las que se aceptaba que los procesos de cambio de la sociedad local habían sido impulsados únicamente por la llegada de los comerciantes orientales, ahora, de acuerdo con el conocimiento actual, es posible que esos cambios fueran lo que alentara la llegada de los comerciales mediterráneos (Ruiz-Gálvez 2005a: 252).

En definitiva, para explicar el proceso, después de cuarenta años de investigación, nos parece movernos en el contexto de la representación de una ópera histórica inacabable, mil veces interpretada, con mejor o peor fortuna tanto en cuanto la estructura de la trama ha ido cambiando gracias a la renovación del libreto a lo largo de los años, el cual se ha estructurado siempre en relación con la preferencia de los diferentes directores de la obra que buscaban el aplauso general, la importancia o el reconocimiento académico, o únicamente desde la pose de cada uno de los actores, la calidad y la vinculación específica a cada uno del lugar donde se representaba, o el interés del público entregado al que en esencia ha ido dirigida esa trama.

EL SUROESTE ATLÁNTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA ENTRE LOS II-I MILENIOS a.C.

En relación con la problemática que se aborda a escala general en esta obra, el desarrollo de los contactos entre el Mediterráneo oriental y el Atlántico occidental durante los

siglos XII-VIII a.C., en los objetivos propuestos queda implícito que se insista en el debate de si existió o no un período de contactos previos a la fundación o la creación de múltiples colonias fenicias distribuidas por los confines del mundo mediterráneo, en una fecha que parece coincidir con las décadas finales del siglo VIII a.C. siguiendo la cronología arqueológica tradicional y de acuerdo con los materiales localizados a escala general. Por tanto, contemplada la presencia fenicia en la Península Ibérica en el seno de la famosa diáspora comercial establecida por M. E. Aubet hace veinte años (Aubet 1987), la precolonización, si es que ese tipo de contacto intercultural se generalizó en todas las zonas mediterráneas, como en muchos casos se comprueba a través del registro arqueológico por el hallazgo de elementos aislados previos al siglo VIII a.C., así como la investigación de la segunda mitad del siglo XX concibió implícitamente para inscribir en él cualquier descubrimiento que pudiese mostrar la presencia de orientales en general en momentos cercanos a la mítica fecha del II Milenio a.C., debería asentarse en vez de en un proceso colonial, en contactos exclusivamente comerciales, para apoyar la fecha y el texto de V. Paterculo, al menos en lo que se refiere a la fundación de *Gadir* y de otras colonias occidentales.

Pero, necesariamente, si hoy en día se pretende conocer a los fenicios en todas sus facetas y también a los indígenas en cada ámbito de estudio específico contemplado, únicamente será el conocimiento de las bases políticas, sociales, económicas y culturales concretas de cada zona las que determinen los fundamentos del modo de interrelación en que se produjeron esos contactos (Alvar 1997 y 2001a). En los últimos años, todos conocemos suficientes monografías que han tratado de establecer unas pautas generales, pero en relación con Andalucía occidental, la presencia de los fenicios hasta ahora ha estado siempre matizada por el resultado de unos pocos trabajos publicados hace bastante tiempo, que han sido asumidos sin la debida crítica científica a partir de los nuevos hallazgos que se fueron produciendo, tanto en el Suroeste en particular como en el conjunto del Mundo Mediterráneo en general, o por respeto a los maestros que entonces los desarrollaron.

Para entender realmente el modo de contacto establecido en el lejano Occidente, a todos nos parece imprescindible conocer con qué tipo de sociedad se experimentarán las relaciones para explicar qué cambios sufrirá la sociedad local que evoluciona de las constantes prehistóricas que se habían mantenido a lo largo de gran parte del II Milenio a.C., y por qué tuvieron éstos lugar para entender cómo ésta se enfrentará a los nuevos retos que imponen los acercamientos mediterráneos posteriores a la generalizada crisis que se produce en Oriente en torno al 1200 a.C. (Ward y Jowkowsky 1992), y por último qué

separa a las distintas evoluciones locales entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en el conjunto de ese Mundo Mediterráneo. Pero, a la hora de explicar el final de la Prehistoria reciente en Andalucía occidental, siempre utilizando la cronología tradicional y los planteamientos que han servido de punto de partida en la mayor parte de las investigaciones llevadas a cabo en las últimas décadas, en el caso de que nunca hubiésemos estado involucrados en el asunto o permanecido ajenos precisamente a ese desarrollo, en la bibliografía histórico-arqueológica observaríamos dos modelos generales confrontados:

- Por una parte, en la historiografía sobre el tema, encontraremos fácilmente un grupo de tendencias en las que todavía se considera una cronología excesivamente corta para inscribir el desarrollo del final de la Edad del Bronce, pongamos por caso en la propia Huelva, siguiendo los trabajos pioneros de la década de los setenta (Blázquez *et al.* 1970: 13; Schubart 1971: 21; Blázquez *et al.* 1979: 138 y ss.; Ruiz Mata *et al.* 1981: 257-258), donde los siglos VIII-IX, y tal vez el X a.C., como horquilla o límite cronológico inamovible, fue establecida entonces siguiendo el principio vigente en aquellos años cuando la presencia de los fenicios debía inscribirse en torno al 700 a.C. (Blázquez *et al.* 1970: 13).
- Por otra, igualmente, encontraremos otros trabajos más recientes que prácticamente no han dado lugar a cualquier debate, los cuales, siguiendo también las fechas arqueológicas tradicionales, establecen un espacio mucho más amplio, debiendo existir una fase previa que comenzaría en los siglos finales del II Milenio a.C. (Gómez Toscano 1998: 237), dividiendo el período de ocupación local en los cabezos de Huelva en dos fases: un primer *Período Formativo* que duraría prácticamente hasta el cambio de los II al I Milenio a.C., al que seguiría una segunda fase denominada *Período Clásico*, deducida y definida de acuerdo con los datos obtenidos en las campañas de 1977 y 1978 en el Cabezo de San Pedro (Blázquez *et al.* 1979; Ruiz Mata *et al.* 1981), y que se extendería hasta aproximadamente el 750 a.C., cuando ya las formas cerámicas locales experimentan un cambio representativo en favor de los productos a torno que indican en el sitio el comienzo de la producción en serie fenicio-occidental (Ruiz Mata 1979), manteniéndose sólo algunas formas cerámicas de forma residual.

Si con diferentes objetivos la primera cronología es utilizada a la ligera, con esa línea de trabajo se podría llegar a interpretar, incluso, como ya se ha hecho, la imposibilidad de la existencia de un asentamiento local previo a la presencia de los fenicios en la Ría de Huelva (Escacena 1995; González de Canales *et al.* 2004: 195), por lo que la más amplia, alcanzando hasta buena parte del II Milenio a.C. para prácticamente entroncar con las últimas manifestaciones del Bronce Pleno-Bronce Tardío,

permite integrar en el proceso histórico, sin cualquier hiato poblacional anacrónico no contrastado empíricamente, la continuidad del desarrollo de la Edad del Bronce en el Suroeste y, lógicamente, entender la génesis de los cambios que se tendrán que producir en el seno de la sociedad occidental para que fuese posible la consolidación de los contactos con Oriente, cuando quiera que éstos tuvieran lugar (Gómez Toscano 2004 y 2006), y la posterior convivencia con el desarrollo en la fase colonial que se generalizará en el conjunto mediterráneo.

De hecho, a menos que la zona fuese bien conocida por marinos orientales desde la Edad del Bronce, una circunstancia que todavía no puede asegurarse plenamente a pesar de la presencia en la Península Ibérica no sólo de cerámicas micénicas sino también de otros elementos equiparables (Martín de la Cruz 1991a y 2004), y que ese conocimiento se hubiese perpetuado durante los siglos oscuros posteriores a la crisis del 1200 a.C., la evidencia de un asentamiento preferencial confirmado por la historiografía desde hace casi cuarenta años (Blázquez *et al.* 1970; Gómez Toscano y Campos *e.p.*), sin dudas involucrado en contactos de amplio término con el Atlántico y con el Mediterráneo (Ruiz-Gálvez 1995b), permite explicaciones coherentes con el registro arqueológico local, así como con planteamientos históricos establecidos más recientemente en otras áreas mediterráneas (Stampolidis 2003b).

Desde esta perspectiva, contando con el tiempo suficiente y una base de partida más acorde con el registro arqueológico actual, puede estimarse que la presencia de los fenicios en el Suroeste peninsular y el modo de contacto intercultural instaurado con la compleja sociedad occidental responden a un modelo que todavía deberá definirse en su conjunto, aunque es posible que puedan encontrarse situaciones cercanas tanto al *modo de contacto no hegemónico como al modo de contacto sistemático* explicadas para todo el conjunto por J. Alvar (2001a), pues el primero de ellos difiere ampliamente de todos los que con mayor o menor suerte se historiaron a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo XX (López Castro 1992), en especial la nunca discutida superioridad oriental a todos los niveles y la casi exclusiva búsqueda de metales occidentales para explicar el por qué de los contactos.

EL RESULTADO DE LA INVESTIGACIÓN A LA VISTA DE LAS NUEVAS APORTACIONES

Hoy en día puede asegurarse que, a la llegada de los primeros fenicios a la Península Ibérica, la sociedad occidental no era una sociedad aldeana, como prácticamente se estimaba en la década de los años noventa (Blázquez 1995). En el conjunto de la costa Suroeste comprendida entre San Vicente en Portugal y el sur de la actual bahía

de Cádiz, desde los siglos finales del II Milenio a.C., se va a producir un cambio general trascendente que hemos relacionado con la aparición de la metalistería del Bronce (Gómez Toscano 2006). Al contrario que en el Suroeste andaluz, la sociedad del Bronce Pleno no ha mostrado la homogeneidad de la Cultura Argárica, por lo que, en el extremo atlántico occidental, los horizontes culturales que se definieron para mostrar el desarrollo del *Bronze do Suroeste* (Schubart 1971), no han tenido nunca una confirmación clara en el Bajo Guadalquivir y la provincia de Cádiz, donde existen suficientes diferencias estructurales que hacen pensar que se generaron pautas diversas que tal vez tengan más que ver con formas locales de adaptación a los recursos existentes, o con desarrollos particulares fundamentados en la propia diversidad del territorio y en problemas relacionados con evoluciones históricas específicas.

En esta línea se ha visto una clara diferencia entre el interior ocupado por necrópolis de cistas del Horizonte Atalaia dispersas y poblados de escasa relevancia en la zona portuguesa y onubense, que contrasta con grandes poblados de larga tradición y la práctica falta de tumbas de ese tipo en la zona más oriental, especialmente en el Bajo Guadalquivir y Provincia de Cádiz. Con ello, lo que aquí se vislumbra es que el cambio debió apoyarse en desarrollos de génesis estrictamente locales, más que en una generalización de las constantes políticas, sociales y económicas, que solamente parece viable estimar en momentos posteriores del Período Orientalizante, de acuerdo con el registro arqueológico general. Al menos no debemos responsabilizar a los fenicios de todos los cambios que experimenta la sociedad de la Edad del Bronce como consecuencia de su interrelación, como desde hace años mantienen preciados investigadores (Escacena 1995). Ciertamente, lo que encontramos es una sociedad lo suficientemente compleja que impide planteamientos explicativos tan simples.

Contando con las cronologías preestablecidas en la década de los setenta, pero salvando algunas excepciones, en la mayor parte de los casos debido a la falta de investigación, no vamos a negar que ha sido difícil establecer la continuidad del poblamiento local desde la sociedad del Bronce Pleno a la del Bronce Final (Gómez Toscano 1999), especialmente de acuerdo con el registro arqueológico extraído de un conjunto de pequeños cortes estratigráficos y prospecciones superficiales. No obstante, como ejemplo útil diferenciador, en la Tierra Llana de Huelva, desde hace años hemos venido explicando (Campos y Gómez 1995 y 2001; Gómez Toscano 2006) el desarrollo de un modelo que al estar basado en la adquisición por la sociedad occidental desde finales del II Milenio a.C. del uso del bronce binario, lo cual implicará importantes contactos internacionales desde esos momentos no

sólo para adquirir el estaño necesario, precisa para su comprensión una duración superior a la de los siglos IX-VIII que todos aceptaban sin discusión.

Por ello, este nuevo planteamiento necesita una revisión de la cronología del final de la Edad del Bronce, la cual se creó hace cerca de cuarenta años con la publicación de diferentes trabajos que ahora mencionaremos sucintamente, aunque en la práctica perdura en otros muy recientes. En los años finales de la década de los sesenta, de acuerdo con los hallazgos del Cabezo de San Pedro que sirvieron para establecer la horquilla temporal en que debería situarse el final de la Edad del Bronce, las conclusiones crono-estratigráficas se fundamentaban en que la presencia de los fenicios en el Atlántico, como hemos dicho en páginas anteriores, no podía ser anterior al 700 a.C. (Blázquez *et al.* 1970: 13) y, a lo largo de la década siguiente, ésta se aceptó plenamente a pesar de que el indicador del cambio en las cerámicas locales se establecía ahora a partir de la comparación de la Fase III del Cabezo de San Pedro con la cronología de la Necrópolis de la Joya (Blázquez *et al.* 1979: 138-139), que hacía que algunos enterramientos fuesen adscritos hasta al siglo VI a.C.

Sin embargo, la aparición de miles de cerámicas griegas arcaicas en Huelva (Cabrera 1998b) y la nueva atribución del escarabeo de la Tumba 9 de la Joya (Padró 1985), que debía adelantar la presencia fenicia a gran parte del siglo VIII a.C., tampoco significó que se incluyera la oportuna modificación, porque en la mayor parte de las zonas se utilizaba una cronología circular que mantenía en el mismo plano de importancia a todos los yacimientos. En esta tesitura, siguiendo la atribución cronológica precisa de la crátera del *MGII* ático (Coldstream 1983: 203) y de otros fragmentos fenicios que en su momento no habían sido identificados correctamente (Gómez Toscano 2004: 76-77), se han convertido en una base clara para modificar la fecha establecida previamente. No obstante, la discusión para la concreción de una cronología más amplia para el comienzo del Bronce Final necesita muchas más páginas que las que aquí disponemos, por lo que remitimos a otros trabajos anteriores (Gómez Toscano 1998: 231 y ss.; 1999). En ningún caso, como ahora se ha sostenido erróneamente (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 66), hizo falta hacer referencia al Carambolo porque todavía no se había publicado claramente la distribución específica que ahora se atribuye al Dr. Carriazo.

EL BRONCE FINAL PREFENICIO EN LA TIERRA LLANA DE HUELVA

En el conjunto de la Tierra Llana de Huelva, la evolución del conocimiento alcanzado en los últimos años tanto a partir de excavaciones llevadas a cabo por diferentes equipos y por prospecciones superficiales sistemáticas

(Campos y Gómez 2001), ha permitido establecer un modelo de ocupación particular que podría hacerse extensivo a otras zonas del Suroeste desde los siglos finales del II milenio a.C. hasta la presencia de los fenicios en Occidente (Gómez Toscano 2006). La diferencia es que, frente al paradigma mantenido en las últimas décadas, que daba lugar a interpretar que el modelo de ocupación de los siglos IX-VIII a.C. sería la generalización de una serie de poblados de cabañas construidas con materiales perecederos, establecidos sin cualquier orden o planificación en su distribución espacial, y diseminados por un territorio el cual había permanecido prácticamente desocupado desde al menos el II Milenio a.C. (Escacena 1995), sin dudas el esquema que habría que aplicar a una sociedad aldeana estructuralmente, deberá tenerse en cuenta otro modelo que se define a partir de lugares centrales amurallados al que se vincularon territorialmente esos poblados de estructura simple conocidos anteriormente, cuyo ejemplo más representativo y mejor publicado sería San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández 1987).

Entre estos lugares centrales debemos destacar a Aznalcóllar, un centro minero dedicado desde muy antiguo a la explotación del cobre primero y de la plata después en las mineralizaciones de su coto minero. Su modelo de ocupación estaría conformado por el sitio de Los Castrejones (figuras 1 y 2, 1), un asentamiento concentrado en un espacio cercano a las cincuenta hectáreas,

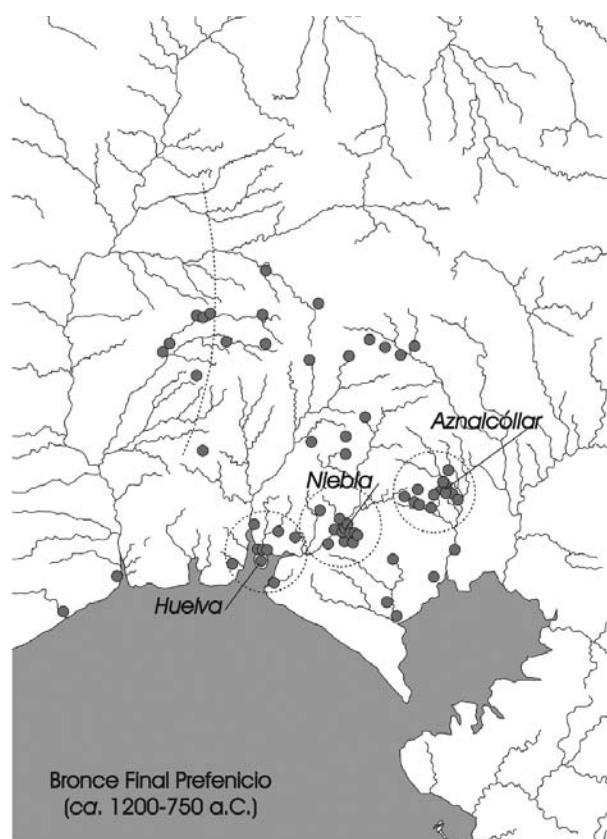


Figura 1
Localización de la población protohistórica en la Tierra Llana de Huelva.

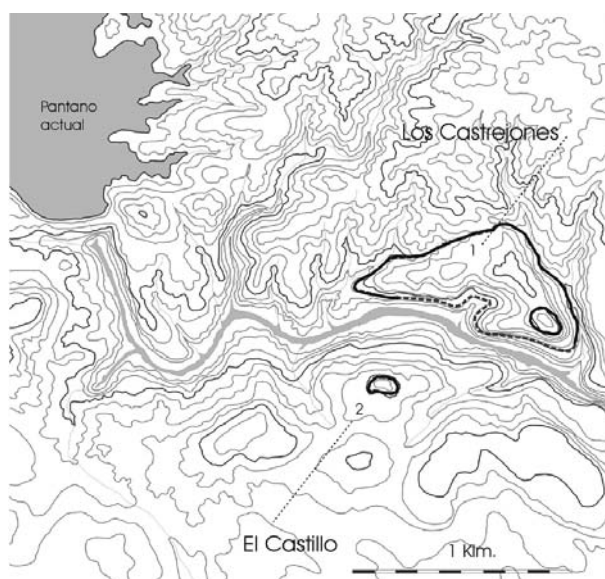


Figura 2
Entorno de las minas de Aznalcóllar: 1) Los Castrejos; 2) Cabezo del Castillo.

en el que se construyó una muralla en talud adaptada a las laderas septentrionales de varios cerros paleozoicos relacionados entre sí por vaguadas y plataformas naturales, los cuales se situaban sobre una falla por donde hoy discurre el río Agrio, donde fluía éste encajado con menor caudal que hoy por la construcción de pantanos aguas arriba y aguas abajo, un lugar donde de forma natural se mostraban algunas de las mineralizaciones específicas de ese coto minero. El Cerro del Castillo (figuras 1 y 2, 2), mucho más pequeño, está situado al sur del mismo río Agrio, cuyo estrecho valle lo separaba medio kilómetro del sitio anterior, en este caso con una muralla completa construida con mampuestos irregulares que presenta varias fases posteriores a la más antigua del Bronce Final preferencial. La existencia de estos dos sitios amurallados se complementa con una decena de lugares de ocupación vinculados con la explotación de carbonatos de cobre en la zona minera o con la de los recursos agrícolas y ganaderos en la fértil campiña del Campo de Tejada, todos ellos anteriores al siglo VIII a.C. (Gómez Toscano 2006).

En el centro de la Tierra Llana de Huelva, en las alturas situadas sobre la margen izquierda del río Tinto, el lugar central de Niebla (figuras 1 y 4), al dominar desde su muralla en talud con bastiones semicirculares exteriores uno de sus vados, parece claro que su asentamiento estructuraba en su entorno a más de una decena de poblados de cabañas que ahora conocemos (Gómez Toscano 2006; Campos *et al.* 2006), cuya principal dedicación a la explotación agrícola de las campiñas miocenas no pueden ponerse en duda, aunque algunos también presentan escorias de plata en el entorno de sus cabañas (Campos *et al.* 2006). Finalmente, en el extremo meridional del interfluvio comprendido entre los ríos Tinto y Odiel

(figuras 1 y 4), teniendo a su disposición los recursos naturales que podían otorgar las marismas, con las facilidades de un puerto natural situado en los esteros de fácil acceso directo al mar con las mareas, con posibilidad de crear a medida que la sociedad allí existente lo demandase una infraestructura poblacional en las escasas alturas de los cabezos del extremo meridional de una península situada entre los mencionados ríos, con amplios suelos fértiles más al norte para su explotación agrícola y ganadera, dotaban al asentamiento del Bronce Final preferencial plenamente documentado en Huelva de las necesarias características geográficas y estratégicas naturales, con las que cubrir los requerimientos necesarios para el desarrollo de una sociedad nueva y compleja, inmersa en el proceso de cambio generalizado que experimentaba en esos momentos el extremo europeo más occidental.

Desde esta perspectiva poblacional, de la misma forma que Aznalcóllar, la mina más meridional del Cinturón Ibérico de Piritas con posibilidades de explotación de cobre y plata con las técnicas al uso, tal como se ha confirmado recientemente (Hunt 2003; Gómez Toscano 2006), y que Niebla, en este caso el asentamiento estratégico desde donde se podían controlar los flujos vitales entre las minas y la costa y entre la ría de Huelva y el bajo Guadalquivir, Huelva, uno de los puertos naturales de la costa atlántica, con una serie de sitios sincrónicos vinculados claramente complementarios, que parece estuvieron dedicados bien a la explotación del entorno marítimo-marismero de la Ría de Huelva bien a los

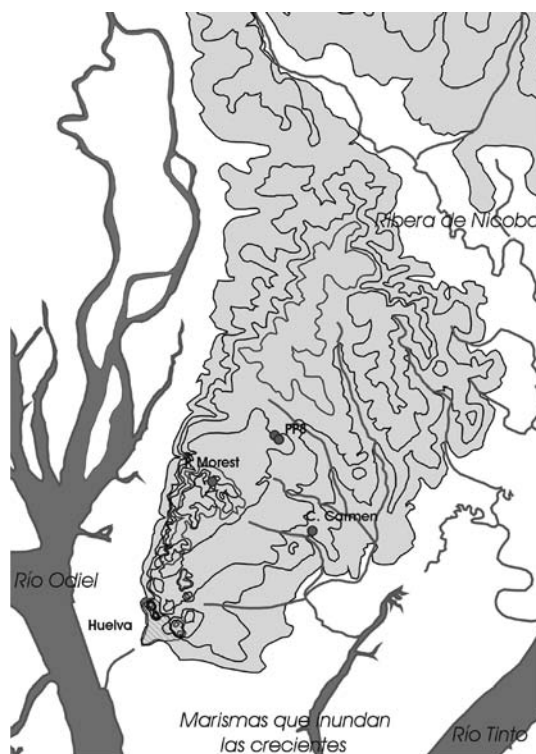


Figura 3
Localización de Huelva entre los ríos Tinto y Odiel, con otros asentamientos localizados en su periferia norte.



Figura 4
Localización de Niebla a orillas del río Tinto. 1) Acrópolis amurallada; 2-6) cabañas dispersas sobre la meseta.

recursos de las fértiles campiñas miocenas de su península y en el entorno de las vías naturales hacia el norte, conformaron una estructura estable y al mismo tiempo dinámica y complementaria, que podía introducir las necesarias medidas compensatorias en relación tanto con desafíos locales como exteriores, especialmente con la llegada de los navegantes orientales, pongamos por caso durante el siglo IX a.C.

Por ello, tal como puede interpretarse desde el registro arqueológico actual, si los tres sitios pudieron comenzar su andadura con unas características similares desde finales del II Milenio a.C., sólo un desarrollo continuado a lo largo de varios siglos, incorporando los beneficios generales que se obtuvieran de las relaciones que se van a establecer en los primeros siglos del I Milenio a.C., tanto localmente como con el mundo atlántico y con el mediterráneo en general, como en su día interpretó M. L. Ruiz-Gálvez para una zona más amplia, ante la llegada de los fenicios

«[...] El área al Oeste del Estrecho, es ya para entonces una región políticamente estructurada y con redes de comercio propias y no permite el acercamiento de *colonias*¹ cerca de su centro político»

(Ruiz-Gálvez 1995f: 145).

Este modelo, con las necesarias variantes en relación con los recursos disponibles y su localización en conexión con los flujos poblacionales de cada zona, como veremos más adelante, puede ser exportable a otras áreas del Bajo Guadalquivir y Bahía de Cádiz, al tratarse sin lugar a dudas de un patrón de distribución territorial y ocupacional que nada debe a la presencia fenicia.

Sin embargo, para que el modelo sea creíble, el registro arqueológico tiene que mostrar claros elementos de una sociedad estructurada, compleja, dinámica y competente, con un desarrollo más o menos homogéneo en el tiempo y en un espacio específico, que desde los planteamientos teóricos de pretendidas revisiones críticas más recientes no se pueden entender (Izquierdo y Fernández 2005). También parece imprescindible definir un por qué, desde el que se explique la naturaleza de los cambios, y un cómo, que sirva de hilo conductor para asumir, tal vez, que la continuidad del período Orientalizante necesariamente tuvo que producirse de forma coherente en relación con la posterior convivencia de esa compleja y

desarrollada sociedad occidental y los fenicios procedentes de la costa siro-palestina, que no fueron los únicos beneficiados del contacto, aunque el mayor porcentaje del registro arqueológico, la cerámica a torno que se generaliza en el seno de la sociedad occidental desde finales del siglo VIII a.C., parezca de forma simple explicar la total desaparición de la estructura local preferencia, incluso de la población preexistente, que sería un contrasentido a juzgar por el peso que mantendrá en la zona la sociedad local.

Junto a los sitios conocidos en la Tierra Llana de Huelva, otros asentamientos de la Edad del Bronce distribuidos por el Andévalo y la Sierra de Huelva (figura 1), bien con murallas en talud construidas con mampuestos irregulares o bien al parecer únicamente con defensas naturales y de escasa amplitud (Gómez Toscano 1998: 133 y ss.), tienen en la costa atlántica portuguesa y en el interior ejemplos claros del Bronce Final preferencia. Uno de ellos, muy relevante aunque no existen demasiados datos que puedan considerarse preferencias, hacen de Tavira un ejemplo muy semejante a Huelva desde un punto de vista geográfico (Maia 2003a), que, además de la estructura de un típico asentamiento fenicio costero (Maia 2000), ha otorgado bronce que pueden relacionarse con los del Hallazgo de la Ría de Huelva, junto con cerámicas de la Fase Clásica del Cabezo de San Pedro², entre los que podemos destacar un puñal de bronce similar a los del tipo 'Porto de Mos' y un hacha simple también de bronce, en el mismo contexto que un pequeño número de formas cerámicas típicas de la fase de transición entre los Horizontes Formativo y Clásico del Bronce Final preferencia occidental.

Otro sitio portugués, más cercano a Huelva y también en una posición geográfica semejante a la del Cabezo de San Pedro, sería Castro Marím, éste en la amplia desembocadura del río Guadiana, que si resultó ser de gran importancia para los contactos con el Bajo y Medio Guadiana en el I Milenio a.C. (Gómez Toscano e.p. b), debió tener su correspondencia previa con los otros sitios mencionados, aunque los restos del Bronce Final recuperados sean todavía tenues (Arruda 2005a: 289)³.

Como principal ejemplo de la zona, la importancia de Huelva a escala local durante el Bronce Final puede establecerse ahora a través de hallazgos fortuitos y una buena cantidad de excavaciones sistemáticas conocidas a lo largo del pasado siglo XX (Gómez Toscano y Campos 2001),

¹ El resalte en negritas es nuestro.

² Agradecemos a María y Manuel Maia esta información y su gentileza al mostrarnos sin reserva el resultado de sus investigaciones, que esperamos sean publicadas oportunamente.

³ Agradecemos a Ana M. Arruda su amabilidad al mostrarnos cada año sus excavaciones en Castro Marím, compartiendo con nosotros datos inéditos de inestimable importancia.

así como otras tantas realizadas a partir del año 2000. Pero a la hora de explicar su registro arqueológico, sin cualquier tipo de duda, el hallazgo de bronce realizado en 1922 en aguas del puerto, desde aquellas fechas, ha servido para vincular a Huelva con los mundos atlántico y mediterráneo durante los siglos iniciales del I Milenio a.C. (Ruiz-Gálvez 1995b). En general en el conjunto de la ciudad actual, aunque las primeras excavaciones en los cabezos no comenzaron hasta 1966, se ha realizado un alto número de actuaciones de urgencia de las que, en su mayoría, echamos en falta la publicación exhaustiva del registro arqueológico obtenido (Gómez Toscano y Campos 2001), lo cual ayudaría mucho a precisar algunas cuestiones que por ahora deben dejarse en suspenso.

Si elementos sueltos asimilables con el registro arqueológico del Bronce Final preferencio se han documentado en la mayor parte de ellas, con buen criterio habría que decir que un buen número de cerámicas a mano se ha encontrado en situación postdeposicional, debido a la enorme importancia de los procesos naturales y antrópicos siempre presentes en la morfología de la ciudad (Gómez Toscano y Campos 2001: 110-112), que podrían dar una idea equivocada de la extensión del sitio en los momentos más antiguos de su ocupación (figura 5). No obstante, el registro más importante de la ocupación del Bronce Final se localizó de forma fortuita en el Cabezo de San Pedro (Blázquez *et al.* 1970; Gómez Toscano y Campos e.p.), y con posterioridad en diversas campañas de excavación sistemática llevadas a cabo en el mismo y su entorno más inmediato (Belén *et al.* 1977; Blázquez *et al.* 1979; Ruiz Mata *et al.* 1981; Amo y Belén 1981), así como en el cercano Cabezo de la Esperanza (Schubart y Garrido 1967; Fernández Jurado 1988-89: 104-110), donde parecía claramente que la ocupación preferencia preferentemente se desarrolló a salvo en la posición defensiva que otorgaban los cabezos y sus vaguadas, especialmente en el de San Pedro, donde existe la posibilidad de que se hubiese construido ya una muralla de mampuestos (Campos y Gómez 2001: Fig. 42). Por ello, cabezos y llano, conforman un sistema de ocupación parecido al que hemos documentado en Aznalcóllar y en Niebla (Gómez Toscano 2006).

La publicación de los hallazgos de 1968-1969 no es normalmente citada por el conjunto de los investigadores que se han ocupado de definir su ocupación, como si los datos que en ella se mostraron no fueran claramente una evidencia a tener en cuenta. Lo más importante de ese trabajo precursor es que, desgraciadamente, esa



Figura 5

El asentamiento de Huelva sobre los cabezos, mostrando la extensión de los hallazgos de los siglos XII-V a.C.

amplia estratigrafía resulta ser el único lugar donde, hasta ahora⁴, se había documentado la más completa y compleja evolución del Bronce Final preferencio (Gómez Toscano y Campos e.p.). A pesar de que la obtención de los materiales dio lugar a que las cerámicas se clasificaran según la experiencia de los firmantes, la secuencia estratigráfica, en general, se mostró muy de acuerdo con la realidad física que se documentaba. Por encima del Nivel 6, considerado entonces del Bronce I (Blázquez *et al.* 1970: 10), los Niveles 5a y 5b mostraron dos fases en las que pudieron incluirse el total desarrollo de la evolución de las cerámicas locales. En el más antiguo de ellos, Nivel 5b, las cerámicas carenadas con superficies bruñidas no presentaban cualquier tipo de decoración que no fuese un acabado brillante y homogéneo, que daba la impresión de pertenecer a vasos metálicos por su cuidado tratamiento y ejecución. Junto a ellas otros tipos de recipientes más utilitarios o peor acabados tan sólo presentaban sus superficies alisadas o un tratamiento somero. En el más reciente Nivel 5a, se desarrollaban decoraciones bruñidas que progresaban desde las más simples a las más complicadas, las cuales terminaban en el Nivel 4, dentro ya del Período Orientalizante, con motivos ejecutados sin demasiado cuidado, tal vez en beneficio de la producción a torno de origen fenicio que se generaliza a partir de ese Nivel 4.

⁴ Desde el año 2003 se están excavando en las campiñas situadas a norte de la ciudad de Huelva estructuras de habitación integradas en field systems correspondientes a los III-I Milenios a.C., que sin duda se convertirán en el principal referente del Bronce Final preferencio para la investigación futura. Agradecemos D. González de Anfora, S.L. y a J. de Haro de Girha, S.C. el que se nos permita junto a nuestro compañero C. Vera el acceso a esta información privilegiada.

Los seis metros de espesor del Nivel 5, incluyendo los dos subniveles a y b, se utilizaron entonces para proponer una horquilla cronológica comprendida entre los siglos VIII al IX, y quizás en el X, determinada por un posible crecimiento gradual y homogéneo de los sedimentos desplazados desde la cima hasta la vaguada en que quedaron atrapados, que como hemos dicho sólo se basaba en la teórica fecha del 700 a.C., la única aceptada entonces para la más antigua presencia de los fenicios en el Suroeste (Blázquez *et al.* 1970: 13), sin duda una propuesta cronológica coherente con los datos utilizados en esos momentos, similar a la planteada para elementos parecidos en el *Bronze do Sudoeste* definido por H. Schubart (1971) para el Sur de Portugal y provincia de Huelva.

En las campañas de 1977 y 1978, una década después, se volverá a excavar parte de la secuencia del Bronce Final, ahora en una actuación sistemática realizada con todas las garantías con los métodos al uso, aunque no se pudieran obtener sedimentos equiparables a los que mostraba el Nivel 5b de 1970, ni tampoco del Nivel 6, pero no implica que no existiesen. Debido a los objetivos que en esos momentos se planteaban, en la mayor parte de los cortes no se llegó a profundizar hasta los estratos geológicos estériles previos a la ocupación (Blázquez *et al.* 1979: 21-23). Sin embargo, sí se pudo dividir la secuencia obtenida con todas las garantías científicas al uso en esos años en tres fases generales –Fase I, Fase II, Fase III– que cubrían desde un Bronce Final preferencio (Ruiz Mata 1979) hasta una parte del Período Orientalizante, el cual era posible equiparar con los materiales localizados en la Necrópolis de La Joya (Ruiz Mata *et al.* 1981), que entonces se fechaba hasta mediados del siglo VI a.C. según la atribución a Psamético II de un escarabeo que había propuesto I. Gamer-Wallert (1973). La Fase I también fue dividida en tres subfases A-B-C de acuerdo con la estratigrafía documentada, conteniendo aparentemente la Fase IB el alzado del manchón de sillares de un muro de refuerzo construido con técnicas conocidas en la costa siro-palestina (Ruiz Mata *et al.* 1981), y la Fase IC un pequeño fragmento de cerámica decorada con engobe rojo bruñido, que ha significado para muchos que la generalización de la presencia fenicia en el sitio de Huelva ya estaba muy cercana cuando se inició la deposición de la Fase IA, lo cual para nosotros no era entonces el caso, ni por supuesto así pensamos ahora.

Posteriormente, en el Cabezo de la Esperanza pudieron documentarse también estratos que contenían exclusivamente cerámicas a mano del Bronce Final preferencio, con ejemplos decorados con refinados motivos bruñidos ejecutados con gran cuidado (Fernández Jurado 1988-89: Lámina I), que podían demostrar que en ese cabezo existieron estructuras de ocupación similares a las conocidas al menos en el Nivel 5a de 1970. El hecho de que

estos materiales aparecieran en las laderas, indicaba que de forma natural se incluyeron en sedimentos desplazados desde la cima bien debido a procesos naturales históricos bien a la excavación en el siglo XIX de unos depósitos de agua allí situados que indicarían la génesis de una estratigrafía invertida o transportada, por lo cual deben ponerse en relación con cualquier tipo de estructura habitacional que existió más arriba. Otras cerámicas publicadas de ese cabezo no se hallaron en el corte estratigráfico de prueba realizado por H. Schubart (Schubart y Garrido 1967), sino en una recogida no sistemática realizada años antes por C. Cerdán. De la misma forma, en la estratigrafía postdeposicional del Área Tres publicada de ese cabezo (Belén *et al.* 1977: 259-295), junto con cerámicas de diversa tipología y diferentes cronologías, aparecieron formas conocidas únicamente en el Nivel 6 de San Pedro, que no pudieron perdurar en el período Orientalizante de los siglos VII-V a.C., sino que deben incluirse en momentos antiguos de la ocupación preferencia del cabezo.

Aunque en las excavaciones realizadas en las zonas bajas de la ciudad de Huelva no exista un registro arqueológico perteneciente a la ocupación de estos momentos previos del hábitat protohistórico, tal vez porque la localización del freático actual haya impedido excavar por debajo de los sedimentos del Período Orientalizante (Gómez Toscano y Campos 2001: 268-273), la situación del puerto en los esteros que existieron al sur de los cabezos, pronto colmatados por sedimentos antrópicos y naturales arrastrados desde sus laderas meridionales, debió estar acompañada de facilidades para su uso, tales como amarres, almacenes, o talleres especializados en la construcción de embarcaciones y otros menesteres. La localización en el límite de las aguas del puerto de los materiales recientemente publicados (González de Canales *et al.* 2004: 25) puede dar una idea clara del registro arqueológico potencial de la marisma de Huelva, aunque no sólo del período Bronce Final-Orientalizante, sino también de los III y II Milenios a.C.

En esa zona específicamente, además de los materiales de cronología posterior que analizaremos en conjunto en páginas posteriores, existen elementos claros de un momento preferencio que no han sido así considerados debido a los planteamientos en que se ha basado su explicación histórica (Gómez Toscano e.p. a). Entre ellos debemos incluir muchas de las formas definidas en su día (Ruiz Mata 1979) como tipos A1a, A1b, o BI (González de Canales *et al.* 2004: Lám. XXIV-XXVI), entre otras, especialmente las que presenten las decoraciones bruñidas menos complicadas, ya que los cuencos decorados (González de Canales *et al.* 2004: Lám. XXIII), deben ser más recientes de acuerdo con la evolución propuesta en 1970 (Blázquez *et al.* 1970: Lám. XXVI, E). De la misma forma,

los elementos relacionados con actividades metalúrgicas localizados, que M. Torres ha comparado con otros conocidos en Peña Negra (Torres 2005: 295), podrían corresponder también a actividades preferencias, de la misma manera que algunos elementos de marfil, hueso o madera que han sido adscritos sin ninguna crítica convincente a actividades realizadas por los marinos orientales.

La existencia en el Suroeste de una sociedad compleja, con un desarrollo específico en el tiempo y en un espacio inmediato, también ha podido comprobarse recientemente en Niebla (Campos *et al.* 2006), que indica que el desarrollo del puerto puede ser paralelo con el de otros puntos del territorio occidental. Si hasta ahora el registro arqueológico de la ciudad de Ilipla se había relacionado con la presencia fenicia (Belén y Escacena 1992b: 228; Bedia y Pérez 1993: 6), además de la ocupación con cabañas dispersas en la meseta que domina el curso del río Tinto, la existencia en la zona nordeste (figura 4), bajo la ciudad almohade, de una muralla construida con mampuestos irregulares en talud, soportada al exterior por bastiones semicirculares, la cual quedó amortizada por un estrato de abandono que contenía cerámicas que podían relacionarse incluso con momentos anteriores al Período Clásico del Cabezo de San Pedro (Campos *et al.* 2006: Fig. 303, 271), son una clara base donde apoyarse para sostener su antigüedad e importancia territorial en el proceso histórico que estamos sustentando.

Junto a Niebla, en el extremo oriental de la Tierra Llana de Huelva, en la actual provincia de Sevilla (figuras 1 y 2), la ocupación de las minas de Aznalcóllar durante el Bronce Final preferencia parece clara tanto por los materiales recuperados en el Cabezo de Castillo (Gómez Toscano 1998: Fig. 23), como otros de Los Castrejones (Hunt 1995: Lám. IV, 192), toda vez que también existen elementos que pudieran relacionarse con la explotación de cobre y la obtención de piezas terminadas en momentos anteriores (Hunt 2003).

Como importante sitio de la zona, la adscripción a este momento de Tejada la Vieja debe dejarse en suspenso hasta la publicación de las últimas campañas que se han llevado a cabo en la ciudad, toda vez que si atendiendo a los datos exhibidos en su primera excavación, la muralla de mampuestos pudiera haber sido construida en momentos anteriores a la presencia fenicia (Blanco y Rothenberg 1981: 247), la discusión de la estratigrafía de campañas posteriores no resiste su adscripción al siglo VIII a.C. (Fernández Jurado 1988-1989: 125), sino que, incluso, debería rebajarse la construcción de la zona excavada y analizada al siglo VII a.C. (Campos y Gómez 2001: 141-143). En cualquier caso, materiales documentados en ambas campañas indican la posibilidad de una cronología previa al siglo VIII a.C., y que bien pudieran pertenecer a los restos de cabañas de un asentamiento simple

preexistente a la construcción de la muralla, según se mencionaba en trabajos publicados antes de la memoria definitiva (Fernández Jurado y Rufete 1986: 194). De cualquier manera, la técnica de su construcción claramente no responde a un modelo oriental del I Milenio a.C. como se ha insistido (Escacena 2002b), sino al conocido en la Sierra de Huelva desde el Bronce Pleno, como se puede observar físicamente en el sitio de La Papua, donde no hay elementos materiales del Bronce Final, o en El Trastejón (Hurtado 1991), en el cual la ocupación termina sin la presencia de cerámicas a torno que pudiesen implicar cualquier relación con el mundo siro-palestino; incluso en Barrancos, ya en territorio portugués, se han excavado murallas construidas con la misma técnica (Romero y Rego 2001: Fig. 1).

LA DESEMBOCADURA DEL GUADALQUIVIR EN LA FASE FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE

Hasta hace poco hablar de desembocadura del Guadalquivir, relacionándola con sitios como Carmona, Setefilla o el Carambolo, hubiese sido al menos extraño, a no ser que fuese en un ámbito bastante cerrado de especialistas. Hoy en día parece claro que diferentes trabajos que no vamos a comentar aquí ponen de manifiesto que la mayor parte de las marismas de los últimos siglos y el entorno de Doñana estaban inmersos en un vasto entrante de agua salada cuyo reborde estaría situado en el polígono irregular cuyos vértices se sitúan entre Sanlúcar, Los Palacios, Coria, El Rocío y un punto cercano a Matalascañas (figura 6), según puede deducirse de los mapas correspondientes a fases temporales propuestas hace más de una década (Arteaga *et al.* 1995: Fig. 2).

A escala territorial, debemos reconocer el inmenso interés de ese espacio, que vinculaba el mar y los sitios costeros a través de la desembocadura del Guadiamar con el área minera de Aznalcóllar, tan importante como punto de extracción de minerales de cobre primero y de plata después. Pero, de la misma forma, en el espacio situado aguas arriba de Coria confluían flujos culturales, económicos y sociales procedentes tanto del vasto curso del Guadalquivir como de un amplio entorno de la actual Andalucía occidental. En ese espacio, prácticamente despoblado a finales del II Milenio a.C. según una de las propuestas vigentes (Escacena 1995), de acuerdo con el registro arqueológico generalizado, pero en un orden poco reconocible por la falta de investigación, tuvieron que confluir las últimas manifestaciones del Bronce Pleno con una fase final que muestra amplios contactos con el fenómeno de Cogotas I, dando lugar a lo que gracias precisamente a esas propuestas obsoletas debe denominarse *fase oscura*, que sólo implica la oscuridad de nuestro conocimiento. Para nosotros, entre los siglos finales del II Milenio a.C. y el comienzo del siguiente, lo que aquí se observa



Figura 6
Entorno de las marismas del Guadalquivir-Guadamar y la Bahía de Cádiz, mostrando los principales sitios mencionados en el texto.

es el horizonte arqueológico que hemos denominado Período Formativo del Bronce Final (Gómez Toscano 1998: 237-240), durante el cual no existe una producción de cultura material homogénea en todos los sitios, sino que, como proceso de cambio y adaptación a nuevas situaciones generalizadas, las formas cerámicas por un lado y las constantes de población por otro estarán en función del área específica que se investigue.

Mientras que es posible que la producción de objetos de bronce sí pueda ser homogénea, con lo que ello implicaría a escala territorial pues no debemos olvidar que aquí no hay *influencias* atlánticas sino que se trata de un espacio plenamente atlántico aunque situado en su margen más oriental, los ámbitos locales van a reflejar el cambio a través de la importancia relativa de los hábitats existentes en los momentos anteriores. De esa forma, sitios como Carmona o Setefilla, o más al interior como Montemolín, Ategua, Montoro y otros sitios de la actual provincia de Córdoba (Murillo 1994b), van a mostrar importantes paquetes de sedimentos, que indican fundamentalmente ocupación protohistórica, correspondientes a las últimas manifestaciones del Bronce Pleno y/o Bronce Tardío, y un Bronce Final clásico, éste último de los siglos IX-VIII a.C. siguiendo la cronología tradicional. En Setefilla así parece claro en el estrato XIII del Corte 3 (Aubet *et al.*

1983) y lo mismo en Carmona en diferentes cortes estratigráficos, pero en especial en estudios recientes (Jiménez Hernández 2004), que en este caso también se observa, cómo no, el famoso hiato poblacional.

Más difícil será establecer el momento preciso de ocupación de sitios donde tan sólo parece existir registro de los períodos Clásico y Orientalizante. Uno de ellos, El Carambolo, tal vez hasta ahora el paradigma de la mítica cultura material tartésica y de cómo no debe ser explicada la protohistoria occidental, tiene que ser observado con paciencia en virtud de trabajos muy recientes que intentan *deconstruir* la investigación de las últimas décadas del siglo XX a través de la existencia de la mítica ciudad y cultura (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007). En ese trabajo, que deberá ser leído con la suficiente atención si se quieren extraer propuestas coherentes, como ejemplo, podemos ver que en la estratigrafía noroeste del Cabezo de San Pedro (Blázquez *et al.* 1970) su valor «...nos parece hoy nulo» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 66), que otra propuesta cronológica posterior de las estratigrafías realizadas en el mismo cabezo (Blázquez *et al.* 1979) «...resulta absurda» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 69), o que la cronología de los estratos XIII y XIIa y XIIb de Setefilla (Aubet *et al.* 1983), al estar según ellos basada en San Pedro y en El Carambolo «...podría ser revisada apuntando la posibilidad de llevar estos niveles a un momento claramente colonial» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 69), especialmente, como se apunta más adelante, porque «...En el caso del estrato XIII, la presencia de cerámica de retícula bruñida hace factible su datación igualmente en un momento colonial» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 70).

Se trata pues, sin duda, de la continuidad de la tesis expuesta en 1993 según la cual no existió un Bronce Final previo a la presencia de los fenicios en Occidente (Escacena 1995). Ahora, de esta manera claramente subjetiva, tampoco podrá valorarse la cronología de las cabañas precoloniales de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández 1987) y de cualquiera de los sitios conocidos del Suroeste peninsular, por la presencia de cerámicas bruñidas y pintadas (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 72-73) o por la de cerámicas fenicias en particular que se consideran sincrónicas (González de Canales *et al.* 2004: 208-210). Con estos mimbres resulta claro que, de ahora en adelante, cualquier interpretación de un período precolonial que sea válido o que no parezca absurdo tendrá que incluirse en esa nebulosa poco coherente con la realidad empírica, aunque esas otras posibilidades se documenten excavando también con métodos *modernos*, con el resultado de estratigrafías contrastadas que muestran murallas preferencias, construidas éstas con técnicas preferencias y que en su día fueron amortizadas con sedimentos preferencias, a las que se superponen otros lienzos

de murallas contruidos, ahora sí, con técnicas orientales y materiales fenicios que pueden fecharse en torno a finales del siglo VIII o de principios del VII a.C (Campos *et al.* 2006: 271).

Del Carambolo en sí, al margen de las últimas investigaciones, resultaba claro hasta ahora que los materiales locales de los estratos IV y III, correspondían a una fase preferencia y que, tal vez, como en ella aparecieron algunas cerámicas a torno, especialmente la Clase 7 de J. M. Carriazo (Carriazo 1973; Amores 1995), podrían ser las primeras importadas o producidas ya en Occidente (Gómez Toscano 2004: 87-88), que también llegaron al sitio local preferencia ejemplificado en el fondo de cabaña de El Carambolo, y que desde el Estrato III en adelante aparezcan formas fenicias del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata 1986c).

Si ahora, en el momento presente, la unidad negativa localizada en el Ámbito A-43 claramente parece excavada desde la superficie del Santuario III, en la década de los años cincuenta, cuando la excavó J. M. Carriazo y así lo interpretó J. Maluquer, también claramente pertenecía a un momento previo a su relleno por los estratos IV y III, que serían las primeras unidades estratigráficas positivas de vertido que la colmataron como resultado de la ocupación de ese supuesto fondo de cabaña, y los estratos superiores, II y I, precisamente los de la ocupación del ahora denominado Santuario III, al que debía pertenecer el tesoro. Ahora para nosotros también resulta claro que las remociones llevadas a cabo por los obreros del Tiro de Pichón y las del equipo de Carriazo tuvieron que quedar reflejadas de alguna forma en el registro estratigráfico que ahora se ha excavado, lo cual también podría significar que se ha olvidado, no se ha tenido en cuenta por la circunstancia que sea (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 142-150), o al menos no se ha expuesto en la obra que mencionamos, aunque se apunte que «...los niveles arqueológicos se encontraban altamente afectados, siendo el registro de los mismos muy parcial» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 143).

Como se interpreta el registro arqueológico, la fosa, con dimensiones y planta muy parecidas a cualquier fondo de cabaña de los conocidos en el Suroeste peninsular, además de restos de artefactos y ecofactos contenía cenizas y otros sedimentos «...procedentes [esta vez] de actividades relacionadas con la preparación de ofrendas» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 149), pero se aclara que «...la construcción de esta fosa y la posterior deposición de los rellenos se enmarca cronológicamente dentro del Carambolo III» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 149). Sin embargo, si observamos los materiales cerámicos que publicó J. M. Carriazo procedentes del supuesto fondo de cabaña, dibujados en su día por uno de nosotros (Ruiz Mata 1986c), olvidándonos de los

locales con decoración bruñida y pintada, ¿quién sería capaz de incluirlos en la fecha que se otorga al Carambolo III? Cualquier estudioso de las cerámicas fenicias occidentales con cierta experiencia no lo haría.

Una simple ojeada de cualquier especialista en cerámica fenicia a los vasos decorados con engobe rojo bruñido, las copas de la forma 7 de J. M. Carriazo, o a los motivos decorativos de las cerámicas pintadas que se han considerado copias de cerámicas griegas del Período Geométrico (Amores 1995), indicaría que proceden de paquetes estratigráficos de génesis antrópica situados en posición postdeposicional llegados tal vez de otras zonas del asentamiento, pero sin duda en momentos previos a la cronología que se acepte para el Carambolo III, precisamente si tenemos en cuenta la selección de materiales publicados de las unidades 15, 15a, 15b y 15c (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: Fig. 52-55).

Nuestra interpretación es que la fosa se relleno, cuando quiera y como quiera que fuese, bien con los materiales resultantes de una ocupación protohistórica preferencia, o bien, como posible alternativa, con materiales descontextualizados procedentes de otras zonas del asentamiento, un conjunto heterogéneo del Bronce Final preferencia que también incluía fragmentos cerámicos procedentes de una o varias fases de ocupación posteriores, o de varios fondos de cabaña preexistentes en la zona del período de transición, como en el caso de los elementos relevantes excavados recientemente en varias zanjas o fosas, como la maqueta de barco, el fragmento de escifo del geométrico griego, y otras piezas localizadas en posición secundaria (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 201). En este sentido, además, hay que tener en cuenta que el relleno intencional con carácter ritual de fondos de cabaña, unidades negativas habitadas durante un tiempo, se ha puesto de relevancia en sitios como Pochito Chico, en El Puerto de Santa María (Ruiz Gil y López 2001: 152), con un trasfondo ritual (Ruiz Gil y López 2004: 11-14), lo cual deberá servir a la hora de interpretar coherentemente las estratigrafías de esos fondos o estructuras de vertido rellenas con materiales en situación postdeposicional.

Dejando de lado un debate que nos parece poco relevante para el resultado general de la investigación, de acuerdo con el registro arqueológico, los centros hegemónicos que en su día fueron los sitios de Carmona o Setefilla, así como otros muchos poco conocidos arqueológicamente en la zona, debieron contar, como en la Tierra Llana de Huelva, con un importante número de hábitats asociados bien desde el Período Formativo bien desde el Clásico posterior. Dado que todavía no se ha realizado la pertinente investigación de ese territorio contando con los apreciaciones mostradas en la Tierra Llana de Huelva (Gómez Toscano 2004), tan sólo debemos estimar la

existencia de un alto número de asentamientos, amurallados o no, de estructura simple o más complejos, que fueron adaptándose a las constantes generadas desde otras zonas y ocupando una función específica en relación con su situación en el territorio, cercanos o alejados de las principales vías de comunicación y de los recursos puestos en valor en los primeros siglos del I Milenio a.C., que por supuesto determinaba un rango territorial concreto para cada uno de ellos.

Como ejemplo, el sitio de Montemolín puede considerarse paradigmático. Hace más de una década, partiendo del conjunto del registro recuperado (Bandera *et al.* 1993: 16), se mostró la interpretación de la evolución compleja del yacimiento. Para el momento que aquí nos interesa, la más antigua ocupación del Bronce Final preferencio fue dividida por los autores en las Subfases Ia y Ib. El repertorio cerámico de la primera de ellas (Bandera *et al.* 1993: Fig. 4) se caracteriza por abundantes cuencos a mano con carena marcada al exterior y engrosamiento del borde al interior, cuencos semiesféricos con perfil en S, o con borde engrosado al interior. Entre los vasos, cuencos y copas los más característicos serán los de perfil bicónico, estas últimas con superficies bruñidas muy cuidadas y con un diámetro en torno a los diez centímetros. Resulta interesante que en esta primera subfase, como elementos decorativos únicos, sólo exista la aplicación de pintura roja superficial e incisiones rellenas de almagra, aunque también apareciese algún motivo reticulado bruñado y además la impresión de pequeños círculos realizados con una matriz, cuya procedencia será necesario constatar con nuevos datos procedentes de otras zonas.

La siguiente subfase Ib, según los autores, significaba una ruptura con todo lo anterior, que se manifiesta en la ocupación de pavimentos de guijarros y restos de fuegos de hogar. Las cerámicas son ahora formas abiertas modeladas a mano como en la fase anterior, predominando una menor calidad, únicamente con unos ejemplos decorados con motivos bruñidos por el interior, y otros incisos o con pintura a la almagra, existiendo también un buen número de vasos de cocina o de almacenamiento con aspecto poco cuidado, incluso con digitaciones en el hombro (Bandera *et al.* 1993: Fig. 5). Entendiendo perfectamente la estratigrafía posterior, los autores denominaron a la fase siguiente, aunque presentara las primeras importaciones, «...Bronce Final con cerámicas a torno» (Bandera *et al.* 1993: 22), que además incluye la abundancia de formas con decoración bruñida y la total desaparición de vasos anteriores como las cerámicas bicónicas y los cuencos de amplio tamaño bruñidos sin decoración, que eran exclusivos de las fases anteriores.

Otro asentamiento muy cercano al Carambolo, en este caso poco conocido por la investigación, estaría representado por los materiales cerámicos obtenidos en la casi

total destrucción en la década de los años setenta para la explotación de áridos del Cerro de la Cabeza, en Valencina de la Concepción (figura 7), cuya síntesis del material cerámico que aquí mostramos implica que no puede inscribirse ninguna de ellas en cualquiera de las formas de cultura material de los Bronces Pleno y/o Tardío, pero

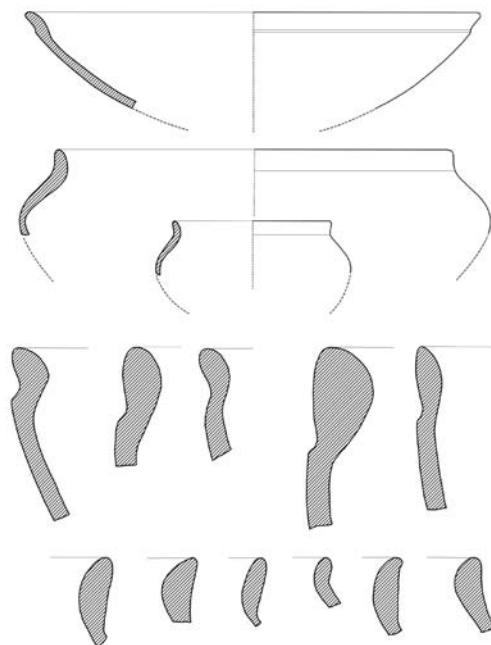


Figura 7
Selección de materiales del destruido sitio del Cerro de la Cabeza en Valencina de la Concepción, Sevilla.

tampoco son éstas formas que se relacionen fácilmente con el denostado fondo de cabaña de El Carambolo Alto (Carriazo 1973; Ruiz Mata 1986c; Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007), sino en los niveles bajos de Montemolín que hemos comentado como ejemplo, entre otros muchos, de una ocupación previa a lo que hasta ahora habíamos denominado Fase I del Cabezo de San Pedro.

Estos dos sitios, aumentando el número con un amplio total a partir de la interpretación de las excavaciones realizadas en Carmona, en Setefilla, o más al interior en Ategua, en Montoro o la Colina de los Quemados en la propia Córdoba, que no vamos a analizar aquí por estar alejados de la costa y por el espacio con que contamos, así como otros conocidos por prospecciones superficiales (Murillo 1994b), son el ejemplo de un territorio extenso, rico en recursos naturales y vías de intercomunicación existentes desde muy antiguo, como debe corresponder a la amplia ocupación demostrada antes del I Milenio y con posterioridad al siglo VIII a.C., que no pudo, de ninguna manera, permanecer desocupado en los primeros siglos de ese milenio.

De Coria del Río, hasta que no se cuente con la memoria final que muestre la estratigrafía completa y la evolución de los materiales, deberemos mantener en reserva la

interpretación publicada (Escacena e Izquierdo 2001). Sin embargo, parece claro que en el Cerro de San Juan el poblamiento en general puede retrotraerse desde al menos un Calcolítico Final Campaniforme, continúa con una fase que ha sido relacionada con el Bronce Pleno de la Sierra de Huelva, y también existe registro de ocupación del Bronce Final, no sabemos si tras el hiato recurrente, pero que «...se caracteriza por la ausencia de cualquier indicio de contacto con poblaciones semitas» (Escacena e Izquierdo 2001: 126). A partir de esa fase no existe solución de continuidad hasta el presente.

EL MARGEN IZQUIERDO DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR

La ocupación de este espacio únicamente puede establecerse a través de antiguas excavaciones en Mesas de Asta, en Lebrija, y en prospecciones superficiales más recientes. Hacia el Sur, debemos destacar el sitio de Mesas de Asta, junto a las marismas del reborde izquierdo del *Lacus Ligustinos*. Excavado a mediados del siglo XX (Esteve 1945, 1950 y 1962), con un método que hoy es posible nos parezca poco útil, pudo documentarse algún material a mano ahora suficientemente conocido en todo el Suroeste, pero que entonces no tuvo la misma repercusión. Hace unos años se llevó a cabo una prospección superficial de la zona del yacimiento relacionada con su necrópolis, en la cual pudieron aislarse, aunque no excavar, 19 tumbas de incineración del Bronce Final prefenicio, puesto que los materiales de superficie desplazados por el arado presuponían conjuntos exclusivamente autóctonos (González Rodríguez *et al.* 2000: 789). En esta línea, el sitio de Mesas, tanto por su extensión como por su localización en relación con el resto de yacimientos localizados en la zona, deberíamos considerarlo a la altura de los centros hegemónicos documentados en la Tierra Llana de Huelva (Gómez Toscano 2006). Los sitios sincrónicos conocidos en su entorno hasta un total de 26, con una separación entre ellos cercana a los 5 kilómetros, ocupaban áreas de diferente tamaño y aunque en una decena de ellos aparezcan las primeras importaciones fenicias de la zona (González Rodríguez *et al.* 2000: 788), claramente están mostrando la vitalidad de estos sitios durante un período previo a la presencia de los fenicios, que han de vincularse en principio a actividades agrícolas y ganaderas, puesto que no tendrían ninguna vinculación con la minería o con la metalurgia del bronce o de la plata.

En la cuenca media del río Guadalete, también a través de prospecciones superficiales, ha podido documentarse la ruta que desde su desembocadura hasta muy al interior, pongamos por caso hasta Acinipo, la cual estuvo vigente desde muy antiguo (Gutiérrez *et al.* 2000: 796). De acuerdo con los autores, la evolución histórico

arqueológica del territorio se ha estructurado partiendo de la estratigrafía realizada en el sitio de Torrevieja en Villamartín, donde los estratos XIII al XI eran claramente de un momento del Bronce Final prefenicio. Dentro de un buen número de asentamientos protohistóricos, los autores determinan la existencia de sitios de gran tamaño, oppida amurallados con cercas en talud y bastiones de planta semicircular, otros de menor rango periféricos al río, también amurallados con carácter coercitivo establecidos para controlar el territorio, así como otros menores y sin fortificación con clara vinculación agrícola vinculados o dependientes de los anteriores (Gutiérrez *et al.* 2000: 800).

EL ENTORNO DE LA BAHÍA DE CÁDIZ

Como parece lógico, el entorno de la bahía de Cádiz siempre se ha relacionado con la presencia de los fenicios en Occidente. Sin embargo, a tenor de la documentación arqueológica existente ésta nunca fue una zona prácticamente deshabitada hasta cuando quiera que estimemos fuese el momento real de esa presencia oriental, sino tal vez lo contrario. Hace más de veinte años, cuando la investigación del Castillo de Doña Blanca estaba en sus inicios, hicimos una descripción sucinta del poblamiento previo a la fundación fenicia de la ciudad, que debido a diferentes motivos no hemos tenido la oportunidad de confirmar con nuevos hallazgos (Ruiz Mata 1986c). Prescindiendo de la ocupación de los III y II milenios a.C. documentada en La Dehesa, con cabañas circulares construidas con material percedero, en el fondo de algunas las estratigrafías profundas que realizamos en la ciudad fenicia aparecieron restos muy maltratados y poco concluyentes, que debemos incluir en un contexto amplio del II Milenio a.C., que parecían estar separados por un nivel de arcilla estéril de las primeras formas cerámicas del poblado fenicio allí depositadas. Dado los elementos constructivos siempre presentes en nuestras excavaciones, si la meseta fue ocupada por un asentamiento del Bronce Final previo, tan sólo excavaciones profundas, difícilmente realizables hoy, podrían dar una respuesta clara de esa posibilidad, contando con que se eligiera el lugar adecuado.

En la superficie de La Dehesa se encontraron algunas formas cerámicas pertenecientes a la fase clásica del Bronce Final prefenicio (Ruiz Mata 1986c: 543), sin duda los restos de unas cabañas que nunca hemos excavado. De la misma forma, al nordeste del recinto amurallado, en las faldas de la Sierra de San Cristóbal, también documentamos los restos de un poblado de esos momentos con varias cabañas que, junto a las típicas formas de cazuelas carenadas bruñidas y decoradas con sectores reticulados, contenían el resto de formas cerámicas conocidas en el período que hasta ahora habíamos denominado Fase I del

Bronce Final preferencio, además de otras, muy escasas, decoradas con incisiones típicas del grupo o fenómeno denominado Cogotas I del Bronce Tardío (figura 8), que muestran la antigüedad del conjunto. Si a la fase previa del Bronce Pleno pertenecían los hipogeos 1 y 2 de la Necrópolis de Las Cumbres, a este amplio horizonte poblacional de la sociedad local en la zona debió pertenecer el túmulo que excavamos en los años 1984 y 1985 (Ruiz Mata y Pérez 1989), tan sólo un ejemplo de un

centenar de estructuras similares todavía conservadas, que indican la importancia de este poblamiento preferencio en el lugar ocupado por ellos con posterioridad. Aunque en momentos muy cercanos a la presencia de orientales en general, las primeras tumbas de incineración incluidas dentro de la estructura tumular excavada no contenían importaciones, sino que urnas y vasos correspondientes al ajuar funerario fueron realizados a mano, siendo las primeras del tipo bicónico y los segundos con carena alta

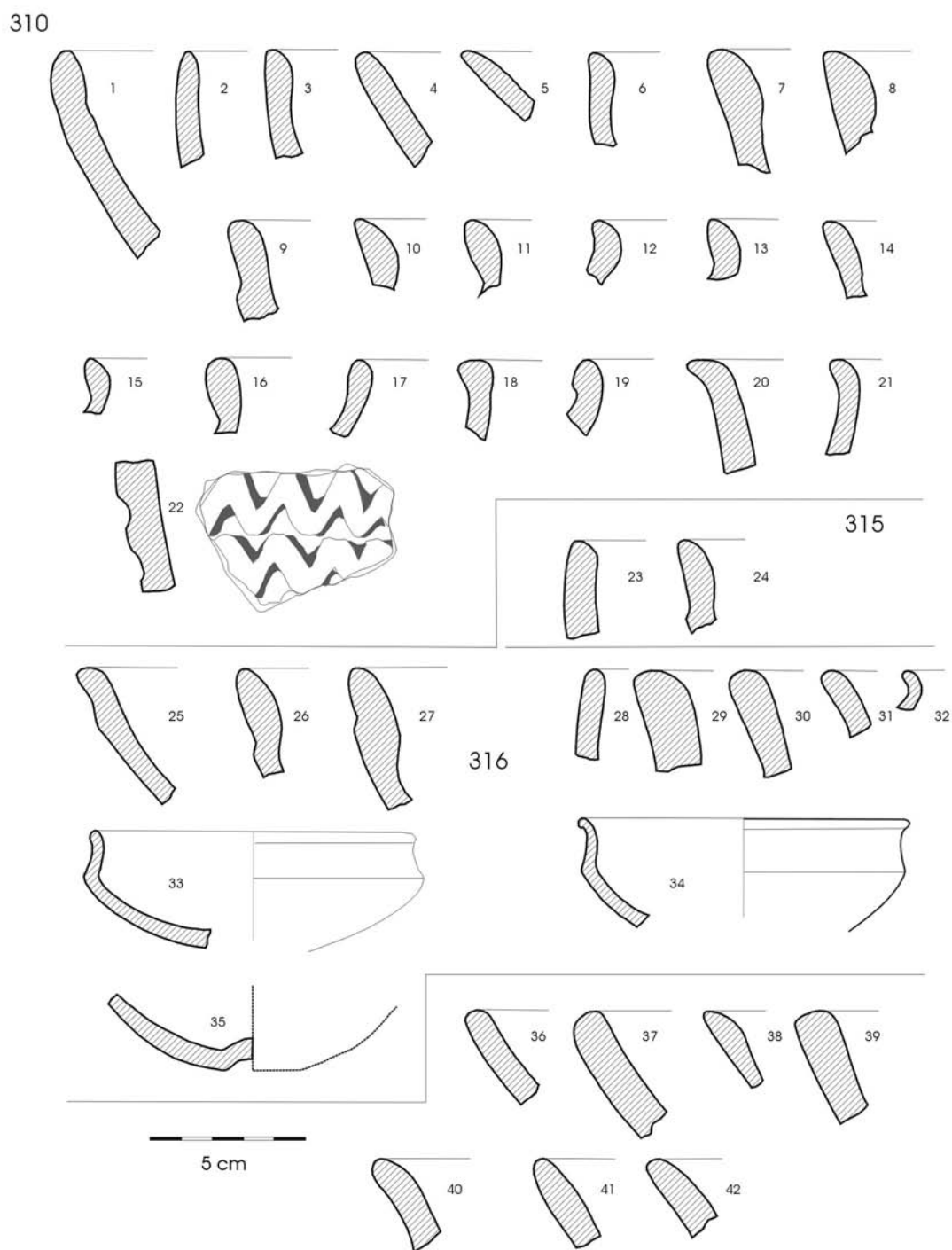


Figura 8
Selección de materiales del sitio de Sierra de San Cristóbal, junto a Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz).

exterior, todos ellos bruñidos y con gran calidad técnica (Ruiz Mata y Pérez 1995: 120-121). Ello no implica que, con posterioridad, el asentamiento de Doña Blanca no fuese una fundación fenicia en su más específica expresión.

El sitio de Campín, en el término municipal de El Puerto de Santa María, presenta una ocupación prolongada que abarca desde el Calcolítico hasta el Período Turdetano. En relación con la fase preferencia se ha resaltado un conjunto de cerámicas del Fenómeno de Cogotas I y otro del Bronce Final, que implicaría continuidad entre el Bronce Tardío y el Bronce Final, sin que se documente el hiato recurrentemente aludido por una de las líneas de interpretación desarrollada desde la Universidad de Sevilla. Aunque obtenidas en prospecciones superficiales, las piezas ilustradas (Gutiérrez *et al.* 1993: Lám. III), que sirven para contradecir el supuesto hiato son paralelizadas con otras semejantes y frecuentes en otros yacimientos andaluces, en este caso con el Estrato III del Corte R-2 de Montoro (Martín de la Cruz 1985) y además con el Corte R-3, el mismo contexto de las cerámicas micénicas. De la misma forma, estas cazuelas o platos bruñidos con carena alta las comparan los autores con otras que aparecieron en el Nivel VII de El Berrueco de Medina Sidonia (Escacena y Frutos 1985), o en los estratos XV y XIV de Setefilla (Aubert *et al.* 1983); incluso ven un paralelo claro en el Túmulo 1 de las Cumbres en el Puerto de Santa María (Ruiz Mata y Pérez 1988). Finalmente, el registro de superficie incluye una serie de piezas que se adscriben a un Bronce Final que relacionan con la presencia fenicia en la zona (Gutiérrez *et al.* 1993: Lám. IV).

Estos ejemplos del Bronce Final preferencia de la zona gaditana, entre los que habría que incluir el caso de Campillo (López Amador *et al.* 1996), a juzgar por las referencias con que contamos, estarían muy extendidos aunque, desgraciadamente, esos datos se han recuperado en hallazgos de superficie y no en estratigrafías amplias donde fuese posible establecer fases temporales en su evolución local, las cuales podían haber sido comparadas, pongamos por caso, con los datos aportados por la pequeña estratigrafía realizada en El Berrueco (Escacena y Frutos 1985). A pesar de la tradicional fundación de Gádir en la actual isla gaditana, que hasta muy recientemente se ha considerado que ésta debió hacerse en un lugar prácticamente despoblado, las excavaciones recientes han suministrado un registro cerámico que puede incluirse en la fase preferencia.

En el seno de esta sociedad compleja, se producirá la llegada de los fenicios históricos dando lugar, como en la Tierra Llana de Huelva, a una fase de amplios cambios en los que se gestará el Período Orientalizante que desembocará en la sociedad turdetana a partir del siglo V a.C.

LOS PRIMEROS CONTACTOS CON EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL DE ACUERDO CON EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO. CONTACTOS CON EL MUNDO FENICIO VS. COLONIZACIÓN FENICIA

En este entorno territorial del Bronce Final Clásico que estamos viendo se producirán los contactos con navegantes fenicios de la Edad del Hierro, primero como es lógico en el puerto atlántico de acuerdo con la evidencia actual, en momentos que hemos defendido deben tener su correspondencia con la evolución de la cultura material documentada en la franja siro-palestina (Gómez Toscano y Balensi 1999), no sólo para ajustar la fecha de los contactos, sino para explicar por qué se produjeron.

Si un primer acercamiento fue auspiciado por una clase dirigente en particular, ya fuese la realeza tradicional como en la Edad del Bronce, o desde la incipiente elite de comerciantes que se creará a partir de la crisis de la sociedad palacial (Sherratt 1998), parece que el proceso debió ser amplio y muy complejo. Sin embargo, el resultado tuvo que ser a través de un largo proceso para llegar al conocimiento necesario de las rutas y de los rumbos necesarios para alcanzar unos destinos específicos, cuál era el peso de la sociedad occidental en cada destino y de la oferta de los recursos disponibles en cada caso, cómo debía plantearse la demanda de los mismos y en qué término planificar la interrelación para un comercio seguro y rentable. De cualquier forma, el paradigma simplista de la búsqueda de metales, recurrentemente planteado incluso para explicar el acceso a zonas no metalíferas, debe considerarse obsoleto.

En este apartado nos parece interesante resaltar la presencia fenicia como resultado del aprovechamiento de unos recursos constantes preexistentes, que implican la localización específica de una demanda solicitada a cambio de productos suntuarios, exóticos y desconocidos por la sociedad occidental, con lo que ello representa, y la rápida incorporación de los recién llegados a la estructura comercial previa.

LA RÍA DE HUELVA

Aunque las relaciones con el mundo fenicio han sido, en general, interpretadas como la confirmación de la necesidad de los orientales de encontrar en el mundo atlántico un cómodo mercado para los metales, la vinculación occidental de los más antiguos viajes exploratorios parece haber sido vista como una consecuencia de esa necesidad, que más parece significar, por la distancia existente entre ambas orillas, que las fuentes bíblicas lo que pretenden resaltar es el prestigio tirio, y por ello el del reino unificado de Israel, el cual alcanzó los confines de la tierra conocida, cuanto antes y cuanto más lejos mejor, por lo que esta tendencia repercute en la credibilidad de las mismas.

Aunque en una escala territorial mayor, los materiales fenicios de Huelva fueron recientemente estudiados por uno de nosotros (Gómez Toscano 2004), a donde remitimos para aclarar cualquier duda acerca del estado de la cuestión en la primera década de este tercer milenio. Posteriormente la publicación de una serie de materiales localizados en Huelva, por su cantidad y calidad específica, pueden servir de confirmación a la mayor parte de las explicaciones que entonces planteamos, o incluso sobrepasarlas. Dado las especiales circunstancias de hallazgo resultaría fácil plantear cualquier crítica a las conclusiones deducidas por los autores, toda vez que no corresponde al contexto arqueológico extraído con los métodos y las técnicas al uso de una excavación sistemática, sino que todo el conjunto se ha recogido de forma aleatoria del vertido de sedimentos sacados con maquinaria pesada del lugar donde había permanecido casi tres mil años (González de Canales *et al.* 2004: 23). No obstante, debemos resaltar también aquí la capacidad demostrada por los autores, su clara competencia en el riguroso estudio de los tipos cerámicos contemplados y, especialmente, el hecho de haber completado su trabajo en poco tiempo y divulgarlo en un libro asequible, ameno y útil, con la seguridad de que sin su dedicación y trabajo desinteresado tan importantes materiales se hubieran perdido para siempre sin tener un oportuno referente para la investigación futura.

Dentro del esquema que hemos establecido en este trabajo, en general, habría que poner el énfasis en las contradicciones que debemos afrontar a la hora de estimar como válido el análisis tipológico basado en paralelismos, especialmente al trabajar con sitios separados por el mar cerca de cuatro mil kilómetros, ya que podrían ponerse en duda los resultados, especialmente al no tener la posibilidad de manejar físicamente y al mismo tiempo los materiales de ambas orillas para su oportuna comparación. Como un ejemplo claro, en el caso de la estratigrafía de Tiro (Bikai 1978a), tan utilizada en los últimos veinte años por tratarse de la única conocida en la paradigmática isla, hemos de resaltar que junto a las cerámicas locales mucho más numerosas, las griegas del *MGII* se conocen fundamentalmente en los *Strata III-II* (Bikai 1978a: Lámina XIA), una posición tardía que indica debieron situarse allí debido a múltiples problemas que tienen que ver con la conformación de cada registro arqueológico en lugares de continuada ocupación, a los que no son ajenas las estratigrafías arqueológicas que manejamos en cualquier sitio; una situación a tener siempre en cuenta en el análisis del resto de las cerámicas de Huelva.

También, como los nuevos hallazgos son muy relevantes a la hora de establecer paralelismos o asentar explicaciones históricas, hemos de destacar de nuevo las cerá-

micas del período geométrico griego recuperadas, aunque en casos específicos la atribución parece que comienza a ser discutida (Botto e.p. b: 21). Entre ellas, desde la conocida crátera del *MGII* ático localizada en Huelva hace años (Gómez Toscano 2004: 78-80), hallada en el contexto de una factoría de salazones de época romana y por ello en posición posterior a la de importación y uso, las nueve piezas adscritas al mismo período y los veintiún vasos eubeo-cicládicos del *SPG* recientemente publicados (González de Canales *et al.* 2004: 82-93), en conjunto sobrepasan ya la treintena de piezas egeas, sin olvidar que esa sería tan sólo una muestra de las cerámicas posiblemente importadas en esta fase, *...la punta del iceberg*. Pero, sin duda y en relación con confirmar planeamientos históricos largamente debatidos, tal como se había sugerido expresamente para el círculo Egeo-Chipre-Siria-Palestina (Coldstream 1983 y 1998b) y la presencia de navegantes del Egeo durante la Edad Oscura, un problema largamente debatido durante buena parte del pasado siglo, también están reclamando el hecho de que fenicios y eubeos pudieran haber compartido de alguna forma el mercado occidental durante la primera mitad del siglo VIII a.C., que es el momento claro en que se produce la asociación de estas cerámicas en ambos extremos del espacio comercial mediterráneo (Coldstream 2000). Pero para el discurso histórico que nos interesa ahora destacar, las cerámicas egeas del *MG* son especialmente fundamentales a la hora de establecer cronologías y sincronías entre Oriente y Occidente, dado que la mayor parte de las cerámicas fenicias relacionadas con la *Fine Ware* de Tiro ahora localizadas, con la no despreciable cifra de 841 ejemplares (González de Canales *et al.* 2004: 39), también pueden incluirse en el *Salamis Horizon* de Patricia M. Bikai (1987a: 69), prácticamente sincrónico con el *MG I-II* ático.

Para las piezas de menor calidad técnica, tales como platos, cuencos o ánforas, la cronología aplicable siempre podrá estar en discusión, no sólo por la dificultad de establecer claramente el tipo específico de cada uno de los fragmentos, sino porque, en general, las cerámicas utilitarias suelen tener una mayor vida de uso, o al menos permanecen en el *mercado* durante más tiempo que las de mayor calidad en su ejecución final, lo cual no justifica necesariamente su adscripción a momentos puntuales. Como ejemplo, las ánforas consideradas del Tipo 9, que por su paralelismo con las conocidas en Commos han servido para adscribir el conjunto analizado a momentos cercanos al siglo X a.C., como los autores siguiendo a P. M. Bikai reconocen al mencionar incluso que la «...atribución puede estar algo sobredimensionada porque el gran número de variaciones hace inviable la identificación sólo por el borde en todos los casos» (González de Canales *et al.* 2004: 82-93), suelen mostrar una cronología

bastante amplia por su perduración o por ser frecuentes los tipos repetitivos.

En otro orden de cosas, resulta innegable que los platos publicados despejan cualquier duda en cuanto a que todo el conjunto seleccionado corresponde a un momento previo a la consolidación en Occidente del plato decorado con engobe rojo bruñido como fósil guía de la presencia de los fenicios en la Península Ibérica. No obstante, al tratarse de un recipiente muy usado en los sitios fenicios, correspondiendo en este caso a una forma útil para la que no se adoptó la aplicación de decoraciones complicadas o que su ejecución fuese demasiado cuidada, las variaciones tipológicas son enormes, en especial mínimas diferencias en cuanto a su fabricación. De hecho, la adscripción de cada uno de los tipos tendrá que ser siempre muy general, siendo difícil localizar piezas idénticas. Por ello, la adscripción a uno u otro tipo debe hacerse por diámetros similares, por la identificación de bordes y bases en una misma pieza, y por el color y acabado final. Si ya para las cerámicas de Tiro P. M. Bikai, con el estudio previo de millones de piezas (Bikai 1988: 36-37), tuvo que sufrir la situación, en el caso de la marisma de Huelva, por los problemas de conservación que se han mencionado (González de Canales *et al.* 2004: 33), parece una tarea ardua y al menos complicada, que no dudamos sólo podrá solventarse con garantías mediante el análisis de un grupo lo suficientemente amplio como el mostrado, estableciendo por ello conjuntos amplios, que también implican una cronología amplia.

Aceptando la atribución de cada uno de los tipos localizados a la nomenclatura de Tiro, que implica al menos dotarlos de una cronología relativa específica, podemos ver con los autores que todos pueden incluirse entre los conocidos allí en momentos previos a los *Strata III-II*, es decir, son diferentes de los tipos 1-6, y anteriores en términos de cronológica relativa. Sin embargo, aunque la mayor parte de los platos identificados pueden incluirse en *strata* anteriores, sin que esta afirmación sirva para descalificar el ímprobo trabajo realizado por los autores, no nos cabe la duda del hecho de tener que aceptar que existen bases suficientes para mantener alguna reserva acerca de la uniformidad del contexto, debido especialmente a posibles perduraciones, a que algunas formas en Oriente continuaran siendo utilizadas durante bastante tiempo, y otras, o muy similares en el caso de la vajilla corriente de mesa, se crearon mucho antes del período que se estudia en particular. Como ejemplo, nos gustaría llamar la atención sobre el hecho de que en la campaña realizada en 1977 en el Cabezo de San Pedro (Blázquez *et al.* 1979:

59; Fig. 28), los platos sin tratamiento números 191 y 192, bastante grandes para ser lucernas, podrían fácilmente incluirse en el tipo 14 de Tiro, tanto por su perfil como por su tratamiento, aunque aquí aparecieron en la Fase II-a y en Tiro, el tipo característico está acompañado de fragmentos de *Milk Bowls* chipriotas y otros materiales de la Edad del Bronce (Bikai 1978a: Plate XLIIA, 8).

Resulta claro que esos platos no se compararon con los tirios, especialmente porque cuando se completó la monografía de P.M. Bikai ya se había excavado en esa zona del Cabezo de San Pedro. Este ejemplo indica que, seguramente, si se revisaran todos los platos sin tratamiento hallados en Huelva en las excavaciones antiguas, no sólo los estratificados correctamente sino los que pudieran encontrarse en posición claramente postdeposicional en contextos más recientes, encontraríamos alguna sorpresa interesante, toda vez que los hallazgos publicados ahora del reborde de la antigua marisma no pudieron estar desconectados de otras zonas del yacimiento. Pero, lo que es más importante a nuestro juicio, es que clasificar ajustadamente materiales de estos momentos sin comprobar esas atribuciones a la vista de los originales, es un ejercicio delicado, especialmente en el caso de que el análisis se haya fundamentado en la publicación de Tiro, cuyas ilustraciones reproducen los materiales en una escala poco útil.

En relación con la *Fine Ware* fenicia, como se ha dicho con 814 ejemplares documentados en el conjunto, representa la confirmación de que esa forma cerámica era conocida en Huelva previamente como *cerámicas de Samaria* con tres ejemplares (Gómez Toscano 2004: 76-77), y que había dado lugar a estimar que la presencia de los fenicios debía adelantarse a la aceptada durante la década de los noventa. Aunque el aspecto exterior de los ejemplares publicados, tal como hemos podido comprobar en el Museo de Huelva⁵, no pueden dar una idea del grado de la calidad de la fabricación que pudiera relacionarlos con un origen específico y comparar ese grado de calidad con piezas similares excavadas por nosotros en Tell Abu Hawam, al no contar por ahora con análisis de las pastas, debemos integrar a todos los publicados entre las formas cerámicas más representativas de la cultura material fenicia durante uno de los períodos definidos por P.M. Bikai para Chipre, precisamente el *Salaminas Horizon* varias veces aludido en este trabajo, ya que, como se reconoce, entre ellos «...debe considerarse que numerosos fragmentos de borde de pequeño tamaño de Tiro no pueden adscribirse a un tipo concreto» (González de Canales *et al.* 2004: 44), y tampoco hay piezas que deban

⁵ Agradecemos a F. González, L. Serrano y J. Llompart por invitarnos a estar presentes en el acto de depósito de los materiales en el Museo Provincial de Huelva.

paralelizarse con las que se harán corrientes a partir de los *Strata III-I*, y que van a perdurar tan sólo unas décadas en la costa metropolitana fenicia (Lehmann 1998).

Sin embargo, el hecho de que el aspecto actual del conjunto de *Fine Ware* sea el de cualquier vaso fenicio gris bruñido, excepto algunos ejemplos donde el engobe rojo ha virado a un tono blancuzco como se observa en las fotografías y en la realidad (González de Canales *et al.* 2004. Lám. XLVI, 14, y 19), implica la posibilidad de que no todas las piezas estuviesen terminadas con engobe rojo como otras orientales bien conocidas (Herrera y Gómez Toscano 2004. Lám. VIII, 67; Lám. IX, 78), sean o no una producción local o importaciones directas desde la costa siro-palestina, que podría implicar un grado de antigüedad. En cualquier caso, considerando el contexto arqueológico al que pertenecería una parte de las cerámicas publicadas procedentes del estrato negro, echamos en falta la presencia casi completa de los tipos chipriotas claramente sincrónicos de la *Fine Ware* en el resto del Mediterráneo oriental, en especial de las formas más antiguas (Herrera y Gómez Toscano 2004: 217-227; Láms. I-VII), con únicamente cuatro vasos dudosos y un fragmento de galbo de ungüentario del tipo *Black-on-Red* (González de Canales *et al.* 2004: Lám. LIX, 5). Este menudo vasito podría ser el primero de la clase conocido en Occidente, aunque resulta difícil confirmar su adscripción de visu por la escasa porción del fragmento, al no conservar restos de la boca o sin la posibilidad de deducir la decoración completa, que impide relacionarlo claramente con cualquiera de los tipos definidos por Gjerset (1960) y, por ello, para proponer una fecha precisa.

A la vista de las comparaciones que se hacen con otros yacimientos, como Sarepta, Tel Keisan, o Tell Abu Hawam, para evitar extendernos en diferencias que creemos no son necesarias aquí, ya que no se trata de fundamentar nuestra crítica en posibles errores que prácticamente no detectamos, asumimos en la mayoría de los casos las que se plantean a lo largo de la obra. No obstante, para mantener la línea de nuestro comentario, en relación con los materiales cerámicos de Commos que se han aludido como paralelos de los hallazgos de Huelva, de los dos jarros fenicios documentados en el contexto cretense, el primero de ellos, tal vez como P. M. Bikai cree con el borde del tipo *squared off*, podría fecharse *ca.* 800-750 a.C. de acuerdo con los paralelos aducidos (Bikai 2000: 307-308), mientras que el segundo, de mayor tamaño, sin trazas de engobe rojo ni decoración de círculos concéntricos verticales, tal vez con un cuello del mismo tipo que el anterior pero quizás en origen con decoración de bandas bícromas pintadas en rojo y negro, podría también corresponder a la misma cronología (Bikai 2000: 308). En cuanto a las ánforas, especialmente las que presentan incisiones concéntricas en el hombro, quizás

producidas en un taller localizado en Sarepta (Bikai 2000: 309), a pesar de que pudieran llevar a una cronología más alta, todos los paralelos aportados pueden inscribirse también en un momento cercano a finales del siglo IX a.C., tanto en Sarepta *Strata D2-E* (1025/1000-850/825 a.C.), o Tell Abu Hawam *Stratum III*, cuyo final ahora fechamos *ca.* 732 a.C. (Gómez Toscano y Balensi 1999).

Del resto de las ánforas de Commos, todas del tipo 9 de Tiro (Bikai 2000: 310), estarían relacionadas con los *Strata XIII-VI* (Bikai 1978a: 45-46) y por ello sería posible inscribirlas entre 1070/1050-800 a.C. (Bikai 2000: 310), estando al mismo tiempo presentes en Sarepta y Tel Keisan en momentos similares, pero también aparecen otros ejemplos que claramente llegan hasta finales del siglo IX a.C., incluso en la Tumba 1 de Salamina en Chipre, por lo que todas las de Huelva pueden también incluirse en la horquilla cronológica 1050-750 a.C., aunque en Commos no llegarían a momentos anteriores al 925 a.C. (Bikai 2000: 310). Sin embargo, dado que todas las ánforas registradas en Commos parecen corresponder a una única partida, a un único flete, aunque la mayor parte de ellas podría fecharse «...no later than the time of Temple A, Floor 2» (Bikai 2000: 310), como todos los paralelos conocidos perduraron hasta momentos posteriores, ésta es una base o punto de partida que se puede utilizar para estimar la cronología de las piezas localizadas en Huelva, para no llevarlas a las fechas límite.

En esta línea, como cree P. M. Bikai, ...the dating ... [de estas ánforas] «...will have to come from their context at the site rather than from information available from other sites» (Bikai 2000: 310). En este caso, la fecha de los jarros 16-17 y 18-19, como ya se ha mencionado datados *ca.* 800-750 a.C., debería tenerse en cuenta para el conjunto de los materiales fenicios de Commos, de la misma manera que las piezas del *MGII* ático de Huelva, que se inscriben tradicionalmente entre 800-760 a.C., siguiendo a J. N. Coldstream (1968), o incluso 850-750 a.C. si tenemos en cuenta únicamente algunos de los platos eubeos. En este sentido ya hemos mencionado que algunos autores dudan a la hora de adscribir las cerámicas eubeas decoradas con PSC a un tipo específico que pudiese alcanzar la primera mitad del siglo IX a.C. (Botto 2005a: 597-599; e.p.: 21; Botto y Vives-Ferrándiz 2006: 119-120).

Continuando con el registro de Huelva, con los jarros bícromos conocidos previamente (Gómez Toscano 2004: 76; Fig. 2) y los nuevos (González de Canales *et al.* 2004: 61), así como el conjunto de la cerámica de Samaría o *Phoenician Fine Ware* (Gómez Toscano 2004: 76-77; González de Canales *et al.* 2004: 39-44), entre otros materiales, también podrían tener fácil cabida en los márgenes cronológicos establecidos para el *Salamis Horizon* de Chipre que, como ya hemos indicado, concuerda

prácticamente con la fecha asignada al MG ático. De la misma forma, otras piezas importadas como las consideradas villanovianas (González de Canales *et al.* 2004: 98-99), también han sido puestas en duda en cuanto a su adscripción o en su cronología (Botto y Vives-Ferrándiz 2006: 119).

Otros elementos de cultura material, en este caso los restos de marfil troceado, preparados para su exportación al ser asociados sin cualquier discusión a una empresa fenicia por la simple conexión con lo expresado en Reyes I, 10.22 (González de Canales *et al.* 2004: 165-166), resulta a nuestro entender una atribución apresurada, o al menos que debe ser matizada de acuerdo con otros hallazgos peninsulares. Excepto las tres piezas mostradas en la Lámina XLI, prácticamente todos los más de ochocientos fragmentos corresponden al desecho de piezas mayores cortadas y preparadas, es decir los restos de un taller que bien elabora objetos bien únicamente acondiciona piezas para su posterior producción local o su exportación en bruto, en este último caso seguramente a talleres orientales. Pero, aunque el taller que preparó las placas en bruto fuese fenicio, como parece lógico interpretar por la importancia de la eboraria en la artesanía de origen oriental, no hay que asignar apriorísticamente toda la gestión relacionada con la obtención de marfil africano a una empresa fenicia. De hecho, a menos que se continúe creyendo que la sociedad occidental de la Edad del Bronce era una sociedad aldeana y de estar desprovista de cualquier relevancia expresamente asignada al mundo mediterráneo, el uso del marfil africano era bien conocido en la Península Ibérica desde muy antiguo, como vemos en los paralelos precoloniales aducidos y resaltados por M. Almagro-Gorbea (1996a) y por M. Torres (2005: 296). En este caso también extraña la circunstancia de que no haya aparecido ni siquiera un fragmento con decoración oriental, que apoyaría la atribución a empresa fenicia, y sí con decoración geométrica, que podría asimilarse con ejemplos del Bronce Final occidental.

Como más arriba hemos descrito, las cerámicas locales, estimando su evolución en el tiempo y su cronología relativa, apreciamos que no todas las publicadas en la reciente obra que hemos comentado deben considerarse sincrónicas con la Fase I del Cabezo de San Pedro definida en su día por uno de nosotros (Ruiz Mata 1979), sino algunas posteriores como los cuencos decorados del Tipo 4 (González de Canales *et al.* 2004: 109; Lám. XXIII), al menos de una fase de transición entre las Fases I-II no documentada en San Pedro, precisamente por la fecha que debe corresponderle si éstos han de incluirse en un momento sincrónico con la mayor parte de las cerámicas fenicias y las egeas. No obstante, parece lógico indicar que las cerámicas con decoración pintada, claramente de génesis preferencia según ya se ha expresado en otro lugar (Ruiz

Mata 1984-85), como comentaremos también convivieron en circunstancias posteriores con cerámicas fenicias y griegas geométricas, adoptando en algunos casos motivos decorativos de tipo egeo, según algunas copas más tardías constatadas en el túmulo 1 del Castillo de Doña Blanca (Córdoba y Ruiz Mata 2000; Córdoba 2004).

Finalmente, en síntesis, como puede extraerse de las páginas anteriores, dado la naturaleza del hallazgo, en relación con un material que no ha sido obtenido en una excavación sistemática normal (González de Canales *et al.* 2006: 13), se debería ser precavido a la hora de aceptar las posibles cronologías más altas que indiquen los paralelos más antiguos, prescindiendo del hecho de que podría existir más de una fase en el total de los materiales presentados por F. González de Canales *et al.* (2004). De hecho, por esa razón, a A. Fantalkin, citando la interpretación de la cronología radiocarbónica recientemente publicada (Nijboer y Van der Plicht 2006), que llevaría todo el hallazgo a la primera mitad del IX, «...if not before...», le parece difícilmente defendible (Fantalkin 2006: nota 35).

DOÑA BLANCA Y LA BAHÍA DE CÁDIZ

Las excavaciones realizadas en el Castillo de Doña Blanca, a orillas de las marismas del río Guadalete en la bahía de Cádiz, han aportado desde el final de la década de los años setenta del siglo pasado un importantísimo referente a la hora de explicar el proceso histórico en relación con la presencia de los fenicios en el Lejano Occidente. No en vano, en los primeros años de investigación, su existencia suponía mostrar cómo fue la implantación de una típica ciudad fenicia, especialmente porque la arqueología en la actual isla de Cádiz no había sido hasta entonces prolija en hallazgos fenicios ciertamente arcaicos. A pesar de ello, en el normal proceso de investigación, se fue poniendo en claro que Doña Blanca tuvo que ser algo más que sólo un sitio vinculado a la teórica primera fundación tiria en Occidente, una cabeza de puente en la zona continental, si hacíamos caso únicamente al texto atribuido a V. Patérculo o la explicación de la conquista y fundación de Gadir en tres viajes (Ruiz Mata 2001a). De la misma forma, los febriles años ochenta y noventa en el casco antiguo de la actual Cádiz y en su entorno meridional (Lavado *et al.* 2000), cuyo registro arqueológico mostraba fundamentalmente hallazgos funerarios de índole fenicia, pero de cronología reciente, imponían trabajar con hipótesis diferentes de las, hasta entonces, habituales (Ruiz Mata 1999b).

Como se ha visto en páginas anteriores, la zona donde se creó la ciudad occidental no estaba completamente vacía, sino que ha sido posible vislumbrar una importante población del Bronce Final local, previa a cuando quiera que incluyamos el momento de la fundación fenicia. Aunque algunos crean lo contrario, nosotros estimamos

que esa población era necesaria como un primer paso para alcanzar los objetivos pretendidos con la fundación, en vista de la necesidad de incorporar futuros ciudadanos como algo más que mano de obra barata. En esa línea de trabajo, esa perspectiva tuvo que surgir a partir de amplios contactos previos con la zona que servirían para sopesar las necesidades de futuro y, precisamente, de acuerdo con el conocimiento de la sociedad occidental en esos momentos, establecer unos sutiles procedimientos de captación siempre atribuidos a los astutos fenicios, maestros sin duda a la hora de salir airoso y obtener pingües beneficios de su interrelación con áreas diferentes del conjunto de las de la madre patria. Sin duda, tal como hemos visto en otros ejemplos territoriales como la Ría de Huelva, los fenicios no necesitaron crear cualquier tipo de estructura comercial o la mínima necesaria para la obtención de los recursos vitales de la futura ciudad, sino que desde el principio tuvieron la posibilidad de adaptarse a la ya existente y a transformarla en su beneficio cuando fuese necesario.

En cualquier caso, la implantación de la ciudad en una meseta de más o menos seis hectáreas, a unos veinte metros sobre el nivel del mar del momento, que no debió ser muy diferente de la altura actual tal como puede apreciarse en la figura 9, descontando sin embargo los metros de superposición de restos arqueológicos de diferente cro-

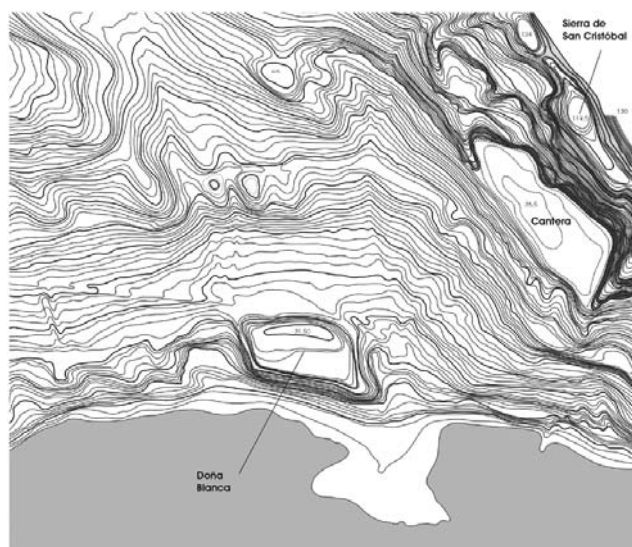


Figura 9
Situación de El Castillo de Doña Blanca en la costa flandriense de la Bahía de Cádiz.

nología desde la superficie previa, representaba un lugar estratégico de primer orden y con una inteligente visión de futuro. De acuerdo con el estudio paleogeográfico del lugar, en aquellos momentos la ciudad debía encontrarse a la orilla del mar en la bahía, mientras que la desembocadura del Guadalete podía estar algo hacia el Norte o prácticamente en el frente sur de la meseta. De cualquier forma, el paleocauce del río tuvo que ir migrando hacia

el Sur, a medida que sus marismas progradaban en función de la antropización del territorio aguas arriba, como demuestra el cambio en la fauna de consumo obtenida en la superposición de los sedimentos pertenecientes a momentos de ocupación cada vez más recientes (Roselló y Morales 1994).

Tal como podemos describir ahora a la ciudad (Ruiz Mata 2001b: 263-264), ésta debió contar desde sus inicios con un sistema defensivo acorde con las necesidades primordiales de su defensa. En esa línea puede tenerse en cuenta el foso o los fosos excavados al Norte del extremo sureste donde en principio se situaban unas casas construidas con técnicas orientales sobre terrazas (figura 10), muy abigarradas en cuanto a su distribución urbanística, una zona que pronto quedaría amortizada y cubierta con amplios paquetes de sedimentos, en una situación tal vez excéntrica del primer trazado de murallas que hemos tenido la oportunidad de excavar. Sin embargo, en la zona noroeste de la ciudad, por el exterior de una muralla que conserva todavía cinco metros de altura, pudo excavarse la sedimentación correspondiente a los primeros paquetes de desechos procedentes del interior de la ciudad, así como los restos de una posible superestructura de tapial que la amortizaría desde su destrucción. Si se trata de la misma cerca defensiva construida con piedra, en otros sitios tan sólo hemos podido alcanzar unos estratos prácticamente sincrónicos con los materiales más antiguos que fueron desalojados desde el interior. De cualquier forma, no pudimos comprobar hasta ahora en ese tramo situado en el extremo noroeste si se trataba de una muralla de casernas como parece lógico, la cual presentaba un zócalo de un metro de altura y de una anchura hacia el exterior que llegaba hasta algo menos de un metro, una fuerte cimentación sobre la que se apoyaba el alzado murario construido al exterior con mampuestos irregulares careados, muy diferente en cuanto a su técnica constructiva de construcciones de estos momentos conocidos en el Suroeste, como en el caso de Tejada la Vieja, que ya hemos comentado responde a técnicas locales conocidas incluso en el Bronce Pleno de la Sierra de Huelva.

Más hacia el extremo occidental, pudo comprobarse la existencia de un bastión de planta circular construido con la misma técnica (Ruiz Mata 2001b: Fig. 3), que presentaba por el exterior un muro de 1'40 metros de grosor y por el interior otros muros similares que conformaban cajones de compartimentación, los cuales fueron rellenos con tierra roja y piedra local para compactar debidamente esa estructura en forma de bastión. Dado que en toda la zona se superponían restos de las diferentes líneas de murallas posteriores, no fue posible hasta ahora comprobar la planta completa y si hacia el Oeste, de acuerdo con la topografía actual, existió una entrada en rampa protegida precisamente por ese bastión, para

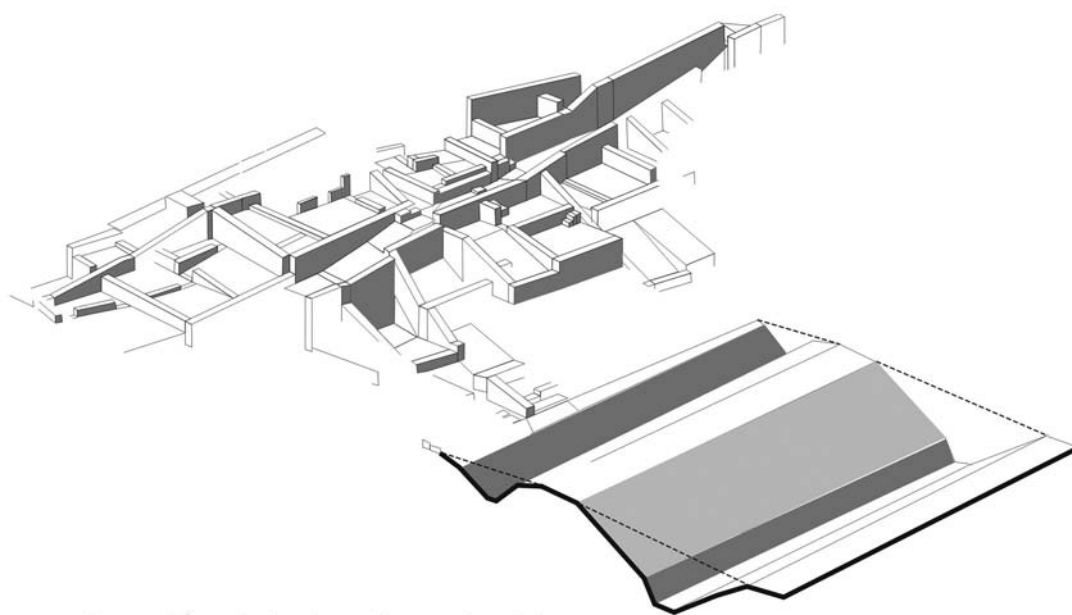
llegar a una puerta. También en la zona nororiental pudo documentarse la existencia de un foso defensivo construido con sección en V, que incluso llega aquí hasta los diez metros de anchura por tres de profundidad (figura 10). De cualquier modo, en una estratigrafía profunda localizada en la zona sureste del tell, aunque en un espacio muy reducido, pudo documentarse una muralla de casernas que podría ponerse en relación con los tramos antes descritos. La parte sur de la ciudad debió estar protegida de vientos y mares fuertes con la necesaria infraestructura portuaria, tal como se vislumbra en fotografía aérea obtenida en el momento adecuado, aunque no pueda asegurarse si el cierre debe relacionarse con la primera implantación fenicia o con otros momentos de la evolución de la ciudad. Sin embargo, cuando las marismas y el curso del río protegían el puerto, esa protección antrópica no parece fuera necesaria.

Como hemos descrito en diferentes trabajos previos, las estratigrafías profundas, como es lógico debido a la superposición de estructuras más recientes, han sido escasas y el área alcanzada muy reducida. De esa forma hemos supuesto que lo que en su día llamamos *barrio fenicio* pudo haber sido un reflejo de la primera implantación de la ciudad, situado en la cota más alta de la meseta y aparentemente protegido por dos zanjas en V de diferente anchura excavadas en la zona nordeste de un futuro primer recinto amurallado (figura 10). No vamos a repetir aquí la descripción de las técnicas constructivas, materiales empleados y su distribución espacial,

puesto que para ello puede acudir a uno de los trabajos más recientes (Ruiz Mata 2001b: 263-65). Hoy no estamos tan seguros de la veracidad de esa hipótesis, en especial que represente a los primeros signos de ocupación fenicia de la zona.

En este sentido y teniendo en cuenta la hipótesis que hemos barajado en cuanto a la génesis de la ciudad fenicia, los primeros contactos con la sociedad local y el residuo arqueológico de esos contactos no han sido suficientemente aclarados. El contexto más antiguo responde a materiales que fueron el resultado de la ocupación de la zona en terrazas que en su día denominamos barrio fenicio, cuando su urbanística oriental debía llevar siendo habitada al menos una generación. De la misma forma, los primeros materiales obtenidos en la excavación de las zonas antes mencionadas representan vasos amortizados por rotura, o por cualquier otra cuestión, que ocuparon el exterior de la muralla cuando se permitió que ésta empezara a cubrirse y, por ello, no corresponden tampoco a una teórica primera fase de frecuentación de la zona por aquellos comerciantes tirios que decidieron formalizar la implantación de un primer núcleo urbano en la Bahía de Cádiz.

En definitiva, prescindiendo de unos materiales aparecidos en el fondo de las estratigrafías que hemos mencionado, el conjunto de las primeras formas fenicias conocidas en la ciudad responde a claras importaciones, decoradas prácticamente todas con engobe rojo bruñido como elemento diagnóstico más representativo, excepto



Reconstrucción del urbanismo fenicio
en el Castillo de Doña Blanca (s/ Ruiz Mata 2001).

Figura 10
Reconstrucción del urbanismo fenicio en el Castillo de Doña Blanca.

algunos cuencos y copas decoradas con líneas bícromas, especialmente el denominado *tirian bowl* (Bikai 1978a; Ruiz Mata y Pérez 1995: Fig. 18, 1), que responden al contexto denominado por nosotros Fase Roja Fundamental. Entre ellas bien podrían incluirse algunas piezas de las denominadas *cerámicas de Samaria*, tal vez importadas, y otras copas bícromas del tipo *Campillo*, que en otro lugar hemos interpretado como un primer intento de ofertar alternativas exóticas a las copas de beber fabricadas a mano por la sociedad occidental (Gómez Toscano 2004: 87-88). A este material decorado habría que unir otros sin tratamiento exterior, como ánforas R-1, las Sagona 2 importadas de las costas siro-palestina durante todo el siglo VIII a.C., las centromediterráneas de origen sardo, así como otras que todavía no ha sido posible establecer claramente su procedencia (Ruiz Mata y Pérez 1995). Posteriormente, en la fase siguiente, comenzarán a aparecer los primeros platos de borde horizontal con engobe rojo bruñido por el interior, así como las primeras formas decoradas con motivos bícromos que ya podrían representar a la primera producción fenicia occidental.

Desde un punto de vista relacionado con la sincronía fenicia metropolitana, estos ejemplos podrían incluirse en momentos previos a los *strata III-II* de Tiro (Bikai 1978a) y, por ello, situarse en la transición de los horizontes *Salamis y Kition* (Bikai 1987a: 69) correspondiendo una cronología cercana al 750 a.C., en los límites conocidos como cronología arqueológica tradicional.

Como se ha visto en las páginas anteriores, al hablar de importaciones siempre las hemos relacionado con formas conocidas en la estratigrafía de Tiro. Sin embargo, recientemente, el estudio de materiales sincrónicos obtenidos en la actual ciudad de Cádiz, en el solar denominado Cánovas del Castillo (Córdoba y Ruiz Mata 2005), nos ha permitido establecer nuevas hipótesis relacionadas con una posible diversidad en la procedencia de los navegantes fenicios que deambularon por las costas atlánticas del Suroeste peninsular. Los trabajos arqueológicos realizados en la zona central de la antigua isla de Cádiz confirmaban que la ocupación más antigua se podía llegar al III Milenio a.C., con restos calcolíticos y del Bronce Pleno, así como del Bronce Final como hemos comentado más arriba. La ocupación fenicia estaba compuesta principalmente por diferentes tipos de platos con engobe rojo bruñido en la superficie interior, todos generalmente con borde estrecho pero con claras diferencias con los conocidos en el Castillo de Doña Blanca. Junto a ellos, se contabiliza alguna pátera, cuencos de varios tipos entre los que alguno como el que presenta decoración de bandas bícromas por el interior tiene claro paralelos en el *stratum IV* de Tiro con el tipo *plate 9* (Bikai 1978a: 24), quemaperfumes, diversos tipos de ampollas o botellas, algunos

jarros con boca trilobulada y con boca de seta, lucernas, vasos cerrados, fuentes de gran capacidad y algunas piezas especiales o peculiares. Junto a estos vasos de cierta calidad técnica o decorados, aparecen ánforas occidentales, orientales del tipo Sagona 2, centromediterráneas procedentes de talleres sardos u otras bien conocidas en Cartago. Además de estos tipos fenicios, es relevante la presencia de algunos vasos importados de Cerdeña, como una *brocca askoide* y un trípode (Córdoba y Ruiz Mata 2005: 1278-1304). Junto con las cerámicas a torno, se recuperaron otras autóctonas a mano, como cazuelas que incluye algunas con decoración bruñida que no pueden relacionarse con el tipo A1a del Cabezo de San Pedro (Ruiz Mata 1979) sino que deberán ser posteriores al haber perdido prácticamente la carena exterior, copas con decoración incisa en el exterior, así como vasos a mano de cocina y almacenamiento (Córdoba y Ruiz Mata 2005: 1304-1305). Como hemos sugerido ya, este repertorio parece tener una procedencia o una génesis diferente de la conocida en Doña Blanca, pero al no poder relacionarse con él cualquier tipo de estructura o arquitectura relevante, del tipo de la conocida en Doña Blanca, hemos interpretado la imposibilidad de que corresponda a la Gadir de los textos.

LAS MARISMAS GADITANAS Y EL BAJO GUADALQUIVIR

Si la ocupación del reborde de las marismas ha podido rastrearse desde la Edad del Cobre, dado que los datos proceden de superficie, al faltar una tipología clara para las formas del Bronce Final local, debe resaltarse la existencia de sitios protohistóricos durante la primera mitad del I Milenio a.C. Nos parece importante la densidad de sitios que aparece en los mapas de distribución publicados a mediados de la década de los años noventa del pasado siglo XX (Arteaga *et al.* 1995: Fig. 4), así como en el resultado de las prospecciones realizadas en el término municipal de Jerez de la Frontera (González Rodríguez *et al.* 1995: 227-228), o en el de El Puerto de Santa María (Ruiz Gil y López 2001).

Aunque todavía no se han interpretado los datos desde el planteamiento de una ocupación fundamentada en sitios hegemónicos y otros vinculados a los mismos como en la Tierra Llana de Huelva, sin duda Mesas de Asta o Lebrija, entre otros, de acuerdo con las posibilidades topográficas y geoestratégicas que ambos presentan, serían muy diferentes de muchos sitios conocidos más pequeños. Por los yacimientos del Bronce Final y/o período orientalizante documentados, habría que sopesar su separación de 5 km entre sí (González Rodríguez *et al.* 1995: 221), que podría interpretarse como resultado de una planificación instrumentada por alguna causa desde antiguo.

Tal como puede verse a través de esas prospecciones superficiales, a muchos de los yacimientos que existieron durante el Bronce Final preferencialmente llegarán las primeras importaciones. Aunque en la mayor parte de los casos los primeros vasos serán contenedores, en sitios como Cestelo (González Rodríguez *et al.* 1995: Lám. 4, 34), Campillo (López Amador *et al.* 1996: Fig. 9, 5) o Pocito Chico (Ruiz Gil y López 2001: Lám. 26, 93) llegarán piezas de calidad como algunas *Cerámicas de Samaria* que ya eran conocidas en Doña Blanca (Ruiz Mata 1992: 25), desde donde creemos serían distribuidas esas piezas, sin que podamos asegurar si fueron fabricadas allí o se trata de verdadera importaciones. También eran conocidas en Doña Blanca y en el Túmulo 1 de Las Cumbres copas del *tipo Campillo*, en este caso de fabricación occidental (Ruiz Mata 1994: 299; Córdoba y Ruiz Mata 2000: Lám. 3, 4), que aparecerán con cierta profusión en el mencionado sitio de Campillo (Ruiz Mata 1994: Fig. 17, 2 y 6; López Amador *et al.* 1996: Fig. 8, 1-3), en Mesas de Asta (González Rodríguez *et al.* 1995: Lám. 3, 15; 2000, Fig. 3, 15), en Cuervo Grande, Compañía, Painobo y Cestelo Alto (González Rodríguez *et al.* 1993), y también en Pocito Chico (López Amador *et al.* 1998; Ruiz Gil y López 2001), en este último caso en el interior de una cabaña con cerámicas del Bronce Final y otros materiales de tipología fenicia, que marca el momento en que estas copas debieron estar presentes en Andalucía occidental, incluso en el denostado fondo de cabaña del Carambolo (Gómez Toscano 2004: 86-88), donde fueron consideradas de origen egeo geométrico (Amores 1995), o griego arcaico (Schattner 2000b). Junto a este grupo de cerámicas de calidad, hemos de considerar un último tipo exclusivo de las marismas o al menos de las zonas costeras (Gómez Toscano 2004: 83), que ha sido definido como *tipo Peñalosa* a partir de un único hallazgo en la Tierra Llana de Huelva (Fernández *et al.* 1992: 188), documentado en Mesas de Asta (González Rodríguez *et al.* 1995: Lám. 3, 26), así como los típicos jarros con boca de seta o boca trilobulada, localizados en muchos de estos sitios; dado que al aparecer únicamente en fragmentos hace difícil considerar el tipo específico al que corresponderían.

Estos últimos, son bien conocidos en Doña Blanca, desde los estratos excavados al exterior de las murallas, como en otras zonas de la ciudad arcaica (Ruiz Mata y Pérez 1995: Fig. 18). Aunque la mayoría de las piezas presentan engobe rojo bruñido al exterior, existen algunos en los que el engobe ha resultado negro brillante, tal vez por su cocción reductora. Como la mayor parte de ellos presentan varias incisiones paralelas situadas por el exterior en una posición cercana a los hombros, a grandes rasgos, estos jarros podrían incluirse tanto en el Horizonte *Salamis* (Bikai 1978a: Pl. XIV) como en el *Kition* (Bikai

1978a: Pls. XV-XVI), para los que conviene estimar una cronología a caballo entre ambos horizontes. Debemos recordar aquí uno de los jarros de El Carambolo (Carriazo 1973), que tal vez esté indicando que todas las piezas mencionadas más arriba procedían del Castillo de Doña Blanca, incluso la de Peñalosa en la Tierra Llana de Huelva.

Una vez son conocidas estas piezas correspondientes a una primera fase de presencia fenicia en el entorno de la Bahía, que hay que relacionar con la fundación del Castillo de Doña Blanca-Gadir y los comienzos de la interrelación con el mundo occidental, en los yacimientos preexistentes del Bronce Final comenzarán a aparecer las primeras piezas fenicio-occidentales fabricadas localmente, que casualmente son además desconocidas en Oriente a finales del siglo VIII a.C. (Gómez Toscano 2004: 84-89), tales como platos de engobe rojo bruñido, páteras, cuencos, lucernas de dos picos, jarras *Cruz del Negro*, *pithoi* bícromos, ánforas y otras manufacturas típicas de lo que hemos denominado producción fenicio occidental, así como los vasos de diferente tipología conocidos como *cerámica gris de occidente* también de producción tardía, sin duda integrados en una historia posterior al período que analizamos en este trabajo. Para Coria del Río y El Carambolo, entre otros muchos sitios donde sólo aparecerán cerámicas de esa fase fenicio-occidental, como ya hemos mencionado, deberemos esperar la publicación de las memorias preceptivas para conocer cuáles fueron las cerámicas fenicias que primero llegaron a esos dos importantes yacimientos, y a otros del Bajo Guadalquivir ya conocidos.

CONCLUSIONES

En este espacio parece interesante resaltar que la evolución de la investigación arqueológica permite establecer nuevas perspectivas de interpretación del proceso histórico, principalmente como respuesta al callejón sin salida hacia el cual nos habían dirigido líneas de investigación que se basaron en hipótesis de trabajo no contrastadas empíricamente. Sin embargo, con el tiempo, debido al peso investigador de las escuelas que las habían desarrollado, han sido consideradas tesis con presupuestos cronológicos o culturales válidos, prácticamente una serie de paradigmas científicamente asentados a través de una infinidad de trabajos publicados y aceptados por la mayoría de los investigadores.

En el curso normal de la investigación histórico-arqueológica, con los años, algunos de esos paradigmas han tenido que ser descartados por la evidencia más simple. Entre ellos, debemos recordar que a principios de la década de los años noventa, la aparición de cerámicas micénicas a torno en un contexto de la Edad del Bronce

(Martín de la Cruz 1991a) dio lugar a que desde ese momento se mantuviese, allí o en cualquier otro sitio, que la aparición de cerámicas a torno no implicaba necesariamente que el asentamiento local en que se producía el hallazgo debía pertenecer a un momento claramente colonial de los fenicios de la Edad del Hierro. Ahora hace falta algo más. Es necesario saber qué cerámica a torno, ya sea un pequeño fragmento o un vaso que pueda reconstruirse, y en qué contexto arqueológico se produce el hallazgo. Un ejemplo claro, entre otros, es la atribución del estrato más reciente de El Berrueco de Medina Sidonia a un período colonial, a pesar del claro contexto de Bronce Final preferencioso en que ni siquiera se documentaron cerámicas a torno, sino únicamente formas realizadas a mano y cocidas con fuego reductor (Escacena y Frutos 1985: 40-46). No se trata aquí de desacreditar a los investigadores que, con buena fe, en esos años interpretaron de esa forma el registro arqueológico que obtuvieron, sino que ahora sabemos, cuarenta años después como ya se ha comentado, que algunas cerámicas locales no eran imitaciones de vasos fenicios del siglo VII a.C. (Gómez Toscano 2004: 88-89), por lo que esa interpretación recurrente debía descartarse a la hora de interpretar la vinculación cultural y cronológica de tantos asentamientos así considerados desde hace años. En cualquier caso, los fragmentos 265 y 266 publicados (Escacena y Frutos 1985: Fig. 33), parecen ser formas que podrían relacionarse con cerámicas a torno documentadas en sitios como Montoro (Martín de la Cruz 1991a). En el caso del fragmento 265, cuando se comenta que «...su pequeñez y su estado de erosión nos ha impedido realmente saber si estamos o no ante una cerámica a torno» (Escacena y Frutos 1985: 46), unido a que el estrato VII al que pertenece se trataba del nivel superficial local de la estratigrafía, también podría indicar que fuese un elemento más antiguo en clara situación postdeposicional.

Incluso, más recientemente, varias cerámicas a torno, claramente fenicias en este caso, localizadas en un asentamiento protohistórico cualquiera, tampoco implican que ese asentamiento tenga que considerarse igualmente fenicio, sus murallas también de génesis fenicia y todo el contexto del período colonial, pues en realidad sólo implica que a un sitio local, en el momento cronológico que indiquen esas cerámicas de importación, por la causa que fuese, llegó una muestra importada ajena al sitio que sólo confirma la existencia de interrelaciones en el grado que sea. Es el mismo caso del paradigma también recurrente que siempre atribuía cualquier construcción en piedra al período colonial, fuese realizada con técnicas simples o complicadas cuando, en muchos casos, no pudo existir piedra donde no había una cantera disponible lo suficientemente cerca para que su uso fuera posible o, al menos, rentable. En ese caso, la piedra comenzará a usarse en relación

con el desarrollo alcanzado por la sociedad que la utiliza y no antes. En la misma línea deberán considerarse los muros rectos. La fabricación de sillares modulados es una cuestión que deberá analizarse en otro momento.

También en el desarrollo de la investigación, nuevos hallazgos occidentales, una vez estudiados en su sincronía con el registro ahora disponible en la costa metropolitana del Próximo Oriente, de Chipre o del Egeo, permiten plantear nuevas hipótesis relacionadas con cuándo, dónde, cómo y por qué se produjo la interrelación de la sociedad occidental con el mundo oriental. Por mucho que se quiera, ni las nuevas cronologías del ^{14}C ni los estudios cerámicos podrán adelantar la fecha del inicio de unos yacimientos en detrimento de otros; el análisis de los materiales cerámicos y su contexto serán el juez que coloque a cada cual en su sitio. Desde ese punto de vista, el concepto *precolonización* deberá pasar al lugar que le corresponda.

UNA REFLEXIÓN EN TORNO A LAS CERÁMICAS LOCALES

La conformación de las cerámicas a torno y cocción oxidante a lo largo de los siglos XII-VII a.C., han sido analizadas por nosotros muy recientemente (Gómez Toscano 2004), por lo que, para no tener que repetir aquí demasiado, remitimos a ese extenso trabajo para aclarar nuestra postura a la hora de interpretar la interrelación con la cultura material occidental. Sin embargo, debemos manifestar aquí que, desde nuestro punto de vista, las cerámicas con decoración bruñida y pintada de los asentamientos del Suroeste no son ni de génesis fenicia ni en ellas se copian motivos egeos u orientales en general, excepto en unos ejemplos muy puntuales, en realidad bastante tardíos, que son la excepción que confirmaría esa regla. El conocimiento actual tanto de la arqueología oriental como de la occidental permite comenzar aquí con esta puntualización necesaria acerca de la cerámica occidental para el desarrollo de la investigación en los comienzos del siglo XXI.

El hecho de que estas cerámicas locales aparezcan en casi todos los sitios occidentales junto con cerámicas fenicias cuando éstas son las primeras localizadas en cada uno de ellos, parece un caso lógico si los fenicios llegaron a un lugar ocupado de cualquier forma en vez de a un desierto, pues el hallarse en un mismo contexto no implica necesariamente su sincronismo, sino que es necesario comprobar en qué momento del desarrollo local se produjo esa convivencia, y cuáles fueron los modos de contacto. De la misma forma, teniendo en cuenta que la presencia fenicia no tuvo lugar en cada uno de los asentamientos locales al mismo tiempo, es necesario saber cuáles son las cerámicas fenicias que aparecen por primera vez en un sitio dado y cuáles son, también, las cerámicas

locales que forman parte de ese primer contexto de ocupación en el que se produce la interrelación. No basta pues repetir la simple deducción: retícula bruñida + cerámicas fenicias = fase colonial. Sería demasiado simple y hoy el conocimiento del material cerámico occidental y el oriental no lo permite.

Lógico es también que, en momentos en los que ya es patente la presencia fenicia, tanto en cerámica pintada en rojo como incluso en la bruñida, aparezcan algunos motivos, aunque no diseños completos que sepamos, de clara raigambre oriental. En algunos casos los motivos pueden ser egeos u orientales en general, pero siempre teniendo en cuenta que la sociedad occidental, de igual forma que el Mediterráneo en general, en esos momentos estaba experimentando claramente un proceso de orientalización, por lo que en la fabricación y decoración de la cerámica doméstica se pudieron producir cambios sustanciales. Cambio, imitación o copia no implica génesis u origen, sino todo lo contrario.

En algunos sitios, tal vez en el Carambolo como ejemplo, pero especialmente en las copas decoradas con motivos geométricos pintados en rojo, aparecerán algunos diseños específicos que tienen claros paralelos en el Geométrico Ático pongamos por caso, o en el Protocorintio. Pero, en el primer caso, según el ejemplar conocido en el Túmulo 1 de la necrópolis de las Cumbres (Córdoba y Ruiz Mata 2000; Córdoba 2004: Fig. 4), tanto en la calidad y finura del diseño del meandro, el cual no aparece al modo egeo tramado o en reserva para conformar los típicos ganchos del *MGII*, sino perfilado por dos finas líneas y relleno de pintura roja que deja los vértices en reserva, así como en la realización técnica de la copa local en conjunto, ésta saldría airosa en cualquier comparación con la mejor muestra realizada en esos momentos en los talleres egeos, aunque el esquema decorativo radial del galbo interior y exterior, con dos sectores de los cuatro perfilados por líneas paralelas que se cruzan en el centro, tramados a su vez con un reticulado o con líneas paralelas, nada tiene que ver con un esquema decorativo egeo si prescindimos de las cruces de Malta, sino que corresponde a una estética conocida en Occidente desde el Bronce Final preferencio. En el segundo caso, no obstante, los triángulos tramados o rellenos con líneas reticuladas no superan todas las decoraciones con triángulos tramados inscritos en las metopas situadas en las dos zonas de las asas de muchas de las cotilas protocorintias ni de las copias eubeas que conocemos en el Mediterráneo central (Coldstream 1968), o en los sitios costeros de finales del siglo VIII a.C. en la Península Ibérica.

Tampoco es extraño el paralelo de Mesas de Asta, con pájaro que presenta un ala desplegada, y que también aparece en figuras similares diseñadas en algunos cuencos griegos del *LG* (Amores 1995: Fig. 2), pero estas últimas,

además de representar a pájaros, no tienen que ver con un fragmento pintado de Carmona (Amores 1995: Fig. 2), o con otras figuras de pájaros similares incisas conocidas en el Cabezo de San Pedro (Blázquez *et al.* 1970: Lám. XXIX, n). Sin embargo, una copa procedente del citado túmulo 1 de la Necrópolis de las Cumbres (Córdoba 2004: Fig. 3, 5), con una banda de nudos enlazados o *guirloches*, representa claramente un motivo oriental que nada tiene que ver, en este caso, con diseños previamente conocidos en algunos talleres occidentales, lo cual explicaría el por qué de ese motivo, si se tiene en cuenta la perduración de estas copas hasta a través del período de interrelación con los fenicios de Doña Blanca, que implica el lapso de tiempo en que se usó el túmulo (Córdoba y Ruiz Mata 2000: 761).

Conceptualmente, desde nuestro punto de vista, en el caso de que algunos de esos motivos decorativos se copiasen de otras formas egeas, como se ha sugerido en el caso de las filas de pájaros conformados por triángulos tramados, un trazo para la cola, dos para las patas y otros dos en ángulo para representar cuello y pico, tanto la antigüedad de ejemplos conocidos ejecutados con la técnica de una fina incisión, como el momento en que estos motivos aparecen por primera vez en el mundo egeo del I Milenio a.C., no pueden considerarse una copia local de motivos importados, pues los egeos serían más recientes y están dibujados con un trazo continuo. De hecho, en 1969, aunque los motivos pudieran ser conocidos, los especialistas que observaron esos diseños por primera vez, principalmente por las formas cerámicas en que aparecían, no los relacionaron con elementos habitualmente conocidos en cualquiera de las áreas del conjunto mediterráneo (Blázquez *et al.* 1970: 17-19).

En el caso de las copas pintadas y bruñidas, o en el de las conocidas ahora como *tipo Campillo*, más que importaciones deben considerarse copias fenicias de las locales a mano preexistentes, ya que no presentan ni asas horizontales (Gómez Toscano 2004: 88) ni otras formas de sujeción que no sea un *onfalos* rehundido en el centro del fondo exterior para colocar el dedo índice, una característica de las copas occidentales desde muy antiguo y que perdurará hasta finales del siglo VII a.C. Un caso reiterativo, también, como hemos mencionado más arriba, ha sido considerar cualquier borde bruñido o alisado siguiendo un esquema troncocónico de perfil saliente o de boca acampanada, claramente una forma de vaso cerrado, un vaso contenedor generalmente de grandes proporciones generado incluso a finales del II Milenio a.C. en algunos sitios del Suroeste, el cuál ha venido siendo denominado en los últimos cincuenta años *vaso à chardon*, como si fuera la copia de una forma fenicia tardía, poco conocida antes del siglo VII a.C. en el Mediterráneo central, situación que en algún momento ha

sido criticada por nosotros por la repercusión que ha tenido a escala general cuando se trataba de discernir si un sitio occidental, en el cual aparecían esos borde salientes bruñidos en un contexto exclusivo de cerámicas a mano, debía considerarse preferencio o del período colonial (Gómez Toscano 2004: 68-69).

La decoración bruñida aplicada en la superficie interior de vasos fabricados a mano, son el resultado de la evolución local de una técnica decorativa conocida, incluso desde el III Milenio a.C., en algunos sitios del Suroeste peninsular, aunque pueda tener una serie de paralelos, con diferentes cronologías (Ruiz Mata 1975), en otras zonas de la Península Ibérica y del contexto mediterráneo y europeo del I Milenio a.C.

En los últimos años, la presencia de cerámicas de clara génesis sarda en los asentamientos orientalizantes del Suroeste, ha sido relacionada con contactos fenicios del período colonial. Sin embargo, otras cerámicas de la isla centromediterránea que actualmente se encuentran en estudio recuperadas al norte de Huelva, posibilitan relacionarlas con el hallazgo de la Ría, un momento en que las relaciones entre las dos zonas están claramente probadas, por lo que esos contactos con Cerdeña también pudieran ser preferenciosos, una situación que deberá tener una clara repercusión en la redacción de los nuevos paradigmas y la refutación de los que han venido dominando hasta ahora a la investigación.

EL BRONCE FINAL PREFERENCIO

A través del resultado de la investigación más reciente, teniendo en cuenta los planteamientos últimamente publicados (Gómez Toscano 2006), los datos obtenidos en Niebla (Campos *et al.* 2006), así como las revisiones que estamos haciendo de trabajos antiguos (Gómez Toscano y Campos *e.p.*), en el conjunto del Suroeste debe considerarse la existencia de una fase arqueológica que claramente es la continuidad de la sociedad occidental generada entre el Bronce Pleno y un Bronce Tardío escasamente documentado, desde los últimos siglos del II Milenio a.C. La amplia distribución de sitios que más arriba hemos mostrado, es sin duda consecuencia de las novedades que se producen como resultado de la incorporación al mundo de la Edad del Bronce de esta zona del Suroeste peninsular, que integró a espacios tan amplios como las costas atlánticas en general y a las mediterráneas occidentales en particular, que nosotros hemos relacionado con la necesidad de obtener estaño principalmente, y por la interrelación del uso de la metalistería del bronce binario, que tuvo que estar acompañada de las nuevas técnicas agrícolas que se incorporarán en el conjunto europeo de estos momentos.

Las bases políticas, económicas y culturales que pueden extraerse ahora del registro arqueológico en general,

dotan a la sociedad occidental del final de la Edad del Bronce de unas características propias que nada tiene que ver con una sociedad aldeana, o poco desarrollada, que de acuerdo con otras interpretaciones parecía estar esperando la llegada de los fenicios de la Edad del Hierro, para superar el final de sus constantes prehistóricas que se le han venido asignando últimamente desde un punto de vista teórico. Por contra, el aumento poblacional que sin duda se observa en el Suroeste peninsular es el resultado de los cambios que a escala general se experimentan en Europa occidental, sin olvidar que la sociedad peninsular estaría recibiendo las influencias interrelacionadas y convergentes en ese amplio espacio situado no sólo en el Occidente atlántico sino también desde el Mediterráneo central y tal vez desde el oriental, pues no hemos de olvidar la existencia documentada de contactos previos del II Milenio a.C. (Almagro-Gorbea 2000), y su posible continuidad hasta la llegada de los primeros fenicios de la Edad del Hierro, que no debe corresponder o interpretarse sólo como contactos previos a esa colonización.

El poblado de cabañas construidas con material perecedero, circulares o no, dispersas sobre el territorio sin cualquier tipo de planeamiento previo, uno de los paradigmas que han prevalecido hasta ahora, debe ser refutado a partir del esquema que hemos demostrado existió en la Tierra Llana de Huelva, que deberá contrastarse en otras zonas, y tener un claro reflejo si así se investiga donde siempre han existido sitios amurallados, ocupados desde muy antiguo, que estructuraron o fueron lugares hegemónicos de otros vinculados a ellos de una u otra forma. También, como hemos dicho más arriba, el otro paradigma refutado hace años, el hecho de la existencia probada de cerámicas micénicas a torno en asentamientos de la Edad del Bronce, indica que cualquier fragmento realizado con esa técnica nunca más debe ser la excusa *empírica* para atribuir toda la ocupación de ese sitio a momentos de la etapa colonial fenicia. Será necesario saber qué cerámica es la hallada y, si no es posible, descartar una primera posibilidad mediante análisis de pastas.

Resulta claro que, cada vez, la Arqueología de la Península Ibérica forma parte de un todo que se extiende desde el Próximo Oriente al Atlántico occidental, y que la interrelación desde el II Milenio a.C. entre ambas zonas debe ser tenida en cuenta, siendo necesario aceptar la idea del complejo proceso histórico general en que se produjo, al cual accedemos principalmente a través del conocimiento de la cultura material. Por ello, las cerámicas egeas, las fenicias de la costa siropalestina, la de las islas mediterráneas en su conjunto o de cualquier objeto conocido en el atlántico forman parte, o pudieron formar, del registro arqueológico de los sitios que hoy excavamos o analizamos.

En relación con otros objetos de la cultura material occidental, la nueva versión que quiere aportar J. A. Tejera⁶ para las estelas de guerrero, que él prefiere denominar *estelas de divinidades guerreras*, significaría un nuevo impulso, un paso más, para dotar ahora a la sociedad de la Edad del Bronce de una expresión material nueva, que tal vez tiene su importancia en el hecho de corresponder a la exteriorización de creencias espirituales desconocidas, sin duda de la existencia inesperada de un alma y de una fe nunca contempladas por la investigación, que harían innecesarios a un Melkar, un Baal, o una Astarté hasta momentos muy posteriores. Como creía M. Bendala (1986), esta nueva versión de las estelas también supone la fijación de ideas, la alusión a sitios lejanos y a conceptos relativos no sólo a la vida de ultratumba, sino también con manifestaciones religiosas que, aunque existieron o pudieron existir, todavía nos parece difícil comprender. También su relación con el mundo oriental, egeo en este caso, queda claro en el hecho de la representación de carros funerarios de parada, relacionados con el ritual heroico que transmitió Homero en el fondo religioso de 'los funerales de Patroclo', confirmado en la decoración de vasos del LG ático de finales del siglo VIII a.C., y en el rito de la incineración bajo túmulo que también se conoce en Andalucía durante los siglos X-VII a.C., pero que son prácticamente desconocidos en el mundo fenicio oriental. Además, otros materiales conocidos, previos a la génesis de los fenicios de la Edad del hierro (Almagro-Gorbea 2000), forman parte de ese contexto posterior a la crisis del Mediterráneo oriental del 1200 a.C., que indican que la sociedad occidental, a la llegada de los fenicios, no era ajena a una complicada estructura en la que ya era indispensable el uso de elementos de banquete, instrumentos musicales, un sofisticado armamento de parada que aseguraba la permanencia de las elites guerreras emergentes de la sociedad patriarcal previa, y nuevas herramientas para atender las necesidades comunes. En esta línea deben incluirse las incineraciones bajo túmulo, que ejemplifican el funeral heroico.

Creemos pues que, para entender y explicar a la sociedad occidental del final de la Edad del Bronce, hizo falta que ésta se desarrollara a lo largo de un proceso largo y continuo, con altibajos representados por el agotamiento o la incorporación de nuevas estrategias poblacionales, de nuevas formas de vivir, de convivencia e interrelación local y con áreas cada vez más alejadas, que exigían largos viajes para acceder a esas fuentes de aprovisionamiento necesarias en cada momento, en cada espacio temporal que fue su presente. En realidad algo más que un

vacío poblacional que la investigación no puede contrastar empíricamente.

LA PRESENCIA FENICIA. DESDE EL CONCEPTO PRECOLONIZACIÓN AL DE PERÍODO COLONIAL

Resulta claro que ya no podemos hablar de contactos esporádicos que impliquen la aplicación del primer concepto, sino que, al menos durante una parte del siglo IX a.C., siempre de acuerdo con la cronología arqueológica tradicional, Huelva ya se había convertido en un puerto frecuentado por naves comerciales orientales, tal vez de origen tirio y otras eubeas involucradas en el comercio internacional del momento, a juzgar por la más reciente interpretación del contexto histórico de las relaciones fenicio-eubeas (Coldstream 1998b), sin llegar a que, como demuestra su evolución histórica posterior, Huelva fuese una colonia fenicia, sino nada más que un puerto occidental de génesis local, relacionado primero con comerciantes fenicios y después con griegos en el período arcaico.

Sin embargo, hasta muy recientemente, el registro arqueológico de Huelva, desde un punto de vista sincrónico extensible a la evolución de la cultura material a ambos lados del Mediterráneo, permitía reconocer que los primeros hallazgos fenicios históricos debían situarse, siempre en los límites de la cronología arqueológica tradicional, dentro del período arqueológico definido por P. M. Bikai para los materiales localizados en el *Salamis Horizon* de Chipre (Bikai 1987a: 64-69), un período en consonancia con la fecha establecida desde los años sesenta por J. N. Coldstream para su período Geométrico Medio ático (Coldstream 1968).

Si a juzgar por los materiales detectados en Huelva hasta esos momentos, en otro lugar estimábamos la posible existencia de una fase previa de contactos esporádicos o incluso regulados que debía situarse con anterioridad al período comprendido entre los años finales del siglo IX y mediados del siglo VIII a.C. (Gómez Toscano 2004: 91), que incluía entre otros a la crátera del *MGII*, un jarro bícromo fenicio y al menos uno de los fragmentos de cerámicas de Samaría o de la *Fine Ware* tiria, también ahora, con el conjunto de elementos publicados (González de Canales *et al.* 2004), aunque la mayor parte de ellos deben integrarse en el mismo momento histórico, tan sólo su abundancia, aunque éste sea un concepto subjetivo, y el hecho de que algunos de ellos pueda relacionarse con materiales conocidos en la estratigrafía de Tiro en estratos anteriores, pueden ser paralelos con la secuencia del *Salamis Horizon* de Chipre. Ello serviría también para admitir la

⁶ Según conferencia pronunciada a alumnos del Área de Arqueología de la Universidad de Huelva en junio de 2007.

existencia de presencia fenicia aún en el contexto del *Kouklia Horizon*.

Entre las cerámicas fenicias publicadas, de la misma forma que hace tan sólo unos años, unas pocas de ellas podrían indicar que el comienzo de las relaciones en una escala más pequeña que la que ahora muestran esos materiales, podría adelantarse una o dos generaciones, lo cual solamente futuros hallazgos podrán confirmar. Pero, según nuestro parecer, con los datos con que se cuenta, llevar los materiales de Huelva conocidos a una fecha cercana al siglo X, *ca.* 900 a.C., o incluso antes, sólo podrá hacerse desde planeamientos poco prudentes, a nuestro parecer innecesarios hoy, toda vez que el hecho podría tener únicamente como objetivo alcanzar a toda costa la fecha mítica atribuida a la relación Hiram-Salomón, tan sólo defendible desde la interpretación bíblica de la Historia del Próximo Oriente, ahora y como siempre lógicamente puesta en duda (Finkelstein 1999). De hecho, parece claro que cuando se redacta el texto del Libro de los Reyes, la existencia de un puerto comercial de cierta envergadura en el Atlántico occidental era sobradamente de conocimiento común y, por las necesidades que el pueblo hebreo experimentaba en tiempos de Josías, rey de Judá *ca.* 640-609 a.C. (Stampolidis 2003b: 52), la inclusión del fragmento de texto en que se mencionan las naves de Tharsis y los productos exóticos que se traen a Israel, justificarían su relación con la Monarquía unificada, al reivindicar el momento más relevante de la historia del país, para que sirviera de ejemplo a la sociedad hebrea necesitada de referentes religiosos.

A esa fase inicial, por qué únicamente exclusiva en el puerto onubense en los primeros momentos y que pudo extenderse posteriormente por otras zonas de las costas atlánticas a medida que los recursos occidentales y su dinámica poblacional eran conocidos por los navegantes orientales, seguiría la que hemos denominado Fase Roja Fundacional, para evitar correlacionarla con cualquier tipo de colonización. Desde este planteamiento, en la primera mitad del siglo VIII a.C., o incluso antes, ya se habría fundado la *Gadir* situada en el Castillo de Doña Blanca, fundación previa a la que corresponde un número de materiales específicos en los que sólo debe destacarse la tipología conocida en esos momentos en la costa siro-palestina inmediatamente antes de los *Strata III-II* de Tiro, y de la destrucción de Tell Abu Hawam por Tiglath Pileser III en 733-732 a.C. (Gómez Toscano y Balensi 1999; Gómez Toscano 2004: 91), y por supuesto a la formación del *Stratum I* de Tiro.

Una tercera fase, que será ya plenamente colonial y conocida ampliamente en las costas peninsulares, significa el masivo establecimiento de asentamientos en el conjunto del Mediterráneo, durante la cual se asiste a la definición de nuevas formas de cultura material fenicio-

occidentales, desconocida en la costa siro-palestina durante el siglo VII a.C., tales como la generalización de los platos de engobe rojo bruñido definidos por H. Schubart (1976b), ánforas Cruz del Negro, *pithoi* decorados con bandas bícromas, o las formas grises a torno, según el registro arqueológico del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez 1995), acompañadas de importaciones egeas que no son anteriores a las conocidas cotilas protocorintias localizadas en el conjunto de los sitios estudiados en las costas orientales andaluzas.

Los motivos de la masificación en la fundación de colonias desde el último cuarto del siglo VIII a.C., cuyo fósil-guía son las cotilas protocorintias y sus copias eubeas, así como los platos decorados con engobe rojo bruñido hay que ponerlos en relación con el cambio en la política asiria impuesto por Tiglath Pileser III, Sargón II y Senaquerib sobre los habitantes de la costa siropalestina. Para nosotros es muy concluyente la imagen de Eulalios, rey de Tiro, huyendo con su familia de la isla *ca.* 701 a.C., que todos hemos citado alguna vez. Entre Tiglath Pileser y Senaquerib, casi en ese tercio de siglo, coincide la mayor parte de las fundaciones *coloniales* de la Península Ibérica, a nuestro parecer otra historia, un nuevo período arqueológico que nada tiene que ver con los contactos de índole comercial del período anterior, que muchos denominan de forma simple '*colonización fenicia*'.

En relación con santuarios que se están documentando en muchos sitios del Suroeste, tiempo habrá, cuando se publiquen las memorias preceptivas y no a partir de artículos o contribuciones a congresos, para estimar si esas manifestaciones supuestamente fenicias, mayoritariamente fechados a partir del siglo VII a.C., cuyos altares muestran la planta del famoso lingote de cobre interpretado en la arqueología mediterránea como de origen chipriota, corresponden a verdaderos santuarios fenicios o simplemente la evolución *orientalizante* de unas creencias existentes en el Suroeste peninsular desde ese período que hasta ahora, al no poder compararse con ejemplos arcaicos de cultura material fenicia, se había denominado *Precolonización*.

ABSTRACT

In the last decades of 20th century study of the later prehistory of the south-west of the Iberian Peninsula was marked by different approaches to research which produced a full and informative record, principally because it seemed that archaeological excavations carried out in the 1980s had solved many questions which had been under discussion for a long time, especially the nature of western Late Bronze Age society, the early arrival of Phoenicians in the west during the 8th century and the resulting colonisation, which gave rise, after the 6th-century crisis, to the pre-Roman community known historically as Turdetanian. However, new evidence associated with more recent finds suggests that

most of those earlier conclusions are only working hypotheses not confirmed by the evidence.

A model recently defined for Late Bronze Age occupation of the coastal lowlands of Huelva has Huelva, Niebla and Aznalcóllar as dominant centres surrounded by numerous smaller sites politically and economically dependent on them. These open sites with a few huts were previously regarded as typical of the Late Bronze Age sites. In the same way, since the 1960s the chronology of the end of the Bronze Age has oscillated between the 8th and 9th centuries, or even reaching the 10th century B.C., although we now know that in some parts of the south-west it is difficult to distinguish between the Middle Bronze Age and Late Bronze Age, because the typical material culture can be dated anywhere between 1200 and 700 B.C.

During the same period, new finds from the ancient port of Huelva indicate that we must accept that the first Phoenicians - who had been visiting these coasts since the middle of 9th century B.C. - became more active during the first half of 8th century, as indicated by the presence of thirty sherds of Euboean Sub-Protogeometric and Attic Middle Geometric II pottery plus almost nine hundred of Tyrian fine ware. At this time western culture shows similar

features around the ancient mouth of the Guadalquivir, in the eastern Guadalquivir-Guadiana marshes and around the Bay of Cádiz, where settlements like those mentioned above should exist, with sites like Carmona, Osuna, Setefilla, Montoro, Lebrija or Mesas de Asta, among others, which should have had many smaller dependent sites. A few generations later, Phoenicians from Tyre, and perhaps from some other eastern ports, built the walled site of Castillo de Doña Blanca, a foundation that could be the first Phoenician colony in the west and was later the source of many others. From this site, western Phoenician pottery was distributed to existing Late Bronze sites located inland, producing a complex phenomenon of relationships that needs to be investigated at a local level.

From the viewpoint of the Pre-colonial period that we have taken for this study, it is clear that between Middle Bronze Age and the arrival of Phoenician sailors and merchants there is archaeological evidence throughout the Iberian Peninsula for contacts with the east and the central Mediterranean, but these eastern imports were not of Phoenician origin before the colonising phase of the Orientalising period; they were instead a result of the widespread crisis around 1200 B.C. that gave rise to the Iron Age in the eastern Mediterranean.

ESTRANHOS NUMA TERRA (QUASE) ESTRANHA: OS CONTACTOS PRÉ-COLONIAIS NO SUL DO TERRITÓRIO ACTUALMENTE PORTUGUÊS

Ana Margarida Arruda*

INTRODUÇÃO

O Oriente mediterrâneo foi considerado (e, em grande parte, ainda é) o motor do desenvolvimento e das transformações ocorridas nas áreas meridionais da Europa Ocidental. As perspectivas difusionistas e histórico-culturalistas atribuíram quase sempre aos agentes orientais papel definitivo nos fenómenos ocorridos no Ocidente peninsular em situações diversas, muitas delas diacronicamente distantes, como são, por exemplo, os casos do início do Neolítico, da construção de *tholoi*, e da divulgação da tecnologia do cobre. Não é este o local para discutir os efeitos destas perspectivas na produção científica peninsular, em geral, e portuguesa em particular, nem tão pouco para apresentar as que se construíram no momento em que o indigenismo foi colocado na agenda da teoria arqueológica. De qualquer modo, o adágio romano «Ex Oriente Lux» não está na origem da questão que aqui me propus tratar, ou seja: saber se a colonização fenícia da Península Ibérica no 1º milénio a.C. foi ou não precedida por contactos de carácter exploratório que teriam como objectivo preparar a referida colonização.

Com efeito, a teoria da Pré-colonização, neste caso concreto, relaciona-se com a tentativa de solucionar a dicotomia existente entre a cronologia atribuída pelos autores clássicos à fundação de Gadir (século XII a.C.) e as datas que, nos finais dos anos 50 e nos 60 do século XX, se podiam inferir dos materiais arqueológicos recolhidos, primeiro em Lixus, e, mais tarde, nas então designadas «feitorias paleo-púnicas» da costa de Málaga e de Granada (séculos VIII/VII a.C.). Não se pretendendo então pôr em causa a veracidade dos textos clássicos, onde, primeiro, Veleio de Patérculo e, depois, Mela e Plínio localizavam a fundação de Gadir em 1104 ou 1103 (80 anos depois da Guerra de Tróia), nem sendo possível questionar a cronologia da cerâmica grega que suportava a atribuição ao século VIII a.C. da instalação de fenícios no norte de África e na costa de Málaga, havia que procurar soluções para conciliar o que parecia inconciliável. E as propostas de Miguel Tarradell, que, lucidamente e

contra as posturas dominantes, compreendeu o importante papel das populações próximo orientais no processo de orientalização do Ocidente (1956, 1967; 1968), acabariam por ser aceites, sem grandes reservas, por quase toda a comunidade científica.

É pois necessário tomar consciência de que a teoria da pré-colonização nasceu assim num momento precoce da investigação sobre a colonização fenícia do Ocidente, quando não estavam ainda disponíveis nem cronologias absolutas, nem sequer conjuntos de materiais de dimensão e coerência interna suficientes para que se tornasse possível entender, devidamente, um fenómeno a vários níveis muito complexo.

Por outro lado, este era também um momento em que a própria análise da sociedade que tinha gerado o referido fenómeno era ainda incipiente. Os dados históricos e bíblicos misturavam-se, numa amálgama de contornos difusos, ao serviço de uma historiografia baseada em pressupostos difusionistas, mas ainda com toques do romantismo europeu (sobretudo alemão), que produziu sobre as cidades fenícias sínteses eivadas de preconceitos ditados pela perspectiva decimonónica. O desconhecimento sobre o Oriente e sobre a realidade histórica concreta onde tinham origem os agentes da colonização ocidental era generalizado entre os arqueólogos e investigadores que abordavam os sítios meridionais da Península Ibérica. E a teoria da pré-colonização, preconizada por M. Tarradell, era aceite, sem grandes reservas, em Espanha e Portugal, mas também em Itália (Moscati, 1983), não só porque servia bem o desajuste entre a cronologia histórica e a arqueológica, mas também porque privilegiava o papel das comunidades fenícias na «descoberta» do Ocidente, tese que agradava particularmente à escola de Roma (Lopez Castro, 1992).

Deve-se a Maria Eugénia Aubet (1987) a primeira crítica bem fundamentada à teoria da Pré-colonização. A consciência de que os fenómenos ocorridos no Ocidente, durante a primeira metade do 1º milénio a.C., eram decorrentes de factos que tinham tido lugar no Oriente obrigou a que procurasse explicar a colonização fenícia na sua origem, e a questão cronológica, um pesado lastro na investigação, foi devidamente integrada nas problemáticas das sociedades próximo-orientais. A pré-colonização do século XII a.C. tornava-se impossível, dada a própria história das cidades fenícias que estariam por detrás dela, mas a validade dos espólios que a materializariam foi também desconstruída do ponto de vista cronológico, como foi, por exemplo, o caso dos marfins de Carmona.

Desde então, muitos dados foram aduzidos aos já existentes, quer no que se refere à colonização propriamente

* Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa (UNIARQ). Faculdade de Letras de Lisboa. Alameda da Universidade, 1600-214 Lisboa. Portugal. a.m.arruda@ul.pt.

dita, quer aos momentos que imediatamente a precederam, destacando-se, em ambos casos, os da cronologia absoluta. Neste mesmo volume, outros autores discutem e comentam as datações de rádio carbono obtidas na Península Ibérica para monumentos e sítios do Bronze final e do início da Idade do Ferro. Mas não posso deixar de dizer também que estes novos dados radiométricos, ainda que façam recuar a cronologia arqueológica para datas anteriores ao início do século VIII a.C., mais concretamente do terceiro quartel do século X a.C., estão ainda longe das que os autores clássicos propuseram. Com efeito, se parece evidente que a pré-colonização encurtou quase dois séculos, a verdade é que teria ainda assim durado um e meio, mesmo depois de os novos dados de Huelva (González de Canales *et al.*, 2004), tanto os arqueológicos e tipológicos como os de ^{14}C , terem permitido fazer ainda recuar mais umas quantas décadas a cronologia da chegada das primeiras vagas de colonos fenícios ao Ocidente.

De qualquer modo, o tema da Pré-colonização nunca foi completamente abandonado, ainda que, quer a designação quer o próprio conteúdo do conceito tenham sido, algumas vezes, revisitados. E a sua actualidade e discussão parecem cada vez mais evidentes quando o número de artefactos relacionados com o tema aumenta na proporção directa da investigação produzida no âmbito do Bronze Final.

Marisa Ruiz Galvéz (2000, 2005) e Jaime Alvar (1997, 2000), que nunca deixaram completamente cair o tema, defenderam em textos recentes que, anteriormente à instalação de fenícios na Península Ibérica, o Ocidente foi visitado por navegadores orientais. Sendo diferentes os argumentos em que baseiam as suas propostas (mais arqueológicos os de Ruiz Galvéz, mais históricos os de Alvar), o facto é que ambos concordam no essencial. E se Alvar (*ibidem*, p. 28) considera indispensável que se abandone, definitivamente, o termo pré-colonização, defende a existência do que chama «Modo de Contacto não hegemónico» para definir uma realidade de contactos episódicos, irregulares e não sistemáticos caracterizada pela «...realización de intercámbios sin ocupación territorial...» (*ibidem*). Também para Ruiz Galvéz o conceito de pré-colonização, pelo qual «...declaro, ya desde aquí, mi escasa simpatía...» (Ruiz Galvéz, 2005a: 252), deve ser descartado, atendendo a que esta teoria desvaloriza o elemento indígena no processo de intercâmbio ocorrido. Também Gomez Toscano tem vindo a insistir no papel jogado pelas comunidades autóctones nos processos de transformação ocorridos na Andaluzia Ocidental no que chamou de período formativo e que datou entre 1250 e 1200 (Gomez Toscano, 2006).

No entanto, quase todos concordam hoje que, nos momentos finais do 2º milénio a.C., houve estreitos

contactos entre o Atlântico e o Mediterrâneo, contactos que se materializavam num já vasto conjunto de espólios encontrados nos territórios banhados pelos dois mares (e muitas vezes em áreas interiores), podendo valorizar-se, neste processo, o papel jogado, quer pelas comunidades atlânticas, responsáveis pelo chamado «mercado atlântico», quer o das mediterrâneas, e ainda o das indígenas da Península Ibérica.

No que diz respeito ao pólo mediterrâneo, a origem concreta das populações que navegaram durante os chamados séculos obscuros continua a ser discutida, ainda que a área oriental do mar interior tenha sido quase sempre apontado como o ponto de partida, concretamente o Egeu, Chipre e fachada sírio-palestiniana (entre outros, Almagro-Gorbea 1989, 1998). Mas a Sardenha, no Mediterrâneo Central, tem vindo a ganhar terreno na discussão, não só pelos espólios encontrados no ocidente (mas não necessariamente as cerâmicas), mas também pelas presenças atlânticas e peninsulares encontradas na ilha (Lo Schiavo, 1991; Ruiz Galvéz, 1986; Almagro Gorbea, 2000; Ruiz Galvéz *et al.*, 2005). Neste contexto, Mariano Torres chamou há pouco tempo a atenção para «...el hecho ya recogido en las fuentes de la fundación de la ciudad sarda de Nora por Nórax, un nieto de Gerion (Pausanias, X, 17.5) que puede ser el reflejo mítico de estos viajes...» (Torres Ortiz, 2005: 48). Por outro lado, foi já defendido que a Sardenha poderia ter distribuído os artefactos que as duas redes (atlântica e mediterrânea) fizeram circular, actuando como «...el mercado mediterráneo de los bronceos atlánticos...» (Lo Schiavo, 1991: 214), ou seja colocando no Mediterrâneo Central e Oriental os produtos atlânticos e «ibéricos» (*ibidem*), mas também poderia ser responsabilizada pela distribuição, no Ocidente, de objectos produzidos no Oriente.

De qualquer forma, a verdade é que, entre os séculos XII e IX a.C., um amplo leque de objectos circulou por um vasto espaço que abrange territórios compreendidos entre a Bretanha francesa e o Mediterrâneo Oriental, e existem abundantes testemunhos de que a Península Ibérica, quer meridional, quer ocidental, foi tocada por esse processo. E as cerâmicas micénicas de Llanete de los Moros, Córdova (Martín de la Cruz, 1988) e as outras a torno da Cuesta del Negro, Carmona e Gatas (Martín de la Cruz e Perlina Benito, 1993; Perlina Benito, 2005), a metalurgia centro mediterrânea de Baiões, as espadas e punhais de tipo Monte Sa Idda da Andaluzia, os artefactos de ferro, ou algumas fíbulas, nomeadamente as de arco multi-curvilíneo, que ocorrem em vastas áreas do território peninsular, são, entre outros, exemplos concretos das ligações entre o Mediterrâneo Central, e talvez oriental, e a Península Ibérica.

As cerâmicas sardas, contudo, podem inscrever-se já num outro modelo, uma vez que em Huelva apareceram num contexto que pode ser considerado da Idade do Ferro,

ainda que antigo (entre o último quartel do século X e primeira metade do IX a.C., de acordo com as datas de ^{14}C obtidas recentemente¹), e onde dominam as cerâmicas fenícias (Gonzalles de Canales *et al.*, 2004), em Cádiz surgem associadas a materiais que correspondem ao horizonte conhecido por Mezquitilla B2, portanto em âmbito de colonização fenícia (Córdoba Alonso e Ruiz Mata, 2005), e, no Carambolo (Torres Ortiz, 2004), não é agora completamente seguro que exista uma ocupação do Bronze Final (Rodríguez Azoge e Fernandez Flores, 2005). Assim, pode pensar-se que as cerâmicas sardas peninsulares integravam o «pacote» fenício inicial, mesmo que não seja absurdo propor que a sua inclusão nos contextos meridionais da Península Ibérica correspondeu a um momento em que diversas etnias, ainda que todas mediterrâneas, participavam nos intercâmbios, situação que nos finais do século IX se dissolveu, com os tírios a tornarem-se nos únicos protagonistas, através de um processo de contornos coloniais que incidiu na Península Ibérica, mas também na própria Sardenha, bem como na Sicília e em Chipre.

Mas deve também ponderar-se se as ligações entre o Mediterrâneo Central e a Península Ibérica durante os séculos XII, XI e primeira metade do X, que, como disse antes, se inscreveram aparentemente num movimento mais vasto de trocas entre o Mediterrâneo e o Atlântico, e os intercâmbios culturais e de mercadorias que elas desencadearam podem ser considerados «pré-coloniais», a não ser na sua asserção estrita (por terem acontecido num momento anterior à colonização propriamente dita). A pergunta que se coloca é se estes contactos, episódicos, irregulares e não sistemáticos, que ninguém discute, e que precederam a instalação de colonos, foram preparatórios da fase seguinte. E, naturalmente, se os agentes de um e de outro processo têm a mesma origem e idêntica motivação. Ou seja se houve ou não continuidade entre a movimentação de populações entre o Mediterrâneo e o Atlântico durante o final da Idade do Bronze e o processo que conduziu à instalação de colónias fenícias no Ocidente.

O TERRITÓRIO ACTUALMENTE PORTUGUÊS E A PRÉ-COLONIZAÇÃO

Estranhamente, ou talvez não, é do Centro de Portugal, e especificamente do seu interior, que são

provenientes os elementos mais numerosos relacionados com a problemática que esta obra discute. Raquel Vilaça, neste mesmo volume, expõe, analisa e contextualiza devidamente essa informação, e também alude à diversidade de dados entre o centro interior e a Beira Litoral e mesmo o Norte.

Com efeito, é já longa a lista de sítios que, no interior Centro, ofereceram espólios que podem ser relacionados com artefactos considerados de âmbito mediterrâneo, mesmo que, como refere Vilaça, se deva dizer que, por um lado, são, quase sempre, apenas vestigiais nos conjuntos exumados, e, por outro, correspondem, maioritariamente, a objectos de adorno, como as contas de vidro, as pinças e, sobretudo, as fíbulas. As cronologias que se inferem das datações de radiocarbono são quase todas centradas em torno aos séculos XI – X a.C., ainda que haja casos de contextos mais tardios, como por exemplo no Outeiro dos Beijós e em Baiões².

Mas as fíbulas de Macedo de Cavaleiros, de Marco de Canaveses e de S. Julião, associadas, no último caso, a faca de ferro e contas de vidro, objectos de adorno que também se encontram em Amares³, são exemplos da existência a norte do Douro, durante os séculos X e IX a.C., de artefactos meridionais.

As cronologias propostas para estas realidades do Norte, com base em datações de carbono 14, bem como para outras do Centro, evidenciam, contudo, que estas presenças podem não ser, necessariamente, decorrentes de um processo pré-colonial. Com efeito, e como já antes referi, tendo em consideração as datações obtidas em Huelva⁴, parece provável que em algumas áreas do sul da Península Ibérica os materiais orientais se inscrevem num outro modelo, mais concretamente no «Modo de Contacto Sistemático (MCS)» de Jaime Alvar (2000, 28) e que, quase seguramente, as populações mediterrâneas instaladas em Huelva tinham origem na fachada sírio-palestina. Não significa isto que os tírios instalados em Huelva tivessem o controle absoluto das rotas para Ocidente e fossem os únicos a poderem transportar para o Atlântico produtos e gentes. Pelo contrário, parece provável que os finais do século X a.C. correspondam a um momento de mudança, em que os uns perdem protagonismo e outros o ganham. Mas não é agora impossível pensar que alguns artefactos mais tardios possam ter já penetrado através

¹ As datas apontam para uma idade média de 2755 ± 15 BP, que, calibrada a dois sigmas, corresponde, com 94% de probabilidade, a 930-830 Cal. B.C., ou seja, segunda metade/finais do séc. X-inícios do IX AC. (Nijboer e Plicht, 2006).

² Sobre os sítios, os materiais e as cronologias: Raquel Vilaça, neste mesmo volume, com bibliografia actualizada. Acrescente-se, contudo, que as quatro datações de radiocarbono existentes para Baiões (GrN-7484: 2650 ± 130 BP – Kalb, 1974-1977 e GrA-29095: 2745 ± 40 BP; GrA-29097: 2680 ± 40 BP; GrA-29098: 2650 ± 35 BP, calibrando as três últimas em: 906-796 cal. AC; 895-787 cal. AC e 895-806 cal. AC., Vilaça neste mesmo volume) não estão directamente associadas ao conjunto de bronzes conhecido por «depósito» de Baiões.

³ R. Vilaça neste mesmo volume.

⁴ Ver nota 2.

de agentes distintos daqueles que foram responsáveis pela introdução dos mais antigos.

Não posso deixar também de registar eu aqui a enorme assimetria verificada, em termos de número de dados, verificada entre o Sul, que me coube tratar, e a Beira interior, abordada por R. Vilaça, assimetria que pode reflectir tão só a «geografia da investigação» do Bronze Final português. Com efeito, os projectos de investigação que foram desenvolvidos nas actuais províncias da Beira Baixa e da Beira Alta, levados a efeito pela referida investigadora e por João Senna Martinez, respectivamente, e por este último e por colegas das Universidades de Braga e Porto, no Norte, não têm paralelo no Sul, onde a maioria da informação disponível sobre o Bronze Final resulta mais de achados fortuitos, de prospecções e de trabalhos pontuais, do que de investigação conduzida num âmbito mais vasto.

Espera-se que as escavações no Castro dos Ratinhos e as que António Monge Soares tem em curso, por exemplo em Monte da Sala e Passo Alto, estas últimas integradas num projecto de investigação específico sobre o Bronze Final de uma área concreta do Baixo Alentejo, venham trazer alguma luz à obscuridade dominante sobre a época na região.

Mas a verdade é que estas pesquisas, assim como as que Manuel Calado e Rui Mataloto têm vindo a desenvolver no Distrito de Évora, estão apenas a começar, e grande parte do conhecimento do final da Idade do Bronze no Alentejo está baseado em trabalhos antigos, que não se consubstanciaram na publicação exaustiva dos resultados. Assim, e não obstante o esforço efectuado nos anos 80 do século passado por Rui Parreira e Monge Soares na sistematização de dados referentes ao Bronze Final do Alentejo (Parreira e Soares, 1980), a informação é ainda relativamente escassa, e esse esforço não frutificou em trabalhos de campo exaustivos.

Nos trabalhos recentes, concretamente nos do Castro dos Ratinhos (Silva e Berrocal Rangel, 2005), mas também nos de Rui Mataloto, quer sobre o Alto de São Gens (2004) quer na sua abordagem aos materiais do Castelo do Giraldo (1999), e ainda nos que resultaram das prospecções desenvolvidas no regolfo da barragem do Alqueva e dos levantamentos que conduziram às Cartas Arqueológicas do Redondo e de Vila Viçosa (Calado, Barradas e Mataloto, 1999), um dos temas discutidos tem sido justamente as modalidades da passagem do Bronze Final à Idade do Ferro e, naturalmente, o momento em que se iniciaram os contactos da região alentejana com o universo cultural mediterrâneo. E isto porque em muitos dos sítios identificados as duas ocupações foram, aparentemente, registradas, ou pelo menos existem espólios que podem ser atribuídos às duas épocas, e há pelo menos um caso, o do Castro dos Ratinhos (Silva e Berrocal Rangel,

2005), em que essas ocupações se sobrepunham. Neste último sítio, uma construção de alvenaria de planta rectangular foi identificada, estando-lhe associados escassos fragmentos de cerâmica a torno, alguns deles de engobe vermelho (*ibidem*: 156). Estes níveis da I Idade do Ferro, cuja cronologia proposta me parece muito tardia, ainda que não estejam especificamente sobre camadas do Bronze Final, podem provar a continuidade da ocupação entre os dois períodos representados no sítio do Guadiana.

Esta mesma situação tem vindo a ser proposta para o Alto do Castelinho da Serra, Montemor o Novo (Gibson *et al.* 1998), onde, contudo, continua a não ser completamente claro se os espólios sidéricos apareceram em níveis diferenciados dos que foram considerados do Bronze Final. Lembro aqui que o Alto de São Gens, na Serra d'Ossa, entregou materiais passíveis de serem integrados no que costuma designar-se de «período orientalizante», mas que os níveis em que estavam contidos ofereceram cerâmicas maioritariamente fabricadas à mão, com morfologias e tratamentos superficiais típicos do Bronze Final (Mataloto, 2004). De facto, há casos em que há níveis do Bronze Final a que se sobrepõem outros da Idade do Ferro (Castro dos Ratinhos e, talvez, Alto do Castelinho da Serra e há outros em que a ocupação é exclusivamente do Bronze Final (Castelo do Giraldo, Coroa do Frade, Castelo de Arraiolos), e outros ainda em que a Idade do Ferro está representada, mas em que as cerâmicas a torno são minoritárias, dominando as que, fabricadas à mão, se inscrevem numa tradição do período anterior, quer do ponto de vista decorativo quer em termos formais (São Gens).

Os dados que permitem avaliar a existência de contactos entre o Mediterrâneo e o Alentejo interior durante os últimos decénios do 2º milénio e os primeiros do 1º a.C. são, portanto, ainda muito escassos, situação que, muito possivelmente, deriva da pouca atenção que o Bronze Final mereceu por parte dos investigadores em geral, situação que parece estar a ser colmatada pelos projectos em curso na região sobre este período.

De facto, a ocupação do Bronze Final no Alentejo parece ter sido muito intensa a avaliar pela enorme quantidade de sítios que têm sido identificados pelos trabalhos já referidos (Marques e Andrade, 1974; Schubart 1975; Arnaud, 1979; Parreira e Soares, 1980; Calado, Barradas e Mataloto, 1999; Calado, Mataloto e Rocha, no prelo) e ainda pelos que Monge Soares tem desenvolvido, mais recentemente, na margem esquerda do Guadiana (Soares, 2005), mas infelizmente essa intensidade não se documentou ainda em dados passíveis de serem analisados.

É pois, quase exclusivamente, a iconografia das estelas do tipo II ou estremenho, hoje como há 30 anos, a base da análise, com os elementos representados nestes monumentos a serem os que permitem alguma discussão em torno

do tema que me propuseram tratar. As excepções são algumas contas de pasta vítrea encontradas em alguns monumentos e sítios, cuja origem poderá ser discutida ou discutível, bem como os artefactos de ferro e bronze, neste último caso as fíbulas.

Se a situação é esta para o Alentejo, o Algarve é quase um «deserto» no que respeita à ocupação do Bronze Final. E esse deserto só não é absoluto porque, quer no Castelo de Castro Marim quer em Tavira, foram encontrados níveis com cerâmicas exclusivamente fabricadas à mão, algumas decoradas com técnicas e motivos consentâneos com uma cronologia dos séculos XI a IX a.C., mas cujo limite inferior pode atingir o início do século VIII a.C. (Oliveira, no prelo). Estes níveis, pelo menos em Castro Marim, estavam subjacentes aos correspondentes às primeiras ocupações sidéricas, estas de características eminentemente mediterrâneas.

O *tholos* do Malhanito (Alcoutim), na Serra do Caldeirão, reocupado durante o Bronze Final (Cardoso, 2004b), integra-se já numa área que corresponde ao prolongamento da ocupação do 2º milénio do Baixo Alentejo.

O caso de Pontes de Marchil (Faro) não é fácil de abordar nem de interpretar, já que os resultados da intervenção arqueológica aí levada a efeito nos anos 70 do século XX nunca foram publicados devidamente, resumindo-se a informação disponível a uma pequena nota de carácter divulgativo (Monteiro, 1980). Não é ainda hoje, completamente, perceptível a tipologia e a funcionalidade do sítio, ainda que uma datação de 14C (ICEN 648 – 2977±50 B.P.), que, a dois sigmas, calibra em 1377 – 1009 Cal. B.C., possibilite balizar a ocupação entre o início do século XIV e os finais do XI (Soares e Silva, 1998: 242). Este intervalo de tempo, associado aos espólios recolhidos, concretamente vasos com decoração brunida na superfície interna, permitiu aos investigadores que escavaram o sítio e publicaram a referida datação propor uma cronologia do século XII a.C. (*ibidem*).

Sobre a gruta de Ibn Amar, em Lagoa (Gomes, Cardoso e Alves, 1995), com materiais do Bronze Final (cerâmicas com decoração brunida no interior), não existem também nenhuns dados mais concretos, para além da colecção de artefactos coligida por Manuel Bentes e hoje conservada (em grande parte ainda inédita) no Museu Municipal de Portimão⁵.

Do Castelo de Aljezur espera-se a divulgação dos elementos sobre a ocupação pré romana, que remonta ao Bronze Final, mas onde também estão documentados materiais da Idade do Ferro.

Na Quinta da Queimada (Lagos), os materiais, recolhidos nas escavações efectuadas por D. Calado, F. Noce, D. Martín Socas e M. D. Camalich, ainda inéditos, autorizam a identificação de horizontes de ocupação correspondentes a momentos iniciais do Bronze Final (presença de contentores de fundos planos estirados), mas denunciam também os momentos terminais do Bronze tardio (período II do Sudoeste, com vasos decorados com sulcos)⁶.

As notícias de uma ocupação do Bronze Final no Castelo de Alferce (Monchique) são ainda pouco consistentes para definir o carácter do povoamento do sítio e a provável atribuição àquele período dos recintos murallhados exteriores (Grangé, 2006)⁷.

Em nenhum destes sítios foi, contudo, encontrado qualquer espólio que possamos conectar com a presença de populações mediterrâneas no Atlântico português em momento anterior à colonização fenícia, essa sim bem documentada, quer em Castro Marim quer em Tavira, mas apenas a partir dos finais do século VIII/inícios do século VII a.C.. Esta ausência parece incompreensível se pensarmos na proximidade da região algarvia com o depósito da Ría de Huelva e com o «estrato gris-negrusco», retirado debaixo do nível friático, naquela cidade andaluza, em 1998 (González de Canales *et al.* 2004). Lembre-se que o espólio encontrado, datado do X/inícios do século IX a.C., engloba importações fenícias, relacionadas com o estrato IV de Tiro, mas também gregas e sardas.

Uma vez mais, a fraca incidência de projectos de investigação sobre o Bronze Final no Algarve pode ser responsável pela escassez de informação existente para debater o tema em discussão neste livro, devendo lembrar-se que esta região em concreto, pelo menos na sua zona oriental, e ao contrário do que aconteceu no Alentejo, evidenciou ser uma das áreas portuguesas tocadas pela colonização fenícia (Arruda, 1999-2000; 2005a, 2005b).

O Alentejo litoral é também avaro no que se reporta a informações sobre a questão que aqui importa. Os sítios não abundam e os que existem estão maioritariamente

⁵ A observação dos materiais autoriza fazer remontar a ocupação da cavidade ao Bronze tardio (Bronze II do Sudoeste de Schubart).

⁶ Informação de Rui Parreira, a quem agradeço.

⁷ Ainda que haja notícia do aparecimento na necrópole do Serro de Bartolomeu Dias, em Portimão, de uma conta de colar de vidro (Schubart, 1975), o sítio, uma necrópole atribuída ao Bronze I do Sudoeste (nº 26 do catálogo de Schubart), não foi incluído neste trabalho, uma vez que não é seguro nem o contexto de recolha, nem a cronologia da referida conta (*ibidem*: p. 190). Lembre-se que o objecto de adorno em questão (nº 82), depositado no Museu Municipal da Figueira da Foz, foi recolhido, nos finais do século XIX, dentro de um dos vasos da Idade do Bronze da Sepultura 1, pelo proprietário do terreno. Mas a sua atribuição à Proto História foi descartada, tendo-lhe sido atribuída uma cronologia da época romana ou posterior (*ibidem*).

inéditos. Em nenhum deles foi encontrado qualquer elemento que possamos relacionar com actividades de grupos humanos com origem mediterrânea, em momentos que precederam a instalação de fenícios na Península Ibérica. Com efeito, os povoados da Cerradinha e da Casa Nova, em Santiago do Cacém (Tavares da Silva e Soares, 1978; *ibidem*, 1998) foram datados do Bronze Final através de um conjunto de cerâmicas de fabrico manual com decoração brunida, mas nenhum artefacto, quer cerâmico quer metálico, é passível de ser integrado numa realidade que permita ler qualquer contacto extra regional. Também em Miróbriga, os vestígios associados à ocupação do final da Idade do Bronze foram apenas referidos, não havendo informação de quase nenhum tipo sobre os materiais que estariam associados à base da estratigrafia.

Uma vez mais deve insistir-se que esta ausência é tanto mais incompreensível quanto são conhecidas as presenças de tipo orientalizante na região, de que o melhor exemplo é o extraordinário conjunto da necrópole de Gaio, em Sines (Costa, 1967, 1974). Outras necrópoles sidéricas de clara influência oriental, mas ainda da Idade do Ferro, têm vindo a ser descobertas no Concelho de Odemira, onde se recolheu ourivesaria de ouro e prata, de técnica e iconografia oriental, respectivamente, como a de Colos e a de Algocreira (São Salvador)⁸. De contexto funerário serão também certamente as arrecadas de Odemira, onde a técnica de filigrana foi a usada (Correia, 2005), e as contas de colar de vidro azul escuro, oculadas a branco, com origem em Almogrove.

Por fim, na Península de Setúbal, existe efectivamente alguma informação, quer sobre o Bronze Final em geral (entre outros sítios: Alfirim, Pedreiras, Lapa do Fumo e Castelo dos Mouros⁹), quer sobre situações e artefactos que podem relacionar-se com navegações mediterrâneas para o Atlântico durante o Bronze Final. Um dos sítios é particularmente famoso, sendo sistematicamente trazido à colação na discussão do fenómeno pré-colonial. Trata-se da Roça do Casal do Meio, em Sesimbra, alvo de escavação e publicação no início da segunda metade do século passado (Spindler et al., 1973-1974).

O outro local referenciado para este tema específico da Proto História peninsular é a Quinta do Marcelo em Almada, sítio do Bronze Final, onde está referenciada uma faca de ferro, e para o qual está disponível uma datação de ¹⁴C.

O SUL DE PORTUGAL: OS SÍTIOS E OS MATERIAIS

A QUINTA DO MARCELO

O sítio localiza-se junto à margem esquerda do estuário do Tejo, e nele terá havido ocupação da Idade do Ferro passível de conectar-se com a presença de fenícios no Atlântico ocidental (Barros, 1998). Contudo, terá sido identificada uma fossa de detritos com materiais do Bronze Final, onde se recolheu matéria orgânica que possibilitou a obtenção de uma série de datações de carbono 14, de que ICEN – 924 (2700±70: calibração a dois sigmas 994-783 Cal. B.C.) é a mais conhecida (Senna-Martinez, 2000b: 54)¹⁰.

Nessa fossa, foram recolhidos alguns materiais que importa referenciar aqui, concretamente: cerâmica com decoração brunida, nas superfícies interna e externa, uma conta de colar de âmbar, uma fíbula de dupla mola e outra de arco multi-curvilíneo, uma navalha de barba, as três de bronze, e ainda três facas de ferro (Barros, 1998; Cardoso, 1999-2000; 2002a; 2004a; Melo e Senna-Martinez, 2000; Senna-Martinez, 2000b). A maior parte dos artefactos metálicos poderá ter relação com o universo mediterrâneo e, à excepção das facas de ferro, reveste-se de uma funcionalidade concreta que se prende com hábitos de vestuário e com preocupações estéticas elas próprias também mediterrâneas. Mas a navalha de barba, que poderá incluir-se num circuito mais atlântico do que mediterrâneo, tem igualmente relação com uma estética relacionada com o género masculino e com o poder¹¹.

A origem exacta da conta de colar deverá, contudo, ficar sob reserva antes que uma análise ao âmbar permita uma correcta avaliação. E isto porque de contextos do interior beirão, mas de cronologia idêntica e com semelhantes

⁸ «O medalhão tem forma circular, com um diâmetro de 5 cm, e constituído numa liga metálica prateada, apresentando uma leve oxidação verde no reverso, estando o anverso muito limpo pelo proprietário. Foi feito pelo método de cera perdida com um acabamento a punção. O anverso apresenta dentro de um círculo elevado sobre o disco da peça, com diâmetro de 3 cm, e deslocado do centro para baixo uma figura em alto relevo muito cuidada: admitindo uma origem ou influência egípcia, trata-se de um busto em posição frontal, numa pose hirta, olhar frontal, rosto levemente levantado, braços cruzados sobre o peito, portando um diadema ao pescoço e a coroa do poder faraónico. As insígnias reais, de cada um dos lados da cabeça, parecem sair do espaldar de uma cadeira que não é visível.» <http://www.ipa.min-cultura.pt/> consulta efectuada em 31 de Março de 2006.

⁹ Sobre estes sítios ver bibliografia em: Silva e Soares, 1986; Cardoso, 2000.

¹⁰ As duas outras datas do Bronze Final são: ICEN 920 – 2830±50 (calibração a dois sigmas: 1187-836 CAL B.C.) e ICEN 922 – 1126 (calibração a dois sigmas: 1126-815 CAL B.C.) (Melo e Senna Martinez, 2000).

¹¹ Sobre a relação das pinças com o estatuto social e o género ver Ruiz-Gálvez Priego (1995f: 139).

filiações culturais, para os artefactos metálicos, existem contas fabricadas com âmbar do báltico (Beck e Vilaça, 1995; Vilaça *et al.*, 2002), ainda que estas pudessem ter chegado conjuntamente com outros artefactos de âmbito mediterrâneo (Vilaça e Arruda, 2006; Vilaça, no prelo a)

ROÇA DO CASAL DO MEIO

A Roça do Casal do Meio é um monumento funerário localizado em Sesimbra, Península de Setúbal, na Quinta do Calhariz.

Foi escavado e publicado por um grupo de investigadores, maioritariamente ligados aos Serviços Geológicos de Portugal, nos anos 70 do século passado (Spindler *et al.*, 1973-1974). A sua peculiar arquitectura e a especificidade do seu espólio implicaram que tenha sido referenciado e citado muitas vezes, a propósito, justamente, da pré-colonização.

Os materiais e a arquitectura da Roça do Casal do Meio foram recentemente «revisitados» e reavaliados, tendo sido realizado um estudo antropológico detalhado dos dois esqueletos e análises de rádio-carbono (Vilaça e Cunha, 2005).

O monumento possuía câmara funerária, com cobertura em falsa cúpula construída com adobes, e corredor, em rampa. Estava rodeado por um espesso muro exterior, circular, e entre ambos existia um espaço aberto (Spindler *et al.*, 1973-1974). Trata-se de uma necrópole de inumação, onde foram identificados dois enterramentos, correspondentes a dois indivíduos do sexo masculino. Foram colocados junto ao fundo da câmara funerária, tendo ambos a cara voltada para Norte

Directamente associados a estes dois indivíduos, encontraram-se espólios metálicos de bronze, concretamente uma fíbula, duas pinças, uma argola e um colchete de cinturão. As pinças dividiam-se entre os dois esqueletos (uma junto de cada um: sob o crânio num dos casos, encosta ao ombro, no outro), enquanto os restantes materiais correspondiam apenas a um indivíduo. Assim, um possuía uma pinça, uma fíbula e um colchete; o outro uma pinça e uma argola. Mas este último tinha ainda, sobre o ombro esquerdo, um pente de marfim e, aos pés, os restos de duas cabras e de dois carneiros.

Ainda na câmara, foram identificados dois vasos. Um é biconico e apresenta a superfície externa decorada com retícula brunida e o outro corresponde a uma taça carenada, com fundo ligeiramente côncavo e uma pega vertical perfurada, colocada entre o bordo e a carena. Entre as pedras de construção do monumento foram também recolhidos restos de um outro vaso.

A descrição e a tipologia dos materiais recolhidos na Roça do Casal do Meio são já muito conhecidas, bem como os problemas que levantam no que se refere à sua adscrição cultural a uma área concreta de influência. Ainda

assim, parece importante recordar que a fíbula de arco multi-curvilíneo do monumento de Sesimbra se integra no tipo Ponte 1a (2001: 140), tipo com abundantes paralelos na bacia do Mediterrâneo Central. Mas a da Roça do Casal do Meio corresponde a um grupo antigo deste tipo (Ponte, 1999a: 8), grupo que apresenta uma distribuição em Portugal localizada sobretudo na área central e setentrional, do actual território português, mas sempre interior, concretamente em S. Pedro do Sul (Nossa Senhora da Guia, Baiões), Seia (São Romão), Viseu (Santa Luzia) e Lavra (Marco de Canavezes) (*ibidem*). Em termos peninsulares e extra peninsulares, as fíbulas deste grupo antigo do tipo 1 são conhecidas em Granada (Monachil), mas também em Salamanca (Berrueco) e em França, concretamente em Vénat e Amiens (*ibidem*).

Também as pinças e o pente de marfim merecem um muito breve comentário. Para as primeiras, já foi realçado que «São dos exemplares mais antigos do Ocidente peninsular, a par de outras quatro, curiosamente do mundo beirão» (Vilaça e Cunha, 2005: 55). O pente de marfim tem sido considerado importado, dado o material em que foi produzido. A relação destes artefactos com o mundo Mediterrâneo foi sempre aceite sem quaisquer reservas.

O conjunto artefactual e a própria arquitectura têm sido os argumentos sistematicamente esgrimidos para a defender a tese da origem exógena dos construtores do monumento e dos próprios inumados (Cardoso, 2000: 65), ou, pelo menos, do profundo envolvimento dos grupos humanos que construíram a Roça do Casal do Meio com os navegadores mediterrâneos, concretamente sardos, que no final da Idade do Bronze teriam chegado à costa ocidental peninsular (*ibidem*).

O trabalho de Raquel Vilaça e Eugénia Cunha ajuda a esbater estas teses, sobretudo pela análise antropológica que foi realizada sobre os esqueletos dos indivíduos inumados no monumento de Sesimbra. Com efeito, o estudo antropológico levado a efeito provou que se tratava de dois adultos, de estatura média a alta, que evidenciavam alto grau de robustez, sobretudo nos membros inferiores, robustez essa que «...poderá ser explicada com base num esforço físico, repetido ao longo de vários anos» (Vilaça e Cunha, 2005: 52). Se estes sinais se prendiam ou não com a «Síndrome do Cavaleiro» não ficou devidamente esclarecido, mas parece hipótese a não descartar se se aceitar «...que o esforço de andar a cavalo esteja na origem de algumas lesões detectadas nas zonas de inserção muscular registadas». De qualquer forma, admite-se que a antropologia demonstrou que um dos inumados «...terá montado a cavalo muito frequentemente...» (*ibidem*, p. 54) facto que «...não é fácil de articular com o dia a dia de um comerciante...» (*ibidem*).

Assim, os inumados não parecem ser exógenos, mas indígenas, podendo defender-se que os próprios construtores

seriam também nativos, e não sardos, como aliás bem demonstrou Mariano Torres, em 1999 e mais recentemente (2005). O desconhecimento generalizado sobre as necrópoles do Bronze Final não permite encontrar paralelos exactos, ou mesmo próximos, para o monumento da Roça do Casal do Meio, que, no entanto, aparenta ter, na sua globalidade, uma vaga proximidade formal e de soluções construtivas com os monumentos megalíticos de tipo *tholos*. Havendo dados arqueológicos que permitem descartar a possibilidade de se tratar de um *tholos* original reaproveitado no final do I milénio a.C. (contra: Cardoso, 2005), tudo indica que se trata de uma construção ex novo, indígena e para indígenas. Mas estes indígenas não seriam certamente uns indígenas comuns e poderiam fazer parte das elites locais que, de uma forma ou de outra, participaram e tiveram papel preponderante nas redes de intercâmbios que ligaram o Atlântico e o Mediterrâneo durante o Bronze Final.

A cronologia que as datações de rádio-carbono proporcionaram é consentânea com a proposta inicial dos escavadores, e poderá centrar-se entre os meados do século X e os inícios do IX¹².

ALCÁCER DO SAL

Alcácer do Sal é conhecida na bibliografia arqueológica sobretudo pela sua necrópole sidérica e pelos conjuntos artefactuais que dela são provenientes. No Castelo, o povoado correspondente, foram feitas escavações arqueológicas de alguma extensão que, contudo, permanecem inéditas na sua maioria, tendo sido publicadas apenas as que foram conduzidas pela equipa do Museu de Arqueologia de Setúbal (Tavares da Silva *et al.*, 1980-1981). Os resultados desses trabalhos, que evidenciaram uma sequência ocupacional longa, com particular incidência na Idade do Ferro e na Época romana, comprovaram a existência de um nível do final da Idade do Bronze, caracterizado por um conjunto de cerâmicas manuais, algumas decoradas com retícula brunida. Esta fase da ocupação do sítio subjazia aos níveis onde se documentava a mais antiga Idade do Ferro, Idade do Ferro essa de características orientalizantes (*ibidem*).

Até há pouco tempo, os materiais atribuíveis ao Bronze Final resumiam-se pois aos recolhidos no Castelo durante a escavação, até porque as fíbulas de dupla mola existentes na necrópole serão já, na totalidade, datadas da Idade do Ferro, cronologia defensável quer através dos contextos sepulcrais, quer da própria morfologia das fíbulas.

Contudo, e ainda que sem indicação de proveniência específica (necrópole ou Castelo), existe, no instituto de

Arqueologia da Faculdade de Letras de Coimbra, um fragmento de fíbula de arco multicurvilíneo, de tipo 1b de Ponte, integrando-se num subtipo «...caracterizado por um descanso em disco e uma mola unilateral...» (Ponte, 1999a: 9; 2001: vol. 2: 141) que, em Portugal, tem bons paralelos em Mondim da Beira (Viseu), Castro de Pirreitas (Alcobaça) e Areias, Guincho (Cascais) (*ibidem*). Este subtipo de fíbula com arco multicurvilíneo, que não é frequente na Península Ibérica, poderia ser datada dos finais do século X e inícios do IX a.C. (*ibidem*).

A sua presença em Alcácer do Sal poderá relacionar-se com a ocupação do Bronze Final identificada no Castelo.

CABEÇA DE VAIAMONTE (MONFORTE)

Os materiais pré-romanos de Vaiamonte, estudados no final da última década do século XX (Fabião, 1996; 1998), são essencialmente da Idade do Ferro, sobretudo da 2ª metade do 1º milénio a.C.. Contudo, uma ocupação calcolítica foi também registada e existem espólios que podem ser associados a níveis do Bronze Final. A ausência de dados estratigráficos e alguns materiais integráveis numa realidade conectada com a chamada I Idade do Ferro possibilitaram que se tivesse defendido que as cerâmicas manuais brunidas do sítio de Monforte pudessem ser já atribuídas a esta última (*ibidem*). No entanto, não deve descartar-se a possibilidade de ter existido no local uma ocupação do Bronze Final, sendo aos níveis correspondentes a essa ocupação que pertenceriam a fíbula de dupla mola (Ponte, 1985) e o pente de marfim (Gomes, 1990; Almagro Gorbea, 1996a; Fabião, 1998) aí encontrados, ainda que se saiba que a cronologia das duas peças, sem contexto arqueológico seguro, seja também passível de se atribuir à Idade do Ferro. De qualquer forma, e como já antes referi, existem de facto povoados do Bronze Final, a que se podem sobrepor, ou não, ocupações da Idade do Ferro mais ou menos antigas. Para o primeiro dos casos o Castro dos Ratinhos é um bom exemplo, assim como, muito possivelmente, o Alto do Castelinho da Serra e, no segundo, cabem a Coroa do Frade, o Castelo do Giraldo e o Castelo de Arraiolos.

De qualquer modo, e a ter existido, pode admitir-se que a ocupação do Bronze Final de Cabeça de Vaiamonte seja já relativamente tardia, uma vez que a fíbula de dupla mola pode apontar nesse sentido. Convém ainda recordar a propósito deste sítio e das suas ocupações sidéricas que a melhor documentada se relaciona preferencialmente com o mundo continental (Fabião, 1996, 1998), mas alguns espólios meridionais estão presentes também (Fabião, 1996).

¹² GRA – 13501: 2760±40 BP (calibração a 2 sigmas: 928-828 CAL B.C.) e GrA 13502: 2820±40 BP (calibração a 2 sigmas: 1053 – 892 cal. B.C.) (Vilaça e Cunha, 2005).

CASTELO DE ARRAIOLOS

Nos inícios da segunda metade do século XX, Gustavo Marques e Gil Migueis de Andrade conduziram trabalhos arqueológicos no Castelo de Arraiolos (Marques e Andrade, 1974). Desses trabalhos resultou a recolha de um conjunto de materiais actualmente depositados no Museu Nacional de Arqueologia, que engloba cerâmicas manuais decoradas com retícula brunida e artefactos metálicos de bronze de que se destaca uma fíbula de dupla mola (*ibidem*). Uma fíbula de tipo sanguessuga e uma chapa de ferro terão sido também então recolhidos, mas foram apenas referidos e jamais publicados (V.V.A.A. 1994: 68).

De outros trabalhos será proveniente o punhal de tipo «Porto de Mós» estudado por Virgílio Correia (1988) e que foi encontrado também no interior da fortificação medieval¹³.

Quer as cerâmicas quer os metais (fíbulas e punhal) consentem que se atribua uma cronologia dos momentos tardios do Bronze Final ao Castelo de Arraiolos.

COROA DO FRADE (ÉVORA)

O povoado amplamente fortificado da Coroa do Frade tem uma ocupação humana exclusiva do Bronze Final. Com efeito, e ao contrário do que sucede no vizinho Castelo do Giraldo, ocupado, ainda que nem sempre sequencialmente, durante o Calcolítico, a Idade do Bronze (Antigo, Médio e Final) e a Idade do Ferro (Mataloto, 1999), os resultados das escavações arqueológicas que José Morais Arnaud levou a efeito no sítio (1979) demonstraram que, quer a complexa fortificação, quer os materiais arqueológicos devem ser atribuídos, integralmente ao Bronze Final.

No sítio, para além de um abundante conjunto cerâmico integralmente fabricada à mão, foi recolhida uma fíbula de dupla mola e uma conta de colar de marfim (*ibidem*).

Pretender que a Coroa do Frade foi ocupada apenas a partir do século VIII a.C., com «...contextos cronologicamente integráveis na Idade do Ferro...» (Mataloto, 1999: 19-20) parece contudo um pouco precipitado, mesmo que a proposta de a sua ocupação se ter registado na sequência do abandono do Castelo do Giraldo seja interessante e plausível (*ibidem*). Com efeito, a cronologia das fíbulas de dupla mola, onde se baseia esta

cronologia não permite, na minha perspectiva, a atribuição desta datação¹⁴ de forma inequívoca. Assim, admitir que a Coroa do Frade possa já pertencer à Idade do Ferro que, ao nível das produções cerâmicas, integraria materiais de tradição anterior, é proposta que deveria ser melhor fundamentada, nomeadamente com datações de radiocarbono, até porque idêntica hipótese formulada para o Cabeço de Vaiamonte não está também documentada por dados estratigráficos seguros (Fabião, 1998). De todos os modos, e no caso da Coroa do Frade, tratar-se-ia, na minha opinião, de um Bronze Final, mesmo que tardio, e nunca de Idade do Ferro, uma vez que a cerâmica é integralmente fabricada à mão e nem sequer está documentada uma arquitectura doméstica de características sidéricas. Que o Bronze Final alentejano possa ter atingido os primeiros anos do século VIII a.C. é uma possibilidade que eu própria defendo, mas, culturalmente, não me parece possível associar as realidades materiais da Coroa do Frade, e de outros sítios alentejanos, à Idade do Ferro.

ROCHA DO VIGIO (REGUENGOS DE MONSARAZ)

Na sequência dos trabalhos de minimização dos impactes sobre o património arqueológico da área a inundar pela barragem do Alqueva, foi identificado o sítio da Rocha do Vigio 2, que foi também alvo de escavações arqueológicas (Calado, Barradas e Mataloto, 1999; Calado, Mataloto e Rocha, no prelo; Calado e Mataloto, no prelo).

Trata-se de um sítio implantado sobre um esporão rochoso sobranceiro à ribeira do Álamo, com vertentes declivosas (*ibidem*).

As estruturas proto-históricas identificadas são de planta ovalada ou circular. A existência de outras de planta quadrangular podem ser associadas à ocupação medieval do sítio, ainda que tal associação não tenha sido plenamente confirmada pelos trabalhos arqueológicos (*ibidem*).

Os materiais recuperados são maioritariamente cerâmicos, de fabrico manual, com as superfícies polidas e por vezes «cepilladas» (*ibidem*). No que se refere aos espólios metálicos, destaca-se um escopro de ferro (*ibidem*; Vilaça, 2006a). Interessante é também o facto de terem sido recolhidos artefactos relacionados com o processo metalúrgico (moldes, escórias, sopradores), um dos quais

¹³ Punhais idênticos e na área interior alentejana registaram-se na Coroa do Frade e em Neves II.

¹⁴ A cronologia das fíbulas de dupla mola, bem como aliás das fíbulas em geral, não é, ainda, completamente segura. Os dados tipológicos são indicadores, mas não são elementos datantes por si próprios. Assim, e ainda que pareça certo que as fíbulas de arco multicurvilíneo são anteriores às de dupla mola, a relativamente ampla cronologia destas últimas (que são comuns durante a 1ª Idade do Ferro, concretamente nos primeiros séculos do 1º milénio a.C.) torna-se problemática no momento de atribuir datações aos sítios em que foram encontradas. Registe-se aqui, contudo, que na Quinta do Marcelo estes dois tipos, de arco multicurvilíneo e de dupla mola, surgem associados, e note-se que não existem no sítio quaisquer elementos que se possam atribuir à Idade do Ferro, como sucede na vizinha Quinta do Almaraz, onde as fíbulas de dupla mola podem corresponder já à Idade do Ferro.

parece estar conectado com o referido ferro (Calado, Mataloto e Rocha, no prelo). Trata-se de um molde, bivalve, de grauvaque, para escopros, cuja forma é morfológicamente idêntica ao do escopro de ferro (*ibidem*). Poderá tratar-se da tentativa de copiar um artefacto importado, fazendo-se a partir dele o molde que permitia a produzir, em bronze, objectos de funcionalidade e morfologia semelhantes.

A partir das cerâmicas, ensaiou-se um estudo paleomagnético, que forneceu um conjunto de datações (*ibidem*):

amostra 1: 1150 B.C.;
amostra 2: 1110 B.C.;
amostra 3: 1000 B.C.;
amostra 4: 1090 B.C.;
amostra 5: 980 B.C.;
amostra 6: 1170 B.C.;
amostra 7: 1010 B.C.;
amostra 8: -1030 B.C.;

Entretanto, duas datas de rádio-carbono foram também obtidas para o sítio, concretamente para a sua ocupação proto-histórica. São elas:

1. WK 18496: 2645 + 33 BP que com calibração a dois sigmas fornece os seguintes intervalos de tempo:
68,2% probabilidades: 830 - 795 Cal. B.C.
95,4% probabilidades: 900-770 Cal. B.C.
2. WK 18497: 2536 + 30 BP a partir da qual, depois da calibração a dois sigmas, indicou:
68,2% probabilidades: 800 - 740 Cal. B.C.
95,4% probabilidades 800 – 540 Cal. B.C.

Estas datações de ¹⁴C deixam antever para a ocupação do Bronze Final do sítio uma cronologia bastante tardia. Trata-se, efectivamente, de um momento que corresponde à chegada da segunda vaga de colonos fenícios à costa de Málaga, altura em que são fundadas, por exemplo Toscanos ou Cerro del Villar, e em que no litoral ocidental português se assinalam os primeiros contactos de índole colonial, concretamente no estuário e no baixo vale do Tejo, Santarém e Almaraz (Arruda, 1999-2000; 2005a e 2005b), sendo mesmo de acrescentar que as influências orientalizantes são sentidas nesta mesma altura no médio vale do mesmo rio (Vilaça, 2000b).

SERRA ALTA (MOURA)

A ocupação do Bronze Final do povoado da Serra Alta está muito bem documentada, ainda que os materiais tenham sido recolhidos, na totalidade, em trabalhos de prospecção e, portanto, à superfície (Parreira e Soares, 1980; Soares 2005)¹⁵.

O conjunto cerâmico é apreciável, contando-se entre ele vasos com decoração brunida na superfície externa e ainda cerâmica pintada de «tipo Carambolo».

Uma fíbula terá sido também recolhida nos trabalhos de prospecção levados a efeito por Monge Soares no final da década de 70 do século XX, fíbula essa que não foi ainda publicada do ponto de vista tipológico, mas que foi já alvo de análise metalográfica (Soares *et al.*, 1996: 565). O desenho publicado parece indicar que se trata de um arco de uma fíbula de tipo Ponte 1a, podendo assim enquadrar-se na problemática que este livro trata.

BALEIZÃO (BEJA)

Entre os 31 artefactos metálicos (de ouro e de bronze) que compõem o importante Tesouro do Baleizão¹⁶, encontra-se o arco de uma fíbula de arco multicurvilíneo de tipo 1a de Ponte (Vilaça e Lopes, 2005). Este elemento mediterrâneo está associado, de forma clara, a outros artefactos, entre os quais se deve destacar o conjunto de ponderais (*ibidem*). O contexto é inegavelmente do Final da Idade do Bronze.

PÉ DO CASTELO (BEJA)

Deste sítio, é proveniente uma peça de bronze com decoração entrançada, ou em forma de Y, e com espirais estampilhadas sobre os discos que a rematam (Lopes e Vilaça, 1998). A peça, que se encontra intacta, parece tratar-se de uma pega e estaria articulada com outro corpo de um qualquer material perecível (madeira ou couro?). Se não é fácil atribuir a este artefacto uma funcionalidade específica, a verdade é que a decoração e mesmo a forma indicam uma matriz mediterrânea inequívoca. Como chamou já à atenção R. Vilaça (2004a e neste volume), a decoração entrançada tem sido sempre relacionada com o mundo oriental, mais concretamente sírio-cipriota (Almagro Gorbea, 1989), ainda que o mesmo estilo decorativo, bem como aliás a tecnologia utilizada no fabrico das peças assim decoradas (a cera perdida) estejam bem documentados na Sardenha durante o Nurágico III, quer em peças idênticas, quer em trípodas. A pega do Pé do Castelo, bem como a do Monte de São Martinho (Vilaça, 2004a) e mesmo a

¹⁵ A ocupação do povoado da Serra Alta não se esgota na Idade do Bronze, havendo dados que indicam que o sítio também foi habitado durante o Neolítico e mesmo durante a Época Romana (Parreira e Soares, 1980; Soares 2005).

¹⁶ O tesouro do Baleizão, em boa hora recuperado, encontra-se em estudo, mas uma pequena nota sobre a sua descoberta e sobre o seu conteúdo foi já divulgada (Vilaça e Lopes, 2005). Deve destacar-se que «It is an exceptional bimetallic deposit...» (*ibidem*, 179) o que significa que, ao contrário do que se pensava «...gold and bronze did not always circulate in different spheres...» (*ibidem*).

de Pagança (Lopes e Vilaça, 1998, p. 73-74) têm justamente os seus melhores paralelos, no depósito de Monte Sa Idda, Cagliari (Taramelli, 1921: p. 59)¹⁷.

ATALAIA (OURIQUE)

Da necrópole da Atalaia são provenientes diversas contas de colar de pasta vítrea (Schubart, 1975: 98-100). Uma delas provém do *tumulus* central do monumento II, tendo Schubart sugerido a sua atribuição à cista II 5 (Schubart, 1975: Taf. 22, 195). Da sepultura V 22, que ocupa uma posição periférica no monumento V, são provenientes 23 contas de colar de pasta vítrea, translúcidas, encontradas juntamente com um vaso carenado e com duas contas de ouro (Schubart, 1975: Taf. 26). Da sepultura VI 1, localizada sob o *tumulus* central do monumento VI, são provenientes 11 contas de colar de pasta vítrea (Schubart, 1975: Taf. 28), encontradas juntamente com fragmentos de recipientes carenados. Desta necrópole, maioritariamente integrada no período I do Bronze do Sudoeste de Schubart (*ibidem*), mas onde alguns dos materiais cerâmicos recolhidos nos monumentos V e VI, bem como a presença das contas de vidro nos monumentos II, V e VI e a respectiva estratigrafia horizontal destes monumentos autorizavam já presumir uma utilização/construção também em época mais tardia, período II do Sudoeste de Schubart ou posterior (ver Schubart, 1975, p. 100, nota 529, pp. 145 ss.), foi possível obter uma datação de ¹⁴C para a sepultura IV 7, numa posição periférica no monumento IV, que deve ser valorizada no contexto deste trabalho (Schubart, 1975: 171 s.; Soares e Cabral, 1984). Trata-se de KN-I.201 - 2750 ± 50 B.P., cuja calibração a dois sigmas forneceu o seguinte intervalo de tempo: 1105-800 Cal. B.C. Pode pois considerar-se que as contas de vidro foram introduzidas entre o século X e IX no interior alentejano, antes portanto da chegada e instalação de fenícios ao território ocidental peninsular, ainda que neste mesma época existissem já colónias fenícias na área do Estreito. Com efeito, a data de 2750 ± 50 de Atalaia é rigorosamente idêntica à de Mezquitilla B1 - B-4178 - 2750±50 B.P., que calibrada indicou 1003-805 a.C. (Schubart, 1983: 130).). Neste contexto, será também de referir a presença, também no já referido monumento V e nos depósitos de enchimento da mamoa Z, junto à sepultura V 30, de um fragmento de vaso com carena estirada, forma esta atribuível ao Bronze final.

PASSO ALTO (SERPA)

O povoado do Passo Alto foi identificado por Rui Parreira e António Monge Soares na década de 70 do século XX (Parreira e Soares, 1980) e tem vindo a ser objecto de escavações arqueológicas dirigidas por aquele investigador (Soares, 2003; Soares, 2005). Trata-se de um sítio fortificado, com materiais exclusivamente do Bronze Final, onde dominam as cerâmicas, que são lisas na sua grande maioria, ainda que em prospecções tenham sido recolhidos fragmentos decorados com retícula brunida (*ibidem*).

Os trabalhos de prospecção dos anos 70 permitiram recolher à superfície uma conta de colar de pasta vítrea azul (Parreira e Soares, 1980, 8; Soares, 2005: 13, 5) que poderá ser relacionada com presenças pré-coloniais no território do Alentejo interior.

NOSSA SENHORA DA COLA (OURIQUE)

Sem contexto estratigráfico seguro, foi publicada uma fíbula de arco multicurvilinear integrável no tipo 1c de Ponte (Ponte, 1986; 1999a; 2001). Inscreve-se, contudo, num subgrupo tardio deste tipo, caracterizado por um arco curvilíneo em forma de crescente ou de lúnula, que, sendo raro na Península Ibérica, é frequente em contextos do século VIII a.C. no Norte de Itália e na área setentrional francesa (*ibidem*). Do mesmo sítio, há, no entanto, um outro grupo de bronzes que, até há pouco tempo, permaneceu inédito. O contexto é, contudo, também desconhecido. Do conjunto, fazem parte dois arcos de fíbulas, de tipo 1b de Ponte, bem como uma haste decorada com traços incisivos transversalmente, terminando a extremidade conservada num arco que se encadeia com uma argola (Vilhena, 2006: 75). Ainda que não haja qualquer documentação gráfica disponível (desenho ou fotografia) nem sequer uma descrição pormenorizada, não é improvável que a peça corresponda à extremidade distal de uma fúrcula ou gancho de carne. Quer a decoração quer a morfologia aproxima este artefacto do conhecido no famoso «depósito» da Senhora da Guia, Baiões (S. Pedro do Sul).¹⁸

AS ESTELAS DECORADAS DO SUDOESTE¹⁹

Já atrás referi, que a iconografia das estelas de tipo extremeño foi, desde cedo, o argumento mais esgrimido na defesa das teses que preconizavam a existência da pré-colonização (entre outros: Almagro Basch, 1966; Almagro Gorbea, 1977a, 1986, 1989, 1993a, 1993b; Benda-Galán, 1977, 1983; Gomes, 1990). Com efeito, a

¹⁷ Peças com decoração e forma idênticas à do Pé do Castelo foram recolhidas no Monte de São Martinho, em Castelo Branco (Vilaça, 2004a) e em Pragança (Lopes e Vilaça, 1998: p. 71-72). Mas a mesma decoração está também presente em Baiões, concretamente nos suportes.

¹⁸ Sobre a fúrcula de Baiões e a sua origem oriental ver Almagro Gorbea, 1989.

¹⁹ A abundante bibliografia sobre as estelas do Sudoeste, também chamadas de Guerreiro, de Tipo Extremeño ou de Tipo II, está sistematizada em Galán Domingo, 1993, Ruiz Gálvez, 1995b e Celestino, 2001a.

origem oriental, seja da fachada siro-palestiniana seja do Egeu, dos objectos representados nas estelas ditas de guerreiro ou do Sudoeste nunca foi posta em causa (*ibidem*, Galán Domingo, 1993, 2000; Celestino, 1990, 2001a), ao contrário do que sucede quanto ao seu significado, funcionalidade e mesmo cronologia específica, temas para os quais existe uma vasta diversidade de interpretações (Celestino, 1990; Ruiz Gálvez e Galán Domingo, 1991; Barceló, 1992; Galán Domingo, 1993; Ruiz Galvéz, 1995b; Ruiz Gálvez 1998a; Celestino, 2001a; Alarcão, 2001).

Não é este o lugar para discutir as muitas leituras que a funcionalidade das estelas já permitiu, nem sequer para rever as distintas propostas evolutivas apresentadas, ao longo das últimas décadas, de acordo com a tipologia das representações ou com o número de objectos esculpidos. Mas parece fazer sentido lembrar que estes monumentos têm vindo a ser datados de uma fase avançada do Bronze Final, concretamente entre os séculos X e IX a.C. ou mesmo IX – VIII a.C. e que a sua área de maior concentração corresponde às actuais províncias espanholas da Extremadura e da Meseta (Sul). As bacias do Tejo e do Guadiana, concretamente no curso médio de ambos rios, constituem-se como as zonas nucleares de concentração destes monumentos, que, no entanto, se estendem para Sul (bacia do Guadalquivir) e para Nordeste (vale do Ebro).

Uma vez mais, o Sul do território português é pobre em elementos deste tipo, podendo considerar-se que corresponde a uma área periférica de um núcleo central que a Meseta Sul a Extremadura e a Andaluzia Ocidental constituem.

Mais próxima desse núcleo central, encontra-se a estela da Herdade do Pomar (Ervidel, Beja), onde a representação se reveste de alguma complexidade cénica e talvez mesmo social (Gomes e Monteiro, 1977; Gomes, 1991). Com efeito, o escudo destaca-se enquanto elemento fundamental, não só pela dimensão, mas também pela posição central que estrutura a cena em dois planos. No superior, é visível um antropomorfo munido da sua espada e com lança sobre a cabeça, estando ainda rodeado dos seus objectos pessoais (fíbula, espelho, pinça e pente) e do seu cão (*ibidem*). No plano inferior, estão

representados dois outros antropomorfos, que neste caso se apresentam em posição horizontal (*ibidem*).

A interpretação funcional e tipológica, ou mesmo o significado simbólico da representação deste monumento, não parece relevante no contexto deste trabalho. Contudo, e a aceitarmos que a maior complexidade iconográfica corresponde a momentos mais avançados da elaboração das estelas deste tipo (por exemplo, Gomes e Monteiro, 1977, Celestino, 1990, 1995, 2001a)²⁰, estaremos perante um monumento relativamente tardio, que poderia ser datado do século VIII (Galán Domingo, 1993).

De qualquer modo, não parece discutível que muitos dos objectos gravados nesta estela, assim como em muitas outras da zona de Cáceres e Badajoz, concretamente as pinças, os espelhos, os pentes e as fíbulas, têm uma origem forânea, uma vez que não obedecem a padrões locais, reproduzindo, do ponto de vista estilístico, modelos de artefactos presentes em vastas áreas do Atlântico e do Mediterrâneo.

A um tipo mais antigo, pertencerá a estela de Figueira, Vila do Bispo (Algarve). Os elementos figurados são escassos, sendo a estela dominada pelo escudo, que aqui se representa também na área central. A personagem masculina está desprovida de objectos pessoais, estando armada apenas com uma lança, colocada em cima e à direita.

DISCUSSÃO

Os dados atrás enunciados permitem ainda algumas observações que tenham em consideração também as ausências, mesmo que saibamos que, neste caso concreto, os argumentos «*ex silentio*» devem ser relativizados em função das observações feitas em 1.

De qualquer modo, parece que existem argumentos para se defender que quase todo o Sul do território actualmente português se manteve relativamente à margem das redes de intercâmbio, atlânticas e mediterrâneas, que actuaram durante o Bronze Final, pelo menos durante as primeiras fases de activação dessas redes. Com efeito, não existem, nem no Alentejo interior nem no Algarve, quaisquer materiais que possamos relacionar com presenças orientais ou mesmo atlânticas em época anterior ao século IX a.C.²¹.

²⁰ A perspectiva evolucionista, muitas vezes defendida para atribuir uma cronologia às estelas de tipo extremeño, já foi posta em causa, tentando-se interpretar a maior ou menor complexidade das cenas gravadas através da realidade social do final da Idade do Bronze, no Sudoeste (Moreno Arrástio, 1998, Barceló, 1992, Alarcão, 2001).

²¹ Os artefactos metálicos que poderiam relacionar-se com o chamado «circuito atlântico» também são escassos na área tratada. As espadas de «língua de carpa» de Safara (Moura) e Cacilhas (Almada), e pistiliformes de Évora, os punhais de tipo «Porto de Mós» de Arraiolos, Neves II e Coroa do Frade, ou as foices de bronze de Mértola e de Santiago do Cacém constituem-se como excepções num panorama em que os objectos supra regionais são muito raros. A produção local de alguns está atestada, concretamente no Castro dos Ratinhos (Moura). Como já atrás se referiu, os trabalhos que têm sido desenvolvidos no sítio de Moura provaram a existência de uma forte ocupação do Bronze Final à qual se sobrepõe outra da Idade do Ferro (Silva e Berrocal, 2005). No trabalho que já foi publicado sobre os resultados da 1ª Campanha (*ibidem*), não existem referências a achados que possam relacionar-se com presenças mediterrâneas ou mesmo atlânticas. Contudo, em 2006, foi divulgada na imprensa o aparecimento de um fragmento de molde para espadas de tipo «língua de carpa». De qualquer forma, a adscrição das espadas pistiliformes ou de tipo «língua de carpa» à «rede atlântica» ou à «rede mediterrânea» não é de todo pacífica, ainda que a anterioridade das primeiras em relação às segundas pareça estar provada.

E mesmo no litoral ocidental, concretamente no estuário do Tejo (Quinta do Marcelo) ou na Península de Setúbal (Roça do Casal do Meio) o que existe deixa antever que foi apenas no século X que houve vinculação aos circuitos de intercâmbio que em grande parte formataram o final da Idade do Bronze.

Esta situação, que contrasta de forma clara com o que se verifica na Beira Interior²², não é contudo muito distinta do que se observa na Andaluzia Ocidental, sendo aí também o século X o momento de viragem.

O Alentejo interior e mesmo a fachada ocidental do Sul português parecem ser, durante o século XI, e, na primeira das áreas, ainda no X e mesmo no IX, meros consumidores esporádicos de produtos forâneos, estando à margem dos referidos circuitos de intercâmbio estabelecidos entre o Atlântico e o Mediterrâneo a partir pelo menos do século XIV a.C. Esta marginalidade poderá compreender-se melhor se pensarmos na tardia orientação do interior Sul. Pelo contrário, o facto de o estuário do Tejo e da parte inferior do curso do mesmo rio parecer ser, em Portugal, a região mais precocemente visitada por colonos orientais durante a Idade do Ferro (Arruda, 2005a e b) deverá compreender-se através da integração da região beirã, durante a Idade do Bronze, nas rotas trans-regionais das duas últimas centúrias do 2º Milénio a.C.

O caso do Algarve não deixa contudo de criar perplexidade, sobretudo, para a sua área oriental. Além da proximidade com Huelva, concretamente do seu depósito e do seu estrato «gris negrusco», existem, quer em Tavira (Maia, 2003b) quer em Castro Marim (Arruda, 1999/2000; 2005 a e b), evidências do estabelecimento precoce de fenícios ocidentais. Mas, até ao momento em que escrevo, não foram identificadas ocorrências de espólios mediterrâneos datados do Bronze Final.

A situação de margem, mesmo em momentos tardios, está também evidenciada na fraca expressão das estelas de tipo II ou Extremeño, documentadas apenas pelos exemplares de Ervidel e de Vila do Bispo.

Se o estanho das Beiras contrasta com o cobre alentejano em termos de recursos desejáveis por parte dos grupos exógenos, há também que pensar que as comunidades indígenas poderiam não ter condições económicas, sociais e mesmo políticas para permitir uma integração nas redes de troca existentes, não evidenciando interesse em participar nelas até ao século X, no litoral, e até ao IX, no interior. De facto, se se sabe pouco sobre o chamado Bronze Final III, sobre a fase imediatamente precedente a informação é ainda mais escassa, não sendo impossível pensar que a ocupação concentrada nos grandes

povoados de altura se iniciou justamente quando se começa a incorporar elementos mediterrâneos, o que explicaria a fraca adesão a esses produtos em momentos anteriores. Como foi dito há poucos anos para a Andaluzia ocidental, «La participación e implicación de grupos e individuos en redes de intercambio es una elección social... Densidades populacionales excesivamente bajas y economías de carácter extensivo, que permiten una baja movilidad de trabajo y recursos, y una escasa relevancia en sus estrategias de promoción y/o legitimación social y política de los bienes forâneos ofertados por los traficantes que actúan en las redes atlántico-mediterrâneas, parecen constituir el marco idóneo para entender el poco interés que parecen mostrar las comunidades de Andalucía occidental en adquirir mayor protagonismo en los tráficos comerciales que atraviesan en estos momentos sus propias costas» (Delgado Hervás, 2001: 301-302).

De qualquer forma, e agora ao contrário do que se passou na Andaluzia Ocidental, nem no século X, nem sequer no IX, se produz no sul de Portugal qualquer salto quantitativo ou qualitativo, não tendo havido a «...verdadera integración destas comunidades en los circuitos mediterrâneos». (*ibidem*: 303).

Do conjunto de situações apresentadas, deve também realçar-se a percentagem significativa de artefactos de adorno. O inventário efectuado mostra que o Mediterrâneo se apresenta no Sul, como aliás no centro, sobretudo ao nível das fíbulas, primeiro de arco multicurvilíneo, depois de dupla mola. As fíbulas são transversais aos contextos conhecidos (necrópoles e povoados), mas as pinças não aparecem em contexto de *habitat*, registando-se apenas na Roça do Casal do Meio, e as contas de colar de vidro são também provenientes de uma necrópole, a Atalaia, ainda que, pelo menos uma, tenha sido recolhida num povoado (Passo Alto). A estética mediterrânea, quer ao nível do tratamento do corpo (pinças, pentes) quer ao nível da incorporação de novos hábitos de vestuário (fíbulas), impôs-se, assim, primeiro neste aspecto e não em outros mais prosaicos e comuns, nomeadamente os que se poderiam manifestar por artefactos relacionados com as práticas agrícolas, por exemplo.

A presença de artefactos de âmbito mediterrâneo no Sul do território actualmente português em momento anterior à instalação de colonos fenícios na fachada atlântica peninsular é actualmente indiscutível. Como se viu, e ainda que não sejam particularmente abundantes na região que me coube tratar, os dados existentes mostram que nas últimas décadas do 2º milénio e, sobretudo, na 1ª centúria do 1º as populações da área meridional portuguesa consumiram

²² Ver, neste mesmo volume, o texto de Raquel Vilaça.

alguns artefactos filiados em modelos mediterrâneos, artefactos que se relacionavam, preferencialmente com o adorno e com o vestuário. Mas foram sempre, pelo menos no actual estado dos conhecimentos, consumos muito esporádicos numa fase inicial (século X), pelo menos no interior, e ainda raros em fases posteriores (século IX).

Esta tardia e pouco intensa presença traduzirá alguma marginalidade, mas deverá esperar-se que os novos projectos em curso na região possam iluminar muitos pontos obscuros do Bronze Final do Sul de Portugal e seja possível esclarecer se esta situação de margem é de facto real ou resulta apenas do fraco investimento realizado até ao momento presente sobre o período em análise.

De qualquer modo, o pouco que existe não sugere que estes artefactos mediterrâneos decorram de acções preparatórias de uma colonização que se pretendia concretizar em momento posterior. Ou seja: não parece haver continuidade entre estes artefactos mediterrâneos que circularam integrados em circuitos e redes complexas, aparentemente divergentes e com pólos diferenciados (ainda que em determinado momento se criem relações de intercâmbio entre os vários agentes e há talvez convergência entre os dois circuitos) e a chegada de fenícios à Península Ibérica integrados num processo detalhadamente programado pelo Templo e pelo Palácio e de claros contornos coloniais²³.

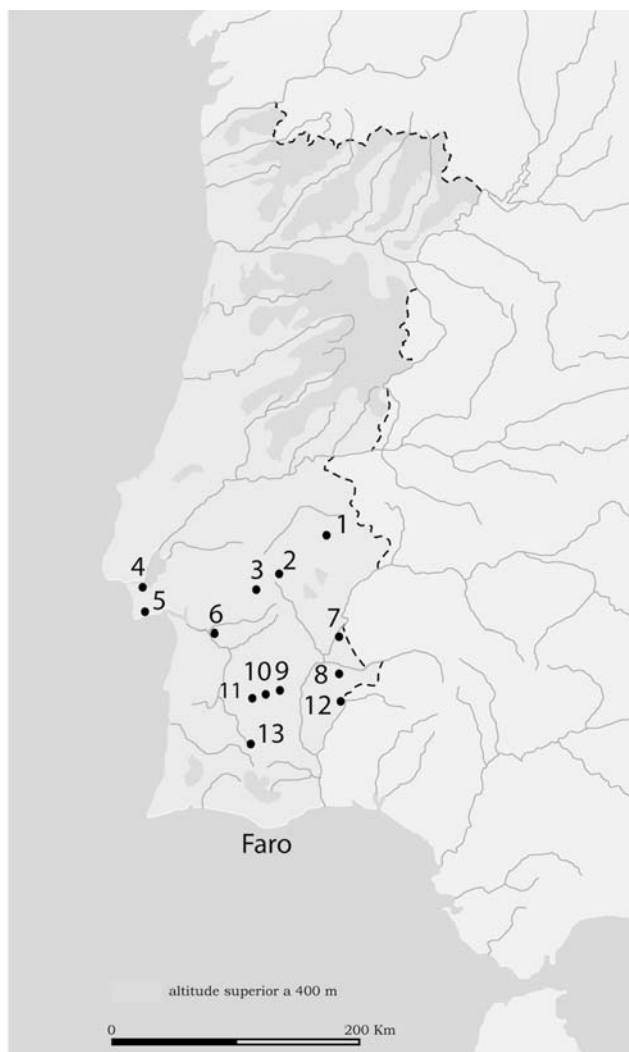
ABSTRACT

Between the twelfth and eighth centuries BC, Mediterranean artefacts are rare in the South of Portugal.

Such a situation, so different from what we can observe in the central area of the country (Beiras), could, at least in part, be justified by a lack of study of the Final Bronze Age in the south of the country. However, the data has been listed and discussed.

The presence of Mediterranean artefacts in South of Portugal, before the arrival of Phoenician colonisers in the Atlantic façade of the Iberian Peninsula is, now, unquestionable. The data shows that in the last few decades of the second millennium and in the first few of the first, local populations in the Portuguese southern area were using artefacts originating from the Mediterranean and were acquainted with Mediterranean adornment and clothing. Such links can be demonstrated only sporadically in an initial phase (tenth century), at least in the interior, and are still rare in later phases (ninth century). This rare presence may be related to the reduced interest of the eastern navigators in the Alentejo and Algarve resources. But, we must also consider that the indigenous groups may have had little interest in becoming involved in the final Bronze Age networks of Atlantic-Mediterranean exchanges. This analysis, and the geography of the Mediterranean «pre-colonial» in Alentejo and Algarve, also suggests that there is no continuity between these Bronze Age Mediterranean artefacts and the arrival of Phoenician settlers on Portuguese territory in the middle of the eighth century BC.

²³ Agradeço a: Sebastian Celestino, que suportou os atrasos; Ana Melo e Rui Mataloto, que esclareceram todas as dúvidas; Manuel Calado que cedeu as datas de 14C da Rocha do Vigio; a Rui Parreira, que leu e sugeriu e Raquel Vilaça, que não deixou que eu desistisse.



1 - Cabeço de Vaimonte, 2 - Castelo de Arraiolos, 3 - Coroa do Frade, 4 - Quinta do Marcelo, 5 - Roca do Casal do Meio, 6 - Alcaer do Sal, 7 - Rocha do Ungio, 8 - Passo Alto, 9 - Baleizão, 10 - Pé do Castelo, 11 - Ervidel, 12 - Passo Alto, 13 - Castro da Cola.

Figura 1
Sítios do Bronze Final do Sul do território português que forneceram espólios «pré-coloniais».

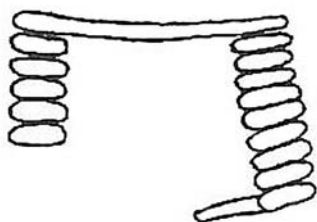


Figura 2
Fíbula de dupla mola da Quinta do Marcelo-Almada, segundo Barros (1998).

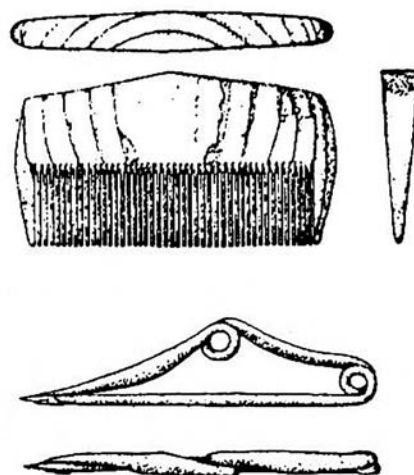


Figura 3
Pente de marfim e fíbula de tipo 1ª da Roca do Casal do Meio - Sesimbra, segundo Espinosa (1973/74).

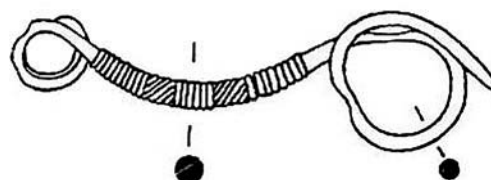


Figura 4
Fíbula do tipo 1b, segundo Ponte (2001).

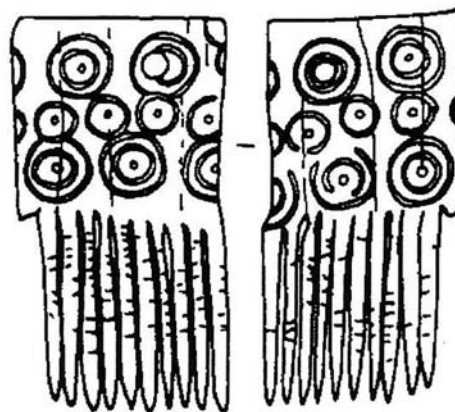


Figura 5
Pente de marfim do Cabeço de Vaimonte-Monforte, segundo Fabião (1996).

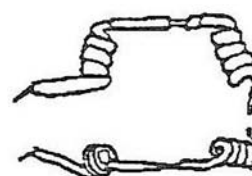


Figura 6
Fíbula de dupla mola da Corôa do Frade - Évora, segundo Arnaut (1979).

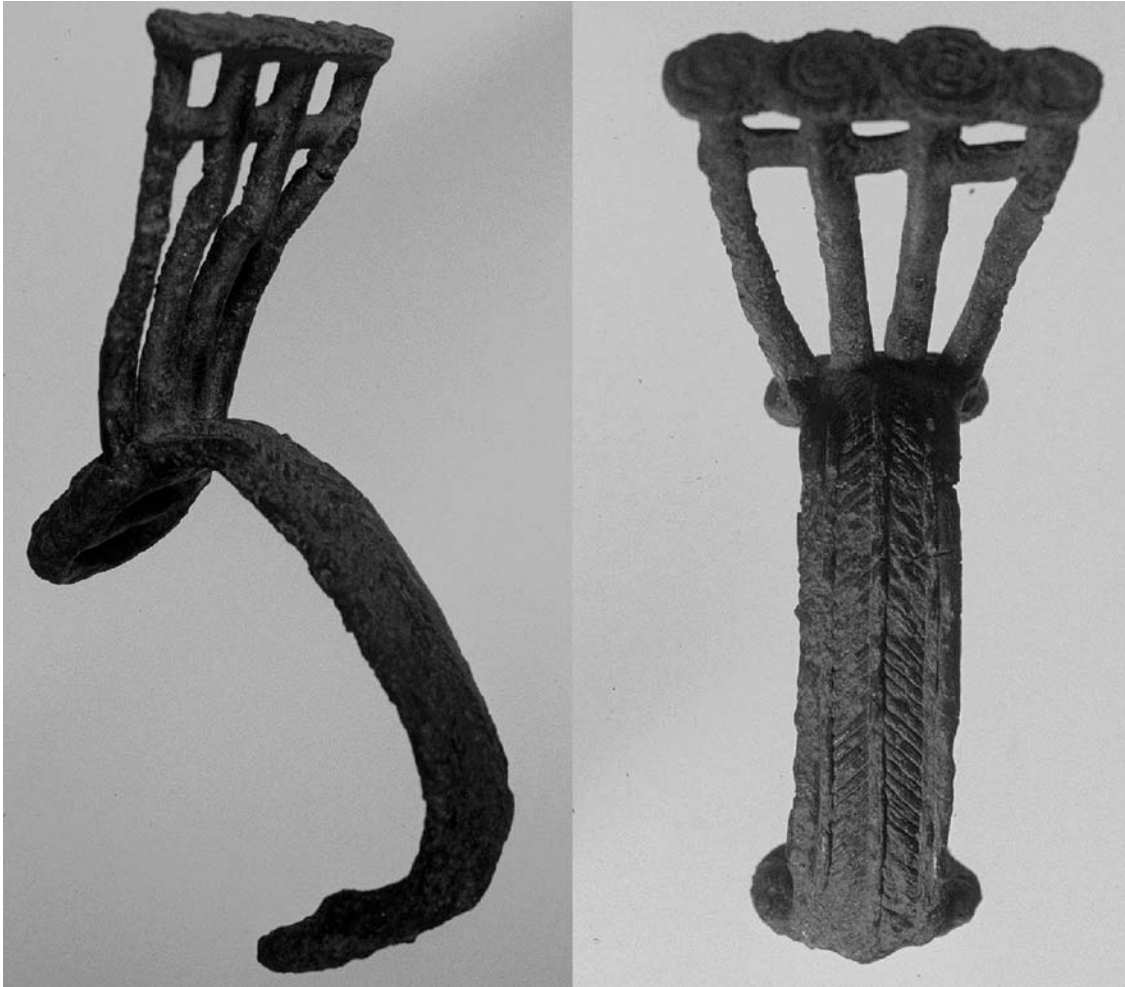


Figura 7
Peça de Bronze com decoração entrançada do Pé do Castelo-Beja (fotografia de Raquel Vilaça).

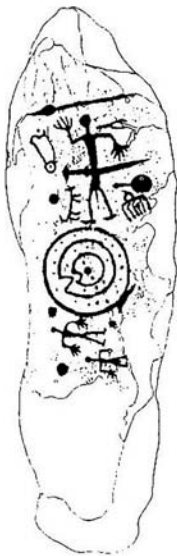


Figura 8
Estela de Ervidel-Beja, segundo Gomes e Monteiro (1977).

REFLEXÕES EM TORNO DA «PRESENÇA MEDITERRÂNEA» NO CENTRO DO TERRITÓRIO PORTUGUÊS, NA CHARNEIRA DO BRONZE PARA O FERRO

Raquel Vilaça*

0. A área sobre a qual se tecem as presentes reflexões –*grosso modo* o actual território português compreendido entre o Douro e o Tejo– envolve diversas sub-regiões suficientemente distintas e contrastantes, quer em termos geográficos e ambientais, quer no que respeita a organização

sócio-política e cultural das comunidades de finais da Idade do Bronze. Identificar as diferenças e assinalar as semelhanças entre cada uma delas, e no seu conjunto, exigiria estudos parcelares, exaustivos e comparativos, que não devem ser procurados neste texto. Aliás, tal abordagem assentaria em bases dificilmente comparáveis, visto que é flagrante a assimetria da investigação entre essas diversas áreas, nuns casos intensamente desenvolvida, noutros inexistente, ou quase. Assim, não se comparariam realidades culturais, mas realidades de conhecimento. Claro que serão sempre realidades de conhecimento aquilo que comparamos em Arqueologia, mas, neste caso, a comparação seria profundamente deformada.

De facto, a Beira Central, a Beira Interior, a orla litoral do Baixo Vouga e do Baixo Mondego, ou a Alta-Média Estremadura (fig. 1), registam, naquela época,

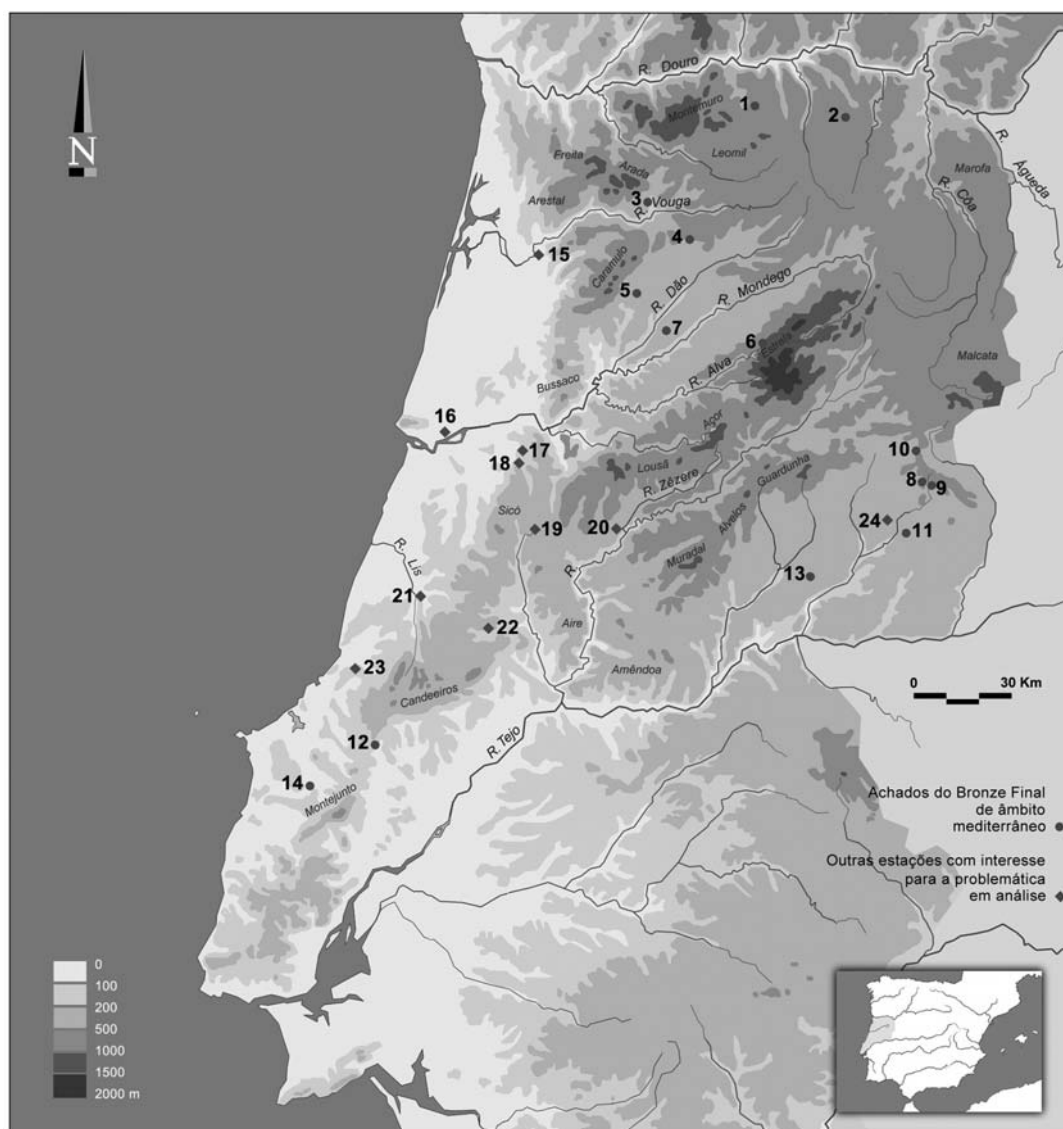


Figura 1
Localização das estações do Centro do território português referidas no texto.

* Instituto de Arqueologia. Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra. Portugal. E-mail: rvilaca@ci.uc.pt. Trabalho realizado no âmbito do projecto EBENOLDU - Centro de Estudos Arqueológicos das Universidades de Coimbra e Porto (CEAUCP-FCT).

percursos próprios, resultantes das raízes culturais de cada uma, das dinâmicas internas desenvolvidas e, naturalmente também, dos distintos estímulos exógenos a que estiveram sujeitas (ou, pelo contrário, a que foram indiferentes) e das formas como os geriram e recontextualizaram.

Por outro lado, às balizas geográficas adoptadas deverá ser atribuído um estatuto meramente convencional, seja no que respeita aos dois grandes rios que atravessam o território português no sentido E-W, seja ao nível da actual linha de fronteira política. Para a discussão da temática em causa, as divisões adoptadas são particularmente controversas para a Beira Interior, quer a oriente, quer a sul, e para a Estremadura, neste caso, a norte e a sul. Naquela, é flagrante, do lado português, o contraste entre a Beira Interior Norte (bacia do Médio e Baixo Côa) e a Beira Interior Centro-Sul, situação que se repete na zona mais ocidental da Meseta e na Alta Extremadura, onde as Beiras se insinuam, ou são, pelo contrário, um prolongamento daquelas, o que é a mesma coisa. Por sua vez, e ainda que tenha sido possível assinalar diferenças entre as duas margens (Vilaça e Arruda 2004)¹, a fronteira meridional só faz sentido em termos académicos, pois, neste caso, o Tejo deverá ser encarado, não como linha limítrofe, mas como eixo polarizador. Esta situação é de particular pertinência para o Baixo Tejo e estuário, onde faz todo o sentido um estudo abrangente das penínsulas de Lisboa e Setúbal, bem como, de resto, para a região ribatejana (Cardoso 2004a: 177-226; Vilaça e Arruda 2004).

Também a norte, a fronteira estabelecida pela linha do Douro é meramente convencional, ainda que nos pareça, para a discussão em apreço, com mais sentido quando comparada com a do Tejo. Mesmo assim, há a assinalar a presença de determinados artefactos de inspiração mediterrânea no Norte de Portugal, de cronologia antiga, como é o recente achado de uma fíbula de enrolamento no arco na Fraga dos Corvos (Macedo de Cavaleiros), em curso de escavação², que se junta, assim, a uma outra, similar, de arco multicurvilíneo, do povoado da Lavra (Marco de Canavezes)³. Também importante é o caso do povoado de São Julião (Vila Verde, Braga), ocupado no séc. IX a.C. (fase Ib) com base em quatro datas de ¹⁴C, e de onde provêm um arco de fíbula inclassificável, uma lâmina afalcatada de ferro e duas contas de colar de pasta vítrea, todos eles elementos de proveniência meridional (Bettencourt 2000: 34-36 e Est. LXI-8 e 9; CIV-1). O mesmo ocorre no povoado da Santinha (Amares), onde

o vidro está igualmente presente em contextos do séc. X a.C. (Bettencourt 2001: 29 e Est. XLI-2).

Foi essencialmente com a atenção centrada nos vestígios da «presença mediterrânea» no Centro do território português que este texto tomou forma, se bem que, nas entrelinhas, sejam os contactos atlântico-mediterrâneos, subliminarmente evocados no testemunho mais emblemático da região – Baiões –, a ditar as considerações que se seguem. Nesta perspectiva, este é também um texto que aborda, do ponto de vista cultural e dos processos históricos subjacentes, a nem sempre fácil «separação de águas» do Atlântico e Mediterrâneo.

1.

A assimetria da investigação a que aludimos atrás não deverá ser necessariamente confundida com a maior ou menor abundância de dados, mas com as condições e forma em que nos chegaram. Neste aspecto específico, cremos ser justo sublinhar que um dos maiores contributos de que a temática em discussão é devedora, resulta da concretização de programas de escavação em diversos sítios de *habitat*, quer na Beira Central, quer na Beira Interior, da responsabilidade, entre outros, de João Carlos Senna-Martinez e de nós próprios, e cujos resultados têm sido publicados em variadíssimas ocasiões e circunstâncias. A obtenção de dados contextualizados, seja em termos estratigráficos, seja suportados por datações absolutas de ¹⁴C, marca, tal como marcaram nos anos oitenta do século passado, por motivos diversos, os trabalhos de Philine Kalb ou de André Coffyn, um antes e um depois na história da investigação do Bronze Final do território português. Entre aqueles dados conta-se um conjunto não muito numeroso, mas significativo, revelador da «presença mediterrânea» nas Beiras Interior e Central e que analisaremos adiante com algum detalhe.

Pelo contrário, não se tem investido em escavações de povoados na orla atlântica da Beira Litoral e Estremadura, onde os nossos conhecimentos são basicamente resultantes de achados antigos e de contextos nem sempre plenamente conhecidos. Acresce que, de um modo geral e face ao que é possível deduzir, ao contrário daquelas áreas mais interiores, os povoados da fachada atlântica parecem reflectir, globalmente, ocupações mais prolongadas e continuadas no tempo, o que permitiria leituras diacrónicas interessantes não fosse a raridade de registos de contextos bem definidos e precisos. Queremos com isto dizer também que os investigadores que se dedicam ao estudo da Idade do

¹ Com inclusão da bibliografia anterior.

² Escavações em curso da responsabilidade de João Senna-Martinez, a quem agradecemos a informação.

³ Agradecemos a Maria de Jesus Sanches e Dulcineia Pinto as informações complementares sobre esta fíbula.

Bronze, designadamente ao seu final, deveriam investir no que, cientificamente é (ou nos parece) prioritário, e não só no que, pelas mais diversas razões, por certo justificáveis, os conduzem a escolhas neste momento talvez secundárias tendo em vista os problemas a que a arqueologia ainda não deu resposta. Cremos que é urgente avaliar, com um olhar renovado, a região litoral de entre Douro e Tejo. Mas seríamos injustos se esquecêssemos alguns contributos recentes, nomeadamente os resultantes de escavações que têm vindo a ser concretizadas na região de Entre Douro e Vouga, por António Manuel Silva, ou mais pontualmente na Baixa Estremadura, por exemplo, por Ana Catarina Sousa.

A importância desta região mais litoral é fácil de entender tendo em conta o dinamismo das comunidades do Bronze Final expresso, designadamente, na quantidade e qualidade dos materiais de bronze que aí circularam, entre outros. Mas, o que estará para além dessa produção metálica indígena e como terão reagido as comunidades litorais aos primeiros impactos mediterrâneos no Bronze Final?

Por outro lado, a própria presença e/ou influência fenícia, concretamente nos estuários do Mondego e Tejo, recentemente valorizada no seu conjunto (Arruda 1999-2000)⁴, ganhará novos contornos quando outras realidades indígenas forem melhor conhecidas e articuladas com aquela situação. E quais terão sido as repercussões dessa presença para além daquelas duas áreas? A verdade é que as regiões mais interiores compreendidas entre os estuários do Tejo e do Mondego permanecem na penumbra, mas não sem alguns focos promissores. A este propósito, o Centro-Sul da Beira Litoral e a Alta Estremadura parecem-nos fulcrais, já que sítios como Conímbriga (Condeixa-a-Nova) (Correia 1993), Nossa Senhora dos Milagres (Pedrógão Grande) (Santos e Batata 2005)⁵, Monte Figueiró (Ansião) (Coutinho 1994)⁶, Leiria («Casa do Fabião») (Coelho 2005)⁷ ou Ourém (vertentes do morro

do castelo)⁸, ocupam precisamente o *hinterland* compreendido entre os pólos de Santa Olaia, no paleoestuário do Mondego, e de Santarém, no Tejo. Mas também a norte do Mondego, aos sítios indígenas já referidos por Santos Rocha e relacionados com Santa Olaia, como o Castro de Tavadede, Chãs ou Pardieiros, há que juntar recentes achados, por exemplo em Sebadal⁹ (Portunhos, Cantanhede) (Cruz 2005: 186), o que abre novas perspectivas de entendimento acerca das ramificações, para norte, do mundo a que chamamos «Orientalizante».

A relação, cultural e cronológica (até que ponto parcialmente coeva ou a partir de quando já sucedânea?), daqueles testemunhos e dos muitos conhecidos que corporizam o designado Bronze Final afigura-se-nos, neste momento, como um dos mais interessantes problemas a explorar da Proto-história da região de entre Douro e Tejo. Mais apelativa se torna a sua investigação se a enquadrarmos nas problemáticas inerentes à tese recentemente defendida de que, numa primeira fase, as populações semitizadas a atingirem o Atlântico ocidental teriam pautado a sua acção em função de um projecto pré-estabelecido e com objectivos concretos, dirigindo-se a áreas precisas e não de forma aleatória ou progressiva de oriente para ocidente e de sul para norte (Arruda 2005a: 294; 2005b: 50). Ora, a existência de um programa como esse implicaria, decerto, conhecimentos ou contactos prévios, em primeira mão ou veiculados por outros.

É ainda necessário referir, e talvez (?) contra o que seria esperável, que permanece um vazio na região do Baixo Vouga, nomeadamente na zona do antigo paleoestuário e no que à influência fenícia diz respeito. Quer as condições físicas e geográficas, quer a proximidade de recursos críticos, como o estanho, o ouro, a prata e o chumbo, ou os que o próprio estuário ofereceria, como o sal, quer o dinamismo das comunidades indígenas do Bronze Final do Médio Vouga, tendo em conta o número de povoados existente de alguma forma vinculados a esse troço do rio, concorreriam

⁴ Ver nota 1.

⁵ Trata-se de um povoado em curso de escavação, com um nível dos finais da Idade do Bronze e um outro, dos inícios da Idade do Ferro, onde estão presentes contas de colar de pasta vítrea e uma faca de ferro com rebites de bronze. A relação entre os dois níveis de ocupação e da própria estação no seu conjunto carecem ainda de uma valorização.

⁶ Este sítio é particularmente importante, pois, além dos materiais sidéricos, expostos durante vários anos numa das vitrinas do Museu Monográfico de Conímbriga (cerâmicas cinzentas, outras pintadas, cerâmicas brunidas de fabrico a torno, lâmina afalcatada de ferro, fíbulas de diversos tipos inseríveis nos sécs. VII-V a.C., contas de vidro policromas, inclusive oculadas, etc.), contam-se também materiais, inéditos, que testemunham uma ocupação do Bronze Final (cerâmicas com decoração brunida, dois escopros completos de bronze e um fragmento de espada tipo «língua de carpa», etc.) (Coutinho 1994; 1997). Portanto, como hipótese de partida, a corroborar, talvez um dia, com a realização de escavações, parece ter havido no Monte Figueiró uma ocupação sequencial do Bronze Final para a I Idade do Ferro, depois continuada em época romana.

⁷ Tal como no sítio anterior, também aqui temos materiais reportáveis a uma ocupação indígena do Bronze Final e outros que testemunham os primórdios dos contactos entre indígenas e populações da órbita fenícia.

⁸ Materiais (cerâmicas cinzentas finas, ânforas com bandas pintadas a negro e vermelho, entre outros), infelizmente provenientes de contextos secundários, em estudo por Jacqueline Pereira e Seara Rei, a quem agradecemos a informação.

⁹ Trata-se de materiais de superfície, concretamente cerâmicas a torno cinzentas e pintadas.

para uma outra realidade na ocupação do estuário distinta daquela que hoje conhecemos. Mas, a verdade, é que, sem projectos de investigação dirigidos para problemáticas específicas, e sem um verdadeiro estudo da ocupação do paleoestuário do Vouga, é difícil entender o que realmente se terá passado¹⁰.

A estação do Cabeço do Vouga (concretamente o Cabeço da Mina) (Águeda), em curso de escavação, revelou já alguns materiais e cabanas que testemunham ocupação do Bronze Final e, principalmente, uma ocupação da Idade do Ferro e época romana, podendo vir a assumir, tal como a região envolvente, um importante papel no conhecimento das comunidades do I milénio a.C. À Idade do Ferro, de cronologia não especificada, correspondem ainda estruturas de planta circular (como as da ocupação do Bronze Final da mesma estação), contas de colar de pasta vítrea polícromas, inclusive, oculadas, etc., mas também se contam algumas cerâmicas estampilhadas (Pereira da Silva s/d). Estas (estampilhas grandes ou pequenas, em recipientes manuais ou a torno?), aliás, igualmente presentes, ainda que de forma pouco expressiva, em Santa Olaia e Castro de Tavadre, deixam em aberto, com a carga étnico-cultural de raiz continental que as envolve, mais um problema da arqueologia sidérica da Beira Litoral que importa investigar.

Recordaríamos ainda que, há cerca de 3000 anos, e tomando como referência o exemplo emblemático da Sr.^a da Guia (Baiões) – que será transversal a este texto –, esta zona entre montanhas (fig. 9) encontrava-se apenas a pouco mais de 40 Km das águas atlânticas, pois o estuário penetraria fundo no interior da Beira. Pelas distâncias, orografia e registo arqueológico disponível, parece-nos ser este percurso mais credível, à época, face ao que recentemente foi proposto por Senna-Martinez (2005: 906), ligando Baiões à foz do Mondego, concretamente a Santa Olaia (Figueira da Foz) (fig. 10a y 10b). Mas, se esta hipótese for a correcta, é necessário vislumbrar os motivos que teriam levado a percorrer maiores

distâncias entre o coração da Beira Central e o litoral atlântico.

De qualquer forma, conectar Baiões com Santa Olaia de forma tão linear é lidar, parece-nos, com elementos cronologicamente desfasados entre si. Com base nos materiais conhecidos, e não tanto nas datas de ¹⁴C disponíveis, cujo interesse não deverá ser excessivamente valorizado¹¹, a ocupação de Santa Olaia dificilmente será anterior aos finais do séc. VIII-VII a.C.¹² Por seu lado, os materiais de Baiões subjacentes àquele raciocínio serão, evidentemente, de cronologia anterior, centrando-se entre os sécs. X e o VIII a.C. É certo que, a fazer fé nas datas de ¹⁴C recentemente obtidas para a Sr.^a da Guia, adiante comentadas, a ocupação do Bronze Final deste sítio é das mais tardias no espaço beirão, o que a aproximaria da ocupação sidérica de Santa Olaia, mas nunca se lhe sobrepondo. Se alguma conexão pudesse ser estabelecida, seria para meados do milénio¹³, altura em que o povoado beirão poderá ter sido reocupado, ainda que sem registo estratigráfico conservado, na medida em que existem cerâmicas estampilhadas e cerâmicas de asa interior, em princípio atribuíveis aos sécs. V-IV a.C. (Silva 1979: Est. VII e X; Silva 1986: 124; Lopes 1993: 158-162, 171-172 e 185). Mas nessa altura Santa Olaia estaria já abandonada ou em vias de o ser (Pereira 1996: 63; Arruda 1999-2000: 237; 254).

A par das escavações, algumas sistemáticas e em extensão, desenvolvidas em sítios de *habitat* das Beiras Central e Interior, decorreram escavações de contextos funerários das Beiras, ou a valorização de outros conhecidos desde os inícios do século passado, como o Paranho (Tondela), que vieram sublinhar as discrepâncias culturais que uma mesma região e um mesmo tempo podem contemplar. Se àqueles povoados não é possível atribuir as correspondentes sepulturas, também é difícil saber onde viveriam as comunidades que construíram necrópoles como as da Sr.^a da Ouvida (Castro Daire) (Cruz e Vilaça 1999), Casinha Derribada (Viseu)

¹⁰ Não esqueçamos, por exemplo, que até há bem poucos anos, o Vouga era navegável até Sever do Vouga, onde existem diversos portos fluviais, como o de Poço de S. Tiago. O próprio Estrabão (III, 3, 4) se refere à navegabilidade do Vouga.

¹¹ As duas datas existentes são de interesse reduzido. Uma delas (ICEN-777: 2300±200 BP), obtida a partir de madeira carbonizada, apresenta um elevado desvio-padrão. A outra (ICEN-778: 2870±45 BP), correspondente a uma amostra de *Cerastoderma edule*, deverá ser considerada de pequena fiabilidade, por ser relativamente pequena. Estas datas foram publicadas por Pereira (1996: 63) e depois, com referências completas, calibradas e comentadas, por Soares, A. M. (2005), *Variabilidade do «Upwelling Costeiro durante o Holocénico nas Margens Atlânticas Ocidental e Meridional da Península Ibérica»*. Universidade do Algarve: 127.

¹² Os materiais que testemunhariam uma presumível ocupação de meados do séc. IX a.C. resumem-se praticamente às fíbulas (de tipo sem mola e de tipo Acebuchal) (Pereira 1996: 63; Ponte 2001: 141-145), mas a sua cronologia poderá ser mais tardia, como esta última autora também admite.

¹³ Nem as escavações realizadas por Celso Tavares da Silva, nem as da responsabilidade de Philine Kalb proporcionaram a identificação de uma estratigrafia perfeitamente definida e tradutora de duas fases de ocupação, de inícios e de meados do I milénio a.C. Pelo contrário, as cerâmicas de «tipo Baiões/Santa Luzia» encontravam-se associadas às cerâmicas estampilhadas (Tavares da Silva 1979: 520). Estas não aparecem registadas nas publicações resultantes das escavações realizadas por Philine Kalb. O problema da ocupação da Sr.^a da Guia não se encontra completamente resolvido.

(Cruz *et al.* 1998), ou Paranho (Tondela) (Cruz 1997). Ou ainda aquelas que, na orla mais litoral, terão recorrido ao ancestral hábito de sepultar os mortos em grutas naturais, como poderão testemunhar os restos antropológicos, faunísticos e artefactuais (fíbula de dupla mola, braceletes e argolas) da gruta de Medronhal (Condeixa-a-Nova) (em estudo). E outros mortos, como os que foram incinerados no Monte de São Domingos (Malpica do Tejo) (Cardoso *et al.* 1998), já bem mais para o interior, teriam realmente habitado o espaço onde foram depositados ou constituirão apenas a ponta de um véu ainda por desvendar?

O certo é que o mundo funerário e cultural do Centro Interior do território português manteve-se, ao contrário do mundo dos vivos, muito mais afastado de quaisquer influências de carácter mediterrâneo. Culturalmente, o mundo dos mortos expressa, para além de uma enorme diversidade, uma notável vinculação a práticas culturais ancestrais, onde o fogo desempenhou um papel recorrente (Vilaça e Cruz 1999). E, mesmo eventuais influências exógenas expressas na adopção da prática da incineração, testemunhada no Monte de São Domingos, no Paranho ou no núcleo de Alpiarça¹⁴ (Vilaça *et al.* 1999), por exemplo, não evidenciam elementos de timbre mediterrâneo. Se há excepções, elas circunscrevem-se, neste campo, à zona mais litoral.

Ainda com interesse directo para a questão de fundo deste texto, registre-se que têm sido feitos outros esforços no sentido de valorizar achados antigos ou outros mais recentes casualmente recolhidos em prospecções, que também comentaremos adiante (Carreira 1994; Farinha *et al.* 1996; Vilaça 2004a).

Claro que, para além de tudo isto, o designado «depósito de fundidor» de Baiões (Silva *et al.* 1984), a «face» mais conhecida do Mediterrâneo no Centro do território português, permanece como um conjunto de excepção, de difícil leitura, ou de leituras plurais, inclusive a respeito da sua cronologia, e sobre o qual haverá sempre mais alguma coisa a dizer. Infelizmente, é bastante mal conhecida a relação contextual dos diversos achados desta estação, quer os do «depósito» em si mesmos, quer com os demais dados provenientes da área ocupada e de todos eles com os das áreas limítrofes. Sem ser nosso objectivo dedicar-lhe especial atenção neste

momento, serão necessariamente frequentes, ao longo deste texto, comentários vários a seu propósito.

2.

A existência de contactos entre as populações mais ocidentais da Península Ibérica e populações oriundas do Mediterrâneo num tempo anterior ao estabelecimento permanente dos Fenícios, tomando como referência o marco em torno de 825 a.C. (Torres Ortiz 1998), ou mesmo antes se tivermos em conta os dados (materiais e datações absolutas), perturbadores, do estrato «gris-negruzco» de Huelva, com abundantes materiais fenícios, sardos, cipriotas e indígenas (González de Canales Cerisola *et al.* 2004)¹⁵, é um problema que, hoje, já não faz sentido colocar. Aliás, bastaria recordar, e no que respeita exclusivamente o território português, o exotismo da sepultura de Belmeque (Serpa), um pequeno hipogeu com materiais certamente importados, concretamente a faca¹⁶ de bronze com rebites em ouro, datada do Bronze Pleno (Soares 1994), ou até mesmo as sempre recorrentes contas de vidro da necrópole, também do Bronze Pleno, de Atalaia (Ourique) (Schubart 1965: 11)¹⁷.

Para o Bronze Final, materiais, contextos arqueológicos e datas de Carbono 14 afastam quaisquer dúvidas que, eventualmente, ainda persistissem. E mesmo quando a evidência dos dados não era tão segura, porque em geral descontextualizados e em reduzido número, e ainda que percorrendo caminhos nem sempre coincidentes, quer Almagro Gorbea, quer Marisa Ruiz-Gálvez, por exemplo, em muitos dos inúmeros trabalhos que têm publicado, insistiram sempre na importância dos contactos «pré-coloniais», «proto-orientalizantes», «pré-fenícios», etc., entre a Península e o Mediterrâneo Oriental e Central. De resto, neste último caso, há muito que se havia chamado a atenção para o papel de intermediário desempenhado pela Sardenha na complexa teia urdida pelo Atlântico e Mediterrâneo nos finais da Idade do Bronze (Briard 1965: 237).

Muito mais problemático é identificar a natureza de tais contactos e a(s) «nacionalidade(s)» dos intervenientes, mediterrâneos e peninsulares que, num *continuum*, compreendido entre a época pós-micénica e as primeiras colonizações históricas, trilharam as águas mediterrâneas

¹⁴ Próximo do Tejo, na sua margem esquerda, portanto já fora da nossa área de análise, mas suficientemente importante para não ser esquecida, até por ter sido possível precisar a sua cronologia com base em duas datas de Carbono 14 e que apontam para meados do séc. XI-inícios séc. IX a.C.. (Vilaça *et al.* 1999: 14-15).

¹⁵ As três datas apontam para uma idade média ponderada de 2755±15 BP, que, calibrada, corresponde, com 95,4% de probabilidade, a 970-960 BC e 930-830 BC, ou seja, segunda metade/finais do séc. X-inícios do IX a.C.. (<http://www.ucm.es/info/antigua/cefyp.htm>; consulta efectuada a 3/05/2006; Nijboer e Van der Plicht 2006: 32).

¹⁶ Como já Coffyn havia sublinhado (1983: 178), as facas não têm grande tradição na Península em contextos anteriores ao Bronze Final.

¹⁷ Neste caso de cronologia bem mais problemática, visto que não é seguro o posicionamento estratigráfico das contas.

(Almagro Gorbea 1989: 283; 2000: 714, entre outros). A intervenção de micénicos, cipriotas, sírio-fenícios e sardos, tem sido apontada por diversos investigadores, admitindo-se igualmente a existência de tripulações multiétnicas, com participação de indígenas e navegadores atlânticos nas viagens que cruzaram o Mediterrâneo (Ruiz-Gálvez Priego 1993: 58; 2005a: 252, 256). Todavia, nos contactos com a Península, o papel cimeiro tem sido atribuído, com pertinente argumentação, a navegadores sardos, que, inclusive, teriam criado bases no Centro do território português (Ruiz-Gálvez Priego 1995f: 145). Já esta última hipótese parece-nos muito mais difícil de aceitar, principalmente porque não foi explicado o que se deverá entender por essas «bases sardas». E, nem mesmo o sempre recorrente exemplo da Roça do Casal do Meio (Sesimbra), tido por muitos como sepultura de navegadores sardos, recentemente reavaliado em termos cronológicos, arqueológicos e antropológicos, demonstra que assim foi (Vilaça e Cunha 2004)¹⁸.

De qualquer forma, casos como a cerâmica sarda recentemente identificada entre os materiais de El Carambolo (Torres Ortiz 2004) ou Huelva (González de Canales Cerisola *et al.* 2004: 186; 206), não provam, de forma inequívoca, a sua chegada através de navegadores sardos, nem sequer necessariamente no Bronze Final, mas, simplesmente, a existência de contactos entre a Península e a Sardenha. Da mesma forma, a cerâmica nurágica encontrada em Kommos (Creta) (Lo Schiavo 2001: 134), por exemplo, só vem confirmar as estreitas ligações entre a Sardenha e o Mediterrâneo Oriental, mas deixa em aberto quem foram os portadores. A posição ambivalente desta investigadora, que admite a vinda por mar de metalurgistas cipriotas, mas aceitando igualmente a ida de artífices e comerciantes nurágicos a Chipre (Lo Schiavo 2001: 141), revela bem como ainda sabemos tão pouco sobre os navegadores mediterrâneos. Finalmente, face aos recentes e importantíssimos achados de Huelva, onde se encontraram associadas a cerâmicas indígenas, outras importadas, em concreto fenícias, sardas e cipriotas, sugeriu-se, o que também é credível, que todas poderiam ter chegado através de navegadores fenícios (González de Canales Cerisola *et al.* 2004). Seja como for, parece que tais contactos ter-se-ão desenvolvido de forma pendular, pelo menos entre o Ocidente e o Mediterrâneo Central e entre este e o Oriente. E, o certo, é

que navegamos no campo das possibilidades e não no das demonstrabilidades.

Num outro registo, e sem se negar o papel dos sardos nas comunicações marítimas E-W, foi recentemente também reconsiderada como provável, a troca de bens por via terrestre (Guerreo Ayuso 2004: 97). Nesta mesma linha pode inserir-se, aliás, a hipótese que valoriza a existência de contactos mais estreitos entre o Centro do território português e o Norte de Itália (por via terrestre?), com base nos carrinhos de Baiões, onde estes encontrariam os seus paralelos mais estreitos, concretamente no carrinho de Bizencio (Viterbo) (Coffyn e Sion 1993: 289-290).

A este propósito, cabe aqui recordar que o Museu Etnográfico e Arqueológico da Nazaré possui duas fíbulas de origem itálica provenientes do castro de Pirreitas (Alcobaça) (tipo Ponte 1b e Ponte 6), a que foi atribuída uma cronologia do séc. IX a.C. (Ponte 2001: 107-108, 115, 154)¹⁹. Infelizmente, nada mais se sabe quanto às suas condições de achado e materiais que as acompanhassem e nos ajudassem a entender melhor a sua presença; a estação tem essencialmente fornecido dados relativos à sua ocupação romana.

Até certo ponto, a questão das origens dos artefactos, das trocas trans-regionais e dos caminhos por aqueles percorridos, é de insolúvel resolução. De facto, e ainda que seja possível determinar com rigor a origem de certos bens, como ocorreu, por exemplo, com as contas e os nódulos de âmbar báltico, ou sucinite, que chegaram à Sr.^a da Guia (Baiões) e à Moreirinha (Idanha-a-Nova) (Vilaça *et al.* 2002), jamais saberemos o rumo que tomaram, sendo igualmente possível que tenham chegado pelo caminho mais curto e directo, como pelo mais longínquo e sinuoso, por via atlântica, mediterrânica ou terrestre (Vilaça *no prelo a*). À época, as rotas directas, lineares e unidireccionais entre os centros de origem e os pontos de chegada, seriam talvez ainda excepção e, hoje, de nem sempre fácil reconstituição; pelo contrário, é bem mais certo que predominassem antes as rotas entrançadas, bifurcadas, configurando modelos dentrítricos e incluindo talvez mesmo percursos repetidos (Vilaça 1995: 412, 414). E, claro, quanto mais afastados são os centros de origem e os centros de chegada, mais difícil é a tentativa de uma reconstituição minimamente rigorosa.

Uma outra questão distinta, e que é necessário ter presente, traduz-se na existência de contactos, com troca de conhecimentos, aprendizagem no fazer, assimilação de

¹⁸ Nunca tivemos oportunidade de visitar o monumento, mas segundo informação de João Luís Cardoso, que agradecemos, o seu estado actual é de acentuada ruína; ainda assim, talvez fosse interessante escavar na área exterior, frente à entrada do corredor, pois não será de descartar a hipótese de essa zona ter funcionado como uma área ritual, onde potencial informação poderá ainda conservar-se.

¹⁹ Quando estávamos já numa fase final de redacção do presente texto, esta obra, que corresponde à tese de doutoramento da autora e que utilizámos na versão policopiada, foi publicada; não nos foi possível adaptar as referências à nova paginação.

novos gostos e costumes, etc., mas não necessariamente envolvendo permuta de bens materiais, isto é, de importações/exportações. Movemo-nos aqui numa esfera muito mais subtil que é a de distinguir protótipos, originais e modelos, de imitações, recriações e reelaborações indígenas. É muito difícil, mesmo para os mais habilitados, estabelecer aquelas distinções, e ainda que recorrendo às mais minuciosas análises estilísticas, tecnológicas ou outras. Com efeito, se a tecnologia não se pode copiar sem antes ter sido aprendida, e aprender é, neste caso, ver fazer, o que pressupõe um contacto directo entre artesãos (Armbruster 2002-2003: 153), já as formas e o estilo podem imitar-se com mais ou menos êxito, ou podem até, positivamente, ser copiadas com intencionais diferenças para mostrar que são produções próprias.

Voltando a Baiões, e aos seus suportes rituais, que, obviamente, não fazem parte do universo ideológico indígena, mas para os quais não foi ainda possível apontar paralelos directos no mundo mediterrâneo, onde culturalmente se enquadram, constituem um bom exemplo do que referimos. Para a forma/função e estilo, ao que parece, bem determinados, não são assinaláveis discordâncias de maior monta. Mas já as questões relativas à sua origem de fabrico, não só são responsáveis por posições distintas entre os investigadores, como levam a que os mesmos investigadores hesitem, ou alterem as suas opiniões, nem sempre com novos argumentos, o que expressa bem a dificuldade da questão.

Por exemplo, no trabalho em que se dá a conhecer o «depósito de Baiões», os autores consideram os bronzes testemunho de produções locais, que designam por «Grupo de Baiões» (Silva *et al.* 1984: 93-95); posteriormente, Armando Coelho, na esteira de Almagro, valorizou as afinidades existentes entre alguns objectos e contextos cipriotas e sírio-palestinos do grupo Sherdana dos «Povos do Mar» (Silva 1990: 139-140).

Em múltiplos trabalhos, Almagro Gorbea (1989: 280, 1998, etc.) sempre se mostrou partidário de uma origem oriental para boa parte das peças, inclusive espetos e ganchos de carne, em concreto da órbita sírio-levantina-cipriota pós-micénica anterior à expansão fenícia, por volta de 1200-1000 a.C., valorizando a esse propósito, não só o tipo de objectos, mas também a peculiar decoração entrançada dos suportes (fig. 11); recentemente admitiu, para além daquela, a possibilidade de uma origem sarda (Almagro Gorbea 2000: 714). Ora, é a proposta daquela filiação sírio-fenícia que adquire um novo fôlego com o cenário traçado pelos achados fenícios de Huelva e dados

de finais da Idade do Bronze (finais do X-inícios do IX a.C.). Concretamente, propõe-se que os suportes com rodas de Baiões correspondam a um produto fenício que tenha chegado entre o séc. X e inícios do VIII a.C. (González de Canales Cerisola *et al.* 2004: 249).

Por seu lado, Ruiz-Gálvez Priego considerou que o único objecto importado, seguramente estrangeiro, seria o carro (1993: 52), ainda que também tenha admitido, pela falta de paralelos exactos, ser uma imitação de fabrico atlântico (1993: 50), posição que manteve mais tarde (1995f: 141); mas voltará a defender, a propósito do carro e das taças, uma origem mediterrânea para os mesmos, aqui chegados como sucata importada, face ao seu estado deteriorado (Ruiz-Gálvez Priego 1998a: 286 e 300).

Um muito provável fabrico indígena foi defendido por Barbara Armbruster, com base em argumentos tecnológicos, nomeadamente pelo elevado nível de conhecimentos técnicos dos fundidores de Baiões (Armbruster 2000: 182; 2002-2003: 148), ideia também partilhada por Burgess (1991: 38) e Correia (2001a: 216).

Com uma outra orientação, Coffyn e Sion (1993: 289) consideram que o exemplar mais próximo dos carrinhos de Baiões é o de Bizenio (Viterbo), como já referimos.

E se recorrermos a argumentação de natureza metalúrgica, também não ultrapassaremos o patamar das dúvidas. O pouco que se conhece, ou se encontra publicado, a este respeito, indica que os artefactos de Baiões, concretamente a fúrcula, os carrinhos, os machados, as foices, etc., são bronzes de ligas binárias (Silva e Gomes 1992: 229; Rovira 1995: 53)²⁰. Estas características são típicas das produções metalúrgicas do Bronze Final do território português, mas também, por exemplo, da Sardenha ou Sicília (Rovira 1995: 55; Vilaça 1997). A publicação dos resultados de outras análises, nomeadamente dos materiais de Santa Luzia (Viseu), apontam no mesmo sentido (Senna-Martinez e Pedro 2000 b: 77).

Portanto, de momento, não é fácil vislumbrar consensos quanto a esta matéria e o problema fecha-se num círculo: como não há paralelos directos para os suportes no mundo mediterrâneo, serão criações indígenas; como não há quaisquer paralelos em contextos indígenas ocidentais, os suportes terão de ser importados.

O período em que se centram os dados e problemáticas deste texto tem proporcionado várias leituras, designadamente no que concerne a utilização de conceitos e terminologias tidos como os mais adequados à identificação e caracterização das realidades históricas subjacentes.

²⁰ Os resultados das análises das peças, correspondentes a ligas binárias, foram apresentados no *II Colóquio Arqueológico de Viseu*, realizado nessa cidade em Abril de 1990, mas não foram publicados. O gráfico publicado por Silva e Gomes (1992: 229) regista apenas as percentagens de estanho, não sendo feito qualquer comentário.

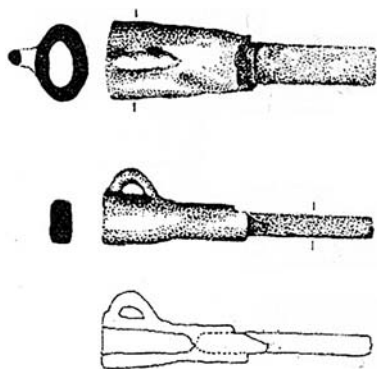


Figura 2
Escopio bimetálico da Sr.^a da Guia (Baiões) (seg. A. C. Silva).

Entre os conceitos e terminologias adoptados, por princípio expressivos do posicionamento teórico-metodológico de quem os manipula – análise de que outros colaboradores deste volume se encarregarão –, não poderemos deixar de reter as recentes reflexões de Alvar ou de Ruiz-Gálvez Priego a tal propósito.

No quadro das relações Oriente-Occidente, esta investigadora tem insistido sempre na primazia da existência de uma interacção como processo participativo no qual as comunidades «marginais» ou «periféricas» desempenharam um papel activo face aos impulsos irradiados do «centro». Por outro lado, sublinha a necessidade de se distinguirem as expressões «precolonização» e «precolonial», rejeitando aquela e aceitando esta, se entendida num sentido estritamente cronológico, como definidor do período compreendido entre cerca de 1200 a.C. e o momento da implantação das primeiras colónias fenícias no Mediterrâneo Centro-Occidental²¹ (Ruiz-Gálvez Priego 1998a: 272-273; 2005a: 252).

Também Alvar (2000: 28) distingue muito bem a natureza dos contactos durante um primeiro lapso de tempo, independentemente do que se passou a seguir; essa fase, que designa por «Modo de Contacto não Hegemónico», não contempla nem a ocupação territorial, nem a exploração de recursos, nem a obtenção de benefícios, nem a submissão da população indígena. Por oposição, no «Modo de Contacto Sistemático» a essência das trocas fundamenta-se na exploração do trabalho alheio mediante o controlo da população indígena e com ocupação do território. Claro que, e como sublinha, a regularidade e organização dos contactos neste último caso, tornam-no potencialmente mais visível em relação ao «Modo de Contacto não Hegemónico», o que dificulta muito avaliar e comparar o real peso de cada um. Quanto a nós, neste contributo o mais importante é a rejeição da ideia de uma linearidade rígida e interdependência dos processos tradicionalmente identificados como

«precolonização» e «colonização» – que se auto-excluem –, já que é admissível a coexistência daquelas duas modalidades de contacto, e inclusive, realizadas pelos mesmos agentes (Alvar 2000: 28).

Com efeito, num mesmo tempo e num mesmo espaço podem caber realidades heterogêneas, díspares, até mesmo contraditórias, e que fazem parte, afinal, da natureza de qualquer processo de transformação, tão profundo e complexo como foi aquele que a Península Ibérica conheceu na charneira do II para o I milénios a.C. e inícios deste. E, se é certo que indígenas e populações mediterrâneas se estruturavam por princípios distintos, também é verdade que entre as comunidades autóctones havia diferenças de monta e, naquelas, distintas «nacionalidades» e diversos interesses estavam instituídos e, naturalmente, concorrerem entre si. Esta simultaneidade de processos parece-nos particularmente evidente ao nível das trocas e da circulação de bens, praticadas a diferentes escalas e com objectivos não menos distintos (Vilaça 2003: 276). Por conseguinte, as coisas terão sido bem mais complexas do que uma simples visão dicotómica que valorize a substituição de um sistema baseado num «modo de produção doméstico», como era o das comunidades indígenas, com trocas directas e de pequena escala, por um sistema mercantil ou mesmo proto-mercantil, determinado pelo valor intrínseco do produto que se trocava e já não pelo acto em si. O modo de funcionamento e a forma de percepção do mundo das entidades que os investigadores denominam de pré e de proto-históricas coexistirão ainda durante algum tempo.

3.

Como é sabido, o Centro do território português corresponde a uma das áreas mais dinâmicas de produções, importações e trocas de artefactos de bronze, interligando o Atlântico, o Mediterrâneo e a região além-Pireneus, o que lhe mereceu o epíteto de «Groupe lusitanien» (Coffyn 1985: 267). Mas, ao contrário do que sucedia há duas décadas atrás, em que a Beira Litoral e Estremadura eram consideradas o epicentro dessa produção e circulação devido à elevada concentração de achados (Kalb 1980b; Coffyn 1985: 267; Ruiz-Gálvez Priego 1986: 37), a situação está hoje mais esbatida, e equilibrada, graças à investigação desenvolvida no interior.

Na verdade, se o «Groupe lusitanien» traduz alguma realidade histórico-geográfica, ele deverá ser também alargado às Beiras Central e Interior, não só pelos achados que essas regiões igualmente produziram e/ou incorporaram, mas principalmente porque é aí que encontramos uma

²¹ Problema que se mantém, mais do que nunca, face aos novos dados de Huelva, na ordem do dia (Cf. nota 15).

mais expressiva distribuição de moldes – de pedra, argila e bronze – atestando a existência de produções indígenas (Vilaça 1995: 416)²². Além disso, os achados de Baiões, no seu conjunto, e a sua valorização como testemunho da existência de um sítio produtor de bronze reforçariam essa ideia (Kalb 1978: 117; 121-122; Silva *et al.* 1984: 75; 93-94; Correia 2001a; Senna-Martinez e Pedro 2000 b; Armbruster 2002-2003; Senna-Martinez 2005: 906).

As produções em série – machados de talão e de duas argolas, as foices de alvado, etc. – e os artefactos saídos dos moldes sem qualquer uso, levaram Armando Coelho (Silva *et al.* 1984: 94) a propor a designação de «Grupo de Baiões» a todo esse conjunto metálico, expressão esta mais tarde adoptada por alguns investigadores, como Senna-Martinez, que a generaliza a toda a produção metalúrgica do Bronze Final do Centro do território português, definindo mesmo, como seus tipos caracterizadores, os machados de talão e duplo anel, os machados unifaciais de um anel, as foices de alvado e as fíbulas de enrolamento no arco (Senna-Martinez 1994: 219; Senna-Martinez e Pedro 2000 b: 124).

Todavia, os tipos em causa extravasam largamente as Beiras, para norte e para sul, para o litoral e o interior, ocorrendo em variadíssimos contextos e cenários e não menos diversas associações (não apenas nos *habitats* de altura que, supostamente, seriam também um outro elemento identificador daquele grupo), o que significa, do nosso ponto de vista, que a tal metalurgia não pode ser atribuído um significado histórico-cultural e geográfico identificador de um grupo ou comunidade. Ela constitui antes, agregando materiais de cronologias distintas, um evidente sintoma do processo de «internacionalização» ou «globalização» que caracterizou as últimas etapas do Bronze Final e, obviamente, o dinamismo das comunidades ao nível da produção, manipulação e acumulação do bronze. As combinatórias de diferentes elementos de distintas origens e, por certo, de significados díspares são inúmeras.

Os resultados das escavações que realizámos em diversos povoados da Beira Interior, como o Castelejo (Sabugal), Monte do Frade (Penamacor), Moreirinha, Alegrios, Monte do Trigo, Cachouça (Idanha-a-Nova), e outros, como o Monte de São Martinho (Castelo Branco), ou o Castro de Argemela (Fundão), revelaram-nos a existência de uma outra escala de produção do bronze, muito modesta, compatível com uma domesticidade generalizada da metalurgia do bronze (Vilaça 1995: 417; 1998a: 358; Farinha *et al.* 1996). Alguns outros sítios escavados na Beira Alta, como o Crasto de São Romão (Seia)

(Senna-Martinez 1995 a), o Outeiro dos Castelos de Beijós (Carregal do Sal) (Senna-Martinez 2000b), ou Santa Luzia (Viseu), etc., também com testemunhos da prática local do trabalho do bronze, corroboram aquela nossa opinião (Senna-Martinez e Pedro 2000 b; Senna-Martinez 2005). Esta é, de resto, a situação que encontramos noutros contextos habitacionais recentemente escavados, como mostram, por exemplo, os resultados obtidos em Canedotes (Vila Nova de Paiva), povoado de altura onde se recolheram cerca de 67 pequenas peças/fragmentos de bronze (Canha 2002: 236-242) ou os de Nossa Senhora dos Milagres (Pedrógão Grande), com vários pingos de fundição e um molde de foice de «tipo Rocanes» (Santos e Batata 2005). Para a região litoral, a raridade de escavações em sítios de *habitat* deixamos, a este propósito, numa situação de penumbra.

Portanto, parece ser necessário admitir a coexistência de duas esferas de funcionamento da produção do bronze. Uma, envolvendo grande acumulação de metal, mais complexa em termos de meios de produção, mesmo sofisticada, e, pelo menos em parte, destinada a trocas, algumas de muito longa distância; por exemplo, os machados de talão unifaciais, que alcançaram a Sardenha mas também a Irlanda, expressando a existência de circuitos bidireccionais. Outra, muito mais modesta, generalizada, tendo como objectivo imediato o consumo próprio e local, face ao que se pode depreender dos artefactos, moldes e cadinhos (Vilaça 1995: 417; 1998a: 355-356). Esta, como referimos, encontra-se de alguma forma pulverizada em múltiplos focos de carácter habitacional. Aquela, sabemos que existiu, pelos variadíssimos «depósitos» de bronze das Beiras e Estremadura que revelam, para além de tudo o mais, uma notável capacidade de acumulação de metal, nomeadamente de peças volumosas, com produções em série, e incluindo lingotes, que aqueles *habitats*, por norma, não produziam (Vilaça 1995: 415-417; 1998a: 358). Esta dualidade retrata bem o processo de mudança em curso: a economia indígena, não mercantilizada, acaba por se ultrapassar a si mesma, gerando novas relações sociais de produção pautadas pela competitividade.

É também sabido que muitas daquelas produções se destinavam a alimentar o circuito de trocas supra-regional, tendo alcançado regiões distantes, ou mesmo muito distantes, nos espaços atlântico e mediterrâneo. E este, no Ocidente Peninsular, encontra todo o seu exotismo expresso no «depósito» de bronzes de Baiões (S. Pedro do Sul) (Silva *et al.* 1984), recorrentemente encarado,

²² Trabalhos de escavação e prospecção desenvolvidos durante a última década proporcionaram novos achados de moldes, designadamente na Beira Alta, no Baixo Zêzere e Médio Tejo, cuja distribuição não altera, na sua essência, a ideia expressa aquele nosso trabalho, antes a reforça. Refiram-se, por exemplo, o recente achado de moldes em pedra no castro de Argemela (Fundão), um para argolas, outro para machados (em estudo).

conforme já referimos, como a «face» do Mediterrâneo no mundo interior beirão. Todavia, Baiões deixou de ser um caso isolado, não obstante a sua singularidade e importância ímpares, como vários investigadores bem têm sublinhado.

Para além das produções metálicas, é difícil identificar, no Mediterrâneo, outro tipo de bens, que não de bronze, oriundos do Ocidente Peninsular. Esta exclusividade de artefactos metálicos – foices de «tipo Rocanes», machados de talão unifaciais, machados de alvado, espetos, etc. – admitindo que outros bens, perecíveis, como peles, sal, gado²³, etc., não fariam parte deste circuito de trocas, tem sido vista como testemunho de um deficit de metal, designadamente estanho, no Mediterrâneo. Caberia aqui perguntar se, sendo o estanho um recurso tão crítico, por que motivo são o encontramos como tal, em lingotes (com raríssimas excepções), nos circuitos de trocas do Bronze Final; mas esta é uma questão que nos levaria longe e afastaria dos propósitos imediatos deste texto.

Ao invés, a presença de determinados objectos de bronze de origem ou inspiração mediterrânea no Centro do território português, não só, mas especificamente os carrinhos de Baiões, têm sido igualmente evocados como suporte arqueológico da existência de um comércio de sucata entre ambas as regiões, com o argumento de se encontrarem fragmentados (Ruiz-Gálvez 1993: 52; 1998a: 300; 2005a: 263, etc.)²⁴. Na perspectiva desta investigadora, importavam-se artefactos pelo seu exclusivo valor de troca, material, pelo seu peso e volume, desprovidos de qualquer outro significado simbólico, ideológico ou social. Na recente revisão dos materiais metálicos de Baiões esta hipótese foi subscrita (Senna-Martinez e Pedro 2000 b: 134), contra o que antes havia sido defendido, considerando-se, então, que os objectos cultuais de Baiões significavam a importação de modelos artefactuais e de comportamentos (Senna-Martinez 1994: 225, nota 15 e 226).

Sem nos querermos envolver demasiado numa polémica de difícil desfecho, até porque os mesmos dados permitem leituras divergentes, diremos, no entanto, que, adoptando a linha interpretativa sempre reiterada por Marisa Ruiz-Gálvez, parece ser necessário acrescentar algo mais.

É certo que o Centro do território português exportava, quer para o Atlântico, quer para o Mediterrâneo Central, artefactos metálicos (Coffyn, 1985; Ruiz-Gálvez Priego 1986; Lo Schiavo 1991; Giardino 1995),

alguns como sucata em deposições sardas (Ruiz-Gálvez Priego 1993: 59) mas, simultaneamente, também lhe chegariam daquela mesma região, ou de mais longe até, outros artefactos, ou restos de artefactos – os carrinhos de Baiões e outras peças com similar decoração, que analisaremos adiante, recipientes de bronze, determinadas fíbula, pinças, lâminas de ferro, etc. Ora, isto parece significar que o Centro do território português seria uma região ao mesmo tempo deficitária (porque importava metais, nomeadamente como sucata, conforme se sugere) e excedentária (porque se permitia exportá-los), mecanismo este de difícil compaginação com um raciocínio de teor estritamente economicista. Com efeito, se se importava o que também se produzia – o bronze –, que, por sua vez, era igualmente exportado, estamos perante um processo económico, em última instância, inexistente ou totalmente desregulamentado, pois os distintos vectores anular-se-iam mutuamente entre si. Não assim, se um, ou outro, ou ambos, veiculassem e arrastassem consigo mais alguma coisa para além do valor da massa metálica propriamente dita. Nesta perspectiva, o valor dos, ou de determinados objectos de bronze que aqui chegassem via Mediterrâneo iria certamente mais além do seu peso e volume, valendo também pela forma, função, estilo, valor social, etc.

É nesta linha, discordante, que se inscrevem outros investigadores ao admitirem uma incorporação, no seio das elites indígenas, não só de objectos (ou das suas cópias), mas também de ideias, mitos, costumes, provocando alterações nas suas formas, não tanto de vida, parece-nos a nós, mas no modo de constituírem e expressarem o seu poder, isto é, com uma função idêntica ou próxima daquela que desempenharam no mundo oriental (Almagro Gorbea 1989: 282; 1996c: 34; Coffyn e Sion 1993: 293; Senna-Martinez 1994: 225, nota 15 e 226; Mederos e Harrison 1996b: 250). E se é verdade que esta hipótese encontra, ao nível empírico, distintos pontos de apoio, também é necessário que algo mais seja sublinhado. É que todos aqueles aspectos não expressam, de forma alguma, um qualquer processo de aculturação ou de mediterraneanização, visto que tudo se passa ao nível das elites, em termos residuais e, em muitíssimos casos, de maneira fugaz, isto é, não continuada. Neste sentido, cremos que alterações na forma de vida das comunidades, isto é, no seu dia-a-dia, jamais se terão processado no período aqui analisado, mas isso não significa que transformações ao nível das relações sociais, ou das relações

²³ Em função dos dados recolhidos na Sr.^a da Guia, São Romão, Monte do Frade, Monte do Trigo, Moreirinha, Alegrios e Canedotes, a base alimentar destas comunidades assentaria no consumo de cereais (trigo, cevada, centeio e milho miúdo), bolota e leguminosas (fava, ervilha), e de carne, fundamentalmente de espécies domesticadas (boi, ovelha, cabra, porco). O gado deveria ter sido um dos principais bens destas comunidades.

²⁴ Cf. pág. 377.

sociais de produção, não tivessem ocorrido, esporádica e residualmente.

Mas, como deixámos de alguma forma subjacente nas entrelinhas, a argumentação de uma ou outra tese baseia-se em dados de demonstrabilidade desigual, uma vez que estão em jogo aspectos de teor material – o metal, os artefactos, os modelos, as cópias – e elementos imateriais, de carácter ideológico – práticas rituais, costumes, mentalidades.

Ainda será necessário voltar a Baiões, demoradamente, mas, de momento, concentremo-nos no que, de «mediterrâneo» – o que não é necessariamente sinónimo de importação mediterrânea –, para além daquele, existe no Centro do território português.

4.

Percorrendo o olhar pela actual dispersão dos achados do Bronze Final imputáveis à órbita mediterrânea e para os quais não há quaisquer elementos que nos permitam correlacioná-los com uma efectiva presença fenícia, sejam eles importações ou reelaborações indígenas, damo-nos conta de uma realidade de conhecimento relativamente recente: nas últimas etapas do Bronze Final, o Mediterrâneo alcançou o espaço atlântico do Centro do território português e penetrou fundo (ao contrário do que sucederá no Ferro Inicial), e de forma tentacular, no seu interior (fig. 1).

Essa realidade manifesta-se num conjunto de artefactos de bronze, de ferro e de pasta vítrea, com novos estilos, funcionalidades, tecnologias e matérias-primas – fíbulas, pinças, bronzes com decoração entrançada, facas de ferro, contas de colar – os quais expressam novos hábitos no vestuário, na transformação do corpo, na estética e, eventualmente também, na incorporação de novos rituais. Mas, como frisámos, sempre em termos de excepção. Além disso, *sublinhe-se* que não existem quaisquer evidências, nem mesmo indícios, nesta etapa, de incorporação de cerâmicas mediterrâneas, sardas, fenícias ou outras. Portanto, estamos já perante uma situação de perfeita, e por certo consciente, selecção de

itens, com a consequente indiferença ou rejeição de outros. Mas fica sempre por se saber se essa ausência resulta de uma escolha indígena face a um universo de coisas disponíveis, ou se a selecção foi antes feita por aqueles – quaisquer que eles fossem – que as fizeram chegar, não trazendo o que não queriam ou que acharam não ser relevante.

No conjunto, são catorze as estações onde encontramos tais testemunhos, todas elas correspondentes a sítios de *habitat*, aspecto que importa, desde já reter²⁵. Vejamos, sucintamente, o que nos dizem cada um deles, em termos de tipos de artefactos, sua funcionalidade, contextos de uso e cronologias, nomeadamente radiocarbónicas.

CASTRO DE SANFINS²⁶, MONDIM, MOIMENTA DA BEIRA

Este povoado, muralhado (com troços ainda muito bem preservados), foi dado a conhecer por Leite de Vasconcelos (1933), que divulga os resultados das escavações efectuadas, em 1911 e 1914, pelo Padre Vasco de Almeida Moreira, depois Abade de São João de Tarouca.

No que aqui nos interessa, são de referir os três braços de fíbulas de ‘codo’, bem identificadas, mas só muito mais tarde devidamente valorizadas e reconstituídas, correspondendo a dois exemplares, faltando em ambos os fuzilhões e, num deles, um dos braços (Carreira 1994: 82 e 9)²⁷. Outros testemunhos, cerâmicos – cerâmicas com decoração de «tipo Baiões», «cepilladas», bordos decorados e em aba oblíqua, etc.²⁸ – e metálicos (bronze e ferro) – machados de talão de uma e duas argolas, fíbulas anulares, lâminas, moedas, etc. –, vidros e líticos, revelam uma longa diacronia de ocupação, ignorando-se se continua ao longo do I milénio a.C. ou com abandonos temporários.

Trata-se, sem dúvida, de um dos mais importantes sítios proto-históricos da Beira Alta que, nos últimos anos, foi alvo de várias intervenções da parte da Câmara Municipal no arranjo e abertura de caminhos. Certamente que no decurso de tais trabalhos terão aparecido, pelo menos, materiais arqueológicos, visto que se encontravam muitos à superfície na altura que visitámos esta estação.

²⁵ Não incluímos casos com contextos mal conhecidos ou que estão ainda inéditos e, por conseguinte, não totalmente conhecidos. Por exemplo, não está perfeitamente claro na publicação que se lhe refere, se o arco de fíbula de dupla mola do povoado de Alvaizere é proveniente da 1.^a ou da 2.^a fase de ocupação definidas pelas escavações conduzidas por Paulo Félix, «O final da Idade do Bronze e os inícios da Idade do Ferro no Ribatejo Norte (Centro de Portugal): uma breve síntese dos dados arqueológicos», *Conimbriga* XLV 2006: 65-92. Também o contexto da fíbula de dupla mola da gruta de Medronhal (Condeixa-a-Nova), encontrada em meados dos anos quarenta do século passado, coloca algumas questões quanto à sua cronologia precisa (em estudo).

²⁶ Também conhecido por Castro de «Paredes Secas».

²⁷ Ao contrário do que se afirma (Carreira 1994: 82), estas fíbulas não foram completamente ignoradas pela bibliografia arqueológica, pois uma delas (apenas uma) é publicada, ainda que fugazmente e com uma interpretação algo distinta, por Salete da Ponte » Uma fíbula de Mondim da Beira». *Beira Alta* XLV (1-2), 1986: 70-71.

²⁸ Materiais identificados em visita que fizemos ao povoado em 19 de Julho de 2002.

MONTE AIROSO, GRANJA, PENEDONO

Este é outro sítio de capital interesse para o conhecimento das comunidades do Bronze Final beirãs, em função dos testemunhos que têm aparecido em distintos momentos. Nunca foi submetido a escavações cientificamente conduzidas.

Além de outros materiais cerâmicos e metálicos, de bronze – uma foice, punhais, argolas, etc. – e de ouro – um bracelete e uma conta de colar – (Carvalho 1989: 63-64; Armbruster e Parreira 1993: 120-121), foi finalmente publicada uma fíbula de cotovelo há muito anunciada (Senna-Martinez 1995 b: 71; Cardoso 2002b: 354). Encontra-se incompleta, restando-lhe um dos braços. Esta fíbula articula-se bem, o que as valoriza mutuamente, com uma delicada pinça, ainda que em ambos os casos tenham sido recolhidas à superfície (Vilaça no prelo)²⁹. Esta é uma peça bastante deformada, dobrada e fragmentada pela metade, possuindo ainda parte do olhal, junto ao qual existe um friso de onze linhas incisais transversais. Inscreve-se na tipologia dos demais exemplares conhecidos em contextos do Bronze Final.

A importância deste povoado, muralhado, que bem merecia ser escavado, deve ainda ser correlacionada com a proximidade das minas de ouro de Santo António, que lhe ficam próximas. Certamente que será mais do que pura coincidência o achado da conta de colar e do bracelete de ouro, com toda a probabilidade fabricados no local.

S.^a DA GUIA, BAIÕES, S. PEDRO DO SUL

O designado castro de Baiões é um entre muitos outros da Beira Alta com ocupação do Bronze Final, mas único por aquilo que nele foi encontrado. No âmbito deste texto interessa-nos em particular o conjunto de bronzes que ficou conhecido por «depósito de Baiões», sempre recorrente.

Sem colocarmos a questão se se trata, na realidade, de um depósito de fundidor localizado no interior do povoado (Silva *et al.* 1984: 75; Senna-Martinez 1994: 224), ou antes mera sucata de uma área de fundição (Ruiz-Gálvez Priego 1993: 52; 1998a: 286; Senna-Martinez e Pedro 2000 a; 2000 b: 119, nota 3 e 134), pois a primeira não

anula a segunda, nem esta aquela, a verdade é que já na publicação monográfica se afirmava que «não se trata de simples depósito de mercador, devendo [...] assinalar-se vinculação mais notória à actividade produtiva que à comercial» (Silva *et al.* 1984: 75). Esta ideia é, aliás, explicitamente assumida por Virgílio Correia ao defender a existência de «uma oficina de torêutica intra-muros» (Correia 2001a: 216). De facto, aqueles autores publicaram, selectivamente, apenas alguns materiais, mas não deixaram de mencionar a existência de meia centena de objectos bem identificados e cerca de três dezenas de peças menores (Silva *et al.* 1984: 75)³⁰. Alguns dos fragmentos de moldes de argila, núcleos e tesselos serão depois estudados por Armbruster (2000: 175-176 e Tafel 29; 2002-2003: 147-148), tendo também figurado na exposição realizada, em 2000, no Museu Nacional de Arqueologia³¹. Temos, portanto, um local onde foi produzido o bronze, com moldes e peças recém-saídas dos moldes, mas, *sublinhe-se*, sem cadinhos, o que nos parece estranho num contexto de «oficina».

Quanto aos materiais de cariz mediterrâneo, vimos já não ser possível encontrar concordância nas vozes mais autorizadas quanto à origem e local de fabrico dos mesmos. E ainda que todos esses materiais correspondam a fabricos indígenas, até porque é bem difícil apontar paralelos claros, a verdade é que alguns deles expressam a importação de modelos, de gostos, de técnicas, e talvez, de ideias. Esses materiais correspondem, como se sabe, a uma peça bimetálica de bronze e ferro, aos suportes com rodas, às taças e a várias fíbulas, pelo menos. Quanto à fúrcula, Almagro Gorbea tem sempre defendido que se trata igualmente de uma peça de origem oriental.

A peça bimetálica é um cinzel em bronze, de alvado com pequena argola de fixação e secção oval, no qual foi introduzida uma lâmina em ferro, de secção rectangular, talvez pela técnica da fundição adicional (Silva *et al.* 1984: 170; Almagro Gorbea 1993a: 84; Armbruster 2002-2003: 146). Originalmente, o seu comprimento máximo era de 0,83 cm, correspondendo c. 0,44 cm ao corpo do cinzel e c. 0,38 cm à lâmina; hoje, conforme se pode observar, falta a maior parte da lâmina, ignorando-se o

²⁹ Por nós estudada a pedido de Pedro Sobral, o qual também nos informou da existência da conta de ouro antes mencionada.

³⁰ Os materiais de bronze encontram-se a ser estudados no âmbito de um projecto de análise metalográfica por Senna-Martinez. Além destes, parece que outros terão, entretanto, aparecido, segundo informação que nos fizeram chegar, mas que não confirmámos. Um eventual interesse da nossa parte na salvaguarda desses materiais poderia ser sempre mal entendido por parte de quem tutela a Arqueologia, designadamente a direcção de Fernando Real no IPA, como sucedeu recentemente a propósito do «tesouro de Baleizão».

³¹ Exposição «Por terras de Viriato. Arqueologia da Região de Viseu» comissariada por Senna-Martinez e Ivone Pedro (Cf. respectivo catálogo, p. 134). A opção destes investigadores, ao apresentarem todo, ou quase todo, o acervo relacionado com a produção metalúrgica de Baiões, foi manifestamente distinta da que presidiu a outras duas exposições – «A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder» (1995) e «De Ulisses a Viriato. O I milénio a.C.» (1996) – respectivamente comissariadas por Susana Oliveira Jorge e Jorge de Alarcão, que optaram por uma mostra selectiva de algumas peças de bronze, se bem que oriundas de diferentes contextos do povoado. Entendem-se as duas opções, pois a primeira exposição foi regionalista, ao passo que as outras duas foram exposições de alcance nacional.

que lhe sucedeu (fig. 12). Escopros com esta tipologia não são conhecidos noutros contextos do território português.

Pela técnica de fabrico (martelagem a partir de um lingote circular), as seis taças de bronze podem ser perfeitamente criações locais a partir de modelos orientais, hipótese de resto reforçada pela típica decoração incisa indígena (também presente nas cerâmicas, nos braceletes de bronze, de ouro, etc.) que uma delas ostenta junto ao bordo (Burgess 1991: 38-39; Armbruster 2002-2003: 151). Mas a sua origem mediterrânea é igualmente muito plausível (Almagro Gorbea 1989: 281), quer por serem únicas na fachada mais ocidental da Península, quer até pelo contexto a que pertencem; e nem mesmo aquele argumento decorativo a tal impediria, pois a decoração incisa de uma delas, precisamente de uma só, poderia ter sido já executada em Baiões, o que configuraria uma interessante simbiose entre a importação de um objecto e a sua transfiguração estilística mediante a inscrição de uma matriz simbólica de cunho indígena. Bem significativo é ainda o conjunto em si mesmo das taças, com distintos estados de conservação, a que correspondem, naturalmente, distintas «biografias». Merece particular destaque a que apresenta vestígios de ter sido reparada (Silva *et al.* 1984: 81 e Est. XIV-2; Ruiz-Gálvez-Priego 1993: 50), por rebtagem (técnica conhecida pelos bronzistas atlânticos), o que cremos muito pouco conforme com um contexto de sucata (fig. 13), na perspectiva de quem a teria exportado, mas também da parte do receptor. Não se restaura para se reciclar.

Os suportes com rodas, quer pela forma/função em si, quer pela inconfundível decoração entrançada ou em forma de Y, oferecem um inequívoco «ar mediterrâneo», concretamente de estilo sírio-cipriota, conforme bem observou Almagro Gorbea em distintas ocasiões. Mas como se sabe, esse é também o estilo que marcou presença nas produções sardas do Nurágico III (c. 1300-900 a.C.), por sua vez, influenciadas por Chipre. A decoração das barras dos suportes de Baiões consta de cinco filetes, três lisos alternando com dois em corda nas partes centrais; nas copas repete-se esta composição, enriquecida por mais um filete, de maior espessura, na orla superior (Silva *et al.* 1984: 85-86 e Est. VIII). Este tipo de trabalho decorativo, e o próprio fabrico dos suportes, obtiveram-se a partir do método da cera perdida (Armbruster 2002-2003: 150-151).

Sobre o seu local de fabrico, como referimos³², não há concordância entre os investigadores. Mas uma outra

observação parece fazer algum sentido. Se os suportes são de fabrico indígena, então, é porque o seu significado e simbolismo social teriam sido assimilados localmente, pois não faz muito sentido fabricar um objecto que, depois, não se sabe usar ou não tem qualquer significado específico. E mesmo que se destinassem a sucata, por um insucesso e deficiência de fabrico, em algum momento ter-se-á tentado imitar uma ou mais peças suficientemente complexas e de função muito peculiar. Foram identificadas reparações nas rodas, não devido a uso, mas por fundição incompleta (Armbruster 2002-2003: 150-151). Ora, não se fabricariam peças complexas para as destinar a sucata; se esta foi, alguma vez, a forma como terminaram, tal fim decorreu de um acidente de percurso, casual ou intencional. Sim, porque os estragos nem sempre são devidos ao uso ou acaso, mas podem muito bem ser propositados. Assim, aceitar um fabrico local das mesmas é um argumento que reforça a tese da incorporação de novos hábitos rituais, tão ou mais forte do que aquela que defende uma importação dos carrinhos desde o Mediterrâneo.

A reunião e a valorização dos materiais de bronze e da «cadeia operatória» da metalurgia do bronze de Baiões (Armbruster 2000; Senna-Martinez e Pedro 2000 a; 2000 b) revelaram a importância do sítio em termos de produção metalúrgica, embora sem cadinhos, como referimos. Sem se contestar a evidência, a pergunta que também deverá ser colocada é se todo esse conjunto testemunha unicamente um contexto de produção com bronzes como sucata.

Se o material metálico de Baiões tivesse um valor reduzido ao seu peso, isto é, se fosse sucata para ser refundida, porque motivo se importou bronze de tão longe quando o tinham mesmo ali, porque motivo se encontra uma taça cuidadosamente reparada, porque motivo não se amolgaram todas as peças de forma a reduzir o seu volume facilitando a sua acomodação e transporte, como explicar a presença de um gancho de carne, completo, e até com restos de madeira numa das partes da haste³³, ou porque motivo, como já foi sublinhado (Mederos e Harrison 1996b: 250), se transportaram suportes com tão diminuta dimensão?

Uma outra peça, sem paralelos conhecidos no Ocidente Peninsular e para a qual Almagro Gorbea desde sempre chamou a atenção, é uma ponteira ou espora com argolas pendentes (Silva *et al.* 1984: Est. IX-5), o que nos

³² Cf. pág. 377.

³³ O gancho foi encontrado completo e assim publicado. Actualmente, uma das partes da haste não se encontra entre os materiais de Baiões guardados na Universidade Católica (Pólo de Viseu). A parte em falta corresponderá, assim o cremos, à peça que possuía madeira e, por isso, enviada para datação de Carbono 14 (Senna-Martinez e Pedro 2000 b: 63 e nota 5) e – acrescentamos nós – há já suficiente tempo para que fossem conhecidos os resultados. Cremos que se tratará da peça também analisada, com outros objectivos, por Rovira Llorens, neste caso com resultados publicados (1995: 53).

remete para a importância do cavalo entre as elites da época, também expressa noutros artefactos de distinta origem utilizados como argolas de arreios, para além da própria informação antropológica. Neste caso, é significativa a robustez dos membros inferiores dos indivíduos da Roça do Casal do Meio, que poderá ser explicada com base num esforço físico repetido ao longo de anos, ainda que não tenha sido conclusiva a verificação da «Síndrome de Cavaleiro» (Vilaça e Cunha 2005: 52).

Baiões também forneceu restos de caldeirões e um espeto (Tavares da Silva 1979: 11 e Est. V; Armbruster 2000: Tafel 18-5 e 6). Achados antes, a sua relação contextual com o referido «depósito» nunca foi devidamente investigada. Porque fragmentados, poderiam corresponder a sucata, se assim quisermos adoptar o raciocínio que reduz a sucata tudo o que está destruído. Mas suportes, taças, fúrcula, espeto, caldeirões, etc., não fazem parte do universo de materiais banais. Se tudo isso é sucata, então teremos de reconhecer que, no conjunto, é de um «kit ritual de sucata» que se trata, pois a associação de tão variados, exóticos e excepcionais tipos deve ser mais do que inocente.

Baiões não pode ser entendido como um mero somatório de peças de bronze, vistas uma a uma, mas como um conjunto conexo e articulado de itens que se entendem em função do todo. E, no todo, podem caber diferentes cenários com espacialidade/funcionalidade ambi(poli)-valente, «heterotópicos» (Vilaça 2000 a: 35). Vistas no seu conjunto, todas elas são peças que fazem sentido no âmbito de rituais associados ao banquete e ao poder. E, se a destruição/deformação de parte deles é um facto, tal poderá ter resultado da perda de sentido depois de terem servido. Não podemos esquecer que, na época, várias deposições são precedidas de actos de destruição traduzidos na «violência ritual» a que foram sujeitos determinados artefactos. As biografias de alguns confundem-se com as dos seus proprietários, que, uma vez mortos ou destronados, consigo arrastam o que lhes havia pertencido e, de alguma forma, simbolizavam. O que havia servido a um, não poderia servir a outro – e, por essa razão, teria de ser «inutilizado».

De Baiões, contam-se ainda vários fragmentos de fíbulas de arco multicurvilinear recolhidas em contextos e circunstâncias diversas. Mesmo que todas elas tenham sido de fabrico local, a ideia/funcionalidade que lhes está por trás é mediterrânea.

Embora a cronologia da ocupação da S.^a da Guia necessite de revisão, tendo em conta alguns elementos,

já da Idade do Ferro³⁴, como são as cerâmicas estampilhadas, as panelas de asa interior ou talvez até o fragmento de uma plaqueta de bronze com decoração vazada (Tavares da Silva 1979: Est. I-2), o contexto das peças ora em discussão é inequivocamente anterior ao séc. VIII a.C., mas também aqui é difícil encontrar concordância entre os investigadores: confrontem-se, por exemplo, as propostas de cronologia alta de Mederos e Harrison (1996b: 251), que as colocam nos sécs. XII-XI a.C., e as de Coffyn e Sion (1993: 290), que lhes atribuem uma cronologia baixa do séc. VIII a.C., tal como Almagro Gorbé num dos seus últimos trabalhos em que se refere ao assunto (2000: 714).

A informação da cronologia absoluta disponível não resolve o problema, devendo ser antes encarada como mais um dado para ajudar na sua discussão. Existem quatro datas radiocarbónicas para Baiões mas, *sublinhe-se*, nenhuma delas se associa directamente ao contexto dos bronzes conhecido como «depósito». Os resultados de uma quinta datação que terá sido feita à madeira existente num dos elementos da fúrcula e, portanto, a única que se relaciona directamente com aquele, são-nos desconhecidos (Cf. nota 33).

A data de ¹⁴C (GrN-7484: 2650±130 BP), obtida a partir da madeira do alvado de uma ponta de lança, é de relativo interesse tendo em conta o seu alto desvio-padrão (Kalb 1974-1977). Maior interesse oferecem as três datas recentemente determinadas³⁵, não só por possuírem desvios-padrão relativamente pequenos, mas por terem sido obtidas a partir de sementes (fava e ervilha), portanto elementos de vida curta, o que lhes confere um valor muitíssimo próximo da realidade. As sementes resultaram das escavações realizadas em 1973 por Celso Tavares da Silva, não sendo possível especificar o seu contexto preciso de origem, nomeadamente se oriundas do sector A ou do

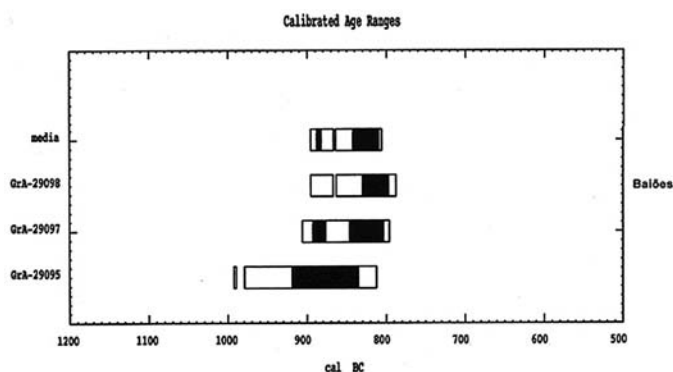


Figura 3
Representação gráfica das datas de ¹⁴C da Sr.^a da Guia (Baiões).

³⁴ Cf. pág. 374.

³⁵ Por nossa iniciativa e com a concordância de João Inês Vaz, actual responsável pelos materiais de Baiões à guarda da Universidade Católica (Pólo de Viseu), a quem agradecemos o interesse demonstrado.

sector B; sabe-se apenas que foram recolhidas na crivagem das terras (Tavares da Silva 1979: 524). Indirectamente, poderemos associá-las aos materiais dessa campanha, os quais correspondem, ao nível dos metais, a um conto e duas pontas de lança, dois «tranchets», um espeto, etc., e, ao nível das cerâmicas, às de «tipo Baiões» e às estampilhadas, tudo isto numa única camada arqueológica (Tavares da Silva 1979: 528).

Os resultados (GrA-29095: 2745±40 BP; GrA-29097: 2680±40 BP; GrA-29098: 2650±35 BP), e a média ponderada passível de ser utilizada (2688±22 BP), uma vez calibrados, para um intervalo de confiança de 2 sigma, fornecem os seguintes valores: 993-979 cal. a.C., 906-796 cal. a.C., 895-787 cal. a.C. e 895-806 cal. a.C. Portanto, podemos apontar para uma cronologia centrada nos sécs. X-IX a.C. (fig. 3). Esta cronologia datará um determinado nível de ocupação do povoado, articulando-se bem quer com alguns dos materiais metálicos, quer com a cerâmica de «tipo Baiões», neste caso tendo em conta outras cronologias radiocarbónicas de contextos da Beira Alta onde essas cerâmicas estão igualmente presentes, como sucede em Canedotes (Canha 2002: 167-169). Note-se, desde já, que estes resultados são dos mais recentes no conjunto das datações disponíveis para contextos de *habitat* do Bronze Final das Beiras – maioritariamente ocupados no séc. XI a.C. com base nas datas disponíveis, o que não admira, independentemente de outros eventuais motivos, tendo presente a natureza das amostras. Por outro lado, não é estranhável a convivência de distintas metalurgias – Huelva e Baiões –, que algumas daquelas realidades consagram, pois nem a diferença cronológica entre ambas é necessariamente significativa, nem a criação de novos tipos significa a substituição radical dos antigos, que continuariam «em funções», fosse para refundição, fosse para uso efectivo, fosse como «reliquias» do passado.

SANTA LUZIA, VISEU

Povoado de altura, fortificado, com ocupação em distintos momentos de finais do II e I milénios a.C. O nível do Bronze Final, com pisos e lareiras, forneceu cadinhos, cerâmicas de «tipo Baiões/Santa Luzia» e diversos materiais de bronze, entre os quais vários fragmentos pertencentes a fíbulas. Infelizmente, carece ainda de uma publicação monográfica e completa, fundamental para o conhecimento da ocupação de inícios do milénio, bem como a sua sequência ao longo deste.

As fíbulas são de enrolamento no arco, encontrando-se uma delas bastante completa; uma outra conserva um dos braços decorado com incisões transversais (Pedro 1995: Est. LXI-1 e 2). Mas de muito especial interesse é uma outra fíbula, infelizmente reduzida a fragmentos (e por isso compreensivelmente nunca publicada em termos gráficos), por ser de ouro martelado revestida a pasta vítrea

(Ponte e Vaz 1989; Ponte 2001: 114), o que é surpreendente.

Pelo motivo acima referido, são insuficientemente conhecidos os contextos das quatro datas de ¹⁴C articuláveis com a ocupação do Bronze Final deste povoado (sector A), duas das quais, aliás, com grandes desvios-padrão: ICEN-489: 2960±50 BP; ICEN-486: 2960± 50 BP; ICEN-485: 2920±180 BP; ICEN-487: 2810±100 BP (Vilaça 1995: 375-376 e nota 7; Senna-Martinez e Pedro 2000 a: 120). A sua calibração para um intervalo de confiança de 2 sigma, fornece os seguintes valores: 1370-1019 cal. a.C., 1370-1019 cal. a.C., 1606-769 cal. a.C. e 1260-802 cal. a.C. Atendendo que correspondem a níveis onde estaria presente a cerâmica «tipo Baiões/Santa Luzia», verifica-se que são de um período anterior, pelo menos as duas primeiras, ao definido para Baiões, onde esta cerâmica também estaria presente. Uma leitura possível, não necessariamente a mais correcta, é a da longevidade deste tipo de cerâmicas. Uma outra leitura, ou antes, uma pergunta (que os demais resultados radiocarbónicos permitem colocar), é a de saber até que ponto se justifica, de facto, comparar de forma estreita resultados de amostras de vida curta e de vida longa (sementes, lenha e madeiras velhas, de cabos ou postes). Focando o problema nesta perspectiva, a distância entre o conhecimento veiculado pela cultura material e o que, de novo, as datações proporcionam, é muito pequena.

CASTELO DOS MOUROS, VISEU

Neste povoado de altura, muralhado, também foram realizadas sondagens arqueológicas na última década do século passado. Revelaram uma ocupação do Bronze Final, bem expressa nas suas cerâmicas, onde, mais uma vez, se encontram as de «tipo Baiões/Santa Luzia», e, com maior intensidade, da Idade do Ferro (Pedro 1995; Senna-Martinez e Pedro 2000 a: 128). Importa aqui o fragmento de uma fíbula de enrolamento no arco, em princípio associada àquela primeira fase de ocupação (Pedro 1995: 138 e Est. LXI-3). Mas será necessário aguardar a publicação integral dos resultados das escavações para uma avaliação mais consistente do seu significado.

OUTEIRO DOS CASTELOS DE BEIJÓS, CARREGAL DO SAL

Nas escavações realizadas nos inícios dos anos noventa do século passado foi identificada e caracterizada uma ocupação atribuível aos finais da Idade do Bronze (Senna-Martinez 2000b). Os trabalhos desenvolveram-se em dois sectores com distintas fases de ocupação adscritas àquele período. Entre os materiais, contam-se cerâmicas de «tipo Baiões/Santa Luzia» e um fragmento de espeto em bronze, além de outros testemunhos que não cabem directamente no que ora é discutido. Em particular, interessa-nos uma fíbula de mola helicoidal, do

sector A, e uma faqueta de ferro (mais dois fragmentos inclassificáveis), do sector B (Senna-Martinez 2000b: 47 e 57, 11 e 14).

Existem três datas de Carbono 14. Uma delas corresponde à ocupação superior (Sac-1524: 2610±60 BP) e as outras duas à ocupação inferior (Sac-1566: 2930±60 BP e Sac-1539: 2960±45 BP) (Senna-Martinez e Pedro 2000 a: 120). A sua calibração, para um intervalo de confiança de 2 sigma fornece os seguintes valores: 906-726 cal. a.C., 1369-939 cal. a.C. e 1368-1022 cal. a.C. São todas do sector A e nenhuma corresponde à fase intermédia, portanto, não se correlacionam directamente nem com o sector nem com a fase de ocupação onde foi recolhida a faca de ferro. De qualquer modo, em termos culturais, trata-se de um mesmo ambiente cultural, apesar de uma ser mais tardia.

CABEÇO DO CRASTO DE S. ROMÃO, SEIA

Conhecido desde os tempos de Martins Sarmento, este povoado, em esporão, e localizado na vertente noroeste da serra da Estrela, foi escavado na década de oitenta do século passado, tendo proporcionado preciosa informação respeitante à sua ocupação do Bronze Final (Senna-Martinez 1989; 1995 a). Não se confirmou ocupação sequencial na Idade do Ferro. Neste momento interessa-nos uma fíbula com enrolamento no arco (Ponte 1 a), proveniente do sector B; falta-lhe o fuzilhão, partes do segundo enrolamento e do descanso.

Encontram-se publicadas três datas de ¹⁴C: ICEN-197: 2910±35 BP, ICEN-198: 2970±35 BP e ICEN-824: 2680±80 BP (Senna-Martinez e Pedro 2000 a: 120), sendo que a primeira corresponde ao nível de proveniência da fíbula e estatisticamente idêntica à segunda, do sector C. A terceira reporta-se a um contexto exterior à muralha. A sua calibração, para 2 sigma, é, respectivamente: 1257-1003 cal. a.C., 1312-1055 cal. a.C. e 1044-555 cal. a.C.

ALEGRIOS, IDANHA-A-NOVA

Na principal área de *habitat* identificada no topo da serra dos Alegrios existe um pequeno abrigo natural, com «câmara» e «corredor», entre penedos graníticos, muito possivelmente um espaço que terá assumido um particular carácter ritual. Esse abrigo foi violado e integralmente esvaziado antes de aí termos iniciado as escavações. Na peneiração das terras retiradas do seu interior e que se encontravam amontoadas frente ao abrigo foram recolhidos diversos materiais, designadamente cerâmicas de «ornatos brunidos» e os únicos exemplares de cerâmicas

de «tipo Baiões/Santa Luzia», além de carvões e cinzas (Vilaça 1995: 169, 178-179, 199). Também se encontraram pequenos fragmentos de bronze, dois pendentes de grauvaque e três contas de colar, de azeviche, cornalina e vidro. É esta que ora importa. Apresenta tom tijolo escuro, com diversas bolhas de ar, uma das quais rebentada e possui forma esférico-achatada com perfuração cilíndrica vertical (Vilaça 1995: Est. CXLIV-6).

Do sector I (camada 3), plataforma que se desenvolve em esplanada frente ao abrigo, é proveniente um bordo de lábio aplanado e ligeiramente boleado, exemplar único (tipo 9), que também importa trazer a esta discussão por possuir na superfície exterior prováveis grafitos (Vilaça 1995: 176, 291 e Est. CLXII³⁶) (fig. 14a e 14b). O seu carácter exógeno é mais que certo, ainda que o tipo de pasta e de acabamento, com as superfícies brunidas, seja o habitual nos contextos desta época na Beira Interior.

Deste povoado existe ainda uma fíbula, completa, proveniente do sector IV (onde não foi registado qualquer nível de ocupação) de um nível superficial, pelo que não deverá ser, em função do contexto e tipologia, exageradamente valorizada nesta discussão. Trata-se do «tipo Ponte 10b», com mola bilateral assimétrica, que aponta já para finais do séc. VIII a.C. (Vilaça 1995: 182 e Est. CLXVII-6; Ponte 2001: 147).

A única data de Carbono 14 obtida e que consideramos válida (GrN-16840: 3055±35 BP) é, ainda assim, das mais antigas de todo o conjunto disponível para a Beira Interior, aproximando-se de alguns dos resultados do Monte do Trigo, Outeiro do Castelo de Beijós e Santa Luzia. A sua calibração para 2 sigma define um intervalo entre 1414 e 1215 cal. a.C. Não se relaciona directamente nem com a conta de colar nem com a fíbula, mas provém de carvões recolhidos na mesma camada do bordo acima referido, o que não oferece fácil explicação (Vilaça 1995: 208; 372-373). De qualquer forma, com uma única data não é aconselhável ir muito mais longe nos comentários.

MOREIRINHA, IDANHA-A-NOVA

Sujeito a intensa erosão, este povoado revelou diversas estruturas – grande muro de pedra colocada a seco, cabanas de planta subcircular, buracos de poste, pisos definidos por seixos integrados em lajes naturais de granito, estruturas de combustão, etc. – em associação com numerosos materiais cerâmicos, líticos e metálicos (bronze e ferro)³⁷. Entre as cerâmicas destaquem-se as de «ornatos brunidos» ou «tipo Lapa do Fumo», de «tipo Carambolo»

³⁶ Temos algumas dúvidas sobre a correcta orientação do bordo que publicámos.

³⁷ Além dos dados publicados (Vilaça 1995), existem outros inéditos de escavações que realizámos em 1995 e 1996 que, infelizmente, ainda não tivemos oportunidade de publicar no seu todo.

e de âmbito Cogotas. Entre os materiais metálicos de bronze contam-se punhais, argolas, braceletes, cinzéis, ponderal, etc. Outros restos metálicos disformes, bem como cadinhos e moldes de pedra, comprovam o fabrico local da metalurgia do bronze.

Neste povoado os contactos com o mundo mediterrâneo expressam-se essencialmente por um assinalável conjunto de artefactos de ferro, recentemente estudados no seu conjunto (Vilaça 2006a). Somam um total de oito artefactos correspondentes a lâminas de faca, de serra, de corpos arqueados, alguns com orifícios dorsais para rebites. Em bronze existe ainda um fragmento de fíbula reduzido ao fuzilhão com espira (Vilaça 1995: 227 e Est. CCXLVI-20).

Conforme referimos no início, não é de rejeitar que as contas de colar de âmbar, ainda que de origem báltica, tenham chegado via Mediterrâneo.

As datas de Carbono 14 relativas à camada 2 (ICEN-835: 2910±45 BP e OxA-4085: 2780±70 BP), de onde provêm os ferros, indicam, uma vez calibradas para um grau de confiança de 2 sigma, os seguintes valores: 1262-949 cal. a.C. e 1117-808 cal. a.C. Assim, esta camada testemunha uma ocupação que terá correspondido a um momento entre cerca de 1262 e 808 cal. a.C., pelo que a ocupação deste povoado poderá ter-se prolongado até aos finais do séc. IX a.C.. As outras duas datas (ICEN-834: 2940±45 BP e GrN-19659: 2785±15 BP) reportam-se à camada 3, do início da ocupação do povoado, mas culturalmente idêntica à ocupação representada na camada 2. Uma vez calibradas, fornecem valores compreendidos entre 1296-1010 cal. a.C. e 973-906 cal. a.C. (Vilaça, 1995: 236, 373-374). Aliás, as datas ICEN-834 e ICEN-835, embora de níveis distintos, recobrem-se mutuamente, o que deixa antever a relatividade de tudo isto.

MONTE DO FRADE, PENAMACOR

Ocupando uma pequena área (c. 126 m²) no topo de uma elevação, esta é uma das mais interessantes estações do Bronze Final beirão, precisamente pelo contraste entre a sua dimensão, circunscrita a duas unidades habitacionais, e a quantidade, diversidade e qualidade dos seus testemunhos artefactuais: cerâmicas impressas, incisas, com ornatos brunidos de «tipo Lapa do Fumo» e puncionadas de «tipo Cogotas»; braceletes, punhais, sovelas, pontas de seta, argolas, «tranchet», pinças, lâmina de ferro, etc. (Vilaça, 1995: 125-163, Est. CIV; 1997: Est. IV).

Uma das duas pinças deste povoado é nervurada e, apesar de muito fragilizada, encontra-se completa; a outra, do mesmo tipo mas lisa, está incompleta e fragmentada em duas partes.

A lâmina de ferro, talvez pertencente a uma pequena faca, encontra-se também fragmentada, possuindo contorno subtriangular e corpo ligeiramente arqueado.

Estes materiais integravam-se em distintos níveis, mas todos pertencentes à camada 3 para a qual possuímos quatro datas de Carbono 14 (GrN-19660: 2805±15 BP; ICEN-971: 2850±45 BP; ICEN-969: 2920±50 BP; ICEN-970: 2780±100 BP). A sua calibração, para um intervalo de confiança de 2 sigma, indica, respectivamente, os seguintes parâmetros: 1003-913 cal. a.C., 1192-1132 cal. a.C., 1292-946 cal. a.C. e 1257-790 cal. a.C. É possível estimar uma ocupação centrada entre o séc. XI e a 1.^a metade do séc. X a.C. Os resultados das duas primeiras são estatisticamente semelhantes, sendo que a sua calibração permite apontar o séc. X a.C. para o núcleo de troncos carbonizados (c. 3-nível 4b) que selava, parcialmente, a camada 3, constituindo, assim, um terminus ante quem do nível onde se encontrava a peça de ferro (Vilaça, 1995: 141, 162, 374).

MONTE DO TRIGO, IDANHA-A-NOVA

O Monte do Trigo corresponde a uma elevação de forma cónica em cujo topo, parcialmente muralhado, encontramos uma ocupação do Bronze Final sobreposta a uma outra, calcolítica, esta com pratos e taças de bordo espessado e almendrado, cerâmica campaniforme de «estilo internacional», pesos de tear paralelepípedicos e em «crescente», etc. Ao Bronze Final correspondem diversos materiais cerâmicos, líticos, de pasta vítrea e metálicos (bronze e ferro) – punhais, argolas, botões, «tranchet», calotes, pinça, fíbulas, ponderais, etc.

Neste momento interessam-nos a pinça, os restos de fíbulas, os artefactos de ferro e de pasta vítrea. A questão dos ponderais, recentemente discutida e valorizada (Vilaça 2003), não cabe nesta problemática específica, mas não podem ser ignorados.

A pinça é similar às já referidas do Monte do Frade e Monte Airoso. Está incompleta, faltando-lhe cerca de metade de um dos braços; não ostenta decoração.

Entre as fíbulas, sempre reduzidas a fragmentos, destaca-se uma peça de arco multicurvilíneo, do «tipo Ponte 1 a», com arco e duas espiras e secção sub-rectangular.

Os artefactos de ferro, distribuídos por cinco conjuntos, três dos quais bimetálicos, correspondem a lâminas de faca e serra (gumes serrilhados e denteados), fragmentadas, recentemente estudadas (Vilaça 2006a).

Comparativamente com as demais situações, as seis contas de colar de pasta vítrea do Monte do Trigo somam um número interessante. Uma delas, recolhida na limpeza do terreno³⁸ ao se removerem umas pedras soltas, é

³⁸ Apesar de terem sido essas as condições de achado, não há motivos para a sua excessiva desvalorização, até porque o povoado não conheceu ocupação na Idade do Ferro.

oculada em tom azul cobalto e incrustações a branco, constituindo, por certo, uma das mais antigas importações deste tipo de contas no Ocidente Peninsular. As restantes provêm das camadas 1 e 2, correspondentes ao nível de abandono e de ocupação do Bronze Final, respectivamente. Destas merece especial atenção uma conta cilíndrica, ressulcada, de tom creme, revelando técnica de fabrico incipiente. As outras três, duas das quais fragmentadas, são subcirculares, de cor negra. Uma outra, de tom azul, recolhida à superfície, não foi analisada.

Estão disponíveis sete datas de ^{14}C obtidas a partir de amostras de carvão de distintos níveis inseridos na camada 2 (Vilaça 2003; 2006a). Essas datas (Sac-1458: 3020±60 BP, Sac-1456: 2990±50 BP, Sac-1457: 2960±45 BP, Sac-1507: 2960±45 BP, CSIC-1289: 2913±41 BP, Sac-1506: 2880±45 BP e CSIC-1288: 2880±33 BP) reportam-se à mesma realidade cultural. Após calibração, e para um intervalo de confiança de 2 sigma, obtêm-se, respectivamente, os seguintes valores: 1419-1057 cal. a.C., 1387-1056 cal. a.C., 1368-1022 cal. a.C., 1368-1022 cal. a.C., 1262-997 cal. a.C., 1211-925 cal. a.C. e 1193-937 cal. a.C. Estes resultados correspondem, assim, a uma das mais antigas ocupações da Beira Interior datadas pelo radiocarbono, recaindo maioritariamente nos sécs. XII-XI a.C. Por exemplo, se a compararmos com a que as datações de Baiões permitem ler, a simultaneidade de ocupação dos dois sítios, a ter-se verificado, teria ocorrido durante um lapso de tempo relativamente curto, por volta de 1000-975 cal. a.C.

MONTE DE SÃO MARTINHO, CASTELO BRANCO

Dada a conhecer em 1903, por Francisco Tavares Proença, esta estação (fig. 15a y 15b) tornou-se célebre pelo menir e duas estátuas-menir, também eles recorrentemente referidos na literatura científica do Bronze Final (Vilaça *et al.* 2004)³⁹. Mas o Monte de S. Martinho vai para além destes monumentos. Os dados disponíveis, decorrentes de sumárias sondagens, nunca publicadas, e de recolhas superficiais efectuadas ao longo dos anos, permitem-nos afirmar que conheceu uma longa diacronia de ocupação pelo menos desde os finais do II milénio a.C. até ao período romano, com ou sem interrupções, não o sabemos. É admissível, se bem que não confirmada, que a sua ocupação remonte ao Calcolítico, em função de alguns machados de pedra polida e lascas residuais de sílex. As sondagens que chegaram a ser realizadas nos anos

oitenta do século passado não ajudaram muito no conhecimento da organização interna da estação arqueológica.

A comprovada ocupação do Bronze Final (Farinha *et al.* 1996) manifesta-se nos materiais cerâmicos, metálicos e líticos, além das «estelas». Entre aqueles, são de destacar pequenas taças, carenadas, com decoração brunida, cerâmicas com finas incisões, impressões a pente, punccionamentos, etc. A produção local da metalurgia do bronze expressa-se num molde de argila e nos fragmentos de peças de bronze – lâmina de espada, punção, espiras de fíbulas, chapas rebitadas de possíveis caldeiros, etc.). Merece especial referência um outro artefacto em forma de pega, com decoração em «espinha» de óbvia inspiração oriental sardo-cipriota (Vilaça, 2004a). Já o mesmo não poderemos dizer das contas de colar de pasta vítrea, pois é possível que sejam mais tardias, da Idade do Ferro e até mesmo de época romana.

A peça de bronze que nos interessa, recolhida à superfície em 1981, apresenta forma de pega constituída por um corpo central ligeiramente arqueado e profusamente decorado na face exterior: duas barras mais largas, decoradas, são ladeadas e separadas por outras três, lisas, exibindo aquelas uma decoração incisa, formando «espinha» (fig. 6a).

Quanto aos monólitos, também eles alguma coisa testemunham em termos de mediterraneidade: a figuração de um espelho⁴⁰, de uma fíbula e, principalmente, dos dois antropomorfos com capacetes de cornos⁴¹, facilmente nos conduzem ao mundo mediterrâneo e, em especial, às figurinhas de bronzes de guerreiros nurágicos sardos, equipados com similares capacetes. Mas lidamos neste caso, com uma situação muito distinta da que temos vindo a tratar. Agora, são as imagens das coisas, a sua representação expressando uma linguagem simbólica, e não elas próprias, que estão presentes.

ABRIGO GRANDE DAS BOCAS, RIO MAIOR, SANTARÉM

Escavado por Manuel Heleno em 1937, este sítio forneceu inúmeros vestígios que testemunham uma ocupação desde o Paleolítico Superior até ao período medieval. O estudo dos materiais proto-históricos (cerâmicos e metálicos) encontra-se publicado, constituindo, sem margem de dúvida, um precioso contributo para o conhecimento daquela região estremenha, nomeadamente

³⁹ Texto de síntese integrado no catálogo de exposição onde se recolhe a principal bibliografia e estudos de pormenor, nomeadamente de Almagro, Almagro Gorbea, Varela Gomes, Pinho Monteiro, Gálan Domingo, Celestino Pérez e Jorge de Alarcão.

⁴⁰ Uma segunda estela recentemente identificada no Baraçal (Sabugal) exhibe, além de um escudo, de uma lança e de uma espada, também um espelho, o que vem recolocar interessantes questões (em estudo).

⁴¹ Este tipo de capacetes regista-se igualmente, segundo Varela Gomes, num dos antropomorfos do Abrigo Pinho Monteiro (Portalegre) (Gomes 1990: 59-61 e 3 A).

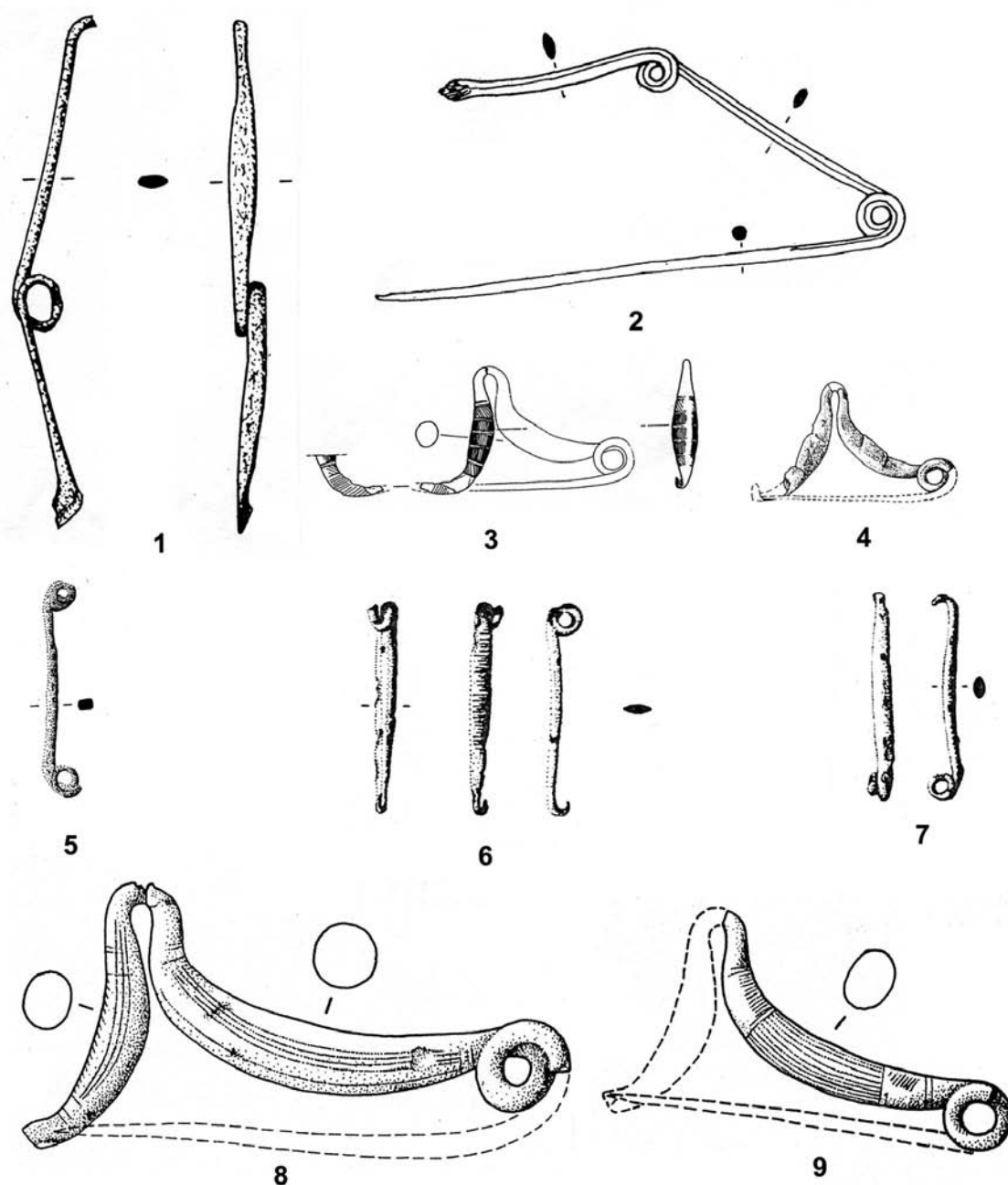


Figura 4

Algumas das fíbula reportáveis ao Bronze Final: 1. S. Romão (Seia), 2. e 6. St.^a Luzia (Viseu), 3. Monte Airoso (Penedono), 4. Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior), 5. Monte do Trigo (Idanha-a-Nova), 7. Castelo dos Mouros (Viseu), 8. e 9. Mondim do Beira (seg. Senna Martinez, I. Pedro, J. L. Cardoso, J. R. Carreira e R. Vilaça).

pela diversidade e relativa raridade de alguns dos tipos, como um «tranchet» e uma navalha de barbear (Carreira 1994: 65-86). Interessam-nos, em particular, as fíbula. Uma delas é de cotovelo, está incompleta (falta-lhe o fuzilhão e o descanso), mas conserva ainda os dois braços. Eventual, mas não necessariamente mais tardia, é a fíbula de dupla mola, também ela reduzida a fragmentos (Carreira 1994: 81, 85 e Est. XXXIII-1, XXXIV-10).

PRAGANÇA, CADAVAL

Este povoado é um outro caso de excepção para o estudo das comunidades proto-históricas da Estremadura. Também escavado nos inícios do séc. XX, revelou uma longa diacronia de ocupação, encontrando-se actualmente em estudo a ocupação correspondente ao Bronze Final⁴². Assim, e para o assunto que neste momento nos ocupa, limitamo-nos a referir o pequeno troço de bronze com decoração em Y ou entrançada por nós estudado

⁴² Estudo da responsabilidade de Ana Ávila de Melo, do Museu Nacional de Arqueologia, no âmbito da preparação da sua tese de doutoramento.

(Lopes e Vilaça 1998: 71-72, 4-2). A extremidade que se encontra completa apresenta-se rematada por dois discos decorados com dupla espiral, motivo também figurado na fúrcula de Baiões; colocados subverticalmente na face interior, daí arrancam dois pequenos espigões paralelos entre si.

Note-se, ainda, que é deste povoado que provém o maior número de peças passíveis de serem interpretadas como ponderais proto-históricos (do Bronze Final e/ou da Idade do Ferro) do território português e que, numa determinada linha interpretativa, a que vê neles inequívocos ponderais compatíveis com unidades de peso de âmbito mediterrâneo (Ruiz-Gálvez Priego 1998a: 313), bem poderiam ser convocados como mais um item mediterrâneo no Centro do território português⁴³ (Vilaça 2003: 257-259 e 283).

5.

Muito recentemente, tivemos ocasião de apresentar uma síntese sobre a maioria dos materiais ora referidos (Vilaça no prelo a). Recordemos alguns dos principais aspectos que, então sublinhámos e acrescentemos outros.

Em primeiro lugar, é notório que, de entre os elementos de âmbito mediterrâneo (importações e criações próprias) mais frequentes em contextos do Bronze Final do Ocidente peninsular, contam-se as *fibulas* (fig. 4). Os exemplares que encontramos nos mundos beirão e estremenho correspondem aos tipos de «arco multicurvilíneo», por vezes também designado de «cotovelo», ou tipo «Ponte 1» (variantes a e b) (Ponte 2001: 113-118). E são esses também que testemunham os achados mais antigos de além-Douro (Fraga dos Corvos e Lavra)⁴⁴ e de além-Tejo (Roça do Casal do Meio, Arraiolos, Baleizão, etc.). Alguns fragmentos, nomeadamente de espiras, sugerem que estará igualmente presente o tipo «Ponte 3» ou de «dupla mola», que pode já entrar pelos inícios da Idade do Ferro, além das singulares peças do Castro de Pirreitas (Alcobaça).

Um dos exemplares de Baiões, um outro de St.^a Luzia (Viseu) (Ponte e Vaz 1989) e o de São Romão (Seia) (Gil *et al.* 1989: 237) correspondem à variante «Ponte 1 a»; os de Mondim da Beira (Vasconcellos 1933: 45-46; Carreira 1994: 82 e 9), Monte Airoso (Penedono) (Cardoso 2002b: 354) e Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior) (Carreira 1994: 81 e Est. XXXIII) à variante «Ponte 1 b», estando também presentes neste último

caso fragmentos de uma fíbula de dupla mola. Outros povoados, como o Castelo dos Mouros (Viseu) (Pedro 1995: Est. LXI-3), o Outeiro dos Castelos de Beijós (Carregal do Sal) (Senna-Martinez 2000 b: 56), o Monte de São Martinho (Farinha *et al.* 1996: 48), a Moreirinha (Vilaça 1995: Est. CCXLVI-20) e o Monte do Trigo forneceram algumas espiras e fuzilhões de fíbulas, que poderão pertencer aos tipos de «arco multicurvilíneo» e de «dupla mola». Fíbulas deste último tipo ocorrem igualmente em sítios como a Gruta de Medronhal (Condeixa-a-Nova), neste caso de contexto funerário, Conímbriga (Condeixa-a-Nova), Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior), Cachouça (Idanha-a-Nova), Pragança (Cadaval), etc., mas nestes últimos sítios a sua contextualização nem sempre oferece as garantias dos demais, até porque conheceram ocupações da Idade do Ferro, altura em que alguns daqueles tipos continuaram a ser usados. Quanto aos exemplares de Monte Airoso e de São Martinho, é certo que correspondem a recolhas de superfície, mas são bem significativas em função de outros achados, também de âmbito mediterrâneo, realizados nesses locais, como vimos. No caso das fíbulas de Pirreitas (Alcobaça), dos tipos Ponte 1b e Ponte 6, já referidas, são muito vagas as informações, nomeadamente respeitantes à cronologia dos seus contextos (Ponte 2001: 107-108, 115, 154). Neste e noutros casos, sem demais informação disponível, é muito arriscado avançar com cronologias seguras, a menos que sejamos, o que não convém, «fíbulo-dependentes».

É evidente que as fíbulas não só expressam uma novidade formal, como, necessariamente, alterações na forma de vestir, com significado social, conforme é sublinhado por diversos investigadores. E é bem possível, como também já foi defendido, que a sua adopção tivesse sido acompanhada da importação de tecidos de luxo com padrões atraentes, geométricos e complexos, os quais, de alguma forma, poderiam encontrar-se espelhados nas cerâmicas pintadas a vermelho de «tipo Carambolo» e de ornatos brunidos do Bronze Final (Ruiz-Gálvez Priego 1993: 56; 1998a: 223; Cáceres Gutiérrez 1997, entre outros), ambos os tipos, de resto, perfeitamente datados na Beira Interior (Vilaça 1995).

De facto, ninguém ignora a importância do papel desempenhado pelos tecidos de luxo no comércio fenício, pré-fenício e mediterrâneo em geral. Mas não ignoremos também que nem todos os tecidos de luxo, pintados a vermelho, se devem aos fenícios e, muito antes deles, em

⁴³ Recorde-se que as outras peças similares datáveis do Bronze Final são, com excepção das do «tesouro de Baleizão», ao qual também pertence uma fíbula de «arco multicurvilíneo» (Vilaça e Lopes 2005: 179, 182-183), todas da região compreendida entre Douro e Tejo: Baiões, Candedotes, Moreirinha, Monte do Trigo, Abrigo Grande das Bocas, Castro da Ota, Penha Verde e Pragança (Vilaça 2003).

⁴⁴ Refira-se uma outra fíbula aparentemente de «tipo sanguessuga» (?), de origem desconhecida, pertencente ao Museu Nacional de Soares dos Reis (Porto), onde figura no respectivo catálogo.

meados do III milénio a.C., já eram conhecidos entre as comunidades indígenas do Ocidente peninsular. Recorde-se, a este propósito, o interessante trabalho sobre um fragmento de tecido que envolvia um machado de cobre do monumento 1 da necrópole de Belle France (Caldas de Monchique, Algarve). A sua análise permitiu ver que se tratava de um linho com faixas avermelhadas, possivelmente aplicadas por pincelagem com um corante. Por sua vez, este foi identificado como sendo garança, granza ou ruiva dos tintureiros, planta subspontânea em Portugal, cuja raiz, avermelhada, oferece qualidades corantes em tinturaria (Soares e Ribeiro 2003)⁴⁵.

De qualquer forma, não deixa de ser significativo que, no território português, a área de distribuição destas cerâmicas, com estilos altamente padronizados⁴⁶, —Beira Inte-

rior, Estremadura, Ribatejo, Alentejo e Algarve— coincida, *grosso modo*, com os registos de fíbulas de ‘codo’, de enrolamento no arco ou de dupla mola. Mas é também necessário incluir nesta articulação as cerâmicas de «tipo Baiões» —por conseguinte, igualmente a Beira Central, onde atinge maior expressividade—, cujos padrões estilísticos são, em boa parte, os mesmos que encontramos naquelas outras cerâmicas e, de resto, também na decoração de bronzes (taça de Baiões, braceletes de bronze, fíbula de Baleizão⁴⁷) e da ourivesaria (colares de tipo Sagrajas/Berzocana). A este nível, a homogeneidade e padronização estilística é notável, afastando as Beiras do Noroeste, e aproximando-as, pelo contrário, do mundo meridional peninsular.

Ao contrário das fíbulas que, de alguma forma, se «banalizaram», as *pinças* atribuíveis ao Bronze Final do

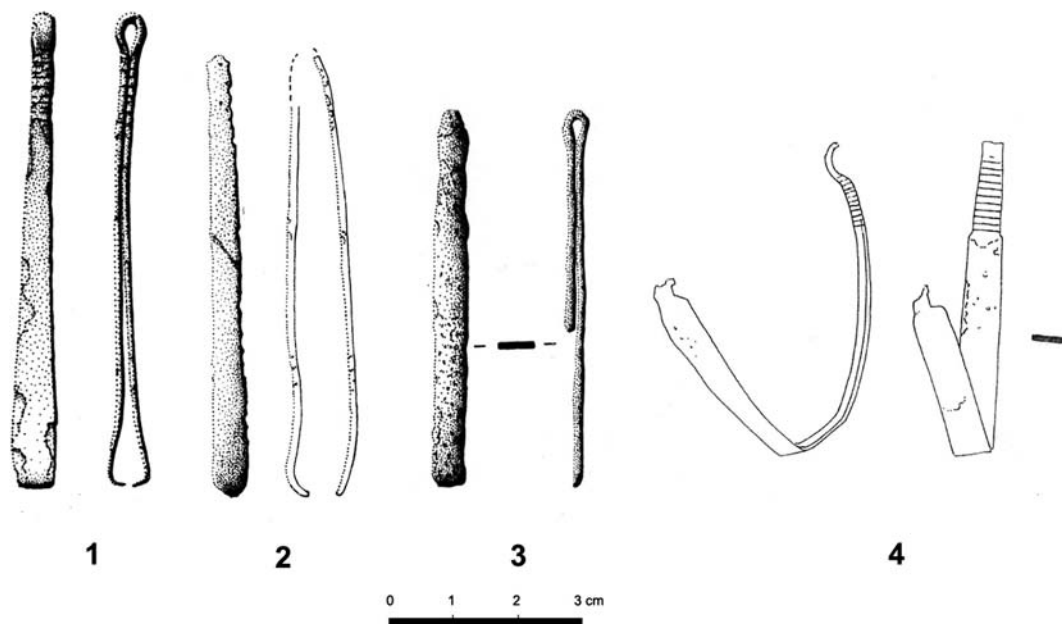


Figura 5

1. e 2. Pinças do Monte do Frade (Penamacor), 3. Monte do Trigo (Idanha-a-Nova) e 4. Monte Airoso (Penedono).

⁴⁵ No seu interessante livrinho, *Plantas Tintoriais Portuguesas*, Porto, 1927, p. 13 e 59, Orlanda Cardoso refere-se à *Rubia tinctorum* Lin., planta de raiz vermelha, sobretudo nas de muita idade, cuja cultura é feita em terrenos húmidos. Esta raiz, associada a sais de alumínio, tingem desde o vermelho ao rosa; com sais de ferro, tingem desde o negro à cor lilaz; a mistura de sais de ferro e de alumínio (como mordente) e a raiz de granza (como corante) tingem do castanho escuro ao sépia.

⁴⁶ Para a Beira Interior, Estremadura e Alentejo, existem datas de Carbono 14 correlacionáveis com as cerâmicas de «ornatos brunidos» ou de «tipo Lapa do Fumo» (com variantes técnico-estilísticas), designadamente da Roça do Casal do Meio, Tanchoal, Alegrios, Moreirinha, Monte do Frade e Monte do Trigo, atribuíveis aos sécs. XII-X cal. a.C. (Vilaça 1995; Vilaça et al. 1999; Vilaça e Cunha 2005), e ainda as da Quinta do Marcelo e Quinta do Percevejo, Almada, de escavações conduzidas por Luís Barros (compiladas por Soares 2005). Em função dos dados conhecidos, foi possível, como hipótese de trabalho, definir para o Centro-Sul do território português, três grandes focos — Baixo Tejo, Alentejo e Beira Baixa — de distribuição destas cerâmicas, com eventuais produções próprias (Vilaça 1995: 299). A região alentejana revelou-se, nos últimos anos, de grande importância quanto ao número, diversidade e qualidade de achados, como bem evidenciam, por exemplo, os materiais inéditos do castelo de Arraiolos (em estudo), ou os recentemente compilados e analisados por Monge Soares só para a margem esquerda portuguesa do Guadiana, nomeadamente os de Santa Margarida (Serpa), não obstante tratarem-se de recolhas superficiais (Soares 2005). Destaque-se, além disso, a importância dos materiais contextualizados do Castro dos Ratinhos (Moura), recentemente publicados, e cuja investigação, cientificamente conduzida e planeada, em boa hora foi avançada (Silva e Berrocal-Rangel 2005).

⁴⁷ Proveniente do designado «tesouro de Baleizão» (Vilaça e Lopes 2005) e actualmente em estudo.

território português (fig. 5) circunscreviam-se, até há pouco tempo, aos dois exemplares da Roça do Casal do Meio (Sesimbra), curiosamente bem distintas entre si: uma, bastante simples e de pequenas dimensões; a outra, de tamanho e elegância assinaláveis, com decoração na parte superior (Spindler *et al.* 1973-74: 120, 10).

A importância dos quatro exemplares das Beiras Alta e Baixa – duas do Monte do Frade, uma do Monte do Trigo e outra de Monte Airoso, para além das peças em si mesmas, manifesta-se no total indigenismo dos respectivos contextos, na sua antiguidade e interioridade, esta em contraste com um sintomático vazio na área litoral entre o Douro e o Tejo. Por outro lado, voltamos a sublinhá-lo, sempre de contextos habitacionais, o que também as distancia das da Roça, as quais são não só litorais, mas de âmbito funerário, e de um contexto funerário de excepção.

Como bem notou Ruiz-Gálvez Priego (1995f: 139), as pinças fariam parte, conjuntamente com os pentes, dos cuidados pessoais a ter com a barba, e, por conseguinte, traduzem um novo padrão estético identificativo, em termos de idade, género e poder e, pelos contextos conhecidos, na vida e na morte. Mas este «novo» padrão estético, de conotação mediterrânea, talvez não seja muito distinto do que encontramos no mundo atlântico, ainda que, aí, com a manipulação de instrumentos diferentes: naquele utilizam-se pinças; neste recorre-se às igualmente

delicadas navalhas de barba, como as do Abrigo Grande das Bocas (Carreira 1994: 85 e Est.XXXIII-5) ou da Quinta do Marcelo (?) (Almada), neste caso já a sul do Tejo (Barros 1998: 32), também elas de excepção, de conotação etária, de género e de poder. Portanto, neste caso, Atlântico e Mediterrâneo mais próximos que distantes, na essência, não tanto na forma.

Uma das muitas novidades reveladas pelo designado depósito de Baiões foi a presença de bronzes com uma peculiar *decoração entrançada* ou em forma de Y, que lhes conferia um inequívoco «ar mediterrâneo», concretamente de estilo sírio-cipriota, conforme vimos, e que Almagro viu antes de todos (Almagro Gorbea 1989).

Este tipo de decoração revela o conhecimento do uso do método da cera perdida, técnica que, no e a partir do Bronze Final, assumirá importância máxima na produção de artefactos de bronze. O método da cera perdida tem sido associado a artífices mediterrâneos, nomeadamente cipriotas, que o terão introduzido (juntamente com o ferro) na Sardenha e, a partir daí, na Península (Lo Schiavo 2001: 137; Ruiz-Gálvez Priego 2005a: 262). Todavia, tal técnica era já conhecida pelos artífices do Bronze Final do mundo atlântico, como bem ilustram, entre outros, os espetos articulados de fabrico atlântico e determinados ganchos de carne (Armbruster e Perea, 1994: 79-80). Esta comunhão de conhecimentos

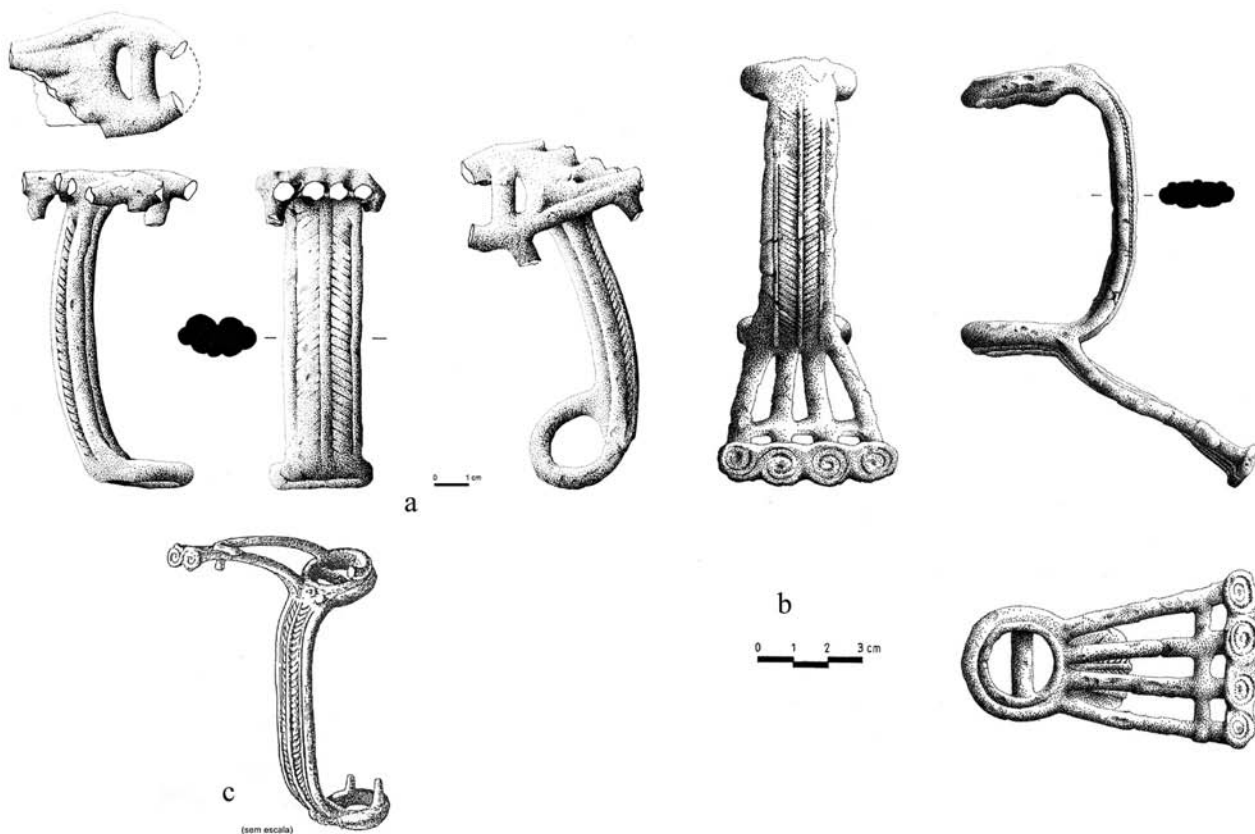


Figura 6

6a. Bronzes com decoração em Y do Monte de S. Martinho (Castelo Branco); 6b. Pé do Castelo (Beja); 6c. Monte Sa Idda (Sardenha) (seg. R. Vilaça e A. Taramelli).

tecnológicos, da parte dos artífices mediterrâneos e atlânticos, em nada ajuda a determinar a autoria de boa parte dos materiais do depósito de Baiões, já que os bronzistas de Baiões estavam tecnologicamente habilitados a produzir por aquele método objectos de estilo mediterrâneo (Armbruster 2002-2003: 148).

Mas Baiões também já não é excepção no que respeita aquele peculiar estilo. Vimos que se encontra igualmente presente no Monte de São Martinho (Castelo Branco) e ainda em Pragança (Cadaval), aqui reduzido a um pequeno fragmento, para além da belíssima peça do Pé do Castelo (Beja), já fora da área que nos coube analisar (Lopes e Vilaça, 1998). Ao contrário dos suportes de Baiões, funcionalmente bem compreendidos, ou das tripodes sardas onde esta decoração também ocorre, estas peças com decoração entrançada envolvem uma série de questões, de diverso nível, a começar pelo mais primário, e que é o da sua funcionalidade específica. Parece-nos relativamente seguro que correspondem a pegas – para puxar, erguer, apurar ou suspender qualquer coisa –, que seriam presas e fixadas por meio dos anéis e/ou dos pequenos espigões. Mas pouco mais sabemos adiantar. Fora do território português, os únicos paralelos que conhecemos pertencem ao depósito de Monte Sa Idda (Cagliari), estudado por Taramelli, que admite, sem muita convicção, serem esticadores de arco (Taramelli 1921: 59). O pequeno fragmento de Pragança é de pouca ajuda, mas a peça do Monte de São Martinho, bastante completa, e principalmente a do Pé do Castelo, completa⁴⁸, levam-nos a pensar que deveriam ser utilizadas juntamente com outras partes perecíveis, como correias de couro ou elementos em madeira. Na Sardenha existem ainda pequenas caixas cujas tampas têm pegas similares, mas não com as hastes decoradas que vemos nos exemplares do Monte de São Martinho, Pé do Castelo ou Monte Sa Idda (fig. 6). Seja como for, trata-se de mais um testemunho de aproximação entre a Sardenha e o Centro do território português.

Os primeiros artefactos de *pasta vítrea* conhecidos na região correspondem a contas de colar e são provenientes dos Alegrios e do Monte do Trigo, em ambos os casos de contextos conhecidos (fig. 17). A conta segmentada deste último sítio é de especial interesse. Depois, existem vários outros onde também temos contas de colar, mas a indefinição e desconhecimentos dos respectivos contextos de origem, por um lado, e o facto de muitas das contas de colar de pasta vítrea serem de difícil atribuição cronológica com base na sua tipologia e técnica de fabrico,

por outro, impedem a sua inclusão na problemática subjacente a este texto.

Além das contas, é de capital importância a fíbula de Santa Luzia em ouro coberta com pasta vítrea, tão singular como surpreendente. Quer o tipo, de arco multicurvilinear, quer o contexto, pois encontrava-se associada a cerâmica de tipo Baiões (Ponte e Vaz 1989: 183, nota 12), não deixam margem para dúvidas no que respeita a sua antiguidade.

Acrescente-se que, além dos Alegrios, Monte do Trigo e Santa Luzia, também São Julião (Vila Verde) e Santinha (Amares) (ambos já bastante mais para norte) forneceram, como referimos no início deste texto, de contextos seguros e datados do séc. IX a.C., duas contas multicolores de pasta vítrea (Bettencourt 2000: 36), no primeiro caso, e do séc. X a.C., uma conta de vidro multicolor, no segundo (Bettencourt 2001: 29 e Est. XLI).

Perante estes dados, se alguma coisa podemos adiantar, parece ser a possibilidade de que também o vidro chegou ao Ocidente peninsular por outras mãos que não exclusivamente as de fenícios, pois a cronologia de alguns daqueles contextos é anterior à ocupação fenícia de Huelva. E, mesmo os casos mais tardios, como São Julião, já contemporâneos daquela, mostram que o potencial interesse indígena não passava pelas cerâmicas a torno fenícias, mas antes por «coisas» bem mais exóticas e vistosas.

A presença de *artefactos de ferro* em contextos do Bronze Final no mundo beirão é um outro dado de inegável importância e que muito recentemente tivemos ocasião de reavaliar no seu conjunto (Vilaça 2006a). As peças da Moreirinha, Monte do Frade, Monte do Trigo e Outeiro dos Castelos de Beijós vieram juntar-se ao caso de Baiões e que Almagro havia já valorizado (Almagro Gorbea 1993a). Nas Beiras totalizam ao todo 28 registos (Silva *et al.* 1984; Vilaça 1995 349-352; 2006a; Senna-Martinez 2000b). Fora da região conhecem-se duas outras situações que nos conduzem, de novo, ao estuário do Tejo, por um lado, – a Quinta do Marcelo (Almada), com três faquinhas de ferro – e ao Alentejo, por outro, – Rocha do Vigio 2 (Requengos de Monsaraz), com um escopro/formão⁴⁹, permanecendo um sintomático vazio na zona mais litoral entre aquele rio e o Douro.

Que dizer destes ferros e do seu significado? O tipo de artefactos – lâminas de faca, de serra e escopros – portanto instrumentos de trabalho, denuncia um uso prático, isto é, são objectos que serviram para executar uma determinada tarefa. Mas é necessário perguntar se, mesmo tratando-se de utensílios, a utilização do ferro decorreu do conhecimento das suas vantagens tecnológicas em relação ao

⁴⁸ Cf. texto de Ana Arruda neste volume.

⁴⁹ Conferir texto de Ana Margarida Arruda neste mesmo volume.

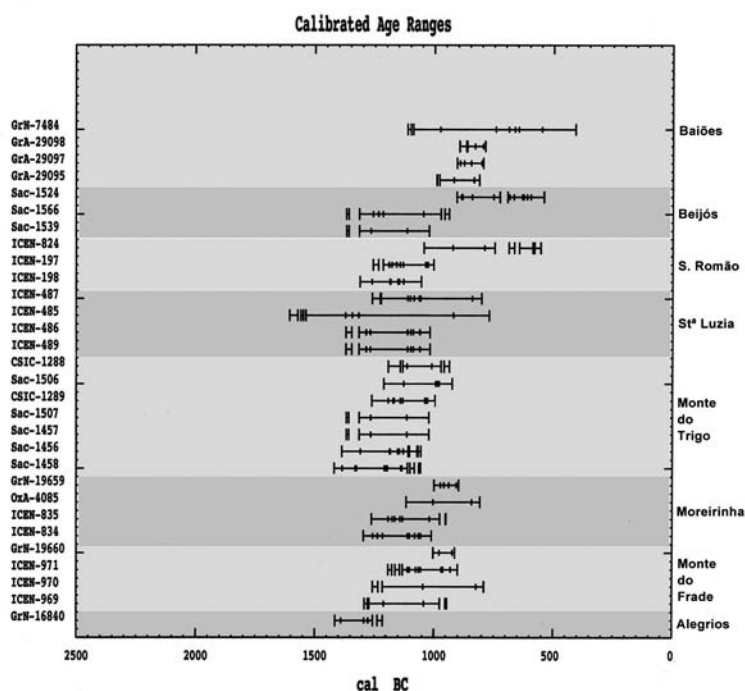


Figura 7
Representação gráfica das datas de ^{14}C relativas a contextos indígenas do Bronze Final com materiais de âmbito mediterrâneo.

bronze. Talvez as análises metalográficas realizadas⁵⁰ tenham uma palavra a dizer a este respeito, já que mostraram tratar-se de produções rudimentares, com microdurezas de valores relativamente baixos. Por outras palavras, talvez fossem preferíveis os bronzes de excelente fabrico aos ferros ainda brandos. Portanto, não estaremos necessariamente perante um quadro revolucionário de adopção do ferro em virtude das suas vantagens tecnológicas (Vilaça 2006a). Mas em breve, à medida que os fenícios foram chegando, verifica-se uma rápida adopção de artefactos de ferro, envolvendo já conhecimento do respectivo fabrico, aspecto este que não é possível correlacionar com qualquer dos contextos indígenas.

E quanto à funcionalidade prática dos artefactos, também ela não é incompatível nem contraditória de uma função de prestígio e ritual, visto que o valor dos artefactos não é intrínseco, mas culturalmente construído, portanto, mutável. Logo, objectos utilitários – facas, serras e escopros – não traduzem necessariamente um uso prático de utilização diária, mas bem podem ter sido manipulados em situações especiais, onde o ritual e o não-ritual são um só, o primeiro, naturalmente. E se é verdade que considerámos estes primeiros artefactos de ferro como elementos de prestígio (Vilaça 1995: 352), quer pelo seu reduzido número, que, todavia, hoje se alterou, quer por

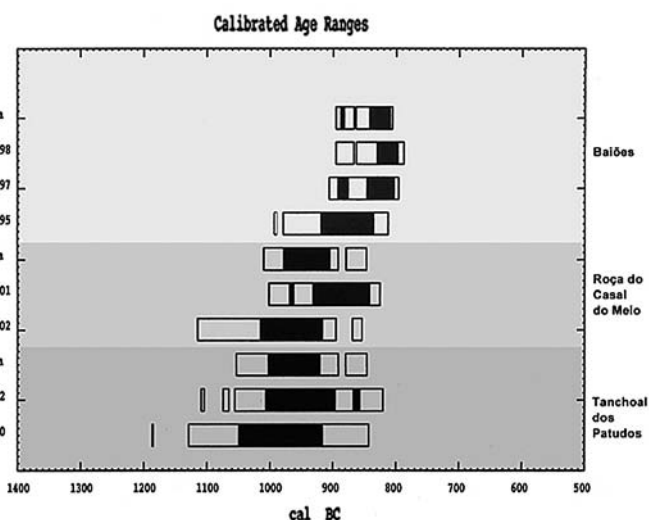


Figura 8
Representação gráfica das datas de ^{14}C da Sr.ª da Guia (Baiões), Roça do Casal do Meio (Setúbal) e Tanchoal dos Patudos (Alpiarça).

se tratar de uma matéria-prima desconhecida e, por conseguinte, supostamente exótica, não deixamos, ainda assim, de nos interrogar até que ponto estes artefactos foram realmente apreciados; muitas vezes, as novidades provocam rejeição ou indiferença, banalizando-se.

A verdadeira «revolução» que os recentes dados de Huelva trouxeram⁵¹ e as portas que abriram a novas reinterpretções, permitiram já, também neste caso, articular a peça de ferro de Baiões com as navegações fenícias, ainda que não descartando por completo hipotéticas navegações cipriotas e sardas (González de Canales Cerisola 2004: 128). Lembrando, de novo, que as novas datas de Baiões não se reportam directamente ao chamado «depósito», portanto ao escopro de ferro, o certo é que também não invalidam a sua potencial correlação, significando que os bens de origem mediterrânea bem podiam ter chegado por mãos fenícias, através de Huelva, nos finais do séc. X a.C. ou inícios do seguinte.

Uns ou outros, ou todos, agindo de forma independente, em momentos não tão distintos assim, e contemplando também a existência de tripulações multiétnicas com participação de indígenas e navegadores atlânticos nas viagens que cruzaram o Mediterrâneo (Ruiz-Gálvez Priego 1993: 58; 2005a: 252, 256), a verdade é que as comunidades indígenas do Centro do território português

⁵⁰ A publicar oportunamente por Ignacio Montero. As análises foram realizadas a algumas das peças da Moreirinha, Monte do Trigo e Cachouça, no âmbito do projecto BHA2001-0248 «Caracterización tecnológica de la metalurgia del Bronce Final en la Península Ibérica», sob a responsabilidade de Ignacio Montero, a quem agradecemos as informações.

⁵¹ Cf. pág. 375.

do Bronze Final só tiveram acesso, ou só se interessaram, por determinados bens, com sistemática ausência de cerâmicas cipriotas, sardas ou fenícias, aspecto que importa mais uma vez não ignorar.

Finalmente, e ainda que não tenha despertado a atenção desde a altura em que foi publicado (Vilaça 1995: 176, 291 e Est. CLXII), assinala-se a existência de um fragmento cerâmico com possíveis grafitos (marcas, letras?) dos Alegrios. Sendo caso único e pouco explícito, não convém valorizá-lo excessivamente neste momento, mas não esqueçamos a existência de outros grafitos antigos, como são alguns de Huelva.

Além dos catorze sítios que passámos em revista, todos eles possuindo elementos que de alguma forma nos conectam com o Mediterrâneo Central e/ou Oriental na charneira do II para o I milénio a.C., é provável que existam outros testemunhos inéditos em museus, ou que, sendo conhecidos, oferecem contextos de origem problemáticos. Por isso, o que interessa futuramente é escavar novos e bons contextos, não só, ou não tanto nas Beiras Interior e Central, mas ver também o que ocorre na orla atlântica. Naturalmente que muitas das questões que permanecem sem resposta para o Centro do território português, só serão respondidas quando melhor se conhecer a ocupação polarizada pelo grande eixo fluvio-marítimo de inter-ligação que o Tejo constituiu; mas também estamos cativos do que se passou além-Tejo, nesse Alentejo tão rico, obviamente mediterrâneo, pela posição e matriz cultural, se bem que mais aberto ao mundo atlântico do que é suposto, e cuja metalurgia não foi ainda valorizada como merece, aspecto que não nos cabe aqui desenvolver.



Figura 9
Castro da Sr.ª da Guia (Baiões) visto aproximadamente de SE.

A situação além-Douro é bastante distinta e também não fez parte desta análise. Mas não esqueçamos que a influência do Mediterrâneo reflectiu-se, fugazmente (?), nessa região mais setentrional, como assinalámos logo no início deste texto quando nos referimos às fíbulas da Lavra e da Fraga dos Corvos, às contas de vidro de Santinha e São Julião e ao ferro deste último.

Aliás, talvez tenha adquirido aí outras expressões materiais muito particulares se nos lembrarmos dos designados machados bipenes. É certo que a sua origem e cronologia precisas estão ainda por definir⁵², e esta última é normalmente considerada já tardia, portanto, sem interesse directo para o assunto em discussão. No entanto, não esqueçamos que machados bipenes ou de gume duplo, de influência cipriota, grandes e pequenos,



Figura 10
10a. Santa Olaia (Figueira da Foz), observando-se nomeadamente a «área industrial» junto à linha de muralha na parte baixa do povoado; 10b. localização provável do respectivo porto (visto aproximadamente de S).

⁵² Além de existirem em reduzido número, os seus contextos de origem são igualmente muito mal conhecidos.



Figura 11
Pormenor dos suportes de Baiões com a característica decoração em Y (seg. B. Armbruster).

de carácter utilitário e votivo, existem em contextos nurágicos (Lo Schiavo 1986: 240-241; Giardino 1995: 32 e 47). O diminuto tamanho das peças portuguesas, algumas providas de decoração, sugere uma utilização ritual.

6.

No território português compreendido entre o Douro e Tejo, os primeiros elementos de filiação mediterrânea – fíbulas, pinças, bronzes exóticos, ferros e vidros⁵³ –, artefactos, estilo, tecnologia e novos simbolismos, inserem-se, como vimos, em contextos indígenas anteriores aos sécs. IX-VIII a.C., que mais de três dezenas de datações radiométricas ratificam (fig. 7).

Todavia, o número de datas de Carbono 14 existentes para esses contextos, e para outros de regiões vizinhas, não veio resolver os problemas que, à partida, desejaríamos. Por vezes, criaram-se mesmo novos problemas e a verdade é que os dados e os instrumentos analíticos existentes são de difícil compatibilidade com cronologias finas. Além disso, uma análise comparativa dessas datas deveria ser condicionada em função dos laboratórios em que são processadas, pois é patente que nuns as datas parecem ser globalmente mais antigas do que as obtidas noutros laboratórios, sem que tal signifique, obviamente, que umas são mais correctas do que outras. E, evidentemente, também, tendo presente a natureza das amostras que se manipulam, de vida longa, ou de vida curta.

Por outro lado, atendendo a datas e contextos, a suposta linearidade temporal dos processos culturais que, tradicionalmente, definíamos para os finais do Bronze Final e para os inícios da Idade do Ferro tem vindo a perder alguma consistência. Pelo contrário, a ideia que fica é a de que coisas diferentes aconteceram ao mesmo tempo. Para



Figura 12
Escopro bimetálico de Baiões (seg. B. Armbruster).

além dos comentários e reflexões que fomos tecendo a propósito de contextos e cronologias, relativas e absolutas, vejamos agora uma outra situação alargando um pouco a área geográfica que constitui a matriz deste texto.

Se tomarmos como exemplo as datações de três casos suficientemente distintos, até pela carga cultural que a historiografia lhes tem atribuído – Baiões, Roça do Casal do Meio e Tanchaal dos Patudos (Alpiarça), verificamos que todos eles, ainda que fornecendo resultados distintos – Tanchaal ligeiramente mais antigo (média ponderada de 2810±35 BP; calibração para 2 sigma: 1053-846 cal. a.C.), seguido peça Roça do Casal do Meio (média ponderada de 2790±28 BP; calibração para 2 sigma: 1010-846 cal. a.C.) e depois por Baiões (média ponderada de 2688±22 BP; calibração para 2 sigma: 895-806 cal. a.C.) –, poderão ter sido contemporâneos num determinado lapso de tempo, ainda que curto, entre finais do séc. X a.C. e a 1.ª metade do séc. IX a.C. (Fig. 8). E, se os compararmos com o que foi publicado para os níveis com ocupação fenícia de Huelva, com uma idade



Figura 13
Pormenor de uma das taças de Baiões com restauro (seg. A. Perea).

⁵³ Avançando para sul, teríamos de juntar ainda o marfim, presente no pente da Roça do Casal do Meio (Spindler *et al.* 1973-1974: 118) e nas contas de colar do povoado da Coroa do Frade (Évora) (Arnaud 1979: 69; 1995: 43-45), para além do caso muito especial, pela localização e contexto, dos marfins de Huelva (González de Canales *et al.* 2004: 165).

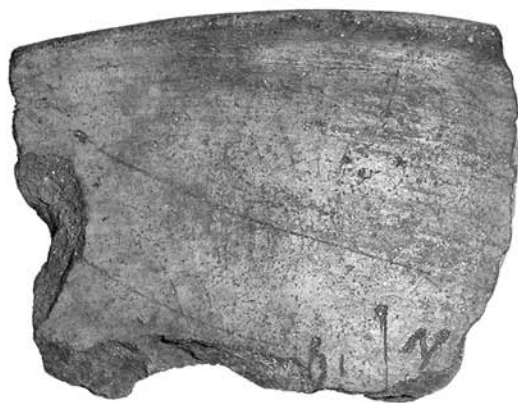


Figura 14a; 14b.
Fragmento cerâmico dos Alegrios (Idanha-a-Nova) com presumíveis grafitos.



Figura 15a.
Monte de S. Martinho (Castelo Branco) em fotografia de Francisco Tavares Proença Júnior (inícios do séc. XX); 15b. Monte de S. Martinho e respectivo enquadramento (visto aproximadamente de SW).

média de 2755 ± 15 BP, que, calibrado para 95,4% de probabilidades, corresponde a 970-960 a.C. e 930-830 a.C.⁵⁴, então, teremos de concluir que também o nível fenício de Huelva terá sido parcialmente contemporâneo de todas elas, e muito especialmente sincrónico com a realidade a que se reportam as datas da Roça e de Baiões. Portanto, numa determinada óptica – que não é a nossa – e recuperando parte da herança legada por certa historiografia, teríamos de dizer que, no Centro do território português e áreas afins, logo nos inícios do I milénio a.C., poderão ter co-existido populações de além-Pirenéus conectadas com os «Campos de Urnas», populações sardas e/ou fenícias e, sem dúvida alguma, indígenas; alguns destes, talvez bastante viajados... Ou, pelo menos, poderão ter tido distinta origem e terem chegado por distintas mãos as novidades que a arqueologia registou, quer no mundo dos vivos, quer no dos

mortos. O certo é que os bens de âmbito mediterrâneo chegados a Huelva não foram bem os mesmos que interessaram ao interior beirão.

Os ecos do Mediterrâneo nesta região mais ocidental disseminaram-se, pois, rapidamente do litoral para o interior, adquirindo aqui uma notória expressividade. O quadro que conhecemos enfatiza as terras beirãs mais interiores, mas esta pode ser apenas uma imagem desfocada pela investigação. Sítios litorais como, por exemplo, a Quinta do Marcelo (Almada)⁵⁵, com fíbulas e ferro, não deverá ser caso único, não obstante a sua situação e posição privilegiadas.

O eixo do Tejo como corredor de circulação do litoral para o interior e deste para aquele é fundamental para percebermos as alterações que as terras beirãs mais interiores

⁵⁴ Cf. nota 15.

⁵⁵ Conferir texto de Ana Margarida Arruda neste mesmo volume.



Figura 16
Peça de bronze com decoração em Y do Monte de S. Martinho (Castelo Branco).

conheceram na mudança de milénio (Vilaça 1995: 410; Vilaça e Arruda 2004). Mas outras rotas interiores, fluviais (Guadiana) e terrestres, irradiadas da Andaluzia, Extremadura e Alentejo, também não podem ser negligenciadas para compreendermos a «abertura cultural» dessas comunidades a distintas correntes culturais exógenas, incluindo as mediterrâneas (Vilaça 1995: 410-411; 2000b: 178).

Na fase seguinte, correspondente aos sécs. VIII-VII a.C., essa permeabilidade a influências exógenas de timbre mediterrâneo, parece ter prosseguido no interior centro, mas não nos é possível avaliar correctamente o peso que tiveram. De facto, não podemos tomar as partes pelo todo e, neste caso, as partes são só uma, a Cachouça (Idanha-a-Nova). Trata-se, no interior beirão, do único sítio conhecido com ocupação do Bronze Final e I Idade do Ferro, altura onde, entre outros, são manipuladas as primeiras cerâmicas de fabrico a torno e, tudo indica, também a produção do ferro. Não nos deteremos agora nos problemas que envolve, na medida em que mereceu a nossa atenção noutras situações recentes (Vilaça 2000 b: 174-175; 2005: 16-17; 2006a; no prelo; Vilaça e Basílio 2000; Vilaça e Arruda 2004). Esta continuidade de ocupação aproxima a Cachouça das realidades mais litorais, ao contrário dos demais povoados das Beiras Central e Interior, onde o mundo mediterrâneo não parece ter alcançado grande expressividade, pelo menos face ao que se conhece. Neste aspecto, o séc. VIII a.C. traduz descontinuidade nas terras interiores beirãs.

Ao contrário do que sucede noutras áreas vizinhas, na região compreendida entre o Douro e Tejo, os elementos de cariz mediterrâneo fazem parte do mundo quotidiano – todos provêm de sítios de *habitat* – e nele terão ocupado, pelo número crescente de testemunhos, um papel menos episódico do que supúnhamos. Já o mundo dos mortos naquela região manteve-se muito distante das influências mediterrâneas. E esta mesma situação repete-se se centrarmos a nossa atenção nos designados «depósitos de bronze», os quais, com uma ou outra excepção, não contemplam quaisquer elementos oriundos ou inspirados em protótipos mediterrâneos (Vilaça no prelo b). Os depósitos são, assim, tal como as sepulturas – que não a da Roça do Casal do Meio –, verdadeiros «contextos de resistência» face à crescente pressão do factor mediterrâneo.

É evidente que o número de testemunhos de timbre mediterrâneo é diminuto nos respectivos contextos de achado, mas a verdade é que tem vindo a aumentar ano após ano. Tal presença não pode, por conseguinte, ser confundida com abundância, mas também já não espelha um quadro pautado pela casualidade e contingência. No entanto, importa sublinhar que todos oferecem um carácter residual nos cenários onde se encontram presentes. E é também neste aspecto que Baiões tem de ser encarado de forma distinta relativamente aos demais, não só pela quantidade de elementos oriundos/inspirados em protótipos orientais, como pela associação de diversos tipos num mesmo sítio, que o tornam único.

As demais estações possuem apenas um ou dois itens de tipo distinto, à excepção do Monte do Trigo, que reúne quatro: pinças, ferros, vidros e fíbulas. Este é também um caso particular, onde não há evidências, ao contrário da maioria, de uma prática local da metalurgia (ausência de cadinhos e de moldes), mas onde o bronze está presente e onde se contam algumas peças classificáveis como possíveis ponderais, nomeadamente um octaedro, até há bem pouco tempo sem paralelos conhecidos⁵⁶.

É ainda necessário sublinhar que os elementos de cunho mediterrâneo atingem distintos núcleos habitacionais, o que pressupõe a existência de trocas minimamente organizadas, de tendência tentacular ou em rede e, portanto, tais testemunhos não podem ser encarados como um epifenómeno. E essas trocas, não sendo necessariamente regulares – nem os dados são numerosos, nem surgem conjuntamente nos mesmos sítios –, parecem ter sido generalizadas, visto que atingem distintos lugares disseminados num amplo território. Portanto, parece ser plausível a existência de uma malha de distribuição razoavelmente implantada e, naturalmente, proporcional à dispersão

⁵⁶ Um outro idêntico na forma, mas não no peso nem, consequentemente, no valor, faz parte do notável tesouro de Baleizão (Vilaça e Lopes 2005).

dos indivíduos com capacidade de lhes chegarem. A sua inserção num modelo de crescente interacção entre unidades sócio-políticas autónomas e competitivas, mas não necessariamente militarizadas, ainda que tendo recorrido



Figura 17
Contas de vidro do Monte do trigo (Idanha-a-Nova).

à simbologia guerreira como meio de constrangimento e intimidação, parece fazer algum sentido (Vilaça 1998 b: 213-214). Este processo, pela sua própria natureza, traduziu-se num «efeito dominó» e de emulação entre elites regionais.

Cremos que é também muito importante reter que a presença de tais artefactos não se confunde com as suas imagens, inscritas na pedra, embora estas ocorram excepcionalmente na região; pelo contrário, existem objectos reais, manipuláveis, que se usavam, se exibiam, se negociavam e, eventualmente, se violentavam. Quer isto também dizer que nos parece ser necessário relativizar a ideia de que os elementos de timbre mediterrâneo figurados nas estelas são inexistentes no registo arqueológico – alguns sim, como os espelhos – e que, por conseguinte, seriam mais aspirações das elites e utilizados como uma linguagem simbólica, do que parte da sua realidade (Galán Domingo 1993).

Se for aceitável a correlação destes bens exógenos, e até certo ponto exóticos, com a existência de «chefes», então, teremos de reconhecer a existência de muitos «chefes»; onde se encontram esses bens, teremos um «chefe». Não assim se, mesmo aceitando aquela correlação, encarássemos a possibilidade desses, ou de alguns desses «chefes», serem «chefes» em itinerância, testemunhando uma espécie de «semi-nomadismo aristocrático»: o «chefe», em vez de sedentário e até à morte residente num mesmo local, antes percorreria o território que controlava, ou que pretendia controlar, assinalando a sua passagem, estacionando temporariamente em determinados sítios, e não necessária ou nem sempre nos locais onde se concentrava o maior número da população. Assim se entenderiam melhor as dificuldades que encontramos, em determinadas regiões,

em identificar um povoado capital que se distingue dos demais, assim se explicariam sítios onde não se concentraria a população, como o Monte do Frade ou o Monte do Trigo, assim encontraríamos outros sentidos para algumas das estelas. Mas, nesta hipótese, fica sempre por explicar a disseminação de tantas peças, pois é duvidoso que um «chefe» em itinerância as deixasse ficar nos lugares por onde passava. Portanto, é muito credível que, nessa altura, o «poder» estivesse mesmo retalhado e fragmentado em termos territoriais.

Este quadro, que será distinto daquele que, por exemplo, o Alentejo poderá configurar, revelaria ainda uma fragmentação étnico-política, compatível com poderes individualizados, dispersos, vulneráveis e instáveis. Por isso, todos os esforços compensariam para se alcançar, manter e legitimar o poder, numa altura em que, para o possuir, ser «bem nascido» não bastaria. Recorrendo ao que à esmagadora maioria da população não chegava, manipulando e exibindo bens exóticos, alguns dos quais auxiliavam na transfiguração da imagem e do próprio corpo, com o objectivo de se criar uma identidade diferente (Treherne 1995: 111), e assim se distinguindo dos comuns mortais, controlando os sistemas de produção e de trocas, recorrendo à coerção ritual e a códigos simbólicos talvez nem sempre intrinsecamente compreendidos, eis o que, de estratégico, poderemos vislumbrar nas pautas comportamentais dos mais poderosos do Bronze Final.

Os problemas de continuidade/descontinuidade na ocupação do espaço e na manutenção do poder durante os três primeiros séculos do I milénio a.C. na região que analisamos continuam a marcar uma das prioridades da investigação. A assimetria que hoje encontramos entre a ocupação da orla litoral e o interior do centro do território português no que respeita o Bronze Final e o Ferro Inicial necessita de maior atenção para ser compreendida. Muitas são as situações, em especial nas Beiras Central e Interior, onde é patente uma inequívoca descontinuidade, o que, de alguma forma, bem pode ser reveladora da fragilidade dos poderes instituídos a que aludimos. As razões do seu colapso devem ser procuradas mais nas contradições internas dos sistemas gerados do que em quaisquer longínquos acontecimentos, como a queda de Tiro, conforme chegou a ser sugerido para alguns dos sítios da Beira Alta (Senna-Martinez 1994: 227; 1995 b: 75). De resto, o abandono ou destruição da maioria desses sítios parece ter ocorrido bem antes da conquista de Nabucodonosor.

Apesar de todas as dúvidas, parece também ser já possível encontrar alguma consistência na ideia de que o Mediterrâneo do Bronze Final e o Mediterrâneo dos primórdios do Ferro Inicial no Centro do território português expressaram-se de forma distinta: no primeiro caso é difuso, diluído mas de grande alcance, nomeadamente

no interior; no segundo é bem definido, intenso mas cinge-se à Plataforma Litoral, estuários e territórios conexos, o que poderá ser entendida como uma forma de «colonização interna» (Arruda 2005 b).

Até que ponto todas essas novidades – objectos, estilo, tecnologia (mas não cerâmicas ou formas e técnicas de construção distintas) – terão afectado e interferido nos processos culturais indígenas? É muito difícil dar uma resposta segura e substanciada. Mas não nos parece que neles tenha radicado qualquer processo de transformação profunda da estrutura das sociedades. Nem se tratou de uma transformação globalizadora e abrangente das comunidades no seu todo, antes foi um processo dirigido, individualizado e focalizado ao nível das «cúpulas». A natureza e tipo de bens de origem mediterrânea, porventura entrados por um único porto –Huelva (?)– e depois disseminados através de indígenas, parecem ser compatíveis com símbolos de distinção, de prestígio e poder e, por definição, de excepção.

Nesta medida, sendo símbolos estatutários, destacando um indivíduo na sociedade de que fazia parte, não podem ser entendidos como símbolos de identidade cultural, pois o «chefe» não se confunde com os «súbditos». Estes, as comunidades no seu todo, não sofreram qualquer processo de «mediterraneização», mas o Mediterrâneo não deixou de marcar presença, de forma indelével, no Bronze Final, no Centro do território português.

Primavera de 2006⁵⁷

AGRADECIMENTOS:

Queremos agradecer a Sebastián Celestino Pérez e Lois Armada pelo convite em colaborarmos neste livro; a Domingos Jesus da Cruz pela ajuda na calibração das datas de ¹⁴C; a José Luís Madeira pela autoria dos desenhos e arranjo gráfico das imagens; a Barbara Armbruster e Alicia Perea pela autorização em utilizarmos fotografias de sua autoria (Lám. III, IV e V); a João Inês Vaz por nos ter cedido para datação algumas sementes da Sr.^a da Guia; a João Carlos Senna Martinez, Maria de Jesus Sanches, Dulcineia Pinto, Ignacio Montero, João Luís Cardoso, Jaqueline Pereira e Seara Rei por informações várias; a Ana Margarida Arruda pelo franco e colaborante diálogo que mantivemos no decurso da elaboração dos nossos textos; ao Prof. Jorge de Alarcão que se disponibilizou a ler uma

primeira versão deste texto, levantando questões que nos obrigaram a repensar determinados problemas.

ABSTRACT

In this article I discuss the question of a «Mediterranean presence» during the Late Bronze Age in the westernmost region of what was the then known world. I address this using archaeological data available from the central region of Portugal (the area between the rivers Douro and Tejo), as well as incorporating brief references to the area north of the Douro. The paper presents well-provenanced archaeological data (some not published before), and analyzes both objects and features from fourteen domestic sites, which produced more than thirty ¹⁴C dates.

Late Bronze Age archaeological research has favoured the interior of the «Beiras» region, resulting in a lack of equilibrium between the wealth of archaeological data in the hinterland, with well-provenanced data, and the dearth of information for coastal areas. While in inland Beira only one site (Cachouça, Idanha-a-Nova) does not provide data confirming a continuous occupation from the Late Bronze Age to the Iron Age, some coastal sites, such as Leiria and Monte Figueiró (Ansião) may have had it as well. However, the general lack of research prevents these claims. If confirmed that coastal sites had a continuous occupation from the Late Bronze Age to Iron Age it will lead to the re-analysis of our knowledge regarding the continuity and discontinuity of occupations.

The main site discussed in this article is N. Sr.^a da Guia (Baiões), a site dating from the Late Bronze Age and of unmistakable importance for the study of this period. N. Sr.^a da Guia has recently yielded three ¹⁴C dates which are not associated to the commonly designated «Baiões deposit».

The material culture that supports the analysis of the Late Bronze Age in this article is comprised by small bronze objects, such as fibulae, tweezers, other highly decorated objects, beads and iron artefacts. The uncommon and foreign nature of these objects indicate the existence of chiefs, to whom these objects may have belonged or may have been offered as gifts.

While broadly distributed, these uncommon objects appear, at site-level, in very small quantities which reinforces their exceptional value. These imported items, and the ideas associated with them do not seem to have significantly changed the local, indigenous communities since the acquisition and use of such goods was to the elites. Thus, the objects that materialize the «Mediterranean presence» in Central Portugal Late Bronze Age cannot be interpreted as having cultural or ethnic meaning, but solely as status symbols.

⁵⁷ Apesar das novidades entretanto publicadas, não nos foi possível introduzir-las no momento da conexão do texto (junho de 2008), o que implicaria alterações várias.

**OBJETOS VIVIDOS, OBJETOS REPRESENTADOS:
REFLEXIONES SOBRE
LA CULTURA MATERIAL Y EL ARTESANADO**

LA SICILIA TRA ORIENTE E OCCIDENTE: INTERRELAZIONI MEDITERRANEE DURANTE LA PROTOSTORIA RECENTE

R. M. Albanese Procelli*

Per la sua posizione geografica –insulare, ma nello stesso tempo a brevissima distanza dall'Italia peninsulare– la Sicilia (fig. 1) ha sempre avuto un ruolo di fattore chiave

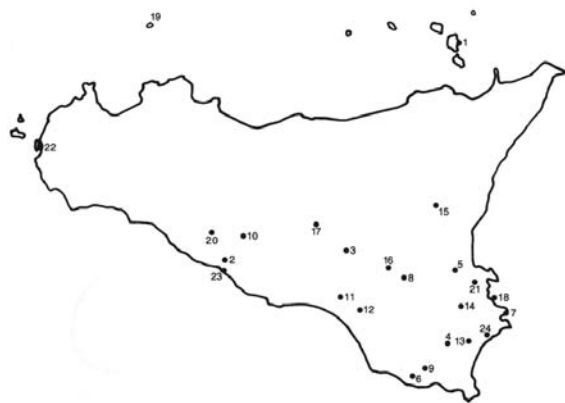


Fig. 1

Sicilia, carta dei siti citati nel testo. 1. Lipari. 2. Caldarè. 3. Piazza Armerina. 4. Castelluccio di Noto. 5. Lentini. 6. Castelluccio di Scicli (Ragusa). 7. Siracusa. 8. Madonna del Piano presso Grammichele. 9. Modica. 10. Milena-M. Campanella. 11. Dessucri. 12. Nisemi. 13. Noto Antica. 14. Pantalica. 15. Paternò. 16. S. Cataldo (Caltagirone). 17. Sabucina. 18. Thapsos. 19. Ustica-Faraglioni. 20. Capreria presso S. Angelo Muxaro. 21. Villasmundo. 22. Mozia. 23. Cannatello. 24. Cassibile. 25. Pantelleria (fuori carta).

nelle interrelazioni tra Oriente e Occidente in quel «mare interno» che è il Mediterraneo. Nel lungo periodo che va dal XIII/XII (Bronzo Recente e inizi del Bronzo Finale) all'VIII secolo a.C. (fine della prima e inizi della seconda età del ferro) notevoli cambiamenti devono essersi prodotti nei meccanismi di contatto tra le genti che popolavano questo mare, soprattutto a causa della pluralità etnica dei *partners* coinvolti¹.

Oggi la crescita della documentazione archeologica e la riflessione metodologica e storica rendono più ottimisti sulla possibilità di comprensione dei fenomeni di relazioni a lunga distanza, ma nello stesso tempo permettono di intravederne la complessità e invitano a essere prudenti su tentativi di lettura «globalizzanti». E' evidente che occorre indagare caso per caso, donde la necessità

di edizioni analitiche dei vari contesti, per pervenire ad una lettura dei comportamenti specifici alle comunità delle varie regioni (cfr. per un approccio metodologico sulla Sardegna: Lo Schiavo in questo volume).

Né va dimenticata la natura complessa dei traffici antichi, gestiti sovente attraverso molteplici intermediazioni, lungo rotte a lunga distanza che le navi percorrevano con numerosi scali, nei quali «merci» potevano essere caricate e scaricate. A questa conclusione si giunge infatti se si considerano i carichi dei relitti, caratterizzati sovente da prodotti di varia origine e produzione.

Per l'epoca protostorica, ad esempio, la documentazione offerta dai relitti di Uluburun-Kash (XIV sec. a.C.), Capo Gelidonya (XIII sec.) e Punta Iria (XII sec.) nel Mediterraneo orientale e in Egeo mostra che delle navi trasportavano delle ceramiche sia micenee sia cipriote con dei beni di utilità economica strategica di diverse provenienze. La presenza di una spada di tipo siciliano nel relitto di Uluburun (Vagnetti 1999, 2000; Lo Schiavo in questo volume) è un importante indizio della complessa circolazione di oggetti (e di persone?) nelle navigazioni del periodo.

Com'è noto, è sempre problematico il tentativo di identificazione «etnica» degli armatori e dell'equipaggio (che poteva essere misto) delle navi: esso può basarsi non tanto sul carico, spesso composto da prodotti di varie fabbriche, ma sulla tecnica di costruzione delle navi, in cui sono riconoscibili ben precise tradizioni, sulla ceramica e utensileria di bordo o su oggetti, come sigilli o amuleti, che potevano essere appartenuti a membri dell'equipaggio.

Nella valutazione degli scambi nell'antichità non vanno dimenticati inoltre i limiti oggettivi imposti dalla «invisibilità» nel record archeologico di prodotti importanti nella vita economica quali derrate alimentari, legno, metalli, tessuti, piante, essenze profumate.

Per quanto riguarda la Sicilia, il quadro dei ritrovamenti utili ad una migliore interpretazione della natura complessa e sfaccettata delle relazioni mediterranee si è arricchito negli ultimi anni di nuove categorie di reperti, relativi in particolare alla sfera metallurgica, che aprono nuove prospettive di indagine. Purtroppo la mancanza di analisi archeometriche su ampia scala non permette di cogliere appieno se si tratta di oggetti importati o prodotti localmente su modelli allogeni.

La documentazione offerta dalla Sardegna, in cui oggetti ascrivibili a fogge iberiche o italiche sono risultati di possibile produzione locale sulla base di analisi

* Università di Catania, Facoltà di Lettere e Filosofia, Dipartimento Safist, Piazza Università 2, I-95125 Italia. e-mail: albaros@unict.it.

¹ Si precisa che le cronologie qui indicate sono quelle tradizionali su base storica. Per una discussione sui problemi relativi alle datazioni della protostoria recente siciliana in rapporto alle nuove datazioni europee e italiane su base dendrocronologica: Albanese Procelli 2005. Per una tavola di sintesi sulle cronologie della protostoria sarda e siciliana rimando a: Lo Schiavo in questo volume, fig. 1, aggiornata da E. Procelli.

archeometriche (Lo Schiavo 2003b: 25; Lo Schiavo *et alii* 2005; v. *infra*) contribuisce a cambiare l'approccio a tali problemi, invitando a considerare la trasmissione di modelli e del relativo know-how (e quindi la circolazione di artigiani) più diffusa di quanto non si ritenesse un tempo: un fenomeno che peraltro ha un impatto più importante e profondo sull'organizzazione economica e sociale delle comunità locali coinvolte nei contatti e negli scambi.

Va da sè inoltre che il settore della metallurgia, anche se ha una sua peculiarità a livello di organizzazione produttiva e di sistema di circolazione e consumo, non può essere considerato isolatamente da altre attività artigianali e dal contesto socio-economico delle società relative.

Nella convinzione che una prospettiva di *longue durée* possa essere più congeniale per una migliore comprensione dei fenomeni di interrelazione, in questa sede si analizzano alcune classi di materiali metallici databili dal XIII sec. a.C. (Bronzo Recente) in poi e pertinenti a tipologie proprie del Mediterraneo orientale e occidentale, tentando di comprendere in quest'ultimo caso, a seconda che si tratti di tipi attestati anche in Sardegna, l'eventuale possibile responsabilità di quest'ultima isola nella trasmissione di alcuni modelli in Sicilia.

MATERIALI BRONZEI DI IMPORTAZIONE E DI TIPO CIPRIOTA

VASELLAME

Nel 1968 un articolo pionieristico di L. Vagnetti invitava a non sottovalutare l'importanza della circolazione marittima lungo il Canale di Sicilia nei secoli XIV-XIII a.C., proponendo di considerare delle importazioni cipriote i bacini di bronzo ritrovati a Caldare, nel retroterra di Agrigento, sulla base di riscontri in due bacini della tomba 66 d'Enkomi (Vagnetti 1968; Lo Schiavo *et alii* 1985: 32, 62).

Oggi sono noti in Sicilia cinque bacini di tipo cipriota, ritrovati in tre siti (Caldare, Capreria presso S. Angelo Muxaro, Milena-Monte Campanella) nella valle del fiume Platani in territorio di Agrigento. Databili al Bronzo Recente (XIII sec. a.C.), essi sono raggruppabili in tre tipi:

A. Bacino a vasca emisferica dalla grotta sepolcrale di Capreria (Castellana 2000: 221, tav. IV) (fig. 2). Esso

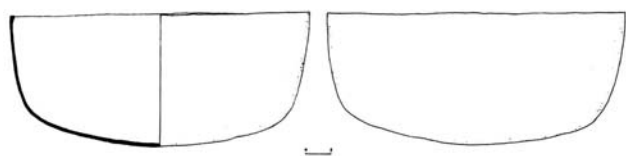


Fig. 2.
Bacino bronzeo (Capreria: da Castellana 2000).

è rapportabile agli «hemispherical bowls» Catling (Catling 1964: 147) e alle «Kalottenschalen» Matthäus (Matthäus 1985: 74; 2001). Si tratta di una forma originaria del Vicino Oriente, non anteriore alla metà del XIII sec. a.C. Gli esemplari più antichi di Cipro, di cui Catling ha proposto degli *ateliers* di fabbricazione a Enkomi e Kouklia, sono datati al Cipriota Recente IIC.

Il bacino di Capreria (alt. cm 10,3; diam. bocca cm 23,65) si riporta per le dimensioni agli esemplari più grandi del Cipriota Recente (Matthäus 1985: 102, 10) e per la forma ai due esemplari, più piccoli rispetto ad esso, della tomba 66 di Enkomi (Matthäus 1985: 74, tav. 2, nn. 37-38, alt. cm 8,8-8,2; d. b. 19,6-19,5/7). Una caratteristica tecnica propria degli esemplari ciprioti (che si ritrova nel bacino di Capreria) consiste nel labbro a sezione triangolare, appiattito superiormente.

Le «Kalottenschalen» perdurano a Cipro fino ai periodi geometrico e arcaico. Per il labbro caratterizzato dalle suddette caratteristiche potrebbe considerarsi in Sicilia di importazione cipriota il bacino a vasca emisferica del ripostiglio di bronzi di S. Cataldo presso Caltagirone, deposto verso la fine dell'VIII sec. a.C. (Albanese Procelli 1993: 68, SC1, 25).

B. Bacino a vasca emisferica, fornito di ansa mobile ad attacco rettangolare, da una tomba di Caldare (Castellana 2000, tav. VIII a destra) (fig. 3).

C. Bacini a due anse verticali e fondo ombelicato. A Cipro esemplari di questa forma sono attestati in un periodo precedente al 1200 (inizio del TC IIIA) (Lo Schiavo *et alii* 1985; Matthäus 1985: 192).

Un esemplare proviene dalla tomba citata di Caldare (Castellana 2000: 221, tav. VIII a sinistra) (fig. 4); un altro da un recupero effettuato nella necropoli di Monte Campanella a Milena (La Rosa 1993: 145, n. 1, 5d; Castellana 2000, tav. IX) (fig. 5); un terzo dalla grotta sepolcrale citata di Capreria (Castellana 2000: tav. V) (fig. 6), nella

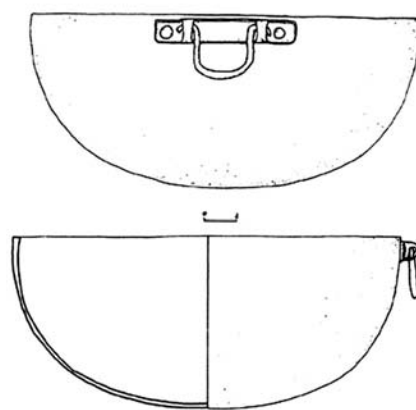


Fig. 3
Bacino bronzeo (Caldare: da Castellana 2000).



Fig. 4
Bacino bronzo (Caldare: da Castellana 2000).

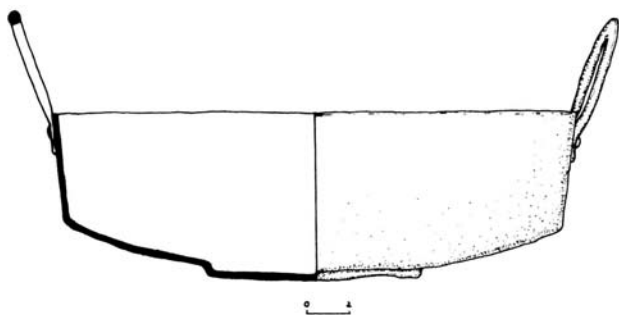


Fig. 5
Bacino bronzo (Milena-Monte Campanella: da Castellana 2000).

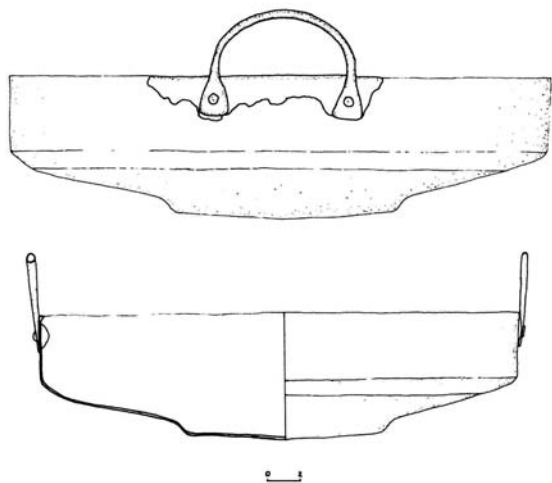


Fig. 6
Bacino bronzo (Capreria: da Castellana 2000).

quale si ritrova, come a Caldare, anche un bacino bronzo emisferico (*supra*, tipo A).

La relazione dei bacini emisferici, forniti o privi di maniglia mobile, e ad anse verticali con Cipro è indubbia, anche se si possono notare delle differenze con gli esemplari ciprioti nel sistema di *rivetage* delle anse (Matthäus 1985, tav. 49, nn. 466-467, Enkomi, t. 66).

Infatti, al contrario che nei bacini della tomba 66 di Enkomi, che sono caratterizzati da due coppie di rivetti

alle anse a sezione circolare spessa, le anse degli esemplari siciliani hanno le estremità inferiori appiattite e sono fissate alla parete tramite una sola coppia di rivetti, a testa o capocchia diversa: conica a Capreria, convessa a Milena e Caldare. In quest'ultimo sito i rivetti sono simili nei due bacini di tipi diversi B e C, a vasca emisferica e ad anse verticali: ciò potrebbe indicare una produzione nello stesso *atelier*.

Inoltre negli esemplari di Cipro i rivetti hanno la testa all'interno della vasca – un sistema che caratterizza anche altre forme di recipienti di produzione cipriota (cfr. Matthäus 1985: tav. 25, n. 367) – mentre in Sicilia i rivetti hanno la testa sulla parete esterna della vasca, a parte il bacino ad anse verticali da Capreria, nel quale la testa conica del rivetto è all'interno, una caratteristica che lo rende l'esemplare più simile a quelli ciprioti.

Si può dunque sottolineare una omogeneità morfologica e tecnica nel *corpus* siciliano di questi bacini di tipo cipriota. Ciò potrebbe indurre a prendere in considerazione la possibilità di una produzione locale, ma la prudenza è d'obbligo in assenza di analisi metallurgiche, tanto più che occorre considerare l'esistenza di differenze tecniche tra di essi e la stretta vicinanza ai prodotti ciprioti soprattutto del bacino ad anse verticali di Capreria.

Più recente di questo gruppo di bacini siciliani, che possono collocarsi nel XIII sec. a.C., è un bacino bronzo del deposito di Berzocana (Cáceres) nella Penisola Iberica, al quale è stata attribuita una presumibile provenienza orientale (cipriota). Per esso è stata proposta una datazione al Bronzo Finale III A (ca. 1050-950 a.C.), per il riscontro con un bacino cipriota privo di contesto, simile anche nelle dimensioni. La produzione cipriota di vasi metallici di questa forma si colloca tra il 1050 e l'850 a.C. (Geometrico Cipriota I-II) (Mederos Martín 1996a: 104-107, 112, con riferimento a Matthäus 1985: 111, tav. 19: 336).

LAVORAZIONE DEL FERRO

Nel quadro dei rapporti con il Mediterraneo orientale si pone il problema della possibile introduzione della tecnologia del lavoro del ferro in Sicilia. La documentazione sarda (e cioè la presenza di un frammento di ferro in associazione con un vaso *White-Slip II Ware* cipriota al nuraghe Antigori: Lo Schiavo in questo volume, con bibliografia) e la presenza di alcuni frammenti di ferro nella tomba 48 di Thapsos, dove è presente anche un vaso Tardo Elladico IIIA, induce a chiedersi se l'introduzione di questa nuova tecnica poté avere luogo nel Bronzo Medio o Recente grazie ai contatti con i Ciprioti o gli Egizi.

I dati siciliani sono ancora troppo pochi per una risposta affermativa in tal senso. Bisognerà attendere l'edizione definitiva di siti come quelli di Thapsos (Voza 1992) e

di Cannatello (v. *infra*), che, grazie alla quantità e varietà delle importazioni dal Mediterraneo orientale e centrale, si connotano come i *ports-of-trade* sinora più importanti in Sicilia, rispettivamente sulla costa orientale e meridionale.

Occorre ovviamente distinguere le importazioni di oggetti di ferro dall'Egeo o dall'Oriente dal vero e proprio avvio della lavorazione locale del ferro, che in Sicilia non sembra sinora documentabile prima del Bronzo Finale 3. Importato è certamente il più antico oggetto di ferro noto in Sicilia (e in Italia), consistente in un anello dalla tomba 23 di Castelluccio presso Noto precedente alla fine del XV sec. a.C. (per una disamina della documentazione siciliana: Albanese Procelli 2001; Albanese Procelli 2003b: 99-103).

MATERIALI BRONZEI DI TIPO OCCIDENTALE ARMI

SPADE

Dal ripostiglio di Castelluccio di Scicli (Ragusa) provengono due frammenti di immanicatura di spada a lingua da presa traforata con terminazione a due appendici rivolte verso l'alto (Di Stefano and Giardino 1990-91: 511, nn. 39-40, 15: 39-40; Giardino 1995, 37: 4, 7) (fig. 7). Essi appartengono ad una ampia categoria di spade a lingua da presa a diffusione tipicamente atlantica (*carp's tongue swords*), proprie del Bronzo Finale III, diffuse in Spagna nella costa atlantica e nell'area del fiume Guadalquivir e dei suoi affluenti, a parte una matrice di fusione fittile da Peña Negra (Crevillente, Alicante) (Coffyn 1985: 158; Giardino 1995: 191-198; Farnié Lobensteiner and Quesada Sanz 2005: 12, 38).

Esemplari si trovano nel ripostiglio della Ría de Huelva, donde la definizione di spade del tipo Huelva (Almagro Basch 1940, 1957-58, 1958; Ruiz-Gálvez

1995b). Il ripostiglio citato è datato al Bronzo Finale III A e i valori medi delle determinazioni cronologiche assolute vanno dal 987 al 922 a.C. circa (cfr. Mederos Martín 1996a: 97; Gonzales de Canales Cerisola *et alii* 2004: 198): una datazione quindi al X secolo che si accorderebbe con quella del ripostiglio siciliano di Castelluccio di Ragusa, che contiene materiali databili fra il Bronzo Finale 3 e il I Ferro 1 A.

Nelle spade del ripostiglio di Huelva i due frammenti del deposito siciliano di Castelluccio trovano puntuali riscontri per gli apici della lingua da presa rivolti verso l'alto.

In Italia una sola spada del tipo Huelva è sinora nota dalla penisola, dal ripostiglio di bronzi di Santa Marinella (Roma) nel Lazio tirrenico, che contiene tipi del Bronzo finale 3 e del I Ferro 1 A (Bianco Peroni 1970: 97-98, n. 269, tav. 40).

Poiché la foggia è documentata in Sardegna a Siniscola (Nuoro) (Coffyn 1985: 147, 54: 6; Lo Schiavo 2003b: 25, 6a: 2; Lo Schiavo *et alii* 2005: 212) e poichè numerosi sono i contatti in questi periodi tra essa e l'Italia tirrenica, la spada del tipo Huelva da Santa Marinella potrebbe spiegarsi nell'ambito dei rapporti con la Sardegna (Lo Schiavo in questo volume).

Frutto dell'acquisizione di modelli dalla penisola iberica sono inoltre le spade «fenestrate» del tipo Monte Sa Idda, databili entro il X sec. a.C. e ascrivibili anch'esse a una classe di spade di foggia atlantica: esse sono presenti in Sardegna nel ripostiglio di Monte Sa Idda (Decimoputzu), composto quasi esclusivamente da oggetti di foggia iberica (Lo Schiavo in questo volume), nella grotta Piroso-Su Benatzu di Santadi (Coffyn 1985, 54: 30; Lo Schiavo 2003b: 25, 6a: 3-6; Lo Schiavo 2005a: 343) e, nella penisola italiana, nel c.d. ripostiglio di Falda della Guardiola a Populonia (Bianco Peroni 1970: n. 270; Bartoloni 2002c: 346, 4).

Non sono sinora note in Sicilia «épées pistilliformes» di tipo atlantico, documentate in Sardegna da esemplari sia importati sia prodotti localmente (Lo Schiavo in questo volume).

STRUMENTI

Oltre a un tipo di rasoio, alcune fogge di asce ritrovate in Sicilia hanno riscontri in area occidentale.

ASCE PIATTE A SPUNTONI LATERALI

La forma è diffusa nella Francia atlantica, nelle Baleari e in numerose località delle regioni centrali della Spagna (Di Stefano and Giardino 1990-91: 532; Giardino 1995: 200-205, fig. 93-95). Di recente, quattro matrici in arenisca per asce ad appendici laterali (di forma molto simile a quelle siciliane) sono state ritrovate in un *atelier* metallurgico alla Peña Negra (Crevillente, Alicante), insieme a numerose matrici fittili pertinenti a tipi del Bronzo Finale Atlantico.

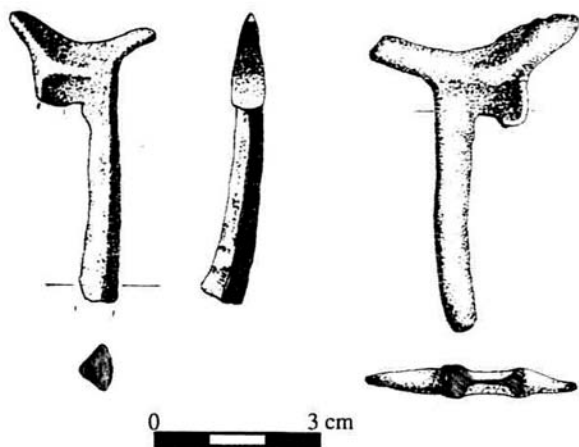


Fig. 7
Frammenti di immanicature di spade a lingua da presa tipo Huelva (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano – Giardino 1990-91).

Un'altra matrice per la produzione dello stesso tipo di ascia da Verdolay (Murcia) conferma la produzione di questo tipo di strumento nel Sud-Est della Spagna (Gonzales Prats 1992: 252; Gonzales Prats 1996: 119).

Nel villaggio della Peña Negra le matrici litiche ritrovate sono decisamente minoritarie rispetto a quelle fittili, una situazione che trova riscontro in ambiente atlantico. Molto diversa è invece la documentazione relativa alla produzione artigianale metallurgica nel periodo protostorico in Sicilia, dove si conoscono sinora ca. 90 valve di matrici tutte litiche e solo due frammenti fittili dal villaggio dei Faraglioni di Ustica del Bronzo Medio/Recente (Albanese Procelli 2004; Albanese Procelli in press1). E' logico tuttavia pensare che matrici fittili fossero usate, ma che le minori possibilità di conservazione (o di riconoscibilità) non ne permettano oggi una stima realistica.

Particolarmente simili alle matrici per asce a spuntoni laterali da Peña Negra sono alcune valve in biocalcarenite da Sabucina, dove sono state ritrovate complessivamente trentasette valve, che costituiscono sinora il gruppo più numeroso proveniente da una località siciliana. Tra esse, le impronte per la produzione di asce a spuntoni laterali costituiscono la forma percentualmente più rappresentata, confermando che si tratta di uno degli strumenti più prodotti nel Bronzo Finale siciliano (Albanese Procelli 2000, 2004).

I prototipi di questa forma sono individuabili in area egeolevantina, dove asce a spuntoni laterali sono attestate in periodo piuttosto antico nei livelli del Tardo Elladico III di Asine e a Troia VII (1250-1050 a.C.), sito quest'ultimo in cui è stata rinvenuta una forma di fusione in pietra destinata alla produzione di questi strumenti (cfr. Giardino 2000: 102).

In Sicilia, isola che potrebbe considerarsi responsabile della diffusione della foggia nelle regioni del Mediterraneo occidentale, tale tipo è ampiamente diffuso in numerosi complessi dell'area centro-orientale, in un arco di tempo che

va da un momento non avanzato del Bronzo Finale (XI sec. a.C.) al momento iniziale della prima età del ferro. Oltre ad un esemplare sporadico da Paternò (Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 118, 7: 1; Albanese Procelli 1993: 34, n. 23, 4, tav. 2), asce del tipo sono nei ripostigli di Niscemi (quattro esemplari: Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 120, 7: 2, 3; Albanese Procelli 1993: 52, nn. N2-N5, 16, tav. 6), Noto Antica (un esemplare: Albanese Procelli 1993: 55, n. NA 1, 17, tav. 8), Castelluccio di Ragusa (tre esemplari: Di Stefano and Giardino 1990-91: 503 e 532, nn. 2/4, fig. 6 e 8: 2/4; Giardino 1995: 21, 12 B 1) (fig. 8).

Tale foggia è documentata in area italiana da due esemplari nel ripostiglio di Monte Rovello (Allumiere) del Bronzo Finale 3/I Ferro 1A nell'Etruria meridionale (Carancini 1984: tav. 172, nn. 4486-87) e in Sardegna nei ripostigli di Monte Sa Idda (Decimoputzu) e di Flumenelongu (Alghero), oltre che a Villagrande Strisaili (Nuoro) (Lo Schiavo 2003b: 25-26, fig. 6b: 1-2, 7a: 19). Si tratta di contesti databili entro il X sec. a.C.

ASCE PIATTE A SPUNTONI LATERALI ASIMMETRICI

Un esemplare sporadico da Piazza Armerina (Enna) rappresenta una variante locale del tipo già discusso (Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 7: 7; Albanese Procelli 1993: 34, n. 24, 4, tav. 2). Un'ascia simile è segnalata in Italia peninsulare da Siena (Toscana) (Coffyn 1985: 54: 31).

ASCE PIATTE A TALLONE RISTRETTO E SPUNTONI LATERALI

In Sicilia appartengono a questo tipo un esemplare dal ripostiglio citato di Niscemi (Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 120, 7: 4; Albanese Procelli 1993: 51, n. N 1, 16, tav. 6) (fig. 9) e due esemplari dal deposito di Modica (Ragusa), che contiene materiali dal Bronzo Finale 3 al I Ferro 1A (Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 120, 7: 5; Lo Schiavo 2003b: 25, 6b: 3-5). Essi costituiscono un

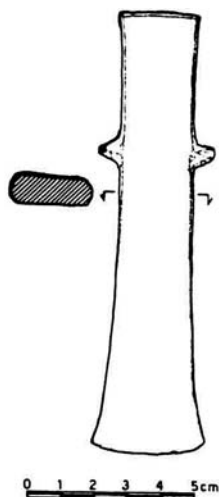


Fig. 8
Ascia piatta a spuntoni laterali (ripostiglio di Noto Antica: da Albanese Procelli 1993).

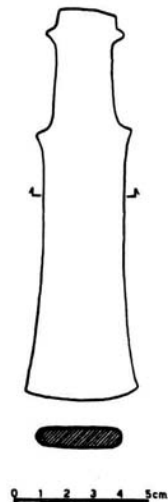


Fig. 9
Ascia piatta a tallone ristretto e spuntoni laterali (ripostiglio di Niscemi: da Albanese Procelli 1993).

tipo di elaborazione locale, come i coevi esemplari sardi a tallone ristretto ma privi di spuntoni (Lo Schiavo 2003b: 25, 6b: 4).

ASCE PIATTE CON UNO SPUNTONE E UN ANELLO LATERALI

Questo tipo è sinora noto in Sicilia solo da un esemplare del ripostiglio di Castelluccio di Ragusa, nel quale l'anello è incompleto per difetto di fusione (Di Stefano and Giardino 1990-91: 503, n. 5, fig. 6 e 8: 5; Giardino 1995, 12 B 5) (fig. 10).

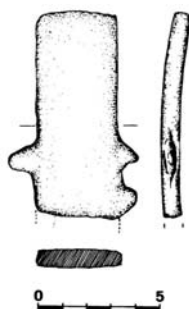


Fig. 10
Ascia piatta con uno spuntone e un anello laterali (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano – Giardino 1990-91).

In Sardegna esso è presente nel ripostiglio di Monte Sa Idda, nel quale, come in quello siciliano di Castelluccio, è associato con asce a spuntoni laterali, nel cui ambito morfologicamente e cronologicamente rientra (Lo Schiavo and D'Oriano 1990, 8: 8; Giardino 1995: 205; Lo Schiavo 2003b: 25, 6b: 2).

Anche questa varietà di ascia risulta documentata in ambito iberico, a Villacarillo (Jaén) (Monteagudo 1977: 571, tav. 51: 832 A) e a Almanza (León) (Delibes de Castro and Fernandez Manzano 1986, 1).

ASCE A TALLONE CON UN OCCHIELLO LATERALE

In Sicilia sono noti sinora due esemplari, forniti di costolatura mediana alla lama, immanicatura a incasso e contorno romboidale: l'uno sporadico da Siracusa, conservato al Museo di Palermo (Bernabò Brea 1953-1954: 213, 31a; Bernabò Brea 1958: 155, 35: 5; Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 120, 7: 10; Giardino 1995: 207), l'altro dal ripostiglio di Castelluccio di Ragusa (Di Stefano and Giardino 1990-91: 503, nn. 10, 11, fig. 9 e 10: 10-11) (fig. 11).

L'area di diffusione delle asce a tallone con un solo occhiello (*one-loop palstave*) è assai ampia, con una concentrazione nei paesi dell'area atlantica, in particolar modo nell'area nord-occidentale della penisola iberica, in Francia e nelle Isole Britanniche (Monteagudo 1977: 180-188, 194-198).

In Italia la distribuzione riguarda solo la Sicilia e l'Italia centrale tirrenica, dove un esemplare si trova nel ripos-

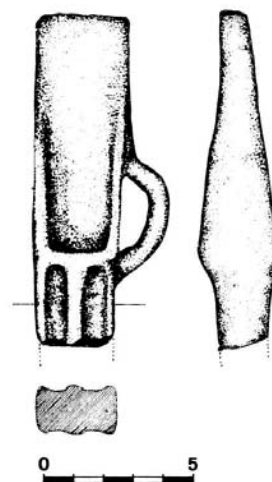


Fig. 11
Ascia a tallone con un occhiello laterale (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano – Giardino 1990-91).

stiglio laziale di Tolfa (Roma), databile a un momento terminale del Bronzo Finale (Carancini 1984: tav. 129, n. 3715). Quest'ultimo ripostiglio, insieme a quello siciliano di Castelluccio, fornisce una indicazione cronologica per la circolazione nel Mediterraneo centrale tra Bronzo Finale 3 e I Ferro 1 A.

Tale foggia di asce è documentata in Sardegna nel ripostiglio di Monte Sa Idda (Lo Schiavo 2003b: 25, 6b: 9).

ASCE A TALLONE CON DUE OCCHIELLI LATERALI

Poche sono sinora le testimonianze di questa foggia (*double-looped palstaves*) in area italiana, dove è documentata solo in area insulare e non nella penisola.

In Sicilia è nota solo da un esemplare del ripostiglio di Castelluccio di Ragusa (Di Stefano and Giardino 1990-1991: 503, n. 12, fig. 9 e 10: 12) (fig. 12) e in Sardegna meridionale dai ripostigli di Monte Arrubiu (Sarroch) e di Monte Sa Idda (Decimoputzu), complessi inquadrati tra un momento avanzato del Bronzo Finale e la prima età del ferro, e da Forraxi Nioi (Lo Schiavo 2003b: 25, 6 b: 7-8). L'esemplare dal ripostiglio di Castelluccio di Ragusa differisce da quelli sardi per la lama più divergente verso il taglio (Giardino 1995: 213, 102: 2-3).

Questo tipo di ascia è diffuso in particolare nella Inghilterra meridionale, nelle regioni atlantiche della Francia e nella regione nord-occidentale della Spagna (cfr. Di Stefano and Giardino 1990-91: 532).

ASCIA A CANNONE A BOCCA QUADRANGOLARE CON UN ANELLO LATERALE

La produzione di questa foggia è documentata in Sicilia da una valva di matrice per fusione in arenaria, proveniente dal villaggio di Cannatello presso Agrigento nella costa meridionale dell'isola. Le due tacche laterali simmetriche, visibili all'interno dell'imboccatura, indicano

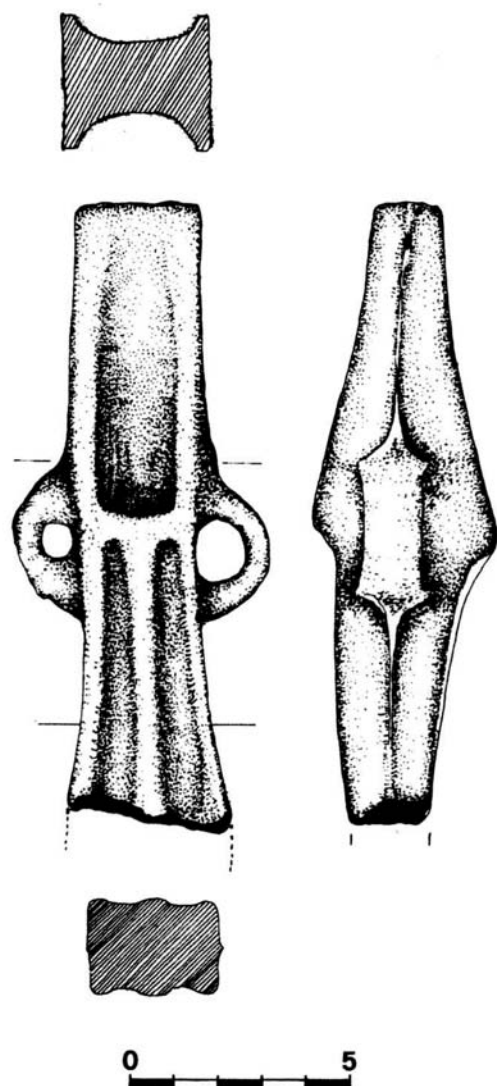


Fig. 12
Asce a tallone con due occhielli laterali (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano – Giardino 1990-91).

chiaramente che le asce prodotte erano a bocca quadrangolare. Il nucleo interno in materiale refrattario doveva essere tenuto fermo da piccoli segmenti inseriti nei due sottili incavi laterali, leggermente asimmetrici (fig. 13).

Le asce che venivano prodotte con tale matrice sono vicine al «type armoricain» delle *haches à douille*, attribuibili al Bronzo Finale (Coffyn 1985: 52, fig. 20: 3 e 4). La diffusione di quest'ultimo tipo è rara nella penisola iberica. Alcune sono di provenienza incerta, poichè fanno parte di collezioni private. Al Museo Archeologico di Madrid è un'ascia del tipo Plurien ritrovata vicino a Madrid (Coffyn 1985: 55, n. 4).

La matrice di Cannatello può datarsi al Bronzo Finale, periodo al quale si riferiscono altri materiali dal villaggio, la cui vita è documentata fin dal Bronzo Medio (v. *infra*). Dallo stesso sito provengono altre matrici, tra cui una valva in arenaria con impronte su due facce opposte, per la produzione l'una di piccoli pugnali, l'altra di punteruoli (fig. 14).

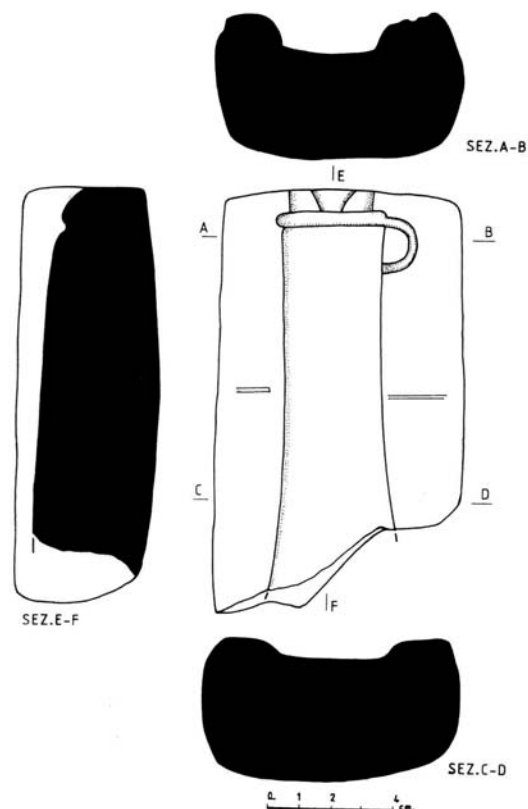


Fig. 13
Valva di matrice (da Cannatello: disegno dell'autore, lucido di O. Pulvirenti).

In Sardegna sono attestate asce a cannone con costolature al corpo, fornite sia di uno sia di due anelli (*one and double-looped socketed axes*), dai ripostigli di Monte Sa Idda e Funtana Janna (Bonnannaro) (Lo Schiavo 2003b: 25, 6b: 10-11). L'esemplare da quest'ultimo deposito è ritenuto di manifattura locale sulla base di analisi archeometriche (Lo Schiavo 2000a: 52).

Per la presenza di costolature al corpo, questi ultimi tipi sono diversi da quello prodotto tramite la matrice di Cannatello, per cui, almeno in base ai dati attuali, sembrerebbe al momento potersi escludere una mediazione

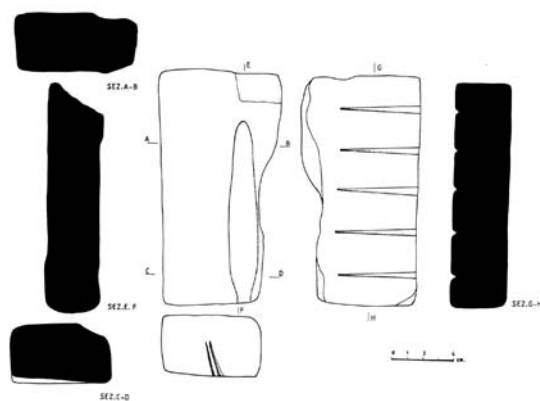


Fig. 14
Valva di matrice (da Cannatello: disegno dell'autore, lucido di O. Pulvirenti).

sarda per la trasmissione di questa forma di origine atlantica in Sicilia.

RASOI BITAGLIENTI A LAMA OVALE E CODOLO PIATTO

Di questa foggia di origine atlantica sono noti in Sicilia due esemplari da contesti databili tra il Bronzo Finale 3 e il I Ferro 1 A: l'uno dalla tomba 78 della necropoli di Cassibile in provincia di Siracusa (Orsi 1899: 130, 49; Coffyn 1985, 54: 34); l'altro dal citato ripostiglio di Castelluccio di Ragusa (Di Stefano and Giardino 1990-91: 513, n. 63, fig. 18, 20) (fig. 15).

Rasoi tipologicamente simili sono diffusi in Gran Bretagna, Francia e nella Penisola Iberica (cfr. Di Stefano and Giardino 1990-91: 536). Le maggiori affinità per gli esemplari siciliani si ritrovano in quest'ultima regione in rasoi del ripostiglio di Huerta de Arriba presso Burgos e di Bocas (Monteagudo 1977: tav. 153 A 7-9; Giardino 1995: 225, gruppo C, 109).

PIOMBO

E' ancora da fare per la Sicilia un censimento degli oggetti di piombo da contesti protostorici.

Tale metallo, che potrebbe essere di provenienza sia orientale sia centro-occidentale, è rarissimo tra il Bronzo Tardo e la prima età del ferro. A Pantalica sono attestati

un disco di piombo nella tomba Nord 9 e un anello nella tomba Sud 64 (Museo Archeologico di Siracusa, nn. inv. 15772 e 20613; Orsi 1899 e 1912). Non è certo sufficiente l'associazione di una perla troncoconica di piombo nella tomba Sud-Est 81, databile ad un momento avanzato dell'orizzonte iniziale della prima età del ferro (Albanese Procelli 2003b: 2, 9), con una brocchetta askoide di impasto marrone-nerastro, decorata con due file di cerchietti impressi, di tipo nuragico (Museo Archeologico di Siracusa, n. inv. 20641; Orsi 1912: 317, tav. VII: 66), per suffragare l'ipotesi di una provenienza sarda per l'oggetto di piombo della tomba, anche se l'ipotesi di una tale provenienza nel periodo più intenso dei contatti con la Sardegna non sarebbe illogica, ma richiede eventuali conferme su una analisi più ampia della documentazione relativa ai contesti protostorici di oggetti di piombo in Sicilia.

FORME DI RIFLUSSO DAL MEDITERRANEO CENTRALE IN IBERIA

Per quanto riguarda le forme di «ritorno» dal Mediterraneo centrale, e in particolare dalla Sicilia, verso Occidente, possono essere prese in considerazione alcune tipologie di fibule pertinenti a tipi peculiari della Sicilia, attestate in contesti occidentali iberici (Coffyn 1985: 159, 56; Lo Schiavo and D'Oriano 1990: 122, 9; Giardino 1995: 237-249).

Tra esse sono le fibule con arco serpeggiante a gomito e ardiglione rettilineo, ampiamente diffuse in Sicilia, sia in necropoli, sia in ripostigli, tra il Bronzo Finale e gli inizi della prima età del ferro.

Fibule con arco a gomito, affini a quelle siciliane, si ritrovano nella Penisola Iberica in contesti funerari, in abitati e in raffigurazioni su stele dell'Estremadura quali quella di Brozas (Cáceres) e la stele I di Torrejón el Rubio (Museo di Cáceres) (Almagro Basch 1957-1958: fig. 7-8).

Fibulas de codo sono particolarmente diffuse in siti della provincia di Granada. Esse sono tra l'altro attestate nel Sud-Est spagnolo (Mola d'Agres, Peña Negra, Cerro de los Infantes, Cerro de la Miel, Cerro Alcalá, Cerro de la Mora) e all'interno (Perales del Río, San Román de la Hornija) e nel *castro burgalés* di Yecla in Silos (Gonzales Prats 1996: 199; Mederos Martín 1996a: 97-101, tabla 1).

Analisi recenti di fibule a gomito sono state finalizzate a una comprensione delle differenze tecniche in rapporto alla seriazione tipologica ed hanno condotto alla proposta di una linea evolutiva nella quale appaiono prima le fibule a gomito del tipo Huelva e poi quelle ad occhio (Carrasco *et alii* 1999). Sulla base della composizione sono stati distinti cinque gruppi (A/E). Se il gruppo A (fibule tipo Huelva) è molto omogeneo, al contrario

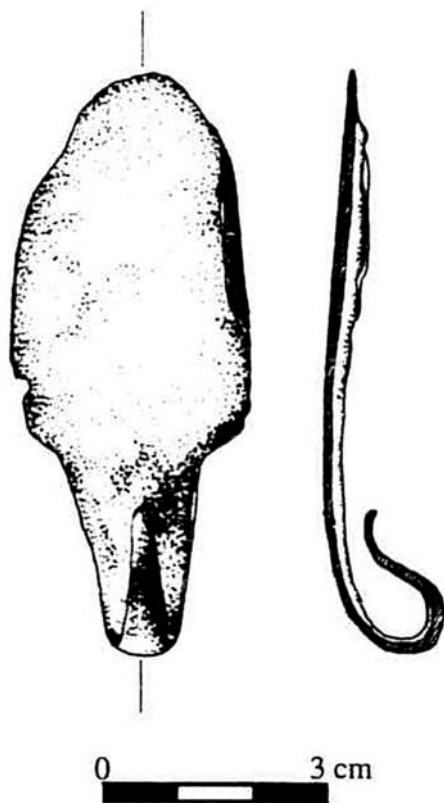


Fig. 15
Rasoio bronzeo (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano – Giardino 1990-91).

alquanto eterogeneo è il gruppo B, che comprende fibule sia a gomito sia a gomito con occhio, che appaiono tipologicamente le più vicine agli esemplari siciliani. Una composizione differente dal resto presenta anche la fibula a gomito con occhio da El Berrueco (gruppo E) per il suo alto contenuto in piombo (11,55 %). Le analisi metallografiche in corso sulle fibule ad arco serpeggiante a gomito della necropoli di Madonna del Piano (Albanese Procelli 1994; Albanese 2003b: 69-75) apporterà un nuovo contributo alla discussione (Lo Schiavo *et alii* 2002; Albanese and Lo Schiavo 2004).

Fibule serpeggianti a gomito sono inoltre nel ripostiglio della Ría de Huelva (Almagro Basch 1958: 257-265) e in esse sono state riscontrate notevoli analogie con esemplari del ripostiglio di Castelluccio (Di Stefano and Giardino 1990-91: 514 e 536, n. 74, fig. 22-23: 74; Giardino 1995: 237-40, 330, 39: 14-20).

Meno diffusa rispetto alla fibula con arco serpeggiante a gomito è in Sicilia nella facies di Pantalica II del Bronzo Finale quella con arco serpeggiante a gomito con occhio. Un esemplare affine a questo tipo è stato ritrovato in Portogallo in una tomba a *tholos* della Roça do Casal do Meio, che la struttura architettonica e elementi del corredo hanno indotto a interpretare come la sepoltura di uno «straniero» (Spindler and Veiga Ferriera 1973: 10d; cfr. Giardino 1995: 85).

Una forma peculiare è costituita inoltre in Sicilia dalle fibule con arco a gomito ad antenne (appendici cornute, rappresentanti schematicamente una protome taurina), attestate in contesti del Bronzo Finale 3 – I Ferro 1 A, quali il ripostiglio di Castelluccio (Di Stefano and Giardino 1990-91: 517, 536, n. 87, fig. 24-25: 87) e la necropoli di Madonna del Piano presso Grammichele in provincia di Catania (tombe 221, 255; Lo Schiavo *et alii* 2002) (fig. 16-18).

A questa forma sono molto vicini in Spagna un esemplare dalla provincia di Soria o di Guadalajara (Coffyn 1985: 56: 10) e una raffigurazione nella stele II di Torrejón el Rubio (Cáceres) nell'Estremadura (Almagro Basch 1957-58: 9).

CONSIDERAZIONI SULLE INTERRELAZIONI TRA LA SICILIA E IL MEDITERRANEO

E' noto che i contatti tra la Sicilia e l'Occidente si intensificano tra il Bronzo Finale e la prima età del ferro, dopo la crisi dei rapporti con l'Egeo, particolarmente intensi dal Bronzo Antico al Bronzo Recente.

E' merito di L. Bernabò Brea avere introdotto negli studi il tema dei rapporti con l'Occidente, sia per il periodo preistorico (Eneolitico-Bronzo Antico) sia per quello protostorico (Bronzo Tardo-prima età del ferro) e di averlo

considerato pariteticamente con quello, generalmente privilegiato fino ad allora, delle relazioni con l'Egeo (cfr. Cultraro 2005) nella sintesi presentata in *Ampurias* del 1953-54 (Bernabò Brea 1953-54: 178-180, 211-213), da cui nascerà l'impulso per la redazione della «Sicilia prima dei Greci» (Bernabò Brea 1958).

Nel mondo protostorico l'approvvigionamento in rame doveva essere uno degli obiettivi principali degli scambi, certamente sottostimato in base all'evidenza attuale. E' noto come la circolazione di rame cipriota sotto forma di lingotti oxhide sia diffusa nel bacino del Mediterraneo tra il XIV e la prima metà del XII sec. a.C. Per quanto riguarda la Sicilia, a parte Lipari, dove si conoscono dei frammenti di lingotti oxhide dal ripostiglio di bronzi della capanna *alpha II*, la distribuzione concerne

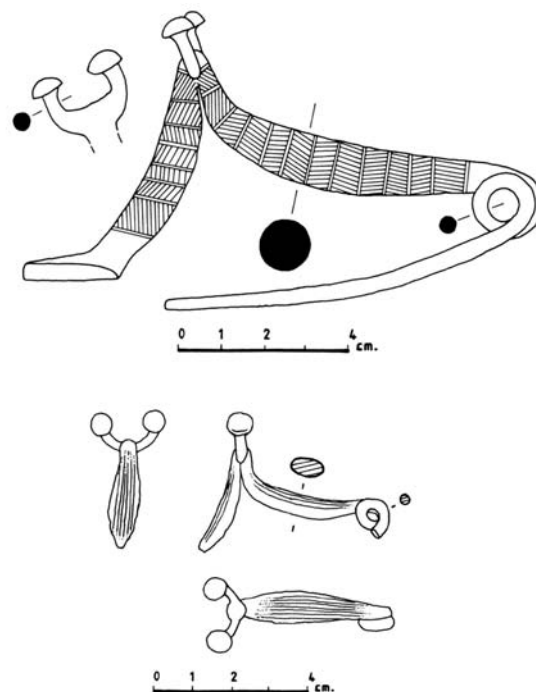


Fig. 16-17
Fibule bronzee c.d. ad antenne (Madonna del Piano, tombe 211 e 255: disegni dell'autore, lucidi di O. Pulvirenti).

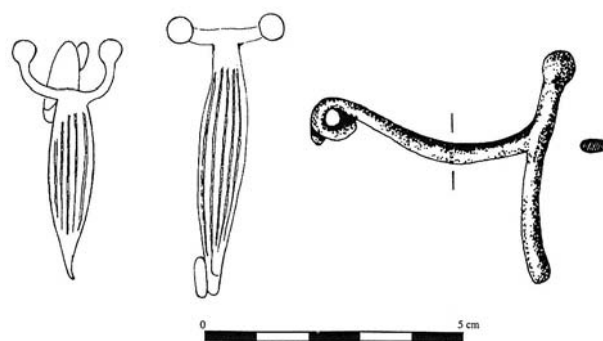


Fig. 18
Fibula bronzea c.d. ad antenne (ripostiglio di Castelluccio di Ragusa: da Di Stefano-Giardino 1990-91).

sinora i territori di Siracusa (Thapsos) e di Agrigento (Cannatello), cioè la costa sud-orientale e meridionale dell'isola (Lo Schiavo 1999, 2005b, in questo volume).

Il villaggio di Cannatello nel Bronzo Medio, Recente e Finale è lungo la costa meridionale della Sicilia uno degli empori aperti a naviganti orientali e occidentali, come provano le importazioni di ceramiche micenee del Tardo Elladico IIIA2-IIIB, cipriote, maltesi e nuragiche. Queste ultime sono attestate in livelli del Bronzo Recente e forse anche del Bronzo Finale iniziale (Deorsola 1996; De Miro 1999; Vagnetti 2000-2001; Levi 2004; A. Vanzetti in Albanese *et alii* 2004: 324).

Le importazioni cipriote in Sicilia non comprendono solo metalli e beni di prestigio in bronzo (come gli specchi: Lo Schiavo *et alii* 1985; Albanese Procelli *et alii* 2004; Albanese Procelli and Chilardi 2005), ma anche ceramiche fini, pithoi e anfore. Un pithos decorato a scanalature del XIII sec. a.C. (Bronzo Recente) è stato ritrovato a Cannatello (Vagnetti 2000: 81, 2: 4). Esso è analogo all'esemplare proveniente dal nuraghe Antigori in Sardegna, la cui fabbricazione cipriota è stata confermata da analisi archeometriche (Vagnetti 2000: 81; Lo Schiavo in questo volume).

A proposito delle tre anse di anfore con segni incisi dopo la cottura, tipici della scrittura c.d. cipro-minoica, provenienti da Cannatello, è stato ricordato come l'abitudine di contrassegnare i vasi dopo la cottura sia frequente a Cipro (Graziadio 1997: 698).

Ceramiche cipriote *White-Shaved* provengono dalle tombe D e A1 di Thapsos (Vagnetti 2000-2001: 1, 1), nelle quali sono associate a ceramiche del Tardo Elladico III A2/B. Un frammento di *White Slip II Ware* è stato riconosciuto a Cannatello (Vagnetti 2000-2001: 1, 6).

A parte dei frammenti in pasta grigia *Base Ring I Ware* da Cannatello (De Miro 1999: 77-79; cfr. Graziadio 1997: 695), due brocche *Base Ring II* provengono dalla suddetta tomba D di Thapsos (Vagnetti 2000-2001: 1, 2-3) e un'altra da una tomba inedita presso l'Ara di Ierone a Siracusa (Voza 1999), che ha restituito anche un alabastron Tardo Elladico III A2 e un sigillo cilindrico in steatite, verosimilmente non miceneo ma cipriota o vicino-orientale.

Un'altra brocca *Base-Ring II* proviene dalla tomba 7 di Thapsos (scavi Orsi), i cui corredi comprendono anche due vasi micenei del Tardo Elladico IIIA2 (Graziadio 1997: 683-684).

A proposito delle brocche della tomba D di Thapsos e della tomba di Siracusa, V. Karageorghis ha proposto, sulla base di una visione macroscopica dell'impasto, una produzione locale, imitante quella cipriota (Karageorghis 1995). Questo implicherebbe una presenza di artigiani allogeni in Sicilia e una loro influenza sull'organizzazione produttiva locale.

Per quanto riguarda i rapporti con Cipro, la situazione della Sicilia presenta un quadro organico di importazioni di vasellame bronzeo, di ceramiche fini e di grandi contenitori fittili, non necessariamente importati come recipienti per derrate, potendo servire come contenitori di vasellame o altri prodotti. La scarsa identificazione di lingotti oxhide in Sicilia potrebbe essere solo dovuta a una – inevitabile – sottostima attuale.

La situazione siciliana appare dunque al momento abbastanza diversa da quella sarda, dove l'impronta cipriota è ben visibile nel XIII/XI sec. a.C. nel settore della metallurgia, mentre scarse sono finora le importazioni ceramiche (Lo Schiavo in questo volume). Una differenza, che è possibilmente attribuibile all'importanza delle risorse metallifere della Sardegna rispetto alla limitatezza in tal senso della Sicilia, dove l'unica zona metallifera è quella del distretto dei Peloritani nel nord-est dell'isola, probabilmente sfruttata in epoca protostorica (Giardino 1995: 134-139).

E' stato notato che le modalità del commercio cipriota nel Mediterraneo centrale sembrano presentare delle affinità con i criteri selettivi di ripartizione degli oggetti nel Vicino Oriente e nella costa settentrionale dell'Africa, dove dei siti come Marsa Matruh, che ha restituito ceramiche simili a quelle di Cannatello, si connotano come dei punti di appoggio stagionali (Graziadio 1997). Si potrebbero allora ipotizzare delle rotte che da Cipro e dal Vicino Oriente procedevano, costeggiando la costa nord-africana, verso la Sicilia meridionale e la Sardegna.

Contatti con l'Africa settentrionale sono oggi supponibili già alla fine del Bronzo Antico grazie alla presenza di frammenti di ceramica bicroma a Pantelleria e a Tell-el Dab'a nel Delta del Nilo in Egitto (Marazzi and Tusa 2005).

E' altresì interessante che un commercio di vino del Vicino Oriente sia percettibile in questo periodo attraverso la presenza di anfore c.d. «cananee» (per le quali le analisi archeometriche confermano una provenienza levantino-cipriota) nei villaggi siciliani di Monte Grande in territorio di Agrigento (Jones *et alii* 2005: 541) e di Mursia a Pantelleria (Marazzi and Tusa 2005: 606).

Il problema dei contatti tra Sicilia e Mediterraneo occidentale a partire dal Bronzo Finale (XII/XI sec. a.C.) si intreccia in una prospettiva di *longue durée* con quello delle navigazioni levantine verso l'Occidente mediterraneo. Le ricerche future potranno interrogarsi sulla possibile continuità della fase levantino-cipriota protostorica con la fase fenicia di età arcaica (separata dalla prima da alcuni secoli). Il fenomeno dell'irradiazione fenicia verso i mari occidentali potrebbe aver fatto seguito a una frequentazione di genti levantine (siro-palestinesi, ciprioti), tra le quali non è possibile ancora distinguere le varie etnie.

La complessità della situazione politica nel Levante e a Cipro tra la fine del II e gli inizi del I millennio non aiuta

certo a una chiara comprensione delle ripercussioni di tali eventi nel Mediterraneo centrale e occidentale. I legami tra la Fenicia e Cipro non sembrano svilupparsi che a partire dal X sec. a.C. (Gras 1992: 33).

Per quel che riguarda la Spagna, si ritiene che tra il 1050 e il 950 a.C. si ebbe un intensificarsi delle relazioni con l'area filisteo-cipriota, forse miranti alle risorse minerarie iberiche (Mederos Martín 1996a).

Una documentazione significativa a favore della identificazione di presenze orientali in Occidente potrebbe essere data dal ritrovamento di sigilli, indicatori presumibili di identità. Tuttavia i problemi interpretativi anche in questo senso non mancano. In Spagna il sigillo cilindrico, collegato ad ambiente siriano o cipriota e datato al 1350-1000 a.C., rinvenuto a Vélez (Malaga) in un corredo funebre, come componente di una collana di cui facevano presumibilmente parte anche perline di vetro e di pietre dure, è stato di recente oggetto di precisazioni per quel che concerne il contesto di ritrovamento, relativo a una tomba «belonging to the indigenous LBA/EIA aristocracy» (Niemeyer 1984: 3-94, 8, 3; Niemeyer 2003: 34).

Un altro caso di non ben definita attribuzione cronologica è costituito per la Sicilia dalla nota statuetta bronzea di fabbrica siro-palestinese, raffigurante una divinità maschile combattente (Reshef), ritrovata in mare a circa venti miglia dalla costa tra Capo Granitola e Capo S. Marco presso Selinunte (Camerata Scovazzo 2000). Essa costituisce comunque una documentazione della frequentazione del Canale di Sicilia da parte di genti vicino-orientali nel XIV-XII secolo (Lo Schiavo *et alii* 1985: 52) o nella prima età del ferro (Falsone 1993).

Per la comprensione della strutturazione del sistema di relazioni tra la Sicilia e il mondo iberico tra il Bronzo Finale e la prima età del ferro uno dei problemi più importanti è quello di tentare di capire se si tratta di rapporti diretti o mediati attraverso la Sardegna, che può certo avere esercitato un importante ruolo di trasmissione di certi modelli nel campo della produzione metallurgica.

Tra le fogge di armi e strumenti comuni alla Sicilia e alla penisola iberica, che sono attestate anche in Sardegna, sono: le spade del tipo Huelva; le asce piatte a spuntoni laterali, con uno spuntone e un'anello laterale; le asce a tallone ristretto e a spuntoni laterali e quelle a tallone con due occhielli. Si tratta comunque di tipi legati a scambi a vasto raggio, per cui tali presenze in entrambe le isole possono non indicare necessariamente scambi esclusivi tra di esse, in quanto Sardegna e Sicilia partecipano entrambe, con modalità diverse, a più ampi circuiti di circolazione.

Per quel che riguarda la qualità della documentazione siciliana, e quindi le potenzialità informative che essa può fornire, se finora i bronzi in questione appartenevano a ripostigli o a contesti funerari, oggi la documentazione

che asce a cannone quadrangolare con un anello di tipo «armoricano» (la cui area di diffusione è concentrata in area atlantica e per la quale si conoscono sinora alcune attestazioni in area iberica) venivano prodotte a Cannatello cambia le prospettive del problema. Tale matrice si può forse considerare un importante indizio di contatti con l'area iberica e atlantica, per la quale (almeno allo stato attuale delle conoscenze) non è possibile pensare a una mediazione sarda.

Gli apporti tipologici di tipo occidentale in Sicilia vanno probabilmente messi in relazione con scambi miranti all'approvvigionamento di metallo grezzo da quelle aree e con rapporti, seppure lontani e mediati, con aree atlantiche di provenienza dello stagno, quali le Isole Britanniche e l'Armorica, durante il Bronzo Finale III.

Sono probabilmente le difficoltà di approvvigionamento di metallo dalle fonti orientali che da questo momento creano la necessità di intensificare i contatti verso Occidente (Sardegna e aree più lontane), tramite scambi che avvengono forse anche su circuiti autonomi rispetto a quelli della Sardegna. Con quest'isola tuttavia i rapporti sono ben documentati nel Bronzo Recente e Finale, mentre sembrano rarefarsi tra quest'ultimo periodo e la prima età del ferro, in coincidenza con l'intensificarsi dei traffici tra il mondo nuragico e i centri proto-villanoviani e villanoviani dell'Italia centrale (Lo Schiavo in questo volume).

I rapporti tra l'area fenicia della Sicilia e la Sardegna sono documentati dal frammento di ansa di una brocchetta askoide nuragica, attribuibile tipologicamente a questo periodo, identificato di recente a Mozia (isola di S. Pantaleo, Trapani) nell'area nord-occidentale della Sicilia. Un altro frammento è stato ritrovato sul pavimento dell'ambiente I del villaggio di Monte Maio (Dessucri, Caltanissetta), abitato tra l'XI e il IX sec. a.C. (Panvini 2003: 168). La presenza di brocchette nuragiche nel Mediterraneo centrale a Cartagine nel Nord Africa e a Vetulonia in Etruria (dove sono anche imitate localmente) e in Egeo (Creta), oltre che nella Penisola Iberica (El Carambolo, Cadiz, Huelva) ha indotto a supporre che la distribuzione di questa forma nuragica sia avvenuta sulle rotte percorse dalle navi fenicie della prima età del ferro, anche se è prudente non pronunciarsi sui possibili vettori (Lo Schiavo 2002, 2003b, 2005c; Lo Schiavo in questo volume, con bibliografia).

E' logico pensare che nel periodo tra la fine del IX e l'VIII secolo a.C. la Sicilia, per la sua posizione tra l'Africa del Nord e il Tirreno, risentisse dei fenomeni di circolazione e interrelazione tra Euboici e Orientali, che conosciamo nel Mediterraneo centrale soprattutto tramite i casi di Cartagine e Pithekoussai (Buchner 1982; Ridgway 1984, 2000, 2002; Boardman 1994; Docter and Niemeyer 1994; Gras 1997: 34, 63, 195; Docter 2000).

Ma certamente «l'Histoire ne commence pas à Pithecusses» (Gras 1985: 706). Oggi nuovi dati dal villaggio di Sant'Imbenia nella baia di Porto Conte a nord di Alghero, nella Sardegna nord-occidentale (Bafico *et alii* 1995, 1997; Bafico 1998; Oggiano 2000; Ridgway 2002: 218-220) e dall'abitato di Huelva, sito in posizione strategica alla confluenza dei due estuari dei fiumi Odiel e Tinto nell'Andalusia occidentale (Gonzales de Canales Cerisola *et alii* 2004), arricchiscono notevolmente la percezione della complessa mobilità degli individui di varie etnie nel Mediterraneo centrale e occidentale nel periodo che va dall'XI-X all'VIII secolo a.C. Essi cambiano il modo di considerare le dinamiche di quel periodo che si suole definire «precoloniale» e che riguarda i contatti tra Fenici e Greci con genti del Mediterraneo centrale nell'orizzonte avanzato della prima età del ferro, prima delle fondazioni coloniali greche in Sicilia e in Italia meridionale. Anche in Spagna, oggi il periodo di divario cronologico tra la supposta fondazione storica di Cadice e le prime colonie fenicie si può meglio leggere considerando i contatti col Mediterraneo che si inquadrano «en un proceso lógico y continuado de intercambio» (Mederos Martín 1996a: 96). Alla finalità di ridurre il divario cronologico tra il Bronzo Finale e il Periodo Orientalizzante mira già la proposta di un rialzamento alla prima metà del IX sec. a.C. per l'inizio della colonizzazione fenicia nella Penisola Iberica, effettuata sulla base di una revisione dell'evidenza relativa alle più antiche importazioni di ceramiche greche e fenicie, precedentemente all'edizione dei nuovi scavi di Huelva (Brandherm 2006).

Quest'ultimo abitato, nel quale si praticava durante la fase precoloniale una complessa metallurgia di rame, argento e ferro, ha restituito undici iscrizioni fenicie, datate tra l'XI-X secolo e l'800 a.C., e ceramiche di tipo fenicio. Dall'Egeo e dal Mediterraneo orientale sono inoltre importate ceramiche attiche del Geometrico Medio II (circa 800-760 a.C.) e euboico-cicladiche del Subproto geometrico III (circa 850-750 a.C.), oltre a vasellame cipriota. La presenza di ceramiche villanoviane e nuragiche rende evidente la complessità delle molteplici partecipazioni o intermediazioni nei circuiti di traffici e l'importanza «strategica» dell'area centrale del Mediterraneo, che si configura come «el nódulo principal» dei circuiti est-ovest (Cabrera Bonet 2003: 77).

Per lo strato di Huelva con tali materiali è stato proposto, sulla base della ceramica greca, un termine cronologico inferiore del 770 a.C., e un termine iniziale della fine del X – prima metà del IX secolo a.C.

Questi nuovi ritrovamenti inducono a riflettere anche sul problema dei vettori dei più antichi vasi greci noti in Occidente dopo il periodo delle importazioni egee e cipriote del Bronzo Medio e Recente.

A parte una pisside o cratere del Geometrico Medio II da Huelva, tali vasi sono costituiti da skyphoi euboico-cicladici a semicerchi penduli del tipo 6 Kearsley, documentati in Sicilia nella necropoli di Villasmundo (Voza 1978, 1980, 1999), nell'Italia tirrenica a Veio, Roma (S. Omobono?) e Pontecagnano (per la distribuzione e la bibliografia: Bailo Modesti and Gastaldi 1999; Gonzales de Canales Cerisola *et alii* 2004). Più antico (fine del IX secolo a.C.) è lo skyphos del tipo 5 Kearsley ritrovato nel villaggio nuragico di Sant'Imbenia. A questa distribuzione oggi si aggiungono gli skyphoi del tipo 6 ritrovati a Huelva in uno strato considerato non posteriore al 770 a.C., una cronologia che ha ripercussioni anche sulla datazione dello skyphos di Villasmundo, che potrebbe quindi datarsi alla prima metà dell'VIII sec. a.C.

Nel caso di Huelva gli editori non considerano ammissibile l'attribuzione degli skyphoi e dei piatti euboico-cicladici a navigazioni euboiche, poichè ritengono impensabile una presenza greca in Iberia agli inizi dell'VIII secolo sulla base delle fonti archeologiche². Inoltre, il fatto che a Huelva ritrovamenti orientali siano inseriti in un contesto fenicio-indigeno ha indotto piuttosto a presupporre un coinvolgimento di genti levantine in questi traffici.

Se si esaminano i contesti del villaggio nuragico di Sant'Imbenia (ca. fine IX-metà VII sec. a.C.) si osserva una situazione anch'essa rapportabile a una componente fenicia, documentata tra l'altro nell'VIII sec. a.C. da forme vascolari tra cui quella di un'anfora a decorazione geometrica, di un tipo comune in colonie fenicie come Sulcis, Mozia, Cartagine (Stampolidis 2003a: 226, n. 6).

Oltre a ceramiche euboiche e protocorinzie, a Sant'Imbenia sono stati ritrovati due depositi di lingotti di rame in anfore (di cui una fenicia del tipo B2 Bartoloni, l'altra di tipo fenicio ma prodotta a mano localmente). Quindi potrebbero essere stati i Fenici, in contatto con gli Euboici e con interessi metallurgici in Sardegna, che veicolano in questo sito lo skyphos euboico-cicladico a semicerchi penduli del tipo 5 Kearsley, il più antico sinora noto nell'area tirrenica italiana.

La presenza di materiali euboici nello stabilimento fenicio di Sant'Antioco – Sulcis (Cagliari) ha già permesso di percepire una «imbrication des activités phéniciennes et eubéennes» (Gras 1992: 35).

² Una conoscenza antica dello Stretto di Gibilterra nella tradizione letteraria greca più antica è presupposta tuttavia dal nome ad esso assegnato di «Colonne di Briareo», nome di un eroe euboico: Gras 1997: 18.

Per l'età protoarcaica una rete di collegamento è quindi ipotizzabile tra il basso Tirreno (Pithecusa), la costa nord-africana (Cartagine), la Sardegna e la Penisola Iberica. A partire dal terzo/ultimo quarto dell'VIII sec. a.C. «Cartagine, Pithecusa e le colonie fenicie della Sardegna meridionale sono le artefici del potenziamento della rotta che dal basso Tirreno, attraverso gli scali della Sardegna centro-settentrionale e delle Baleari, raggiungeva la Penisola Iberica» (Botto 2002: 238-239).

La produzione e l'esportazione di vino sembra un elemento importante nell'economia di questi commerci, dei quali pertanto la circolazione di anfore da trasporto è un importante indicatore (Botto 2002: 241; Docter 1997b, 1999). Collegamenti in ampi circuiti di circolazione si colgono ad esempio nell'VIII secolo a.C. attraverso la distribuzione di anfore commerciali fenicie dei tipi 3.1.1.1/3.1.1.2 Ramon, attestate a Huelva (Gonzales de Canales Cerisola *et alii* 2004: 179-184) e a Mozia, dove sono tra i più antichi contenitori anforari sinora documentati tra l'ultimo terzo dell'VIII e il VII secolo a. C. (Ramon 2000; Spanò Giammellaro 2000: fig. 1-2).

La connessione tra ambiente euboico-calcidese e fenicio si intravede anche nella Sicilia orientale a Villasmundo, centro indigeno prossimo alla colonia calcidese di *Leontinoi* (in provincia di Siracusa), dal quale proviene, come già detto, uno skyphos euboico del tipo 6 Kearsley. Nei corredi funerari di questa necropoli sono stati ritrovati gioielli di produzione orientale e scarabei, di cui alcuni hanno riscontro a Pithecusa (Voza 1999). E non è un caso che in questa necropoli sia sinora attestata la più antica testimonianza (seconda metà dell'VIII secolo a.C.) in Sicilia di un recipiente specializzato come la *pilgrim flask* nella forma fornita di quattro anse, che risale a prototipi di area levantina e cipriota della tarda età del Bronzo – prima età del Ferro (Voza 1978: 108, tav. XXVII; Voza 1999: 63; Stampolidis 2003c, n. 1186; Albanese Procelli in press²). Per la diffusione di questa forma in Sardegna sono stati proposti prototipi nord- e sud-levantini (cioè siriani e «filistei»), pervenuti forse tramite la mediazione cipriota (Bartoloni 2002c: 251; Lo Schiavo 2003a: 154).

I ritrovamenti di Villasmundo vanno certamente considerati in un contesto mediterraneo più ampio e cioè inseriti nei circuiti che collegano il mondo calcidese

tirrenico e siciliano con quello fenicio nord-africano (Gras 2002: 189-190), se si tiene conto che una città come Cartagine riceve vasellame di fabbrica euboica e pithecusana (Vegas 1989, 2000a, b).

I recenti ritrovamenti di Huelva contribuiscono a indicare come l'analisi delle dinamiche degli scambi e della mobilità di genti di varie etnie, non sempre facilmente identificabili nei rispettivi ruoli solo attraverso la documentazione archeologica (cfr. Ridgway 2002: 216), vada inquadrata nell'ampio contesto mediterraneo e nel suo *continuum* storico, senza ovviamente appiattare la percezione delle specifiche realtà locali né sul piano spaziale né su quello cronologico.

RINGRAZIAMENTI

Ringrazio vivamente A. e E. De Miro per l'autorizzazione alla schedatura delle matrici di Cannatello (scavi E. De Miro), conservate presso la Soprintendenza ai Beni Culturali ed Ambientali di Agrigento. Desidero inoltre esprimere la mia gratitudine per i preziosi suggerimenti a J. Guilaine e a F. Lo Schiavo, che ringrazio inoltre per avermi generosamente permesso la lettura del suo contributo in questo volume.

RÉSUMÉ

Cette contribution considère les systèmes complexes de relations multiethniques qui se déroulent dans la Méditerranée du XII-^e au VIII^e siècle avant J.-C. et en particulier les rapports entre la Sicile et la Méditerranée orientale (Chypre), centrale et occidentale (Sardaigne, Péninsule Ibérique et régions atlantiques). L'analyse de la documentation relative à la production métallurgique permet de remarquer des contacts considérables entre la Sicile et la Sardaigne, la Péninsule Ibérique et les régions atlantiques au Bronze Final (XI-X s. avant J.-C.).

En adoptant une perspective de longue durée, on peut apercevoir au Bronze Final et au premier âge du Fer des systèmes dans les dynamiques des trafics entre les ethnies différentes qui peuplent la Méditerranée (autochtones, Levantins, Phéniciens, Grecs).

Les découvertes récentes à Huelva dans la Péninsule Ibérique et à Sant'Imbenia en Sardaigne permettent de mieux comprendre le phénomène de l'«euboean-phoenician connection», qui concerne même la Sicile au VIII^e siècle avant J.-C.

LA METALLURGIA SARDA: RELAZIONI FRA CIPRO, ITALIA E LA PENISOLA IBERICA. UN MODELLO INTERPRETATIVO

Fulvia Lo Schiavo*

PREMESSA METODOLOGICA: UN MODELLO INTERPRETATIVO

Il «modello interpretativo» che si propone qui non è un *pattern* secondo l'uso consueto che si fa di questo termine, ma un tentativo di interpretazione che si trae dai manufatti e dal complesso dei fenomeni legati alla metallurgia, basato su concrete situazioni archeologiche della Sardegna e non «importato» dall'esterno. Appare infatti evidente che i tentativi fatti in passato per applicare all'isola i modelli in voga per la Sicilia e per altri paesi del Mediterraneo, più o meno derivati dallo «*world system*» con correzioni ed adattamenti, hanno avuto esiti palesemente incongrui (Lo Schiavo 2003a).

La natura di una grande isola, le sue caratteristiche geografiche e morfologiche e le sue risorse minerarie e di sussistenza, la posizione al centro del Mediterraneo centrale, relativamente separata dall'Italia peninsulare ma vicina alla Corsica, a sua volta in vista dell'arcipelago toscano, la non adiacenza alla Sicilia tanto prossima alla Calabria da sembrarne in determinate circostanze quasi un'estensione –territorialmente e culturalmente parlando–, sono tutti elementi che convincono ad esaminare la Sardegna e le sue relazioni con il resto dei paesi affacciati sul Mediterraneo con centralità di attenzione e sguardo libero da condizionamenti. In tal modo balza prepotentemente all'attenzione il fatto che l'isola ha funzionato essa stessa da centro ricettore, elaboratore e propulsore di stimoli ed influenze, in un mosaico culturale dai colori variegati e brillanti: in sintesi, la provenienza e la caratterizzazione degli influssi è distinguibile, ma si assiste quasi contestualmente ad una profonda rielaborazione, e talvolta ad una nuova trasmissione di modelli ad altro contesto, dove il carattere risulta così arricchito e modificato da non esserne più rintracciabile l'originaria provenienza: si cita ad esempio il frammento di tripode miniaturistico da Calaceite (Teruel) (Rafel Fontanals 2002), sul quale si tornerà più avanti e del quale, pur essendo chiara la matrice cipriota, si è inclini a sostenere la fattura nuragica.

Il modello interpretativo generale che si riconosce nella Sardegna antica, dalle sue origini, non è quindi il

determinismo geografico, dovuto ad una visione moderna «a volo d'uccello», che per il cammino della civiltà dall'illuminato Oriente al barbaro Occidente constata l'obbligatorietà dell'impatto con l'Italia peninsulare e le grandi isole, prima di poter raggiungere le coste atlantiche, un vero «Far West» dell'antichità. Al contrario, si assiste, nelle varie epoche, ad una forte, decisa selezione operata dalle popolazioni locali, sulla spinta di fattori che possiamo solo supporre, ma non per questo meno evidenti nei risultati. In base a queste scelte, le interconnessioni mutano diacronicamente, talora ritornando su direzioni abbandonate nel passato.

E perché mai dovremmo meravigliarci, noi europei di nuove generazioni, discendenti diretti di uomini e donne impegnati, appena nel secolo scorso, in due conflitti mondiali che hanno visto in ciascuno di essi le più incredibili alleanze e, all'interno ed all'esterno, le più variegate politiche? No, anche il «modernismo» e l'eccessiva semplificazione sono strumenti da respingere. E' solo opportuno che alle popolazioni del Mediterraneo centrale dell'età del bronzo finale e della prima età del ferro vengano attribuite, con il rispetto dovuto a dei precursori, la capacità di valutare la propria situazione e la maturità di scegliere il proprio percorso, compiendo non più errori di quanti ne siano stati e se ne stiano commettendo oggi.

PREMESSA GEOGRAFICA: IL MEDITERRANEO CENTRALE E LA METALLURGIA

Con «Mediterraneo centrale» si intende parlare dell'Italia peninsulare ed insulare, unitamente alla Corsica, e dei mari che ne bagnano le coste sia orientali che occidentali; inoltre, posizione intermedia, sulla base dei rinvenimenti archeologici, assumono nelle varie epoche le Baleari ed il mare che le circonda, che non è certo stato una barriera per lo sviluppo di un'originale caratterizzazione culturale.

La definizione di Mediterraneo centrale è fondamentale per illustrare la trasmissione di modelli e di manufatti da un capo all'altro del Mediterraneo, avvenuta tutt'altro che sporadicamente e lentamente. Dall'analisi di questi fenomeni, si constata che lo spazio mediterraneo è più articolato di quanto non si possa ritenere contemplando una semplice carta geografica, costituito da una serie di macro- e micro-ambienti culturalmente e diacronicamente differenziati, di circuiti, di collegamenti, prevalentemente marittimi, anche con passaggi e tratti terrestri, che si aggregano a formare percorsi più ampi, fino a confluire nelle grandi rotte, sull'esistenza delle quali sussistono ancora molte incertezze e molte incognite.

* MiBAC–SBAT.

Si sostiene, per esempio, che nell'antichità la navigazione per alto mare non fosse quasi praticata e che, in assenza di sistemi di orientamento, gli spostamenti avvenissero sottocosta, navigando a vista, e lasciandosi trasportare dalle correnti, delle quali si tentano di ricostruire carte e tracciati. Una grandissima cautela va imposta contro il determinismo geografico, calcolando invece sulla forza di attrazione delle risorse come potente magnete, capace di far sormontare ogni ostacolo. Se così non fosse, il passaggio di Scilla e Cariddi fra Calabria e Sicilia, giustamente temuto nell'antichità, il braccio di mare delle Bocche di Bonifacio fra Sardegna e Corsica, un vero cimitero di relitti di ogni epoca, per non parlare del canale della Manica fra Francia ed Inghilterra, non avrebbero potuto essere quello che effettivamente sono stati, uno straordinario elemento di attrazione e di continuità culturale.

Ovunque, la complessità dei procedimenti metallurgici è tale da denunciare un livello di capacità tecnologica molto alto. Se lo si confronta, nella Sardegna dell'età del bronzo, con la progettualità architettonica, quale quella che ha consentito l'erezione di nuraghi, prima semplici e poi complessi, voltati a *tholos* a due o tre piani sovrapposti, accessibili mediante straordinarie e talora regolarissime scale elicoidali, distribuiti gerarchicamente in un territorio fittamente popolato e rigorosamente controllato, riesce assai difficile ritenere che le popolazioni nuragiche non abbiano volto lo sguardo al mare e di là del mare, e che non lo abbiano considerato un'estensione del proprio territorio. Esploratori? Commercianti? Pirati? Nell'età del bronzo queste nostre categorie di comodo erano forse meno drasticamente separate di quanto non si possa immaginare.

Un serio problema, per tutte le terre bagnate tanto dal Mediterraneo centrale quanto dal Mediterraneo occidentale – l'intera Penisola Iberica e l'opposta sponda dell'Africa settentrionale –, è che l'inedito è gravemente prevalente sull'edito e che su ogni argomento si deve ricorrere a deduzioni, illazioni, ipotesi. Valgano però come proposta e traccia di un più ampio e soddisfacente panorama delle conoscenze, da elaborarsi per il futuro.

LA SARDEGNA NURAGICA DEL XII SECOLO

Il quadro della metallurgia nuragica inizia a presentare delle caratterizzazioni diverse per le varie e successive facies archeologiche, a partire dalle origini e fino alla prima età del ferro (Lo Schiavo *et al.* a cura di, 2005).

Il XII secolo rappresenta culturalmente un'importante svolta, un momento di passaggio fra la fase terminale dell'età del bronzo recente e la prima fase dell'età del bronzo finale (fig. 1). Nello studio affrontato in questi anni con una numerosa équipe che ha preso in esame molte regioni della Sardegna nell'età del bronzo recente, la con-

clusione comune è stata la constatazione della presenza di un *trend* in ascesa, nel senso che le linee di tendenza individuate all'inizio di questa fase si sviluppano in crescita esponenziale, a partire dall'incremento demografico per continuare con quasi tutti gli aspetti della vita e dell'economia nuragica, inclusa la metallurgia (Lo Schiavo *et al.* 2004). E' perciò necessario inquadrare il fenomeno più ampiamente, a partire dalle relazioni fra la Sardegna, i Micenei ed i Ciprioti, anche a costo di allargare il discorso oltre i limiti cronologici suggeriti dal tema e ad altri aspetti non concernenti esclusivamente la metallurgia.

LA SARDEGNA E I MICENEI

Sono ormai trascorsi molti anni da quando è stata fatta la prima scoperta di materiali micenei in Sardegna; a questa ne sono seguite molte altre, ed ora il quadro è meglio rappresentato, anche se tutt'altro che definito.

Il documento più antico è ancora l'*alabastron* del TEIIIA2, proveniente – come le analisi hanno provato (Jones, Vagnetti 1991) – dall'Argolide e rinvenuto negli strati di fondazione del nuraghe Arrubiu di Orroli, in un contesto locale attribuibile al Bronzo Medio 3 (Lo Schiavo, Vagnetti 1993; Cossu *et al.* 2003). Della stessa epoca è la piccola testina di avorio di ippopotamo da Decimoputzu, raffigurante un guerriero con elmo a denti di cinghiale, simile a molte altre conosciute nella Grecia micenea e certamente elemento decorativo di un cofanetto o di un altro oggetto di pregio (Vagnetti, Poplin 2005).

Le scoperte si moltiplicano, in relazione al progresso degli scavi ed alle – purtroppo lente – edizioni di materiali: fra le acquisizioni più recentemente ed esaurientemente pubblicate c'è un frammento da Duos Nuraghes di Borore, anch'esso dallo strato di fondazione del nuraghe (Webster 2004: 48-49, 102 4.52.10).

Fino ad ora, peraltro, la distribuzione sembra maggiormente addensarsi nella Sardegna centro-meridionale e, per quanto non inizi nelle fasi più antiche della navigazione micenea verso occidente, è invece certo che non si sia trattato di un contatto unico e sporadico. Infatti, insieme alle importazioni sono attestate abbondanti imitazioni dirette delle fogge della ceramica figurina dipinta su fondo chiaro, ed indirette della cottura ad alte temperature di fogge di tradizione locale, distinguibili per impasti molto più raffinati e lucenti, di colore grigio-ardesia e grigio-bruno. Questa ceramica «grigia» nuragica, che si ritrova in Sicilia a Cannatello (Levi 2004; Vanzetti 2004) e nella Creta meridionale a Kommos (Watrous 1989; Watrous, Day, Jones 1998), in strati riferibili al Tardo Elladico IIIA2 e Tardo Elladico IIIB, dimostra che i contatti e le rotte si svolgevano anche nei due sensi.

A seguito di questi contatti, che appaiono intensi e prolungati, la trasmissione di tecniche specializzate dal mondo

TRADITIONAL CHRONOLOGY		DENDRO/ C14	SARDINIA	SICILY	MAINLAND GREECE	TRADITIONAL CHRONOLOGY
1800		2300				2300
	EBA 1		BONNANARO			
1700		2000				
	EBA 2		S.IROXI	EBA		
1600		1700				1600
	MBA 1		SA TURRICULA		I	
1500		1600			II	1500
	MBA 2					
1400		1500	"METOPE" IMPRESSED WARE (SAN COSIMO) "A PETTINE" IMPRESSED WARE			1400
	MBA 3			MBA	MYCENAEAN (LATE HELLADIC)	1300
1300		1365				1270
	L B A					
	RBA				IIIB	
1150		1200	"A PETTINE" IMPRESSED WARE CARINATED BOWLS COLLARED JARS; THICK-RIM JARS "GREY" WARE			1190
1125	FBA 1			RBA		
1100		1150	NURAGIC FBA 1-2 PRE-GEOMETRIC POTTERY		IIIC	
	FBA 2					
1000		1080	NURAGIC FBA 3 GEOMETRIC POTTERY		SUBMYCENAEAN	1050
	FBA 3			FBA		900
900		1020				
850	EIA	950	NURAGIC EIA	EIA		734
525		525				

Chronological sequence of Bronze Age Sardinia

Fig. 1

Tabella cronologica della Sardegna nuragica (Chronological table of Bronze Age Sardinia 2004: integrazioni E. Procelli 2006).

miceneo a quello nuragico, è una prospettiva concreta. Quanto si osserva nell'ambito della produzione ceramica, può essere accaduto analogamente per alcune pratiche agricole, né è impossibile ritenere che il contatto con i Micenei abbia potuto favorire primi ed embrionali tentativi di coltura locale dell'olio e del vino (Garibaldi 2004). Al Bronzo Recente, infatti, in tempi dunque paralleli al Tardo Elladico IIIB, sono datate le prime brocche di ceramica «grigia» nuragica, e dunque un recipiente specializzato per versare un liquido particolarmente pregiato, quale il vino (Campus, Leonelli 2003).

In conclusione, la situazione che si può ricostruire fino ad oggi relativamente alla presenza dei Micenei in Sardegna è quella di una frequentazione continuata e penetrante, orientata verso gli scambi di merci e di tecnologie, primariamente nel settore della ceramica e delle produzioni agricole specializzate e nelle lavorazioni ed elaborazioni dei prodotti.

In questo quadro, i Ciprioti quasi non compaiono: si conoscono due frammenti di ceramica cipriota, ambedue molto importanti: un frammento di un *pthos* da olio, del tipo poi utilizzato come *container* nei commerci marittimi (Vagnetti 2000; Bettelli 2002) reimpiegato in uno dei battuti pavimentali del nuraghe Antigori (Vagnetti, Lo Schiavo 1989), ed un'ansa *wish-bone* nello strato 4 del vano superiore della torre c del nuraghe Antigori di Sarroch, mentre dallo strato 3a proviene un frammento di spada votiva associata ad un frammento di ferro lavorato (Ferrarese Ceruti 1986).

Finora non è attestata la presenza di lingotti «a forma di pelle di bue» in associazione con ceramiche micenee, con la sola eccezione di alcuni frammenti, purtroppo solo menzionati ed attualmente non rintracciabili, dal villaggio di Monte Zara di Monastir (Ugas 1992). Non è, al momento, riconoscibile, in Sardegna, un riferimento alla metallotecnica né alle produzioni di manufatti metallici

specificamente di provenienza o di caratterizzazione micenea, quasi che fra Micenei e Ciprioti ci fosse una suddivisione delle sfere di influenza, tanto negli scambi quanto nella tecnologia.

CIPRO E LA SARDEGNA

I rapporti privilegiati fra Cipro e la Sardegna sono un argomento noto ed esplorato già da tempo. Con il progresso della ricerca, quello che sembrava concentrarsi sull'approvvigionamento e scambio di metalli è andato arricchendosi di altri aspetti, alcuni dei quali ancora appena accennati.

Relativamente alla metallurgia, le maggiori evidenze riguardano la circolazione dei lingotti «a forma di pelle di bue» (*«oxhide» «peau-de-boeuf» «piel de buey»*), sia nel Mediterraneo che nelle regioni adiacenti, di cui la Sardegna è stata letteralmente investita, la presenza della strumentazione per la lavorazione dei metalli, cosa che presuppone il trasferimento di nuove tecnologie, l'uso di fogge di strumenti come le doppie asce ed altri analoghi, e l'adozione e l'imitazione di oggetti di prestigio e rituali quali i tripodi e gli specchi, i calderoni, eccetera. (Lo Schiavo 1982; 1983; 1989; 2000; 2003d; 2003b; 2005c: 313-315; Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985; Vagnetti, Lo Schiavo 1989; Ferrarese Ceruti, Vagnetti, Lo Schiavo 1987). Dal momento che l'aggiornamento più recente è ancora valido (Lo Schiavo 2005c: 317-331), si presenta qui una sintesi e qualche commento.

I LINGOTTI «A FORMA DI PELLE DI BUE»

La distribuzione dei lingotti «a forma di pelle di bue» nel Mediterraneo centrale è così peculiare, nelle sue presenze —soprattutto in Sardegna e molto meno in Sicilia, dove invece si trova in quantità maggiore la ceramica cipriota, sia importata che imitata—, ed assenze —come in tutta l'Italia peninsulare—, che occorre cercare di trarne un significato.

La prima segnalazione della scoperta di lingotti «a forma di pelle di bue», avvenuta a Serra Ilixi nella Sardegna centrale nel 1857, si deve al Canonico Senatore Giovanni Spano di Ploaghe, cui fece seguito la notizia su quelli di Aghia Triada, pubblicati da Luigi Pigorini nel 1904. L'argomento dunque nasce quasi un secolo e mezzo fa e, nel percorso, si è arricchito immensamente, sia dal punto di vista archeologico, con la mole crescente dei rinvenimenti (fig. 2) e con i conseguenti nuovi inquadramenti cronologici e culturali, sia dal punto di vista analitico, con il diffondersi delle analisi metallurgiche e dei *provenance studies*, basati finora sulle analisi degli isotopi del piombo, abbinate a quelli sugli elementi in traccia (Lo Schiavo, Maddin, a cura di, 1990; Lo Schiavo 2005c: 305-308). Di conseguenza la bibliografia è divenuta abbondantissima, e sempre più numerosi sono ottimi lavori che approfondiscono la problematica in tutti i suoi aspetti. Si farà qui un cenno ai due relitti di Uluburun e di Capo Gelidonja, lungo le coste della Turchia

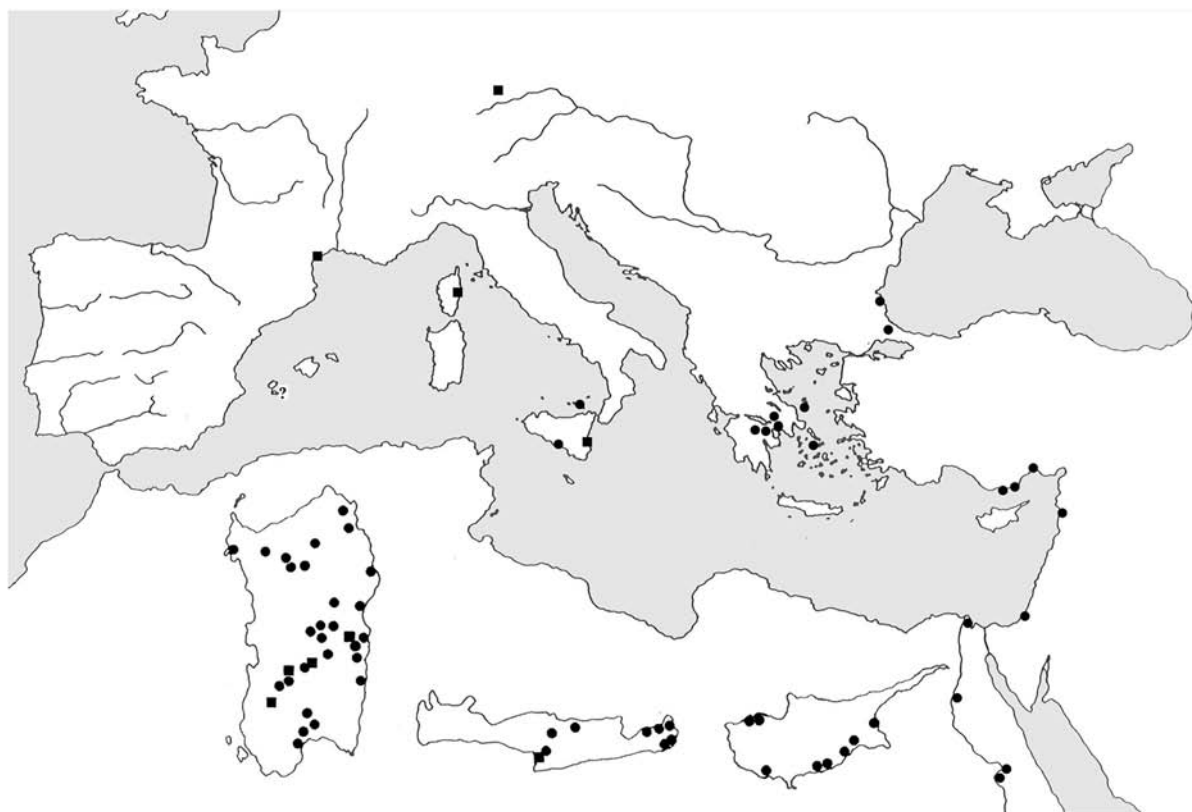


Fig. 2
Carta di distribuzione dei lingotti «a forma di pelle di bue» nel Mediterraneo (2004).

meridionale, che costituiscono i complessi più ricchi e tutt'ora in corso di studio (Yalçın, Pulak, Slotka, a cura di, 2005) ed ai lingotti «a forma di pelle di bue» rinvenuti nel Mediterraneo occidentale.

Uluburun

Risale ormai a 20 anni fa la scoperta, che resta una delle più sensazionali dal punto di vista della documentazione archeologica, ovvero quella del relitto di Uluburun, all'estremità della penisola di Kaş, consistente nel carico completo di una nave del XIV sec., compresi materiali di varia provenienza, stivati in spazi di risulta dello scafo a complemento del carico principale, consistente in lingotti di rame. Per questo motivo, è impossibile un'elencazione dei manufatti che, per la varietà delle categorie, abbraccia un'ampia problematica e che per numero raggiunge le diverse migliaia di pezzi (Pulak 2005, ivi bibliografia precedente). Fra gli oggetti rinvenuti si ricorda la presenza di una spada tipo Thapsos-Pertosa, riconosciuta da Lucia Vagnetti (Vagnetti, Lo Schiavo 1989), ed ora attribuita specificamente al tipo Thapsos e ad una produzione siciliana da Marco Bettelli (Bettelli 2006), che conferma l'esistenza di comunicazioni marittime e trasmissioni di persone e cose sulle lunghe distanze.

Per quel che concerne i lingotti, si dispone ora di uno studio recente e complessivo sulla struttura e composizione di essi: sono stati rinvenuti 354 lingotti «a forma di pelle di bue» di rame, 121 lingotti discoidali piano-convessi (o «panelle») di rame, per un totale di 10 tonnellate; inoltre 120 lingotti interi e frammentati di stagno per un totale di 1 tonnellata. Questo eccezionale rinvenimento consente di avanzare enormemente nelle conoscenze sugli scambi dei metalli e sulla tecnologia della produzione dei lingotti e delle leghe nell'età del bronzo tardo (Hauptmann, Maddin, Prange 2002).

Capo Gelidonja

Il relitto di Capo Gelidonja è stato esplorato nel 1960 e pubblicato esaurientemente pochi anni dopo (Bass 1967). Dello scafo rimanevano pochi resti del fasciame, e del carico 34 lingotti «a forma di pelle di bue» di rame, una trentina di lingotti piano-convessi fra interi e a metà, oltre ad una certa quantità di piccoli frammenti, 19 lingotti a barra, sempre di rame, e 3 ammassi informi di ossido di stagno che potrebbero essere appartenuti a lingotti.

Vennero inoltre raccolti 257 manufatti di bronzo di tipo vario, poca ceramica e prevalentemente di uso comune, altri reperti di pietra e di piombo, pochissimi ornamenti, consistenti in grani di pasta vitrea ed oggetti d'osso. Tre scarabei integri, uno rotto a metà ed una placca con disegno scaraboido sono stati interpretati come proprietà personale di membri dell'equipaggio e

l'attribuzione dei più recenti alla XVIII e fra la XVIII e la XIX dinastia conferma la datazione del relitto al XIII secolo a.C.

Commento

I due relitti sono la concreta dimostrazione di come avvenisse la circolazione dei metalli e delle altre merci e manufatti, inoltre documentano la presenza di oggetti di provenienza occidentale (la spada tipo Thapsos sul relitto di Uluburun) e lo spostamento di artigiani specializzati insieme ai loro strumenti (l'artigiano metallurgo sul relitto di Capo Gelidonja; Bass 1967: 117; Papasavvas 2004: 50).

In un suo importante commento ai commerci marittimi sulle lunghe distanze, Lucia Vagnetti ha sottolineato come i due carichi di Uluburun (fine XIV secolo) e di Capo Gelidonja (XIII secolo) rappresentino due distinte fasi negli scambi mediterranei, e come a questi segua il relitto rinvenuto presso Capo Iria nel golfo dell'Argolide (XII secolo) (Agouridis 1999; Lolos 1999; Vichos 1999), il cui carico, limitato a materiali ceramici, riflette scambi di merci di raggio più limitato, fra l'Egeo e Cipro (Vagnetti 1999; 2000: 66-68). Ciò coincide con la constatazione, da parte di V. Kassianidou (2001: 99; 2005: 334; c.s.), che a Cipro la produzione dei lingotti «a forma di pelle di bue» termina nell'XI (Kassianidou 2001: 99; 2005: 334) o addirittura alla fine del XII secolo (Kassianidou c.s.), e con essa, molto probabilmente, l'esportazione su larga scala.

La Sicilia: Cannatello

In Sicilia, il rinvenimento di un frammento di lingotto «a forma di pelle di bue» si verificò ai primi del Novecento a Cannatello nell'Agrigentino, e venne menzionato dal Mosso (1906: 524; 1907: 105), senza indicazioni di contesto o di associazioni; egli ne fece però effettuare delle analisi (Cu 99,46 - Zn 0,16 - Sb 0,04).

Ai dati conosciuti all'epoca, si sono ora aggiunti importanti risultati degli scavi intrapresi da E. De Miro e G. Fiorentini a partire dal 1996 (da ultimo Fiorentini 2002), che hanno portato alla migliore conoscenza del sito: si tratta di un villaggio fortificato della cultura di Thapsos, dell'età del bronzo medio e recente; fra i materiali rinvenuti vi sono ceramica del Tardo Elladico IIIA-IIIB, ceramica cipriota, sia di importazione che di imitazione, ceramica maltese ed anche ceramica «grigia» nuragica, dunque un caposaldo sulla rotta meridionale dei traffici sulle lunghe distanze.

Thapsos

Un frammento di lingotto «a forma di pelle di bue», esposto dagli anni Ottanta nel Museo Archeologico «Paolo Orsi» di Siracusa, è proveniente dall'insediamento di

Thapsos, datato nel suo complesso, fra la fine del XV e il X secolo a.C. Nella zona nella quale è stato rinvenuto il pezzo sono state individuate capanne circolari pertinenti alla prima fase, con una sovrapposizione di strutture più recenti (Voza 1972; 1973a; 1986; Albanese Procelli 2003b: 37. Del lingotto resta un frammento della parte centrale e nessun tratto del margine, ma da un lato si nota un leggero ispessimento, come si verifica, in genere, in prossimità del bordo (Lo Schiavo 2006).

Anche a Thapsos sono state rinvenute ceramiche maltesi dello stile di Bori-in-Nadur e Bahrija, ceramica cipriota sia di importazione che di imitazione, ceramica micenea di importazione, e ceramica locale dello stile di Thapsos (Voza 1973b: 36 tab. 7, 85-87; Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 5 fig. 2, 1-3; Albanese Procelli 2003: 81, 105).

Lipari

Nel 1980, un ripostiglio di bronzi contenuto entro un vaso venne scoperto sull'Acropoli di Lipari, seppellito sotto il muro di una capanna dell'Ausonio II, ma pertinente tipologicamente e cronologicamente all'Ausonio I, come comprova la tipologia dei manufatti, databili in prevalenza all'età del bronzo recente. Dei circa 75 kg di peso, consistenti in frammenti di armi (spade, pugnali, lance, coltelli), attrezzi (asce, falci, seghe, scalpelli), ornamenti ed oggetti personali (fibula, spillone, rasoio), altri manufatti (lamine con e senza decorazione sbalzata, contorte e ripiegate), fanno parte circa 329,5 gr di scarti e residui di lavorazione e ben 58,370 kg di frammenti di lingotti di rame «a forma di pelle di bue» ed a forma piano-convessa (o «panelle»), insieme a grumi informi di rame o bronzo, a loro volta divisi in pezzame grosso, medio e minuto) (Bernabò Brea, Cavalier 1980).

Commento

Il rinvenimento di lingotti «a forma di pelle di bue» in Sicilia segnala anzitutto che il trasporto di merci e tecnologie da Cipro all'occidente inizia già dal Tardo Cipriota II e Tardo Cipriota III e che una rotta seguita era quella del Canale di Sicilia. Le genti nuragiche conoscevano questa rotta e la percorrevano verso oriente, come dimostra la presenza di ceramica «grigia» nuragica in associazione con quella di provenienza egea e cipriota della stessa epoca, tanto a Cannatello quanto a Kommos a Creta.

Il ripostiglio di Lipari, del quale è stata effettuata una recente approfondita analisi archeologica e metallurgica (Lo Schiavo, Albanese Procelli, Giunilia-Mair, c.s.), costituisce la migliore testimonianza di come frammenti di lingotti «a forma di pelle di bue», associati a frammenti di altre forme di lingotti ed a frammenti di manufatti, raccolti almeno dall'inizio dell'età del bronzo recente (forse qualche oggetto è anche più antico) fino all'inizio

del Bronzo Finale (gli oggetti più recenti possono essere stati aggiunti come offerta finale, nella fase del seppellimento), vengano tolti dalla circolazione e raccolti accuratamente entro un vaso-contenitore, sepolto al di sotto del muro della capanna *alpha* II, in una zona dell'insediamento dell'Acropoli privilegiata per l'evidente concentrazione di rinvenimenti metallici (offerte?). Questo sembra indicare che proseguisse l'uso dei lingotti «a forma di pelle di bue» e degli altri manufatti più antichi fino all'epoca del seppellimento, ma, al contrario, che fossero stati frammentati e tesaurizzati all'epoca della loro circolazione.

Anche sulla presenza della ceramica nuragica sull'Acropoli di Lipari sono in corso nuovi approfondimenti da parte di F. Campus e V. Leonelli, che dimostrano come l'estensione tipologica vada dal Bronzo Recente al Bronzo Finale e come l'ampia distribuzione sia indizio di rapporti casuali ed episodici.

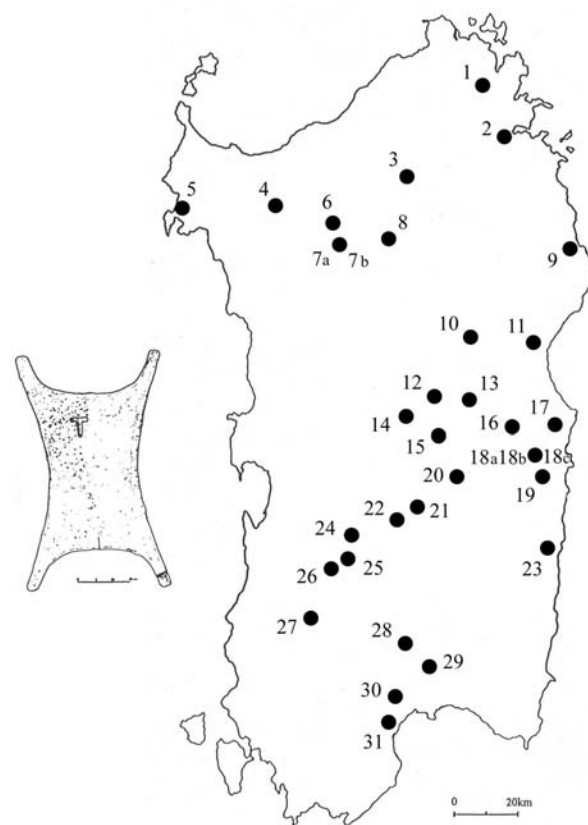


Fig. 3

Carta di distribuzione dei lingotti «a forma di pelle di bue» in Sardegna (2004): 1. Arzachena, Albuicciu; 2. Olbia, Serra Elveghe; 3. Oschiri, S. Giorgio; 4. Ossi, Sa Mandra 'e Sa Giua; 5. Alghero, Porticciolo; 6. Ozieri, S. Antioco di Bisarcio; 7. Ittiri, Funtana; 8. Pattada, Sedda Ottinera; 9. Siniscola, Ghiramonte; 10. Provincia di Nuoro; 11. Dorgali, Isalle; 12. Teti, Abini; 13. Fonni, Gremanu; 14. Ortueri, Funtana 'e Cresia; 15. Belvì, Ocile; 16. Talana; 17. Triei, Bau Nuraxi; 18. Villagrande Strisàili, Corte Macceddos, S'Arcu 'e is Forras, Sa Carcaredda; 19. Lanusei, Perda 'e Floris; 20. Seulo, Is Fossus; 21. Nurallao, Nieddiu; 22. Nuragus, Serra Ilixi; 23. Tertenia, Nastasi; 24. Baradili; 25. Villanovaforru, Baccu Simeone; 26. Sardara, S. Anastasia; 27. Villacidro; 28. Monastir, Monte Zara; 29. Soleminis; 30. Assemini; 31. Capoterra. (Gli aserischi segnano gli ultimi rinvenimenti).

La Sardegna

Il repertorio delle località che hanno restituito lingotti «a forma di pelle di bue» interi o frammentari è di una trentina di siti noti (fig. 3), ma il numero è certamente assai più alto, se si tiene conto degli ultimi dieci anni circa, nei quali, ad una continua attività di scavi e ricerche, non ha fatto seguito un'altrettanta esauriente messe di notizie (Lo Schiavo 1991a; 1998; 1999; 2005c: 317-331).

Al momento, si conoscono lingotti «a forma di pelle di bue» integri solo da due località: Serra Ilixi-Nuragus (Nuoro) dove, sui cinque rinvenuti, solo tre sono stati

conservati (fig. 4, 1, 5-6), e S. Antioco di Bisarcio-Ozieri (Sassari), dove ne vennero trovati due, e solo uno recuperato ed ora esposto nel Museo Civico di Ozieri (fig. 4, 3). Tutti gli altri sono frammenti, in maggioranza piccoli e in assoluta prevalenza da ripostigli. I siti di rinvenimento sono soprattutto nuraghi e villaggi, e in numero minore templi e santuari.

I lingotti «a forma di pelle di bue» integri, dei quali la recente riproduzione grafica ha consentito di apprezzare meglio alcuni particolari della fattura e della marcatura, possono essere attribuiti tutti, genericamente, alla forma

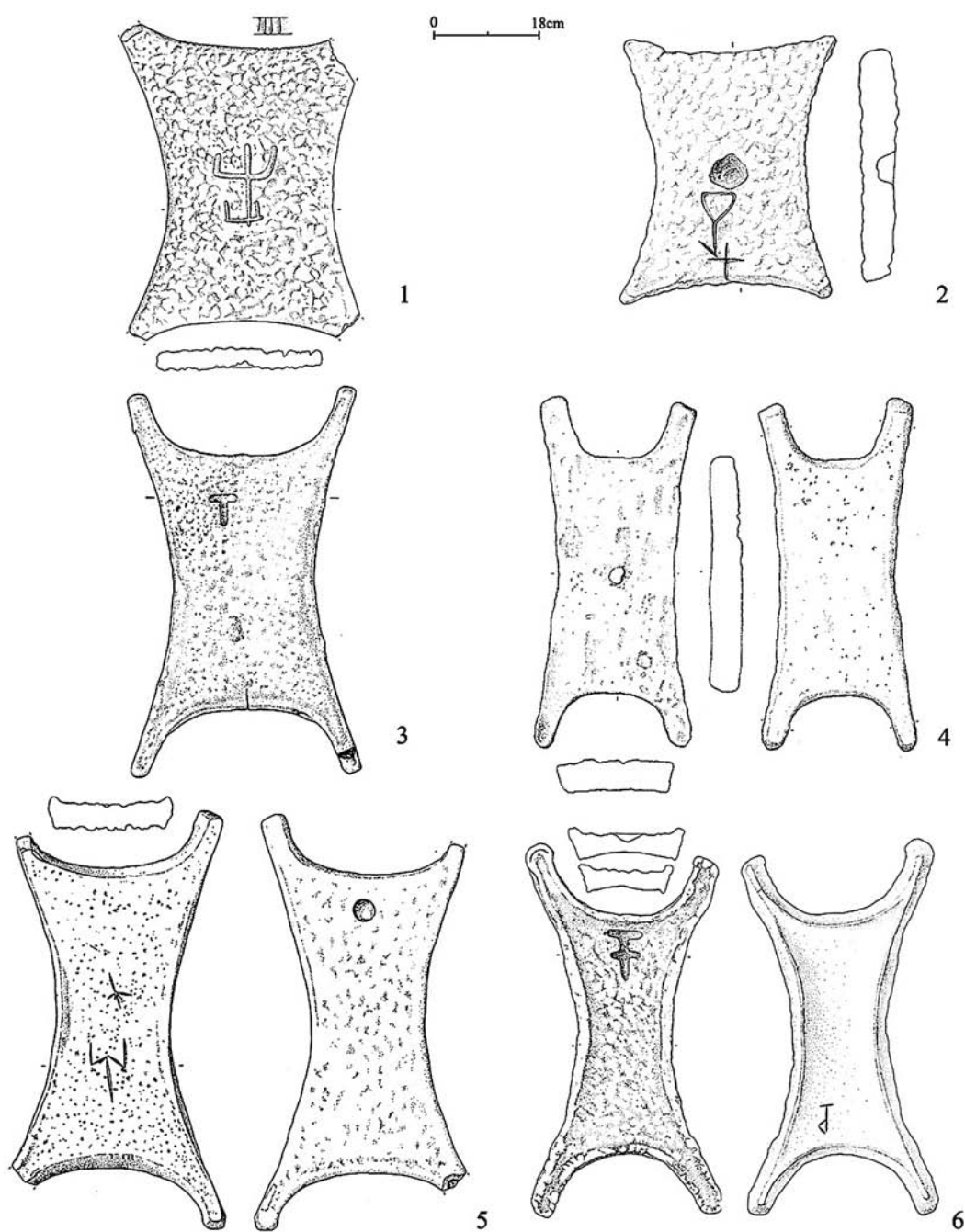


Fig. 4

Lingotti integri «a forma di pelle di bue» del Mediterraneo centrale (2005): 1. Sardegna, Nuragus, Serra Ilixi 1; 2. Corsica, Borgo, S. Anastasia; 3. Sardegna, Ozieri, Bisarcio; 4. Francia, Hérault, Sète; 5. Sardegna, Nuragus, Serra Ilixi 2; 6. Sardegna, Nuragus, Serra Ilixi 3.

2 distinta da Buchholz (1959) e ripresa da Bass per quelli di Capo Gelidonja, ma non sono identici l'uno all'altro, né sembra che finora la differenza di forma corrisponda ad un'articolazione cronologica.

Per i lingotti «a forma di pelle di bue» integri non si hanno elementi di cronologia, ad eccezione, forse, del lingotto di Bisarcio-Ozieri: se sono da accettare per valide le notizie dei due lingotti «a forma di pelle di bue» integri, rinvenuti nelle fondazioni del nuraghe: questi potrebbero essere pervenuti durante l'erezione del monumento, fra la fine del MB3 e il BR, in una fase precedente o contemporanea al TEIIIB, e forse obliterati come sacrificio di fondazione, al pari dell'*alabastron* del nuraghe Arrubiu di Orroli. Non sussistono dubbi, invece, sull'attribuzione al BR-inizio BF di altri frammenti, tanto isolati quanto in ripostigli.

Commento

Le maggiori incertezze sorgono riguardo al termine della circolazione e dell'uso locale, dovuto alla presenza di tanti frammenti in numerose località ed in diverse situazioni archeologiche. Il punto fermo è che, come si è detto, la produzione a Cipro termina alla fine del XII secolo, quindi non si ha motivo di ritenere che la circolazione nel Mediterraneo si sia prolungata oltre. Quanto all'utilizzazione interna in Sardegna, i molti ripostigli sono un *terminus ante quem* e non *ad quem*, nel senso che una volta frammentato il lingotto e una parte di esso riservata all'offerta o alla tesaurizzazione, il resto veniva utilizzato, com'è provato dalla sovrapproduzione di armi, strumenti e oggetti di prestigio – compresi i bronzetti – forse fino all'esaurimento della materia prima disponibile.

Corsica

Nel 1987 un lingotto «a forma di pelle di bue» integro, con due marchi impressi, è stato scoperto casualmente, durante lavori agricoli a S. Anastasia, Revinco, distretto di Borgo all'interno di una laguna marginata da una costa sabbiosa (lo stagno di Biguglia), nella regione di Mariana, a sud di Bastia, nella Corsica nord-orientale, ma solo nel 2004 è stato notato ed esaminato da Patrice Arcelin, nel corso del progetto di censimento «Mariana et la vallée du Golo», coordinato da Philippe Pergola (Lo Schiavo 2005a: 407-408 9; c.s.1; in preparazione).

Il lingotto è approssimativamente quadrangolare con lati concavi e con «orecchie» sporgenti (alt. da 40 a 45 cm, larg. da 25,5 a 35,5 cm; spess. 5 cm; peso 29 kg). A metà della superficie superiore c'è una cavità irregolare, probabilmente dovuta all'inclusione casuale di un

corpo estraneo durante il raffreddamento del metallo in una matrice aperta; al di sotto della cavità nella parte inferiore vi sono due marchi impressi, l'uno triangolare con un tratto allungato ed apicato alla base, e l'altro a croce; un solco profondo è impresso di taglio sul lato breve opposto (fig. 4, 2).

Nessun altro resto archeologico è stato raccolto e nessun frammento precedente il periodo tardo romano è conosciuto nell'area. Tracce di insediamenti preistorici (Neolitici) sono stati identificati sulle colline, ma solo pochi frammenti possono essere attribuiti al Bronzo Antico e nessuno alla prima età del ferro (Magdeleine 1979). In prossimità al luogo di rinvenimento del lingotto vi è un canale di drenaggio, scavato nel periodo napoleonico, insieme a molti altri ormai coperti; il canale corre parallelo allo stagno di Biguglia, un tempo in comunicazione con il mare attraverso un secondo passaggio vicino all'«isola» di S. Damiano.

Le ricerche archeologiche di R. Chessa and D. Istria e gli studi geomorfologici di Annie Roblin Jouve sono molto avanzati e sono stati presentati in un recente seminario su: *Les lingots «peau de bœuf» et la navigation en Méditerranée centrale*, svoltosi fra il 15 e il 18 settembre 2005 a Mariana, nell'ambito del *Projet de Groupement de Recherche Européen* (P.G.R.E) «Mariana et la Vallée du Golo» e dell'Università Autonoma di Mariana; secondo questi approfondimenti, è possibile suggerire una provenienza dal mare ed un graduale spostamento verso l'interno attraverso cambi della linea di costa ed imponenti movimenti di terra: fra l'altro, fra il sito di rinvenimento e il mare sono situati l'aeroporto di Bastia ed un altro aeroporto militare. Un secondo proponibile luogo di approdo, di pari distanza (meno di tre chilometri), separa il luogo del ritrovamento dalla foce del Golo, l'unico fiume navigabile della Corsica, che è stato la via di penetrazione di manufatti e di influssi dalla Penisola e dalle coste tirreniche verso l'interno.

L'ipotesi che si propone è che il lingotto fosse di fabbricazione cipriota – per via della forma e dei marchi – trasportato da una nave nuragica lungo le coste orientali della Corsica, verso la Francia meridionale e forse oltre, ed insabbiatosi per difficoltà incontrate dalla nave durante il suo viaggio, oppure lasciato a terra durante o all'approdo¹.

Francia meridionale

A C. Domergue e a C. Rico si deve la recente edizione di un lingotto «a forma di pelle di bue» integro dalla Francia meridionale. Il pezzo, conservato dal 1996 nel

¹ MEDITERRANEO OCCIDENTALE: BALEARI. Resta non verificata la notizia, riportata da A.J. Parker, relativa al rinvenimento di un carico di lingotti di rame al largo dell'isola di Formentera, nelle Baleari (Parker 1993).

Museo Paul-Valéry, è stato raccolto da un peschereccio in acque profonde, al largo di Sète nell'Hérault, a metà strada fra Narbonne e il delta del Rodano. Le analisi metallurgiche hanno mostrato una quasi assoluta purezza del rame, con 0,1 di elementi in traccia (Domergue, Rico 2002: 150).

Ha apici molto sviluppati come la forma 2 di Buchholz (fig. 4, 4), analogamente al lingotto di Bisarcio-Ozieri e i due da Serra Ilixi-Nuragus 2 e 3; le due facce hanno, come di norma, una differenza sensibile fra una maggiore regolarità di quella inferiore, colata in una forma a sezione troncoconica, e quella superiore più irregolare; non si distingue un particolare risalto dei margini. Sono in corso approfondimenti di studio su questo interessante esemplare.

Commento

Il fortunato rinvenimento dei due lingotti «a forma di pelle di bue» dalla Corsica e dalla Francia meridionale, anche se per ora isolati, costituisce un indizio della massima importanza sull'esistenza di rotte marittime dalla Sardegna verso le coste francesi ed oltre, in connessione con i commerci atlantici verso l'interno dell'Europa continentale e verso il Mediterraneo.

LA METALLURGIA E GLI STRUMENTI PER LA LAVORAZIONE DEI METALLI, LE DOPPIE ASCE E GLI OGGETTI DI PRESTIGIO

Pesanti martelli per frantumare il minerale e piccoli martelli «per sollevare» lamine metalliche, ambedue con foro rotondo, molle da fuoco di grandi e medie dimensioni, palette da fuoco rettangolari con manico lungo ed estremità ricurva a forma di protome ornitomorfa sono presenti, nel loro insieme, solo a Cipro e in Sardegna (Lo Schiavo 1982: 291-297; 2000a: 56-58; Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 22-26).

La concomitante presenza di strumenti per la lavorazione del metallo e di lingotti «a forma di pelle di bue» non è un fenomeno isolato di scambi commerciali o di importazione. La produzione di strumenti, armi ed ornamenti di bronzo in matrici di pietra, la creazione di recipienti di lamina mediante martellatura ed applicazione di attacchi prodotti a matrice, l'ampissima diffusione della tecnica della cera persa per la produzione di figurine in bronzo, la precoce consapevolezza dell'uso del ferro sono gli elementi costitutivi del «pacchetto» che la Sardegna nuragica ha tratto da Cipro, contemporaneamente e fin dall'inizio del contatto delle due isole, che i documenti archeologici collocano nell'età del bronzo recente (circa XIII-prima metà XII secolo a.C.). Da questa prima appassionata adozione di tecnologie «esotiche» si può osservare, in Sardegna, la crescita esponenziale verso una vasta ed originale applicazione degli insegnamenti ricevuti.

E' evidente che non si tratta di una semplice questione di imitazione di modelli, ma di un'intera tecnologia metallurgica appresa da un'isola all'altra.

Le doppie asce sono strumenti basati sul principio di un doppio battente con un foro rotondo o un collarino nel mezzo. Doppie asce massicce con foro centrale, doppie asce a tagli paralleli o convergenti e collarino centrale, doppie asce a tagli ortogonali (o «maleppeggio») e picconi sono, esattamente come i martelli, una gamma di strumenti che è rappresentata, nel suo insieme, solo a Cipro e in Sardegna. (Lo Schiavo 1982: 301-309; 2000a: 51-52; 2005c: 313; Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 14-22).

E' difficile credere che un «set» così ampio e funzionale di strumenti sia dovuto solo alla semplice imitazione di modelli, mentre invece è sulla preponderante importanza della lavorazione del legno che si dovrebbe concentrare l'attenzione. Il disboscamento per l'erezione di strutture insediative, l'abbattimento degli alberi a scopo combustibile, la carpenteria necessaria per l'edilizia, la cantieristica navale per costruzione e rimessaggio degli scafi: queste sono le attività comuni alle due isole, documentate archeologicamente nei loro prodotti: insediamenti, nuraghi, templi e santuari, produzione metallurgica e centinaia di modellini di navi, prevalentemente di argilla a Cipro, di bronzo in Sardegna.

Quanto agli oggetti di prestigio, non vi è dubbio sul fatto che il modello del tripode bronzeo prodotto a cera persa è derivato da Cipro alla Sardegna nuragica, probabilmente insieme al bacile cilindrico con il fondo ristretto, simile ad uno documentato nella tomba 66 di Enkomi (Vagnetti 1968 tav. I, 2-3; II; Matthäus 1985 n. 466). Un tripode miniaturistico insieme con il suo bacile cilindrico è presente nella tomba Romagnoli 10 di Bologna (Brizio 1893: 186 10; Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 45, 2 tav. IIIB).

Stranamente, finora in Sardegna non si sono trovati bacili cilindrici, prodotti invece localmente in Sicilia (Albanese Procelli in preparazione), mentre sono presenti fogge varie di scodelle emisferiche e bacili biconici, con attacchi d'ansa di ogni genere, anch'essi ispirati a modelli ciprioti, a partire dal Tardo Cipriota IIIB, prima metà dell'XI secolo: la conseguenza è che tutta questa gamma di manufatti e le loro tipologie devono essere stati familiari ai produttori locali, per un lungo periodo di tempo (Matthäus 2001, 164).

Allo stesso modo si è espresso più di recente G. Papasavvas, autore della più recente ed accurata indagine sui tripodi ciprioti (Papasavvas 2001; 2004), riconoscendo che le importazioni cipriote in una determinata regione siano seguite dall'introduzione dei tipi nelle locali tradizioni metallurgiche e che, in ambedue i casi, la produzione richiedesse una tecnologia specializzata distribuita da

Cipro (Papavasavvas 2004: 51): l'osservazione è riferita in particolare ai tripodi bronzei, la forma dei quali ha incontrato nella Sardegna nuragica un grande successo (Papavasavvas 2001), al punto che risulta difficile ritenere che si sia trattato solo di un fatto di moda. Sono invece assenti, finora, i sostegni quadrati con ruote, consueti a Cipro. Gli spiedi sono rarissimi – solo uno, tuttora inedito, dal santuario di Irru di Nulvi, ed il frammento di un secondo dal ripostiglio di Monte Sa Idda – ed i ganci da carne del tutto non documentati. I calderoni bronzei esistono ma non sono numerosi. Si potrebbe concludere che la pratica del simposio non fosse rappresentata, o che piuttosto essa assumesse forme, rituali e strumentazione diversa, forse anche in materiale deperibile.

In conclusione, alla domanda sul perché Cipro abbia così apertamente scelto la Sardegna nuragica come propria controparte nel Mediterraneo centrale, la risposta che si può per ora proporre è che la posizione e le risorse di quest'ultima, e certamente anche il sistema socio-economico vigente, si confacesse alle necessità non tanto di ricerca di risorse, quanto piuttosto di opportunità di mercato.

Lo scambio di doni o il sistema di scambi attivi in questo periodo (Knapp, Cherry 1994, 146) non sono sufficienti a spiegare un'interconnessione così complessa, varia, profonda e di lunga durata – quasi tre secoli, dal XIII all'XI sec. a.C. – come quella che collega Cipro alla Sardegna. La radice è certamente la funzione di centro di redistribuzione esercitata dalle due isole – pur con tutte le differenze del caso – nei confronti delle regioni confinanti.

In questo quadro vanno spiegate le vicende, altrimenti inspiegabili, delle relazioni con la Penisola Iberica.

LA SARDEGNA E LA PRODUZIONE DI BRONZI DI ISPIRAZIONE IBERICA

Non è una novità che in Sardegna venissero riprodotti, più o meno fedelmente, manufatti basati su modelli ciprioti. Il fatto è dimostrato archeologicamente, sulla base di matrici di steatite che recano incavate forme di strumenti di tipo cipriota – come ad esempio la paletta sulla matrice di Irgoli (Spano 1872: 33 tav. I, 12) –, ed anche sulla base di analisi degli isotopi del piombo, che hanno accertato la composizione locale di oggetti di tipologia specificamente cipriota – come nel caso del frammento di una paletta dello stesso tipo da Sa Sedda 'e Sos Carros di Oliena (Lo Schiavo, Macnamara, Vagnetti 1985: 27 10, 1; Begemann *et al.*, 2001: 6).

E' invece relativamente nuovo e sorprendente il risultato delle analisi degli isotopi del piombo effettuate su di un'ascia a cannone con due occhielli, di tipo squisitamente iberico, che ne hanno ugualmente provato la produzione locale (Begemann *et al.* 2001: 48-49 5 n. 10714; 72).

Risultati simili, dal punto di vista della composizione metallurgica, sono stati ottenuti sui manufatti di tipologia sia iberica che peninsulare dal ripostiglio di Flumene-longu di Alghero (Lo Schiavo 1976; Giardino, Lo Schiavo, a cura di, 2007).

Questo fatto, per quanto attiene l'acquisizione di manufatti e la riproduzione locale di modelli esterni, pone sullo stesso piano le relazioni fra Cipro e la Sardegna con quelle fra la Sardegna e la Penisola Iberica; per contro, arreca un duro colpo alla teoria del commercio di rottami metallici.

In verità, per quel che concerne la Sardegna nuragica, non si ha nessuna prova che venisse praticato un tale scambio. Come si è detto a proposito dei lingotti «a forma di pelle di bue», con l'eccezione, peraltro ancora da dimostrare, di un solo ripostiglio – quello di Baccus Simeone di Villanovaforru (Atzeni C. *et al.* 1987: 154; Badas 1999) – non risultano presenti in Sardegna i «ripostigli di fonditore», invece, prove archeologiche inconfutabili che dove si trovano accumuli di rottami metallici, si constata con evidenza l'intenzione dedicatoria e non quella del recupero e riutilizzo. E' noto che in altri ambienti le cose sembrano accadere diversamente, ma la Sardegna nuragica, ancora una volta, appare come un mondo a sé, con sue regole precise, che conosce e interagisce con i popoli al di là dal mare, ma senza modificare i fondamenti ideologici e strutturali dei propri comportamenti essenziali.

Su questo argomento si potrebbero scrivere molto pagine, rivedendo la natura e le caratteristiche dei materiali di ripostigli nuragici, in particolare quelli contenenti manufatti di provenienza iberica, ma in questa sede si farà un solo esempio, quello del ripostiglio di Monte Sa Idda di Decimoputzu, universalmente noto eppure ancora non analizzato a fondo, ed attualmente in corso di riesame.

IL CASO DEL RIPOSTIGLIO DI MONTE SA IDDA (DECIMOPUTZU)

Uno degli aspetti che non sono mai stati sottolineati è per l'appunto quello della documentazione archeologica, di rinvenimento e di scavo, fornita puntualmente da Taramelli. Nel caso di Monte Sa Idda, il rinvenimento venne segnalato alla fine del dicembre 1914; Taramelli, nonostante le condizioni meteorologiche sfavorevoli, venne accompagnato sul posto il 3 gennaio 1915 «ricuperando interamente la suppellettile rinvenuta» e si affrettò a dare una relazione preliminare sul rinvenimento e sul primo sopralluogo, pubblicata lo stesso anno su *Notizie degli Scavi di Antichità* (Taramelli 1915). Ad essa fece seguito una seconda notizia preliminare dedicata alla minuziosa descrizione dell'intervento sul sito (Taramelli 1918). Ambedue confluirono poi nell'*editio maior* del

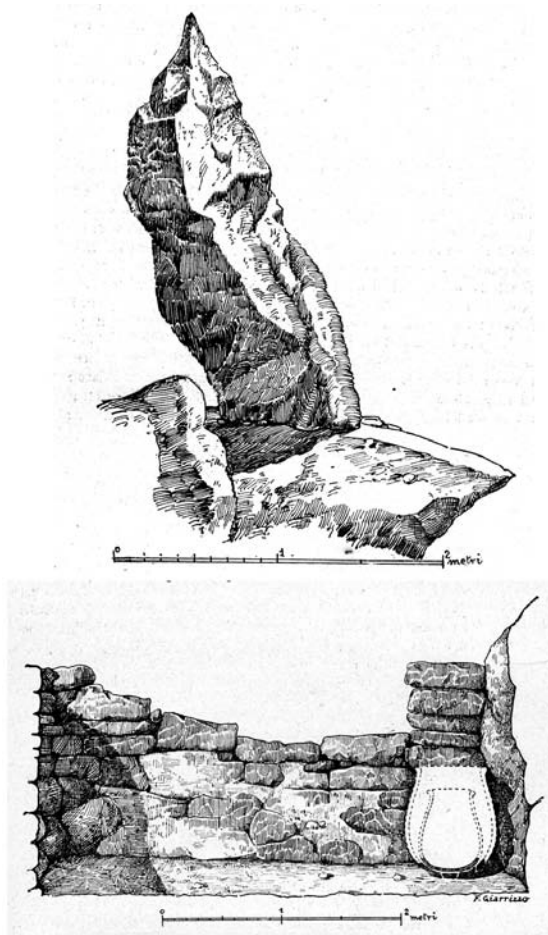


Fig. 5

Monte Sa Idda di Decimoputzu (Cagliari). 1. Scheggione granitico che indica il luogo del ripostiglio; 2. Vano contenente il ripostiglio. (Taramelli 1918).

1921, corredata dai disegni di circa due terzi degli oggetti, accolta nella prestigiosa sede editoriale dei Monumenti Antichi dei Lincei (Taramelli 1921).

Nel descrivere il sito, Taramelli riferisce che il vano nel quale si rinvenne il ripostiglio si trovava sull'alto di una collina granitica, ad un livello inferiore rispetto ad un nuraghe complesso che ne occupava la sommità e con un'altra serie di strutture e vani distribuiti sui vari terrazzamenti sia naturali che ampliati artificialmente. Il complesso di manufatti di bronzo era contenuto in due grandi vasi, l'uno dentro l'altro, poggiati sul pavimento del piccolo vano, quasi costruito intorno al deposito (fig. 5, 2). Il loro nascondimento era dunque dovuto prevalentemente al crollo delle pareti ed all'accumulo delle macerie. Inoltre Taramelli insiste sul fatto che un gigantesco scheggione alto quasi 3 metri era piantato obliquamente al di sopra del vano, «come indizio del luogo ove era sepolto» (Taramelli 1918: 165) (fig. 5, 1), una sorta di *menhir indicateur* con funzione di segnalare l'accumulo di bronzi e di evidenziarne l'intangibilità: il linguaggio dei segni deve essere stato chiarissimo anche oltre la fine della civiltà nuragica, se nessuno si accostò più al sito e se secoli dopo fu possibile a Taramelli di recuperarlo per intero.

Questo fatto, se è dimostrato ed innegabile nel caso di Monte Sa Idda, è però valido, sulla base di molti indizi, anche per altri santuari e complessi nuragici, dei quali il rinvenimento recente permette di constatare che erano per lungo tempo rimasti visibili e perfettamente accessibili. Questo è il motivo per cui c'è da esitare a sostenere la tesi di una lunga permanenza e circolazione in uso di manufatti nuragici o importati nel corso dell'età del bronzo: la dedica rituale o votiva, in un santuario o in un ripostiglio, e la sua permanenza nel sito, non sembra definibile come prosecuzione in uso, al contrario, la «vita» del manufatto si interrompe con il cambio di destinazione e con la sua sottrazione all'utilizzo pratico. Di conseguenza, l'oggetto più recente aggiunto al contesto determina il *terminus ante quem* di esso e non la cronologia dei pezzi che lo compongono.

Nel caso di Monte Sa Idda, quasi tutti i manufatti rientrano nelle tipologie iberiche del Bronzo Atlantico II e III. Quanto all'eventualità che si tratti di produzione locale nuragica su imitazione di modelli iberici – prospettiva rafforzata dal rinvenimento sulla stessa collina di Monte Sa Idda di un'officina per la lavorazione di manufatti di bronzo insieme a matrici di fusione di pietra – essa non fa che confermare il cambiamento di rotta delle relazioni mediterranee della Sardegna.

Per quel che concerne la presenza di modelli ciprioti o orientali in genere, a parte i due celebri attacchi d'ansa di calderone, bilobati e riccamente decorati, manca qualunque strumento (doppie asce, «maleppeggio», picconi), ed in particolare quelli riferibili alle attività fusorie (martelli, palette, molle da fuoco). Mancano anche tripodi, specchi, o altri oggetti definibili «di prestigio» o rituali. Quanto agli spilloni, gli stilette presenti a Monte Sa Idda hanno confronti diretti in forme del più remoto occidente (Kalb 1978: I. 7). A differenza, dunque, dal deposito votivo della grotta Piroso – Su Benatzu di Santadi, dove materiali di tradizione nuragica e di ispirazione cipriota sono mescolati a quelli di estrazione iberica, ed analogamente, per contro, al ripostiglio di Monte Arrubiu di Sarroch, il ripostiglio di Monte Sa Idda è quasi esclusivamente composto di manufatti di foggia iberica.

Un altro elemento di rilevante interesse ed ancora pochissimo studiato, in Sardegna, è che il ripostiglio è interamente composto di pezzi frammentati deliberatamente e non combacianti, insieme a pezzi di prove di colatura o a manufatti che presentano difetti o ancora a parti di oggetti non completati. Anche questa osservazione ha fatto pensare, in passato, a rottami destinati alla rifusione. Non vi sono difficoltà a ritenere che i manufatti possano provenire dall'officina situata nello stesso villaggio – e sperabilmente sarà possibile provarlo in futuro con analisi metallurgiche – ma la frattura, che con ogni probabilità sarà avvenuta nella stessa officina, ad opera

degli stessi artigiani specializzati, avrebbe dovuto portare alla raccolta di tutti i frammenti, e non solo di uno per ogni oggetto. E' invece probabile che tutti i pezzi venissero normalmente riutilizzati nel corso delle operazioni consuete nella lavorazione di oggetti, mentre nel ripostiglio sono stati raccolti solo un frammento per ogni oggetto, una sorta di decima o di tassa o di offerta al tesoro comune del gruppo sociale che risiedeva sul posto e che aveva prodotto gli oggetti stessi. Si tratta, insomma, di un sacrificio sostitutivo, come già è stato osservato per i bronzetti, riproduzioni miniaturistiche ed offerte di monumenti, guerrieri, oranti, offerenti, bestiame, suppellettili, oggetti rituali (Lo Schiavo, Manconi 2001; Lo Schiavo 2003c: 355-358).

Da questo punto di vista, le caratteristiche del ripostiglio di Monte Sa Idda sono molto simili a quelle osservate per il ripostiglio dell'Acropoli di Lipari, che già Luigi Bernabò Brea e Madeleine Cavalier avevano definito «il Tesoro della Città».

LA SARDEGNA, CIPRO E LA PENISOLA IBERICA

Dunque, ad un certo punto, il mercato del rame nel Mediterraneo centrale cambia nuovamente connotazione e direzione. Per cause ancora non perfettamente chiarite, si interrompe a Cipro la produzione dei lingotti «a forma di pelle di bue» e conseguentemente gli scambi mediterranei dei metalli cambiano direzione e natura.

Alla fine del XII secolo, la Sardegna viene interessata dall'«importazione» di manufatti di tipologia iberica, attestati di preferenza sulla costa atlantica, raggiungibile mediante la navigazione sottocosta della Corsica (vedi lingotto «a forma di pelle di bue» da S. Anastasia), seguita dall'approdo sulle coste della Francia meridionale (vedi lingotto «a forma di pelle di bue», forse di fattura nuragica? da Sète) e dal breve percorso pedemontano e fluviale lungo i Pirenei e la Garonna.

Che si tratti della ripresa di un percorso già praticato nella preistoria e forse mai completamente abbandonato o del riattivarsi dell'antica «via dello stagno» dall'occidente, certo è che dopo le spade di S. Iroxi finora non si è trovato nessun manufatto iberico in Sardegna più antico dell'XI secolo, precedente, cioè, le grandi spade «pistilliformi». Queste si ritrovano nella Sardegna nuragica sia in originale - come le spade pistilliformi da Oroè o Orèo (Lilliu 1966; da ultimo Boninu 1994: 30 n. 27) -, sia fabbricate localmente con maggiore o minore fedeltà all'originale - come le spade a lingua da presa di Su Tempiesu di Orune (Lo Schiavo 1991b: 4), sia riprodotte fedelmente pur se in dimensioni miniaturistiche nei bronzetti nuragici di capi-tribù e di guerrieri, che le impugnano con la mano destra, appoggiate sulla spalla in un rituale «presentat-arm» (Lilliu 1966: nn. 7, 11, 12; Lo Schiavo, D'Oriano

1990: 11; Lo Schiavo 1991b: 5). E' innegabile che queste grandi spade avessero un valore pregnante, ben al di là di un semplice oggetto utilitaristico.

Una lista delle categorie di manufatti di fogge iberiche documentati in Sardegna è stata compilata da tempo e continuamente aggiornata, e contempla, oltre alle spade «pistilliformi», le spade «a lingua di carpa», punte e puntali di lancia e di giavellotto, asce piatte, asce piatte con spuntoni laterali, asce piatte con uno o due occhielli, asce a tallone con uno o due occhielli, asce a cannone senza o con uno o due occhielli, falci piatte o a tallone, rasoi, fibule, braccialetti ad anello, manici a traforo, e contestualmente ne sono state tracciate le carte di distribuzione, che includono almeno quindici siti sparsi in tutta l'isola (Lo Schiavo, D'Oriano 1990; Lo Schiavo 1991; 2003b: fig. 6-7) (fig. 6). Va citato, ad esempio, un «tendiarco» - oggetto dall'uso incerto, ma dalla tipologia

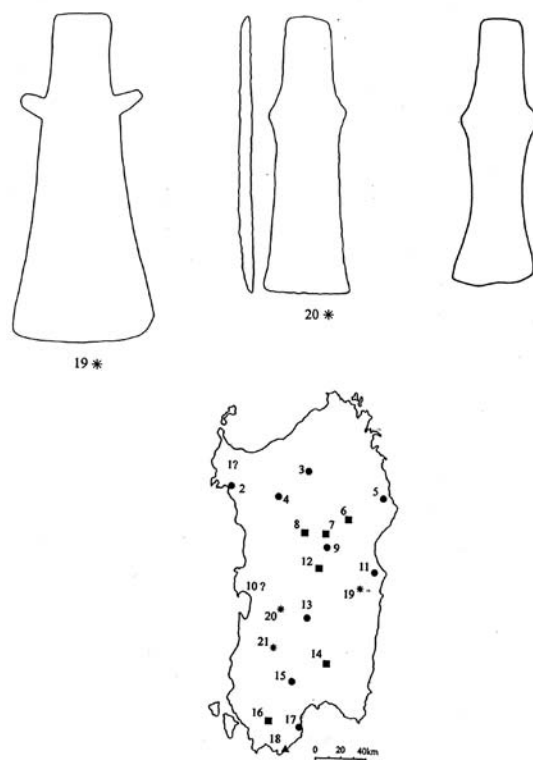


Fig. 6 - 1

Alcune asce a spuntoni laterali (19; 20) ed a tallone ristretto in Sardegna (21): Villagrande Strisaili (Nuoro), Sa Carcaredda (19), Villaverde (Cagliari), Brunk'e S'Omù (20), S. Gavino Monreale (Cagliari), S. Maria de Urgu (21)*.

2. Carta di distribuzione dei manufatti di tipo iberico in Sardegna (2004): 1. Nurra; 2. Alghero, Flumenelongu; 3. Tula; 4. Bonnanaro, Funtana Janna; 5. Siniscola, Orore; 6. Orune, Su Tempiesu; 7. Orani, Nurdole; 8. Bolotana, Su Ederosu; 9. Sarule; 10. Oristano (?); 11. Ogliastra; 12. Teti, Abini; 13. Nuragus, Forraxi Nioi; 14. S. Andrea Frius; 15. Decimoputzu, Monte Sa Idda; 16. Santadi, Piosu-Su Benatzu; 17. Sarroch, Monte Arrubiu; 18. Bithia; 19. Villagrande Strisaili (Nuoro), Sa Carcaredda; 20. Villaverde (Cagliari), Brunk'e S'Omù; 21. S. Gavino Monreale (Cagliari), S. Maria de Urgu. (Gli asterischi segnano gli ultimi rinvenimenti: Cerchio = ripostiglio; Quadrato = tempio, santuario; Triangolo = tomba; ? = imprecisabile).

inequivocabile, presente con diversi esemplari nel ripostiglio di Monte Sa Idda di Decimoputzu (Cagliari), l'ultimo dei quali nella Penisola Iberica rinvenuto a Monte de São Martinho-Castelo Branco (Beira Baixa, Portogallo), precisamente identificato e recentemente pubblicato da Raquel Vilaça (2004a).

Un fatto da sottolineare è che raramente si ritrovano in associazione manufatti di ispirazione cipriota con quelli di ispirazione iberica: purtroppo questa osservazione è inficiata dalle lacune sempre più gravi nella documentazione degli scavi e rinvenimenti recenti, ma nonostante

questo, con i dati finora in nostro possesso, si direbbe che ci sia un'articolazione cronologica fra le due correnti di contatti, e cioè che la ripresa delle relazioni con la Penisola Iberica sia intervenuta in un momento leggermente successivo a quello che ha visto l'apice dei rapporti con Cipro, e cioè dal BF2 in poi, in concomitanza con la produzione locale più originale e creativa.

Resta come eccellente indicatore delle relazioni da ovest ad est, per il tramite della Sardegna, lo spiedo articolato di tipo iberico, presente con un frammento nel ripostiglio di Monte Sa Idda-Decimoputzu (Cagliari), e

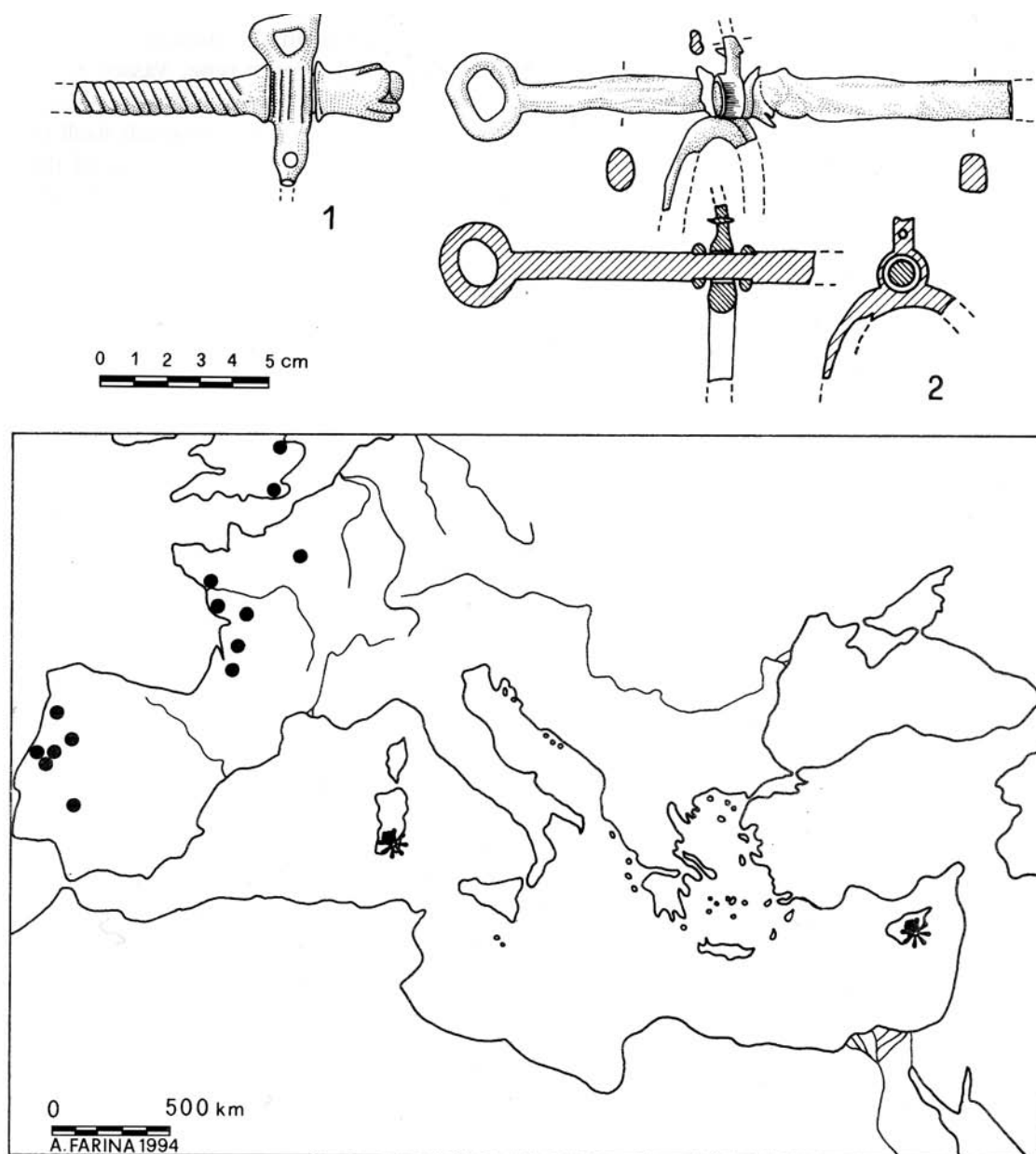


Fig. 7 - 1

Alcuni spiedi articolati di tipo atlantico: 1. Decimoputzu, Monte Sa Idda; 16. Amatunte (Cipro), tomba 523; 3. Fôret de Compiègne (Oise); 4. Serra da Alviacere, Leiria (Beira Alta); 5. Guè de Chantier, Port-Sainte-Foy (Dordogne). 2. Carta di distribuzione degli spiedi articolati di tipo atlantico nel Mediterraneo (1991): 1. Isleham (Cambridgeshire); 2. Saltwood (Kent); 3. Fôret de Compiègne (Oise); 4. Sainte-Marguerite, Le Pornichet (Loire Atlantique); 5. Challans (Vendée); 6. Notre-Dame-d'Or, Mirebeau (Vienne); 7. Vénat, Saint-Yrieix (Charente); 8. Guè de Chantier, Port-Sainte-Foy (Dordogne); 9. Monte da Costa Figueira, Paredes (Braga); 10. Castro da Nossa Senhora da Guia, Sao Pedro do Sul (Beira Alta); 11-13. Serra da Alviacere, Leiria (Beira Alta); 15. Decimoputzu, Monte Sa Idda; 2. Amatunte (Cipro), tomba 523.

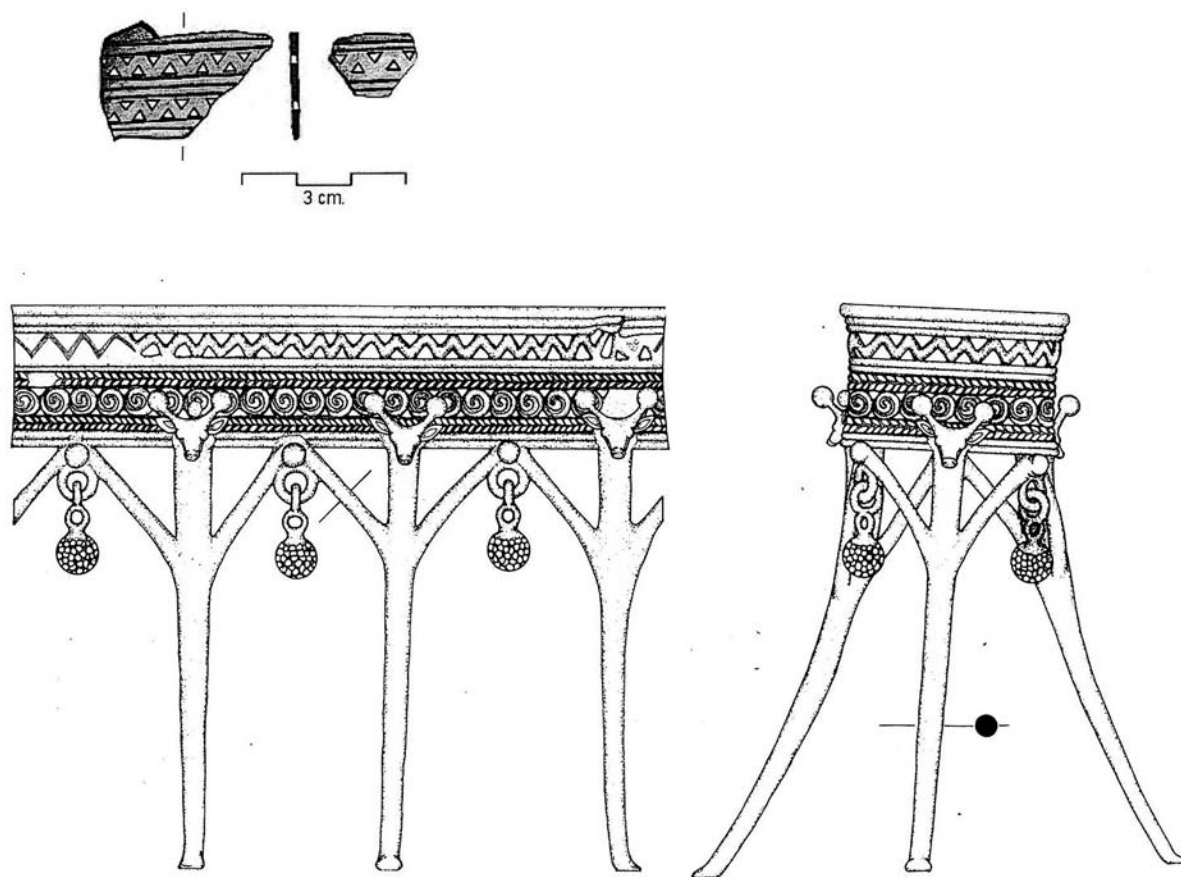


Fig. 8 - 1

Frammento di tripode bronzeo miniaturistico da La Clota, Calaceite (Teruel) (Rafel Fontanals 2002); 2. Tripode bronzeo miniaturistico dalla grotta Piroso-Su Benatzu di Santadi (Cagliari).

con un esemplare integro nella tomba 523 di Amatunte, associato ad un gruppo di oggetti datato al Cipro-Geometrico I (Taramelli 1921; Karageorghis, Lo Schiavo 1989) (fig. 7).

Non è del tutto improbabile che la Sardegna, a sua volta, sia apparsa come un mercato appetibile alle genti iberiche ed atlantiche in fase di espansione e sollecitate da correnti di traffico sia attraverso lo stretto di Gibilterra che, come sopra descritto, dalla via fluviale della Garonna e dei suoi affluenti.

Fra i problemi aperti c'è ancora quello delle relazioni fra Cipro e la Penisola Iberica, e se queste siano state o meno mediate o no dalla Sardegna. I documenti archeologici su questo punto sono davvero scarissimi, contro una sovrabbondanza di evidenze dirette che legano la Penisola Iberica alla Sardegna nuragica e viceversa. Per fare un solo esempio, non solo le spade tipo Monte Sa Idda sono un esempio tipico di queste interconnessioni, ma la presenza di spade tipo Monte Sa Idda di ferro in Spagna, dimostra ancora una volta la vitalità delle influenze reciproche dal punto di vista non solo e non tanto di scambio di merci, quanto anche di tecnologie.

Per questo motivo si ritiene preferibile ipotizzare una fattura nuragica piuttosto che cipriota per i due piccoli frammenti di un tripode bronzeo miniaturistico da La

Clota, Calaceite-Teruel nella Bassa Aragona, identificato da Nuria Rafel Fontanals, proveniente dalla tomba a cista 2 (La Clota 1) coperta da un tumulo circolare (fig. 8, 1); i resti del corredo, saccheggiato da tempo, sono databili al VII-VI secolo (Rafel Fontanals 2004). N. Rafel paragona correttamente il frammento al tripode miniaturistico dalla grotta Piroso-Su Benatzu di Santadi (8.2). Inoltre, anche per la collocazione di un manufatto di fattura sarda e di modello cipriota in un corredo successivo di molte generazioni trova un parallelo nel caso del tripode nuragico miniaturistico nella tomba Romagnoli 10 di Bologna, datata al VII secolo a.C., citato sopra, a proposito della caratteristica forma cipriota non solo del sostegno ma anche del bacile.

Il rinvenimento di La Clota è stato messo in relazione con i reperti del vicino contesto, sicuramente funerario, di Les Ferreres/Ombries, e particolarmente il *thymiaterion*, ispirato ai sostegni di tipo cipriota, prodotti, insieme ad altri, in un'officina ancora non identificata ma certamente da ubicare nei dintorni. Le problematiche inerenti il valore ed il significato di questi manufatti nel contesto locale sono state esaminate, in un ampio quadro che ha incluso la presenza, circolazione e sopravvivenza di modelli ciprioti e del Mediterraneo centrale in Catalogna e nell'area settentrionale della regione di Valencia (Rafel Fontanals 1997; 2002).

G. Papasavvas, dichiara di non potersi esprimere con certezza in merito all'ipotesi che il tripode di La Clota sia frutto di un'influenza diretta da Cipro o, più probabilmente, che questa sia stata indiretta attraverso la Sardegna, tanto come prodotto finito quanto come impulso per la produzione locale (Papasavvas 2001: 176-177, 1-2; 2004: 49).

LA SARDEGNA COME MEDIATORE FRA PENISOLA IBERICA ED ITALIA PENINSULARE

Nel periodo avanzato e finale dell'età del bronzo finale si registra una particolare frequenza di contatti fra la Sardegna nuragica ed i Monti della Tolfa, che spiccano per concentrazione nella disseminazione di materiali nuragici nell'Italia centrale (Umbria, Emilia, Campania), e di quelli protovillanoviani di provenienza non precisabile, in Sardegna (cfr. da ultimo Lo Schiavo 2005e).

Già da tempo, è stato accertato il fatto che, come per i frammenti di materiali ciprioti nel ripostiglio di Contigliano (Ponzi Bonomi 1970; Lo Schiavo 1985: 40-42), così la mediazione della Sardegna nuragica sia incontestabile per i manufatti di tipologia iberica trovati nei ripostigli dei Monti della Tolfa: si tratta di due asce piatte con spuntoni laterali nel ripostiglio di Monte Rovello (Peroni 1961: I2), di una spada fenestrata in quello di Santa Marinella (Bianco Peroni 1970: n. 269), e di un'ascia a tallone con un occhiello in quello di Tolfa (Peroni 1961: I3), tutti databili alla fase finale dell'età del bronzo finale, gli ultimi due con presenza rispettivamente probabile (S. Marinella) e certa (Tolfa) di reperti da attribuirsi alla prima fase dell'età del ferro (Carancini, Peroni 1999: 19, 35 tav. 32). Nella prima età del ferro, un spada tipo Monte Sa Idda ed barchetta nuragica si trovano nel ripostiglio di Populonia, Falda della Guardiola (Bianco Peroni 1970: n. 270).

Per contro, alla Sardegna settentrionale, in una località ignota della Nurra, pervengono un rasoio tipo Marino (Pinza 1901: 146 84; Lo Schiavo 1981: 306 tav. LX f) ed un rasoio miniaturistico nel nuraghe S. Antine di Torralba (Lo Schiavo 1988: 226-227, fig. 8, 3): l'area di distribuzione dei due tipi abbraccia rispettivamente l'Italia centro-meridionale (Bianco Peroni 1979: 48-49) e i Colli Albani, con estensione di un esemplare al gruppo di Terni (Bianco Peroni 1979: 50-52), e l'ambito cronologico è fra la fine dell'età del bronzo finale e l'inizio della prima età del ferro; nel ripostiglio di Santa Marinella è rappresentato un frammento probabilmente

riferibile ad un tipo affine al tipo Marino (Bianco Peroni 1979 n. 234).

E' pur vero che non sono state identificate, finora, tracce di lavorazione antica dei giacimenti aluniferi del Tolfetano, ma che i due fenomeni siano da mettere in relazione è dimostrato da un notevole incremento dei rinvenimenti, databili a partire dall'età del bronzo finale (Toti 1959; Fedeli Bernardini 2000)².

Ancora più estesa e continuamente crescente è la distribuzione di manufatti d'ambra in Sardegna. Si conoscono ormai oltre trenta località di provenienza, più di metà delle quali sono relative ai luoghi di culto e ad alcune tombe di giganti e sono illustrati circa 200 vaghi di forma diversa (*Ambra* 2001).

I grani «ad astragalo» o «tipo Tesoro di Tirinto» sono presenti sia isolati che legati in collane, e il numero dei grani allungati e decorati da fitte costolature parallele c.d. tipo «Allumiere» trovati in Sardegna è ormai così alto e la varietà tanto ampia da permettere di riconsiderare le ipotesi sull'origine peninsulare di questa e di altre forme ritrovate in Italia centrale: ad esempio, la provenienza nuragica del grano d'ambra ad astragalo tipo «Tesoro di Tirinto» da Populonia, dove è stato rinvenuto nel riempimento di una tomba della prima età del ferro (Lo Schiavo 1981: 307 e n. 58) appare ora pienamente sostenibile (Lo Schiavo 2002: 58-59).

Dunque, la Sardegna nell'età del bronzo finale era in relazione di scambio continuativa e bilaterale con l'Italia centrale, ed in particolare con la costa tirrenica e con l'area tolfetana.

DAL BRONZO AL FERRO

La presenza non solo di molti manufatti di ferro in necropoli fenicie ma anche di luoghi di lavorazione del ferro e scorie di ferro negli insediamenti sono noti da tempo, per cui non conviene dilungarsi sull'argomento (Acquaro, Ingo 1996; Acquaro *et al.* 1996; Bernardini 1997: 61; Bultrini 1995; Ingo 1993; Ingo, Bultrini, Chiozzini 1996).

Nelle più antiche tombe fenicie sono stati rinvenuti manufatti di bronzo e di ferro che riproducono le tipologie tradizionali delle precedenti generazioni. Il fenomeno è stato osservato per la prima volta a proposito di forme ceramiche tipiche del pieno periodo nuragico (Bartoloni 1989) (fig. 9). Parallelamente, nell'emporio fenicio di S. Imbenia di Alghero, alcune forme nuragiche dell'età del bronzo finale sono risultate prodotte con tornio veloce (Bafico, D'Oriano, Lo Schiavo 1995: 89).

² Il più recente riepilogo sulle relazioni fra la Sardegna nuragica e l'Italia peninsulare tirrenica, particolarmente i Monti della Tolfa, ha avuto come oggetto i problemi della concia, secondo il sistema tradizionale al tannino o quello, forse di influenza egea, all'allume (Lo Schiavo 2005e, ivi tutta la bibliografia precedente).

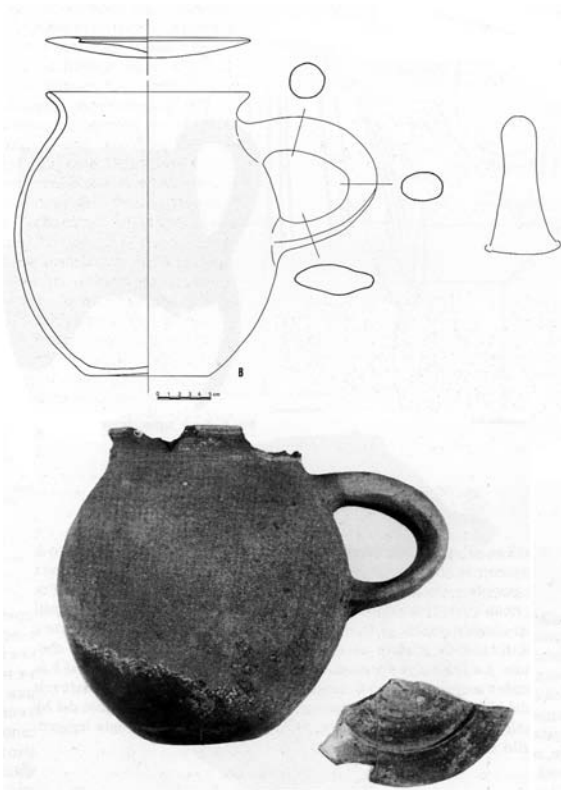


Fig. 9
Sulcis, *tophet*, urna con ansa a gomito rovescio (B) (Bartoloni 1989: fig. 130).



Fig. 10
Tharros, necropoli settentrionale, spillone a testa mobile ed asta di ferro (Zucca 1997: scheda 202).

Si trovano spesso spilloni a testa mobile di bronzo ed asta di ferro nella necropoli di Bithia (fig. 10), insieme con pugnali, punte di freccia a codolo, puntali di lancia (Bartoloni 1997b: schede 136, 149, 158; Artizzu *et al.* 1997; Bernardini, R. D'Oriano a cura di, 2001: scheda n. 133). Gli stessi spilloni con testa mobile di bronzo ed asta di ferro sono presenti nella Collezione Pischedda nell'Antiquarium Arborense di Oristano, provenienti da

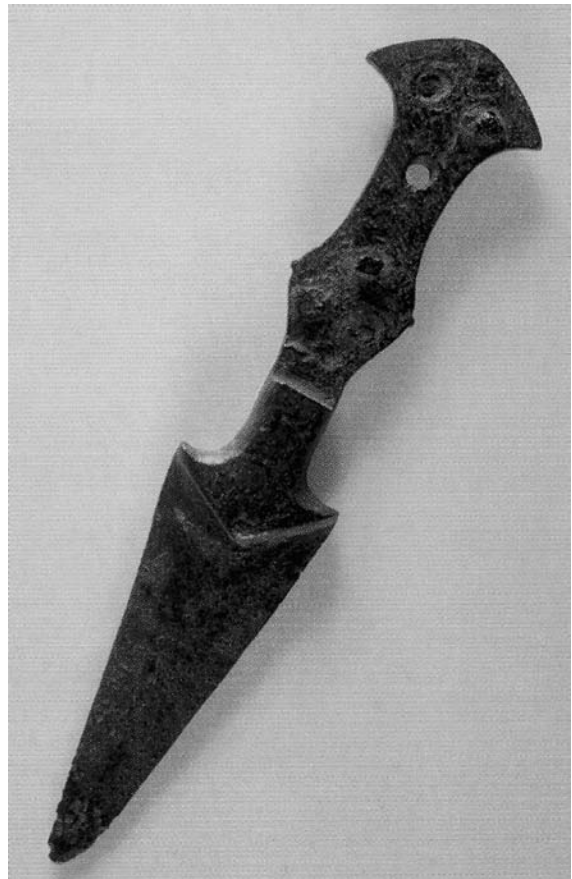


Fig. 11
Bithia, tomba 160, pugnale di bronzo che imita i tipi nuragici (Bernardini, R. D'Oriano a cura di, 2001: scheda n. 137).

Cabras, Santu Marcu, probabilmente dalla necropoli settentrionale di Tharros, e ad Othoca (Zucca 1997: 96 scheda 202), documentando così un costume che era diffuso nella Sardegna fenicia.

Ugualmente, il pugnale di bronzo della tomba 160 di Bithia è decisamente diverso da quelli nuragici, anche se ne imita la forma (Bartoloni 1997b: scheda 170; Bernardini, R. D'Oriano a cura di, 2001: scheda n. 137) (fig. 11). Un fenomeno analogo si può notare nelle piccole «faretrine votive», alcune delle quali riproducono le impugnature di pugnali dai contorni rigidi e stilizzati, che imitano le originali fogge nuragiche. Questa osservazione è sostenuta da una accurata ed estesa analisi tipologica, in quanto molti di questi oggetti, pur ritrovati a Tharros, sono conservati in musei o in collezioni private, privi ormai del contesto di provenienza (Zucca 1987; Falchi 2008).

Quanto alle ceramiche, per primo P. Bartoloni osservò che l'urna B con ansa a gomito rovescio dal Tophet di Sulcis, «... databile ... nella seconda metà dell'VIII e comunque non oltre gli ultimi anni di questo secolo, appare formalmente di matrice nuragica, seppure sia la pasta che la superficie siano visibilmente di produzione fenicia.» (Bartoloni 1989 p. 171 3 e p. 179), e lo stesso riscontrò nelle altre due urne con ansa a gomito rovescio G ed H (Bartoloni 1989 p. 177 10).

Il fenomeno di riprodurre con tecnologie più moderne le antiche forme tradizionali si inquadra in un fervore di produzione dei contenitori anforacei che mantengono le forme fenicie sia nell'impasto sia nell'argilla figulina tornita; quanto ai contenuti, la documentazione archeologica permette di suggerire che il vino sardo abbia conquistato i mercati della prima età del ferro, dal Mediterraneo all'Atlantico.

Per questa via e con questi vettori hanno viaggiato le brocchette askoidi, prodotte nelle forme tradizionali già nella fase avanzata dell'età del bronzo finale e trasmesse e riprodotte largamente. (Lo Schiavo 2005f; 2005g).

In sintesi, non vi è ragione di ritenere che le popolazioni nuragiche ignorassero il ferro e le sue caratteristiche, al contrario, i dati in nostro possesso provano il contrario. Comunque la preferenza per la produzione e la lavorazione del bronzo in Sardegna nell'età del bronzo recente e finale è evidente, mentre nello stesso periodo la lavorazione e l'uso del ferro non sono diffusi.

Di conseguenza, l'arrivo dei Fenici e la fondazione delle città determinò cambiamenti radicali nell'organizzazione socioeconomica, uno dei frutti della quale fu l'adozione del nuovo metallo e la gestione diretta delle risorse e delle specifiche tecnologie, relegando la lavorazione del rame e del bronzo alla sfera rituale e tradizionale, così come, per la ceramica, l'uso dell'impasto e del tornio lento.

CONCLUSIONI

La colonizzazione fenicia ha agito come legante, rafforzando ulteriormente i legami già esistenti nelle fasi mature ed avanzate del Bronzo Finale e fino alla prima età del ferro. L'ambiente iberico della facciata atlantica e le sue relazioni con il Mediterraneo orientale, nel quale la Sardegna nuragica è fortemente presente, ha trovato ora un'affermazione con l'edizione degli scavi 1997-1998 effettuati nel centro di Huelva (González de Canales, Serano, Llompart, 2004): ci vorrà molto tempo prima che si riesca a valutarne adeguatamente la portata. Sulla base della ceramica fenicia, greca del Medio Geometrico II, euboico-cicladica del SubProtogeometrico I-III, cipriota dello stile *Black on Red* e degli orizzonti di Salamina e di Kition di P.M. Bikai, l'arco cronologico indicato dagli Autori è fra il 900 e il 770 a.C. (González de Canales, Serano, Llompart, 2004: 119).

Per quanto attiene le brocchette askoidi, si sottolinea la presenza di otto/dieci esemplari, in associazione con altre forme ceramiche nuragiche, cosa che esclude la casualità del rapporto e l'ipotesi di relazioni prolungate e probabilmente dirette.

Le brocchette askoidi nuragiche sono ora conosciute con esemplari interi o frammentati, oltre che da tutta la Sardegna, dalla Sicilia (Mozia e Dessueri, Monte Maio),

da contesti distribuiti, nel Mediterraneo centrale ed orientale, a Creta (Khanial Tekke), in Africa settentrionale (Cartagine) e sulla costa tirrenica (soprattutto e in gran numero a Vetulonia, sia d'importazione, sia d'imitazione), e fin sulla costa atlantica della Penisola Iberica (Cadice e Huelva) e nel suo immediato entroterra (Carambolo) (Lo Schiavo F. 2006: ivi tutta la bibliografia precedente).

La documentazione archeologica inclina a far ritenere che la produzione delle brocchette askoidi, sia da collocare, in Sardegna, nell'ultima fase dell'età del Bronzo Finale; l'elegante contenitore è frutto di elaborazioni formali squisitamente locali e, insieme al contenuto, destinato alle offerte nei luoghi sacri (Delpino 2002: 378). Non si spiegherebbe, altrimenti, la vastità della distribuzione, non a caso coincidente con i più antichi punti di approdo della navigazione fenicia, né si spiegherebbe la fortissima suggestione operata sulle comunità tirreniche, prime fra tutte quella vetuloniese, che, fra la metà del IX e la metà dell'VIII secolo a.C. ne determinò una vasta ed articolata produzione ed una trasmissione ad altri centri.

In conclusione, la Sardegna nuragica ha visto dei cambiamenti epocali alle sue origini e nella sua prima fase di sviluppo nell'età del bronzo medio, quando ha tratto la sua linfa vitale dalla facies archeologica di Sant'Iroxi, nella quale la produzione metallurgica era fortemente influenzata dalle fogge occidentali (le «spade argariche»), alle quali se ne sono aggiunte altre centroeuropee (i «pugnali con codolo ad uncino») e dell'Italia peninsulare (le grandi asce a margini rialzati) (Lo Schiavo 2005b).

Il successivo balzo in avanti, ha luogo in parallelo con la straordinaria edilizia locale (passaggio dal nuraghe semplice a *tholos* al nuraghe a pianta complessa), all'inizio dell'età del bronzo recente (XIII secolo), e coincide con l'apertura ai mercati egei e ciprioti ed alle tecnologie ceramiche, agricole, minerarie, metallurgiche.

Il XII secolo, ovvero la fase matura dell'età del bronzo recente, è interessato dal *trend* in ascesa, al quale si è fatto cenno, e che include anche la prima fase dell'età del bronzo finale, quando dall'acquisizione da Cipro dei lingotti «a forma di pelle di bue», della tecnologia metallurgica e dei modelli di strumentazione varia si passa all'imitazione locale sempre più libera e originale.

Parallelamente all'esaurimento della produzione cipriota dei lingotti «a forma di pelle di bue», cosa che non può essere stata senza conseguenze nei mercati mediterranei, si ravvivano le relazioni con il remoto occidente, rinnovando le rotte ed i percorsi, attraverso i quali la Sardegna nuragica agisce come vettore dei materiali ciprioti verso ovest e dei materiali atlantici verso est. Sulla base delle caratteristiche dei materiali interessati, queste relazioni si collocano nelle fasi matura ed avanzata dell'età del bronzo finale, nel XI e X secolo.

Nord-siriani e levantini, già presenti nelle interconnessioni mediterranee insieme ai Ciprioti (si pensi alle fiasche biancate e quadriansate, alla loro fortuna ed alla loro diffusione in Occidente), intessono ora nuovi collegamenti attraverso l'Egeo, la Grecia e l'Italia Peninsulare, come si constata dai materiali presenti a Huelva, che includono due frammenti d'impasto villanoviani (o protovillanoviani?). La Sicilia occidentale diviene un caposaldo fra l'Africa settentrionale e la Penisola Iberica.

Con il ferro e con l'età del ferro, la Sardegna affronta una nuova fase della sua storia.

ABSTRACT

The topic of Sardinian metallurgy and its Cypriot connections is not new and in recent years the bibliography on this subject is considerably increased. Here a new interpretative model is suggested, different from the known «patterns» applied to different Mediterranean countries, undeniably connected by trade and culture, but not necessarily determined in their contacts and deprived of their capacity of selecting their partners.

The new discoveries shed new light on the metal production and trade in the Bronze Age in central Mediterranean and in Sardinia.

Recently, within the project on Sardinian archaeometallurgy, a new and thorough study of «prenuragic» metallurgy was published. From the distribution of metal artefacts in the island and from the early date of the contexts, it seems more and more plausible that the first knowledge of metalworking spread along the routes of the obsidian trade. Pre-Nuragic metalworking seems to be characterised by local experiences, which display principally western influences.

The first phase of Nuragic metalworking, dating from the first phases of the Middle Bronze Age (c. XVI-XIVth centuries BC), shows western and mainland influences: the S. Iroxi swords point to the west, to an El Argar common origin and inspiration, while the Sezze-Orosei large flanged axes are of a central Italian type.

On the other hand, it can be considered proved that Nuragic metalworking of the Recent Bronze Age phase (c. XIII-mid-XIIth centuries BC) shows a decidedly Cypriot influence, from which an extraordinary and original local production sprang almost immediately.

The presence of Mycenaean pottery in Sardinia is by now well known and has been widely discussed in many papers, as a whole and in its specific components; many new sites are still being discovered. Imports from mainland Greece and the Peloponnese, Crete

and Cyprus, as well as local imitations are known, as a document of long lasting contacts, distinctly different from Cypriot influence, focused almost exclusively on metallurgy.

The best evidence of Cyprus trade in the West, in Sicily and in Nuragic Sardinia are the oxhide ingots. Thirty-four sites (in 31 districts) are so far known in Sardinia on which oxhide ingots have been found. There is no apparent pattern in the distribution, since they are spread all over the island, from north to south and from the coastal sites to the interior. The shapes vary, in some cases bearing impressed or incised marks. There are four complete ingots surviving (out of the seven complete ones recorded), while most are in fragments, isolated or in hoards, in settlements or in sanctuaries and temples. The chronology is mostly Recent Bronze Age-Final Bronze Age (XIII-XIth cent. BC).

Of the eight complete oxhide ingots known, six were found in Sardinia, Corsica and southern France. The discovery of the oxhide ingot at Sant'Anastasia, in northern Corsica and the reported site of the finding of the Sète ingot, mid-way between Narbonne and the mouth of Rhône, point northwards to a trade route from the Lion Gulf, along the Garonne river and the path through the foothills of the Pyrenees to the Bay of Biscay and the Atlantic coast.

Long ago, a list of Iberian weapons, ornaments and tools found in Sardinia was presented and discussed. One of the most important items noted, and still the best document of the east-west connections through the medium of Sardinia, is the Atlantic-type revolving obelos found in Sardinia and in Cyprus. An important manifestation of cultural influence (assimilation?) is that Nuragic bronze figurines representing warriors hold either local votive swords, or swords of western shapes, such as the big leaf-shaped 'pis-tiliforme' ones.

The Phoenicians followed in the West and enlarged the trade network established by the Mycenaeans and—particularly concerning metallurgy—by the Cypriots. This is an appropriate explanation for the early documents of Phoenician presence in Sardinia and also of the distributions, along their route of many distinctive Nuragic products, such as the typical askoid jugs, dating in Sardinia to the final period of the Late Bronze Age and now discovered all over Mediterranean in Early Iron Age contexts such as Carthage, Huelva, Vetulonia, Populonia, etc.

In conclusion, during the evolution of its long history, Nuragic Sardinia shows strong links, westwards and eastwards oriented, according to reasons that still escapes to us, but mostly connected to metallurgical events. Copper, bronze and iron are the threads which interlaced Mediterranean history.

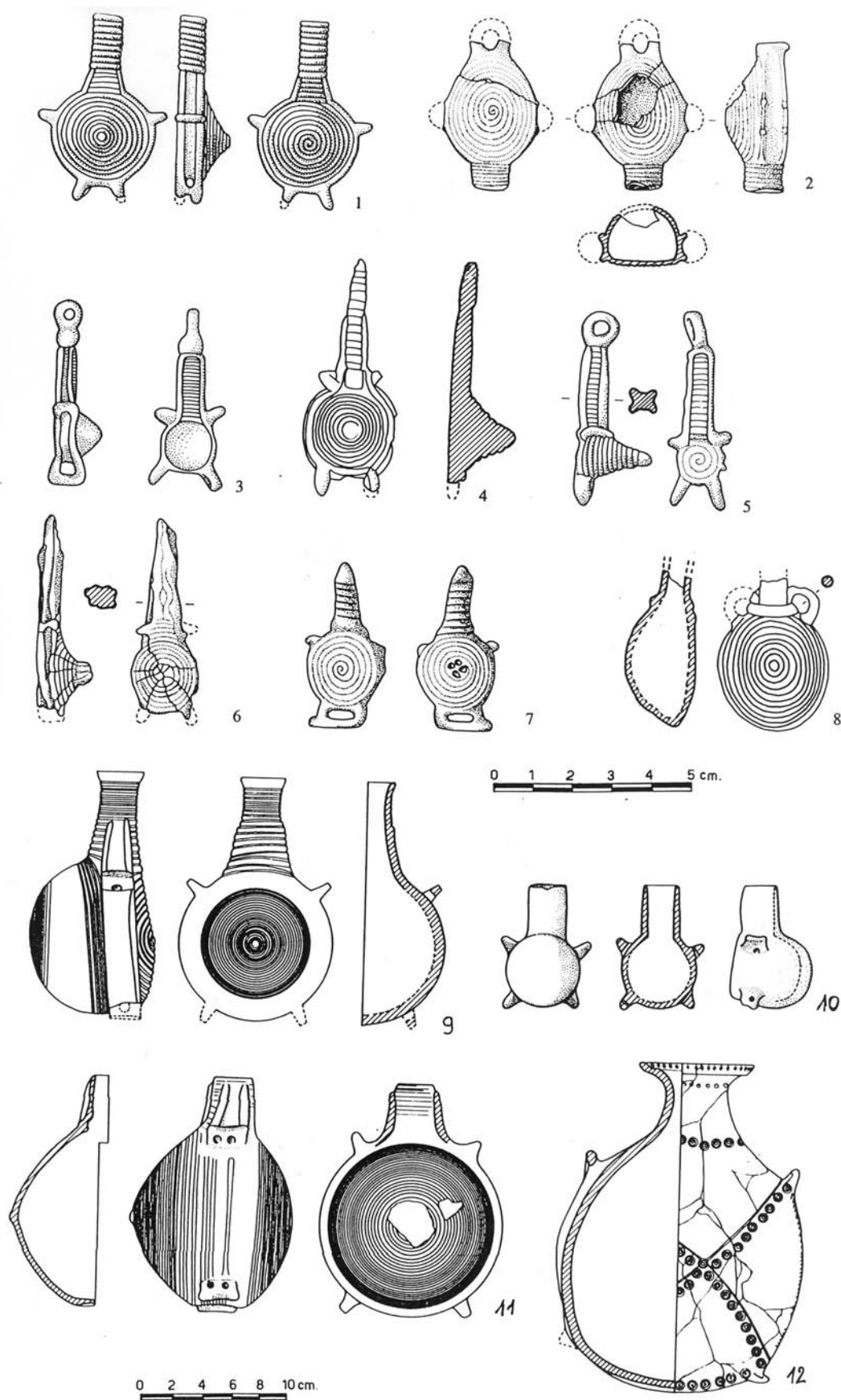


Fig. 12

Pendagli «a pendolo» di bronzo, riproduzioni miniaturistiche di «fiasche del pellegrino»:

1. Borore; 2, 5. Orani (Nuoro), Nurdole; 3. Populonia, S. Cerbone; 4, 8. Vetulonia, Poggio alla Guardia; 6, 7. Orune, Su Tempiesu. Borracce quadriansate cipriote di ceramica: 9. Amatunte, tomba 222; 10. Amatunte, tomba 321; 11. Nicosia, Kouros Valley, tomba 11. Borraccia quadriansata nuragica riproducete una «fiasca del pellegrino»: 12. Monastir, Monte Olladiri. (Lo Schiavo 2003c fig. 4).

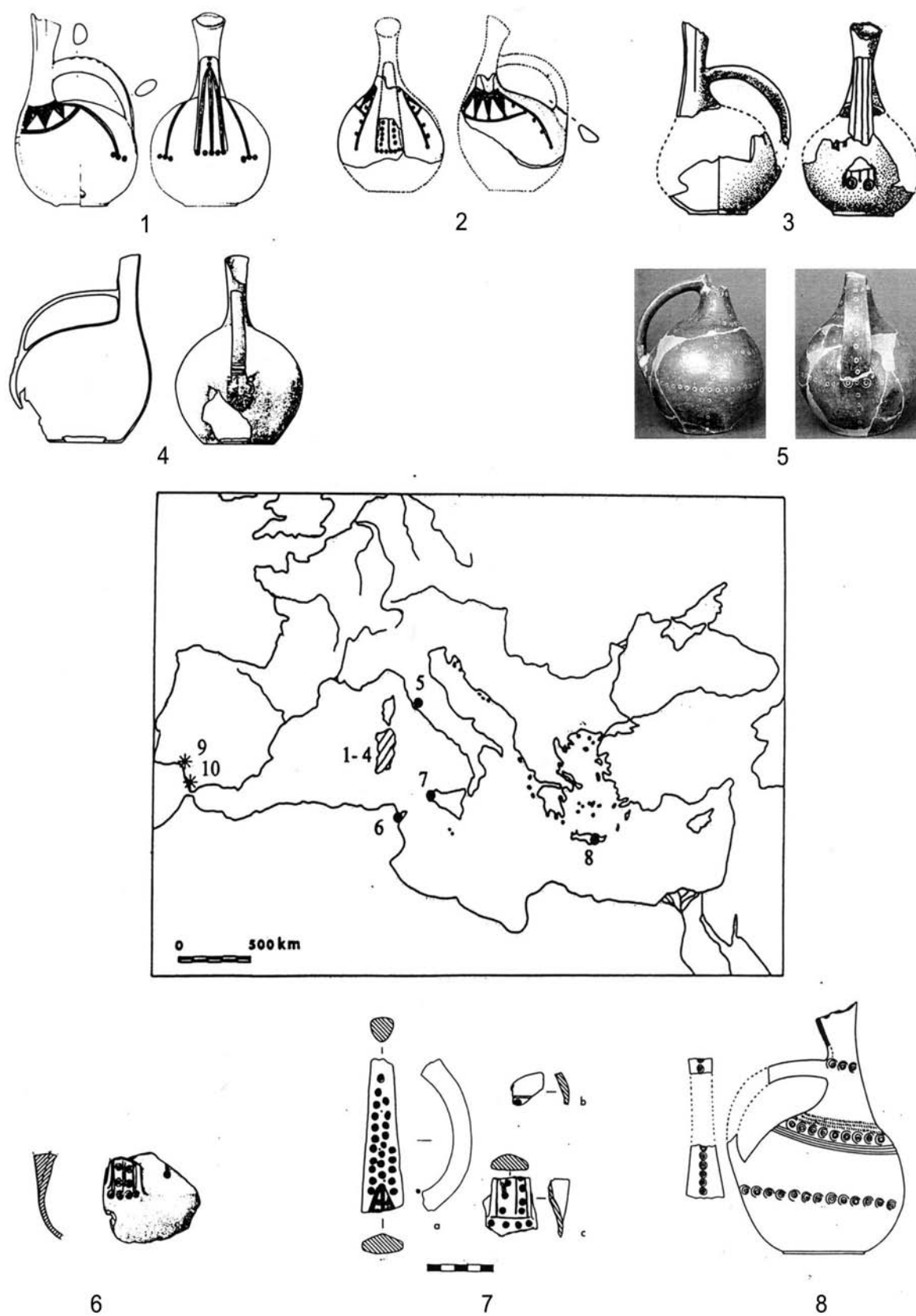


Fig. 13

Carta di distribuzione delle brocchette askoidi:

SARDEGNA 1. Sorso, Monte Cao; 2. Nuraxinieddu, Su Cungiau 'e Funtà; 3. Orroli, Arrubiu; 4. Buddusò, Monte Ruju. ETRURIA 5. Vetulonia, Poggio alla Guardia, tomba 85 (Cygielmann, Pagnini 2002 tav. IIIa-b). SICILIA: 6. Mozia. AFRICA SETTENTRIONALE: 7. Cartagine. CRETA: 8. Khaniala Tekke.

Asterischi: PENISOLA IBERICA: 9. Huelva; 10. El Carambolo; 11. Cadice.

CARROS MICÉNICOS DEL HELÁDICO FINAL III EN LAS ESTELAS DECORADAS DEL BRONCE FINAL II-III A DEL SUROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Alfredo Mederos Martín*
A Andrew Sherratt

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA (figura 1)

Desde el descubrimiento del primer carro en la estela de Solana de Cabañas (Rosso de Luna, 1898: 180), se fue incrementado poco a poco su número con el progreso de la investigación a partir de los años cincuenta documentándose entonces 3 ejemplos (Fernández-Oxea, 1950: 313). El avance más significativo fue la mayor atención que se le prestó a estas piezas tras publicarse la primera monografía de Almagro Basch (1966: 189), donde ya se recogían 6 carros, aunque no consideró otro ejemplo más de Valencia de Alcántara I. No obstante, esta constante progresión en los descubrimientos no deja de sorprender, aumentando poco a poco a 10 (Almagro Gorbea, 1977a: 185), 14 (Celestino, 1985: 46) hasta 21 carros (Celestino, 2001a: 213-219), puesto que normalmente no son resultado de prospecciones arqueológicas, al encontrarse descontextualizadas, sino de piezas a las que no se les había prestado una inspección detallada.

En la actualidad alcanzan 26 carros con cierta seguridad, más uno probable, Pedro Abad, uno dudoso de ser considerado una estela, Logrosán II y tres sin confirmación posterior, aunque en ellos inicialmente se creyó reconocer un carro, Capilla III, El Viso III y Montemolín. Además, el croquis de la estela de Espejo A también puede representar un carro, puesto que carros en la parte superior de la estela los encontramos en Talavera de la Reina, Cabeza de Buey I y II, El Viso II y Carmona. Es posible que también lo sea una figura de difícil interpretación de Quintana de la Serena.

Los carros, que han sido objeto de notables estudios monográficos (Powell, 1976; Celestino, 1985; Quesada, 1994), se distribuyen 9 en Andalucía con 2 en Sevilla y 7 en Córdoba, 15 en Extremadura con 6 en Cáceres y 9 en Badajoz y 3 en Castilla-La Mancha, todos procedentes de Toledo. La zona II cuenta con 5 en Cáceres y 3 en Toledo. La zona III, 7 en Badajoz, 3 en Córdoba y 1 en Cáceres. La zona IV, 4 en Córdoba y 2 en Sevilla. Y la denominada zona periférica, 2 en Badajoz (figura 1, 2 y 6).

Vistos en detalle, presentan una distribución geográfica comarcal diferenciada, bien analizada por Celestino (2001a: 213-217). Hay una clara ausencia de la zona I, de la Sierra de Gata al Norte del río Tajo, donde además sólo aparece un espejo en San Martín de Trevejo.

En la zona II, del valle medio del Tajo, el carro aparece en 8 estelas, en tres de ellas, Valencia de Alcántara I y II y Torrejón el Rubio, siguiendo el esquema original de lanza, escudo y espada, mientras que en Zarza de Montánchez, Solana de Cabañas, Herencias I, Talavera de la Reina y Aldeanueva de San Bartolomé, ya aparece la asociación guerrero y carro. Además está el caso dudoso de ser una estela de Logrosán II.

En la zona III, del valle medio del Guadiana y Zújar, hay 11 ejemplos seguros, Cabeza de Buey I-II, Capilla VI, Zarza Capilla I y III, Valdetorres II, El Viso I-II y IV, Olivenza y Orellana de la Sierra. En todos ellos el carro figura casi siempre asociado al guerrero salvo en la estela partida de Capilla VI. No parece que tuvo guerrero la estela partida de Valdetorres II, de la que sólo conocemos croquis, y de aceptarse un posible carro en Quintana de la Serena, sería una segunda estela. Casos también dudosos son Capilla III y El Viso III.

La zona IV, del valle del Guadalquivir, presenta 6 carros en estelas, Carmona, Écija V, Ategua, el probable de Pedro Abad, Guadalmez y Cerro Muriano II, todos con guerrero y carro. Casos dudosos son Montemolín y Espejo A. Además hay que unir a ellos 2 ejemplos en la zona que Celestino denomina periférica de la Baja Extremadura, Capote y Fuente de Cantos, en ambos casos asociados también a una figura de guerrero, pero que pueden responder a zonas menos investigadas y formar un grupo específico entre el límite en el Sur de Badajoz y el Norte de Huelva (figura 3-4).

Se ha señalado la imposibilidad práctica de utilizar el carro en las zonas II-IV por los terrenos escarpados y suelos pizarrosos de la cuenca media del Guadiana, en los suelos pedregosos e impracticables del valle medio del Tajo o en las penillanuras del Valle del Guadalquivir (Celestino, 1985: 52 y 2001a: 230).

Otro avance importante, con el progresivo aumento de descubrimientos de estelas, ha sido un cambio sustancial en su distribución regional que otorga cada vez más importancia a las zonas meridionales. Si a mediados de los años setenta del siglo XX la zona III, del valle medio del Guadiana y Zújar, sólo contaba con 4 estelas conocidas, con sólo el 13 %, hoy presenta 43 ejemplos, el 39 % del total conocido. Del mismo modo, la zona IV, el valle del Guadalquivir, ha pasado del 16.5% a suponer

* Alfredo Mederos Martín, Departamento de Prehistoria y Arqueología, de la Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria de Cantoblanco, 28049 Madrid. E-mail: alfredo.mederos@uam.es.

Figura 1

Distribución de las estelas del Bronce Final con representaciones de carros en la Península Ibérica. Numeración entre paréntesis en bibliografía según Celestino (2001: 322-323) y Murillo *et al.* (2005: 38 n. 63).

<i>Yacimiento</i>	<i>Municipio</i>	<i>Provincia</i>	<i>Región</i>	<i>Ajuar</i>	<i>Bibliografía</i>
Arroyo Manzano	Las Herencias I	Toledo	Castilla-La Mancha	-Partida- Lanza Escudo en V Guerrero lateral Casco Fíbula de codo Carro	(25) Anónimo, 1982: 88, fig. 7; Fernández-Miranda, 1986: 463-476
	Talavera de la Reina	Toledo	Castilla-La Mancha	Escudo en V Espada en cinto Guerrero central Casco ¿de cuernos? Espejo Carro	(27) Portela y Jiménez Rodrigo, 1996: 36-38, 42-43
	Aldeanueva de San Bartolomé	Toledo	Castilla-La Mancha	Lanza Escudo Espada ¿transición pistiliforme-carpa? Guerrero central Casco de cuernos ¿Fíbula o lingote? Carro	(28) Pacheco, Moraleda y Alonso, 1998: 6-9, fot. 1, fig. 1; ; Harrison, 2004: 228-229, fig. cat. 28c; Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 15
Solana de Cabañas, La Piedra	Cabañas del Castillo	Cáceres	Extremadura	Lanza ¿británica? Escudo en V Espada pistiliforme Guerrero lateral Casco Espejo Carro	(22) Rosso, 1898: 179-182; Almagro Basch, 1966: 27-29, fig. 2, lám. 1; Harrison, 2004: 218-220, fig. cat. 22c
El Oreganal	Torrejón el Rubio I	Cáceres	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada pistiliforme Fíbula de codo Espejo Arco con flecha Carro	(6) Ramón y Fernández Oxea, 1950: 299, 300 fig. 10, fig. 22; Almagro Basch, 1966: 83-85, fig. 26, lám. 21
Las Mallas	Valencia de Alcantara I	Cáceres	Extremadura	-Partida- Escudo partido ¿en V? 2 espadas pistiliformes Carro	(10) Diéguez, 1964: 129, lám. 1; Almagro Basch, 1966: 110-111, fig. 36, lám. 31; Celestino, 2001: 334-335 fig. cat. 10
Las Mallas	Valencia de Alcantara II	Cáceres	Extremadura	-Partida- Escudo partido ¿en V? Espada Carro	(11) Diéguez, 1964: 129, lám. 2; Almagro Basch, 1966: 112-113, fig. 37, lám. 32
	Zarza del Montánchez	Cáceres	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada ¿pistiliforme? Guerrero lateral Casco Espejo Carro	(21) Almagro Gorbea y Sánchez Abal, 1978: 418-420, fig. 1, 423 lám. 1; Celestino, 2001: 347 fig. cat. 21
	Valdetorres II	Cáceres	Extremadura	-Partida y croquis 1902- Escudo Carro	(52) González Cordero y de Alvarado, 1989-90: 62, 60 fig. 1
	Logrosán II	Cáceres	Extremadura	-¿Estela del BF?- -Partida- Guerrero ¿Espejo? ¿Carro?	(24) Celestino, 2001: 351-352 fig. cat. 24

<i>Yacimiento</i>	<i>Municipio</i>	<i>Provincia</i>	<i>Región</i>	<i>Ajuar</i>	<i>Bibliografía</i>
La Baileja	Cabeza del Buey I	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada pistiliforme Guerrero debajo Casco Fíbula de codo Espejo Carro	(32) Ramón y Fernández Oxea, 1950: 298-299, 301 fig. 11, fig. 23; Almagro Basch, 1966: 69-71, fig. 21
	Cabeza del Buey II	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada en cinto Guerrero encima ¿Fíbula de codo? Espejo Peine Perro Carro	(85) Almagro Basch, 1966: 122-124, fig. 42, lám. 37
El Risco	Fuente de Cantos	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo Espada ¿transición pistiliforme-carpa? Guerrero central Casco de cuernos Fíbula de codo Espejo Peine Carro	(85) Almagro Basch, 1966: 122-124, fig. 42, lám. 37
Las Yuntas	Capilla III	Badajoz	Extremadura	Lanza Espada de carpa Guerrero-arquero central ¿Casco o peinado? ¿Navaja o espejo? ¿Peine? Arco y flecha ¿Lingote o Carcaj? ¿Puñal? ¿Carro sin ruedas según Vaquerizo?	(40) Enríquez Navascués y Celestino, 1984: 238, fig. 2b, lám. 1/2; Vaquerizo, 1985: 468-471, 481 fig. 2; Celestino, 2001: 374-375 fig. cat. 40; Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 16
Los Llanos, Zarza Capilla la nueva	Zarza Capilla I	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada en cinto Guerrero central ¿Fíbula o hacha? Espejo Arco con flecha ¿borrado? Lira Carro ¿5 ponderales?	(44) Enríquez Navascués, 1982: 66-67, fig. 2a-b; Bendala, 1986: 533-535
Los Llanos, Zarza Capilla la vieja	Zarza Capilla III	Badajoz	Extremadura	-Partida- ¿Punta de espada? ¿Pierna de guerrero? Espejo ¿Lingote o Lira? Carro + conductor 3 danzarines	(46) Celestino, 2001: 383-384 fig. cat. 46; Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 16
Monte Blanco, Cerro de San Amaro	Olivenza	Badajoz	Extremadura	-Partida- Lanza Escudo ¿en V? Espada en cinto ¿transición pistiliforme-carpa? Guerrero central Casco de cuernos Fíbula de codo Espejo Arco con flecha Carro ¿Anillo? ¿Círculo?	(65) Bueno y Piñón, 1985: 37-39, fig. 1; Celestino, 2001: 409-410 fig. cat. 64

<i>Yacimiento</i>	<i>Municipio</i>	<i>Provincia</i>	<i>Región</i>	<i>Ajuar</i>	<i>Bibliografía</i>
El Capoteç	Higuera la Real	Badajoz	Extremadura	-Partida-Espejo Lira Carro + conductor	(86) Berrocal, 1985: 30 y 1987: 195
Cuatro Pies, Las Reyertas	Cuatro Pies, Las Reyertas	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo en V Espada Fíbula de codo ¿Carro?	(50) Suárez y Ortiz, 1994: 54-55, fig. 1, fot. 1
El Tejadillo	Capilla VI	Badajoz	Extremadura	-Partida-Carro	(43) Celestino, 2001: 379 fig. cat. 42
Cerro de la Atalaya	Orellana de la Sierra	Badajoz	Extremadura	Lanza Escudo Espada en cinto Guerrero Casco de cuernos ¿Fíbula o pinza? Espejo Peine Carro	González Ledesma, e.p., fig. 1
Cortijo de Gamarrillas, Ateguá	Córdoba	Córdoba	Andalucía	Lanza Escudo Espada Guerrero central Casco Malla 2 pendientes Brazalete Fíbula ¿de codo? Espejo Peine Perro Carro + conductor Mujer con pendientes 2 perros 7 danzarines	(80) Bernier, 1968-69: 183, 182 fig. 1 y fot. 1; Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969: 119, lám. 14-15; Almagro Basch, 1970: 315; Celestino, 2001: 430-432 fig. cat. 80
	El Viso I	Córdoba	Andalucía	Lanza Escudo Espada de carpa Puñal Guerrero central-lateral Casco de cuernos 2 pendientes Fíbula Espejo Peine Arco con flecha Perro Carro	(54) Almagro Gorbea, 1977: 173, fig. 70/6, lám. 19/4
Las Mangladas	El Viso II	Córdoba	Andalucía	Lanza Escudo en V Espada en cinto Guerrero central ¿Casco? Espejo ¿Lira? en cinto Carro ¿5 ponderales?	(55) Bendala, Hurtado y Amores, 1979-80: 383, 385, 386 fig. 2, lám. 11; Iglesias Gil, 1980a: 254-256; Celestino, 2001: 396-397 fig. cat. 55
Hoyas de Abajo	El Viso III	Córdoba	Andalucía	2 escudos 2 espadas en cinto 2 guerreros ¿Mujer diademada o carro según Iglesias Gil?	(56) Bendala, Hurtado y Amores, 1979-80: 385-387, 384 fig. 3, lám. 12a-b; Iglesias Gil, 1980a: 254-256, 255 fot. 1

<i>Yacimiento</i>	<i>Municipio</i>	<i>Provincia</i>	<i>Región</i>	<i>Ajuar</i>	<i>Bibliografía</i>
La Solanilla	El Viso IV	Córdoba	Andalucía	Lanza Escudo en V Espada en cinto ¿pistiliforme? Guerrero central Espejo Carro Sirviente	(57) Bendala, Hurtado y Amores, 1980: 387-389, fig. 4, lám. 13-14a-b; Iglesias Gil, 1980b: 189-190, 194 fig. 1; Bueno et alii, 1984: 478-479 fig. 2
Alcorrucén	Pedro Abad	Córdoba	Andalucía	-Partida- Lanza Escudo Espada transición pistiliforme-carpa Guerrero central ¿Casco? Espejo Peine ¿Hacha de apéndices laterales o puñal? ¿Carro? + conductor	(81) Bendala, Rodríguez Termino y Núñez, 1994: 34, fig. 1, lám. 1-2; Celestino, 2001: 433-434 fig. cat. 81
río Guadalmez		Córdoba	Andalucía	-Partida- Lanza Escudo en V Guerrero central Casco de cuernos Fíbula de codo Espejo Peine Carro ¿Calcofón? Sirviente	(101) Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 9-12, fig. 1
Peña Escrita	Cerro Muriano II	Córdoba	Andalucía	-Croquis- Lanza Escudo en V externa Espada ¿pistiliforme? Guerrero central Casco de cuernos Carro	(104) Criado, 1996; Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 17-19 fig. 2/104
El Pilar Salado	Espejo Ia	Córdoba	Andalucía	-Croquis- Escudo Espada corta o puñal Guerrero central Casco de cuernos Espejo ¿Carro o calcofón?	(105a) Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 20-23 fig. 3/105a
El Pilar Salado	Espejo Ic	Córdoba	Andalucía	-Croquis- ¿Escudo? Espada corta o puñal Guerrero central ¿Casco? Malla Carro	(105c) Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005: 24, 22 fig. 3/105c
Haza de Villaos, Cortijo de Cuatro Casas	Carmona	Sevilla	Andalucía	Escudo Espada ¿de carpa? Guerrero central Arco con flecha Carro + conductor	(70) Fernández Chicarro, 1961: 163-164, fig. 1 y 1962: 73-74, fig. 11-12; Almagro Basch, 1966: 102-104, fig. 33, lám. 28

<i>Yacimiento</i>	<i>Municipio</i>	<i>Provincia</i>	<i>Región</i>	<i>Ajuar</i>	<i>Bibliografía</i>
Arroyo de El Berraco, Cortijo El Berraco	Ecija V	Sevilla	Andalucía	Lanza Escudo Espada transición pistiliforme-carpa Guerrero central Casco de cuernos Peine Perro Carro	(78) Padilla y Valderrama, 1994: 283-285, 290 fig. 3
Montemolín	Marchena	Sevilla	Andalucía	Guerrero-arquero central Espejo Peine Arco y flecha ¿Carro según Chaves y de la Bandera?	(79) Chaves y de la Bandera, 1982: 137-138, fig. 1-3

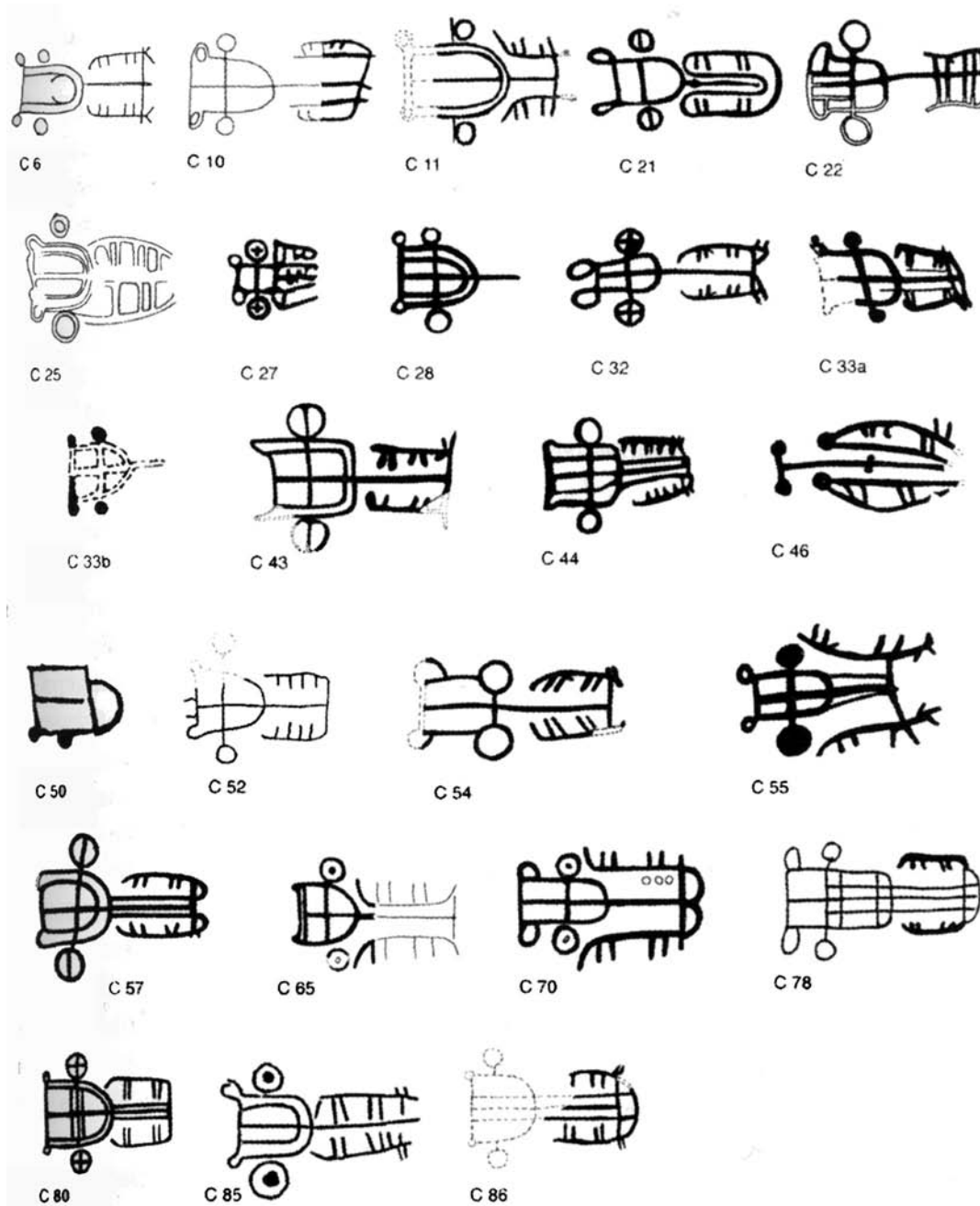


Figura 2
Carros representados en las estelas del Suroeste (Harrison, 2004: 147, fig. 7.16).

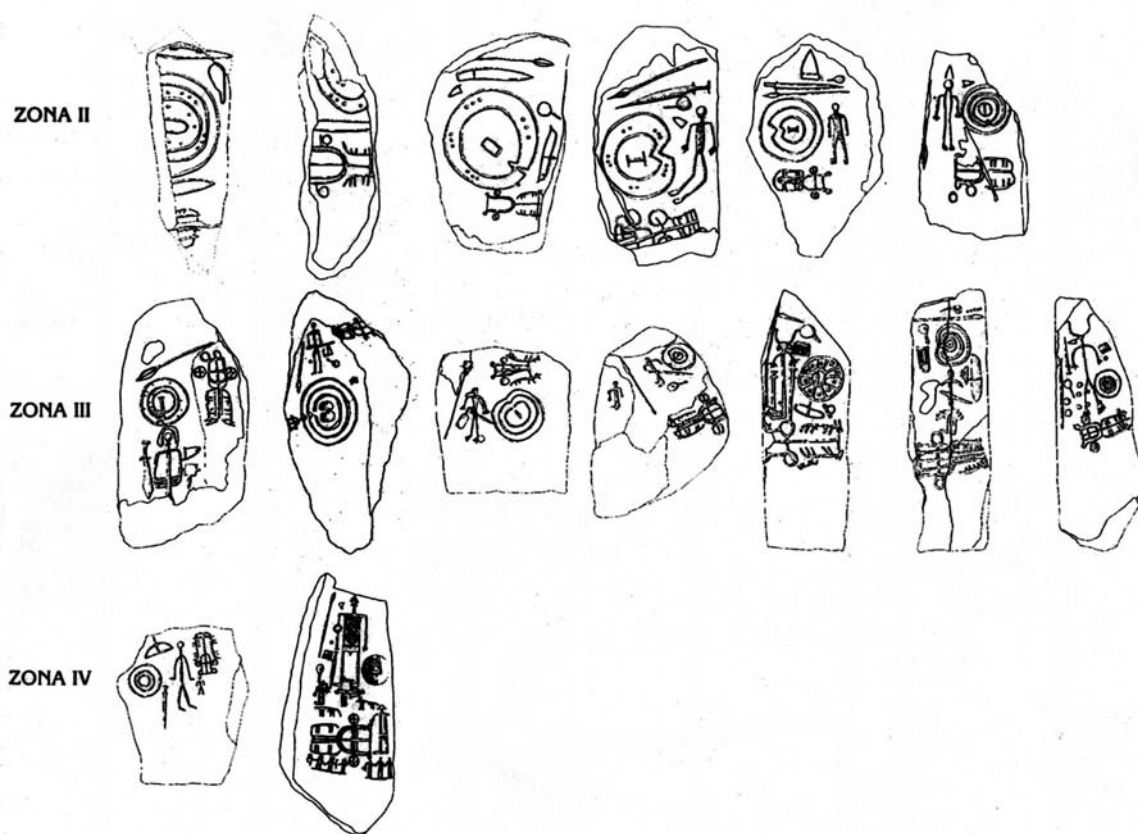


Figura 3
Estelas con representaciones de carros de las zonas geográficas II, del valle medio del Tajo, III, del valle medio del Guadiana y Zújar, y IV, del valle del Guadalquivir (Celestino, 1993: 219, fig. 55).

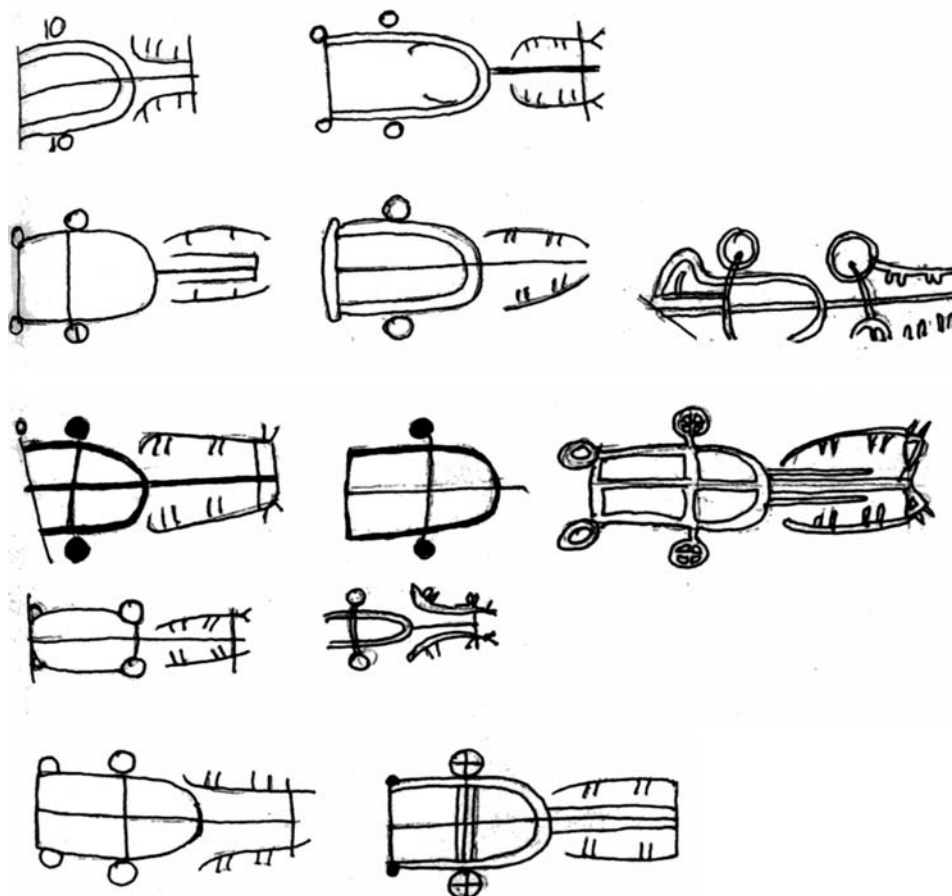


Figura 4
Carros representados en las zonas geográficas II, III y IV (Celestino, 1993: 215, fig. 54).

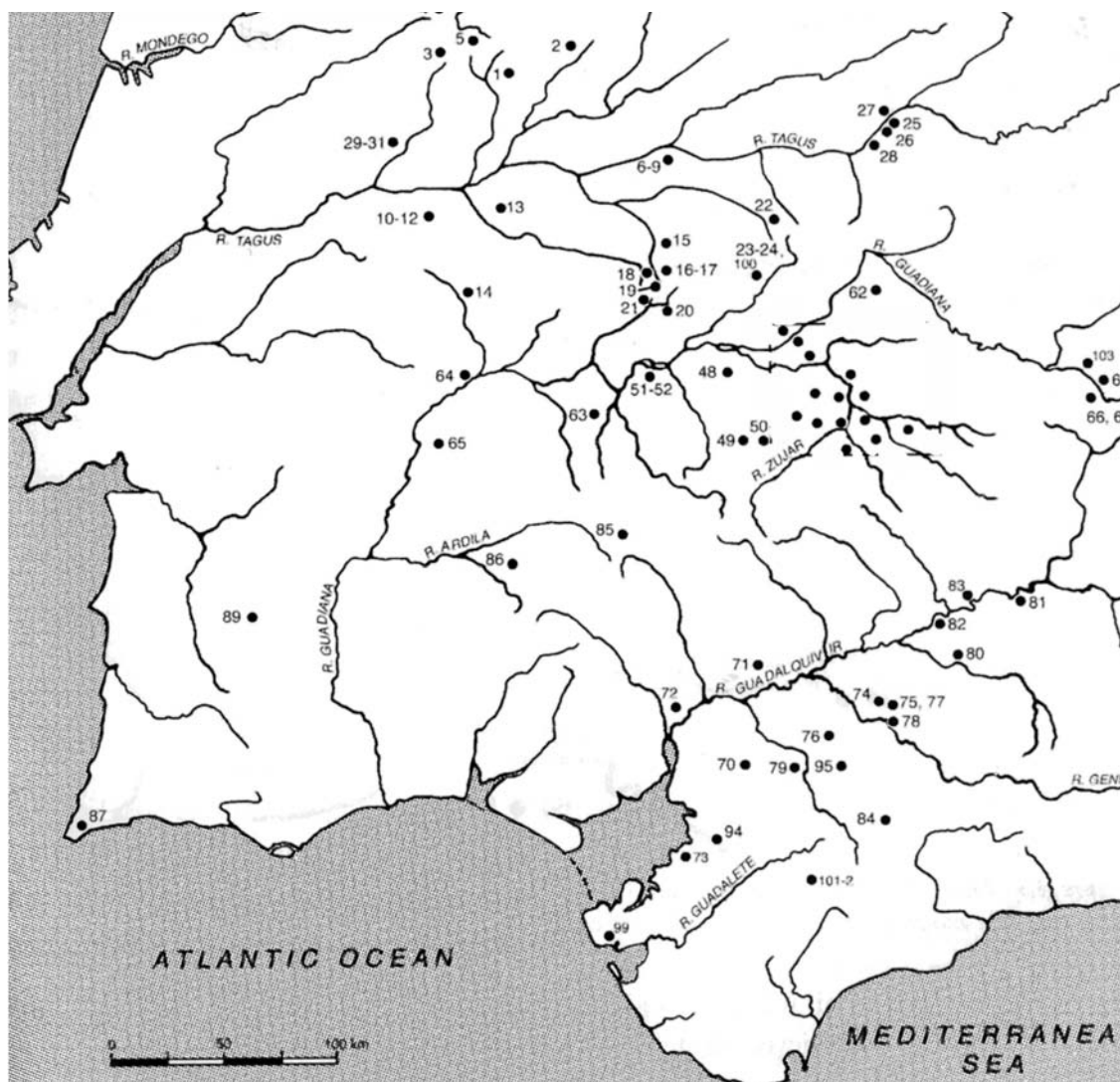


Figura 5
Distribución de las estelas del Suroeste (Harrison, 2004: 39, fig. 4.2).

en la actualidad el 24.5 % con 26 ejemplares. Por el contrario, la zona II, del valle medio del Tajo, de donde proceden los primeros hallazgos como Solana de Cabañas, que llevó a definirlas inicialmente como estelas extremeñas, va perdiendo progresivamente importancia, pasando del 40 %, con 12 ejemplos, al 22 % de la actualidad, con 24 ejemplares. Otro tanto puede apreciarse en la zona I que ocupa la Sierra de Gata, al Norte del río Tajo descendiendo del 16.5 % a sólo un 8 % con 9 ejemplares (Murillo *et alii*, 2005: 40 tabla 1) (figura 5-6).

DIVISIÓN CRONOLÓGICA DE LAS ESTELAS CON CARROS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Sin entrar aquí a desarrollar una periodización cronológica de las estelas, que exige un trabajo específico, podemos diferenciar cuatro principales categorías donde existe la presencia de carros y en los que podemos incluir la mayor parte de sus representaciones, que en orden cronológico, desde nuestro punto de vista, serían: 1) Estelas

con escudo en V y guerrero en posición lateral o inferior (figura 7); 2) Estelas con escudo en V, guerrero con espada al cinto, y pérdida de parte del valor simbólico de la

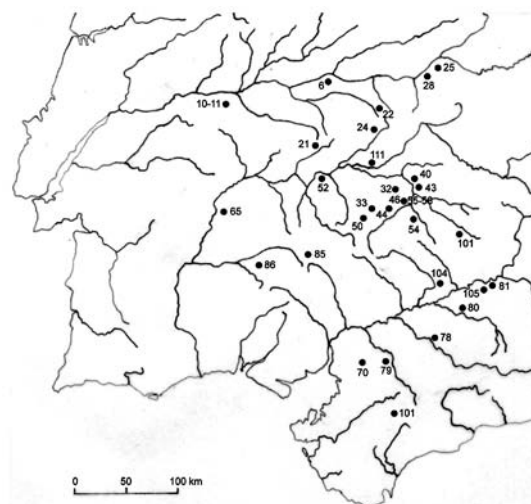


Figura 6
Distribución de los carros en las estelas del Suroeste.

Figura 7

Estelas con escudo en V y guerrero en posición lateral o inferior.

(II) Las Herencias I, Toledo	(II) Solana de Cabañas, Cáceres	(II) Zarza del Montánchez, Cáceres	(III) Cabeza del Buey I, Badajoz
-Partida-	Lanza ¿británica?	Lanza	Lanza
Lanza	Escudo en V	Escudo en V	Escudo en V
Escudo en V	Espada	Espada	Espada
Guerrero lateral	pistiliforme	¿pistiliforme?	pistiliforme
Casco	Guerrero lateral	Guerrero lateral	Guerrero debajo
Fíbula de codo	Casco	Casco	Casco
Carro	Espejo	Espejo	Fíbula de codo
	Carro	Carro	Espejo
			Carro

Figura 8

Estelas con escudo en V, guerrero con espada al cinto, y pérdida de parte del valor simbólico de la espada.

(III) Cabeza del Buey II, Badajoz	(III) Zarza Capilla I, Badajoz	(III) El Viso II, Córdoba	(III) El Viso IV, Córdoba
Lanza	Lanza	Lanza	Lanza
Escudo en V	Escudo en V	Escudo en V	Escudo en V
Espada en cinto	Espada en cinto	Espada en cinto	Espada en cinto
Guerrero encima	Guerrero encima	Guerrero central	¿pistiliforme?
¿Fíbula de codo?	¿Fíbula de codo?	¿Casco?	Guerrero central
Espejo	Espejo	Espejo	Espejo
Peine	Peine	¿Lira? en cinto	Carro
Perro	Perro	Carro	Sirviente
Carro	Carro	¿5 ponderales?	

espada (figura 8); 3) Estelas con escudo en V, guerrero central con espada en cinto, y casco de cuernos (figura 9) y (figura 4) Estelas con escudo sin V, guerrero en posición central y carro con conductor (figura 10).

En los tres primeros grupos, el elemento cronológico más preciso es la presencia de escudos con escotaduras en V, mientras la espada va perdiendo parte de su importancia ritual, al incorporarse al cinto. En contraposición, el carro que figura casi desde los comienzos, después de la categoría más antigua, las estelas con lanza, escudo en

V y espada, va ganando protagonismo especialmente en un momento avanzado, cuando coexisten los escudos sin escotadura en V, guerrero en posición central y carro con conductor.

Una lectura diacrónica de las estelas, desde un punto de vista cronológico, ha sido propuesta también por otros investigadores (Pingel, 1974 y 1993: 211-218, 1-3; Almagro Gorbea, 1977a: 163-174; Gomes y Monteiro, 1977: 183-188, fig. 6; Portela y Jiménez Rodrigo, 1996: 39-41; Celestino, 2001a: 91-97; Harrison, 2004: 86-104), seriaciones puestas en duda por Murillo (1994a: 23-24; Murillo *et alii*, 2005: 39).

Una opción alternativa sería considerar la sincronía cronológica de todas las estelas. Bajo esta premisa, recientemente se ha realizado una lectura social a partir de la relevancia del carro (Alarcão, 2001: 326, 330), atribuyendo todas las estelas de carros a príncipes y las estelas que carecen de ellas a sus vasallos durante el periodo orientalizante, *ca.* 800-600 a.C. En su delimitación de cinco principados, se produce la paradoja de que en algún caso como el que denomina de *Cabeza de Buey*, sólo existe una estela con carro, pero en el principado de *Zarza de Montánchez* hay tantas estelas principescas, 3, que estelas de vasallos, otras 3, mientras en el denominado principado de *El Viso*, hay 5 estelas principescas con carro por 9 estelas de vasallos y 3 diademas con mujeres de los vasallos o «vasallas autónomas» (Alarcão, 2001: 326-329, fig. 11-12). A estos añade el principado de *Torrejón El Rubio*, con una estela principesca, una estela diademaza, ahora la «mujer» del príncipe, y dos estelas de vasallos, o el principado de *Solana de Cabañas*, territorio que sólo presenta un príncipe y un vasallo (Alarcão, 2001: 326).

Esta propuesta pone en evidencia la importancia de una lectura sincrónica o diacrónica de las estelas. Asumiendo que en el denominado principado de *El Viso* hay 5 estelas con carro, implicaría 5 generaciones que suman 125 años que se aproxima a esa banda cronológica de dos siglos, 800-600 a.C., que propone Alarcão (2001:

Figura 9

Estelas con escudo sin V, guerrero en posición central y casco de cuernos.

(II) Aldeanuela de San Bartolomé, Toledo	Fuente de Cantos, Badajoz	(III) El Viso I, Córdoba	(IV) Écija V, Sevilla	(III) Orellana de la Sierra, Badajoz	(IV) Espejo, Córdoba
Lanza	Lanza	Lanza	Lanza	Lanza	-Croquis-
Escudo	Escudo	Escudo	Escudo	Escudo	Escudo
Espada	Espada ¿transición pistiliforme-carpa?	Espada de carpa	Espada pistiliforme	Espada en cinto	Espada corta o puñal
Guerrero central	Guerrero central	Puñal	Guerrero central	Guerrero	Guerrero central
Casco de cuernos	Casco de cuernos	Guerrero central-lateral	Casco de cuernos	Casco de cuernos	Casco de cuernos
¿Fíbula o lingote?	Casco de cuernos	Casco de cuernos	Peine	¿Fíbula o pinza?	Espejo
Carro	Fíbula de codo	2 pendientes	Perro	Espejo	¿Carro o calcofón?
	Espejo	Fíbula	Carro	Peine	
	Peine	Espejo		Carro	
	Carro	Peine			
		Arco con flecha			
		Perro			
		Carro			

Figura 10

Estelas con escudo sin V, guerrero en posición central y carro con conductor.

(III) Zarza Capilla III, Badajoz	Capote, Badajoz	(IV) Ategua, Córdoba	(IV) Pedro Abad, Córdoba	(IV) Carmona, Sevilla
-Partida- ¿Punta de espada? ¿Pierna de guerrero? Espejo ¿Lingote o Lira? Carro + conductor 3 danzarines	-Partida- Espejo Lira Carro + conductor	Lanza Escudo Espada Guerrero central Casco Malla 2 pendientes Brazaletes Fíbula ¿de codo? Espejo Peine Perro Carro + conductor Mujer con pendientes 2 perros 7 danzantes	-Partida- Lanza Escudo Espada transición pistiliforme-carpa Guerrero central ¿Casco? Espejo Peine ¿Hacha de apéndices laterales o puñal? ¿Carro? + conductor	Escudo Espada ¿de carpa? Guerrero central Arco con flecha Carro + conductor

325) para la existencia de este fenómeno de las estelas del Suroeste.

Por otra parte, al asumir esta sincronía, si desglosamos el denominado principado de *Zarza de Montánchez* (Alarcão, 2001: 329, fig. 12), aparte de la estela de dicho nombre con guerrero y carro, las 4 estelas de sus vasallos serían las estelas de cronología aparentemente más antigua según los autores que defienden una lectura diacrónica, las estelas con lanza, escudo en V y espada, mientras la quinta estela de vasallo, la de Santa Ana, Trujillo, sería una estela aún sin guerrero o carro, con la única incorporación de un casco al conjunto formado por la lanza, escudo y espada, que también parece más antigua que la estela «princesca» con guerrero y carro de Zarza de Montánchez.

TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN DE LOS CARROS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

En general, las propuestas sobre el origen de los carros de la Península Ibérica han oscilado por dos posibles rutas, una continental centroeuropea y otra marítima mediterránea. La corriente centroeuropea se ha vinculado con el Bronce Final atlántico (Barceló, 1989: 192; Pellicer, 1989: 173 n. 67), los campos de urnas (Almagro Basch, 1966: 189; Sevillano, 1976: 267), indoeuropeos preceltas llegados a fines del siglo XII a.C. –tránsito Bronce Final I-II– (Curado, 1984: 81), campos de urnas de ilirios de Hallstatt B –Bronce Final IIIA-IIIB– (Pittioni, 1948-49: 145; Joya, 1998: 88), campos de urnas tardíos del Bronce Final IIIB del Este de Francia (Fernández Castro, 1988: 524, 534), posthallstattico indoeuropeo (Fernández Chicharro, 1961: 165), invasión celta de cempsos, cimbrios, ambrones y germanos (Bosch Gimpera, 1922: 49-50 y 1954: 84, 87) o celtas genéricamente (Judice Gamito, 1989: 148).

La corriente del Mediterráneo Oriental se ha considerado del Heládico Final (Harrison, 2004: 148), Geométrico

de tradición micénica (Fernández-Miranda y Olmos, 1986: 133; Celestino, 1993: 317-321 y 2001a: 228, 230), Geométrico ático (Bendala, 1977: 200 y 1979: 33; Becares, 1994: 201; Quesada, 1994: 183), Geométrico ático con intermediación chipriota (Muzzolini, 1988: 365-366, 384), orientalizante egeo (Pacheco *et alii*, 1998: 10), Geométrico frigio o chipriota (Powell, 1976: 168), neohitita traído por los fenicios (Blázquez, 1975: 372, 1985-86: 486, 1986: 194, 1999: 54 y 2002: 48), Chipre, Anatolia o SE. del Egeo traído por los fenicios (Gomes, 1990: 74), traído por los fenicios (González de Canales, 2004: 107), Grecia y Creta, traído por los fenicios a partir de la fundación de Gadir el 1100 a.C. (Cuadrado, 1955: 118, 131-132), greco-chipriota difundida por los fenicios (Piggott, 1983: 132), orientalizante chipriota (Iglesias Gil, 1980b: 192), de Siria, Chipre, Grecia o Etruria (Celestino, 1985: 51), del Mediterráneo Oriental (Burgess, 1991: 40), o de Grecia traído por los griegos (Pericot, 1951: 88).

Una opción mixta es la que apuntan Blázquez (1975: 372-373) y Almagro Gorbea (1977a: 194), a partir de toda la iconografía de las estelas, al considerar que interaccúa una corriente de los Campos de Urnas centroeuropeos a través del Bronce Final Atlántico en espadas y cascos, y otra del Mediterráneo Oriental con escudos en V, fíbulas, espejos, peines y carros, siendo algunos objetos como la lira de la estela de Luna resultado del contacto con los fenicios en el siglo VIII a.C. (Almagro Gorbea, 1983a: 451). Una propuesta alternativa es la de Gomes y Monteiro (1977: 194, 196) que identifican una primera influencia centroeuropea terrestre de los campos de urnas, tras haber penetrado por Navarra y Álava, en el grupo inicial formado por lanza-escudo-espada, a la que se incorporarían después elementos mediterráneos como el espejo-peine y fíbula, traídos por los fenicios. Finalmente, hasta tres áreas de influencia sobre las estelas del Suroeste son las propuestas por Coffyn (1985:

211), una atlántica con espadas pistiliformes y de carpa, puntas de lanza y cascos de cresta, una segunda continental con cascos de cuernos liriformes y una tercera mediterránea con carros, espejos, peines y fíbulas.

CRONOLOGÍA DE LAS REPRESENTACIONES DE CARROS

Las marcadas diferencias que han existido en la interpretación de la cronología del Bronce Final de la Península Ibérica (figura 11) se refleja en los escasos autores que consideran que las estelas del Suroeste corresponden a dicho periodo, incluyéndolas inicialmente cuando sólo se conocía la estela de Solana de Cabañas en el Calcolítico Final-Bronce (Breuil, 1917: 82, 86, 1933: 65 y 1935: 138, 148) o en la Edad del Bronce (Cabré, 1923 y 1924: 90).

Con la definición del Bronce Atlántico, se incluirán en su fase II o Bronce IV de espadas pistiliformes, 900-650 a.C. (Martínez Santa-Olalla, 1946: 67, 138 lám. 29), Bronce Final I-III 1250/1225-850/800 y Fenicios

850/800-750/700 a.C. (Harrison, 2004: 14, 84, 201, 298), 1125-800 a.C. (Curado, 1984: 85 y 1986: 106), Bronce Final II 1050-900 a.C. y Bronce Final III 900-750 a.C. (Barceló, 1989: 192, 203), Bronce Final II 1000-900 y Bronce Final III 900-800 a.C. (Burgess, 1991: 39-40), Bronce Final III 700-500 a.C. (Savory, 1968: 232, 234) o genéricamente de finales del Bronce Final (Fernández Oxea, 1950: 311; Galán, 1993: 18).

El descubrimiento de las cerámicas micénicas de Montoro (Córdoba) (Martín de la Cruz, 1987, 1988 y 1990), favoreció la propuesta de un tipo de carro ligero micénico, cuyo origen se remontaría al siglo XIV a.C., con caja semicircular, asideros traseros, ruedas de cuatro radios y eje en el centro la caja, cuya tradición y uso continuaría en alguno de los Pueblos del Mar hasta pervivir durante el Geométrico griego, *ca.* 900-700 a.C. En este momento aparecerían en la Península Ibérica (Celestino, 1993: 320-321 y 2001a: 228, 230; Quesada, 1994: 182; Bendala, 2000: 72), con seguridad durante el Geométrico Final IA, desde *ca.* 760 a.C., al menos para los más

Figura 11

Cronología de Grecia, Chipre y la Península Ibérica. Protogeom.: Protogeométrico. Dataciones de Grecia según Manning y Weninger (1992: 648) y Manning (1995: 217), la primera columna y Warren y Hankey (1989: 168-169) la segunda, ambas para el Heládico Final y Submicénico. Protogeométrico y Geométrico Inicial según Mederos (2005a: 329, tabla 13). Chipre según Merrilles (1992: 51) para el Chipriota Final I-II, Cook (1988: 15-16) para el Chipriota Final III y Karageorghis (1981: 7 y 2002: 6) para el Geométrico Chipriota. Península Ibérica según Mederos (1995: 86 y 1996: 98). Excepto en Chipre y Warren y Hankey en Grecia, dataciones absolutas calibradas.

	<i>Grecia</i>		<i>Chipre</i>		<i>Península Ibérica</i>	
<i>Heládico Final I</i>	1680-1600/1580	1600-1510/05	Chipriota Final IA	1650-1550	Bronce Final IA	1625-1525
<i>Heládico Final IIA</i>	1600/1580-1520/1480	1510/05-1440	Chipriota Final IB	1550-1450	Bronce Final IB	1525
<i>Heládico Final IIB</i>	1520/1480-1445/15	1440-+1390	Chipriota Final IIA	1450-1375		-1425
<i>Heládico Final IIIA1</i>	1445/15-	+1390-1370/60	Chipriota Final IIB	1375-	Bronce Final IC	1425-
<i>Heládico Final IIIA2</i>	-1320	1370/60-1340/30		-1300		-1325
<i>Heládico Final IIIB</i>	1320-1225	1340/30-1185/80	Chipriota Final IIC	1300-1200/1190	Bronce Final IIA/Campos de Urnas I	1325/1300-1225
<i>Heládico Final IIIC1</i>	1225-	1185/80-1150/40	Chipriota Final IIIA1 Chipriota Final IIIA2	1190-1175 1175-1150	Bronce Final IIB	1225-1150
<i>Heládico Final IIIC2</i>		1150/40-¿1100/090?	Chipriota Final IIIB1	1150-1100	Bronce Final IIC Hío-Baiões	1150-
<i>Heládico Final IIIC3</i>	-1125	1100/1090-1065	Chipriota Final IIIB2	1100-1050		-1050
<i>protogeom-submicénico</i> <i>Protogeom. Inicial</i> <i>Protogeom. Medio</i> <i>Protogeom. Final</i>	1125-antes 995	1065-1015 1025-1000 1000-975 975-925	Chipriota Final IIIC- Geométrico Chipriota I	1050-950	Bronce Final IIIA Huelva	1050-950/925
<i>Geométrico Inicial I</i> <i>Inicial II</i>		925-900 900-875	Geométrico Chipriota II	950-900	Bronce Final IIIB Venat-Hierro I	950/925-875

tardíos, Ategua y Zarza Capilla III, que se consideran de fines del siglo VIII a.C. (Celestino, 1993: 323 y 2001a: 229, 231).

Estos autores se integran dentro de una corriente que propone una etapa que abarca desde el Bronce Final III al Hierro I Orientalizante tartésico y fenicio, con diferentes propuestas, 1100-600 a.C. (Joya, 1998: 85; Ferrer, 1999: 69-70), 1100-... (Vilaça, 1995: 403), 1000-650 a.C. (Morena y Muñoz, 1990: 15), 1000-600 a.C. (Vaquerizo, 1989: 32; Portela y Jiménez Rodrigo, 1996: 41; Izquierdo y López Jurado, 1998: 178), 1000/900-600 a.C. (Fernández-Miranda y Olmos, 1986: 133; Fernández-Miranda, 1986: 467), 925-700 a.C. (Gomes y Monteiro, 1977: 194, 196-197), 925-650 a.C. (Almagro Gorgea, 1977a: 190-191; Coffyn, 1985: 211; Bécares, 1994: 201; González Ledesma, e.p.), 925-600 a.C. (Bendala, 1985: 603), 900-... a.C. (van Berg-Osterrieth, 1972: 109), 900-800 a.C. (Villaseca, 1993: 221), 900-700 a.C. (Fernández Castro, 1988: 308, 534; Quesada, 1994: 183; Celestino y López Ruiz, 2004: 101), 900-650 a.C. (Bendala, 1983: 141), 900-600 a.C. (Quesada, 2005b: 47) aunque en la actualidad considera que el origen de las estelas se remota al siglo XI a.C. (Bendala com. pers.), 900-600 a.C. (Bendala, 1979: 34; Celestino, 1985: 53-54), planteando que el carro aparece en el siglo VIII a.C. (Celestino, 1985: 53-54), dentro de una nueva concepción del ritual funerario (Celestino, 2001a: 231-232), momento en que también aparece la figura humana en las estelas tras el primer contacto con lo fenicios (Celestino y López Ruiz, 2006: 4, 11), o de forma genérica durante la transición del Bronce Final a los inicios de la Edad del Hierro (Anati, 1960: 62).

La presencia de carros depositados como ajuar en enterramientos de época orientalizante en Occidente ha favorecido una tercera corriente que propone su asignación a la Edad del Hierro Inicial en Italia a partir de la fase IIB1 del Cementerio de Veii, tumba EE10B de Quattro Fontanili (Camerin, 1998: 673). En la Cerdeña nurágica se menciona un modelo de carro, quizás de dos ruedas, en Santa Vittoria di Serri (Taramelli, 1922: 311, 317), fechado en el siglo IX-VII a.C. (Tanda, 1987: 63, lám. 1/1-7), VIII-VII a.C. (Lilliu, 1966: n° 353, 230, 460-461, fig. 463) o VII-VII a.C. (Woytowitsch, 1978: n° 177, 76-77, lám. 34). Para la Península Ibérica, el principal referente ha sido el carro con dos ruedas de la sepultura 17 de La Joya en Huelva (Garrido y Orta, 1978: 66-90, lám. 49-60).

Esta importante corriente que asigna los carros de las estelas decoradas a la Edad del Hierro puede desglosarse entre el 900-500 a.C., fechando los carros hacia el 750-700 a.C. (Pellicer, 1989: 172-173), 850-750 a.C. (Enríquez Navascués, 1982: 67), 825-600 a.C. (Alarcão, 2001: 325), 825/750-550 a.C. (Pingel, 1974: 2), 825-500 a.C.

(Pericot, 1951: 88), 800 a.C. o algo antes (Quesada, 1997: 161), 800 a.C. (Ongil, 1983: 9), 800-700 a.C. (Hernando Grande, 1976: 134; Sevillano, 1976: 267; Schauer, 1983: 194; Bueno y Piñón, 1985: 43; Moreno Arrastio, 1995: 283), 800-675 a.C. (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969: 161), 800-600 a.C. (Powell, 1976: 169; Iglesias Gil, 1980a: 256 y 1980b: 193; Muzzolini, 1988: 366; Judice Gamito, 1988: 105 y 1989: 148; Pingel, 1993: 231), 750-550 a.C. (Celestino, Enríquez y Rodríguez Díaz, 1992: 326, fig. 9), 725-675 a.C. (Piggott, 1979: 14), 725-600 a.C. (Piggott, 1983: 131), 700-600 a.C. (Bosch Gimpera, 1954: 84; Piggott, 1968: 295; Fatas, 1975: 166-169), 700-... a.C. (Fernández Chicarro, 1961: 165), 700-500 a.C. (Almagro Basch, 1970: 323), 800-400 a.C. (Almagro Basch, 1962a: 294 y 1966: 207-208), con prolongación hasta el 300 a.C. al identificar una posible falcata (Almagro Basch, 1974: 16), 600-400 a.C. (Cuadrado, 1955: 118) o 600-300 a.C. (MacWhite, 1947: 164-165 y 1951: 105).

ELEMENTOS ICONOGRÁFICOS QUE DEFINEN LOS CARROS

El principal problema a la hora de comparar las representaciones de la Península Ibérica con las del Mediterráneo Oriental es que nos encontramos con una representación en perspectiva abatida o aérea, frente a la perspectiva en alzado lateral que ofrece la iconografía griega, chipriota, ugarítica o asiria. La perspectiva abatida enfatiza dos elementos que desde un alzado lateral quedarían relativamente ocultos, la existencia de un tiro de dos caballos y el tratarse de un carro militar de dos ruedas y no de cuatro, los dos elementos que más prestigio social otorgaban al guerrero representado en la estela.

EL TIRO

Salvo la inicial identificación de un solo animal en Solana de Cabañas (Cabré, 1924: 76), prácticamente se acepta de forma unánime la representación de dos caballos, salvo una identificación de bueyes dentro de su interpretación de un carro de cuatro ruedas en Carmona y Brozas (Fernández-Chicarro, 1961: 163-164), enfatizándose la ausencia de cuernos si se tratase de bueyes y el dibujo de las orejas puntiagudas de los caballos en Torrejón el Rubio I, Cabeza del Buey I y II, Zarza Capilla y Las Herencias (Celestino, 1985: 48). Aunque la representación de las orejas es tan esquemática que también podría plantearse que se trata de dos cuernos, estos suelen representarse de forma más arqueada y separados, y sugiere que se trata de caballos. Por otra parte, algún ejemplo de bueyes con cuernos se observan en los carros de Cemmo en Valcamónica (van Berg-Osterrieth, 1972: 32) y así nunca son representados en la Península Ibérica (figura 12-13).



Figura 12
Estela del Cortijo de Cuatro Casas (Carmona, Sevilla). Museo Arqueológico de Sevilla.



Figura 13
Caballos con orejas indicadas en El Viso II (Córdoba) (Harrison, 2004: 147, fig. 7.16/55).

En el Egeo dominan estas bigas o *bigae* con dos caballos, aunque no faltan representaciones con sólo uno, quizás como simplificación, y a partir del Geométrico Final conocemos trigas con tres caballos (Crouwel, 1992), mientras la cuádriga apareció en Asiria en el siglo IX-VIII a.C. (Littauer y Crouwel, 1979: 113). Cabe pues asumir

la existencia de bigas (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969: 161; Powell, 1976: 165; Quesada, 1994: 180) con dos caballos para las representaciones de las estelas del Suroeste de la Península Ibérica.

LAS RUEDAS

La rueda, denominada en Lineal B *a-mo*, en plural, *a-mo-ta*, significaba carro en los poemas homéricos. Se hacían preferentemente con madera de olmo, y a veces con madera de sauce y de ciprés. Las ruedas llevaban llantas o *termides*, que los egipcios hacían de piel. En la serie Sd de Cnoso se describen «dos carros taraceados de marfil, provistos de ruedas, con pieles rojas dotadas de riendas, con anteojeras de cuero y pasarriendas de cuerna» (Ruipérez y Melená, 1990: 200-201).

Los primeros carros de guerra con ruedas de 8 a 12 radios, que permitían reducir el grosor de la llanta, aparecen *ca.* 2150-1850 a.C., junto con los caballos de sus tiros, en enterramientos en kurganes de la cultura de Sintashta-Petrovka, que antecede a la cultura de Andronovo, al Este de los Montes Urales en la cabecera del río Ural (Anthony y Vinogradov, 1995: 38-39; Anthony, 1995: 561-562), entre Rusia (Sintashta) y Kazajistán (Petrovka), nuevo sistema de combate que penetró en el Próximo Oriente probablemente atravesando la región caucásica (figura 14).

Su presencia en el Próximo Oriente está casi inmediatamente constatada en la fase II del *Karum Kanesh* en Anatolia, *ca.* 1950-1800 a.C., donde ya existen carros de dos ruedas con 4 radios en impresiones de sellos (Littauer y Crouwel, 1979: 29; Moorey, 1986: 202, 4).

Los carros con ruedas de cuatro radios aparecen en Egipto durante la XVI Dinastía con los Hicsos, *ca.* 1555-1550 a.C., al figurar ruedas de cuatro radios en una miniatura del ajuar funerario del faraón Kamose-*Wadjkheperre* (Petrie, 1904: 12, 7). Un carro con ruedas de 6 radios aparece ya al comienzo de la XVIII Dinastía en una representación del faraón Amenofis I-*Djeserkare* (1515-1494

Figura 14
Cronología de los primeros carros con ruedas de radios en la cultura de Sintashta-Petrovka, a partir de Anthony (1995: 561 n. 2). H=Hueso. Calib v. 4.2 según Stuiver *et alii* (1998).

Yacimiento	País	B.P.	±	B.C.	máx. CAL	CAL B.C.	mín. CAL	nº lab. & material
Krivoe Ozero, Kurgan 9, sep. 1, cráneo 1b	Rusia	3740	50	1790	2292	2141	1979	AA-9874a/H
Krivoe Ozero, Kurgan 9, sep. 1, cráneo 1a	Rusia	3580	50	1630	2114	1920	1769	AA-9874a/H
Krivoe Ozero, Kurgan 9, sep. 1, cráneo 2a	Rusia	3700	60	1750	2284	2129 2082 2043	1918	AA-9875a/H
Krivoe Ozero, Kurgan 9, sep. 1, cráneo 2b	Rusia	3525	50	1575	2011	1880 1838 1830	1693	AA-9875b/H

a.C.), mientras que la primera representación de un carro con ruedas de 4 radios es en la tumba 21 de Tebas (Davies, 1913: lám. 21), durante el reinado de Tutmosis I-*Akheperhare* (1494-1482 a.C.).

El carro con ruedas de 4 radios fue predominante en Egipto a lo largo del siglo XV a.C., bajo los reinados de Hatshepsut-*Ma'atkare* (1479-1457 a.C.), Tutmosis III-*Menkheperre* (1479-1425) y Amenofis II-*Akheprure* x (1427-1401 a.C.) (Powell, 1963: 155), aunque ya durante este último faraón, en la tumba de Ken-Amun, se observa un carro con ruedas de 6 radios (Davies, 1930: lám. 22). Es probable, como apunta Hoffmeier (1976: 44), que las 17 campañas que Amenofis II realizó en el Levante obligaron a introducir modificaciones técnicas en los carros egipcios, reforzando las ruedas, quizás por incorporar a un segundo guerrero junto al conductor.

El faraón Tutmosis IV-*Menkheprure* (1401-1391 a.C.) dispone de una representación de un carro funerario con ruedas de 8 radios (Carter y Newberry, 1904: 24-25, lám. 10-11), aunque durante su reinado se siguen fabricando ruedas de 4 radios como refleja la escena de un taller en la tumba de Hepu (Davies, 1962b: lám. 8). También existe una representación de Amenofis IV-*Neferkheprure wa'enre* en un carro con 8 radios (Hoffmeier, 1976: 43-44). No obstante, desde el siglo XIV a.C. predominó el carro con ruedas de 6 radios en los reinados de Amenofis III-*Nebma'atre* (1391-1353 a.C.) (Davies *et alii*, 1907: 35-36, lám. 1 y 32), Tut'ankamon-*Nebkheprure* (1336-1327 a.C.) (Davies, 1962b: lám. 1-4; Littauer y Crouwel, 1985: 4 1-2, lám. 37), Sethi I-*Menma'atre* (1294-1279 a.C.) (Wreszinski, 1914/2: lám. 61), Ramsés II-*Userma'atre'setepenre* (1279-1213 a.C.) (Wreszinski, 1914/2: lám. 109) y Ramsés III-*Userma'atre'meryamun* (1184-1153 a.C.) (Wreszinski, 1914/2: lám. 114b). Sólo a partir de Tut'ankamon, en la segunda mitad del siglo XIV a.C., conocemos representaciones de un segundo guerrero junto al conductor del carro, con las primeras representaciones egipcias de escenas de batalla con carros (Davies, 1962b: lám. 1, 3) (figura 15).

Los carros sirios y ugaríticos son también de 4 radios inicialmente, como el carro sirio al que persigue

Tutmosis IV (1401-1391 a.C.) (Carter y Newberry, 1904: 24-25, lám. 10-11) o la pátera de oro de Ugarit que representa un carro con ruedas de 4 radios transportando a un arquero cazando (Schaeffer, 1949: lám. 7; Caubet, 1990: 83 3). Tres cráteras micénicas procedentes de Ugarit también muestran ruedas de 4 radios (Amadasi Guzzo, 1965: fig. 12/1-3) (figura 16).

En Chipre la situación refleja la interacción de influencias egeas y orientales. Carros con ruedas de 4 radios están presentes en una crátera micénica del Museo de Nicosia (Vandenabeele, 1977: lám. 21/1), pero también aparece excepcionalmente un carro con ruedas de 6 radios, acompañado por un carro con ruedas de 4 radios, en otra crátera micénica de Pyla Verghi (Vandenabeele, 1977: 98, lám. 21/4), atípico al patrón micénico, por probable influencia hitita o egipcia.

En este sentido, los carros hititas que comienzan a aparecer durante el siglo XIII a.C., en relieves de Sethi I (1294-1279 a.C.) y en la batalla de Qadesh contra Ramsés II *ca.* 1274 a.C. (Wreszinski, 1914/2: lám. 101-109), presentan siempre ruedas de 6 radios. Es importante señalar que los carros hititas transportan a 3 hombres (Wreszinski, 1914/2: lám. 104), el conductor, el guerrero y el portador del escudo, en contraposición a los carros egipcios, mitanios, ugaríticos, y después de los reinos neohititas, que sólo transportaban dos hombres (Albright, 1931: 219). Esta práctica fue recuperada posteriormente por los asirios, quienes hasta el comienzo de la caballería militar introdujeron de nuevo los tres hombres, entre *ca.* 1050-900 a.C.

Las representaciones micénicas de carros con 3 tripulantes también existen, como en el sarcófago 22 de Tanagra del Heládico Final IIIB (Spyropoulos, 1970: 197, fig. 17) y una crátera de ¿Egipto-Chipre? del Heládico Final IIIB (Vermeule y Karageorghis, 1982: 200,



Figura 15
Ramsés II en un carro con ruedas de 6 radios.



Figura 16.
Arquero cazando desde un carro con ruedas de 4 radios en una pátera de oro de Ugarit (Schaeffer, 1949: lám. 7).

V.17) o incluso 4 tripulantes como en el sarcófago de H. Episcopi (Davaras, 1976: 176, fig. 105) y en la crátera de Aptera, en Creta, del Heládico Final IIIB (Vermeule y Karageorghis, 1982: 201, V.19), pero no corresponden a guerreros, puesto que ninguno porta armas, sino están asociados a participantes en el funeral.

Una pieza muy interesante por quizás señalar el tránsito del Heládico Final IIIB2 al Heládico Final IIIC inicial es una caja de marfil procedente de Enkomi, que presenta una escena de caza con un auriga o conductor, un arquero y un soldado a pie, quizás el tercero de la tripulación del carro que ha descendido, asociados a un carro con ruedas de 6 radios en posición central bajo la caja (Amadasi Guzzo, 1965: fig. 11; Vandenabeele, 1977: 103-104, lám. 24/1-4), pues los tres cuentan con el característico penacho filisteo, que aparece desde la batalla de Qadesh, *ca.* 1274 a.C., y después se asocian a los *Prst* o filisteos en el ataque de los Pueblos del Mar a Egipto el octavo año del reinado de Ramsés III, *ca.* 1186 a.C.

Durante la primera mitad del primer milenio se incrementó el número de radios de las ruedas hasta 10 (Karageorghis, 1968/1971: 169, lám. 19), 12 (Littauer y Crouwel, 1979) o incluso 16 radios como se aprecia en un carro de un relieve asirio del Palacio de Niniveh, bajo Asurbanipal, en el tercer cuarto del siglo VI a.C.

En contraposición, la presencia de cuatro radios en las ruedas es una constante en los carros de época micénica (Powell, 1963: 160-161; Crouwel, 1981: 81-90), con ejemplos en Nauplia durante el Heládico Final IIIA2 (Vermeule y Karageorghis, 1982: 210, VIII.4) o Corinto en el Heládico Final IIIB (Vermeule y Karageorghis, 1982: 211, IX.1), reapareciendo en la iconografía durante el Geométrico Final (Crouwel, 1992: 108-109, lám. 6-7) (figura 17).

En sellos de la Grecia micénica los cuatro radios en las ruedas los encontramos desde el siglo XVI a.C., a lo largo del Heládico Final I, en tres carros de las estelas de piedra de la sepultura de fosa V de Micenas (Crouwel, 1981: lám. 35-37), en el anillo de oro de la sepultura de fosa IV de Micenas (Crouwel, 1981: lám. 10), o en las sepulturas de *tholoi* de Kazarma (Nauplia) y Vaphio (Laconia) (Crouwel, 1981: lám. 9, 11-12). En Creta, durante el Minoico Final, pueden citarse los sellos de Astrakous, Avdhou o Cnoso (Crouwel, 1981: lám. 14a-b, 15, 18) (figura 18).

En la Península Ibérica, el primer hallazgo de la estela de Solana de Cabañas creo la impresión de encontrarnos con carros de cuatro ruedas (Rosso de Luna, 1898: 180; Cabré, 1924: 76; Fernández Oxea, 1950: 296, 298, 313; Childe, 1951: 193; Anati, 1960: 62) o incluso carretas de cuatro ruedas en Carmona (Fernández-Chicarro, 1961: 163-164), con la excepción de Cuadrado (1955: 118) quien los identificó como carros de dos ruedas a partir de los paralelos egeos (figura 19).

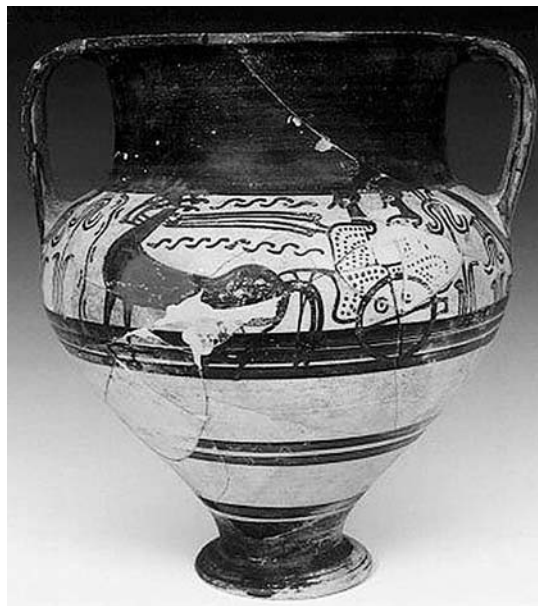


Figura 17
Carro con ruedas de 4 radios en una crátera micénica de Nauplia del Heládico Final IIIA2.

Esta primera impresión de la presencia de carros de cuatro ruedas se reforzó con el hallazgo de la estela francesa de Substantion, que representa tres ruedas de cuatro radios (Soutou, 1962: 523, fig. 1, 525 2), e influyó en la interpretación de Almagro Basch (1966: 189, 191; van Berg-Osterrieth, 1972: 109; Sevillano, 1976: 266), con-



Figura 18
Carro sin asideros traseros, con jinete portando una espada en el cinto, de una estela de la Tumba de Fosa V del Círculo A de Micenas del Heládico Final I. Museo Nacional de Atenas.

siderando los 6 ejemplos entonces conocidos todos de cuatro ruedas, con la única excepción de Fuente de Cantos, que parece también aceptar implícitamente van Berg-Osterrieth (1972: 109). No obstante, Piggott (1968: 295) los consideró de dos ruedas poco después de la publicación de la primera monografía de las estelas, mientras que Savory (1968: 234) aceptaba la presencia de cuatro ruedas en Solana de Cabañas pero consideraba que Torrejón



Figura 19
Estela de Solana de Cabañas (Cabañas del Castillo, Cáceres). Museo Arqueológico Nacional, Madrid.



Figura 20
Estela de Ategua (Córdoba). Museo Arqueológico de Córdoba.

del Rubio tenía dos ruedas, siguiendo a Fernández-Oxea (1950: 299, 313) que también hacía esta excepción, en contraposición a la identificación de cuatro por Almagro Basch (1966: 83).

El hallazgo que inclinó la balanza fue el descubrimiento de la séptima estela con carro de Ategua (Bernier, 1968-69: 183, 182, fig. 1 y fot. 1; Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969: 160-161), que presentó un dibujo muy detallado y claro de un carro con dos ruedas de cuatro radios y ese modelo fue propuesto por primera vez para la generalidad de las representaciones por Pingel (1974: 4 y 1993: 213; Blázquez, 1975: 372; Powell, 1976: 166; Almagro Gorbea, 1977a: 185; Bendala, 1977: 183, 185; Almagro Gorbea y Sánchez Abal, 1978: 421; Piggott, 1983: 132; Celestino, 1985: 47, 1993: 308 y 2001: 217; Fernández-Miranda y Olmos, 1986: 97; Muzzolini, 1988: 363; Fernández Castro, 1988: 278; Judice Gamito, 1988: 39 y 1989: 148; Pellicer, 1989: 172), tendencia constante hasta la actualidad (Quesada, 1994: 181 y 2005b: 47; Harrison, 2004: 145-146). Analizando la estela de Ategua, ya el propio Almagro Basch (1970: 323) no sólo reconocía que tenía dos ruedas y en la parte trasera «unos salientes a manera de gavilanes circulares», sino que también atribuía estas mismas características a la estela de Cuatro Casas en Carmona, que previamente había considerado de cuatro ruedas (Almagro Basch, 1966: 104) (figura 20-21).

Desde entonces, la identificación de carros de cuatro ruedas ha sido excepcional, caso de El Viso I (Murillo, 1994b: 408), quizás por la fragmentación de la estela justo donde arrancan los asideros traseros, y el caso complejo de El Viso III (Bendala *et alii*, 1979-1980: lám. 12a), donde Iglesias Gil (1980a: 255-256) propone ver un carro de cuatro ruedas apenas esbozado y otros autores proponen una figura femenina diademada con pechos (Celestino, 2001a: 398), si bien la falta de paralelos dificulta su valoración, aunque no conocemos tampoco de momento ningún carro que se encuentre en posición central escoltado por dos guerreros. El ejemplo más debatido hasta

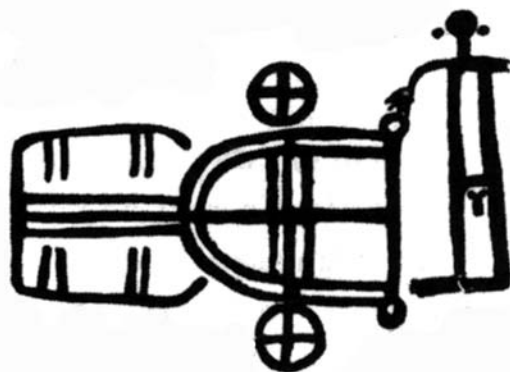


Figura 21
Carro de la estela de Ategua (Córdoba) (Harrison, 2004: 299, fig. cat. 80/2).

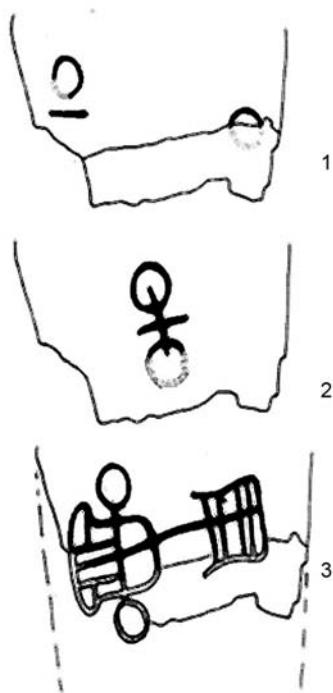


Figura 22

Rectificación del grabador cuando se dibujaron las ruedas del carro de Solana de Cabañas (Cabañas del Castillo, Cáceres) (Harrison, 2004: 219, fig. cat. 22/3).

fechas recientes siempre ha sido el carro de Solana de Cabañas, cuyas dos posibles ruedas traseras (Almagro Gorbea, 1977a: 185), fueron después consideradas correctamente como una posterior rectificación del grabador (Powell, 1976: 166; Bendala, 1977: 185) (figura 22).

El número de ruedas es uno de los aspectos que con más claridad señala al Egeo como punto de origen de los carros de la Península Ibérica. No obstante, siempre puede plantearse que se dibujan cuatro radios por economía de representación, claros en Cabeza de Buey I o Ategua. En otras ocasiones sólo se indica un radio doble, que serían en teoría dos dobles en El Viso III o Capilla VI, el cual sólo aparece dibujado en una rueda en Zarza de Montánchez, y a veces sólo presentan un rebaje en la zona central como en Fuente de los Cantos o Zarza Capilla. Interesante es el caso de Guadalmez, porque en una rueda cuenta con tres radios indicados y en la otra figura sólo un punto en el centro como si se tratara de una rueda maciza, lo que demuestra que no había especial cuidado en señalar las características de la rueda. En este sentido, en la mayor parte de las ocasiones no se hace ningún tipo de indicación, sino sólo se dibujan dos ruedas simples, e incluso en Las Herencias I ni siquiera se dibujan las ruedas.

Según Piggott (1983: 132; Celestino, 1985: 48, 1993: 316-317 y 2001a: 226-227; Fernández-Miranda y Olmos, 1986: 97-98; Fernández Castro, 1988: 279), sólo los carros de las estelas de Cabeza del Buey I y Ategua presentan claramente radios, incluyendo también Almagro

Basch (1966: 191) el de Torrejón del Rubio I, y con reservas Celestino (1985: 48) a El Viso IV y Talavera de la Reina (Celestino, 2001a: 355). En cambio, según Celestino todos los carros restantes ofrecen puntos rebajados que representan los cubos de los ejes como Fuente de los Cantos, Carmona y Olivenza, o al rebajarse completamente la rueda implicaría su carácter macizo, en Cabeza del Buey II, El Viso II o Zarza Capilla II. Del mismo modo, el alargamiento del eje hasta el centro del carro, es considerado que implica la inexistencia de radios, en Solana de Cabañas, Valencia de Alcántara I, Torrejón el Rubio I, Zarza de Montánchez o El Viso IV. Esta idea también subyace en Blázquez (1986: 194), a partir de algunas terracotas chipriotas, o en Padilla y Valderrama (1994: 285) quienes consideran que las ruedas de la estela de Écija son macizas.

No obstante, Fernández-Miranda y Olmos (1986: 98) reconocen que, a pesar de como se representan, probablemente todas fueran radiales. Por otra parte, como ya recoge Crouwel (1987: 105) en relación con los modelos chipriotas de carros de terracota y en piedra de la Edad del Hierro, o también Quesada (1994: 181), en este tipo de carro ligero de parada, guerra, desfile fúnebre o carrera es impensable la presencia de ruedas macizas durante la segunda mitad del segundo milenio y la primera mitad del primer milenio a.C.

En conclusión, cabe identificar a los carros de la Península Ibérica con bigas de dos ruedas con 4 radios, predominantes en Egipto y Ugarit sólo en el siglo XV a.C., sustituidos después por carros con ruedas de 6 radios, mientras en el Egeo aparecen desde el Heládico Final I en las tumbas de fosa de Micenas, en el siglo XVI a.C., y se generalizan durante el Heládico Final IIIA2, *ca.* 1365-1325 a.C. y Heládico Final IIIB, *ca.* 1325-1185 a.C.

EL EJE DE LAS RUEDAS

La posición del eje de las ruedas es otro aspecto que refuerza esta relación con el Egeo. En todos los ejemplos de la Península Ibérica, el eje de las ruedas tiene una posición central bajo la caja (Quesada, 1994: 181), indicándose a menudo con un trazo que une ambas ruedas, aunque en ocasiones no se pone como en Torrejón del Rubio I, El Viso I, Fuente de Cantos o Valencia de Alcántara II. En algún caso, la propia simplificación del dibujo, como sucede en El Viso IV, puede llevar a pensar que el eje se encuentra desplazado hacia atrás y luego sólo se marcan los asideros traseros.

Esta posición del eje de las ruedas, con una situación central bajo la caja, también es recurrente en Grecia, tanto en época micénica, caso del Palacio de Pilos (Lang, 1969: lám. 123/26), o en el Geométrico Final ático (Crouwel, 1992: 108-109, lám. 6/1-3 y 7/2). No obstante, otras representaciones de carros en Tirinto (Rodenwaldt, 1912:



Figura 23
Posición central del eje de las ruedas bajo la caja del carro, fresco micénico del Palacio de Pilos (Lang, 1969: lám. 123/26).

40, lám. 14/9) y Micenas (Rodenwaldt, 1921: beilage IV/15-16) sugieren una posición más próxima al extremo final de la caja, pero puede ser una solución iconográfica para representar mejor la rueda (figura 23).

En cambio, en el Próximo Oriente existe un claro desplazamiento del eje de las ruedas al final de la caja del carro (Littauer y Crouwel, 1979: 78, 105), tratándose de buscar una plataforma lo más horizontal posible para el arquero, con el inconveniente de incrementar la presión sobre la garganta de los caballos (Powell, 1963: 158-159). Como señala Littauer (1972: 154-155), históricamente, el 90 % de los vehículos de 2 ruedas han tenido una posición central del eje de las ruedas para reducir la presión sobre los caballos, permitiendo una mejor distribución del peso.

No obstante, los carros ugaríticos también muestran el eje de las ruedas en posición central bajo la caja (Schaeffer, 1949: lám. 7), aunque en otros casos como en tres cráteras micénicas procedentes de Ugarit, el eje de las ruedas parece situarse al final, que en uno de los ejemplos se aprecia con mayor precisión (Amadasi Guzzo, 1965: 12/1). Esta impresión del desplazamiento del eje hacia el final se observa también en parte de los carros chipriotas, caso de Enkomi y Maroni del Heládico Final IIIA1 (Vermeule y Karageorghis, 1982: 195-196, III.2 y III.16), Enkomi en el Heládico Final IIIA2 (Vermeule y Karageorghis, 1982: 197-198, IV.1 y IV.29) o Nicosia y Chipre del Heládico Final IIIB (Vermeule y Karageorghis, 1982: 200, V.1 y V.2). Sin embargo, en otros ejemplos chipriotas, la posición del eje de las ruedas es claramente central en la mitad de la caja como Pyla-Verghi del Heládico Final IIIA1 (Vermeule y Karageorghis, 1982: 196, III.13), Enkomi en el Heládico Final IIIA2 (Vermeule y Karageorghis, 1982: 199, IV.60), o ¿Egipto-Chipre? del Heládico Final IIIB (Vermeule y Karageorghis, 1982: 200, V.17).

En resumen, la posición central del eje de las ruedas bajo la caja que define a los carros de la Península Ibérica, es también un elemento recurrente en la iconografía micénica, chipriota o ugarítica.

LA CAJA

Las representaciones ibéricas de las cajas donde van montados los aurigas se ven favorecidas por la perspectiva abatida, al permitir definir con precisión una caja semicircular de frente curvo y asideros traseros, que queda más ambigua en la perspectiva en alzado lateral del Egeo o del Próximo Oriente. En estas regiones puede tratarse de cajas rectangulares, como sucede con los cinco carros de las tumbas reales de Salamina de 0.85 x 0.68 m, aunque su forma quizás fuera más redondeada como se aprecia mejor en el dibujo de la planta de los carros (Karageorghis, 1967; Crouwel, 1987: 102, 103, fig. 1a-b), y a veces se identifican en las representaciones cuando el lateral trasero superior de la caja forma un ángulo cuadrado y no curvo.

En algunos ejemplos de la Península Ibérica, incluso se traza una línea paralela al borde de la caja para así diferenciar las paredes del fondo de la caja del carro, como se puede apreciar en Fuente de Cantos, Zarza Capilla, Las Herencias I, El Viso IV o Ategua (Celestino, 1985: 48) (figura 24).

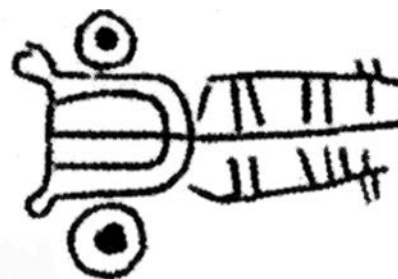


Figura 24
Carro de la estela de Fuente de Cantos (Badajoz) (Harrison, 2004: 147, fig. 7.16/85).

La presencia de laterales traseros al final de la caja, identificados por primera vez por Cuadrado (1955: 118; Blázquez, 1975: 372; Powell, 1976: 165; Fernández Castro, 1988: 511; Quesada, 1994: 180; Harrison, 2004: 145), aunque considerados por Almagro Basch (1966: 189) como un segundo par de ruedas, tiene dos explicaciones posibles. Como sucede con los carros micénicos, difícilmente pudieron actuar como protección adicional de las piernas de los tripulantes contra flechas o lanzas

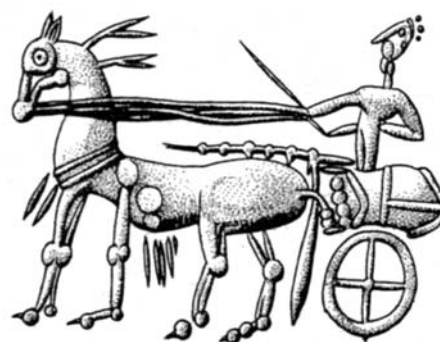


Figura 25
Asideros traseros en un carro en una gema de Avdhou (Creta) del Minoico Final II (Crouwel, 1981: lám. 14a).



Figura 26
Tablilla del Palacio de Cnosos con ideograma 240 del Linear B representando un carro durante el Minoico Final II-III A. Museo de Heraklion.

como sugiere Catling (1968: 45), puesto que están ausentes en los carros de guerra del Próximo Oriente, y más probablemente, sirvieron como asideros traseros, facilitando subir al carro (Littauer, 1972: 156), asideros que ya aparecen claramente indicados a partir del Geométrico Final ático (Crouwel, 1992: 108-109, lám. 6/1 y 3, 7/2).

Ausentes en un carro representado en una gema de Cnosos (Catling, 1968: 43, lám. 22/5), los asideros traseros aparecen hacia el siglo XV a.C. en Creta, como lo muestra la representación de un carro en una gema de Avdhou (Evans, 1936: 823, 803) del Minoico Final II (com pers. Kenna a Catling, 1968: 45) o en un cilindro sello de Astrakous (Crouwel, 1981: lám. 14a-b), y son claramente marcados en el ideograma 240 de las tabletas en linear B de Cnosos del Minoico Final II-III A (Wiesner, 1968: 45, fig. 8/e-p) (figura 25-26).

En fechas previas tampoco aparecen en la Grecia continental, siendo interesante su ausencia durante el siglo XVI a.C. en los carros con ruedas de 4 radios del anillo de oro de la sepultura de fosa IV de Micenas o en las estelas de piedra de la sepultura de fosa V de Micenas. Estos asideros traseros los encontramos a partir del Heládico Final IIIA2 en Nauplia (Vermeule y Karageorghis, 1982: 210, VIII.4) y el Heládico Final IIIB en Corinto (Vermeule y Karageorghis, 1982: 211, IX.1). Sólo excepcionalmente continuarán en el Heládico Final IIIC inicial en un ejemplo de Tirinto (Schliemann, 1886: lám. 15 y 17b; Catling, 1968: 47, lám. 23/18; Vermeule y Karageorghis, 1982: 215, X.9), pues se modifica el tipo de carro (figura 27).

Estos asideros o ampliaciones traseras parece que eran desmontables (Ruipérez y Melena, 1990: 201). En esta cuestión, es fundamental la propia funcionalidad militar



Figura 27
Carro sin asideros traseros en un sello de oro de la Tumba de Fosa IV de Micenas. Museo de Atenas.

del carro en el Egeo, trasladando o evacuando al guerrero del punto del combate, para combatir descendiendo del carro, frente al transporte móvil de los arqueros en los ejércitos del Próximo Oriente.

Estos protectores o asideros traseros están ausentes en el Próximo Oriente en Egipto (Schulman, 1963), Hatti o en los estados neohititas (Amadasi Guzzo, 1965: fig. 15-20), apareciendo unos pequeños agarraderos, sin proyectarse de la caja, en un carro asirio de los marfiles de Nimrud (Amadasi Guzzo, 1965: 28/1).

Sin embargo, una crátera micénica de Pyla Verghi en Chipre, muestra un caso excepcional híbrido por la presencia de carro con ruedas de 6 radios que presenta un eje central en las ruedas y asideros traseros (Vandenabeele, 1977: 98, lám. 21/4). En otras ocasiones, como en tres cráteras micénicas procedentes de Ugarit, los tres carros representados muestran asideros traseros y ruedas de 4 radios, aunque el eje de las ruedas parece situarse al final (Amadasi Guzzo, 1965: fig. 12/1-3). Esta misma combinación de asideros traseros y ruedas de 4 radios, con el eje de las ruedas quizás situado al final, también parece apreciarse en Chipre, en dos cráteras micénicas de Enkomi sep. 67 –british– y 7 –french– y en otra de Maroni (Crouwel, 1981: lám. 74-75, 78). Sin embargo, todas estas representaciones revelan una interesante paradoja, las mejores representaciones de carros corresponden al Heládico Final IIIB, pero proceden en su mayoría de Chipre y Ugarit (figura 28).

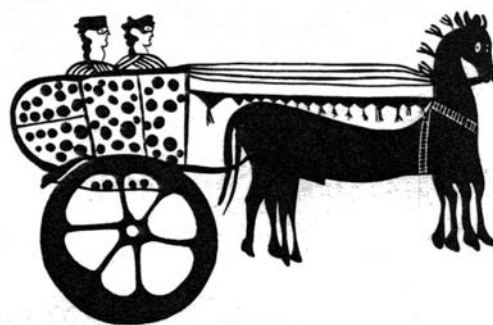
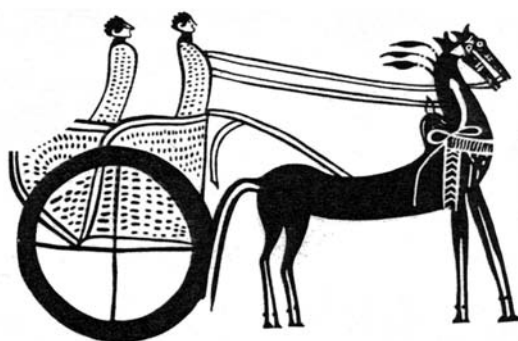


Figura 28
Carro con ruedas de 4 radios de una crátera micénica de Maroni (Chipre) en el Metropolitan Museum of Arts y carro chipriota híbrido por la presencia de ruedas de 6 radios junto con un eje central en las ruedas y asideros traseros en la crátera micénica de Pyla Verghi (Chipre) en el Museo de Nicosia (Crouwel, 1981: lám. 77-78).

Cabe concluir que el carro ligero semicircular, con caja de frente curvo y asideros traseros, que caracteriza a los carros de las estelas del Suroeste de la Península Ibérica, es un elemento que surge en los carros de Creta del Minoico Final II-IIIa desde el siglo XV a.C., generalizándose durante el Heládico Final IIIa2-IIIb, *ca.* 1365-1185 a.C., periodo durante el cual son también especialmente frecuentes en Ugarit o en Chipre, coetáneo al Chipriota Final IIB-IIC y IIIa1, *ca.* 1375-1175 a.C.

EL TIMÓN

Resulta evidente la continuación del timón bajo la caja en los dibujos con perspectiva abatida de la Península Ibérica (Quesada, 1994: 182), salvando algunas excepciones donde no se indica la prolongación del timón como en El Viso IV, Torrejón del Rubio o Zarza de Montánchez, aunque en una vista aérea no tendría porque especificarse. Sin embargo, en las representaciones con perspectiva en alzado lateral, este aspecto no es visible, aunque es un detalle técnico exigible porque otorga solidez al carro tanto en el Egeo (Crouwel, 1981: 90-92) como en el Próximo Oriente (Littauer y Crouwel, 1979: 55, 80-81).

Sólo en algunos casos, Zarza Capilla I o Écija V, existen tres líneas de timón bajo el carro, líneas que arrancan desde la cabeza de los caballos. Debe tenerse en cuenta que se conocen timones dobles en carros de guerra de Salamina de Chipre (Crouwel, 1987: 103, fig. 1a-b) y el Próximo Oriente a partir del siglo XI a.C. (Littauer y Crouwel, 1979: 109), pero no hay timones triples como sugiere Fernández Castro (1988: 283; Padilla y Valderrama, 1994: 285). Esta convención iconográfica ha sido explicada de forma coherente por Quesada (1994: 182), quien interpreta estas tres líneas paralelas como representación de las riendas, más el timón, que aparecen también, aunque sin prolongarse bajo la caja, en las estelas de Ategua, Cabeza de Buey I y II, El Viso III o Zarza de Montánchez. En este sentido, es interesante la representación de Cabeza de Buey II, porque las líneas vienen en forma triangular convergiendo hacia la caja, arrancando las dos líneas laterales desde las cabezas de los dos caballos. Más precisa es la representación de Écija V, porque las riendas arrancan desde la cabeza de los caballos y llegan hasta la mitad de la caja del carro donde iría el auriga, mientras el timón sí continúa bajo la caja hasta el final. Un caso atípico, que se debe haber producido por la simplificación del dibujo, es el de Zarza de Montánchez, porque las tres líneas arrancan de la cabeza de los caballos pero no continúan hasta el comienzo de la caja del carro (figura 29).

Como puede observarse, la presencia de un timón simple bajo la caja no define un área geográfica concreta, ya que es un recurso técnico generalizado, sin embargo, sí

sugiere hacia una cronología anterior a los primeros carros con timones dobles de los siglos IX-VIII a.C.

Tras este análisis detallado de las características técnicas de los carros de las estelas del Suroeste de la Península Ibérica, creemos que nos encontramos con carros ligeros de dos caballos, con caja de frente curvo, asideros traseros, posición central del eje de las ruedas bajo la caja y dos ruedas con 4 radios, características que encontramos en los carros micénicos en particular durante el Heládico Final IIIa2-IIIb, *ca.* 1365-1185 a.C., iconografía muy difundida también en cráteras micénicas halladas en Chipre y Ugarit (figura 30-33).

EL COSTE DE FABRICACIÓN Y MANTENIMIENTO DE UN CARRO

Los carros fueron costosos de fabricar y de mantener, pues exigían disponer al menos de tres caballos, para tener un tercer caballo de repuesto, que había que cuidar y alimentar, mientras las ruedas solían sufrir habitualmente accidentes en terrenos abruptos, por lo que se necesitaba disponer también de un par de ruedas de repuesto, como mínimo. La búsqueda de caballos adecuados o el regalo de caballos ya entrenados los convirtió en un bien de lujo siempre demandado y un regalo muy apreciado, digno de reyes. La construcción del carro exigía el trabajo de carpinteros y curtidores de cuero, aparte de algún elemento

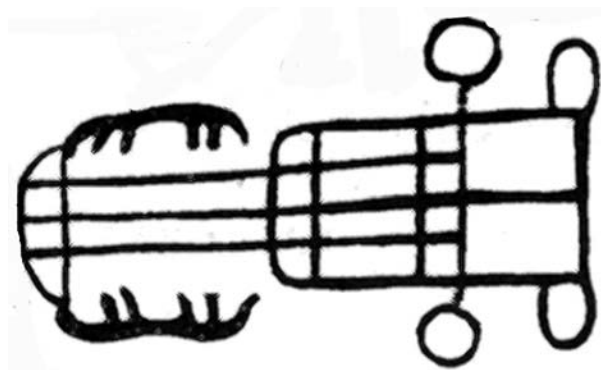


Figura 29
Carro de la estela de Écija V (Sevilla) con asideros traseros, timón bajo la caja y riendas (Harrison, 2004: 296, fig. cat. 78a).

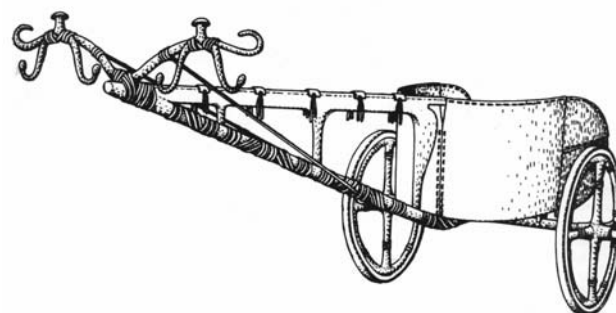


Figura 30
Reconstrucción de un carro micénico (Crouwel, 1981).

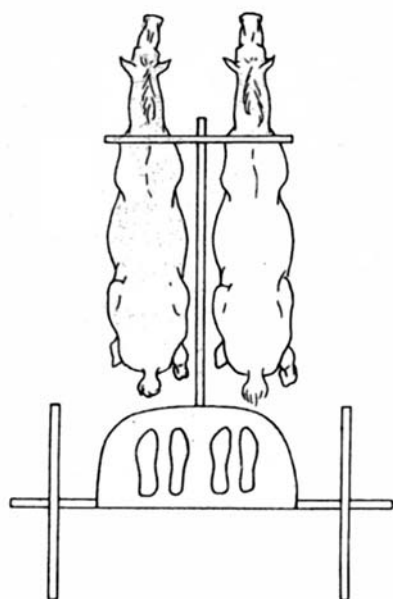


Figura 31
Perspectiva aérea en la reconstrucción de un carro micénico (Littauer y Crouwel, 1983: 188 fig. 1).

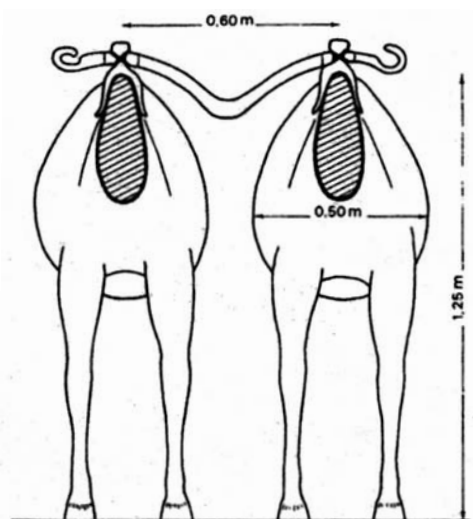


Figura 32
Vista de frente del tiro de un carro (Spruytte, 1982: 171 fig. 10/3).

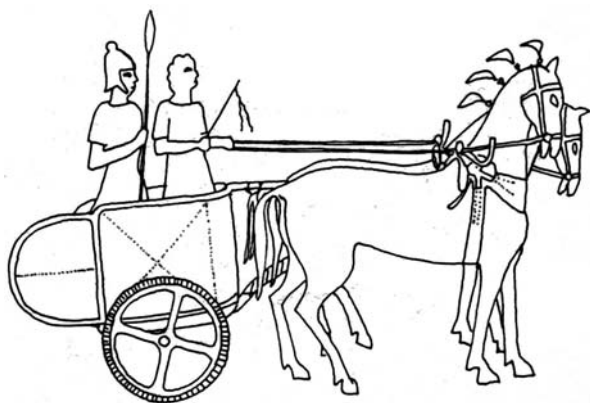


Figura 33
Reconstrucción de un carro micénico con un áuriga y un tripulante (Wiesner 1968: 55 fig. 13).

metálico donde intervendría un metalúrgico, sin contar posibles adornos y los bocados de los caballos.

Por otra parte, el conductor y el guerrero precisaban de un entrenamiento intensivo para coordinar sus acciones (Littauer y Crouwel, 1996: 298), lo que implica disponer de tiempo para el entrenamiento de ambos. La parte más difícil era conseguir levantar el carro sobre una rueda en los giros, ya que las ruedas estaban montadas fijas sobre un eje (Ruipérez y Melena, 1990: 201). Este entrenamiento era también necesario en la pareja de caballos para que se acostumbraran a moverse de forma coordinada, y del par que se tuvieran de repuesto para sustituirlos si fuese necesario.

CAPACIDAD MILITAR DEL CARRO

Se ha resaltado la capacidad mortífera que suponía llevar a los arqueros en carros, actuando como plataformas móviles (Powell, 1963: 166; Schulman, 1979-1980: 144), pues un arquero sobre un carro, guardando una distancia de 100-200 metros, podía herir a 6 hombres por minuto, lo que implica 60 hombres en 10 minutos (Keegan, 1995: 210; Joya, 1998: 82 n. 4), por lo cual una agrupación de cinco carros en ese tiempo podrían causar 300 bajas y un grupo de diez carros hasta 600 heridos y muertos. Los escuadrones más grandes en el Próximo Oriente estaban formados por cincuenta carros, como recoge la denominación *rb bms*, «comandante de los cincuenta» (Schulman, 1979-1980: 135) (figura 34).

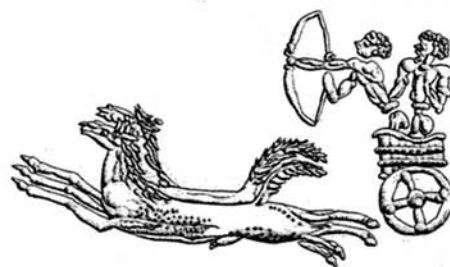
Otra función de los carros era durante los asedios de ciudades, al utilizar los arqueros estas plataformas móviles para hostigar a los defensores situados en la muralla defensiva (Schulman, 1979-1980: 128-129), o patrullando y bloqueando los accesos a las ciudades sitiadas (Moorey, 1986: 204). Sin embargo, aparte de intercambios iniciales de flechas, se evitaba poner en peligro a las monturas en el comienzo de la batalla (Powell, 1963: 166), y su uso más frecuente era atacar cuando se producía la desbandada de las tropas enemigas para así causar los arqueros el mayor número de bajas sin poner en peligro a los caballos (Powell, 1963: 166; Schulman, 1979-80: 130, 144).

Su uso militar viene recogido en la Iliada (IV, 293-307), «Néstor, el sonoro orador de los pilios (...) Había situado delante a los cocheros con sus carros y caballos, y detrás a los infantes, que eran muchos y valerosos, como bastión del combate; y había intercalado a los cobardes para forzar a cada uno a pelear incluso contra su voluntad. A los cocheros confió sus primeras instrucciones y les ordenó sujetar sus caballos y no atropellarse entre la multitud: 'Que nadie, fiado de su pericia ecuestre y su valentía, ansíe luchar con los troyanos solo, delante de los demás; pero que tampoco retroceda, pues os quedareis más dispersos. El hombre que desde su carro llegue al alcance de otro carro que se abalance con la pica» (Trad. E. Crespo).



Figura 34

Uso del arco en un carro de un sello de oro de la Tumba de Fosa IV del Círculo A de Micenas (Crouwel, 1981: lám. 10).



Es especialmente llamativa la documentación de Cnoso donde conocemos *ca.* 600 carros, y entre 100-150 carros en la serie Sc más antigua. Semejante fuerza militar no tiene sentido en una isla de relieve abrupto como Creta, con un importante dominio político de Cnoso en gran parte de la isla, de ahí que Ruipérez y Melena (1990: 202-203) no descarten su importancia como vehículo de comunicación.

No obstante, un análisis detallado de la serie Sc revela que no todos los carros siempre estaban completamente equipados, disponiendo sólo un 39 % de dos caballos (Uchitel, 1988b: 49 tabla 1). Por ello, la conclusión más lógica es la sugiere Schulman (1979-1980: 143 n. 145), quien plantea que sólo los carros completamente equipados, unos 120, constituían la fuerza activa de carros de Cnoso.



Figura 35

Carro de parada del Palacio de Tirinte (Rodenwaldt, 1912: fig. 40, lám. 14/9) en Museo Nacional de Atenas.

EL CARRO COMO SÍMBOLO DE LA ELITE Y REFLEJO DE LA DESIGUALDAD SOCIAL

La importancia social de los carros es suficientemente evidente desde inicios del segundo milenio a.C. Una carta al rey de Mari, Zimri-Lim, durante el Bronce Medio sirio, antes de la anexión del reino por Babilonia, es suficientemente concluyente, «que mi señor no monte a caballo; que [en cambio] mi señor monte en un carro con mulas y honre así su dignidad como rey» (Kristiansen y Larsson, 2006: 119). En el Egeo, la presencia de carros en las pinturas murales de los palacios de Tirinte (Rodenwaldt, 1912: fig. 40, lám. 14/9) y Micenas (Rodenwaldt, 1921: beilage IV/15-16) en paradas y procesiones ceremoniales, revela que su iconografía está directamente asociada a la realeza (figura 35).

La necesidad de poseer un mínimo de dos caballos, y habitualmente de otra pareja más de repuesto, exclusivamente reservados para su entrenamiento atados al carro, resultaba un lujo que sólo muy pocos podían permitirse, y es el mejor símbolo de la desigualdad social durante el Bronce Final de todos los objetos representados en las estelas decoradas dentro de la panoplia del guerrero.

El uso más habitual del carro en la Península Ibérica debió ser en desfiles, donde la altura del carro permitía a su conductor elevarse sobre los guerreros o soldados a pie, convirtiéndose en un punto focal de referencia. Un uso similar debió ocurrir en el Egeo, donde es interesante la práctica ausencia de guerreros con armas en los carros de los vasos micénicos del Heládico Final IIIA y IIIB (Catling, 1968: 45-46). En estos desfiles de parada, a veces podía llevarse lanzas apoyadas sobre el hombro, como sucede en frescos de Tirinte (Rodenwaldt, 1912: 8-9, lám. 1/3 y 4) o en la cerámica micénica de Tirinte (Schliemann, 1886: 354, fig. 155).

Su funcionalidad militar en la Península Ibérica debió ser la misma que en el Egeo, el rápido desplazamiento del guerrero al lugar del combate para descender y combatir a pie (Littauer y Crouwel, 1996: 300; Harrison, 2004: 148), en contraposición a la plataforma móvil para los arqueros que tenía en el Próximo Oriente. No obstante, hay autores que rechazan esta propuesta de «servicio de taxi para guerreros» propugnando el ataque con lanzas (Greenhalgh, 1973: 12, 17 y 1980: 203), que aparece recogida en un sello de la tumba de *tholos* de Vapheio del siglo XV a.C. durante el Heládico Final II (Evans, 1936: 820, fig. 799) y era una forma característica de combate de los carros hititas que solían portar lanzas largas (Greenhalgh, 1973: 10, fig. 1), pero eso dejaría a la tripulación desarmada una vez que hubiesen lanzado las lanzas (Littauer y Crouwel, 1983: 189). Otra función importante del carro que también recoge la *Iliada* es la recogida del líder herido durante el combate (Stagakis, 1978: 258-259), incrementando las posibilidades de salvar su vida y evitar la desmoralización de las tropas. Sin embargo, hay autores (Bendala, 2000: 74; Celestino, 2001a: 230) que descartan cualquier su uso militar en la Península Ibérica al valorar exclusivamente un papel religioso-funerario (figura 36).

La función más obvia y previsible de cualquier carro debió ser el desplazamiento rápido y cómodo de una o dos personas, el conductor y su pasajero, que podía ser también una mujer, sin tener que montar a caballo (Schulman, 1979-1980: 144-145), en distancias moderadas, señalando Piggott (1983: 89) la capacidad de recorrer unos 60 km en un día, 30 km de ida y 30 km de vuelta, sin problema, puesto que una réplica de un carro egipcio fue capaz de recorrer 38 km por hora (Piggott, 1979: 11).

Otros usos ocasionales fueron su empleo en partidas de caza de miembros de la élite utilizando carros contra animales salvajes como los toros, que también vemos reflejada en la iconografía del Próximo Oriente durante el Bronce Final o en época asiria.

Finalmente, está la posible utilización funeraria de los carros, y se ha sugerido que en la Península Ibérica se trataría de representaciones iconográficas fruto de una tradición religiosa oriental del carro funerario como vehículo heroizador que servía bien para trasladar al cadáver al lugar del enterramiento (Fernández Castro, 1988: 511), o bien llevar el cuerpo en el viaje al más allá, práctica ritual que habría llegado del Mediterráneo Oriental en época geométrica (Celestino, 1993: 322 y 2001a: 230-231; Quesada, 1997: 162 y 2005b: 48; Joya, 1998: 88-89; Bendala, 2000: 72). La separación escénica del carro, normalmente a los pies del guerrero, reflejaría la separación de dos temas antagónicos, la vida y la muerte, aspecto más evidente en las escenas más detallistas como la de Ategua (Celestino, 2001a: 232), interpretándose al conductor del carro como el guerrero ya difunto subiéndose al carro que lo llevará al más allá (Celestino, 2001a: 222). Por otra parte, Pingel (1974: 8) surge que la postura relativamente hierática y estática de las figuras humanas de las estelas representaría al guerrero difunto en su tumba acompañado de su ajuar (figura 37).

No obstante, Blázquez (2002: 48) ya considera dudosa esta interpretación porque los fenicios no tuvieron esta creencia en su concepción de la vida de ultratumba y propone que serían carros fúnebres (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969: 161; Blázquez, 1975: 372) utilizados para ser quemados en las tumbas de incineración (Blázquez, 1999: 54) o depositados en tumbas como sucede en los

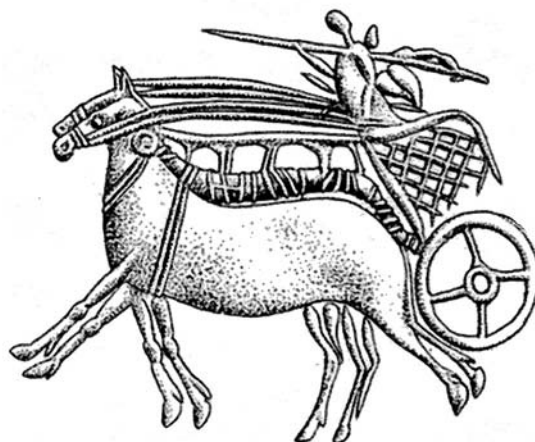


Figura 36

Ataque con lanza en un sello de la tumba de tholos de Vapheio (Laconia) del Heládico Final II (Crouwel, 1981: lám. 11). Museo Nacional de Atenas.

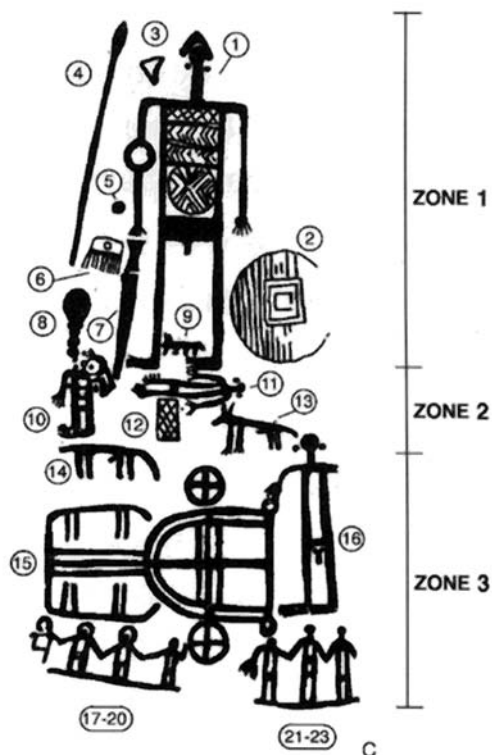


Figura 37
Escena inferior de la estela de Ategua habitualmente interpretada como el guerrero ya difunto subiéndose al carro que lo llevará al mas allá (Harrison, 2004: 299, fig. cat. 80/3).

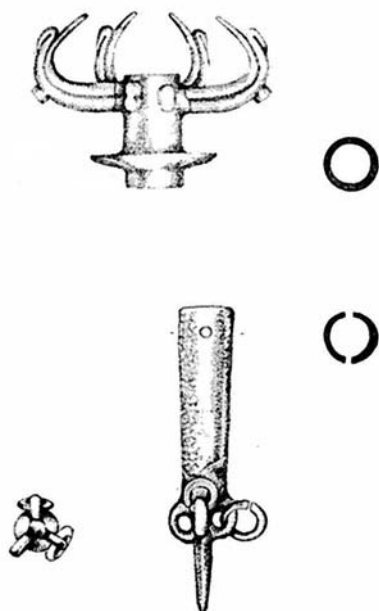


Figura 38
Posible *stimulus* en el depósito del Bronce Final IIC de Nossa Senhora da Guía utilizado para aguijonear a los caballos de un carro (Silva *et alii*, 1984: lám. 9/5-6)

cuatro carros de los dos enterramientos de la sepultura 79 de Salamina (Karageorghis, 1967 y 1968/1971: 168-170, lám. 19-20, 118; Crouwel, 1987: 103, fig. 1a-b), acompañando a su dueño en la otra vida para prestarle allí servicios al desplazarse o practicar su deporte favorito de la

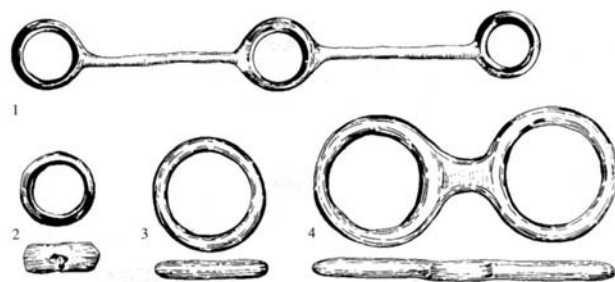


Figura 39
Bocados de filete articulado de caballos probablemente pertenecientes a pasariendas de carros del depósito del Bronce Final IIIA de Huelva (Mederos y Harrison, 1996: 41, fig. 4/1-4).

caza o las carreras junto a sus caballos y sus perros. Esta temática aparece en el mundo funerario etrusco a partir de los siglos VI-V a.C., donde el carro utilizado en vida conduce al muerto hacia el inframundo (Blázquez, 1957-1958: 32, 47, 67).

En todo caso, lo importante que tanto el carro que transportaba al fallecido durante los funerales a su muerte, como el carro que después se depositó en la tumba durante época orientalizante, solía ser el utilizado por el guerrero muerto a lo largo de su vida y dan materialidad a estos carros aún invisibles en el registro arqueológico de la Península Ibérica, pero también aún invisibles en el Egeo, aspecto que a menudo se olvida como ya en su día resaltó Catling (1968: 42), los cuales sólo conocemos en las abundantes representaciones iconográficas, especialmente sobre cerámicas micénicas del Heládico Final IIIA2-IIIB, y tienen su mejor paralelo iconográfico en las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica.

Respecto a este problema, en los últimos años, ha habido un creciente número de autores para los cuales el carro, al igual que las liras, los espejos, etc., nunca existieron físicamente en la Península Ibérica hasta su aparición en las tumbas orientalizantes (Galán, 1993: 52, 75-76 y 2000: 1792; Ruiz-Gálvez, 1993: 60 y 2005a: 263; Celestino, 1993: 325 y 2001a: 231; Joya, 1998: 85; Blázquez, 2002: 50), idea no aceptada por otros autores (Torres, 2002: 263), que nosotros tampoco compartimos.

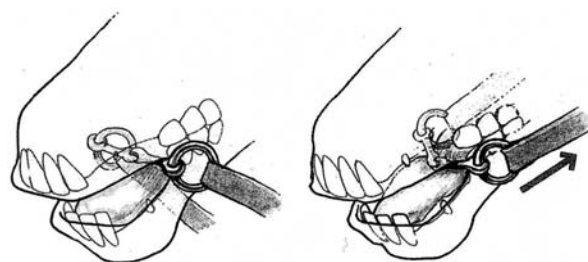


Figura 40
Reconstrucción de un bocado de filete articulado en bronce donde se insertaban las riendas de cuero para controlar el tiro del carro (Quezada, 2005a: 102 fig. 5).



Figura 41
Crátera micénica con carro de Evangelistria sep. B del Heládico Final IIIA-B.

En este sentido, existe un posible *stimulus* en el depósito del Bronce Final IIC de Nossa Senhora da Guía para agujijonear a los caballos (Almagro Gorbea, 1998: 82 y 2001: 241; Silva *et alii*, 1984: 89, lám. 9/5-6 y 14/3) y se han asignado diversos pasarriendas de carros en bronce de los depósitos de Cabezo de Araya y Huelva a su empleo en carros (Harrison, 2004: 55). Aunque se trata de bocados de filete articulado de caballos y botones cónicos de los atalajes (Albelda, 1923: 225, fig. 4), es probable su pertenencia a los pasarriendas de carros. Como puede observarse en Cancho Roano (Maluquer, 1981: 290-291, fig. 10a y 1983: 52-54, fig. 9; Quesada, 2005a: 102, fig. 5), los bocados de filete articulado en bronce remataban en un bucle donde se insertaba las riendas de cuero del carro (figura 38-40).

Desde nuestro punto de vista, los primeros carros debieron llegar a zonas costeras o muy accesibles por ríos navegables de la Península Ibérica como el Guadalquivir o el Tajo, en forma de regalos regios, lo que les otorgó un elevado prestigio. Su escasez les daba un carácter excepcional, dado su elevado coste y tratarse de una forma de desplazamiento alternativo a la caballería.

Sin embargo, su popularización en el interior peninsular debió ampliarse a través de la distribución en el Sur de la Península Ibérica de cráteras pintadas micénicas para vino, en las cuales los carros son el elemento predominante. Estos carros pronto debieron ser imitados en las sociedades guerreras del Bronce Final de la Península Ibérica, donde imperaba el patronazgo y sus clientelas dependientes (Mederos y Harrison, 1996a).

Si proyectamos los datos que conocemos para el Mediterráneo Oriental, la cráteras pintadas de vino para banquete son una producción griega (Catling y Millett, 1965), que fue exportada durante el Heládico Final IIIA

y IIIB mayoritariamente a Chipre, y a la costa del Levante, especialmente a grandes puertos como Ugarit (50 %), Alalakh (9 %), Biblos (5 %) y Tell Abu Hawan (8 %). En estas grandes cráteras, donde se mezcla el vino con agua, acompañadas de otras vasijas y vasos más pequeños para verter y beber, el motivo más representado son los carros, que suponen el 40 % de las representaciones (Steel, 1999). De ellos proceden las mejores representaciones de carros micénicos que conocemos, paralelizables a los carros de las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica (figura 41).

Si tenemos en cuenta que esta producción micénica pudo ser también transportada por navegantes chipriotas o ugaríticos, los dos principales mercados de recepción de este tipo cerámico, cabe atribuir la probable llegada de estas producciones cerámicas a la Península Ibérica a través de marinos micénicos (Mederos, 1999b), chipriotas o ugaríticos (Mederos, 2002 y 2005b).

No obstante, sí hay un aspecto relevante en el ritual funerario ugarítico y micénico que merece destacarse. A pesar de la importancia social y militar que tenían los poseedores de carros en Ugarit, *mryn-maryannu* (Rainey, 1965: 19-24; Olmo Lete, 1978), de las 44 cráteras micénicas con decoración pintada, una decena presentan dibujos de carros, pero de las procedentes de sepulturas sólo dos tienen escenas de carros, en las tumbas 1 y 4.642, lo que implica que en Ugarit las escenas de carros no fueron importantes en el ritual funerario (Wijngaarden, 1999: 16-17). Una impresión similar puede obtenerse de los enterramientos micénicos o minoicos, pues a pesar de la continua excavación de tumbas monumentales en *tholoi* no se han descubierto carros en su interior, ni tampoco las cráteras micénicas con escenas de carros tienen un elevado consumo interno para amortizarse en tumbas, sino que mayoritariamente se exportan hacia Chipre y la costa del Levante.



Figura 42
Crátera micénica con carro de Enkomi (Chipre) del Heládico Final IIIA-B.

Por todo ello resulta especialmente revelador el elevado porcentaje de cráteras micénicas pintadas con escenas de carros procedentes de tumbas en Chipre (Catling, 1968: 45), porque apuntan a una elevada valoración social durante el ritual funerario que acabó materializándose en época orientalizante en los cuatro carros de Salamina (Karageorghis, 1967 y 1968/1971), un fenómeno que parece tener un interesante paralelismo en la Península Ibérica, por su frecuente representación en las estelas decoradas del Suroeste y su posterior materialización en la sepultura 17 de La Joya en Huelva (Garrido y Orta, 1978: 66-90, lám. 49-60), donde se encuentra el asentamiento fenicio más antiguo de la Península Ibérica (González de Canales *et alii*, 2005) desde el siglo X a.C. (figura 42).

Aunque no cabe descartar la continuidad de estos carros durante el Heládico Final IIIC, 1185-1090 a.C., la cerámica de Tirinte revela la presencia de un carro más ligero, abierto, con un bastidor o varilla que no supera la cintura del auriga, inicialmente con asideros traseros en el Heládico Final IIIC inicial (Schliemann, 1886: lám. 15 y 17b; Catling, 1968: 47, lám. 23/18), que continúa en el Heládico Final IIIC medio ya sin estos asideros traseros en Micenas y Tirinte (Catling, 1968: 47, lám. 23/19 y 21; Vermeule y Karageorghis, 1982: 220-221, XI.16 y XI.28), que es denominado *rail chariot* por Littauer y Crouwel (1982: 186-187), nueva variante que conecta mejor con algunos de los carros del Geométrico Final. Un carro ligero que podía ser desmontado para su transporte en barcos por mar o en tierra para atravesar zonas de relieve abrupto y volver a reconstruirlos para la batalla en territorios más o menos lejanos, y cuyos tripulantes portan escudos redondos y lanzas como los de una crátera de Micenas (Catling, 1968: 46-47, lám. 23/19) (figura 43).

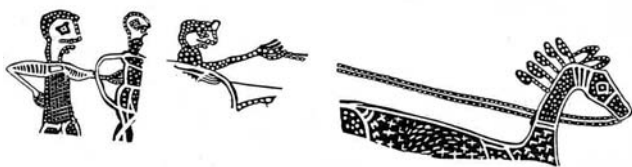


Figura 43
Carro ligero, abierto, con un bastidor o varilla que no supera la cintura del auriga y asideros traseros de Tirinte del Heládico Final IIIC inicial (Crouwel, 1981: lám. 63a). Museo Nacional de Atenas.

Un fragmento de una crátera en *Rude Style* procedente de Ambelia, cerca de Morphou en Chipre aporta información sobre un problema que existe con estos nuevos carros ligeros del Heládico Final IIIC, el número de radios en las ruedas, pues representa una rueda de 10 radios (Catling, 1968: 48, lám. 21/2), pero es un dato que aún precisa de una confirmación más amplia con nuevos hallazgos de

representaciones de carros de la Grecia continental, puesto que los carros del Geométrico Final volvieron a la rueda de 4 radios.

Si tenemos en cuenta la presencia de los asideros traseros, la impresión es que la llegada de estos carros a la Península Ibérica debió producirse durante el Heládico Final IIIB, *ca.* 1325-1185 a.C., paralelo al Bronce Final IIA-IIIB, *ca.* 1325/1300-1150 a.C., coetáneo con la aparición de las espadas pistiliformes en la Península Ibérica, en un momento previo a la aparición de la metalurgia Hío-Baiões, estimulado paralelamente con la distribución de las cráteras micénicas con decoración de carros. Aunque estos asideros traseros parece que desaparecieron durante el Heládico Final IIIC, o al menos fueron menos marcados, no cabe descartar un desarrollo específico en la Península Ibérica de este tipo de carros, manteniendo su iconografía original, una vez que se generalizó su uso entre una élite restringida de guerreros.

La coexistencia de representaciones de carros junto con espadas, de hoja pistiliforme desde nuestro punto de vista, en estelas como Solana de Cabañas (Cáceres), Torrejón el Rubio I (Cáceres), Valencia de Alcántara I (Cáceres) o Cabeza del Buey I (Badajoz), creemos que apoya esta propuesta de sincronía, y ayuda a encuadrar la presencia de los primeros carros en la Península Ibérica (figura 44).

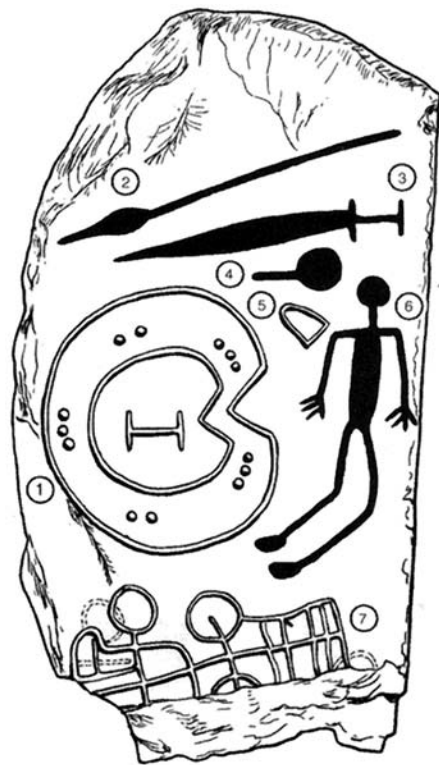


Figura 44
Presencia de carro y espada pistiliforme en la Estela de Solana de Cabañas (Cabañas del Castillo, Cáceres) (Harrison, 2004: 219, fig. cat. 22/2).

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación que se inserta dentro del proyecto de investigación BHA2000-0736 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, dirigido por M. Almagro Gorbea. Queremos agradecer la cesión del artículo en prensa de C. González Ledesma.

ABSTRACT

The social importance of chariots is evident from the beginnings of the second millennium BC when, in the Near East and the Aegean, they were used in military parades and ceremonial processions, indicating that the iconography was directly associated with royalty. For this reason, of all the warlike objects represented on the decorated stelae, the chariot is the best indicator of the social inequality evident during the Late Bronze Age.

The daily function of the chariot was the rapid and comfortable transport of one or two people and occasional employment in the hunt. The military use of the chariot was the same as in the

Aegean; employment in parades, where the height of the chariot raised the driver above the foot soldiers; the rapid displacement of the leader to the place of combat after which he could fight on foot; and the possible withdrawal of the injured leader during combat, avoiding the demoralization of the troops.

The arrival of the first chariots to the Iberian peninsula was during the Late Helladic IIIB, ca. 1325-1185 BC, parallel to the Late Bronze IIA-IIB, ca. 1325/1300-1150 BC, and was contemporary with the appearance of leaf-shaped swords in Iberia, also represented in some stelae. The general use of the chariot in inner Iberia was probably stimulated by the introduction into the area of Mycenaean craters with chariot decoration designed to be used in banquets. These craters with chariot decoration were largely exported from the Mycenaean World, being especially popular in Cyprus for tomb deposition, but, however, not in Ugarit or Mycenaean Greece, which would indicate that this mode of representing chariots was taken to the Iberian Peninsula by Cypriot sailors and merchants.

CONTACTOS PRECOLONIALES, ACTIVIDAD METALÚRGICA Y BIOGRAFÍAS DE OBJETOS DE BRONCE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Xosé-Lois Armada Pita*, Núria Rafel Fontanals** e Ignacio Montero Ruiz***

CONTACTOS PRECOLONIALES, DIÁSPORA FENICIA Y METALURGIA

Desde dos puntos de vista complementarios, los metales siempre han estado estrechamente vinculados al debate sobre la «precolonización». Por un lado, los objetos metálicos —principalmente de bronce, pero también de oro o hierro— han sido uno de los principales argumentos para la definición de una etapa precolonial en la Península Ibérica o, al menos, para sostener la presencia de gentes mediterráneas en momentos anteriores a los primeros asentamientos coloniales fenicios. Por otro, el supuesto interés en los recursos minero-metalúrgicos del Mediterráneo occidental y el ámbito atlántico ha sido probablemente la hipótesis más aludida a la hora de explicar tanto los contactos precoloniales como el posterior proceso colonial fenicio.

En cuanto concierne a lo primero, el problema de los objetos del Mediterráneo oriental y central en la Península Ibérica aparece planteado, por ejemplo, en la *Etnología de la Península Ibérica* de Bosch Gimpera (2003 [1932]: 228-252), donde ya se consideran fíbulas, espadas o hachas de apéndices laterales, así como algunos de los depósitos más emblemáticos, entre ellos el de Monte Sa Idda. Bosch contempla también, aunque obviamente desde perspectivas distintas, temas que actualmente siguen conformando la agenda de la investigación, como los contactos entre ambos extremos del Mediterráneo, el tráfico de metales o los movimientos de pueblos mediterráneos en época postmicénica (Bosch Gimpera 2003 [1932]: 237-252).

A partir de los años 60 y 70, el problema de las relaciones mediterráneas tiene cabida en las principales síntesis sobre el denominado Bronce Atlántico, como las de

Briard (1965), Coffyn (1985) o Fernández Manzano (1986). En estas meritorias obras se prima el enfoque tipológico como base para la elaboración de cronologías y para la identificación de áreas de origen o influencia. El encuadre de la perspectiva cronotipológica en modelos explicativos más generales —que suelen conceder especial importancia a la circulación de metal— es algo posterior y lo encontramos en trabajos como los de Frankenstein (1997), Ruiz-Gálvez (1986) o Giardino (1995). Sin embargo, es probablemente Almagro-Gorbea (1989 y 1992) quien desde finales de los 80 pone mayor énfasis en la definición de una etapa precolonial que preludia «*los contactos coloniales fenicios más regulares e intensos del período orientalizante*» (Almagro-Gorbea 1989: 280). La base continúan siendo materiales metálicos, que en su artículo de 1989 cifra en más de 60 objetos reales, caracterizados como bienes de prestigio, además de casi 100 representaciones en las estelas de guerrero¹. Dos años antes había aparecido la primera edición del libro *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, de honda repercusión en la historiografía posterior y en el cual su autora criticaba de forma severa la idea de la precolonización (Aubet 1987).

Al margen de la identificación de objetos mediterráneos en Occidente, la cuestión del tráfico de metales se encuentra siempre presente en las obras de síntesis y/o divulgación (p. ej. Briard 1979; Frankenstein 1997; Kristiansen 2001; Cunliffe 2001), apreciándose una evolución hacia posturas más mesuradas y hacia explicaciones menos simplistas y monocausales del proceso.

En los últimos quince años el modelo más extendido para el análisis del comercio mediterráneo a fines de la Edad del Bronce ha sido el de los Sistemas Mundiales o de tipo centro-periferia (Aubet 2007: 73-90; Bietti Sestieri 2004: 8-9; Hodos 2006: 6-7; Mederos 1995b; Kristiansen y Rowlands 1998; Rowlands 1987), aunque ambos enfoques no pueden considerarse totalmente sinónimos. Como es sabido, la idea de los Sistemas Mundiales, aunque cuenta en el ámbito de la arqueología con el precedente destacado de V. G. Childe, surge básicamente en la década de los 70 de la mano de sociólogos e historiadores como I. Wallerstein, A. G. Frank o J. Friedman (Mederos 1995b: 136-137; Aubet 2007: 73-83; Hodos 2006: 6) y para el ámbito que nos ocupa es desarrollado

*Becario postdoctoral del Ministerio de Educación y Ciencia. Department of Archaeology, Durham University. South Road. Durham DH1 3LE. United Kingdom. E-mail: loisarmada@yahoo.es

**Profesora Titular de Prehistoria. Departament d'Història, Universitat de Lleida. Plaça Víctor Siurana 1. 25003 Lleida (Spain). E-mail: nrafel@historia.udl.es.

***Científico Titular. Departamento de Prehistoria, IH, CSIC. Serrano 13. 28001 Madrid (Spain). E-mail: imontero@ih.csic.es.

¹ Los objetos representados en las estelas han sido el otro gran pilar sobre el que asienta la hipótesis precolonial, nuevamente sobre la base de los objetos mediterráneos representados en las mismas (recientemente Galán 1993; Celestino 2001a; Harrison 2004, los dos primeros con una detallada historia de la investigación precedente). No obstante, como ha señalado Galán (1993: 74-75), «*tampoco parece aceptable sin más argumentos que las representaciones en las estelas puedan equipararse a objetos reales*». Han sido también una constante los debates sobre las influencias (egeas, sirio-palestinas y chipriotas, fenicias, etc.) reflejadas en las representaciones (p. ej. Bendala 1977 y 1997; Almagro-Gorbea 1989, etc.).

sobre todo por Andrew y Susan Sherratt o Kristian Kristiansen desde inicios de los años 90 (Sherratt 1993a, 1993b y 1994; Sherratt y Sherratt 1991; Sherratt y Sherratt 1993; Kristiansen 1991 y 2001; Frank 1993)².

A inicios de dicha década, Gilman definió la teoría de los Sistemas Mundiales o del centro-periferia como «*el esfuerzo más prometedor [en la prehistoria mediterránea] para situar el contacto en un contexto procesual*» (Gilman 1993: 106). En el ámbito de las sociedades preclásicas del Mediterráneo, dichos enfoques supusieron una alternativa viable al autoctonismo procesual liderado por Renfrew, al dar prioridad al estudio socioeconómico de las comunidades locales y al establecer como condición para el funcionamiento del sistema una interdependencia entre dos áreas, según la cual las dinámicas y acontecimientos producidos en una de ellas tendrían efectos sustanciales en la otra (Gilman 1993: 108; Mederos 1995b: 138-40; Ruiz-Gálvez 1998a: 272; Sherratt 1993b; Kristiansen 2001)³.

Este modelo general, como puede suponerse, admite diversos matices y aplicaciones. Por ejemplo, existen semi-periferias que comparten rasgos de las dos zonas anteriores: explotan y al mismo tiempo son explotadas (Hodos 2006: 6; Aubet 2007: 81). Por otro lado, el grado de relación e interdependencia entre centro y periferia es variable, detectándose también redes de alianzas que interactúan con un elevado grado de independencia y sin una estructura centro-periferia perfectamente definida (Kristiansen 2001: 227; Mederos 1995b: 138). Otra alternativa la propuso Andrew Sherratt (1994) añadiendo el concepto de *margen* a los de *centro* y *periferia*, para incluir en el mismo las áreas ajenas a las tensiones entre el centro y la periferia pero susceptibles de recibir elementos aislados de comercio que no suponen un cambio en las estructuras locales. Este modelo ha sido adaptado por Ruiz-Gálvez (1995f: 141-55; 1998a: 272-289) para el ámbito atlántico, construyendo a partir del mismo un interesante cuadro para explicar las dinámicas de contacto e interacción entre Atlántico y Mediterráneo durante los siglos XIII-VIII a.n.e. Las críticas al modelo centro-periferia han sido diversas en los últimos años y proceden en buena medida del ámbito de las perspectivas postcoloniales (Aubet 2007: 90-95; Hodos 2006), que —entre otros aspectos— cuestionan las relaciones de dominación y

explotación conceptualizando el centro y la periferia como ámbitos no excluyentes y necesitados de cooperación mutua (Hodos 2006: 6-7). Se ha denunciado también que el modelo implica una visión determinista, al otorgar al centro la iniciativa del devenir histórico (Dietler 2005; Aubet 2007: 82).

Desde el punto de vista de la organización de los tráfico, la visión más extendida sitúa como agentes de los contactos precoloniales a navegantes privados o pequeños empresarios que protagonizarían la actividad comercial en el Mediterráneo entre la caída de los sistemas palaciales y el inicio del proceso colonial fenicio (Ruiz-Gálvez 2005a y 2005b; Hodos 2006: 3-5; López Castro 2001: 89-90; Knapp 1993; Sherratt 1998 y 2000; Sherratt y Sherratt 1993; Deger-Jalkotzy 1998). En este proceso los navegantes del Mediterráneo central y occidental no tendrían un papel meramente pasivo y, de hecho, la capacidad náutica de sardos y sículos ha sido destacada en diversas ocasiones (Giardino 1995: 259-268, 281-286; Guerrero 2004d; Torres 2005). La importancia de la búsqueda y aprovisionamiento del metal en este proceso se reconoce de manera bastante generalizada. De hecho, algunos autores críticos con la idea de precolonización han explicado la presencia de objetos precoloniales en la Península Ibérica a partir del bien documentado tráfico de metales entre el Atlántico y el Mediterráneo central (Aubet 1994: 177-87, esp. 186; López Castro 2001)⁴.

Las distintas visiones en liza de «lo precolonial» condicionan de un modo u otro el debate sobre los orígenes, causas y motivaciones de la diáspora colonial fenicia. Las coordenadas básicas de dicho debate han sido sintetizadas recientemente por diversos autores⁵, por lo que sólo nos detendremos de forma somera en el papel otorgado a los metales en cuanto motor del proceso expansivo.

La necesidad de aprovisionamiento de recursos metalúrgicos como motivación principal de la diáspora fenicia ha sido un argumento muy reiterado en la investigación del siglo pasado. Como señalan Orejas y Montero (2001: 126-27), la hipervaloración de la minería y la metalurgia peninsulares tiene básicamente dos raíces, en concreto la imagen de las riquezas minerales transmitida por los autores antiguos y la espectacularidad de los trabajos mineros en algunas zonas hasta épocas muy recientes.

² Es conveniente señalar, no obstante, que la tesis doctoral de S. Frankenstein, defendida en 1977 aunque inédita durante veinte años (Frankenstein 1997), incorporaba ya un enfoque de «sistema mundial» con áreas centrales y periféricas bajo la influencia explícita de Wallerstein (Frankenstein 1997: 7-9, 277).

³ Dichos efectos relevantes irían más allá de una simple transformación de los patrones de consumo y ostentación, comprendiendo, por ejemplo, el cambio en las estrategias fundamentales de explotación (Gilman 1993: 108).

⁴ En la última parte de este trabajo volveremos de manera explícita sobre esta cuestión.

⁵ P. ej. Arruda (1996), Alvar (1999 y 2001a), López Castro (2001), Vives-Ferrándiz (2005: 74-77) y Aubet (2006).

Una de las propuestas más conocidas fue planteada por Frankenstein (1979 y 1997), quien relacionó la expansión fenicia y la explotación de la riqueza metalúrgica de la Península Ibérica o Cerdeña con la presión fiscal ejercida por el imperio asirio sobre Tiro y otras ciudades-estado fenicias⁶. En dirección opuesta han argumentado autores como Muhly (1998), en cuya opinión la abundancia de metales autóctonos en Oriente no justificaría un proceso colonial orientado a buscarlos en ámbito peninsular⁷. En la investigación española, planteamientos en similar dirección han sido esbozados por J. Alvar y C. G. Wagner en distintos trabajos (Alvar 1999 y 2001a; Wagner 2001 y 2005; Wagner y Alvar 1989), en algunos de los cuales defienden una «colonización agrícola» relacionada con la degradación medioambiental de la costa sirio-palestina y la consiguiente salida de contingentes humanos. En opinión de Alvar (2001a: 22), las circunstancias sociopolíticas establecen la necesidad de abastecimiento de metales en un momento posterior del establecimiento colonial, pero no en sus inicios⁸.

Desde nuestro punto de vista, la propuesta más verosímil es la que sostiene que fueron diversos –e interrelacionados– los factores que incidieron en la expansión fenicia, siendo el comercial probablemente el más relevante (Aubet 1994; Arruda 1996: 38-39; Vives-Ferrándiz 2005: 77). En opinión de Aubet (1994: 71), una de las principales cuestiones a aclarar sería *«en qué momento resultó necesario o rentable para Tiro y otras ciudades fenicias organizar una empresa naval que, sin duda, implicaba un riesgo y, sobre todo, unos costos considerables para el estado»*. Dentro del vector comercial es indudable el papel desempeñado por el metal, que queda de manifiesto en el fuerte incremento de las actividades mineras en el SO de la Península Ibérica a partir de la creación de colonias fenicias estables (Aubet 1994 y 2002b; Arruda 1996 y 2005a: 296; Hunt 2003; Orejas y Montero 2001). Desde esta perspectiva debe entenderse también la fundación de Gadir, como un centro privilegiado en el control y gestión de la ruta hacia el Atlántico y, al mismo tiempo,

conectado con las áreas mineras del interior (Aubet 2002b y 2006; Arruda 1996: 39; Cunliffe 2001: 306). Aubet (2006: 106) ha señalado acertadamente la complejidad administrativa y socioeconómica que debió estar detrás del elevado volumen de producción de los centros mineros de plata tartésica durante los ss. VIII y VII a.n.e., que implicaría una sofisticada organización del proceso productivo y la existencia de una red que asegurase el flujo continuado del metal producido desde los centros del interior hasta los puertos de Gadir y Huelva y, de ahí, a otras áreas del Mediterráneo; en este contexto es viable proponer la implicación directa de las instituciones políticas de Tiro (Aubet 2006: 106).

En el marco de los debates aludidos, ha gozado de una aceptación más unánime la idea del interés fenicio hacia el estaño atlántico⁹, en parte debido a que las fuentes de este metal son escasas en el Mediterráneo (Pare 2000a: 7-8, 24-32; Orejas y Montero 2001: 129; Giunilia-Mair y Lo Schiavo 2003; Kassianidou y Knapp 2005: 223-225). No en vano, los modestos depósitos de minerales de estaño de Cerdeña han sido mencionados como una posible motivación para la presencia de mercaderes chipriotas y micénicos en la isla (Kassianidou y Knapp 2005: 225), al tiempo que el mismo interés en los recursos estanníferos peninsulares podría explicar –según estos mismos autores– la aparición de los fragmentos micénicos de Montoro.

Aunque progresivamente contamos con mejores evidencias de producción de este metal en el Bronce Final peninsular (p. ej. Rodríguez Díaz *et al.* 2001), la cuestión del estaño atlántico necesita una mejor contrastación arqueológica¹⁰. Aun así, resulta del mayor interés en este contexto el reciente panorama expuesto por Arruda (2005a) acerca de la presencia fenicia en la costa portuguesa. Tal como señala esta investigadora (Arruda 2005a: 294-297), la actividad colonial fenicia en el Atlántico no fue progresiva en dirección ascendente, sino que tuvo lugar siguiendo objetivos concretos y previamente definidos; así, la presencia fenicia más antigua se documenta en

⁶ Como señala Aubet (2007: 87-88) en su resumen de dicha hipótesis, *«A cambio de independencia y relaciones comerciales preferentes, la imposición regular de tributos habría obligado a Tiro y Sidón a canalizar las materias primas y metales preciosos procedentes de las colonias hacia un sistema económico regional bajo dominio asirio. Bajo esta óptica, las colonias fenicias fueron la lejana periferia del sistema económico regional asirio»*.

⁷ Este trabajo ha tenido un cierto eco en el debate español y portugués (p. ej. Moreno Arrastio 1999; Orejas y Montero 2001; Arruda 2005a: 294).

⁸ Según este autor, *«...las empresas fenicias destinadas a la explotación de los recursos metalíferos de la Península Ibérica parecen más bien objetivos sobreañadidos en una estructura comercial suficientemente sólida y satisfactoria para las necesidades que era preciso cubrir, como se aprecia en las listas de tributos de Asurnasirpal»* (Alvar 2001a: 22).

⁹ Pueden verse, entre otros, Padró (1983), Aubet (1994 y 2002b), Alvar (1999: 364-71), Cunliffe (1999 y 2001: 302-8), Pellicer (2000: 93-97), Orejas y Montero (2001) o González de Canales *et al.* (2004: 209).

¹⁰ Aun destacando la ausencia de otras evidencias arqueológicas consistentes, S. Rovira (2004: 32) señala que las tasas medias de estaño en objetos del Bronce Final peninsular son variables a escala regional, observándose una buena relación de proximidad-alejamiento a las áreas estanníferas de Galicia, N de Portugal, Salamanca, Zamora y Extremadura; este hecho sugiere que los recursos de estaño peninsulares ya eran explotados en el Bronce Final, proporcionando mineral *«a un entorno más o menos definido»* (Rovira 2004: 32).

los valles del Tajo y el Mondego, probablemente con la intención de acceder a los recursos de estaño y otros metales de zonas como la Beira Baixa, en las que aparecen materiales de hierro de cronología antigua y se registran contactos mediterráneos de cronología precolonial. Por su parte, Alvar (1999: 364) ha defendido también que la ruta del estaño fue frecuentada por los fenicios antes de la fundación de emporios estables, dándose por lo tanto un Modo de Contacto no Hegemónico en la fachada atlántica con anterioridad a los enclaves coloniales¹¹.

El avance de la investigación, a pesar de los problemas que plantea cuantificar las escalas de producción o detectar labores mineras antiguas, permite progresivamente una mejor ponderación de estos aspectos. En ello ha tenido bastante que ver la aplicación de los análisis de isótopos de plomo, que ha permitido avances importantes en el estudio de la circulación de metales en el Mediterráneo oriental y central¹². En la Península Ibérica el volumen de datos es bastante inferior (Montero y Hunt 2006: 91), aunque se han efectuado estudios sistemáticos en el SO (Hunt 1998, 2001, 2003 y 2005), en el SE para los periodos Calcolítico y argárico (Stos-Gale *et al.* 1999) y empezamos a contar con información muy aprovechable en el NE en particular y la fachada mediterránea en general¹³.

Como puede suponerse, en la presente contribución no pretendemos dar una respuesta concluyente a estos problemas, sino únicamente considerar una parte de la documentación arqueológica con el objetivo de ofrecer una visión actualizada sobre la relación de los contactos precoloniales con el aprovisionamiento, circulación y consumo del metal. Hemos destacado ya que los testimonios de conexiones mediterráneas han sido valorados en diversas ocasiones desde un punto de vista tipológico y de inventario, aunque con algunos titubeos en su adscripción. En parte estas discusiones derivan de una visión dualista o binaria de los objetos arqueológicos (local vs. importado o atlántico vs. mediterráneo) que es necesario discutir reconociendo la existencia de procesos de interacción y de producciones híbridas¹⁴. Aceptamos la necesidad de los estudios centrados en la tipología, cronología y origen geográfico de los objetos, pero este

tipo de aproximaciones tienen sus límites y es pertinente plantear nuevos temas (Armada e.p.).

Dos conceptos empleados en el título de este trabajo requieren una mínima aclaración. Al hablar de actividad metalúrgica nos referimos a un conjunto amplio de procesos que comprende, entre otros, las labores mineras, la obtención del metal, la fabricación de objetos o incluso el transporte de minerales y metales, ya sea en forma de lingotes o de objetos fabricados. Todas ellas son actividades estrechamente relacionadas y, en mayor o menor medida, sujetas a las transformaciones que acontecen en el período aquí considerado. En segundo lugar, la idea de objetos «con biografía» o «con vida social» implica superar la visión estática de la cultura material y asumir que los objetos pueden experimentar avatares muy diversos desde su fabricación; y, al mismo tiempo, que dichos avatares pueden influir en la valoración de dicho objeto por parte de una determinada sociedad (Gosden y Marshall 1999; Knapp 2006). Es probable que los productos metálicos mediterráneos llegados a la Península durante el Bronce Final trajesen asociadas connotaciones simbólicas —de origen lejano y/o mítico, antigüedad, etc.— que jugarían un papel activo en la manipulación del pasado y en la invención de genealogías, recursos que las élites emergentes podrían emplear para inventarse un linaje heroico y justificar sus derechos (Armada e.p.; Ruiz-Gálvez 2005a; González Ruibal 2007: 267).

Así pues, uno de los problemas que consideramos clave para el análisis de la cuestión que se discute en este libro es el relativo al significado y funcionalidad de los objetos. Se ha planteado, por ejemplo, que algunos de los más conocidos bronce de adscripción precolonial, como los cuencos y soportes con ruedas de Baiões, llegan al ámbito atlántico como chatarra, siendo valorados únicamente como metal destinado a refundición. Aunque aquí defenderemos una visión opuesta, lo que nos interesa destacar ahora es que las diferentes interpretaciones posibles implican visiones muy distintas sobre el grado de interacción entre las comunidades peninsulares y las mediterráneas. Es un debate que atañe a aspectos socioeconómicos de carácter general, pero también a cuestiones muy concretas de tecnología metalúrgica que se han discutido

¹¹ El concepto de Modo de Contacto no Hegemónico, en cuanto opuesto al Modo de Contacto Sistemático, es una sugerente propuesta de Alvar (1997, 1999, 2000 y 2001a) como alternativa al término «precolonización».

¹² Entre la mucha bibliografía disponible puede consultarse Knapp y Cherry (1994), así como el debate generado en *Journal of Mediterranean Archaeology* 8.1 (1995) en torno al artículo de Budd *et al.* (1995). Discusiones más recientes en Begemann *et al.* (2001), Gale (2001), Kassianidou (2001), Knapp (2000) o Stos-Gale (2000). Para la explicación del método y sus aplicaciones pueden verse también Hunt (1998 y 2003), Montero (2002), Montero y Hunt (2006) o Rohl y Needham (1998).

¹³ Análisis efectuados dentro del proyecto en curso «Plata Prerromana en Cataluña» (HUM2004-04861-C03-00), en el que participamos los firmantes de este trabajo.

¹⁴ El concepto de hibridación y la crítica a las visiones binarias o dualistas han sido desarrollados en los últimos años por arqueólogos que se ocupan de las colonizaciones mediterráneas desde una perspectiva postcolonial (p. ej. Van Dommelen 2000 y 2005; Gosden 2004; Antonaccio 2005; Vives-Ferrándiz 2005; Hodos 2006).

largamente, como por ejemplo la adopción y uso de la fundición a cera perdida (Armbruster 2000 y 2002-2003; Jiménez Ávila 2002 y 2004; Perea 2006: 54-55).

Otro aspecto a discutir, ya aludido, es en qué medida la dinámica de contactos establecida durante el Bronce Final contribuye a explicar el proceso colonial fenicio. Dicho de otro modo, se trata de establecer el grado de relación entre los contactos entre Atlántico y Mediterráneo durante el Bronce Final y el posterior establecimiento de colonias fenicias. Adelantamos ya que, en nuestra opinión, dicha relación es evidente y que las raíces de la expansión se sitúan en la red comercial indígena del Bronce Atlántico (Gilman 1993: 109). Esto no implica que la dinámica de interacción establecida durante el Bronce Final tenga como objetivo anticipar o preparar la fundación de enclaves coloniales, pero es indudable que configura un marco (desarrollo económico, evolución de las técnicas minero-metalúrgicas, conocimiento de las rutas de navegación, etc.) que facilita y permite comprender dicho proceso.

Un tercer problema en el que entraremos es el de la circulación y uso de metales de fabricación o tipología preferencia en un contexto ya colonial (Fernández-Miranda 1984: 368; Frankenstein 1979 y 1997). De hecho, creemos que las cronologías altas que se barajan actualmente para los inicios de la colonización obligan a replantear si una parte de lo considerado precolonial no habrá en realidad llegado a territorio peninsular por vía fenicia. Pero, al margen de que determinados tipos de hachas, espadas o fíbulas de tradición anterior se muevan en circuitos fenicios, otra cuestión más peliaguda es que formas y estilos de clara tradición preferencia comparezcan en la Península Ibérica en contextos tan tardíos como el s. VI a. n. e. Nos referimos por ejemplo al soporte de Les Ferres de Calaceite –con sus paralelos franceses de Couffoulens y Pézenas–, a los fragmentos de trípode de La Clota o a los colgantes zoomorfos del NE peninsular, manufacturas que incluyen decoraciones y motivos (sogueados, espirales, cadenillas, etc.) con analogías evidentes en la bronceística sardochipriota de cronología precolonial. Las dos opciones posibles (Rafel 1997, 2005 y 2003: 84) para explicar este fenómeno son 1) que nos encontremos ante piezas con una circulación prolongada; o 2) que sean producciones tardías que recogen tradiciones decorativas y estilísticas de varios siglos de antigüedad. En este segundo caso, nos enfrentaríamos al reto de determinar si dichas tradiciones son resultado de su pervivencia en ámbito

peninsular o de renovados contactos con el mundo centromediterráneo en los siglos VII-VI a. n. e.

La complejidad del problema es evidente, aunque estamos en condiciones de ofrecer aquí datos relevantes para el análisis de la cuestión. También –ya de entrada– nos parece oportuno señalar que las posibilidades mencionadas no resultan excluyentes entre sí, sino más bien perfectamente complementarias.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto, el presente trabajo se estructura básicamente en torno a dos bloques (epígrafes tercero y quinto), destinados al análisis de las producciones metálicas de momentos precoloniales y coloniales. Tras una breve exposición de la problemática cronológica, el tercer apartado considera los indicadores arqueológicos –en concreto, objetos de bronce– de la interacción entre Atlántico y Mediterráneo en el Bronce Final II-III (c. 1100-850 cal ANE). A continuación aportamos algunos argumentos para la interpretación de estos materiales en el marco de las relaciones precoloniales y la posterior irrupción del sistema colonial fenicio. En el quinto apartado abordamos el referido problema de la comparencia de fórmulas decorativas y estilísticas de tradición preferencia en momentos claramente posteriores a su período de auge. Finalmente, cerraremos nuestra contribución planteando una visión de síntesis y algunas reflexiones sobre los temas que se abordan a lo largo de la misma.

CONSIDERACIONES CRONOLÓGICAS

La historia no es tal sin fechas, como Colin Renfrew ha recordado en alguna ocasión¹⁵. No es ocioso repetirlo aquí en la medida que en algunas ocasiones las discusiones cronológicas en arqueología han llegado a percibirse como bizantinas o carentes de interés.

El análisis de los problemas aquí considerados tiene un trasfondo cronológico muy fuerte. Hablar de circulación de metales y de circulación de objetos en tan largas distancias obliga a casar secuencias cronológicas de diversos ámbitos y con problemáticas específicas, lo que en ocasiones resulta especialmente complicado. A ello se unen problemas inherentes al registro arqueológico con el que trabajamos: los depósitos de objetos metálicos –una de nuestras principales fuentes de información– a menudo integran objetos de cronologías diferentes y suelen ser hallazgos casuales en contextos sin estratigrafía arqueológica ni material datable por radiocarbono¹⁶.

¹⁵ «History needs dates. Chronology is the backbone of archaeology as well as of history. For without a time framework there can be no established sequence of events, no clear picture of what happened in the past, no knowledge of which significant development came first» (Renfrew 1991: xiii).

¹⁶ Parece pertinente subrayar, no obstante, que el método de datación por AMS está siendo utilizado con resultados satisfactorios para fechar restos de materia orgánica conservados en algunos objetos metálicos, como por ejemplo la madera en el interior de piezas tubulares (Needham *et al.* 1997; Bronk Ramsey *et al.* 2002; Needham y Bowman 2005).

Es necesario reconocer, al mismo tiempo, que las excavaciones de los últimos años han ido acompañadas de un empleo mucho más frecuente de dataciones radiométricas, lo que ha servido en muchos casos para establecer de manera más fiable la cronología de algunos objetos, de algunas evidencias de producción metalúrgica o de las primeras importaciones de hierro; a este respecto, los yacimientos portugueses vienen proporcionando información de gran relevancia (Senna-Martinez 2000a y 2002; Arruda 2005a; Torres *et al.* 2005; Vilaça 2006a). Otro problema cronológico que nos concierne de manera muy directa es el de los orígenes de la colonización fenicia en el Mediterráneo occidental¹⁷. Las situaciones coloniales implican modos de contacto y relaciones de producción claramente diferenciadas de las que tienen lugar en el momento precolonial precedente (Alvar 1997, 1999 y 2000), de ahí que resulte importante situar con precisión la producción, circulación y amortización de metales en dichos contextos históricos.

Hemos considerado oportuno citar estos temas, pero desarrollarlos en extensión nos alejaría del objetivo de estas páginas. Por esta razón nos limitaremos a exponer algunas observaciones pertinentes para seguir el discurso aquí desarrollado, principalmente en cuanto concierne a la periodización del Bronce Final en ámbito peninsular.

En el coloquio de Beynac, Gómez de Soto (1991) planteó una propuesta de periodización que sería luego asumida por otros investigadores españoles (Ruiz-Gálvez 1995e y 1998a; Armada 2002 y 2005b). El citado autor paraleliza el horizonte metalúrgico de Saint-Brieuc-des-Iffs/Wilburton (BF II atlántico), en el cual se encuadra el depósito inglés de Isleham, con la cultura de Rhin-Suisse-France Orientale del Hallstatt A2-B1, cuyo origen se puede establecer por dendrocronología en torno a 1100 ANE; el fin de este período se fija sobre el 900 o tal vez un poco antes, datación que viene establecida por los resultados dendrocronológicos obtenidos en la estación de Landeron, en la región de Neuchâtel, y en Duingt-le-Roselet, en el lago d'Annecy, con materiales de transición entre Ha. B1 y Ha. B2 en el primer caso y del Ha. B2 en el segundo, lo cual establece la necesidad de revisar el horizonte de las espadas de lengua de carpa (BF III atlántico), situando su origen en torno al 950-940 (Gómez de Soto 1991: 370-71). De este modo se obtendría una periodización que sitúa el Bronce Final I en torno a 1250/1200-1100 ANE, el BF II en 1100-940 ANE y el BF III en 940-750 ANE.

Creemos que esta periodización con tres subetapas define a grandes rasgos la secuencia cronológica del Bronce Final, aunque su aceptación dista de ser unánime. Así por ejemplo, Castro *et al.* (1996: 254) han establecido una secuencia Penard (c. 1500-1200), Huelva (c. 1250-950 cal ANE) y Baiões-Vénat (1000-800 cal ANE), aceptando la propuesta de datación de Carrasco *et al.* (1985) para la espada de Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada). Por su parte, Mederos (1997a y 1999a) es partidario de un Bronce Final de larga duración, cuestionando el concepto de Bronce Tardío y situando el origen de su Bronce Final IA en 1625 ane (Mederos 1997a: 78, tabla 3).

Tampoco existe unanimidad en cuanto a la ubicación cronológica de algunos de los conjuntos metálicos más significativos, como reflejan las propuestas de periodización ya comentadas. No obstante, la tendencia a designar fases cronológicas con el nombre de los depósitos o conjuntos metálicos más significativos ha ido en aumento. Pese a la propuesta contraria de Castro *et al.* (1996), la mayoría de los autores considera que las espadas de lengua de carpa definen el inicio de la tercera fase del Bronce Final; sin embargo, Burgess y O'Connor (2004) han planteado recientemente que el considerado conjunto paradigmático de este período, el de la ría de Huelva, no contiene en realidad auténticas espadas de lengua de carpa, sino una variante anterior, y que los materiales que lo integran deben situarse en la fase Hío-Arganil, relacionable con Wilburton/St. Brieuc (Burgess y O'Connor 2004: 192). Otro conjunto que plantea problemas es el de Nossa Senhora da Guia (Baiões), en función del cual se fechan a menudo otros depósitos y materiales del ámbito peninsular. Como acabamos de ver, Castro *et al.* (1996: 254) relacionan las metalurgias de Baiões y Vénat, situándolas en la tercera subetapa del Bronce Final, en un arco cronológico c. 1000-800 cal ANE. En cambio Mederos (1997a: 77-78, tabla 2; 2005b: tabla 1) prefiere equiparar las fases Hío-Baiões conformando con ellas un Bronce Final IIC fechable entre 1150 y 1050 ane. En nuestra opinión estas aproximaciones parecen presuponer que todos los materiales de Nossa Senhora da Guia son coetáneos, lo que creemos discutible. Nos encontramos probablemente ante un conjunto heterogéneo, que integra materiales en diverso estado de conservación (algunos nuevos junto a otros ya amortizados) y en el cual no todos los tipos de objetos se producen necesariamente durante el mismo ciclo temporal. Por lo tanto, cuando se sitúa Baiões en

¹⁷ El debate al respecto es intenso desde hace unos años, como también reflejan las páginas de este libro. Además, pueden verse entre otros los trabajos de Aubert (1994), Castro *et al.* (1996), Torres (1998), González de Canales *et al.* (2004), Aznar *et al.* (2005), Mederos (2005a), Torres *et al.* (2005) o Brandherm (2006), así como los editados por Bartoloni y Delpino (2005), especialmente el de Botto (2005a).

alguna secuencia cronológica creemos que debería explicarse cuál es el parámetro de datación que se está empleando.

En su volumen todavía en prensa sobre las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares, Brandherm (ver Harrison 2004: 14, table 2.1) propone una secuencia de cinco fases, que serían: 1260-1200 Isla de Cheta¹⁸, 1200-1130 Huerta de Arriba, 1130-1050 San Andrés de Hío, 1050-930 Ría de Huelva (y quizá Baiões) y 930-750 Monte Sa Idda y Vénat (coincidiendo desde 850-800 con la presencia fenicia en la Península Ibérica) (Harrison 2004: 14-15).

No dudamos de la viabilidad de esta secuencia, pero no siempre es posible encajar en ella los depósitos y materiales peninsulares¹⁹. Por esta razón, consideramos preferible manejar una periodización en tres fases como la propuesta por Gómez de Soto (1991) o Burgess y O'Connor (2004: 193), con un Bronce Final I que terminaría hacia 1140/1100, un Bronce Final II que se extendería desde este momento hasta 1000/950 y una tercera fase, caracterizada por las espadas de lengua de carpa, que arrancarían entre 1000/950 y que, en el caso de la Península Ibérica, mostraría un desarrollo diferenciado debido a la irrupción del proceso colonizador fenicio desde c. 850-825 a.n.e.

Aunque objetos mediterráneos llegan a la Península desde momentos anteriores (Martín de la Cruz 1994; Brandherm 1996; Mederos 1999b; Vianello 2005), creemos que es en la segunda subetapa del Bronce Final cuando se establece una dinámica de interacción entre Atlántico y Mediterráneo con consecuencias claras en la producción y circulación de metales, que se manifiesta por ejemplo en la presencia de objetos peninsulares en Cerdeña (Giardino 1995; Lo Schiavo 1991), intensificada a partir del siglo X a.n.e. (Burgess 2001b: 179) dentro de una dinámica en la que seguramente no es irrelevante el papel de las primeras navegaciones fenicias hacia territorio peninsular. Este proceso es el que trataremos en los dos siguientes epígrafes.

En cuanto a los orígenes de la colonización fenicia, en los últimos años parece darse un cierto consenso a situarla en la segunda mitad del siglo IX y concretamente

en un arco temporal c. 850-825 cal ANE (Torres 1998; López Castro 2001: 92; Arruda 2005a: 281; Torres *et al.* 2005: 178-83, 194). Al mismo tiempo, se asume la lógica existencia de una fase precolonial fenicia²⁰ remontable al s. X y que parece quedar confirmada con el hallazgo de un importante lote de cerámicas en el casco antiguo de Huelva (González de Canales *et al.* 2004; Torres 2005), aludido por numerosos autores a lo largo de la presente monografía.

El panorama cronológico que hemos comentado aquí constituye una propuesta básica de trabajo que, obviamente, resulta susceptible de múltiples matices y precisiones. No obstante, creemos que proporciona un marco temporal en torno al cual organizar los problemas y cuestiones que se discuten en el presente estudio.²¹

INTERACCIÓN EN EL BRONCE FINAL II-III (C. 1100-850 CAL ANE): INDICADORES ARQUEOLÓGICOS

Como ya hemos señalado, el estudio de los objetos metálicos que atestiguan las relaciones bidireccionales entre el Atlántico y el Mediterráneo durante el Bronce Final tiene una tradición de varias décadas. Diversos autores (p. ej. Giardino 1995; Mederos 1996a y 1997b) han presentado en los últimos años inventarios actualizados y mapas de distribución, a los que remitimos para una perspectiva sistemática del problema. Giardino ha publicado una tabla (figura 1) que muestra la presencia de los distintos tipos de objetos en Italia continental, Sicilia, Cerdeña, Francia, Baleares, Península Ibérica e Islas Británicas, señalando los posibles centros de origen o irradiación para cada uno de ellos (Giardino 1995: 283, tab. IV; 2000: 103, tab. 6.1). Como puede suponerse, dicho esquema es susceptible de algunas precisiones y contiene algún que otro aspecto discutible, pero proporciona con una simple visual una sugerente panorámica de estas relaciones entre el Atlántico y el Mediterráneo centro-occidental²².

Por evidentes razones, no podemos emprender aquí una revisión pormenorizada de todos estos materiales,

¹⁸ El islote de Cheta se encuentra en el río Ulla, entre las localidades de Pontecesures y Catoira. El hallazgo de referencia consiste en una espada de lengüeta trapezoidal simple con dos remaches, un puñal con dos muescas en la lengüeta y una punta de lanza de hoja flameante (Peña Santos 1985; Meijide 1988: 4, 103, nº 1-2, lám. I.1-2).

¹⁹ Todavía en 1995 Ruiz-Gálvez reconocía las dificultades para adaptar la periodización trifásica propuesta por Gómez de Soto (1991) al registro peninsular: «Yo carezco de criterios que me permitan afinar tanto la cronología pero en términos generales, estas fechas me parecen aceptables y coincidentes con nuestras dataciones calibradas» (Ruiz-Gálvez 1995e: 82).

²⁰ Reconocida también para otras áreas del Mediterráneo (Gubel 2006).

²¹ En cuanto concierne al uso de dataciones absolutas, cabe indicar que todas las fechas radiocarbónicas han sido calibradas por nosotros mediante el programa Calib rev. 5.1. beta con la curva Intcal04 (Reimer *et al.* 2004).

²² La tabla no incluye columnas para otros ámbitos como el egeo, el chipriota o el sirio-palestino, que ayudarían a perfilar este cuadro de relaciones aun a costa de hacerla menos manejable.

	Continental Italy	Sicily	Sardinia	France	Balearics	Iberian Peninsula	Great Britain
Elbowed fibula with straight pin		***		•		•	
Double-edged razor, 'Pantalica' type		***					•
Serpentine fibula with straight pin	•	***		•	•	•	
Flat trunnion axe	•	***	•	•		•	
Serpentine fibula with elongated catch-plate and curved pin	***	***	•	•			
Shaft-hole axe	***	***	•	•		•	•
Flange-hilted sword, 'Monte Sa Idda' type	•		***			•	
Sword of the 'Vénat' group			•	***		•	
Articulated spit			•	***	•	***	•
Twin-looped palstave with plain blade			•	•		***	
Single-looped palstave with triangular outline			•			***	•
Sickle with elongated terminal knob, 'Castropol' type			•			***	
Sickle with elongated terminal knob, 'Rocanes' type			•			***	
Twin-looped flat axe			•			***	
Twin-looped socketed axe with square-shaped socket			•			***	
Single-looped socketed axe with square-shaped socket			•			***	
Elbowed fibula, 'Huelva' type			•	•		***	
Twin-looped palstave with ribbed blade		•	•	•		***	•
Flange-hilted sword, 'Huelva' type	•	•	•	•		***	
Double-spring fibula	•		•	•		***	
Single-looped flat axe		•				***	
Single-looped palstave with lozenge-shaped outline	•	•				***	•
Sickle with transverse socket			•	•		•	***
Sickle with longitudinal socket	•			•			***
Double-edged razor with oval blade, 'group C'		•		•			***
Flat axe with one loop and one spike		•	•			•	
Socketed arrowhead with ogival profile and spur	•	•	•		•	•	
Two-pieced elbowed fibula		•				•	
Socketed hatchet with square-shaped socket			•			•	
Elbowed fibula with 'horn' projections		•				•	
Pottery with burnished decoration			***			***	

Figura 1

Tabla de C. Giardino (2000: table 6.1) con la dispersión de tipos metálicos en el Mediterráneo central y occidental. Los tres puntos indican el probable centro de irradiación de cada tipo.

pero sí consideramos oportuno detenernos en algunos de ellos, bien sea porque resultan de interés para las cuestiones desarrolladas en el presente estudio o bien por la posibilidad de aportar nuevas perspectivas sobre los mismos. Con estos objetivos, nos detendremos ahora en soportes y trípodes, vajilla metálica, asadores articulados, ganchos de carne y algunos otros objetos de carácter más problemático. Por el contrario, no entraremos a considerar en extensión otros materiales que suelen tenerse como testimonios de estas relaciones, por ejemplo las hachas de apéndices laterales, algunos tipos de espadas, pinzas o fíbulas²³.

SOPORTES Y TRÍPODES

Los trípodes y soportes de tipo chipriota se sitúan entre las manufacturas de bronce más espectaculares de la pro-

tohistoria mediterránea y desde hace décadas han servido para valorar las relaciones entre las diversas áreas del Mediterráneo centro-oriental (Catling 1984; Matthäus 1985 y 1988; Lo Schiavo *et al.* 1985; Gras 1985: 102-105; Papasavvas 2004).

En la Península Ibérica conocemos varias piezas que, si bien no pueden considerarse importaciones del Mediterráneo oriental, sí acusan con claridad influencias de la bronceística sarda y chipriota de cronología precolonial. Nos referimos, en concreto, a los fragmentos de al menos tres soportes con ruedas procedentes del castro de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) (Silva *et al.* 1984; Silva 1986: 182, 206-207, est. XCVI), a los fragmentos de un trípode procedente de un sepulcro de La Clota (Calaceite, Teruel) (Rafel 2002 y 2003: 57-59,

²³ Pese a su indudable interés, las fíbulas del Bronce Final peninsular constituyen un tema de gran calado, cuyo tratamiento pormenorizado requeriría una monografía específica. Para una aproximación pueden verse los trabajos de Cáceres (1997), Carrasco y Pachón (2006a), Carrasco *et al.* (1999), Castro (1994), Celestino (2001a: 185-210), Delibes (1978 y 1981), Giardino (1995), Mederos (1996a), Ponte (1999b y 2002) y Ruiz-Gálvez (1986).

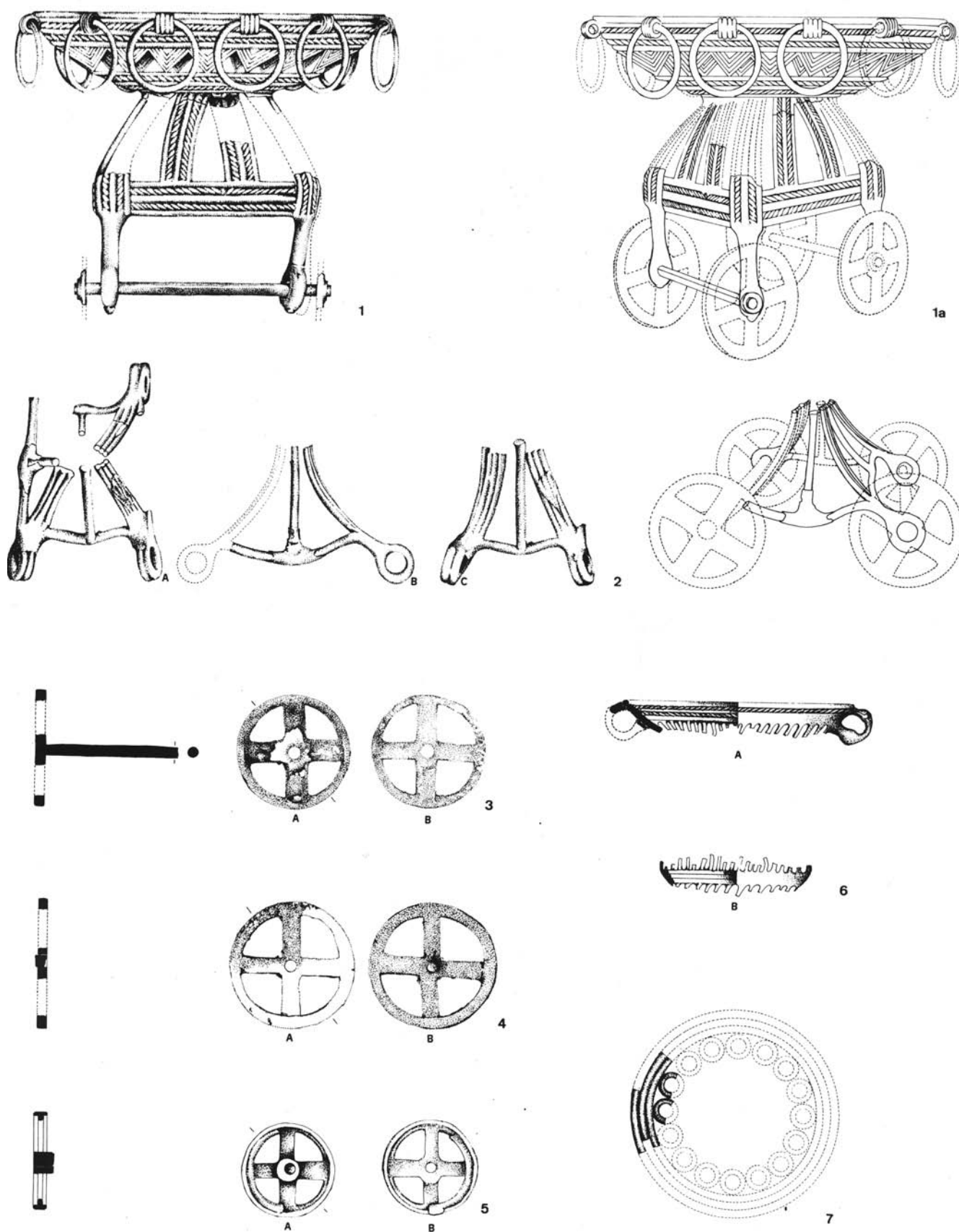


Figura 2
Fragmentos de soportes de bronce de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) (según Silva 1986: est. XCVI).

83-85, figura 31.3) y al conocido soporte de Les Ferreres (Calaceite, Teruel) (Cabré 1907-08 y 1942; Lucas 1982; Rovira y Armada e.p.), que cuenta con paralelos muy próximos en Couffoulens (Solier *et al.* 1976) y Pézenas (Llinas y Robert 1971). Los dos primeros casos, aun siendo de posible fabricación peninsular –como luego expondremos–, muestran afinidades evidentes con la bronzística sarda de imitación que se desarrolla en la isla durante los siglos XI-X a.n.e. El ejemplar de Les Ferreres de Calaceite y sus paralelos franceses, por su parte, recogen estas mismas influencias pero responden ya a un modelo occidental posiblemente tardío. Por esta razón, nos ocuparemos ahora de los casos de Baiões y La Clota, dejando para un apartado posterior el hallazgo de Les Ferreres. Comenzamos con una descripción de los materiales y sus contextos, abordando a continuación la problemática que plantean.

Los restos de soportes de Nossa Senhora da Guia (Baiões) (figura 2) aparecieron formando parte del gran lote de metales recuperado en el poblado en 1983 e interpretado con frecuencia como depósito de fundidor (Silva *et al.* 1984). Como ya hemos señalado, los fragmentos recuperados corresponden al menos a tres soportes con ruedas y con parte de ellos se reconstruyó en el Museo Monográfico de Conímbriga un ejemplar completo, que alcanza un peso total de 573 gr (Senna-Martinez y Pedro 2000b: 63, 71)²⁴. Las restantes piezas corresponden básicamente a las varillas que conforman el soporte de la copa de un ejemplar y a los restos con calados y decoración trenzada de un tercer carro; la existencia de tres tamaños de ruedas (figura 2.3-5) refuerza la hipótesis de un número mínimo de tres soportes de morfología similar aunque diferenciados.

El carro montado²⁵ (figura 2.1) presenta un cuerpo superior hemisférico o en forma de copa abierta consistente en dos bandas con decoración sogueada unidas mediante una faja de triángulos calados; dichas bandas exterior e interior contienen cinco filetes, tres lisos y los dos alternos sogueados. La banda superior incorpora en el borde un filete de mayor espesor, en cuyo exterior van fijados a espacios regulares 13 aros con sección de cuatro filetes en los cuales colgaban anillas móviles, de las que se conservan todavía cuatro. Esta decoración de filetes lisos se repite en los 16 triángulos de la parte central. El cuerpo superior se dispone sobre un soporte de pirámide cuadrangular elaborado a base de 12 placas con decoración

en sogueado, ocho en disposición vertical y las cuatro restantes en horizontal; las situadas en las esquinas se prolongan a modo de patas, con sección circular, terminando en anillas fijas donde se alojan los ejes de las ruedas, que son de sección poligonal redondeada en la zona de las anillas. Las ruedas tienen cuatro radios. La copa mide 15 cm de diámetro y 3'4 de altura; el soporte de pirámide cuadrangular tiene 5'1 cm de altura y 9'5 en la base; el eje de las ruedas mide 18 cm de largo y las ruedas tienen un diámetro de 5'3 cm (Silva 1986: 206-7, est. XCVI.1; Armbruster 2002-2003: est. IX).

La existencia de un segundo carro se propone a partir de un fragmento de soporte de pirámide cuadrangular (figura 2.2), de morfología relativamente similar a la pieza anterior, que se compone de varillas de dos y tres filetes lisos unidos entre sí, rematando en su parte inferior en anillas fijas, de las cuales falta una, donde se dispondrían los ejes de las ruedas; este fragmento tiene unas dimensiones de 9'1 x 6'5 x 5'5 cm (Silva 1986: 207, est. XCVI.2).

A un tercer carro correspondería un fragmento perteneciente a la copa o cuerpo superior de un soporte con ruedas, de morfología similar a los anteriores (figura 2.6a). La parte superior consiste en una banda que muestra por la cara interna cinco filetes –tres lisos alternando con dos sogueados– y por la externa un único sogueado quedando lisa la superficie restante. Del borde salen dos asas laterales de perfil irregular y sección circular, una de las cuales se conserva completa. En la parte inferior, se conservan restos de una zona decorada con aberturas paralelas en posición oblicua; el diámetro del borde es de 9'7 cm y su altura máxima de 1'7. Un segundo elemento (figura 2.6b), que posiblemente pertenece a la misma pieza aunque no se conoce su posición, consiste en un aro, con tres filetes lisos por el interior y sin decoración por el exterior, del que parten por ambos laterales pequeños vástagos o travesaños; mide 6'3 cm de diámetro máximo (Silva 1986: 207, est. XCVI.6A-B).

Las ruedas (figura 2.3-5), aunque con diferencias entre ellas, presentan una morfología similar, con cuatro radios en disposición cruciforme y unos diámetros de 5'3, 4'8 y 3'9 cm (Silva 1986: 207, est. XCVI.3-4; Armbruster 2002-03: est. X.2). Sin adscripción segura a ninguno de los tres soportes, hay que mencionar también una pieza circular (figura 2.7) conformada por una banda de tres filetes lisos en cuya cara interior se dispone una línea de

²⁴ Fotografías y dibujos de esta reconstrucción pueden verse en numerosas publicaciones (p. ej. Alarcão y Palma Santos 1996: 196; Mederos y Harrison 1996b: figura 1; Perea 2006: lám. III). Fotografías previas al montaje en Silva *et al.* (1984: est. XIII).

²⁵ Para la descripción del material seguimos básicamente los trabajos de Silva (Silva *et al.* 1984; Silva 1986: 206-7, est. XCVI), que pueden completarse con Parreira (1995: 72), Alarcão y Palma Santos (1996: 182, 186), Mederos y Harrison (1996b), Senna-Martinez y Pedro (2000a: 227; 2000b: 63, 71, 76) y Armbruster (2000: 182-3, 200, Taf. 26-28; 2002-03).

pequeños círculos, de los que se conservan fragmentos de dos, aunque originalmente serían 16; el diámetro de la corona es de 8'7/8/7'1 cm y el diámetro de los círculos interiores de 1 cm (Silva 1986: 209, est. XCVI.7).

A un nivel general –y a pesar de las limitaciones que impone su estado fragmentario– los materiales descritos presentan afinidades con las producciones sardas y chipriotas, en aspectos como la decoración de sogueado/trenzado, la presencia de aros y triángulos calados o el propio diseño estructural. No obstante, contienen también particularidades que los distancian de sus homólogos mediterráneos; hay que referirse en especial a las anillas que cuelgan del borde de uno de los soportes, con un diseño que, como ya señaló Burgess (1991: 38), recuerda al sistema de sujeción de los calderos atlánticos de remaches y que, por el contrario, no se documenta en trípodas o soportes del Mediterráneo central y oriental (cf. Matthäus 1985; Lo Schiavo *et al.* 1985).

Las afinidades con la bronceística mediterránea se manifiestan también en la complejidad de la tecnología empleada para fabricar estas piezas. Tal como ha señalado Armbruster (2000: 182-83, Taf. 26-29; 2002-03), la cera perdida fue el procedimiento básico utilizado para la fabricación de los soportes y sus decoraciones, recurriendo a la fundición adicional como técnica de unión y reparación. Los ejes de las ruedas se forjaron por motivos funcionales, apreciándose huellas de trabajado con martillo y bigornia en los facetados, mientras que los extremos están bien martillados para sujetar las ruedas (Armbruster 2002-2003: 150). Para fabricar los carros se emplearon numerosos hilos de cera de sección circular, en algunos casos retorcidos de dos en dos. En la obtención del cuerpo superior hemisférico, «*o artesanão compunha o modelo em cera a partir de numerosos elementos de fios em cera juntos em forma de triângulos e de bandas*» (Armbruster 2002-03: 150), mientras que para elaborar las ruedas se partió de placas del mismo material, pero en algún caso el resultado no fue satisfactorio en la primera fundición y, por esa razón, se recurrió a un vaciado adicional para reparar la pieza²⁶.

Como puede suponerse, la presencia de este tipo de objetos en un poblado portugués plantea diversas cuestiones que han sido ya objeto de larga discusión. Una de las más relevantes es la relativa a su lugar de origen y, en este sentido, se han formulado propuestas que van desde el Mediterráneo oriental (González Ruibal 2007: 267) hasta una producción local en el propio castro portugués o su entorno (Burgess 1991: 38; Armbruster 2002-03; Armada 2005b). En diversas publicaciones, Ruiz-Gálvez (1998a: 299-300; 2005a: 263) ha defendido que los

soportes fueron fabricados en Cerdeña y llegan a ámbito atlántico como chatarra para refundición y desprovistos de su significado original.

El contexto arqueológico es significativo en este debate. Nossa Senhora da Guia es un yacimiento muy alterado que se ubica en un cerro de excelente visibilidad. Los hallazgos de objetos metálicos han sido frecuentes a lo largo del tiempo, dando lugar a continuas acometidas de clandestinos; no obstante, el mayor impacto destructivo lo causa la construcción de una iglesia en la superficie del poblado. Las excavaciones de C. Tavares da Silva en 1973 y P. Kalb en 1977 dieron como resultado la identificación de un único nivel o estrato de ocupación (Kalb 1978; Tavares da Silva 1979: 528; Silva 1986: 36), aunque hallazgos en superficie de cerámicas y alguna moneda sugieren ocupaciones –quizá de carácter episódico– de la Edad del Hierro y época romana, cuyos referentes estratigráficos habrían sido arrasados (Pedro 2000).

Los fragmentos de soportes formaban parte de un conjunto de metales, interpretado generalmente como depósito de fundidor, que apareció de manera fortuita en 1983 durante los trabajos para la apertura de un pozo y una canalización de agua, circunstancia que dio lugar a una intervención de urgencia (Silva *et al.* 1984). Además de los materiales aludidos, entre los objetos recuperados –a algunos de ellos nos referiremos más abajo– se encuentran hachas de talón monofaces, hoces de empuje tubular, brazaletes, un escoplo bimetálico, un gancho de carne y varios cuencos hemisféricos (Silva *et al.* 1984; Parreira 1995; Alarcão y Palma 1996: 181-186). La idea de un depósito de fundidor –en cuanto ocultación intencional efectuada en un único momento– no terminaba de convencer a un sector de la investigación (p. ej. Kalb 1995), pero no ha sido cuestionada en extenso hasta la publicación de Senna-Martinez y Pedro (2000b), quienes señalan la abundante presencia entre los materiales del castro de restos de fundición, material reciclado, fragmentos de alambres y pequeñas barritas, evidencias no consideradas con anterioridad y que apuntan a un ambiente de taller, sugerido igualmente por la presencia de moldes y de objetos recién terminados, todavía con rebabas de fundición; otros materiales, como ya hemos visto, aparecen en fragmentos, destinados seguramente a refundición. La idea de que los soportes son de fabricación local cuenta con diversos argumentos a su favor, pero creemos que debe explicarse en el marco de una discusión más general sobre las características de la metalurgia del poblado, por lo que volveremos más adelante sobre el tema.

El segundo hallazgo a considerar aquí es el de los restos de un trípode de varillas de tipo chipriota localizados

²⁶ Este tipo de reparaciones por vaciado adicional para solucionar los defectos de la fundición inicial se aprecian en otras partes de los soportes.

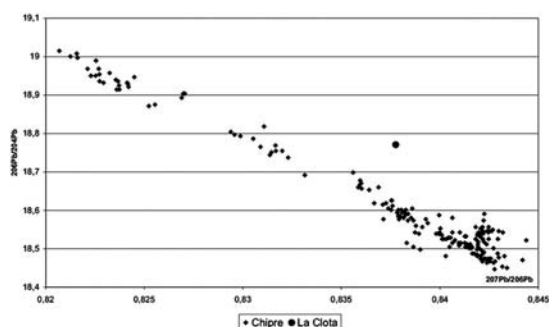


Figura 3
Representación gráfica de las ratios de isótopos de plomo del trípode de La Clota en relación con minerales de Chipre.

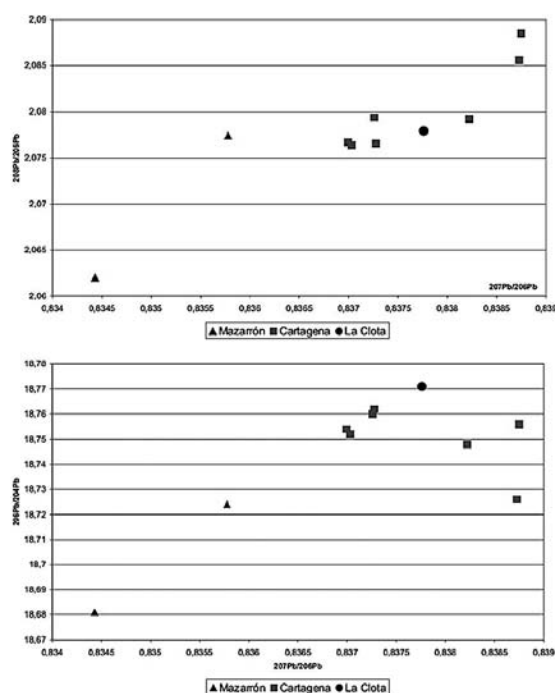


Figura 4
Representación gráfica de las ratios de isótopos de plomo del trípode de La Clota en relación con muestras de Cartagena y Mazarrón.

en una tumba de La Clota (Calaceite, Teruel) (figura 15.1). Se trata de dos fragmentos correspondientes al aro, con una altura de 19 mm y formados por varios elementos superpuestos: en concreto, dos registros de triángulos calados alternos aparecen delimitados en la parte superior, central e inferior por tres pares de vástagos planos (Rafel 2002: 77-78; 2003: 57). Pese a la escasa entidad de los fragmentos conservados, es posible afirmar su pertenencia a una miniatura. Se conocen en el Mediterráneo ejemplares con aro de altura similar, como un trípode del Museo de Nicosia, de procedencia desconocida, de 13-14 cm de altura total y 2 cm de altura en el aro, que tiene c. 14 cm de diámetro (Matthäus 1985: 303, nº 690, Taf.

97), otro ejemplar de Grecia o Chipre –algo más pequeño– conservado en el Museo de Florencia (Matthäus 1985: 303, nº 692, Taf. 93) o el trípode de varillas de la Colección Abis de Oristano, también con un aro de 2 cm de altura y una altura total de c. 13 cm (Lo Schiavo *et al.* 1985: 36-40, figura 14.1-2). Como una de nosotros ha señalado (Rafel 2002: 78-79; 2003: 57-59), las dimensiones y el tipo de trabajo acercan los fragmentos de La Clota a las producciones chipriotas, pero al mismo tiempo la doble banda de triángulos calados y los tres pares de vástagos planos sugieren un mayor barroquismo que es propio de las manufacturas sardas de imitación, cuyos máximos exponentes son los trípodes de Grotta Piroso su Benatzu (Santadi), datado en el s. XI ane (Lo Schiavo *et al.* 1985: 42-45, figura 15.1; Lo Schiavo y Usai 1995: 172-74, figura 18) y Sta. Maria in Paulis (Sassari), con una cronología de los ss. XI-X ane (Macnamara *et al.* 1984: 2-7, pl. 32, figura 2; Lo Schiavo *et al.* 1985: 46-47, figura 15.2; Gras 1985: 102-4, figura 18b)²⁷.

Uno de los fragmentos de La Clota ha sido objeto de análisis de isótopos de plomo en el Servicio de Geocronología y Geoquímica Isotópica de la Universidad del País Vasco (Rafel *et al.* e.p.). Dicho análisis probablemente nos está indicando la procedencia del plomo aleado en el cobre, ya que su porcentaje en el metal ronda el 3'5 %. La representación gráfica de las diferentes ratios entre los isótopos del plomo por un lado descarta con toda certeza su posible relación con los minerales de Chipre o de Cerdeña (figura 3). Por otra parte, los datos encajan con la información hoy día disponible de los minerales del SE de la Península Ibérica, aunque no podemos descartar otras zonas o regiones próximas aún no caracterizadas, especialmente las del propio Sistema Ibérico. Sin embargo, pueden excluirse con seguridad el SO de la Península y las minas de Sierra Morena y Linares, así como el mineral de plomo de Cataluña. Dentro del SE peninsular, aunque la caracterización de isótopos es aún insuficiente por el escaso número de muestras geológicas de referencia, podemos señalar que los resultados de La Clota se encuentran bastante próximos a las muestras de las minas de Cartagena (figura 4).

El contexto de estos restos de trípode es un sepulcro del área funeraria de La Clota, que estaba formada por cuatro túmulos del tipo con cista excéntrica de losas y que fueron excavados por el Institut d'Estudis Catalans durante sus campañas en el Matarranya (Rafel 2003: 56-59). En concreto, aparecieron en el túmulo número 2 del inventario general y primero (La Clota 1) de los cuatro

²⁷ El trípode de Grotta Piroso su Benatzu (Santadi) se fecha en el s. XI ane a partir de sus semejanzas formales y decorativas con los trípodes del Tardo Chipriota III; no obstante, los materiales cerámicos y metálicos que integran el conjunto al que pertenece, interpretado como depósito votivo, ofrecen cronologías que discurren desde del s. XI hasta mediados del VIII ane (Lo Schiavo y Usai 1995: 173, 175; Lo Schiavo *et al.* 1985: 42-45).

que componían dicha área. Era un túmulo circular de 2'65 m de diámetro máximo con una cista construida con losas y piedras hincadas; medía 98 cm de longitud, 60-65 cm de anchura y 93 cm de profundidad (Rafel 2002: 77). La cista se encontraba saqueada en el momento de su excavación, aunque pudieron recuperarse, junto a los restos del trípode, un fragmento del borde exvasado de una urna a mano de perfil en S, tres fragmentos de cerámica a mano, otros tres fragmentos sin forma de un vaso a torno de color rojizo, algunos fragmentos de huesos quemados y dos fragmentos de brazalete de bronce, conformando un contexto que cronológicamente debe situarse en los ss. VII-VI aue (Rafel 2002: 79; 2003: 56-59).

Entre las cuestiones que suscitan los fragmentos de trípode de La Clota, sin duda es una de las más relevantes el desfase cronológico que se aprecia entre su contexto de deposición y la datación de los ejemplares del Mediterráneo central, que en ningún caso perduran más allá de los ss. X-IX aue. En cierto sentido, esta discordancia cronológica reproduce a escala peninsular una problemática largamente debatida en otras áreas del Mediterráneo (Catling 1964; Matthäus 1988; Artzy 2006: 69).

En líneas generales, Catling (1964), Matthäus (1985) y Artzy (2006: 67-69) coinciden al defender un origen próximo oriental y una cronología del s. XIII aue para los primeros trípodes y soportes de ofrendas, siendo menos clara la cronología de los soportes más complejos de cuatro patas o de ruedas por la fragilidad o inexistencia de contextos; no obstante, probablemente son coetáneos con los otros tipos. Pero mucho más controvertida resulta la definición del arco temporal en el que se producen esta clase de objetos. En opinión de Catling (1984), los trípodes tuvieron un período corto de producción centrado en los ss. XIII-XII, perviviendo posteriormente como reutilizaciones y transmisiones hereditarias; así, los ejemplares documentados en contextos funerarios griegos —que alcanzan los momentos finales del s. VIII aue— serían manufacturas chipriotas antiguas conservadas y transmitidas por vía hereditaria al tratarse de objetos de gran valor (*heirlooms*). Por su parte, Matthäus (1988) considera que la exportación de trípodes chipriotas se concentra en una etapa más restringida (ss. XIII-XII) y, posteriormente, se desarrollan en Creta y otras regiones imitaciones locales, no pudiendo definirse con claridad su momento final²⁸.

La situación en el Mediterráneo central resulta compleja ante el escaso número de hallazgos en contexto y la escasa resolución de los disponibles²⁹. Esta área recibe importaciones chipriotas desde el s. XIII aue, generándose una industria sarda de imitación, con rasgos atípicos y un mayor barroquismo decorativo, que florece especialmente durante los ss. XI-X y que, en cualquier caso, no parece perdurar más allá del s. IX (Lo Schiavo *et al.* 1985: 35-51; Matthäus 1988: 288-289; Lo Schiavo y Usai 1995: 173; Rafel 2003: 84). Lo Schiavo *et al.* (1985) han propuesto cronologías que se sitúan mayoritariamente entre 1200/1100 y 900 aue, a partir de asociaciones con otros objetos y considerando la ausencia de trípodes de varillas en Creta y Grecia en contextos seguros anteriores al 1100 aue (Lo Schiavo *et al.* 1985: 53-51; Mederos y Harrison 1996b: 250). También el debate sobre la cronología de la producción ha estado presente en relación a los ejemplares de la isla, ya que Lo Schiavo *et al.* (1985) y Matthäus (1988) defienden una llegada a Italia y Cerdeña paralela a su producción, mientras que Catling (1984) plantea que su comparecencia en este ámbito es posterior.

Teniendo en cuenta la problemática expuesta, es evidente que el caso de La Clota se muestra complicado por varias circunstancias. En primer lugar, la escasa entidad de los fragmentos conservados dificulta una aproximación a las características de la pieza original. En segundo lugar, la muy reducida presencia de este tipo de objetos en ámbito peninsular limita de manera muy notable cualquier tipo de formulación sobre la secuencia de recepción y eventual producción local de este tipo de manufacturas. El otro hallazgo que podría tenerse como referente comparativo —los soportes de Nossa Senhora da Guia— se sitúa muy distante a nivel geográfico y también en cuanto a la cronología de su contexto.

Como ya hemos visto, el análisis de isótopos de un fragmento del trípode La Clota indica una posible fabricación peninsular, pero aun así entendemos que una cronología de los s. VII-VI para su contexto arqueológico debe indicar una cierta perduración de dicho objeto. Desde nuestro punto de vista, una circulación prolongada de este tipo de manufacturas permitiría comprender el surgimiento de los bronce ornamentales que, acusando claras perduraciones de tradiciones preibéricas, aparecen en necrópolis del Ibérico Antiguo del S de Cataluña y N del País Valenciano (Rafel 1997 y 2005). Creemos que es viable proponer un uso mesurado de la hipótesis *heirloom* y

²⁸ En opinión de Matthäus (1988: 288), «*only one grave find in Greece possibly containing an imported Late Cypriot tripod to be regarded as an heirloom: the well-known Late Geometric tomb from the Pnyx in Athens*». Este investigador estima que los soportes con y sin ruedas fueron fabricados en el Egeo en torno al 700 aue (Matthäus 1988: 291).

²⁹ Como han subrayado Mederos y Harrison (1996b: 248), «*absolutamente todos los trípodes y soportes de ruedas [del Mediterráneo central] carecen de contextos cronológicos mínimamente fiables, aunque la situación puede cambiar próximamente...*».

estamos de acuerdo con Lillios (1999) cuando denuncia la tendencia de la arqueología a ver los *heirlooms* como anomalías o complicaciones en el registro. En opinión de esta autora, estos objetos desempeñan un papel importante en la consolidación de las élites y la legitimación de sus privilegios por vía hereditaria (Lillios 1999). Su propuesta resulta operativa en el caso que nos ocupa, dado que la plena sedentarización en la región de Calaceite no se produce hasta los ss. VIII-VII a.n.e., momento en el que —en relación con el proceso citado— se está produciendo una consolidación de las estructuras de poder que tiene su reflejo material en los soportes y otros bienes de prestigio conocidos en la zona (Rafel 2003).

No obstante, consideramos que la posibilidad de una circulación prolongada para estos objetos no es contradictoria con que se desarrollen focos de producción autóctonos en momentos tardíos. Bien al contrario, creemos que ambas propuestas son más complementarias que excluyentes: sería precisamente la perduración de estos objetos y su alto contenido simbólico lo que provocaría que fuesen imitados en momentos avanzados. Así, los soportes de Les Ferreres de Calaceite, Couffoulens y Pézenas serían buenos exponentes de esta situación; en nuestra opinión, nos encontramos ante un modelo occidental de soporte concentrado en el NE de la Península Ibérica y el SE de Francia, cuya influencia sardochipriota de raigambre precolonial se manifiesta en las decoraciones sogueadas, las espirales o los aros calados. La relativa uniformidad cronológica de los tres soportes de este tipo, más que en términos de una perduración sistemática, creemos que debe interpretarse como una producción tardía que asimila elementos ornamentales y morfotecnológicos más antiguos. En un apartado posterior tendremos ocasión de considerar en detalle estos materiales y su problemática; volveremos también sobre otros aspectos relacionados con los hallazgos de Nossa Senhora da Guia y La Clota.

VAJILLA METÁLICA

Conocemos en ámbito peninsular cuatro hallazgos con vasos de bronce de probable adscripción precolonial; se trata de la pátera de Berzocana (Cáceres), los cuencos del castro de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) y las calderetas con soportes de anteojos procedentes de Nora Velha (Ourique, Beja) y Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) (Jiménez Ávila 2002: 33, 152-154, figs. 8 y 107; Armada e.p.). En todos los casos corresponden a formas conocidas y bien tipificadas en la arqueología del Mediterráneo.

La pátera de Berzocana procede de un hallazgo casual efectuado en abril de 1961 unos 4-5 km al norte del pueblo que le da nombre, perteneciente a la provincia de Cáceres (Callejo y Blanco Freijeiro 1960: 250). Además

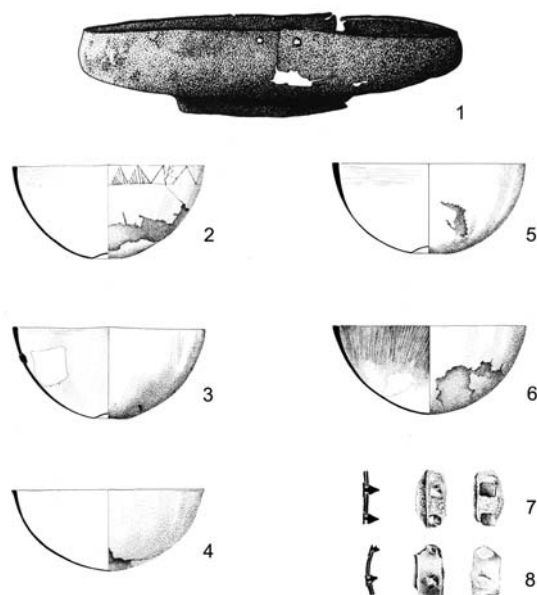


Figura 5
Vasos de bronce: 1) pátera de Berzocana (Cáceres) (según Coffyn 1985: pl. LXIX.1); 2-6) cuencos de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) (según Silva 1986: est. LXXXVII); y 7-8) fragmentos de caldero de remaches de Coto da Pena (Vilarelho, Caminha, Viana do Castelo) (según Silva 1986: est. LXXXVII). Diferentes escalas.

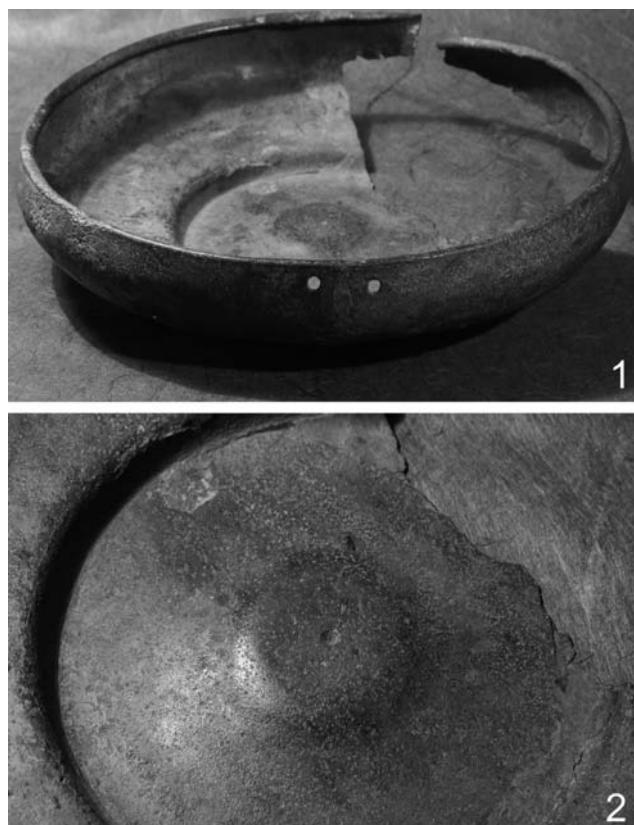


Figura 6
Vista general y detalle de la pátera de Berzocana. Fotos: Archivo AuCSIC (A. Perea).

del vaso de bronce, el descubrimiento comprendía al menos dos torques áureos del tipo Sagrajas-Berzocana; posiblemente un tercer torque, fundido por un platero de Navalmoral de la Mata tras su hallazgo, habría aparecido también con los anteriores o en sus inmediaciones

(Callejo y Blanco Freijeiro 1960: 250; Perea 1991: 100-1, 107; Armbruster 2000: 141, 201, Taf. 32.4-7 y 33). Los dos torques conservados y el vaso de bronce ingresaron en el Museo Arqueológico Nacional en 1964 (Celestino y Blanco Fernández 2006: 106).

Según la información recogida por Callejo y Blanco Freijeiro (1960: 250), los torques aparecieron en el interior de la pátera, afirmación que no resulta imposible pero que debe considerarse con cautela (Celestino y Blanco Fernández 2006: 106). Como quiera que fuese, el contexto del hallazgo y la asociación de objetos recuperados apuntan a que nos encontramos ante un escondrijo o depósito (Callejo y Blanco Freijeiro 1960: 250; Coffyn 1985: 396, nº 316; Armbruster 2000: 141, 201).

La pátera de Berzocana (figura 5.1 y 6) se fabricó a cera perdida con empleo de torno para la consecución del modelo en cera (Armbruster 2000: 77, 201, Taf. 32.7; Perea 2006: 54, lám. I). El análisis (PA7514) revela un bronce binario con 86'1 % de Cu, 12'4 % de Sn, 1'04 % de Pb, 0'19 % de Fe y 0'007 % de Ag. Mide 17 cm de diámetro máximo y 4 cm de altura; es de pie marcado y tiene ónfalo (figura 6.2), borde convergente y dos pequeños agujeros (figura 6.1) que fueron interpretados en relación con una pequeña asa desaparecida, pero que parece más correcto considerarlos un lañado de reparación (Mederos 1996a: 106; Armbruster 2000: 141, Taf. 32.5). La cronología propuesta para el objeto oscila entre los ss. XV y VII a. M. Mientras Burgess (1991: 26-7) defendió una datación alta (ss. XIV-XIII a. M.) apoyada en la tipología de las piezas de oro asociadas, Mederos (1996a: 106) ha propuesto una fecha más tardía (c. 1050-950 a. M.), aunque el principal paralelo que señala es una pieza descontextualizada y sin procedencia segura.

Los paralelos para el ejemplar extremeño se sitúan en Canaan y, en general, en el Levante mediterráneo y Egipto en cronologías de fines del segundo milenio (Gershuny 1985: 5-8, nº 39-52 y 68-69, pl. 3-5; Artzy 2006: 29, 55-56, figs. 2.1 y 2.2, pl. 2-3). Crielaard (1998: 192) y Matthäus (2001: 175) han subrayado acertadamente que el tipo presenta una relativa extensión cronológica, lo que impide una datación ajustada para Berzocana. Mientras los ejemplares de Siria, Palestina y Jordán se fechan entre finales del s. XIV y durante el XIII, en Chipre aparece un ejemplar en Kition (tumba 9) datable a finales del s. XIII/s. XII, si bien el tipo no alcanza difusión y popularidad hasta fechas algo posteriores (Matthäus 2001: 175). Los mejores paralelos (Crielaard 1998: 192-3; Matthäus 2001: 175) se fechan en el LC IIIB (primera mitad del s. XI) (tumba 6 u 8 de Gastria, Alaas) (Matthäus 1985: nº 332, Taf. 19) y sobre todo en el CG I (1050-950 a. M.) (tumbas 49 y 79 de Kouklia-Skales, tumba 22 de Amathus) (Matthäus 1985: nº 331, Taf. 19), perdurando incluso en fechas ligeramente posteriores (CG I-II, tum-

ba 409 de Lapithos-Kastros). Sin embargo, el paralelo más próximo –ya aludido– para el ejemplar extremeño es una pátera de la colección Cesnola del Metropolitan Museum, cuya procedencia se adscribe genéricamente a Chipre (Matthäus 1985: 115, nº 336, Taf. 19; 2001: 175; Mederos 1996a: 106, figura 4).

Formando parte del ya mencionado conjunto de metales recuperado en 1983 en el castro de Nossa Senhora da Guia aparecieron cinco cuencos hemisféricos casi completos (figura 5.2-6) (Silva *et al.* 1984), a los que cabe añadir algunos fragmentos recuperados en la posterior excavación de urgencia (Silva *et al.* 1984: 82, est. II.1, nº 3-4) así como otro fragmento aparecido en 1971, junto a diversos materiales, durante la ejecución de obras sobre el terreno del poblado (Tavares da Silva 1979: 516, est. I.2; Kalb 1980a: 30, Abb. 9.43). Los cuencos miden en torno a 12 cm de diámetro y entre 5'1 y 5'75 cm de altura, presentando borde engrosado y labio plano horizontal (Silva 1986: 198-199, nº 239-243); al menos tres de ellos tienen el fondo umbilicado y uno posee además un remache de reparación. Resulta muy significativa la decoración geométrica en la parte superior externa de uno de los cuencos con umbo (figura 5.2), consistente en una banda de 27 triángulos incisos –parte de ellos rellenados con líneas oblicuas– con base en una línea paralela al borde; se trata de un patrón decorativo similar al de la orfebrería de tipo Sagrajas-Berzocana y que se repite además en algún brazalete de bronce del propio poblado de Baiões (Armbruster 2002-03: est. XI-XII). Según los datos ofrecidos por Senna-Martinez y Pedro (2000b: 63, 70), los cinco cuencos suman 576 gr de peso, lo que supone un 3'2 % del peso total de los objetos de bronce recuperados en el yacimiento.

Los cuencos se obtuvieron a partir del martillado de un lingote en forma de placa de perímetro circular (Armbruster 2002-2003: 151), trabajo que permitió igualmente umbilicar tres de los cuencos; no disponemos de datos analíticos que permitan conocer las aleaciones empleadas. Uno de los ejemplares se decoró a buril o punzón conforme a patrones decorativos locales, lo que podría indicar la fabricación local de estas piezas. Es también significativo el remache de reparación que presenta otro de los cuencos, reproduciendo una solución similar a la que se emplea en los calderos de remaches.

Los cuencos de Nossa Senhora da Guia, cuya filiación precolonial fue propuesta en diversas ocasiones, tienen sus paralelos en los *hemispherical bowls* y *rounded bowls* del Mediterráneo oriental. Este tipo de recipientes se documenta también en el mundo micénico (Catling 1964: 147-148, figura 17; Matthäus 1980: 277-279, Taf. 49), pero los ejemplares del castro portugués probablemente son imitaciones de los vasos del ámbito sirio-palestino y chipriota (Artzy 2006: 55) y deben fecharse c. 1100-950

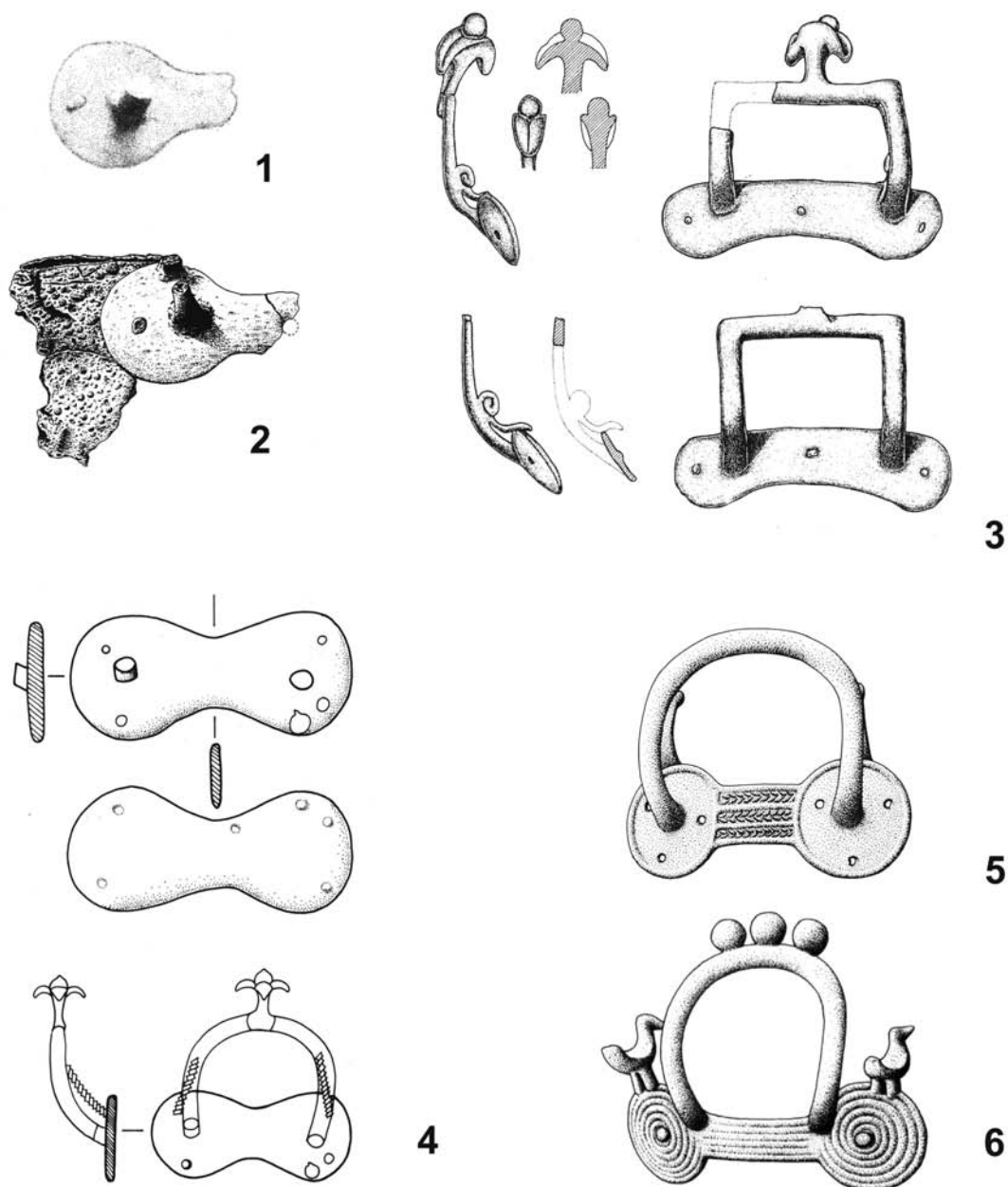


Figura 7

Calderetas son soportes de anteojos: 1) Nora Velha (según Jiménez Ávila 2002: figura 107.1 a partir de Viana 1959); 2) Casa del Carpio (según Pereira, recogido en Jiménez Ávila 2002: figura 107.2); 3) Los Higueros (Cástulo) (según Jiménez Ávila 2002: lám. XXV.51); 4) Serra Orrios (según Lo Schiavo *et al.* 1985: figura 13.9-10); 5) Monte Sa Idda (según Matthäus 2001: figura 6); y 6) Tadasuni (según Matthäus 2001: figura 5). Diferentes escalas.

ane. Como han señalado Catling (1964: 147-48, figura 17) o Gershuny (1985: 2-5, pl. 1-3), estas producciones responden a un modelo sencillo que aparece a mediados del tercer milenio, pero su generalización se produce sobre todo en la segunda mitad del segundo milenio. El ónfalo o umbo de tres de los vasos de Baiões se considera un dato de interés cronológico, puesto que este elemento parece desconocerse en Chipre antes del período Chipro-Geométrico, c. 1050-750 ane (Burgess 1991: 38).

Los fragmentos de vasos de Nora Velha (Ourique, Beja) y Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) perte-

necen al grupo de las calderetas con soportes de anteojos. Estos vasos se caracterizan por su perfil hemisférico achatado y, sobre todo, por poseer dos asas fijas enfrentadas en las cuales el soporte o bastidor que va fijado con remaches al cuerpo del recipiente presenta la silueta de unos anteojos o un ocho; de las partes circulares de la placa o bastidor arrancan los extremos del asa, que suele ser arqueada y sobreelevada sobre el borde del vaso, rematándose en su parte superior con un motivo decorativo, generalmente una flor de loto, aunque también se conocen algunas otras figuritas (Jiménez Ávila 2002: 152-53). El

asa y su bastidor en forma de anteojos constituyen una única pieza, maciza y fabricada a cera perdida (figura 7)³⁰.

Los materiales de Nora Velha corresponden a fragmentos de las asas (figura 7.1) y chapas del recipiente (Viana 1959: 26, 28, est. V y VI.51; Jiménez Ávila 2002: figura 107.1), que aparecieron junto a otras piezas en un monumento megalítico reutilizado³¹. Además de ofrecer una descripción explícita³², su excavador reconoce en la publicación el «*revolvimiento parcial, em várias épocas*» del monumento (Viana 1959: 27), aspecto indicado no sólo por los fragmentos del recipiente, sino también por el hallazgo en la excavación de fragmentos de cerámica a mano pintada, tres cuentas de oro de perfil angular convexo y dos urnas (García Sanjuán 2005: 95, tab. 1; Viana 1959: 27-28, est. V-VI; para las cuentas Perea 1991: 158, 164, 302; Pingel 1992: 284, n° 217, Taf. 46.10-12); dichos materiales permiten fechar la reutilización de la estructura en los siglos IX-VIII a.n.e. (García Sanjuán 2005: 95; Jiménez Ávila 2002: 152-153).

En el enterramiento de Casa del Carpio nos encontramos igualmente ante varios pedazos de chapa pertenecientes a tres recipientes; uno de ellos es un trozo de borde con el fragmento remachado de un asa correspondiente al tipo que nos ocupa (figura 7.2) (Jiménez Ávila 2002: figura 107.2), mientras que los otros dos son restos de bordes de formas no determinadas³³. Es posible afirmar que nos encontramos ante tres vasos distintos a partir de los análisis de composición y las metalografías del material (Montero e.p.). El fragmento con asa remachada presenta una chapa de bronce binario; los dos análisis efectuados revelan una tasa de estaño de 12 y 13 % (Montero e.p.). El asa es un bronce ternario con un porcentaje de plomo muy alto (próximo al 30 % de Pb y 11'6 % de Sn). La estructura metalográfica de este fragmento de caldereta señala un recocido intenso que, ante la ausencia de

huellas de martillado, podría deberse a un incendio u hoguera en la que se habría visto implicado el objeto, con un proceso de enfriamiento lento; ello tendría lugar en un momento anterior a su amortización funeraria, ya que la tumba donde comparece es de inhumación (Montero e.p.).

En efecto, el contexto del Carpio corresponde a una sepultura singular, calificada de principesca, que fue objeto de una excavación de urgencia en septiembre de 1984, tras haberse detectado saqueos de clandestinos a raíz del vaciado del pantano que la cubría (Pereira Sieso y Álvaro 1988 y 1990; Pereira Sieso 2006: 85-88). En una caracterización resumida, se trata de una tumba de planta rectangular y sección escalonada en tres niveles. El nivel más bajo acogió la primera fase del ritual, consistente en la deposición del ajuar personal de los difuntos. Dicho ajuar se componía de distintos objetos metálicos (la caldereta, anillos, una fíbula, brazaletes o aretes, fragmentos de un brazaletes de plata, un pequeño vaso de plata y dos cuchillos de hierro, además de diversos fragmentos de bronce), recipientes de perfumes y cuencos pintados y fue depositado en el interior de un recipiente cerámico que a su vez se introdujo en una imitación a mano de un *pitheos* fenicio (Pereira Sieso 2006: 85-86; Pereira Sieso y Álvaro 1988 y 1990). En un segundo momento, en el nivel intermedio de la fosa, se realizó el enterramiento de una mujer y un recién nacido, acompañados de restos de fauna (una oveja adulta y un cordero de pocos días) interpretados como ofrendas alimenticias (Pereira Sieso 2006: 86). La tercera fase se relaciona con los rituales realizados tras la deposición de los cadáveres³⁴. Debido a los efectos de las aguas del pantano, no es posible determinar si el enterramiento estaba coronado por un túmulo (Pereira Sieso 2006: 86). Su excavador fecha la tumba en el s. VII a.n.e., aunque admite la

³⁰ Las piezas muestran particularidades dentro de este modelo general, siendo frecuente la presencia de sendos vástagos que unen los tramos verticales del asa con las partes superiores del bastidor en ocho. La forma del vaso suele mostrar una proporción de 2/2'5 a 1 de diámetro en relación a la altura (es decir, la profundidad suele medir en torno a la mitad del diámetro). Se registran básicamente dos grupos, uno más pequeño con un diámetro oscilando entre 15-20 cm y otro grupo con diámetros situados en torno a los 35 cm (Matthäus 2001: 157-58). Un grupo aparte está conformado unos cuantos calderos de la colección Cesnola, de procedencia desconocida y cronología incierta, con un diámetro de 35-42 cm y con asas de gran tamaño pertenecientes a este mismo tipo (Matthäus 1985: 195-196, n° 470-473, Taf. 50-52; 2001: 159).

³¹ Este dato de gran interés se pasa por alto en la publicación de Jiménez Ávila (2002: 152-53), que no explica el contexto de aparición de los fragmentos, aunque señala su asociación con cerámica tipo Lapa do Fumo y propone fecharlo en el s. VIII a.n.e. La reutilización del monumento es considerada por García Sanjuán en sus trabajos sobre reutilización de megalitos, aunque sin entrar a valorar las características del recipiente, que se define simplemente como «caldero de bronce» (García Sanjuán 2005: 95, tab. 1).

³² «*no pequeno espaço a Norte, logo a seguir ao sítio em que as pontas dos quatro esteios afloravam, no ponto culminante do outeiro, na primeira inspeção que fizemos ao local, colhemos à superfície, e sem qualquer cavadeira, muitos fragmentos pequeninos de delgadíssima chapa de bronze, que pertenceu a um caldeiro, assim como pedacitos de varão cilíndrico, provenientes das asas do mesmo recipiente (...). Cortadas as estevas e retinados alguns calhaus soltos que cobriam o solo, retiraram-se mais alguns destroços do tal caldeirão, colheita que continuou depois até 10 ou 12 centímetros de profundidade*» (Viana 1959: 25-26).

³³ En un principio los fragmentos fueron descritos como «*restos de un gran recipiente, probablemente un brasero que se aparta de los tipos hasta ahora conocidos*» (Pereira Sieso y Álvaro 1988: 281-282; ver también Pereira Sieso y Álvaro 1990: 223).

³⁴ Los materiales pertenecientes a este último momento comprenden seis grandes vasijas de almacenaje, un numeroso conjunto de cuencos a mano —de probable uso ceremonial— decorados con motivos geométricos mediante pintura bícroma postcocción y una clepsidra (Pereira Sieso 2006: 86; Pereira Sieso y Álvaro 1988 y 1990).

posibilidad de alzar la cronología a finales de la centuria anterior a partir de las dataciones por termoluminiscencia de dos de las grandes vasijas del nivel superior y de la imitación del *pithos*, cuyos prototipos a torno en yacimientos fenicios del sur peninsular se sitúan a inicios del s. VIII (Pereira Sieso 2006: 88)³⁵.

Las asas de una tercera caldereta (figura 7.3) aparecieron en Los Higueros, una de las necrópolis de Cástulo, donde habrían sido recuperadas en 1972 junto a un vaso ovoide de bronce, un timiaterio, una esfinge sobre una plataforma y varios broches de cinturón (Jiménez Ávila 2002: 153-54, 396-97, n° 51, lám. XXV; Matthäus 2001: 165, 187, n° A58). En esta ocasión los materiales apuntan con claridad a un momento colonial, probablemente del s. VII, y las asas, como ha señalado Jiménez Ávila (2002: 153), muestran ya diversas particularidades que las alejan de las producciones anteriormente mencionadas y de las cuales podrían considerarse una evolución de factura peninsular³⁶. Entre los rasgos singulares de este ejemplar (figura 7.3) cabría citar el bastidor recto en su parte superior o las asas en forma de arquitrabe y con sección rectangular, aunque es interesante señalar que conservan el motivo de la flor abierta en su tramo horizontal (Jiménez Ávila 2002: 153, 396-397, n° 51, lám. XXV).

Los vasos con bastidor de anteojos y asa sobreelevada con decoración en su parte superior son frecuentes en Chipre, donde se conocen unos 20 ejemplares, aunque muchos de ellos sin contexto (Chavane 1982: 31-36, n° 15-20; Matthäus 1985: 123-127, 195-196, Taf. 20-21, 50-52; Stampolidis *et al.* 1998: 71, 121). Su datación puede situarse principalmente en el período Chipro-Geométrico, con ejemplos localizados fuera de la isla en momentos coetáneos o avanzados como el s. VIII e incluso inicios del VII (Chavane 1982: 32-33; Matthäus 1998a: 134). El origen del tipo —que recoge influencias de formas cerámicas y metálicas— es discutido, aunque sin duda se sitúa en el ámbito egeo-chipriota (Chavane 1982: 32; Jiménez Ávila 2002: 152). Matthäus (2001: 157-158) defiende un origen chipriota para las asas con flores de loto, señalando como cabeza de serie un vaso de la tumba 40 de Kourion-Kaloriziki, fechado en la primera mitad del s. XI, con asas todavía sin flor de loto pero ya con soporte en forma de ocho reemplazando a las placas de enganche circulares e individuales de tipo egeo³⁷. Las asas con flores de loto y bastidor con forma de ocho o anteojos se

fechan desde el Chipro-Geométrico I (c. 1050-950 ane) en adelante (Matthäus 2001: 157). Importaciones de taller chipriota y/o imitaciones de este tipo de vasos se conocen en el oriente y el sur mediterráneos (Til Barsip, Nimrud, Meroe, etc.), ámbito egeo y Mediterráneo central y occidental, con diversas casuísticas e incluso imitaciones miniaturizadas en marfil y fayenza (Matthäus 2001: 159-165, figura 3, n° A21-A66; Stampolidis *et al.* 1998: 71, 121)³⁸.

En el Mediterráneo central conocemos un ejemplar en Italia continental (Satricum) y cuatro hallazgos en Cerdeña, dos de ellos próximos a los ejemplares chipriotas (dos vasos en Sta. Anastasia de Sardara y uno en Serra Orrios) y otros dos que constituyen claramente producciones locales sardas (Tadasuni y Monte Sa Idda) (Matthäus 2001: 163-165; Taramelli 1921: 62-63). Si poco puede decirse de Serra Orrios (Nuoro) al tratarse de un hallazgo muy fragmentario (figura 7.4) (Lo Schiavo *et al.* 1985: 33-35, figura 13.9-10), el caso de Sta. Anastasia de Sardara (Cagliari) merece un comentario más extenso. Se recuperaron tres vasos, dispuestos uno en el interior del otro, formando parte de un depósito localizado en el interior de unas ricas estructuras singulares del tipo conocido «sale del consiglio». Dos de los recipientes pertenecen al tipo que nos ocupa (Matthäus 2001: figs. 1-2; Bernardini 2000c: 51, figs. 12/f y 63), mientras el tercero se adscribe a la familia de los vasos con enganche de asa con decoración espiral (Matthäus 2001: 165-69, figura 7)³⁹. La singularidad más relevante de estas piezas reside en la decoración de uno de los vasos —el menos profundo— con asas de flor de loto: la parte central interior del vaso muestra varios círculos concéntricos y un friso de triángulos enfrentados que no encuentran paralelos en los ejemplares chipriotas y que llevan a Matthäus (2001: 163) a preguntarse si la decoración es un añadido sardo posterior o todo el vaso en sí es una producción local. La cronología del conjunto tampoco está clara, pues mientras los excavadores asocian el depósito a la destrucción del edificio (finales del s. VIII ane), Matthäus (2001: 156, 163) lo considera una ofrenda de fundación fechable en el s. X y evidentemente anterior a la construcción del mismo.

De cualquier modo, la producción centromediterránea de calderetas de anteojos en los ss. X-IX está atestiguada por la presencia de un interesante ejemplar entre los materiales del depósito de Monte Sa Idda (Matthäus

³⁵ Una cronología del s. VIII es propuesta también por Jiménez Ávila (2002: 152-153) para la caldereta.

³⁶ En opinión de Matthäus (2001: 165), «*here we are not dealing with direct Cypriot cultural influence, but with a type that was probably handed down in Phoenician ateliers and imitated in Spain by a local Iberian bronzesmith*».

³⁷ Sobre esta pieza ver Matthäus (1985: 123-24, n° 345, Taf. 20).

³⁸ Para los ejemplares de Creta ver además Matthäus (1998a: 134-37) y Stampolidis *et al.* (1998: 71, 121).

³⁹ Sobre este último tipo puede verse además Lo Schiavo *et al.* (1985: 32-35).

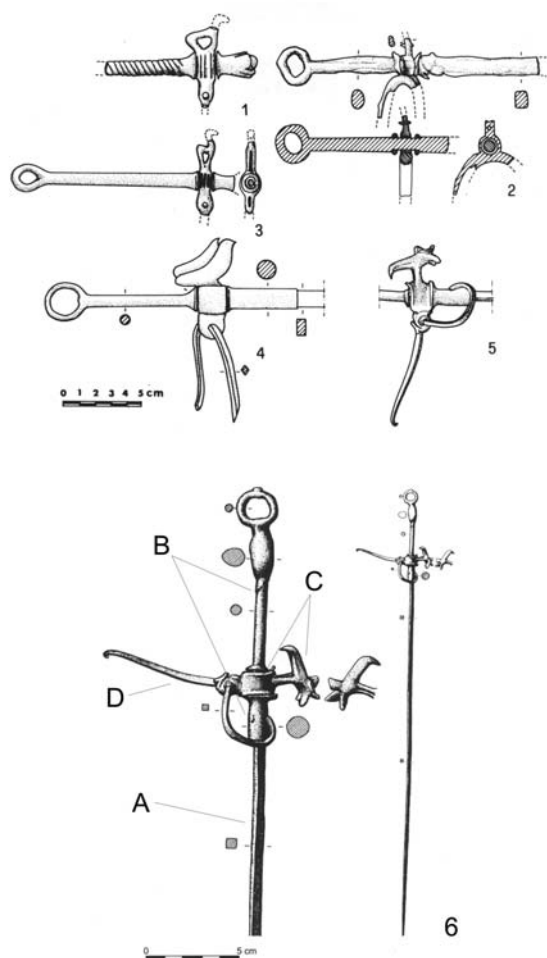


Figura 8

Asadores articulados: 1) Monte Sa Idda, Cerdeña (según Lo Schiavo); 2) Amathus, Chipre (según Lo Schiavo); 3) Forêt de Compiègne, Francia (según Coffyn); 4) Serra de Alvaizere, Portugal (según Coffyn); 5) Port-Sainte-Foy, Francia (según Chevillot) (montaje de Lo Schiavo 1991: figura 6); 6) asador de Port-Sainte-Foy, con indicación de las partes que lo componen (a partir de Chevillot 2007: figura 32.1, modificado y con explicación en el texto).

2001: 164, figura 6; Taramelli 1921: 62-63, figura 88). Esta pieza (figura 7.5) conserva los rasgos más típicos de las producciones chipriotas, pero carece de flor de loto o de cualquier tipo de figura en el asa y muestra una decoración de tres bandas de sogueado enmarcadas por cordones lisos en la parte estrecha del soporte. Un diseño original lo ofrece también el asa encontrada según parece cerca de Tadasuni (Oristano), que formaba parte de la colección Pischedda (hoy en el Museo de Cagliari) y que, según las noticias disponibles, se asociaría a materiales cuya ocultación —a juzgar por la presencia de un lampa-

dario chipriota— habría que situar en los ss. VIII-VII (Matthäus 2001: 163-64, figura 5; Taramelli 1921: 62-63, figura 89); en este caso (figura 7.6), los extremos circulares del soporte presentan un botón central con decoración de espiral circundándolo y están rematados en su parte superior por figuritas exentas de aves; la parte estrecha del soporte se decora también con cordones lisos longitudinales y el asa incluye tres bolas en su parte superior.

Los materiales del Mediterráneo central reflejan la dispersión de esta familia de vasos hacia occidente y ayudan a contextualizar los ejemplares de Nora Velha y Casa del Carpio, cuya atribución a un área de fabricación concreta no resulta viable. Se trata sin embargo de piezas de soporte liso, distintas por lo tanto a los ejemplares decorados de factura sarda.

ASADORES ARTICULADOS Y GANCHOS DE CARNE

Los asadores articulados se han considerado en numerosas ocasiones al analizar el problema de los contactos entre Atlántico y Mediterráneo, especialmente a raíz del hallazgo de un ejemplar en una tumba de Amathus (Ruiz-Gálvez 1986; Karageorghis y Lo Schiavo 1989; Almagro-Gorbea 1989 y 1992; Giardino 1995; Burgess y O'Connor 2004). Por otra parte, los ganchos de carne se han valorado generalmente como una producción típica de las comunidades atlánticas, aunque datos recientemente aportados invitan a una revisión del tema (Needham y Bowman 2005).

Los asadores articulados se distribuyen por toda la fachada atlántica —aunque mostrando algunos focos de concentración— penetrando ligeramente en el Mediterráneo central y oriental. Los ejemplares peninsulares proceden de Outeiro dos Castelos de Beijós (Carregal do Sal, Viseu), Reguengo do Fetal (Batalha, Leiria), Nossa Senhora da Guia (Baiões), Cachouça (Idanha-a-Nova), tres de Serra de Alvaizere (figura 8.4), un fragmento de Canedotes (Vila Nova de Paiva, Viseu), todos en Portugal, y tres ejemplares de Orellana la Vieja (Badajoz)⁴⁰. Los seis ejemplares franceses proceden de Forêt de Compiègne (Oise) (figura 8.3), Challans (Vendée), Notre-Dame-d'Or (Vienne), Vénat (Charente), Sainte Marguerite le Pornichet (Loire Atlantique) y Port-Sainte-Foy (Dordogne) (figs. 8.5 y 8.6) (Mohen 1977b; Coffyn 1985: 55, 177, carte 28, figura 22; Burgess y O'Connor 2004). En las Islas Británicas aparecen

⁴⁰ Como ejemplares dudosos habría que añadir Santa Olaia (Figueira da Foz), Bocas (Rio Maior, Santarém), dos varillas de Moreirinha (Idanha-a-Nova) y los cuatro fragmentos de una varilla de Corôa do Frade (Évora). Quedan descartados, pese a la reiterada identificación como asadores articulados, los ejemplares de Monte da Costa Figueira (Vilela, Paredes) y el de pomo vasiforme del Berrueco (Ávila-Salamanca). La bibliografía sobre cada uno de los ejemplares citados se recoge en Burgess y O'Connor (2004) y Armada (2005a y 2005b), a completar con Senna-Martinez (2000b) para el ejemplar de Outeiro dos Castelos de Beijós.

sendos ejemplares en Saltwood (Kent) y St. Mary's hoard (Jersey, Channel Islands) (Burgess y O'Connor 2004)⁴¹. Los ejemplares mediterráneos proceden del depósito sardo de Monte Sa Idda (Cerdeña) (figura 8.1) (Taramelli 1921: 56-57, figura 79; Lo Schiavo 1991: 216) y tumba 523 de Amathus (Chipre) (figura 8.2) (Karageorghis y Lo Schiavo 1989; Karageorghis 2004: 135)⁴².

Dichos objetos, de longitud variable (entre 55 y 90 cm), se caracterizan por incorporar un sistema de rotación conformado por una pieza en forma de aro o anilla que sujeta el asador y que está provista de dos patillas de apoyo que actúan como pivote fijo para que éste gire sobre sí mismo; en el lado opuesto a dichas patillas suelen presentar una figura zoomorfa (aves o cérvidos) y en el extremo proximal el asador se remata generalmente con una anilla fija. Este diseño se estructura generalmente a partir de cuatro elementos: una varilla de sección cuadrangular (figura 8.6A); un mango o asidero de sección circular, rematado en la mencionada anilla y que en la parte distal presenta un estrechamiento con dos rebordes atornillados a ambos lados del mismo (figura 8.6B); una anilla con un apéndice perforado y una figuración zoomorfa que rodea el elemento anterior, del cual no puede separarse al quedar sujeta por los dos toques citados (figura 8.6C); y una varilla menos gruesa doblada y de sección

cuadrangular que se coloca en el citado apéndice y sirve como apoyo fijo del asador para posibilitar su rotación (figura 8.6D).

Desde el punto de vista tecnológico, los asadores articulados presentan un proceso de elaboración complejo, que incluye como mínimo dos fundiciones o vaciados adicionales (Armbruster 2002-2003: 150). La varilla del asador y las patillas de apoyo se obtienen por forjado a partir de una barra fundida; la sección cuadrangular, por lo tanto, se debe a su ejecución por martillado. El empleo de la técnica de forjado está relacionado con el uso de estos objetos, destinados a soportar el peso de la carne sobre el fuego (Armbruster 2002-2003: 150). La unión de la varilla del asador con la empuñadura se efectúa mediante vaciado adicional, introduciendo la varilla una vez forjada en el interior del molde. El anillo cilíndrico que posibilita la articulación del asador se elabora en cera directamente sobre la empuñadura del mismo, que se cubre con una capa de arcilla para impedir que en la fundición ambos elementos queden unidos. Antes de la fundición, al anillo cilíndrico se le añaden, también en cera, el motivo zoomorfo y el apéndice perforado, de modo que formen una única pieza tras su vaciado (Armbruster 2002-2003: 150). Finalmente, se coloca el pie del asador, que como ya indicamos consiste en una varilla forjada.

Figura 9

Tabla con los análisis de composición de los asadores articulados de Orellana la Vieja. Análisis del Proyecto Arqueometalurgia mediante EDXRF (valores expresados en % en peso).

<i>Análisis</i>	<i>Yacimiento o localidad</i>	<i>Objeto o parte analizada</i>	<i>Inventario</i>	<i>Fe</i>	<i>Fe</i>	<i>Cu</i>	<i>Zn</i>	<i>As</i>	<i>Ag</i>	<i>Sn</i>	<i>Sb</i>	<i>Au</i>	<i>Pb</i>	<i>Bi</i>
PA7744A	Orellana la Vieja	asador articulado (varilla)	175	0.18	0.02	84.70	nd	nd	0.022	14.98	nd	--	0.10	--
PA7744C	Orellana la Vieja	asador articulado (horquilla)	175	0.14	0.08	82.08	nd	nd	nd	17.70	nd	--	nd	--
PA7744B	Orellana la Vieja	asador articulado (empuñadura)	175	0.16	0.06	81.65	nd	0.23	0.10	17.59	0.077	--	0.13	--
PA7746A	Orellana la Vieja	asador articulado (varilla)	176	0.11	0.18	89.28	nd	nd	0.076	10.29	0.075	--	nd	--
PA7746C	Orellana la Vieja	asador articulado (collarín)	176	0.17	0.14	82.62	nd	nd	nd	17.07	nd	--	nd	--
PA7746B	Orellana la Vieja	asador articulado (empuñadura)	176	0.13	0.11	83.17	nd	nd	0.10	16.49	tr	--	nd	--
PA7745A	Orellana la Vieja	asador articulado (varilla)	177	0.02	0.07	86.90	nd	0.17	0.091	12.34	0.067	--	0.33	--
PA7745B	Orellana la Vieja	asador articulado (empuñadura)	177	0.18	0.17	81.96	nd	0.56	0.11	16.03	0.091	--	1.00	--

⁴¹ Cabe descartar el supuesto ejemplar de Isleham (Cambridgeshire), reiteradamente aludido (Coffyn 1985: 177, carte 28, nº 8, figura 51; Gómez de Soto 1991; Mederos 1996a), ya que la afirmación de su existencia se debe a una interpretación errónea del material, como señalan Burgess y O'Connor (2004: 188).

⁴² Lo Schiavo (1991: 216) mencionó en su momento otra posible pieza hallada en Grotta Piroso su Benatzu (Santadi), pero su adscripción al tipo articulado resulta muy problemática (Lo Schiavo y Usai 1995: 168, figura 14.13; Burgess y O'Connor 2004: 197, nº 23).

A partir del modelo básico que hemos descrito, se registran diversas variables e incluso rasgos únicos en algunos ejemplares. Curiosamente, las dos piezas mediterráneas participan de esta problemática. El asador sardo de Monte Sa Idda posee una empuñadura con decoración torsionada sin parangón en ningún otro asador articulado (Lo Schiavo 1991: figura 6.1), mientras que en el ejemplar de Amathus las patillas consisten en una barra maciza fundida solidariamente junto al anillo cilíndrico (Karageorghis y Lo Schiavo 1989: figura 3b; Mederos 1996a: 101-02)⁴³.

Contamos con análisis de composición para los asadores de Cachouça (Seruya 1995; Merideth 1997: 147), Outeiro dos Castejos de Beijós (Senna-Martinez 2000b: 56) y Orellana la Vieja, indicando en los tres casos composiciones binarias, lo que resulta coherente con una generalización tardía de las aleaciones ternarias en el Bronce Final peninsular (Montero 1998; Fernández-Posse y Montero 1998; Rovira 1995). La serie analítica de los tres asadores de Orellana la Vieja (figura 9), compuesta por un total de ocho análisis realizados en el marco del Proyecto Arqueometalurgia, es susceptible de algún otro comentario (Armada 2005b)⁴⁴. Los tres ejemplares se fabricaron con una aleación binaria y es destacable tanto la relativa homogeneidad de la tasa de cobre, cuyos valores extremos son 81'65 y 89'28, como una cierta uniformidad de elementos traza; no parece darse una orientación de las aleaciones hacia la fundición de los diversos elementos (varilla, anillo cilíndrico de rotación o mango), aunque la tasa de cobre siempre es ligeramente superior en los análisis correspondientes a la varilla. Las similitudes desde el punto de vista analítico tienen su correlato en las dimensiones (55'5, 57'5 y 60'5 cm de longitud) y morfotopología de las piezas (Enríquez Navascués 1984; Aranegui 2000). Es de lamentar que no poseamos información sobre el contexto de recuperación de los ejemplares, pero la información analítica parece apuntar a su fabricación en un mismo taller y con una materia prima de origen común.

Desde hace algunos años el origen de los asadores articulados tiende a situarse en el Bronce Final II del ámbito atlántico (Gómez de Soto 1991; Ruiz-Gálvez 1998a: 205), pero es conveniente señalar dos cosas. En primer lugar, que algunos de los argumentos cronológicos que se han manejado son cuestionables; y en segundo, que estos objetos parecen seguir en circulación en la siguiente subfase.

La tumba 523 de Amathus, en la que aparece el asador articulado, es fechada por Karageorghis en torno a 1000 a.e., considerando la presencia de materiales del Chipro-Geométrico I y II (Karageorghis y Lo Schiavo 1989: 16)⁴⁵. Sin embargo, en diversas ocasiones se ha cuestionado esta propuesta, teniendo en cuenta que la posición del asador y otros materiales junto a la pared sur de la tumba podría deberse a arreglos y reutilizaciones en su interior (Gómez de Soto 1991: 371; Hermay 1999; Vilaça 1995: 347)⁴⁶. El otro argumento para una datación anterior al Bronce Final III era la supuesta presencia de un asador articulado en el depósito de Isleham (Gómez de Soto 1991: 370; Mederos 1996a: 102), basada en la incorrecta interpretación de unos dibujos de O'Connor (1980: figura 45, 37-8; Burgess y O'Connor 2004: 188)⁴⁷.

En el momento actual la fecha más antigua para los asadores articulados la proporciona el yacimiento de Outeiro dos Castelos de Beijós, en el que se recuperaron dos pequeños fragmentos en el mismo contexto que varios trozos de hierro pertenecientes a un pequeño cuchillo afalcatado; el director de la excavación (Senna-Martinez 2000b: 57) relaciona estos materiales con la fecha Sac-1539 (2960 ± 45), que calibrada a 2 sigmas arroja la horquilla 1315-1022 para una probabilidad del 99'04 %. Dichos materiales aparecen en la ocupación intermedia del sector B, mientras que el contexto de Sac-1539 es la ocupación inferior del A⁴⁸. Contamos con otra fecha para la ocupación inferior del sector A con la horquilla 1315-973 para una probabilidad de 97'85 a dos sigmas⁴⁹, en tanto que de la superior procede otra muestra con una

⁴³ En este segundo caso hay que advertir que el alto grado de corrosión dificulta un adecuado examen.

⁴⁴ Los tres asadores de Orellana (Enríquez Navascués 1984; Aranegui 2000) se encuentran en el Museo de Badajoz y han sido analizados por el Proyecto Arqueometalurgia a petición de Eduardo Galán.

⁴⁵ El tránsito entre dichas etapas puede fecharse en ese momento o incluso un poco antes (Torres 1998: 57; 2002: 169), aunque algunos autores proponen un momento algo posterior (Stampolidis *et al.* 1998: 157).

⁴⁶ El propio Karageorghis reconoce en una publicación posterior que «*los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre la datación de este objeto*» (Karageorghis 2004: 135).

⁴⁷ Estos fragmentos han sido interpretados recientemente como un posible vástago o fuste de un gancho de carne (Needham y Bowman 2005: 101, figura 4.3, table 4.4).

⁴⁸ En el sector A se definen dos ocupaciones (superior e inferior) y en el B tres (superior, intermedia e inferior). Por otro lado, conviene aclarar que la edad radiocarbónica de la fecha Sac-1539 está mal transcrita en un lugar de la publicación de Senna-Martinez (2000b: 48, donde figura 2930 en lugar de 2960). El dato correcto figura en ese mismo artículo y en otros del propio autor (Senna-Martinez 2000b: 57; 2000a: 120; 2002: 115).

⁴⁹ Sac-1566: 2930 ± 60.

horquilla 906-726 cal ANE para una probabilidad de 71'81 % a dos sigmas⁵⁰, en un contexto que ha proporcionado una fíbula de doble resorte helicoidal.

La cronología de este yacimiento portugués y la secuencia evolutiva de la metalurgia atlántica sugieren la posibilidad de situar el origen de los asadores articulados en el Bronce Final II, aunque la identificación de un ejemplar en el depósito de Isleham se haya demostrado incorrecta y algunos autores cuestionen la propuesta cronológica del contexto de la tumba 523 de Amathus. Esta postura es compartida por Burgess y O'Connor (2004: 195), quienes defienden una adscripción cronológica a su Hío-Arganil stage/LBA 2, que como ya comentamos sitúan en 1140/1100-1000/950 ane (Burgess y O'Connor 2004: 193). Problema aparte es el lugar de origen del tipo, tema sobre el que se ha discutido largamente sin alcanzarse consenso hasta la fecha.

Frente a la presencia de asadores articulados en ámbito mediterráneo, los ganchos de carne siempre se han considerado una producción típica del mundo atlántico (Coffyn 1985: 55, carte 21; Delibes *et al.* 1992-1993; Armada y López Palomo 2003), aunque posibles precedentes orientales se documentan en la bronzística sirio-palestina, egea y chipriota desde momentos tempranos, en concreto a mediados del tercer milenio en ámbito egeo (Catling 1964: 65-66, figura 4.7-8; Branigan 1974: 30; Needham y Bowman 2005: 116-118).

Recientemente Needham y Bowman (2005) han llamado la atención sobre algunas piezas del Mediterráneo central que podrían aclarar las vías de influencia de los ganchos de carne mediterráneos en los ejemplares atlánticos. El depósito de Badia Malvagna (Messina) contiene un posible gancho de enmangue tubular y un solo garfio (Needham y Bowman 2005: 98, figura 2.5, table 7.1), mientras que otro ejemplar del mismo tipo –aunque con cuatro apéndices en disposición cruciforme situados en el arranque del garfio– comparece en el depósito de Erbe Bianche (Trapani) (Needham y Bowman 2005: 98, table 7.2), en ambos casos con una cronología del s. XIII ane (Needham y Bowman 2005: 98). Una cronología algo posterior presenta el depósito de Niscemi (Gela), con un gancho de carne también de enmangue tubular, un solo garfio y cuatro apéndices en disposición radial en el arranque de éste (Needham y

Bowman 2005: 98, figura 2.7, table 7.3; Giardino 1995: 20-21, figura 8B.10).

Junto a los ejemplares de enmangue tubular y un solo garfio, Needham y Bowman (2005: 104, figura 4.4., table 7.4-5) recogen dos objetos que en su opinión podrían adscribirse al grupo de los ganchos con vástagos torsionados, al cual pertenecen el ejemplar francés de Thorigné y los españoles de Cantabrana y río Genil (Delibes *et al.* 1992-93; Armada y López Palomo 2003). Se trata de dos fragmentos pertenecientes a los depósitos de Mendolito de Adrano (Catania) y Modica (Ragusa) que simulan una decoración torsionada y en el primero de los casos también con dos motivos ornitomorfos (Giardino 1995: 21, 24, 26, 29, figs. 11.6 y 15.5). Aunque su interpretación como ganchos de carne es viable, sobre todo en el primer caso, esta hipótesis no puede darse como definitiva. El segundo de los depósitos contiene dos espadas de lengua de carpa, fechándose por lo tanto en un momento avanzado del Bronce Final (Giardino 1995: 21).

En nuestra opinión, estos materiales de Sicilia presentan un aire de familia con los ganchos del ámbito atlántico, pero no constituyen indicadores con la misma validez inferencial que asadores articulados o algunos de los elementos de vajilla considerados anteriormente. Por lo demás, los ganchos de carne atlánticos son un buen exponente de los cambios que se detectan en la metalurgia de estos momentos, por ejemplo en lo relativo al empleo de la fundición a cera perdida en sus diversas variantes, incluyendo el vaciado adicional. Además de dichas técnicas, que luego comentaremos, el ejemplar de Nossa Senhora da Guia presenta algún otro detalle a considerar. Formalmente presenta claras analogías con el gancho irlandés de Dunaverney, también con fuste tubular y anillas (Needham y Bowman 2005: 101, figura 3.1, table 3.1)⁵¹, pero en el extremo distal muestra un remate piramidal –que acoge los tres garfios– decorado con espirales obtenidas con hilos de cera, un motivo frecuente en la bronzística sarda y chipriota (Armbruster 2002-2003: 149, est. VII.2)⁵². Como ya hemos señalado (Armada e.p.) y luego tendremos ocasión de comentar, el gancho de Nossa Senhora da Guia podría reflejar un proceso de hibridación metalúrgica como resultado del contacto directo entre artesanos sardos y peninsulares.

⁵⁰ Sac-1524: 2610 ± 60.

⁵¹ Restos de madera conservados en el interior de una de las piezas tubulares del gancho de Dunaverney han sido fechados por ¹⁴C AMS proporcionando los resultados OxA-10004: 2839 ± 37 y OxA-2818 ± 37 (Bronk Ramsey *et al.* 2002: 41; Needham y Bowman 2005: 114, table 3.1), cuya calibración (1118-910 cal ANE 100% a 2 sigmas para la primera; y 1088-895 cal ANE 97'18% a 2 sigmas para la segunda) sitúa el objeto en un arco aproximado 1050-900 cal ANE que es coherente con la datación que podemos atribuir al ejemplar de Nossa Senhora da Guia.

⁵² Con independencia de su técnica de fabricación, este tipo de espirales aparece, por ejemplo, en algunos trípodes chipriotas (Matthäus 1985), en placas, trípodes y enganches de asa de caldero sardos (Macnamara *et al.* 1984: 7-9, pl. III-IV, figura 3; Lo Schiavo *et al.* 1985: 32-51; Matthäus 2001) o en el soporte de Couffoulens (Solier *et al.* 1976: 79, figs. 83-85), del que luego nos ocuparemos.

OBJETOS DIVERSOS O DE FUNCIONALIDAD DUDOSA

De manera resumida consideramos oportuno recoger aquí algunos otros objetos de bronce que resultan relevantes en el marco de este trabajo (figura 10), aunque su valoración es problemática debido a su escasez, a la falta de paralelos o a las dudas sobre su funcionalidad.

Destaca la reciente publicación (Lopes y Vilaça 1998; Vilaça 2004a y 2004b) de dos piezas portuguesas en forma de asa con paralelos directos en el depósito de Monte Sa Idda. El ejemplar mejor conservado es fruto de un hallazgo casual en el poblado de Pé do Castelo (Trindade, Beja) y tiene forma de asa arqueada con 8 cm de longitud, rematando sus extremos en dos anillos de disposición horizontal,

uno de ellos con barra central; de este mismo anillo arrancan cuatro vástagos que se abren quedando unidos por una barra transversal y rematados por un puente de cuatro círculos con decoración de espirales, lo que da lugar a una estructura calada; además de la citada decoración en espiral presente en este apéndice, el asa posee por su cara externa una decoración en sogueado o espina de pez con tres filetes lisos —dos en sus laterales y uno en la parte central— mientras que la cara interna presenta tres líneas incisas longitudinales y paralelas que dan lugar a un perfil gallonado (Lopes y Vilaça 1998: 67-70). Un segundo ejemplar (figura 11.1) procede del Monte de São Martinho y sus características son bastante similares, aunque muestra algunas diferencias en el

Figura 10

Tabla-resumen de pinzas, asas y otros objetos de funcionalidad dudosa o indeterminada.

<i>Yacimiento</i>	<i>Localidad o municipio</i>	<i>Provincia o distrito</i>	<i>Descripción de la pieza</i>	<i>Nº piezas</i>	<i>Contexto</i>	<i>Bibliografía</i>
Castelo Velho do Caratão	Mação	Santarém	Mango o tranchet	1	Poblado	Kalb 1976; Vilaça 1995: 338, figura 55.3; Celestino 2001a: 170; Coffyn 1985: 394, nº 262
Castillejos de Sanchorreja	Sanchorreja	Ávila	Placa con triángulos calados	1	Poblado o necrópolis	González-Tablas <i>et al.</i> 1991-92: 305-6
Monte de São Martinho	Castelo Branco	Castelo Branco	Asa de función indeterminada	1	Poblado	Vilaça 2004a
Monte do Frade	Penamacor	Castelo Branco	Mango o tranchet	1	Poblado	Vilaça 1995: 338, figura 55.1
Monte do Frade	Penamacor	Castelo Branco	Pinzas	2	Poblado	Vilaça 1995: 343; 2000a: 35, figura 3.6-7
Monte do Trigo	Idanha-a-Nova	Castelo Branco	Pinzas	1	Poblado	Vilaça 2000a: 35, figura 3.8
Nossa Senhora da Guia	Baiões, S. Pedro do Sul	Viseu	Posible calcofón o tintinabulum	3 fragm.	Poblado	Silva 1986: 212, nº 331-3, est. C.7-9; Almagro-Gorbea 2005: 42
Nossa Senhora da Guia	Baiões, S. Pedro do Sul	Viseu	Mango o tranchet	2	Poblado	Kalb 1976; Silva 1986: 200, nº 256-7, est. LXXXIX.1-2; Vilaça 1995: 338, figura 55.2; Celestino 2001a: 170; Harrison 2004: 14, 151; Coffyn 1985: 394, nº 263
Pé do Castelo	Beja	Beja	Asa de función indeterminada	1	Posible poblado	Lopes y Vilaça 1998; Vilaça 2004a
Peña Negra	Crevillente	Alicante	Fragmento de aro con decoración trenzada	1 (?)	Poblado (no seguro)	Jiménez Ávila 2002: 33, n. 33, figura 9
Pragança, castro de	Cadaval	Lisboa	Fragmento con decoración sogueada	1	Poblado	Lopes y Vilaça 1998: 71, figura 4.2; Vilaça 2004a: 8, figura 2.2
Rocha do Casal do Meio	Casal do Meio	Lisboa	Pinzas	2	Tumba	Spindler y Veiga 1973: 89-91, Abb. 10e; Cardoso 2004a: 220, figura 170

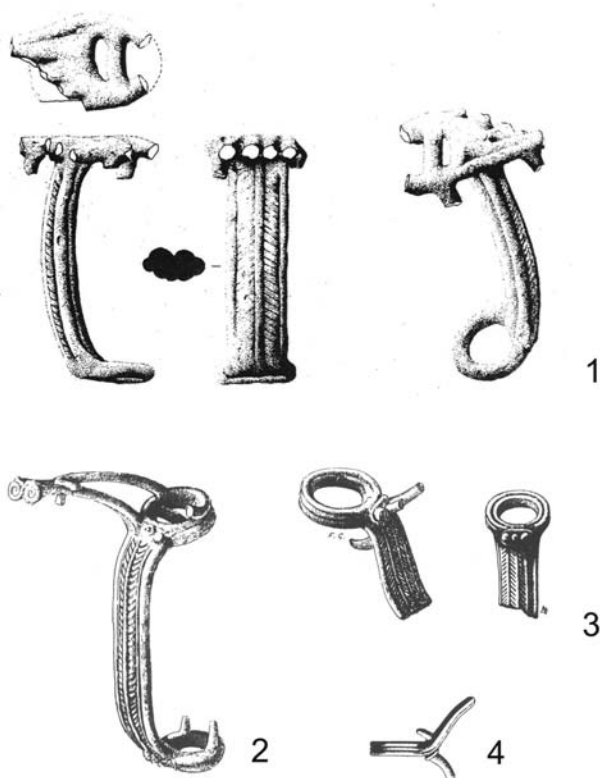


Figura 11

Posibles asas de función indeterminada («tendiarcos» de Taramelli 1921): 1) Monte de São Martinho (Castelo Branco) (según Vilaça 2004a); 2-4) Monte Sa Idda (Decimoputzu, Cagliari, Cerdeña) (según Taramelli 1921).

extremo más complejo, que se encuentra fracturado en varios puntos (Vilaça 2004a: 5-7, figura 1)⁵³. Posiblemente a un objeto similar pertenece un pequeño fragmento del castro de Pragança (Cadaval), también con decoración externa en sogueado o espina de pez y rematado en dos espirales colocados en forma de ocho; de la parte interior salen dos pequeños espigos o apéndices paralelos entre sí (Lopes y Vilaça 1998: 71, figura 4.2; Vilaça 2004a: 8, figura 2.2).

Los cuatro paralelos conocidos (figura 11.2-4) para estos objetos pertenecen al depósito de Monte Sa Idda (Taramelli 1921: 59-61), conservándose tres de ellos bastante incompletos. Presentan también ligeras diferencias entre sí y con respecto a los ejemplares portugueses, pero su morfología básica y orientación funcional son las mismas.

A falta de una hipótesis mejor, Taramelli (1921: 59) llamó a estos objetos «tendiarcos» y propuso que estaban destinados a tensar la cuerda del arco⁵⁴. Por su parte, Lopes y Vilaça (1998: 73-74), creemos que acertadamente, dudan de esta interpretación y los identifican genéricamente como asas probablemente destinadas a usarse en articulación con otros elementos de madera, cuero o metal (Lopes y Vilaça 1998: 73; Vilaça 2004a: 10). Aunque su datación en el Bronce Final es incuestionable, es difícil ajustar su cronología. Los ejemplares portugueses, como ya vimos, son fruto de hallazgos casuales, mientras que el depósito de Sa Idda tampoco resulta decisivo al agrupar materiales de cronología heterogénea.

Una decoración trenzada aparece también en un fragmento de Peña Negra (Crevillente, Alicante) con forma de aro y que, en opinión de Jiménez Ávila (2002: 33, figura 9), podría pertenecer a un soporte similar a los documentados en Nossa Senhora da Guia⁵⁵.

Especial interés reviste igualmente una pieza de la antigua Colección Martino procedente de Castillejos de Sanchorra y conservada actualmente en el Museo de Ávila (figura 12)⁵⁶. Se trata de un objeto de perímetro rectangular que presenta en su interior doce triángulos calados (ocho grandes y cuatro en las esquinas más pequeños) organizados en dos filas divididas por una banda central decorada con un sogueado en espina de pez que se enmarca en dos filetes lisos. La misma técnica y morfología decorativa aparece en uno de los lados cortos de la pieza (figura 12.3). El otro lado corto y los dos lados largos tienen sección romboidal y son macizos; uno de los lados largos tiene dos perforaciones de diferente tamaño. El lado corto de sección romboidal se prolonga ligeramente sobre el perímetro de la pieza y termina en dos discos transversales decorados con un motivo de espiral o círculos concéntricos; en su parte central se disponen dos anillas fijas que acogen otras dos anillas móviles (figura 12.2). Abrazando el extremo de la pieza y dos triángulos calados se dispone un elemento metálico en forma de ocho que se ha perdido parcialmente. La pieza también está incompleta en el otro extremo, pues los dos lados largos quedan cortados. Los lados oblicuos de los triángulos interiores están

⁵³ Todo parece indicar que esta pieza corresponde a un hallazgo casual. En el Monte de São Martinho (Castelo Branco) se han efectuado descubrimientos relevantes que incluyen tres estelas de guerrero, diversos objetos metálicos (fragmentos de espadas, fibulas, calderos, etc.) así como diversos testimonios de actividad metalúrgica (fragmentos de moldes, etc.). Sobre el yacimiento puede verse Vilaça (2004a: 3-5); sobre las estelas Celestino (2001a: 357-61), Vilaça (2000a: 35, 37-38, figura 4.2-3) y Harrison (2004: 229-34).

⁵⁴ «Dò il nome di tendiarco ai seguenti oggetti per i quali non so trovare una spiegazione migliore» (Taramelli 1921: 59).

⁵⁵ El fragmento carece de contexto y perteneció a la Colección Dabó, conservándose actualmente en el Museo de Crevillente (Jiménez Ávila 2002: 33, n. 33).

⁵⁶ Este lote de metales tiene su origen en excavaciones clandestinas realizadas en el yacimiento abulense y, hasta donde conocemos, la pieza que nos ocupa ha permanecido virtualmente inédita hasta la fecha. No obstante, creemos que debe identificarse con la descrita como «Ref. 91/6/4/5/2. Sin etiqueta. 58. Pieza de utilidad desconocida aunque podría corresponder a alguna parte de un atalaje de caballería. Presenta decoración por ambas caras desarrollando frisos de hojas. Material: bronce; tratamiento: limpieza. Procedencia G-20» en la valoración que de estos materiales realizan González-Tablas *et al.* (1991-92: 305-306).

decorados con un triple filete o cordón liso (figura 12.3). Las dimensiones del objeto son 10'8 cm de largo, 9 de ancho en el lado corto con anillas y 5'9 cm en el otro

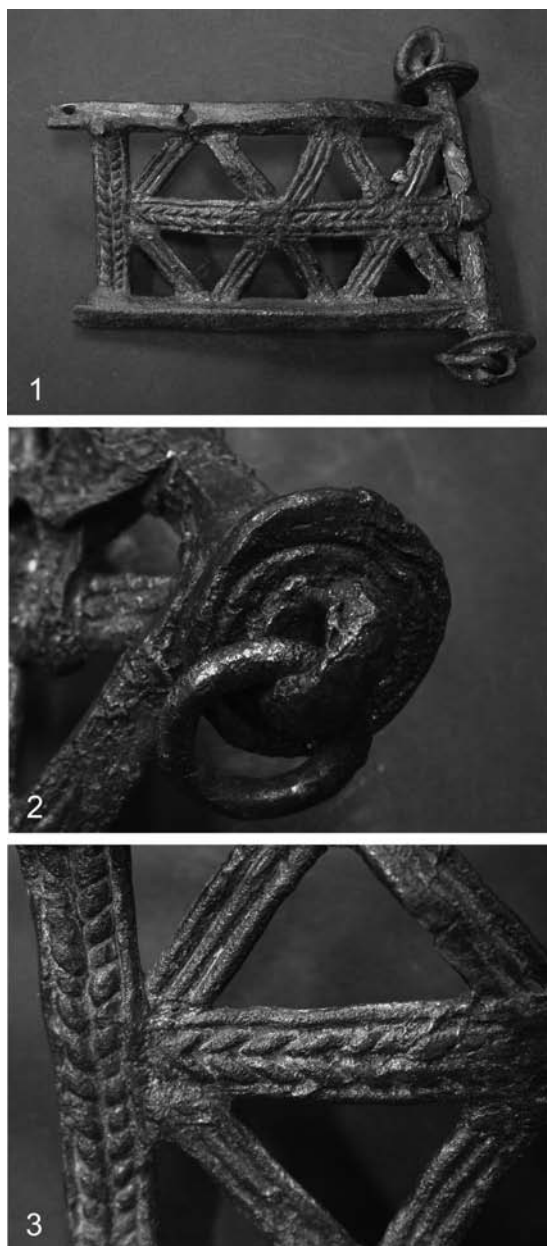


Figura 12
Pieza con decoración trenzada y triángulos calados de Sanchorreja (Ávila), conservada en el Museo de Ávila: vista general (1) y detalles (2-3). Fotos: X.-L. Armada.

lado corto. Los discos transversales tienen 2'1 cm de diámetro y las anillas 1'6 cm.

La valoración de este objeto es compleja por varias razones. En primer lugar, los tratamientos de limpieza y las sustancias que se le han aplicado dificultan

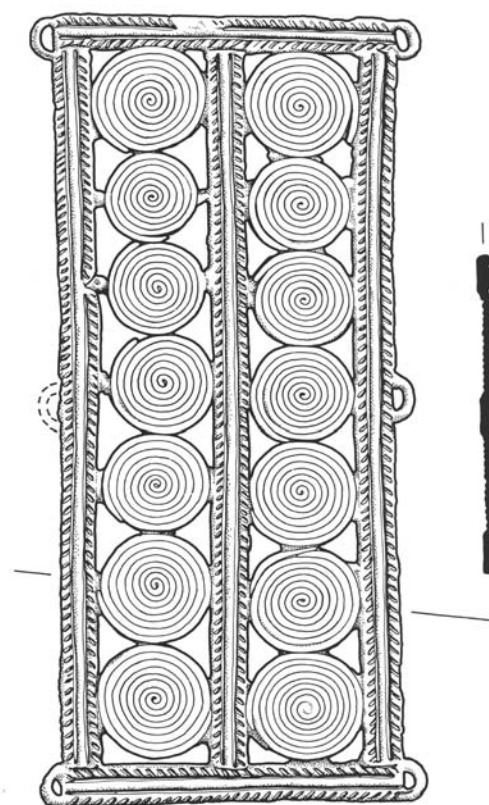


Figura 13
Placa del depósito de Sta. Maria in Paulis (Cerdeña) (según Macnamara *et al.* 1984: figura 3).

notablemente su caracterización topográfica y tecnológica. En segundo lugar, la ausencia de datos sobre su contexto arqueológico nos priva de la necesaria información sobre sus posibles asociaciones con otros materiales o la cronología de su deposición. A ello tenemos que añadir que se trata de una pieza incompleta—como ponen de manifiesto las dos roturas en los lados largos— y de funcionalidad desconocida⁵⁷.

En cualquier caso, las afinidades con la tradición bronceística de cronología precolonial son evidentes, por ejemplo, en los triángulos calados, la decoración trenzada, las espirales o las anillas colgantes. Su morfología básica recuerda también a objetos sardos, como las placas—tres prácticamente completas y fragmentos de otras dos— del depósito de Sta. Maria in Paulis (figura 13). Son piezas algo más grandes (la mejor conservada mide 22'5 x 9 cm) y también de función indeterminada (Macnamara *et al.* 1984: 7-8). No obstante, su aspecto básico es similar, aunque en lugar de triángulos calados los ejemplares sardos presentan dos bandas de 6 o 7 espirales; la decoración que imita sogueado aparece en toda la estructura básica de la

⁵⁷ Hemos mostrado fotografías de la pieza al Prof. F. Quesada Sanz, buen conocedor de los elementos de monta protohistóricos, y ha descartado que se trate de un bocado de caballo o de parte de un atalaje de monta, aunque deja abierta la posibilidad de que pueda corresponder a algún tipo de atalaje de vehículo. Aprovechamos la ocasión para agradecerle desde aquí sus comentarios sobre este particular.

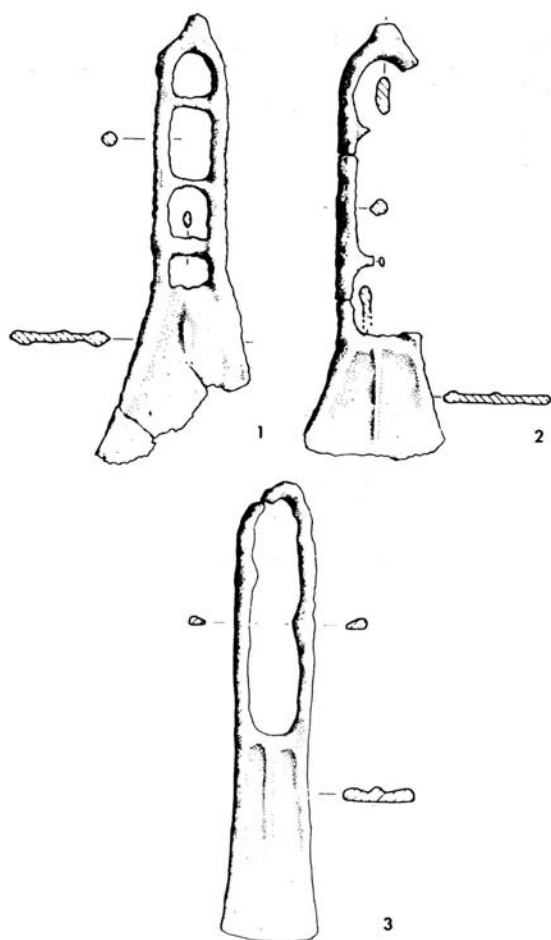


Figura 14

Mangos o «tranchets»: 1-2) Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) (según Kalb 1976); 3) Castelo Velho do Caratão (Mação, Santarém) (según Kalb 1976, a partir de Horta Pereira).

pieza (los lados exteriores y la banda central) y seis anillas fijas se disponen en las cuatro esquinas y en la parte central de los dos lados largos (Macnamara *et al.* 1984: 7-9, pl. III-VI, figura 3). En definitiva, aunque las diferencias no son ciertamente irrelevantes, se aprecian también semejanzas significativas entre las placas de Sta. Maria in Paulis y el ejemplar de Sanchorreja.

El enclave arqueológico de Castillejos de Sanchorreja (Sanchorreja, Ávila) es un clásico de la protohistoria

meseteña y está conformado por una asociación de poblado-necrópolis con un largo historial de excavaciones científicas y expolios clandestinos (González-Tablas *et al.* 1991-1992; González-Tablas y Domínguez 2002; Armada 2005b). El poblado presenta una fase del Bronce Final a la que podría haberse asociado la pieza que nos ocupa⁵⁸.

Otro grupo significativo de objetos, para el que también se ha propuesto una filiación mediterránea (Vilaça 1995: 338-40), es el conformado por los mangos y tranchets que aparecen básicamente en ámbito atlántico y que se cuentan igualmente entre las representaciones de las estelas de guerrero (Celestino 2001a: 163-171; Harrison 2004: 151-156, 163). Uno de los dos ejemplares de Nossa Senhora da Guia (figura 14) (Tavares da Silva 1979: 519, est. V) ha sido interpretado como un posible mango de espejo, aunque reconociendo las dificultades para una atribución funcional segura (Harrison 2004: 14, 151). Otros ejemplos proceden de Castelo Velho do Caratão (Mação, Santarém) (figura 14.3) (Kalb 1976; Vilaça 1995: 338, figura 55.3; Celestino 2001a: 170), Monte do Frade (Penamacor) (Vilaça 1995: 338, figura 55.1) o el depósito acuático del río Genil (Sevilla) (López Palomo 1978; Armada y López Palomo 2003: 175-176). La valoración de estos objetos es compleja y con seguridad su funcionalidad no es homogénea, pues, aunque poseen el rasgo común de su empuñadura calada, presentan diferencias en el extremo distal. La rotura de algunos de ellos en esta parte —uno de los de Baiões o el de Monte do Frade— nos impide verificar si presentaban agujero de remache o algún otro sistema para ser usados como mango de algún objeto; sin embargo, otras de las piezas, como Castelo Velho do Caratão, río Genil o la otra de Nossa Senhora da Guia, terminan en forma de espátula, por lo cual podemos garantizar que no eran mangos de espejos o de navajas de afeitar⁵⁹.

La interpretación como mangos de espejo es atractiva, teniendo en cuenta la representación de estos objetos en las estelas de guerrero (Celestino 2001a: 163-169; Harrison 2004: 151-156) y la existencia de paralelos en

⁵⁸ La secuencia propuesta por González-Tablas y Domínguez (2002) comprende una primera ocupación limitada a la parte alta del poblado y datable en un momento avanzado del Calcolítico o en el Bronce Inicial. El nivel siguiente o V se corresponde con el inicio del Bronce Final o Cogotas I e implica un notable incremento poblacional, que lleva a ocupar toda la superficie del yacimiento; las cerámicas de pintura monocroma o las de incrustaciones de bronce parecen apuntar a una fase final de Cogotas I. Entre este nivel y el IV no se registran estratigráficamente hiatus habitacionales; este último nivel, correspondiente a inicios de la Edad del Hierro, está insuficientemente documentado, aunque en él comparecerían las cerámicas pintadas bícromas, asociadas a las decoradas a peine, y los materiales de hierro. El nivel III, perteneciente al final de la primera Edad del Hierro, se ha excavado en mayor superficie y corresponde a la construcción de la muralla que Maluquer (1958) había dado a conocer en su monografía; entre finales del s. VI e inicios del s. IV se sitúa la última fase de ocupación. La necrópolis correspondería en su mayor parte a esta fase III, arrancando desde el s. VIII a.n.e. Fabián (1999) ha propuesto un planteamiento diferente, sosteniendo una posible alteración geológica o geontrópica de la estratigrafía que suprimiría el hiato que debió existir entre los niveles de Cogotas I —que así tendría una perduración en el tiempo bastante menor— y la primera Edad del Hierro. En consecuencia, cabría señalar que dichos niveles de tránsito se encuentran todavía pendientes de una adecuada documentación y periodización cronológica.

⁵⁹ Entre las funciones atribuidas a los tranchets figura la de cortar cueros u otros sólidos flexibles (Vilaça 1995: 339).

Cerdeña y Sicilia⁶⁰. Sin embargo, la evidencia de espejos reales en el Bronce Final peninsular nos parece cuestionable⁶¹, mientras que los ejemplares de las Baleares (La Lloseta, Cova des Mussol, etc.) son de empuñadura maciza y claramente distintos (Lull *et al.* 1999: 121-124, láms. 11 y 24; Harrison 2004: 151-152). Un indicio relevante sobre la posible función de algunos mangos peninsulares lo proporciona la estela de Capilla III (Celestino 2001a: 169-171, 374-375; Harrison 2004: 163, 245-247), en la cual se representa una probable navaja de afeitar de doble hoja y espigo con un mango calado de tipología similar a los arriba mencionados⁶²; de este modo, los espejos no serían los únicos objetos susceptibles de asociarse a dichas piezas, algo que por otro lado ponen de manifiesto los puñales sardos (Kalb 1976: 204, Abb. 5; Lo Schiavo 1991: 216, figura 2.10).

Desde el punto de vista cronológico, la opinión más extendida sitúa los espejos sardos y baleáricos, así como los mangos/tranchets peninsulares, a inicios del primer milenio, en el horizonte metalúrgico de las espadas de lengua de carpa o, genéricamente, dentro de un Bronce Final III (Kalb 1976; Coffyn 1985: 394; Lull *et al.* 1999: 124)⁶³. El ejemplar de Monte do Frade se adscribe a la «camada 3» de dicho yacimiento, fechada a través de cuatro dataciones radiocarbónicas (Vilaça 2006a: 86) que, no desentonando con esta cronología, podrían indicar también un momento algo anterior⁶⁴.

Mencionaremos finalmente unos elementos de Nossenhora da Guia que Almagro-Gorbea (2005: 42) considera restos de un posible calcofón o *tintinabulum*. En concreto, se trata de tres piezas semicirculares pertenecientes al gran lote de metales recuperado en 1983 (Silva 1986: 212, nº 331-333, est. C.7-9); tienen una anilla en la parte central de su lado curvo y una serie de perforaciones en su cara plana, que Almagro-Gorbea (2005: 42) interpreta como pasadores en los que irían enrollados unas espiras también de bronce que fueron encontradas conjuntamente pero no publicadas. En su opinión, la presencia de este tipo de instrumento en el poblado portugués se relacionaría con la existencia de aedos, música y litera-

tura oral en el Bronce Final del occidente peninsular, hipótesis reforzada por las representaciones de instrumentos musicales en las estelas del SO (Almagro-Gorbea 2005; Bendala 1977; Celestino 2001a: 172-181).

CIRCULACIÓN DEL METAL, INNOVACIÓN METALÚRGICA Y SOCIOPOLÍTICA DE LAS RELACIONES: DEL BRONCE FINAL AL SISTEMA COLONIAL FENICIO

En general, los objetos considerados funcionan como bienes de prestigio o símbolos de posición social en sus ámbitos de origen (Matthäus 2001); creemos que su circulación debe encuadrarse en el marco de las relaciones entre individuos de posición privilegiada y mediante los mecanismos propios de la economía política. Así, los soportes o la vajilla metálica servirían para sellar pactos o alianzas y establecer relaciones a larga distancia, otorgando a sus poseedores una plusvalía de capital simbólico (González Ruibal 2007: 267). Serían seguramente objetos «con biografía», que circularían vinculados a discursos sobre su origen lejano, sus anteriores propietarios, sus atributos especiales o los avatares de su largo viaje (Gosden y Marshall 1999; Hodos 2006: 8; Knapp 2006; González Ruibal 2007: 267; Armada *e.p.*). Esta motivación ideológica permite explicar que un vaso de bronce, a través de diversos intermediarios, pueda circular desde Chipre hasta Berzocana (Cáceres); o que un asador de tipo atlántico termine en una tumba de la necrópolis chipriota de Amathus⁶⁵. La posesión de estas piezas podría asociarse a una genealogía —real o inventada— que normalizaría el orden social sancionando las desigualdades.

La constatación de estos desplazamientos de largo alcance, sin embargo, plantea varias cuestiones cuya resolución dista de ser sencilla. No en vano, como ya hemos señalado, ni siquiera existe consenso en admitir el fuerte contenido ideológico de estos materiales, argumentándose que, en casos como los soportes o los pasarriendas de Baiões, podríamos encontrarnos ante objetos que llegan a la Península Ibérica como chatarra para refundición, desprovistos de su

⁶⁰ Corresponden a mangos de espejos y de puñales, también con empuñadura calada y a menudo con decoración trenzada (Lo Schiavo 1991: 216, figura 2; Lo Schiavo y Usai 1995: 171, figura 14.10; Vilaça 1995: 338-40; Harrison 2004: 152-155). Sobre los espejos sardos ver además Lo Schiavo *et al.* (1985: 28-30).

⁶¹ Para el mundo orientalizador peninsular, Jiménez Ávila (2002: 303-304) recoge únicamente dos espejos en tumbas.

⁶² Harrison (2004: 163, 246, figura 7.18), contra Celestino (2001a: 169-171), interpreta este objeto como un espejo oval, lo que nos parece bastante discutible. Sobre este tipo de navajas ver Giardino (1995: 225-228).

⁶³ En esta dirección, cabe recordar la asociación de un tranchet con espadas de lengua de carpa o un gancho de carne de vástagos torsionados en el depósito acuático del río Genil (López Palomo 1978; Armada y López Palomo 2003).

⁶⁴ GrN-19660: 2805 ± 15, 1003-913 cal ANE [100 %]; ICEN-971: 2850 ± 45, 1132-901 cal ANE [96'77 %]; ICEN-969: 2920 ± 50, 1271-976 cal ANE [98'35 %]; ICEN-970: 2780 ± 100, 1216-790 cal ANE [98'63 %]. Las cuatro fechas calibradas a dos sigmas.

⁶⁵ Como bien destaca Hodos (2006: 8), la perspectiva del consumidor es muy relevante, en la medida que los objetos son producidos en respuesta a una demanda.

significado original y valorados únicamente como mera materia prima (Ruiz-Gálvez 1998a: 286, 300).

Desde nuestro punto de vista, existen argumentos para defender que estos objetos fueron algo más que chatarra, es decir, que fueron valorados como bienes de prestigio destinados a las élites locales. Así, hallazgos como los de Berzocana, Nora Velha o Roça do Casal do Meio muestran la ocultación de una pátera junto a dos torques de oro (caso de Berzocana) o la inclusión de importaciones de carácter suntuario (caldereta con soportes de anteojos, pinzas, etc.) en los ajuares de tumbas singulares de individuos destacados (casos de Nora Velha o Roça do Casal do Meio), lo que sugiere una conceptualización diametralmente distinta a la de mera chatarra. Otra cosa muy diferente es que dichos objetos fuesen utilizados con los mismos matices y connotaciones que en sus lugares de origen, algo que en efecto resulta difícil de admitir. Por ejemplo, las páteras y cuencos hemisféricos se asocian en ámbito próximo oriental a jarra y colador, formando *Wine Sets* que aparecen en tumbas fechadas entre los siglos XIV-XI a.e. (Gershuny 1985: 46-47, pl. 17-18; Artzy 2006: 55); son ocho los conjuntos de este tipo recogidos por Gershuny (1985: 46-47, pl. 17-18), seis de los cuales proceden de tumbas y otros dos de un tesoro de Megiddo. Esta asociación no se produce en ámbito peninsular, donde no conocemos jarras metálicas o coladores de este momento. En el caso de los asadores articulados, una producción atlántica y probablemente peninsular, se documenta también un patrón contextual específico para los ejemplares portugueses, concretamente su hallazgo frecuente en poblados, un tipo de contexto inédito para las piezas localizadas fuera de este país⁶⁶. Aunque la muestra es escasa, esta situación contrasta con lo registrado fuera de la Península, pues ningún asador articulado de Francia, Islas Británicas o ámbito mediterráneo procede de un contexto habitacional, siendo los depósitos –terrestres o acuáticos– su medio habitual de comparecencia⁶⁷. Por el contrario, ningún asador articulado de España o Portugal puede atribuirse con seguridad a un depósito (Vilaça y Cruz 1995; Armada y López Palomo 2003; Armada 2005a y 2005b).

Los datos señalados advierten de la necesidad de valorar los contextos de recepción de las importaciones, evitando extrapolaciones apriorísticas y lecturas uniformadoras

del registro. Como ya hemos planteado en alguna ocasión (Armada e.p.), ni los pobladores del occidente peninsular son receptores pasivos e inocentes de productos exóticos que traen asociada su función, ni tampoco valoran dichas piezas como simple chatarra destinada a refundición. Bien al contrario, los objetos mediterráneos se enmarcan en dinámicas ya existentes en las sociedades locales, como la circulación de bienes de prestigio o la celebración de festines, en un momento en el que circulan en ámbito atlántico producciones occidentales asociadas a este tipo de prácticas, como ganchos de carne o calderos de remaches (Gerloff 1986; Delibes *et al.* 1992-1993; Kristiansen 2001: 217, 221-222; Armada 2002 y 2005a; Needham y Bowman 2005).

Como también hemos explicado, existen argumentos para defender la fabricación local de los soportes o los cuencos de Nossa Senhora da Guia (Baiões). Destaca por ejemplo el particular diseño de los soportes con ruedas, sin paralelos en los ejemplares sardos o chipriotas y con rasgos específicos como las anillas que cuelgan del borde de la copa del soporte. En cuanto atañe a los cuencos, uno de ellos presenta por el exterior una decoración con triángulos incisos similar a la que encontramos en la orfebrería de tipo Sagrajas-Berzocana⁶⁸.

Tanto los hallazgos de Baiões como los asadores articulados plantean el problema de la utilización de la cera perdida y su variante del vaciado adicional en el Bronce Final peninsular, al tratarse de una técnica imprescindible para su fabricación. Consideramos altamente improbable, contra lo que sugieren algunos autores (Jiménez Ávila 2002: 29), que todos estos objetos sean importaciones, lo que conlleva proponer que –aunque no fuese la normal habitual– algunos artesanos peninsulares sabían utilizar esta técnica con resultados satisfactorios⁶⁹.

La adopción de la cera perdida en ámbito peninsular probablemente requeriría el contacto directo entre artesanos locales y mediterráneos, debiendo entenderse en el marco del proceso de interacción del Bronce Final. Esta técnica se documenta en Cerdeña al menos desde el s. XI a.e. y su introducción en la isla se atribuye a los bronceistas chipriotas (Lo Schiavo 1991: 219-20; Ruiz de Arbullo 1998: 37); su utilización se aprecia no sólo en los soportes de imitación, sino también en las conocidas figuritas nurágicas, algunas de las cuales se representan portando

⁶⁶ El contexto habitacional es seguro en los ejemplares portugueses de Nossa Senhora da Guia, Outeiro dos Castelos de Beijós, Cachouça y Canedotes.

⁶⁷ El asador articulado de Amathus es el único que puede adscribirse con seguridad a un contexto funerario.

⁶⁸ Aunque se trata de un hallazgo problemático, el molde bivalvo procedente de Castro de Monte Redondo (Gouveia), con decoración en sogueado en una de las matrices, apunta también a la fabricación peninsular de piezas con este tipo de motivos decorativos (Lopes y Vilaça 1998: 75-76; Vilaça 2004b).

⁶⁹ Conocemos en contextos de Bronce Final dos yacimientos en los que se ha recuperado cera impregnada superficialmente de cobre; se trata de una bolita de cera de abeja del yacimiento de Genó (Aitona, Lleida) (Rovira *et al.* 1998: 234) y un hilo de cera de São Julião.

espadas de tipo pistiliforme (Lo Schiavo 1991: 219-221, figura 5; Burgess 2001b: 179-180).

Por lo demás, aunque las investigaciones de los últimos años han supuesto un avance notable en el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final peninsular (Rovira 2004), todavía quedan bastantes aspectos por conocer, resultando difícil especificar cuáles son las innovaciones motivadas por la interacción con el ámbito mediterráneo. Algunos autores han planteado que la metalurgia del hierro y la copelación fueron practicadas por las poblaciones peninsulares con anterioridad a la colonización fenicia, pero en cualquier caso estas técnicas no se emplean de manera sistemática y significativa hasta el período colonial (Orejas y Montero 2001; Hunt 2003 y 2005). No ha podido establecerse con claridad cómo se obtenían el estaño y el plomo, pues estos metales sólo se encuentran en aleación con el cobre formando bronce; es probable que estos componentes no se conociesen como metales sino como minerales, siendo reducidos conjuntamente para la obtención del bronce (Rovira 2004: 29).

En la metalurgia del Bronce Final peninsular predominan las aleaciones binarias y, en general, se considera que los bronce ternarios corresponden a las producciones más tardías, como las hachas del NO con cono de fundición (Montero 1998; Fernández-Posse y Montero 1998; Rovira 2004: 32). De hecho, el cambio en el modelo de aleación podría relacionarse con el inicio de la explotación de plata por copelación en el s. VIII (Orejas y Montero 2001: 138). El empleo de plomo como colector de metales nobles es esencial en la copelación y eso explica su aparición en todos los productos relacionados con este proceso (minerales, goterones, escorias, etc.) (Hunt 2005: 1246). Es por esta razón que la obtención y circulación de este metal adquiere gran importancia en este momento, dado que existen zonas de producción de plata por copelación que son deficitarias en plomo. El protagonismo adquirido entonces por este metal podría favorecer también su empleo para producir nuevos tipos de aleaciones.

Aunque es difícil valorar en términos cuantitativos y cualitativos la producción de metales (Orejas y Montero 2001: 124), hay que señalar que el Bronce Final supone en cualquier caso un contundente incremento en el volumen de producción metalúrgica con respecto a etapas anteriores. En el caso de Galicia, por ejemplo, el estudio cuantitativo a partir de las hachas efectuado por Comendador (1999) muestra que tanto el número como el peso

de este tipo de objetos en el Bronce Final es diez veces el de las fases anteriores, multiplicación que también es aplicable a la producción de cobre; si añadimos la estimación de depósitos y ejemplares actualmente perdidos, el porcentaje se incrementa representando el peso de la producción de hachas del Bronce Final el 95'3% del total estimado (Comendador 1999).

Algunos de los principales conjuntos metálicos de este período, como los de Nossa Senhora da Guia o la ría de Huelva, han querido relacionarse frecuentemente con la dinámica socioeconómica originada por la interacción con las comunidades mediterráneas (ya fueran sardas, fenicias, etc.). Conviene señalar que aunque nos encontremos en algunos casos ante acumulaciones relevantes para el contexto peninsular, se trata de cifras muy alejadas de las que se registran en el Mediterráneo oriental⁷⁰. Entre los problemas planteados por los conjuntos de Baiões y Huelva cabe referirse al cronológico. En el caso del castro portugués y su metalurgia, las propuestas han sido bastante diversas, aunque en los últimos años se asienta la idea de que nos encontramos ante un horizonte precolonial de inicios del primer milenio (Torres *et al.* 2005: 173-178). Algunos de los objetos metálicos recuperados, como las hachas de talón monofaces, las hoces de enmangue tubular o el asador articulado pueden situarse en fechas antiguas, del Bronce Final II (Senna-Martinez 2000a; Armada 2002; Armada y López Palomo 2003). Es probable, como también ha sugerido Harrison (2004: 14-15), que el repertorio de Baiões refleje una mezcla de objetos de diversa cronología, como corresponde a un contexto de intensa actividad metalúrgica en el que aparecen objetos con rebabas y recién fabricados junto a la acumulación de chatarra para refundición. El citado autor, siguiendo a D. Brandherm, sitúa la mayor parte de los hallazgos de dicho yacimiento en el mismo horizonte metalúrgico que la ría de Huelva, para el que proponen una datación c. 1050-930 ane (Harrison 2004: 14-15, table 2.1). En una dirección similar se manifiestan Burgess y O'Connor (2004: 193-94), para quienes la metalurgia de Baiões pertenece en su práctica totalidad a su estadio Wilburton/St. Brieuc/Hío-Arganil, situado hacia 1140/1100-1000/950 ane⁷¹. Precisamente hacia el final de esta fase sitúan ambos investigadores el conjunto de la ría de Huelva, cuestionando su común atribución al horizonte de las espadas de lengua de carpa y defendiendo, por el contrario, que los ejemplares onubenses son un equivalente local del tipo Saint-Nazaire (Burgess

⁷⁰ Los menos de 20 kg del conjunto de Nossa Senhora da Guia (Senna-Martinez y Pedro 2000b) pueden considerarse irrisorios comparados con las casi seis toneladas de los lingotes del pecio de Ulu Burun (Bass 1991; Lucas y Gómez Ramos 1993; Pulak 2001).

⁷¹ En su opinión «*there is nothing which demands a date later than Hío-Arganil, never mind with carp's tongue metalworking*» (Burgess y O'Connor 2004: 194).

y O'Connor 2004: 192)⁷². Esta propuesta no es incompatible con las seis dataciones radiocarbónicas existentes para el depósito onubense que, pese a su alta desviación estándar (70 años), caen dentro del marco cronológico considerado⁷³.

Al margen de las cuestiones de matiz que puedan suscitarse en torno al encuadre cronológico de estos dos conjuntos, lo que sí parece claro es que pertenecen a un momento precolonial o a lo que Alvar (1997 y 2000) denomina un «modo de contacto no hegemónico». En el caso de Nossa Senhora da Guia, Senna-Martinez y Pedro (2000b) han relacionado la excepcional concentración de metal con la actividad comercial fenicia del yacimiento de Santa Olaia (Figueira da Foz), en la desembocadura del Mondego⁷⁴. Sin embargo, aunque el Mondego se configura ya desde el Bronce Final como una importante arteria de tránsito costa-interior (Ruiz-Gálvez 1998a: 294-296), parece cuestionable esta conexión Nossa Senhora da Guia-Santa Olaia sobre la base de la cronología del segundo de estos yacimientos, donde la presencia de *pithoi*, vasos ovoides pintados y platos de engobe rojo señala una ocupación centrada principalmente entre el siglo VII y finales del VI (Arruda 2005a: 294).

No entraremos aquí en el espinoso problema de la interpretación del conjunto de la ría de Huelva, largamente discutido (Ruiz-Gálvez 1995b). Interesa destacar, al margen de que nos encontremos ante un depósito ritual o ante un pecio, que esta acumulación de metal refleja la vitalidad socioeconómica del ámbito onubense durante el Bronce Final II-III. A partir de los análisis de composición, se planteó en un primer momento que los broncees eran de fabricación local (Rovira 1995; Rovira y Gómez Ramos 1998); sin embargo, posteriores análisis de isótopos de plomo plantean un escenario más complejo, con un origen diversificado del metal –incluyendo mineralizaciones de Cerdeña– y la exclusión de las fuentes locales de aprovisionamiento más próximas (Hunt 2001; Montero *et al.* e.p.).

En cualquier caso, no ofrece dudas que los metales peninsulares circulan hacia el ámbito Mediterráneo ya en el s. XI, intensificándose dicho tráfico desde inicios

de la centuria siguiente. El taller de Peña Negra (González Prats 1992b; Ruiz-Gálvez 1990 y 1993) o el depósito de Sa Idda (Taramelli 1921) son claros indicadores de este proceso. La intensa producción de broncees de tipología atlántica en el taller metalúrgico del poblado alcantino está claramente destinada a satisfacer una demanda exterior de proyección mediterránea durante los ss. IX-VIII (González Prats 1996: 119-121; Ruiz-Gálvez 1998a: 253-257). El reflejo de esta situación se encuentra en el depósito de Sa Idda, que –sin excluir piezas más antiguas– contiene sobre todo materiales de los ss. X y IX, aunque su ocultación pueda situarse en el s. VIII a.n.e. (Lo Schiavo 1991: 214, 220); el conjunto se compone de broncees de tipología atlántica, junto a producciones locales y piezas chipriotas y orientales, predominando claramente los tipos atlánticos sobre los del oriente mediterráneo (Lo Schiavo 1991: 220; Burgess 2001b: 179; Burgess y O'Connor 2004: 194). Por otro lado, los análisis de isótopos ponen también de manifiesto la utilización de metal de la Península Ibérica en el Mediterráneo, tanto en momentos precoloniales como por supuesto en el posterior período colonial (Stos-Gale 1999; Orejas y Montero 2001: 128).

Los recientes avances en la cronología de la expansión fenicia hacia el Mediterráneo occidental⁷⁵ y la definición de una etapa precolonial fenicia ofrecen una nueva perspectiva sobre la relación de estos contactos del Bronce Final con el posterior proceso colonial. Como en su día planteó Frankenstein (1979: 280-283) y también ha sugerido Ruiz-Gálvez (1998a: 292), parece claro que la primera presencia fenicia se impone a una ruta atlántico-mediterránea preexistente, aprovechando las consecuencias de una dinámica anterior de contactos e interacción⁷⁶. Así, la presencia mediterránea preferencia en la Península Ibérica no tiene como objetivo la preparación de un posterior proceso colonial, pero sí genera un determinado contexto histórico al margen del cual éste no podría entenderse. Por lo tanto, cuando los fenicios irrumpen en escena el circuito comercial del Bronce Atlántico no se encontraba «*en franco retroceso*» como

⁷² Ver también la contribución de estos autores al presente volumen.

⁷³ Pese a esta elevada desviación, las seis fechas –procedentes de ástiles de regatón– resultan bastante homogéneas y coherentes entre sí, siendo la más alta CSIC-202: 2830 ± 70, la más baja CSIC-204: 2800 ± 70 y mostrando tres de ellas idéntico resultado 2820 ± 70. Los resultados calibrados y su discusión pormenorizada pueden verse, entre otros, en Ruiz-Gálvez (1995e), Castro *et al.* (1996), Armada y López Palomo (2003: 176-77) o Torres *et al.* (2005).

⁷⁴ Según sus palabras, «*the model we propose is based on a gradual concentration of the very small local surpluses –probably at least during a year and in intermediate sites like Baiões– and then, in the proper season, after being gathered in the Phoenician «ports of trade» of the Mondego (Santa Olaia) and Tagus rias (Santarém and Lisboa/Almaraz), they would be sent southwards to Gades, and afterwards to the Eastern Mediterranean Phoenician ports*» (Senna-Martinez y Pedro 2000b: 67).

⁷⁵ Ver bibliografía citada en nota 17.

⁷⁶ Las propuestas de Frankenstein (1979) a este respecto resultan muy sugerentes, aunque el marco cronológico de referencia haya cambiado de forma sensible. Esta autora defiende dos fases en el funcionamiento de la empresa comercial fenicia en Occidente, la primera de las cuales «*was based on the manipulation of existing Iberian trade networks, which at that time –the 8th century– were Atlantic oriented*» (Frankenstein 1979: 280).

Aubet (1994: 252) planteó en su día, sino más bien a pleno funcionamiento.

Es difícil sostener que los recursos metalúrgicos fuesen la única justificación para la implantación de un sistema colonial fenicio en la Península, pero tampoco debemos caer en el extremo contrario infravalorando este factor (figura 20). De hecho, a partir del s. VIII a.n.e. se detecta una fuerte intensificación en la explotación de las zonas mineras del sur peninsular (Hunt 2003; Orejas y Montero 2001), desde unos parámetros altamente organizados que sugieren la implicación directa de las instituciones políticas tirias (Aubet 2006: 106).

La ruta principal del Bronce Final e inicios de la presencia fenicia (Aubet 1994: 144-172; Ruiz de Arbulo 1998; Ruiz-Gálvez 1998a: 272-289) no excluye otras relaciones y, de hecho, en un circuito de contactos entre Cerdeña, Baleares y el NE peninsular podría encontrarse la explicación para hallazgos como el trípode de varillas de La Clota. Trabajos recientes sugieren un alzamiento de las cronologías en uso para la presencia fenicia en Cataluña (Ramon 2003: 134-137), pero en cualquier caso nos inclinamos por una filiación preferencia para el origen de estos estímulos de raigambre sardochipriota. Cuestión aparte es explicar la razón de su comparecencia tardía en el NE peninsular, pero primero queremos detenernos en la caracterización de estos elementos. En el último apartado de este trabajo ofreceremos una hipótesis explicativa para esta problemática, retomando también las cuestiones hasta ahora expuestas.

FORMAS ANTIGUAS EN TIEMPOS NUEVOS: EL SOPORTE DE LES FERRERES DE CALACEITE Y LOS BRONCES ORNAMENTALES DEL IBÉRICO ANTIGUO

Como ya hemos señalado, en el área mediterránea de la Península Ibérica se registran en momentos tardíos producciones que recogen claras influencias de la bronceística precolonial. Quizá el mejor exponente de estas tendencias estilísticas y formales sea el conocido soporte de Les Ferreres de Calaceite, pero también detectamos algunos rasgos similares en los colgantes zoomorfos del Ibérico antiguo, así como en diversas placas y elementos ornamentales de la misma filiación (Rafel 1997 y 2005; Graells y Sardà e.p.). En primer lugar describiremos las características de las piezas y sus contextos para a continuación esbozar un intento de explicación de su significado.

El soporte de Les Ferreres de Calaceite (figs. 15.2 y 16) es uno de los objetos metálicos más enigmáticos de la protohistoria peninsular. Se trata de una pieza de 35 cm de

altura formada por dos conjuntos o platos cónicos de aros calados –uno en la base y otro en la parte superior– que se unen mediante una columna central apoyada sobre una figurita de caballo que, a su vez, asienta sus cuatro patas sobre los discos de la base; la estructura se refuerza mediante un pequeño vástago vertical colocado entre el vientre del animal y el centro del cuerpo circular o plato inferior⁷⁷. Estos conjuntos de cinco aros calados, tangentes entre sí, quedan cerrados por una banda circular exterior (figura 16.4) y se juntan por el interior a un cono que imita alambre enrollado (figura 16.1), dando en conjunto un diámetro de unos 20 cm. Tanto los aros como la columna tubular central se decoran con sogueados o motivos en espiga similares a los que encontramos en soportes y trípodes sardochipriotas (figura 16.3-4); también las espirales o las estructuras caladas –en este caso aros– muestran cierta familiaridad con producciones del mismo ambiente cronogeográfico. No obstante, los paralelos más estrechos para la pieza –ya citados– se encuentran en el soporte de Las Peyros en Couffoulens (Aude) (Solier *et al.* 1976) y en unos fragmentos procedentes de una tumba de la necrópolis de Saint-Julien en Pézenas (Hérault) (Llinas y Robert 1971).

Al margen de su mención en numerosas publicaciones arqueológicas, el soporte turolense ha sido en varias ocasiones objeto de estudios específicos centrados en su descripción formal, la reconstrucción de su contexto arqueológico y la valoración de su significado simbólico y adscripción cronocultural (Cabré 1942; Blázquez 1957; Lucas 1982). No obstante, el contexto y avatares de la pieza y otros objetos que la acompañaban distan de estar claros, aunque nuevos trabajos hayan aportado información relevante al respecto (Rouillard 1997: 134-135, n.º 212-214; Moret *et al.* 2006: 151-154, figura 143). Recientemente se ha llevado a cabo un nuevo estudio (Rovira y Armada e.p.), centrado en la caracterización tecnológica del soporte, en el análisis de su contexto arqueológico y en la reconstrucción de los avatares experimentados por los objetos que componían el conjunto, casi con seguridad interpretable como un ajuar funerario.

La observación directa, así como los análisis de composición y metalografías efectuados por S. Rovira en diversas partes del soporte, indican que fue montado a partir de varias piezas fabricadas por separado a cera perdida; el vaciado adicional o sobrefundido se empleó para la ejecución de algunas de las uniones (por ejemplo, para el anclaje de los cascos del caballo en los aros en los que apoyan, ver figura 16.5), mientras que otras parecen simplemente ensambladas (Rovira y Armada e.p.). Los platos calados fueron el componente de fabricación más

⁷⁷ La altura debe considerarse aproximada, ya que la pieza ha experimentado varias reconstrucciones y en ella faltan algunos fragmentos de metal.

compleja, ya que su estructura y su delgadez dificultan el llenado del molde, que probablemente se efectuó con el molde recalentado a fin de provocar un enfriamiento lento de la colada que garantizase la correcta distribución del metal líquido en la totalidad de su interior; probablemente las simulaciones de remaches y abrazaderas que aparecen en las superficies de los platos tuvieron este

objetivo (figura 16.1 y 16.4). Debió recurrirse necesariamente a un molde de llenado múltiple, en el cual, además del bebedero central, los canales podrían haberse situado en el lugar ocupado por las imitaciones de remaches o botones (figura 16.4), que serían arranques de mazarotas convenientemente disimulados por pulido. También se fundió a cera perdida la columna o fuste tubular, para

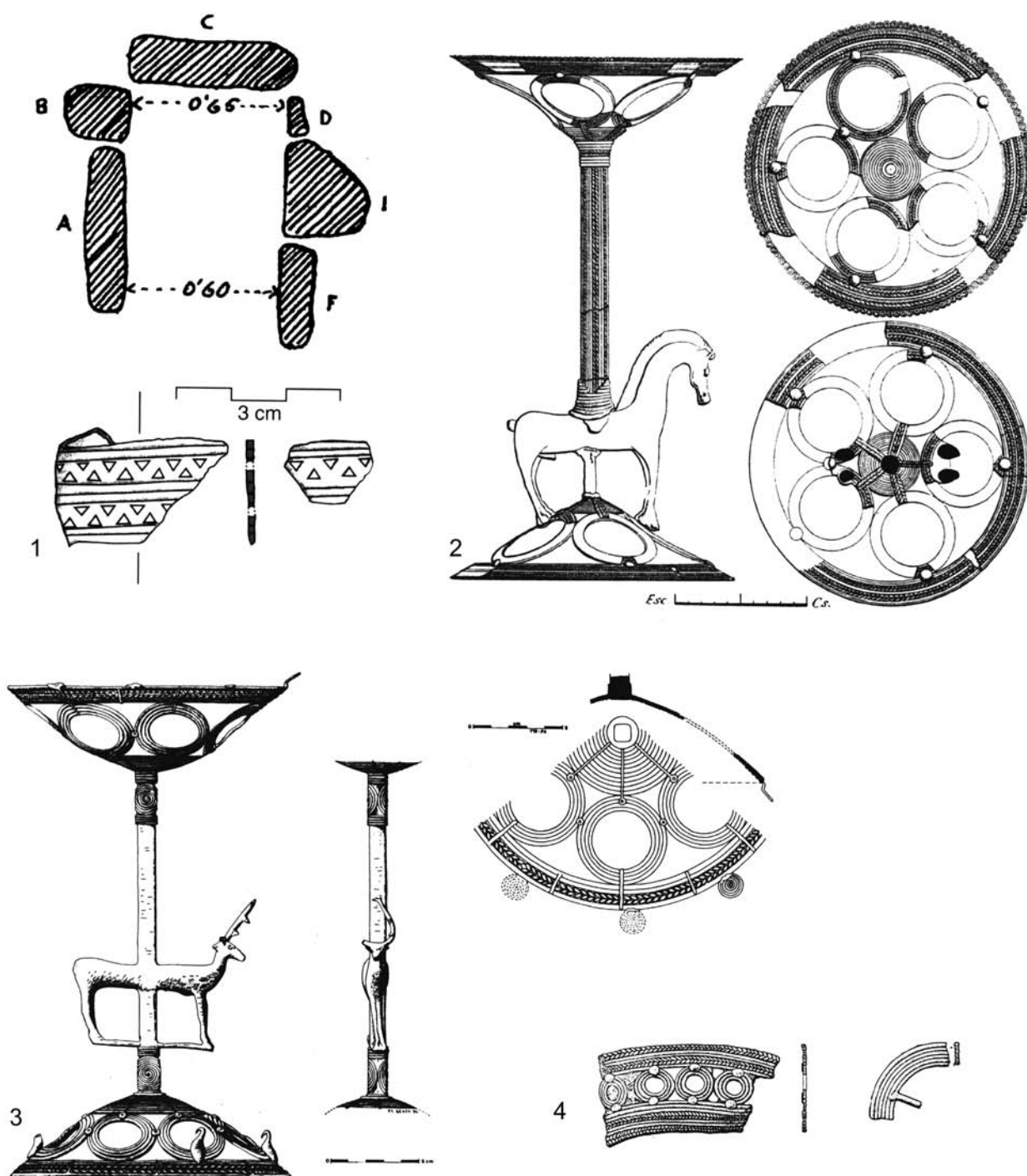


Figura 15

Fragmentos de trípode y soportes de bronce: 1) cista 2 de La Clota (La Clota 1) (según Colominas) y fragmentos del anillo superior del trípode en miniatura que formaba parte de su ajuar (según Rafel 2003: figura 31.2-3); 2) propuesta de reconstrucción del soporte de Les Ferreres (Calaceite) (según Cabré 1942: figura 2); 3) soporte de Las Peyros, Couffoulens (según Solier *et al.* 1976: figs. 84-85); y 4) fragmentos de soporte de Saint-Julien a Pèzenas (según Llinas y Robert 1971: figura 39).

cuya elaboración se recurrió a un molde en el que el lado externo formaba cuerpo con el interno por la base, actuando como bebedero el extremo opuesto de la columna. En general se emplearon aleaciones apropiadas para los objetivos planteados; sin embargo, no se logró un adecuado desgaseo del molde, generándose diversas vacuolas en varias partes de la pieza (Rovira y Armada e.p.).

Desde el punto de vista tecnológico, el soporte de Les Ferreres es sin duda un producto excepcional, elaborado por un artesano de gran destreza. La localización de sus paralelos más estrechos –Couffoulens y Pézenas– apunta a que nos encontramos ante producciones occidentales elaboradas en un taller o talleres situados en el NE de la Península Ibérica o en ámbito languedociense, en los que

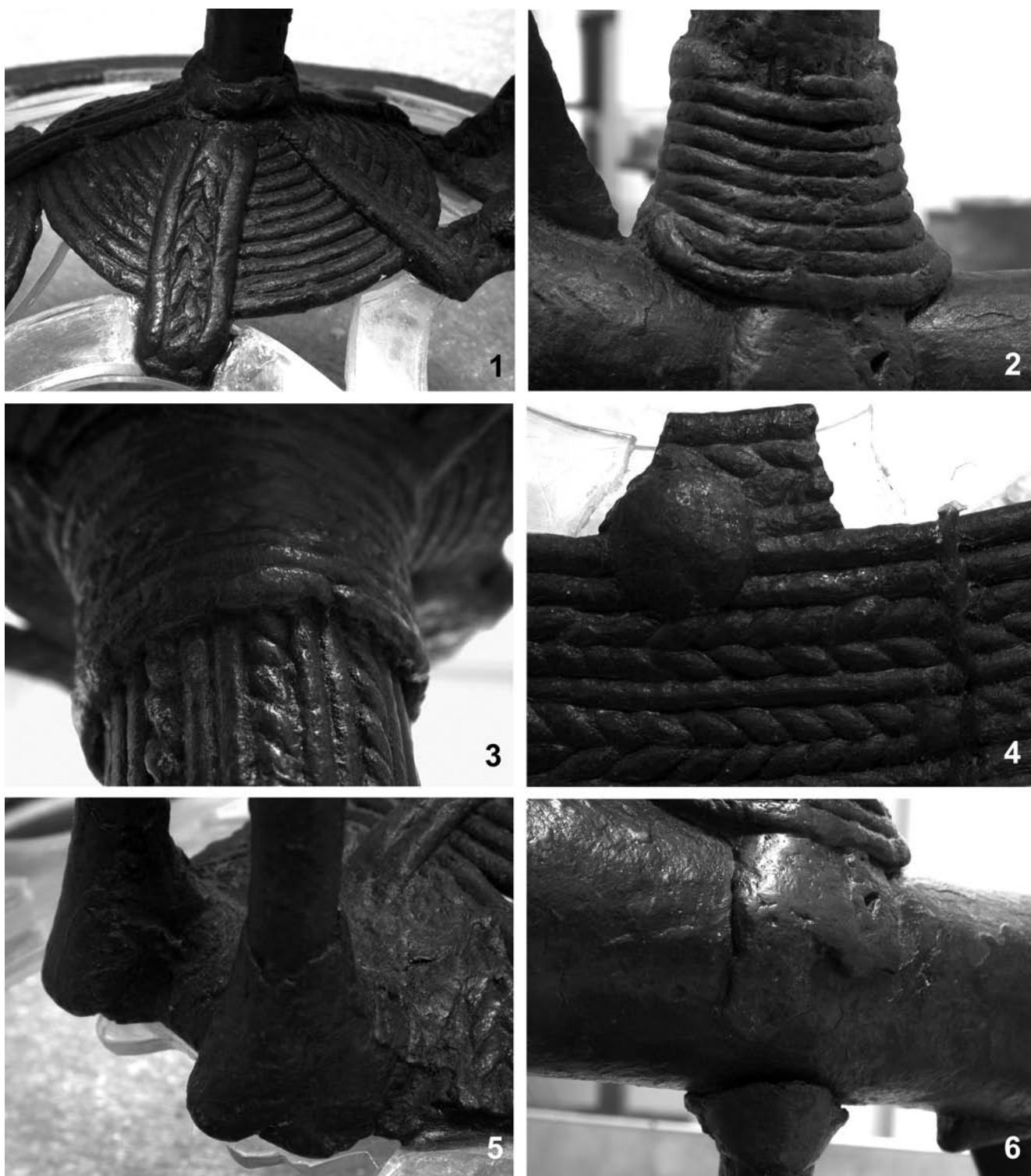


Figura 16
Soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel). Detalles, con explicación en el texto. Fotos: X.-L. Armada.

seguramente confluyen influencias mediterráneas y continentales. Aunque la escasa representatividad de los ejemplares de Pézenas impide conocer las características de la pieza original, hay que señalar que una comparativa de los ejemplares de Couffoulens y Calaceite muestra una mayor calidad técnica en el segundo ejemplar: así por ejemplo, su columna se obtuvo a cera perdida y presenta una decoración externa de sogueados, mientras que en el caso de Couffoulens se trata de una columna maciza y sin decoración.

Como sucede en muchos casos, a una pieza excepcional corresponde también un contexto excepcional. A pesar de que las informaciones que nos han llegado sobre el hallazgo tienen algunas lagunas, es posible una reconstrucción básica de las características originales del conjunto. El hallazgo tiene lugar en agosto de 1903 en el curso de los trabajos agrícolas llevados a cabo por el campesino Justo Pastor, en la partida de Les Ferreres (término municipal de Calaceite, Teruel) (Cabré 1907-1908 y 1942); las indicaciones sobre el lugar exacto no son demasiado precisas, aunque a partir de ellas Moret *et al.* (2006: 151-152) han logrado aproximarse a él con un margen de error estimado inferior al kilómetro. El descubrimiento se produce al topar el campesino con «*dos pedruscos a modo de lajas sin labrar*» (Cabré 1942: 182) que estorbaban sus labores agrícolas y que seguramente conformaban la estructura de una tumba. Existen diversas contradicciones y datos imprecisos sobre la composición del conjunto, pero la hipótesis más verosímil es que la enumeración de Cabré (1942: 182) es acertada, constando por lo tanto del propio soporte, una coraza de bronce, restos de un caldero o recipiente, dos espadas de hierro y fragmentos cerámicos pertenecientes probablemente a la urna cineraria. La referencia a las lajas de piedra y la asociación de los objetos citados apuntan con bastante seguridad a un contexto funerario⁷⁸.

Los materiales de la tumba tuvieron diversa fortuna, lo que ha derivado en la diferente calidad de su estudio y conocimiento. El soporte y los restos de recipiente ingresaron en el Louvre en 1906; mientras el primero de estos objetos regresó a España, merced al intercambio efectuado en 1941 (García y Bellido 1943), y se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, los segundos permanecieron en el Louvre, custodiándose actualmente en el Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye (figura 17.1-2) (Rouillard 1997: 134-135, n° 212-214); la coraza fue adquirida por Antonio Vives y donada tras su fallecimiento a lo que actualmente es el Museo de

Menorca, mientras que las espadas de hierro se dan por desaparecidas.

La cronología de este contexto puede situarse en el s. VI a.n.e., probablemente hacia mediados de dicha centuria, coincidiendo en líneas generales con la datación planteada para los paralelos franceses del soporte (Llinas y Robert 1971: 23; Solier *et al.* 1976: 82-83, 87; Lucas 1982: 22-23; Moret *et al.* 2006: 153-154). Esta propuesta se apoya no sólo en las similitudes del soporte de Les Ferreres con los ejemplares de Couffoulens y Pézenas, sino también en la información que proporcionan las espadas y el recipiente metálico. En opinión de Farni y Quesada (2005: 112-124, 130-32, 216, figura 112), las espadas debieron ser necesariamente de hoja recta y empuñadura de lengüeta plana, un tipo del s. VI, de origen meridional y representado por ejemplares como los de Palmarón, Mianes o Solivella. El estado incompleto del recipiente imposibilita conocer su forma original, si bien las asas son muy similares a las de un tipo etrusco caracterizado por Cook (1968) y que se define por presentar un perfil abierto con ónfalo, paredes bajas y cuatro asas opuestas entre sí dos a dos. El borde suele tener un diámetro de unos 36-37 cm y lleva fijadas figuritas zoomorfas de león o de carnero (figura 17.3). Según el citado autor, la distribución de estas piezas parece indicar que fueron fabricadas en Italia central, situándose su datación en el s. VI a.n.e. (Cook 1968: 340-342).

Más allá de su calidad tecnológica y de la excepcionalidad de su contexto, el soporte de Les Ferreres de Calaceite plantea algunas cuestiones de calado en cuanto a su adscripción cronológica y cultural. Las afinidades mediterráneas fueron ya señaladas por Maluquer (1977-1978: 116-118), quien relacionó esta pieza y los colgantes zoomorfos que a continuación trataremos con las influencias generadas en el triángulo formado por Cerdeña, Sicilia y Cataluña. Otros autores han señalado sus vínculos técnicos o estilísticos con la bronceística de tradición sardochipriota o precolonial (Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 354-355; Guilaine y Rancoule 1996: 129-130). Contra la opinión más extendida de una datación tardía, ha sido Almagro-Gorbea (1992: 647) el principal defensor de una cronología alta para el soporte, situando su datación entre finales del s. VIII y mediados del VII.

En efecto, la cronología no es una cuestión menor si tenemos en cuenta que —como ya hemos comprobado— entre la fabricación de un objeto y su amortización definitiva puede transcurrir un largo lapso de tiempo. En este

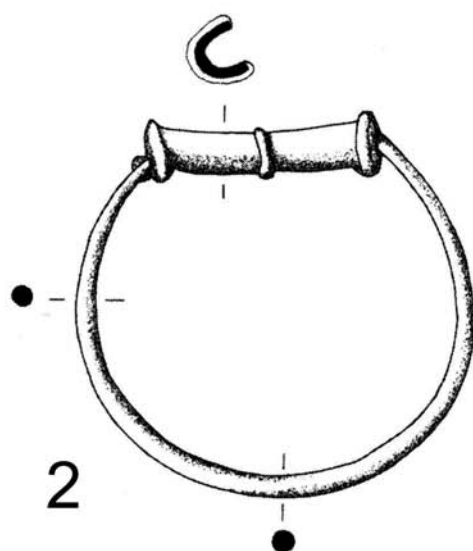
⁷⁸ Una descripción pormenorizada del contexto del hallazgo, de los avatares experimentados por los materiales y de los equívocos historiográficos generados en torno a ello se ofrecen en Rovira y Armada (e.p.). Puede verse también, aunque de forma menos detallada, Moret *et al.* (2006: 151-154).

sentido, las piezas que nos ocupan muestran rasgos formales y estilísticos típicos de la bronceística de origen precolonial en un contexto cronológico claramente tardío.

Sin embargo, estos soportes no son un caso exclusivo, pues conocemos en esa misma área materiales que plantean análoga problemática: los colgantes zoomorfos



1



2



FIG. 1



FIG. 3



FIG. 4

FIG. 2

FIG. 5

3

Figura 17

Recipiente de la tumba de Les Ferreres de Calaceite (Teruel) y paralelos: 1) fragmentos depositados en el Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye, Francia (de Rouillard 1997); 2) dibujo del asa mejor conservada (según Rouillard 1997); 3) paralelos etruscos con el mismo tipo de asas: recipiente de Monteleone di Spoleto y figuritas zoomorfas del Metropolitan Museum of Art (de Cook 1968: plate 109).

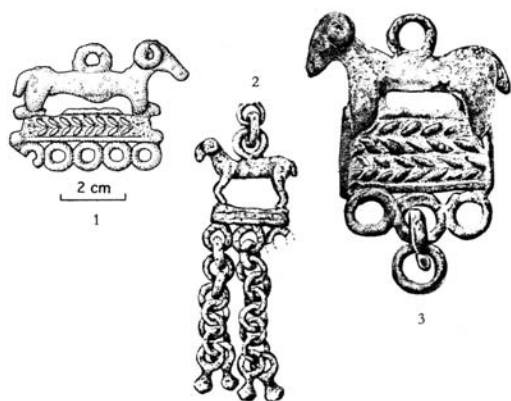


Figura 18

Colgantes zoomorfos del NE peninsular: 1) Torre Cremada; 2) Mianes; 3) Torre Monfort (según Moret-Gardes, Benavente y Maluquer). Distintas escalas.

y algunas otras piezas en bronce proporcionan al respecto una valiosa información. Los primeros (figura 18) se encuadran en un grupo más amplio de colgantes y elementos ornamentales (colgantes de apéndice esferoidal, de hilo arrollado, etc.) que aparecen principalmente en Cataluña, norte de la provincia de Castellón y el Bajo Aragón, registrándose de forma testimonial en la costa languedociense y Baleares (Rafel 1997 y 2005; Moret *et al.* 2006: 87; Graells y Sardà e.p.)⁷⁹. Los ejemplares de tipo zoomorfo son representaciones estilizadas de carneros y pájaros (o un ciervo en un ejemplar de Coll del Moro de Gandesa⁸⁰) de pequeño tamaño (entre 28 y 65 mm) y con una anilla de suspensión sobre el lomo del animal. En su parte inferior se detectan varias soluciones, aunque en general presentando anillas de las que cuelgan cadenillas rematadas en colgantes esferoidales: en los ejemplares con palomas las anillas van pegadas al cuerpo del animal, mientras que los carneros descansan sobre una peana en cuya parte inferior se sitúan tres o cuatro anillas (o cinco en el ejemplar de Torre Cremada, ver figura 18.1); algunas de las peanas (Les Umbries, Torre Monfort, Milmanda o Torre Cremada) muestran la característica decoración sogueada o en espiga, rematando a veces con apéndices esferoidales (Rafel 1997: 100, figura 2; Moret *et al.* 2006: 87, figura 78).

A nivel cronológico el origen de estos colgantes tiende a situarse en la primera mitad del s. VI a.n.e (Moret *et al.* 2006: 87; Graells y Sardà e.p.), aunque en nuestra opinión es defendible un origen algo anterior, en concreto mediados o finales del s. VII a.n.e (Rafel 1997: 104-108 y 2005). En esta dirección apuntan hallazgos como los de Coll del Moro de Gandesa (Rafel 1997: 106) o el fragmento de molde para la fundición de colgantes globulares

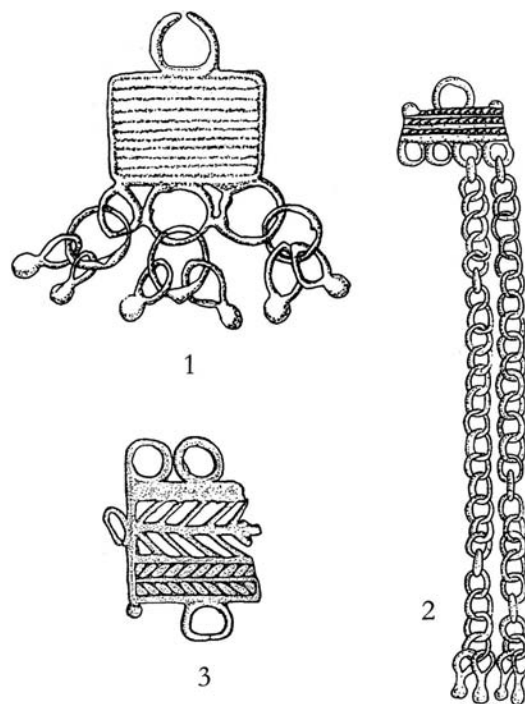


Figura 19

Placas con decoración sogueada y colgantes: 1) Rochelongue (según Bouscaras y Hugues); 2) Milmanda (según Ramon); 3) Rochelongue (dibujo inédito, cedido por E. Pons). Distintas escalas.

recuperado en las excavaciones de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Armada *et al.* 2005a: 140, 143-145, figura 16; Rafel 2005: 492).

Los colgantes zoomorfos seguramente se emplearon formando parte de collares y de cinturones (Rafel 2005: 492; Graells y Sardà e.p.). Análoga funcionalidad debieron poseer dos placas de la necrópolis de Milmanda con remates en bola, decoración sogueada y anillas para colgar cadenillas terminadas en colgantes esferoidales (figura 19.2) (Rafel 2005: 492, figura 3.2; Graells y Sardà e.p.: figura 8). Un esquema similar lo encontramos en un colgante del pecio de Rochelongue (figura 19.1), también en forma de placa con anilla superior y tres anillas inferiores de las que cuelgan tres juegos de anillas con doble colgante esferoidal (Rafel 2005: 492, figura 3.1). Del mismo pecio (figura 19.3) procede una placa calada con decoración en espiga, remate esferoidal en una de sus esquinas y cuatro anillas de suspensión; se encuentra fracturada, lo cual nos impide conocer el desarrollo completo de la pieza (Rafel 2005: 492, figura 3.3). Otra placa calada con decoración sogueada, también fragmentada, fue hallada en el poblado de Els Encantats (Arenys del Mar) (Maluquer 1987b: 149-150, figura 12).

Los diversos investigadores que se han ocupado de estos colgantes y elementos ornamentales han señalado paralelos

⁷⁹ Los ejemplares de Baleares se atribuyen al comercio externo (Guerrero *et al.* 2002: 238, figura 5).

⁸⁰ Ver Rafel (1997: 103, nº 8b, figura 2.11) y Armada *et al.* (2005a: figura 9B).

más o menos próximos en otras áreas del Mediterráneo que por una u otra vía podrían haber influido en los ejemplares del NE peninsular (Maluquer 1977-1978; Munilla 1991; Neumaier 1996; Rafel 1997; Graells y Sardà e.p.). En el caso de los ejemplares zoomorfos, creemos que su peculiar diseño y su concentración en las bocas del Ebro apuntan con claridad a que se trata de una producción de talleres locales que recogen influencias mediterráneas, dentro de un contexto artesanal y de relaciones que permite también explicar las placas decoradas o los soportes de Les Ferreres, Couffoulens y Pézenas (Rafel 1997: 112); en términos de producción resulta de enorme interés el ya citado molde de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Armada *et al.* 2005a: 140, 143-145, figura 16; Rafel 2005: 492), a través del cual sabemos que en una residencia aristocrática de un grupo privilegiado y poco numeroso (Armada *et al.* 2005a) se fabricaban este tipo de objetos.

Las investigaciones arqueológicas efectuadas en los últimos años en la Cataluña meridional y el Bajo Aragón ofrecen información muy relevante precisamente en cuanto concierne a la producción, circulación y amortización de todos los objetos que estamos considerando en este apartado. El soporte de Les Ferreres y el trípode de La Clota, ambos en el término municipal de Calaceite, se sitúan en un área, el Matarraña, que durante parte del s. VI parece constituir un foco particularmente poderoso para la captación de bienes de prestigio (Rafel 2003; Armada *et al.* 2005a: 137-139; Moret *et al.* 2006: 244-247); los colgantes zoomorfos muestran una dispersión más amplia, pero también cuentan con varios hallazgos en la comarca mencionada⁸¹. Como han señalado Moret *et al.* (2006: 246, figura 221), es muy significativo que en el s. VI los bienes de prestigio se concentren en un sector limitado de la cuenca del Matarraña, no detectándose rastro de ellos en sectores más occidentales del valle del Ebro, como tampoco se conocen tumbas ricas con armas y/o vajilla importada un poco más al este, en Coll del Moro de Gandesa. Nos encontramos ante una acaparación, concentración e inmovilización de riquezas que, como señalan estos autores, «*constituía sin duda un factor de desequilibrio tanto en el plano social como en el económico*» (Moret *et al.* 2006: 247) que no podía resultar viable a largo plazo y que, en consecuencia, se derrumbó en la primera mitad del siglo V. Este componente direccional de las importaciones y los elementos de exhibición, ya señalado por Ruiz Zapatero (1984: 55), sólo puede explicarse en términos de una clara diferenciación social que, aunque debe leerse en términos de proceso, alcanza un punto

de inflexión a mediados del s. VI ane quedando reflejado en otras áreas del registro (Ruiz Zapatero 1984: 55, 58; Moret *et al.* 2006: 247). En efecto, como han señalado diversos autores, este fenómeno de concentración de riqueza debe relacionarse estrechamente con otros dos fenómenos que se detectan en ese mismo momento en el Matarraña: las casas-torre y las tumbas singulares (Rafel 2003: 83-87; Armada *et al.* 2005a; Farnié y Quesada 2005: 223-224; Moret *et al.* 2006: 239-247).

Ambos fenómenos se desarrollan en un área que parece mostrar una sedentarización tardía, concretamente de finales del s. VIII o inicios del VII (Rafel 2003: 83; Moret *et al.* 2006: 231-233), mediante la creación de una red de poblados de pequeño tamaño, muy próximos entre sí (en torno a 1 km) y que reciben importaciones fenicias casi desde el momento de surgimiento del sistema, en concreto desde mediados del s. VII ane (Rafel 2003: 83; Moret *et al.* 2006: 237-38). Es precisamente esta red de poblamiento local la que genera una dinámica de circulación de productos que permite explicar la dispersión de las ánforas fenicias, ya que no resulta viable defender una participación directa de los fenicios en la comercialización de sus bienes hacia estas tierras del interior.

El denominado «episodio aristocrático del Ibérico antiguo (575/550 a 500/475 ane)» (Moret *et al.* 2006: 239) se desarrolla sobre este esquema de partida y tiene como una de sus manifestaciones más singulares la aparición de casas-torre, es decir, de robustas estructuras circulares o biabsidiales de apariencia fortificada. Recientemente han sido objeto de excavación dos de ellas, concretamente el Tossal Montañés en Valdetormo (Teruel) (Moret 2002; Moret *et al.* 2006: 21-68) y el Turó del Calvari en Vilalba dels Arcs (Tarragona) (Bea y Diloli 2005), al tiempo que se han reinterpretado algunas otras estructuras en la misma dirección, como La Gessera de Casseres (Moret 2002; Moret *et al.* 2006: 165-169). Estas construcciones, pese a sus claras similitudes, no responden a un único patrón funcional, pues mientras el Turó del Calvari se interpreta como un santuario de culto, entre otras cosas debido a las evidencias materiales recuperadas (Rafel 2003: 85-86; Bea y Diloli 2005), el Tossal Montañés es una residencia aristocrática –correspondiente a una élite que vivía fuera de los poblados– en la cual se documentan importaciones, elementos suntuarios, así como la realización de actividades textiles y de almacenaje.

Como ya hemos señalado, estas morfologías arquitectónicas se asocian a otro fenómeno que también surge en el s. VI ane como son las tumbas con ajuar excepcional.

⁸¹ Ejemplares de Torre Cremada, tres de Les Umbries y, algo más alejado, Coll del Moro de Gandesa; además de un colgante esferoidal en San Antonio de Calaceite y varios de otros tipos también en Coll del Moro (Cabré 1942: 192, figura 4; Rafel 1997: 102-103, nº 6-8, figura 2.9 y 2.11; Moret *et al.* 2006: 86-87, 246, figs. 78 y 221).

Con diversos matices, nos encontramos ante un fenómeno más extenso, resultado de diversas transformaciones sociales (Farnié y Quesada 2005), y que se manifiesta en todo el NE peninsular y sureste de Francia. Se trata de tumbas con un ajuar rico que refleja una ideología guerrera (coraza, espadas, etc.), pero que también suele incluir elementos de banquete (*simpulum*, caldero, soporte, vasos cerámicos importados, etc.) y de adorno personal (fíbulas, broches de cinturón, etc.); entre los ejemplos que cabría mencionar, fuera de la comarca del Matarraña, se encuentran Granja Soley, Corno Lauzo o, con algunas diferencias, la tumba del guerrero de Can Canyís (Ruiz Zapatero 2004: 324-26; Moret *et al.* 2006: 244-247). En el mundo funerario del Matarraña responde a este patrón, con total seguridad, la tumba de Les Ferreres de Calaceite, pero probablemente también el sepulcro de La Clota donde aparecieron los fragmentos de trípode o una posible sepultura que habría existido donde se emplazó el yacimiento de época republicana de Torre Cremada, cuya existencia es propuesta por Moret *et al.* (2006: 86-88, 244-47) a partir del hallazgo de un colgante zoomorfo y un fragmento de cratera jonia.

El panorama que acabamos de exponer de manera muy sintética permite situar en su contexto cultural la tumba de Les Ferreres de Calaceite, la tumba 1 de La Clota o los colgantes zoomorfos, pero no nos aclara la secuencia de producción de los objetos más significativos: el soporte de Les Ferreres y el trípode de La Clota. En el apartado anterior nos hemos referido a la existencia de circuitos marítimos de intercambio y circulación de metal anteriores al siglo VI que implicarían a las comunidades de Cataluña y sur de Francia, en los cuales podría encontrarse el origen de estas influencias estilísticas de raigambre precolonial que se reflejan en los objetos citados. Cosa muy distinta es conocer su fecha de fabricación y, sobre todo, explicar las razones por las cuales estas tendencias se manifiestan con intensidad en la zona citada a finales del s. VII y especialmente en el s. VI a.e.; no obstante, las novedades arqueológicas de los últimos años nos proporcionan algunas claves interesantes. Creemos oportuno enfatizar que no consideramos excluyente un uso mesurado de la hipótesis *heirloom* con la fabricación tardía de determinadas piezas que recogen influencias sardochipriotas; bien al contrario, podría ser dicha circulación prolongada la que favoreciese la imitación de estos objetos y decoraciones en momentos posteriores a su período de producción en el Mediterráneo central y oriental. Así, es posible e incluso probable que el trípode de La Clota se fabricase en

algún momento de los siglos X-IX. Sin embargo, fechas tan altas nos parecen bastante improbables para los soportes de Les Ferreres, Pézenas y Couffoulens, que deben considerarse más bien los frutos mejor logrados de ese proceso de emulación y resurgimiento que, a un nivel muy distinto, queda también reflejado en los colgantes zoomorfos.

UNA PROPUESTA DE SÍNTESIS

Los estudios recientes sobre contacto cultural y colonialismo en la antigüedad tienden a enfatizar la idea de interacción, destacando el papel activo de las comunidades locales en su encuentro con los agentes foráneos (Ruiz-Gálvez 1998a y 2005a; Van Dommelen 1998 y 2005; Gosden 2004; Hurst y Owen 2005; Hodos 2006). El debate actual sobre la precolonización no es ajeno a este cambio de perspectiva y algunas de las propuestas más sugerentes se dirigen precisamente al análisis de dicha dinámica de interacción (Ruiz-Gálvez 1998a y 2000a) o a la definición del modelo de contacto característico del momento precolonial (Alvar 1997 y 2000). Desde el punto de vista terminológico, incluso se propone el abandono del término «precolonización», asumiendo únicamente el calificativo precolonial con el significado temporal de anterior a lo colonial o anterior a lo fenicio (Ruiz-Gálvez 2005a: 252). En general, podemos considerar prácticamente superada la idea tradicional de precolonización en cuanto proceso desarrollado por una única parte (las sociedades mediterráneas) y, en cierto sentido, con un carácter teleológico o finalista, al entender los contactos como una fase previa de preparación de la posterior dinámica colonial⁸².

En nuestra opinión, el estudio de la producción y circulación de metales ofrece argumentos muy significativos para el análisis de estos aspectos. Es difícil defender, en efecto, que la dinámica de contactos que se acentúa desde inicios del s. XI a.e. tenga como objetivo preparar la posterior implantación de un sistema colonial fenicio. Sin embargo, creemos que el desarrollo de dicho marco colonial en el Mediterráneo occidental es una consecuencia directa del contexto socioeconómico que se desarrolla en el Bronce Final. Dicho de otro modo, la expansión fenicia hacia la Península Ibérica no se habría producido —o, al menos, no de la misma forma— de no existir una situación previa de contactos e interacción que implicó un determinado nivel de complejidad social, un desarrollo tecnológico y un conocimiento de las rutas y las geografías de destino. En este sentido nos encontramos ante un proceso histórico lógico, pero no teleológico, en el cual

⁸² Para una crítica de estos planteamientos pueden verse los trabajos de Aubet (1994: 177-87), Bernardini (2000a: 17) o Vives-Ferrándiz (2005: 67-71).

la producción y aprovisionamiento del metal parece haber desempeñado un papel relevante.

La posibilidad de que las raíces de la expansión fenicia se encuentren en la red comercial indígena del Bronce Final ha sido sugerida, de un modo u otro, por diversos autores (Gilman 1993: 109; Ruiz-Gálvez 1998a: 292), pero recientemente han salido a la luz nuevos elementos de valoración. Así, es conveniente volver a mencionar el lote de materiales recuperado en el casco antiguo de Huelva (Plaza de las Monjas 12/calle Méndez Núñez 7-13), que indica una fluida actividad fenicia desde mediados/finales del s. X a.n.e. (González de Canales *et al.* 2004) en un ámbito donde muy poco antes –o incluso quizá de forma coetánea– se forma uno de los más importantes depósitos atlánticos del Bronce Final (Ruiz-Gálvez 1995b), que incluye objetos probablemente fabricados con metal de origen sardo (Hunt 2001; Montero *et al.* e.p.). Otro argumento crucial, también ya aludido, es que la presencia fenicia en la costa portuguesa muestra una mayor antigüedad en los valles del Tago y el Mondego, indicando, por lo tanto, que no se produjo un avance lineal de sur a norte, sino un salto predirigido al área citada, con el presumible objetivo de acceder a los recursos metalíferos de zonas como la Beira Baixa (Arruda 2005a: 294-98); atendiendo a las cronologías radiocarbónicas que muestran los yacimientos portugueses, entre la fundación de Morro de Mezquitilla y los primeros contactos fenicios con el litoral portugués habrían discurrido unos 25 años (Arruda 2005a: 294), confirmándose así la idea, defendida por algunos autores (Kristiansen 2001: 210-11), de una fuerte y temprana implicación fenicia en el Atlántico⁸³. Este cuerpo de datos aportado recientemente indica, pues, la integración por parte de las comunidades fenicias de una estructura socioeconómica que se encontraba en funcionamiento desde momentos anteriores.

El establecimiento de una dinámica de interacción entre comunidades atlánticas y mediterráneas es un proceso gradual –e incluso con altibajos– pero que, en líneas generales, parece consolidarse desde inicios del s. XI a.n.e. con Cerdeña y Chipre como actores principales. Nos parece conveniente enfatizar la idea de que estas relaciones implican en ámbito peninsular a determinados focos que muestran una mayor capacidad en la gestión de recursos, como Huelva, el centro de Portugal o el área del Bajo Segura, mientras que otras zonas presentan una

dinámica más retardataria y un alto nivel de aislamiento externo.

Con anterioridad a este momento la Península era ya visitada por navegantes del Mediterráneo, como ponen de manifiesto el hallazgo de cerámicas micénicas en Montoro y otros testimonios (Martín de la Cruz 1994) considerados por diversos autores en el presente volumen; a esta etapa de tanteo, quizá orientada también a la búsqueda de metales (Kassianidou y Knapp 2005: 225), pertenecería probablemente el depósito de Villena, cuya atribución cronológica continúa siendo objeto de intenso debate (Ruiz-Gálvez 1993; Armbruster y Perea 1994; Mederos 1999a; Domene 2004). En paralelo, el ámbito atlántico mantenía desde la prehistoria una dinámica independiente de relaciones que se consolida desde inicios del Bronce Final (Ruiz-Gálvez 1998a; Cunliffe 2001; Kristiansen 2001: 207-224, 506); es en este momento cuando se conforman tres áreas con un relevante potencial metalúrgico, situadas en el sur de Inglaterra/Irlanda, el noroeste de Francia y el área centroseptentrional de Portugal (Kristiansen 2001: 208; Briard 1965; Coffyn 1985). Aunque se ha especulado bastante sobre la circulación de objetos metálicos en el ámbito atlántico, los análisis de composición matizan esta perspectiva y sugieren un movimiento limitado, acaso principalmente de bienes de prestigio, al tiempo que la existencia de áreas de producción altamente regionalizadas, aunque compartiendo tendencias y modelos (Montero 1998: 219-223; Fernández-Posse y Montero 1998). En esta dirección apuntan de manera bastante clara los análisis de espadas pistiliformes y de lengua de carpa, que en el caso de la Península Ibérica muestran básicamente aleaciones binarias sin apenas presencia de plomo e impurezas mínimas de otros elementos, mientras que los ejemplares ingleses y franceses suelen ser plomados o, en el caso del norte de Francia, con unas impurezas altas de As-Sb-Ag (Montero 1998: 220-221; Montero *et al.* 2002: 19). Es significativo que los ejemplares peninsulares que se alejan de la tendencia señalada suelen presentar también particularidades tipológicas, como por ejemplo la espada pistiliforme de la Cartuja (Sevilla) (Montero 1998: 221; Ruiz-Gálvez 1995d: 64)⁸⁴.

Desde finales del s. XIII a.n.e. se documenta en las Beiras portuguesas un proceso de intervención y control del espacio que supone un nuevo escenario con respecto a la situación precedente. Este cambio se concreta en la aparición de poblados (Alegrios, Moreirinha, Monte do Frade,

⁸³ En este punto es pertinente señalar el déficit existente en la investigación del Bronce Final en el área de la Beira Litoral portuguesa, que se presume importante para la valoración de los procesos que aquí nos atañen (Vilaça 2004a).

⁸⁴ Existen dudas sobre la procedencia exacta de esta pieza, que Meijide (1988: 14, 105, n.º 9, lám. IV.1) sitúa en la localidad sevillana de Dos Hermanas y considera posiblemente dragada de aguas del Guadalquivir (ver también Coffyn 1985: 387, n.º 58, pl. IX.3 y XI.1).

etc.) con una ubicación topográfica destacada y amplia visibilidad, que en ocasiones permite el contacto visual con otros hábitats próximos; su tamaño es reducido, con una población estimada que no superaría los 200 habitantes en el mayor de los casos (Vilaça 1998b: 206). Mientras algunos poblados son de nueva fundación, en otros suponen la reocupación de enclaves habitados en momentos anteriores; el patrón de abandono es más homogéneo, pues la mayoría no muestran continuidad poblacional en la Edad del Hierro, con la excepción de Cachouça. Las estructuras habitacionales son sencillas, a base de materiales perecederos y con zócalo de piedra, atestigüándose actividades productivas a reducida escala. Destaca el contexto doméstico de la metalurgia, pues todos los yacimientos investigados proporcionan evidencias de esta actividad, como crisoles, moldes, escorias o instrumentos asociados al trabajo del metal (Vilaça 1998b y 2004a).

Creemos importante destacar, pues, que no son los contactos mediterráneos los que desencadenan este nuevo escenario en la zona central de Portugal, sino que éste ya había empezado a formarse con anterioridad. Es precisamente la existencia de un determinado nivel de desarrollo socioeconómico y organización del espacio lo que permite a estas comunidades formar parte de una red de relaciones a larga distancia y, en consecuencia, lo que posibilita a los agentes foráneos establecer un vínculo rentable con ellas.

Como hemos tenido ocasión de comprobar, la distribución de bronce de cronología precolonial alcanza buena parte del territorio peninsular, pero muestra una concentración más elevada —y, casi con seguridad, de mayor antigüedad— en la fachada atlántica. En líneas generales nos encontramos ante una circulación de bienes de prestigio (vajilla, instrumentos de aseo personal, etc.) (Matthäus 2001) probablemente orientados a sellar pactos o alianzas entre las élites. No puede negarse, en cualquier caso, que existen problemas de contextualización en algunos materiales e incluso —como ya hemos analizado— dudas respecto a la atribución cronológica de algunos de los conjuntos más relevantes (Baiões o Huelva). Buena parte de los objetos considerados en este trabajo corresponden a depósitos aislados (Berzocana), proceden de excavaciones antiguas (caldereta de Nora Velha) o incluso albergan dudas sobre su contexto de hallazgo o procedencia (piezas con decoración sogueada de Crevillente). Sin embargo, creemos que hay argumentos para sostener

su carácter de bienes de prestigio en ámbito peninsular, frente a otras hipótesis alternativas (objetos desprovistos de su significado original, chatarra, etc.), así como su comparencia en la Península en momentos precoloniales. En efecto, aunque ha llegado a plantearse la llegada de estos materiales por vía fenicia, los hallazgos de hierro en poblados del Bronce Final portugués⁸⁵ (distritos de Castelo Branco y Viseu), en contextos fechados por radiocarbono con anterioridad al s. IX a.n.e., suponen a día de hoy un argumento contundente a favor de un comercio mediterráneo en ámbito peninsular anterior a las colonias fenicias (Ruiz-Gálvez 2005b: 325-27; Vilaça 2006a).

Atendiendo al modelo establecido por la investigación reciente (Artzy 1998; Sherratt 1998; Ruiz-Gálvez 2005a y 2005b), los tráfico fueron en estos momentos de carácter privado, empresarial y oportunista, situación favorecida por un contexto histórico de descentralización de poder y en el que habría que señalar asimismo el carácter multiétnico de los protagonistas de estas navegaciones⁸⁶. Chipre y Cerdeña constituyen dos áreas especialmente dinámicas, lo que ayudaría también a explicar el importante papel desempeñado por la isla del Mediterráneo oriental en los inicios de la expansión fenicia (Gras 1985: 98-111; Almagro-Gorbea 1989: 283; Lo Schiavo 1995; Crielaard 1998; Ruiz de Arbulo 1998: 35-37)⁸⁷. El registro arqueológico, también en el caso peninsular, apunta en esta dirección y es precisamente este comercio de carácter privado y con múltiples escalas el que explica que sendos asadores articulados de tipo atlántico puedan aparecer en Monte Sa Idda (Cerdeña) o Amathus (Chipre) (Karageorghis y Lo Schiavo 1989; Burgess y O'Connor 2004) o que —en sentido contrario— una pátera de probable procedencia chipriota se oculte en Berzocana (Cáceres) junto a dos (o tres) torques de tipo Sagrajas-Berzocana (Armada e.p.).

En nuestra opinión, hay argumentos para defender que esta dinámica de interacción fue más intensa y tuvo implicaciones más profundas de lo que hasta recientemente podía sospecharse. Por un lado, la presencia de metalurgia atlántica en el Mediterráneo central es relevante —tanto en Cerdeña como en Sicilia e incluso Italia continental— y va más allá de objetos de prestigio como asadores articulados o espadas, incluyendo también fíbulas, hachas y otros tipos de instrumentos (Lo Schiavo 1991; Giardino 1995; Mederos 1996a y 1997b; Di Stefano 2004; Cultraro 2005). En este marco de una circulación

⁸⁵ La más reciente aproximación al tema (Vilaça 2006a) recoge 28 registros.

⁸⁶ Es precisamente este comercio privado y descentralizado el que permite explicar la aparente contradicción de que algunas zonas puedan ser al mismo tiempo importadoras y exportadoras de metal.

⁸⁷ Como ha señalado Almagro-Gorbea (1989: 283) respecto a Chipre, «sería lógico conjeturar que este ambiente precolonial fenicio pudo sustituir, sin solución de continuidad y con los mismos sistemas, los contactos iniciales de tiempos de los pueblos del mar».

bidireccional de metales encuentran sentido el taller metalúrgico de Peña Negra (González Prats 1992b), donde se producían bronce de tipología atlántica, o poblados como Mola d'Agres (Agres, Alicante), considerado por Ruiz-Gálvez (1998a: 283) un enclave relacionado con el tráfico de metal desde la Meseta hacia el Mediterráneo y en el cual se documentan importaciones de carácter precolonial (un mango y un peine de marfil y una fíbula *ad occhio*) (Vives-Ferrándiz 2005: 63, 68-70, figs. 16 y 21; Gil-Mascarell y Peña 1989). Esta presencia de metalurgia atlántica en el Mediterráneo central se inicia con anterioridad al cambio de milenio, pero se incrementa de manera notable en los dos primeros siglos del primer milenio (Burgess 2001b: 179; Lo Schiavo 1991; Lucas y Gómez Ramos 1993: 127), siendo lógico suponer una implicación fenicia en este tráfico de metales. No obstante, es un proceso que sin duda arranca de un momento precolonial y que permite explicar la creación de pequeños asentamientos costeros en el Bronce Tardío levantino, parte de ellos de tipo estacional y con indicios de actividades metalúrgicas (Cap Prim, Illeta de Campello, Cala del Pino o Punta de los Gavilanes, en las provincias de Alicante y Murcia) (Ruiz-Gálvez 2005b: 328-329); como también señala Ruiz-Gálvez (2005b: 329), en torno al 1000 a. n. e. estos pequeños enclaves son reemplazados por asentamientos de mayor entidad, como Peña Negra o Saladares, siendo el paso siguiente la fundación de sitios fenicios como La Fonteta.

El segundo hilo argumental lo proporcionan algunos testimonios de actividad metalúrgica en ámbito peninsular. Como hemos defendido, en una dirección ya argumentada por Armbruster (2002-03), existen indicios para sostener la fundición local de los soportes con ruedas y otros objetos complejos del conjunto de Nossa Senhora da Guia. Esto nos lleva a la necesidad de construir modelos más elaborados, que vayan más allá de la simple llegada a occidente de bienes de prestigio mediterráneos. En opinión de algunos autores (Jiménez Ávila 2002: 29 y 2004), la fundición a cera perdida era un procedimiento desconocido por los artesanos peninsulares del Bronce Final; Armbruster y Perea (2007) han defendido también una adopción diferencial de la cera perdida para el oro y el bronce, resultando más tardía la segunda. Si tenemos en cuenta la abrumadora presencia de objetos vaciados en molde bivalvo (hachas, espadas, etc.), es evidente que el uso de la cera perdida no fue la norma habitual en el Bronce Final peninsular. Sin embargo, ello no implica que no

existiesen determinados talleres o artesanos que fuesen capaces de utilizar esta técnica con resultados satisfactorios. A este respecto, hay que aludir no sólo a los testimonios de Baiões, sino también a la notable presencia de asadores articulados en ámbito portugués y extremeño, objetos a nuestro entender de fabricación peninsular y que requieren necesariamente el uso de la cera perdida (Armbruster 2002-2003; Armada 2005b).

El empleo de esta técnica en ámbito atlántico –y la elaboración de piezas complejas como los soportes con ruedas– requieren una transmisión del conocimiento metalúrgico que debió implicar el contacto directo entre artesanos locales y sardos. Esto daría lugar a comportamientos de hibridación metalúrgica como el reflejado en los soportes de Baiões, con esas anillas colgantes, o el gancho del mismo poblado, con motivos de espiral elaborados a cera perdida en la pieza distal que acoge los tres garfios. De este modo, la distinción estricta entre objetos locales e importados queda matizada por este tipo de producciones que, en realidad, no son ni una cosa ni la otra. Aunque pueda considerarse arriesgada, la hipótesis de una movilidad de artesanado en el Bronce Final no es nueva: fue planteada también por Ruiz-Gálvez (1998a: 255) para el taller metalúrgico de Peña Negra, de cronología más avanzada, en el cual defiende la presencia de un bronceista atlántico y de otro posiblemente mediterráneo, cuya existencia deduce de las fíbulas chipriotas y sicilianas y de las cerámicas pintadas con patrones decorativos geométricos.

Otra muestra de los cambios que acontecen en este momento precolonial es la presencia de ponderales metálicos en poblados portugueses con una cronología de los ss. XII-IX a. n. e. Un reciente artículo de Vilaça (2003) recoge 26 ejemplares –con indicios de algunos más– procedentes de ocho yacimientos⁸⁸. Las piezas analizadas presentan una composición binaria, lo que permite sospechar su posible fabricación local (Vilaça 2003: 261); su bajo peso⁸⁹ lleva a pensar que eran empleados con elementos preciosos o muy cotizados, como oro, ámbar, vidrio y quizá estaño, siendo el oro uno de elementos más probables (Vilaça 2003: 269-270). Al margen de la presumible relación de estos ponderales con el peso del metal, lo realmente interesante es que reflejan el uso regional de un sistema metrológico de posible origen oriental, teniendo en cuenta la proximidad de algunos pesos con respecto a los hallados en el horizonte precolonial de Huelva y que Torres (2005: 296) relaciona con el sistema que se detecta

⁸⁸ En concreto Moreirinha (Idanha-a-Nova), Monte do Trigo (Idanha-a-Nova), Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior), Penha Verde (Sintra), Castro de Pragança (Cadaval) (conjunto de 16 pesas), Castro da Ota (Alenquer), Nossa Senhora da Guia (Baiões) y Canedotes (Vila Nova de Paiva).

⁸⁹ Oscila entre los 37 gr de un ejemplar de Monte do Trigo y los 1'82 gr de un ejemplar de Pragança; 23 de los 26 considerados pesan menos de 10 gr.

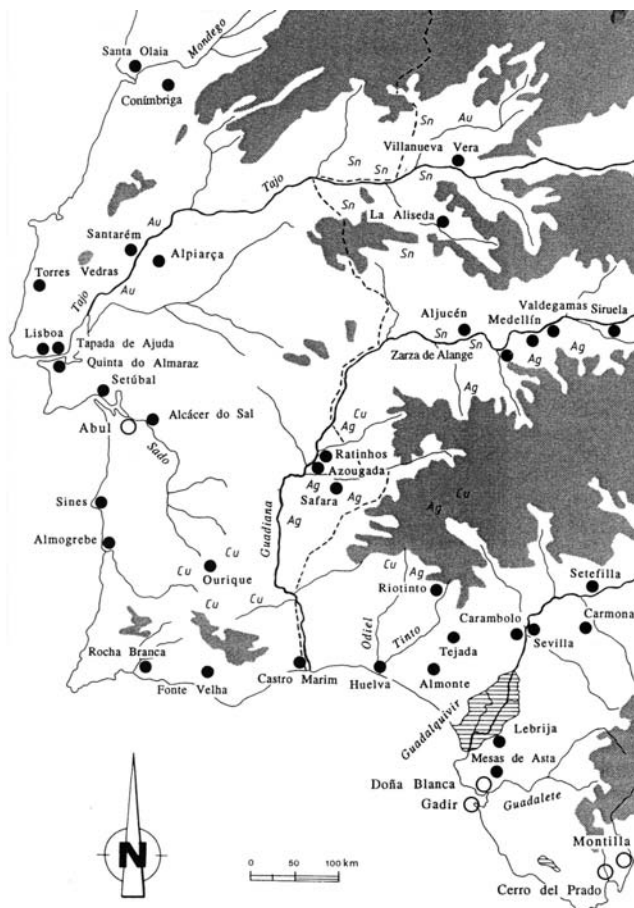


Figura 20
Poblamiento y recursos minero-metalúrgicos del cuadrante SO peninsular (c. 1100-700 a.n.e.) (según Aubet 1994: 253, figura 77).

en Cancho Roano y en el pecio de Uluburun, una posible unidad chipriota que representaría el *qedet* egipcio empleado en la costa sirio-palestina. Por su parte, Ruiz-Gálvez y Galán han defendido el uso de otros patrones metalúrgicos mediterráneos en objetos metálicos peninsulares; en concreto, tres sistemas de peso que se sucederían en el tiempo: una unidad egea o ciclo micénico, con un valor de 6'5/6'8 gr, en los brazaletes intencionalmente cortados y en otros elementos del tesoro de Villena; un sistema de ciclo hitita o minorasiático, con un valor de 11'75 gr, en los brazaletes de tipo Sagrajas-Berzocana y en brazaletes de bronce coetáneos; y un tercer sistema de ciclo fenicio o minorasiático, con un valor de 7'9-7'5 gr en el sistema pesado y 7'27-7'30 gr en el ligero, en las hachas plomadas y con cono de fundición de Galicia y norte de

Portugal (Galán y Ruiz-Gálvez 1996; Ruiz-Gálvez 1998a: 313-319, 323-327, 2000a y 2000b; Galán 2005; Vilaça 2003: 248).

En definitiva, la irrupción fenicia en el Mediterráneo occidental vino posibilitada por un escenario de desarrollo socioeconómico en las sociedades peninsulares y por el aprovechamiento de una experiencia previa en cuanto al conocimiento de las rutas, recursos explotables, etc. La lógica existencia de una etapa precolonial fenicia, ya defendida por Almagro-Gorbea (1989), parece tener su correspondencia arqueológica en los recientes hallazgos de Huelva (González de Canales *et al.* 2004), aunque todavía debemos esperar a nuevos descubrimientos mejor contextualizados que perfilen su cronología y características⁹⁰. Creemos que el abastecimiento de metales constituyó una motivación relevante en el origen de la diáspora y probablemente también en la prolongación de los tráfic fenicios hacia el ámbito atlántico (Arruda 2005a)⁹¹. En los niveles de ocupación más antiguos de Morro de Mezquitilla se documentan evidencias de metalurgia de hierro y probablemente plata, lo que indica que este tipo de actividades estuvieron presentes desde la primera etapa de la presencia colonial en la Península (Aubet 2006: 103-4; Schubart 2006: 86-97). En momentos todavía anteriores, el ya citado lote de materiales de Huelva incluye minerales en bruto, trituradores, escorias, toberas y restos de paredes de horno que se asocian a la obtención de hierro, cobre y plata, en este último caso mediante copelación (González de Canales *et al.* 2004: 143-56, láms. XXXVII-XXXVIII y LXIII-LXIV; Torres 2005: 295).

Sobre estas bases, el sistema colonial fenicio promueve a partir del s. VIII a.n.e. una fuerte intensificación en la explotación de las zonas mineras del sur peninsular (figura 20) (Hunt 2003; Orejas y Montero 2001), introduciendo también novedades como el uso sistemático de la copelación y la forja del hierro. Las características del sistema productivo sugieren una estricta organización que probablemente requeriría la implicación directa de las instituciones políticas de Tiro (Aubet 2006: 106). Por lo demás, como destaca Alvar (2001a: 18), la creación del sistema colonial generó un nuevo marco socioeconómico, con unas nuevas necesidades, motivaciones y modos de expansión que sustituyeron a los inicialmente existentes. Una

⁹⁰ A este respecto, nos parece interesante lo señalado por Mederos (2005a: 335) a propósito de la no existencia de una correlación entre las cerámicas de Tiro y las conocidas en la Península, lo que implicaría «una trayectoria propia en Occidente, desde fechas relativamente antiguas», ya que los primeros conjuntos de Morro de Mezquitilla tienen todas las características propias de las cerámicas fenicias del Mediterráneo occidental, como consecuencia de una frecuentación fenicia —de intensificación progresiva— que necesariamente debe remontarse a fechas anteriores, entre 950 y 825 a.n.e.

⁹¹ Oro y especialmente estaño serían los recursos críticos que se pretendían obtener en ámbito atlántico. Orejas y Montero (2001: 133) señalan el bajo porcentaje de estaño que presentan los bronce del sur y levante peninsulares, que pone de manifiesto la escasez de este metal en estos ámbitos y, también, que las comunidades locales de dichas zonas probablemente no intervinieron en su comercialización directa.

posterior ampliación de objetivos alcanza al área valenciana y catalana, donde la presencia del fenómeno comercial fenicio arranca desde finales del s. VIII o primera mitad del VII a. n. e. (Ramon 2003: 134; Ruiz de Arbulo 1998: 43), continuando vinculado al interés en los recursos metalúrgicos de zonas como el Priorato catalán (Rafel *et al.* 2003; Armada *et al.* 2005a y 2005b; Dupré 2006).

El pecio de Rochelongue, con materiales del Hierro I, podría considerarse representativo de los movimientos de tráfico de metal en el NE peninsular y sur de Francia, aunque no es posible determinar con seguridad el origen del cargamento, especialmente mientras no se publique de manera pormenorizada el conjunto, compuesto por unos 1700 objetos y unos 800 kg de tortas o lingotes (Lucas y Gómez Ramos 1993: 117). No obstante, el pecio se asocia al naufragio de un fundidor que remontaba las costas de la Península Ibérica hacia el sur de Francia, recogiendo piezas de chatarra a la vez que prestaba sus servicios (Lucas y Gómez Ramos 1993: 117). En cualquier caso, la presencia de objetos del s. VIII a. n. e. junto a otros claramente posteriores pone de manifiesto el tráfico de chatarra compuesta por objetos manufacturados y amortizados.

Que los fenicios continuaron comercializando objetos de la tradición atlántica del Bronce Final, ya fuese como objetos funcionales o como chatarra, está fuera de toda duda (Frankenstein 1979 y 1997; Fernández-Miranda 1984: 368). Todo parece apuntar a que la presencia fenicia incluso provocó una reorientación de los sistemas productivos locales en áreas como el sur de Galicia y el norte de Portugal, a juzgar por la distribución de hallazgos de hachas de talón muy plumadas con cono de fundición y hachas de tipo Samieira, que parecen ajustarse a un sistema de peso de 11'75 gr o ciclo minorasiático, convertible a los 7'5 gr del ciclo fenicio mediante un sencillo patrón de conversión 1'5/1 (Galán 2005: 471). El propio E. Galán (2005: 471-73, figura 4) ha propuesto un interesante modelo de acumulación de volumen de metal en forma de hachas hacia la costa a partir de una variedad de pequeños talleres locales y mediante una red organizada por las propias comunidades del Noroeste. En sentido inverso y como contrapartida circularían otros objetos de claro origen meridional que aparecen en el área citada, como las hoces, hachas y cuchillos de hierro de Torroso y São Julião (Peña Santos 1992; Bettencourt 2000; Galán 2005: 472, figura 5) o la espada considerada –no sin discusión– de tipo Ronda-Sa Idda procedente de Isorna, río Ulla, A Coruña⁹². También González

Prats (1985) propuso en su momento la vinculación de determinadas hachas de apéndices laterales con el comercio fenicio. En opinión de Lucas y Gómez Ramos (1993: 121), el transporte marítimo del metal estaría regido en occidente por un modelo en el cual la chatarra y los objetos elaborados precedieron al comercio de lingotes; es una propuesta sugerente, teniendo en cuenta la escasez de lingotes y tortas documentados en el Bronce Final peninsular (Gómez Ramos 1993), así como los datos que acabamos de mencionar.

Volviendo al noreste peninsular, algunos elementos del registro indican una conexión centromediterránea –probablemente con más de una ruta– anterior a la presencia de fenicios, griegos y elementos etruscos, independientemente de quiénes hayan sido los portadores de estos últimos. En este sentido, hay que referirse especialmente al hallazgo de un lingote de tipo chipriota en la costa languedociense (Domergue y Rico 2002) así como a la noticia del supuesto hallazgo de un pecio con lingotes del mismo tipo en las proximidades de Formentera (Parker 1992: 181, n° 418), dato éste último pendiente de contrastación. Estas conexiones podrían explicar la presencia de influencias mediterráneas precoloniales en el NE peninsular, como las atestiguadas en el trípode de La Clota y en otras producciones con claras reminiscencias sardochipriotas, que –como ya hemos manifestado anteriormente (Rafel 2005: 500) y como argumentamos también en el presente volumen (Rafel *et al.*)– hasta la fecha están completamente ausentes del registro colonial fenicio surpeninsular. En cualquier caso, creemos que son aspectos de tipo ideológico y simbólico los que determinan el prolongado período de circulación que parecen mostrar estas piezas y también las razones de su influencia en la bronzística de momentos avanzados como el s. VI a. n. e. (colgantes zoomorfos y quizá soportes de Les Ferreres, Couffoulens y Pénezas). Como ya hemos señalado, nos inclinamos por una propuesta combinada según la cual el uso prolongado de algunos de estos bronzes –y su consideración de bienes de prestigio– podría motivar la imitación de algunos de sus rasgos tipológicos y estilísticos en momentos avanzados.

Para terminar, consideramos necesario señalar el carácter abierto de la visión aquí expuesta. Nuestra reconstrucción se basa en una selección de datos y problemas que consideramos significativos, pero obviamente hay otras cuestiones que podrían tener cabida aquí. Por otro lado, es necesario disponer de un mayor volumen de datos para

⁹² Galán asume esta clasificación siguiendo a Ruiz-Gálvez (también Jiménez Ávila 2002: 241-42, 412, n° 130, lám. XLVII), pero otros autores proponen soluciones matizadas, aun asumiendo la relación de este ejemplar de Isorna con los ejemplares del grupo Ronda-Sa Idda (Meijide 1988: 64, 123, n° 68, lám. XXVI.1; Giardino 1995: 198; Farnié y Quesada 2005: 43, 158, figs. 7 y 147). Sobre el molde de Ronda y el probable origen peninsular de las espadas tipo Sa Idda ver Meijide (1988), Aguayo de Hoyos (2001: 83, lám. I), Jiménez Ávila (2002: 241-242) o Farnié y Quesada (2005); Giardino (1995: 194, 283, tav. IV) propone un origen sardo.

obtener una visión más certera sobre la producción y circulación de metales en momentos anteriores y posteriores a la fundación de colonias fenicias. El número de análisis de isótopos de plomo es todavía limitado para la Península Ibérica en general y el ámbito atlántico en particular (Montero y Hunt 2006: 91); algunos depósitos y conjuntos metálicos todavía esperan una publicación detallada y, por supuesto, tanto la arqueología de campo como los estudios arqueométricos están ofreciendo día a día nuevos datos que contribuirán a precisar y matizar cualquier visión que, con mayor o menor acierto, podamos exponer a día de hoy.

ABSTRACT

This paper aims to analyse the transformations of metal technology during the Late Bronze Age in the Iberian Peninsula, focusing on the effects of the contacts with Mediterranean societies. Special attention is paid to objects such as wheeled stands, rotary spits and metal vessels, which reflect the use of new techniques (lost-wax casting, casting-on, etc.). We argue against the idea that all these

bronzes were imported from the central or western Mediterranean; in our opinion, most of them were locally produced and, though lost-wax casting was not a widespread technique in Late Bronze Age Iberian metallurgy, some bronzeworkers could make successful use of this innovation as a consequence of their contacts with Mediterranean craftsmen.

Secondly, we reassess the dynamics of interaction between the Atlantic and the Mediterranean in the Iberian Late Bronze Age, as well as its relationship with Phoenician colonization. We argue that the goal of the Mediterranean presence in the west was not to prepare for colonization, but that this process generated a socio-economic context that made the colonization possible. The quest for ores and metals was not the only reason for the Phoenician presence in the western Mediterranean, though it was an important one.

Finally, the continued production of pre-colonial forms and motifs in colonial times is discussed, aiming to assess the reasons for this phenomenon which is attested in north-east Iberian metallurgy. Our conclusion is that the long use of some of these pre-colonial objects as prestige goods may have motivated their imitation later.

TRADICIÓN, CAMBIO Y RUPTURA GENERACIONAL. LA PRODUCCIÓN ORFEBRE DE LA FACHADA ATLÁNTICA DURANTE LA TRANSICIÓN BRONCE-HIERRO DE LA PENINSULA IBÉRICA¹

Alicia Perea*

Barbara Armbruster**

INTRODUCCIÓN

La fachada atlántica de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce, y en particular durante la transición al Hierro, se convierte en un laboratorio donde se experimentarán diferentes estrategias de poder: la producción, distribución y consumo de oro refleja con fidelidad todo el proceso de creación y cambio de las identidades de élite según la coyuntura política de esta larga etapa. Pero será en las formas de transmisión del conocimiento tecnológico donde los cambios políticos, económicos y sociales se hagan más patentes, por lo que el análisis tecnológico se convierte en nuestra primera y principal fuente de información. En segundo lugar, los procesos productivos se adaptan a las nuevas formas de poder, un largo camino hacia la mercantilización que desembocará en la producción de taller plenamente establecida hacia el siglo V a.C.

Los contactos entre el Atlántico y el Mediterráneo y, finalmente, la llegada de colonos fenicios a la Península llevan implícito un cambio en las mentalidades. La percepción del cosmos es diferente porque el mundo se amplía inusualmente lo que favorece y acelera el cambio social y la adaptación rápida a las nuevas condiciones económicas. En este ambiente se produce una dialéctica entre tradición, novedad y ruptura del orden establecido, fenómenos que intentaremos analizar desde la perspectiva de los grupos de poder.

LA TRADICIÓN LOCAL

La caracterización de la metalurgia del oro en la fachada atlántica peninsular con anterioridad al Bronce Final, puede definirse por la homogeneidad técnica, y una relativa heterogeneidad morfológica. Esto quiere decir que el

grado de complejidad de los procesos de fabricación, la organización social y las condiciones económicas no inducían la normalización tipológica, ni el surgimiento de sistemas tecnológicos diferenciados, como efectivamente así ocurrirá durante la etapa del Bronce Final.

La producción encuadrable dentro de una amplia Edad del Bronce que englobaría lo que antes denominábamos Bronce antiguo y medio (Ruiz-Gálvez 1998: 17), nos muestra el dominio de la deformación plástica como método básico de fabricación de objetos laminares de pequeño y medio tamaño. Las diademas, cintas y cintillas de aplicación, constituyen un catálogo de gran variabilidad formal, dentro de un dominio de la técnica que permite obras notables como la diadema del ajuar de Quinta da Água Branca, Viana do Castelo (Armbruster y Parreira 1993: 36-38) que incluía dos aros y dos pequeñas espirales en oro, además de un puñal de cobre, pertenecientes al ajuar de un enterramiento masculino en cista. Parece que la diadema se encontró cerca del cráneo, lo que confirmaría su función como tal adorno de cabeza para hombre.

Otras piezas excepcionales son las llamadas gargantillas de tiras, el más internacional de los tipos en esta etapa puesto que se conocen también en la costa atlántica francesa (Eluère 1982). Son de destacar los ejemplares de conjuntos gallegos como el de Cícere y Agolada (Armbruster *et al.* 2004). Al dominio en la fabricación de láminas de considerable tamaño se une la vocación ornamental que se concreta en el hábil cortado del cuerpo central en finas tiras laminares de delicado aspecto.

Adelantada ya esta etapa, encontramos una serie de hallazgos muy significativos, los pomos de espadas o puñales en oro. La mayor parte de estas piezas están trabajadas a la manera tradicional, mediante deformación plástica para la obtención de láminas de revestimiento que cubren el material orgánico de la empuñadura; el ejemplo más conocido lo tenemos en la espada de Guadalajara que pudiera haber formado parte de un depósito con más ejemplares de parecidas características, fechado en un tradicional Bronce medio (Brandherm 1998). Muy cercanos en zona de hallazgo y probablemente en cronología son los revestimientos de dos empuñaduras del depósito de Abía de la Obispalía, Cuenca (Almagro-Gorbea 1974), actualmente conservados en el Museo Británico (figura 1) junto a otros objetos de oro que formaban un gran depósito cuya ocultación se ha fechado

* Instituto de Historia, CCHS, CSIC. Albasanz, 26-28. 28037 Madrid.

** CNRS, UMRS 5608. Maison de la Recherche. Université de Toulouse le Mirail. 5, allées Antonio Machado. F-31058. Toulouse cedex. Correo electrónico: barbara.armbruster@univ-tlse2.fr.

¹ Este trabajo se ha realizado como parte del proyecto BHA2002/00138 financiado por la DGICYT, dentro del marco del más amplio Proyecto Au que la autora dirige desde el Dpto. de Prehistoria, IH, CSIC.



Figura 1
Depósito de Abía de la Obispalía, Cuenca, con dos empuñaduras de espada, cuatro brazaletes tipo Villena/Estremoz y otros restos de armamento. Foto: Archivo Au. A. Perea; con permiso de British Museum.

en el Bronce final porque contenía varios brazaletes tipo Villena/Estremoz, de claro origen atlántico (Armbruster y Perea 1994).

El pomo o empuñadura de puñal de Alange, Badajoz (Pavón 1998; Perea 2005: lám. I) constituye un buen ejemplo de la excelencia alcanzada por el trabajo de deformación plástica para conformar objetos laminares tridimensionales en las fases previas al Bronce final; bien es verdad que en este objeto se partió de una fundición previa al trabajo de martillado que inicia una línea de desarrollo tecnológico que culminará con el dominio de la técnica de la cera perdida en fases avanzadas del Bronce final.

Un hito más en esa línea iniciada en Alange lo tenemos en el ajuar funerario de Herdade do Sardoninho, en Aljustrel, Beja (Armbruster y Parreira 1993: 44-45, 214-215). El expolio estaba formado por una diadema laminar, más bien cinta por no decir cinturón, con decoración puntillada, junto a un pomo y una guarda de puñal trabajados a la cera perdida y retocados por deformación plástica hasta alcanzar su configuración final (figura 2). El Bronce del suroeste ya había aportado ejemplos de



Figura 2
Ajuar funerario de Herdade do Sardoninho, Beja, compuesto por dos empuñaduras de arma y una lámina decorada. Foto: B. Armbruster.

individualización de objetos de prestigio con elementos áureos, como en el caso de los remaches de oro de un cuchillo que formaba parte del ajuar de un sepulcro en Belmeque, Serpa (Schubart 1975).

Estos dos hallazgos, Alange y Herdade do Sardoninho, forman parte de una reciente discusión a raíz de los nuevos conocimientos que se han generado en los últimos años en torno a los procesos metalúrgicos tanto en oro como en bronce (Perea 1991; Armbruster 2000). La cuestión surge al ser identificados procesos complejos de vaciado a la cera perdida para la obtención de objetos de oro (Armbruster y Perea 1994), que no se identifican sincrónicamente en la metalurgia del bronce. Se plantea entonces un desarrollo independiente para estas dos industrias. En efecto, los primeros bronce vaciados a la cera perdida fabricados en la Península Ibérica son objetos de lujo o rituales como ganchos para carne, espetones, y recipientes relacionados con la comida y bebida comunitaria, además de adornos; algunos de estos materiales presentan una tipología local, pero otros reproducen modelos del Mediterráneo central y oriental, como el carro votivo procedente del heterogéneo conjunto, mal llamado depósito, del castro de Nossa Senhora da Guia, en Baiões, Viseu (Armbruster 2002-03). La única variante de la cera perdida documentada de forma ocasional como práctica de taller en la metalurgia atlántica es el vaciado adicional, y éste se utilizó exclusivamente para hacer reparaciones, como lo prueban algunas espadas del conjunto de la Ría de Huelva (Armbruster 2000: láms. 81, 83, 85), otras del depósito portugués de Fiéis de Deus, en Leiria (*Ibid.*: lám. 56) o algunas herramientas como el hacha de Palas de Rey, en La Coruña (*Ibid.*: lám. 71). Por otro lado, uno de los objetos más antiguos, aparecido en la Península Ibérica, fabricado en bronce con la técnica de la cera perdida es una importación del Mediterráneo oriental; se trata de la pátera con *omphalos* central del depósito de Berzocana, que acompañaba a dos torques de oro tipo Sagrajas/Berzocana (*Ibid.*: 141).

La conclusión no puede ser otra que la cera perdida en bronce no fue un proceso técnico incorporado a las prácticas metalúrgicas habituales durante la Edad del Bronce, sino que se introdujo en un momento ya tardío, cuando los contactos con materiales, y probablemente gentes, de origen mediterráneo estaban ya bien establecidos.

Por el contrario, los casos documentados de procesos de vaciado a la cera perdida en oro se multiplican, y se remontan cada vez más en el tiempo, según se revisa el material ya publicado a la luz de los nuevos conocimientos. El caso más elocuente y problemático es el del depósito de As Silgadas, en Caldas de Reyes, Pontevedra. Tradicionalmente este depósito que debió tener en origen cerca de 30 kilos de oro, de los que se conservan casi 15, se ha fechado a finales de un Bronce antiguo o inicios del medio, fundamentalmente sobre la base del aspecto arcaico y torpe de los

objetos que contenía, y que en su momento se describieron como torques anulares y brazaletes, tres tazas, un peine y fragmentos de lámina (Ruiz-Gálvez 1978, 1995a; Domato y Comendador 1998). Más recientemente se prefiere hablar de lingotes (Ruiz-Gálvez 1995a: 46) para caracterizar los aros más pesados del conjunto, sin variar la cronología que se sigue sustentando en los recipientes para beber, en forma de tazas, para los que se buscan paralelos en jarras laminares procedentes del círculo de túmulos armoricanos o de Wessex (*Ibid.*: 49) que están fabricadas por deformación plástica.

Efectivamente, algunos de los componentes de As Silgadas se sitúan a inicios de la Edad del Bronce, como los fragmentos de lámina que parecen corresponder a una gargantilla de tiras del tipo de la de Agolada (*vide supra*), pero otros no fueron correctamente valorados en los inicios de su estudio, al menos desde el punto de vista técnico. Por ejemplo, las tazas no son recipientes laminares y ligeros como los ejemplares de Wessex con los que se han querido comparar, por el contrario, son objetos de paredes gruesas, con pesos de 640, 630 y 541 gr respectivamente, y su técnica de fabricación no tiene nada que ver con la deformación plástica sino que están vaciados a la cera perdida mediante un proceso manual del modelado de la cera (Armbruster 1996: 65-69); la estructura de bruto de colada es visible y patente por el interior de los recipientes cuya superficie se dejó sin pulir (figura 3). Las asas fueron añadidas en una segunda colada por vaciado adicional, y una de ellas sufrió una reparación. Finalmente, otro dato interesante que se desprende del estudio tecnológico es la utilización de algún tipo de herramienta con eje de rotación durante el proceso de decoración, lo que permitió conseguir equidistancias y recorridos perfectos en el trazado de las líneas incisas. Todas estas características no cuadran con las fechas tradicionalmente aceptadas para As Silgadas, en torno al Bronce Antiguo, hacia inicios del tercer milenio, sino que encajarían

mejor dentro de una tecnología más desarrollada, inmediatamente antes o dentro ya del Bronce Final (Ruiz-Gálvez 2000b: 275), al menos para fechar las tazas y el momento de la ocultación.

EN BUSCA DE UNA IDENTIDAD: LAS CADENAS DE ESPIRALES

El primer paso hacia una cierta normalización que caracterizará posteriormente la producción del Bronce final, se empieza a vislumbrar en una fecha imprecisa, pero en cualquier caso anterior a los cambios detectables durante la última fase de la Edad del Bronce; normalización que lleva implícito un control sobre la distribución y el consumo de oro por parte de los grupos de poder. Nos referimos a las cadenas con eslabones en forma de espiral que, como depósitos aislados, constituyen el hallazgo tipo de una etapa prolongada en la fachada atlántica peninsular (Perea 2005: 1).

Los hallazgos de cadenas de espirales se distribuyen ampliamente por la mitad occidental, si bien se pueden distinguir dos focos de concentración, la cuenca media del Guadiana y en torno a la cuenca del Sado. Estos depósitos presentan la característica común de contener una o varias cadenas de espirales, con una amplia variabilidad a tenor de los datos con que contamos, todos ellos procedentes de hallazgos casuales, sin contexto y realizados hace ya años. La variabilidad se manifiesta tanto en el número de cadenas, como en el número de espirales por cadena; éste es el caso de las 20 espirales de la cadena de Évora (Armbruster y Parreira 1993: 194-195) o el de las cinco cadenas de Vale de Viegas, Serpa, con 10, 9, 8, 8 y 2 espirales respectivamente (*Ibid.*: 196-203). No nos debe preocupar si actualmente los encadenamientos no responden ya a la asociación y número exacto del depósito original, porque el dato pertinente es en nuestra opinión el hecho del encadenamiento y su variedad.

Desde el punto de vista morfológico también presentan amplia variabilidad, que se manifiesta en las distintas secciones del alambre en el que están fabricadas, oscilando en el grosor y en la forma circular, ovalada o rombooidal. La misma variabilidad se ha podido observar en el mayor o menor cuidado del proceso de fabricación y en el acabado de la superficie del metal.

No obstante, las características descritas no entran en contradicción con la normalización a la que parecen responder, en primer lugar por tratarse de verdaderos cilindros de alambre enrollado (figura 4) que no tienen una función evidente, como sería el caso de los anillos en espiral mucho más pequeños y con otras características morfológicas y contextuales. En segundo lugar por las características de su amortización que podrían responder a un depósito de naturaleza ritual, no necesariamente funerario o

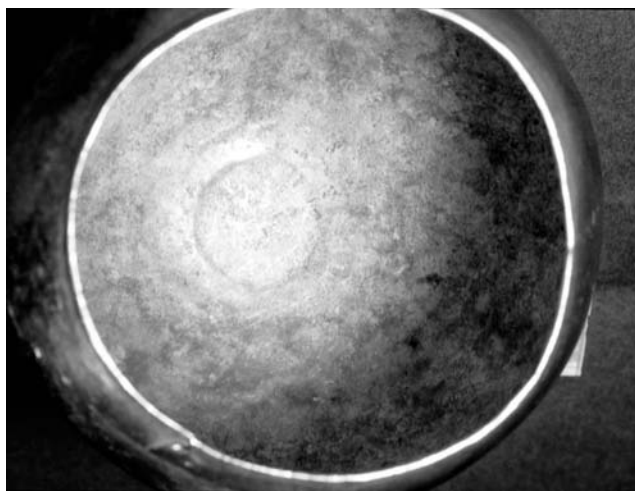


Figura 3

Estructura de bruto de colada en el interior de una de las tazas del depósito de As Silgadas, Caldas de Reyes, Pontevedra. Foto: B. Armbruster.



Figura 4

Detalle del acabado de una de las espirales del depósito de Mérida que contenía una cadena de espirales, una tobillera y dos brazaletes lisos. Foto: Archivo Au. A. Perea; con permiso de British Museum.

acumulativo, aunque ciertamente económico. En efecto, ese carácter de objeto fractal que mantiene su esencia aún restando o sumando componentes, parece dar una respuesta adecuada a lo que desde un punto de vista actualista sería el dinero para facilitar los intercambios, y como pre-monedas se han interpretado algunos materiales atlánticos comparables, por ejemplo los traídos y llevados *ring money*, hoy mayoritariamente aludidos como *hair rings* o *nose rings* (Waddell 2000: 248), lo que no debe extrañarnos puesto que se ha defendido la existencia de patrones metrológicos de origen mediterráneo oriental en la Península Ibérica durante el Bronce Final (Galán y Ruiz-Gálvez 1996; Ruiz-Gálvez 2000b). Este carácter estandarizado de lo que se ha denominado divisa, es el que se propone para explicar una producción como la de hachas de talón con cono de fundición (Galán 2005), herramientas perfectamente inútiles pero referentes importantes del valor de las cosas.

La normalización, en el caso de las cadenas de espirales, no puede interpretarse dentro del ámbito exclusivo del comportamiento económico, aunque tenga connotaciones económicas, sino dentro de la esfera del comportamiento social, y en ese sentido hay que ponerla en relación con la construcción de una identidad de grupo, o mejor de un lenguaje común, capaz de facilitar las relaciones y de dar visibilidad a las élites dentro del área geográfica de referencia (Perea 2005: 94-95). Las espirales, y las cadenas de espirales indudablemente circulan por un amplio territorio, pero dentro de una esfera restringida de contactos políticos y no como pago de otro tipo de mercancías o materiales, sino muy probablemente a cambio de sí mismas, es decir, no son un medio de pago consensuado sino objeto y sujeto del intercambio *per se*. Que sirvieran en una segunda instancia para sancionar pactos, pasos o matrimonios, es descender al detalle historicista. El verdadero problema está en su situación cronológica.

A juzgar por la dispersión geográfica amplia y por una cierta variabilidad morfológica, aún dentro del canon, se

diría que estuvieron vigentes un largo periodo en el que se pueden detectar cambios morfológicos y de significado que las hacen perdurar hasta el Bronce final. Por ejemplo, hacia el final de su etapa de uso aparecen una serie de hallazgos aislados con espirales de oro de tamaño relativamente grande, más pesadas, fabricadas en un grueso vástago de sección circular que se ensancha en los extremos; son las espirales de barra o macizas. El depósito de São Martinho, Alcácer do Sal (Armbruster y Parreira 1993: 188-191) contenía un total de siete espirales que actualmente se encuentran sueltas; una de ellas presenta las características que acabamos de mencionar, con un peso de 73 gr; otra presenta casi el mismo peso, de 71 gr, aunque los extremos acaban en punta; finalmente, las restantes pesan 65, 41, 38 y 23 gr., aunque esta última se encontró fragmentada. El peso medio de las espirales que forman cadenas se puede calcular en torno a los 30 gr. Otro hallazgo significativo es la espiral de barra de Villanueva del Río, Sevilla (Perea 1991: 102, 123) con un peso de 146 gr. (figura 5). Tanto el aumento de peso, como el ensanchamiento de los extremos preludian o conviven con las características que van a adquirir los grandes torques y brazaletes del Bronce final.

Otro indicador cronológico lo tenemos en las únicas asociaciones de cadenas de espirales a otros materiales; el primer caso es el depósito de Mérida (Perea 2005: lám. II) compuesto por una cadena de seis eslabones, dos brazaletes y una tobillera, que actualmente se conserva en el Museo Británico. El segundo caso es el del depósito de Olivar del Melcón, también en Mérida, asociado a brazaletes y tobillera, y actualmente perdido aunque se conserva documentación fotográfica. En su momento estos dos depósitos se fecharon en el Bronce final, dentro de un intervalo temporal entre 1200-800 a.C. (Almagro-Gorbea 1977a: 35-38, 40-43; Harrison 1977). La tercera



Figura 5

Espiral de barra procedente de Villanueva del Río, Sevilla. Foto: Archivo Au. A. Perea.

asociación es la de las espirales de Menjíbar, Jaén (Perea 1991: 61, 65, 71) a un pesado brazalete que parece encajar con los inicios del Bronce final.

Para terminar, existe una cuarta asociación en el depósito de Chaves, Vila Real (Armbruster 2000: 153, lám. 46) de una cadena de espirales a un brazalete tipo V/E (*vide infra*) que habría que fechar igualmente dentro de la última fase de la Edad del Bronce.

El intercambio de objetos de lujo dentro de una amplia malla de relaciones políticas es una estrategia de poder con un gran potencial de crecimiento y expansión porque se basa en el encadenamiento de las relaciones contiguas, es decir, entre grupos vecinos, además de servir para dotar de identidad a los individuos que controlan esa red. Sin embargo, el sistema no sobrevivió a los grandes cambios tecnológicos de la segunda revolución agrícola que, como reflejo de la que se había vivido en la Europa del III milenio, se ha podido detectar a partir del Bronce final en la fachada atlántica de la Península Ibérica (Ruiz-Gálvez 1992b). El crecimiento y sedentarización de la población, y sobre todo la ampliación del territorio que el ser humano era capaz de conceptualizar y controlar adquiere magnitudes nunca vistas ni sentidas, sobre todo gracias a las nuevas posibilidades del transporte fluvial y marítimo. La identidad de los poderosos se estaba diluyendo, perdía los contornos en un mundo al que estaban llegando nuevas gentes y mercancías exóticas; surge así la necesidad de crear una nueva estrategia que estará basada, no en el encadenamiento, sino en la acumulación (Fowler 2004: 66) y en el estricto control de los procesos de producción, distribución y consumo. El efecto que estos cambios tienen sobre la producción de oro es, en primer lugar, un aumento considerable en el peso y número de objetos que se producen, y en segundo lugar, el surgimiento de la complejidad, con la aparición de ámbitos tecnológicos diferenciados.

DIVERSIFICACIÓN TECNOLÓGICA: LOS ÁMBITOS S/B Y V/E

El concepto de ámbito tecnológico es una construcción teórica que sirve de plataforma explicativa donde puedan encajar los datos y variables que manejamos. Surge a partir del concepto de sistema de Hughes (1994), aplicado a los sistemas tecnológicos actuales, y se modifica según la interpretación de Pfaffenberger (1992) aplicada a las sociedades preindustriales (Perea 1999; 2000).

Sólo a partir del Bronce final podemos distinguir por primera vez dos ámbitos tecnológicos diferenciados, es decir, dos sistemas complejos que implican diferentes técnicas dentro del proceso de transformación de la materia prima, aunque probablemente compartan las mismas relaciones sociales de producción. Su producción caracterís-

tica está perfectamente diferenciada, no sólo desde el punto de vista técnico, sino tipológico, y se denomina según los hallazgos más significativos: Sagrajas/Berzocana y Villena/Estremoz (Perea 1995: 71-72). Ello no quiere decir que los ámbitos S/B y V/E no compartan rasgos, puesto que igualmente comparten tiempo y espacio, y en cualquier caso, ambos, son fruto de una estrategia de identidad de élites basada fundamentalmente en la acumulación de riqueza y el control del proceso tecnológico, por tanto los grupos de poder están actuando directamente sobre la transmisión de ese conocimiento. En este momento la tecnología de producción metalúrgica es un valor, tanto como lo es el territorio o los recursos subsistenciales.

Las técnicas de fabricación características del ámbito S/B son las siguientes: vaciado en molde abierto para la obtención de una pre-forma que se trabaja posteriormente por deformación plástica; las uniones de partes macizas se resuelven mediante vaciado adicional sobre molde de arcilla; la ornamentación de las superficies macizas se consigue mediante incisiones lineales realizadas con martillo y cincel. Todas estas técnicas se aplican a la fabricación de grandes torques anulares de sección circular, algunos de ellos dobles como el de Sagrajas, Badajoz (figura 6), con un peso de 2004 gr, y hasta triples como el de Sintra, Lisboa, con un peso de 1260 gr, que presentan sistemáticamente una decoración geométrica incisa cubriendo toda la superficie o la zona central del cuerpo (Armbruster 2000; Perea 1991; Pingel 1992). Otro tipo de torques, que desde el punto de vista tipológico se distancia de los anteriores, responde a la mismas características tecnológicas pero presenta una sección losángica, los extremos acaban ocasionalmente en gancho (Armbruster y Parreira 1993: 72-73, 118-119; Vilaça 2006b) en cuyo caso puede aparecer una pieza de cierre en forma de alambre o hilo torsionado, como en el caso de un



Figura 6
Torques doble del depósito de Sagrajas, Badajoz. Foto: Archivo Au. J. Latova.



Figura 7
Torques enrollado de sección losángica de Sagrajas, Badajoz. Foto: Archivo Au. A. Perea.

segundo torques del depósito de Sagrajas (figura 7) y sólo excepcionalmente presentan decoración incisa como el ejemplar de Bélmez, Córdoba (figura 8). Aunque podrían constituir un grupo independiente de los epónimos S/B, no cabe duda que además de ámbito tecnológico compartieron tiempo y espacio, como se deduce de la asociación de ambos tipos en el depósito de Sagrajas; en el caso de Bélmez, el torques se asociaba a un amasijo de oro con piezas a medio fundir en el que se documentan ya objetos de origen mediterráneo (Perea 2001: 19).

Además de torques también existen brazaletes que reproducen simplíficadamente la forma de estos torques, generalmente son lisos o con decoración únicamente en los extremos. El hallazgo tipo de este ámbito es el depósito compuesto por uno o varios torques que pueden ir acompañados de brazaletes, de material de desecho y semielaborado, como lingotes anulares, muchas veces confundidos en la bibliografía tradicional con formas acabadas de brazaletes. Recientemente, el Museo de Arqueología de Lisboa ha podido rescatar un interesante depósito aparecido casualmente en Baleizão, Beja, compuesto por un torques y un bazelete de sección losángica, un pequeño lingote y un finísimo hilo de filigrana, que indica ya contactos mediterráneos; a estos objetos de oro se le añadieron tres hachas



Figura 8
Torques de sección losángica y decoración incisa de Bélmez, Córdoba. Foto: Archivo Au. A. Perea.

planas y varias anillas de bronce, además de un juego de seis pesas y un anillo probablemente de pasta vítrea (Vilaça y Lopes 2005). Lo excepcional de este conjunto, no está sólo en la aparición de objetos de origen mediterráneo o de carácter metrológico, sino en la asociación de dos materiales que hasta la fecha parecían discurrir por caminos separados: el bronce y el oro. Es pronto para explicar Baleizão, puesto que está todavía en proceso de estudio, pero podría confirmar que efectivamente sólo cuando el poder indígena está mediatizado por la llegada de nuevas gentes, la producción metalúrgica y la distribución e intercambio de bienes de prestigio sufre las distorsiones esperables en un momento de crisis.

El control sobre la fabricación de estos objetos debió ser fuerte puesto que sólo hemos sido capaces de identificar un único taller posible, con todas las dificultades e incertidumbres que ello comporta, y entendiendo por tal un *modus operandi* que se transmite sin cambios notables entre dos o tres generaciones como máximo. Se trata del responsable de la fabricación de tres importantes ejemplares: Sagrajas, Portel y Penela (Perea 2005: 99), los tres presentan una pieza que cerraba ajustadamente el contorno del aro mediante un sistema machihembrado. De todo ello deducimos, al menos para esta variante con pieza de cierre, un tiempo de vigencia relativamente corto.

Por su parte, el ámbito V/E se caracteriza por el desarrollo de un complejo proceso de fabricación, aplicado casi en exclusividad a la obtención de objetos cilíndricos con perfecta simetría de revolución, mayoritariamente brazaletes, aunque también conocemos anillos (Armbruster y Perea 1994). Este proceso tiene su fundamento en la técnica de la cera perdida y el empleo de un torno de eje horizontal y rotación alterna, que se utiliza en la fase de preparación del modelo de cera y en la de pulido y acabado; las reparaciones y uniones se hacen por vaciado adicional sobre modelo de cera. Los brazaletes tipo V/E se caracterizan, además, por una peculiar ornamentación de intrincada topografía a base de molduras paralelas, púas cónicas o piramidales y calados, en múltiples combinaciones que pueden llegar a una gran complejidad y barroquismo; este es el caso del brazalete de Estremoz, Evora (figura 9), que pesa 978 gr y es uno de los ocho que se han encontrado íntegros —de un total de 59 ejemplares conocidos hasta la fecha— ya que el resto presentan un corte, de anchura variable, que abarca toda la sección del objeto. El hallazgo tipo es el depósito con uno o dos brazaletes, que se distribuyen a lo largo de la fachada atlántica; sin embargo, el mayor número de ejemplares, con un total de 28, procede de un único hallazgo, un depósito encontrado en Villena, Alicante, en la costa levantina de Iberia, junto con otros objetos de oro, hasta un total de 9.112 gr. de oro, y presencia de plata, hierro y ámbar (Perea 1994).



Figura 9
Brazalete de Estremoz, Évora. Foto: B. Armbruster.

Tradicionalmente se utilizó el argumento del alto número de ejemplares del hallazgo de Villena para vincular el origen de los brazaletes tipo V/E al Mediterráneo, y en concreto al importante yacimiento de Cabezo Redondo, Alicante (Hernández 2005a), cercano al lugar del hallazgo, y que se abandona hacia el 1100 a.C., lo que a su vez servía de fundamento para proponer una cronología alta del depósito (Mederos 1999). Actualmente esta hipótesis difícilmente se puede mantener por muchas razones (Domene 2004); entre otras y en primer lugar porque el argumento pertinente en arqueología no es el número de ejemplares por hallazgo, sino el número de hallazgos y su dispersión geográfica, que claramente se extiende por la mitad occidental de la Península, con un área de concentración en el cuadrante suroeste (Perea 2005: 3). Aunque efectivamente se pueda defender una vía de conexión terrestre entre el área atlántica y la mediterránea a través de los hallazgos dispersos por la Meseta, como El Torrión (Salamanca), La Torrecilla (Madrid) y Abía de la Obispalía (Cuenca), habrá que buscar otra explicación para el *unicum* de Villena. En segundo lugar el argumento tecnológico parece incontrovertible puesto que existen pruebas de la génesis y desarrollo de la técnica del vaciado a la cera perdida en oro (*vide supra*) así como del proceso de modelado con torno de eje horizontal (Armbruster y Perea 1994; Armbruster 2004b) en la fachada atlántica, mientras que esta tecnología es completamente desconocida en la fachada mediterránea. Otra cosa es que, al margen de los brazaletes, se quiera defender una producción local para otros objetos áureos del tesoro, como armas, cuencos y botellas, puesto que se trata de un depósito heterogéneo; pero en esa discusión no vamos a entrar.

La ausencia de contextos arqueológicos, puesto que se trata siempre de un material procedente de depósitos y hallazgos fortuitos, es uno de los problemas que encontramos a la hora de situar cronológicamente los ámbitos S/B y V/E. Pero si no podemos fechar con precisión sus inicios, tenemos datos suficientes para saber que fueron sincrónicos en un momento que creemos hay que situar

en la última etapa de su biografía, cuando entran en contacto con la tecnología de ámbito mediterráneo que traen los primeros frecuentadores fenicios en el cuadrante suroeste peninsular. Podemos agrupar estos contactos en dos fases consecutivas, según la interacción tecnológica detectada. En la primera fase se producirán fenómenos concretos de *transmisión* tecnológica y *transformación* de la producción, dentro de unos rasgos que todavía son claramente atlánticos; en la segunda, más avanzado el tiempo, observamos fenómenos de *adaptación* y *persistencia* tecnológica dentro ya de un mundo que ha cambiado irreversiblemente, cuya producción tradicionalmente se ha calificado de tartésica.

PRIMER CONTACTO: TRANSMISIÓN Y TRANSFORMACIÓN

La producción orfebre de la primera Edad del Hierro en el ámbito mediterráneo presenta unas características técnicas cuyo fundamento se hace patente, por encima de las peculiaridades regionales, en lo que hemos denominado la tríada mediterránea: soldadura-filigrana-granulado. No es necesario repetir que estas tres técnicas definen y caracterizan, pero no excluyen la utilización de otros métodos de trabajo del metal noble como cualquier variante de la deformación plástica y el vaciado. La soldadura, por su parte, es un método de unión permanente que facilitó la fabricación de objetos ligeros, huecos y complejos, es decir compuestos por múltiples elementos; mientras que la filigrana y el granulado facilitaron el desarrollo de una rica iconografía y la ornamentación figurada de carácter simbólico.

En el cuadrante suroeste de la Península Ibérica asistimos a un particular fenómeno de transmisión tecnológica durante la transición Bronce-Hierro que consiste en la aparición de rasgos técnicos del ámbito mediterráneo en objetos de oro que, desde el punto de vista estricto de la tipología, hubiéramos clasificado dentro de la producción local del Bronce final perteneciente tanto al ámbito S/B, como al de V/E (Armbruster y Perea 2007). Uno de estos casos es el torques de aro simple del tesoro de Álamo, en Moura, Beja (figura 10), con pieza de cierre machihembrado y



Figura 10
Torques simple de Álamo, Beja. Foto: B. Armbruster.



Figura 11
Torques triple de Álamo, Beja. Foto: B. Armbruster.

decoración incisa (Armbruster y Parreira 1993: 78-79). Desde el punto de vista tipológico esta pieza habría que clasificarla dentro del grupo de los ya mencionados torques de Sagrajas, Penela y Portel (*vide supra*), pertenecientes al ámbito S/B. Sin una observación directa del torques, sólo el peso de 171 gr. nos debería extrañar por su ligereza si lo comparamos con los 2100 gr. del de Portel, o los 1800 gr. del de Penela². En efecto, desde el punto de vista tecnológico el torques simple de Álamo no pertenece al ámbito S/B sino al ámbito Mediterráneo puesto que está fabricado a partir de una lámina enrollada en tubo y soldada por el interior.

Lo mismo ocurre con la segunda pieza del mismo depósito, un torques de aro triple (figura 11), con pieza de cierre machihembrado como el anterior, que pesa solamente 732 gr., frente a los 1260 gr. del torques de Sintra, único torques triple macizo, del que después hablaremos. En este caso, además de presentar unos aros fabricados en hueco y unidos mediante soldadura, se añadió una decoración de hilos de filigrana (*Ibid.*: 82-83).

Estos dos torques de Álamo son joyas hábilmente fabricadas y no existe ningún rasgo que indique desconocimiento o improvisación, por lo que pensamos que el orfebre que las produjo estaba familiarizado tanto con la tecnología S/B, como con la tecnología de ámbito Mediterráneo; este hecho implica algún tipo de convivencia o contacto relativamente prolongado entre artesanos de ambos orígenes.

El tercer torques de Álamo nos ofrece una información de distinta naturaleza. Se trata de un torques o collar rígido atípico, de cuerpo troncocónico, fabricado en gruesa chapa de oro, con una pieza de cierre que completa el círculo y presenta perforaciones para introducir en los ganchos de los extremos del cuerpo. Toda la superficie se decora con un motivo inciso similar al de los torques anulares tipo S/B, excepto por el empleo añadido de varios punzones con motivo de círculos. Con un punzón de este tipo se decoró la pieza de cierre delineando el primer motivo

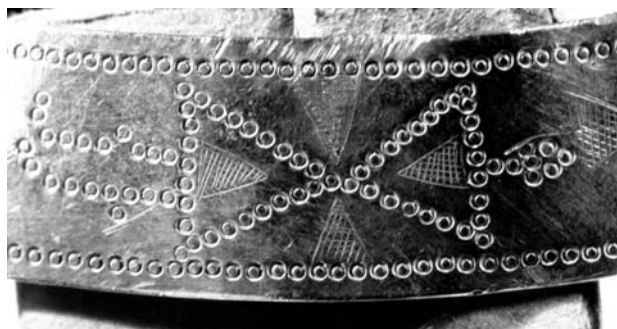


Figura 12
Detalle de la decoración figurada en la pieza de cierre del collar troncocónico de Álamo, Beja. Foto: B. Armbruster.

figurado de la orfebrería atlántica peninsular, la imagen de un personaje (figura 12) cuyo cuerpo está constituido por dos triángulos unidos por el vértice (*Ibid.*: 80-81). Aunque no son estrictamente comparables por las diferencias de soporte y técnica, no podemos menos de resaltar las similitudes de los recursos de esquematización entre esta figura y las de los guerreros representados en las estelas del suroeste (Galán 1993), en las que ocasionalmente se recurre a delinear el tronco a través del triángulo. La aparición en estas estelas de elementos iconográficos procedentes del Mediterráneo, dota de mayor fuerza la posible relación entre el collar de Álamo y los protagonistas de estas estelas, y por extensión de todo el depósito.

Hasta aquí hemos visto un caso de transmisión tecnológica que habría que achacar, sin duda, a los contactos entre poblaciones de distintos orígenes y formaciones tecnológicas. Pero asistimos también a la propia transformación de la producción indígena que sufre una pérdida de significados originales y su sustitución por otros nuevos. El caso del brazalete de Cantonha y del torques de Sintra son ilustrativos de la fusión y posterior caída de los ámbitos S/B y V/E.

El brazalete de Cantonha, Guimarães, Braga, es un objeto monstruoso (figura 13), fruto de la crisis que supuso la



Figura 13
Brazalete de Cantonha, Braga. Foto: Archivo Au. A. Perea.

² Aunque el torques de Penela desapareció en 1910, se conserva el dibujo detallado, la descripción y el dato de su peso (Pingel 1992: 290).

irrupción de una población foránea en la aparente tranquilidad de los indígenas atlánticos. Está compuesto por tres brazaletes ya existentes y unidos entre sí: un brazalete tipo V/E entre dos del tipo S/B (Armbruster y Parreira 1993: 142-143; Armbruster y Perea 1994: 75). Se unieron mediante un vaciado adicional y en los extremos se añadieron, por el mismo método, unos remates en forma de copa con punta interior; entre las molduras y las línea de púas del brazalete central se soldaron unos hilos de filigrana.

El torques de Sintra (figura 14) es otro de los objetos monstruosos que definen este momento de crisis. Se trata de un torques de aro triple cuyos extremos se modificaron mediante vaciado adicional para unir los tres aros y alojar la pieza de cierre (Armbruster 1995); ésta se fabricó a partir de un fragmento de brazalete tipo V/E modificado para añadirle unos ganchos en cada extremo que encajan en el torques. En el momento de la fabricación, o con posterioridad a ella, se añadieron cuatro elementos en forma de copa con punta central mediante remaches en los extremos del aro central; estas copas están fabricadas a la cera perdida utilizando un torno para el modelado de la cera. Y decimos con posterioridad porque estos rasgos morfológicos tan peculiares, y las soluciones técnicas adoptadas que calificaríamos de forzadas, no parecen haber sido concebidas en el momento de la fabricación de los tres aros anulares, que responden con exactitud a los rasgos canónicos del tipo S/B, sino que probablemente sean fruto de una o varias modificaciones de la joya a lo largo de su biografía. Teniendo en cuenta que los elementos morfológicos en forma de copa con punta central y su tecnología de fabricación van a pasar a la orfebrería castreña del noroeste de la segunda Edad del Hierro (Perea 2003: 147), y que existen ejemplos intermedios fechados en sus inicios como los brazaletes de Torre Vã, Beja (Armbruster y Parreira 1993: 146-147), pensamos que las cuatro copas que adornan el torques triple de Sintra es un rasgo añadido muy posterior a la fabricación original



Figura 14
Torques triple de Sintra. Foto: Archivo Au. A. Perea; con permiso de British Museum.

de los tres torques anulares que forman el cuerpo triple; si a ello añadimos que para la pieza de cierre se aprovechó un fragmento de brazalete tipo V/E que evidentemente no era objeto de respeto alguno, creemos que hay que fechar este engendro en un momento avanzado de la transición Bronce-Hierro (Perea 2005: 101).

SEGUNDO CONTACTO: LA RUPTURA GENERACIONAL

Más avanzado el tiempo, y cuando el nódulo captador de la economía se había trasladado a la desembocadura del Guadalquivir, asistimos al último capítulo de la metalurgia del oro atlántica en la Península Ibérica. Es un canto del cisne que muestra la capacidad de adaptación y la persistencia de un sistema sociotecnológico que había funcionado durante muchas generaciones. Con los primeros contactos, la crisis produjo monstruos pero no tuvo fuerza suficiente para consumir la ruptura generacional, o simplemente no tuvo tiempo; ahora esa ruptura se va a producir aparentemente sin traumas.

Hasta hace poco tiempo la tradición historiográfica ha defendido, de manera implícita o explícita, que la llamada orfebrería tartésica era una manifestación más del éxito de la implantación de un sistema sociotecnológico foráneo en un territorio que, a los efectos de la confrontación intelectual y técnica, era un desierto. La personalidad de la producción tartésica se explicaba por el desarraigo de unos orfebres fenicios que en la tierra prometida se despojaban del pesado ropaje de la tradición para contentar a unos reyezuelos contemporizadores de dudoso buen gusto. En los últimos cinco años esta visión ha cambiado por completo. Sabemos que la tecnología atlántica persistió y convivió con la tecnología mediterránea para producir obras extraordinarias que efectivamente se salieron de todos los cánones establecidos. En este caso no estamos ante un episodio más de transmisión tecnológica, sino ante un fenómeno mucho más complejo y difícil de interpretar porque implica una transmisión ideológica y, en definitiva, una ruptura generacional.

Sólo dos ejemplos nos servirán para ilustrar el fenómeno de interacción entre dos ámbitos tecnoideológicos: el depósito de Lebrija y el depósito de El Carambolo, ambos en Sevilla.

El depósito de Lebrija, según la última interpretación de este conocido y extraordinario hallazgo (Perea *et al.* 2003) es la ocultación de seis betilos de oro pertenecientes a un santuario que, como otros ya conocidos dedicados a divinidades fenicias (Belén 2000), jalonaban el golfo marino de la desembocadura del Guadalquivir hasta Sevilla. El reciente hallazgo de otros tres betilos del mismo tipo pero de menor tamaño (Almagro-Gorbea *et al.* 2004: 179-182), procedentes de El Coronil, Sevilla, sin



Figura 15
Comparación entre uno de los «candelabros» de Lebrija y otro ejemplar procedente de El Coronil, Sevilla. Foto: Archivo Au. A. Perea.

contexto preciso, apoyan esta lectura como objetos sagrados no funcionales, aunque será difícil abandonar su denominación popular de candelabros (figura 15).

Desde el punto de vista morfológico los betilos tipo Lebrija son únicos en todo el Mediterráneo, no sólo por estar fabricados en oro, sino por su forma y concepción. Desde el punto de vista tecnológico pertenecen al ámbito V/E; no existe en ellos ningún rasgo que indique transmisión tecnológica desde el ámbito Mediterráneo. Los de Lebrija miden 70 cm de altura cada uno y su proceso de fabricación es de una alta complejidad, lo que implica una organización y planificación precisas. Los de El Coronil miden en torno a los 47 cm y aunque están fabricados según el mismo proceso, su complejidad es menor debido al tamaño. Todos se vaciaron a la cera perdida en un molde torneado por lo que son objetos cilíndricos con perfecta simetría de revolución (figura 16), es decir, responden a todas las características definidas por el ámbito V/E. Los análisis de composición elemental realizados por nosotros al conjunto de Lebrija y a uno de los ejemplares pequeños (Perea *et al.* 2003)

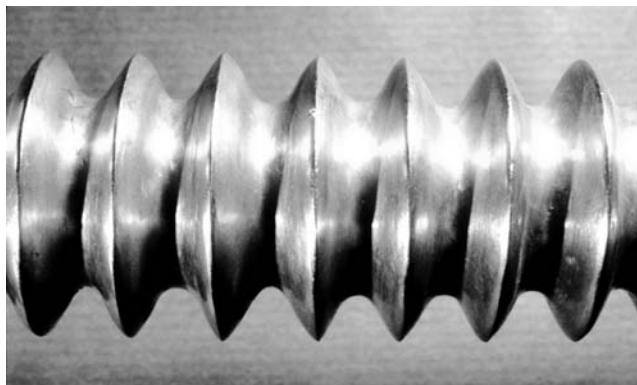


Figura 16
Detalle de la perfecta simetría de revolución que presenta el fuste de los «candelabros» tipo Lebrija. Foto: Archivo Au. A. Perea.

confirman que el tipo de aleación con el que se fabricaron es característica de la producción orfebre del Bronce final, por ejemplo la de los depósitos de Abía de la Obispalía, la de Villena o la de los brazaletes de Estremoz y Aljustrel; un oro que se distingue claramente del empleado en la producción de época orientalizante como Trayamar, Carambolo, Aliseda o Acebuchal.

Creemos que los betilos fueron fabricados por artesanos indígenas, con tecnología atlántica, por encargo o como regalo para santuarios de culto fenicio. Las asimilaciones ideológicas y religiosas entre los distintos grupos sociales que frecuentaban el entorno tartésico, no pueden enmascarar el hecho de que hacia finales del siglo VIII a.C. la tecnología V/E y sus formas de transmisión interna estaban todavía vigentes, es decir, no se había consumado la ruptura generacional, a la que asistiremos con el Carambolo.

El Carambolo es igualmente la ocultación del tesoro de un complejo santuario que recientemente se ha revelado gracias a las excavaciones de urgencia realizadas en un yacimiento que se pensaba exhausto (Fernández y Rodríguez 2005). Sin embargo, su naturaleza es muy distinta a Lebrija pues se trata de adornos personales que, en su momento se pensaron pertenecientes al sacerdote o dirigente del lugar (Carriazo 1973). Se compone de una serie de placas, pectorales y brazaletes que forman un conjunto homogéneo y coherente desde el punto de vista morfológico; en el momento de la ocultación se añadió al depósito un collar con características muy diferentes y fecha de fabricación bastante más tardía, de origen chipriota, que habría que interpretar como una importación, de manera que queda fuera de nuestros argumentos.

Desde el punto de vista tecnológico El Carambolo se distancia completamente de Lebrija pues se trata de objetos pequeños, laminares y muy ligeros, compuestos por una multiplicidad de pequeñas piezas todas ellas fabricadas por deformación plástica y unidas mediante soldadura, en donde predomina el elemento ornamental en forma de semiesferas, rosetas y todo tipo de hilos, cintillas, cenefas y aditamentos, lo que señala directamente al



Figura 17
Detalle de la cenefa de púas macizas en una de las placas del depósito de El Carambolo, Sevilla. Foto: Archivo Au. A. Perea.



Figura 18
Detalle de la cenefa de púas huecas en los brazaletes del depósito de El Carambolo, Sevilla. Foto: Archivo Au. A. Perea.

ámbito tecnológico Mediterráneo como origen. Sin embargo, entre toda esa complejidad compositiva aparecieron elementos técnicos del ámbito V/E que habían pasado desapercibidos durante mucho tiempo. Son unas cenefas de púas que se intercalan entre los múltiples elementos ornamentales (figura 17); se fabricaron a la cera perdida, exactamente igual y utilizando las mismas herramientas que en los brazaletes tipo V/E (Perea y Armbruster 1998). Por el contrario, en los dos grandes brazaletes que forman parte del conjunto y que presentan los mismos elementos ornamentales aunque se pueden observar diferencias de mano, las cenefas de púas se fabricaron por deformación plástica de una cintilla laminar, de manera que se obtuvieron púas huecas que en apariencia son exactamente iguales a las macizas (figura 18).

La evidencia demuestra que en la fabricación de El Carambolo intervinieron dos talleres, o al menos dos artesanos con formación técnica de distinto origen, entre los que no se produjo una transmisión tecnológica a pesar de que estaban realizando el mismo encargo. Creemos que se está consumando la ruptura generacional a través de un cambio en el modo de producción y en la transmisión tecnológica. Sería en este momento cuando aparecen las primeras producciones que podemos llamar de taller, es decir, fabricadas en una unidad de producción dependiente del poder, con relaciones de trabajo no necesariamente parentales, del tipo maestro-aprendiz.

El Carambolo y Lebrija no marcan el principio de la orfebrería tartésica, sino el final de una larga e importantísima etapa en la historia de la tecnología de la Edad del Bronce.

CONCLUSIÓN

Nuestra intención ha sido describir y explicar los cambios en la producción de oro a lo largo de la Edad del Bronce dentro del entorno de la fachada atlántica de la Península Ibérica cuyos mecanismos elementales son, por

un lado, los fenómenos de pérdida y sustitución de significados; y por otro, aquellos otros inherentes al cambio, transmisión y persistencia tecnológicas.

El primer fenómeno observado se produce en un momento difícil de situar cronológicamente, pero que es consecuencia de la necesidad de dar visibilidad a los grupos de élite, dentro de un entorno que responde a los mismos estímulos políticos y económicos. La normalización de los hallazgos con cadenas de espirales, que se extienden por un amplio territorio, parece responder a este momento.

A inicios del Bronce final asistimos a la diversificación tecnológica, con la aparición de ámbitos tecnológicos diferenciados, y sin duda sociopolíticos, que son consecuencia de unas condiciones económicas favorables y de un cambio de estrategia en los mecanismos identitarios del poder; el ámbito Sagrajas/Berzocana y el ámbito Villena/Estremoz han podido ser identificados y caracterizados. La producción, que sufre un incremento de dimensiones desconocidas hasta entonces, no sólo se diversifica sino que se desarrollan procesos de fabricación complejos. Los mecanismos que rigen la dinámica de esta etapa responden, en primer lugar, al control que se ejerce sobre todas las fases de obtención de la materia prima y procesos de producción y distribución; en segundo lugar, al control sobre el conocimiento tecnológico que pudo haber adoptado distintas formas de sacralización; y en tercer lugar a la separación artesanal entre la producción de oro y la de bronce que discurren por circuitos diferenciados sin transmisiones aparentes. Se detectan ahora las primeras importaciones de bronce exóticos, algunas de las cuales serán imitadas por los talleres locales.

Al final de la etapa asistimos a un nuevo episodio de cambio tecnológico y pérdida de significados que podemos estructurar en dos fases diferenciadas por los distintos fenómenos observados. En un primer momento de la frecuentación de gentes con tecnología mediterránea, la producción de oro atlántica adopta esos procesos tecnológicos extraños a su ámbito, aún manteniendo una tipología respetuosa con el canon establecido. En este ambiente surgen al mismo tiempo producciones mixtas S/B - V/E que nos hablan de una pérdida de significados, y de un cambio ideológico que se consumará en la fase siguiente. Son los que hemos denominado objetos monstruosos porque sólo una situación de tensión entre fuerzas opuestas pudo haberlos concebido.

Cuando el proceso de concentración económica en el valle del Guadalquivir está irreversiblemente asentado, la tecnología atlántica persiste todavía al menos una o dos generaciones, como parecen demostrar algunas de las llamadas producciones tartésicas; los depósitos de Lebrija y El Carambolo son los testigos que muestran dos casos distintos de persistencia tecnológica dentro de una

producción que ha sufrido un completo cambio tipológico e ideológico. El final de esta etapa significa la consumación de la ruptura generacional que se hace patente en el suroeste con la pérdida de la memoria tecnológica y el surgimiento de una orfebrería tartésica plenamente formalizada; por el contrario, en el noroeste peninsular esa memoria permanece y llega, sin rupturas aunque con las lógicas transformaciones, hasta la aparición de la llamada orfebrería castreña.

Madrid, 2 de Mayo de 2006

ABSTRACT

Production, distribution and consuming of gold show the emergence and changing processes of elite identities with precision. Knowledge transmission also reflects social, political and economic changes, and that is the reason why technological analysis is one of the main data sources in archaeology. Secondly, production processes adapt to the new forms of power exertion in the long way to mercantilism, ending in workshop production definitely established around the Vth century B.C. Contacts between Atlantic and Mediterranean, together with the arrival and settling down of Phoenician people in the Iberian Peninsula, mean a change of mentalities. The perception of the cosmos is different because the world is growing in an unusual form, a fact that permits and speeds social change up. In this scene dialectic between tradition, change and rupture is established, and we will try to analyse and explain it taking as a perspective the groups of power.

We start characterizing the local tradition, that is before late Bronze Age, which stands for technological homogeneity, the absence of typological normalization and consequently absence of differentiated technological domain systems. Plastic deformation for the production of gold sheet objects like bands, diadems, and sword pommels, is the most usual repertoire of the time. Discussion comes when we try to compare gold and bronze metallurgy and production. It looks as if both industries go by different technological paths, with a peculiar development of lost wax casting fabrication processes in gold, but not in bronze, at the end of this period.

The emergence of normalization is connected with the search for a defined group identity and the power strategies of the elites. A series of gold hoards containing one or more chains made up of

varying numbers of linked spirals are explained in that sense. Exerting power means being visible. Chains of spirals are perfect fractal objects that can accomplish the need to establish a net of high level contacts with an enormous spreading potential over a wide territory, in a regional scale.

The linkage strategy could not survive change in a new world with an economy shifted to long distance exchanges, facing the arrival and settling down of people from abroad. Elites found a new way firstly by turning to wealth accumulation and secondly by controlling the complete economic cycle of production, distribution and consumption of gold. It is just now when we can identify two different and complex technological systems, named after the most representative finds: Sagrajas/Berzocana and Villena/Estremoz. They differ from the typological point of view as well as in the fabrication processes, but they probably share the same social relations of production, as well as space and time. The S/B main technological issue is plastic deformation and mould cast, while V/E is characterised by complex lost wax casting and the use of rotary motion tools.

We can distinguish two stages in the transformations due to trade exchange and technological contact between natives and people coming from the Mediterranean. In the first stage the leading role is for technological transmission and the transformation of gold production, which implies some degree of coexistence. Examples are the Portuguese hoard of Álamo, the Cantonha bracelet and the Sintra collar. In the second stage, when the core of economic development has already shifted to the Guadalquivir river basin, we assist to the last performance of the atlantic gold metallurgy. The leading role is now for technological adjustment and persistence that ended up in an ideological transfer and finally in a gap generation. The two most signifying examples for this phase, that traditionally are included under the label of tartesian production, are the Carambolo and the Lebrija gold hoards. Both of them illustrate the complex interaction between two technological and ideological systems, one Atlantic and the other Mediterranean.

Our aim has been to explain changes in gold production along the Atlantic sea board in the long term. We have identified the elemental mechanisms which are, in the one hand, significance loss and substitution, and in the other, all those inherent to technological transmission, change and persistence.

COMENTARIOS FINALES - CONCLUDING REMARKS

COMENTARIOS FINALES

Sebastián Celestino*, Núria Rafel** y Xosé-Lois Armada***

La monografía que aquí presentamos recoge las aportaciones de varios investigadores del ámbito europeo afectado por un fenómeno, el de la llamada «precolonización», que cada uno define o interpreta de una manera particular dependiendo, en buena medida, del área geográfica donde centra su trabajo. Esta diversidad en los conceptos explicativos se hace ya elocuente en los propios títulos de los artículos, que marcan el desarrollo conceptual de los respectivos trabajos. La primera diferencia entre los distintos autores se concreta en la propia definición de los conceptos precolonización o precolonial, términos que si bien son utilizados por la mayoría, también es verdad que la mayor parte introduce matices sustanciales para aceptarlos.

Algunos, no obstante, prefieren eludir la palabra precolonización y concebir este período como un tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, caso de Ruiz-Gálvez, Perea y Armbruster o Vilaça; otros, como Guerrero, lo entienden como la antesala de la colonización fenicia; para Alvar, Arruda, Botto, Celestino y Domínguez Monedero también tiene este último sentido, si bien entendido más bien como una fase en la que se produce un modo de contacto que no deja de ser el origen de la propia colonización, ya sea fenicia o griega dependiendo de las áreas geográficas a las que nos estemos refiriendo.

Albanese y Lo Schiavo relacionan directamente el concepto de precolonización con la fase de intercambios que durante el Bronce Final se produce entre Sicilia y Cerdeña, respectivamente, con los extremos oriental y occidental del Mediterráneo. Este último sentido es el que también dan a esta etapa Burgess y O'Connor para el área atlántica o Guilaín y Verger para el sureste de Francia, todos ellos dando por sentado que la precolonización abarca un vasto espacio de tiempo que arranca, cuanto menos, desde época micénica. En este mismo sentido se manifiesta Bernardini, quien defiende la existencia de prospectores desde época micénica, así como pequeños asentamientos fenicios previos a la colonización de carácter industrial que se convertirán en las colonias fenicias en el futuro.

También para la Península Ibérica se ha recurrido a este amplio concepto temporal de la precolonización, que

arrancaría desde cuando se detectan los primeros indicios arqueológicos de origen micénico. Así, los trabajos de Martín de la Cruz, Mederos y Torres se centran en esa línea, similar a la de López Castro, para quien el término debería utilizarse para los hallazgos de origen mediterráneo durante el Bronce Final, abogando por los modos de contacto ya definidos por Alvar para referirnos a la colonización histórica. Tanto López Castro como Torres ponen especial énfasis en las fechas radiocarbónicas emitidas en los últimos años para hacer retroceder en el tiempo la colonización fenicia, línea de investigación en la que también se centra Brandherm, para quien sólo en estas circunstancias podría considerarse la utilización del término precolonial.

En cualquier caso, al margen de la mayor o menor simpatía por estos conceptos, ninguno de los autores cuestiona la presencia de objetos mediterráneos en Occidente con anterioridad a la colonización fenicia. Una cuestión muy distinta es su interpretación cronológica e histórica. Escacena, por ejemplo, distingue entre un primer grupo de objetos e influencias fechables entre el Calcolítico y el s. XIII, mientras que otro conjunto de influencias e importaciones –básicamente griegas, chipriotas y fenicias– se fecharía ya del s. IX a.C en adelante. En su opinión, se trataría de dos fenómenos inconexos y separados por un período de dos siglos, coincidentes con lo que, en el Mediterráneo, se conoce como Edad Oscura. Como acabamos de señalar, esta discontinuidad no es compartida por otros autores, que defienden la larga duración de la etapa precolonial. El trabajo de Torres es uno de los más explícitos en este sentido. No obstante, el noreste peninsular, analizado en el artículo de Rafel *et al.*, puede considerarse como ejemplo de una zona que recibe influencias exteriores –continentales y mediterráneas– a lo largo de la Edad del Bronce pero que queda al margen de la dinámica propiamente conocida como precolonización, pues la posterior influencia fenicia se produce en un momento que a nivel peninsular podemos considerar ya claramente colonial.

A nivel general, el principal cambio de paradigma que reflejan las páginas de este volumen consiste en la valoración del papel desempeñado por las comunidades locales. Creemos que se supera definitivamente el análisis de la precolonización como un proceso protagonizado por una parte activa (las sociedades del Mediterráneo oriental) frente a otra pasiva (las comunidades locales). Al margen de las lógicas diferencias interpretativas, todos los autores coinciden en valorar los contactos precoloniales

* Instituto de Arqueología – Mérida, CSIC.

** Departament d'Història, Universitat de Lleida.

*** Department of Archaeology, Durham University.

desde la idea de *interacción* y desde el análisis del registro arqueológico y el contexto socioeconómico de las poblaciones autóctonas. Esta cobertura sistemática de los procesos a nivel local ha sido uno de los principales objetivos que nos hemos propuesto, siendo cumplido de manera altamente satisfactoria por los distintos colaboradores.

Más allá del debate terminológico y de este cambio de perspectiva, los modelos explicativos son mucho más variados y en ocasiones divergentes, de ahí también la propuesta de este debate. El trabajo que está más orientado en este sentido es sin lugar a dudas el de J. Alvar, para quien el término precolonización palia la disonancia cronológica entre la información literaria y la arqueológica, recogiendo así la propuesta que en este sentido hizo Moscati en su primer trabajo sobre el tema en 1983. Desarrollando su modelo teórico anterior, defiende que la diferencia entre precolonización y colonización no estriba en una secuencia temporal, sino en la frecuencia, intensidad y características del contacto entre culturas; así, puede tratarse de un Modo de Contacto Sistémico Hegemónico, equiparable a la colonización, caracterizado por el control de la explotación de los recursos locales, la gestión de la exportación de los excedentes y la regulación de las formas de intercambio por parte de los extranjeros que, por lo tanto, tendrían una relación hegemónica con el poder local. En las relaciones precoloniales, sin embargo, el contacto entre indígenas y extranjeros no es hegemónico, por lo que tampoco existiría tensión social entre ambos grupos. En este mismo sentido se expresa Domínguez Monedero, quien también rechaza el concepto temporal del término, abogando por la independencia de las distintas acciones; se acoge a la definición de Campanella para identificar una colonia, si bien asume que puede haber establecimientos destinados a la explotación de determinados productos, aunque sin el rango de colonia. Escacena es mucho más taxativo en este sentido, negando como ya vimos cualquier relación histórica o secuencial entre la llegada esporádica de productos mediterráneos a la Península Ibérica y la posterior colonización fenicia; por ello, el hecho de que aparezcan cerámicas sardas o chipriotas en el lote de Huelva, no es sino un síntoma de la mayor antigüedad de la colonización fenicia, pero nunca de un contacto anterior; no se trataría de una precolonización, sino del inicio de una implantación poblacional por parte de los fenicios en la costa meridional de la península ibérica. Celestino, López Castro, Armada *et al.* y Vilaça se hacen una misma pregunta a este respecto: si los materiales de Huelva hay que subirlos hasta principios del IX e incluso finales del X y son consecuencia del comercio fenicio, ¿no habría que considerar la posibilidad de que muchos objetos clasificados hasta ahora como precoloniales haya que adscribirlos precisamente a esa

temprana colonización? No obstante, Armada *et al.* defienden la existencia de producciones mediterráneas en ámbito atlántico de carácter preferencial, en consonancia con la evidencia proporcionada por yacimientos portugueses excavados recientemente y con estratigrafías fechadas por radiocarbono.

El importante lote de material hallado en Huelva y publicado por González de Canales, Serrano y Llompart en 2004 se convierte en un recurso básico en muchos de los trabajos del monográfico, precisamente por la importancia que confiere a la cronología de los primeros momentos de la colonización fenicia. Aunque muchos colaboradores se refieren a esta reciente obra, su discusión pormenorizada corresponde sobre todo a Ruiz Mata y Gómez Toscano, quienes ofrecen una documentada síntesis de todo el registro arqueológico onubense. Estos autores llaman la atención sobre la falta de uniformidad cronológica del contexto y consideran improcedente fechar todo el lote a partir de la cronología –también discutible– que pueda atribuirse a los materiales más antiguos. Además, contra lo defendido por González de Canales *et al.* (2004), consideran que algunas formas cerámicas bruñidas, los testimonios relacionados con actividades metalúrgicas o los elementos de marfil, hueso o madera no necesariamente deben considerarse fenicios, pudiendo corresponder a un momento anterior.

Lo cierto es que el hallazgo de este conjunto crea serios problemas interpretativos, desbaratando en ocasiones formulaciones muy asentadas hasta hoy en la bibliografía; un ejemplo de ello lo pone en evidencia el trabajo de Albanese, para quien los nuevos hallazgos de Huelva suponen una revisión de muchos de los materiales adjudicados a un comercio centro-mediterráneo con el Atlántico, haciendo hincapié en la relevancia de la variedad étnica en ese sistema de comercio, donde debieron participar marineros y comerciantes de la mayor parte del Mediterráneo hasta el siglo X, momento en el que parece que la exclusividad comercial pasa a manos de los fenicios. También Guerrero incide en este punto, si bien no cree que los fenicios controlen en exclusiva el comercio a partir del siglo X, destacando la importancia que debieron tener las marinas sardas, sículas e incluso tartésicas en el juego comercial del Mediterráneo al final de la Edad del Bronce y descartando que todo el comercio estuviera controlado exclusivamente por las flotas micénicas, del Geométrico o fenicias.

En una línea similar se sitúa Ruiz-Gálvez, quien sugiere que algunos comerciantes levantinos pudieron asentarse entre los indígenas, lo que no supondría una colonización temprana del sur peninsular, pero sí podría haber creado las condiciones para informar de nuevas rutas y destinos en Occidente, a la vez que favorecería el papel de las elites guerreras y comerciantes indígenas, contexto en

el que ella cree que pudo introducirse la escritura, que por lo tanto se habría implantado con anterioridad a la colonización fenicia.

Uno de los temas principales tratados en los diferentes trabajos es el referido a las rutas de comercio utilizadas desde la Edad del Bronce para que esos primeros productos originarios del Mediterráneo oriental lleguen al extremo Occidente. Si los autores italianos parecen mostrar cierta unanimidad, aunque con matices, sobre las rutas adoptadas en la Edad del Bronce para facilitar la llegada de productos a la Península Ibérica, muy diferente se presenta el panorama entre los autores españoles. En efecto, según Lo Schiavo, seguida por Albanese, a partir del siglo XI Cerdeña estaría interesada por las manufacturas de la Península Ibérica, con una preferencia por la costa atlántica a través de Córcega para desde este punto pasar a la zona meridional francesa y, a través del Garona, atravesar los Pirineos e introducirse hasta el suroeste de la Península. Cerdeña se convertiría así en la intermedia de los productos chipriotas en ámbito peninsular. Celestino sugiere también la penetración interior de los productos chipriotas a través de los Pirineos, lo que justificaría la dispersión de objetos como las fíbulas de codo por la Meseta o la presencia de estelas de guerrero tanto en el sureste francés como en Aragón. Punto éste sobre el que también llama la atención Arruda, quien aunque sin decantarse por una ruta en concreto, destaca la práctica ausencia de materiales mediterráneos en el sur de Portugal, por lo que parece que estaría fuera de esos circuitos comerciales atlánticos. Así mismo, Guilaine y Verger insisten en la ruta comercial desde las islas del Mediterráneo central a la Italia continental y el sureste de Francia, desde donde se encaminaría hacia la Península Ibérica por los Pirineos, aunque sin descartar nunca las rutas más meridionales. En los trabajos de Rafel *et al.* y Armada *et al.* se consideran también estas rutas terrestres y marítimas que implican al noreste de la Península Ibérica, aunque sin entrar a valorar una eventual llegada de productos a ámbito atlántico por vía continental, ya fuese a través de los Pirineos y la Península o de Francia. En opinión de estos autores, estos contactos del Bronce Final podrían explicar la aparición de manufacturas de clara influencia sardochipriota en contextos tardíos (siglos VII-VI) de Cataluña y el Bajo Aragón, como los soportes de Calaceite o las manufacturas ornamentales en bronce, que muestran la perduración o el resurgimiento de tendencias estilísticas de la etapa precolonial.

La ruta hacia el Atlántico por el Estrecho de Gibraltar es defendida también por distintos autores, como Bernardini, Burgess y O'Connor o Armada *et al.* En concreto, Bernardini opta por la ruta atlántica, pero debido a prospectores en busca de metales en época micénica, por lo que no se atreve a concretar una ruta preestablecida.

Botto es más explícito en este sentido y propone dos rutas comerciales alternativas que partirían del Golfo de Cagliari hacia la península italiana; la primera de ellas, la meridional, transcurriría por la costa oriental sarda hasta el Lazio, donde penetraría por la desembocadura del Tiber; la segunda partiría de la costa occidental de Cerdeña con escala en Oristano, en Nurra, una zona relevante por su riqueza agrícola y minera como señala también Bernardini; desde aquí pasarían a la Etruria septentrional y por último a la Península Ibérica. Para Burgess y O'Connor las relaciones exclusivamente atlánticas están más que demostradas desde el Calcolítico por la distribución del vaso campaniforme; sólo tras la crisis del mundo mediterráneo a partir del siglo XII, lo que denominan la «Edad de los Guerreros», la Península Ibérica se abriría al exterior, gracias en primer lugar a la entrada de los Campos de Urnas por los Pirineos, pero se les antoja de mayor relevancia la llegada a la Península de influencias levantino-micénicas por el sur, aunque sin especificar una vía de entrada concreta.

Entre los autores españoles hay importantes diferencias a la hora de optar por una ruta de penetración tanto para los productos de origen micénico como para la propia colonización fenicia. A la ya tradicional apuesta por un intercambio directo entre Cerdeña y la Península Ibérica reivindicada aquí una vez más por Ruiz-Gálvez (y también por Armada *et al.*), se unen otras de mayor complejidad. Tal vez la más elaborada sea la propuesta de López Castro, quien cree que la ruta comercial más importante debió partir de Ugarit y Chipre para dirigirse luego a Creta, desde aquí a la Grecia continental, luego a Sicilia o Cerdeña y desde estas islas se abrirían dos vías para contactar con la Península Ibérica; la primera arribaría al sureste peninsular por las desembocaduras de algunos ríos y contactaría así con las zonas más altas de Andalucía; la otra ruta tendría un recorrido más meridional, llegando al Guadalquivir y prolongándose después hasta Huelva. Serían, según este autor, unos contactos regulares en un intervalo de tiempo prolongado, aunque de escasa intensidad. También Martín de la Cruz propone estas vías de penetración del comercio micénico, si bien no cree que llegaran a traspasar el Estrecho de Gibraltar; además, para él, estos contactos serían muy esporádicos, por lo que han dejado hallazgos aislados, y no sería pues una ruta relevante. Sin embargo, Mederos propone exclusivamente la ruta a través del Guadalquivir para justificar la presencia de objetos de origen micénico, ruta que a su vez penetraría hacia el interior peninsular, llegando hasta el Tajo, donde los rregulos locales recibirían estos productos, caso de los carros de las estelas que estima micénicos, como regalos de prestigio. Por su parte, Escacena piensa que la ausencia de materiales sardos anteriores a la colonización fenicia sugiere que éstos no llegaron a

contactar con fluidez con los territorios peninsulares con anterioridad a la colonización fenicia. Por último, Guerrero apela a las difíciles condiciones para la navegación entre las islas del centro del Mediterráneo y las Baleares, por lo que le parece más razonable que ese contacto se haga desde las costas del mar Tirreno; además, el hecho de que no aparezcan materiales micénicos en las Baleares le hace pensar que pudieron ser barcos indígenas operando a través de redes de intercambio propias los que podrían haber introducido esos productos; pero además, hace especial hincapié en la importancia del comercio centro europeo a través de la desembocadura del Ródano, desde donde se llegaría con facilidad a las islas Baleares.

También algunos autores abordan otro de los problemas de la colonización en sus orígenes, el del estatus social de los colonos; según Alvar, la inversión en una aventura de esta naturaleza es tan elevada y arriesgada que el inversor debe tener siempre un hombre de confianza que vele por sus intereses, de lo cual deduce que esa actividad comercial sólo puede estar en manos de la aristocracia. Domínguez Monedero además de introducir un elemento novedoso amparándose en la fundación de la colonia de Zancle, en Sicilia, que habría sido obra de piratas de origen tirreno, aboga también por un comercio en manos de la aristocracia, al menos en el caso de la Grecia Arcaica, donde es difícil distinguir entre lo público y lo privado, pues amén de los intereses particulares, pesan las actividades a favor de una comunidad que gobiernan ellos mismos. De manera muy distinta se expresa Ruiz-Gálvez, quien entiende como un hecho aceptado que el comercio administrado y la iniciativa privada coexistieron en los estados antiguos, para lo cual se basa en la aparición de tablillas de carácter administrativo fuera de los palacios orientales o en el hallazgo de ponderales en tumbas de comerciantes griegos.

En cuanto a los productos utilizados en esas relaciones mediterráneas, destacan dos tendencias. La mayoría defiende que los productos que se exportan al extremo Occidente son bienes de prestigio o culturales, destinados por lo tanto a mantener el estatus social de la élites indígenas. Sin embargo, otros piensan que es un comercio mucho más equilibrado como puede desprenderse de la aparición del torno, la escritura, herramientas de construcción, etc.; no obstante, también es verdad que todos estos productos son relacionados con la colonización fenicia por parte de la mayoría.

Además de la importancia que para el Mediterráneo oriental y central tendrán los lingotes de piel de toro o chipriotas¹, llama la atención la unanimidad con la que todos los autores italianos proponen el vino como uno de los productos más importantes del comercio precolonial. Bernardini es quien más desarrolla esta cuestión gracias a las excavaciones realizadas en Porto Conte, en la costa noroccidental sarda, una comunidad indígena que desde el siglo IX tenía relaciones con los fenicios; en este lugar destaca el hallazgo de un gran número de ánforas de factura indígena y tipología cananea que contenían vino. Esta presencia de ánforas cananeas es igualmente habitual en Sicilia y también Albanese las pone en relación con el comercio vinario; Botto incide en la importancia de este producto para las transacciones comerciales, si bien sólo se detecta en el continente italiano a partir del siglo VIII, cuando ya está asentada la colonización fenicia. También alude a la importancia del vino en el comercio transmediterráneo Mederos, si bien éste lo lleva incluso a época micénica cuando analiza los carros de las estelas de guerrero del suroeste de la Península Ibérica; piensa que los carros, por su morfología, son de origen micénico, y que se popularizarían gracias a la distribución por el sur peninsular de las cráteras pintadas micénicas destinadas a contener vino; por lo tanto, cree que carros y cerámica micénica llegaron a la Península de mano de los micénicos entre el 1300 y el 1150 a.n.e.

Bernardini es precisamente quien plantea un modelo de ocupación del territorio sardo por parte de los colonos fenicios. Para él, la precolonización es un modo diferente de encuentro con los indígenas entre los siglos XV y IX, cuando Cerdeña comienza a tener relaciones con el Atlántico; emplea la palabra estrategia para definir esa precolonización, justificando la aparición de la cerámica micénica en la costa sarda por la presencia de prospectores de metales en la isla; introduce un dato de interés al valorar la intensificación de las relaciones de Cerdeña con el Próximo Oriente en el siglo XII por la explotación del hierro, incidiendo además en el cambio social que ello supuso. Para Sicilia, Domínguez Monedero también plantea un modelo de ocupación del territorio que consistiría en crear pequeños asentamientos o establecimientos que ocuparían de forma dispersa un territorio concreto. Como el metal no parece que fuera la causa de la colonización de Sicilia, propone que sería el enorme potencial agrícola de la isla lo que animaría a emprender su colonización.

¹ Estos lingotes son analizados por Lo Schiavo y Albanese para las islas mediterráneas, por Guilaine y Verger a raíz del hallazgo de uno de ellos en el Languedoc (también mencionado en las contribuciones de Rafel *et al.* y Armada *et al.*) y por Celestino como argumento para evidenciar la transmisión de la simbología oriental a la Península Ibérica. A propósito de este último tema (en concreto, de los altares con forma de lingote o piel de toro), Ruiz Mata y Gómez Toscano plantean que es necesario esperar la publicación de nuevos datos para valorar si son verdaderos santuarios fenicios o corresponden a la evolución orientalizante de creencias existentes en el suroeste peninsular desde momentos precoloniales.

Pero como es lógico, también hay otros temas que han sido tratados en exclusiva por los diferentes autores. Uno de ellos es el que aborda Ruiz-Gálvez, dedicado a la escritura. Su hipótesis parte de la base de que la difusión del alfabeto fue uno de los detonantes de la debilidad de los sistemas palaciales mediterráneos y de la aparición de nuevas formas de comercio que se desarrollan entre el colapso de los estados mediterráneos de la Edad del Bronce y las fundaciones coloniales griegas y fenicias del siglo IX. También defiende el origen ibérico de la fíbula de codo tipo Huelva hallada en la necrópolis de Achziv, conocida en otras tumbas chipriotas, así como del famoso asador articulado hallado en Amathus; son pruebas que esgrime para resaltar la importancia de los productos procedentes de la Península Ibérica. En este sentido, Lo Schiavo apunta cómo a partir del siglo XI Cerdeña comienza a interesarse por los productos ibéricos y asume, como ya lo hicieron años antes Brea y Cavalier, que el depósito de Monte Sa Idda era en realidad el tesoro de la ciudad, donde algunos de los bronce serían de clara inspiración ibérica.

La obtención y circulación de metales es otro de los temas considerados, en este caso por varios de los autores. Como señalan Armada *et al.* o Ruiz Mata y Gómez Toscano, no puede aceptarse acríticamente el argumento simplista de la búsqueda de metales como único desencadenante de los procesos de contacto y colonización que se desarrollan en el Mediterráneo entre el Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro. Sin embargo, tampoco debemos pasar al extremo contrario negando la relevancia de la producción y comercio de metales en la etapa considerada. Ruiz Mata y Gómez Toscano consideran que en los siglos finales del segundo milenio se produce en la costa suroeste peninsular un cambio importante que relacionan con la aparición de la metalistería del bronce; la consecuente necesidad de obtener estaño provocaría la integración de espacios amplios como la costa atlántica y el Mediterráneo occidental. Armada *et al.* plantean también que el desarrollo socioeconómico adquirido por las comunidades del Bronce Final en ámbito atlántico motivó su interacción con las sociedades del Mediterráneo centro-occidental, generando el escenario en el que debe encuadrarse el origen de la colonización fenicia. Esto explicaría la temprana presencia fenicia en el Atlántico, defendida también recientemente por Arruda (2005a).

En opinión de Guilaine y Verger, una de las claves del comercio mediterráneo es el enorme potencial minero de los Alpes. Según ellos la importancia estratégica del norte de Italia se debe precisamente a este factor y a que también es el paso obligado para buscar el ámbar del norte de Europa; esta es la circunstancia de la que se aprovecha el sureste francés para desarrollar su comercio y convertirse en uno de los focos más importantes del comercio

tras la fundación de Mesalia. Precisamente es desde esta zona desde donde ellos proponen que llegarían esos productos mediterráneos a la costa atlántica francesa, sin que ello impida la existencia de otras rutas comerciales exclusivamente atlánticas.

Muy distinta es la situación en Portugal, donde Arruda intenta buscar las claves para justificar la ausencia de materiales de origen mediterráneo en el tercio sur del país. Tan sólo puede citar las cuentas de vidrio de Atalaia, en Beja, datadas entre los siglos X y IX y que muy bien podrían ser una consecuencia de la temprana presencia fenicia en Huelva. Los únicos restos reseñables se encuentran en el estuario del Tajo y en Setúbal, donde destaca una vez más la tumba de Roça do Casal do Meio, uno de los lugares que muchos autores han considerado la prueba del asentamiento de extranjeros, concretamente sardos, y que sin embargo los análisis más recientes demuestran que se trata de individuos indígenas como también señala Vilaça. Esta autora, tras aludir a los restos de origen mediterráneo hallados en el centro de Portugal, se centra especialmente en Baiões por el interés que ha despertado desde su hallazgo. Para Vilaça, el denominado depósito de fundidor de Baiões se fecha entre los siglos X y VIII a.n.e.; insiste que hay que tratarlo como un conjunto de excepción, tanto por su presencia en esta zona geográfica como por su cronología, y no descarta que sea una consecuencia del comercio fenicio a tenor de los nuevos hallazgos de Huelva. Por último, se hace una pregunta muy interesante: si el centro de Portugal exporta bronce a Cerdeña y, a la vez, aparecen bronce sardos y del resto del Mediterráneo en el centro de Portugal ¿cómo es posible ser deficitarios en bronce y a la vez exportar? Armada *et al.*, siguiendo las propuestas de Ruiz-Gálvez, argumentan que una de las claves de esta aparente contradicción reside en el carácter privado y oportunista de dichos tráfico.

Dentro de este conjunto de aproximaciones a la metalurgia, el tema de la orfebrería es considerado de forma específica por Perea y Armbruster, quienes definen para el Bronce Final peninsular en ámbito atlántico dos ámbitos tecnológicos, el Sagrajas/Berzocana y el Villena/Estremoz. Consideran que mientras para el bronce se debió introducir la técnica de la cera perdida con los fenicios, no lo fue así para el oro. Por último, se centran en los candelabros de Lebrija y en los recientemente hallados en la localidad sevillana de El Coronil, que ya habían sido interpretados como betilos, donde destaca su factura indígena con tecnología atlántica, y en el tesoro del Carambolo, cuyo collar creen que puede proceder de Chipre; concluyen que ambos modelos marcarían el final de la tecnología del Bronce Final, no el principio de la tecnología tartésica como algunos piensan. En el caso de los bronce, Armada *et al.* sostienen que, aunque no se trata de una técnica extendida, algunos bronceístas

peninsulares podrían hacer un uso eficaz de la cera perdida, como ponen de manifiesto los asadores articulados o los soportes de Baiões, que consideran de probable fabricación local.

Celestino centra parte de su intervención en las diferencias existentes en las representaciones en las estelas de guerrero del suroeste dependiendo de si fueron diseñadas antes de la colonización o cuando ésta ya estaba en marcha. Para él, el cambio que se produce en la composición decorativa de las estelas es muy significativo, pues sería a partir de la colonización fenicia cuando se incorpora a los soportes la figura del antropomorfo y algunos elementos antes desconocidos, entre los que destaca especialmente el casco de cuernos, generalizado en el ámbito mediterráneo, y la presencia de un lingote chipriota o de posibles sistemas de pesos en las estelas más meridionales; las tempranas fechas que se manejan ahora para la colonización de Huelva podrían avalar esta consideración.

Las contribuciones de Brandherm y Torres tienen un alto componente cronológico, al igual que parte del trabajo de López Castro, muy centrado en las cronologías absolutas recientemente dadas a conocer y procedentes del sur peninsular. Torres hace un repaso general de las fechas radiocarbónicas de Montoro y, especialmente, de la Cuesta del Cruz del Negro de Purullena, que fecha en el siglo XIV, donde se ubicaría el recipiente a torno de cuyo interior se extrajeron las semillas de trigo y que clasifica como una cratera *pithoide* de fabricación chipriota. En cuanto a las fechas de los recientes hallazgos del solar de Méndez Núñez en Huelva, los sitúa en un contexto fenicio de finales del X y principios del IX a.n.e., pero siempre dejando muy clara la anterioridad del depósito de la Ría de Huelva; por último, y siguiendo a

los autores del estudio, denomina ese horizonte del solar de Méndez Núñez como emporio precolonial fenicio onubense, concluyendo que la precolonización es un largo período de tiempo que iría desde el 1350 hasta el 850 a.n.e. Brandherm, por su parte, centra buena parte de la discusión en la polémica suscitada por las dataciones de la cerámica geométrica griega en ambos lados del Mediterráneo. Sin embargo, para él no existen argumentos concluyentes que desvaloricen las dataciones radiocarbónicas de ambos extremos del Mediterráneo. Como es lógico, entra de lleno en las dataciones del reciente hallazgo de Huelva, situando los prototipos egeos en el Subprotogeométrico I/II, es decir, en pleno siglo X, fecha a la que también se deberían atribuir por lo tanto las cerámicas fenicias que acompañan a ese lote especialmente tratado. Aboga así mismo por una mayor antigüedad de las cerámicas tipo Carambolo, basándose en que estos modelos cerámicos aparecen en los mismos niveles que las cerámicas griegas del Geométrico Medio II de Huelva, pero no por ello debería considerarse pre-fenicia o precolonial.

En definitiva, los trabajos presentados en este extenso volumen ponen de manifiesto que el debate sobre la etapa precolonial y los orígenes de las colonizaciones mediterráneas es uno de los más dinámicos y sugerentes de la investigación arqueológica actual. Pero, al mismo tiempo, destacan también las múltiples incógnitas que todavía quedan por resolver. Estas múltiples dudas, así como la frecuente aparición de nuevos datos que obligan a modificar lo ya conocido, facilitan que el tono de las contribuciones sea mesurado, abierto al debate y nada dogmático. Como editores, no podemos sino mostrar nuestra enorme satisfacción.

CONCLUDING REMARKS

Sebastián Celestino*, Núria Rafel** y Xosé-Lois Armada***

This monograph contains contributions by researchers from the different European regions affected by the phenomenon known as ‘pre-colonisation’. Our contributors define and interpret this term differently depending, to a large degree, whereabouts their work is based. This diversity of explanatory concepts makes the titles of the articles framing the conceptual development of their respective works quite eloquent. The first difference among the authors lies in their definitions of the ideas of ‘pre-colonisation’ or ‘pre-colonial’. While most of our authors use these two terms, many also introduce substantial variations to qualify them.

However, other authors prefer to avoid the word ‘pre-colonisation’ altogether and envisage the period concerned as a transition between the Late Bronze Age and the Early Iron Age, as is the case with Ruiz-Gálvez, Perea and Armbruster, and Vilaça; while others, like Guerrero, understand it as a prelude to Phoenician colonisation. Alvar, Arruda, Botto, Celestino and Domínguez Monejero also use this latter meaning, although they regard pre-colonisation more as a phase when there occurred a type of contact that could have been the origin of true colonisation, either Phoenician or Greek depending on the region in question.

Albanese and Lo Schiavo relate the concept of pre-colonisation directly to the phase of interchanges that took place in the Late Bronze Age between both Sicily and Sardinia and the eastern and western extremes of the Mediterranean respectively. This is also how Burgess and O’Connor interpret the period for the Atlantic area and Guilaine and Verger for southeast France. All of them assume that pre-colonisation lasted a long time, beginning at least as early as the Mycenaean era. Bernardini leans in the same direction, defending the presence of prospectors from the Mycenaean era onwards, as well as small Phoenician settlements preceding the industrial colonisation that would become the future Phoenician colonies.

This broad sense of ‘pre-colonisation’, which would have begun with the earliest archaeological finds of Mycenaean origin, has also been applied to the Iberian Peninsula. The chapters by Martín de la Cruz, Mederos and

Torres are centred on this approach – like that by López Castro, for whom the term refers to discoveries of Mediterranean origin during the Late Bronze Age, and who uses the modes of contact already defined by Alvar to refer to historical colonisation. Both López Castro and Torres place special emphasis on radiocarbon dates produced in recent years to push back the start of Phoenician colonisation. Brandherm also focuses on this line of research and uses ‘pre-colonial’ only in this context.

Despite greater or lesser sympathy for these concepts, no author questions the presence of Mediterranean objects in the West prior to Phoenician colonisation. Their chronological and historical important interpretation is a very different matter. For example, Escacena distinguishes an earlier group of objects and influences dated between the Chalcolithic and the 13th century, while another group of influences and imports – basically Greek, Cypriot and Phoenician – would be dated from the 9th century b.C. onwards. In his opinion, these were two unrelated phenomena separated by a period of two centuries, coinciding with what is known as the Dark Age in the Mediterranean. As previously stated, this discontinuity is not accepted by other authors, who defend the long duration of the pre-colonial era. Torres’ chapter is among of the most explicit in that sense. Nevertheless, the northeastern Iberian Peninsula, analysed by Rafel et al., can be considered as an example of a zone that received external influences – continental and Mediterranean- throughout the Bronze Age, but remained outside the dynamic properly known as pre-colonisation, because subsequent Phoenician influence occurred at a time that can certainly be considered colonial in the Peninsula.

At a general level, the main paradigm change reflected in the pages of this volume is the assessment of the role played by the local communities. We believe that we have finally moved beyond the analysis of pre-colonisation as a process featuring an active party (the societies of the eastern Mediterranean) contrasted with a passive one (the local communities). Apart from the logical interpretive differences, all the authors coincide in assessing pre-colonial contacts using the idea of *interaction* and analysing archaeological records and the socioeconomic environment of the indigenous populations. This systematic coverage of the processes at a local level has been one of our principal objectives as editors, and it has been fulfilled more than satisfactorily by our contributors.

* Instituto de Arqueología – Mérida, CSIC.

** Departament d’Història, Universitat de Lleida.

*** Department of Archaeology, Durham University.

We would like to thank Brendan O’Connor for his help editing the English text.

Beyond the terminological debate and this change of perspective, the explanatory models employed are much more varied and even sometimes divergent, a further justification for the present discussion. The contribution most firmly oriented in this direction is undoubtedly the one by J. Alvar, for who the term pre-colonisation glosses over the chronological dissonance between literary and archaeological evidence, thus embodying the proposal made by Moscati in his first work on this subject in 1983. Developing his previous theoretical model, he argues that the difference between pre-colonisation and colonisation does not rest on a chronological sequence, but is rather based on the frequency, intensity and characteristics of the contact between cultures. Thus, it could have been a hegemonic, systemic mode of contact, comparable to colonisation, characterised by control of local resource exploitation, managing export of surpluses and regulating the types of exchanges with foreigners who, therefore, would have had a hegemonic relation with the local powers. However, pre-colonial relations between the native population and foreigners were not hegemonic, so there would have been no social tension between the groups. Along the same lines, Domínguez Monedero, who also rejects the temporal concept of pre-colonisation and champions the independence of different actions, accepts Campanella's definition for identifying a colony, although he also assumes that there might have been establishments intended for the exploitation of specific products, which were not true colonies. Escacena is much more limited in this sense, denying, as we have seen, any historical or sequential relationship between the sporadic arrival of Mediterranean products in the Iberian Peninsula and the subsequent Phoenician colonisation. Thus, the fact that Sardinian or Cypriot ceramics appeared in the Huelva hoard is only a sign of the greater antiquity of the Phoenician colonisation, and does not signify pre-colonial contact. This is not about pre-colonisation, but about the start of a settlement by the Phoenicians along the southern coast of the Iberian Peninsula. Celestino, López Castro, Armada et al. and Vilaça all ask the same question in this respect: if the date of the material from Huelva has to be raised to the beginning of the 9th and even end of the 10th century and was a consequence of Phoenician trade, must not many objects classified until now as pre-colonial have to be ascribed to this early colonisation? Nevertheless, Armada et al. make a case for the existence of Mediterranean production in the Atlantic area that was pre-Phoenician in date, consistent with the evidence from recently-excavated Portuguese sites and radiocarbon-dated stratigraphies.

The significant quantity of material found at Huelva and published by González de Canales, Serrano and Llompart in 2004 has become a basic resource for many

publications, precisely due to the importance accorded to the chronology of the first Phoenician colonisation. Although many of our collaborators refer to this recent work, detailed discussion has been undertaken primarily by Ruiz Mata and Gómez Toscano, who offer a documented summary of all the archaeological records from Huelva. These authors point out the lack of chronological uniformity in this context and consider it inappropriate to date the entire assemblage using the chronology – also debatable – attributed to the oldest material. Furthermore, contrary to the assertion by González de Canales *et al.* (2004), they believe that some polished pottery, evidence for metallurgy and items of marble, bone and wood should not necessarily be considered Phoenician, since they could be dated earlier.

What is true is that the discovery of this material creates serious interpretive problems, even sometimes debunking formulations that had been considered well-established until now in the literature. One example of this is made clear in the chapter by Albanese, for whom the new finds from Huelva require a review of much of the material ascribed to central-Mediterranean trade with the Atlantic. He emphasises the importance of ethnic variation in this trade system, in which seafarers and merchants from the large part of the Mediterranean must have participated until the 10th century, when exclusive trade seemed to have passed into the hands of the Phoenicians. Guerrero also touches on this point and while not believing that the Phoenicians exclusively controlled trade from the 10th century, he stresses the importance that the Sardinian, Sicilian and even Tartessian fleets must have had in the Mediterranean trade during the Late Bronze Age and rules out exclusive control of trade by Mycenaeans, Geometric Greeks or Phoenicians.

Ruiz-Gálvez takes a similar line, suggesting that some Levantine traders could have settled among the natives; this would not represent early colonisation of the southern Peninsula, but could have created the conditions for discovery of new routes and destinations in the West, while in turn favouring the role of the elite warriors and indigenous traders. She believes writing could have been introduced in this context, and would therefore have appeared before Phoenician colonisation.

One of the principal subjects of the different contributions is the trade routes used during the Bronze Age for these first products originating from the Mediterranean to reach the far West. Our Italian colleagues seem to show a certain degree of unanimity, despite some variations, about the routes adopted during the Bronze Age for the arrival of Mediterranean products in the Iberian Peninsula. However, the views among Spanish contributors are quite different. Indeed, according to Lo Schiavo, followed by Albanese, from the 11th century Sardinia was

interested in products from the Iberian Peninsula –with a preference for those of the Atlantic coast – through Corsica, then across to southern France and along the Garonne, across the Pyrenees and reaching to the southwest of the Peninsula. Sardinia would thus have been the staging-post for Cypriot products in the Peninsula. Celestino also suggests inland penetration of Cypriot products through the Pyrenees, which would explain the distribution of objects like elbow fibulae across the Meseta and the presence of stelae depicting warriors in both southeast France and Aragon. Arruda also points this out and, although he does not favour a particular route, he does stress the almost complete absence of Mediterranean material from southern Portugal, perhaps because it lay outside the Atlantic trade circuits. Likewise, Guilaine and Verger highlight the trade route from the central Mediterranean islands to continental Italy and southeast France, from where it would have crossed over the Pyrenees into the Peninsula, although they do not exclude more southerly routes. Rafel *et al.* and Armada *et al.* also discuss the land and sea routes that involve the northeast Iberian Peninsula, although they do not contemplate the arrival of products in the Atlantic region by land, either through the Pyrenees and the Peninsula or via France. In their opinion, these contacts during the Late Bronze Age could explain the appearance of products with clear Sardinian-Cypriot influence in later contexts (7th-6th centuries) in Catalonia and Lower Aragon, such as the tripod and offering-stand from Calaceite or the ornamental bronzes, which show the persistence or resurgence of stylistic trends from the pre-colonial era.

The route towards the Atlantic through the Straits of Gibraltar is also advocated by several authors, such as Bernardini, Burgess and O'Connor and Armada *et al.* In particular, Bernardini opts for the Atlantic route, attributing its origin to prospectors seeking metals during the Mycenaean era, thus not daring to specify a pre-established route. Botto is more explicit in this regard and proposes two alternative trade routes from the Gulf of Cagliari towards the Italian peninsula; the first, the southern, would have passed along the eastern coast of Sardinia towards Lazio, turning inland at the mouth of the Tiber; the second would have begun on the western coast of Sardinia with a stopover at Oristano, in Nurra – an area significant for its agricultural and mining wealth, as also stated by Bernardini – and from there leading to northern Etruria and eventually to the Iberian Peninsula. For Burgess and O'Connor, exclusively Atlantic connections are satisfactorily proven since the Chalcolithic, as shown by the distribution of Bell Beakers. Only after the crisis in the Mediterranean world starting in the 12th century, the time of the 'Sea Peoples', did the Iberian Peninsula open up to the outside world, mainly because the extension of the

Urnfield Culture to the Pyrenees, although they attribute greater importance to the arrival of Levantine-Mycenaean influences in the Peninsula through the south, although without specifying a specific entry route.

There are important differences among Spanish authors when choosing a penetration route both for products of Mycenaean origin and for Phoenician colonisation itself. New ideas of greater complexity have been added to the already-traditional vision of direct exchange between Sardinia and the Iberian Peninsula claimed here once again by Ruiz-Gálvez (and also by Armada *et al.*). Perhaps the most developed is López Castro's proposal that the most important trade route must have led from Ugarit and Cyprus towards Crete, thence to continental Greece and next to Sicily or Sardinia. From these islands, two ways to the Iberian Peninsula were open; the first would have reached the southeastern Peninsula through the mouths of different rivers and connected with the highest regions of Andalusia; the other route would have been more southerly, reaching the Guadalquivir and then extending towards Huelva. According to this author, there would have been regular contacts over a prolonged period of time, although not intensive ones. Martín de la Cruz also sets out these Mycenaean routes, while not believing that they passed through the Straits of Gibraltar. He furthermore thinks that these contacts must have been very sporadic, because of the isolated finds left behind, implying that this route was not significant. Nonetheless, Mederos proposes the route along the Guadalquivir alone to justify the presence of objects of Mycenaean origin; this route would have run inland to reach the Tagus, where the local kinglets would have received these products deemed Mycenaean, such as the chariots depicted on the stelae, as gifts of some prestige. In his turn, Escacena thinks that the absence of material from Sardinia predating Phoenician colonisation suggests that the Sardinians could not easily contact Peninsular territory prior to Phoenician colonisation. Lastly, Guerrero invokes the difficult conditions for sailing between the central Mediterranean islands and the Balearic Islands, due to which he feels that contact from the coasts of the Tyrrhenian Sea seems more likely. Furthermore, the fact that no Mycenaean materials appear in the Balearics makes him think that it could have been indigenous boats operating through their own interchange networks which introduced these products. He also places special stress on the importance of Central European trade through the sea outlet of the Rhône, from where it could have easily reached the Balearic Islands.

Some authors also address another problem concerning the origin of colonisation, the social status of the colonists. According to Alvar, investment in an adventure of this nature was so great and so risky that investors

must always have had a trustworthy man looking out for their interests, implying that this trade must have been in the hands of the aristocracy. Based on the foundation of the Sicilian colony of Zancle, which would have been the work of pirates of Tyrrhenian origin, Domínguez Monedero also introduces a new element, aristocratic control of trade, at least in the case of Archaic Greece, where it is difficult to distinguish between the public and the private owing to private interests, despite activities promoting a self-governing community. Ruiz-Gálvez expresses this quite differently, accepting as a given that official trade and private initiative coexisted in ancient states, basing this conclusion on the appearance of administrative tablets outside the Eastern palaces or on the occurrence of weights in the tombs of Greek merchants.

As regards the products used in these Mediterranean relations, two trends stand out. The majority of our authors argue that the products exported to the extreme West were prestigious or cultural goods, aimed at maintaining the social status of the native elite. However, others believe that it was much more balanced trade, as can be inferred from the appearance of the lathe, writing, construction tools, etc.; although all these products are related to Phoenician colonisation by the majority.

In addition to the importance that ox-hide and Cypriot ingots¹ would have for the eastern and central Mediterranean, it is also significant that our Italian authors are unanimous in claiming wine as one of the most important components of pre-colonial trade. Bernardini develops this topic most fully thanks to the excavations in Porto Conte, on the north-western Sardinian coast, an indigenous community that had relations with the Phoenicians from the 9th century. The discovery of a large number of locally-made wine amphorae of a Canaanite style is important here. The occurrence of Canaanite amphorae is equally common in Sicily and Albanese also relates them to the wine trade. Botto agrees on the importance of this product for trade operations, even though they are known on the Italian mainland only from the 8th century, when Phoenician colonisation was already established. Mederos, in his analysis of the southwestern stelae depicting warrior chariots, also alludes to the importance of wine in trans-Mediterranean trade; however, he dates this trade back to the Mycenaean era. He believes that the morphology of the chariots indicates their Mycenaean origin and that they were popularised

by the distribution in the southern Peninsula of Mycenaean painted craters for wine. He therefore concludes that Mycenaean chariots and pottery reached the Peninsula with the Mycenaeans themselves between 1300 and 1150 b.C.

It is Bernardini who outlines an occupation model of the Sardinian territory by the Phoenician colonists, believing that pre-colonisation was a different type of encounter with the native peoples between the 15th and 9th centuries, when Sardinia began to have relations with the Atlantic. He uses the word 'strategy' to define this pre-colonisation, explaining the appearance of Mycenaean pottery on the Sardinian coast by the presence of metal prospectors on the island. He introduces an interesting element into the discussion by considering the intensification of Sardinian relations with the Near East during the 12th century as a consequence of the exploitation of iron, which also initiated consequent social change. Domínguez Monedero also sets out a territorial occupation model for Sicily that would have consisted of creating small settlements or establishments scattered over a particular area. As metal does not seem to have been the reason for the colonisation of Sicily, he suggests the island's enormous agricultural potential as the motive for its colonisation.

But it is natural that additional topics have been dealt with exclusively by individual authors. One of these is the subject considered by Ruiz-Gálvez, namely writing. Her hypothesis starts from the assumption that the dissemination of the alphabet was one of the causes of the weakening of the Mediterranean palatial system and the appearance of new trade methods which developed between the collapse of the Mediterranean Bronze Age states and the foundation of Greek and Phoenician colonies in the 9th century. She also makes a case for the Iberian origin of the Huelva-type elbow fibulae from the Akhziv cemetery, and also found in other Cypriot burials, as well as the famous rotary spit from Amathus. These are proposed as evidence for the importance of products from the Iberian Peninsula. In this regard, Lo Schiavo points out how Sardinia started in the 11th century to take an interest in Iberian products and assumes, as Brea and Cavalier did years ago, that the hoard from Monte Sa Idda – where some of the bronzes had clear Iberian inspiration – was in reality the city's treasure.

The procurement and circulation of metals is another topic discussed by several authors. As Armada *et al.* and

¹ These ingots are discussed by Lo Schiavo and Albanese for the Mediterranean islands, by Guilaine and Verger because one of them was found in Languedoc (also mentioned in the contributions of Rafel *et al.* and Armada *et al.*) and by Celestino as an argument for the transfer of Oriental symbolism to the Iberian Peninsula. With regard to this last topic (specifically altars in the shape of ingots or ox-hides), Ruiz Mata and Gómez Toscano suggest that the publication of new data must be awaited in order to assess whether they are true Phoenician sanctuaries or represent an evolution in the Orientalising Period of beliefs that existed in the southwest of the Peninsula from pre-colonial times.

Ruiz Mata and Gómez Toscano point out, the simplistic explanation of the search for metals as the only factor in the processes of contact and colonisation that developed in the Mediterranean between the Late Bronze Age and the beginning of the Iron Age cannot be accepted uncritically. However, neither should we go to the other extreme and deny the relevance of the production and trade of metals during the period in question. Ruiz Mata and Gómez Toscano believe that an important change took place during the final centuries of the second millennium on the southwest coast of the Peninsula related to the appearance of bronze metallurgy. The consequent need to obtain tin resulted in the integration of distant areas like the Atlantic coast and the western Mediterranean. Armada *et al.* also outline the socioeconomic development of the Late Bronze Age communities in the Atlantic region, which led to their interaction with the central-western Mediterranean and provided the setting in which the origin of Phoenician colonisation must be framed. This also would explain the early Phoenician presence on the Atlantic, also recently defended by Arruda (2005a).

In the opinion of Guilaine and Verger, one of the keys to understanding Mediterranean trade is the enormous mineral potential of the Alps. According to these contributors, the strategic importance of northern Italy is due to this factor and this region was also a necessary step on the amber route from northern Europe. The inhabitants of southeastern France took advantage of this opportunity to develop their trade and become one of the most important commercial centres with the foundation of Mesalia. It is from exactly this region that Guilaine and Verger suggest Mediterranean products would have reached the French Atlantic coast, without denying the existence of other, exclusively Atlantic, routes.

The situation was very different in Portugal, where Arruda seeks reasons to explain the absence of material of Mediterranean origin from the southern third of the country. He can cite only the Atalaia glass beads in Beja, dated between the 10th and 9th centuries, which could well have been a consequence of early Phoenician presence at Huelva. The only noteworthy remains are found on the Tagus estuary and in Setúbal, notably the tomb of Roça do Casal do Meio, one of the sites that many authors have considered as proof of foreign settlement – specifically by the Sardinians. However, the most recent analyses show that these were native people, as also stated by Vilaça. This author, after alluding to the remains of Mediterranean origin found in central Portugal, focuses especially on Baiões because of the great interest this site has aroused since its discovery. She dates the so-called founder's hoard between the 10th and 8th centuries B.C. and insists that it must be treated as an exception,

because of its presence in this region and its chronology, while in light of the new discoveries at Huelva not denying that it might have been the result of Phoenician trade. Lastly, she poses a very interesting question: if central Portugal exported bronze items to Sardinia while bronze figurines from Sardinia and the rest of the Mediterranean appeared there simultaneously, how was it possible that in central Portugal they had a deficit in bronze and were able to export bronze at the same time? Following Ruiz-Gálvez' proposals, Armada *et al.* argue that one of the keys to this apparent contradiction rests in the private and opportunistic nature of this traffic.

In this group of contributions on metallurgy, the subject of goldwork is specifically considered by Perea and Armbruster, who define two technological domains for the Atlantic zone of the Peninsular Late Bronze Age: Sagrajas-Berzocana and Villena-Estremoz. They believe that while the technique of lost-wax casting for bronze must have been introduced by the Phoenicians, this was not the case for gold. They focus especially on the 'candelabra' from Lebrija and those recently found at El Coronil (which had previously been interpreted as betyls), notable for their indigenous manufacture using Atlantic technology, and on the treasure from Carambolo. These writers believe the necklace in that find may have come from Cyprus, concluding that both cases mark the end of Late Bronze Age technology, not the beginning of Tartessian technology as some writers believe. As regards bronze, Armada *et al.* propose that, although this was not a widespread technique, some of the Peninsular bronze workers could have used lost-wax casting effectively, as indicated by the rotary spits and the wheeled stands from Baiões, which were probably local products.

Celestino bases some of his statements on the differences in the motifs on the warrior stelae in the southwest, depending on whether they were designed before colonisation or after it had begun. The change that took place in the stelae is extremely significant to him, since it would have started at the same time as Phoenician colonisation, when the anthropomorphic figure and other previously unknown motifs appeared on the stelae. Especially noteworthy in this respect are the horned helmet, which originated in the Mediterranean region, and the occurrence of Cypriot ingots and possible weights on the most southerly stelae. The early dates current for the colonisation of Huelva could support this idea.

The contributions by Brandherm and Torres both have a highly chronological content, like that by López Castro, focused on the absolute chronologies published recently for the southern Peninsula. Torres undertakes a general review of radiocarbon dates from Montoro and especially those from the Cuesta del Cruz del Negro, Purullena, which is dated in the 14th century, the same

date as the vessel in which grains of wheat were found and which has been identified as a *pithoid* crater of Cypriot origin. As regards the date of the recent discoveries in Calle Méndez Núñez, Huelva, these are placed in a Phoenician context at the end of the 10th and beginning of the 9th centuries b.C., but definitely later than the Ría de Huelva hoard. Lastly, and following González de Canales *et al.* (2004), he identifies this horizon in Calle Méndez Núñez as a pre-colonial Phoenician trading centre in Huelva, concluding that pre-colonisation lasted a long time, from 1350 until 850 b.C. Brandherm, in turn, concentrates much of his discussion on the debate unleashed by the absolute dating the Greek Geometric pottery on both sides of the Mediterranean. However, for him there are no conclusive arguments which deny the value of these radiocarbon dates from both ends of the Mediterranean. As is logical, he relies fully on the dating of the recent find from Huelva, placing its Aegean prototypes in Sub-Protogeometric I/II, that is squarely within the 10th century, a date

which must henceforth be attributed to the Phoenician pottery accompanying this specially-treated group. He likewise champions the earlier dating of pottery of Carambolo type, founding this conclusion on the fact that these ceramic forms occur in the same levels as Greek Middle Geometric II pottery at Huelva, although they should not be considered pre-Phoenician or pre-colonial for that reason.

In short, the work presented in this wide-ranging volume has illuminated the debate on the pre-colonial period. The origin of Mediterranean colonisation is one of the most dynamic and productive research topics in present-day archaeology. However, these contributions also emphasise the numerous uncertainties that still remain to be resolved. Those areas of doubt, as well as the frequent appearance of new information that requires existing data to be reassessed, mean the overall tone of the contents of this book is measured, open and in no way dogmatic. As editors, we can do no more than express our deepest appreciation for this.

EPÍLOGO: LA PRE-COLONIZACIÓN VISTA DESDE ORIENTE

María Eugenia Aubet

Diversos yacimientos de la costa fenicia han proporcionado importantes depósitos estratificados de cerámica que abarcan toda la secuencia del Bronce Final y el Hierro Antiguo (ca. 1550-900 a.C.). Recientes excavaciones en Dor y Tell Acco (Stern 1995; Gilboa, Sharon & Zorn 2004; Artzy 2007), así como la revisión de viejos materiales procedentes de Tiro, Sarepta, Tell Keisan y Tell Abu Hawam (Bikai 1978; Anderson 1988; Briend & Humbert 1980; Herrera & Gómez 2004), ponen de manifiesto algunos aspectos significativos de la historia fenicia de principios del Hierro:

1. En primer lugar, las secuencias estratigráficas de la costa fenicia revelan una notable continuidad cultural entre los niveles del Bronce Final y del Hierro Antiguo, que se traduce por la ausencia de depósitos de destrucción o ruptura en torno al 1200 a.C. La costa fenicia habría quedado, así, al margen de los movimientos étnicos y destrucciones que afectaron a gran parte del Egeo, Anatolia, Chipre, Ugarit y algunas zonas de Palestina a finales de la Edad del Bronce.
2. En segundo lugar, la cultura material fenicia, cuyos rasgos de identidad se expresan a través de una cerámica y una arquitectura características, parece «despegar» definitivamente de las tradiciones cananeas del Bronce hacia mediados del siglo XI a.C. Por las mismas fechas, en torno al 1050 a.C., se afianzan las técnicas decorativas de la sobria cerámica fenicia - bicromía, decoración de círculos concéntricos, etc- en Tiro XIII, Sarepta E-D, Keisan 9, Dor X-IX y en las necrópolis chipriotas de Palaepaphos-Skales y Salamis I (Bikai 1987). Por último, este horizonte (ca. 1050-850 a.C.) ve la aparición por primera vez de la arquitectura de sillares, la disposición de sillares en ángulos y esquinas de los edificios y la técnica de mampostería entre pilastras, que serán tan característicos más tarde de las colonias occidentales.
3. Durante el Bronce final y el Hierro I son frecuentes e intensos los contactos entre la isla de Chipre y las ciudades fenicias meridionales. Así se infiere de la elevada

concentración de cerámicas chipriotas de importación e imitación halladas en Sidón/Sarepta, Tiro, Akhziv, Keisan, Acco, Tell Abu Hawam/Haifa y Dor. También la primera metalurgia fenicia del Hierro muestra estrechas afinidades con la producción chipriota (Artzy 2006). La distribución temporal de estos ítems chipriotas en el Mediterráneo oriental demuestra que, en los «años de crisis» de transición al Hierro, los contactos comerciales entre Fenicia y Chipre no llegaron a interrumpirse del todo (Bell 2006). Todo lo más se reorganizaron algunas rutas comerciales: así, por ejemplo, la antigua ruta del Bronce Ugarit-Enkomi se desplazó ligeramente hacia el sur, siendo sustituida por la ruta Tiro-Amathunte-Palaepaphos (Bikai 1994).

4. El gran volumen de cerámicas fenicias identificadas en Palaepaphos sugiere la existencia desde el siglo XI a.C. de una estación comercial tiria con carácter permanente en este centro del sudoeste de Chipre (Bikai 1987). Por estas mismas fechas algunos centros chipriotas mantenían relaciones de intercambio con la isla de Cerdeña y otras zonas de Italia, unos contactos que no parecen haberse interrumpido tras el cese del comercio egeo-micénico en el sur de Italia (Vagnetti & Lo Schiavo 1989; Benzi & Graziadio 1996; Crie-laard 1998; Lo Schiavo 2001). Así, pues, a finales del segundo milenio y principios del primero la ruta a Occidente a través de Chipre-Cerdeña permanecía abierta.
5. Por último, recientes descubrimientos en Grecia demuestran que desde finales del siglo X a.C. los fenicios habían ampliado su radio de actividad comercial y colonial al área del Egeo (Stampolidis 2003), seguido de la fundación de una estación comercial permanente en Kommos, en el sur de Creta (Shaw 1999; Bikai 2000). En fechas convencionales, los nuevos hallazgos de Huelva y Sant'Imbenia seguirían muy de cerca a la instalación fenicia de Kommos.

De todo lo expuesto se infiere que la expansión fenicia hacia el oeste es anterior a la fundación de las primeras colonias reconocidas en las fuentes orientales, Kitium y Cartago ¿Cómo definir el horizonte de esas colonias y establecimientos comerciales de Palaepaphos, Amathunte y Kommos, fundados en los siglos XI-IX a.C.? En lugar de hablar de «pre-colonización», ¿por qué no subir simplemente las fechas de la expansión fenicia al Mediterráneo?

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia.
- ABARQUERO MORAS, F. J. (2005): *Cogotas I: La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- ACQUARO, E. (1988): «Il tempio nella precolonizzazione fenicia». En Acquaro *et al.* 1988: 187-189.
- (1998): «Su un presunto frammento di sarcofago filisteo in Sardegna». *Studi di Egittologia e di Antichità Puniche* 17: 47-53.
- ACQUARO, E.; BERNARDINI, P.; BULTRINI, G.; FRANCISI, M. T.; INGO, G. M.; PETRUCCIOLI, G. y PADELETTI, G. (1996): «Primi risultati delle indagini chimico-fisiche sui materiali rinvenuti nel quartiere metallurgico di Tharros (Sardegna)». *L'Africa Romana. Cartagine 15-18 dicembre 1994. Atti del XI Convegno Internazionale*. Ozieri: 853-865.
- ACQUARO, E. y FERRARI, D. (eds.) (2004): *I Fenici. L'Oriente in Occidente*. Biblioteca di Via Senato. Milano.
- ACQUARO, E.; GODART, L.; MAZZA, F. y MUSTI, D. (eds.) (1988): *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico. Questioni di Metodo. Aree d'indagine. Evidenze a confronto*. Consiglio Nazionale della Ricerca. Roma.
- ACQUARO, E. e INGO, G. M. (1996): «Indagini archeometallurgiche a Tharros (Sardegna)». En E. Acquaro y P. L. Rossi (eds.): *L'Antropico e l'Entropico*. Atti del Convegno (Ravenna, 19 maggio 1994). Quaderni di «Flaminia» 3. Ravenna: 119-129.
- ADROHER AUROUX, A.; LÓPEZ MARCOS, A. y PACHÓN ROMERO, J. A. (2002): *La cultura ibérica*. Diputación Provincial de Granada. Granada.
- AGOURIDIS, C. (1999): «The Late Bronze Age Shipwreck at Point Iria: Discovery and Excavation». En Phelps *et al.* 1999: 25-42.
- AGUAYO DE HOYOS, P. (2001): «Estructuras indígenas, comercio y comerciantes en la época de la colonización fenicia en Málaga (VIII-VI a.C.)». En Wulff *et al.* 2001: 69-97.
- AGUAYO DE HOYOS, P.; CARRILERO, M. y MARTÍNEZ, G. (1991): «La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga)». *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (vol. II). Consiglio Nazionale della Ricerca. Roma: 559-571.
- AGUILLELLA, G. y GUSI, F. (2004): «Avanç a l'estudi del territori d'Oropesa la Vella (Oropesa, Plana Alta Castelló) a l'E-dat del Bronce mitjançant sistemes d'informació geogràfica (SIG)». En Hernández y Hernández 2004: 127-135.
- ALARCÃO, J. de (2001): «Novas perspectivas sobre os Lusitanos (e outros mundos)». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 4.2: 293-349.
- ALARCÃO, J. de y PALMA SANTOS, A. I. (eds.) (1996): *De Ulisses a Viriato. O primeiro milénio a.C.* Museu Nacional de Arqueologia. Lisboa.
- ALAVOINE, V. (2000): «Le MRZH est-il un banquet funéraire? Etude des sources épigraphiques et bibliques (AM.6,7 et IER 16.5)». *Le Muséon* 113: 1-23.
- ALBANESE PROCELLI, R. M. (1989): «Tripodi geometrici dal ripostiglio di bronzi del Mendolito di Adrano». *Mélanges de l'École Française de Rome* 101: 643-677.
- (1993): *Ripostigli di bronzi della Sicilia nel Museo Archeologico di Siracusa*. Accademia di Scienze, Lettere e Belle Arti. Palermo.
- (1994): «Considerazioni sulla necropoli di Madonna del Piano di Grammichele (Catania)». *La presenza etrusca nella Campania meridionale. Atti delle giornate di studio* (Salerno-Pontecagnano, 16-18 novembre 1990). L. S. Olschki Ed. Firenze: 153-169.
- (1995): «Contacts and exchanges in Protohistoric Sicily». En T. Fischer Hansen (ed.): *Ancient Sicily*. Museum Tusculanum. Copenhagen: 33-49.
- (2000): «Bronze metallurgy in protohistoric Sicily: the stone moulds». En Ridgway *et al.* 2000: 75-90.
- (2001): «L'introduzione della siderurgia in Sicilia». En M. C. Martinelli y U. Spigo (eds.): *Studi di Preistoria e Protostoria in onore di L. Bernabò Brea*. Assessorato ai Beni Culturali e Ambientali. Messina: 241-259.
- (2003a): «La métallurgie du bronze en Sicile (Italie)». En Giumlia-Mair y Lo Schiavo 2003: 139-145.
- (2003b): *Sicani, Siculi, Elimi. Forme di identità, modi di contatto e processi di trasformazione*. Biblioteca di Archeologia 33. Longanesi & C. Milano.
- (2004): «La metallurgia del bronzo in Sicilia in età protostorica». En Lehoërff 2004: 193-209.
- (2005): «Fasi e facies della prima età del Ferro in Sicilia: dati e problemi interpretativi». En Bartoloni y Delpino 2005: 517-525.
- (2005): in preparazione, *La Sicile entre la Méditerranée orientale et occidentale*, in *Les lingots peau de bœuf et la navigation en Méditerranée*, (IIe Colloque international de Mariana, 15-18 septembre 2005), in preparazione.
- (e.p.1): «Artigianato metallurgico nella Sicilia protostorica». *Studi in onore di R. Peroni*. Roma.
- (e.p.2): «Pilgrim flaks dalla Sicilia». *DEPAS. Beyond frontiers: Geeks, Cypriots, Phoenicians, Etruscans: studies in honour of David and Francesca Romana Ridgway*. Accordia Research Institute. London.

- ALBANESE PROCELLI, R. M. y CHILARDI, S. (2005): «Materiali in avorio da contesti protostorici della Sicilia». En L. Vagnetti, M. Bettelli y I. Damiani (eds.): *Lavorio in Italia nell'Età del Bronzo* (Incunabola graeca CII). CNR-Istituto di Studi sulle civiltà dell'Egeo e del Vicino Oriente. Roma: 95-103.
- ALBANESE PROCELLI, R. M. y LO SCHIAVO, F. (2004): «La comunità di Madonna del Piano presso Grammichele (Catania): rapporti con l'area calabra». *Atti della XXXVII Riunione Scientifica dell'Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria* (Scalea, Papisidero, Praia a Mare, Tortora, 29 settembre - 4 ottobre 2002). Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria. Firenze: 403-420.
- ALBANESE PROCELLI, R. M.; LO SCHIAVO, F.; MARTINELLI, M. C. y VANZETTI, A. (2004): «La Sicilia. Articolazioni cronologiche e differenziazioni locali». En Cocchi Genick 2004: 313-326.
- ALBELDA, J. (1923): «Bronzes de Huelva (Espagne)». *Revue Archeologique* [5ª S.] 18: 222-226.
- ALBERTI, G. (2004): «Contributo alla seriazione delle necropoli siracusane». En V. La Rosa (ed.): *Le presenze micenee nel territorio siracusano*. Museo archeologico regionale Paolo Orsi. Padova: 99-150.
- ALBERTI, M. M. (2003): «Weighing and dying between East and West. Weighting materials from Late Bronze Age Aegean funerary contexts». En K. P. Foster y R. Laffineur (eds.): *Metron. Measuring the Aegean Bronze Age*. Aegaeum 24. Université de Liège. Liège: 278-284.
- ALBRIGHT, W. F. (1931): «Mitannian maryannu, 'chariot-warrior', and the Canaanite and Egyptian Equivalents». *Archiv für Orientforschung* 6.4-5: 217-220.
- (1941): «New Light on the early History of Phoenician Colonization». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 83: 14-22.
- ALMAGRO BASCH, M. (1940): «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa». *Ampurias* 2: 85-144.
- (1957): «Las fíbulas de codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología». *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española en Roma* 9: 7-46.
- (1957-58): «A propósito de la fecha de las fíbulas de Huelva». *Ampurias* 19-20: 198-207.
- (1958): *Depósito de la Ría de Huelva*. Inventaria Archaeologica E1. Madrid.
- (1960): *Depósito de Río Sil*. Inventaria Archaeologica E3. Madrid.
- (1962a): «Una nueva estela grabada extremeña. Valor cultural y cronológico de estos monumentos». *Homenaje a D. Telesforo de Aranzadi*. *Munibe* 14: 285-296.
- (1962b): *El ajuar del «Dolmen de la Pastora» de Valentina del Alcor (Sevilla)*. *Sus paralelos y cronología* (Trabajos de Prehistoria V). Universidad de Madrid. Madrid.
- (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana VIII. Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- (1970): «Dos nuevas estelas decoradas de la Andalucía Occidental». En A. Beltrán (ed.): *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1968). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 315-331.
- (1974): «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica». En E. Ripoll Perelló y M. Llongueras (eds.): *Miscelánea Arqueológica. XXV aniversario de los cursos internacionales de prehistoria y arqueología en Ampurias (1947-1971)* (Ampurias, 1971). I. Diputación de Barcelona. Barcelona: 5-39.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1974): «Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 31: 39-100.
- (1977a): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV. Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidad de Valencia. Madrid.
- (1977b): «El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del nordeste de la Península Ibérica». *Saguntum* 12: 89-144.
- (1983a): «Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica». *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche* (Cortona, 1981). Collection l'École Française de Rome 67. Pisa-Roma: 429-461.
- (1983b): «Pozo Moro: el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica». *Madriditer Mitteilungen* 24: 177-392.
- (1986): «Bronce Final y Edad del Hierro». *Historia de España, 1. Prehistoria*. Gredos. Madrid: 341-532.
- (1989): «Arqueología e Historia Antigua: El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo». *Estudios sobre la antigüedad en homenaje al Prof. Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión* II: 277-288.
- (1992): «Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce Final». En P. Urtrilla (coord.): *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la prehistoria*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza: 633-658.
- (1993a): «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante». *Complutum* 4: 81-94.
- (1993b): «Les stèles antropomorphes de la Péninsule Ibérique». En J. Briard y A. Duval (eds): *Les représentations humanines du Néolithique à L'Âge du Fer*. Actes du 115è Congrès National des Sociétés Savantes. CTHS. Paris: 123-139.

- (1996a): «Peines de marfil pre-coloniales en la Península Ibérica». En E. Acquaro (ed.): *Alle soglie della Classicità: Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati* (vol. 2). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 479-493.
- (1996b): «El depósito de hachas de Osuna (Sevilla)». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 26.3: 269-279.
- (1996c): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (1998): «Precolonización y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico». En Jorge 1998: 81-100.
- (2000): «La 'precolonización fenicia' en la Península Ibérica». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 711-721.
- (2001): «Cyprus, Phoenicia and Iberia: From 'Precolonization' to Colonization in the 'Far West'». En Bonfante y Karageorghis 2001: 239-270.
- (2005): «La literatura tartésica. Fuentes históricas e iconográficas». *Gerión* 23.1: 39-80.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; CASADO, D.; FONTES, F.; MEDEROS, A. y TORRES, M. (2004): *Prehistoria. Antigüedades Españolas I*. Real Academia de la Historia. Catálogo del Gabinete de Antigüedades. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y FONTES, F. (1997): «The introduction of wheel-made pottery in the Iberian Peninsula: Mycenaean or pre-orientalizing contacts?». *Oxford Journal of Archaeology* 16.3: 345-362.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y SÁNCHEZ ABAL, J. L. (1978): «La estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres)». *Trabajos de Prehistoria* 35: 417-423.
- ALONSO, N.; BUXÓ, R. y PONS, E. (2004a): «L'activitat agrícola a l'Edat del Bronze». En R. Buxó (ed.): *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia*. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Girona: 34-39.
- (2004b): «Del bronze final a l'edat del ferro». En R. Buxó (ed.): *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia*. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Girona: 43-47.
- ALONSO, N.; JUNYENT, E.; LAFUENTE, A. y LÓPEZ, J. B. (1999): «Chronologie des âges des métaux dans la Basse Vallée du Segre (Catalogne, Espagne) à partir des datations 14C». *Actes du 3^{ème} Colloque International C 14 et Archéologie, Lyon 1998. Mémoires de la Société Préhistorique Française* 26: 287-292.
- ALVAR EZQUERRA, J. (1979): «Los medios de navegación de los colonizadores griegos». *Archivo Español de Arqueología* 52: 67-86.
- (1980): «El comercio del estaño atlántico durante el período orientalizante». *Memorias de Historia Antigua* 4: 43-50.
- (1981): *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas*. Universidad Complutense. Madrid.
- (1982): «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico». *Rivista di Studi Fenici* 10.2: 211-230.
- (1988a): «La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho». En Ripoll 1988 (vol. 1): 429-443.
- (1988b): «El tráfico comercial etrusco hacia el Extremo Occidente». En T. Hackens (ed.): *Flotte e commercio greco, cartaginese ed etrusco nel mar Tirreno. Ravello, 19-25 gennaio 1987*. PACT 20. Estrasburgo-Ravello: 373-391.
- (1997): «El problema de la precolonización en la gestación de la polis». En D. Plácido, J. Alvar, J. M. Casillas y C. Fornis (eds.): *Imágenes de la Polis*, Arys 8, Ediciones Clásicas. Madrid: 19-33.
- (1998): «Comunidad de navegantes: aspectos sociales de la navegación fenicia». En Costa y Fernández 1998: 49-59.
- (1999): «Los fenicios en Occidente». En J. M. Blázquez, J. Alvar y C. G. Wagner: *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Cátedra. Madrid: 311-447.
- (2000): «Comercio e intercambio en el contexto precolonial». En Fernández Uriel *et al.* 2000: 27-34.
- (2001a): «Interacción económica y social de los fenicios en la Tartésida». En Wulff *et al.* 2001: 11-33.
- (2001b): «La navegación en el desarrollo de las relaciones de dependencia». En J. L. López Castro (ed.): *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*. Universidad de Almería. Almería: 71-85.
- (2002): «Dynamique de la colonisation phénicienne et acculturation religieuse à Tartessos». *Religions méditerranéennes et orientales de l'Antiquité*. BIFAO 135. El Cairo: 1-20.
- (e.p.): «Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia». En este volumen.
- ÁLVAREZ, N. y GÓMEZ BELLARD, C. (2005): «La ocupación fenicia. II. Cerámicas». En Aranegui 2005: 161-178.
- AMADASI GUZZO, M. G. (1965): *L'iconografia del carro da guerra in Siria e Palestina*. Studi Semitici 17. Istituto di Studi del Vicino Oriente-Università di Roma. Roma.
- (1987a): «Iscrizioni semitiche di nord-ovest in contesti greci e italici (X-VII sec. a.C.)». *Dialoghi di Archeologia* 5: 13-27.
- (1987b): «Fenici o Aramei in Occidente nell'VIII sec. a.C.?». En E. Lipiński (ed.): *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millennium B.C.* Studia Phoenicia V. Leuven: 35-47.
- AMADASI GUZZO, M. G. y GUZZO, P. G. (1986): «Di Nora, di Eracle gaditano e della più antica navigazione fenicia». En Olmo y Aubet 1986 (vol. II): 5971.
- AMBRA (2001): *Ambra, Oro del Baltico*. Catalogo della Mostra. Museo G.A. Sanna. Sassari.
- AMO, M. del (1975): «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva». *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Editora Nacional. Madrid: 109-182.
- (1976): *Restos materiales de la población romana de Onuba*. Huelva Arqueológica 2. Huelva.
- AMO, M. del y BELÉN, M. (1981): «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro». *Huelva Arqueológica* 5: 57-148.

- AMORES CARREDANO, F. de (1995): «La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 159-178.
- AMORES CARREDANO, F. de y ESCACENA, J. L. (2003): «De toros y de tesoros: simbología y función de las joyas del Carambolo». En P. Romero y A. García-Baquero (eds.): *Fiestas de toros y sociedad*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 41-68.
- ANATI, E. (1960): «Bronze Age Chariots from Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* [N.S.] 26: 50-63.
- ANDERSON, W. P. (1981): *A Stratigraphic and Ceramic Analysis of the Late Bronze and Iron Age Strata of Sounding Y at Sarepta (Sarafand, Lebanon)*. Tes. Doc. Univ. de Pennsylvania. Univ. Microfilms International. London.
- (1988): *Sarepta I. The Late Bronze and Iron Age Strata of Area II*, Y. Publications de l'Université Libanaise. Beyrouth.
- ANDERUNG, C.; BOUWMAN, A.; PERSSON, P.; CARRETERO, J. M.; ORTEGA, A. I.; ELBURG, R.; SMITH, C. ARSUAGA, J. L.; ELLEGREN, H. y GÖTHERSTRÖM, A. (2005): «Prehistoric contacts over the Straits of Gibraltar indicated by genetic analysis of Iberian Bronze Age cattle». *Proceedings of the National Academy of Sciences* 102.24: 8431-8435.
- ANELLO, P. (1993-94): «La Sicilia e l'Hesperia». *Atti del VIII Congresso Internazionale di Studi sulla Sicilia Antica. Kokalos* 39-40: 255-294.
- (1999): «La storia di Gela Antica». *Per servire alla Storia di Gela. Kokalos* 45: 385-408.
- ANTHONY, D. W. (1995): «Horse, wagon & chariot: Indo-European languages and archaeology». *Antiquity* 69 (264): 554-565.
- ANTHONY, D. W. y VINOGRADOV, N. B. (1995): «The birth of the chariot. Excavations east of the Ural Mountains reveal traces of the first two-wheeled, high-performance vehicles». *Archaeology* 48.2: 36-41.
- ANTONACCIO, C. M. (2004): «Siculo-Geometric and the Sikels: ceramics and identity in Eastern Sicily». En Lomas 2004: 55-81.
- (2005): «Excavating Colonization». En Hurst y Owen 2005: 97-113.
- ANTONELLI, L. (1996): «La falce di Crono. Considerazioni sulla prima fondazione di Zancle». *Tra Antenore e Kokalos. Kokalos* 42: 315-325.
- (1997): *I Greci oltre Gibilterra*. Hesperia 8. «L'Erma» di Bretschneider. Roma.
- (2006): «Da Taršiš a Tartesso. Riflessioni sulla presenza greca oltre Gibilterra durante l'età arcaica». *Gerión* 24.1: 7-26.
- APOIKIA (1994): *Apoikia. Scritti in onore di G. Buchner*. Annali dell'Istituto Orientale di Napoli. Dipartimento di studi del mondo classico e del Mediterraneo antico - Sezione di archeologia e storia antica [N. S.] 1. Napoli.
- AQUILUÉ, X.; SANTOS, M.; BUXÓ, R. y TREMOLEDA, J. (1999): *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual*. Monografies emporitanes 9. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Empúries.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (2000): «Tres asadores». En C. Aranegui (ed.): *Argantonio. Rey de Tartessos*. Fundación El Monte-Ministerio de Cultura. Sevilla-Madrid: 214.
- (ed.) (2005): *Lixus 2 - Ladera Sur. Excavaciones arqueológicas marroco-españolas en la colonia fenicia. Campañas 2000-2003*. Saguntum Extra 6. Universidad de Valencia. Valencia.
- ARAV, R. y FREUND, R. (1998): «The bull from the sea: Geshur's chief deity?». *Biblical Archaeology Review* enero/febrero 42.
- ARCHI, A. (ed.) (1984): *Circulation of Goods in non-palatial Context in the Ancient near East*. Edizioni dell'Ateneo. Roma.
- ARMADA PITA, X.-L. (2002): «A propósito del Bronce Atlántico y el origen de los calderos de remaches peninsulares». *Saguntum* 34: 91-103.
- (2005a): «Asadores de la Península Ibérica y cuestión orientalizante: un ensayo de síntesis». En Celestino y Jimenez 2005: 1249-1267.
- (2005b): *Formas y rituales de banquete en la Hispania indoeuropea*. Tesis Doctoral. Departamento de Humanidades. Universidade da Coruña.
- (e.p.): «Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 16-17.
- ARMADA PITA, X.-L.; GARCÍA I RUBERT, D.; MONTERO RUIZ, I.; MORENO, I.; RAFEL FONTANALS, N. y ROVIRA HORTALÀ, M. C. (2005a): «Minería y metalurgia durante la I Edad del Hierro. Procesos de cambio en el sur de Catalunya». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 15: 133-150.
- ARMADA PITA, X.-L.; HUNT ORTIZ, M. A.; JUAN TRESSERRAS, J.; MONTERO RUIZ, I.; RAFEL FONTANALS, N. y RUIZ DE ARBULO, J. (2005b): «Primeros datos arqueométricos sobre la metalurgia del poblado y necrópolis de Calvari del Molar (Priorat, Tarragona)». *Trabajos de Prehistoria* 62.1: 139-155.
- ARMADA PITA, X.-L. y LÓPEZ PALOMO, L. A. (2003): «Los ganchos de carne con vástagos torsionados: un nuevo ejemplar en el depósito acuático del río Genil (Sevilla)». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 13: 167-190.
- ARMBRUSTER, B. R. (1995): «Sur la technologie et la typologie du collier de Sintra (Lisbonne, Portugal)». *Trabajos de Prehistoria* 52.1: 157-162.
- (1996): «Zu den technologischen Aspekten der Goldfunde aus dem bronzezeitlichen Schatz von Caldas de Reyes (Prov. Pontevedra)». *Madriider Mitteilungen* 37: 60-73.

- (2000): *Goldschmiedekunst und Bronzetechnik. Studien zum Metallhandwerk der Atlantischen Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel*. Monographies Instrumentum 15. Éd. Monique Mergoïl. Montagnac.
- (2002-03): «A metalurgia da Idade do Bronze Final Atlântico do castro de Nossa Senhora da Guia, de Baiões (S. Pedro do Sul, Viseu)». *Estudos Pré-Históricos* 10-11: 145-155.
- (2004a): «Parures en or de l'Âge du Bronze de Balinghem et Guines (Pas-de-Calais): les aspects technologiques». *Antiquités Nationales* 36: 133-146.
- (2004b): «Le tournage dans l'orfèvrerie de l'Age du Bronze et du premier Age du Fer en Europe Atlantique». En: M. Feugère y J.C. Gérold (dirs.): *Le Tournage des Origines à l'An Mil*. Actes du Colloque de Niederbronn (2003). Monographies Instrumentum 27. Éd. Monique Mergoïl. Montagnac: 53-70.
- (2004c): «Die bronzzeitliche Goldschale von Zürich-Altstetten und die Edelmetallgefäße aus dem Schatz von Villena. Neue Erkenntnisse zur Herkunft und Datierung». *Helvetica Archaeologica* 140: 119-151.
- ARMBRUSTER, B. R.; BELLO, J. M.; COMENDADOR, B. y PEREA, A. (2004): «Relaciones atlánticas en los inicios de la metalurgia. La gargantilla de tiras y el conjunto de láminas áureas de Cícere (Santa Comba, A Coruña, España)». En A. Perea, I. Montero y O. García-Vuelta (eds.): *Tecnología del Oro Antiguo: Europa y América*. Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXII. Madrid: 173-187.
- ARMBRUSTER, B. y PARREIRA, R. (coord.) (1993): *Inventário do Museu Nacional de Arqueologia. Coleção de Ourivesaria, 1.º volume. Do Calcolítico à Idade do Bronze*. Instituto Português de Museus-Museu Nacional de Arqueologia. Lisboa.
- ARMBRUSTER, B. R. y PEREA, A. (1994): «Tecnología de herramientas rotativas durante el Bronce Final atlántico. El depósito de Villena». *Trabajos de Prehistoria* 51.2: 69-87.
- (2007): «Change and Persistence. The Mediterranean Contribution to Atlantic Metalwork in Late Bronze Age Iberia». En C. Burgess, P. Topping y F. Lynch (eds.): *Beyond Stonehenge. Essays on the Bronze Age in Honour of Colin Burgess*. Oxbow Books. Oxford: 97-106.
- ARNAL, J. y AUDIBERT, J. (1956): «Enquête sur la répartition des vases de la Polada en France». *Bulletin du Musée d'Anthropologie Préhistorique de Monaco* 3: 241-283.
- ARNAL, J.; MAJUREL, J. y PRADES, H. (1964): «La stratigraphie de Sextantio (Castelnau-le-Lez, Hérault)». *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 61.2: 385-421.
- ARNAL, J.; PEYRON, J. y ROBERT, A. (1972a): «La cachette de fondeur hallstattienne des environs immédiats de Montpellier». *Rivista di Studi Liguri. Omaggio a F. Benoit* I. Bordighera: 150-160.
- (1972b): «Fibules grecques et italiques en Languedoc». *Annales de la société d'horticulture et d'histoire naturelle de l'Hérault* 1: 1-11.
- ARNAUD, J. M. (1979): «Coroa do Frade. Fortificação do Bronze Final dos arredores de Évora - escavações de 1971/1972». *Madri der Mitteilungen* 20: 56-100.
- (1995): «Coroa do Frade: Uma Fortificação do Bronze Final dos Arredores de Évora». En Silva 1995: 43-45.
- ARRIBAS, A. (1976): «Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 1: 139-155.
- ARRUDA, A. M. (1996): «Os Fenícios no Ocidente». En Alarcão y Palma Santos 1996: 35-45.
- (1999-2000): *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6. Barcelona.
- (2005a): «Orientalizante e pós-orientalizante no Sudoeste peninsular: geografias e cronologias». En Celestino y Jiménez 2005: 277-303.
- (2005b): «O 1.º milénio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século». *O Arqueólogo Português* [série IV] 23: 9-156.
- ARTEAGA, O. (1982): «Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y sudeste de la Península Ibérica». *Huelva Arqueológica* 6: 131-183.
- (1987): «Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación». En A. Ruiz y M. Molinos (eds.): *Iberos: actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén, 1985*. Ayuntamiento de Jaén. Jaén: 205-228.
- (2000): «La sociedad clasista inicial y el origen del estado en el territorio de El Argar». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 3: 121-219.
- ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G. (1999): «Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía». *Revista Atlántico-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2: 13-122.
- ARTEAGA, O.; HOFFMANN, G.; SCHUBART, H. y SCHULTZ, H. D. (1985): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea». *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985 (II): 117-122.
- ARTEAGA, O.; PADRÓ, J. y SANMARTÍ, E. (1978): «El factor fenici a les costes catalanes i el Golf de Lió». *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà: 129-135.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A.-M. (2002): «El puerto fenicio-púnico de Gadir. Una nueva visión desde la geoarqueología urbana de Cádiz». *Spal* 11: 21-39.

- (2003): «La investigación protohistórica en Tarsis». *Revista Atlántico-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 6: 137-222.
- ARTEAGA, O.; SCHULTZ, H. D. y ROOS, A.-M. (1995): «El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Fronteira: 99-135.
- ARTIZZU, E.; DEPLANO, S.; PARTIS, S.; PUTZU, E.; SISINI, E.; USAI, L. y ZOCCHEDDU, B. (1997): «Il restauro dei materiali». En Bernardini *et al.* 1997: 216-223.
- ARTZY, M. (1987): «On boats and Sea Peoples». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 266: 75-84.
- (1991): «Conical cups and pumice. Aegean cult at Tel Nami, Israel». En R. Laffineur y L. Basch (eds): *Thalassa. L'Égée préhistorique et la Mer. Aegaeum* 7: 203-206.
- (1997): «Nomads of the sea». En Swiny *et al.* 1997: 1-16.
- (1998): «Routes, trade, boats and Nomads of the Sea». En Gitin *et al.* 1998: 439-448.
- (2000): «Cult and recycling of metal at the end of the Late Bronze Age». En P. Åmström y D. Sørenhagen (eds.): *Periplus. Festschrift für Hans-Günter Buchholz zu seinen achtzigsten Geburtstag am 24. Dezember 1999*. Studies in Mediterranean Archaeology 127. Jonsered: 27-31.
- (2006): *The Jatt Metal Hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote Context*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 14. Barcelona.
- (2007): *Nómadas del mar*. Bellaterra. Barcelona.
- ARUNDALE, F. y BONOMI, J. (1842): *The Gallery of Antiquities, selected from the British Museum*. I. J. Weale-Department of Egyptian and Assyrian Antiquities. British Museum. London.
- ASENSIO, D. (2005): «La incidencia fenicia entre las comunidades indígenas de la costa catalana (siglos VII-VI AC.): ¿Un fenómeno orientalizante?». En Celestino y Jiménez 2005: 551-564.
- ASHBY, S. P. (2004): «Understanding human movement and interaction through the movement of animals and animal products». En M. Mondini, S. Muñoz y S. Wickler (eds.): *Colonisation, migration and marginal areas. A zooarchaeological approach*. Oxbow Books. Oxford: 4-9.
- ASHERI, D. (1980): «La colonizzazione greca». En E. Gabba y G. Vallet (eds.): *La Sicilia Antica, I, 1.— Indigeni, Fenici-Punici e Greci*. Società editrice storia di Napoli e della Sicilia. Napoli: 89-142.
- ÅSTRÖM, P. (1972): *The Swedish Cyprus expedition. Vol. IV Part 1C. The Late Cypriote Bronze Age. Architecture and Pottery*. The Swedish Cyprus Expedition. Lund.
- ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*. Informes y Memorias 25. Ministerio de Educación Nacional. Madrid.
- ATRIÁN, P. (1961): «Cerámica céltica del poblado de San Cristóbal (Mazaleón, Teruel)». *Teruel* 26: 229-246.
- ATZENI, C.; BADAS, U.; CINCOTTI, A. M.; DEMURTAS, G.; MASSIDA, L. y SANNA, U. (1988): «Compendio delle caratteristiche chimiche, metallografiche e isotopiche dei reperti metallurgici di Baccu Simeone (Villanova-forru)». *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le province di Cagliari ed Oristano* 15: 150-167.
- ATZENI, C.; MASSIDA, L. y SANNA, U. (2005): «Investigations and Results». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 115-183.
- AUBERT, C. (1992): «La période pré-phénicienne en Péninsule Ibérique: relations avec la Méditerranée centrale». *Mélanges de la Casa de Velázquez* 28.1: 7-18.
- AUBET SEMMLER, M. E. (1971): *Los marfiles orientalizantes de Praeneste*. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- (1974): «Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)». *Pyrenae* 10: 79-108.
- (1984): «Los hallazgos micénicos en Italia: estado actual de la cuestión». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 50: 157-162.
- (1986): «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas». *Aula Orientalis* 3: 9-30.
- (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Bellaterra. Barcelona.
- (ed.) (1989): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Ausa. Sabadell.
- (1992-93): «Maluquer y El Carambolo». *Tabona* 8.2: 329-349.
- (1993): «El comerç fenici i les comunitats del Ferro a Catalunya». *Laietania* 8: 21-40.
- (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*. Crítica. Barcelona.
- (2000): «Aspects of Tirian trade and colonization in the Eastern Mediterranean». *Münsterche Beiträge zur Antiken Handelsgeschichte* 19.1: 70-120.
- (2002a): «Notas sobre tres pesos fenicios del Cerro del Villar (Málaga)». En M. G. Amadasi-Guzzo, M. Liverani y P. Matthiae (eds.): *Da Pirgi a Mozia. Studi sull' Archeologia del Mediterraneo in memoria di Antonia Ciasca*. Università di Roma «La Sapienza». Roma: 29-40.
- (2002b [1995]): «Phoenician Trade in the West: Balance and Perspectives». En M. R. Bierling (ed.): *The Phoenicians in Spain. An Archaeological Review of the Eighth-Sixth Centuries B.C.E. A Collection of Articles Translated from Spanish*. Eisenbrauns. Winona Lake, Indiana: 97-112.
- (2005): «El 'Orientalizante', un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales». En Celestino y Jiménez 2005: 117-128.
- (2006): «On the Organization of the Phoenician Colonial System in Iberia». En Riva y Vella 2006: 94-109.

- (2007): *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente antiguo. Los antecedentes coloniales del III y II milenios a.C.* Bellaterra. Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M. E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.) (2000): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 1995)*. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- AUBET SEMMLER, M. E.; SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España 122. Ministerio de Cultura. Madrid.
- AZNAR, C.; BALENSI, J. y HERRERA, M. D. (2005): «Las excavaciones de Tell Abu Hawam en 1985-86 y la cronología de la expansión fenicia hacia occidente». *Gerión* 23.1: 17-38.
- AZUAR, R.; ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; MORET, P.; SALA, F. y BADIE, A. (1998): «El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de «La Rábida», Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998». *Trabajos de Prehistoria* 55.2: 111-126.
- BABBI, A. (2005): «Quadro Generale. Discussione e Interventi». En Bartoloni y Delpino 2005: 117-119.
- BABBI, A.; TESTA, G.; BARBIERI, M. y CANCELLIERE, S. (2005): «Evidence of a Protohistoric Alabaster Quarry and Its Carving at Tarquinia». En P. Attema, A. Nijboer y A. Zifferero (eds.): *Papers in Italian Archaeology VI. Communities and Settlements from the Neolithic to the Early Medieval Period*. BAR International Series 1452. Oxford: 506-514.
- BACCI SPIGO, G. M. (1987): «Aspetti della ceramica arcaica dello Stretto». *Lo Stretto. Crocevia di Culture. Atti del XXVI Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Tarento: 247-274.
- (1998): «Zancle: un aggiornamento». En M. Bats y B. d'Agostino (eds.): *Euboica. L'Eubea e la presenza euboica in Calcidica e in Occidente*. Centre Jean Bérard. Napoli: 387-392.
- (2000): «Topografia archeologica di Zancle-Messana». En M. Gras, E. Greco y P. G. Guzzo (eds.): *Nel cuore del Mediterraneo antico. Reggio, Messina, e le colonie calcidesi dell'area dello Stretto*. Meridiana Libri. Corigliano Calabro: 237-249.
- BADAS, U. (1999): «Il ripostiglio di Baccus Simeone, Villanovaforru (Cagliari)». Appendice I en Lo Schiavo 1999.
- BAFICO, S. (1986): «Materiale di importazione dal villaggio nuragico di Sant'Imbenia». En Lilliu *et al.* 1986: 95-100.
- (1991): «Alghero (SS). Loc. S.Imbenia. Villaggio nuragico». *Bollettino di Archeologia del Ministero per i Beni Culturali e Ambientali* 10: 97-100.
- (1998): *Nuraghe e villaggio di Sant'Imbenia a Alghero*. Betagamma. Viterbo.
- BAFICO, S.; D'ORIANO, R. y LO SCHIAVO, F. (1995): «Il villaggio nuragico di Sant'Imbenia ad Alghero (SS). Nota preliminare». En M. H. Fantar y M. Ghaki (eds.): *Actes du IIIe Congrès International des Etudes Phéniciennes et Puniqes* (Tunis, 11-16 novembre 1991). Institut National du Patrimoine. Tunis: 87-97.
- BAFICO, S.; OGGIANO, I.; RIDGWAY, D. y GARBINI, G. (1997): «Fenici e Indigeni a Sant'Imbenia (Alghero)». En Bernardini *et al.* 1997: 45-53, 229-234.
- BAHN, P. (1984): *Pyrenean Prehistory*. Aris & Phillips. Warminster.
- BAILLO MODESTI, G. y GASTALDI, P. (eds.) (1999): *Prima di Pithecusa. I più antichi materiali greci del golfo di Salerno*. Catalogo della mostra, 29 aprile 1999. Pontecagnano Faiano, Museo Nazionale dell'Agro Picentino. Arte Tipografica. Napoli.
- BALENSI, J. (1985): «Revising Tell Abu Hawam». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 257: 65-74.
- BALMUTH, M. S. (ed.) (1987): *Nuragic Sardinia and the Mycenaean World. Studies in Sardinian Archaeology* 3. BAR International Series 387. Oxford.
- BALMUTH, M. S. y TYKOT, R. H. (eds.) (1998): *Sardinian and Aegean Chronology. Toward the Resolution of Relative and Absolute Dating in the Mediterranean*. Proceedings of the International Colloquium «Sardinian Stratigraphy and Mediterranean Archaeology» (Tufts University, Medford, Massachusetts, march 17-19, 1995). Studies in Sardinian Archaeology 5. Oxbow Books. Oxford.
- BANDERA ROMERO, M. L. de la; CHAVES TRISTÁN, F.; ORIA SEGURA, M.; FERRER ALBELDA, E.; GARCÍA VARGAS, E. y MANCEBO DÁVALOS, J. (1993): «Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (Campañas de 1980 y 1981)». *Anales de Arqueología Cordobesa* 4: 15-48.
- BARCELÓ, A. (1981): *Reproducción económica y modos de producción*. Serbal. Barcelona.
- BARCELÓ ÁLVAREZ, J. A. (1989): «Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica». En Aubet 1989: 189-208.
- (1992): «Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 49: 259-275.
- (1995): «Sociedad y economía en el Bronce Final Tartésico». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 561-589.
- BARGE, H.; ANCEL, B.; ROSTAN, P. y GUENDON, J.-L. (1998): «La mine des Clausis à Saint-Véran (Hautes-Alpes): exploitation et aire de réduction du minerai de cuivre d'époque préhistorique». En Mordant *et al.* 1998 (tome 2): 71-82.
- BARNETT, M. y KEEL, O. (1998): *Mond, Stier und Kult am Stadttor; die Stela von Bethsaida (et-tell)*. Orbis Biblicus et Orientalis 161. Fribourg-Göttingen.

- BARNETT, R. D. (1967): «Layard's Nimrud Bronzes and Their Inscriptions». *Eretz-Israel* 8: 1*-7*.
- (1974): «The Nimrud Bowls in the British Museum». *Rivista di Studi Fenici* 2: 11-33.
- (1982): *Ancient Ivories in the Middle East*. Qedem 14. Jerusalem.
- BARRACHINA, A. (1987): «El bronze final al poblat del Puig d'Alcoi». *Fonaments* 6: 131-155.
- (1992): «El yacimiento de la Edad del Bronce de la Peladilla (Requena, Valencia)». *Saguntum* 25: 69-83.
- BARRACHINA, A. y NEUMAIER, J. (1996): «Nuevo tipo metálico de los campos de urnas en la Península: la punta de vaina del Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia)». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 17: 197-206.
- BARROS, L. (1998): *Introdução à Pré e Proto-História de Almada*. Câmara Municipal de Almada - Museu Municipal. Almada.
- BARROS, L. y MONGE SOARES, A. M. (2004): «Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal)». *O Arqueólogo Português* [serie IV] 22: 333-352.
- BARTOLONI, G. (1987): «Le comunità dell'Italia centrale tirrenica e la colonizzazione greca in Campania». En M. Cristofani (ed.): *Etruria e Lazio Arcaico. Quaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica* 15: 37-53.
- (1994): «La cultura laziale e il villanoviano salernitano. Considerazioni sui rapporti tra le comunità del Lazio protostorico e le genti esterne». *La presenza etrusca nella Campania meridionale. Atti delle giornate di studio* (Salerno-Pontecagnano, 16-18 novembre 1990). L. S. Olschki Ed. Firenze: 199-226.
- (2002a): *La cultura villanoviana all'inizio della storia etrusca*. Carocci. Roma.
- (2002b): «Appunti sull'introduzione del banchetto nel Lazio: la coppa del principe». En M. G. Amadasi-Guzzo, M. Liverani y P. Matthiae (eds.): *Da Pirgy a Mozia. Studi sull' Archeologia del Mediterraneo in memoria di Antonia Ciasca*. Università di Roma «La Sapienza». Roma: 57-68.
- (2002c): «Strutture e rituali funerari: il caso di Populonia». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 343-362.
- BARTOLONI, G.; BERARDINETTI, A. y DRAGO, L. (2000): «Le comunità della bassa valle tiberina e il Mediterraneo orientale prima della colonizzazione greca». En F. Krininger (ed.): *Die Ägäis und das Westliche Mittelmeer. Beziehungen und Wechselwirkungen 8. bis 5. Jh. V. Chr.* Wien: 525-533.
- BARTOLONI, G. y DELPINO, F. (eds.) (2005): *Oriente e Occidente: metodi e discipline a confronto. Riflessioni sulla cronologia dell'Età del Ferro italiana*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma.
- BARTOLONI, P. (1989): «Nuove testimonianze arcaiche da Sulcis». *Nuovo Bullettino Archeologico Sardo* 2, 1985: 167-192.
- (1990): «Aspetti precoloniali della colonizzazione fenicia in Occidente». *Rivista di Studi Fenici* 18.2: 157-167.
- (1995): «Le linee commerciali all'alba del I millennio». *I Fenici. Ieri, Oggi, Domani: ricerche, scoperte, progetti* (Roma, 3-5 marzo 1994). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 245-259.
- (1996): «Olbia e la politica cartaginese nel IV sec.a.C.». En A. Mastino y P. Ruggeri (eds.): *Da Olbia a Olbia. Olbia in età antica. Atti del convegno internazionale di studi* (Olbia, 12-14 maggio 1994). Carocci. Sassari: 165-175.
- (1997a): «Un sarcofago antropoide filisteo da Neapolis (Or-Sardegna)». *Rivista di Studi Fenici* 25: 97-103.
- (1997b): «L'insediamento fenicio-punico di Bithia». En Bernardini *et al.* 1997: 81-88.
- (1998a): «Ancora su un sarcofago filisteo da Neapolis (Sardegna)». *Rivista di Studi Fenici* 26: 139-142.
- (1998b): «Protocolonizzazione fenicia in Sardegna». En Balmuth y Tykot 1998: 341-345.
- BARTOLONI, P. y BERNARDINI, P. (2005): «I Fenici, i Cartaginesi e il mondo indigeno di Sardegna tra l'VIII e il III sec.a.C.». *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 2: 57-73.
- BARTOLONI, P.; BONDÌ, S. F. y MOSCATI, S. (1997): *La penetrazione fenicia e punica in Sardegna. Trent'anni dopo*. Accademia Nazionale dei Lincei - Memorie s.9, v.9, fasc.1. Roma.
- BARTOLONI, P. y CAMPANELLA, L. (eds.) (2000): *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano* (Sant'Antioco, 19-21 settembre 1997). Collezione di Studi Fenici 40. Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma.
- BASCH, L. (1997): «Une représentation de navire du type égéen dans l'oasis de Dakhleh (Égypte) vers 1200 av. J.-C.». En Swiny *et al.* 1997: 17-30.
- BASS, G. F. (1967): *Cape Gelidonya: A Bronze Age shipwreck*. Transactions of the American Philosophical Society n° 57, part 8. Philadelphia.
- (1973): «Cape Gelidonya and the Bronze Age Maritime Trade». *Veröffentlichung zur Kultur und Geschichte des Alten Orients und des Alten Testaments* 22: 34-37.
- (1986): «A Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun (Kas). 1984 Campaign». *American Journal of Archaeology* 90: 269-296.
- (1991): «Evidence of Trade from Bronze Age Shipwrecks». En Gale 1991b: 69-82.
- (1997): «Prolegomena to a study of maritime traffic in raw materials to the Aegean during the fourteenth and thirteenth centuries BC». En R. Laffineur y P. Betancourt (eds.): *TEXNH. Craftsmen, craftswomen and craftsmanship in the Aegean Bronze Age*. *Aegaeum* 16: 153-170.

- (1998): «Sailing between the Aegean and the Orient in the Second Millennium b.C». En H. E. Cline y D. Harris Cline (eds.): *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati 1997*. *Aegaeum* 18: 183-191.
- BASS, G. F.; FREY, D. A. y PULAK, C. (1984): «A Late Bronze Age shipwreck at Kas, Turkey». *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration* 13.4: 271-279.
- BASS, G.; PULAK, C.; COLLON, D. y WEINSTEIN, T. (1988): «The Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun. 1986 Campaign». *American Journal of Archaeology* 92: 1-37.
- BATS, M. (1998): «Marseille archaïque: Etrusques et Phocéens en Méditerranée nord-occidentale». *Mélanges de l'École Française de Rome* 110: 609-633.
- (2000): «Les Grecs en Gaule au premier Âge du Fer et le commerce emporique en Méditerranée occidentale». En Janin 2000: 243-248.
- BEA, D. y DILOLI, J. (2005): «Elements de representació durant la Primera Edat del Ferro al curs inferiors de l'Ebre: el recinte del Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta)». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 15: 179-198.
- BECARES PÉREZ, J. (1994): «La representaciones de carros de Los Buitres (Capilla, Badajoz), en la cronología del arte esquemático típico». *Zephyrus* 46: 195-213.
- BECK, C. W. y LIU, T. (1976): «Origine de l'ambre des grottes du Hasard et du Prevel». *Gallia Préhistoire* 19: 201-207.
- BECK, H. C. (1927): «Classification and Nomenclature of Beads and Pendants». *Archaeologia* 77: 1-76.
- BECK, P. (1977): «Akko. Tombs near the Persian garden. The cylinder seals». *'Atiqot* 12: 63-69.
- BEDIA GARCÍA, M. J. y PÉREZ MACÍAS, J. A. (1993): *Excavaciones Arqueológicas en la Muralla Tartésica de Niebla. Los Cortes II-III/92*. Cuaderno Temático 6. Huelva.
- BEDINI, A. (1988-89): «Tor de' Cenci (Roma). Tombe protostoriche». *Notizie degli Scavi di Antichità*: 221-279.
- BEDINI, A. y CORDANO, F. (1975): «Castel di Decima. La necropoli arcaica». *Notizie degli Scavi di Antichità*: 369-408.
- (1977): «L'ottavo secolo nel Lazio e l'inizio dell'orientalizzante antico alla luce di recenti scoperte nella necropoli di Castel di Decima». *La Parola del Passato* 32: 274-309.
- BEGEMANN, F.; SCHMITT-STRECKER, S.; PERNICKA, E. y LO SCHIAVO, F. (2001): «Chemical composition and lead isotope of copper and bronze from Nuragic Sardinia». *European Journal of Archaeology* 4.1: 43-85.
- BELÉN, M. (1993): «Mil años de historia de Coria: la ciudad prerromana». En J. L. Escacena (coord.): *Arqueología de Coria del Río y su entorno*. *Azotea* 11-12: 35-60.
- (2000): «Santuarios y comercio fenicio en Tartessos». En Fernández Uriel *et al.* 2000: 293-312.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J. L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1992a): «Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3: 65-87.
- (1992b): «Niebla (Huelva). Excavaciones junto a la puerta de Sevilla (1978-1982). La Cata 8». *Huelva Arqueológica* 12: 167-305.
- (1995): «Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico». En Ruiz-Gálvez 1995b: 85-113.
- (1997): «Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental». *Spal* 6: 103-131.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L. y BOZZINO, M. I. (1991): «El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación». *Trabajos de Prehistoria* 48: 225-256.
- BELÉN, M.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y GARRIDO, J. P. (1977): *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza*. Huelva Arqueológica III. Huelva.
- BELÉN, M. y PEREIRA, J. (1985): «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía». *Huelva Arqueológica* 7: 307-360.
- BELL, C. (2006): *The Evolution of Long Distance Trading Relationships across the LBA/Iron Age Transition on the Northern Levantine Coast*. BAR International Series 1574. Oxford.
- BELLELLI, V. y BOTTO, M. (2002): «I bacini: considerazioni sulla diffusione nell'Italia medio-tirrenica di una forma ceramica fenicia per il periodo compreso fra il VII e il VI sec. a.C.». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 277-307.
- BELLINTANI, P. (2002): «Vie dell'ambra, vie del vetro». En G. Schneckeburger (ed.): *Attraverso le Alpi. Uomini, vie e scambi nell'antichità*. Provincia Autonoma di Trento - Monografie. Stuttgart: 39-48.
- (2003): «Quali e quante conterie: perle ed altri materiali vetrosi dell'Italia settentrionale nel quadro dell'età del Bronzo europea». *Le comunità della preistoria italiana. Studi e ricerche sul Neolitico e le Età dei metalli*. Atti della XXXV Riunione Scientifica I.I.P.P. in memoria di Luigi Bernabò Brea (Lipari, 2-7 giugno 2000). Istituto Italiano de Preistoria e Protostoria. Firenze: 483-498.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1984): «Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monlón (Caspe)». *Boletín del Museo de Zaragoza* 3: 23-100.

- BEN-ARIEH, S. y EDELSTEIN, G. (1977): «Akko. Tombs near the Persian garden. The tombs and their contents». *Atiqot* 12: 1-44.
- BENDALA GALÁN, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos». *Habis* 8: 177-205.
- (1979): «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos». *Archivo Español de Arqueología* 52: 33-38.
- (1983): «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)». *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*. Ministerio de Cultura. Madrid: 141-146.
- (1985): «Tartessos». *Historia General de España y América* I (1). Rialp. Madrid: 495-562.
- (1986): «La Baja Andalucía durante el Bronce Final». En O. Arteaga (ed.): *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (Cuevas del Almanzora, 1984). Junta de Andalucía. Sevilla: 530-536.
- (1992): «El mundo fenicio-púnico y su expansión mediterránea». En G. Roselló (ed.): *La Prehistòria de les illes de la Mediterrània occidental. X Jornades d'Estudis Històrics Locals*. Institut d'Estudis Balearics. Palma de Mallorca: 375-391.
- (1997): «A Thorny Problem: Was there Contact between the Peoples of the Sea and Tartessos?». En M. S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados (eds.): *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*. Monographs in Mediterranean Archaeology 7. Sheffield: 89-94.
- (2000): *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Temas de Hoy. Madrid.
- BENDALA GALÁN, M.; HURTADO, V. y AMORES, F. de (1979-80): «Tres nuevas estelas de guerreros en la provincia de Córdoba». *Habis* 10-11: 381-390.
- BENDALA GALÁN, M.; RODRÍGUEZ TERMIÑO, I. y NÚÑEZ, E. (1994): «Una nueva estela de guerrero tartésica de la provincia de Córdoba». En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a José M^a Blázquez* (vol. II). Arys 2. Ediciones Clásicas. Madrid: 59-69.
- BENDALL, L. (2004): «Fit for a King? Hierarchy, exclusion, aspiration and desire in the social structure of Mycenaean banqueting». En Halstead y Barrett 2004: 105-135.
- BENELLI, E.; DELPINO, F. y SANTORO, P. (2005): «Orvieto e i Sabini». En G. M. della Fina (ed.): *Orvieto, l'Etruria Meridionale Interna e l'Agro Falisco. Atti del XII Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*. Quasar. Roma: 429-451.
- BEN-TOR, A. (2000): «Hazor and the Chronology of Northern Israel: a reply to Israel Finkelstein». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 317: 9-15.
- BENZI, M. y GRAZIADIO, G. (1996): «The last Mycenaeans in Italy? LH IIIC pottery from Punta Meliso, Leuca». *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 37: 95-138.
- BEREZANSKAJA, S. S. (1998): «Hordeevka - ein bronzzeitliches Kurgan-Gräberfeld am südlichen Bug». En B. Hänsel y J. Machnik (eds.): *Das Karpatenbecken und die osteuropäische Steppe*. Prähistorische Archäologie in Südosteuropa 12. Munich - Rahden/Westf.: 325-341.
- BERGADÁ, M.; GUERRERO, V. M. y ENSENYAT, J. (2005): «Primeras evidencias de estabulación en el yacimiento de son Matge (Serra de Tramuntana, Mallorca) a través del registro sedimentario». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 153-180.
- BERGADÀ, M. y NICOLÀS J. de (2005): «Aportación de la micromorfología al conocimiento de las prácticas pastoriles de finales de la Edad de Bronce en el yacimiento de la Cova des Morts (Mongofre Nou, Maó, Menorca)». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 181-202.
- BERGONZI, G. (1996): «Bilance nelle tombe. Qualche considerazione su di un rituale funerario del Tardo Heladico». En E. de Miro, L. Godart y A. Lacconi (eds.): *Atti e memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia*. Incunabula Graeca vol. XCVIII n° 3. Roma: 1531-1542.
- BERNABÒ BREA, L. (1953-54): «La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica». *Ampurias* 15-16: 137-235.
- (1958): *La Sicilia prima dei Greci*. Il Saggiatore. Milano.
- (1964-65): «Leggenda e archeologia nella protostoria siciliana». *Kokalos* 10-11: 1-33.
- (1966): *La Sicilia prima dei Greci* [4ª ed.]. Il Saggiatore. Milano.
- (1968): «Il crepuscolo del re Hyblon. Considerazioni sulla cronologia delle fondazioni di Leontinoi, Megara e Siracusa e sulla topografia della Megaride di Sicilia». *La Parola del Passato* 23: 161-186.
- BERNABÒ BREA, L.; CARDARELLI, A. y CREMASCHI, M. (eds.) (1997): *Le Terramare. La più antica civiltà padana*. Electra. Modena.
- BERNABÒ BREA, L. y CAVALIER, M. (1960): *Meligunis Lipára*. Flaccovio. Palermo.
- (1980): *Meligunis - Lipára* IV. Flaccovio. Palermo.
- BERNAL CASASOLA, D. (2004): «Ánforas de transporte y contenidos. A propósito de la problemática de algunos envases de los ss. II y I aC». *Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz*. XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Ayuntamiento de San Fernando - Fundación de Cultura - Publicaciones Obra Social y Cultura de Caja Sur. Córdoba: 321-378.

- BERNARDINI, P. (1988): «L'insediamento fenicio». *Rivista di Studi Fenici* 16: 75-89.
- (1989): «Tre nuovi documenti di importazione dalla collina di Muru Mannu». *Rivista di Studi Fenici* 17: 286-290.
- (1991): *Micenei e Fenici. Considerazioni sull'età precoloniale in Sardegna*. *Orientis Antiqui Collectio* 19. Istituto per l'Oriente C.A. Nallino. Roma.
- (1993a): «Considerazioni sui rapporti tra la Sardegna, Cipro e l'area egeo-orientale nell'età del Bronzo». *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 10: 29-67.
- (1993b): «La Sardegna e i fenici. Appunti sulla colonizzazione». *Rivista di Studi Fenici* 21.1: 29-81.
- (1995): «Le origini di Sulcis». En Santoni 1995: 193-201.
- (1997): «L'insediamento fenicio di Sulci». En Bernardini *et al.* 1997: 58-61.
- (1999): «La Sardegna e gli altri: elementi di formazione e di sviluppo». *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 17: 69-92.
- (2000a): «I *phoinikes* verso occidente: una riflessione». *Rivista di Studi Fenici* 28.1: 13-33.
- (2000b): «Precolonizzazione e colonizzazione». En Bernardini y D'Oriano 2000: 27-30.
- (2000c): «Fenomeni di interazione tra fenici e indigeni in Sardegna». En Ruiz Mata 2000: 39-98.
- (2000d): «La presenza egeo-orientale in Sardegna e le rotte dell'età del Bronzo». En Bernardini y D'Oriano 2000: 23-26.
- (2002a): «I bronzi sardi di Cavalupo di Vulci e i rapporti tra la Sardegna e l'area tirrenica nei secoli IX-VI a.C. Una rilettura». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 421-430.
- (2002b): «Gli eroe e le fonti». *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 19: 209-233.
- (2004): «I roghi del passaggio, le camere del silenzio. Aspetti rituali e ideologici del mondo funerario fenicio e punico di Sardegna». En González Prats 2004: 131-169.
- (2005a): «La Sardegna e gli altri: elementi di formazione, di sviluppo, di interazione». En V.V. A.A. 2005: 9-26.
- (2005b): «*Neapolis* e la regione fenicia del golfo di Oristano». En R. Zucca (ed.): *Splendidissima Civitas Neapolitanorum*. Carocci. Roma: 67-123.
- (2005c): «Recenti indagini nel santuario tofet di Sulci». En Spanò Giammellaro 2005: 1059-1069.
- (e.p.): «La regione del Sulcis in età fenicia», *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 4.
- BERNARDINI, P. y D'ORIANO, R. (eds.) (2000): *Argyrophleps Nesos. L'isola dalle vene d'argento. Esploratori, mercanti e coloni in Sardegna tra il XIV e il VI sec. a.C.* Comune di Fiorano Modenese. Fiorano Modenese.
- BERNARDINI, P.; D'ORIANO, R. y SPANU, P. G. (eds.) (1997): *Phoinikes BSHRDN. I Fenici in Sardegna. Nuove acquisizioni*. S'Alvure. Oristano.
- BERNARDINI, P. y ZUCCA, R. (eds.) (2005): *Il Mediterraneo di Heraklès. Studi e Ricerche*. Carocci. Roma.
- BERNIER, J. (1968-69): «Una nueva estela grabada junto a las murallas ibéricas de Ategua en la provincia de Córdoba». *Zephyrus* 19-20: 181-185.
- BERROCAL-RANGEL, L. (1985): «Una nueva aportación al estudio de las estelas y escritura prerromana del Suroeste peninsular». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 21: 30-33.
- (1987): «La losa de Capote (Higuera la Real)». *Archivo Español de Arqueología* 60: 195-207.
- BETTELLI, M. (1994): «La cronologia della prima età del ferro laziale attraverso i dati delle sepolture». *Papers of the British School at Rome* 62: 1-66.
- (2000): «La punta di lancia della tomba 6 di Eretria: una reconsiderazione». En A. Carandini y R. Cappelli (eds.): *Roma. Romolo, Remo e la fondazione della città*. Electa. Milano: 336-338.
- (2002): *Italia meridionale e mondo miceneo. Ricerche su dinamiche di acculturazione e aspetti archeologici con particolare riferimento ai versanti adriatico e ionico della penisola italiana*. All'Insegna del Giglio. Firenze.
- (2006) «Fogge simili ma non identiche: alcune considerazioni sulle spade tipo Thapsos-Pertosa», *Studi di Protostoria in onore di Renato Peroni*, Edizioni all'Insegna del Giglio. Firenze: 240-245.
- BETTENCOURT, A. M. S. (1998): «O conceito de Bronze Atlântico na Península Ibérica». En Jorge 1998: 18-39.
- (2000): *O Povoado de São Julião, Vila Verde, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze e na transição para a Idade do Ferro*. Cadernos de Arqueologia - Monografias 10. Braga.
- (2001): *O Povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze*. Cadernos de Arqueologia - Monografias 12. Braga.
- BIANCO PERONI, V. (1970): *Le spade nell'Italia continentale. Die Schwerter in Italien*. Prähistorische Bronzefunde IV.1. München.
- (1979): *I rasoi nell'Italia continentale*. PBF VIII.2. München.
- BIETTI SESTIERI, A. M. (1982): «Frattésina (Fratta Polesine, Rovigo)». En Vagnetti 1982b: 201-207.
- (1997a): «Il territorio padano dopo le terramare». En Bernabò Brea *et al.* 1997: 757-767.
- (1997b): «Italy in Europe in the Early Iron Age». *Proceedings of the Prehistoric Society* 63: 371-402.
- (1998): «L'Italia in Europa nella prima età del Ferro: una proposta di ricostruzione storica». *Archeologia classica* 50: 1-67.

- (2004): «Un modèle sur les mécanismes d'échanges et de circulation entre le monde égéen et la Méditerranée occidentale au deuxième millénaire av. J.-C. Un cadre essentiel pour la compréhension de la métallurgie». En Lehoëff 2004: 7-31.
- BIKAI, P. M. (1978a): *The Pottery of Tyre*. Aris and Phillips. Warminster.
- (1978b): «The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 229: 47-56.
- (1981): «The Phoenician Imports». En V. Karageorghis *et al.*: *Excavations at Kition IV. The Non-Cypriote Pottery*. Department of Antiquities. Nicosia: 23-35.
- (1983): «The Imports from the East». En V. Karageorghis: *Palaepaphos-Skales. An Iron Age Cemetery in Cyprus*. Universitätsverlag Konstanz GMBH. Konstanz: 396-405.
- (1987a): *The Phoenician Pottery of Cyprus*. A.G. Leventis Foundation. Nicosia.
- (1987b): «Trade networks in the Early Iron Age: The Phoenicians at Palaepaphos». En D. W. Rupp (ed.): *Western Cyprus: Connections*. An Archaeological Symposium (Brock University, Ontario 1986). Paul Aström Förlag, Göteborg: 125-128.
- (1988): «Background». En Coldstream 1988: 36-37.
- (1994): «The Phoenicians and Cyprus». En Karageorghis 1994a: 31-36.
- (2000): «Phoenician Ceramics from the Greek Sanctuary». En J. W. Shaw y M. C. Shaw (eds.): *Kommos IV. The Greek Sanctuary. Part 1*. Princeton University Press. Princeton: 302-312.
- (2003): «Appendix I. Statistical Observations on the Phoenician Pottery of Kition». En Karageorghis 2003: 207-238.
- BILLAUD, Y.; BUISSON-CATIL, J.; LEMERCIER, O.; MÜLLER, A.; SAUZADE, G. y VITAL, J. (2004): «Quelques sites de l'Âge du bronze en Vaucluse». En J. Buisson-Catil, A. Guilcher, C. Hussy, M. Olive y M. Pagni (dirs.): *Vaucluse préhistorique*. Éd. A. Barthélémy. Avignon: 269-300.
- BILLAUD, Y. y GRATUZE, B. (2002): «Les perles en verre et en faïence de la Protohistoire française». En J. Guilaine (dir.): *Matériaux, Productions, Circulations du Néolithique à l'Âge du bronze*. Errance. Paris: 193-210.
- BINTLIFF, J. (ed.) (1991): *The Annales School and Archaeology*. New York University Press. New York.
- BISI, A. M. (1980): «La diffusion du smiting god syro-palestinien dans le milieu phénicien d'Occident». *Karthago* 19: 5-14.
- (1987a): «Ateliers phéniciens dans le monde égéen». En E. Lipiński (ed.): *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millennium B.C.* Studia Phoenicia V. Leuven: 225-237.
- (1987b): «Bronzi vicino-orientali in Sardegna. Importazioni e influssi». En Balmuth 1987: 225-239.
- (1988): «Modalità e aspetti degli scambi fra Oriente e Occidente fenicio in età precoloniale». En Acquaro *et al.* 1988: 205-226.
- BLANCHET, J.-C. (1984): *Les premiers métallurgistes en Picardie et dans le nord de la France*. Mémoires de la Société Pré-historique Française 17. Paris.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1960): «Noticias de arqueología andaluza». *Zephyrus* 11: 151-163.
- (1976): «Cerámica ibérica de Andalucía y Levante». *Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos* 14: 7-18.
- BLANCO FREIJEIRO, A.; LUZÓN NOGUÉ, J. M. y RUIZ MATA, D. (1969): «Panorama tartésico en Andalucía occidental». *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez, 1968). Publicaciones Eventuales 13. Instituto de Arqueología y Prehistoria - Universidad de Barcelona. Barcelona: 119-162.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*. Labor. Barcelona.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (1992): «Las necrópolis ibéricas del sureste de la Meseta». En J. Blánquez y V. Antona (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*. Serie Varia 2. UAM. Madrid: 235-278.
- BLASCO BOSQUED, C. (1987): «Un ejemplar de fíbula de codo *ad occhio* en el valle del Manzanares». *Boletín de la Asociación Española de amigos de la Arqueología* 59: 21-26.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1957-58): «Caballos en el infierno etrusco». *Ampurias* 19-20: 31-80.
- (1959): «Cultos solares en la Península Hispánica. El caballo de Calaceite». *V Congreso Arqueológico Nacional. Zaragoza 1957*. Madrid: 180-189.
- (1968): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Acta Salmanticensia 58. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* [2ª ed. revisada]. Acta Salmanticensia 85. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (1983): «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce». *Archivo Español de Arqueología* 56: 213-219.
- (1985-86): «Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica». *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas. Veleia* 2-3: 469-497.
- (1986): «La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica». *Archivo Español de Arqueología* 59: 191-198.

- (1995): «El Período Orientalizante en Tartessos y en Etruria. Semejanzas y diferencias». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 17-40.
- (1999): «La guerra en la Hispania antigua. Las estelas con guerreros». *Veleia* 16: 51-60.
- (2002): «La precolonización y la colonización fenicia. El período orientalizante en la Península Ibérica. Estado de la cuestión». *Archivo Español de Arqueología* 75: 37-57.
- (2005): «Evolución del concepto orientalizante en los 50 últimos años en la investigación hispana». En Celestino y Jiménez 2005: 129-148.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.; LUZÓN, J. M.; GÓMEZ, F. y CLAUSS, K. (1970): *Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*. Huelva Arqueológica 1. Huelva.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.; RUIZ MATA, D.; REMESAL, J.; RAMÍREZ, J. L. y CLAUSS, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977*. Excavaciones Arqueológicas en España 102. Ministerio de Cultura. Madrid.
- BLEGEN, C. W. (1937): *Prosymna. The Helladic settlement preceding the Argive Heraeum*. Cambridge University Press. Cambridge.
- BLOCH, M. y PARRY, J. (1988): «Introduction: Money and the morality of exchange». En J. Parry y M. Bloch (eds.): *Money and the morality of exchange*. Cambridge University Press. Cambridge: 1-32.
- BOARDMAN, J. (1967): «The Khanialé Tékke Tombs II». *Papers of the British School at Rome* 62: 57-75.
- (1991): «Dates and Doubts». *Archäologischer Anzeiger* 103: 423-425.
- (1994): «Orientalia and Orientals in Ischia». En d'Agostino y Ridgway 1994: 95-100.
- (1996): «Euboeans overseas: a question of identity». En Lemos y Sherratt 1996: 146-154.
- (1998): *Early Greek Vase Painting: 11th-6th centuries BC*. Thames and Hudson. London.
- (2004): «Copies of Pottery. By and for whom?». En Lomas 2004: 149-162.
- (2006): «Early Euboean Settlement in the Carthage Area». *Oxford Journal of Archaeology* 25.2: 195-200.
- BOARETTO, E.; JULL, T.; GILBOA, A. y SHARON, I. (2005): «Dating the Iron Age I/II Transition in Israel: first intercomparison results». *Radiocarbon* 47.1: 39-55.
- BOCQUET, A. (1981): «Les rapports entre les Alpes du Nord et l'Italie au Bronze final». *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 78: 144-153.
- BOCQUET, A. y LEBASCLE, M.-C. (1983): *Metallurgia e relazioni culturali nell'età del Bronzo finale delle Alpi del Nord francesi*. La Memoria della Terra 1. Anthropologia Alpina. Turin.
- BONDÌ, S. F. (1980): «Penetrazione fenicio-punica e storia della civiltà punica in Sicilia. La problematica storica». En E. Gabba y G. Vallet (eds.): *La Sicilia Antica I, 1. Indigeni, fenici-punici e greci*. Società editrice storia di Napoli e della Sicilia. Napoli: 163-225.
- (1987): «La frequentazione precoloniale fenicia». En V.V.A.A.: *Storia dei Sardi e della Sardegna. 1. Dalle origini alla età bizantina*. Jaka Books. Milano: 129-145.
- (1988a): «Problemi della precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale». En Acquaro *et al.* 1988: 243-255.
- (1988b): «Sull'organizzazione dell'attività commerciale nella società fenicia». *Stato, economia, lavoro nel Vicino Oriente Antico*. Franco Angeli. Milano: 348-362.
- (1991): «Elementi di storia fenicia nell'età dell'espansione mediterranea». *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Roma, 9-14 novembre 1987). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 51-58.
- (2001): «Interferenze fra culture nel Mediterraneo antico: Fenici, Punici, Greci». En S. Settis (ed.): *I Greci* 3. Einaudi. Torino: 369-400.
- BONET, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*. Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia.
- BONFANTE, L. y KARAGEORGHIS, V. (eds.) (2001): *Italy and Cyprus in Antiquity: 1500-450 BC. Proceedings of an International Symposium held at the Italian Academy for Advanced Studies in America at Columbia University, November 16-18, 2000*. The Costakis and Leo Severis Foundation. Nicosia.
- BONINO, M. (1989): «Imbarcazioni arcaiche in Italia: Il problema delle navi usate dagli etruschi». *Secondo Congresso Internazionale Etrusco* (Firenze 1985). Suplemento di Studi Etruschi (vol. III): 1519-1532.
- (2002): «Tipi navali della Sardegna nurágica». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 523-535.
- BONINU, A. (1994): «Studi archeologici del territorio». En E. Espa (ed.): *Siniscola dalle origini ai nostri giorni*. Il Torchietto. Ozieri: 17-155.
- BONNET, C. (1996): *Astarté*. Contributi alla Storia della Religione Fenicio-Punica II. Roma.
- BONZANI, R. M. (1992): «Territorial Boundaries, Buffer Zones and Sociopolitical Complexity: a Case Study of the Nuraghi in Sardinia». En Tykot y Andrews 1992: 213-216.

- BOREUX, C. (1932): *Département des Antiquités Égyptiennes. Guide-Catalogue Sommaire II*. Musée National du Louvre. Paris.
- BORGNA, E. (1992): *Il ripostiglio di Madriolo presso Cividale e i pani a piccone del Friuli-Venezia Giulia*. Edizioni Quasar. Roma.
- (1997): «Il ripostiglio di Madriolo». En Bernabò Brea *et al.* 1997: 59-63.
- (2004): «Social meanings of food and drink consumption at LMIII Phaistos». En Halstead y Barrett 2004: 174-195.
- BORGNA, E. y TURK, P. (1998): «Metal exchange and the circulation of bronze objects between central Italy and the Caput Adriae (XI-VIIIth BC): implications for the community organisation», *Proceedings of the XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences, Forlì-Italia, 8-14 september 1996*, vol. 4, section 11: 351-364.
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): «Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica». *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* 1922. Santander.
- (1953): «Las urnas del Boverot (Almazora) y las infiltraciones célticas en tierras valencianas». *Archivo de Prehistoria Levantina* 4: 187-193.
- (1954): «La Edad del Bronce de la Península Ibérica». *Archivo Español de Arqueología* 27: 45-92.
- (2003 [1932]): *Etnología de la Península Ibérica*. Edición de J. Cortadella. Urgoiti. Pamplona.
- BOST, J. P.; CAMPO, M.; COLLS, D.; GUERRERO, V. M. y MAYET, F. (1992): *L'épave Cabrera III (Majorque). Echanges commerciaux et circuits monétaires au milieu du III^e siècle après J.-C.* Publications du Centre Pierre Paris (URA 991) 23. Paris.
- BOTTÉRO, J. y KRAMER, N. (1993): *Lorsque les dieux faisaient l'homme. Mythologie mésopotamienne*. Gallimard. Paris.
- BOTTO, M. (1986): «I commerci fenici e la Sardegna nella fase precoloniale». *Egitto e Vicino Oriente* 9: 25-49.
- (1987): «I Fenici e i metalli: percorsi di approvvigionamento e smercio». *Geo-archeologia* 2: 7-32.
- (1989): «Considerazioni sul commercio fenicio nel Tirreno durante l'VIII e il VII sec. a.C. I». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico* 11: 233-251.
- (1990a): «Considerazioni sul commercio fenicio nel Tirreno durante l'VIII e il VII sec. a.C. II: le anfore da trasporto nei contesti indigeni del *Latium Vetus*». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico* 12: 198-215.
- (1990b): *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII sec. a.C.* Università degli Studi di Pisa. Pisa.
- (1993a): «Anfore fenicie dai contesti indigeni del *Latium Vetus* nel periodo orientalizzante». *Rivista di Studi Fenici* 21, supplemento: 15-27.
- (1993b): «I bronzi di produzione orientale del tumulo F di Satricum». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico* 15: 9-22.
- (1995a): «I commerci fenici nel Tirreno centrale: Conoscenze, Problemi e Prospettive». *I Fenici. Ieri, Oggi, Domani: ricerche, scoperte, progetti* (Roma, 3-5 marzo 1994). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 43-53.
- (1995b): «Il commercio fenicio fra Sardegna e costa tirrenica nella fase precoloniale: considerazioni sulla patera di bronzo della tomba 132 di Castel di Decima». *Actes du III^e Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques*. Institut National du Patrimoine Tunis: 193-202.
- (1995c): «Studi iconografici sulla gioielleria del *Latium Vetus* di ispirazione orientale». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico* [n. s.] 2: 1-6.
- (1996): «I pendenti discoidali: considerazioni su una tipologia di monili di origine orientale presente nel *Latium Vetus*». En E. Acquaro (ed.): *Alle soglie della Classicità: Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 559-568.
- (2000a): «Considerazioni sulla diffusione di un motivo astrale dalla Mesopotamia all'estremo Occidente mediterraneo e sulla sua interpretazione nell'ambito degli studi fenici e punici». En P. Negróni Scafa y P. Gentili, P. (eds.): *Donum Natalicium. Studi in onore di Claudio Saporetti in occasione del suo 60° compleanno*. Roma: 45-57.
- (2000b): «Tripodi siriani e tripodi fenici dal *Latium Vetus* e dall'Etruria meridionale». En Bartoloni y Campanella 2000: 63-98.
- (2002): «I contatti fra le colonie fenicie di Sardegna e l'Etruria Settentrionale attraverso lo studio della documentazione ceramica». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 225-247.
- (2004a): «Artigiani al seguito di mercanti: considerazioni su un aspetto del commercio fenicio nel Mediterraneo». En S. Bruni, T. Caruso y M. Massa, M. (eds.): *Archaeologica Pisana. Scritti per Orlanda Pancrazzi*. Terra Italia 7. Giardini editori e stampatori in Pisa. Pisa: 31-38.
- (2004b): «Influssi orientali nei contesti funerari orientalizzanti del *Latium Vetus*». En González Prats 2004: 171-204.
- (2004-2005): «Da Sulky a Huelva: considerazioni sui commerci fenici nel Mediterraneo antico». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico*. 11-12: 9-27.

- (2005a): «Per una riconsiderazione della cronologia degli inizi della colonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale». En Bartoloni y Delpino 2005: 579-606.
- (2005b): «Considerazioni sul periodo orientalizzante nella Penisola Italica: la documentazione del *Latium Vetus*». En Celestino y Jiménez 2005: 47-74.
- (2007): «Urbanistica e topografia delle città fenicie di Sardegna: il caso di Nora». En J. L. López Castro (ed.): *Las Ciudades Fenicio-Púnicas en el Mediterráneo Occidental, III Coloquio Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos-Universidad de Almería. Almería: 105-142.
- BOTTO, M. y RENDELI, M. (1998): «Progetto Nora. Campagne di prospezione 1992-1996». *L'Africa Romana. Atti del XII Convegno di Studio* (Olbia, 12-15 dicembre 1996). Carocci. Sassari: 713-736.
- BOTTO, M. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): «Importazioni etrusche tra le Baleari e la Penisola Iberica (VIII - prima metà del V sec. A.C.)». En G. M. della Fina (ed.): *Gli Etruschi e il Mediterraneo: commerci e politica. Atti del XIII Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*. Annali della Fondazione per il Museo Claudio Faina XIII. Roma: 117-196.
- BOUND, M. (1985): «Una nave mercantile di età arcaica all'Isola di Giglio». *Il commercio etrusco arcaico Atti dell'incontro di studio. 5-7 dicembre 1983*. CNR. Quaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica: 65-71.
- BOUNNI, A.; LAGARCE, E. y LAGARCE, J. (2001): «Ras Ibn Hani, I: Le palais nord du bronze recent: Fouilles 1979-1995, Synthèse préliminaire». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 322: 85-87.
- BOUROGIANNIS, G. (2000): «The Black-on-Red Pottery Found in Cos: from Pots to Trade or Immigrants». *Annali di Archeologia e Storia Antica. Istituto Universitario Orientale. Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico* [n.s.] 7: 9-23.
- BOUSCARAS, A. y HUGES, C. (1972): «La cargaison de Rochelongues (Agde, Hérault)». *Rivista di Studi Liguri. Omaggio a F. Benoit I*. Bordighera: 173-184.
- BRANDHERM, D. (1996): «Eine Frühbronzezeitliche Schlitzblattlanzenspitze Ägäisch-anatolischen Typs aus Südostspanien?». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 26.3: 263-267.
- (1998): «Algunas consideraciones acerca de la espada de Guadalajara. ¿Un excepcional depósito desarticulado del Bronce Medio de la Meseta?». *Trabajos de Prehistoria* 55.2: 177-184.
- (2006): «Zur Datierung der ältesten griechischen und phönizischen Importkeramik auf der Iberischen Halbinsel - Bemerkungen zum Beginn der Eisenzeit in Südwesteuropa». *Madridrer Mitteilungen* 47: 1-23.
- (2007): *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares*. Prähistorische Bronzefunde IV.16. Stuttgart.
- BRANIGAN, K. (1974): *Aegean Metalwork of the Early and Middle Bronze Age*. Oxford University Press. Oxford.
- BRAUDEL, F. (2001 [1953]): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* [4ª reimp. 2001]. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- BREGLIA PULICI DORIA, L. (2005): «La Sardegna arcaica e la presenza greca: nuove riflessioni sulla tradizione letteraria». En Bernardini y Zucca 2005: 61-86.
- BREUIL, H. (1917): «Le char et le traineau dans l'art rupestre d'Extrémadure». *Terra Portuguesa* 15-16: 81-86.
- (1933): *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique. II. Bassin du Guadiana*. Fondation Singer-Polignac-Imprimerie de Lagny. Paris.
- (1935): *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique. IV. Sud-Est et Est de l'Espagne*. Fondation Singer-Polignac-Imprimerie de Lagny. Paris.
- BRIARD, J. (1964): «Notes sur quelques faucilles à douille de l'Âge du Bronze trouvées en France». *L'Anthropologie* 68: 133-138.
- (1965): *Les dépôts bretons et l'Âge du Bronze Atlantique*. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique de la Faculté des Sciences de Rennes. Rennes.
- (1966): *Dépôts de l'Âge du Bronze du Bretagne: La Prairie de Mauves à Nantes*. Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique de la Faculté des Sciences. Rennes.
- (1979): *The Bronze Age in Barbarian Europe. From the Megaliths to the Celts*. Routledge & Kegan Paul. London (1ª ed. fr. 1976).
- (1991): «Le groupe de l'épée en langue de carpe en Armorique: une revision». En Chevillot y Coffyn 1991: 125-144.
- BRIARD, J. y GIOT, P.-R. (1956-58): *Dépôts de l'Âge du Bronze de Bretagne*. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie et de Préhistoire de la Faculté des Sciences de Rennes. Rennes.
- BRIARD, J. y MOHEN, J.-P. (1983): *Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France II: poignards, hallebardes, pointes de lance, pointes de flèche, armement défensif*. Société Préhistorique Française. Paris.
- BRIARD, J. y ONNÉE, Y. (1972): *Le Dépôt du Bronze Final de Saint-Brieuc-des-Iffs (I. et V.)*. Travaux du Laboratoire «Anthropologie-Préhistoire-Protohistoire-Quaternaire Armoricains». Université de Rennes. Rennes.
- BRIARD, J. y VERRON, G. (1976): *Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France III: haches (I)*. Société Préhistorique Française. Paris.
- BRIEND, J. y HUMBERT, J.-B. (1980): *Tell Keisan (1971-76). Une cité phénicienne en Galilée*. Orbis Biblicus et Orientalis 1. Fribourg-Göttingen.

- BRIESE, C. y DOCTER, R. (1992): «Der phönizische Skyphos. Adaption einer griechischen Trinkschale». *Madri der Mitteilungen* 33: 25-69.
- BRITTON, D. (ed.) (1960): *Bronze Age Grave-Groups and Hoards in the British Museum*. Inventaria Archaeologica GB8. British Museum. London.
- BRIZIO, E. (1893): «Regione VIII. Bologna». *Notizie degli Scavi*: 186-187.
- BROCK, J. (1957): *Fortetsa. Early Greek Tombs at Knossos*. British School at Athens. Supplementary Paper 2. Cambridge University Press. Cambridge.
- BRONK RAMSEY, C.; HIGHAM, T. F. G.; OWEN, D. C.; PIKE, A. W. G. y HEDGES, R. E. M. (2002): «Radiocarbon dates from the Oxford AMS system: *Archaeometry* datelist 31». *Archaeometry* 44.3, Supplement 1: 1-150.
- BROODBANK, M. C. (2000): *An island archaeology of Early Cyclades*. Cambridge University Press. Cambridge.
- BRUINS, H. J.; VAN DER PLICHT, J. y MAZAR, A. (2003a): «¹⁴C Dates from Tel Rehov. Iron-Age Chronology, Pharaohs, and Hebrew Kings». *Science* 300: 315-318.
- (2003b): «Response to Comment on «¹⁴C Dates from Tel Rehov. Iron-Age Chronology, Pharaohs, and Hebrew Kings»». *Science* 302: 568.
- BRUN, P. (1986): *La civilisation des Champs d'Urnes. Étude critique dans le Bassin parisien*. Documents d'Archéologie Française 4. Paris.
- BRUN, P. y MORDANT, C. (eds.) (1988): *Le groupe Rhin-Suisse-France orientale et la notion de civilisation des Champs d'Urnes. Actes du Colloque de Nemours 1986*. Mémoire du Musée de Préhistoire d'Ile-de-France 1. Paris.
- BRUNET, P. (1992): «El transport de productos forestals a través dels ports secundaris de Mallorca». *Treballs de Geografia* 44: 131-144.
- BUCHANAN, B. (1968): *Catalogue of Ancient Near Eastern Seals in the Ashmolean Museum. Vol. I. Cylinder Seals*. Bulletin of the School of Oriental and African Studies 31.3. University of London: 601-602.
- BUCHHOLZ, H.-G. (1959): «Keftiubarren und Erzhandel im Zweiten vorchristlichen Jahrtausend». *Prähistorische Zeitschrift* 37.1: 1-40.
- (1962): «Der Pfeilglätter aus dem VI. Schachtgrab von Mykene und die helladischen Pfeilspitzen». *JdI* 77: 1-58.
- (1996): *Tamassos, ein antikes Königsreich aus Zypern*. Studies in Mediterranean Archaeology and Literature Pocket-book. P. Åströms Forlag. Jonsered.
- BÜCHNER, G. (1982): «Die Beziehungen zwischen der euboeischen Kolonie Pithekoussai auf der Insel Ischia und dem nordwestsemitischen Mittelmeerraum in der zweiten Hälfte des 8. Jhs. v. Chr.». En H. G. Niemeyer (ed.): *Phoenizier im Westen: Die Beiträge des Internationalen Symposiums über die phönizische Expansion im westlichen Mittelmeerraum* (Koeln vom 24. Bis 27. April 1979). *Madri der Beiträge* 8. Philipp von Zabern. Mainz: 277-306.
- BÜCHNER, G. y BOARDMAN, J. (1966): «Seals from Ischia and the Lyre-player Group». *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* 81: 1-62.
- BÜCHNER, G. y RIDGWAY, D. (1993): *Pithekoussai I. Le necropoli: tombe 1-723 scavate dal 1952 al 1962*. Monumenti Antichi 55. Giorgio Bretschneider Editore. Roma.
- BUDD, P.; POLLARD, M. A.; SCAIFE, B. y THOMAS, R. G. (1995): «Oxhide Ingots, Recycling and the Mediterranean Metals Trade». *Journal of Mediterranean Archaeology* 8.1: 1-32.
- BUENO, P. y PIÑÓN, F. (1985): «La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz)». *Estudios de Arqueología Extremeña. Homenaje a D. Jesus Cánovas Pesini*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz: 37-43.
- BUENO, P.; PIÑÓN, F.; TORRES, F.; RODRÍGUEZ, J. J. y GUTIÉRREZ, F. (1984): «Tres nuevas estelas del Suroeste». *Revista de Estudios Extremeños* 40.3: 477-483.
- BULTRINI, G. (1995): «Indagini diffrattometriche di materiali pirometallurgici rinvenuti a Tharros e nel bacino di Montevicchio». *Tharros XXI-XXII Rivista di Studi Fenici* 23: 109-120.
- BUNNENS, G. (1979): *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*. Institut Historique Belge de Rome. Bruselas - Roma.
- BURANELLI, F. (1981): «Discussion». *L'Etruria Mineraria. Atti del XII Convegno di Studi Etruschi ed Italici*. Olschki Editore. Firenze: 515-516.
- BURANELLI, F.; DRAGO, L. y PAOLINI, L. (1997): «La necropoli di Casale del Fosso». En G. Bartoloni (ed.): *Le necropoli arcaiche di Veio. Giornata di studio in memoria di Massimo Pallottino*. Dipartimento di scienze storiche, archeologiche e antropologiche dell'antichità - Università degli studi di Roma «La Sapienza». Roma: 63-83.
- BURGESS, C. B. (1968): «The later Bronze Age in the British Isles and north-western France». *Archaeological Journal* 125: 1-45.
- (1979): «A find from Boyton, Suffolk, and the end of the Bronze Age in Britain and Ireland». En Burgess y Coombs 1979: 269-283.
- (1980): *The Age of Stonehenge*. J M Dent. London.
- (1991): «The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic world in the later Bronze Age, c. 1500-700 BC». En Chevillot y Coffyn 1991: 25-45.

- (1992): «Discontinuity and dislocation in later prehistoric settlement: some evidence from Atlantic Europe». En C. Mordant y A. Richard (eds.): *L'habitat et l'occupation du sol à l'Age du Bronze en Europe*. Documents Préhistoriques 4. Paris: 21-40.
- (1996): «'Urns', culture du Wessex et la transition Bronze ancien - Bronze moyen en Grande Bretagne». En C. Mordant y O. Gaiffe (eds.): *Cultures et sociétés du Bronze Ancien en Europe*. Actes du 117ième Congrès National des Sociétés Savantes. Clermont-Ferrand, 1992. Éditions du C.T.H.S. Paris: 605-621.
- (2001a): «Swords, warfare and Sea Peoples: the end of the Late Bronze Age in the East Mediterranean». En C.-T. Le Roux (ed.): *Du monde des chasseurs à celui des métallurgistes: hommage... Jean L'Helgouach et mélanges offerts à Jacques Briard*. Revue Archéologique de l'Ouest, Supplément 9. Rennes: 277-287.
- (2001b): «Problems in the Bronze Age archaeology of Sardinia: seeing the nuragic wood for the trees». En W.H. Metz, B.L. van Beek y H. Steegstra (eds.): *Patina: essays presented to Jay Jordan Butler*. Groningen and Amsterdam: 169-194.
- (2004): «Forty-five years' researches in the chronology and ordering of the British Bronze Age: a personal memoir». En A. Gibson y A. Sheridan (eds.): *From Sickles to Circles: Britain and Ireland at the Time of Stonehenge*. Tempus. Stroud: 339-365.
- BURGESS, C. B. y COOMBS, D. (eds.) (1979): *Bronze Age hoards: some finds old and new*. BAR British Series 67. Oxford.
- BURGESS, C. B.; COOMBS, D. y DAVIES, D. G. (1972): «The Broadward complex and barbed spearheads». En F. Lynch y C. Burgess (eds.): *Prehistoric man in Wales and the west: essays in honour of Lily F. Chitty*. Adams & Dart. Bath: 211-283.
- BURGESS, C. B. y GERLOFF, S. (1981): *The dirks and rapiers of Great Britain and Ireland*. Prähistorische Bronzefunde IV.7. München.
- BURGESS, C. B. y O'CONNOR, B. (2004): «Bronze Age rotary spits: finds old and new, some false, some true». En Roche *et al.* 2004: 184-199.
- BUTLER, J. J. (1963): «Bronze Age connections across the North Sea». *Palaeohistoria* 9.
- (1987): «Bronze Age connections: France and the Netherlands». *Palaeohistoria* 29: 9-34.
- BUXÓ, R.; ALONSO, N.; CANAL, D.; CATALÀ, M.; ECHAVE, C. y GONZÁLEZ, I. (1995): «Estudios recientes sobre agricultura y alimentación vegetal a partir de semillas y frutos en Catalunya (Neolítico-II Edad del Hierro)». *I Congreso de Arqueología Peninsular (vol. IV). Trabalhos de Antropologia e Etnologia*. Porto: 467-480.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1907-08): «Objetos ibéricos, con representaciones de figuras de animales, procedentes de las excavaciones de Calaceite». *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* IV: 399-408.
- (1923): «Losas sepulcrales del Suroeste de la península ibérica, pertenecientes a la edad del bronce, con bajo relieves y grabados de armas». *Coleccionismo* 11 (125-126): 49-58.
- (1924): «La rueda en la Península Ibérica (Papeletas para su estudio desde la época prehistórica hasta los tiempos de Augusto)». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* 3: 71-96.
- (1942): «El thymiaterion céltico de Calaceite». *Archivo Español de Arqueología* 15: 181-198.
- CABRERA BONET, P. (1981): «La cerámica pintada de Huelva». *Huelva Arqueológica* 5: 317-335.
- (1988-89): «El comercio focceo en Huelva: cronología y fisonomía». *Huelva Arqueológica* X-XI.3: 41-100.
- (1995): «Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la costa meridional de la Península desde Málaga a Huelva». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 387-399.
- (1996): «Emporion y el comercio griego arcaico en el nordeste de la Península Ibérica». En R. Olmos y P. Rouillard (eds.): *Formes archaïques et arts ibériques*. Col. Casa de Velázquez 59. Madrid: 43-54.
- (1998a): «Greek trade in Iberia: the extent of interaction». *Oxford Journal of Archaeology* 17.2: 191-206.
- (1998b): «Los primeros viajes al Extremo Occidente: Tartessos y la fundación de Ampurias». En P. Cabrera y C. Sánchez (eds.): *Los Griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Educación y Cultura. Madrid: 86-109.
- (2001): «El comercio jonio arcaico en la Península Ibérica». En Cabrera y Santos 2001: 165-175.
- (2003): «Cerámicas griegas y comercio fenicio en el Mediterráneo occidental». En Costa y Fernández 2003: 61-86.
- CABRERA BONET, P.; OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (coords.) (1994): *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*. *Huelva arqueológica* XIII.1-2. Huelva.
- CABRERA BONET, P. y SANTOS RETOLAZA, M. (eds.) (2001): *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani occidental. Actes de la Taula Rodona celebrada a Empúries, els dies 26 al 28 de maig de 1999*. Monografies Emporitanes 11. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona.
- CÁCERES GUTIÉRREZ, Y. E. (1997): «Cerámicas y tejidos: sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica». *Complutum* 8: 125-140.
- CADOGAN, G. (1998): «The thirteenth-century changes in Cyprus in their Mediterranean context». En Gitin *et al.* 1998: 6-16.
- CALADO, M.; BARRADAS, M. y MATALOTO, R. (1999): «Povoamento protohistórico do Alentejo Central». *Revista de Guimarães*, volume especial I: 363-386.
- CALADO, M.; MATALOTO, R. y ROCHA, A. (e.p.): *Povoamento proto-histórico na margem direita do Regolfo de Alqueva (Alentejo, Portugal)*.

- CALLEJO, C. y BLANCO FREIJEIRO, A. (1960): «Los torques de oro de Berzocana (Cáceres)». *Zephyrus* 11: 250-255.
- CALO LOURIDO, F. (1997): *A cultura castrexa* [2ª ed.]. Edicións A Nosa Terra. Vigo.
- CALVET, Y. (2002): «La fondation d'un sanctuaire phénicien à Kition-Bamboula». *Chaiier du Centre d'Études Chypriotes* 32: 173-180.
- CALVO, M. y GUERRERO, V. M. (2002): *Los inicios de la metalurgia en Baleares. El Calcolítico (c. 2500-1700 cal. BC)*. Ed. El Tall. Palma.
- CALVO, M.; GUERRERO, V. M. y SALVÀ, B. (2001a): *La Cova des Moro (Manacor, Mallorca). Campanyes d'excavació arqueològiques 1995-98*. Col·lecció Quaderns de Patrimoni Cultural 2. Consell Insular de Mallorca. Palma.
- (2001b): *Arquitectura ciclòpea del Bronce balear*. Ed. El Tall. Palma.
- (2002): «Los orígenes del poblamiento balear. Una discusión no acabada». *Complutum* 13: 159-191.
- CALVO, M. y SALVÀ, B. (1999): «Aproximació a la seqüència cronocultural de la naveta I del jaciment de Closos de Can Gaià». *Mayurqa* 25: 61-82.
- (2002): «El poblat dels Closos de Can Gaià dintre del context cultural del Bronze a Mallorca». *Tribuna d'Arqueologia 1998-1999*. Departament de Cultura - Generalitat de Catalunya. Barcelona: 135-158.
- CAMERATA SCOVAZZO, R. (2000): «La statuetta bronzea di Reshef (Melqart)». *Quaderni del Museo Archeologico Regionale «Antonino Salinas»* 6. Regione Siciliana, Assessorato Beni Culturali e Ambientali. Palermo: 9-14.
- CAMERIN, N. (1998): «Two-wheeled vehicle-graves in Iron Age Italy, 8th to 5th centuries B.C.: general consideration and distribution». En R. de Marinis, A. M. Bietti Sestieri, R. Peroni y C. Peretto (eds.): *The Iron Age in Europe. XIII Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences* (Forlì, 1996) 4 (12). Abaco. Forlì: 673-682.
- CAMPANELLA, L. (2003): «L'uomo e il cibo». En J. A. Zamora (ed.): *El hombre fenicio*. CSIC. Roma: 113-125.
- CAMPO, M. (1983): «Las relaciones de Ebusus con el exterior a través de los hallazgos monetarios (siglos III-I a.C.)». *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma, 5-10 Novembre 1979* (vol. I). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 145-156.
- CAMPOLO, S. y GARCÍA, D. (2004): *Bronzes protohistoriques du Musée Calvet d'Avignon*. Musée Calvet. Éditions Edisud. Avignon.
- CAMPORALE, G. (1969): *I commerci di Vetulonia in età orientalizzante*. Sansoni. Firenze.
- CAMPOS, J. M. y GÓMEZ, F. (1995): «El territorio onubense durante el Bronce Final». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 137-158.
- (2001): *La Tierra Llana de Huelva: Arqueología y Paisaje*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- CAMPOS, J. M.; GÓMEZ, F. y PÉREZ, J. A. (2006): *Ilipla-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Universidad de Huelva - Dirección General de Bienes Culturales - Comunidad Económica Europea. Huelva.
- CAMPUS, F. y LEONELLI, V. (2000a): *La tipologia della ceramica nuragica. Il materiale edito*. BetaGamma. Viterbo.
- (2000b): *Le ceramiche nuragiche del Museo G.A.Sanna di Sassari*. ImagoMultimedia. Piedimonte Matese.
- (2003): En Cossu *et al.* 2003.
- CANAL, D. y ROVIRA, N. (2000): «La agricultura y la alimentación vegetal de la Edad del Hierro en la Cataluña oriental». En R. Buxó y E. Pons (eds.): *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*. Sèrie Monogràfica 18. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona. Girona: 139-150.
- CANCIANI, F. (1970): *Bronzi orientali e orientalizzanti da Creta*. Studia Archaeologica 12. L'Erma di Bretschneider. Roma.
- CANCIANI, F. y VON HASE, F.-W. (1979): *La tomba Bernardini di Palestrina*. CNR - Istituto di Archeologia Etrusco-Itálica. Roma.
- CANHA, A. (2002): *Canedotes — Povoado do Bronze Final do Alto Paiva*. Dissertação de mestrado policopiada. Faculdade de Letras. Porto.
- CARANCINI, G.-L. (1984): *Le asce nell'Italia continentale II*. Prähistorische Bronzefunde IX.12. München.
- CARANCINI, G.-L. y PERONI, R. (1999): *L'Età del Bronzo in Italia: per una cronologia della produzione metallurgica*. Quaderni di Protostoria 2. Perugia.
- CARDARELLI, A.; PACCIARELLI, M. y PALLANTE, P. (1997): «Pesi di bilancia dell'età del Bronzo?». En Bernabò Brea *et al.* 1997: 629-642.
- CARDONA G. R. (1999): *Antropología de la escritura*. Gedisa. Barcelona.
- CARDOSO, J. L. (1999-2000): «Aspectos do povoamento da Baixa Extremadura no decurso da Idade do Bronze». *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 7: 355-413.
- (2000): «Na Arrábida, do Neolítico ao Bronze Final». *Trabalhos de Arqueologia* 14. IPA. Lisboa: 45-70.
- (2001): «Achados subaquáticos de defesas de elefante, prováveis indicadores do comércio púnico no litoral português». *Os Púnicos No Extremo Occidente*. Actas do Coloquio Internacional (Lisboa 2000). Universidade Nova. Lisboa: 261-282.
- (2002a): «O território português no quadro das solidariedades comerciais atlanto-mediterrâneas do Bronze final». *A construção da Europa. Discursos* 4. Série Língua, Cultura e Sociedade. Universidade Aberta. Lisboa.
- (2002b): *Pré-História de Portugal*. Editorial Verbo. Lisboa.

- (2004a): *A Baixa Estremadura dos finais do IV milénio a.C. até à chegada dos romanos: um ensaio de história regional*. Estudos Arqueológicos de Oeiras 12. Oeiras.
- (2004b): «Uma tumulação do final do Bronze Final/inícios da Idade do Ferro no Sul de Portugal: a tholos do Cerro do Malhanito (Alcoutim)». En M. C. Lopes y R. Vilaça (eds.): *O passado em cena: narrativas e fragmentos. Miscelânea oferecida a Jorge de Alarcão*. Centro de Estudos Arqueológicos da Universidades de Coimbra e Porto. Coimbra-Porto: 193-223.
- CARDOSO, J. L.; CANINAS, J. C. y HENRIQUES, F. (1998): «Duas cabanas circulares da Idade do Bronze Final do Monte de São Domingos (Castelo Branco)». *Estudos Pré-históricos* 6: 325-345.
- CARLÚS, X.; LÓPEZ CACHERO, F. J.; OLIVA, M.; PALOMO, A.; RODRÍGUEZ, A.; TERRATS, N.; LARA, C. y VILLENA, N. (coords.) (2007): *Cabanes, Sitges i Tombes. El paratge de Can Roqueta (Sabadell, Vallès occidental), del 1300 al 500 aC*. Quaderns d'Arqueologia 4. Museu d'Història de Sabadell. Sabadell.
- CARMONA, P. y RUIZ, J. M. (2003): «Cambios geomorfológicos y puertos históricos en la costa mediterránea valenciana». *Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructuras*. Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de Valencia. Valencia: 115-126.
- CARRASCO GÓMEZ, I. y VERA, E. (2002): «I.A.U. realizada en los yacimientos SE-B y SE-F (Gerena y Salteras, Sevilla), incluidos dentro de los estudios de evaluación de impacto ambiental del proyecto minero 'Las Cruces'». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1999* (vol. II). Junta de Andalucía - Consejería de Cultura. Sevilla: 1086-1099.
- CARRASCO RUS, J.; NAVARRETE, M. S.; PACHÓN ROMERO, J. A.; PASTOR, M.; GÁMIZ, J. y ANÍBAL, C. (1986): *El poblamiento antiguo en la tierra de Loja*. Granada.
- CARRASCO RUS, J. y PACHÓN ROMERO, J. A. (1998a): «Fíbulas de codo tipo Huelva de Montejícar, Granada». *Florentia Iliberritana* 9: 423-443.
- (1998b): «La fíbula de codo tipo Huelva procedente de Puerto Lope/Íllora (Granada)». *Tomás Quesada Quesada. Homenaje*. Universidad de Granada. Granada: 877-896.
- (2001): «Fíbula de codo tipo Huelva en el entorno norte de la Vega de Granada». *Spal* 10: 235-248.
- (2002): «Fíbulas de codo en las altiplanicies granadinas: dos nuevos hallazgos en la comarca de Guadix». *Tabona* 11: 169-188.
- (2006a): «La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología». *Complutum* 17: 103-119.
- (2006b): «Algunas cuestiones sobre el origen oriental de la fíbula de codo tipo Huelva». *Tabona* 14: 63-92.
- (2006c): «Usos funerarios protohistóricos: los túmulos de Pinos Puente (Granada)». En M. C. Calero, J. M. de la Obra y M. J. Osorio (eds.): *Homenaje a M^a Angustias Moreno Olmedo*. Universidad de Granada. Granada: 779-813.
- (2006d): «Sobre la cronología de las fíbulas de codo tipo Huelva». *Archivo de Prehistoria Levantina* 26: 245-291.
- CARRASCO RUS, J.; PACHÓN ROMERO, J. A.; ADROHER, A. y LÓPEZ, A. (2002): «Taller metalúrgico de fines del bronce en Guadix (Granada): contribución a la contextualización de las fíbulas de codo tipo Huelva en Andalucía Oriental». *Florentia Iliberritana* 13: 357-385.
- CARRASCO RUS, J.; PACHÓN ROMERO, J. A.; ESQUIVEL, J. A. y ARANDA, G. (1999): «Clasificación secuencial tecno-tipológica de las fíbulas de codo de la Península Ibérica». *Complutum* 10: 123-142.
- CARRASCO RUS, J.; PACHÓN ROMERO, J. A. y PASTOR, M. (1985): «Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 10: 265-333.
- CARRASCO RUS, J.; PACHÓN ROMERO, J. A.; PASTOR, M. y LARA, I. (1980): «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis del Cerro Alcalá, Torres (Jaén)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 5: 221-236.
- CARRASCO RUS, J.; PASTOR, M. y PACHÓN ROMERO, J. A. (1981a): «Cerro de la Mora, Moraleta de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 307-354.
- (1981b): «Cerro de la Mora I (Moraleta de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 13: 1-164.
- CARREIRA, J. R. (1994): «A Pré-História Recente do Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior)». *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 2: 47-144.
- CARRIAZO, J. de M. (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones en «El Carambolo» (Camas, Sevilla)*. Excavaciones Arqueológicas en España 68. Ministerio de Cultura. Madrid.
- (1973): *Tartessos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la protohistoria de la Baja Andalucía*. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- (1974): *Protohistoria de Sevilla*. Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla.
- CARRILERO MILLÁN, M. (1992): «El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica». *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*. Instituto de Estudios Almerienses - Facultad de Humanidades de Almería. Granada: 117-142.
- (1993): «Discusión sobre la formación social tartésica». En J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Cátedra. Madrid: 163-185.

- CARRILERO MILLÁN, M.; AGUAYO, P.; GARRIDO, O. y PADIAL, B. (2002): «Autóctonos y fenicios en la Andalucía mediterránea». En Costa y Fernández 2002: 69-125.
- CARTER, H. y NEWBERRY, P. E. (1904): *The tomb of Thoutmôsis IV*. A. Constable and Co. Westminster.
- CARVALHO, P. M. S. (1989): *Roteiro Arqueológico do Concelho de Penedono*. Câmara Municipal de Penedono. Penedono.
- CASSOLA GUIDA, P. (1999): «Indizi di presenze egeo-orientali nell'alto Adriatico alla fine dell'età del Bronzo». En V. La Rosa, D. Palermo y L. Vagnetti (eds.): *Epì pōnton plazómenoi. Simposio Italiano di Studi Egei in onore di L. Bernabò Brea e G. Pugliese Carratelli* (Roma, 18-20 febbraio 1998). Scuola Archeologica Italiana di Atene. Roma-Atene: 487-497.
- CASTELLANA, G. (2000): *La cultura del Medio Bronzo nell'agrigentino ed i rapporti con il mondo miceneo*. Assessorato ai Beni Culturali e Ambientali. Palermo.
- CASTRESANA, A. (1982): *El préstamo marítimo griego y la pecunia traiectica romana*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1994): *La sociedad de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península Ibérica. La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*. BAR International Series 592. Oxford.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R.; ESCORIZA, T.; GILI, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (1999): «5ª campaña de excavaciones en el yacimiento de Gatas (Turre-Almería). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995 (vol. II). Actividades Sistemáticas*. Junta de Andalucía. Sevilla: 7-14.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R.; ESCORIZA, T.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (2001): «La sociedad argárica a partir del estudio de los objetos arqueológicos de Gatas». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1998. (vol. II). Actividades Sistemáticas*. Junta de Andalucía. Sevilla: 9-20.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R.; GILI, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (1999): *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueocológica de la ocupación prehistórica*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R.; GONZÁLEZ, P.; LULL, V.; MICÓ, R.; PICAZO, M.; RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (1991): «4ª campaña de excavaciones en el yacimiento de Gatas (Turre - Almería). Septiembre 1991». *Anuario Arqueológico de Andalucía II*. Junta de Andalucía. Sevilla: 17-23.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; COLOMER, E.; CHAPMAN, R.; GILI, S.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V.; MICÓ, R.; MONTÓN, S.; PICAZO, M.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; RUIZ, M.; SANAHUJA, M. E. y TENAS, M. (1993): «Proyecto Gatas: Sociedad y Economía en el Sudeste de España c.2500-800 a.n.e.». *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992. Proyectos*. Junta de Andalucía. Huelva: 401-416.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; COLOMER, E.; CHAPMAN, R.; GILI, S.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V.; MICÓ, R.; MONTÓN, S.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; RUIZ, M.; SANAHUJA, M. E.; TENAS, M. y VAN STRYDONCK, M. (1995): «La serie radiocarbónica de Gatas (Turre, Almería). Diacronía y fasificación del depósito arqueológico». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992 (vol. II). Actividades Sistemáticas*. Junta de Andalucía. Sevilla: 27-37.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR International Series 652. Oxford.
- CATLING, H. W. (1964): *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*. Oxford University Press. Oxford.
- (1968): «A Mycenaean Puzzle from Lefkandi in Euboea». *American Journal of Archaeology* 72.1: 41-49.
- (1969): «The Cypriot copper industry». *Arqueologia Viva* VI.3: 81-88.
- (1971): «A Cypriot bronze statuette in Bomford Collection». *Alesia* 1: 5-32.
- (1984): «Workshop and Heirloom: Prehistoric Bronze Stands in the East Mediterranean». *Report of the Department of Antiquities. Cyprus*: 69-91.
- (1994): «Cyprus in the 11th Century B.C. - An End or a Beginning?». En Karageorghis 1994a: 133-140.
- (1995): «Heroes returned? Subminoan burials from Crete». En J. B. Carter y S. Morris (eds): *The Ages of Homer*. University of Texas Press. Austin: 126-132.
- (1996a): «The Objects other than Pottery in the Subminoan Tombs». En Coldstream y Catling 1996: 517-537.
- (1996b): «The Dark Age and Later Bronzes». En Coldstream y Catling 1996: 543-575.
- CATLING, H. W. y CATLING, E. (1980): «Objects of Bronze, Iron and Lead». En M. R. Popham, L. H. Sackett, P. G. Themelis y J. Boardman (eds.): *Lefkandi I. The Iron Age*. Thames and Hudson for the British School of Archaeology at Athens. London: 231-264.
- CATLING, H. W. y MILLETT, A. (1965): «A Study in the Composition Patterns of Mycenaean Pictorial Pottery from Cyprus». *The Annual of the British School at Athens* 60: 212-224.
- CATLING, R. W. V. (1996): «A tenth century trade mark from Lefkandi». En Lemos y Sherratt 1996: 126-132.
- CAUBET, A. (1990): «Note sur les chars d'Ougarit». *Hommages à Maurice Sznycer. Semitica* 38.1: 81-85.
- (2000): «Ras Shamra-Ugarit before the Sea-Peoples». En E. D. Oren (ed): *The Sea Peoples and their World: an Assessment*. Univ. Pennsylvania Museum. Philadelphia: 35-51.
- CEFALOGLI, F. (2003): *Manufatti micenei non vascolari in Italia*. Tesina di Laure in Filología Micenia (dir. L. Godart). Università degli Studi di Napoli Federico II. Napoli.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1985): «Los carros y las estelas decoradas del Suroeste». *Estudios de Arqueología Extremeña. Homenaje a D. Jesus Cánovas Pesini*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz: 45-55.
- (1990): «Las estelas decoradas del SW peninsular». *La cultura tartésica y Extremadura*. Cuadernos Emeritenses 2. Museo Nacional de Arte Romano. Mérida: 45-62.

- (1993): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular. Precolonización y formación de la cultura tartésica*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- (1994): «Los altares en forma de lingote chipriota de los santuarios de Cancho Roano». *Revista de Estudios Ibéricos* 1: 291-304.
- (1995): «El período orientalizante en Extremadura». *Extremadura Arqueológica* 4: 67-89.
- (1997): «Santuarios, centros comerciales y lugares sacros». *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18: 359-390.
- (2000): «Intercambio y estructuras comerciales en el interior de la Península Ibérica». En Fernández Uriel *et al.* 2000: 137-152.
- (2001a): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra. Barcelona.
- (2001b): «Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico». En Ruiz Mata y Celestino 2001: 17-56.
- (2005): «El Período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior». En Celestino y Jiménez 2005: 767-786.
- (e.p.): «Pre-colonization and colonization in the interior of Tartessos». En C. López-Ruiz y M. Dietler (eds.): *Colonialism in Ancient Iberia: Rethinking Phoenician, Greek, and Indigenous Encounters*. University of Chicago Press. Chicago.
- CELESTINO PÉREZ, S. y BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. (2006): *La joyería en los orígenes de Extremadura: el espejo de los dioses*. Ataquina 1. Instituto de Arqueología de Mérida. Mérida.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.) (2005): *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de AEspA XXXV. Mérida.
- CELESTINO PÉREZ, S. y LÓPEZ-RUIZ, C. (2004): «El motivo del toro guerrero en las estelas sirio-palestinas y sus analogías con las estelas tartésicas». *VII Congreso Internacional de Estelas Funerarias* (Santander, 2002) (vol. I). Fundación Marcelino Botín. Santander: 95-108.
- (2006): «New Light on the Warrior Stelae from Tartessos (Spain)». *Antiquity* 80: 89-101.
- CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS (1978): «La Mola d'Agres». *Archivo de Prehistoria Levantina* 15: 99-112.
- CHAMPION, T. (1984): «Prestige, power and hierarchies 2300-1400 BC». In T. Champion *et al.*: *Prehistoric Europe*. Academic Press. London: 196-237.
- CHANCEREL, A.; MARCIGNY, C. y GHESQUIÈRE, E. (2006): *Le plateau de Mondeville (Calvados) du Néolithique à l'Âge du Bronze*. Documents d'Archéologie Française 99. Éditions de la Maison des Sciences des Hommes. Paris.
- CHANTRE, E. (1880): *Etudes paleoethnologiques dans le bassin du Rhône. Premier Âge du fer. Nécropoles et tumulus* [2 tomes]. Librairie J. Baudry. Paris et Lyon.
- CHAPA BRUNET, T. (2005): «Las primeras manifestaciones escultóricas ibéricas en el oriente peninsular». *Archivo Español de Arqueología* 78: 23-47.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Crítica. Barcelona.
- CHARLES, R.-P. y GUILAINE, J. (1963): «Une grotte sépulcrale du Bronze moyen en Languedoc: la grotte au Collier près de Lastours (Aude)». *Gallia-Préhistoire* VI: 149-163.
- CHAUME, B. (2004): «La place de la France orientale dans le réseau des échanges à longues distances du Bronze final au Hallstatt final». En M. A. Guggisberg (ed.): *Die Hydria von Grächwil. Zur Funktion und Rezeption mediterraner Importe in Mitteleuropa im 6. und 5. Jahrhundert v. Chr.* Schriften des Bernischen Historischen Museums Bd. 5. Bern: 79-106.
- CHAVANE, M.-J. (1982): *Vases de bronze du Musée de Chypre (IX^e-IV^e s. Av. J.-C.)*. Collection de la Maison de l'Orient Méditerranéen 11 - Série Archéologique 8. Maison de l'Orient. Lyon.
- CHAVES, F. y BANDERA, M. L. de la (1982): «Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Archivo Español de Arqueología* 55: 137-147.
- CHEVILLOT, C. (1981): *La civilisation de la fin de l'Âge du Bronze en Périgord*. Mediapress. Périgueux.
- (2004): «Prospection-inventaire (Vallée de la Dronne)». *Documents d'Archéologie et d'Histoire Périgourdines* 19: 115-122.
- (2007): «La broche à rôtir articulée de Port-Sainte-Foy. Un instrument privilégié des banquets de la fin de l'Âge du Bronze sur la façade atlantique». En C. Burgess, P. Topping y F. Lynch (eds.): *Beyond Stonehenge. Essays on the Bronze Age in Honour of Colin Burgess*. Oxbow Books. Oxford: 361-366.
- CHEVILLOT, C. y COFFYN, A. (eds.) (1991): *L'Âge du Bronze Atlantique*. Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac. Publication de l'Association des Musées Sarladais. Beynac-et-Cazenac.
- CHEW, S. C. (2001): *World ecological degradation accumulation, urbanization and deforestation 3000 B.C.-2000 A.D.* Walnut Creek - Altamira Press. Walnut Creek.
- CHIAI, G. F. (2002): «Il nome della Sardegna e della Sicilia sulle rotte dei Fenici e dei Greci in età arcaica. Analisi di una tradizione storico-letteraria». *Rivista di Studi Fenici* 30: 125-146.
- CHIC GARCÍA, G. (1993): «Las estelas del Suroeste hispano y el arreglo corporal del guerrero». En F. Villar y J. Untermann (eds.): *Lengua y cultura en Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas de la Península Ibérica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 273-279.

- CHILDE, V. G. (1951): «The First Waggon and Carts-from the Tigris to the Severn». *Proceedings of the Prehistoric Society* 17.2: 177-194.
- CHITTY, L. F. (1936): «Single-faced palstaves in Portugal and in Ireland». *Proceedings of the Prehistoric Society* 2: 236-238.
- CHRISOMALIS, S. (2004): «A cognitive typology for numerical notation». *Cambridge Archaeological Journal* 14.1: 37-52.
- CIFOLA, B. (1988): «Ramses III and the Sea Peoples: a structural analysis of Medinet Habu Inscriptions». *Orientalia* 57: 275-306.
- CINTAS, P. (1970): *Manuel d'Archéologie Punique, I. Histoire et Archéologie comparées. Chronologie des temps archaïques de Carthage et des villes phéniciennes de l'Ouest*. Editions A. et J. de Boccard. Paris.
- CLAIRMONT, C. (1955): «Greek Pottery from the Near East». *Berytus* 11: 85-141.
- CLAUSELL, G. (ed.) (2002): *Excavacions i objectes arqueològics del Torrelló d'Almassora (Castelló)*. Museu Municipal d'Almassora. Almassora.
- CLAUSELL, G.; FERNÁNDEZ, F.; JORDÁN, M. M. y SANFELIÚ, T. (1998): «Estudio arqueométrico de cerámicas arqueológicas del Torrelló del Boverot (Almassora, Castellón)». *La Murà. Revista del Museu d'Almassora* 2: 43-89.
- COCCHI GENICK, D. (ed.) (2004): *L'Età del Bronzo Recente in Italia. Atti del Congresso Nazionale* (Lido di Camaiore, 26-29 ottobre 2000). M. Baroni Ed. Viareggio-Lucca.
- COCCO, D. y USAI, L. (1992): «Tomba megalitica in località Perda 'e Accuzzai (Villa San Pietro, Cagliari). Nota preliminare». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il Bronzo Medio e il Bronzo Recente (XVI-XIII sec.a.C.)*. Atti del III Convegno di Studi «Un millennio di relazioni tra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo» (Selargius-Cagliari 19-22 novembre 1987). Della Torre. Cagliari: 187-199.
- COELHO, R. G. (2005): «Leiria num tempo de mudança: aproximação à transição da Idade do Bronze Final para a Idade do Ferro». En S. Carvalho (coord.): *Habitantes e habitats. Pré e Proto-História na Bacia do Lis - Catálogo*. Câmara Municipal de Leiria. Leiria: 118-135.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Diffusion de Boccard. Paris.
- COFFYN, A.; GÓMEZ DE SOTO, J. y MOHEN, J.-P. (1981): *L'apogée du bronze atlantique: le dépôt de Vénat*. L'âge du bronze en France 1. Picard. Paris.
- COFFYN, A. y MOHEN, J.-P. (1968): «La protohistoire au Musée d'Agen (Lot-et-Garonne)». *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 65.3: 757-778.
- COFFYN, A. y SION, H. (1993): «Les relations atlanto-méditerranéennes. Elements pour une révision chronologique du Bronze final atlantique». *Mediterrâneo* 2: 285-310.
- COHEN, E. E. (1973): *Ancient Athenian Maritime Courts*. Princeton University Press. Princeton.
- (1979): *The Dikai Emporikai. A Study of the Commercial Maritime Courts at Athens in the Fourth Century B.C.* Ann Arbor. Princeton.
- COLDSTREAM, J. N. (1968): *Greek Geometric Pottery: a survey of ten local styles and their chronology*. Methuen. London.
- (1969): «The Phoenicians of Ialysos». *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 16: 1-8.
- (1977): *Geometric Greece*. Ernest Benn Ltd. London.
- (1979): «Some Cypriote Traits in Cretan Pottery, c. 950-700 B.C.». *The Relations between Cyprus and Crete, ca 2000 - 500 B.C. Acts of International Archaeological Symposium*. Department of Antiquities. Nicosia: 257-263.
- (1982): «Greeks and Phoenicians in the Aegean». En H. G. Niemeyer (ed.): *Phoenizier im Westen: Die Beiträge des Internationalen Symposiums über die phönizische Expansion im westlichen Mittelmeerraum* (Köln vom 24. Bis 27. April 1979). Madrider Beiträge 8. Philipp von Zabern. Mainz: 261-272.
- (1983): «Gift exchange in the Eighth Century B.C.». En R. Hägg (ed.): *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.* Skrifter Utgivna av Svenska Institutet i Athen, Series 4, XXX. Stockholm: 201-207.
- (1986): «Kition and Amathus: Some Reflections on Their Westward Links during the Early Iron Age». En V. Karageorghis (ed.): *Cyprus between the Orient and the Occident. Acts of International Archaeological Symposium*. Department of Antiquities. Nicosia: 321-327.
- (1988): «Early Greek Pottery in Tyre and Cyprus: some preliminary comparisons». *Report of the Department of Antiquities, Cyprus* 1988 (part 2): 35-44.
- (1989a): «Status symbols in Cyprus in the Eleventh Century BC.» En E. Peltenburg (ed.): *Early Society in Cyprus*. Edinburgh University Press. Edinburgh: 325-335.
- (1989b): «Early Greek Visitors to Cyprus and the Eastern Mediterranean». En V. Tatton-Brown (ed.): *Cyprus and the East Mediterranean in the Iron Age*. British Museum. London: 90-96.
- (1996): «The Protogeometric and Geometric Pottery». En Coldstream y Catling 1996: 311-420.
- (1998a): «Crete and the Dodecanese: Alternative Eastern Approaches to the Greek World During the Geometric Period». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 255-260.
- (1998b): «The First Exchanges between Euboeans and Phoenicians: Who Took the initiative?». En Gitin et al. 1998: 353-360.
- (2000): «Exchanges between Phoenicians and Early Greeks». *National Museum News* 11: 15-32.
- (2003a): «Some Aegean Reactions to the Chronological Debate in the Southern Levant». *Tel Aviv Journal of Archaeology* 30.2: 247-258.

- (2003b): *Geometric Greece* [2ª ed.]. Routledge. London.
- (2005): «Phoenicians in Crete, North and South: a Contrast». En Spanò Giammellaro 2005: 181-184.
- COLDSTREAM, J. N. y BIKAI, P. M. (1988): Ver Coldstream 1988 y Bikai 1988.
- COLDSTREAM, J. N. y CATLING, H. W. (eds.) (1996): *Knossos north cemetery: Early Greek tombs*. British School at Athens Supplements 28. London.
- COLDSTREAM, J. N. y MAZAR, A. (2003): «Greek Pottery from Tel Rehov and Iron Age Chronology». *Israel Exploration Journal* 53: 29-48.
- COLES, J. M. (1959-60): «Scottish Late Bronze Age metalwork: typology, distributions and chronology». *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland* 93: 16-134.
- (1962): «European Bronze Age shields». *Proceedings of the Prehistoric Society* 28: 156-190.
- COLES, J. M. y HARDING, A. F. (1979): *The Bronze Age in Europe. An introduction to the prehistory of Europe c. 2000-700 BC*. Methuen. London.
- COLOMINAS, J. (1915-20): «L'Edat del Bronze a Mallorca». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* VI. Barcelona.
- COLONNA, G. (2000): «La cultura orientalizzante in Etruria». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 55-66.
- COLONNA, G. y VON HASE, F. W. (1994): «Alle origini della statuaria etrusca: la tomba delle statue presso Caeri». *Studi Etruschi* 52: 13-59.
- COLQUHOUN, I. (1979): «The Late Bronze Age hoard from Blackmoor, Hampshire». En Burgess y Coombs 1979: 99-115.
- COLQUHOUN, I. y BURGESS, C. B. (1988): *The swords of Britain*. Prähistorische Bronzefunde IV.5. München.
- COMENDADOR REY, B. (1999): «Cambios en la escala de producción metalúrgica durante las fases finales de la edad del bronce en el noroeste peninsular». *Actas Congresso de Proto-História Europeia. Revista de Guimarães*, volume especial II: 515-537.
- CONTU, E. (1981): «L'Architettura nuragica». *Ichnussa. La Sardegna dalle origini all'età classica*. Scheiwiller. Milano: 3-175.
- (1997): *La Sardegna preistorica e nuragica*. Chiarella. Sassari.
- (1998): «Stratigrafie e altri elementi di cronologia della Sardegna preistorica e protostorica». En Balmuth y Tykot 1998: 63-76.
- COOK, B. F. (1968): «A Class of Etruscan Bronze Omphalos-Bowls». *American Journal of Archaeology* 72.4: 337-344.
- COOK, V. (1988): «Cyprus and the Outside World during the Transition from the Bronze Age to the Iron Age». *Opuscula Atheniensia* 17: 13-32.
- COOMBS, D. (1975): «Bronze Age weapon hoards in Britain». *Archaeologica Atlantica* 1: 49-81.
- (2001): «The metalwork». En F. Pryor (ed.): *The Flag Fen Basin*. English Heritage Archaeological Reports. London: 255-298.
- CÓRDOBA ALONSO, I. (2004): «La Cerámica Pintada con Motivos Radiales del Túmulo 1 de la Necrópolis de las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz)». *Actas do II Encontro Arqueológico do Sudoeste Peninsular*. Universidade do Algarve. Faro: 131-139.
- CÓRDOBA ALONSO, I. y RUIZ MATA, D. (2000): «Sobre la construcción de la estructura tumular del Túmulo 1 de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca)». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 759-770.
- (2005): «El asentamiento fenicio arcaico de la calle Cánovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar». En Celestino y Jiménez 2005: 1269-1322.
- CORREIA, V. H. (1988): «Um punhal do Bronze Final de Arraiolos». *Arqueologia* 17: 201-203.
- (1993): «Os materiais pré-romanos de Conímbriga e a presença fenícia no Baixo vale do Mondego». *Os Fenícios no Território Português. Estudos Orientais* 4: 229-283.
- (2001a): «O povoamento do Noroeste no I milénio a. C.». En Berrocal-Rangel, L. y Ph. Gardes (coords.): *Entre Celtas e Iberos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Real Academia de la Historia. Madrid: 213-226.
- (2001b): «Arquitectura oriental e orientalizante em território português: uma revisão». En Ruiz Mata y Celestino 2001: 57-68.
- (2005): «A presença orientalizante a norte do Tejo e a ourivesaria arcaica do território português». En Celestino y Jiménez 2005: 1215-1224.
- COSSU, T.; CAMPUS, F.; LEONELLI, V.; PERRA, F. M. y SANGES, M. (eds.) (2003): *La Vita nel Nuraghe Arrubiu*. Arrubiu 3. Collana diretta da F. Lo Schiavo. Laboratorio della Conoscenza e della Memoria - Comune di Orroli. Orroli.
- COSTA, B. (2000): «Plantejaments per a l'anàlisi del procés d'establiment humà en petits medis insulars. El cas de l'arxipèlag balear». En V. M. Guerrero y S. Gornés (coord.): *Colonización humana en ambientes insulares. Interacción con el medio y adaptación cultural*. Universitat de les Illes Balears. Palma: 11-72.
- COSTA, B. y BENITO, N. (2000): «El poblament de les illes Pitiüses durant la Prehistòria. Estat actual de la investigació». En V. M. Guerrero y S. Gornés (coords.): *Colonización humana en medios insulares. Interacción con el medio y adaptación cultural*. UIB. Palma: 215-322.
- COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) (1998): *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1996)*. Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera. Eivissa.

- (eds.) (2002): *La colonización fenicia en Occidente. Estado de la investigación en los inicios del siglo XXI. XVI Jornadas de Arqueologia Fenicio-Púnica (Eivissa, 2001)*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera. Eivissa.
- (eds.) (2003): *Contactos en el extremo de la oikouménē. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios. XVII Jornadas de Arqueologia Fenicio-Púnica*. Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera. Eivissa.
- COSTA, B. y GUERRERO, V. M. (2002): «Balance y nuevas perspectivas en la investigación prehistórica de las islas Pitiusas». En W. Waldren y J.A. Ensenyat (eds.): *World Islands in Prehistory. International Insular Investigations*. BAR International Series 1095. Oxford: 484-501.
- COSTA, J. M. M. (1967): «O tesouro fenício ou cartaginês do Gaio (Sines)». *Ethnos* 5: 529-538.
- (1974): «O tesouro púnico-tartéssico do Gaio». *Actas das II Jornadas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*. Associação dos Arqueólogos Portugueses. Lisboa: 97-120.
- COURTOIS, J.-C. (1971): «Le sanctuaire du dieu au lingot d'Enkomi-Alasia». En C. F. A. Schaeffer (ed.): *Alasia 1. Mission Archéologique d'Alasia 4*. Klincksiek-Brill. Paris-Leiden: 151-362.
- (1988): «À propos des archives royales d'Ougarit: la correspondance diplomatique était conservée dans les locaux des Archives Est du palais royal». *Syria* 65: 384-394.
- COUTINHO, J. E. R. (1994): «Monte Figueiró». En I. Pereira (coord.): *Idade do Ferro - Catálogo*. Câmara Municipal da Figueira da Foz. Figueira da Foz: 113-115.
- (1997): *Estações arqueológicas em Ansião*. Instituto de Arqueologia. Coimbra (policopiado).
- COWEN, J. D. (1951): «The earliest bronze swords in Britain and their origins on the continent of Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* 17: 195-213.
- (1971): «A striking maritime distribution-pattern». *Proceedings of the Prehistoric Society* 37.2: 154-166.
- CRADDOCK, P. T.; FREESTONE, I. C. y DAWE, C. D. (1997): «Casting metals in limestone moulds». *Journal Historical Metallurgy Society* 31: 1-7.
- CRiado, A. J. (1996): «El misterio de la Piedra Escrita». *Diario de Córdoba*, 25 de Febrero de 1996.
- CRIELAARD, J.-P. (1992-93): «How the West was won: Euboeans vs. Phoenicians. Interactions in the Iron Age: Phoenicians, Greeks and the Indigenous Peoples of Western Mediterranean». *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 19-20: 235-249.
- (1998): «Surfing on the Mediterranean Web: Cypriot Long-distance Communications during the Eleventh and Tenth Centuries B.C.». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 187-206.
- CRISTOFANI, M. y MARTELLI, M. (1983): *L'oro degli Etruschi*. Officine Grafiche De Agostini. Novara.
- CROUWEL, J. H. (1981): *Chariots and other means of land transport in Bronze Age Greece*. Studies in Ancient Civilization 3. Allard Pierson Museum. Amsterdam.
- (1987): «Chariots in Iron Age Cyprus». *Report of the Department of Antiquities Cyprus* 1987: 101-118.
- (1992): *Chariots and other Wheeled Vehicles in Iron Age Greece*. Studies in Ancient Civilization 9. Allard Pierson Museum. Amsterdam.
- CRUZ, C. M. S. (2005): *Carta Arqueológica do Concelho de Cantanhede*. Câmara Municipal de Cantanhede. Cantanhede.
- CRUZ, D. J. (1997): «A Necrópole do Bronze Final do Parinho (Molelos, Tondela, Viseu)». *Estudos Pré-históricos* 5: 85-109.
- CRUZ, D. J.; GOMES, L. F. y CARVALHO, P. S. (1998): «O grupo de tumuli da Casinha Derribada (concelho de Viseu). Resultados preliminares da escavação arqueológica dos monumentos 3, 4 e 5». *Conimbriga* 37: 5-76.
- CRUZ, D. J. y VILAÇA, R. (1999): «O grupo de tumuli da Senhora da Ouvida (Monteiras/Moura Morta, Castro Daire, Viseu). Resultados dos trabalhos arqueológicos». *Estudos Pré-históricos* 7: 129-161.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1955): «El carro ibérico». En A. Beltrán (ed.): *III Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953)*. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 116-134.
- CULTRARO, M. (2005): «Le relazioni tra Sicilia e Penisola Iberica in età postmicenea: una nota». En Celestino y Jiménez 2005: 97-106.
- CUNCHILLOS, J. L. (1994): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (I). Primera aproximación». En A. González Blanco, M. Molina y J. L. Cunchillos (coords.): *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura* (Coloquios de Cartagena, I). Editora Regional de Murcia. Murcia: 205-216.
- CUNLIFFE, B. (1978): *Hengistbury Head*. Paul Elek. London.
- (1991): «Il traffico marittimo fra il Continente e la Bretagna». En S. Moscati (coord.): *I Celti*. Gruppo Ed. Fabbri Mompiani. Milano: 573-580.
- (ed.) (1998): *Prehistoria de Europa Oxford*. Crítica. Grijalbo-Mondadori. Barcelona.
- (1999): «Atlantic Sea-ways». *Revista de Guimarães*, volume especial I: 93-105.
- (2001): *Facing the Ocean. The Atlantic and its Peoples 8000 BC-AD 1500*. Oxford University Press. Oxford.
- CURADO, F. P. (1984): «Uma nova estela do Bronze Final na Beira Alta (Baraçal, Sabugal-Guarda)». *Arqueologia* 9: 81-85.
- (1986): «Mais uma estela do Bronze Final na Beira Alta (Fóios, Sabugal-Guarda)». *Arqueologia* 14: 103-109.
- CURWEN, E. C. (1954): *The archaeology of Sussex* [second edition]. Methuen. London.
- CUSICK, J. G. (1998): «Historiography of Acculturation: An Evaluation of Concepts and their application in Archaeology». En J. G. Cusick (ed.): *Studies in Culture Contact. Interaction, Culture Change, and Archaeology*. Southern Illinois University. Carbondale: 126-145.

- CYGIELMAN, M. y PAGNINI, L. (2002): «Presenze sarde a Vetulonia: alcune considerazioni». Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 387-410.
- D'AGOSTINO, B. (1999): «La kotyle dei tori della Tomba Barberini». En M. Castoldi (ed.): *Koinà: miscellanea di studi archeologici in onore di Piero Orlandini*. Edizioni ET. Milano: 73-86.
- (2000a): «La cultura orientalizzante in Grecia e nell'Egeo». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 43-53.
- (2000b): «La colonizzazione euboica nel golfo di Napoli». M. Gras *et al.* (eds.): *Nel cuore del Mediterraneo antico. Reggio, Messina, e le colonie calcidesi dell'area dello Stretto*. Meridiana Libri. Corigliano Calabro: 99-113.
- (2005a): «Osservazioni sulla cronologia della prima età del Ferro nell'Italia meridionale». En Bartoloni y Delpino 2005: 437-440.
- (2005b): «Conclusioni». En Bartoloni y Delpino 2005: 661-663.
- D'AGOSTINO, B. y RIDGWAY, D. (eds.) (1994): *Ἀποικία. Scritti in onore de Giorgio Buchner*. Annali Storia Antica e Archaeologia [n.s.] 1. Napoli.
- DALLEY, S. (1987): «Near Eastern patron deities of mining and smelting in the Late Bronze Age and Early Iron Ages». *Report of the Department of Antiquities*. 1987: 61-66.
- DAVARAS, K. (1968): «Two Geometric Tombs at Atsalenio Near Knossos». *The Annual of the British School at Athens* 63: 133-147.
- (1976): *Guide to Cretan antiquities*. Noyes Press. Park Ridge, NJ.
- DAVIES, N. de G. (1913): *Five Theban Tombs (being those of Mentuherkhepeshef, User, Daga, Nehemaway and Tati)*. Archaeological Survey of Egypt, Memoir 21. The Egypt Exploration Fund. London-Boston.
- (1930): *The Tomb of Ken-Amun at Thebes*. I-II. The Metropolitan Museum of Art Egyptian Expedition, 5. The Metropolitan Museum of Art. New York.
- (1943): *The tomb of Rekh-mi-re at Thebes*. Metropolitan Museum of Art. New York.
- DAVIES, N. M. (1962a): *Scenes from some Theban tombs (nº. 38, 66, 162, with excerpts from 81)*. Private tombs at Thebes 4. The Griffith Institute-Oxford University Press. Oxford.
- (1962b): *Tutankhamun's painted box*. The Griffith Institute-Oxford University Press. Oxford.
- DAVIES, T. M.; MASPERO, G.; NEWBERRY, P. E. y CARTER, H. (1907): *The Tomb of Iouiya and Touiyou. The finding of the tomb*. A. Constable and Co. London.
- DAVIS, E. N. (1995): «Art and politics in the Aegean: the missing ruler». En P. Rehak (ed.): *The role of the ruler in the prehistoric Aegean*. *Aegaeum* 11: 11-21.
- DAYAGI-MENDELS, M. (2002): *The Akhziv Cemeteries. The Ben Dor Excavations, 1941-1944*. Israel Antiquities Authority Reports - IAAR 15. Jerusalem.
- DE MARINIS, R. (2005): «Cronologia relativa, cross-dating e datazioni cronometriche tra Bronzo Finale e Primo Ferro: qualche spunto di riflessione metodologica». En Bartoloni y Delpino 2005: 15-52.
- DE MIRO, E. (1999): «Un emporio miceneo sulla costa sud della Sicilia». En V. La Rosa, D. Palermo y L. Vagnetti (eds.): *Επί πόντον πλαζόμενοι. Simposio Italiano di Studi Egei in onore di L. Bernabò Brea e G. Pugliese Carratelli* (Roma, 18-20 febbraio 1998). Scuola Archeologica Italiana di Atene. Roma-Atene: 439-449.
- DE MIRO, E. y FIORENTINI, G. (1978): «Gela nell'VIII e VII sec. a.C.». *Insediamenti coloniali greci in Sicilia nell'VIII e VII sec. a.C. Cronache di Archeologia* 17: 90-99.
- DE SALVIA, F. (1993): «I reperti di tipo egiziano». En G. Buchner y D. Ridgway (eds.): *Pithekoussai I. La necropoli: tombe 1-723 scavate dal 1952 al 1961*. Giorgio Bretschneider. Roma: 761-811.
- (1999): «Gli Aegyptiaca di Torre Galli». En M. Pacciarelli (ed.): *Torre Galli. La necropoli della prima età del Ferro (scavi Paolo Orsi 1922-23)*. Rubbettino. Catanzaro: 213-217.
- DE SANTIS, A. (2005): «A research project on the earliest phases of the Latial Culture». En P. Attema, A. Nijboer y A. Zifferero (eds.): *Papers in Italian Archaeology VI. Communities and Settlements from the Neolithic to the Early Medieval Period*. BAR International Series 1452. Oxford: 156-163.
- DEBORD, A.; GÓMEZ DE SOTO, J. y SANSILBANO-COLLILIEUX, M. (2000): «La tombe à épée et à hache du premier Âge du Fer d'Andone à Villejoubert (Charente, France)». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 30: 231-250.
- DEDET, B. (1985): «Les gisements lagunaires à l'Âge du bronze final». *L'occupation des rivages de l'étang de Mauguio (Hérault) au Bronze final et au Premier Âge du fer* (III). Association pour la recherche archéologique en Languedoc oriental. Caveirac: 5-46.
- (1995): «Etrusques, Grecs et indigènes dans les Garrigues du Languedoc oriental au premier Âge du Fer. Habitats et sépultures». *Sur les pas des Grecs en Occident... Hommages à André Nickels. Etudes massaliètes* 4: 277-307.
- (2001): *Tombs and practices funéraires protohistoriques des Grands Causses du Gévaudan*. Documents d'archéologie française. Paris.
- DEGER-JALKOTZY, S. (ed.) (1983): *Griechenland, die Agais und Die Levante während der Dark Ages vom 12 bis zum 9. Jhs. v. Chr. Akten des Symposions von Stift Zwettl* (11-14 Oktober 1980). Österreichischen Akademie der Wissenschaften. Wien.

- (1994): «The post-palatial period of Greece: An Aegean Prelude to the 11th century B.C. in Cyprus». En Karageorghis 1994a: 11-30.
- (1998): «The Aegean Islands and the Breakdown of the Mycenaean Palaces around 1200 B.C.». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 105-120.
- DELCOR, M. (1983): «Les trônes d'Astarté». *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma, 5-10 Novembre 1979*. Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 777-787.
- DELGADO HERVÁS, A. (2001): *De guerreros a comerciantes: Poder e intercambio en las comunidades del Bronce Final de Andalucía Occidental*. Tesis doctoral. Universidad Pompeu Fabra. Barcelona.
- (2005): «La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social». En Celestino y Jiménez 2005: 585-594.
- DELGADO LINACERO, C. (1996): *El toro en el Mundo Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del Mundo Antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria* 35: 225-250.
- (1981): «Una interesante fíbula del Bronce Final del Cerro del Berrueco (Salamanca)». *Revista de Guimarães* 91: 172-181.
- (ed.) (1998): *Minerales y metales en la Prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*. Studia Archaeologica 88. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ABARQUERO MORAS, F. J. (1997): «La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: acotaciones al tema desde una perspectiva mesetense». *Saguntum* 30: 115-134.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): «Metalurgia del Bronce Final en la Meseta Norte: nuevos datos para su estudio». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 52: 5-23.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1992-93): «Nuevos 'ganchos de carne' protohistóricos de la Península Ibérica». *Tabona* 8.2: 417-434.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1988): *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las islas Baleares*. Studia Archaeologica 78. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- DELPINO, F. (1988): «Prime testimonianze dell'uso del ferro in Italia». En G. Sperl (ed.): *The First Iron in the Mediterranean. Proceedings of the Populonia/Piombino 1983 Symposium*. PACT 21. Strasbourg: 47-68.
- (1991): «Documenti sui primi scavi nel sepolcreto arcaico delle Arcatelle a Tarquinia». *Archeologia Classica* 43: 123-151.
- (1997): «I Greci in Etruria prima della colonizzazione euboica: ancora su crateri, vino e pennati nell'Italia centrale protostorica». En G. Bartoloni (ed.): *Le necropoli arcaiche di Veio. Giornata di studio in memoria di Massimo Pallottino*. Dipartimento di scienze storiche, archeologiche e antropologiche dell'antichità - Università degli studi di Roma «La Sapienza». Roma: 192-196.
- (1998): «Sui rapporti tra Etruria, Italia settentrionale ed Europa transalpina nell'età del Bronzo finale». *Atti del convegno di Regensburg, 1994. Regensburger Beiträge zur prähistorischen Archäologie* 4 [1997]. Bonn: 17-35.
- (1998-99): «Uno specchio miceneo da Tarquinia». *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia* 71: 29-51.
- (2000): «Ancora sulla tomba Poggio Selciatelo 77 di Tarquinia». *Preistoria e Protostoria in Etruria. Atti del Quarto Incontro di Studi*. Centro Studi di Preistoria e Archeologia. Milano: 215-217.
- (2002): «Brocchette a collo obliquo dall'area etrusca». *Etruria e Sardegna settentrionale fra la fine dell'età del bronzo e l'inizio dell'età del Ferro. XXI Convegno di Studi Etruschi e Italici, Sassari - Alghero - Oristano - Torralba 13-16 ottobre 1998*. Istituto Nazionale di Studi Etruschi ed Italici. Firenze: 363-386.
- DEMENOCAL, P.; ORTIZ, J.; GUILDERSON, T. y SARNTHEIN, M. (2000): «Coherent High and Low latitude climate variability during the Holocene Warm period». *Science* 288: 2198-2202.
- DEORSOLA, D. (1996): «Il villaggio del Medio Bronzo di Cannatello presso Agrigento». En E. de Miro, L. Godart y A. Sacconi (eds.): *Atti e Memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia* (Roma-Napoli, 14-20 ottobre 1991) (vol. III). Gruppo Editoriale Internazionale. Roma: 1029-1038.
- DESBOROUGH, V. R. d'A. (1952): *Protogeometric Pottery*. Clarendon Press. Oxford.
- DEVER, W. G. (1990): «Of Myths and Methods». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277/278: 212-230.
- DI STEFANO, G. (2004): «Importazioni occidentali nel ripostiglio di Castelluccio di Sicilia (Ragusa). Note tecniche». En Lehoërff 2004: 211-227.
- DI STEFANO, G. y GIARDINO, C. (1990-91): «Scicli (Ragusa). Il ripostiglio di bronzi in contrada Castelluccio sull'Irminio». *Notizie degli Scavi 1990-91*: 489-546.
- DIÉGUEZ LUENGO, E. (1964): «Nuevas aportaciones al problema de las estelas extremeñas. Hallazgo de dos losas sepulcrales de la Edad del Bronce en Valencia de Alcántara (Cáceres)». *Zephyrus* 15: 125-130.
- DIETLER, M. (2005): «The archaeology of colonization and the colonization of archaeology: theoretical challenges from an ancient Mediterranean colonial encounter». En Stein 2005: 33-68.
- DIKAIOS, P. (1971): *Enkomi. Excavations 1948-1958* (vol. II). Verlag Philipp von Zabern. Mainz-Rhein.
- DION, R. (1977): *Aspects politiques de la Géographie Antique*. Les Belles Lettres. Paris.

- DOCTER, R. F. (1997a): «Early Central Italian Transport Amphorae from Carthage. Preliminary Results». *Rivista di Studi Fenici* 25: 15-58.
- (1997b): *Archaische Amphoren aus Karthago und Toscanos*. Ph. D. Thesis. University of Amsterdam. Amsterdam.
- (1999): «Transport Amphorae from Carthage and Toscanos: an Economic-Historical Approach to Phoenician Expansion». En González Prats 1999: 89-110.
- (2000): «Pottery, Graves and Ritual I: Phoenicians of the First Generation in Pithekoussai». En Bartoloni y Campanella 2000: 135-149.
- (2001): «East Greek Fine Wares and Transport Amphorae of the 8th-5th Century BC from Carthage and Toscanos». En Cabrera y Santos 2001: 63-88.
- DOCTER, R. F. y NIEMEYER, H. G. (1994): «Pithekoussai: The Cartaginian Connection on the Archaeological Evidence of Euboeo-Phoenician Partnership in the 8th and 7th Centuries B.C.». En D'Agostino y Ridgway 1994: 101-115.
- DOCTER, R. F.; NIEMEYER, H. G.; NIJBOER, A. J.; VAN DER PLICHT, J. (2005): «Radiocarbon dates of animal bones in the earliest levels of Carthage». En Bartoloni y Delpino 2005: 557-577.
- DOMATO CASTRO, X. M. y COMENDADOR REY, B. (1998): *El Tesoro Desencantado: As Silgadas (Caldas de Reis)*. Concello de Caldas. Caldas de Reis.
- DOMENE VERDÚ, J. F. (2004): «Sobre la cronología del tesoro de Villena». En Hernández y Hernández 2004: 389-397.
- DOMERGUE, C. y RICO, C. (2002): «À propos de deux lingots de cuivre antiques trouvés en mer sur la côte languedocienne». En L. Rivet y M. Sciallano (eds.): *Vivre, produire et échanger: reflets méditerranéens. Mélanges offerts à Bernard Liou*. Archéologie et Histoire Romaine 8. Éd. Monique Mergoil. Montagnac: 141-152.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C.; GONZÁLEZ BORNAY, J. M. y DE HOZ, J. (2005): *Catálogo de Estelas Decoradas del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. Siglos VIII-V a.C.* Junta de Extremadura. Badajoz.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1989): *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y aculturación*. BAR International Series 549. Oxford.
- (1991): «Los Griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II.— El momento de fundación de la colonia». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 18: 149-177.
- (1994a): «Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. I.— Los contactos en los momentos precoloniales (previos a la fundación de colonias, o en ausencia de las mismas)». En Cabrera et al. 1994 (vol. 1): 19-48.
- (1994b): «El periplo del Pseudo-Escílax y el mecanismo comercial y colonial fenicio en época arcaica». En P. Sáez y S. Ordoñez (eds.): *Homenaje al Profesor Presedo*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 61-80.
- (1997): «Lámpsace (Mul. Virt. 18 = Mor. 255 A-E), Lámpsaco y Masalia». En C. Schrader, V. Ramón y J. Vela (eds.): *Plutarco y la Historia. Actas del V Simposio Español sobre Plutarco*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza: 145-160.
- (2000): «Phocaeans and other Ionians in Western Mediterranean». En F. Krinzing (ed.): *Die Ägäis und das Westliche Mittelmeer. Beziehungen und Wechselwirkungen 8. bis 5. Jh. v. Chr.* Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften. Viena: 507-513.
- (2001): «Los mecanismos del emporion en la práctica comercial de los focos y otros griegos del Este». En Cabrera y Santos 2001: 27-45.
- (2002): «Greeks in Iberia: Colonialism without colonisation». En Lyons y Papadopoulos 2002: 65-95.
- (2003): «Fenicios y griegos en Occidente. Modelos de asentamiento e interacción». En Costa y Fernández 2003: 19-59.
- (e.p.): «Euboean Colonization: Commercial Networks and Demography in Archaic Euboea». *Euboea in Antiquity. Aspects of public and private life*. Calcis (2004).
- DOR (2005): «Dor 2005: an account of the 23rd season of excavations». <<http://www.hum.huji.ac.il/dor/Season2005-report.html>>
- D'ORIANO, R. (1985): «Contributo al problema di Pheronia polis». *Nuovo Bollettino Archeologico Sardo* 2: 229-247.
- (2000a): «L'emporion di Sant'Imbenia». En Bernardini y D'Oriano 2000: 35-36.
- (2000b): «Olbia e la Sardegna settentrionale». En P. Bernardini, P. G. Spanu y R. Zucca (eds.): *MAXH. La battaglia del Mare Sardonio. Studi e Ricerche*. Memoria Storica-Mythos. Oristano: 205-216.
- (2005): «I Serdaioi da Olbia?». *La Parola del Passato* 60: 58-74.
- D'ORIANO, R. y OGGIANO, I. (2005): «Iolao ecista di Olbia: le evidenze archeologiche tra VIII e VI secolo a.C.». En Bernardini y Zucca 2005: 169-199.
- DOTHAN, T. y DOTHAN, M. (2002): *Los Pueblos del Mar. Tras las huellas de los filisteos*. Bellaterra. Barcelona.
- DREWS, R. (1993): *The End of the Bronze Age: changes in the Warfare and the Catastrophe ca. 1200 b.C.* Princeton University. New Jersey.
- DUD'A, R. y REJL, L. (1989): *Gran enciclopedia de los minerales*. Praga.
- DUNBABIN, T. J. (1948): *The Western Greeks. The History of Sicily and South Italy from the foundation of the Greek colonies to 480 B.C.* Clarendon Press. Oxford.
- DUPRÉ RAVENTÓS, X. (2006): «Un santuario focéo junto al río Oleum: la antefija arcaica del Hospitalet de l'Infant (Vandellòs, Tarragona)». En D. Vaquerizo y J. F. Murillo (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León Alonso* (vol. I). Universidad de Córdoba. Córdoba: 55-88.

- DUVAL, A.; MOHEN, J.-P. y ELUÈRE, C. (1974): «Les fibules antérieures au 6^e siècle avant notre ère trouvées en France». *Gallia* 32: 1-61.
- EARLE, T. (1985): «The evolution of chiefdoms». *Current Anthropology* 30.1: 84-90.
- ELUÈRE, C. (1982): *Les ors préhistoriques*. L'Age du Bronze en France 2. Picard. Paris.
- (1992): «Deux importantes découvertes du XIX^e siècle acquises par la Société des Amis du M.A.N.». *Antiquités nationales* 24: 49-58.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1982): «Dos nuevas estelas de guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz». *Museos* 1: 65-68.
- (1984): «Una nueva estela de guerrero y tres asadores de bronce procedentes de los alrededores de Orellana la Vieja (Badajoz)». *Museos* 2: 9-13.
- (2006): «Arqueología rural y estelas del S.O. (Desde la Tierra, para la Tierra y por la Tierra)». *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 14: 151-175.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y CELESTINO PÉREZ, S. (1984): «Nuevas estelas decoradas en la cuenca del Guadiana». *Trabajos de Prehistoria* 41: 237-250.
- EOGAN, G. (1964): «The later Bronze Age in Ireland in the light of recent research». *Proceedings of the Prehistoric Society* 30: 268-351.
- (1965): *Catalogue of Irish bronze swords*. Stationery Office. Dublin.
- (1967): «The associated finds of gold bar torcs». *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland* 97: 129-175.
- ERAN, A. y EDELSTEIN, G. (1977): «Akko. Tombs near the Persian garden. The weights». *Atiqot* 12: 52-62.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1995): «La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 179-214.
- (2000): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Síntesis. Madrid.
- (2002a): «Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir». En E. Ferrer (ed.): *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Spal Monografías II. Sevilla: 33-76.
- (2002b): «Murallas fenicias para Tartessos: un análisis darwinista». *Spal* 11: 69-106.
- (2005): «Darwin y Tartessos». En Celestino y Jiménez 2005: 189-219.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. y FRUTOS, G. de (1985): «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 24. Madrid: 6-90.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. e IZQUIERDO, R. (1999): «Proyecto Estuario. Intervención arqueológica de 1994». *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994. II, Actividades Sistemáticas*. Junta de Andalucía. Sevilla: 161-166.
- (2001): «Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un 'barrio fenicio' de la Caura Tartésica». En Celestino y Ruiz Mata 2001: 123-157.
- ESPOSITO, A. M. (1986): «Brocchetta «fenicio-cipriota»». En M. Bonghi Jovino (ed.): *Gli Etruschi di Tarquinia*. Franco Cosimo Panini Editore. Modena: 78.
- ESTEVE GUERRERO, M. (1945): *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campaña 1942-1943*. Acta Arqueológica Hispánica III. Madrid.
- (1950): *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campaña 1945-1946*. Informes y Memorias 22. Madrid.
- (1962): *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campaña 1949-50 y 1955-56*. Publicaciones del Centro de Estudios Históricos Jerezanos 19 [2^a Serie]. Jerez.
- EVANS, A. J. (1936): *The Palace of Minos. A comparative account of the successive stages of the early cretan civilization as illustrated by the discoveries at Knossos*. IV. Index to the Palace of Minos with special sections classified in detail and chronologically arranged. MacMillan. London.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1999): «La transición del Bronce Final al Hierro I en el Sur de la Meseta Norte. Nuevos datos para su sistematización». *Trabajos de Prehistoria* 56.2: 161-180.
- FABIÃO, C. (1996): «O povoado fortificado de Cabeça de Vaia Monte (Monforte)». *A Cidade* 11: 31-80.
- (1998): *O mundo indígena e a sua romanização na área céltica do território actualmente português*. Dissertação de doutoramento apresentada à Universidade de Lisboa. Edição policopiada. Lisboa.
- (2001): «Importações de origem mediterrânica no Sudoeste interior na segunda metade do I milénio a.C.: materiais da Cabeça de Vaia Monte (Monforte)». *Os Púnicos No Extremo Occidente*. Actas do Coloquio Internacional (Lisboa 2000). Universidade Nova. Lisboa: 197-228.
- FADDA, M. A. (1990): «Il villaggio». *La civiltà nuragica*. Electa. Milano: 102-109.
- (1991): «Un tempio nuragico in Barbagia. Punto d'incontro nel Mediterraneo». *Rivista di Studi Fenici* 19: 107-119.
- FADDA, M. A. y LO SCHIAVO, F. (1992): «Su Tempiesu di Orune: fonte sacra nuragica». *Quaderni* 18: 1-147.
- FALCHI, P. (2008): «Le Faretrine». En *Catalogo della Mostra, Museo del Territorio, Consorzio Sa Corona Arrubia, Luna-matrona*, 11 aprile [En prensa].

- FALKENSTEIN, F. (1997): «Eine Katastrophen-Theorie zum Beginn der Urnenfelderkultur». In C. Becker *et al.* (eds.): *Beiträge zur Prähistorischen Archäologie zwischen Nord— und Südosteuropa*. Verlag Marie Leidorf. Espelkamp: 549-561.
- FALSONE, G. (1992): «Nuove coppe metalliche di fattura orientale». *Vicino Oriente* 8.2: 83-112.
- (1993): «Sulla cronologia del bronzo fenicio di Sciacca alla luce delle nuove scoperte di Huelva e di Cadice». *Studi sulla Sicilia Occidentale in onore di Vincenzo Tusa*. Bottega d'Erasmus. Padova: 45-56.
- FANTALKIN, A. (2001): «Low Chronology and Greek Protogeometric and Geometric Pottery in the Southern Levant». *Levant* 33: 117-125.
- (2006): «Identity in the Making: Greeks in the Eastern Mediterranean during the Iron Age». En A. Villing y U. Schlotzhauer (eds.): *Naukratis: Greek Diversity in Egypt. Studies on East Greek Pottery and Exchange in the Eastern Mediterranean*. The British Museum. London: 199-208.
- FANTAR, M. H. (1993): *Carthage. Approche d'une civilisation*. Editions du Méditerranée. Tunis.
- FARINHA, A. C.; PINTO, I. V. y VILAÇA, R. (1996): «Contributo para o estudo de materiais do Bronze Final provenientes do Monte de S. Martinho (Castelo Branco)». *Materiais* [II série, ano 1] 0: 45-64.
- FARNÍE LOBENSTEINER, C. y QUESADA SANZ, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 2. Murcia.
- FATÁS CABEZA, G. (1975): «Una estela de guerrero con escudo escotado en «V», aparecida en las Cinco Villas de Aragón». *Pyrenae* 11: 165-169.
- FEDÉLI BERNARDINI, F. (ed.) (2000): *Metalli, Miniere e Risorse Ambientali. Il territorio dei Monti della Tolfa tra medioevo ed età contemporanea*. Roma.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1988): *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X a VIII a.C.)*. Alianza Universidad Textos 115. Alianza. Madrid.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2005a): «El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir». *Trabajos de prehistoria* 62.1: 111-138.
- (2005b): «Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares». En Celestino y Jiménez 2005: 843-862.
- (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Almuzara. Sevilla.
- (e.p.): «El Carambolo: síntesis de las intervenciones 2002-2005». *Anuario Arqueológico de Andalucía*.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y OLIVA, D. (1980): «Los ídolos calcolíticos del Cerro de la Cabeza (Valencina de la Concepción, Sevilla)». *Madrider Mitteilungen* 21: 20-44.
- FERNÁNDEZ, J. H.; COSTA, B., 2004, Mundo funerario y sociedad en la Eivissa arcaica. Una aproximación al análisis de los enterramientos de cremación de la necropolis del Puig des Molins, en *El mundo funerario* (= Actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios), Alicante, 315-408.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): *Tartessos y Huelva*. Huelva Arqueológica 10-11. Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; GARCÍA SANZ, C. y RUFETE TOMICO, P. (1992): «Prospección con sondeo en Peñalosa (Escaceña, Huelva)». *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990*, II. Junta de Andalucía. Sevilla: 185-190.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. y RUFETE TOMICO, P. (1986): «La orientalización de Tartessos y la presencia griega en Huelva». *Huelva y su Provincia* (vol. 2). Ediciones Tartessos. Cádiz: 166-218.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta norte española: el utillaje metálico*. Junta de Castilla y León. Soria.
- FERNÁNDEZ OXEA, J. R. (1950): «Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura». *Archivo Español de Arqueología* 23: 293-318.
- (1955): «Dos nuevas estelas de escudo redondo». *Archivo Español de Arqueología* 28: 266-273.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M. J. (2002): «Los depósitos de armas en el Bronce Final: Un nuevo hallazgo en Puertollano (Ciudad Real)». *Trabajos de Prehistoria* 59.2: 113-133.
- FERNÁNDEZ URIEL, P.; GONZÁLEZ WAGNER, C. y LÓPEZ PARDO, F. (eds.) (2000): *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP, Madrid 1998*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid.
- FERNÁNDEZ Y DE DIOS, C. (1961): «Una estela del tipo de la de Solana de Cabañas, hallada en la provincia de Sevilla». *Archivo Español de Arqueología* 34: 163-165.
- (1962): «Informe arqueológico de los hallazgos más sobresalientes habidos en Andalucía durante el bienio 1959-1961». En A. Beltrán (ed.): *V Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1961). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 65-75.
- (1969): «El hábitat humano en el Bajo Guadalquivir a través de algunas fotos aéreas». *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez, 1968). Publicaciones Eventuales 13. Instituto de Arqueología y Prehistoria - Universidad de Barcelona. Barcelona: 7-13.
- FERNÁNDEZ, M. (1984): Reseña de G. Lilliu, *La civiltà nuragica* (Sassari 1982). *Trabajos de Prehistoria* 41: 366-369.
- (1986): «La estela de Las Herencias (Toledo)». *Estudios en homenaje al Doctor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza: 463-473.

- (1988): «La navegación fenicia hacia el lejano Occidente y el Estrecho de Gibraltar». En Ripoll 1988: 459-472.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y OLMOS, R. (1986): *Las ruedas de Tòya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Catálogos y Monografías 9. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y MONTERO, I. (1998): «Una visión de la metalurgia atlántica en el interior de la Península Ibérica». En Jorge 1998: 192-202.
- FERRARESE CERUTI, M. L. (1981): «Documenti micenei nella Sardegna meridionale». *Ichnussa. La Sardegna dalle origini all'età classica*. Scheiwiller. Milano: 605-612.
- (1982): «La torre f del complesso nuragico di Antigori. Nota preliminare». *Atti del XXII Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Taranto: 187-207.
- (1986): «I vani c, p, q del complesso nuragico di Antigori (Sarroch, Cagliari)». En M. Marazzi, S. Tusa y L. Vagnetti (eds.): *Traffici micenei nel Mediterraneo. Problemi storici e documentazione archeologica*. Taranto: 183-188.
- (1990): «La Sardegna e il mondo miceneo». *La civiltà nuragica*. Electa. Milano: 229-237.
- (1998): «Remarks on the Presence of Nuragic Pottery on Lipari». En Balmuth y Tykot 1998: 335-337
- FERRARESE CERUTI, M. L.; VAGNETTI, L. y LO SCHIAVO, F. (1987): «Minoici Micenei e Ciprioti in Sardegna alla luce delle nuove scoperte». En Balmuth 1987: 7-38.
- FERRER ALBELDA, E. (1999): «La estela decorada de Montemayor (Córdoba)». *Antiquitas* 10: 65-71.
- FERRER GARCÍA, C. (2005): «Asentamientos portuarios históricos del litoral meridional valenciano». En C. Morhange, J.-P. Goiran y N. Marriner (coords.): *Environnements littoraux méditerranéens, héritages et mobilité. Méditerranée* 104.1-2: 119-128.
- FERRIS BEACH, E. (1993): «The Samaria Ivoires, Marzeah and Biblical Texts». *Biblical Archaeologist* 50.2: 94-104.
- FINKELSTEIN, I. (1990): «On Archaeological Methods and Historical Considerations. Iron Age II Gezer and Samaria». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277/278: 109-119.
- (1996): «The Archaeology of the United Monarchy: an alternative view». *Levant* 28: 177-187.
- (1998): «Bible Archaeology or Archaeology of Palestine in the Iron Age? A rejoinder». *Levant* 30: 167-174.
- (1999): «Hazor and the North in the Iron Age: a low chronology perspective». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 314: 55-70.
- (2001): «The Rise of Jerusalem and Juda: the Missing Link». *Levant* 33: 117-125.
- (2003): «Comment on ¹⁴C Dates from Tel Rehov. Iron-Age Chronology, Pharaohs, and Hebrew Kings'». *Science* 302: 568.
- FINKELSTEIN, I. y PIASETZKY, E. (2003): «Wrong and Right. High and Low. ¹⁴C-Dates from Tel Rehov and Iron Age Chronology». *Tel Aviv Journal of Archaeology* 30.2: 283-295.
- FINKELSTEIN, I. y SILBERMANN, N. A. (2001): *The Bible Unearthed. Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origins of its Sacred Texts*. Free Press. New York.
- FIORNTINI, G. (2002): «Cannatello». *Problemi e linee di ricerca archeologica in territorio di Agrigento e provincia. Kokalos* 43-44 [1997-98]: 3-15.
- FIORNTINI, G. y DE MIRO, E. (1983): «Gela protoarcaica. Dati topografici, archeologici e cronologici». *Grecia, Italia e Sicilia nell'VIII e VII sec. a.C. Annuario della Scuola Archeologica di Atene* 61: 53-106.
- FISHER, H. G. (1992): «El origen de los jeroglíficos egipcios». En W. M. Senner (comp.): *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI. Méjico: 67-74.
- FOIS, A. (2000): *Gli ornamenti nuragici del Museo G.A.Sanna di Sassari*. ImagoMedia. Piedimonte Matese.
- FORMIGLI, E. (1970-71): «Appendice. Osservazioni sulla tecnica e sul restauro». *Atti e Memorie della Società Magna Grecia* [n.s.] 11-12: 34-36.
- FORNÉS, J. y SALVÀ, B. (e.p.): «La cultura naviforme de Mallorca y su contexto cronocultural en el Mediterráneo». *IIº Congreso Español de Estudios del Próximo Oriente* (Cádiz, 24-27 enero 2001).
- FORSBERG, S. (1995): *Near Eastern Destruction Datings as Sources for Greek and Near Eastern Iron Age Chronology: archaeological and historical studies, the cases of Samaria (722 B.C.) and Tarsus (696 B.C.)*. Boreas - Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilisations 19. Almqvist & Wiksell. Uppsala.
- FORSDYKE, E. J. (1926-27): «The Mavro Spelio cemetery at Knossos». *Annual of the British School at Athens* 28: 243-296.
- FOSTER, B. R. (1987): «The Late Bronze Age palace economy: A view from the East». En R. Hägg y N. Marinatos (eds): *The function of the Minoan palaces*. Acta Instituti Atenienses Regni Suecia Series In 4º XXXII. Stockholm: 11-16.
- FOWLER, C. (2004): *The Archaeology of Personhood. An anthropological approach*. Routledge. London.
- FOX, C. (1939): «The socketed bronze sickles of the British Isles». *Proceedings of the Prehistoric Society* 5: 222-248.
- FRANCÈS, J. y PONS, E. (1998): «L'hàbitat del Bronze Final I y de la Primera Edad del Ferro a la Catalunya litoral y pre-litoral». *Cypsela* 12: 31-46.
- FRANCIS, D. y VICKERS, M. (1985): «Greek Geometric Pottery at Hama and its Implications for Near Eastern Chronology». *Levant* 17: 131-138.
- FRANK, A. G. (1993): «Bronze Age World System Cycles». *Current Anthropology* 34.4: 383-429.

- FRANKENSTEIN, S. (1979): «The Phoenicians in the Far West: a Function of Neo-Assyrian Imperialism». En M. T. Larsen (ed.): *Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires*. Mesopotamia 7. Akademisk Forlag, Copenhagen: 263-294.
- (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Crítica. Barcelona.
- FRASCA, M. (1983): «Una nuova capanna 'sicula' a Siracusa, in Ortigia: tipologia dei materiali». *Mélanges de l'Ecole Française de Rome* 95: 565-598.
- FRENCH, E. (2005): *Micenas. Capital de Agamenón*. Bellaterra. Barcelona.
- FULLOLA, J.; CALVO, M.; MANGADO, X.; RITA, C.; GUAL, J. M. y DANIELIAN, T. (2005): «La industria lítica de Binimel·là (Mercadal, Menorca), indicio de la primera ocupación humana de la isla de Menorca». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 45-78.
- GAGNIÈRE, S.; GERMAND, L. y GRANIER, J. (1963): *Inventaire des collections archéologiques du Musée Calvet d'Avignon. Les armes et les outils préhistoriques en Bronze*. Rullière. Avignon.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3. Madrid.
- (2000): «Las estelas del Suroeste entre el Atlántico y el Mediterráneo». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. IV): 1789-1797.
- (2005): «Evolución, adaptación y resistencia. En torno a las formas de intercambio de las comunidades atlánticas en contacto con el mundo orientalizador». En Celestino y Jiménez 2005: 467-475.
- GALÁN DOMINGO, E. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1996): «Divisa, dinero y moneda. Aproximación a los patrones metalúrgicos prehistóricos peninsulares». En M. A. Querol y T. Chapa (eds): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra 6.2. Madrid: 151-165.
- (e.p.): «Writing, ciphers, selfconsciousness and trade». *Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Lisboa, septiembre 2005).
- GALE, N. H. (1991a): «Cooper oxhide ingots: their origin and their place in the Bronze Age metals trade in the Mediterranean». En Gale 1991b: 197-239.
- (ed.) (1991b): *Bronze Age Trade in the Mediterranean. Papers presented at the Conference held at Rewley House, Oxford, in december 1989*. Studies in Mediterranean Archaeology 90. Jonsered.
- (2001): «Archaeology, science-based archaeology and the Mediterranean Bronze Age metals trade: a contribution to the debate». *European Journal of Archaeology* 4.1: 113-130.
- GALE, N. y STOS-GALE, Z. A. (1986): «Oxhide copper ingots in Crete and Cyprus and the Bronze Age metals trade». *Annals of the British School at Athens* 81: 81-100.
- (1987): «Oxhide Ingots from Sardinia, Crete and Cyprus and the Bronze Age Copper Trade: New Scientific Evidence». En Balmuth 1987: 135-178.
- GALILI, E. (1985): «A group of stone anchors from New-Yam». *International Journal of Nautical Archaeology* 14: 143-153.
- GALILI, E.; SHMUELI, N. y ARTZY, M. (1986): «Bronze Age ship's cargo of copper and tin». *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration* 15.1: 25-37.
- GALLART, J. (1991): *El dipòsit de bronzes de Llavorsí. Pallars Sobirà*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya 10. Barcelona.
- GALLART, J. y JUNYENT, E. (1998): *Un nou tall estratigràfic a la Pedrera, Vallfogona de Balaguer, Tèrmens, la Noguera, Lleida*. Espai/Temps 3. Universitat de Lleida. Lleida.
- GALLAY, G. (1988): *Die mittel- und spätbronze- sowie alter-eisenzeitlichen Bronzedolche in Frankreich und auf den britischen Kanalinseln*. Prähistorische Bronzefunde VI.7. München.
- GAMER-WALLERT, I. (1973): «Der Skarabeus vom Cabezo de la Joya in Huelva». *Madrid Mitteilungen* 14: 121-126.
- (1976): «Die Hieroglypheninschrift auf dem Alabastergefäß in Puerto de Santa María». *Habis* 7: 223-228.
- GARBINI, G. (1978): «Scarabeo con iscrizione aramaica dalla necropoli di Macchiabate». *La Parola del Passato* 33: 424-426.
- (1985): «Esploratori e mercanti non greci nel Mediterraneo occidentale». En G. Pugliese Carratelli (ed.): *Magna Grecia, 1. Il Mediterraneo, le metropoli e la fondazione delle colonie*. Electa. Milano: 245-264.
- (1991): «I Fenici e la prima Etruria». *Archeologia Classica* 43: 261-267.
- (1997): *I Filistei. Gli antagonisti di Israele*. Rusconi. Milano.
- GARCÍA, F. G. (1986): «Un poco de Arqueología». *Revista de Feria de Coria del Río*. Ayuntamiento de Coria del Río. Coria del Río.
- GARCÍA ALFONSO, E. (1998): «El cilindro-sello de Vélez-Málaga». *Madrid Mitteilungen* 39: 49-66.
- (1999): «Estudio de materiales orientalistas del Museo Arqueológico de Granada». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1994* (vol. III). Junta de Andalucía. Sevilla: 179-184.
- (2005): «Consideraciones sobre la *pyxis* de la playa de Santa María del Mar (Cádiz)». En Celestino y Jiménez: 1323-1333.
- (e.p.): *En la orilla de Tartessos. Fenicios e indígenas en tierras malagueñas (siglos VIII-VI a.C.)*.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1940): «Las primeras navegaciones griegas a Iberia». *Archivo Español de Arqueología* 41: 97-127.
- (1942): *Fenicios y cartagineses en Occidente*. CSIC. Madrid.

- (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. Instituto Diego Velázquez del CSIC. Madrid.
- (1947): «Colonizaciones púnica y griega. El arte ibérico. El arte de las tribus célticas». *Ars Hispaniae. Historia Universal del Arte Hispánico*. Plus Ultra. Madrid: 135-338.
- (1948): *Hispania Graeca*. Instituto Español de Estudios Mediterráneos. Barcelona.
- (1975): «La colonización griega». *Historia de España R. Menéndez Pidal* (vol. I.2). Espasa-Calpe. Madrid: 495-510.
- GARCÍA BORJA, P.; PEDRO MICHÓ, M. J. de y SÁNCHEZ MOLINA, A. (2005): «Conjunto de metales procedente del poblado de la Edad del Bronce de l'Arbocer (Font de la Figuera, Valencia)». *Trabajos de Prehistoria* 62.1: 181-191.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1979): «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico». *Archivo Español de Arqueología* 52: 131-140.
- GARCÍA SÁNCHEZ, M. y SPANHI, J. C. (1959): «Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe». *Archivo de Prehistoria Levantina* 8: 43-113.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (2005): «Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo en el Suroeste de la Península Ibérica durante el II y I milenios ANE». *Trabajos de Prehistoria* 62.1: 85-109.
- (2006): «Funerary ideology and social inequality in the Late Prehistory of the Iberian South-West (c. 3300-850 cal BC)». En P. Díaz-del-Río y L. García Sanjuán (eds.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. BAR International Series 1525. Oxford: 149-169.
- GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D.W.; FÁBREGA, P.; HERNÁNDEZ, M. J.; POLVORINOS, A. (2006): «Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto». *Trabajos de Prehistoria* 63.2: 135-152.
- GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (2000): «Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final». *Huelva Arqueológica* 16: 5-87.
- GARDES, P. (1991): «Le Bronze Final dans les Landes: état d'un question». En Chevillot y Coffyn 1991: 183-192.
- GARIBALDI, P. (2004), *Produzioni artigianali: diffusione delle culture agricole specializzate della vite e dell'olivo*, in Lo Schiavo *et al.* 2004: 367-368.
- GARRIDO, J. P. (2004): «Prólogo». En González de Canales *et al.* 2004: 17-19.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, E. M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva, II (3ª, 4ª y 5ª Campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 96. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- GASCÓ, Y. (1984): *Les tumulus du premier Âge du Fer en Languedoc oriental*. Archéologie en Languedoc. Revue de la Fédération archéologique de l'Hérault. Musée Archéologique. Lattes.
- GAUCHER, G. (1981): *Sites et cultures de l'Âge du Bronze dans le Bassin parisien*. Supplément 15 à Gallia Préhistoire. Éditions du C.N.R.S. Paris.
- GAUCHER, G. y MOHEN, J.-P. (1972): *Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France I: épées*. Société Préhistorique Française. Paris.
- GAUCHER, G. y ROBERT, Y. (1967): «Les dépôts de bronze de Cannes-Écluse». *Gallia Préhistoire* 10: 169-223.
- GERLOFF, S. (1986): «Bronze Age Class A cauldrons: typology, origins and chronology». *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland* 116: 84-115.
- (2004): «Hallstatt fascination: 'Hallstatt' buckets, swords and chapes from Britain and Ireland». En Roche *et al.* 2004: 124-154.
- (e.p.): *Atlantic cauldrons and buckets of the Late Bronze and Early Iron Age in western Europe*. Prähistorische Bronzefunde II.18.
- GERNET, L. (1964 [1955]): *Droit et société dans la Grèce Ancienne: sur les actions commerciales en droit athénien*. Publications de l'Institut de Droit romain de l'Université de Paris 13. Paris.
- GERSHUNY, L. (1985): *Bronze Vessels from Israel and Jordan*. Prähistorische Bronzefunde II.6. München.
- GIACCHERO, M. (1969): «L'intuizione dei fenomeni e dei comportamenti economici nelle Storie di Erodoto». *Studi di Storia Antica in memoria di Luca de Regibus*. Istituto di Storia Antica e scienze ausiliare dell'università di Genova. Genova: 93 ss.
- GIANGIULIO, M. (1996): «Avventurieri, mercanti, coloni, mercenari. Mobilità umana e circolazione di risorse nel Mediterraneo arcaico». En S. Settis (ed.): *I Greci* 2.1. Einaudi. Torino: 497-525.
- GIARDINA, A. (1986): «Le merci, il tempo, il silenzio. Ricerche su miti e valori sociali nel mondo greco e romano». *Studi Storici* 27: 277-302.
- GIARDINO, C. (1987): «Sicilia e Cerdeña fra la tarda età del Bronzo e la Prima età Del Ferro. Aspetti di contatti nel Mediterraneo Centro-Occidentale nell'ambito della Metallurgia». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C. Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo»* (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 47-59.
- (1995): *Il Mediterraneo Occidentale fra XIV ed VIII secolo a.C. Cerchie minerarie e metallurgiche. The West Mediterranean between the 14th and 8th Centuries B.C. Mining and metallurgical spheres*. BAR International Series 612. Oxford.
- (2000): «Sicilian hoards and protohistoric metal trade in the Central West Mediterranean». En Pare 2000b: 99-107.
- GIARDINO, C., LO SCHIAVO, F. (eds.) (2007): *I ripostigli sardi algheresi della tarda età nuragica. Nuove ricerche archeo-metallurgiche*. Roma.

- GIBSON, C.; CORREIRA, V. H; BURGESS, C. y BOARDMANN, S. (1998): «Alto do Castelinho da Serra (Montemor-o-Novo, Évora, Portugal): a preliminary report on the excavations at the Late Bronze Age to Medieval site, 1990-1993». *Journal of Iberian Archaeology* 0: 189-244.
- GIBSON, J. C. L. (1982): *Textbook of Syrian Semitic Inscriptions III. Phoenician Inscriptions*. Clarendon Press. Oxford.
- GIESEN, K. (2001): *Zyprische Fibeln. Typologie und Chronologie*. Paul Åström Verlag, Jönsered.
- GIL-MASCARELL, M. (1981): «Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano». *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 1. Valencia: 9-39.
- (1985): «El final de la Edad del Bronce». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante. Alicante: 141-152.
- GIL-MASCARELL, M. y ENRIQUE, M. (1992): «La metalurgia del Bronce Final-Hierro Antiguo del yacimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante)». *Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 89. Valencia: 39-48.
- GIL-MASCARELL, M. y PEÑA, J. L. (1989): «La fíbula 'ad occhio' del yacimiento de la Mola d'Agres». *Saguntum* 22: 125-142.
- GILBOA, A. (1998): «Iron I-IIA pottery evolution at Dor-Regional contexts and the Cypriot connection». En Gitin *et al.* 1998: 413-425.
- (1999): «The Dynamics of Phoenician Bichrome Pottery: A View from Tel Dor». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 316: 1-22.
- (2005): «Sea Peoples and Phoenicians along the Southern Phoenician-A Reconciliation: An Interpretation of the Šiki-la (SKL) Material Culture». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 337: 47-78.
- GILBOA, A. y SHARON, I. (2001): «Early Iron Age Radiometric Dates from Tel Dor: preliminary implications for Phoenicia and beyond». *Radiocarbon* 43.3: 1343-1351.
- (2003): «An Archaeological Contribution to the Early Iron Age Chronological Debate: alternative chronologies for Phoenicia and their effects on the Levant, Cyprus and Greece». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 332: 7-80.
- GILBOA, A.; SHARON, I. y ZORN, J. (2004): «Dor and Iron Age chronology». *Tel Aviv* 31: 32-59.
- GILES, F.; MATA, E.; BENÍTEZ, R.; GONZÁLEZ, B. y MOLINA, M. J. (1993-94): «Fechas de radiocarbono 14 para la Prehistoria y Protohistoria de la provincia de Cádiz». *Boletín del Museo de Cádiz* 6: 43-52.
- GILLIS, C. (1996): «Trade in the Late Bronze Age». En C. Gillis, Ch. Risberg y B. Sjöberg (eds): *Trade and production in premonetary Greece: aspects of trade*. Studies in Mediterranean Archaeology and Literature Pocket-book 134. P. Åströms Forlag. Jönsered: 61-86.
- GILMAN, A. (1993): «Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa mediterránea». *Trabajos de Prehistoria* 50: 103-111.
- GITIN, S.; MAZAR, A. y STERN, E. (eds.) (1998): *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan*. Israel Exploration Society. Jerusalem.
- GIUFFRIDA IENTILE, M. (1983): *La pirateria tirrenica. Momenti e fortuna*. Bretschneider. Roma.
- GIUMLIA-MAIR, A. y LO SCHIAVO, F. (eds.) (2003): *Le problème de l'étain à l'origine de la métallurgie. The Problem of Early Tin. Actes du XIVème Congrès UISPP, Colloque/Symposium 11.2* (Université de Liège, Belgique, 2-8 sept. 2001). BAR International Series 1199. Oxford.
- GJERSTAD, E. (1948): *The Swedish Cyprus Expedition. IV (2): The Cypro-Geometric, Cypro-Achaic and Cypro-Classical Periods*. The Swedish Cyprus Expedition. Stockholm.
- (1960): «Pottery Types. Cypro-Geometric to Cypro-Classical». *Opuscula Atheniensia* 3: 105-122.
- GODELIER, M. (1998): *El enigma del don*. Paidós. Barcelona.
- GOMES, M. V. (1990): «O Oriente no Ocidente. Testemunhos iconográficos na Proto-história do Sul de Portugal: smiting gods ou deuses ameaçadores». *Presenças orientalizantes em Portugal da Pre-história ao período romano. Estudos Orientais* 1: 53-106.
- GOMES, M. V.; CARDOSO, J. L. y ALVES, F. (1995): *Levantamento Arqueológico do Algarve. Concelho de Lagoa*. Câmara Municipal. Lagoa.
- GOMES, M. V. y MONTEIRO, J. P. (1977): «As estelas decoradas da Herdade do Pomar (Ervidel-Beja) - estudo comparado». *Setúbal Arqueológica* 2-3: 281-343.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): «The first colonization of Ibiza and Formentera (Balearic Islands, Spain): some more islands out of the stream?». En J. F. Cherry (ed.): *Colonization of islands. World Archaeology* 26.3: 442-455.
- (2003): «Colonos sin indígenas: El campo ibicenco en época fenicio-púnica». En C. Gómez Bellard (ed.): *Ecología del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Universitat de València. Valencia: 219-236.
- GÓMEZ BELLARD, C. y SAN NICOLÁS, M. P. (1988): «La Prehistoria de Ibiza y Formentera: Estado actual de la investigación». *Trabajos de Prehistoria* 45: 201-228.
- GÓMEZ BELLARD, C. y VIDAL, P. (2000): «Las cuevas-santuario fenicio-púnicas y la navegación en el Mediterráneo». En B. Costa y J. H. Fernández (eds.): *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Eivissa 1999)*. Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera 46. Eivissa: 103-129.

- GÓMEZ DE SOTO, J. (1987): «Les épées du Cognaçais (Charente) et la chronologie des épées du type de Chelsea-Ballin-tober en France». *Les relations entre le continent et les Îles Britanniques à l'Âge du Bronze*. Supplément à La Revue Archéologique de Picardie. Amiens: 125-131.
- (1991): «Le fondeur, le trafiquant et les cuisiniers. La broche d'Amathonte de Chypre et la chronologie absolue du Bronze Final Atlantique». En Chevillot y Coffyn 1991: 369-373.
- (1993): «Pictogrammes, figurations anthropomorphes et zoomorphes sur les céramiques de la fin de l'Âge du bronze, une révision». En J. Briard y A. Duval (dirs.): *Les représentations humaines du Néolithique à l'Âge du fer*. Editions du Comité des Travaux historiques et scientifiques. Paris: 149-162.
- (1995): *Le Bronze moyen en Occident. La culture des Duffaits et la Civilisation des Tumulus*. L'Âge du Bronze en France 5. Picard. Paris.
- GÓMEZ PÉREZ, J. L. y RUBINOS, A. (2005): «Informe de la datación del material óseo procedente de dos yacimientos prehistóricos mallorquines». *Homenaje a William H. Waldren*. *Mayurqa* 30: 359-367.
- GÓMEZ RAMOS, P. (1993): «Tipología de lingotes de metal y su hallazgo en los depósitos del Bronce Final de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 20: 73-105.
- (1999): *Obtención de metales en la Prehistoria de la Península Ibérica*. BAR International Series 753. Oxford.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (1998): *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva. Sevilla.
- (1999): «El Bronce Final en el Suroeste peninsular: Una Contribución al debate». *Huelva en su Historia* 7. Número Extra. Huelva: 25-41.
- (2001-02): «Cerámicas fenicias en Andalucía Occidental: una cuestión de sincronismo Oriente-Occidente». *Anales de Prehistoria y Arqueología* 16/17: 109-116.
- (2004): «Cerámicas fenicias en el Suroeste atlántico andaluz. Una reflexión crítica». *Mirando al mar. Perspectivas desde el poniente mediterráneo: II y I milenios a.C.* *Revista de Prehistoria* 3: 65-114.
- (2006): «El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir. Síntesis histórico-arqueológica según las más recientes evidencias». *Madrider Mitteilungen* 47: 24-42.
- (e.p. a): «Los fenicios en el Suroeste Atlántico. Una revisión desde el registro arqueológico de Huelva». *Actas VI Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Lisboa, 26-30 de septiembre de 2005.
- (e.p. b): «El final del Hierro Antiguo en la Provincia de Huelva (siglos VI-V a.C.)». *Sidereum Ana I. El Río Guadiana en Época post-Orientalizante*. Mérida, 24-26 de mayo de 2006.
- GÓMEZ TOSCANO, F. y BALENSI, J. (1999): «La colección de vasos egeos de Tell Abu Hawam (Haifa, Israel) y su relación con la cronología histórica de la expansión fenicia en Occidente». *Huelva en su Historia* 7: 43-70.
- GÓMEZ TOSCANO, F. y CAMPOS, J. M. (2001): *Arqueología en la Ciudad de Huelva (1966-2000)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva. Huelva.
- (e.p.): «El Bronce Final Prefenicio en Huelva según el registro arqueológico de la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro. Una revisión cuarenta años después». *Complutum*.
- GONZÁLEZ, A. y LALUEZA, C. (2000): «Informe antropológico de los restos humanos de Can Sergent (Ibiza)». En V. M. Guerrero y S. Gornés (coords.): *Colonización humana en ambientes insulares. Interacción con el medio y adaptación cultural*. Universitat de les Illes Balears. Palma: 318-321.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F. (2004): *Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso. Fuentes escritas y documentación arqueológica*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- (2006): «The Pre-colonial Phoenician Emporium of Huelva ca 900-770 BC». *Annual Papers on Mediterranean Archaeology. Bulletin Antieke Beschaving* 81: 13-29.
- (e.p.): «Comentarios al artículo de revisión, Tartesios, fenicios y griegos en el Sudoeste de la península Ibérica: algunas reflexiones sobre los antiguos hallazgos de Huelva». *Complutum*.
- GONZÁLEZ LEDESMA, C. (e.p.): «Nueva estela de guerrero encontrada en el entorno del embalse de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz)». *VIII Congreso de Estudios Extremeños* (Badajoz, 20-22 de octubre de 2005). Universidad de Extremadura. Badajoz.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1975): «El campo de Urnas de «La Montalbana» (Ares del Maestre, Castellón de la Plana)». *Archivo de Prehistoria Levantina* 14: 113-122.
- (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo I de Lucentum. Universidad de Alicante. Alicante.
- (1985): «Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del sudeste peninsular». *Lucentum* 4: 97-106.
- (1986a): «El poblado calcolítico de les Moreres en la Sierra de Crevillente, Alicante». *El Eneolítico en el País Valenciano* (Alcoy, diciembre 1984). Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Alicante: 89-99.
- (1986b): «Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)». En Olmo Lete y Aubet 1989: 279-302.

- (1989): «Últimas aportaciones de las excavaciones realizadas en la Peña Negra (1983-1987) al Bronce Final y Hierro Antiguo del Sudeste del País Valenciano». *XIX Congreso Nacional de Arqueología* (vol. I). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 467-475.
- (1990): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante.
- (1992a): «El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3: 137-150.
- (1992b): «Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 49: 243-257.
- (1996): «La evolución de la metalurgia prehistórica en la provincia de Alicante». *Trabajos de Prehistoria* 53.1: 109-126.
- (1998): «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97». *Rivista di Studi Fenici* 26.2: 191-228.
- (ed.) (1999): *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio. Actas del I Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, 21-24 de noviembre de 1997*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Excma. Diputación Provincial de Alicante. Alicante.
- (2000): «Fenicios e indígenas en el Levante peninsular». En Ruiz Mata 2000: 107-118.
- (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) s. IX-VII aC*. Edición aparte del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios. Universidad de Alicante. Alicante.
- (ed.) (2004): *El mundo funerario. Actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios* (Guardamar del Segura, 3 a 5 de mayo de 2002). Universidad de Alicante. Alicante.
- (2005): «El fenómeno orientalizador en el sudeste de la Península Ibérica». En Celestino y Jiménez 2005: 799-808.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1992): «Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó». *Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 89. Valencia: 17-27.
- (1999): «Una zona metalúrgica de la primera mitad del siglo VII en la ciudad fenicia de la Fonteta (Guardamar, Alicante)». *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena 1997) (vol. 3). Gobierno de la Región de Murcia. Murcia: 355-357.
- (2000): *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura. Alicante. Comunidad Valenciana)*. Real Academia de Cultura Valenciana. Valencia.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E.; GIL, J. y SEVA, R. (1992-94): «Cerámica roja monocroma anatólica en el poblado calcolítico de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)». *Lucentum* 11-13: 7-38.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1989): «La metalurgia de la Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo». *XIX Congreso Nacional de Arqueología* (vol. I). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 367-376.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R.; BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L. (1993): «Prospección arqueológica superficial en la margen izquierda de la marisma de 'El Bujón'. (T.M. de Jerez de la Frontera, Cádiz)». *Anuario Arqueológico de Andalucía (AAA'91)*, II. Cádiz: 83-92.
- (1995): «Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 215-237.
- (2000): «Presencia fenicia en el territorio tartésico de los esteros del Guadalquivir». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 785-794.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): «House societies vs. kinship based societies: an archaeological case for Iron Age Europe». *Journal of Anthropological Archaeology* 25: 144-173.
- (2007): «La vida social de los objetos castreños». En F. J. González García (ed.): *Los pueblos de la Galicia céltica*. Akal. Madrid: 259-322.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J. y DOMÍNGUEZ CALVO, A. (2002): *Los Castillejos de Sanchorreja. Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J.; FANO, M. A. y MARTÍNEZ, A. (1991-92): «Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración». *Zephyrus* 44-45: 301-329.
- GOODY, J. (1987): *La domesticación del pensamiento salvaje*. Akal. Madrid.
- (1990): *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Alianza. Madrid.
- (1998): *El hombre, la escritura y la muerte. Conversación con Pierre-Emmanuel Dauzat*. Península. Barcelona.
- GOODY, J. y WATTS, I. (1996 [2ª ed. 2003]): «Las consecuencias de la cultura escrita». En J. Goody (comp.): *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Gedisa. Barcelona: 39-82.
- GOSDEN, C. (2004): *Archaeology and Colonialism. Cultural Contact from 5000 BC to the Present*. Cambridge University Press. Cambridge.
- GOSDEN, C. y LOCK, G. (1998): «Prehistoric histories». *World Archaeology* 30.1: 2-12.
- GOSDEN, C. y MARSHALL, Y. (1999): «The cultural biography of objects». *World Archaeology* 31.2: 169-178.

- GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G. (1993): «Estructuración cronoocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro». *Laietània* 8: 209-256.
- GRAELLS, R. y SARDÀ, S. (e.p.): «Los colgantes zoomorfos, un ejemplo del nuevo repertorio toréutico del s. VI aC del nordeste peninsular».
- GRAHAM, A. J. (1990): «Pre-colonial Contacts: Questions and Problems». En J.-P. Descoeudres (ed.): *Greek Colonists and Native Populations. Proceedings of the First Australian Congress of Classical Archaeology held in honour of A.D. Trendall, Sidney 1985*. Humanities Research Centre - Clarendon Press. Canberra-Oxford: 45-60.
- GRAMSCI, A. (1971): *Selections from the Prison Notebooks*. International Publishers. London.
- GRAN AYMERICH, J. M. J. (1982): «Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga. Campaña de 1973». *Noticiario Arqueológico Hispano* 12: 299-374.
- GRAS, M. (1985): *Trafics tyrrhéniens archaïques*. Bibliothèques des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome 258. Roma.
- (1992): «La mémoire de Lixus. De la fondation de Lixus aux premiers rapports entre Grecs et Phéniciens en Afrique du Nord». *Lixus. Actes du colloque* (Larache, 8-11 nov. 1989). Collection École Française de Rome 166. Rome: 27-44.
- (1997): *Il Mediterraneo in età arcaica*. Fondazione Paestum. Paestum.
- (2000a): «Il Mediterraneo in Età Orientalizante. Merci, approdi, circolazione». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 15-26.
- (2000b): «Les Etrusques et la Gaule méditerranéenne». En Janin 2000: 228-241.
- (2002): «Périples culturels entre Carthage, la Grèce et la Sicile au VIII^e siècle avant J.C.». En Ch. Müller y F. Prost (eds.): *Identités et cultures dans le monde méditerranéen antique. Études en l'honneur de Fr. Croissant*. Publications de la Sorbonne. Paris: 183-198.
- (2004): «Les Etrusques vus de la Gaule. Echanges maritimes et implantations». *Documents d'Archéologie Méridionale* 27: 213-235.
- GRAS, M.; ROUILLARD, P. y TEIXIDOR, J. (2000): *L'universo fenicio*. Einaudi. Torino.
- GRAS, M. y TORE, G. (1980): *Bronzetti dalla Nurra*. Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Provincie di Sassari e Nuoro 9. Sassari.
- GRAS, M.; TRÉZINY, H. y BROISE, H. (2004): *Mégara Hyblaea 5. La Ville Archaïque. L'espace urbain d'une cité grecque de Sicile Orientale*. École Française de Rome. Roma.
- GRATUZE, B. (1998): *Analyse non destructive d'objets en verre par des méthodes nucléaires : application à l'étude des estampilles et poids monétaires islamiques*. Thèse de l'Université d'Orléans. Orleans.
- GRATUZE, B.; LOUBOUTIN, C. y BILLAUD, Y. (1998): «Les perles protohistoriques en verre du Musée des Antiquités nationales». *Antiquités nationales* 30: 11-24.
- GRAU ALMERO, E.; MARTÍ, M. A.; PEÑA, J. L.; PASCUAL, J. L.; PÉREZ JORDÁ, G. y LÓPEZ GILA, M. D. (2004): «Nuevas aportaciones para el conocimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alacant)». En Hernández y Hernández: 241-246.
- GRAVES, M. W. y ADDISON, D. J. (1995): «The Polynesian settlement of the Hawaiian Archipelago: integrating models and methods in archaeological interpretation». En J. F. Cherry (ed.): *Colonization of Islands. World Archaeology* 26.3: 380-399.
- GRAY, H. ST. GEORGE (1937): «Double-looped palstave found at Curland, near Taunton». *Antiquaries Journal* 17: 63-69.
- GRAZIADIO, G. (1997): «Le presenze cipriote in Italia nel quadro del commercio mediterraneo dei secoli XIV e XIII a.C.». *Studi Classici e Orientali* 46: 681-719.
- GREEN, M. W. (1992): «La escritura cuneiforme temprana». En W. M. Sennner (comp.): *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI. Méjico: 47-60.
- GREENHALGH, P. A. L. (1973): *Early Greek Warfare: Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*. Cambridge University Press. Cambridge.
- (1980): «The Dendra charioteer». *Antiquity* 54: 201-205.
- GRIERSON, P. J. H. (1903): *The Silent Trade*. William Green & Sons. Edinburgh.
- GROTTANELLI, C. (1991): «Carne e vino: misura e dismisura». En P. Scarpi (ed.): *Storie del vino*. Diapress-Documeti. Milano: 151-166.
- GRUAT, P. (1993): «Une sépulture caussenarde particulière du début du premier Âge du Fer: le tumulus 1 de Roumag-nac à Séverac-le-Château». *Documents d'Archéologie Méridionale* 16: 203-219.
- GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÒRICA (2005): «Dos hogares orientalizes de la fortaleza de Els Vilars (Arbeca, Léri-da)». En Celestino y Jiménez 2005: 651-667.
- GSELL, S. (1914): *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord. I. Les conditions de développement historique. Les temps primitifs. La colonisation phénicienne et l'empire de Carthage*. Librairie Hachette et Cie. Paris.
- GUBEL, E. (1989): «A propos du marzeah d'Assurbanipal». En M. Lebeau y Ph. Talon (eds.): *Reflets des deux fleuves. Volume de mélanges offerts à André Finet*. Akkadica suppl. 6. Peeters. Leuven: 47-53.
- (2006): «Notes on the Phoenician Component of the Orientalizing Horizon». En Riva y Vella 2006: 85-93.
- GUERRERO AYUSO, V. M. (1981): «Los asentamientos humanos sobre los islotes costeros de Mallorca». *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana* 38: 192-231.
- (1984): *El asentamiento púnico de Na Guardis*. Excavaciones Arqueológicas en España 133. Madrid.

- (1989): «Puntos de escala y embarcaderos púnicos en Mallorca: Illot d'en Sales». *Bolletí de la Societat Arqueològica Luliana* 45: 27-38.
- (1997): *Colonización púnica de Mallorca. La documentación arqueológica y el contexto histórico*. Ed. El Tall-U.I.B. Palma.
- (1998): «Los mercantes fenicio-púnicos en la documentación literaria, iconográfica y arqueológica». *III Jornadas de Arqueologia Subacútica* (Valencia 1997). Universitat de València. Valencia: 197-228 [también en Costa y Fernández 1998: 61-104].
- (2000): «Intercambios y comercio precolonial en las Baleares (c.1100-600 cal. BC)». En Fernández Uriel *et al.* 2000: 35-57.
- (2004a): «La marina de la Cerdena nurágica». *Pyrenae* 35: 118-155.
- (2004b): «Colonos e indígenas en las Baleares prerromanas». En B. Costa y J. H. Fernández (eds.): *Colonialismo e interacción cultural: El impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de Arqueologia Fenicio-Púnica* (Eivissa, 2003). Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera 54. Eivissa: 145-203.
- (2004c): «Las Islas Baleares en los derroteros del Mediterráneo Central y Occidental». En V. Peña, A. Mederos y C. G. Wagner (eds.): *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 85-133.
- (2004d): «Barcas exvotos de bronce de la Cerdeña Nurágica». *Akros* 3: 15-26.
- (2006): «Nautas baleáricos durante la prehistoria (Parte I). Condiciones meteomarinas y navegación de cabotaje». *Pyrenae* 37.1: 87-129.
- (e.p. a): «Barcas para la pesca durante la prehistoria occidental». *I Seminario Internacional sobre la Historia de la Pesca en el ámbito del Estrecho de Gibraltar*. Puerto de Santa María (junio 2004).
- (e.p. b): «Las naves de Kerné (II). Navegando por el Atlántico durante la protohistoria y la antigüedad». *Fenicios y púnicos en el Atlántico* (Actas de IV Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Tenerife 2004).
- (e.p. c): «Nautas baleáricos durante la prehistoria (Parte II). De la iconografía naval a las fuentes históricas». *Pyrenae*.
- «El Bronce Final en las Baleares. Intercambios en la antesala de la colonización fenicia del archipiélago», en Celestino, S.; Rafel, N.; Armada, X.-L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE): La precolonización a debate*, Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, CSIC, en prensa.
- GUERRERO AYUSO, V. M. y CALVO, M. (2001): «El megalitismo mallorquín en el contexto del Mediterráneo central». *Mayurqa* 27: 161-193.
- (2003): «Models of commercial exchange between the indigenous population and colonists in the Protohistory of the Balearic Islands». *Rivista di Studi Fenici* 30.1: 1-30.
- GUERRERO AYUSO, V. M.; CALVO, M.; GARCÍA ROSELLÓ, J.; GORNÉS, S., Prehistory of the Balearic Islands. Archaeological Record and Social Evolution Before the Iron Age - Prehistoria de las Islas Baleares. Registro Arqueológico y Evolución Social antes de la Edad del Hierro, British Archaeological Reports, Internacional Series 1690, Oxford, 2007.
- GUERRERO AYUSO, V. M., CALVO, M. y SALVÀ, B. (2002): «La cultura talayótica. Una sociedad de la Edad del Hierro en la periferia de la colonización fenicia». *Complutum* 13: 221-258.
- GUERRERO AYUSO, V. M.; ENSENYAT, J.; CALVO, M. y ORVAY, J. (2005): «El abrigo rocoso de Son Gallard - Son Marroig. Nuevas aportaciones treinta y siete años después». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 81-140.
- GUERRERO AYUSO, V. M.; SANMARTÍ, J.; HERNÁNDEZ, J.; GORNÉS, S.; GUAL, J.; LÓPEZ PONS, A. y NICOLÀS, J. de (2002): «Biniparratx Petit (Sant Lluís): a Research and Re-evaluation project in the Southeast of the Island of Minorca». En W. Waldren y J. Ensenyat (eds.): *World Islands in Prehistory. V Deia International Conference of Prehistory*. BAR International Series 1095. Oxford: 502-516.
- GUILAINE, J. (1972): *L'Âge du bronze en Languedoc occidental, Roussillon, Ariège*. Klincksieck. Paris.
- (1987): «Le sud de la France, la Corse et la circulation des Bronzes de 1200 à 500 avant J.C.». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C. Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo»* (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 443-465.
- (1990): «Le Bronze final du Midi de la France. Questions d'actualité». *Hommages à P.-R. Giot. Revue Archéologique de l'Ouest* 2: 227-233.
- (1991): «Les premières perles en verre en Méditerranée occidentale». *Liber Amicorum Jacques A. E. Nenquin*. Université de Gand. Gand: 163-172.
- GUILAINE, J.; GRATUZE, B. y BARRANDON, J.-N. (1991): «Les perles en verre de l'Âge du bronze. Analyse d'exemplaires trouvés en France». En Chevillot y Coffyn 1991: 255-266.
- GUILAINE, J. y PY, M. (2000): «Le Sud de la Gaule et les relations méditerranéennes et occidentales (-1000/-500)». En Janin 2000: 415-432.
- GUILAINE, J. y RANCOULE, G. (1996): «Les relations méditerranéennes pré-coloniales et les débuts de l'Âge du fer languedocien. Les influences puniques en Languedoc occidental». *Complutum* 7: 125-140.
- GUSI, F. (1975): «Las dataciones de ¹⁴C de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromà). Campaña de 1975. Ensayo cronológico para la periodización del Bronce Valenciano». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón* 2: 75-80.
- (2001): «Distribución territorial y evolución cronocultural durante la Edad del Bronce en tierras de Castellón». En Hernández 2001b: 163-179.

- GUTIÉRREZ, J. M.; RUIZ, J. A.; GILES, F., BUENO, P.; LÓPEZ, J. J. y AGUILERA, L. (2000): «El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 795-806.
- GUTIÉRREZ, J. M.; RUIZ, J. A. y LÓPEZ, J. J. (1993): «El yacimiento arqueológico de Campín Bajo. Su enmarque en el poblamiento de Andalucía Occidental y el Guadalquivir durante el tránsito del II al I Milenio. Una propuesta de interpretación (I)». *Revista de Historia de El Puerto* 10: 11-46.
- GUY, P. L. O. (1938): *Meggido tombs* [with contributions by M. Engberg]. University of Chicago Press. Illinois.
- GUZZARDI, I. (1991): «Importazione dal Vicino Oriente in Sicilia fino all'età orientalizzante». *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. CNR - Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica. Roma.
- HABIBI, M.; ÁLVAREZ GARCÍA, N.; GÓMEZ BELLARD, C.; MADARIA, J. L. de; PUIG MORRAGÓN, R. M. (2005): «La ocupación fenicia». En Aranegui 2005: 155-182.
- HALDANE, C. (1993): «Direct evidence for organic cargoes in the Late Bronze Age». En J. Oates (ed.): *Ancient Trade: New Perspectives*. *World Archaeology* 24.3: 348-360.
- HALSTEAD, P. y BARRETT, J. C. (eds.) (2004): *Food, cuisine and society in Prehistoric Greece*. Sheffield Studies in Aegean Archaeology 5. Oxbow Books. Oxford.
- HALSTEAD, P. y ISAAKIDOU, V. (2004): «Faunal evidence for feasting: burnt offerings from the Palace of Nestor at Pylos». En Halstead y Barrett 2004: 135-154.
- HAMILTON, R. W. (1935): «Excavations at Tell Abu Hawam». *The Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine* 4: 1-69.
- HANNESTAD, L. (1996): «Absolute Chronology. Greece and the Near East c. 1000-500 BC». *Acta Archaeologica* 67: 39-49.
- HARDING, A. F. (1998): «Reforma en la Europa bárbara, 1300-600 a.C.». En Cunliffe 1998: 305-336.
- HARDING, A. F. y WARREN, S. (1973): «Early Bronze Age Faience Beads from Central Europe». *Antiquity* 47: 64-66.
- HARRIS, E. C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica. Barcelona.
- HARRISON, R. J. (1977): «A late Bronze Age grave group from Mérida (Prov. Badajoz)». *Madridrer Mitteilungen* 18: 18-29.
- (1994): «The Bronze Age in northern and northeastern Spain, 2000-800 BC». En C. Mathers y S. Stoddart (eds.): *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Archaeological Monographs 8. Sheffield: 73-97.
- (2004): *Symbols and warriors: images of the European Bronze Age*. Western Academic & Specialist Press. Bristol.
- HARRISON, R. J.; MARTÍ JUSMET, F. y GIRÓ, P. (1974): «Faience beads and Atlantic bronzes in Catalonia». *Madridrer Mitteilungen* 15: 95-108.
- HARRISON, R. J.; MORENO LÓPEZ, G. C. y LEGGE, A. J. (1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Cometa. Zaragoza.
- HARVEY, L. D. (1980): «Solar variability as a contributing factor to Holocene climatic change». *Progress in Physical Geography* 4: 487-530.
- HAUPTMANN, A.; MADDIN, R. y PRANGE, M. (2002): «On the structure and composition of copper and tin ingots excavated from the shipwreck of Uluburun». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 328: 1-30.
- HAUSSMANN, L. (1996-97): «L'Age du Bronze dans les Hautes-Alpes». *Bulletin d'études préhistoriques et archéologiques alpines* 7-8: 97-180.
- HAVELOCK, E. (1996): *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre la oralidad y la escritura desde la Antigüedad hasta el Presente*. Paidós. Barcelona.
- HAWKES, C. F. C. (1938): «Sicilian bronze axe from near Hengistbury Head». *Antiquity* 12: 225-228.
- (1952): «Las relaciones en el bronce final, entre la Península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia y la Europa Central y Mediterránea». *Ampurias* 14: 81-119.
- (1960): *A scheme for the British Bronze Age*. Unpublished typescript.
- HEALEY, J. F. (1990): «The early alphabet». *Reading the Past. Ancient writing from cuneiform to the alphabet*. Barnes & Noble Inc. New York: 210-257.
- HELCK, W. (1987): «The dissolution of the palace economy in the Ramesside period». En R. Hägg y N. Marinatos (eds.): *The function of the Minoan palaces*. Acta Instituti Atenienses Regni Suecia Series In 4º XXXII. Stockholm: 17-19.
- HELMS, M. (1988): *Ulysses' sail. An Ethnographic Odyssey of power, knowledge and geographical distance*. Princeton University Press. Princeton.
- (1993): *Craft and the Kingly Ideal: Art, Trade, and Power*. University of Texas Press. Austin.
- HELTZER, M. (1984): «Circulation of goods in non-palatial contexts in the Ancient Near East». En A. Archi (ed): *Circulation of goods in non-palatial context in the Ancient Near East*. ISMEA CNR Edizioni de l'Ateneo. Roma: 161-193.
- (2000): «Late Canaanite inscribed arrowheads and Pre and Early Monarchic development in Israel». En P. Bettencourt, V. Karageorghis, R. Laffineur y W.-D. Niemeier (eds.): *MELETEMATA. Studies in Aegean Archaeology presented to Malcom H. Wiener as he enters his 65th year*. *Aegaeum* 20: 63-72.
- HENCKEN, H. (1968): *Tarquinius, Villanovians and Early Etruscans*. Peabody Museum. Cambridge-Massachusetts.
- (1971): *The earliest European helmets*. American School of Prehistoric Research - Bulletin 28. Cambridge-Massachusetts.
- HENNING, R. (1917): «Der stumme Handel als Urform des Aussenhandels». *Weltwirtschaftliches Archiv* 9: 265-278.

- HERDERSON, J. (1999): «¿Una nueva caracterización? La investigación científica de las cuentas de fayenza encontradas en la Cova des Càrritx (Menorca), Sa Cometa des Morts I (Mallorca), Son Maimó (Mallorca) y Este (Véneto, Italia)». En Lull *et al.* 1999: 631-642.
- HERMANN, G. (1986): *Ivories from Room SW37 Fort Shalmaneser*. The British School of Archaeology in Iraq. London.
- HERMARY, A. (1984): «Deux ex-voto chypriotes reconstitués». *Revue du Louvre* 34: 238-240.
- (1999): «Amathus before the 8th Century B.C.». En M. Iacovou y D. Michaelides (eds.): *Cyprus. The Historicity of the Geometric Horizon*. University of Cyprus. Nicosia: 55-67.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (eds.) (2004): *La Edad del Bronce en Tierras Valencianas y Zonas Limitrofes*. Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert»—Ayuntamiento de Villena. Alicante-Villena.
- HERNÁNDEZ GASCH, J.; SANMARTÍ, J.; MALGOSA, A. y ALESAN, A. (1998): «La necrópoli talaiòtica de s'Illot des Porros». *Pyrenae* 29: 69-95.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1997): «Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas». *Homenatge a la Profesora Doctora Milagros Gil-Masarell Boscá. Saguntum* 30 (vol. II): 93-114.
- (2001a): «La Edad del Bronce en Alicante». En Hernández Pérez 2001b: 201-217.
- (ed.) (2001b): *... Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- (2005a): «Los tesoros de Villena y Cabezo Redondo». *El Tesoro de Villena. Un descubrimiento de José María Soler* [catálogo exposición]. Fundación MARQ. Alicante: 110-125.
- (2005b): «La Contestania Ibérica desde la Prehistoria». En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.): *La Contestania Ibérica, Treinta años después*. Actas de las I Jornadas de Arqueología Ibérica. Universidad de Alicante. Alicante: 17-36.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y LÓPEZ MIRA, J. A. (1992): «Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante)». *Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 89. Valencia: 1-16.
- HERNANDO GONZALO, A. (1988): *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica. Una revisión crítica*. Universidad Complutense. Madrid.
- HERNANDO GRANDE, A. (1976): «Representaciones del escudo en la Península Ibérica: escudos en estelas». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 3: 127-135.
- HERRERA, M. D. (1991): «El territorio de Aser en los inicios del I milenio a. C. a la luz de la arqueología: fenicios e israelitas». En J. Carreira das Neves (ed.): *III Simposio Bíblico Español, Lisboa 1989*. Fundación Bíblica Española. Valencia - Lisboa: 33-51.
- HERRERA, M. D. y BALENSI, J. (1986): «More about the Greek Geometric Pottery at Tell Abu Hawam». *Levant* 18: 169-171.
- HERRERA, M. D. y GÓMEZ TOSCANO, F. (2004): *Tell Abu Hawam (Haifa, Israel). El horizonte fenicio del Stratum III*. Universidad de Huelva. Huelva.
- HIGGINS, R. H. (1969): «Early Greek Jewellery». *The Annual of the British School at Athens* 64: 143-153.
- HIRSCHFELD, N. (1996): «Cypriots in the Mycenaean Aegean». En E. de Miro, L. Godart y A. Lacconi (eds.): *Atti e memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia*. Incunabula Graeca vol. XCVIII n° 1. Roma: 289-297.
- (2001): «Cypriots to the West? The evidence of potmarks». En Bonfante y Karageorghis 2001: 121-129.
- HODGE, A. T. (1983): «Massalia, meteorology and navigation». *Ancient World* 7: 67-88.
- HODOS, T. (2006): *Local Responses to Colonization in the Iron Age Mediterranean*. Routledge. London and New York.
- HOFFMEIER, J. K. (1976): «Observations on the Evolving Chariot Wheel in the 18th Dynasty». *Journal of the American Research Center in Egypt* 13: 43-45.
- HÖLBL, G. (1979): *Beziehungen der Ägyptischen Kultur zu Altitalien*. Brill. Leiden.
- (1986): *Ägyptisches Kulturgut im phönikischen und punischen Sardinien*. Brill. Leiden.
- (1997): «Vorbericht über die Arbeiten an den ägyptischen und ägyptisierenden Funden im Museo Archeologico Regionale «Paolo Orsi» von Syrakus im März 1997». *Papyri* 2: 49-64.
- HUARTE, R. (2002): «Estudio general de materiales». En M. A. Tabales: *El Alcázar de Sevilla. Primeros estudios sobre estratigrafía y evolución constructiva*. Junta de Andalucía - Patronato del Real Alcázar. Sevilla: 253-282.
- HUDSON, M. (1992): «Did the Phoenicians introduce the idea of interest to Greece and Italy—and if so, when?». En G. Kopcke e I. Tokamaru (eds.): *Greece between East and West: 10th-8th centuries BC*. Verlag Philipp von Zabern. Mainz: 128-143.
- HUGHES, T. P. (1994 [1987]): «The evolution of large technological systems». En W. E. Bijker, T. P. Hughes y T. J. Pinch (eds.): *The Social Construction of Technological Systems*. MIT Press. Cambridge: 51-82.
- HUNT ORTÍZ, M. A. (1995): «El foco metalúrgico de Aznalcóllar, Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del Suroeste de la Península Ibérica». *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 447-473.
- (1998): «Plata prehistórica: recursos, metalurgia, origen y movilidad». En Delibes 1998: 247-289.
- (2001): «El depósito de la ría de Huelva: datos isotópicos para la determinación de su procedencia». En B. M. Gómez Tubío, M. A. Respalda y M. L. Pardo (eds.): *III Congreso Nacional de Arqueometría*. Universidad de Sevilla - Fundación El Monte. Sevilla: 487-496.

- (2003): *Prehistoric Mining and Metallurgy in South West Iberian Peninsula*. BAR International Series 1188. Oxford.
- (2005): «Plata de Tartessos: producción y dispersión». En Celestino y Jiménez 2005: 1241-1248.
- HUNT ORTÍZ, M. A. y HURTADO PÉREZ, V. (1999): «Suroeste». En G. Delibes e I. Montero (coords.): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II, Estudios regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid: 275-331.
- HURST, H. y OWEN, S. (eds.) (2005): *Ancient Colonizations. Analogy, Similarity & Difference*. Duckworth. London.
- HURTADO PÉREZ, V. (1985): «La excavación de una sepultura circular de la Edad del Bronce en Guadajira (Badajoz)». *Homenaje a Jesús Cánovas Pesini*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz: 25-35.
- (1991): «El yacimiento de El Trastejón (Zufre, Huelva). Estudio de materiales. Informe de la campaña de 1989». *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*, II. Sevilla: 158-164.
- HURTADO PÉREZ, V. y AMORES CARREDANO, F. de (1984): «El tholos de Las Canteras y los enterramientos del Bronce en la Necrópolis de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9: 147-174.
- HURTADO PÉREZ, V.; HUNT ORTÍZ, M. A. (1999): «Extremadura». En G. Delibes e I. Montero (coords.): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II, Estudios regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid: 241-274.
- HURTADO PÉREZ, V. y PERDIGONES, L. (1983): «Ídolos inéditos del Calcolítico en el Sudoeste Hispano». *Madriдер Mitteilungen* 24: 46-58.
- HUSSER, F. (1997): «A propos du festin 'marzihu' à Ugarit». En F. Boespflug y F. Dunand (eds.): *Le comparatisme en histoire des religions. Actes du Colloque International de Strasbourg* (18-20 septembre 1996). Editions du Cerf. Paris: 157-173.
- HUTH, C. (2000): «Metal circulation, communication and traditions of craftsmanship in Late Bronze Age and Early Iron Age Europe». En Pare 2000b: 176-193.
- IAKOVIDIS, S. (1980): *Excavations of the necropolis at Perati*. Institute of Archaeology Occasional Papers 8. University of California. Los Angeles.
- IBORRA, M. P. (2004): *La ganadería y la caza desde el Bronce Final hasta el Ibérico Final en el territorio valenciano*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 103. Valencia.
- IFRAH, G. (1997): *Historia Universal de las cifras*. Espasa Calpe. Madrid.
- IGLESIAS GIL, J. M. (1980a): «Nueva estela decorada procedente de El Viso (Córdoba)». *Zephyrus* 30-31: 254-256.
- (1980b): «Estela inédita hallada en El Viso (Córdoba)». *Archivo Español de Arqueología* 53: 189-194.
- IHM (= Instituto Hidrográfico de la Marina) (2003): *Derrotero de las costas del Mediterráneo*, nº 3, Tomo II. Ministerio de Defensa. Cádiz.
- IMAL, A. (1977): *Some Aspects of Phoenician Bowls with Special Reference to the Proto-Cypriote Class and the Cypro-Phoenician Class*. Columbia University. Columbia.
- INÊS VAZ, J. L. (1987): *Roteiro Arqueológico, do Concelho de Viseu*. Câmara Municipal. Viseu. Viseu
- INGO, G. M. (1993): «Archaeometallurgical studies at Tharros». *Rivista di Studi Fenici* 21.2: 198-203.
- INGO, G. M.; BULTRINI, G. y CHIOZZINI, G. (1995): «Microchemical Studies for locating the Iron Sources exploited at Tharros during the Phoenician-Punic Period». *Tharros XXI-XXII. Rivista di Studi Fenici* 23: 99-107.
- IRWIN, G. (1992): *The prehistoric exploration and colonisation of the Pacific*. Cambridge University Press. Cambridge.
- IZQUIERDO, R. (1997): «Sobre la copelación de la plata en el mundo tartésico». *Spal* 6: 87-101.
- (1998): «La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico». *Zephyrus* 51: 277-288.
- IZQUIERDO, R. y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G. (2005): «Del poblamiento en época orientalizante en Andalucía Occidental y sus problemas». En Celestino y Jiménez 2005: 709-730.
- IZQUIERDO, R. y LÓPEZ JURADO, S. (1998): «Estela de guerrero de El Coronil (Sevilla)». *Spal* 7: 177-182.
- JAMES, P. (1993): *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del Mundo Antiguo*. Crítica. Barcelona.
- JAMES, P. J.; KOKKINOS, N. y THORPE, I. J. (1998): «Mediterranean Chronology in Crisis». En Balmuth y Tykot 1998: 29-43.
- JAMES, P. J.; THORPE, I. J.; KOKKINOS, N. y FRANKISH, J. A. (1987): *Bronze to Iron Age Chronology in the Old World. Time for a Reassessment?*. Studies in Ancient Chronology 1. Institute of Archaeology. London.
- JANIN, T. (ed.) (2000): *Mailhac et le Premier Âge du fer en Europe occidentale*. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 7. Lattes.
- JANKOVITS, K. (1998-99): «La presenza di palette con immanicatura a cannone in Ungheria nell'età del bronzo finale». *Padusa* 34-35: 109-118.
- JIMÉNEZ, A. (2002): «Excavación en C/ Abades 41-43 (Sevilla); del siglo III a.C. al siglo IV». *Romvlla* 1: 125-150.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2004): «El trabajo del bronce en el orientalizante peninsular: algunas cuestiones referidas a la tecnología». En A. Perea (dir.): *Actas del Congreso Ámbitos Tecnológicos, Ámbitos de Poder. La transición Bronce Final-Hierro en la Península Ibérica*. Madrid, marzo 2004. <http://www.ih.csic.es/arqueometalurgia/semindex.htm>

- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (2004): «La secuencia cultural del II Milenio a. C. en los Alcores (Sevilla)». *Carel* 2: 425-590.
- JOCKENHÖVEL, A. (1980): *Die Rasiermesser in Westeuropa*. Prähistorische Bronzefunde VIII.3. München.
- JONES, D. W. (1993): «Phoenician Unguent Factories in Dark Age Greece: Social Approaches to Evaluating the Archaeological Evidence». *Oxford Journal of Archaeology* 12: 293-303.
- JONES, R. E. (1986): «Chemical Analysis of Aegean Type Late Bronze Age Pottery found in Italy». En M. Marazzi, S. Tusa y L. Vagnetti (eds.): *Traffici micenei nel Mediterraneo. Problemi storici e documentazione archeologica*. Taranto: 205-214.
- JONES, R. E. y DAY, D. (1987): «Late Bronze Age Aegean and Cypriot Type Pottery on Sardinia: Identifications of Imports and Local Imitations by Physico-Chemical Analysis». En Balmuth 1987: 257-269.
- JONES, R. E.; LEVI, S. T. y BETTELLI, M. (2005): «Mycenaean Pottery in the Central Mediterranean: imports, imitations and derivatives». En Laffineur y Greco 2005: 539-545.
- JONES, R. E. y VAGNETTI, L. (1991): «Traders and craftsmen in the Central Mediterranean: archaeological evidence and archaeometric research». En Gale 1991b: 127-147.
- JORGE, S. O. (ed.) (1998): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*. Trabalhos de Arqueologia 10. Lisboa.
- JOVER, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2004): «2100-1200 BC. Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó». En Hernández y Hernández 2004: 285-302.
- JOYA GUERERO, J. (1998): «El carro y su función social durante el Bronce Final y el Orientalizante en el Suroeste de la Península Ibérica: una revisión necesaria». *Spal* 7: 81-92.
- JUAN, G. y PLANTALAMOR, L. (1996): *L'aixecament planimètric del cap costaner de Calà'n Morell (Ciutadella, Menorca)*. Treballs del Museu de Menorca 15. Maó.
- (1997): *Memòria de les excavacions a la naveta de Cala Blanca. 1986-1993*. Treballs del Museu de Menorca 21. Maó.
- JÚDICE GAMITO, T. (1988): *Social Complexity in South-West Iberia, 800-300 B.C. The Case of Tartessos*. BAR International Series 439. Oxford.
- (1989): «The Wind of Change Blows from the East. The transition from Late Bronze Age to Iron Age in southwest Iberia and the east Mediterranean». En M. L. Stig Sørensen y R. Thomas (eds.): *The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe. Aspects of Continuity and Change in European Societies c. 1200 to 500 B.C.* BAR International Series 483. Oxford: 137-172.
- JUNYENT, E. (2002): «Els segles de formació: el bronze final i la primera edat del ferro a la depressió de l'Ebre». *I Jornades d'Arqueologia: Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació. Il·lucavònia* 3: 17-35.
- JUNYENT, E.; LÓPEZ, J. B. y MARTÍN, A. (1995): «Datació radiocarbònica i calibratge». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 5: 250-251.
- KALB, P. (1976): «Ledermesser der Atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 6.3: 201-205.
- (1974-77): «Uma data de C-14 para o Bronze Atlântico». *O Arqueólogo Português* [Série III] 7: 141-144.
- (1978): «Senhora da Guia, Baiões. Die Ausgrabung 1977 aus einer Höhensiedlung der atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Madriider Mitteilungen* 19: 112-138.
- (1979): «Contribución para el estudio del Bronce Atlántico: excavaciones en el castro 'Senhora da Guia' de Baiões (concelho S. Pedro do Sul)». *XV Congreso Nacional de Arqueología*. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos. Zaragoza: 581-590.
- (1980a): «Zur Atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Germania* 58: 25-59.
- (1980b): «O Bronze Atlântico em Portugal». *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular* (vol. I). Sociedade Martins Sarmiento. Guimarães: 113-120.
- (1995): «O Povoado da Nossa Senhora da Guia, Baiões». En I. Silva 1995: 68.
- KANTA, A. (2003): «Aristocrats - traders - emigrants - settlers. Crete in the closing phases of the Bronze Age». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 173-183.
- KARAGEORGHIS, V. (1967): *Excavations in the necropolis of Salamis* [I-III]. Department of Antiquities Cyprus. Nicosia-London.
- (1968): *Cyprus*. Archaeologia Mundi. Nagel. Geneve.
- (1971 [1968]): *Chipre*. Archaeologia Mundi. Juventud. Barcelona.
- (1976): *Kition. Mycenaean and Phoenician discoveries in Cyprus*. Thames and Hudson. Londres.
- (1981): *Ancient Cyprus. 7000 Years of Art and Archaeology*. Louisiana State University Press-Baton Rouge. London.
- (1983): *Palaepaphos-Skales. An Iron Age cemetery in Cyprus*. Universitätsverlag Konstanz GMBH. Konstanz.
- (1987): «Chronique des fouilles et découvertes archéologiques à Chypre en 1986». *Bulletin de Correspondence Hellénique* 101.2: 663-733.
- (ed.) (1994a): *Cyprus in the 11th Century B.C.* A.G. Leventis - University of Cyprus. Nicosia.
- (1994b): «The Prehistory of an Ethnogenesis». En Karageorghis 1994a: 1-10.
- (1995): «Cyprus and the Western Mediterranean: some new evidence for interrelations». En J. B. Carter y S. Morris (eds.): *The Ages of Homer*. University of Texas Press. Austin: 93-97.
- (1998): «A Phoenician Type Funerary Cippus from Cyprus». En M. Amandry, H. Cassimatis, A. Caubet y A. Hermary (eds.): *Mélanges Olivier Masson*. De Boccard. Paris: 121-126.
- (1999): «Aspects of trade between Cyprus and the West during the 14th-13th centuries BC». En Phelps *et al.* 1999: 121-130.

- (2000a): «Cipro 'Omerica'». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 37-42.
- (2000b): «Cultural innovations in Cyprus relating the Sea Peoples». En E. Oren (ed.): *The Sea Peoples and their world: a reassessment*. A.G. The University Museum. University of Pennsylvania. Philadelphia: 255-279.
- (2001a): «Patterns of fortified settlements in the Argolid and Cyprus c. 1200 BC». En V. Karageorghis y Ch. E Morris (eds.): *Defensive settlements of the Aegean and the Eastern Mediterranean after c. 1200 B.C.* Committee for Mediterranean and near Eastern Studies - Trinity College Dublin. The Anastasios G. Leventis Foundation. Nicosia: 1-12.
- (2001b): «Cyprus and Italy: Introductory Remarks». En Bonfante y Karageorghis 2001: 1-11.
- (2002): *Ancient Art from Cyprus in the Collection of George and Nefeli Giabra Pierides*. Bank of Cyprus Cultural Foundation. Athens-Nicosia.
- (2003): *Excavations at Kition VI. The Phoenician and later Levels. Part II*. Department of Antiquities. Nicosia.
- (2004): *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo oriental 1600-500 a.C.* Bellaterra. Barcelona.
- (2005): *Excavations at Kition. VI. The Phoenician and later Levels. Part I*. Department of Antiquities. Nicosia.
- KARAGEORGHIS, V. y AMADASI GUZZO, M. G. (1973): «Un'iscrizione fenicia da Cipro». *Rivista di Studi Fenici* 1: 129-134.
- KARAGEORGHIS, V. y DEMAS, M. (1984): *Pyla-Kokkinokremos. A late 13th century BC fortified settlement in Cyprus*. Department of Antiquities. Nicosia.
- (1988): *Excavations at Maa-Palaeokastro 1979-1986*. Department of Antiquities. Nicosia.
- KARAGEORGHIS, V. y KASSIANIDOU, V. (1999): «Metalworking and Recycling in Late Bronze Age Cyprus. The Evidence from Kition». *Oxford Journal of Archaeology* 18.2: 171-188.
- KARAGEORGHIS, V. y LO SCHIAVO, F. (1989): «A West mediterranean obelos from Amathus». *Rivista di Studi Fenici* 17.1: 15-29.
- KARAGEORGHIS, V. y PAPASAVVAS, G. (2001): «A bronze ingot bearer from Cyprus» *Oxford Journal of Archaeology* 20.4: 339-359.
- KARAGEORGHIS, V. y STAMPOLIDIS, N. Chr. (eds.) (1998): *Eastern Mediterranean. Cyprus – Dodecanese – Crete 16th – 6th cent. B.C. Proceedings of the International Symposium held at Rethymnon – Crete in may 1997*. University of Crete and A.G. Leventis Foundation. Athens.
- KASSIANIDOU, V. (2001): «Cypriot Copper in Sardinia: Yet another case of bringing coals to Newcastle?». En Bonfante y Karageorghis 2001: 97-119.
- (2005 [2001]): «Cypriot Copper in Sardinia: Yet another case of bringing coals to Newcastle?». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 333-342.
- (e.p.): «Oxhide Ingots in Cyprus».
- KASSIANIDOU, V. y KNAPP, A. B. (2005): «Archaeometallurgy in the Mediterranean: The Social Context of Mining, Technology, and Trade». En E. Blake y A. B. Knapp (eds.): *The Archaeology of Mediterranean Prehistory*. Blackwell Publishing. Malden - Oxford: 215-251.
- KATZEV, M. L. (1990): «An analysis of the experimental voyages of Kirenia II». En H. Tzalas (ed.): *Proceedings of the 2nd International Symposium on Ship construction in Antiquity* (Delphi 1987). Tropis II. Athens: 245-256.
- KEARSLEY, R. A. (1969): *The Pendent Semi-circle Skyphos: a Study of its Development and Chronology and an Examination of it as Evidence for Euboean Activity at Al Mina*. Bulletin of the Institute of Classical Studies, suppl. 44. London.
- (1986): «The Redating of Tell Abu Hawam III and the Greek Pendant Semicircle Skyphos». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 263: 85-86.
- KEEGAN, J. (1995): *Historia de la Guerra*. Planeta. Barcelona.
- KEENAN, D. J. (2002): «Why early-historical radiocarbon dates downwind from the Mediterranean are too early». *Radiocarbon* 44.1: 225-237.
- KENDRICK, T. D. y HAWKES, C. F. C. (1932): *Archaeology in England and Wales 1914-1931*. Methuen. London.
- KENYON, K. (1964): «Megiddo, Hazor, Samaria and Chronology». *Bulletin of the Institute of Archaeology, London* 4: 143-156.
- KERSCHNER, M. (2004): «Phokäische Thalassokratie oder Phantom-Phokäer? Die frühgriechischen Keramikfunde im Süden der Iberischen Halbinsel aus der ägäischen Perspektive». En Lomas 2004: 115-148.
- KESWANI, P. (2004): *Mortuary ritual and society in Bronze Age Cyprus*. Monographs in Mediterranean Archaeology. London.
- KILIAN, K. (1975): *Fibeln in Thessalien*. Prähistorische Bronzefunde 14.2. München.
- (1977): «Das Kriegergrab von Tarquinia. Beigaben aus Metal und Holz». *JdI* 92: 24-98.
- (1982): «Mycenaean charioteers again». *Antiquity* 56 (218): 205-206.
- (1987): «Zur Funktion der mykenischen Residenzen auf dem griechischen Festland». En R. Hägg y N. Marinatos (eds): *The Function of Minoan Palaces*. Paul Åmströms Förlag. Stockholm: 21-38.
- KILIAN-DIRLMEIER, I. (1975): *Gürtelbacken, Gürtelbleche un Blechgürtel der Bronzezeit in Mitteleuropa*. Prähistorische Bronzefunde XII.2. München.
- (1987): «Das Kuppelgrab von Vapheio: Die Beigabenausstattung in der Steinkiste. Untersuchungen zur Sozialstruktur in Späthelladischer Zeit». *JRGZM* 34.1: 197-212.
- (1993): *Die Schwerter in Griechenland, Bulgarien und Albanien*. Prähistorische Bronzefunde 4.12. München.

- KLETTER, R. (1991): «The inscribed weights of the Kingdom of Judah». *Tel Aviv* 18.2: 121-163.
- KNAPP, A. B. (1990): «Ethnicity, entrepreneurship, and exchange: Mediterranean inter-island relations in the Late Bronze Age». *Annual of the British School of Athens* 85: 115-153.
- (1993): «Thalassocracies in Bronze Age eastern Mediterranean trade: making and breaking a myth». En J. Oates (ed.): *Ancient Trade: New Perspectives*. *World Archaeology* 24.3: 332-347.
- (2000): «Archaeology, science-based archaeology and the Mediterranean Bronze Age metals trade». *European Journal of Archaeology* 3.1: 31-56.
- (2006): «Orientalization and Prehistoric Cyprus: The Social Life of Oriental Goods». En Riva y Vella 2006: 48-65.
- KNAPP, A. B. y CHERRY, J. F. (1994): *Provenience Studies and Bronze Age Cyprus. Production, Exchange and Politico-Economic Change*. Monographs in World Archaeology 21. Prehistory Press. Madison.
- KOCH, M. (1984): *Tarschisch und Hispanien: historisch-geographische und namenkundliche Untersuchungen zur phönikischen Kolonisation der iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 16. W. de Gruyter. Berlin.
- (2004): *Tarsis e Hispania: estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid.
- KOPCKE, G. (2002): «1000 B.C.E.? 900 B.C.E.? A Greek vase from Lake Galilee». En E. Ehrenberg (ed.): *Leaving No Stones Unturned. Essays on the Ancient Near East and Egypt in honor of Donald P. Hansen*. Eisenbrauns. Winona Lake/Ind.: 109-117.
- KOUROU, N. (1994): «Sceptres and Maces in Cyprus before, during and immediately after the 11th century». En Karageorghis 1994a: 203-226.
- (2000): «Phoenician Presence in Early Iron Age Crete Reconsidered». En Aubet y Barthélemy 2000: 1067-1073.
- (2002): «Phéniciens, Chypriotes, Eubéens et la fondation de Carthage». *Chaire du Centre d'Études Chypriotes* 32: 89-111.
- (2003): «Rhodes: the Phoenician Issue Revisited. Phoenician at Vroulia». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 249-260.
- (2005): «Early Iron Age Greek Imports in Italy. A comparative approach to a case study». En Bartoloni y Delpino 2005: 497-515.
- KOUROU, N. y GRAMMATIKAKI, E. (1998): «An Anthropomorphic Cippus from Knossos, Crete». En R. Rolle, K. Schmidt y R. F. Docter (eds.): *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen: 238-249.
- KOUROU, N. y KARETSOU, A. (1998): «An Enigmatic Stone from Knossos: a Reused Cippus?». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 243-253.
- KRISTIANSEN, K. (1991): «Chiefdoms, states, and systems of social evolution». En T. Earle (ed.): *Chiefdoms: power, economy, and ideology*. Cambridge University Press. Cambridge: 16-43.
- (1999): «The emergence of warrior aristocracies in Later European Prehistory and their long-term history». En J. Carman y A. F. Harding (eds.): *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*. Sutton Publishing. Stroud: 175-189.
- (2001): *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro*. Península. Barcelona (1ª ed. ingl. 1998).
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B. (2005): *The Rise of Bronze Age Society. Travel, Transmissions and Transformations*. Cambridge University Press. Cambridge.
- (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Bellaterra. Barcelona.
- KRISTIANSEN, K. y ROWLANDS, M. (1998): *Social Transformations in Archaeology. Global and Local Perspectives*. Routledge. London and New York.
- KUHRT, A. (1998): «The old Assyrian merchants». En H. Parkins y Ch. Smith (eds): *Trade, traders and the ancient city*. Routledge. London and New York: 16-30.
- KUNZE, E. (1931): *Kretische Bronzereliefs*. Forschungsinstitut für klassische Philologie und Archäologie. Stuttgart.
- LA ROSA, V. (1993): «Sopralluoghi e ricerche attorno a Milena nella media valle del Platani». En V. La Rosa (ed.): *Dalle capanne alle Robbe. La storia lunga di Milocca-Milena*. Pro Loco. Milena: 141-164.
- (2000): «Riconsiderazioni sulla media e tarda età del Bronzo nella media valle del Platani». *Quaderni Messinesi* 1: 133-136.
- LACOMBE, P. y TCHERNIA, P. (1970): «Le mécanisme hydrologique de la Méditerranée». *Journée Etude, Planctonologie*. CIESMM. Mónaco: 28-36.
- LADRÓN DE GUEVARA, I.; SÁNCHEZ, M.; RODRÍGUEZ, M. y LAZARICH, M. (1992): «Materiales inéditos de Setefilla. Lora del Río. Sevilla». *Spal* 1: 293-312.
- LAFFINEUR, R. y GRECO, E. (eds.) (2005): *Emporia. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean. Proceedings of the 10th International Aegean Conference/10e Rencontre Égéenne Internationale* (Athens, Italian School of Archaeology, 14-18 April 2004). *Aegaeum* 25. Université de Liège - University of Texas at Austin. Liège.
- LAGARCE, J. y LAGARCE, E. (1997): «Les lingots 'en peau de boeuf', objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde méditerranéen». *Revue d'Études Phénico-puniques et d'Antiquités Libyennes* 10: 73-97.
- LAGARCE, J.; LAGARCE, E.; BOUNNI, E. y SALIBY, N. (1983): «Les fouilles à Ras Ibn Hani en Syrie». *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*: 249-290.

- LAGRAND, C. (1968): *Recherches sur le Bronze final en Provence méridionale*. Thèse de doctorat - Faculté des Lettres d'Aix-en-Provence.
- LAMBOGLIA, N. (1960): «La necropoli ligure di Chiavari». *Rivista di Studi Liguri* 26: 91-220.
- LANCEL, S. (1992): *Carthage*. Layard. Paris.
- LANG, M. L. (1969): *The palace of Nestor at Pylos in Western Messenia II: the frescoes*. Princeton University Press. Princeton.
- LARSEN, M. T. (1987): «Commercial networks in the Ancient Near East». En M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen (eds.): *Centre and periphery in the ancient world*. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge: 47-56.
- LASSEN, H. (2000): «Introduction to weight systems in Bronze Age East Mediterranean: the case of Kalavassos-Ayios Dimitros». En Pare 2000b: 233-245.
- LAURITO, R. y MEZZASALMA, A. (eds.) (2004): *All'origine dell'amministrazione e della burocrazia*. CIAAR. Roma.
- LAVADO, M. L.; MOLINA, M.; COBOS, L. M.; BLANCO, F. y SIBÓN, J. F. (2000): «El asentamiento antiguo de Cádiz a través de las últimas excavaciones arqueológicas». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 869-879.
- LAYARD, A. H. (1853a): *Discoveries in the Ruins of Nineveh and Babylon*. G.P. Putnam and Co. London.
- (1853b): *The Monuments of Niniveh II*. MN 2. London.
- LEBESSI, A. (1975): «The Fortetsa Gold Ring». *The Annual of the British School at Athens* 70: 169-176.
- LEHMANN, G. (1998): «Trends in the Local Pottery Development of the Late Iron Age and Persian Period in Syria and Lebanon, ca. 700 to 300 B.C.». *Bulletin of the American School of Oriental Research* 311: 7-37.
- LEHOËRFF, A. (ed.) (2004): *L'artisanat métallurgique dans les sociétés anciennes en Méditerranée occidentale Techniques, lieux et formes de production*. Collection de l'École Française de Rome 332. Rome.
- LEIGHTON, R. (1999): *Sicily before history: an archaeological survey from the Palaeolithic to Iron Age*. Duckworth. London.
- (2000): «Indigenous society between the ninth and sixth centuries BC: territorial, urban and social evolution». En C. Smith y J. Serrati (eds.): *Sicily from Aeneas to Augustus. New Approaches in Archaeology and History*. Edinburgh University Press. Edinburgh: 15-40.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*. Walter de Gruyter. Berlin.
- LEMONS, I. S. (2001): «The Lefkandi connection: Networking in the Aegean and the Eastern Mediterranean». En Bonfante y Karageorghis 2001: 215-226.
- (2002): *The Protohistoric Aegean*. Oxford University Press. Oxford.
- (2003): «Craftsmen, traders and some wives in the Early Iron Age Greece». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 167-195.
- LEMONS, I. S. y SHERRATT, S. (eds.) (1996): *Minotaur and centaur. Studies in the archaeology of Crete and Euboea presented to Mervin Popham*. BAR International Series 638. Oxford.
- LÉVÊQUE, P. (1988): «Réflexions terminales sur la dynamique précoloniale». En Acquaro *et al.* 1988: 177-183.
- LEVI, S. (2004): «Produzioni artigianali: la ceramica. La circolazione dei prodotti e l'organizzazione della manifattura». En Cocchi Genick 2004: 233-242.
- LIDDY, D. J. (1996): «A Chemical Study of Decorated Iron Age Pottery from the Knossos North Cemetery». En Coldstream y Catling 1996: 465-514.
- LIGHTFOOT, K. G. y MARTÍNEZ, A. (1995): «Frontiers and Boundaries in Archaeological perspective». *Annual Review of Anthropology* 24: 471-492.
- LILLIOS, K. T. (1999): «Objects of Memory: The Ethnography and Archaeology of Heirlooms». *Journal of Archaeological Method and Theory* 6.3: 235-262.
- LILLIU, G. (1966): *Sculture della Sardegna nuragica*. Edizioni La Zattera. Cagliari.
- (1987): *La civiltà nuragica*. Sardegna Archeologica, Studi e Monumenti 1. Carlo Delfino Editore. Firenze.
- (1995): «Preistoria e protostoria del Sulcis». En Santoni 1995: 13-50.
- LILLIU, G.; LAI, G. y UGAS, G. (eds.) (1986): *Società e Cultura in Sardegna nei periodi orientalizzante e arcaico. Rapporti tra Sardegna, Fenici, Etruschi e Greci*. Atti del I Convegno di Studi «Un millennio di relazioni tra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo (Selargius-Cagliari, 29 novembre-1 dicembre 1985)». Stef. Cagliari.
- LITTAUER, M. A. (1972): «The Military Use of the Chariots in the Aegean in the Late Bronze Age». *American Journal of Archaeology* 76.2: 145-157.
- LITTAUER, M. A. y CROUWEL, J. H. (1979): *Wheeled Vehicles and Ridden Animals in the Ancient Near East*. Handbuch der Orientalistik 7. E.J. Brill. Leiden-Köln.
- (1982): «Chariots and Harness in Mycenaean Vase Painting». En E. Vermeule y V. Karageorghis (eds.): *Mycenaean Pictorial Vase Painting*. Harvard University Press. Cambridge, Mass-London: 181-187.
- (1983): «Chariots in late bronze age Greece». *Antiquity* 57: 187-192.
- (1985): *Chariots and Related Equipment from the Tomb of Tut'ankhamun*. Tut'ankhamun's Tomb Series 8. The Griffith Institute. Oxford.
- (1996): «Robert Drews and the Role of Chariotry in Bronze Age Greece». *Oxford Journal of Archaeology* 15.3: 297-305.
- LIVERANI, M. (1995): *El Antiguo oriente. Historia, Sociedad y Economía*. Crítica. Barcelona.
- LLINAS, C. y ROBERT, A. (1971): «La nécropole de Saint-Julien a Pézenas (Hérault). Fouilles de 1969 et 1970». *Revue Archéologique de Narbonnaise* 4: 1-33.

- LO SCHIAVO, F. (1976): Il Ripostiglio del Nuraghe Flumenelongu (Alghero-Sassari). Considerazioni preliminari sul commercio marittimo nel Mediterraneo occidentale in età protostorica. *Soprintendenza alle antichità per le provincie di Sassari e Nuoro - Quaderni 2. Sassari*.
- (1978): «Le fibule della Sardegna». *Studi Etruschi* 46: 25-46.
- (1981): «Economia e società nell'età dei nuraghi». *Ichnussa. La Sardegna dalle origini all'età classica*. Scheiwiller. Milano: 295-347.
- (1982): «Copper metallurgy in Sardinia during the Late Bronze Age, new prospects on its Aegean connections». En J. D. Muhly, R. Maddin y V. Karageorghis (eds.): *Early Metallurgy in Cyprus, 4000-500 B.C.* Pierides Foundation. Nicosia: 271-288.
- (1983): «Le componenti egea e cipriota nella metallurgia della tarda età del Bronzo in Italia». *Magna Grecia e Mondo Miceneo. Atti del XII Convegno di Studi sulla Magna Grecia* (Taranto, 7-11 ottobre 1982). Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Napoli: 285-320.
- (1985): «La Sardegna Nuragica e il Mondo Mediterraneo». *Sardegna Preistorica. Nuraghi a Milano*. Catalogo della Mostra. Milano (vol. republicado como *La Civiltà Nuragica*. Electa. Milano 1990): 255-284.
- (1986): «Sardinian metallurgy: the archaeological background». En M. S. Balmuth (ed.): *Studies in Sardinian Archaeology. Sardinia in the Mediterranean* Vol. II. The University of Michigan Press. Ann Arbor: 231-250.
- (1988): «Il nuraghe Santu Antine: il ripostiglio della capanna 1 e gli altri bronzi». *Il Nuraghe Santu Antine nel Logudoro-Meilogu*. Carlo Delfino. Sassari: 207-241.
- (1989): «Early Metallurgy in Sardinia: the copper ox-hide ingots». *Old World Archaeometallurgy. Proceedings of the International Symposium, Heidelberg 5-7 Oct. 1987. Der Anschnitt* 7: 33-38.
- (1989-90): «Per uno studio sulle offerte nei santuari della Sardegna nuragica». *Scienze dell'Antichità. Storia, Archeologia, Antropologia* 3-4: 535-549.
- (1990a): «La Sardegna nuragica e il mondo mediterraneo». *La civiltà nuragica*. Electa. Milano: 238-263.
- (1990b): «Lingotti oxhide e piano-convessi in Sardegna - Copper oxhide and plano-convex ingots in Sardinia». En F. Lo Schiavo, R. Maddin, J. Merkel, J. D. Muhly y T. Stech: *Analisi metallurgiche e statistiche sui lingotti di rame della Sardegna - Metallographic and Statistical Analyses of Copper Ingots from Sardinia*. Quaderni dei Beni Archeologici per la Provincia di Sassari e Nuoro 17. Sassari: 14-40.
- (1991): «La Sardaigne et ses relations avec le Bronze Final atlantique». En Chevillot y Coffyn 1991: 213-226.
- (1994): «Doro Levi e i bronzi nuragici». En F. Lo Schiavo (ed.): *Ommagio a Doro Levi. Quaderni della Soprintendenza Archeologica di Sassari e Nuoro* 19. Ozieri: 61-81.
- (1995): «Cyprus and Sardinia in the Mediterranean trade routes towards the West». En V. Karageorghis y D. Michaelides (eds.): *Cyprus and the Sea. Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 25-26 September 1993*. University of Cyprus - Cyprus Ports Authority. Nicosia: 45-60.
- (1997): «La Sardaigne de l'Age du Bronze final et du Premier Age du Fer». En F. de Lanfranchi y M. C. Weiss (ed.): *L'aventure humaine préhistorique en Corse*. Editions Albiana. Ajaccio: 418-434.
- (1998): «Sardinian Oxhide Ingots 1998». *Metallurgica Antiqua in Honour of Hans-Gert Bachmann and Robert Maddin. Der Anschnitt* 8: 99-112.
- (1999): «I lingotti oxhide nel Mediterraneo ed in Europa centrale». En V. La Rosa, D. Palermo y L. Vagnetti (eds.): *Epì pónton plazómenoí. Simposio Italiano di Studi Egei in onore di L. Bernabò Brea e G. Pugliese Carratelli* (Roma, 18-20 febbraio 1998). Scuola Archeologica Italiana di Atene. Roma-Atene: 499-518.
- (2000a): *Bronzi e bronzetti del Museo G. A. Sanna di Sassari*. ImagoMedia. Piedimonte Matese.
- (2000b): «Forme di contenitori in bronzo e di ceramica: documenti e ipotesi». En Bartoloni y Campanella 2000: 207-223.
- (2001): «Late Cypriot Bronzework and Bronzeworkers in Sardinia, Italy and elsewhere in the West». En Bonfante y Karageorghis 2001: 131-152.
- (2002): «Osservazioni sul problema dei rapporti fra Sardegna ed Etruria in età nuragica - II». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 51-70.
- (2003a): «Sardinia between East and West: interconnections in the Mediterranean». En Stampolidis 2003c: 152-161.
- (2003b): «Sardinia between East and West: Interconnections in the Mediterranean». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 15-33.
- (2003c): *La vita nel Nuraghe Arrubiu*. Comune di Orroli. Dolianova.
- (2003d): «La Sardegna e il Mediterraneo orientale: spunti critici di discussione». *Le comunità della preistoria italiana. Studi e ricerche sul Neolitico e le Età dei metalli*. Atti della XXXV Riunione Scientifica I.I.P.P. in memoria di Luigi Bernabò Brea (Lipari, 2-7 giugno 2000) (vol. II). Istituto Italiano de Preistoria e Protostoria. Firenze: 587-617.
- (2003e): «Uomini e Dei: ripostigli ed offerte nella Sardegna nuragica». *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia* 75: 3-32.
- c.s.1, «Il lingotto di rame «a pelle di bue» da Sant'Anastasia (Borgo) in Corsica», in *Mariana et la baisse vallée du Golo*, Colloque 2004 (2005).
- (2005a): «Bronze weapons, tools, figurines from nuragic Sardinia». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 343-358.

- (2005b): «The first copper and bronze finds, from the beginning of the II millennium». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 279-287.
- (2005c): «Oxhide Ingots, Cyprus and Sardinia». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 305-331, 343-361.
- (2005d): «The First Iron in Sardinia». En Lo Schiavo *et al.* 2005: 401-406.
- (2005e): «La concia delle pelli nella Sardegna nuragica: un problema aperto». En P. Borgard, J.-P. Brun y M. Picon (eds.): *L'Alun de Méditerranée. Colloque Internationale, Naples 4-6 Juin - Lipari 7-8 Juin 2003*. Collection du Centre Jean Bérard 23. Centre Jean Bérard-Centre Camille Jullian. Naples-Aix-en-Provence: 343-352.
- (2005f): «Un frammento di brocchetta askoide nuragica da Mozia». En Spanò Giammellaro 2005 (vol. II): 579-591.
- (2005g): «Metal trading in the central Mediterranean». En Yalçın *et al.* 2005: 399-414.
- (2005h): «Le bocchette askoidi nuragiche nel Mediterraneo all'alba della storia». *Sicilia Archeologica* 103: 102-116.
- (2006), «Ipotesi sulla circolazione dei metalli nel Mediterraneo centrale», in Materie prime e scambi nella preistoria italiana, XXXIX Riunione Scientifica IIPP, (Firenze 25-27 nov. 2004), Firenze 2006: 1319-1337.
- (e.p.1): «Il lingotto di rame 'a pelle di bue' da Sant'Anastasia (Borgo) in Corsica». *Mariana et la baisse vallée du Golo*, Colloque 2004 (2005).
- (en prep.): «Introduction générale. Les lingots de S. Anastasia (Borgo) et de Sète, dans le cadre de la problématique des lingots «peau de bœuf» de Méditerranée». *Les lingots «peau de bœuf» et la navigation en Méditerranée centrale*. IIe colloque international - Séminaire de formation (15-18 septembre 2005), del Projet de Groupement de Recherche Européen (P.G.R.E) «*Mariana et la Vallée du Golo*» et Université Automne de Mariana.
- LO SCHIAVO, F.; ALBANESE PROCELLI, R. M. y GIUMLIA-MAIR, A. (2002): «La produzione e la tecnologia metallurgica a Madonna del Piano (Mineo, Catania)». En A. Giumlia-Mair (ed.): *I Bronzi Antichi: Produzione e tecnologia. Atti del XV Congresso Internazionale sui Bronzi Antichi* (Grado-Aquileia, 22-26 maggio 2001). Monographies Instrumentum 21. Éd. Monique Mergoïl. Montagnac: 76-88.
- (2005): «Oxhide ingots in Sicily». En Lo Schiavo *et al.* 2005.
- LO SCHIAVO, F.; ANTONA, A.; BAFICO, S.; CAMPUS, F.; COSSU, T.; FONZO, O.; FORCI, A.; GARIBALDI, P.; ISETTI, E.; LANZA, S.; LEONELLI, V.; PERRA, M.; PUDDU, M. G.; RELI, R.; ROSSI, G.; SANGES, M.; USAI, A. y USAI, L. (2004): «La Sardegna. Articolazioni cronologiche e differenziazioni locali - La Metallurgia». En Cocchi Genick 2004: 357-382.
- LO SCHIAVO, F. y D'ORIANO, R. (1990): «La Sardegna sulle rotte dell'Occidente». *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia* (Taranto, 6-11 ottobre 1989). Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Napoli: 99-161.
- LO SCHIAVO, F.; GIUMLIA-MAIR, A.; SANNA, U. y VALERA, R. (eds.) (2005): *Archaeometallurgy in Sardinia from the Origins to the Beginnings of the Early Iron Age*. Monographies Instrumentum 30. Éd. Monique Mergoïl. Montagnac.
- LO SCHIAVO, F.; MACNAMARA, E. y VAGNETTI, L. (1985): «Late Cypriot imports to Italy and their influence on local bronzework». *Papers of the British School at Rome* 53: 1-71.
- LO SCHIAVO, F.; MADDIN, R.; MERKEL, J.; MUHLY, J. D. y STECH, T. (1990): *Analisi metallurgiche e statistiche sui lingotti di rame della Sardegna - Metallographic and Statistical Analyses of Copper Ingots from Sardinia*. Quaderni dei Beni Archeologici per la Provincia di Sassari e Nuoro 17. Sassari.
- LO SCHIAVO, F. y MANCONI, F. (2001): «The Animals in Nuragic Sardinia». *Accordia Research Papers* 8 [1999-2000]: 101-132.
- LO SCHIAVO, F. y USAI, L. (1995): «Testimonianze culturali di età nuragica: La grotta Pirosu in località su Benatzu di Santadi». En Santoni 1995: 145-186.
- LO SCHIAVO, F. y VAGNETTI, L. (1993): «Alabastron miceneo dal Nuraghe Arrubiu di Orroli (Nuoro)». *Rendiconti dell'Accademia dei Lincei* [serie IX] 4.1: 121-148.
- LOGAN, R. K. (2004): *The alphabet effect. A media ecology understanding of the making of western civilization*. Hampton Press Inc. Toronto.
- LOLOS, Y. (1999): «The Cargo of Pottery from the Point Iria Wreck: Character and Implications». En Phelps *et al.* 1999: 43-58.
- LOMAS, K. (ed.) (2004): *Greek Identity in the Western Mediterranean. Papers in Honour of Brian Shefton*. Mnemosyne Supplementum 246. Brill. Leiden.
- LOPES, A. B. (1993): *A Cerâmica do Castro da Senhora da Guia (Baiões)*. Tesde de mestrado policopiada. Faculdade de Letras. Porto.
- LOPES, C. y VILAÇA, R. (1998): «Peça do Bronze Final proveniente do 'Pé do Castelo' (Trindade, Beja)». *Arquivo de Beja* [Série III] 7-8: 63-84.
- LÓPEZ AMADOR, J. J.; BUENO, P.; RUIZ GIL, J. A. y PRADA, M. de (1996): *Tartessos y fenicios en Campillo. El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. F. Giles-Ford España. Cádiz.
- LÓPEZ AMADOR, J. J.; RUIZ GIL, J. A. y BUENO, P. (1998): «Desde el corazón de Tartessos. Excavaciones en Pocito Chico». *Revista de Arqueología* 202: 10-19.
- LÓPEZ CACHERO, F. J. (2005): *La necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell) en el contexto del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el Vallés*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona: <http://www.tdx.cesca.es/TDX-1011105-131607>.

- (2006): *Aproximació a la societat del nord-est peninsular durant el bronze final i la primera edat del ferro*. Societat Catalana d'Arqueologia. Barcelona.
- LÓPEZ CACHERO, F. J.; ROVIRA, M. C.; CARLÚS, X.; LARA, C. y VILLENA, N. (e.p.): «Nouveautés sur la transition entre le bronze final et le premier âge du fer dans la Catalogne côtière: le cas de la nécropole d'incinération de Can Piteu-Can Roqueta (Barcelone)». *XXX Colloque de l'Association Française pour l'étude de l'Âge du Fer*. Saint-Roman-en-Gal/Vienne 2006.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1992): «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación». *La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación*. Facultad de Humanidades de Almería. Almería: 11-79.
- (1993): «Difusionismo y cambio cultural en la Protohistoria española: Tarteso como paradigma». En J. M. Blázquez y J. Alvar (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Cátedra. Madrid: 39-68.
- (2000): «Fenicios e iberos en la Depresión de Vera: territorio y recursos». En A. González Prats (ed.): *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, 9-11 de abril de 1999*. Instituto Alicantino Juan Gil-Albert. Alicante: 99-119.
- (2001): «Algunos debates en torno a la colonización fenicia en el extremo Occidente». En J. L. López Castro (ed.): *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*. Servicio de Publicaciones Universidad de Almería. Almería: 87-107.
- (2005): «Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio». En Celestino y Jiménez 2005: 405-421.
- LÓPEZ MELCIÓN, J. B. (2000): *L'evolució del poblament protohistòric a la plana occidental catalana*. Tesis Doctoral. Universidad de Lleida [en prensa en *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, Lattes].
- LÓPEZ MELCIÓN, J. B. y PONS, E. (1996): «Les necròpolis d'incineració tumulària de la zona pirinenca». En J. Bertranpetit y E. Vives (ed.): *Muntanyes i població: el passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*. Centre de Trobada de les Cultures Pirenenques. Andorra la Vella: 107-126.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): «Ecos mediterráneos en el Atlántico en la Edad del Bronce. Una singular pieza de marfil de la Illa dels Banyets (El Campello, Alicante)». *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (vol. 2). Xunta de Galicia. Vigo: 99-103.
- (2001): «El trabajo del hueso, asta y marfil». En Hernández 2001b: 247-257.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1978): «Pequeño depósito de bronce en el río Genil». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3: 233-244.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- (1992): «Mogador 'Factoría extrema' y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana». *V^e Colloque International d'Histoire et Archeologie de l'Afrique du Nord* (Avignon 1990). Paris: 277-296.
- (1996): «Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas». *Gerión* 14: 251-288.
- (2005): «Crono y Briareo en el umbral del Océano. Un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la civilización». En V. Peña, A. Mederos y C. G. Wagner (eds.): *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 1-42.
- LORRIO, A. J. y MONTERO RUIZ, I. (2004): «Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la Colección Siret». *Trabajos de Prehistoria* 61.1: 99-116.
- LOUD, G. (1948): *Megiddo II. Season 1935-1939*. University of Chicago Press. Chicago.
- LOUIS, M. O. y TAFFANEL, J. (1955-60): *Le Premier Âge du fer languedocien*. Institut International d'Etudes Ligures. Bordighera.
- LUCAS PELLICER, M. R. (1982): «El thymiaterion de Calaceite (Teruel)». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 16: 20-28.
- (1989): «El vaso teromorfo del poblado grande del Tossal Redó (Calaceite, Teruel) y su contexto arqueológico». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 16: 169-210.
- (1998): «Algo más sobre el tesoro de Villena: reconstrucción parcial de tres empuñaduras». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 25: 157-199.
- (2003-04): «Simpulum y bebida, marcadores de prestigio y jefatura durante el Hierro I (siglos VII/VI a. C.): entre el Herault y el Ebro». *Kalathos* 22-23: 95-134.
- (2004): «De la Meseta al Levante: cerámica de Cogotas y otros 'vectores' interregionales». En Hernández y Hernández 2004: 585-601.
- LUCAS PELLICER, M. R. y GÓMEZ RAMOS, P. (1993): «Transporte marítimo del metal como materia prima durante el Bronce Final». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 20: 107-131.
- LUCENA MARTÍN, A. M. (2004): «Siempre estuvo el mar en medio: una mirada al Mediterráneo desde el Oeste en el II milenio a.C.». *Mirando al mar. Perspectivas desde el poniente mediterráneo: II y I milenios a.C.* *Revista de Prehistoria* 3: 49-62.
- LULL, V. (1983): *La cultura del Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales de la Prehistoria*. Akal. Madrid.

- LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C. y RISCH, R. (1999): *Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol*. Consell Insular de Menorca-Ajuntament de Ciutadella-Fundació Rubió Tudurí Andrómaco. Menorca.
- LUSCHEY, H. (1939): *Die Phiale*. Carl Nieft. Bleicherode am Harz.
- LUZÓN NOGUÉ, J. M. (1988): «Los hippos gaditanos». En Ripoll 1988: 445-458.
- LUZÓN NOGUÉ, J. M. y COÍN CUENCA, L. M. (1986): «La navegación pre-astronómica en la antigüedad: utilización de pájaros en la orientación náutica». *Lucentum* 5: 65-85.
- LYNN, C. (2003): *Navan Fort: archaeology and myth*. Wordwell. Bray.
- LYONS, C. L. y PAPADOPOULOS, J. K. (eds.) (2002): *The Archaeology of Colonialism*. Getty Research Institute. Los Angeles.
- MAASS-LINDEMANN, G. (1990): «Orientalische Importe vom Morro de Mezquitilla». *Madrider Mitteilungen* 31: 169-177.
- (1995): «Zur Gründungsphase der phönizischen Niederlassung auf dem Morro de Mezquitilla». *Madrider Mitteilungen* 36: 241-245.
- (1998): «Die Zeitbestimmung der frühen phönikischen Kolonien des 8. Jhs. v. Chr. in Spanien». En R. Rolle, K. Schmidt y R. Docter (eds.): *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt. Festschrift Hans Georg Niemeyer*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen: 539-544.
- (1999): «La cerámica de las primeras fases de la colonización fenicia en España». En González Prats 1999: 129-148.
- (2002): «Los hallazgos fenicios del Cerro del Alarcón». *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 8: 189-243.
- MACIÀ, M. (2000): *El bálsamo de la memoria. Un estudio sobre la comunicación escrita*. Visor. Madrid.
- MACNAMARA, E. (2001): «Evidence and Influence of Cypriot Bronzework in Italy from the 8th - 6th Centuries B.C.». En Bonfante y Karageorghis 2001: 291-313.
- (2002): «Some bronze typologies in Sardinia and Italy from 1200 to 700 BC: their origin and development». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 151-174.
- MACNAMARA, E.; RIDGWAY, D. y RIDGWAY, F. R. (1984): *The Bronze Hoard from S. Maria in Paulis, Sardinia*. British Museum Occasional Paper 45. London.
- MACWHITE, E. (1947): «Sobre unas losas grabadas en el suroeste de la Península Hispánica y el problema de los escudos de tipo Herzsprung». *Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla II. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* 22: 158-166.
- (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*. Disertaciones Matritenses 2. Seminario de Historia Primitiva. Madrid.
- MAGDELEINE, J. (1979): «L'occupation préhistoriques au Monte Grossu I et Monte Grossu II, Commune de Biguglia, Haute Corse». *Archeologia Corsa*: 23-42.
- MAGGI, C. y FAYE, C. (1991): «Découverte d'une faucille à douille de type Britannique sur la commune de La Chapelle-des-Marais (Loire Atlantique)». *Revue Archéologique de l'Ouest* 8: 99-102.
- MAGGIANI, A. (1973): «Coppa fenicia da una tomba villanoviana di Vetulonia». *Studi Etruschi* 41: 73-95.
- (2002a): «Una brocchetta bronzea da Vetulonia». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 411-418.
- (2002b): «La libra etrusca. Sistema ponderale e monetazione». *Studi Etruschi* [serie III] 65-68: 163-199.
- MAHIEU, E. y BOISSEAU, B. (2000): «La nécropole de Ventavon (Hautes-Alpes). Synthèse des différentes interventions et comparaisons». *Documents d'Archéologie Méridionale* 23: 7-75.
- MAIA, M. G. P. (1985-86): «Dois larnakes da Idade do Ferro do Sul do Portugal». *Actas del IV Coloquio sobre Lengas y Culturas Paleohispánicas. Veleia* 2-3: 223-242.
- (2000): «Tavira fenicia. O território para Ocidente do Guadiana, nos inícios do I milénio a.C.». En A. González Prats (ed.): *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, 9-11 de abril de 1999*. Instituto Alicante Juan Gil-Albert. Alicante: 121-150.
- (2003a): «O Bronze Final Pré-Fenício no Concelho de Tavira». *Tavira. Território e Poder*. Museu Nacional de Arqueologia - Câmara Municipal de Tavira. Lisboa: 39-47.
- (2003b): «Fenícios em Tavira». *Tavira. Território e Poder*. Museu Nacional de Arqueologia - Câmara Municipal de Tavira. Lisboa: 57-72.
- MAIER, J. (2003): «El lingote en rama chipriota o de piel de toro: símbolo divino de la antigua Iberia». En A. García Barquero y P. Romero Solís (eds.): *Fiestas de toros y sociedad*. Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla-Universidad de Sevilla-Fundación de Estudios Taurinos. Sevilla: 85-106.
- (2004): «Imagen del toro en Tartessos». *Revista de Estudios Taurinos* 18: 51-80.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja (Estudio de las excavaciones realizadas por † D. Juan Cabré, D. Joaquín M^a. de Navascués y † D. Emilio Camps, de 1931 a 1935)*. Universidad de Salamanca-Seminario de Arqueología. Salamanca.

- (1969): «Los fenicios en Cataluña». *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez, 1968). Publicaciones Eventuales 13. Instituto de Arqueología y Prehistoria - Universidad de Barcelona. Barcelona: 241-250.
- (1977-78): «Novetats en el món ibèric». *Pyrenae* 13-14: 109-119.
- (1981): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. I. 1978-1981*. Programa de Investigaciones Protohistóricas 4. Universidad de Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Barcelona.
- (1983): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. II. 1981-1982*. Programa de Investigaciones Protohistóricas 5. Universidad de Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Barcelona.
- (1987a): *La necrópolis paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*. PIP 9. Institut d'Arqueologia i Prehistòria. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- (1987b): *Catalunya: Baix Ebre*. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- MANDALAKI, S. (2000): «Coppa». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 118.
- MANESSY-GUITTON, J. (2000): «L'écriture en Grèce avant l'alphabet». En R. Viers (ed.): *Des signes pictographiques à l'alphabet*. Karthale. Paris: 213-229.
- MANNING, S. W. (1995): *The Absolute Chronology of the Aegean Early Bronze Age. Archaeology, Radiocarbon and History*. Monographs in Mediterranean Archaeology 1. Sheffield Academic Press. Sheffield.
- (1999): *A test of time: the volcano of Thera and the Chronology and History of the Aegean and East Mediterranean in the second millennium B.C.* Oxbow Books. Oxford.
- MANNING, S. W.; BRONK RAMSEY, C.; KUTSCHERA, W.; HIGHAM, T.; KROMER, B.; STEIER, P. y WILD, E. (2006): «Chronology for the Aegean Late Bronze Age 1700-1400 B.C.». *Science* 312: 565-569.
- MANNING, S. W. y HULIN, L. (2005): «Maritime commerce and geographies of mobility in the Late Bronze Age of the Eastern Mediterranean: problematizations». En E. Blake y A. B. Knapp (eds.): *The Archaeology of Mediterranean Prehistory*. Blackwell Publishing. Malden - Oxford: 270-302.
- MANNING, S. W.; KROMER, B.; KUNHOLM, L. y NEWTON, M. W. (2001): «Anatolian tree-rings a new chronology for the East Mediterranean Bronze-Iron Ages». *Science* 294: 2532-2535.
- MANNING, S. W. y WENINGER, B. (1992): «A light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age». *Antiquity* 66: 636-663.
- MANNING, S. W.; WENINGER, B.; SOUTH, A. K.; KLING, B.; KUNIHOLM, P. I.; MUHLY, J. D.; HADJISAVVAS, S.; SEWELL, D. y CADOGAN, G. (2001): «Absolute age range of the Late Cypriot IIC Period on Cyprus». *Antiquity* 75: 328-340.
- MARAZZI, M. (2003): «The Mycenaeans in the Western Mediterranean (17th-13th c. BC)». En Stampolidis 2003c: 108-115.
- MARAZZI, M. y TUSA, S. (2005): «Egei in Occidente. Le più antiche vie marittime alla luce dei nuovi scavi sull'isola di Pantelleria». En Laffineur y Greco 2005 (II): 599-610.
- MARCIGNY, C.; COLONNA, E.; GHESQUIÈRE, E. y VERRON, G. (eds.) (2005): *La Normandie à l'aube de l'histoire*. Somogy éditions d'art. Paris.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (2006): «De dioses, pieles y lingotes». *Habis* 37: 35-54.
- MARKOE, G. (1985): *Phoenician Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean*. Classical Studies 26. University of California Publications. Berkeley.
- (1996): «In Pursuit of Silver: Phoenicians in Central Italy». *Interactions in the Iron Age: Phoenicians, Greek and Indigenous Peoples of the Western Mediterranean*. Mainz am Rhein: 11-36.
- (1998): «The Phoenicians on Crete: Transit Trade and the Search for Ores». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 233-240.
- (2000): *Phoenicians*. The Trustees of the British Museum. London.
- MARLASCA, R.; ROVIRA, M. C.; CARLÚS, X.; LARA, C.; LÓPEZ CACHERO, F. J. y VILLENA, N. (2005): «Materiales de importación en la necrópolis de incineración de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona)». En Celestino y Jiménez 2005: 1039-1049.
- MARQUES, G. y ANDRADE, G. M. (1974): «Aspectos da Proto-História do território português. 1. Definição e distribuição geográfica da cultura de Alpiarça: A Idade do Ferro». *Actas do III Congresso Nacional de Arqueologia* (Porto, 1970) (vol. 1). Sociedade Martins Sarmento. Guimarães: 125-147.
- MARTELLI, M. (1991): «I Fenici e la questione orientalizzante in Italia». *Atti del II Convegno Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma: 1049-1072.
- (1994): «Sulla produzione di vetri orientalizzanti». En M. Martelli (ed.): *Tyrrhenoi Philotechnoi*. Gruppo Editoriale Internazionale. Roma: 75-97.
- MARTÍ, B. (1981): «La Cova Santa (Vallada, Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina* 16: 159-196.
- MARTÍ, B. y PEDRO, M. J. de (1997): «Sobre el final de la Cultura del Bronce Valenciano: problemas y progresos». *Saguntum* 30: 59-91.
- MARTÍ, M. A. y MATA, C. (1992): «Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de l'Alcoià y El Comtat (Alicant)». *Saguntum* 25: 103-117.

- MARTÍ, M. A.; PIERA, A.; PEÑA, J. L. y GRAU, E. (1998): «La cerámica a torno de La Mola de Agres (Agres, Alacant)». *Recerques del Museu d'Alcoi* 7: 191-196.
- MARTÍN CÓLLIGA, A. (2003): «Els grups del neolític final, calcolític i bronze antic. Els inicis de la metal·lúrgia». *Cota Zero* 18: 76-105.
- MARTÍN CÓRDOBA, E.; RAMÍREZ, J.; RECIO, A. y MORENO, A. (2005): «Nuevos yacimientos fenicios en la costa de Vélez-Málaga». *Ballix* 3: 7-46.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1985): «Problemas en torno a la definición del Bronce Tardío en la Baja Andalucía». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 11-12: 205-215.
- (1987a): «¿Cerámicas micénicas en Andalucía?». *Revista de Arqueología* 78: 62-64.
- (1987b): *El Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba*. Excavaciones Arqueológicas en España 151. Ministerio de Cultura. Madrid.
- (1988): «Mykenische Keramik aus bronzzeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir». *Madrider Mitteilungen* 29: 77-92.
- (1989): «El Bronce en el valle medio del Guadalquivir». En Aubet 1989: 121-143.
- (1990): «Die erste mykenische Keramik von der Iberischen Halbinsel». *Prähistorische Zeitschrift* 65.1: 49-52.
- (1991a): «La Península Ibérica y el Mediterráneo en el segundo milenio a.C.». En K. Demakopoulou y J. L. Melena (eds.): *El mundo micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea. 1600-1100 a.C.* Ministerio de Cultura. Madrid: 110-114.
- (1991b): «Letá del Bronzo nel sud della penisola Ibérica. La sequenza locale e gli influssi esterni». *Seminari 1990*. Roma: 85 ss.
- (1994): «Los primeros contactos entre Grecia y la Península Ibérica. La problemática planteada por los hallazgos de Montoro (Córdoba)». En D. Vaquerizo (coord.): *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*. Diputación Provincial de Córdoba. Córdoba: 109-143.
- (1996): «Nuevas cerámicas de importación en Andalucía (España): sus implicaciones culturales». En E. de Miro, L. Godart y A. Sacconi (eds.): *Atti e Memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia. Roma-Napoli, 14-20 settembre 1991, Volume Terzo: Archeologia*. Grupo Editoriale Internazionale. Roma: 1551-1560.
- (1999): «Península Ibérica, Oriente y el Mediterráneo central en la primera mitad del II milenio a.C.». En C. Giardino (coord.): *Culture Marinare nel mediterraneo centrale e occidentale fra il XVII e il XV secolo a.C.* Ricerche di Storia, Epigrafia e Archeologia Mediterranea 4. Roma: 307-324.
- (coord.) (2004): «Colgantes y cuentas de cornalina procedentes de Andalucía Occidental». *Mirando al mar. Perspectivas desde el poniente mediterráneo: II y I milenios a.C.* *Revista de Prehistoria* 3: 7-48.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y BAQUEDANO BELTRAN, M. I. (1987): «Cerámicas inéditas del Bronce Final». *Revista de Arqueología* 70: 50-56.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.; GÓMEZ PASCUAL, M. J.; MONTES, A. y BAQUEDANO, M. I. (1987): «El Llanete de los Moros-Palomarejo». En Martín de la Cruz 1987b: 39-269.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y LUCENA MARTÍN, A. M. (2002): «The Iberian Peninsula and the Mediterranean during the second millenium BC: an archaeology made of absences». *Journal of Iberian Archaeology* 4: 153-163.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y MONTES ZUGADI, A. (1986): «El horizonte Cogotas I en la Cuenca Media del Guadalquivir». *Homenaje a Luis Siret*. Junta de Andalucía. Sevilla: 227-242.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y PERLINES, M. (1993): «La cerámica a torno en los contextos culturales de finales del II milenio a.C. en Andalucía». *1º Congreso de Arqueología Peninsular (tomo II). Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 33.3-4: 335-349.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.; VERA, J. C.; GAVILÁN, B. y PERLINES, M. (2005): «Un colgante de cornalina de manufactura oriental procedente de la provincia de Córdoba». En Celestino y Jiménez 2005: 503-509.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI. Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1942): «Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos)». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* 17: 127-164.
- (1946): *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica*. Seminario de Historia Primitiva. Madrid.
- MASCORT, M. T.; SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*. Publicacions de la Diputació de Tarragona. Tarragona.
- MASTINO, A.; SPANU, P. G. y ZUCCA, R. (2005): *Mare Sardum. Mercì, mercati e scambi marittimi della Sardegna antica*. Carocci. Roma.
- MATA, C. (1978): «La Cova del Cavall y unos enterramientos en urna, de Lliria (Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina* 15: 113-135.
- (2001): «Límites y fronteras en Edetania». *Archivo de Prehistoria Levantina* 24: 243-272.
- MATA, C.; MARTÍ, M. A. e IBORRA, M. P. (1994-96): «El País Valencià del Bronze Recent a l'Ibèric Antic: el procés de formació de la societat urbana ibèrica». *Models d'ocupació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*. Gala 3-5: 183-217.

- MATALOTO, R. (1999): «As ocupações proto-históricas do Castelo do Giraldo (Évora)». *Revista de Guimarães*, volume especial I: 333-362.
- (2004): «Meio Mundo: o início da Idade do ferro no cume da serra d'Ossa (Redondo, Alentejo Central)». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 7.2: 129-176.
- MATTHÄUS, H. (1980): *Die Bronzegefäße der kretisch-mykenischen Kultur*. Prähistorische Bronzefunde II.1. München.
- (1985): *Metallgefäße und Gefäßuntersätze der Bronzezeit, der geometrischen und archaischen Periode auf Cypern*. Prähistorische Bronzefunde II.8. München.
- (1988): «Heirloom or tradition? Bronze Stands of the Second and First Millenium B.C. in Cyprus, Greece and Italy». En E. B. French y K. A. Wardle (eds.): *Problems in Greek Prehistory*. Bristol Classical Press. Bristol: 285-300.
- (1998a): «Cyprus and Crete in the Early First Millennium B.C. A synopsis with special reference to new finds from the Idaean Cave of Zeus». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 127-158.
- (1998b): «Zypern und das Mittelmeergebiet Kontakthorizonte des späten 2. und frühen 1. Jahrtausends v.Chr.». En R. Rolle, K. Schmidt y R. F. Docter (eds.): *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen: 73-91.
- (2000): «Die Rolle Zyperns und Sardinien im Mittelmeerischen Interaktionsprozess während des späten zweiten und frühen ersten Jahrtausends v. Chr.». En F. Prayon y W. Rölling (eds.): *Der Orient und Etrurien. Zum Phänomen des 'Orientalisierens' im westliche Mittelmeerraum (10.-6. Jh. V. Chr.)*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 41-75.
- (2001): «Studies on the Interrelations of Cyprus and Italy during the 11th to 9th Centuries B.C.: A Pan-Mediterranean Perspective». En Bonfante y Karageorghis 2001: 153-214.
- MAUSS, M. (1985): «Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques». En M. Mauss: *Sociologie et anthropologie*. Presses Universitaires de France. Paris: 143-279 [*L'Année Sociologique*, I, 1923-24].
- MAYA, J. L. (1986): «Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i el Cinca». *Cota Zero* 2: 39-47.
- (1988): *La cultura material de los castros asturianos*. Estudios de la Antigüedad 4/5. Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.
- (1990): «¿Bronze final o primera edad del hierro? La problemática en el marco de la depresión prelitoral». *Limes* 0: 31-43.
- (1992): «Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña». En P. Urtrilla (coord.): *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la prehistoria*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza: 263-298.
- (1998): «El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro». En I. Barandiarán, B. Martí, M. A. del Rincón y J. L. Maya: *Prehistoria de la Península Ibérica*. Ariel. Barcelona: 317-425.
- MAYA, J. L.; CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, J. (eds.) (1998): *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- MAYA, J. L.; LÓPEZ CACHERO, F. J.; GONZÁLEZ, J. R.; JUNYENT, E. y RODRÍGUEZ, J. I. (2001-02): «Excavaciones en el poblado de Carretelà (Segrià, Lleida) (1981-1983)». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 11-12: 151-233.
- MAYA, J. L. y PETIT, M. A. (1995): «L'edat del bronze a Catalunya. Problemàtica i perspectives de futur». *X Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà: Cultures i medi. De la prehistòria de l'edat mitjana*. Puigcerdà 1994. Institut d'Estudis Ceretans i Patronat Francesc Eiximenis. Puigcerdà: 327-342.
- MAYER, E. F. (1977): *Die Äxte und Beile in Österreich*. Prähistorische Bronzefunde IX.9. München.
- MAYHEW, A.; NEALE, W. C. y TANDY, D. W. (1985): «Markets in the Ancient Near East: A Challenge to Silver's Argument and Use of Evidence». *Journal of Economic History* 45: 127-134.
- MAZAR, A. (1997): «Iron Age Chronology: a reply to I. Finkelstein». *Levant* 29: 157-167.
- (2004): «Greek and Levantine Iron Age Chronology: a rejoinder». *Israel Exploration Journal* 54: 24-36.
- MAZAR, A. y CARMÍ, I. (2001): «Radiocarbon Dates from Iron Age Strata at Tel Beth Shean and Tel Rehov». *Radiocarbon* 43.3: 1333-1342.
- MAZAR, E. (2004): *The Phoenician family tomb n.1 at the Northern cemetery of Achziv (10th - 6th centuries BCE)*. *Sam Turner expedition. Final report of the excavations*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 10. Barcelona.
- MAZIÈRE, F. (2003): «La fibule italique du Pic Saint-Christophe (Montesquieu, Pyrénées-Orientales)». En C. Landes (ed.): *Les Etrusques en France. Archéologie et collections*. Imago-Musée de Lattes. Lattes: 190-191.
- MAZZA, F. (1988): «La 'precolonizzazione' fenicia: problemi storici e questioni metodologiche». En Acquaro *et al.* 1988: 191-203.
- MAZZONI, S. (2001): «La Siria e il mondo greco arcaico». En S. Settis (ed.): *I Greci* 3. Einaudi. Torino: 283-328.
- MCFADDEN, G. H. (1954): «A Late Cypriote III tomb from Kourion Kaloriziki 40». *American Journal of Archaeology* 55.2: 131-143.
- MCGRAIL, S. (1983): «Cross-Channel seamanship and navigation in the late first millennium BC». *Oxford Journal of Archaeology* 2.3: 299-337.
- (2001): *Boats of the World. From the Stone Age to Medieval Times*. Oxford University Press. Oxford.
- MEDAS, S. (2004): *De rebus nauticis. L'arte della navigazione nel mondo antico*. L'Erma di Bretschneider. Roma.
- (2005): «La navigazione di Posidonio dall'Iberia all'Italia e le rotte d'altura nel Mediterraneo occidentale in età romana». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 577-609.

- MEDAS, S., 2008, *I contenuti nautici dello Stadiasmos htoi periplous ths megalhs galasshs - Stadiasmo o Periplo del Mare Grande - e le tecniche della navigazione antica*, Tesis Doctoral, Universidad de las Islas Baleares.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1995a): «La cronología absoluta de la Prehistoria Reciente del Sureste de la Península Ibérica». *Pyrenae* 26: 53-90.
- (1995b): «¿Retorno al pasado? Comercio o difusión en los análisis de los Sistemas Mundiales antiguos». *Trabajos de Prehistoria* 52.2: 131-141.
- (1996a): «La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio Atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC)». *Trabajos de Prehistoria* 53.2: 95-115.
- (1996b): «La cronología absoluta de Andalucía Occidental durante la Prehistoria reciente (6100-850 A.C.)». *Spal* 5: 45-86.
- (1996c): «Representaciones de liras en las estelas decoradas del Bronce Final de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 23: 114-123.
- (1997a): «Nueva cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa». *Complutum* 8: 73-96.
- (1997b): «Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo central (1425-1050 a.C.)». *Trabajos de Prehistoria* 54.2: 113-134.
- (1999a): «La metamorfosis de Villena. Comercio de oro, estaño y sal durante el Bronce Final I entre el Atlántico y el Mediterráneo (1625-1300 AC)». *Trabajos de Prehistoria* 56.2: 115-136.
- (1999b): «Ex Occidente lux. El comercio micénico en el Mediterráneo central y occidental (1625-1100 AC)». *Complutum* 10: 229-266.
- (2000): «Puntas de jabalina de Valencina de la Concepción (Sevilla) y del área palestino-israelita». *Madrider Mitteilungen* 41: 83-111.
- (2002): «Chipriotas o micénicos. Naves y cargamentos mixtos en el Mediterráneo central (1300-1200 AC)». *Academia de España en Roma* 2002: 85-88.
- (2005a): «La cronología fenicia: entre el Mediterráneo Oriental y el Occidental». En Celestino y Jiménez 2005: 305-346.
- (2005b): «Las puertas del sol. Ugaríticos y chipriotas en el Mediterráneo central y occidental (1300-1185 AC)». En J. M. Córdoba y M. C. del Cerro (eds.): *La arqueología reencontrada. Homenaje a Paolo Matthiae en su sexagésimo quinto aniversario (II)*. *Isimu* 8: 35-84.
- MEDEROS MARTÍN, A. y ESCRIBANO, G. (2004a): «El Periplo africano del faraón Neco II». En V. Peña, A. Mederos, C. G. Wagner (eds.): *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 135-154.
- (2004b): «Los periplos de Eudoxo de Cízico en la Mauritania Atlántica». *Gerión* 22.1: 215-233.
- MEDEROS MARTÍN, A. y HARRISON, R.J. (1996a): «Patronazgo y Clientela. Honor, Guerra y Festines en las Relaciones Sociales de Dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica». *Pyrenae* 27: 31-52.
- (1996b): «'Placer de dioses'. Incensarios en soportes con ruedas del Bronce Final de la Península Ibérica». En M. A. Querol y T. Chapa (eds.): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra 6.1: 237-253.
- MEDEROS MARTÍN, A. y RUIZ CABRERO, L. (2004): «El pecio fenicio del Bajo de la Campana (Murcia, España) y el comercio del marfil norteafricano». *Zephyrus* 57: 263-281.
- MEIJIDE CAMESELLE, G. (1988): *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*. Arqueohistorica 1. Santiago.
- MELE, A. (1979): *Il commercio greco arcaico: prexis ed emporie*. Cahiers du Centre Jean Bérard 4. Institut Français de Naples. Naples.
- MELGARES, J. A. (1983): «La diadema de oro argárica del Museo Arqueológico Nacional. Precisiones sobre su hallazgo». *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch* (vol. II). Ministerio de Cultura. Madrid: 13-16.
- MELO, A. M. A. de (2000): «Armas, utensílios e esconderijos. Alguns aspectos da metalurgia do Bronze Final: o depósito do Casal dos Fiéis de Deus». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 3.1: 15-120.
- MELO, A. M. A. de y SENNA-MARTINEZ, J. C. de (2000): «Agricultores e metalurgistas, da troca ao «mercado». Alguns aspectos e problemas do Bronze Final e primeira Idade do Ferro na Península de Lisboa». *Turres Veteres* 4: 95-118.
- MENDOZA, A.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O. y AGUAYO, P. (1981): «Cerro de Los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada): ein Beitrag zur Bronze— und Eisenzeit in Oberandalusien». *Madrider Mitteilungen* 22: 171-210.
- MERCURI, L. (2004): *Eubéens en Calabre a l'époque archaïque: formes de contacts et d'implantation*. École Française de Rome. Roma.
- MERGELINA, C. de (1944): «Tugia. Reseña de unos trabajos». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 10: 13-36.
- MERIDETH, C. (1997): «Energy dispersive spectroscopy analysis from Late Bronze Age artefacts». Apéndice en Vilaça 1997: 145-154.
- MERRILLEES, R. S. (1992): «The Absolute Chronology of the Bronze Age in Cyprus: A Revision». *Bulletin of the American School of Oriental Research* 288: 47-52.
- (1998): «Egypt and the Aegean». En H. E. Cline y D. Harris Cline (eds.): *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati 1997*. *Aegaeum* 18: 149-155.

- MESADO, N. (1974): *Vinarragell (Burriana, Castellón)*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 46. Valencia.
- (1988): «Nuevos materiales arqueológicos en el Pozo I del yacimiento de Vinarragell (Burriana, Castellón)». *Archivo de Prehistoria Levantina* 18: 287-320.
- MESTRES, J. S. y NICOLÁS, J. C. de (1999): «Contribución de la datación por radiocarbono al establecimiento de la cronología absoluta de la prehistoria de Menorca». *Caesaraugusta* 73: 327-341.
- METALLO, A. (1955): «Il sistema meteo-oceanografico del Mediterraneo nella grafia della II edizione della 'Carta di Naufragio'». *Rivista Marittima* 88.5: 288-303.
- MICHAILIDOU, A. (1999): «Systems of weight and social relations of 'private' production in the Late Bronze Aegean». En A. Chaniotis (ed.): *From Minoan farmers to Roman traders. Sidelights on the economy of Ancient Crete*. Franz Steiner Verlag. Stuttgart: 87-113.
- (2001): «Recording quantities of metal in Bronze Age societies in the Aegean and the Near East». En A. Michailidou (ed): *Manufacture and measurement. Counting, measuring and recording craft items in Early Aegean Societies. Meletemata* 33: 85-119.
- MICÓ, R. (2005): *Cronología absoluta y periodización de la Prehistoria de las Islas Baleares*. BAR International Series 1373. Oxford.
- MILCENT, P.-Y. (2004): *Le premier âge du Fer en France centrale*. Mémoires de la Société Préhistorique Française 34. Paris.
- MILITELLO, P. (2004): «Commercianti, architetti ed artigiani. Riflessioni sulla presenza micenea nell'area iblea». En V. La Rosa (ed.): *Le presenze micenee nel territorio siracusano*. Museo archeologico regionale Paolo Orsi. Padova: 295-336.
- MILLOTTE, J.-P.; CORDIER, G. y ABAUZIT, P. (1968): «Essai de typologie protohistorique: les haches à ailerons médians». *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est* 19: 7-67.
- MINARINI, L. (2000): «Tripode miniaturizzato». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 352.
- MINTO, A. (1921): *Marsiliana d'Albegna. Le scoperte archeologiche del Principe don Tommaso Corsini*. Istituto di Edizioni Artistiche. Firenze.
- MOHEN, J.-P. (1977a): *L'Age du Bronze dans la région de Paris*. Editions des Musées Nationaux. Paris.
- (1977b): «Broches à rotir articulées de l'Age du Bronze». *Antiquités Nationales* 9: 34-39.
- MOLINA FAJARDO, F. y HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1985): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy II*. F. Molina. Granada.
- MOLINA FAJARDO, F.; RUIZ, A. y HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1982): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*. Caja Provincial de Ahorros de Granada. Granada.
- MOLINA FAJARDO, F. y PADRÓ, J. (1983): «Nuevos materiales procedentes de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)». En F. Molina Fajardo (ed.). *Almuñécar, Arqueología e Historia I*. Caja Provincial de Ahorros de Granada. Granada: 35-55.
- (1983-84): «Nuevos materiales procedentes de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)». *Ampurias* 45-46: 284-293.
- (1984): «El vaso con inscripción jeroglífica del rey egipcio Apofis I hallado en Almuñécar». En F. Molina Fajardo (ed.): *Almuñécar, Arqueología e Historia II*. Caja Provincial de Ahorros de Granada. Granada: 79-87.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3: 159-232.
- (1983): *Prehistoria de Granada*. Ed. Don Quijote. Granada.
- (2005): *Guía del yacimiento arqueológico. Los Millares*. Junta de Andalucía. S.I.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 1: 175-214.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y PAREJA LÓPEZ, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena Granada): campaña de 1971*. Excavaciones Arqueológicas en España 86. Servicios de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- MOLINA-CANO, J. L.; RUSSELL, J. R.; MORALES, M. A.; ESCACENA, J. L.; ARIAS, G.; POWELL, W. (2005): «Chloroplast DNA microsatellite analysis supports a polyphyletic origin for barley». *Theoretical and Applied Genetics* 110: 613-619.
- MOMMSEN, H.; DIEHL, U.; LAMBRECHT, D.; PANTENBURG, G. J. y WEBER, J. (1990): «Eine mikensche Scherbe in Spanien: Bestätigung ihrer Herkunft mit der Neutronen-aktivierungsanalyse (NAA)». *Prähistorische Zeitschrift* 65: 59-61.
- MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. Prähistorische Bronzefunde IX.6. München.
- MONTEIRO, J. P. (1980): «O acampamento do Bronze Final das Pontes de Marchil». *Descobertas Arqueológicas do Sul de Portugal*. Centro de História da Universidade de Lisboa/Museu de arqueologia e Etnografia do Distrito de Setúbal. Lisboa: 43-45.
- MONTELIUS, O. (1896-1910): *La civilisation primitive en Italie depuis l'introduction des métaux. II:2*. Stockholm.
- MONTERO RUIZ, I. (1998): «Aprovechamiento de recursos minerales y comercialización de objetos metálicos: una perspectiva analítica». En Delibes 1998: 199-225.
- (2002): «Metal y circulación de bienes en la prehistoria reciente». *Cypsela* 14: 55-68.

- (e.p.): «Estudio analítico del ajar metálico no férreo de la tumba de El Carpio».
- MONTERO RUIZ, I.; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.; GÓMEZ TUBÍO, B. y ONTALBA SALAMANCA, M. A. (2002): «Espadas y puñales del Bronce Final: el depósito de armas de Puertollano (Ciudad Real)». *Gladius* 22: 5-28.
- MONTERO RUIZ, I.; GORNÉS, J. S.; NICOLÁS, J. de y GUAL, J. (2005): «Aproximación a la metalurgia prehistórica de Menorca entre el 2000 y el 650 cal. aC.». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 289-306.
- MONTERO RUIZ, I. y HUNT ORTIZ, M. A. (2006): «Aplicació d'anàlisi d'isòtops en la investigació arqueometal·lúrgica». *Cota Zero* 21: 87-95.
- MONTERO RUIZ, I.; HUNT ORTIZ, M. A. y SANTOS ZALDUEGUI, J. F. (e.p.): «El depósito de la ría de Huelva: procedencia del metal a través de los resultados de análisis de isótopos de plomo». *Guardar, resguardar, aguardar. Arqueología de los depósitos metálicos del Bronce Final en la Península Ibérica* (León, 23-24 de noviembre de 2005).
- MONTERO RUIZ, I. y TENESHVILI, T. O. (1996): «Estudio actualizado de las puntas de jabalina del dolmen de la Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla)». *Trabajos de Prehistoria* 53.1: 73-90.
- MOORE CROSS, F. (1992): «La invención y desarrollo del alfabeto». En W. M. Sennner (comp.): *Los orígenes de la escritura*. Fondo de Cultura Económica. Méjico: 76-88.
- MOOREY, P. R. S. (1986): «The Emergence of the light, horse-drawn chariot in the Near East c. 2000-1500 B.C.». *Weaponry and Warfare. World Archaeology* 18.2: 196-215.
- MORDANT, C.; PERNOT, M. y RYCHNER, V. (eds.) (1998): *L'atelier du bronzier en Europe du XX^e au VIII^e siècle avant notre ère*. Actes du colloque international «Bronze'96» Neuchâtel et Dijon, 1996 (3 vols.). Comité des travaux historiques et scientifiques. Paris.
- MORENA, J. A. y MUÑOZ MUÑOZ, J. F. (1990): «Nueva estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba». *Revista de Arqueología* 115: 14-15.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1995): «La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo)». *Gerión* 13: 275-294.
- (1998): «Sobre la obviaidad, las estelas decoradas y sus agrupaciones». *Gerión* 16: 49-84.
- (1999): «Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico». *Gerión* 17: 149-177.
- MORENO TORRES, S. (2005): «Rutas de navegación en el Mediterráneo Occidental: condicionantes atmosféricos y aspectos técnicos de la navegación en la antigüedad». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 781-800.
- MORET, P. (2000-01): «Emporion et les mutations de l'architecture ibérique au premier âge du Fer». *Zephyrus* 53-54: 379-391.
- (2002): «Tossal Montañés y La Gessera: ¿residencias aristocráticas del Ibérico Antiguo en la cuenca media del Mataarraña?». *I Jornades d'Arqueologia. Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació. Ilercavònia* 3: 65-73.
- MORET, P.; BENAVENTE SERRANO, J. A. y GORGUES, A. (2006): *Iberos del Matarraña. Investigaciones arqueológicas en Valldeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)*. Al-Qannis 11. Taller de Arqueología de Alcañiz - Casa de Velázquez. Alcañiz.
- MORETTI SGUBINI, A. M. (2001): «Veio. Le necropoli». En A. M. Moretti Sgubini (ed.): *Veio, Cerveteri, Vulci, Città dell'Etruria a confronto*. L'Erma di Bretschneider. Roma: 187-252.
- (2004): «Vulci, la tomba del Guerriero della Polledrara». En A. M. Moretti Sgubini (ed.): *Scavo nello scavo. Gli Etruschi non visti. Ricerche e «riscoperte» nei depositi dei musei dell'Etruria meridionale*. Viterbo: 150-165.
- MOSCATTI, S. (1980): «Fenici e Greci alle origini della storia mediterranea». *Rendiconti dell'Accademia dei Lincei* 8: 139-142.
- (1983): «Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia». *Rivista di Studi Fenici* 11.1: 1-7.
- (1985): «Tucidide e i Fenici». *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 113: 129-133.
- (1988): «Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico». En Acquaro *et al.* 1988: 11-18.
- (1989): *L'ancora d'argento. Colonie e commerci fenici tra Oriente e Occidente*. Jaka Books. Milano.
- MOSCATTI *et al.* (1997) = Bartoloni, Bondì y Moscati 1997
- MOSCATTI, S. y UBERTI, M. L. (1988): *Testimonianze fenicio-puniche a Oristano*. Memorie dell'Accademia dei Lincei. Roma.
- MOSSO, A. (1906): «Le armi più antiche di rame e di bronzo». *Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei, Memorie, classe di Scienze Morali* XI, s. V: 572-576.
- (1907): «Villaggi preistorici di Caldare e Cannatello presso Girgenti». *Monumenti Antichi dei Lincei* 18: 573-684.
- MOUFFE, Ch. (1987): «Hegemony and Ideology in Gramsci». *Culture, Ideology and Social Process*. The Open Univ. Press. London: 219-234.
- MOYAT, P.; DUMONT, A.; VERGER, S.; MARIOTTI, J.-F.; GRECK, S. y JANIN, T. (e.p.): «Un habitat et un dépôt d'objets métalliques protohistoriques découverts dans le lit de l'Hérault à Agde». *CRAI* [2005].
- MUCKELROY, K. (1980): «Two Bronze Age cargoes in British waters». *Antiquity* 54: 100-109.
- (1981): «Middle Bronze Age trade between Britain and Europe: a maritime perspective». *Proceedings of the Prehistoric Society* 47: 279-297.
- MUHLI, J. D. (1992): «The crisis years in the Mediterranean World: transition or cultural disintegration?». En W. A. Ward y M. S. Joukowsky (eds.): *The Crisis Years: the 12th Century BC*. Kendall/Hunt. Dubuque, Iowa: 10-26.
- (1998): «Copper, Tin, Silver and Iron: the Search for Metallic Ores as an Incentive for Foreign Expansion». En Gitin *et al.* 1998: 314-329.

- (1999): «The Phoenicians in the Aegean». En P. Bettencourt, V. Karageorghis, R. Laffineur y W.-D. Niemeier (eds.): *MELETEMATATA. Studies in Aegean Archaeology presented to Malcom H. Wiener as he enters his 65th year. Aegaeum* 20: 517-526.
- MÜLLER, A.; BOUVILLE, C. y LAMBERT, L. (1988): «Les stèles gravées d'Âge du Bronze». *Archeologia* 236: 60-64.
- MÜLLER, K. (1965): *Geographi Graeci Minores*. Hildesheim 112: 94.
- MÜLLER-KARPE, H. (1959): *Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*. Römisch-Germanische Forschungen 22. Berlin.
- MUNILLA CABRILLANA, G. (1991): «Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis ibéricas». En J. Remesal y O. Musso (eds.): *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Universitat de Barcelona. Barcelona: 107-175.
- MUÑOZ, A. y PERDIGONES, L. (2000): «Estado actual de la arqueología fenicio-púnica en la ciudad de Cádiz». En Aubet y Barthélemy 2000 (vol. II): 881-891.
- MURILLO REDONDO, J. F. (1994a): «La estela de la Ribera Alta (Córdoba): consideraciones en torno a las estelas decoradas con escudo, espada y lanza». *Anales de Arqueología Cordobesa* 5: 11-32.
- (1994b): *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio*. Ariadna 13-14. Universidad de Córdoba. Palma del Río-Córdoba.
- MURILLO REDONDO, J. F.; MORENA, J. A. y RUIZ LARA, D. (2005): «Nuevas estelas de guerrero procedentes de la provincia de Córdoba y Ciudad Real». *Romula* 4: 7-46.
- MURRAY, W. H. (1987): «Do modern winds equal ancient winds?». *Mediterranean Historical Review* 2: 139-167.
- MUSSCHE, H. F.; BINGEN, J.; SERVAIS, J.; PAEPE, R. y MACKENS, T. (1968): *Thorikos 1963. Rapport préliminaire sur la première campagne des fouilles*. Comité des Fouilles Belges en Grèce. Bruxelles.
- MUZZOLINI, A. (1988): «Les chars des stèles du sud-ouest de la Péninsule Ibérique, les chars des gravures rupestres du Maroc, et la datation des chars sahariens». En Ripoll 1988: 361-387.
- NAIR, P. (2006): *Rumbo al Norte. Inmigración y movimientos culturales entre el Magreb y España*. Bellaterra. Barcelona.
- NASO, A. (1998): «I tumuli monumentali in Etruria meridionale: caratteri propri e possibili ascendenze orientali». *Archäologische Untersuchungen zu den Beziehungen zwischen Altitalien und der Zone nordwärts der Alpen während der frühen Eisenzeit Alteuropas*. Regensburger Beiträge zur prähistorischen Archäologie, Bd. 4. Regensburg: 117-157.
- (2002): «Carrelli cultuali metallici nell'Italia preromana». En L. Pietropaolo (ed.): *Sfornate immagini in bronzo. Il carrello di Lucera tra VIII e VII sec. a.C.* Grenzi. Foggia: 87-119.
- NAVARRA, I. (1997): «Chieftdoms nella Sardegna dell'età nuragica? Un'applicazione della Circumscription Theory di Robert L. Carneiro». *Origini* 21: 307-383.
- NAVEH, J. (1973): «Some Semitic epigraphical considerations on the antiquity of the Greek alphabet». *American Journal of Archaeology* 77: 1-8.
- (1987): *Early History of the alphabet. An introduction to west Semitic epigraphy and palaeography* (2ª ed.). The Magnes Press & The Hebrew Univ. Jerusalem.
- NEEDHAM, S. (1979): «Two recent shield finds and their Continental parallels». *Proceedings of the Prehistoric Society* 45: 111-134.
- (1982): *The Ambleside hoard: a discovery in the Royal collections*. British Museum Occasional Paper 39. London.
- (1990a): «Middle Bronze Age ceremonial weapons: new finds from Oxborough, Norfolk and Essex/Kent». *Antiquaries Journal* 70: 239-252.
- (1990b): *The Petters Late Bronze Age metalwork*. British Museum Occasional Paper 70. London.
- (1996): «Chronology and periodisation in the British Bronze Age». *Acta Archaeologica* 67: 121-140.
- NEEDHAM, S. y BOWMAN, S. (2005): «Flesh-hooks, technological complexity and the Atlantic Bronze Age feasting complex». *European Journal of Archaeology* 8.2: 93-136.
- NEEDHAM, S.; BRONK RAMSEY, C.; COOMBS, D.; CARTWRIGHT, C. y PETTITT, P. (1997): «An Independent Chronology for British Bronze Age Metalwork: The Results of the Oxford Radiocarbon Accelerator Programme». *The Archaeological Journal* 154: 55-107.
- NEEDHAM, S. y DEAN, M. (1987): «La cargaison de Langdon Bay à Douvres (Grande-Bretagne). La signification pour les échanges à travers la Manche». *Les relations entre le continent et les îles Britanniques à l'Âge du Bronze*. Actes du Colloque de Lille dans le Cadre du 22^{ème} Congrès Préhistorique de France (2-7 Septembre 1984). Revue Archéologique de Picardie: 119-124.
- NEGBI, O. (1987): *Canaanite Gods in Metal. An Archeological Study of Ancient Syro-Palestinian Figurines*. Israel Exploration Society, Institute of Archaeology 5. Tel Aviv.
- (1998): «The ethnicity of Cyprus in the eleventh century BCE». En Gitin *et al.* 1998: 87-93.
- NEGRONI CATACCHIO, N. (1999): «Produzione e commercio dei vaghi d'ambra tipo Tirinto e tipo Allumiere alla luce delle recenti scoperte». *Protostoria e storia del 'Venetorum Angulus'.* Atti del XX convegno di studi etruschi ed italici. Portogruaro - Quarto d'Altino - Este - Adria. 16-19 ottobre 1996. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 241-265.

- NEGUERUELA, I.; GONZÁLEZ GALLERO, R.; SAN CLAUDIO, M.; MÉNDEZ SANMARTÍN, A.; PRESA, M. y MARÍN, C. (2004): «Mazarrón-2: el barco fenicio del siglo VII a.C. Campaña de noviembre-1999/marzo 2000». En A. González Blanco, G. Matilla y A. Egea (eds.): *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material. Actas II Congreso Internacional del Mundo Púnico. Cartagena, 6-9 de abril de 2000. Estudios Orientales* 5-6 (2001-02): 453-483.
- NERI, D. (2000): *Le coppe fenicie della Tomba Bernardini nel Museo di Villa Giulia*. Monumenti fenici 2. Agorà. La Spezia.
- NEUMAIER, J. (1993-95): «El vaso teromorfo del poblado ibérico del Tossal Redó (Calaceite, prov. de Teruel)». *Kalathos* 13-14: 49-60.
- (1995): «Los campos de urnas del sudoeste europeo desde el punto de vista centroeuropeo». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 5: 53-80.
- (1996): «Colgantes zoomorfos de las costas valenciana y catalana». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 17: 255-261.
- (1999): «Nueva interpretación de la 'espada-puñal' de la Cova de la Font Major en l'Espluga de Francolí (Tarragona). El factor de las influencias italianas durante el bronce final en el litoral mediterráneo español». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 20: 85-93.
- NEWTON, M. W.; WARDLE, K. A. y KUNIHOLM, P. I. (2003): «Dendrochronology and Radiocarbon Determinations from Assiros and the Beginning of the Greek Iron Age». *To Archaïologiko Ergo ste Makedonia kai ste Thrake* 17: 173-190.
- NICKELS, A. (1983): «Les Grecs en Gaule, l'exemple du Languedoc». *Modes de contacts et processus de transformation des sociétés anciennes. Actes du colloque de Cortone (24-30 mai 1981)*. École Française de Rome. Pisa-Roma: 409-428.
- NICKELS, A.; MARCHAND, G. y SCHWALLER, M. (1989): *Agde, la nécropole du premier Âge du Fer*. CNRS. Paris.
- NICOLARDOT, J.-P. y GAUCHER, G. (1975): *Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France V: outils*. Société Préhistorique Française. Paris.
- NICOLARDOT, J.-P. y VERGER, S. (1998): «Le dépôt des Granges-sous-Grignon (commune de Grignon, Côte-d'Or)». En Mordant *et al.* 1998 (tome 3): 9-31.
- NIEDDU, G. y ZUCCA, R. (1991): *Othoca. Una città sulla laguna*. S'Alvure. Oristano.
- NIELSEN, J. N. (1912): *Hydrography of the Mediterranean and adjacent waters*. Report on the Danish Oceanogr. Expos., (1908-10). Copenhagen.
- NIEMEYER, H. G. (1981): «Anno octogesimo post Troiam captam...Tyria classis Gadis condidit?». *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 8: 9-33.
- (1984): «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers». *Jahrbuch Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz* 31: 1-94.
- (1985): «Cerámica griega en factorías fenicias. Un análisis de los materiales de la campaña de 1967 en Toscanos (Málaga)». *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica. Taula rodona amb motiu de 75^è. aniversari de les excavacions d'Empúries, Empúries 18-20 març 1983*. Monografies Emporitanes VII. Diputació de Barcelona. Institut de Prehistòria i Arqueologia. Barcelona: 27-36.
- (1990): «The phoenicians in the Mediterranean: a non-greek model for expansion and settlement in Antiquity». En J. P. Descœudres (ed.): *Greek Colonists and native populations. Proceedings of the First Australian Congress of Classical Archaeology*. Clarendon Press. Oxford: 469-489.
- (1995): «Expansion et colonisation». En V. Krings (ed.): *Manuel de la Civilisation phénicienne et punique*. Brill. Leiden-New York-Koln: 247-267.
- (2000): «The Early Phoenician City-States on the Mediterranean: Archaeological Elements for their Description». En M. H. Hansen (ed.): *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhagen: 89-115.
- (2003): «Intervento». En Lo Schiavo 2003b: 34.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*. Excavaciones Arqueológicas en España 113. Madrid.
- NIJBOER, A. J. (1998): *From household production to workshops. Archaeological evidence for economic transformation, pre-monetary exchange and urbanization in Central Italy from 800 to 400 BC*. Groningen Institute of Archaeology. Groningen.
- (2002): «Een debat over chronologieën». *Tijdschrift voor Mediterrane Archeologie* 26: 23-32.
- (2005): «La cronologia assoluta dell'età del Ferro nel Mediterraneo, dibattito sui metodi e sui risultati». En Bartoloni y Delpino 2005: 527-556.
- (2006): «The Iron Age in the Mediterranean: a chronological mess of 'trade before the flag', part II». *Ancient East and West* 4.2: 255-277.
- NIJBOER, A. J. y VAN DER PLICHT, J. (2006): «An interpretation of the radiocarbon determinations of the oldest indigenous-Phoenician stratum thus far, excavated at Huelva, Tartessos (south-west Spain)». *Bulletin Antieke Beschaving* 81: 31-36.
- NIJBOER, A. J.; VAN DER PLICHT, J.; BIETTI SESTIERI, A. M. y DE SANTIS, A. (1999-2000): «A High Chronology for the Early Iron Age in Central Italy». *Palaeohistoria* 41-42: 163-176.

- NITSCHKE, A. (1986-87): «Bemerkungen zu Chronologie und Herkunft der protogeometrischen und geometrischen Importkeramik von Tyros». *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 13-14: 7-49.
- NIVATTI, D. (2000): «Signe graphique, signe politique». En R. Viers (ed.): *Des signes pictographiques à l' alphabet*. Karthale. Paris: 294-314.
- NOCETE CALVO, F. (2000): «De la Cultura de la Cultura al Mercado del Mercado y viceversa. Los modelos World Systems ante las relaciones y contradicciones centro/periferia de las primeras sociedades de clase». *Revista atlántico-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 3: 101-120.
- NOCETE CALVO, F.; CRESPO, J. M. y ZAFRA, N. (1986): «Cerro del Salto. Historia de una periferia». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11: 171-198.
- NORTH, D. C. (1977): «Markets and Other Allocation Systems in History: the Challenge of Karl Polanyi». *Journal of European Economic History* 6: 703-716.
- NOVÁK, P. (1975): *Die Schwerter in der Tschechoslowakei I. Prähistorische Bronzefunde* IV.4. München.
- NÚÑEZ CALVO, F. (2004): «Preliminary Report on Ceramics from the Phoenician Necropolis of Tyre-Al Bass. 1997 Campaign». En M. E. Aubet (ed.): *The Phoenician Cemetery of Tyre-Al Bass*. Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises, Hors-Série I. Beyrouth: 281-373.
- (2005): «Tyre-Al Bass '97: The Pottery Evidence». En Spanò Giammellaro 2005: 93-106.
- OATES, J. (1996): «A prehistoric communication revolution». *Cambridge Archaeological Journal* 6.1: 165-173.
- O'CONNOR, B. (1980): *Cross-Channel relations in the later Bronze Age*. BAR International Series 91. Oxford.
- OGGIANO, I. (2000): «La ceramica fenicia di S. Imbenia (Alghero-SS)». En Bartoloni y Campanella 2000: 235-258.
- OLDE DUBBELINK, R. A. y VAN DER PLICHT, J. (1990): «Le capanne II e VI a Borgo Le Ferriere (Satricum) e le datazioni al Radiocarbonio». *Quaderni di Archeologia Etrusco-Italica* 19: 234-237.
- OLIVER, L. (2005): «Les datacions radiocarbòniques als Closos de Can Gaià (Mallorca)». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 245-262.
- OLIVER FOIX, A. (1994-96): «Bronze Final-Hierro antiguo en el sur del Ebro, ¿un periodo de transición?». *Models d'ocupació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*. Gala 3-5: 219-229.
- OLIVER FOIX, A.; GARCÍA FUENTES, J. M. y MORAÑO, I. (2005): *El Castellet, Castelló de la Plana*. Yacimiento emblemático en la historiografía de la Edad del Bronce peninsular. Fundación Dávalos-Fletcher. Castellón.
- OLIVER FOIX, A. y GUSI, F. (1995): *El Puig de la Nau*. Un hàbitat fortificat ibèric en el àmbit mediterràneu peninsular. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques 4. Castellón.
- OLIVIER, L. (2003): «Le Briquetage de la Seille (Moselle): premiers résultats d'un programme de reconnaissance archéologique d'un complexe d'ateliers d'extraction du sel de l'âge du Fer en Lorraine». *Antiquités Nationales* 35: 237-248.
- OLMO LETE, G. del (1978): «The Ugaritic War Chariot. A New Translation of KTU 4.392 (PRU V, 105)». *Ugarit Forschungen* 10: 47-51.
- OLMO LETE, G. del y AUBET SEMMLER, M. E. (eds.) (1986): *Los fenicios en la Península Ibérica*. AUSA. Sabadell.
- OLMOS, R. (1986): «Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema». *Homenaje a Luis Siret*. Junta de Andalucía. Sevilla: 584-600.
- (1989): «Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas las literarias». En Aubet 1989: 495-518.
- OLSON, D. R. (1996): *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Gedisa. Barcelona.
- ONGIL VALENTÍN, M. I. (1983): «La estela decorada de Almoharín». *Vettonia* 1: 5-13.
- OREJAS SACO DEL VALLE, A. y MONTERO RUIZ, I. (2001): «Colonizaciones, minería y metalurgia prerromanas en el Levante y Sur peninsulares». En B. Costa y J. H. Fernández (eds.): *De la mar y de la tierra. Producciones y productos fenicio-púnicos*. XV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2000). Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera. Eivissa: 121-159.
- OREN, E. D. (ed.) (2000): *The Sea Peoples and their World. A Reassessment*. University Museum Monograph 108 - University Museum Symposium Series 11. University of Pennsylvania. Philadelphia.
- ORFILA, M. y SINTES, G. (1984): «Hallazgo de un yacimiento arqueológico en la Isla del Aire (Menorca)». En W. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R.-C. Kennard (eds.): *Early settlement in the Western Mediterranean Islands and their peripheral areas*. BAR International Series 229 (III). Oxford: 827-840.
- ORLANDINI, P. (1963): «La più antica ceramica greca di Gela e il problema di Lindioi». *Cronache di Archeologia* 2: 50-56.
- (1986): «Fase precoloniale nella Basilicata sud-orientale ed il problema dell'Incoronata». *Siris-Polieion. Fonti letterarie e nuova documentazione archeologica*. Congedo. Galatina: 49-54.
- (ed.) (1992): *Ricerche Archeologiche all'Incoronata di Metaponto. 2. Dal villaggio indigeno all'emporio greco. Le strutture e materiali del saggio T*. Biblioteca Archeologica e Numismatica del Castello Sforzesco. Milano.
- ORNAN, T. (2001): «The bull and its two masters: Moon and Storm deities in relation to the Bull in Ancient Near Eastern Art». *Israel Exploration Journal* 51: 1-26.
- ORSI, P. (1898): «La necropoli di Licodia Eubea ed i vasi geometrici del quarto periodo siculo». *Römische Mitteilungen* 13: 305-366.

- (1899): «Pantalica e Cassibile». *Monumenti Antichi dei Lincei* 9: 33-146.
- (1912): «Le necropoli di Pantalica e M. Dessucri». *Monumenti Antichi dei Lincei* 21: 301-408.
- ORTEGA, J. y VALLE, M. (2005): «El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo). Primeros resultados». *Trabajos de Prehistoria* 61.1: 175-185.
- ORY, J. (1944): «A Late Bronze Age tomb at Tell Jerishe». *QDAP* 10: 55-57.
- OSBORNE, R. (1998): «Early Greek colonization? The nature of the Greek settlement in the West». En N. Fisher, H. van Wees (eds.): *Archaic Greece: New Approaches and New Perspectives*. Duckworth. London: 251-269.
- OSUNA, M.; BEDIA, J. y DOMÍNGUEZ, A. M. (2001): «El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva)». En Cabrera y Santos 2001: 177-188.
- OSUNA, M. y REMESAL, J. (1981): «La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería)». *Archivo de Prehistoria Levantina* 16: 373-417.
- OZANNE, J. C. (2000): «Sépultures en plaine du début du premier Âge du Fer». En J. Chausserie-Laprée (dir.): *Le temps des Gaulois en Provence*. Musée Ziem. Marseille: 242-243.
- (2002): «Deux inhumations du début de l'âge du Fer à La Bâtie (Lamotte-du-Rhône, Vaucluse)». *Archéologie du TGV Méditerranée. Fiches de synthèse, tome 2. La Protohistoire*. Monographies d'archéologie méditerranéenne. Lattes: 497-502.
- PACCIARELLI, M. (1996): «Nota sulla cronologia assoluta della prima età del ferro in Italia». *Ocnus* 4: 185-189.
- (1999): *Torre Galli. La necropoli della prima età del Ferro (scavi Paolo Orsi 1922-23)*. Biblioteca del CPSSAE. Catanzaro.
- (2000): *Dal villaggio alla città. La svolta protourbana del 1000 a. C. nell'Italia tirrenica*. All'Insegna del Giglio. Firenze.
- (2005): «Osservazioni sulle datazioni assolute del Bronzo finale e del primo Ferro d'Italia». En Bartoloni y Delpino 2005: 81-90.
- PACHECO, C.; MORALEDA, A. y ALONSO, M. (1998): «Una nueva estela de guerrero en Toledo. La estela de Aldeanueva de San Bartolomé». *Revista de Arqueología* 213: 6-11.
- PADILLA, A. y VALDERRAMA, E. (1994): «Estela del Bronce Final hallada en el término de Écija (Sevilla)». *Spal* 3: 283-290.
- PADRÓ PARCERISA, J. (1983): «Los fenicios y la distribución de objetos egipcios en el extremo occidente mediterráneo». *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma, 5-10 Novembre 1979* (vol. I). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 67-75.
- (1985): «De nuevo sobre los hallazgos egipcios y egipizantes de la Península Ibérica». *Hispania Antiqua* 11-12: 23-225.
- (1986): «Las importaciones egipcias en Almuñécar y los orígenes de la colonización fenicia en la Península Ibérica». *Homenaje a Luis Siret*. Junta de Andalucía. Sevilla: 526-529.
- (2001): «La plata de Psusenes y la fecha de la fundación de Cádiz». En J. Cervelló y A. J. Quevedo (ed.): *...Ir a Buscar Leña. Estudios Dedicados al Prof. Jesús López. Avla Aegyptiaca - Studia* 2: 155-159.
- PALOMAR, V. (1995): *La Edad del Bronce en el Alto Palancia*. Ayuntamiento de Segorbe. Segorbe.
- PANVINI, G. (2001): *La nave Greca arcaica di Gela*. Salvatore Sciasca ed. Palermo.
- (ed.) (2003): *Caltanissetta. Il Museo Archeologico. Catalogo*. Regione siciliana, Assessorato dei Beni Culturali e Ambientali e della Pubblica Istruzione. Palermo.
- PAOLI, U. E. (1974 [1930]): *Studi di diritto attico* I. Bibliotheca iuridica 1. Milano.
- PAPADOPOULOS, T. (1999): «Warrior-graves in Achaeon Mycenaean cemeteries». En R Laffineur (ed.): *Polemos. Le contexte guerrier en Égée à l'Âge du Bronze*. *Aegaeum* 19: 267-274.
- PAPASAVVAS, G. (2001): *Bronze Stands from Cyprus and the Aegean*. Nicosia (en griego).
- (2003): «Cypriot casting technology I: The stands». *Report of the Department of Antiquities. Cyprus*: 23-52.
- (2004): «Cypriot bronze stands and their Mediterranean perspective». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 14: 31-59.
- PARE, C. F. E. (1987): «Der Zeremonialwagen der Bronze— und Urnenfelderzeit: seine Entstehung, Form und Verbreitung». *Vierrädrige Wagen der Hallstattzeit*. Römisch-Germanischen Zentralmuseum, Monographien Band 12. Mainz: 25-67.
- (1998): «Beiträge zum Übergang von der Bronze— zur Eisenzeit in Mitteleuropa. Teil I: Grundzüge der Chronologie im östlichen Mitteleuropa (11.-8. Jahrhundert v. Chr.)». *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz* 45: 293-433.
- (1999): «Weights and weighting in Bronze Age central Europe». *Eliten in der Bronzezeit*. Monographien des Römisch-Germanischen Zentralmuseum 43. Mainz: 421-514.
- (2000a): «Bronze and the Bronze Age». En Pare 2000b: 1-38.
- (ed.) (2000b): *Metals Make the World Go Round. The Supply and Circulation of Metals in Bronze Age Europe*. Oxbow Books. Oxford.
- PARETI, L. (1947): *La tomba Regolini Galassi del Museo Gregoriano Etrusco e la civiltà dell'Italia centrale nel sec. VII a. C.* Tipografia poliglotta vaticana. Città del Vaticano.
- PARISE, N. (1970-71): «Per uno studio del sistema ponderale ugarítico». *Dialoghi di Archeologia* 4-5: 3-36.
- (1976): «'Baratto silenzioso' fra Punici e Libi 'al di là delle colonne d'Eracle'». *Quaderni di Archeologia della Libia* 8: 75-80.
- (1981): «Mina di Ugarit, mina di Karkemish, mina di Khati». *Dialoghi di Archeologia Nuova Serie* anno 3: 155-160.

- (1985): «La prima monetazione etrusca. Fondamenti metrologici e funzioni». *Il commercio etrusco arcaico. Atti dell'incontro di studio. 5-7 dicembre 1983*. CNR. Quaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica. Roma: 257-261.
- PARKER, A. J. (1992): *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean & the Roman Provinces*. BAR International Series 580. Oxford.
- PARREIRA, R. (1995): «Depósito de Baiões». En I. Silva 1995: 72-75.
- PARREIRA, R. y SOARES, A. M. (1980): «Zu einigen bronzzeitlichen Höhensiedlungen in Süd Portugal». *Madriider Mitteilungen* 21: 109-130.
- PASCUAL-BENITO, J. L. (1995): «Origen y significado del marfil durante el Horizonte Campaniforme y los inicios de la Edad del Bronce en el País Valenciano». *Saguntum* 29: 10-31.
- PASSARD, F.; PININGRE, J.-F. y HURTELLE, J. (1984): «Un dépôt du Bronze final à Bouclans (Doubs)». *Revue Archéologique de l'Est* 35: 85-110.
- PASSMORE, A. D. (1930-32): «A hoard of bronze implements from Donhead St. Mary, and a stone mould from Bulford». *Wiltshire Archaeological & Natural History Magazine* 45: 373-376.
- PASTOR, M.; CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A. y CARRASCO, E. (1981): «Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona. Granada)». *Noticiario Arqueológico Hispano* 12: 135-158.
- PATTON, M. (1996): *Islands in time. Islands sociogeography and Mediterranean Prehistory*. Routledge. London and New York.
- PAUTREAU, J.-P.; GENDRON, Ch. y BOURHIS, J. R. (1983-84): *La cachette de Triou*. Musée de Niort. Niort.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1998): *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)*. *Intervenciones arqueológicas (1993)*. Memorias de Arqueología Extremeña 1. Mérida.
- PEARCE, L. E. (1995): «The scribes and scholars of Ancient Mesopotamia». En J. M. Sasson (ed): *Civilizations of the Ancient Near East*. Tº IV. Ch. Scribner & Sons. New York: 2265-2278.
- PECORELLA, P. E. (1977): *Le tombe dell'Ètà del Bronzo Tardo della necropoli a Mare di Agia Irini «Paleokastro»*. CNR ISMEA Biblioteca di Antichità Cipriota. Roma.
- PEDRO, I. (2000): «O Castro da Senhora da Guia (S. Pedro do Sul, Viseu)». En Senna-Martinez y Pedro 2000a: 132-135.
- PEDRO MICHÓ, M. J. de (2004): «L'Edat del Bronze al nord del País Valencià: hàbitat i territoris». *Cypsela* 15: 103-122.
- PELAGATTI, P. (1982): «I più antichi materiali di importazione a Siracusa, Naxos e in altri siti della Sicilia Orientale». *La céramique grecque ou de tradition grecque au VIIIe siècle en Italie centrale et méridionale*. Centre Jean Bérard. Naples: 113-180.
- PELLICER CATALÁN, M. (1962): *Excavaciones en la necrópolis púnica 'Laurita' del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España 17. Madrid.
- (1968): «Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas». *Archivo Español de Arqueología* 41: 60-90.
- (1969): «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas». *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez, 1968). Publicaciones Eventuales 13. Instituto de Arqueología y Prehistoria - Universidad de Barcelona. Barcelona: 291-310.
- (1982): «La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del nordeste hispano». *Habis* 13: 211-237.
- (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental». En Aubet 1989: 147-187.
- (2000): «El proceso orientalizante en el occidente ibérico». *Huelva Arqueológica* 16: 89-134.
- (2002): «Las necrópolis fenicias arcaicas de la Península Ibérica». *Boletín de Bellas Artes* 30. Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría: 148-167.
- (2003): «Anotaciones sobre la colonización fenicia en Iberia, según la arqueología». *Temas de Estética y Arte* 17: 117-133.
- (2004): «De Laurita a Tavira: una perspectiva sobre el mundo funerario en Occidente». En González Prats 2004: 13-42.
- (2007): *La necrópolis Laurita (Almuñécar, Granada) en el contexto de la colonización fenicia*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 15. Universidad Pompeu Fabra. Barcelona.
- PELLICER CATALÁN, M. y AMORES CARREDANO, F. de (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B». *Noticiario Arqueológico Hispano* 22: 55-189.
- PELLICER CATALÁN, M. y SCHÜLE, W. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada)*. *El corte estratigráfico IX*. Excavaciones Arqueológicas en España 52. Madrid.
- PELTENBURG, E. (2002): «Contexts for cruciformes: figurines of prehistoric Cyprus». *Antiquity* 76: 21-22.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1985): «Neue bronzzeitliche Funde im Museu Provincial von Pontevedra». *Madriider Mitteilungen* 26: 22-28.
- (1992): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)*. *Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*. Arqueología/Memorias 11. Xunta de Galicia. Santiago.
- PENUELA, J. M. (1953): «La inscripción asiria IM 55664 y la cronología de los reyes de Tiro». *Sefarad* 13.2: 217-237.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería Prerromana*. Arqueología del Oro. Comunidad de Madrid-Caja de Madrid. Madrid.
- (1994): «Proceso de mercantilización en sociedades premonetales». *Archivo Español de Arqueología* 67: 3-14.
- (1999): «Project Au for the study of goldwork technology and the concept of Technological Domain Systems». En S. M. M. Young, M. Pollard y R. A. Ixer (eds.): *Metals in Antiquity*. BAR International Series 792. Oxford: 68-71.
- (2000): «Tecnología, política y sociedad». *Saguntum* 32: 123-130.

- (2001): «Biografías de escondrijos y tesoros prehistóricos en la Península Ibérica». En Hernández Pérez 2001b: 15-27.
- (2003): «Los torques castreños en perspectiva». *Brigantium* 14: 139-149.
- (2005): «Mecanismos identitarios y de construcción de poder en la transición Bronce-Hierro». *Trabajos de Prehistoria* 62.2: 91-103.
- (2006): «Espacios económicos y relaciones de poder. Consideraciones sobre los modelos de intercambio premone-
tales en el Suroeste peninsular». En B. Costa y J. H. Fernández (eds.): *Economía y finanzas en el mundo fenicio-
púnico de Occidente. XX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2005)*. Treballs del Museu Arqueològic
d'Eivissa i Formentera 58. Eivissa: 51-68.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B. R. (1998): «Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito
de El Carambolo, Sevilla». *Trabajos de Prehistoria* 55.1: 121-138.
- PEREA, A.; ARMBRUSTER, B. R.; DEMORTIER, G. y MONTERO, I. (2003): «Tecnología atlántica para dioses mediterráneos. Los 'candelabros' de oro tipo Lebrija». *Trabajos de Prehistoria* 60.1: 99-114.
- PEREIRA, I. (1993): «Figueira da Foz. Santa Olaia». *Os fenícios no território português. Estudos Orientais* 4: 285-304.
- (1996): «Santa Olaia». En Alarcão y Palma Santos 1996: 60-65.
- PEREIRA SIESO, J. (1989): «Nuevos datos para la valorización del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del
Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)». En Aubet 1989: 395-409.
- (2005): «Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del Periodo Orien-
talizante». En Celestino y Jiménez: 167-188.
- (2006): «Una nueva forma en el repertorio cerámico protohistórico de la Península Ibérica: clepsidra». *Trabajos de
Prehistoria* 63.1: 85-111.
- PEREIRA SIESO, J. y ÁLVARO REGUERA, E. de (1988): «Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta sur: el
Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)». *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas pre-
históricas y protohistóricas (2)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 279-289.
- (1990): «El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvis de la Jara (Toledo)». *Actas del Primer Congreso de Arqueolo-
gía de la Provincia de Toledo*. Excma. Diputación Provincial de Toledo. Toledo: 215-234.
- PEREIRA DA SILVA, F. (s.d.): *Estação arqueológica do Cabeço do Vouga. Um olhar sobre o passado feito presente*. Câmara Muni-
cipal de Águeda - Gabinete de História e Arqueologia. Águeda.
- PERETTI, A. (1979): *Il periplo di Scilace, studio sul primo portolano del Mediterraneo*. Biblioteca di studi antichi 23. Giardini. Pisa.
- PÉREZ MACÍAS, J. A. (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Universidad de Huelva. Huelva.
- PÉREZ MILIÁN, R. y VIZCAÍNO, D. (2007): «La necrópolis de Sant Joaquim. Un espacio funerario del Hierro I / Ibéri-
co Antiguo». En R. González Villaescusa y D. Vizcaíno (coords.): *Paisaje y arqueología en la Sierra de la Menare-
lla. Estudios previos del Plan Eólico Valenciano. Zona II: Refoies y Todoella*. Valencia.
- PERICOT GARCÍA, L. (1951): «Nuevos aspectos del problema de las estelas grabadas extremeñas». *Zephyrus* 2: 83-88.
- PERKINS, D. R. J. (1998): «Discoveries: metal detector and chance finds». *Archaeologia Cantiana* 118: 360-371.
- PERLINES BENITO, M. R. (2005): «La presencia de cerámica a torno en contextos anteriores al cambio de milenio. Pro-
puesta para su estudio». En Celestino y Jiménez 2005: 477-489.
- PERLINES BENITO, M. R. y BLASCO BOSQUED, C. (1999): «El horizonte cultural de Cogotas I como red de intercam-
bios estable en la Península Ibérica a finales del segundo milenio y principios del primero a.C.». *Actas del XXV
Congreso nacional de Arqueología, Valencia 1999*. Diputación de Valencia. Valencia: 473-479.
- PERONI, R. (1961): *Ripostigli delle età dei metalli. 1. Ripostigli del Massiccio della Tolfa. Inventaria Archaeologica*, fasc.1:
II-13. Firenze.
- (1989): *Protostoria dell'Italia Continentale. La Penisola Italiana nelle Età del Bronzo e del Ferro*. Popoli e Civiltà dell'I-
talia Antica IX. Roma.
- (1992): «Intervento in sede di dibattito». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il
Bronzo Medio e il Bronzo Recente (XVI-XIII sec.a.C.). Atti del III Convegno di Studi «Un millennio di relazioni tra
la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo»* (Selargius-Cagliari 19-22 novembre 1987). Della Torre. Cagliari: 669-670.
- (1994): *Introduzione alla protostoria italiana*. Manuali Laterza 47. Roma.
- (1996): *L'Italia alle soglie della Storia*. Editori Laterza. Roma-Bari.
- (1998): «Bronzezeitliche Gewichtssysteme in Metalhandel zwischen Mittelmeer und Ostsee». En B. Hänsel (ed):
Mensch und Umwelt in der Bronzezeit Europas. Oetkes-Voges Verlag. Kiel: 217-224.
- PERONI, R. y VANZETTI, A. (1998): *Broglia di Trebisacce 1990-1994*. Rubettino Editore. Roma.
- PERONI, R.; VANZETTI, A.; BARTOLI, C.; BETTELLI, M.; CASSETTA, I.; CASTAGNA, M. A.; DI RENZONI, A.; FERRANTI, F.;
GATTI, D.; LEVI, S. T. y SCHIAPPELLI, A. (2004): «Broglia di Trebisacce (CS)». En Cocchi Genick 2004: 167-176.
- PERRA, M. (1997): «From Deserted Ruins. An Interpretation of Nuragic Sardinia». *Europaea* 3.2: 49-76.
- PERSSON, A. W. (1942): *New tombs at Dendra near Medea*. C.W.K. Gleermy/London Humphrey Milford/Leipzig G.
Harrassowitz/Oxford University Press. Lund.
- PETACCO, L. (2003): «Anfore fenicie, anfore pithecasane, anfore etrusche: considerazioni sul modello 'tirrenico'». *Mis-
cellanea Etrusco Italica III*. Quaderni di Archeologia Etrusco Italica 29. Roma: 37-69.
- PETRIE, F. (1899/1904): *A History of Egypt. II. During the XVIIth and XVIIIth dynasties*. Methuen. London.

- PETRUSO, K. (1984): «Prolegomena to Late Cypriot weight metrology». *American Journal of Archaeology* 14.2: 151-157.
- (1985): «Additive progression in prehistoric mathematics: a conjecture». *Historia Mathematica* 12: 101-106.
- PFaffenberger, B. (1992): «Social anthropology of technology». *Annual Review of Anthropology* 21: 491-516.
- PHelps, W.; LoLos, Y. y VICHOS, Y. (eds.) (1999): *The Point Iria Wreck: Interconnections in the Mediterranean ca. 1200 BC. Proceedings of the International Conference Island of Spetses, 1998*. Hellenic Institute of Maritime Archaeology. Athens.
- Phoinikes BSHRDN 1997 = BERNARDINI, P.; D'ORIANO, R. y SPANU, P. G. (eds.) (1997): *Phoinikes BSHRDN. I Fenici in Sardegna. Nuove acquisizioni*. S'Alvure. Oristano.
- PIGGOTT, S. (1968): «The Earliest Wheeled Vehicles and the Caucasian Evidence». *Proceedings of the Prehistoric Society* [n.s.] 34: 266-318.
- (1979): «'The First Wagon and Carts': twenty-five years later. The third Gordon Childe Memorial Lecture». *University of London Institute of Archaeology Bulletin* 16: 3-17.
- (1983): *The Earliest Wheeled Transport. From the Atlantic Coast to the Caspian Sea*. Thames and Hudson. London.
- PIGORINI, L. (1904): «Pani di rame provenienti dall'Egeo e scoperti a Serra Ilixi in provincia di Cagliari». *Bollettino di Paleontologia Italiana* 10: 91-107.
- PINARELLI, L. (2004): «Lead isotope characterization of copper ingots from Sardinia (Italia): Inferences on their origins». *Bulletin of the Geological Society of Greece* 36: 1172-1180.
- PINCELLI, R. y MORIGI GOVI, C. (1975): *La necropoli villanoviana di S. Vitale*. Istituto per la Storia di Bologna. Bologna.
- PINGEL, V. (1974): «Bemerkungen zu den ritzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel». *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 4: 1-19.
- (1992): *Die Vorgeschichtlichen Goldfunde der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 17. Berlin.
- (1993): «Bemerkungen zu den ritzierten Stelen im Südwesten der Iberischen Halbinsel». En F. Villar y J. Untermann (eds.): *Lengua y cultura en Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas de la Península Ibérica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 209-231.
- (2002): «Apéndice: Sobre las muestras radiocarbónicas procedentes de los yacimientos fenicio-púnicos del tramo inferior del río Vélez junto a Torre del Mar (prov. de Málaga)». En H. Schubart: *Toscanos y Alarcón. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1967-1984*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 8. Barcelona: 245-252.
- (2006): «Comentarios a las dataciones por radiocarbono del Morro de Mezquitilla (Málaga)». En Schubart 2006: 147-151.
- PINGEL, V. y RICHTER, K. (1995): «Eine 'Dendrochronologische Datenbank für die Iberische Halbinsel' - Grundlagen und Möglichkeiten». *Madrider Mitteilungen* 36: 179-190.
- PININGRE, J.-F. y GANARD, V. (2004): *Les nécropoles protohistoriques des Moidons et le site princier du Camp du Château à Salins (Jura)*. Comité des travaux historiques et scientifiques. Paris.
- PINZA, G. (1901): «Monumenti primitivi della Sardegna». *Monumenti Antichi dei Lincei* XI: 1-280, tav. XIX, 2.
- PITTIONI, R. (1948-49): «Der Stein von Solana de Cabañas (Spanien)». *Mitteilungen der Österreichischen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Prähistorie* 78-79: 140-146.
- PLÁCIDO, D.; ALVAR, J. y WAGNER, C. G. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Síntesis. Madrid.
- PLANTAMOR, L. (1991): *L'Arquitectura prehistòrica i protohistòrica de Menorca i el seu marc cultural*. Conselleria d'Educació i Cultura. Maó.
- PLANTAMOR, L.; TANDA, G.; TORE, G.; BALDACCINI, P.; DEL VAIS, C.; DE PALMAS, A.; MARRAS, G.; MAMELI, P.; MULÉ, P.; OGGIANO, G. y SPANO, M. (1999): «Cap de Forma (Minorca): la navigazione nel Mediterraneo occidentale dall'età del Bronzo all'età del Ferro». *Antichità Sarde. Studi e Ricerche* 5. Archeologia delle Isole del Mediterraneo Occidentale. Sassari: 11-160.
- PODZUWEIT, C. (1990): «Bemerkungen zur mykenischen Keramik von Llanete de los Moros, Montoro, Prov. Córdoba». *Prähistorische Zeitschrift* 65.1: 53-58.
- PONS, B. (1999): *Anàlisi espacial del poblament al Pretalaiòtic Final y Talaiòtic I de Mallorca*. col. La Deixa 2. Palma.
- PONS, E. (1984): *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del Ferro, 1100-600 a. C.* Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona. Girona.
- (1986): «El pas de l'Edat del Bronze a la del Ferro a Catalunya». *VI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1984*. Puigcerdà: 15-27.
- (2003): «De l'edat del bronze a l'edat del ferro a Catalunya: desplaçaments, estades i canvi cultural». *Cota Zero* 18: 106-130.
- PONS, E. y MAYA, J. L. (1986): «L'Age du Bronze Final en Catalogne». *Actes du Colloque de Nemours*. Mémoires du Musée de Préhistoire d'Ile-de-France 1. Nemours: 545-556.
- PONS, E. y SOLÉS, A. (2004): «El jaciment del Pi de la Lliura (Vidreres-La Selva). Una necròpolis d'incineració del Bronze Final III (1120-910 aC)». *Quaderns de la Selva* 14-15. Centre d'Estudis Selvatans. Vidreres.
- PONS, J. (2005): «El jaciment puníc evissenc de l'illa dels Conils (Cabrera)». *Homenaje a William H. Waldren. Mayurqa* 30: 753-779.
- PONTE, M. S. da (1985): «As fíbulas de Vaiamonte». En J. de Hoz (ed.): *Actas del III Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa, 1980). Universidad de Salamanca. Salamanca: 137-158.

- (1986): «Valor residual de seis fíbulas da região de Beja - Dimensão arqueológica e significado sócio-cultural». *Arquivo de Beja* [2ª Série] 3: 75-87.
- (1999a): «As fíbulas do Bronze Final no Norte e centro de Portugal: rede de intercâmbios e assimetrias». *Revista de Guimarães*, volume especial I: 539-560.
- (1999b): «Intercâmbios e Assimetrias Regionais das Fíbulas dos Finais do Bronze, com as do Mundo Atlântico e Mediterrânico». En R. de Balbín y P. Bueno (eds.): *II Congreso de Arqueología Peninsular* (vol. III). Fundación Rei Afonso Henriques. Zamora: 49-62.
- (2001): *Corpus Signorum das Fíbulas Proto-históricas e Romanas. Portugal*. Dissertação de doutoramento policopiada. Faculdade de Letras. Porto.
- (2002): «Bronze fibulae: cultural expressions of Bronze Age societies in Portugal». *Journal of Iberian Archaeology* 4: 165-173.
- PONTE, M. S. da y VAZ, J. I. (1989): «Considerações sobre algumas fíbulas de Santa Luzia (Viseu) - seu contexto e significado». *Actas do I Colóquio Arqueológico de Viseu*. Coleção Ser e Estar nº 2. Viseu: 181-188.
- PONZI BONOMI, L. (1970): «Il ripostiglio di Contigliano». *Bullettino di Paleontologia Italiana* 79: 95-156.
- POPHAM, M. (1974): «Sellopoulo tombs 3 and 4, two Late Minoan graves near Knossos». *Annual of the British School at Athens* 69: 195-257.
- (1994): «Precolonization: early Greek contact with the East». En G. Tsatskheladze y F. de Angelis (eds.): *The Archaeology of Greek Colonization*. Oxford Committee for Archaeology Monographs 40. Oxford: 11-34.
- POPHAM, M. y LEMOS, I. S. (1995): «A Euboean warrior-trader». *Oxford Journal of Archaeology* 14: 151-157.
- PORTELA, D. y JIMÉNEZ RODRIGO, J. C. (1996): «Una nueva estela de guerrero. La estatua-menhir-estela de guerrero de Talavera de la Reina». *Revista de Arqueología* 188: 36-43.
- POSTGATE, N. (1991): «The Chronology of Assyria - An Insurmountable Obstacle». *Cambridge Archaeological Journal* 1: 244-246.
- POSTGATE, N.; WANG, T. y WILKINSON, T. (1995): «The evidence for early writing: utilitarian or ceremonial?». *Antiquity* 69: 459-480.
- POWELL, T. G. E. (1963): «Some Implications of Chariotry». En J. L. Foster y L. Alcock (eds.): *Culture and Environment. Essays in Honour of Sir Cyril Fox*. Routledge and Kegan Paul. London: 153-169.
- (1976): «South-western Peninsular chariot stela». En J. V. S. Megaw (eds.): *To Illustrate the Monuments. Essays on Archaeology Presented to Stuart Piggott on the Occasion of his Sixty-fifth Birthday*. Thames & Hudson. London: 164-169.
- PRADA, M. de (1996): «Yacimiento de Arroyo del Campillo». En J. J. López Amador et al.: *Tartessos y fenicios en Campillo. El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. F. Giles-Ford España. Cádiz: 71-109.
- PRAYON, F. (2001): «Near Eastern Influences in the Early Etruscan Architecture?». En Bonfante y Karageorghis 2001: 335-350.
- PRIMAS, M. (1990): «Verkehr und Innovation». *Helvetia archaeologica* 13: 80-88.
- (2002): «Early tin bronze in central and southern Europe». En M. Bartelheim, E. Pernicka y R. Krause (eds.): *The beginnings of metallurgy in the Old World*. Verlag Marie Leidorf. Rahden/ Westf.: 303-314.
- (2003): «The use of tin and lead in Bronze Age metallurgy». En Giumlia-Mair y Lo Schiavo 2003: 87-91.
- PRIMAS, M. y PERNICKA, E. (1998): «Der Depotfund von Oberwilflingen. Neue Ergebnisse zur Zirkulation von Metallbarren». *Germania* 76: 25-62.
- PROTONOTARIOU, E. (1969): «Tombe à tholos à Kazarma». *Athens Annals of Archaeology*: 5-6.
- PRYOR, F. (1991): *Flag Fen*. B.T. Batsford/English Heritage. London.
- PRYOR, J. H. (1995): «The geographical conditions of galley navigation in the Mediterranean». En R. Gardiner y J. Morrison (ed.): *The age of the galley. Mediterranean oared vessels since pre-classical times*. Conway Maritime Press. London: 206-216.
- PUGLIESE CARRATELLI, G. (2004): «Oinotroi, Serdaioi, Thespiadai». *La Parola del Passato* 59: 161-169.
- PULAK, C. (1988): «The Bronze Age shipwreck at Ulu Burun, Turkey: 1985 campaign». *American Journal of Archaeology* 92: 1-37.
- (1994): «1994 Excavation at Uluburun: The Final campaign». *INA Quarterly* 21.4: 8-16.
- (1997): «The Uluburun Shipwreck». En R. Holfelder, S. Swiny y L. Swiny (eds.): *Res Maritimae. Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity*. American Schools of Oriental Research - Archaeological Reports. Atlanta, Georgia: 233-262.
- (1998): «The Uluburun shipwreck: an overview». *International Journal of Nautical Archaeology* 27: 188-224.
- (2000): «The balance weights from the Late Bronze Age shipwreck at Uluburun». En Pare 2000b: 247-266.
- (2001): «The Cargo of the Uluburun Ship and Evidence for Trade with the Aegean and Beyond». En Bonfante y Karageorghis 2001: 13-60.
- (2005): «Das Schiffswrack von Uluburun und seine Ladung». En Yalçın et al. 2005: 55-102.
- PYDYN, A. (2000): «Value and exchange of bronzes in the Baltic area and in north-east Europe». En Pare 2000b: 225-232.

- QUESADA SANZ, F. (1994): «Datos para una filiación egea de los carros grabados de las 'estelas del Suroeste'». En C. de la Casa (ed.): *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias* (Soria, 1993) (vol. I). Diputación Provincial de Soria. Soria: 179-187.
- (1997): «De armas de guerra a vehículos al más allá: el carro ligero». En J. A. García Castro y V. Antona del Val (eds.): *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid, 1997). Ministerio de Defensa. Madrid: 157-164.
- (2005): «El gobierno del caballo montado en la Antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras». *Gladius* 25: 97-150.
- (2005b): «Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma», en J. P. Aladro y E. Galán (eds.): *Historia del carruaje en España*. Fomento de Construcciones y Contratas. Madrid, 16-71.
- QUILICI, L. (1990): *La tombe dell' Età del Bronzo Tardo dall'abitato di Paleokastro preso Ayia Irini*. CNR ISMEA. Biblioteca di Antichità Cipriota. Roma.
- QUINTANA, C. (1999): «El jaciment protohistòric del Puig de Sa Morisca: Consideracions preliminars». *Mayurqa* 25: 141-153.
- RACCUIA, C. (2000): *Gela Antica. Storia Economia Istituzioni. Le origini*. Società Messinese di Storia Patria. Messina.
- RADWAN, A. (1983): *Die Kupfer-und Bronzegefäße Ägyptens (von den Anfängen bis zum Beginn der Spätzeit)*. Prähistorische Bronzefunde II.2. München.
- RAFAEL FONTANALS, N. (1977-78): «La cueva de la 'Roca del Frare' en La Llacuna, comarca del Penedès». *Pyrenae* 13-14: 43-60.
- (1989): *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa: les estructures funeràries*. Ajuntament de Tarragona. Tarragona.
- (1991): *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa: els materials*. Diputació de Tarragona. Tarragona.
- (1993): *Necròpolis del Coll del Moro. Gandesa, Terra Alta*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya 12. Barcelona.
- (1997): «Colgantes de bronce paleoibéricos en el NE de la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre las relaciones mediterráneas». *Pyrenae* 28: 99-117.
- (2002): «Un trípode de tipo chipriota procedente de La Clota (Calaceite, Teruel)». *Complutum* 13: 77-83.
- (2003): *Les necròpolis tumulàries de tipus baixaragonès: les campanyes de l'Institut d'Estudis Catalans al Matarranya*. Monografies Museu d'Arqueologia de Catalunya 4. Barcelona.
- (2005): «Los soportes de Calaceite y las manufacturas ornamentales en bronce del Ibérico antiguo». En Celestino y Jiménez 2005: 491-501.
- (2006): «Sobre el canvi en la Protohistòria. Un cas d'estudi: la primera edat del ferro com a fonament del món ibèric al Matarranya i l'Algars». *II Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica de Calafell*. Calafell 2005: 135-144.
- RAFAEL FONTANALS, N.; ABELLA, J. y MARTÍNEZ, A. (2003): «La zona minera del Molar-Bellmunt-Falset: les explotacions de coure, plom i plata i els interessos comercials fenicis al Baix Ebre». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 13: 155-166.
- RAFAEL FONTANALS, N. y HERNÁNDEZ, G. (1992): «Pràctiques funeràries a la necròpolis del Coll del Moro de Gandesa». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 2: 37-57.
- RAFAEL FONTANALS, N.; ROVIRA HORTALÀ, C.; MONTERO RUIZ, I. y HUNT ORTÍZ, M. A. (e.p): «El trípode de varillas de la Clota: estudio arqueometalúrgico y consideraciones sobre su origen».
- RAMAGE, N. H. (1970): «Studies in early etruscan bucchero». *Papers of the British School at Rome* 38: 1-61.
- RAMÓN TORRES, J. (1985): *Els monuments antics de les Illes Pitiüses*. Consell Insular d'Eivissa i Formentera. Eivissa.
- (1987-88): «El recinto púnico del Cap des Llibrell (Ibiza)». *Saguntum* 21: 265-293.
- (1991): *Las ánforas púnicas de Ibiza*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza 23. Eivissa.
- (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Col·lecció Instrumenta 2. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- (1994-96): «Las relaciones de Eivissa en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro Antiguo de Cataluña». *Gala* 3-5: 399-422.
- (2000): «Ánforas fenicias en el Mediterraneo central: nuevos datos, nuevas perspectivas». En Bartoloni y Campanella 2000: 277-287.
- (2003): «Els grans factors de trasvassament». *Cota Zero* 18: 131-146.
- RAMÓN TORRES, J. y COLOMAR, M. (1999): «Investigacions arqueològiques a la fortificació prehistòrica de Sa Cala (La Mola, Formentera)». *Mayurqa* 25: 31-41.
- RASMUSSEN, T. B. (1979): *Bucchero pottery from southern Etruria*. Cambridge University Press. Cambridge.
- RATHJE, A. (1997): «Gli Etruschi e gli altri: il caso di Veio». En G. Bartoloni (ed.): *Le necropoli arcaiche di Veio. Giornata di studio in memoria di Massimo Pallottino*. Dipartimento di scienze storiche, archeologiche e antropologiche dell'antichità - Università degli studi di Roma «La Sapienza». Roma: 201-206.
- RATHJE, A. y WRIEDT SØRENSEN, L. (2000): «Ceramics Interconnections in the Mediteranean». En Aubet y Barthélemy 2000: 1875-1883.

- RATNAGAR, S. (2003): «Theorizing Bronze Age intercultural trade: the evidence of weights». *Paleorient* 29.1: 79-92.
- Re, L. (1998): «A Catalog of Aegean Finds in Sardinia». En Balmuth y Tykot 1998: 288-290.
- REHAK, P. (1995): «Enthroned figures in Aegean art and the function of the Mycenaean megaron». En P. Rehack (ed.): *The role of the ruler in the prehistoric Aegean. Aegaeum* 11: 95-111.
- REIMER, P. J.; BAILLIE, M. G. L.; BARD, E.; BAYLISS, A.; BECK, J. W.; BERTRAND, C.; BLACKWELL, P. G.; BUCK, C. E.; BURR, G.; CUTLER, K. B.; DAMON, P. E.; EDWARDS, R. L.; FAIRBANKS, R. G.; FRIEDRICK, M.; GUILDERSON, T. P.; HUGHEN, K. A.; KROMER, B.; MCCORMAC, F. G.; MANNING, S.; BRONK RAMSEY, C.; REIMER, R. W.; REMMELE, S.; SOUTHON, J. R.; STUIVER, M.; TALAMO, S.; TAYLOR, F. W.; VAN DER PLICHT, J. y WEYHENMEYER, C. E. (2004): «Intcal04 terrestrial radiocarbon age calibration, 0-26 CAL KYR BP». *Radiocarbon* 46.3: 1029-1058.
- RENDELI, M. (2005): «La Sardegna arcaica e la presenza greca: nuove riflessioni sulla tradizione letteraria». En Bernardini y Zucca 2005: 61-124.
- RENFREW, C. (1967): «Colonialism and megalithism». *Antiquity* 41: 276-288.
- (1991): «Foreword». En P. James et al.: *Centuries of Darkness. A challenge to the conventional chronology of Old World archaeology*. Jonathan Cape. London: xiii-xv.
- RENGER, J. (1984): «Patterns of non-institutional trade and non-commercial exchange in Ancient-Mesopotamia at the beginning of the Second Millennium BC». En A. Archi (ed.): *Circulation of goods in non-palatial context in the Ancient Near East*. ISMEA CNR Edizioni de l'Ateneo. Roma: 31-124.
- RICCIARDI, L. (2000): «Brocchetta». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 302.
- RIDGWAY, D. (1984): *L'alba della Magna Grecia*. Longanesi. Milano.
- (1996): «Relazioni di Cipro con l'Occidente in età precoloniale». En G. Pugliese Carratelli (ed.): *I Greci in Occidente*. Bompiani. Milano: 117-120.
- (1997a): *El alba de la Magna Grecia. Pitecusa y las primeras colonias griegas de Occidente*. Crítica. Barcelona.
- (1997b): «Nestor's cup and the Etruscans». *Oxford Journal of Archaeology* 16.3: 325-344.
- (1998a): «The Carthaginian Connection: a View from San Montano». En R. Rolle, K. Schmidt y R. F. Docter (eds.): *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen: 301-318.
- (1998b): «L'Eubea e l'Occidente: nuovi spunti sulle rotte dei metalli». En M. Bats y B. d'Agostino (eds.): *Euboica. L'Eubea e la presenza euboica in Calcidica e in Occidente. Atti del Convegno Internazionale di Napoli* (13-16 novembre 1996). Cahiers du Centre Jean Berard 6. Centre J. Bérard - Istituto Universitario Orientale. Napoli: 311-322.
- (2000): «Riflessioni sull'Orizzonte «precoloniale» (IX-VIII sec. a.C.)». *Magna Grecia e Oriente mediterraneo prima dell'età ellenistica. Atti del XXXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. Istituto per la storia e l'archeologia della Magna Grecia. Napoli: 91-108.
- (2002): «Rapporti dell'Etruria con l'Egeo e il Levante: prolegomena sarda». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici* (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma: 215-223.
- (2004): «Euboeans and Others Along the Tyrrhenian Seaboard in the 8th Century BC». En Lomas 2004: 15-33.
- RIDGWAY, D.; SERRA RIDGWAY, F. R.; PEARCE, M.; HERRING, E.; WHITEHOUSE, R. D. y WILKINS, J. B. (eds.) (2000): *Ancient Italy in its Mediterranean Setting. Studies in honour of Ellen Macnamara*. Accordia Specialist Studies on the Mediterranean 4. Accordia Research Institute. London.
- RIIS, P. J. (1970): *Sukas I: the north-east sanctuary and the first settling of Greeks in Syria and Palestine*. Publications of the Carlsberg Expedition to Phoenicia 1. Munsgaard. København.
- RIPOLL, E. (ed.) (1988): *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, Ceuta, nov. 1987*. UNED. Madrid.
- RIPOLLÈS, P. P. (1978): «Una incineración en un ánfora fenicia hallada en la Pobra Tornesa». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón* 5: 369-373.
- RISCH, R. y LULL, V. (1995): «El estado argárico». *Verdolay* 7: 97-109.
- RIVA, C. y VELLA, N. C. (eds.) (2006): *Debating Orientalization. Multidisciplinary Approaches to Change in the Ancient Mediterranean*. Monographs in Mediterranean Archaeology 10. Equinox Publishing Ltd. London-Oakville.
- RIVAL, M. (1986): *Étude sur la charpenterie de marine dans l'Antiquité: matériaux, méthodes, moyens*. Aix-en-Provence.
- RIZZO, M. A. (2005): «Ceramica geometrica greca e di tipo greco da Cerveteri (dalla necropoli del laghetto e dall'abitato)». En Bartoloni y Delpino 2005: 333-363.
- ROCHA, A. dos S. (1905-08): «Estações pré-romanas da Idade do Ferro nas vizinhanças de Figueira». *Portugalia* 2: 301-354, 493-516.
- ROCHE, H.; GROGAN, E.; BRADLEY, J.; COLES, J. y RAFTERY, B. (eds.) (2004): *From megaliths to metal: essays in honour of George Eogan*. Oxbow Books. Oxford.
- RODENWALDT, G. (1912): *Tiryns. Die Ergebnisse der Ausgrabungen des Instituts. II. Die Fresken des Palastes*. Kaiserlich Deutsches Archaeologisches Institut in Athen. Eleutheroudakis und Barth. Athen.
- (1921): *Der Fries des Megarons von Mykenai*. M. Niemeyer. Halle.

- RODRÍGUEZ AZOGUE, A. y FERNÁNDEZ FLORES, A. (2005): «El santuario orientalizador del cerro del Carambolo, Camas (Sevilla). Avance de los resultados de la segunda fase de la intervención». En Celestino y Jiménez 2005: 863-871.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M. (1891): *El nuevo bronce de Itálica*. Imprenta de Ambrosio Rubio. Málaga.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I.; MERIDETH, C. y JUAN, J. (2001): *El Cerro de San Cristobal, Logrosan, Extremadura, Spain. The archaeometallurgical excavation of a Late Bronze Age tin-mining and metalworking site*. BAR International Series 922. Oxford.
- RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M. (1983): «Nueva estela decorada en Burguillos (Sevilla)». *Archivo Español de Arqueología* 56: 229-234.
- ROHL, B. y NEEDHAM, S. (1998): *The circulation of metal in the British Bronze Age: the application of lead isotope analysis*. British Museum Occasional Paper 102. London.
- ROLDÁN, B.; MARTÍN, M. y PÉREZ BONET, M. A. (1995): «El yacimiento submarino del Bajo de la Campana (Cartagena, Murcia). Catálogo y estudio de los materiales arqueológicos». *Cuadernos de Arqueología Marítima* 3: 11-61.
- ROLLEY, C. (1990): «Contacts, rencontres et influences: Grande-Grèce et monde celtique». *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia* (Taranto, 6-11 ottobre 1989). Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Napoli: 357-377.
- ROMERO, E. y REGO, M. (2001): «El hábitat de la Edad del Bronce de Cerro da Força (Barrancos, Portugal)». *Patrimonio Cultural de la Provincia de Huelva: Actas XV Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra. Aroche (Huelva)*. Diputación de Huelva. Huelva: 423-431.
- ROMERO RECIO, M. (2000): *Cultos marítimos y religiosidad de navegantes en el mundo griego antiguo*. BAR International Series 897. Oxford.
- ROS SALA, M. M. (1989a): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*. Universidad de Murcia. Murcia.
- (1989b): *Historia de Cartagena I*. Ediciones Mediterráneo. Cartagena.
- (2005): «Metalurgia y sociedad en el sureste prerromano». En J. A. Antolinos y J. I. Manteca (coords.): *Bocamina. Patrimonio minero de la Región de Murcia*. Museo de la Ciencia y el Agua. Murcia: 39-58.
- ROSELLÓ, E. y MORALES, A. (1994): *Castillo de Doña Blanca. Archaeoenvironmental investigations in Bay of Cadiz, Spain (750-500 B.C.)*. BAR International Series 593. Oxford.
- ROSSELLÓ, G. (1993): «El hogar parrilla en las navetas mallorquinas». *Ampurias* 48-50: 260-267.
- ROSSIGNOLI, C.; LACHIN, M. T. y BULLO, S. (1994): «Nora III. Lo scavo. Area D (macellum)». *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Provincie di Cagliari e Oristano* 11: 225-238.
- ROSSO DE LUNA, M. (1898): «Losa sepulcral de Solana de Cabañas en el partido de Logrosan (Cáceres)». *Boletín de la Real Academia de la Historia* 32: 179-182.
- ROUDIL, J.-L. (1972): *L'Âge du bronze en Languedoc oriental*. Klincksieck. Paris.
- ROUDIL, J.-L. y SOULIER, M. (1976): «La grotte du Hasard à Tharaux (Gard)». *Gallia-Préhistoire* 19.1: 173-220.
- ROUILLARD, P. (1977): «Fragmentos griegos de estilo Geométrico y Corintio Medio en Huelva». *Huelva Arqueológica* 3: 395-401.
- (1990): «Phéniciens et Grecs a Toscanos. Note sur quelques vases d'inspiration gréco-géométrique de Toscanos». *Madridier Mitteilungen* 31: 178-185.
- (1991): *Les Grecs et la Péninsule Iberique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*. Publications du Centre Pierre Paris 21. Diffusion de Boccard. Paris.
- (1997): *Antiquités de l'Espagne*. Dépôt au Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye. Musée du Louvre - Département des Antiquités Orientales. Paris.
- ROVIRA HORTALÀ, M. C. (1998): «Le travail du fer en Catalogne du VIIe au Ier s. avant notre ère». En M. Feugère y V. Serneels (eds.): *Recherches sur l'économie du fer en Méditerranée nord-occidentale*. Monographies Instrumentum 4. Éd. Monique Mergoïl. Montagnac: 65-75.
- (2003): «Los depósitos metálicos protohistóricos en la Península Ibérica: trayectoria de la investigación reciente» *Documents d'Archéologie Méridionale* 26: 391-399.
- (2005): «Los talleres metalúrgicos fenicios del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)». En Spanò Giammellaro 2005 (vol. III): 1261-1270.
- ROVIRA LLORENS, S. (1995): «Estudio arqueometalúrgico del depósito de la ría de Huelva». En Ruiz-Gálvez 1995b: 33-57.
- (2003): «Els objectes de metall del sepulcre megalític de s'Aigua Dolça (Artà, Mallorca)». En V. M. Guerrero, M. Calvo y J. Coll (dirs.): *El dolmen de S'Aigua Dolça (Artà, Mallorca)*. Consell Insular de Mallorca. Palma: 140-145.
- (2004): «Tecnología metalúrgica y cambio cultural en la Prehistoria de la Península Ibérica». *Norba. Revista de Historia* 17: 9-40.
- ROVIRA LLORENS, S. y ARMADA PITA, X.-L. (e.p.): «El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto».
- ROVIRA LLORENS, S. y GÓMEZ RAMOS, P. (1998): «The ria de Huelva hoard and the Late Bronze Age metalwork: a statistical approach». En Mordant *et al.* 1998 (tome I): 81-90.

- ROVIRA LLORENS, S.; GÓMEZ RAMOS, P. y MONTERO RUIZ, I. (1998): «Aspectos metalúrgicos del poblado del Bronce Final de Genó (Aitona, Lleida)». En Maya *et al.* 1998: 225-238.
- ROVIRA LLORENS, S. y MONTERO RUIZ, I. (1994): «Metales prehistóricos del entorno gaditano». En J. Ramos *et al.* (coords.): *Aproximación a la Prehistoria de San Fernando. Un modelo de poblamiento periférico en la banda atlántica de Cádiz*. Ayuntamiento de San Fernando. San Fernando: 297-309.
- ROVIRA I PORT, J. (1995): «Ambar y pasta vítrea. Elementos de prestigio entre el neolítico avanzado y el bronce final del nordeste de la península ibérica. Un primer estado de la cuestión». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 16: 67-91.
- (1996a): «Una cuenta singular vitrificada de tipo orientalizante entre los depósitos funerarios de un túmulo catalán del Bronce Medio: el monumento I del Bosc de Correà (L'Espunyola, Bregada, Cataluña)». *Trabajos de Prehistoria* 53.1: 155-162.
- (1996b): «El conjunto de elementos en oro y bronce de la Cueva de les Pixarelles (Tavertet, Cataluña)». En M. A. Querol y T. Chapa (eds.): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra 6.1: 171-178.
- (1998): «La daga de la cova de Joan d'Os. Reflexions a propòsit de les espases, punyals i dagues del Bronce Final de Catalunya». *Cypselà* 12: 161-166.
- ROVIRA I PORT, J. y CASANOVAS I ROMEU, A. (1993): «El depósito de brazaletes de Sant Aleix (Lleida) y los depósitos del Bronce Final en Cataluña». *Complutum* 4: 69-80.
- (1999): *Catàleg dels objectes prehistòrics i protohistòrics d'or, coure i bronze del Museu Episcopal de Vic*. Patronat d'Estudis Osonencs & Museu i Biblioteca Episcopals de Vic. Vic.
- ROWLAND, R. J. (1991): «Contadini-guerrieri: an Alternative Hypothesis of Sardinian Cultural Evolution in the Nuragic Period». En B. Santillo Frizell (ed.): *Arte militare e architettura nuragica. Nuragic Architecture in its Military, Territorial and Socio-economic Context. Proceedings of the first International Colloquium on Nuragic Architecture at the Swedish Institute in Rome*. AIRRS 4, XLVIII. Stockholm: 87-92.
- ROWLANDS, M. J. (1971): «A group of incised decorated armrings and their significance for the Middle Bronze Age of southern Britain». *British Museum Quarterly* 35: 183-199.
- (1980): «Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age». En J. Barrett y R. Bradley (eds.): *Settlement and Society in the British Later Bronze Age*. BAR British Series 83(i). Oxford: 15-55.
- (1987): «Centre and periphery: a review of a concept». En M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen (eds.): *Centre and periphery in the ancient world*. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge: 1-11.
- RUANO RUIZ, E. (1996): *Las cuentas de vidrio prerromanas del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*. Trabajos del Museo de Ibiza y Formentera 36. Ibiza.
- RUBINOS PÉREZ, A. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (2003): «El proyecto Pranemuru y la cronología radiocarbónica para la Edad del Bronce en Cerdeña». *Trabajos de Prehistoria* 60.2: 91-115.
- RUFETE TOMICO, P. (1999): «Las primeras cerámicas fenicias en los poblados tartésicos de Huelva». En González Prats 1999: 215-240.
- RUIPÉREZ, M. S. y MELENA, J. L. (1990): *Los griegos micénicos*. Biblioteca Historia 16 nº 26. Madrid.
- RUIZ CABRERO, L. A. y MEDEROS MARTÍN, A. (2002): «Comercio de ánforas, escritura y presencia fenicia en la Península Ibérica». *Studi Epigrafici e Linguistici sul Vicino Oriente Antico* 19: 89-120.
- RUIZ DE ARBULO, J. (1998): «Rutas marítimas y tradiciones náuticas. Cuestiones en torno a las navegaciones tirias al Mediterráneo occidental». En Costa y Fernández 1998: 25-48.
- RUIZ DELGADO, M. M. (1988): «Un nuevo depósito de armas del Bronce Final en el Río Guadalquivir». *Trabajos de Prehistoria* 45: 273-279.
- (1989): *Fibulas protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Serie Filosofía y Letras 112. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ AMADOR, J. J. (2001): *Formaciones sociales agropecuarias en la bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo, El Puerto de Santa María. Memoria Arqueológica de Pocito Chico I 1997-2001*. Arqueodesarrollo Gaditano S.L. Sanlúcar de Barrameda.
- (2004): «Las piezas de la cabaña de Bronce Final de Pocito Chico en su contexto (Puerto de Santa María, Cádiz)». En Martín de la Cruz 2004: 11-14.
- RUIZ MATA, D. (1975): «Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)». *Madrider Mitteilungen* 16: 81-110.
- (1979): «El Bronce Final -fase inicial— en Andalucía occidental. Ensayo para la definición de sus cerámicas». *Archivo Español de Arqueología* 52: 3-19.
- (1983): «El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir». *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología*. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba: 183-208.
- (1984-85): «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final -estilo Carambolo o Guadalquivir I-». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 11-12: 225-243.
- (1986a): «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)». En Olmo Lete y Aubert 1986 (vol. I): 241-263.

- (1986b): «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Prov. Cádiz). Stratigrafische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung». *Madrider Mitteilungen* 27: 87-115.
- (1986c): «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía occidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)». En O. Arteaga (ed.): *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (Cuevas del Almanzora, 1984). Junta de Andalucía. Sevilla: 537-556.
- (1992): «Sobre la época fenicia arcaica (siglos VIII-VI) del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María)». *Revista de Historia de El Puerto* 8: 11-44.
- (1993): «Los fenicios de época arcaica - siglos VIII/VII a.C. - en la Bahía de Cádiz. Estado de la cuestión». *Os fenícios no território português. Estudos Orientais* 4: 23-72.
- (1994): «La secuencia prehistórica reciente de la zona occidental gaditana, según las recientes investigaciones». En J. M. Campos, J. A. Pérez y F. Gómez (eds.): *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Universidad de Huelva. Huelva: 279-328.
- (1999a): «La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica». *Complutum* 10: 279-317.
- (1999b): «Visión actual de la fundación de Gadir en la bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca en El Puerto de Santa María y la ciudad de Cádiz. Contrastación textual y arqueológica». *Revista de Historia de El Puerto* 21: 11-87.
- (ed.) (2000): *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*. Serie Encuentros de Primavera en El Puerto 3. El Puerto de Santa María.
- (2001a): «Tartessos». En M. Almagro-Gorbea et al.: *Protohistoria de la Península Ibérica*. Ariel. Barcelona: 1-190.
- (2001b): «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)». En Ruiz Mata y Celestino 2001: 261-274.
- RUIZ MATA, D.; BLÁZQUEZ, J. M. y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1981): «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978». *Huelva Arqueológica* 5: 149-316.
- RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.) (2001): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO-CSIC. Madrid.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO (1987): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. Huelva Arqueológica 8. Huelva.
- RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): «Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana». *Spal* 3: 209-256.
- RUIZ MATA, D.; LÓPEZ AMADOR, J. J. y BUENO SERRANO, P. (2004): «La Laguna del Gallo: un modelo de Poblamiento y Proceso Histórico de la Prehistoria Reciente en la Bahía de Cádiz (El Puerto de Santa María)». *Actas do II Encontro Arqueologia do Sudoeste Peninsular*. Universidade do Algarve. Faro: 81-103.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J. (1989): «El túmulo de la Necrópolis de «Las Cumbres» (El Puerto de Santa María, Cádiz)». En Aubet 1989: 287-295.
- (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses 5. Ayuntamiento de El Puerto de Santa María. El Puerto de Santa María.
- (2004): «Colgante procedente del yacimiento de la Sierra de S. Cristóbal». En Martín de la Cruz 2004: 10-11.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1979): «Las penetraciones de Campos de Urnas en el País Valenciano». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón* 5: 243-255.
- (1984): «El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior». *Kalathos* 3-4: 51-70.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Universidad Complutense. Madrid.
- (2004): «Casas y tumbas. Explorando la desigualdad social en el Bronce Final y la primera Edad del Hierro del NE de la Península Ibérica». *Mainake* 26: 293-330.
- (2005): «Los grupos de Campos de Urnas y la Edad del Hierro 'Céltica': tradición y continuidad cultural en Iberia durante el I milenio a.C.». En J. de Hoz, E. R. Luján y P. Sims-Williams (eds.): *New approaches to Celtic place-names*. Ediciones Clásicas. Madrid: 33-53.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA I PORT, J. (1994-96): «La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce Medio a la Edad del Hierro en el NE de la Península Ibérica». *Gala* 3-5: 33-47.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1978): «El tesoro de Caldas de Reyes (Pontevedra)». *Trabajos de Prehistoria* 35: 173-196.
- (1979): «El depósito de Hío (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica peninsular». *El Museo de Pontevedra* 33: 129-150.
- (1986): «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce». *Trabajos de Prehistoria* 43: 9-42.
- (1987): «Bronce atlántico y 'cultura' del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 44: 251-264.
- (1990): «La metalurgia de Peña Negra I». En A. González Prats: *Nueva luz sobre la protohistoria del sudeste*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante: 317-357.
- (1991): «Songs of a wayfaring land. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula». *Oxford Journal of Archaeology* 10.3: 277-306.

- (1992a): «Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria». *Gala* 1: 87-101.
- (1992b): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *Spal* 1: 219-251.
- (1993): «El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce». *Complutum* 4: 41-68.
- (1995a): «From gift to commodity. The changing meaning of metals in the Later Prehistory of the Iberian Peninsula». En G. Morteani y P. Northover (eds): *Prehistoric Gold in Europe*. Nato ASI Series. Holland Kluwer Publishers. London: 435-463.
- (ed.) (1995b): *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra 5. Madrid.
- (1995c): «El hallazgo de los bronce de la ría de Huelva en su marco paleogeográfico». En Ruiz-Gálvez 1995b: 15-20.
- (1995d): «La Ría en relación con la metalurgia de otras regiones peninsulares durante el Bronce Final». En Ruiz-Gálvez 1995b: 59-67.
- (1995e): «Cronología de la ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa occidental». En Ruiz-Gálvez 1995b: 79-83.
- (1995f): «El significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro». En Ruiz-Gálvez 1995b: 129-155.
- (1997): «The west of Iberia: meeting point between the Mediterranean and the Atlantic at the end of the Bronze Age». En M. S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados (eds.): *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*. Monographs in Mediterranean Archaeology 7. Sheffield: 95-120.
- (1998a): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica. Barcelona.
- (1998b): «Peripheral, but not that much...!». En Jorge 1998: 101-113.
- (2000a): «La precolonización revisada: de los modelos del s. XIX al concepto de interacción». En Fernández Uriel *et al.* 2000: 9-25.
- (2000b): «Weight systems and exchange networks in Bronze Age Europe». En Pare 2000b: 267-279.
- (2001): «Hallarse en la encrucijada. El área levantina entre Oriente y Occidente». En Hernández Pérez 2001b: 137-149.
- (2003): «Investigating weight systems in Nuragic Sardinia». En Giumlia-Mair y Lo Schiavo 2003: 149-157.
- (2005a): «Der Fliegende Mittlemeermann. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro». En Celestino y Jiménez 2005: 251-275.
- (2005b): «Representaciones de barcos en el arte rupestre: piratas y comerciantes en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro». *Mayurqa* 30: 309-339.
- (ed.) (2005c): *Territorio Nurágico y Paisaje Antiguo. La Meseta de Pranemuru (Cerdeña) en la Edad del Bronce*. Anejos de Complutum 10. Madrid.
- (e.p.): «¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como este? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita». En J. C. Martín de la Cruz (ed): *Actas del coloquio La Prehistoria reciente en Andalucía Central*. Córdoba (noviembre 2004).
- RUIZ-GÁLVEZ, M. y GALÁN DOMINGO, E. (1991): «Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales». *Trabajos de Prehistoria* 48: 257-273.
- RYCHNER-FARAGGI, A.-M. (1993): *Hauterives-Champréveyres 9. Métal et parure au Bronze final*. Archéologie neuchâtoise 17. Saint-Blaise.
- SAKELLARAKIS, I. A. (1992): «The Idaean Cave Ivories». En J. L. Fitton (ed.): *Ivory in Greece and the Eastern Mediterranean from the Bronze Age to the Hellenistic Period*. British Museum Occasional Paper 85. London: 113-124.
- (1993): «Ivory Trade in the Aegean in the 8th Century B.C.E.». *Biblical Archaeology Today 1990. Proceedings of the Second International Congress on Biblical Archaeology*. Israel Exploration Society. Jerusalem: 345-366.
- SALVÀ, B.; CALVO, M. y GUERRERO, V. M. (2002): «La Edad del Bronce balear (c. 1700/900 BC). Desarrollo de la complejidad social». *Complutum* 13: 193-219.
- SAMMARTANO, R. (1999): «Le tradizioni letterarie sulla fondazione di Gela e il problema di Lindioi». *Per servire alla Storia di Gela. Kokalos* 45: 471-499.
- SANAHUJA, M. E. (1975): «Ajuar de dos tumbas de Modica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 2: 151-174.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1969): *El método estadístico y su aplicación al estudio de materiales arqueológicos. Las cerámicas del Bronce Final de Galera*. Informes y Trabajos del Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte, Arqueología y Etnología 9. Madrid.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ VEGA, A.; GALÁN SAULNIER, C. y POYATO HOLGADO, M. C. (1985): «El altar de cuernos de la Encantada y sus paralelos orientales». *Oretum* 1: 125-174.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ VEGA, A.; GALÁN SAULNIER, C.; POYATO HOLGADO, C. y ROMERO, H. (1983): «El Oficio y La Encantada: dos ejemplos de culto en la Edad del Bronce en la Península Ibérica». *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza: 383-396.
- SÁNCHEZ ROMERO, A. y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (2004): «Colgante procedente del Cabezo de Córdoba (Castro del Río, Córdoba)». En Martín de la Cruz 2004: 9-10.
- SANDARS, N. K. (1985): *The Sea Peoples: warriors of the ancient Mediterranean*. Thames and Hudson. London.

- SANMARTÍ, J. (2004): «From local groups to early states: the development of complexity in Protohistoric Catalonia». *Pyrenae* 35.1: 7-41.
- SANMARTÍ, J.; BELARTE, C.; SANTACANA, J.; ASENSIO, D. y NOGUERA, J. (2000): *L'assentament del bronze final i primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)*. Arqueo Mediterrània 5. Barcelona.
- SANTONI, V. (ed.) (1995): *Carbonia e il Sulcis. Archeologia e Territorio*. S'Alvure. Oristano.
- (2003): «Sardinia in the Mediterranean from the Middle until the Late Bronze Age». En Stampolidis 2003c: 140-151.
- SANTONI, V. y BACCO, G. (2001): «Il santuario di Su Monte di Sorridile». En Bernardini y D'Oriano 2001: 31-33, cat. n° 65-79.
- (2005): «L'insediamento nuragico di Su Monte - Sorradile (OR). Riflessioni preliminari». En Spanò Giammellaro 2005: 951-963.
- SANTOS, J. C. y BATATA, C. (2005): «Elementos orientalizantes no vale do rio Zêzere: o povoado fortificado de Nossa Senhora dos Milagres-Castelo Velho (Pedrógão Grande, Portugal)». En Celestino y Jiménez 2005: 947-953.
- SANTOS RETOLAZA, M. (e.p.): «Un depósito metálico en el poblado de la Edad del Bronce de Sant Martí d'Empúries». *Arqueologia de los depósitos metálicos del Bronce Final en la Península Ibérica*. León.
- SARTORIUS VON WALTERHAUSEN, A. (1896): «Die Entstehung des Tauschhandels in Polynesien». *Zeitschrift für Social und Wirtschaftsgeschichte* 4: 1-66.
- SASS B. (2005): *The alphabet at the turn of the Millennium*. Emery and Claire Yass Publications in Archaeology. Tel Aviv.
- SAVORY, H. N. (1948): «The 'sword-bearers'. A reinterpretation». *Proceedings of the Prehistoric Society* 14: 155-176.
- (1949): «The Atlantic Bronze Age in south-west Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* 15: 128-155.
- (1966-68): «A double-looped palstave possibly from central Wales». *Bulletin of the Board of Celtic Studies* 22: 407-410.
- (1968): *Spain and Portugal. The prehistory of the Iberian Peninsula*. Ancient Peoples and Places 61. Thames and Hudson. London.
- SCHAEFFER, C. F. A. (1926): *Les tertres funéraires préhistoriques de la forêt de Haguenau I*. Musée de Haguenau. Haguenau.
- (1949): *Ugaritica II. Nouvelles études relatives aux découvertes de Ras Shamra*. Mission de Ras Shamra V. Institut français d'archéologie de Beyrouth, Bibliothèque Archéologique et Historique 67. Paul Geuthner. Paris.
- (1952): *Enkomi-Alasia*. Librairie C. Klincksieck. Paris.
- (1965): «An ingot God from Cyprus». *Antiquity* 39: 56-57.
- SCHATTNER, T. G. (2000a): «Ostgriechisches in der 'tartessischen' Keramik». En F. Krinzing (ed.): *Die Ägäis und das westliche Mittelmeer. Beziehungen und Wechselwirkungen 8. bis 5. Jh. v. Chr. Akten des Symposiums Wien 1999*. Archäologische Forschungen 4. Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften. Wien: 435-440.
- (2000b): «Formas de Grecia oriental en la cerámica 'tartésica'». *Habis* 31: 63-72.
- SCHAUER, P. (1971): *Die Schwerter in Süddeutschland, Österreich und der Schweiz I*. Prähistorische Bronzefunde IV.2. München.
- (1974): «Neues zu der Bronzelanzenspitze vom Typ Enfield aus Baden-Württemberg». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 4: 27-29.
- (1975): «Die Bewaffnung der 'Adelskrieger' während der späten Bronze— und frühen Eisenzeit». *Ausgrabungen in Deutschland*. Römisch-Germanisches Zentralmuseum - Monographien 1.3. Mainz: 305-311.
- (1983): «Orient im spätbronze— und früheisenzeitlichen Occident Kulturbeziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und der vorderen Orient während des späters zweiten und des ersten Drittels des I. Jahrtausends v. Ch.». *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum Mainz* 30: 175-194.
- (1984): «Spuren minoisch-mykenischen und orientalischen Einflusses im atlantischen Westeuropa». *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum Mainz* 31: 137-186.
- SCHLIEMANN, H. (1886): *Tiryns*. F.A. Brockhaus. Leipzig.
- SCHMANDT-BESSERAT, D. (1992): «Dos precursores de la escritura: cuentas simples y complejas». En W. M. Senner (comp.): *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI. México: 34-46.
- SCHMIDT, P. K. y BURGESS, C. B. (1981): *The axes of Scotland and northern England*. Prähistorische Bronzefunde IX.7. München.
- SCHNAPP-GOUBEILLON, A. (2002): *Aux origines de la Grèce (XIII-VIII siècles avant notre ère)*. La genèse de la politique. Les Belles Lettres. Paris.
- SCHREIBER, N. (2003a): *The Cypro-Phoenician Pottery of the Iron Age*. Culture and History of the Ancient Near East 13. Brill. Leiden.
- (2003b): «Appendix VII. The Black-on-Red Pottery from Kition». En Karageorghis 2003: 382-386.
- SCHUBART, H. (1961): «Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel». *Madridrer Mitteilungen* 2: 35-54.
- (1965a): «Atalaia, uma necrópole da Idade do Bronze no Baixo Alentejo». *Arquivo de Beja* 22: 7-136.
- (1965b): «Zum Beginn in der Argar Kultur». *Atti del VI Congresso delle Scienze Preistoriche e Protohistoriche* (t. 2). Roma: 4 y ss.
- (1971): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular». *Trabajos de Prehistoria* 28: 3-32.
- (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 9. Walter de Gruyter. Berlin.

- (1976a): «Relaciones mediterráneas de la Cultura de El Argar». *Zephyrus* 26-27: 331-342.
- (1976b): «Westphönizische Teller». *Rivista di Studi Fenici* 4: 179-196.
- (1979): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones 1976». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 175-218.
- (1983): «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungskampagne auf dem Siedlungshugel an der Algarrobo-Mundung». *Madriider Mitteilungen* 24: 104-131.
- (1984): «Phönizische Niederlassungen an der iberischen Südküste». En H. G. Niemeyer (ed.): *Phönizier im Westen*. *Madriider Beiträge* 8. Mainz: 207-231.
- (1985a): «Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23: 141-174.
- (1985b): «El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla». *Aula Orientalis* 3: 59-83.
- (1986): «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área del Argar». En O. Arteaga (ed.): *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (Cuevas del Almanzora, 1984). Junta de Andalucía. Sevilla: 289-307.
- (2006): *Morro de Mezquitilla. El asentamiento fenicio-púnico en la desembocadura del río Algarrobo*. Anejos de Mainake 1. Málaga.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1980): «Fuente Álamo». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 9: 245-279.
- (1983a): «Excavaciones en Fuente Álamo (I). La Cultura de El Argar». *Revista de Arqueología* 24: 16-27.
- (1983b): «Fuente Álamo y la Cultura de El Argar (II)». *Revista de Arqueología* 25: 54-63.
- (1983c): «La Cultura de El Argar y las Excavaciones en Fuente Álamo (III)». *Revista de Arqueología* 26: 56-63.
- SCHUBART, H. y GARRIDO, J. P. (1967): «Probegrabung auf dem Cabezo de la Esperanza un Huelva». *Madriider Mitteilungen* 8: 123-158.
- SCHUBART, H. y MAASS-LINDEMANN, G. (1995): «La necrópolis de Jardín». *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 1: 57-213.
- SCHUBART, H.; MAASS-LINDEMANN, G. y AUBET, M. E. (1979): «Un asentamiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 89-138.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. *Madriider Forschungen* 3. Berlin.
- (1970): «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo». En A. Beltrán (ed.): *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1968). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 449-462.
- (1976): «Der Bronzezeitliche Schatzfund von Villena (Prov. Alicante)». *Madriider Mitteilungen* 17: 142-179.
- SCHULMAN, A. R. (1963): «The Egyptian Chariotry: a Reexamination». *Journal of the American Research Center in Egypt* 2: 75-98.
- (1979-80): «Chariots, Chariotry, and the Hyksos». *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 10: 105-153.
- SCHUMACHER, T. X. (2004): «Frühbronzezeitliche Kontakte im westlichen und zentralen Mittelmeerraum und die Rolle der Iberischen Halbinsel». *Madriider Mitteilungen* 45: 147-180.
- SCHWEITZER, B. (1918): «Untersuchungen zur Chronologie und Geschichte der Geometrischen Stile in Griechenland». *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts - Athenische Abteilung* 43: 1-152.
- SCIACCA, F. (2000): «Brocchetta fenicia». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 128.
- (2005): *Patere baccellate in bronzo: Oriente, Grecia, Italia in età orientalizzante*. L'Erma di Bretschneider. Roma.
- SEEDEN, H. (1980): *The Standing Armed Figurines in the Levant*. *Prähistorische Bronzefunde* I.1. München.
- SEMPLE, E. Ch. (1927): «The templed promontories of the Ancient Mediterranean». *The Geographical Review* 17: 352-386.
- SENNA-MARTÍNEZ, J. C. de (1989): *Pré-História Recente da Bacia do Médio e Alto Mondego. Algumas contribuições para um modelo sócio-cultural* [3 vols.]. Dissertação de doutoramento policopiada. Faculdade de Letras. Lisboa.
- (1994): «Entre Atlântico e Mediterrâneo: algumas reflexões sobre o Grupo Baiões/Santa Luzia e o desenvolvimento do Bronze Final Peninsular». *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 2: 215-232.
- (1995a): «O Povoado do Cabeço do Castro de S. Romão». En I. Silva 1995: 61-67.
- (1995b): «No alvorecer da vida urbana: Bronze Final e presenças orientalizantes no Centro de Portugal». *Actas dos 1.ºs Cursos Internacionais de Verão de Cascais*. Câmara Municipal de Cascais. Cascais: 63-84.
- (1998): «Produção, ostentação e redistribuição: estrutura social e economia política no Grupo Baiões/Santa Luzia». En Jorge 1998: 218-230.
- (2000a): «O 'Grupo Baiões/Santa Luzia no Quadro do Bronze Final do Centro de Portugal». En Senna-Martinez y Pedro 2000a: 119-131.
- (2000b): «O problema dos primeiros ferros peninsulares em contextos do Bronze Final da orla atlântica: os dados do 'Outeiro dos Castelos de Beijós' (Carregal do Sal)». *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 6: 43-60.
- (2002): «Aspectos e problemas da investigação da Idade do Bronze em Portugal na segunda metade do século XX». En J. M. Arnaud (coord.): *Arqueologia 2000. Balanço de um Século de Investigação Arqueológica em Portugal*. *Revista da Associação dos Arqueólogos Portugueses* 54: 103-124.
- (2005): «O outro lado do comércio orientalizante: aspectos da produção metalúrgica no polo indígena, o caso das Beiras Portuguesas». En Celestino y Jiménez 2005: 901-910.

- SENNA-MARTÍNEZ, J. C. de y PEDRO, I. (eds.) (2000a): *Por terras de Viriato. Arqueologia da Região de Viseu*. Governo Civil do Distrito de Viseu - Museu Nacional de Arqueologia. Viseu.
- (2000b): «Between myth and reality: the foundry area of Senhora da Guia de Baiões and Baiões/Santa Luzia metallurgy». *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 6: 61-77.
- SENNER, W. M. (1992): «Teorías y mitos sobre el origen de la escritura: panorama histórico». En W. M. Senner (comp.): *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI. Méjico: 11-32.
- SERUYA, A. I. (1995): «Análise não destrutiva por XRF dos artefactos metálicos». Apéndice 1 de Vilaça 1995: 466-483.
- SEVILLANO SAN JOSÉ, M. C. (1976): «Grabados rupestres de carros y ruedas en Vegas de Coria (Cáceres)». *Zephyrus* 26-27: 257-267.
- SHARON, I. (2001): «'Transition Dating' - a heuristic mathematical approach to the collation of radiocarbon dates from stratified sequences». *Radiocarbon* 43.2: 345-354.
- SHARON, I.; GILBOA, A.; BOARETTO, E. y TIMOTHY JULL, A. J. (2005): «The Early Iron Age dating Project. Introduction, methodology, progress report and an update of the Tel Dor radiometric dates». En T. Levy y T. Higham (eds.): *The Bible and Radiocarbon Dating: Archaeology, Text and Science*. Equinox. London: 65-94.
- SHARON, I.; GILBOA, A.; TIMOTHY JULL, A. J. y BOARETTO, E. (2007): «Report on the first stage of the Iron Age dating project in Israel: Supporting a Low Chronology». *Radiocarbon* 49.1: 1-46.
- SHAW, J. W. (1989): «Phoenicians in Southern Crete». *American Journal of Archaeology* 93.2: 165-183.
- (1998a): «Kommos in Southern Crete: an Aegean Barometer for East-West Interconnections». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 13-27.
- (1998b): «Der phönizische Schrein in Kommos auf Kreta (ca. 800 v.Chr.)». En R. Rolle, K. Schmidt y R. F. Docter (eds.): *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen: 93-103.
- (1999): «The Phoenician shrine, ca. 800 B.C., at Kommos in Crete, en *Actas IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (1995), Cádiz: 1107-1119.
- (2000a): «Ritual and Development in the Greek Sanctuary». En J. W. Shaw y M. C. Shaw (eds.): *Kommos IV. The Greek Sanctuary. Part 1*. Princeton University Press. Princeton: 669-731.
- (2000b): «The Phoenician Shrine, ca. 800 B.C., at Kommos in Crete». En Aubet y Barthélemy 2000: 1107-1119.
- SHAW, J. W. y SHAW, M. C. (1993): «Excavations at Kommos (Crete) in 1986-1992». *Hesperia* 62.2: 129-190, plates 17-43.
- SHAW, M. C. (2000): «The Sculpture from the Sanctuary». En J. W. Shaw y M. C. Shaw (eds.): *Kommos IV. The Greek Sanctuary. Part 1*. Princeton University Press. Princeton: 135-209.
- SHEFTON, B. B. (1982): «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence». En H. G. Niemeyer (ed.): *Phönizier im Westen*. Madrider Beiträge 8. Mainz: 337-370.
- SHERMERDINE, C. W. (1997): «Workshops and record keeping in the Mycenaean world». En R. Laffineur y P. Betancourt (eds.): *TEXNH. Craftsmen, craftswomen and craftsmanship in the Aegean Bronze Age*. *Aegaeum* 16: 387-396.
- (1998): «Where do we go from here? The Linear B tablets». En C. H. Cline y D. Harris-Cline (eds): *The Aegean and the Orient in the Second Millennium*. *Aegaeum* 18: 291-299.
- SHERRATT, A. (1993a): «Who are you calling Peripheral? Dependence and Independence in European Prehistory». En C. Scarre y F. Healy (eds.): *Trade and exchange in Prehistoric Europe*. Oxbow Books. Oxford: 245-255.
- (1993b): «What would a Bronze-Age world system look like? Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory». *Journal of European Archaeology* 1.2: 1-57.
- (1994): «Core, Periphery and Margin: Perspectives on the Bronze Age». En C. Mathers y S. Stoddart (eds.): *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Archaeological Monographs 8. Sheffield: 335-345.
- (1997): *Economy and Society in Prehistoric Europe. Changing Perspectives*. Edinburgh University Press. Edinburgh.
- (1998): «La emergencia de las élites y el Bronce Antiguo en Europa, 2500-1300 a.C.». En Cunliffe 1998: 245-277.
- SHERRATT, A. y SHERRATT, S. (1991): «From luxuries to commodities: the nature of Mediterranean Bronze Age trading systems». En Gale 1991b: 351-386.
- (1998): «Small worlds: Interaction and identity in the Ancient Mediterranean». En H. E. Cline y D. Harris Cline (eds.): *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati 1997*. *Aegaeum* 18: 329-342.
- SHERRATT, S. (1994): «Commerce, Iron and Ideology: Metallurgical Innovation in the 12th - 11th Century Cyprus». En Karageorghis 1994a: 59-106.
- (1998): «'Sea Peoples' and the Economic Structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean». En Gitin *et al.* 1998: 292-313.
- (2000): «Circulation of metals and the end of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean». En Pare 2000b: 82-98.
- (2001): «Potemkin Palaces and route-based economies». En S. Voutsaki y J. Kitten (eds.): *Economy and politics in the Mycenaean palace states*. Cambridge Philological Society Suppl. Vol. 27. Cambridge: 214-254.
- (2003a): «Visible writing: Questions of Script and Identity in Early Iron Age Greece and Cyprus». *Oxford Journal of Archaeology* 22.3: 225-242.
- (2003b): «The Mediterranean Economy: 'Globalization' at the End of the Second Millennium B.C.E». En W. G. Dever y S. Gitin (eds.): *Symbiosis, Symbolism and the Power of the Past. Canaan, Ancient Israel and their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palaestina*. Winona Lake, Indiana, Eisenbrauns: 37-58.

- SHERRATT, S. y SHERRATT, A. (1993): «The growth of the Mediterranean economy in the early first millennium BC». En J. Oates (ed.): *Ancient Trade: New Perspectives*. *World Archaeology* 24.3: 361-378.
- SHLAIN, L. (1998): *The alphabet versus the Goddess. The conflict between word and image*. Viking, New York.
- SILVA, A. C. y BERROCAL-RANGEL, L. (2005): «O Castro dos Ratinhos (Moura), povoado do Bronze Final do Guadiana: primeira campanha de escavações (2004)». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8.2: 129-176.
- SILVA, A. C. F. da (1986): *A cultura castreja no noroeste de Portugal*. Museu da Citania de Sanfins-Câmara Municipal de Paços de Ferreira. Paços de Ferreira.
- (1990): «Influências orientalizantes na formação da cultura castreja do Noroeste peninsular». *Presenças orientalizantes em Portugal da Pré-História ao período romano*. *Estudios Orientais* 1: 135-155.
- SILVA, A. C. F. da y GOMES, M. V. (1992): *Proto-História de Portugal*. Universidade Aberta 48. Lisboa.
- SILVA, A. C. F. da; TAVARES DA SILVA, C. y LOPES, A. B. (1984): «Depósito de fundidor do Final da Idade do Bronze do castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu)». *Lucerna. Homenagem a D. Domingos de Pinho Brandão*. Centro de Estudos Humanísticos. Porto: 73-109.
- SILVA, I. (coord.) (1995): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*. Secretaria de Estado da Cultura-Instituto Português de Museus-Museu Nacional de Arqueologia. Lisboa.
- SILVER, M. (1983): «Karl Polanyi and Markets in the Ancient Near East: the Challenge of the Evidence». *Journal of Economic History* 43: 795-829.
- (1985a): «Karl Polanyi and Markets in the Ancient Near East: Reply». *Journal of Economic History* 45: 135-137.
- (1985b): *Economic Structures of the Ancient Near East*. Barnes and Noble. Londres-Sydney.
- SIMON-MILLOT, R. (1998): «Les bracelets en bronze du dépôt de Larnaud (Jura) conservés au Musée des Antiquités nationales». *Antiquités nationales* 30: 25-86.
- SIRAT, C. (2006): *Writing as handwork. A history of handwriting in Mediterranean and Western Cultures*. Turnhout. Brepols.
- SIRET, E. y SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- SIRET, L. (1893): *L'Espagne Préhistorique*. Imprimerie Polleunis et Ceuterik. Bruxelles.
- (1906): *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*. Madrid [ed. facsímil 1984].
- (1913): *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. Vol. I. De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*, Paul Geuthner. Paris.
- SMITH, J. S. (2003): «International styles in clay of the Eastern Mediterranean Late Bronze Age». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 291-304.
- SMITH, M. A. (1959): «Some Somerset hoards and their place in the Bronze Age of southern Britain». *Proceedings of the Prehistoric Society* 25: 144-187.
- SMITH, R. A. (1927): «Pre-Roman remains at Scarborough». *Archaeologia* 77: 179-200.
- SMITH, T.-R. (1987): *Mycenan Trade and Interaction in the West Central Mediterranean, 1600-1000 BC*. BAR International Series 371. Oxford.
- SNODGRASS, A. (1994): «Gains, losses and survivals: what we can infer for the eleventh century BC». En Karageorghis 1994a: 143-146.
- (2002): «The rejection of Mycenaean Culture and the Oriental Connection». En E. A. Braun-Holzinger y H. Matthäus (eds): *Die nahöstlichen Kulturen und Griechenland an der Wende vom 2. zum 1. Jahrtausend v. Chr.* Bibliopolis. Möhnesee: 1-9.
- SOARES, A. M. (1994): «O Bronze do Sudoeste na Margem Esquerda do Guadiana. As Necrópoles do Conselho de Serpa». *Actas das V Jornadas Arqueológicas* (vol. 2). Associação dos Arqueólogos Portugueses. Lisboa: 179-197.
- (2003): «Passo Alto: uma fortificação única do Bronze final do Sudoeste». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 6.2: 293-312.
- (2005): «Os povoados do Bronze Final do Sudoeste na margem esquerda portuguesa do Guadiana; novos dados sobre a cerâmica de ornatos brunidos». *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8.1: 111-145.
- SOARES, A. M.; ARAÚJO, M. F.; ALVES, L. y FERRAZ, M. T. (1996): «Vestígios metalúrgicos em contextos Calcolíticos e da Idade do Bronze no Sul de Portugal». En M. J. Maciel (ed.): *Miscellanea de homenagem ao Prof. Bairrão Oleiro*. Colibri. Lisboa: 553-579.
- SOARES, A. M. y CABRAL, J. M. P. (1984): «Datas convencionais de radiocarbono para estações arqueológicas Portuguesas e a sua calibração: revisão crítica». *O Arqueólogo Português* [série 4] 2: 167-214.
- SOARES, A. M. y RIBEIRO, M. I. M. (2003): «Identificação, análise e datação de um tecido pintado proveniente de um monumento megalítico da necrópole de Belle France (Monchique, Algarve, Portugal)». *Libro de Resúmenes de Actas del V Congreso Ibérico de Arqueometría*. Puerto de Sta. María: 155-156.
- SOARES, J. y SILVA, C. T. (1996): «From the collapse of the calcolithic mod of production to the development of the Bronze Age societies in the south-west of the Iberian Peninsula». En Jorge 1998: 231-245.
- SOLER DÍAZ, J. A.; FERRER, C.; GONZÁLEZ, P.; BELMONTE, D.; LÓPEZ, J. A.; IBORRA, P.; CLOQUELL, B.; ROCA, C.; CHIARRI, J.; RODES, F. y MARTÍ, J. B. (1999): «Uso funerario al final de la Edad del Bronce de la Cova d'en Pardo, Planes, Alicante. Una perspectiva pluridisciplinar». *Recerques del Museu d'Alcoi* 8: 111-117.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1965): *El tesoro de Villena*. Excavaciones Arqueológicas en España 36. Madrid.

- (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Ayuntamiento de Villena-Diputación de Alicante. Villena.
- SOLIER, Y.; RANCOULE, G. y PASSELAC, M. (1976): *La nécropole de «Las Peyros» VI^e siècle av. J.-C. a Couffoulens (Aude)*. Revue Archéologique de Narbonnaise suppl. 6. Paris.
- SOLOVYOV, S. L. (1999): *Ancient Berezan. The Architecture, History and Culture of the First Greek Colony in the Northern Black Sea*. Brill. Leiden.
- (2001): «On the History of the city-states in the lower Bug area: Borysthenes and Olbia». En J. Boardman, S. L. Solovyov, G. R. Tsetskhladze (eds.): *Northern Pontic Antiquities in the State Hermitage Museum*. Brill. Leiden: 113-125.
- SORIANO SÁNCHEZ, R. (1991): *Catálogo de Fondos Prehistóricos Municipales*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia.
- SOUTH, A. (2002): «Late Bronze Age Settlement Patterns in Southern Cyprus: the First Kingdoms?». *Cahier du Centre d'Études Chypriotes* 32: 59-70.
- SOUTOU, J. (1962): «La stèle au bouclier à échancrures en V de Substantion (Casteluan-le-Lez, Hérault)». *Ogam* 14: 521-546.
- SPANO, G. (1872): *Scoperte archeologiche fattesi in Sardegna in tutto l'anno 1871 con Appendice sugli oggetti sardi dell'Esposizione Italiana*. Cagliari.
- SPANÒ GIAMMELLARO, A. (2000): «La ceramica fenicia della Sicilia». En Bartoloni y Campanella 2000: 303-331.
- (ed.) (2005): *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Marsala-Palermo, 2-8 ottobre 2000) (vols. I-III). Università degli Studi di Palermo-Facoltà di Lettere e Filosofia. Palermo.
- SPERBER, L. (1987): *Untersuchungen zur Chronologie der Urnenfelderkultur im nördlichen Alpenvorland von der Schweiz bis Oberösterreich*. Antiquitas. Reihe 3.29. Habelt. Bonn.
- (2006): «Bronzezeitliche Flussdeponierungen aus dem Altrhein bei Roxheim, Gde. Bobenheim-Roxheim, Lkr. Ludwigshafen - ein Vorbericht». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 36: 195-214.
- SPINDLER, K.; BRANCO, A. C.; ZBYSEWSKI, G. y VEIGA FERRERIA, O. da (1973-74): «Le monument à coupole de l'âge du bronze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)». *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal* 57: 91-154.
- SPINDLER, K. y VEIGA FERRERIA, O. da (1973): «Der spätbronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio in Portugal». *Madrid Mitteilungen* 14: 60-108.
- SPRUYTTE, J. (1982): «Demonstrations experimentales de biges d'après quelques oeuvres rupestres sahariennes». En G. Camps y M. Gast (eds.): *Les chars préhistoriques du Sahara. Archéologie et techniques d'attelage*. Université de Provence. Aix-en-Provence: 163-172.
- SPYROPOULOS, T. G. (1970): «Excavation in the Mycenaean cemetery of Tanagra in Boeotia». *Athens Annals of Archaeology* 3: 184-197.
- STAGAKIS, G. J. (1978): «Odysseus and Idomeneus: Did they have Charioteers in Troy?». *Historia* 27.2: 255-273.
- STAGER, L. E. (2004): «Dos pecios fenicios en alta mar de la costa norte del Sinaí». En V. Peña, A. Mederos y C. G. Wagner (eds.): *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 179-195.
- STAMPOLIDIS, N. Chr. (1990a): «Eleutherna on Crete: An Interim Report on the Geometric-archaic Cemetery». *The Annual of the British School at Athens* 95: 375-403.
- (1990b): «A Funerary Cippus at Eleutherna. Evidence of Phoenician Presence». *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 37: 99-106.
- (1998): «Imports and Amalgamata: the Eleutherna Experience». En Karageorghis y Stampolidis 1998: 175-184.
- (2003a): «On the Phoenician Presence in the Aegean». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 217-232.
- (2003b): «A Summary Glance at the Mediterranean in the Early Iron Age (11th - 6th c. B.C.)». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 41-79.
- (ed.) (2003c): *Sea Routes from Sidon to Huelva. Interconnections in the Mediterranean 16th-6th BC*. Museum of Cycladic Art. Athens.
- STAMPOLIDIS, N. Chr. y KARAGEORGHIS, V. (eds.) (2003): «Ploes... Sea Routes...». *Interconnections in the Mediterranean, 16th-6th Centuries BC. Proceedings of the International Symposium held at Rethymnon, Crete, september 29th-october 2nd 2002*. The University of Crete and the A.G. Leventis Foundation. Athens.
- STAMPOLIDIS, N. Chr.; KARETSOU, A. y KANTA, A. (eds.) (1998): *Eastern Mediterranean. Cyprus - Dodecanese - Crete 16th - 6th cent. B.C.* University of Crete - Ministry of Culture. Heraklion.
- STEA, G. (1999): «Forme della presenza greca sull'arco ionico della Basilicata. Tra 'emporìa' e 'apoikiai'». En M. Castoldi (ed.): *Koinà: miscellanea di studi archeologici in onore di Piero Orlandini*. Edizioni ET. Milano: 49-71.
- STEEL, L. (1999): «Wine Kraters and Chariots: The Mycenaean Pictorial Style Reconsidered». En P. Bettencourt, V. Karageorghis, R. Laffineur y W.-D. Niemeier (eds.): *MELETEMATA. Studies in Aegean Archaeology presented to Malcolm H. Wiener as he enters his 65th year*. *Aegaeum* 20: 803-811.
- STEIN, G. J. (1999): *Rethinking world-systems: diasporas, colonies, and interaction in Uruk Mesopotamia*. University of Arizona Press. Tucson.
- (ed.) (2005): *The Archaeology of Colonial Encounters. Comparative Perspectives*. School of American Research Advanced Seminar Series. School of American Research Press - James Currey. Santa Fe - Oxford.

- STEINHAUSER-ZIMMERMAN, R. (2002): «Primi scambi di beni di lusso sul Montlingerberg nella valle del Reno presso San Gallo». En G. Schnekenburge (ed.): *Attraverso le Alpi. Uomini, vie e scambi nell'antichità*. Archaeologisches Landesmuseum Baden-Württemberg, Stuttgart: 169-174.
- STERN, E. (1993): «The Many Masters of Dor, Part 2: how bad was Ahab?». *Biblical Archaeology Review* 19.2: 18-36.
- (ed.) (1995): *Excavations at Dor, Final Report* (vol. I). Israel Exploration Society, Jerusalem.
- (2000): *Dor - Ruler of the Seas: twelve years of excavations at the Israelite-Phoenician harbor town on the Carmel coast*. Israel Exploration Society, Jerusalem.
- STERN, E.; BERG, J. y SHARON, I. (1991): «Tel Dor 1988-1989: preliminary report». *Israel Exploration Journal* 41: 46-61.
- STOS-GALES, S. (1999): «Informe sobre los análisis de artefactos metálicos de la Cova des Càrritx, Es Forat de Ses Aritges y la Cova des Mussol». En Lull *et al.* 1999: 643-650.
- (2000): «Trade in metals in the Bronze Age Mediterranean: an overview of Lead Isotope data for provenance studies». En Pare 2000b: 56-69.
- (2006): «Provenance of metals from Tel Jatt based on their lead isotope analyses». En Artzy 2006: 115-120.
- STOS-GALES, S.; HUNT ORTIZ, M. A. y GALE, N. H. (1999): «Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas». En P. V. Castro, R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M. E. Sanahuja: *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueológica de la ocupación prehistórica*. Arqueología Monografías. Junta de Andalucía. Sevilla: 347-358.
- STOS-GALES, S.; MALIOTIS, G.; GALE, N. H. y ANNETTS, N. (1997): «Lead Isotope Characteristic of the Cyprus Copper Ore Deposits applied to Provenance Studies of Copper Oxhide Ingots». *Archaeometry* 39.1: 83-123.
- STREIFFERT EIKELAND, K. (2006): *Indigenous households. Transculturation of Sicily and southern Italy in the Archaic period*. Gotarc vol 44. Göteborg.
- STRØM, I. (1991): «Il ruolo del commercio fenicio del Villanoviano in Etruria. Un'ipotesi». *Atti del II Convegno Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma: 323-331.
- (2001): «Cypriot Influences on Early Etruscan Banqueting Customs». En Bonfante y Karageorghis 2001: 361-376.
- STRYDONCK, M. van; LANDRIE, M.; BOUDIN, M. *et al.* (2002): *Royal Institute for Cultural Heritage Radiocarbon dates XVIII*. Brussels: 48.
- STUIVER, M.; REIMER, P. J.; BARD, E.; BECK, J. W.; BURR, G. S.; HUGHEN, K. A.; KROMER, B.; MACCORMAC, G.; VAN DER PLICHT, J. y SPURK, M. (1998): «Intcal98 radiocarbon age calibration, 24,000-0 cal BP». *Radiocarbon* 40.3: 1041-1083.
- SUÁREZ, J. y ORTIZ, P. (1994): «La estela decorada de Quintana de la Serena». *Revista de Arqueología* 161: 54-56.
- SUÁREZ OTERO, J. (2000): «Las hachas de talón sin anillas y la introducción del Bronce atlántico en el noroeste Hispánico». *Boletín Avriense* 30: 9-46.
- SUÁREZ OTERO, J. y CARBALLO ARCEO, L. X. (2001): «Brandariz (Vila de Cruces, Pontevedra), unha nova punta de lanza para o Bronce Final do noroeste hispánico». *Boletín Avriense* 31: 9-34.
- SWINY, S.; HOLFENDER, R. L. y SWINY, W. (eds.) (1997): *Res Maritimae. Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity*. Scholars Press. Atlanta, Georgia.
- TAFFANEL, O.; TAFFANEL, J. y JANIN, T. (1998): *La nécropole du Moulin à Mailhac (Aude)*. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 2. Lattes.
- TANASI, D. (2004): «Per un riesame degli elementi di tipo miceneo nella cultura di Pantalica Nord». En V. La Rosa (ed.): *Le presenze micenee nel territorio siracusano*. Museo archeologico regionale Paolo Orsi. Padova: 337-383.
- TANDA, G. (1987): «Il carro in età nuragica». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C. Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo»* (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 63-80.
- TARAMELLI, A. (1915): «Decimoputzu (Cagliari) - Scoperta di un ripostiglio di bronzi di età preromana a Monte de Sa Idda». *Notizie degli Scavi*. Roma: 89-97.
- (1918): «Decimoputzu - Ricerche intorno al ripostiglio di bronzi nuragici di Monte Idda». *Notizie degli Scavi*. Roma: 89-97.
- (1921): «Il ripostiglio dei bronzi nuragici di Monte Sa Idda di Decimoputzu (Cagliari)». *Monumenti Antichi* 27: 5-108.
- (1922): «Serri. Nuovi scavi nel santuario nuragico presso la chiesa di S. Maria della Vittoria sull'altipiano della Giarra». *Notizie degli Scavi di Antichità comunicate alla Reale Accademia dei Lincei* 44: 296-334.
- TARRADELL, M. (1956): «Las excavaciones en Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenicio-cartaginesa en el Extremo occidental». *Actas de la IV Sesión de los congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Zaragoza: 789-796.
- (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Anales de la Universidad de Valencia. Valencia.
- (1964): «Sobre el tesoro real de Villena». *Saitabi* 14: 3-12.
- (1967): «Los fenicios en occidente. Nuevas perspectivas». Apéndice a la edición española de H. Harden: *Los fenicios*. Ayma. Barcelona: 277-314.
- (1968): «Economía de la colonización fenicia». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives. Barcelona: 81-97.

- (1969): «La Cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 10: 7-30.
- TARRADELL, M. y PONSICH, M. (1965): *Garum et industries antiquae de salaison dans le Méditerranée*. Presses Universitaires de France. Paris.
- TATTON-BROWN, V. (2005): «Cyprus and Phoenicia». En Spanò Giammellaro 2005: 157-164.
- TAVARES DA SILVA, C. (1979): «O castro de Baiões (S. Pedro do Sul)». *Beira Alta* 38.3: 509-531.
- TAVARES DA SILVA, C. y SOARES, J. (1978): «Uma jazida do Bronze Final na Cerradinha (Lagoa de Santo André, Santiago do Cacém)». *Setúbal Arqueológica* 4: 71-116.
- TAVARES DA SILVA, C.; SOARES, J.; BEIRÃO, C. de M.; DIAS, L. F. y COELHO-SOARES, A. (1980-81): «Escavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (campanha de 1979)». *Setúbal Arqueológica* 6-7: 149-218.
- TAYLOR, J. J. (1980): *Bronze Age Goldwork of the British Isles*. Cambridge University Press. Cambridge.
- TAYLOR, J. du P. (1952): «A Late Bronze Age settlement at Apliki, Cyprus». *The Antiquaries Journal* 32.3-4: 133-167.
- TAYLOR, R. J. (1982): «The hoard from West Buckland, Somerset». *Antiquaries Journal* 62: 13-17.
- TEJERA, A. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 26: 87-116.
- TEJERA, A.; FERNÁNDEZ, J. y RODRÍGUEZ, M. (e.p.): «Las estelas tartésicas: ¿losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras?». *Spal*.
- THOMPSON, S. M. (1999): *A Central Sicilian Landscape: Settlement and Society in the Territory of Ancient Morgantina (5000 BC-AD 50)*. UMI. Diss. University of Virginia.
- TICHÝ, R. (1997): *Monoxilon II. Expedición de Arqueología Experimental* (= Informe de GAIA - Sociedad para la expedición Monoxilon). Hradec Králové. Rep. Checa.
- TOKER, A. (1992): *Museum of Anatolian Civilizations. Metal Vessels*. Istanbul.
- TOLEDO, A. y PALOL, P. de (2006): *La necròpolis d'incineració del Bronze Final transició a l'Edat del ferro de Can Bec de Baix, Agullana (Alt Empordà, Girona). Els resultats de la campanya d'excavació del 1974*. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona 24. Girona.
- TOMALIN, D. (1982): «Bronze Age swords of the Ballintober type found at Mixnams Pit, Thorpe, Surrey». *Surrey Archaeological Collections* 73: 163-167.
- TORE, G. (1983): «I bronzi figurati fenicio-punici in Sardegna». *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Roma 5-10 novembre 1979). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 449-461.
- TORELLI, M. (1981): «Colonizzazioni etrusche e latine di epoca arcaica: un esempio». *Gli Etruschi e Roma. Atti dell'incontro di studio in onore di Massimo Pallottino* (Roma 11-13 dicembre 1979). G. Bretschneider. Roma: 71-89.
- (2000): «Primi appunti per un'antropologia del vino degli Etruschi». En D. Tomasi y C. Cremonesi (eds.): *L'avventura del vino nel bacino del Mediterraneo. Itinerari storici e archeologici prima e dopo Roma*. Istituto Sperimentale per la Viticoltura. Treviso: 89-100.
- TORRES ORTIZ, M. (1998): «La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente». *Complutum* 9: 49-60.
- (2002): *Tartessos*. Biblioteca Archaeologica Hispana 14. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2004): «Un fragmento de vaso askoide nurágico del fondo de cabaña del Carambolo». *Complutum* 15: 45-50.
- (2005): «Tartessos, Fenicios y Griegos en el Sudoeste de la Península Ibérica: algunas reflexiones sobre los recientes hallazgos de Huelva». *Complutum* 16: 292-304.
- TORRES ORTIZ, M.; RUIZ-GÁLVEZ, M. y RUBINOS, A. (2005): «La cronología de la Cultura Nurágica y los inicios de la Edad del Hierro y de las colonizaciones históricas en el Mediterráneo Centro-Occidental. Una aproximación desde la cronología radiocarbónica y el registro arqueológico». En Ruiz-Gálvez 2005c: 169-194.
- TOTI, O. (1959): *I Monti Ceriti nell'età del Ferro*. Svenska Institutet i Rom - American Academy in Rome - British School at Rome - Ecole française de Rome. Grosseto.
- TOVOLIS, S. (1989): *Il sepolcreto villanoviano Benacci Caprara di Bologna*. Grafis. Bologna.
- TOWLE, A.; HENDERSON, J.; BELLINTANI, P. y GAMBACURTA, G. (2002): «Frattesina and Adria: report of scientific analyses of early glass from the Veneto». *Padusa* 37: 7-68.
- TRACHSEL, M. (2004): *Untersuchungen zur relativen und absoluten Chronologie der Hallstattzeit*. Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie 104. Habelt. Bonn.
- TRAMPÚZ OREL, N. y HEATH, D. J. (2001): «Depo Kanalski Vrh - študija o metalurškem znanju in kovinah na začetku 1. tisočletja pr. n. š. [The Kanalski Vrh hoard - a case study of the metallurgical knowledge and metals at the beginning of the 1st millennium BC]». *Arheološki vestnik* 52: 143-171.
- TREHERNE, P. (1995): «The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze Age Europe». *Journal of European Archaeology* 3.1: 105-144.
- TRELIS, J. (1995): «Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular: el conjunto de moldes de El Bosch (Crevillente-Alicante)». *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología* (vol. 1). Ayuntamiento de Elche. Elche: 185-190.

- TRELIS, J.; MOLINA, F. A.; ESQUEMBRE, M. A. y ORTEGA, J. R. (2004): «El Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el Botx (Creventente, Alicante): nuevos hallazgos procedentes de excavaciones de salvamento». En Hernández y Hernández 2004: 319-323.
- TRONCHETTI, C. (1979): «Per la cronologia del tophet di Sant'Antioco». *Rivista di Studi Fenici* 7.2: 201-205.
- (2005): «Le tombe e gli eroi. Considerazioni sulla statuaria di Monte Prama». En Bernardini y Zucca 2005: 145-167.
- TSIRKIN, Y. B. (1995): «Primera etapa de la colonización fenicia». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua* 8: 61-83.
- TSOUNTAS, Ch. y MANATT, J. I. (1897): *The Mycenaean Age. A study of the monuments and culture of Pre-Homeric Greece*. Macmillan & Co. London.
- TURK, P. (1997): «Das Depot eines Bronzeießers aus Slowenien - Opfer oder Materiallager?». En A. Hänsel y B. Hänsel (eds.): *Gaben an die Götter - Schätze der Bronzezeit Europas*. Museum für Vor- und Frühgeschichte Berlin. Berlin: 49-52.
- (2001): «The weight of objects in Late Bronze Age hoards in Slovenia and possibilities for determining weight standards». *Arheološki Vestnik* 52: 249-279.
- TUSA, V. (1973): «La statuetta fenicia del Museo Nazionale di Palermo». *Rivista di Studi Fenici* 1: 173-179.
- TYKOT, R. H. y ANDREWS, T. K. (eds.) (1992): *Sardinia in the Mediterranean. A Footprint in the Sea*. Sheffield Academic Press. Sheffield.
- TZALAS, Ch. (1989): «O dromos tou opsidianou me ena papyrenio skaphos stis Kyklades». *Archaiologia* 32: 11-20.
- (1995): «On the obsidian trail: With a papyrus craft in the Cyclades». *Tropis* 3: 441-469.
- UCHITEL, A. (1988a): «The archives of Mycenaean Greece and the Ancient Near East». En M. Heltzer y E. Lipiński (eds.): *Society and economy in eastern Mediterranean (c. 1500-1000 B.C.)*. Orientalia Lovaniensia Analecta 23. Leuven: 19-30.
- (1988b): «Charioteers of Knossos». *Minos* 23: 47-58.
- UGAS, G. (1982): «San Cosimo (Gonnosfagadia, Cagliari)». En L. Vagnetti (ed.): *Magna Grecia e mondo miceneo. Nuovi documenti*. Istituto per la Storia e la Archeologia della Magna Grecia. Taranto: 180-185.
- (1986): «La produzione materiale nuragica. Note sull'apporto etrusco e greco». En Lilliu *et al.* 1986: 41-146.
- (1992): «Note su alcuni contesti del Bronzo Medio e Recente della Sardegna meridionale. Il caso dell'insediamento di Monte Zara-Monastir». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il Bronzo Medio e il Bronzo Recente (XVI-XIII sec.a.C.)*. Atti del III Convegno di Studi «Un millennio di relazioni tra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo» (Selargius-Cagliari 19-22 novembre 1987). Della Torre. Cagliari: 201-227.
- (1998): «Considerazioni sulle sequenze culturali e cronologiche tra l'Eneolitico e l'epoca nuragica». En Balmuth y Tykot 1998: 251-272.
- UGAS, G. y LUCIA, G. (1987): «Primi scavi nel sepolcreto nuragico di Antas». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C.* Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo» (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 255-270.
- UGAS, G. y USAI, L. (1987): «Nuovi scavi nel santuario nuragico di S. Anastasia di Sardara». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C.* Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo» (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 167-218.
- USSISHKIN, D. (1990): «Notes on Megiddo, Gezer, Asdod, and Tel Batash in the Tenth to Ninth Centuries BC». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277-278: 71-91.
- V.V.A.A. (1986): *I Greci sul Basento. Mostra degli scavi archeologici all'Incoronata di Metaponto. 1971-1984*. New Press. Como.
- (1994): *Idade do Ferro* [Catálogo da exposição]. Serviços Culturais - Museu Municipal Dr. Santos Rocha. Figueira da Foz.
- (1998): «Les structures enfonsades a la Catalunya costanera. Metodologia d'estudi, contingut i significació» [dossier monográfico]. *Cypselà* 12: 9-95.
- (2000): *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna.
- (2002): *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo*. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 13-17 ottobre 1978). Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa-Roma.
- (2005): *La Civiltà Nuragica. Nuove Acquisizioni. Atti del Congresso-I (Senorbì, 14-16 dicembre 2000)*. Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano. Atti e Monografie 1. Cagliari.
- VAGNETTI, L. (1968): «I bacili di bronzo di Caldare sono ciprioti?». *Studi Micenei ed Egeo-anatolici* 7: 129-140.
- (1974): «Appunti sui bronzi egei e ciprioti del ripostiglio di Consigliano (Rieti)». *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome. Antiquité* 86: 657-671.
- (1982a): «L'Egeo, la Calabria e l'ambiente tirrenico nel tardo II millennio». En G. Maddoli (ed.): *Temesa e il suo territorio*. Atti del Colloquio di Perugia e Trevi (30-31 maggio 1981). Istituto per la Storia e la Archeologia della Magna Grecia. Taranto: 167-174.

- (ed.) (1982b): *Magna Greci e mondo miceneo. Nuovi documenti*. Istituto per la storia e l'archeologia della Magna Grecia. Taranto.
- (1982c): «Quindici anni di studi e ricerche sulle relazioni tra il mondo egeo e l'Italia protohistorica». En Vagnetti 1982b: 9-36.
- (1983): «I micenei in Occidente dati acquisiti e prospettive future». *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche* (Cortona 1981). École Française de Rome 67. Pisa-Roma: 165-181.
- (1986): «Cypriot Elements Beyond the Aegean in the Bronze Age». En V. Karagheorgis (ed.): *Cyprus Between the Orient and the Occident*. Department of Antiquities. Nicosia: 201-214.
- (1993): «Mycenaean pottery in Italy: fifty years of study». En C. Zerner, P. Zerner y J. Winder (eds.): *Wace and Blegen. Pottery as evidence for trade in the Aegean Bronze Age 1939-1989*. J C Gieben. Amsterdam: 143-154.
- (1996): «Espansione e diffusione dei Micenei». En S. Settis (ed.): *I Greci. Storia, cultura, arte e società 2. Una storia greca 1. Formazione*. Einaudi. Torino: 133-172.
- (1998): «Variety and function of the Aegean derivative pottery in the Central Mediterranean in the Late Bronze Age». En Gitin *et al.* 1998: 66-79.
- (1999): «Mycenaeans and Cypriots in the Central Mediterranean before and after 1200 BC». En Phelps *et al.* 1999: 187-208.
- (2000): «I Micenei tra Mediterraneo orientale ed occidentale dopo la fine dei palazzi». *Magna Grecia e Oriente mediterraneo prima dell'età ellenistica. Atti del XXXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. Istituto per la storia e l'archeologia della Magna Grecia. Napoli: 63-89.
- (2000-01): «Preliminary Remarks on Mycenaean Pictorial Pottery from the Central Mediterranean». *Opuscula Atheniensia* 25-26: 107-115.
- (2001): «Some observations on Late Cypriot pottery from the Central Mediterranean». En Bonfante y Karageorghis 2001: 77-96.
- VAGNETTI, L. y JONES R. E. (1988): «Towards the identification of local Mycenaean pottery in Italy». En E. B. French y K. A. Wardle (eds.): *Problems in Greek Prehistory*. Bristol Classical Press. Bristol: 335-348.
- VAGNETTI, L. y LO SCHIAVO, F. (1989): «Late Bronze Age Long Distance Trade in the Mediterranean: the Role of the Cypriots». En E. Peltenburg (ed.): *Early Society in Cyprus*. Edinburgh University Press. Edinburgh: 217-243.
- VAGNETTI, L. y POPLIN, F. (2005): «Frammento di *applique* raffigurante un elmo a denti di cinghiale da Mitza Purdia-Decimoputzu (Cagliari)». En L. Vagnetti, M. Bettelli e I. Damiani (eds.): *L'Aporio in Italia nell'età del bronzo*. Incunabula Graeca 102. Istituto di Studi sulle Civiltà dell'Egeo e del Vicino Oriente. Roma: 111-114.
- VALDEVIMBRE forthcoming = V.V.A.A. (e.p.): *Guardar, resguardar, aguardar. Arqueología de los depósitos metálicos del Bronce Final en la Península Ibérica* (León, 23-24 noviembre 2005).
- VALLET, G. (1958): *Rhégion et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du Détrôit de Messine*. École Française de Rome. Paris.
- VAN BERG OSTERRIETH, M. (1972): *Les chars Préhistoriques du Valcamonica*. Archivi di Arte Preistorica 3. Edizioni del Centro. Capo di Ponte-Brescia.
- VAN DOMMELEN, P. (1998): *On colonial grounds. A comparative study of colonialism and rural settlement in first millennium BC west central Sardinia*. Archaeological Studies Leiden University 2. Leiden.
- (2000): «Momenti coloniali. Cultura materiale e categorie coloniali nell'archeologia classica». En N. Terrenato (ed.): *Archeologia Teorica*. Consiglio Nazionale delle Ricerche - Università degli Studi di Siena. Edizioni all'Insegna del Giglio. Firenze: 293-310.
- (2005): «Colonial Interactions and Hybrid Practices. Phoenician and Carthaginian Settlement in the Ancient Mediterranean». En Stein 2005: 109-141.
- VAN DIKEN, R. M. y ALCOCK, S. E. (eds.) (2003): *Archaeologies of Memory*. Blackwell Publishing. Malden-Oxford.
- VAN GEEL, B. y BERGLUND, B. (2000): «A causal link between a climatic deterioration around 850 cal BC and subsequent rise in human population density in NW-Europe?». *Terra Nostra* 7: 126-130.
- VAN GEEL, B. y RENSSEN, H. (1998): «Abrupt climate change around 2650 BP in North-West Europe: Evidence for Climatic teleconnections and a tentative explanation». En A. S. Issar y N. Brown (eds.): *Water, environment and society in times of climatic change*. Kluwer Academic Publishers. Dordrecht-Boston-London: 21-41.
- VAN GEEL, B.; VAN DER PLICHT, J.; KILIAN, M. R.; KLAVER, E. R.; KOWENBERG, J. H. M.; RENSSEN, H.; REYNAUD-FARRERA, I.; WATERBOLK, H. T. (1998): «The sharp rise of $\delta^{14}\text{C}$ cal BC: Possible causes, related climatic teleconnections and the impact on human environments». *Radiocarbon* 40: 535-550.
- VANDENABEELE, F. (1977): «Some Aspects of Chariot-Representations in the Late Bronze Age of Cyprus». *Report of the Department of Antiquities. Cyprus*: 97-109.
- VAQUERIZO GIL, D. (1985): «Dos nuevas estelas de guerrero en la provincia de Badajoz». En A. Beltrán (ed.): *XVII Congreso Nacional de Arqueología* (Logroño, 1983). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 465-472.
- VASCONCELLOS, J. L. (1933): *Memórias de Mondim da Beira*. Imprensa Nacional. Lisboa.
- VÁZQUEZ, M. P. (2000): «Les necròpolis dels camps d'urnes del bronze, ferro i època ibèrica del Baix Segre: aspectes cronològics i rituals». *Revista d'Arqueologia de Ponent* 10: 65-102.

- VEGAS, M. (1986-89): «Cerámica geométrica de Cartago». *Empuries* 48-50: 356-361.
- (1989): «Archaische und Mittelpunische Keramik aus Karthago. Grabungen 1987/88». *Römische Mitteilungen* 96: 209-265.
- (1992): «Carthage. La ville archaïque. Céramique d'importation de la période du géométrique récent». *Lixus - Actes du colloque organisé par l'Institut des sciences de l'archéologie et du patrimoine de Rabat avec le concours de l'École française de Rome, Larache 8-11 novembre 1989*. Collection de l'École Française de Rome 166. École Française de Rome. Rome: 181-189.
- (1998): *Cartago fenicio-punica. Las excavaciones alemanas en Cartago 1975-1977*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 4. Barcelona.
- (1999): «Eine archaische Keramikfüllung aus einem Haus am Kardo XIII in Karthago». *Römische Mitteilungen* 106: 395-438.
- (2000a): «Ceramica cartaginesa della prima metà del secolo VII». En Bartoloni y Campanella 2000: 355-370.
- (2000b): «La cerámica fenicia del siglo VIII en Carthago». *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cadiz, 2-6 oct. 1995) (vol. III). Universidad de Cádiz. Servicio de Publicaciones. Cádiz: 1237-1246.
- VENY, C. (1982): *La necrópolis protohistórica de Cales Coves. Menorca*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 20. Madrid.
- VERA, J. C. (2004): «Colgante procedente de los Castillejos de la Granjuela (Córdoba)». En Martín de la Cruz 2004: 8-9.
- VERA, J. C. y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (2004): «Discusión y valoración». En Martín de la Cruz 2004: 16-17.
- VERCOUTTER, J. (1945): *Les Objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois*. Geuthner. Paris.
- VERGER, S. (1998): «Un graffiti archaïque dans l'habitat hallstattien de Montmorot (Jura, France)». *Studi etruschi* 64: 265-316.
- (2003): «Des objets gaulois dans les sanctuaires archaïques de Grèce, de Sicile et d'Italie». *Comptes rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*: 523-569.
- VERMEULE, E. y KARAGEORGHIS, V. (1982): *Mycenaean Pictorial Vase Painting*. Harvard University Press. Cambridge, Mass.-London.
- VERNET, J. (1979): «La navegación en la Alta Edad media». *Estudios sobre historia de la Ciencia Medieval*. Universidad de Barcelona - Universidad Autónoma de Barcelona. Bellaterra. Barcelona: 383-441.
- VERNEY, A. (1989): «La places des haches à talon de type normand dans l'étude du Bronze Moyen en France». *Dynamique du Bronze moyen en Europe occidentale*. Actes du 113e Congrès National des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988. Éditions du C.T.H.S. Paris: 479-489.
- VIANA, A. (1959): «Notas históricas, arqueológicas e etnográficas do Baixo Alentejo». *Arquivo de Beja* 16: 3-48.
- VIANELLO, A. (2005): *Late Bronze Age Mycenaean and Italic Products in the West Mediterranean. A social and economic analysis*. BAR International Series 1439. Oxford.
- VICHOS, Y. (1999): «The Point Iria Wreck: the nautical dimension». En Phelps *et al.* 1999: 77-98.
- VIDAL, P. (1996): *La isla de Malta en época fenicia y púnica*. BAR International Series 653. Oxford.
- VIDAL-NAQUET, P. (2002): *El mundo de Homero. Breve historia de la mitología griega*. Atalaya. Barcelona.
- VILASECA, S. (1943): *El poblado y necrópolis prehistóricos de Mola (Tarragona)*. Acta Arqueológica Hispanica I. Madrid.
- (1959): «Noticia de hallazgos de objetos de bronce en la cueva de la Font Major, de Esplugas de Francolí». *Ampurias* 21: 266-273.
- VILAÇA, R. (1995): *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze*. IPPAR. Lisboa.
- (1997): «Metalurgia do Bronze Final da Beira Interior: revisão dos dados à luz de novos resultados». *Estudos Pré-Históricos* 5: 123-154.
- (1998a): «Produção, consumo e circulação de bens na Beira Interior na transição do II para o I milénio a. C.». *Actas do Colóquio A Pré-História na Beira Interior. Estudos Pré-Históricos* 6: 347-374.
- (1998b): «Hierarquização e conflito no Bronze Final da Beira Interior». En Jorge 1998: 203-217.
- (2000a): «Notas soltas sobre o património arqueológico do Bronze Final da Beira Interior». En M. C. Ferreira *et al.* (eds.): *Beira Interior, História e Património*. Actas das I Jornadas de Património da Beira Interior, 1998. Guarda: 31-49.
- (2000b): «Registos e leituras da Pré-história Recente e da Proto-História Antiga da Beira Interior». *Actas do 3.º Congresso de Arqueologia Peninsular* (vol. IV). ADECAP. Porto: 161-182.
- (2003): «Acerca da existência de ponderais em contextos do Bronze Final / Ferro Inicial português». *O Arqueólogo Português* [Série IV] 21: 245-286.
- (2004a): «Ecos do Mediterrâneo no Monte de São Martinho (Castelo Branco): a propósito de um artefacto do Bronze Final». *Estudos de Castelo Branco* [nova série] 3: 3-16.
- (2004b): «Metalurgia do Bronze Final no entre Douro e Tejo português: contextos de produção, uso e deposição». En A. Perea (dir.): *Actas del Congreso Ámbitos Tecnológicos, Ámbitos de Poder. La transición Bronce Final-Hierro en la Península Ibérica*. Madrid, marzo 2004. <http://www.ih.csic.es/arqueometalurgia/semindex.htm>.
- (2005): «Entre Douro e Tejo, por terras do interior: o I milénio a. C.». *Lusitanos e Romanos no Nordeste da Lusitânia* [2^{as} Jornadas do Património da Beira Interior]. Centro de Estudos Ibéricos. Guarda: 13-32.
- (2006a): «Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados». *Complutum* 17: 81-101.

- (2006b): «Um colar do Bronze final proveniente do Bolho (Cantanhede, Coimbra)». *Conimbriga* 45: 93-104.
- (e.p. a): «A Presença Mediterrânea no Mundo Interior Beirão, Centro de Portugal (sécs. XI/X-VII/VI a. C.)». *VIth Congress of Phoenician Punic Studies* (Lisboa, 2005).
- (e.p. b): «Depósitos de bronze do território português – Um debate em aberto». *O Arqueólogo Português* [série IV] 24.
- VILAÇA, R. y ARRUDA, A. M. (2004): «Ao longo do Tejo, do Bronze ao Ferro». *Conimbriga* 43: 11-45.
- VILAÇA, R. y BASÍLIO, L. (2000): «Contributo para a caracterização arqueológica da I Idade do Ferro da Beira Interior: cerâmicas a torno da Cachouça (Idanha-a-Nova)». *Al-madan* [II série] 9: 39-47.
- VILAÇA, R.; BECK, C. y STOUT, E. (2002): «Provenience analysis of prehistoric amber artefacts in Portugal». *Madriider Mitteilungen* 43: 61-78.
- VILAÇA, R. y CRUZ, D. J. (1995): «Canedotes (Vila Nova de Paiva, Viseu). Povoado pré-histórico do Bronze Final». *Estudos Pré-Históricos* 3: 255-261.
- (1999): «Práticas funerárias e cultuais dos finais da Idade do Bronze na Beira Alta». *Arqueologia* 24: 73-99.
- VILAÇA, R.; CRUZ, D. J. y GONÇÁLVES, A. A. H. B. (1999): «A necrópole de Tanchoal dos Patudos (Alpiarça, Santarém)». *Conimbriga* 38: 5-29.
- VILAÇA, R. y CUHNA, E. (2005): «A Roça do Casal do Meio (Calhariz, Sesimbra): novos contributos». *Al-madan* [II série] 13: 48-57.
- VILAÇA, R. y LOPES, M. C. (2005): «The treasure of Baleizão, Beja (Alentejo, Portugal)». *Journal of Iberian Archaeology* 7: 177-184.
- VILAÇA, R.; SANTOS, A. T. y MARQUES, J. N. (2004): «O monte de São Martinho na Idade do Bronze: estátua-menir 76, estátua-menir 77 e menir». *Arqueologia: colecções de Francisco Tavares Proença Júnior*. Instituto Português de Museus. Castelo Branco: 159-166.
- VILHENA, J. (2006): *O sentido da permanência. As envolventes do Castro da Cola nos 2º e 1º milénios a.C.* Dissertação de mestrado apresentada à Faculdade de Letras de Lisboa. Edição policopiada (2 volumes). Lisboa.
- VILLASECA DÍAZ, F. (1993): «La estela decorada y la espada de lengua de carpa del Bronce Final de Almargen-Málaga». *Baetica* 15: 217-226.
- VINDRY, G. (1978): «Un siècle de recherches préhistoriques et protohistoriques en Provence orientale (1875-1975). La protohistoire». *Documents d'Archéologie Méridionale* 1: 7-76.
- VITAL, J. (1999): «Identification du Bronze moyen-récent en Provence et en Méditerranée nord-occidentale». *Documents d'Archéologie Méridionale* 22: 7-115.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12. Barcelona.
- VOGEL, J. S.; CORNELL, W.; NELSON, D. E. y SOUTHON, J. R. (1990): «Vesuvius/Avellino, one possible source of seventeenth century BC climatic disturbances». *Nature* 344: 534-537.
- VON LUSCHAN, F. y ANDRAE, W. (1943): *Ausgrabungen in Sendschirli, V: Die Kleinfunde*. De Gruyter. Berlin.
- VOZA, G. (1972): «Thapsos, primi risultati delle più recenti ricerche». *Atti della XIV Riunione scientifica dell'Istituto italiano di preistoria e protostoria*. Firenze: 186-191.
- (1973a): «Resoconto sulle campagne di scavo del 1970-71», *Atti della XV Riunione scientifica dell'Istituto italiano di preistoria e protostoria*. Verona-Trento, 27-29 ottobre 1972. Firenze: 133 ss.
- (1973b): «Thapsos». *Archeologia nella Sicilia sud-orientale*. Centre Jean Bérard. Napoli: 33-52.
- (1978): «La necropoli della valle del Marcellino presso Villasmundo». *Insediamenti coloniali greci in Sicilia nell'VIII e VII secolo a.C. Cronache di Archeologia* 17: 104-110.
- (1980): «Problematica archeologica». En E. Gabba y G. Vallet (eds.): *La Sicilia antica*. I, 1. Società Editrice di Napoli. Napoli: 5-42.
- (1982): «Evidenze archeologiche di VIII e VII secolo a.C. nel territorio di Siracusa: la necropoli di Villasmundo, nella Valle del Marcellino». *Grecia, Italia e Sicilia nell'VIII e VII sec. a.C. Annuario della Scuola Archeologica di Atene* 60: 169-171.
- (1986): «I contatti precoloniali con il mondo greco». En G. Pugliese Carratelli (ed.): *Sikanie. Storia e Civiltà della Sicilia Greca*. Garzanti. Milano: 543-562.
- (1987): «Bronzi nuragici da Tharros». En G. Ugas, G. Lai y G. Lilliu (eds.): *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C. Atti del II Convegno di Studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i paesi del Mediterraneo»* (Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986). Stef. Cagliari: 117-132.
- (1992): «Thapsos». *Seminari 1991*. Centro Nazionale delle Ricerche, Istituto per gli studi micenei e egeo-anatolici. Roma: 43-57.
- (1999): *Nel segno dell'antico. Archeologia nel territorio di Siracusa*. A. Lombardi Ed. Siracusa.
- WAARSENBURG, D. J. (1995): *The Northwest Necropolis of Satricum. An Iron Age Cemetery in Latium Vetus*. Thesis Publishers. Amsterdam.
- WADDELL, J. (2000): *The Prehistoric Archaeology of Ireland*. Wordwell. Dublin.
- WAGNER, C. G. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos». *Archivo Español de Arqueología* 56: 3-36.

- (1988): «Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios en el este del Estrecho». En Ripoll 1988: 419-428.
- (1990): «La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas». *Espacio y organización social*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid: 91-108.
- (1993): «Las estructuras del mundo tartésico». En J. M. Blázquez y J. Alvar (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Cátedra. Madrid: 103-116.
- (1995): «Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 52.1: 109-126.
- (2001): «Los asentamientos y el comercio fenicio arcaico en Málaga». En Wulff *et al.* 2001: 35-67.
- (2005): «Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la Península Ibérica». En Celestino y Jiménez 2005: 149-165.
- WAGNER, C. G. y ALVAR, J. (1989): «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola». *Rivista di Studi Fenici* 17.1: 61-102.
- WALDBAUM, J. C. (1982): «Bimetallic Objects from the Eastern Mediterranean and the Question of the Dissemination of Iron». En J. D. Muhly, R. Maddin y V. Karageorghis (eds.): *Early Metallurgy in Cyprus, 4000-500 B.C.* Pierides Foundation. Nicosia: 325-349.
- (1994): «Early Greek Contacts with the Southern Levant, ca. 1000–600 B.C.: The Eastern Perspective». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 293: 53-66.
- WALKER, M. J. (1995): «El Sureste, Micenas y Wessex: la cuestión de adornos óseos de vara y puño». *Verdolay* 7: 117-125.
- WARD, W. A. (1978): «The Egyptian Objects». En Bikai 1978a: 83-87.
- WARD, W. A. y JOWKOWSKY, M. S. (eds.) (1992): *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris*. Kendall Hunt Pub Co. Dubuque, Iowa.
- WARMENBOL, E. (1991): «Le Bronze final atlantique entre côte et Escaut». En Chevillot y Coffyn 1991: 89-110.
- WARREN, P. y HANKEY, V. (1989): *Aegean Bronze Age Chronology*. Bristol Classical Press. Bristol.
- WASCHMANN, S. (1997): «Were the Sea Peoples Mycenaean? The evidence of ship iconography». En Swiny *et al.* 1997: 339-356.
- (1998): *Seagoing ships and seamanship in the Bronze Age Levant*. Texas A&M University Press. College Station. Chatham Publishing. London.
- WATROUS, L. V. (1989): «A preliminary report on imported 'Italian' wares from the Late Bronze Age site of Kommos on Crete». *Studi micenei ed egeo-anatolici* 27: 69-79.
- (1992): *Kommos III. The Late Bronze Age Pottery*. Princeton University Press. New Jersey.
- WATROUS, L. V.; DAY, P. M. y JONES, R. E. (1998): «The Sardinian Pottery from the Late Bronze Age Site of Kommos in Crete: Description, Chemical and Petrographic Analyses and Historical Context». En Balmuth y Tykot 1998: 337-340.
- WEBB, V. E. S. (1996): «Faience and Glass». En Coldstream y Catling 1996: 599-610.
- WEBSTER, G. S. (2001): *Duos Nuraghes. A Bronze Age Settlement in Sardinia. Vol. 1. The Interpretative Archaeology*. BAR International Series 949. Oxford.
- WEHGARTNER, I. (2000): «Vaso decorato a rilievo con busti e teste a tutto tondo». *Principi Etruschi tra Mediterraneo ed Europa*. Comune di Bologna - Museo Civico Archeologico. Bologna: 302.
- WENTE, E. W. (1995): «The scribes of Ancient Egypt». En J. M. Sasson (ed.): *Civilizations of the Ancient Near East*. T^o IV. Ch. Scribner & Sons. New York: 2211-2221.
- WENTKER, H. (1956): «Die Ktisis von Gela bei Thukydidēs». *Römische Mitteilungen* 63: 129-139.
- WERNER ELLERING, S. (1990): *La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro*. Editorial La Muralla. Madrid.
- WHITLEY, J. (2002): «Objects with attitude: biographical facts and fallacies in the study of Late Bronze Age and Early Iron Age warrior graves». *Cambridge Archaeological Journal* 12.2: 217-232.
- WHITTAKER, C. R. (1974): «The Western Phoenicians: colonisation and assimilation». *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 200 (N.S. 20): 58-79.
- WIESEMAN, J. (1955): «Assyrian writing boards». *Iraq* 17: 3-20.
- WIESNER J. (1968): *Fahren und Reiten*. Archaeologia Homerica I (F). Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen.
- WIGHTMAN, G. J. (1990): «The Myth of Solomon». *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277/278: 5-22.
- WIJNGAARDEN, G. J. van (1999): «An archaeological approach to the concept of value. Mycenaean pottery at Ugarit (Syria)». *Archaeological Dialogues* 6.1: 2-46.
- WINTER, I. J. (1973): *North Syria in the Early First Millennium*. Columbia University. Ann Arbor.
- (1981): «Is there a South Syrian Style of Ivory Carving in the Early First Millennium B.C.?». *Iraq* 43: 101-130.
- (1988): «North Syria as a Bronzeworking Centre in the Early First Millennium B.C.: Luxury Commodities at Home and Abroad». En J. Curtis (ed.): *Bronzeworking Centres of Western Asia c. 1000-538 B.C.* Kegan Paul International-British Museum. London-New York: 193-225.
- (1995): «Homer's Phoenicians: history, ethnography or literary trope? (a perspective on early Orientalism)». En J. P. Carter y S. B. Morris (eds): *The Ages of Homer*. Texas University Press. Austin: 247-271.
- WOYTOWITSCH, E. (1978): *Die Wagen der Bronze und frühen Eisenzeit in Italien*. Prähistorische Bronzefunde XVII.1. München.

- WRESZINSKI, W. (1914): *Atlas zur Altaegyptischen Kulturgeschichte* [I-III]. J.C. Hinrichs. Leipzig.
- WRIGHT, E. (1976): *North Ferriby boats: A guidebook*. Monograph 23. National Maritime Museum. Greenwich.
- (1990): *Ferriby boats*. Routledge. London.
- (1994): *North Ferriby and the Bronze Age boats*. Ferriby Heritage Group-Routledge. Humberside.
- WRIGHT, J. C.. (2004a): «Mycenaean drinking services and standards of etiquette». En Halstead y Barrett 2004: 90-104.
- (ed.) (2004b): *The Mycenaean Feast*. Hesperia - The Journal of the American School of Classical Studies at Athens 73.2. Athens.
- WULFF ALONSO, F.; CRUZ ANDREOTTI G. y MARTÍNEZ MAZA, C. (eds.) (2001): *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C. - año 711 d.C.)*. II Congreso de Historia Antigua de Málaga. Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga. Málaga.
- XELLA, P. (1977): «Studi sulla religione della Siria antica. 1) El e il vino (RS 24.258)». *Studi Storico Religiosi* 1.2: 229-261.
- YADIN, Y. (1958): «Solomons City Wall and Gate at Gezer». *Israel Exploration Journal* 8: 80-86.
- (1970): «Megiddo of the Kings of Israel». *Biblical Archaeologist* 33: 66-96.
- YALÇIN, Ü.; PULAK, C. y SLOTTA, R. (eds.) (2005): *Das Schiff von Uluburun / The Ship from Uluburun, Welthandel vor 3000 Jahren / Global Trade 3000 ago*. An Exhibition of the Deutsches Bergbau Museum. Bochum.
- YON, M. (1971): *Salamine de Chipre II. La tombe I du XIème siècle*. De Boccard. Paris.
- (2003): «The foreign relations of Ugarit». En Stampolidis y Karageorghis 2003: 41-52.
- ZACCAGNINI, C. (1981): «Modo di produzione asiatico e Vicino Oriente Antico. Appunti per una discussione». *Dia-loghi di Archeologia* 3: 3-65.
- (1991): «Nuragic Sardinia: metrological notes». *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (vol. I). Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma: 343-347.
- ZAMORA, J. A. (2000): *La vid y el vino en Ugarit*. Banco de Datos Filológicos Sèmiticos Noroccidentales - Mònographiàs 9. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- (2004): «Los textos invisibles. La documentación fenicia y la introducción de la escritura en la Península Ibérica». *Huelva Arqueológica* 20: 301-313.
- (2006): «La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos». *Acta Palaeohispanica IX. Palaeohispanica* 5 [2005]. Zaragoza: 155-192.
- (e.p. a): «Les utilisations de l'alphabet lors du IIè millénaire av. J.C. et le développement de l'épigraphie alphabétique : une approche à travers la documentation ougaritique en dehors des tablettes (I)». *Le royaume d'Ougarit de la Crète à l'Euphrate. Nouveaux axes de recherche. Actes du Congrès International, Sherbrooke 2005 (=ROCE)*. Sherbrooke 2006.
- (e.p. b): «Les utilisations de l'alphabet lors du IIe millénaire av. J.C. et le développement de l'épigraphie alphabétique: un approche à travers la documentation ougaritique en dehors des tablettes (II)». *Aula Orientalis Suppl.* 22. Sabadell 2006.
- ZANCANI MONTUORO, P. (1970-71): «Francavilla Marittima, necropoli di Macchiabate, Coppa di bronzo sbalzata». *Atti e Memorie della Società Magna Grecia* [n.s.] 11-12: 9-33.
- (1974-76): «Francavilla Marittima, necropoli I. Tre notabili enotri dell'VIII sec. a.C.». *Atti e Memorie della Società Magna Grecia* [n.s.] 15-17: 9-82.
- (1983-84): «Francavilla Marittima, necropoli di Macchiabate, Zona T. (Temparella, continuazione)». *Atti e Memorie della Società Magna Grecia* [n.s.] 24-25: 7-109.
- ŽBONA-TRKMAN, B. y BAVDEK, A. (1996): «Depojski najdbi s Kanalskega Vrha / The Hoards from Kanalski Vrh». En B. Teržan (ed.): *Depojske in posamezne kovinske najdbe bakrene in bronaste dobe na Slovenskem / Hoards and Individual Metal Finds from the Eneolithic and Bronze Ages in Slovenia*. KatMon 30. Ljubljana 1995-1996: 31-71.
- ZUCCA, R. (1997): «La necropoli settentrionale di Tharros». En Bernardini *et al.* 1997: 95-96.

ÍNDICE

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
Ricardo Olmos	
<i>Presentación</i>	9
Sebastián Celestino, Núria Rafel y Xosé-Lois Armada	
<i>Preface</i>	11
Kristian Kristiansen	
A Xavier Dupré i Raventós (<i>Barcelona 1956-Roma 2006</i>). <i>In memoriam</i>	13
Núria Rafel Fontanals	
CUESTIONES GENERALES, MODELOS Y CRONOLOGÍAS	
<i>Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia</i>	17
Jaime Alvar Ezquerro	
<i>Writing, Counting, Self-awareness, Experiencing Distant Worlds. Identity Processes and Free-Lance Trade in the Bronze Age/Iron Age Transition</i>	27
Marisa Ruiz-Gálvez Priego	
<i>Iberia, the Atlantic Bronze Age and the Mediterranean</i>	41
Colin Burgess y Brendan O'Connor	
<i>Los «tiempos» de la precolonización</i>	59
Mariano Torres Ortiz	
<i>Vasos a debate. La cronología del Geométrico griego y las primeras colonizaciones en Occidente</i>	93
Dirk Brandherm	
<i>La precolonización a través de los símbolos</i>	107
Sebastián Celestino	
ENFOQUES REGIONALES	
<i>I primi contatti fra i Fenici e le popolazioni dell'Italia Peninsulare</i>	123
Massimo Botto	
<i>Los contactos «precoloniales» de griegos y fenicios en Sicilia</i>	149
Adolfo J. Domínguez Monedero	
<i>Dinamiche della precolonizzazione in Sardegna</i>	161
Paolo Bernardini	
<i>El Bronce Final en las Baleares. Intercambios en la antesala de la colonización fenicia del archipiélago</i>	183
Víctor M. Guerrero Ayuso	
<i>La Gaule et la Méditerranée (13^e-8^e siècles avant notre ère)</i>	219
Jean Guilaine y Stéphane Verger	
<i>Las comunidades de la Edad del Bronce entre el Empordà y el Segura: espacio y tiempo de los intercambios</i>	239
Núria Rafel, Jaime Vives-Ferrándiz, Xosé-Lois Armada y Raimon Graells	
<i>Las relaciones mediterráneas en el II milenio a.C. y comienzos del I en la Alta Andalucía y el problema de la «precolonización» fenicia</i>	273
José Luis López Castro	
<i>El valle medio del Guadalquivir</i>	289
José Clemente Martín de la Cruz	
<i>Cantos de sirena: la precolonización fenicia de Tartessos</i>	301
José Luis Escacena Carrasco	
<i>El final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico y los inicios de la colonización fenicia en Occidente</i>	323
Diego Ruiz Mata y Francisco Gómez Toscano	

<i>Estranhos numa terra (quase) estranha: os contactos pré-coloniais no sul do território actualmente português</i>	355
Ana Margarida Arruda	
<i>Reflexões em torno da «presença mediterrânea» no Centro do território português, na charneira do Bronze para o Ferro</i>	371
Raquel Vilaça.....	
OBJETOS VIVIDOS, OBJETOS REPRESENTADOS: REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA MATERIAL Y EL ARTESANADO	
<i>La Sicilia tra Oriente e Occidente: interrelazioni mediterranee durante la protostoria recente</i>	403
Rosa M. Albanese Procelli	
<i>La metallurgia sarda: relazioni fra Cipro, Italia e la Penisola Iberica. Un modello interpretativo</i>	417
Fulvia Lo Schiavo	
<i>Carros micénicos del Heládico Final III en las estelas decoradas del Bronce Final II-III A del Suroeste de la Península Ibérica</i>	437
Alfredo Mederos Martín	
<i>Contactos precoloniales, actividad metalúrgica y biografías de objetos de bronce en la Península Ibérica</i>	465
Xosé-Lois Armada, Núria Rafel e Ignacio Montero	
<i>Tradición, cambio y ruptura generacional. La producción orfebre de la fachada atlántica durante la transición Bronce-Hierro de la Península Ibérica</i>	509
Alicia Perea y Barbara Armbruster	
COMENTARIOS FINALES-CONCLUDING REMARKS	
<i>Comentarios finales</i>	523
Sebastián Celestino, Núria Rafel y Xosé-Lois Armada	
<i>Concluding remarks</i>	529
Sebastián Celestino, Núria Rafel y Xosé-Lois Armada	
<i>Epílogo. La pre-colonización vista desde Oriente</i>	535
María Eugenia Aubet	
BIBLIOGRAFÍA	539
INDICE	623

Italica

Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

I a VI, agotados	XIII, 1969, 214 p. + 17 lám.
VII, 1955, 296 p. + 108 lám.	XIV, 1980, 254 p. + 56 lám.
VIII, 1956, 224 p.	XV, 1981, 366 p. + 4 lám.
IX, 1957, 222 p. + 7 lám.	XVI, 1982, 290 p. + 36 lám.
X, 1958, 200 p. + 21 lám.	XVII, 1984, 272 p.
XI, 1961, 224 p.	XVIII, 1990, 373 p. + 3 lám.
XII, 1969, 138 p. + 30 lám.	

Bibliotheca Italica

Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

- 1-4. SERRANO, L.: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*. Tomos I, II, III, IV. 1914 (agotados).
5. PACHECO Y DE LEYVA, E.: *El Cónclave de 1774 a 1775. Acción de las Cortes Católicas en la supresión de la Compañía de Jesús, según documentos españoles*. 1915 (agotado).
- 6-7. SERRANO, L.: *La liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede (1570-1573). Ensayo histórico a base de documentos diplomáticos*. Tomos I, II. 1918-1920 (agotados).
8. PACHECO Y DE LEYVA, E.: *La política española en Italia. Correspondencia de don Fernando Martín, abad de Nájera, con Carlos I*. Tomo I (1521-1524). 1919 (agotado).
9. ACHÚTEGUI, P. S. DE: *La universalidad del conocimiento de Dios en los paganos. Según los primeros teólogos de la Compañía de Jesús (1534-1648)*. 1951 (agotado).
- 10-12. GARCÍA GOLDÁRAZ, C.: *El Códice Lucense de la colección canónica hispana*. Tomos I, II, III. 1954.
13. GARCÍA GOLDÁRAZ, C.: *Los concilios de Cartago de un códice soriense. Reconstrucción*. 1960, 163 p.
14. BLÁZQUEZ, J. M.: *Religiones primitivas de Hispania*. 1962, XXXII + 286 p. + 6 mapas + LIV lám.
15. VENY, C.: *Corpus de las inscripciones baleáricas hasta la dominación árabe*. 1965, XXVII + 285 p. + 4 mapas + XII lám.
16. ACUÑA, P.: *Esculturas militares romanas de España y Portugal, I. Las esculturas thoracatas*. 1975, VIII + 139 p. + LXXXI lám. ISBN 84-00-04128-3.
17. ALMAGRO-GORBEA, M. (Ed.): *El santuario de Juno en Gabii. Excavaciones 1956-1969*. 1982, 624 p. + LXXX lám., ISBN 84-00-05415-6.
18. SAZ, I. y TUSELL, J.: *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna», 15 Diciembre 1936 - 31 Marzo 1937*. 1981, 230 p., ISBN 84-00-04964-0.
19. ARCE, J. y BURKHALTER, F. (Ed.): *Bronces y religión romana. Actas del XI Congreso Internacional de Bronces Antiguos (Madrid, Mayo-junio 1990)*. 1993, 477 p., ISBN 84-00-07326-6.
20. DUPRÉ RAVENTÓS, X.: *L'arc romà de Berà (Hispania Citerior)*. 1994, 321 p. + XXIII lám., ISBN 84-00-07462-9.
21. SALCEDO, F.: *África. Iconografía de una provincia romana*. 1996, 275 p. + LIX lám., ISBN 84-00-07612-5.
22. BARCELÓ, M. y TOUBERT, P. (Ed.): *«L'incastellamento». Actas de las reuniones de Girona (26-27 Noviembre 1992) y de Roma (5-7 Mayo 1994)*. 1998, 334 p. + III lám., ISBN 84-00-07709-1.
23. VAQUERO PIÑEIRO, M.: *La renta y las casas. El patrimonio inmobiliario de Santiago de los Españoles de Roma entre los siglos XV y XVII*. 1999, 331 p. + CVI lám., ISBN 88-8265-040-5.
24. DUPRÉ RAVENTÓS, X. y REMOLÀ, J. A. (Ed.): *Sordes urbis. La eliminación de residuos en la ciudad romana. Actas de la reunión de Roma (15/16 de noviembre de 1996)*. 2000, 150 p., ISBN 88-8265-082-0.
25. ARCE, J. (Ed.): *Centcelles. El monumento tardorromano. Iconografía y arquitectura*. 2002, 124 p., ISBN 88-8265-169-X.
26. SANTOS, J. A. y TORTOSA, T. (Ed.): *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. 2003, 246 p. ISBN 88-8265-244-0.
27. BELTRÁN, J., CACCIOTTI, B., DUPRÉ, X. y PALMA, B. (Ed.): *Illuminismo e Illustración. Le antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*. 2003, 360 p., ISBN 88-8265-243-2.

Serie Arqueológica

1. BERNABO BREA, L.: *La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica*. 1954, 81 p. + XXII lám.
2. ARCE, J., DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X. y MATEOS, P.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1994 y 1995*. 1998, 64 p., ISBN 84-00-07696-6.
3. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1996*. 1998, 132 p., ISBN 84-00-07729-6.
4. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1997*. 1999, 132 p., ISBN 84-00-07752-0.
5. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1998 y 1999*. 1999, 160 p., ISBN 84-00-07822-5.

6. AGUILERA, A.: *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra portam Trigeminam*. 2002, 260 p., ISBN 84-00-08039-4.
7. DUPRÉ, X., GUTIÉRREZ, S., NÚÑEZ, J., RUIZ, E. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 2000 y 2001*. 2002, 234 p., ISBN 84-00-08118-8.
8. PÉREZ BALLESTER, J.: *La cerámica de barniz negro del santuario de Juno en Gabii*. 2003, 342 p., ISBN 84-00-08204-4.
9. ZAMORA, J. Á. (Ed.): *El hombre fenicio. Estudios y materiales*. 2003, 320 p., ISBN 84-00-08205-2.
10. ETXEBARRIA AKAITURRI, A.: *Los foros romanos republicanos en la Italia centro-meridional tirrena. Origen y evolución formal*. 2008, 428 p., ISBN 978-84-00-08613-8.
11. CELESTINO, S., RAFAEL, N. y ARMADA, X.-L (eds.) *Contacto cultural entre mediterráneo y el atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La pre-colonización a debate*. 628 p., ISBN 978-84-00-08689-3.

Serie Histórica

1. ESPADAS BURGOS, M. (Ed.): *España y la República Romana de 1849*. 2000, 143 p., ISBN 84-00-07978-7.
2. GONZÁLEZ SALINERO, R.: *Las conversiones forzosas de los judíos en el reino visigodo*. 2000, 160 p., ISBN 84-00-07984-1.
3. SEGARRA CRESPO, D. (Ed.): *Transcurrir y recorrer: la categoría espacio-temporal en las religiones del mundo clásico*. (En prensa).

Varia

ESPADAS BURGOS, M.: *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Un Guadiana junto al Tíber*. 2000, 166 p., ISBN 84-95078-97-X.

DUPRÉ RAVENTÓS, X. (Ed.): *Scavi archeologici di Tusculum. Rapporti preliminari delle campagne 1994-1999*. 2000, 540 p. + XLII lám., ISBN 88-900486-0-3.

Monumentos de la música española en Italia

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. I: *Missarum liber primus* (Roma, 1544), Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1952, 314 p. + 12 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. II: *Motetes I - XXV*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1953, 202 p. + 12 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. III: *Missarum liber secundus* (Roma, 1544). 1a. parte. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1954, 192 p. + 10 lám. (agotado).

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. IV: *XVI magnificat* (Venecia, 1545), Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1956, 132 p. + 19 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. V: *Motetes XXVI - L*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1959, 164 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VI: *Missarum liber secundus*, 2a. parte. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1962, 149 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VII: *Misas XVII - XXI*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1964, 132 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VIII: *Motetes LI - LXXV*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1971, 134 p. + 7 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. I: *Missarum liber primus*. Nueva edición, por H. ANGLÉS, 1965, 145 p. + 3 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. II: *Motetes I - XXI*, por H. ANGLÉS, 1965, 133 p. + 2 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. III: *Missarum liber secundus*, por H. ANGLÉS, 1967, 131 p.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. IV: *Motetes XXII - XLVI*, por H. ANGLÉS, 1968, 164 p. + 4 lám.

Monumenta albornotiana

SÁEZ, E. y TRENCHS, J.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. I, *Cancillería Pontificia (1351-1353)*, 1976, LXXVII + 570 p. + 20 lám., ISBN 84-00-03502-X.

SÁEZ, E. y TRENCHS, J.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. II, *Cancillería Pontificia (1354-1356)*, 1981, LI + 679 p. + 23 lám., ISBN 84-00-04998-5.

FERRER, M. T. y SAINZ DE LA MAZA, R.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. III, *Cancillería Pontificia (1357-1359)*, 1995, XIX + 343 p. + 32 lám., ISBN 84-00-07547-1.



ISBN 84-0008-689-9



9 788400 086893